

RICARDO VIGUERAS FERNÁNDEZ

*La novela policiaca de
temática romana clásica.
Rigor e invención.*

TESIS DOCTORAL



ÁREA DE FILOLOGÍA LATINA
DEPARTAMENTO DE FILOLOGÍA CLÁSICA
UNIVERSIDAD DE MURCIA
2005

I
BREVE INTRODUCCIÓN A
LA NOVELA POLICIACA
DE TEMÁTICA ROMANA CLÁSICA.

1. Introducción.

Durante los últimos cuatro años nos hemos dedicado a leer y estudiar principalmente la obra novelística de Steven Saylor y John Maddox Roberts, dos autores norteamericanos contemporáneos cuya producción se inscribe dentro del subgénero de la novela policiaca de temática romana clásica. Durante estos cuatro años de trabajo, cuando hemos comentado ante multitud de personas cuál era el tema de nuestra tesis doctoral, hemos recogido por lo general dos clases de reacciones. La primera de ellas, correspondiente al desconocedor en temas clásicos, consistía en preguntarnos con sorpresa y cierto entusiasmo si es que en la era romana ya existían las novelas policiacas; la segunda reacción, que siempre procedía del profesor universitario, por lo general vinculado al campo de la Filología Clásica, consistía en la adopción de un histriónico mutismo ante lo que acababa de escuchar. El maestro cualificado debía de estar preguntándose en ese preciso momento de qué le estábamos hablando exactamente, ya que durante la antigüedad grecolatina, como todo el mundo debería saber, no existieron (ni pudieron existir) las novelas policiacas. Efectivamente, en ambos casos nos encontramos con el mismo resultado: la inmensa mayoría de los profesores universitarios cualificados (incluso aquellos pertenecientes al campo de estudio de la Filología Clásica) sabían del tema lo mismo que el ciudadano medio más o menos instruido: nada en absoluto. En ciertos casos nos veíamos obligados a explicar que “cuando los romanos” no existían novelas policiacas¹, pero que ahora sí existen autores que escriben novelas policiacas que transcurren en la antigüedad grecolatina, y que el tema de nuestra tesis era, precisamente, estudiar

¹ Recordamos el caso de un profesor de literatura de la UNAM (Universidad Nacional Autónoma de México) que, muy sorprendido por mi tema de tesis, me preguntó con cierto tono de sorna si es que en el *Satiricón* existía alguna clase de subtrama policiaca. Efectivamente, no existe tal, pero ya hablaremos más adelante de cómo sin la existencia del *Satiricón* de Petronio muy posiblemente nunca hubiera existido la novela picaresca ni, en tiempos más recientes, la novela negra, pues tanto en la magna obra de Petronio, como en la picaresca como en la novela negra existen notables coincidencias de enfoque y estilo que nos obligan a recordar la vieja máxima de Lucrecio en *De rerum natura* II, 284: *De nihilo quoniam fieri nihil posse videmus*. De la misma forma, toda literatura contemporánea es hija de la tradición y nada nace de la nada.

a los dos autores que de manera más sistemática están desarrollando una saga que transcurre durante los lejanos y convulsos días del fin de la República de Roma, conocidos precisamente como periodo clásico de la historia romana.

Este desconocimiento no nos sorprendía en absoluto, ni en él existe nada de anormal. Ni el ciudadano medio es por ello poco culto, ni el profesor universitario descuida la actualización de su campo de estudio al desconocer que existen novelas policiacas de temática romana clásica. A pesar de la creciente fama de Lindsey Davis, que se ha convertido en la autora más consagrada del campo, el subgénero de la novela policiaca histórica de temática romana (clásica y posclásica) es todavía poco conocido, pues es de reciente creación en el tiempo (más tarde abordaremos el aspecto cronológico). Puesto que se trata de un subgénero de la narrativa policial que aún no tiene ni un solo siglo de historia, muchos de sus grandes maestros quizá se hallan todavía por venir. Hoy día están superados los complejos con que se miraba en general a la narrativa policiaca, producto, en general, del restringido concepto con que la misma narrativa policiaca surgió de la pluma de Edgar Allan Poe, donde la resolución del crimen no era sino un juego intelectual para una mente maestra, que se entretenía descifrando el misterio de una muerte sin profundizar más allá de la misma. Los largos años de consolidación de la narrativa criminal, y todas las variantes que han sido posibles al trascender la novela problema y aun la misma novela negra a medida que ha ido cambiando la sociedad, han convertido a la novela policiaca en un género literario que no sólo se preocupa de manera fría y diletante de averiguar quién fue el asesino (*whodunnit*), sino también cuáles fueron las causas (*whydunnit*) y cómo fue llevado a cabo (*howdunnit*). Hoy día, la novela policiaca no es un género menor en sí mismo, sino que la grandeza o mediocridad de sus obras viene determinada por la grandeza de tema, enfoque y estilo de sus autores, o bien de su pequeñez. Es por esto por lo que nos negamos a acercarnos a este subgénero de la novela policiaca histórica como si de un género ínfimo se tratase, sino conscientes de que la mayor grandeza de su literatura está todavía por venir, y ningún género de la literatura (o subgénero) es insignificante o desdeñable por sí mismo.

Antes de comenzar este acercamiento, no podemos dejar de mostrar nuestro agradecimiento a nuestra Directora de Tesis, la Doctora Rosa M^a Iglesias Montiel, quien desde el primer momento nos demostró su talante joven y moderno al aceptar dirigir una Tesis sobre un subgénero nuevo y poco considerado; y en segundo lugar, mi gratitud por no arredrarse ante el hecho de dirigirla con todo el océano Atlántico de por medio. Su interés y entusiasmo por nuestro proyecto, para el cual nos proporcionó toda clase de facilidades en nuestros encuentros semestrales, así como sus múltiples sugerencias y consejos, han hecho posible que hoy podamos presentar este trabajo lleno de imperfecciones y de carencias, pero lleno también de una gran ilusión.

Asimismo, nos sentimos en deuda con Mr. Richard M. Heli al permitirnos reproducir en esta Tesis su cronología de la novela policiaca de temática romana, generosidad sin la cual la perspectiva histórica de este género hubiera quedado incompleta.

A un nivel más personal quiero expresar mi gratitud a cuantos en el Departamento de Filología Clásica de la Universidad de Murcia me han apoyado durante estos años o han demostrado interés por mis avances, así como a la Licenciatura en Literatura Hispanomexicana de la Universidad Autónoma de Ciudad Juárez; la comprensión y apoyo de las dos coordinadoras con que ha contado la licenciatura hasta la fecha, la Dra. Ysla Campbell y la Mtra. Beatriz Rodas, hicieron posible que los años de trabajo en esta Tesis resultasen más fecundos y menos pesarosos.

Por último, quiero agradecer a mi esposa y a mis padres todo el apoyo moral que me han brindado durante este tiempo; sin el corazón de aquellos que más me quieren, esta Tesis nunca hubiera sido posible.

2. Una definición del subgénero.

Los autores que vamos a estudiar, Steven Saylor y John Maddox Roberts, pertenecen al subgénero de la novela policiaca histórica de temática romana clásica. Debemos especificar aquí y ahora, para evitar malentendidos en el futuro, que vamos a utilizar la palabra “subgénero”, no en su acepción peyorativa (que la parangonaría con subproducto), sino porque la novela policiaca que desarrollan estos autores pertenece a una ramificación de un género de la novela, la policiaca, que a su vez podríamos dividir a efectos de nuestra tesis en histórica y no histórica². En este caso hablamos de unos autores que escriben novela policiaca de tipo histórico, y que el periodo que cubren en sus novelas se corresponde con el llamado periodo clásico de la historia de Roma, y en concreto, el que abarca el fin de la República o ciceroniano, pues corre desde el nacimiento del orador hasta su muerte. Por ello mismo, Maddox Roberts y Saylor escriben novela policiaca histórica de temática romana clásica, al igual que Lindsey Davis escribe novela policiaca de temática romana postclásica. Para evitar mayores ambigüedades ante el lector desconocedor de esta rama de la novela policiaca histórica añadimos el concepto “temática” para evitar confusiones al hablar de manera más impropia con etiquetas imprecisas como “novela policiaca de romanos”, o “novela policiaca romana”, u otras variantes que podrían hacer extraer conclusiones erróneas a quien las leyese o escuchase. Ejemplos

² Puesto que ésta es una tesis en Filología Clásica, atenderemos a esta principal división del género policiaco, aunque sabido es de todos que el género policiaco admite, a su vez, numerosas subdivisiones interesantes que, sin embargo, en principio no atañen al contenido de esta tesis ni a los contenidos de las obras en ella estudiadas.

de esta confusión serían: 1) Que todas las novelas policiacas “de romanos” son aquellas protagonizadas por romanos de la Antigüedad, y no por romanos contemporáneos o del siglo pasado (la novela policiaca italiana, conocida como *giallo*, es de larga trayectoria y fecundidad); 2) que en la Roma clásica existían novelas policiacas. Para evitar estas y otras posibles confusiones, definimos el subgénero como “novela policiaca de temática romana clásica”.

3. La novela policiaca de temática romana en el contexto de la narrativa histórica y de la novela criminal.

Definido, por lo tanto, el subgénero, debemos ubicarlo ahora dentro de la historia del género, pero aquí nos topamos con la siguiente peculiaridad: la novela policiaca histórica es un género híbrido entre las convenciones de la novela policiaca, por una parte, y de la novela histórica por otra³, en concreto, del subgénero de ésta denominado novela histórica latina, que en los últimos años ha alcanzado una notable pujanza⁴. Se trata de un subgénero que pertenece, por lo tanto, a dos géneros mayores con idéntica carta de autenticidad. En esta característica el subgénero demuestra su modernidad, pues nuestra época se caracteriza, cada vez más, por la hibridez, la mezcla de elementos disímiles que hasta ahora parecían irreconciliables. A este respecto, incluso se ha escrito que la novela histórica vive momentos de auge en periodos de crisis, como hace Carlos Mata Induráin en su Presentación al libro *La novela histórica, teoría y comentarios*: “Las épocas de crisis política, filosófica y religiosa suelen ser las épocas en que la novela histórica experimenta un cultivo y una popularidad notables”⁵. Comencemos por ubicar este subgénero

³ Novela policiaca y novela histórica son, además, los dos géneros más populares entre el lector medio de algunos países como España. Así, el novelista José María Guelbenzu es contundente a este respecto: “La estadística ha hablado claro: casi tres cuartos de los lectores de libros de nuestro país se inclinan hacia la novela y, de ellos, la mayoría se decanta por los libros “históricos” y “de misterio o intriga”. Cf. José María Guelbenzu, “Misterio a la orden”, en *El País*, 16 de noviembre de 2004.

⁴ Enrique Montero Cartelle, M^o Cruz Herrero Ingelmo, *De Virgilio a Umberto Eco: la novela histórica latina contemporánea*. Madrid, 1994, Ediciones Orto y Universidad de Huelva, p. 9: “Esta presencia actual del mundo latino que estudiamos se limita a los últimos cincuenta años aproximadamente. Nunca se ha asistido, en verdad, a un florecimiento mayor de la novela histórica latina, lo que evidencia un interés por esta temática sin par a la vez que muestra una variedad de formas notable en comparación con otras épocas anteriores”.

⁵ Kurt Spang, Ignacio Arellano y Carlos Mata (eds.), *La novela histórica, teoría y comentarios*. Pamplona, 1995. Ediciones Universidad de Navarra. [Anejos de *Rilce*, 15, Serie Apuntes de Investigación sobre géneros literarios, 2], p. 9. Más adelante (p. 25) Carlos Mata ejemplifica cuáles han sido estos tiempos de crisis en los que la novela histórica ha cobrado auge: “Con posterioridad a este auge del siglo XIX, la novela histórica se ha seguido cultivando en épocas de grandes crisis históricas: en los primeros decenios del siglo XX en España; en la Europa de entreguerras y, especialmente, en la Alemania de los años 30; después de la II Guerra Mundial en Europa central, por influencia soviética o, en fin, en los años 50-60 en España tras el cansancio producido por la novela social”.

dentro del marco de la novela histórica. Con respecto a este género, la novela policiaca histórica viene a rizar el rizo del artificio que constituye la novela histórica, un género con numerosos adeptos y no menos detractores. Comencemos por definir la novela histórica en palabras de Nicasio Salvador Miguel, catedrático de literatura medieval española, quien destaca la primera dificultad que tiene que superar el género con éxito, el hecho de que historia y novela son, en principio, conceptos antitéticos. Cito el fragmento más interesante de sus declaraciones a un periódico madrileño concediéndole primero la palabra al redactor de la crónica⁶:

Mientras la novela es una ficción intemporal cuyo fin es divertir, la historia es una verdad del pasado que busca instruir. Ante esta premisa, Salvador dice que es lógico que algunos críticos sostengan que la novela histórica no existe o que, por el contrario, otros afirmen que toda novela es histórica. Pero ya que la etiqueta existe, ¿qué rasgos definen a una genuina novela histórica? “Ante todo debe ser una obra de ficción e imaginación”, precisa Salvador, “que esté ambientada en un fondo histórico de cierta garantía, que no sea el resultado de unas pinceladas mal hilvanadas”, añade, y concluye, “en la que los personajes, sean inventados o históricos, se desenvuelvan con verosimilitud”.

Las palabras de Nicasio Salvador abren la puerta a varios comentarios. Que algunos críticos afirmen el hecho de que la novela histórica no existe en sí misma, puesto que toda novela es histórica, resulta interesante. Es verdad que casi toda novela es histórica⁷, pues transcurre durante un periodo de la historia, sea éste el periodo republicano de la antigua Roma, o sea nuestra propia época, que también tiene un transcurrir en el tiempo y en la historia. Sin embargo, la mayor parte de los estudiosos de la novela histórica han precisado que, para que una novela pueda ser considerada histórica, debe haber sido escrita con una diferencia temporal de al menos cincuenta años con respecto a lo narrado⁸. Acerca de este tema, se han apuntado tres formas de construcción de la novela histórica con respecto al pasado que se narra. Concretamente, J.I. Ferreras, en *La novela en el siglo XVII*, distingue entre la novela

⁶ Juan J. Gómez, “La novela histórica, un cajón de sastre con éxito” en *El País*, 2 de agosto de 2000. Otra aproximación a una definición del género histórico la hallamos en Kurt Spang en “Retrospectiva sobre la evolución de la novela histórica”, en Spang, Arellano, Mata, *op.cit.* pp. 15-6: “La característica más evidente es que todas las novelas mencionadas, tan diferentes entre sí, sitúan su acción (ficticia, inventada) en un pasado (real, histórico) más o menos lejano (...). Para que una novela sea verdaderamente histórica debe reconstruir, o al menos intentar reconstruir, la época en que sitúa su acción”.

⁷ Naturalmente, aquí deberíamos dejar fuera de consideración la literatura del absurdo y otra clase de obras que no pretenden el reflejo de una sociedad o de sus habitantes en un tiempo concreto. A pesar de todo, en una obra supuestamente atemporal y antihistórica los autores vuelcan las preocupaciones debidas a su tiempo en sus temas, planteamientos y caracteres. Un género especialmente ahistórico que, sin embargo, recrea con profusión multitud de elementos del pasado medieval, es el de la fantasía heroica.

⁸ Así, B. Ciplijauskaité, *Los noventayochistas y la historia*. Madrid, 1981, José Porrúa Turanzas, p. 13.

arqueológica (que reconstruye un pasado remoto en el tiempo), la que se remonta hasta la generación de los abuelos, y finalmente, la que versa sobre la actualidad histórica contemporánea o muy presente, en un sentido no inmediato⁹. A esta última clasificación, Carlos Mata introduce una interesante distinción entre “novela histórica” y “episodio nacional contemporáneo”, “reservando este término para aquellas obras que no alejan demasiado su acción en el tiempo, esto es, para aquellas que novelan acontecimientos históricos vividos —o que pudieron llegar a ser vividos— por el autor”¹⁰. La etiqueta de esta clase de novela, episodio nacional contemporáneo, lo toma Mata de las cinco series de *Episodios Nacionales* de Benito Pérez Galdós.

La supuesta antítesis entre novela e historia (ficción intemporal cuyo fin es divertir *versus* verdad del pasado que busca instruir, en palabras de Nicasio Salvador) resultó ser la primera polémica suscitada por el género tras su nacimiento en el siglo XIX. Esta polémica podía resumirse más o menos así: si es novela, no es historia; si es historia, no es novela. No era, ni mucho menos, una preocupación nacida con la modernidad, pues de ella ya se hace eco Aristóteles en su *Poética*, cuando nos explica que, puesto que el poeta es imitador, de tres cosas ha de imitar una: las cosas tal como fueron y son, las cosas tal como parece o se dicen ser, o tal como debieran ser¹¹.

Quizá no venga mal hacer aquí una síntesis muy apretada de la trayectoria de la novela histórica, siguiendo a Amado Alonso en su ensayo ya clásico sobre el género¹²:

1) Antecesores de Walter Scott¹³: Son tan variados y remotos como la *Ciropeida* de Jenofonte o *Los trabajos de Quéreas y Calíroa*, de Caritón. En el caso de la primera, tenemos algo muy parecido a las biografías noveladas de nuestro tiempo, con escenas de gran exotismo y colorido; en el caso de la segunda, hallamos una novela de tipo bizantino donde el autor ubicó a personajes ficticios en un contexto histórico, permitiéndose incluso mostrarnos en conexión a personajes históricos, a la manera, por ejemplo, de las novelas de Alejandro Dumas¹⁴. En la misma literatura latina clásica contamos con el caso de la invención del género poético-histórico con Lucano y su *Farsalia*¹⁵. Entre las novelas más cercanas en el tiempo que podrían ser

⁹ J.I. Ferreras, *La novela en el siglo XVII*. Madrid, 1987, Taurus, pp. 56-7.

¹⁰ Carlos Mata, en Spang, Arellano, Mata, *op.cit.* p. 19.

¹¹ Acerca de esta distinción aristotélica entre τὰ γενόμενα y οἷα ἂν γένοιτο, cf. *Poética* 1451a.36-1451b.12. No reproducimos aquí el fragmento completo de Aristóteles porque volveremos sobre este importante punto de discusión a propósito de las Conclusiones sobre esta tesis.

¹² Amado Alonso, *Ensayo sobre la novela histórica. El modernismo en La gloria de don Ramiro*. Madrid, 1984. Gredos. [Biblioteca Románica Hispánica, 338]

¹³ Cf. también Spang, Arellano, Mata, *op.cit.* pp. 21-3.

¹⁴ Amado Alonso, *op.cit.* p. 22-3.

¹⁵ Que recibió cierto tratamiento irónico por parte de Petronio en *Sat.* 118: *Res gestas versibus com-*

contadas entre estos antecedentes podríamos mencionar, por ejemplo, *El bandolero*, de Tirso de Molina¹⁶.

2) Walter Scott y la eclosión de la novela histórica. Su novela *Ivanhoe* (1819) marcó el nacimiento de la novela histórica moderna y su éxito fue espectacular, tanto que marcó la pauta a seguir por todos sus imitadores, hasta el punto de que desde tiempos de Lope de Vega no se había visto un caso de fama literaria tan extensa e impresionante¹⁷. El estilo de Scott, prontamente imitado, es resumido por Amado Alonso en *op.cit.* p. 32:

Información histórica, color local, exotismo; atención a lo exterior, sacrificando algo de lo interior; evocación de civilizaciones lejanas y sociedades diferentes o desaparecidas, presentando lo pasado como caducado; sentimientos no individuales, sino genéricos de la colectividad y representativos; tipos, no individuos; la historia central, al revés que en la tragedia y en la epopeya, es inventada. (El lado arqueológico de la historia.) Además, el arte mismo de novelar de Walter Scott, con su manera de presentación de los sucesos, los diálogos, cierto régimen en la composición de los personajes “buenos” y “malos”, y, sobre todo, los recursos para excitar, mantener y satisfacer la curiosidad del lector, fueron instantáneamente adoptados por todos los demás novelistas del mundo.

3) En último lugar, y trascendiendo el estilo de Walter Scott, tenemos la novela arqueológica del siglo XIX. Las sucesivas críticas al estilo de Scott¹⁸, quien no era un modelo de fidelidad ni de rigor histórico, condujeron a Gustave Flaubert a extremar el estilo de Scott al máximo en *Salammbó* (1862), parteaguas del nuevo estilo de novela histórica. Amado Alonso lo explica en *op.cit.* p. 72:

Flaubert llevó la novela histórica a su último límite, y con ello fijó un nuevo tipo que provocó imitaciones en todas las literaturas. Este nuevo tipo de novela histórica no consistió tanto en nuevos caracteres cuanto en el extremamiento de los que Walter Scott le fijó: por un lado extrema Flaubert el rigor de la documentación, contrastando cada pormenor con paciente sapiencia de erudito; por otro extrema la forma artística de exposición entregándose

prehendere longe melius historici faciunt. Desde antiguo, pues, vemos la polémica escisión o aparente disputa entre la poesía y la historia.

¹⁶ Cf. Miguel Zugasti, “*El bandolero* de Tirso de Molina: novela histórica de tema hagiográfico. Apuntes para el estudio del género en el Barroco”. En Spang, Arellano, Mata (eds.), *op.cit.* pp.115-44.

¹⁷ Amado Alonso, *op.cit.* p. 34. Para conocer la influencia de Scott en la literatura europea de la época y tener noticia del nombre y obra de sus epígonos, cf. Amado Alonso, *ibid.* pp. 32-41.

¹⁸ Amado Alonso las resume en *op.cit.* p. 42: “A pesar del éxito tan fulminante y tan universal, la novela histórica está en crisis casi desde su nacimiento. En Inglaterra, los eruditos pudieron señalar con facilidad en Walter Scott situaciones históricamente falsas. Así se plantea desde un principio en estas novelas el conflicto íntimo entre lo histórico y lo inventado. Pero en esto hay que considerar menos las torpezas de ejecución y las equivocaciones que las deformaciones intencionales: Walter Scott solía condensar varias décadas en algunos años y deliberadamente iluminaba y coloreaba la crudeza y la barbarie de los sucesos históricos. Y como Walter Scott, todos sus secuaces se reservan un margen de infidelidad para el libre ejercicio de la fantasía”.

a refinamientos de virtuoso. Para más extremar las cosas, elige un tema extraordinariamente difícil, la pintura de la civilización cartaginesa, muy lejana y muy mal conocida, apenas sospechables por referencias fragmentarias. Alarde por la dificultad de la empresa, alarde por la realización artística.

Podemos asegurar que Flaubert creó el paradigma de la novela histórica moderna con *Salammbó* de la misma manera que *Madame Bovary* creó la novela psicológica de nuestro tiempo. La autoexigencia y rigurosa disciplina del autor francés, justamente legendarias¹⁹, ofrecieron resultados que cambiaron el panorama de la novela de su tiempo, y pronto encontramos epígonos de esta nueva clase de novela cuya fama llega hasta nuestros días por medio de títulos todavía bien conocidos como *Quo Vadis?*, de Sienkiewicz, *Ben-Hur*, de Lewis Wallace o *Los últimos días de Pompeya*, de Edward Bulwer Lytton, por dar tres títulos famosos aún gracias a la pantalla grande.

Hecha esta síntesis, a todas luces muy incompleta pero necesaria, volvemos ahora al tema, apuntado por Nicasio Salvador, de la oposición entre novela (invención) e historia (verdad) y de la aparente artificiosidad que dimana la mezcla de ambas. Amado Alonso, en su ensayo ya clásico sobre la novela histórica, le dedica no pocas páginas a este aparente conflicto que no es tal. Alonso establece terminológicamente la oposición entre poesía (creación) e historia, y se pregunta en la página 8 por qué será que parecen estar en conflicto: “¿No podrá darse una genial vitalización poética de un material estrictamente histórico? Ya lo creo”. Su respuesta, que es la nuestra, parte de la ejemplificación de *El cantar del Mío Cid* (obra poética, pero documentada y mucho más fiel a la realidad que los textos del ciclo artúrico o *La Chanson de Roland*) y de la obra de Shakespeare, y desarrolla su argumentación en la página 10:

El que Shakespeare se atuviera a las noticias transmitidas por Plutarco no ha impedido que su *Coriolano*, su *Julio César* y su *Antonio y Cleopatra* sean creaciones poéticas maravillosas. Ciertamente, los grandes trágicos y épicos no gozan del perenne privilegio de fecundar el corazón humano por haber reconstruido con arte un tiempo pasado, sino porque,

¹⁹ A este respecto, sabido es que la correspondencia de Flaubert es uno de los testimonios más impresionantes que existen acerca de la tarea literaria. En España no contamos con una edición completa de su correspondencia, pero sí con un valioso volumen (a pesar de sus numerosos errores de edición) que recopila muchos de los pasajes que sobre tal tarea escribió el genio: Gustave Flaubert, *Sobre la creación literaria. Extractos de la correspondencia*. Selección, prólogo y traducción de Cecilia Yepes. Madrid, 1998. Ediciones y Talleres de Escritura Creativa Fuentetaja. [El oficio de escritor, 2] En la página 189 leemos una lamentación muy propia del autor de *Madame Bovary*: “¿Cuántos sacrificios cuesta la menor de las frases!”. El libro cuenta con un capítulo dedicado a la elaboración de *Salammbó*, para cuya redacción Flaubert recurrió a una documentación exhaustiva e insólita para la época: “¿Sabe cuántos volúmenes he ingerido sobre Cartago? ¡Alrededor de cien! y ¡en quince días acabo de tragarme los dieciocho tomos de la Biblia de Cahen! ¡Con notas y tomando notas!” (Carta a Jules Dutplan, circa 22 de julio de 1857, p. 177).

en un tiempo que apenas excluye otros tiempos, en un ambiente hecho no más que con la atmósfera vital de sus héroes, forjaron unas vidas humanas de alta tensión, almas singulares habitantes de cuerpos singulares, donde las fuerzas de la vida se presentan con aleccionante nitidez. En obras como las citadas de Shakespeare, o el *Agamenón* de Esquilo, o la *Fedra* de Racine, apenas entra en cuenta la fidelidad arqueológica o el anacronismo.

Ni a Shakespeare ni a los autores de los Siglos de Oro (piénsese en los dramas históricos o mitológicos de Lope o Calderón) les interesaba llevar a cabo una reconstrucción arqueológica del tiempo en que se desarrollaron o debieron desarrollarse las acciones²⁰. El caso más extremo es el de los autos sacramentales de tema mitológico escritos por Calderón, donde, como en *El divino Jasón*, aquellos personajes legendarios sufren una metamorfosis cultural que a nosotros nos puede parecer aberrante, por no hablar de que su lenguaje y razonamiento son los de la propia época de sus autores. La misma pintura de aquel tiempo nos presenta este mismo afán de contemporización en vez de reconstrucción, como es el caso, por dar sólo un ejemplo, de la obra velazqueña *La fragua de Vulcano*. El mismo Amado Alonso expresa con singular precisión en *op.cit.* p. 11 que a estos poetas no les importaba reconstruir el ambiente arqueológico adecuado, pues esto no formaba parte de sus objetivos: “A los trágicos les atraía la historia como un hacer personal, como biografía y como trayectoria de destinos ejemplares, no como el humus cultural despersonalizado que resulta de la trituración de millones de vidas anónimas”. Historia y poesía no están, por lo tanto, reñidos en la historia de la literatura, si bien esto puede hacer incurrir al autor antiguo en anacronismos y en la falta de verosimilitud histórica. Con respecto a este punto, es famosísima la respuesta de Alejandro Dumas cuando fue acusado de violar la historia: “La violo, es cierto, pero le hago bellas criaturas”²¹.

El problema de la verosimilitud, mencionado también por Salvador, es sin duda el esgrimido con mayor contundencia por los detractores de la novela histórica, y la crítica especializada que hasta ahora se ha ocupado de la novela policiaca de temática romana lo ha mencionado una y otra vez. Sin embargo, no es se trata del anacronismo histórico al que más repudian los críticos, pues hoy día el moderno novelista suele hallarse bien documentado acerca de la época en la que ubica sus obras, sino del anacronismo mental y cultural, como afirman Montero Cartelle y Herrero Ingelmo en su obra sobre la novela histórica²²:

²⁰ Amado Alonso, en *op.cit.* p. 14 distingue entre anacronismo arqueológico e histórico con una ejemplificación: “Los actores de las tragedias romanas de Shakespeare que se saludaban a la manera inglesa del siglo XVII cometían anacronismo arqueológico pero no histórico, en el sentido que aquí nos esforzamos en discernir. Lo histórico es el saludo, lo arqueológico la fórmula empleada en él”. Anacronismos arqueológicos de esta guisa encontraremos varios en las novelas estudiadas.

²¹ Citado en Spang, Arellano, Mata (eds.), *op.cit.* p. 45

²² Montero Cartelle-Herrero Ingelmo, *op. cit.* pp. 26-7.

El autor puede jugar incluso con el anacronismo, como es el caso de Thornton Wilder (...). Sin embargo, no son estos los anacronismos más peligrosos contra la integridad de la novela. Hay otro tipo mucho más corrosivo por insidioso y difícil de detectar. Nos referimos al anacronismo mental o cultural, que se produce cuando, a pesar del marco histórico latino, los personajes tienen actitudes, comportamientos, modos de pensar y actuar que corresponden a la época del novelista y no del pasado histórico. Esto era costumbre en los siglos XVII y XVIII, pero también se encuentra en la novela latina actual. El ejemplo más llamativo es el de los detectives de las novelas históricas ambientadas en Roma, quienes actúan como los detectives de las series televisivas actuales: así ocurre con Marco Didio Falco, el héroe de las novelas de Lindsey Davis. Como es algo evidente, como es un puro juego, el lector lo acepta.

Así pues, hoy día el escritor de novelas históricas, sean éstas policiacas o no, debe hacer equilibrios de funambulista con respecto a dos problemas que pueden volverse en su contra y arruinar su creación: el manejo de las fuentes (que confrontaremos en los apartados correspondientes de la tesis) para que éstas le permita hablar con conocimiento de causa de una época y de unos personajes, y el uso libre de una imaginación que no incurra en anacronismos. Como vemos, el autor moderno parece tener menos libertad poética para recrear el pasado que en tiempos de Shakespeare, pues por una parte debe conocer mucho mejor las fuentes, y por otra debe intentar no incurrir en anacronismos, a menos que su obra nazca con el objetivo de ser claramente antihistórica (que también las hay, como veremos más adelante). La novela latina ha tenido un gran auge en los últimos cincuenta años, y en este mismo periodo la mejor novela policiaca ha alcanzado el estatus de gran literatura independientemente de la etiqueta de géneros. Antes de entrar en la novela criminal, vamos a ubicar la novela policiaca histórica dentro del marco de la novela histórica. Lo vamos a hacer siguiendo, sobre todo, la tipología de la novela latina contemporánea que establecen Montero Cartelle y Herrero Ingelmo en su obra sobre la novela histórica²³. De acuerdo con estos autores, la novela latina contemporánea presenta estas subdivisiones:

1) Novela biográfica (pp. 45-92). Su rasgo característico es la elección de un personaje como centro de la trama argumental. Puede ser apologética o agresiva y frecuentemente adquiere tono de novela de tesis. El procedimiento técnico más usado es el de la ficción de memorias, diarios o cartas. Ejemplos: *Yo, Claudio* y *Claudio el dios y su esposa Mesalina* (1934), de Robert Graves; *La columna de hierro* (1965), de Taylor Caldwell; *El joven César* (1958) y *César imperial* (1960), de Rex Warner; *Los idus de Marzo* (1948), de Thornton Wilder; *Aníbal* (1989), de Gisbert

²³ Montero Cartelle-Herrero Ingelmo, *op.cit.* pp. 41-181. Puesto que este estudio comprende la mayor parte del volumen, mencionaremos las páginas en las que se encuentra el análisis de cada tipo de novela.

Haefs.

2) Novela biográfica antihistórica (pp. 93-7). Coincide con la anterior en la elección de un personaje con objeto de tesis, pero el autor se toma todas las libertades de imágenes y de asociaciones poéticas con el objeto de realzar lo contundente de su propuesta. Ejemplo: *Super-Heliogábalo* (1969), de Alberto Arbasino.

Con respecto a la diferenciación entre novela biográfica y biografía histórica, Montero Cartelle y Herrero Ingelmo afirman (p. 98) que a la novela biográfica la reconocemos por “el mantenimiento de la narración en época y tiempo histórico pasados, sin apelar en ningún momento a datos extratemporales o de un escenario más moderno. Si se recurre a esos datos históricos, filológicos, lingüísticos, etc., rompiendo la ilusión escénica y temporal tendremos una biografía, que es un subgénero de la historia. En este sentido, el que la biografía esté novelizada o no es secundario”²⁴.

Los autores ponen como ejemplo de biografía *César y Cleopatra* (1986), de Philip Vandenberg, porque (p. 99) “apela al testimonio de historiadores posteriores, se sirve de literatos posteriores a la época, se alude a épocas posteriores como la E. Media y aparecen constantemente frases y juicios del propio autor de la biografía manifestando su opinión sobre los hechos históricos”.

3) Novela analítica (pp. 100-4). Como si de un serial se tratase, presentan los hechos año por año al modo de la analítica antigua. Ejemplos: *El primer hombre de Roma* (1990), *La corona de hierba* (1991) y *El sol naciente*, de Colleen McCullough.

4) Novela filosófico-teológica (pp. 105-18). Relato autobiográfico de orientación filosófica para expresar las etapas intelectuales de la búsqueda de la verdad. *Memorias de Adriano* (1951), de Marguerite Yourcenar; *Juliano el Apóstata* (1964), de Gore Vidal.

5) Novela biográfica literaria (pp. 117-131). Se recogen las vivencias de poetas tomando como base la documentación aportada por el propio escritor a través del filtro de la poesía. *Properce ou les amants de Tibur* (1927-1928), de Julien Benda; *La muerte de Virgilio* (1958), de Herman Broch.

6) Novela biográfica politizada (pp. 132-7). Utilización de un personaje o situación histórica para analizarla con una doctrina previamente aceptada, de lo que resulta una novela ideologizada o politizada. *Los gladiadores* (1939), de Arthur Koestler; *Los negocios del señor Julio César*, de Bertolt Brecht.

²⁴ Esto parece universalmente admitido. Así, Spang en Spang, Arellano, Mata (eds.), *op.cit.* p. 67 niega la existencia de la historia novelada como género literario: “La llamada *historia novelada*, calco del francés *histoire romancée*, no constituye, a mi modo de ver, un género literario, dado que es una especie de historiografía de divulgación, actualmente muy en boga; sus autores utilizan recursos de narrativización para presentar personajes y/o episodios históricos a un público amplio. (...) Es decir, en la mayoría de los casos falta el elemento ficcional, imprescindible en la novela histórica”.

7) Novela cristiana (pp.138-67). Favorable o no al cristianismo, arranca en el siglo XIX. *Nerópolis* (1984), de Hubert Monteilhet; *Médico de cuerpos y almas* (1959), de Taylor Caldwell.

8) Novela pedagógica (pp. 168-74). Escritas por profesores para formación y deleite de sus alumnos o del público lector en general, están condicionadas siempre por la finalidad y el nivel de conocimiento que buscan. *Laureles de ceniza* (1984), de Norbert Rouland.

9) Novela policiaca (pp. 175-81): De esta clase de novela los autores afirman que es una “trasposición a Roma del género policiaco” (p. 175), y en este uso de la palabra “trasposición” remarcan algo muy importante sobre lo cual volveremos más adelante: el hecho de que esta clase de novela es más policiaca que histórica sin dejar de ser ninguna de las dos clases. Entre las páginas mencionadas Montero Cartelle y Herrero Ingelmo comentan *El pompeyano*, de Philipp Vandenberg (pp. 175-7); *Il sale in bocca* (1990) y *La statua d'oro* (1984), de Rosario Magrí, y *Mors Tua* (1990) de Comastri Montanari (p. 177); *La plata de Britania* (1989), *La estatua de bronce* (1990) y *La venus de cobre* (1992) de Lindsey Davis (p. 178). Al final, antes de terminar mencionando de pasada *Noches de Roma*, de Ron Burns (1991) dedican mayor espacio a comentar las dos novelas que Joaquín Borrell dedicó a su descontinuado personaje Diomedes el exquiriente (pp. 179-181), donde destacan “como norma en la novela policiaca ambientada en Roma, los rasgos de humor sabiamente distribuidos a lo largo de la obra” (p. 180) poniéndolo en relación con el mencionado “tradicional humor británico” (p. 179) de las novelas de la Davis. Finalmente, dedicarán un breve párrafo a las dos primeras novelas de *Roma sub Rosa: Sangre romana* y *El brazo de la justicia*, de Steven Saylor, de cuyo Gordiano el Sabueso nos explican que está situado “en plena época ciceroniana con todos los característicos ingredientes de las series televisivas americanas” (p. 181). El comentario general acerca de todas estas novelas es que la acción podría haber sucedido en cualquier época y lugar, con lo que sólo es histórico el decorado (p. 177) y de Lindsey Davis su comentario es lapidario, teniendo en cuenta sobre todo que es la autora más vendida y conocida del género: “El mundo romano, tópico e irreal, sólo se utiliza como trasfondo de la novela, pero totalmente desdibujado y sin personalidad. La acción policiaca podría haber tenido lugar en cualquier otro lugar y época” (p. 178).

Sin pretender enmendar la plana a tan reputados maestros e investigadores del mundo clásico, creemos que Montero Cartelle y Herrero Ingelmo están demasiado condicionados por la precariedad de novelas publicadas en España hasta 1994, fecha de edición de este valiosísimo e inapreciable libro. Es verdad que numerosos autores recurren al humor para sazonar sus relatos policiacos (Lindsey Davis, John Maddox Roberts, Marilyn Todd), pero no es de ninguna manera una característica *sine qua non* del subgénero, pues salvo puntuales y aislados comentarios mordaces

no es uno de los rasgos de estilo de, por ejemplo, Steven Saylor.

También es cierto que a veces estos artefactos literarios acusan la artificiosidad de un decorado realmente ajeno a un caso policiaco que podría haber sucedido en otra época, pero en tal caso serían imposibles las novelas *The Sacrilege*, de Maddox Roberts, o la serie casi completa *Roma sub Rosa*, de Steven Saylor, que están absolutamente vinculadas a la problemática política de la Roma de su tiempo. El mismo comentario de los autores de que Gordiano el Sabueso se comporta como los detectives de las series de televisión denota poca familiaridad con el personaje, a menos que la vulnerabilidad y humanidad de Gordiano el Sabueso le emparenten con los personajes que pulularon por la serie *Hill Street Blues* (en España, *Canción triste de Hill Street*) producida por Steven Bochco, unos policías reales enfrentados a toda la tradición anterior de policías heroicos (*Starsky y Hutch*, *Los hombres de Harrelson*, *Los Intocables de Elliot Ness* o el extravagante *McCloud*) o detectives extraídos de la tradición de la *tough story* suavizados para el consumo de masas (éste fue el caso de la serie *Mike Hammer*). Creemos que, de haber sido escrito este libro en tiempos más recientes, Montero Cartelle y Herrero Ingelmo hubiesen matizado un poco más y hubieran mostrado una mirada menos indulgente y paternalista hacia un subgénero que, volvemos a insistir, no es menor en sí mismo por ser como es.

Si bien consideramos la obra de Montero Cartelle y Herrero Ingelmo como la mejor dedicada, hasta ahora, al análisis de la novela histórica latina, no podemos dejar de hacernos eco de otra obra que vino a prepararse al mismo tiempo que ésta, pero que no vio la luz hasta un año después. Nos referimos a *La Antigüedad novelada*, de Carlos García Gual²⁵. El libro de García Gual, elaborado al mismo tiempo que el de Montero Cartelle-Herrero Ingelmo y publicado inmediatamente después, no es tan exhaustivo como el primero (abarca no sólo la antigüedad romana, como en Montero, sino también la griega), y se centra en menos obras, teniendo además la desventaja de carecer de aparato bibliográfico. Su mayor aliciente (o desventaja, según se mire) es que García Gual sintetiza aún más los subgéneros de la novela histórica en el capítulo “Panorámica del siglo XX y breve tipología” (pp. 211-236). La tipología de la novela histórica propuesta por García Gual es la siguiente:

1) Novelas mitológicas o de tema mítico. El argumento es un relato basado en un mito clásico. *El vellocino de oro*, de Robert Graves (1945); *Medea*, de Christa Wolf.

2) Biografía novelesca. Las ya mencionadas novelas sobre Claudio debidas a Robert Graves, las *Memorias de Adriano* de Yourcenar; *Memorias de Agripina* (1992), de Pierre Grimal, etc.

²⁵Carlos García Gual, *La Antigüedad novelada: las novelas históricas sobre el mundo griego y romano*. Barcelona, 1995. Anagrama. [Argumentos, 165]

3) Novelas de gran horizonte histórico. El escenario en sí es lo fundamental y el novelista se esfuerza en la recreación de un fresco histórico de amplia perspectiva. *Creación* (1981) de Gore Vidal; *Nerópolis* (1984), de Monteilhet; *El primer hombre de Roma*, de Carson McCollough y siguientes.

4) Novelas de amor y aventuras. Viejo esquema romántico, con amor esforzado y final feliz, o todo lo contrario. Ejemplos del primer tipo serían las conocidas y ya citadas *Los últimos días de Pompeya*, *Ben-Hur* o *Quo Vadis?* Ejemplos del segundo tipo resultan ser *El pompeyano*, de Philip Vandenberg o *Laureles de ceniza* de N. Rouland (1984).

5) Novelas de intriga. García Gual también resalta lo novedoso del subgénero para luego apuntar que lo antiguo es el marco de acción, mientras que la acción se parece a la de cualquier otra novela de detectives, sobre todo de novela negra. Ejemplifica el género con Lindsey Davis, y opina de su protagonista Falco que “es una especie de Philip Marlowe en la Roma de Vespasiano” (p. 233). Así pues, García Gual es coincidente en este aspecto con Montero Cartelle-Herrero Ingelmo, aunque los referentes de García Gual son menores, pues ya vemos que ejemplifica tomando como ejemplo a Lindsey Davis, sin duda la autora más conocida fuera y dentro de España, pero no menciona a Saylor, ni a Todd, ni a David Wishart, por dar tres ejemplos. A pesar de que no es objeto de nuestro estudio, hemos leído las novelas de Davis y saldrá de nuevo a colación a lo largo de estas páginas. Para García Gual, el referente inmediato para la composición de estas novelas es la novela negra, como explica en las páginas 235-6, sin olvidar mencionar dos antecedentes de la novela policiaca histórica (a quienes ya volveremos) y a Umberto Eco, cuya *El nombre de la rosa* no es ajena al éxito actual de esta clase de novela:

Estas novelas reflejan, pienso, una visión moderna de la sociedad antigua en la que descubren los mismos vicios y caracteres que en nuestro entorno. Las intrigas de las novelas policíacas -que son propias de una mitología urbana y desencantada, y me refiero, claro está, a las de la llamada serie negra- se encuentran ya en el mundo romano. (...)

De algún modo, estas tramas un tanto de carnaval tienen su precedente en las novelas del juez Ti, inventado por R. Van Gulik —con una docena de curiosos casos a cuestas— o las del monje detective de Ellis Peters, otra novelista de agudo ingenio, situado en la Alta Edad Media. Y también podemos citar la habilidosa trama del astuto U. Eco en *El nombre de la rosa*, con sus guiños paródicos y su decorado medieval.

Este es el contexto genérico en que la novela policiaca de temática romana clásica se encuentra dentro de la novela histórica. Se trata de un género, el policiaco, un tanto arrinconado por la crítica, como vemos. Ni Montero Cartelle-Herrero Ingelmo ni García Gual tocan los demás subgéneros de la novela policiaca histórica porque no es su competencia, pero es fácil advertir cierta sonrisa indulgente con respecto al mismo. Salvo el clamoroso éxito de *El nombre de la rosa*, y el recuerdo de

las populares series de Van Gulik y Ellis Peters —mencionadas por García Gual—, el subgénero no tiene la reputación académica y el prestigio de los principales autores de la novela problema y la novela negra. Antes de dirimir la cuestión principal para definir de una vez por todas la naturaleza preponderante de esta clase de novelas —¿se trata de novelas policiacas históricas o novelas históricas policiacas?— debemos ubicar de nuevo el subgénero, pero esta vez dentro del marco de la narrativa policiaca o criminal.

La novela policiaca histórica (sea o no sea de temática romana) no es tan antigua como las principales obras de la novela problema e incluso de la novela negra, pero su gran éxito es ciertamente muy reciente, pues se ha beneficiado de la naturaleza híbrida de estos tiempos modernos que, ya lo hemos visto, algunos consideran de crisis o de mutación. Antecedentes y rarezas encontramos, sin embargo, desde las primeras décadas del pasado siglo. Aquí debemos volver a hacer una importante distinción, que es aquella entre novela policiaca histórica (*historical mystery*) y novela policiaca de periodo histórico (*period mystery*). Mientras que en la novela policiaca histórica aparecen personajes, episodios y crímenes realmente históricos, en la novela policiaca de periodo histórico se ambienta un acontecimiento en el pasado con el objeto de abordar problemáticas contemporáneas en el pasado, o simplemente por el gusto de recrear un periodo de la historia, más o menos lejano en el tiempo²⁶. Las novelas que vamos a estudiar son, pues, novelas policiacas históricas, y no novelas policiacas de periodo histórico, puesto que en todas ellas aparecen personajes importantes del fin del periodo republicano de Roma²⁷.

Como decimos, la novela policiaca histórica es un género de éxito reciente,

²⁶ La diferenciación la hallamos en *The Oxford Companion to Crime and Mystery Writing*: “The period mystery, a hybrid of the historical novel and crime fiction, may be distinguished from the historical mystery, in which historical figures, events and crimes appear. This subgenre offers unique vantage points from which to comment on human behavior or contemporary life. For instance, Ray Harrison describes the problems of drugs in society in eerily modern terms in a story set in 1894 in *Tincture of Death* (1989). (...) For many writers, however, a period setting may be chosen primarily to give the reader a vivid experience of another time. (...) The key to persuasive writing in this subgenre depends upon the author’s ability to provide a convincing setting in a period other than the present. Because documentation for the twentieth century is abundant, (...) setting is a comparatively easy element to create. Magazines, newspapers, films, radio recordings, even survivors from that period help the writer to achieve the semblance of authenticity necessary to reproduce the feel of the era”. En Rosemary Herbert (ed.), *The Oxford Companion to Crime and Mystery Writing*. New York, 1999. Oxford University Press, s.v. Period mystery, p. 328.

²⁷ Quizá las novelas menos denotativas a este respecto sean *La lágrima de Atenea*, de Joaquín Borrell, *Last Seen in Massilia*, de Steven Saylor, y *The Temple of the Muses*, de Maddox Roberts. En los tres casos tenemos a los protagonistas (Diomedes, Gordiano y Decio el Joven) haciendo “turismo” en el mundo antiguo: en el país de los tauros, en Massilia y en Alejandría respectivamente. Sin embargo, la implicación absoluta de los protagonistas con los acontecimientos históricos, y los continuos comentarios a la actualidad política de Roma las convierten en novelas “extravagantes” dentro de sus respectivas series, pero novelas históricas al fin y al cabo.

pero sus orígenes se remontan en el tiempo, si bien no ha sido el subgénero de la novela policiaca más recurrente por el consecuente anacronismo de plantear que en un tiempo muy remoto hayan existido los detectives o los modernos procedimientos policiales. Acerca de la policía en la antigua Roma hablaremos más adelante, pero de momento reseñaremos aquí la reflexión de que, a pesar de su artificiosidad, los aficionados a la novela policiaca histórica aceptan con gusto la proyección de los esquemas de la novela policiaca moderna al pasado real. Como nos dice Catherine E. Hoysler en *The Oxford Companion* (p. 209)²⁸:

Despite whatever universal explanatory power they have, schemes for interpretation of reality bear traces of their origins in specific times and places. Sigmund Freud's theory of family pathology has evident roots in the late nineteenth-century bourgeois culture of central Europe, but it nevertheless has utility in anachronistic application to examination of, say, the conflicts of medieval churchmen with papal authority. A similar anachronism informs the entertaining practice of relating adventures set in the past through the modern genre of crime and detective fiction. Although the genre sprang from the conditions of modern life that define crime as a major social problem and created the necessity for professional detectives, writers face little difficulty in using the narrative genre conditioned by present social experience to "read" events of the past.

Sin embargo, a pesar de esta aparente facilidad para extrapolar la creación moderna de la novela policiaca al pasado, no son mayoría los autores que ubican sus tramas muy lejos del presente, sino que prefieren el pasado reciente. Sin duda, el periodo favorito para hacerlo es el siglo XIX, todavía muy cercano en el tiempo, y en cuyo contexto nació precisamente la novela policiaca. Es por tanto, un escenario adecuado para lo que en España ha sido bautizado como "el detective retro", puesto que no es demasiado complicado ambientar un misterio o serie de misterios en el mismo siglo en que surgió esta clase de novela y comenzar a documentarse a partir de las mismas novelas del periodo que han llegado hasta nosotros. Con mayor motivo, las novelas ambientadas en periodos más recientes en el tiempo.

Para ejemplificar un poco, podríamos citar a los autores Peter Lovesey, que ambienta en la época victoriana al Sargento Cribb y a Constable Thackeray en *Wobble to Death* (1970), personajes de ficción. El mismo autor nos presentó a "Bertie" (Albert Edward, Príncipe de Gales y futuro rey Eduardo VII) haciendo el oficio de detective en las novelas *Bertie and the Timman* (1987), *Bertie and the Seven Bodies* (1990) y *Bertie and the Crime of Passion* (1993). Sin duda la autora más conocida por ambientar sus series en el periodo victoriano es, tanto en España como en los países anglosajones, Anne Perry, quien ha logrado un gran éxito con su serie sobre el Inspector William Monk y, sobre todo, con la serie del Inspector Thomas Pitt y su esposa Charlotte, donde recrea la época con gran fidelidad y se sirve de su moderni-

²⁸ Catherine E. Hoysler en Rosemary Herbert (ed.), *op.cit.*, s.v. Historical Mystery.

dad para poner en boca de sus personajes pensamientos y actitudes que se ganan las simpatías del lector contemporáneo. En Estados Unidos también se practica la novela policiaca decimonónica de ambientación norteamericana, campo en el que han destacado Miriam G. Monfredo, Diane Day o Teona Tone. Destaca sobre todo, por ambientar sus misterios en el Viejo Oeste, la creación de la autora Wendi Lee del detective Jefferson Birch. En cuanto a los misterios históricos que han desatado mayor cantidad de especulaciones y novelas en el mundo anglosajón encontramos la muerte de los príncipes en la Torre de Londres (relacionada con Ricardo III), la identidad de Jack el Destripador (el cual recientemente ha visto una nueva versión por la famosa creadora de la forense Kay Scarpetta, Patricia Cornwell), la muerte de Christopher Marlowe y las teorías sobre el asesinato del presidente Kennedy²⁹.

Para acabar este comentario sobre la novela policiaca histórica ambientada en tiempos recientes mencionaremos las series con personajes reales del pasado en situaciones ficticias, como es el caso de uno de los mejores ejemplos de detective retro de la novela negra americana, Toby Peters, un detective creado por Stuart Kaminsky y que resuelve casos criminales en los que se ven involucrados estrellas de la edad dorada de Hollywood³⁰.

Retrocedamos ahora mucho más en el tiempo hasta acabar encontrándonos con nuestro subgénero, la novela policiaca de temática romana. Para esta breve introducción, seguimos a Rosemary Herbert (ed.)³¹. Más allá del siglo XIX, los autores no se han aventurado excesivamente en periodos históricos en que la palabra detective no había sido acuñada³². Cuando lo han hecho, en Inglaterra ha habido dos importantes focos de interés con series representativas: el periodo isabelino y la Edad Media. En lo que respecta al periodo isabelino tenemos autores como Leonard Tournay, quien tiene una serie dedicada a Matthew Stock, con títulos como *The players boy is dead* (1980) o *Low Treason* (1983). Con respecto al periodo medieval, tenemos a P. C. Doherty con la serie de Hugh Corbett, secretario de Eduardo I que a

²⁹ Ejemplificación de todas estas categorías la encontrará el lector en Rosemary Herbert (ed.), *op.cit.* s.v. Historical Mystery, pp. 209 b-210 a.

³⁰ Cf. Jordi Canal, "Detective retro: El retorno al pasado de la novela policial americana", en *Prótesis*, 2. Abril, 2003; Rosemary Herbert, *op.cit.* s.v. Historical Mystery, p. 210 a; Javier Coma, *Diccionario de la novela negra norteamericana*. Barcelona, 1986. Anagrama. [Contraseñas, 80], s.v. Kaminsky, Stuart; Salvador Vázquez de Parga, *Los mitos de la novela criminal*. Barcelona, 1981. Planeta. [Textos, 67], pp. 272, 301.

³¹ Rosemary Herbert (ed.), *op.cit.* s.v. Period Mystery, pp. 328 b-329 a.

³² Por esto los autores recurren a razonables eufemismos para denominar la actividad de sus detectives. El más curioso y divertido, que aceptamos como genérico para esta clase de detective del mundo antiguo, es el de "exquiriente". Saylor llama a Gordiano *The Finder* (el Sabueso, en traducción española), y Decio Cecilio Metelo no tiene ningún calificativo para su oficio de metomentodo (como lo denomina su padre, el Viejo Narizcortada), pero su pertenencia primero a la comisión de tres, y posteriormente al Senado, le hacen proclive a entrometerse en casos de índole criminal que no escaseaban en su tiempo.

finales del siglo XIII resuelve casos criminales, pero sin duda la más conocida de todas las series medievales es la del Padre Cadfael, creación de la británica Ellis Peters (1913-1995), quien a lo largo de veinte novelas desarrolladas en el siglo XII, se ha convertido en una de las autoras históricas más populares e internacionales de la novela policiaca. La serie de Cadfael fue inaugurada en 1977 con *A Morbid Taste for Bones*, es uno de los grandes éxitos del género y fue popularizada gracias a una serie de televisión protagonizada por sir Derek Jacobi, el inolvidable intérprete del emperador Claudio en la adaptación de las novelas de Graves estrenada en 1976 por la BBC³³.

Otros ejemplos de novela histórica más remota en el tiempo han sido *Aristotle detective* (1978), de Margaret Doddy, esta vez con temática griega y protagonismo del gran filósofo, y tenemos incluso a una de las grandes referentes de la novela problema como es Agatha Christie remontándose en el tiempo nada menos que hasta el antiguo Egipto en la rareza *Death Comes as the End* (1944), que en España se tradujo como *La hija de Nefertiti*. Si bien Rosemary Herbert (op.cit. s.v. Period Mystery, p. 329 a) expresa que estas dos obras son las únicas que transcurren en un periodo temporal anterior al de la República romana y el Imperio, sabemos que hay otras obras que eventualmente ahondan en aquellos remotos tiempos³⁴. Por alguna razón, la novela policiaca de temática griega clásica no ha prosperado, o todavía no ha sido aprovechada como filón para esta clase de misterios. Lo que sí es cierto es que también se trata de un subgénero cultivado, y existe una página en internet enteramente dedicada a él, y que da cuenta de autores dedicados también a este subgénero de la narrativa policiaca. La mantiene Kris Swank y bajo el título de *Sybil and Sleuth*³⁵. Las novelas van desde la Grecia antigua a la época bizantina, y lo más llamativo entre el listado de autores que ofrece es hallar, como en el caso de Joaquín Borrell, al español de origen cubano José Carlos Somoza, quien en *La Caverna de las ideas* (Alfaguara, 2000) introduce al exquiriente Heracles Póntor para indagar el asesinato de efebos en la Atenas de Platón.

³³ Cf. Rosemary Herbert (ed.), op.cit. s.v. Peters, Ellis y Cadfael, Brother.

³⁴ Noreen Doyle tiene una fantástica página en internet dedicada a la novela histórica egipcia, donde también lleva a cabo una cronología de la novela policiaca de temática egipcia antigua, en <http://members.aol.com/wenamun/Egyptmyst.html>. La novela policiaca medieval está representada en la red por la excelente página de Renee Vink en <http://www.reneevink.net>, donde ofrece un listado de trescientos títulos en ocho idiomas de misterio medieval; Nance Hurt también ofrece un listado en <http://members.tripod.com/~BrerFox/medieval.html>, listado cuyas novelas son comentadas a veces en otra página, la mantenida por Sue Feder en <http://mywebpages.comcast.net/monkshould>, y que hasta septiembre de 2004 alcanzaba las novecientas cincuenta reseñas.

³⁵ En esta dirección: <http://personal.riverusers.com/~swanky/greece.htm>

4. Cronología de la novela policiaca de temática romana. El listado de Richard M. Heli.

Este es, más o menos, el panorama de la novela policiaca histórica en el que se ubica nuestro subgénero. Como veremos a continuación al hacer un listado de las obras publicadas hasta ahora, se trata junto con la novela policiaca de temática medieval, del subgénero de la novela policiaca histórica más popular y nutrido de autores y obras. Hasta la fecha no ha sido publicado ningún estudio comprensivo de nuestro subgénero, por lo que la bibliografía existente se reduce a comentarios aislados dentro de libros dedicados al estudio de la novela histórica, como es el caso de las excelentes obras, ya mencionadas, de Montero Cartelle-Herrero Ingelmo y Carlos García Gual. Sin embargo, son las páginas web las que a este respecto llevan la iniciativa y se convierten en pioneras en el ordenamiento y racionalización del conocimiento con una ambición verdaderamente enciclopédica. Es, pues, hora de hablar de dos páginas sin las cuales no sería posible abordar un acercamiento general a la historia del subgénero de la novela policiaca de temática romana. Y no sería posible por dos razones: porque sin la primera de ellas no podríamos comprender el desarrollo cronológico de esta variante de la novela histórica, y sin la segunda, no podríamos ahondar en cuál es la consideración crítica que cada una de ellas merece a juicio de sus lectores.

La primera de ellas, *The Detective and the Toga*, ha sido creada y es dirigida por Richard M. Heli en la dirección <http://histmyst.org>. La segunda, de carácter que no se ciñe exclusivamente a la novela policiaca de temática romana, sino a la novela histórica de tema latino en general, es *Fictional Rome*, y puede ser consultada en <http://www.stockton.edu/~roman/fiction>. Esta impresionante página, dirigida por Fred Mench (Professor of Classics) es mantenida por el Richard Stockton College of New Jersey, Pomona, por lo que tiene un marcado carácter institucional en cuanto la composición de su mesa directiva y en la profusión de textos críticos sobre la novela histórica latina. Con fecha de septiembre de 2004 almacena 1563 reseñas críticas de otras tantas novelas y 153 relatos cortos, así como numerosos ensayos y testimonios de los autores acerca de su oficio de novelistas históricos. Completan este prolijo almacén de reseñas e información sobre la novela histórica latina diversas secciones sobre personajes históricos, un resumen de los acontecimientos más relevantes de la historia de Roma, un vocabulario latino y diversas guías sobre obras de referencia. A los artículos y ensayos encontrados en esta página nos remitiremos cuando aborremos las novelas de Maddox y Saylor (Joaquín Borrell es un desconocido para ellos, pues no figura en sus listas). Volvamos ahora al meritorio desempeño de Richard M. Heli en su página *The Detective and the Toga*. Esta página permanece actualizada constantemente, permitiendo al aficionado a la novela policiaca de temática romana

estar al corriente de las nuevas publicaciones de sus autores favoritos, de reediciones de los textos ya agotados e, incluso, de los títulos que son rescatados del pasado y pasan a engrosar la lista de novedades. Es principalmente por medio de los volúmenes *mammoth* como algunos relatos de autores clásicos pueden llegar de nuevo a nosotros ante la imposibilidad (esperemos que temporal) de obras completas, como en el caso de Wallace Nichols, de quien hablaremos más adelante. La página principal se cierra con un listado de enlaces a otras páginas y también con la forma de comprar inmediatamente cualquiera de los títulos dirigiéndose inmediatamente a la librería virtual Amazon. com.

Sin lugar a dudas, lo que hace verdaderamente importante a esta página es la sección *Ancillary*, donde Richard M. Heli lleva a cabo una clasificación de todas las obras que conoce desde los siguientes puntos de vista: por autor (*Author Profiles*), donde hace una sinopsis de la biografía de cada autor y de sus novelas o relatos publicados; por el periodo temporal en que transcurren estas obras (*By Time Period*), desde la fundación de Roma hasta los reinados de los bizantinos Justino, Justiniano y Constantino V); finalmente, establece una cronología del relato criminal de temática romana mencionando sus títulos desde 1935 (*The Julius Caesar Murder Case*, de Wallace Irwin, sería la novela fundadora del género) hasta 2004 (en *By Publishing Chronology*). A continuación, y con permiso de Richard M. Heli, vamos a transcribir su listado de la cronología del relato criminal de temática romana, con la modificación de que al lado de los títulos (en cursiva para novelas, entrecomillados para relatos) añadiremos el nombre de los autores y, cuando lo creamos conveniente, haremos un “alto en el camino” para llevar a cabo los comentarios que creamos pertinentes. Su listado comprende autores en inglés, francés, italiano y alemán. De acuerdo con los datos proporcionados por Heli³⁶, advertimos que la historia del relato policiaco de temática romana clásica tiene una primera etapa que abarca desde 1935 a 1948, la cual comprende las siguientes obras:

1935

—Wallace Irwin, *The Julius Caesar Murder Case*. New York, London. D. Appleton-Century Company, Inc. Publio Manlio Escribón es periodista del Evening Tiber. Cubrir el asesinato del día le conduce a relacionarse con los grandes hombres de su tiempo, entre quienes destacan Cleopatra, Marco Antonio, Pompeya, Bruto, Casio y el mismo Julio César, sobre cuyo asesinato Irwin tiene una teoría propia. Heli destaca que los grandes personajes de aquel tiempo se comportan en esta novela como gánsters de los años 30.

³⁶ Todos los comentarios y datos bibliográficos sobre las novelas, así como los datos biográficos de sus autores proceden, salvo que se especifique lo contrario, de la página web de Richard M. Heli, y sólo a él corresponde la autoría y trascendencia de este importante trabajo.

1936

—Gertrud Atherton, *Golden Peacock*. New York, 1936. Houghton Mifflin Boston. La adolescente Pomponia, sobrina del poeta Horacio, investiga la muerte de sus padres, y esto la conduce a descubrir una intriga para asesinar a Augusto. La acción transcurre circa 20 a.C. y aparecen Horacio, Virgilio, Tito Livio y Ovidio, entre otros. Heli destaca que es la primera obra del género en estar escrita no sólo por una mujer, sino desde el punto de vista de una protagonista femenina.

1940

—Hermann Falk, *Der Sarg der Kleopatra: Kriminalroman*. Berlin, 1940. Aufferberg. Primera novela del género escrita en alemán.

1943

—Jay Williams, *Stolen Oracle*. London, New York, 1943. Oxford University Press. Primera novela del subgénero juvenil, está protagonizada por el joven romano de catorce años Cayo Hortensio Décimo y su buen amigo Rufo Léntulo. Ambos investigan el robo de los libros sibilinos. Aparecen Augusto, Horacio y Mecenas.

1945

—James Yaffe, “The Problem of the Emperor's Mushrooms” (en *Ellery Queen's Mystery Magazine*, 1945; reeditado en la antología Edward E. Hoch (ed.), *All But Impossible!* New York, 1981. Ticknor and Fields.) Se trata de la primer relato publicado en *Ellery Queen's Mystery Magazine*, donde verían la luz numerosas historias a partir de los años 80. Esta historia es un *howdunnit* acerca de la manera en que Claudio fue envenenado con setas.

1948

—Charles Connell, *Meet Me at Philippi*. London. Herbert Jenkins. Historia no exenta de humor acerca de la persecución de los asesinos de César. Aparición del poeta Cinna.

—Jay Williams, *The Roman Moon Mystery*. New York, 1948. Oxford University Press. Se trata de la segunda y última novela de esta autora dentro del género. Un joven capitán de los *vigiles* nocturnos, Aquilio Justo, investiga la muerte de un rico senador y focaliza la trama en la descripción de la vida de los primitivos cristianos. Transcurre en 58 d. C. Aparición de Nerón.

Estas son las obras que comprenden el primer periodo de esta clase de novela. Como vemos, la revista *Ellery Queen's Mystery Magazine* publicará su primer relato, en este caso del precoz James Yaffe (1927), descubierto por esta revista a la

edad de quince años. Autor prolífico de novelas y obras de teatro, también ha publicado un buen número de relatos detectivescos, y hoy enseña en una universidad de Colorado Sprigs³⁷. También advertimos que comenzará a desarrollarse el género escrito en lengua alemana, inaugurándolo Hermann Falk (1901-1981), maestro de escuela y prolífico autor de novelas de misterio y juveniles. Surgirá también la novela de orientación juvenil, una variante que tendrá notable éxito en inglés y alemán, como veremos más adelante. Es destacable que ninguno de los autores, salvo Jay Williams (1914-1978), reincidiese en el género de nuevo. En el caso de este autor, fue uno de los primeros en escribir relatos y novelas protagonizados por niñas y adolescentes, y *The Stolen Oracle* fue su primera obra publicada³⁸.

Desde el principio las novelas se inscriben inmediatamente dentro de la novela histórica, y no de la novela de periodo histórico, pues desde *The Julius Caesar Murder Case*, los protagonistas históricos son parte integrante y fundamental de sus tramas. Wallace Irwin (1875-1959), escritor prolífico y de dilatada producción, abordó en este caso el género como uno más entre sus múltiples intereses históricos, pues también escribió obras de contenido muy variado. Cabe decir lo mismo de la primera novelista del género, Gertrude Atherton (1857-1948) antecesora de nuestras Lindsey Davis o Marilyn Todd, quien también escribió algunas obras ambientadas en la Grecia clásica, pero no de índole detectivesca.

Como es fácil advertir, el hecho de que durante trece años sólo aparezcan seis novelas y un relato corto muestra que el género apenas estaba en sus balbucesos, y que ni el público ni la crítica parecieron respaldarlo con entusiasmo. A esta impresión general se añade el hecho, ya constatado, de que sólo Jay Williams (y más tarde Charles Connell, con una nueva obra en 1951) reincidan en el género, pero que no creen dentro del mismo, por falta de convicción o de trascendencia editorial, una serie con personajes fijos. Tras un breve intervalo (según Heli, no aparece ninguna novela en 1949) el medio siglo marca el primer desarrollo de la novela policiaca de temática romana, aunque lo hará sobre todo mediante el cuento. Esta es la época marcada por dos autores fundamentales: el inglés Wallace Nichols y el alemán Henry Winterfeld, abarca desde 1950 (con la publicación del primer relato de Nichols) a 1979 (con la publicación de un *omnibus* conteniendo las novelas de Winterfeld). Podemos llamarla con toda justicia la época de los clásicos, y a continuación exponemos la cronología del periodo siguiendo a Heli:

1950

—Wallace Nichols, “The Case of the Empress's Jewels”, en *London Mystery Maga-*

³⁷ La noticia no está actualizada, pues data de 1997. Cf. Heli, *Profiles of the Authors*, s.v. James Yaffe.

³⁸ Cf. <http://www.moonmountainpub.com/williams.html>.

zine (*LMM*) 3, April. Reeditado en Mike Ashley (ed.), *The Mammoth Book of Historical Whodunnits*. London, 1993. Robinson Publishing.

En esta historia Wallace Nichols introduce al esclavo detective Solio, quien en esta ocasión será el único que pueda resolver la desaparición de las joyas de la emperatriz Faustina.

—, “The Treasury Thefts”, en *LMM* 4, June. Reeditada en Mike Ashley (ed.), *The Mammoth Book of Historical Whodunnits*. London, 1993. Robinson Publishing.

—, “The Case of the Garden God”, en *LMM* 5, August.

—, “The Case of the Murdered Senator”, en *LMM* 6, octubre. Reeditado en Mike Ashley (ed.), *The Mammoth Book of Historical Detectives*. London, 1993. Robinson Publishing.

—, “The Hidden Snake”, en *LMM* 7, diciembre.

1951

—Charles Connell, *Most Delicious Poison*. London, 1951. Herbert Jenkins.

Richard M. Heli afirma que esta obra se desarrolla en Oriente Medio alrededor del 50 a.C., pero que no puede proporcionar reseña del mismo porque “apparently the British Library is guarding the last remaining library copy”.

—Wallace Nichols, “The Case of the Frightened Poet”, en *LMM* 8, febrero.

—, “The Case of the Senate's Gift”, en *LMM* 9, abril.

—, “The Case of the Etruscan Pin”, en *LMM* 11, agosto.

1952

—Miriam Allen Deford, “De Crimine”, en *EQMM*, 1952; incluido también en *The Theme is Murder: An Anthology of Mysteries*. London, New York, Toronto, 1967. Abelard-Schuman, Ltd. En esta historia, la desaparición de unas joyas empuja a una amiga de Tulia, la hija fallecida de Cicerón, a solicitar la ayuda del orador.

—Wallace Nichols, “The Case of the Buried Chains”, en *LMM* 12, marzo.

1953

—Wallace Nichols, “The Festival of Cybele”, en *LMM* 13, junio.

—, “The Case of the Poisoned Shaving-Oil”, en *LMM* 16, marzo.

—Henry Winterfeld, *Caius ist ein Dummkopf* (edición norteamericana, *Detectives in Togas*. Traducción al inglés de Richard y Clara Winston. New York, 1956; nueva edición en 1990. Harcourt Brace Jovanovich. Comienza la serie juvenil de Winterfeld, el segundo autor representativo del periodo. En esta ocasión, siete muchachos llegan a la escuela y encuentran a su profesor atado y amordazado. Además, uno de ellos está implicado en la profanación de un templo de Minerva. Con ilustraciones de Charlotte Kleinert.

1955

—Charles Edward Grey, *Murder Defies the Roman Emperor*. Boston, 1955. Bruce Humphries. (Richard M. Heli da como fecha de publicación 1957 en el listado de autores). El filósofo Quinto Cecina Tusco investiga el asesinato de un eminente fiscal por petición expresa del prefecto de Roma. La historia es narrada por su Watson particular, el esclavo Critón. Transcurre en tiempos del emperador Adriano.

—Wallace Nichols, “The Case of the Honey Cake”, en *LMM* 25, junio.

—, “The Case of the Parthian Arrow”, en *LMM* 26, septiembre.

—, “The Case of the Missing Slave Girl”, en *LMM* 27, diciembre.

1956

—, “The Case of the Drugged Wine”, en *LMM* 28, marzo.

“The Case of the Greek Play”, en *LMM* 30, septiembre.

“The Case of the Hidden Tablet”, en *LMM* 31, diciembre.

1957

—, “The Case of the Wasted Lesson”, en *LMM* 33, junio.

—, “The Case of the Yellow-Haired Spy”, en *LMM* 34, septiembre.

—, “The Case of the Two Soothsayers”, en *LMM* 35, diciembre.

1958

—, “The Case of the Chariot Wheel”, en *LMM* 36, marzo.

—, “The Case of the Lion's Claws”, en *LMM* 37, junio.

—, “The Case of the Golden God”, en *LMM* 38, septiembre.

—, “The Case of the Murdered Babies”, en *LMM* 39, diciembre.

1959

—, “The Case of the Senator's Farm”, en *LMM* 40, marzo.

—, “The Case of the Missing Head”, en *LMM* 41, abril.

—, “The Case of Corbulo's Trial”, en *LMM* 42, septiembre.

—, “The Case of Chrysis”, en *LMM* 43, diciembre.

1960

—, “The Case of Justice Served”, en *LMM* 44, marzo.

—, “The Case of the Fearful Perfume”, en *LMM* 45, junio.

—, “The Case of the Beheadings”, en *LMM* 46, septiembre.

—, “The Case of the Burnt Villa”, en *LMM* 47, diciembre.

1961

—, “The Case in the Camp”, en *LMM* 48, marzo.

- , “The Case of the Missing Baby”, en *LMM* 49, mayo.
—, “The Case of the Persian Ring”, en *LMM* 50, septiembre.
—, “The Case of the Roman Banquet”, en *LMM* 51, noviembre.
—John y Esther Wagner, *Gift of Rome*. Little, Brown and Co. Boston, Toronto.
Basada en el discurso ciceroniano *Pro Cluentio*, la muerte de Opiánico el Viejo es investigada para Cicerón por una bella joven.

1962

- Wallace Nichols, “The Case of the Bank Theft”, en *LMM* 52, marzo.
—, “The Case of the Unfinished Villa”, en *LMM* 53, junio.
—, “The Case of the First Cup”, en *LMM* 54, septiembre.
—, “The Case of Cotta's Jewels”, en *LMM* 55, diciembre.
—Leslie Turner White, *Scorpus the Moor*. New York, 1962. Doubleday. No aparece registrada en este listado de Heli.
Las desgracias de un árabe acusado de asesinato en la Roma de Nerón.

1963

- Wallace Nichols, “The Case of the Pleader's Notes”, en *LMM* 56, marzo.
—, “The Case of the Roman General”, en *LMM* 57, junio.
—, “The Case of the Goldsmith's Daughter”, en *LMM* 58, septiembre.
—, “The Case of the Bearded Man”, en *LMM* 59, diciembre.

1964

- , “The Case of the Courtyard Games”, en *LMM* 60, marzo.
—, “The Case of the No Conclusion”, en *LMM* 61, junio.
—, “The Case of the Two Horses”, en *LMM* 62, septiembre.
—, “The Case of the Haunted Farm”, en *LMM* 63, diciembre.

1965

- , “The Case of the Nest of Evil”, en *LMM* 64, marzo.
—, “The Case of the Pharaoh's Eye”, en *LMM* 65, junio.
—, “The Case of Hanno's Oasis”, en *LMM* 66, septiembre.
—, “The Case of the Legion's Pay-Chest”, en *LMM* 67, diciembre.

1966

- , “The Case of the Senator's Folly”, en *LMM* 68, marzo.
—, “The Case of the Servile Gang”, en *LMM* 69, junio.
—, “The Case of the Last Skin”, en *LMM* 70, septiembre.
—, “The Case of the Missing Corcyran”, en *LMM* 71, diciembre.

1967

—John Blackburn, *The Flame and the Wind*. London. Jonathan Cape.

Transcurre en 30 d.C. El joven Sexto Marcelo Ennio y su amigo Eros Díon de los *vigiles* viajan hasta Judea para investigar la vida de Jesús y su relación con un asesinato. Aparecen Calígula, San Pablo, Poncio Pilatos y la hija de Judas Iscariote.

—Wallace Nichols, “The Case of His Own Abduction”, en *LMM* 72, febrero.

——, “The Case of the Talisman”, en *LMM* 73, mayo.

——, “The Case of the Sacred Horn”, en *LMM* 74, septiembre.

——, “The Great Tin Mine Case”, en *LMM* 75, diciembre.

1969

—Henry Winterfeld, *Caius geht ein Licht auf*. Berlín. Blanvalet Verlag. Edición norteamericana, *Mystery of the Roman Ransom*. Traducción de Edith McCormick. Harcourt Brace Jovanovich; reedición en 1990.

Segunda novela de la serie de Cayo escrita por Winterfeld. Cayo y sus amigos descubren un mensaje cifrado que revela un complot para hacer tambalear al mismo Imperio. Ilustraciones de Fritz Biermann.

1972

—John Hersey, *The Conspiracy*. New York. Knopf.

Formalmente no se trata de una novela policiaca. Trata sobre las pesquisas llevadas a cabo por el servicio secreto de Nerón con objeto de descubrir a los disidentes del emperador. Intervienen Séneca, Tigelino y Lucano.

1973

—Anthony Price, “A Green Boy”, en *Winter’s Crime* 5. Reeditado en Mike Ashley (ed.), *Classical Whodunnits*. London, 1996. Robinson Publishing; New York, 1997. Carroll & Graf.

En la Britania de 77 d.C., Gneo Céler investiga las emboscadas que sufren las expediciones de aprovisionamiento de grano.

1974

—Mary Ray, *The Ides of April*. London, 1974. Faber; New York, 1975, tapa dura; Bethlehem Books, 1999, bolsillo. Farrar, Straus, Giroux.

Novela juvenil. En ella, el senador Cayo Pomponio Afer es hallado asesinado en la cama y todos sus esclavos se convierten en sospechosos. Para impedir su ejecución, el joven esclavo Hylas y el tribuno militar Camilo Rufo deben hallar al verdadero culpable. En la novela aparece Nerón.

1975

—Michael Grant, *Murder Trials by Cicero*. New York, 1975, 1990 (revisada), bolsillo. Viking Press. Heli incluye aquí esta antología de discursos forenses de Cicerón por ser una de las más usadas por los novelistas de este periodo, como Steven Saylor.

1976

—Kenneth Benton, *Death on the Appian Way*. London. Chatto and Windus. No registrada en este listado de Heli. No hay más datos acerca de esta obra ni de este autor en Heli.

—R.L. Stevens, “The Three Travelers”, en *Ellery Queen’s Mystery Magazine* (EQMM), January; reeditado en Mike Ashsley (ed.), *The Mammoth Book of Historical Detectives*. London, 1993. Carroll & Graf. En bolsillo, New York, 1995, Robinson Publishing.

Los Reyes Magos (*the Three Wise Men*) investigan la desaparición de uno de sus valiosos regalos.

—Henry Winterfeld, *Caius in der Klemme*. München. Blanvalet Verlag.

Tercera novela de la serie de Cayo. Éste es condenado a muerte por irrumpir en el palacio imperial. Sus amigos le defienden para salvarle de la pena capital.

1978

—Margot Arnold, “Villa On the Palatine”. Ni está registrada en este listado de Heli, ni hay datos existentes sobre esta autora.

1979

—Anthony Price, “The Boudicca Killing”, en *Winter’s Crimes*, 11.

Acerca de la sublevación de Boudicea en Britania.

—Henry Winterfeld, *Caius, der Lausbub aus dem alten Rom*. München, 1979. Blanvalet Verlag. Edición omnibus que contiene las tres novelas de este autor publicadas anteriormente.

La publicación del *omnibus* de las aventuras de Cayo marca el fin de esta segunda época que abarca, como hemos visto, de 1950 a 1979. Durante este periodo la gran estrella es, sin lugar a dudas, el inglés Wallace Nichols (1888-1967) con sus relatos publicados en *The London Mystery Magazine* (LMM). Wallace Nichols es hoy día un autor quizá injustamente olvidado, pues de su abundante producción para LMM durante diecisiete años (1950-1967) sólo han sido reeditados cuatro relatos suyos en las ediciones *omnibus* inglesas y norteamericanas. Es, pues, un autor a quien se debería redescubrir en estos tiempos en que la novela policiaca histórica ha cobrado tanto auge, y no estaría de más que algún día viésemos publicados los rela-

tos completos de Solio, el detective esclavo del siglo II d.C., publicados en la revista inglesa, pues una rápida revisión al catálogo en línea de Amazon.com arroja el resultado de que en lengua inglesa no están recogidos sus relatos completos, aunque sin embargo gozan del suficiente interés para ser recogidos en las antologías *mammoth*, disponibles todavía algunas de las cuales. Wallace Bertram Nichols fue poeta y novelista (*Simon Magus* fue una de sus novelas de temática romana, desarrollada en el siglo I d.C.)³⁹. No hemos podido encontrar mayores datos acerca de este destacado autor de nuestro subgénero, por lo que las referencias más importantes las hallamos de nuevo en la magnífica página de Richard M. Heli, y lo que de él nos cuenta no puede ser más estimulante: nacido en Birmingham, fue editor de la revista *Windsor Magazine*. Hablaba con fluidez cinco idiomas y dominaba las lenguas clásicas, entre ellas el babilonio y el egipcio. Amigo de personajes tales como Winston Churchill, Dylan Thomas o Lawrence de Arabia, se mudó en 1934 a Cornwall por razones de salud, donde se dedicó productivamente a la literatura hasta su fallecimiento en 1967. Y es todo cuanto sabemos de Wallace Nichols.

Con respecto al alemán Henry Winterfeld (1901-1990), ya vemos que su producción fue mucho menor, ya que dio a la luz tres novelas para jóvenes de la serie de Cayo, otro adolescente envuelto en aventuras de temática criminal en la antigua Roma. Según Richard M. Heli, se trata del autor más ampliamente traducido de todo el género, pero parece ser que todavía no al español. Winterfeld fue durante toda su vida un autor de literatura juvenil, por lo que su incursión dentro de nuestro subgénero, a pesar de su importancia para el mismo, fue una faceta más de su fértil imaginación. Nacido en Hamburgo, escribió su primer libro infantil para entretenimiento de su hija. Ante el progresivo ascenso del nazismo, Winterfeld abandona Alemania para establecerse en los Estados Unidos.

Si bien ellos son los autores más representativos, pues crearon sendas series dentro del género, hemos visto en el listado que no fueron los únicos. Sin poder llegar a hablar de una superpoblación de novelistas, advertimos que son muchos más que en la primera etapa de los pioneros, y que efectivamente parecemos hallarnos ante el prólogo de un boom de la novela histórica. De entre todos estos autores, sólo Anthony Price (1928) incursionó en el género más de una sola vez, con los relatos “A green Boy” (1973) y “The Boudicca Killing” (1979). Price fue primero periodista y crítico de literatura criminal en el Oxford Mail hasta ganar el British Crime Writers' Silver Dagger Award por su primera novela, *The Labyrinth Makers*.

1980

De acuerdo con el listado de Heli, este año no se publicó ninguna novela en nuestro género. Sin embargo, se trata del año de aparición de *El nombre de la rosa*,

³⁹ Wallace Bertram Nichols, *Simon Magus*. Wolsey, 1946.

de Umberto Eco, lo que marca el fin de la segunda época y el comienzo de la tercera. Dato lógicamente no registrado en este listado de Heli, al tratarse de una novela ambientada en la época medieval. La consignamos aquí por su trascendencia, ya que veremos que a partir de 1982 el subgénero de la novela policiaca histórica, y en concreto el que nos ocupa, va a vivir una expansión de autores y títulos.

1981

—Harry Turtledove y Elaine O'Byrne, "Death in Vesunna", en *Isaac Asimov's Science Fiction Magazine*, January 1981; reeditada en Harry Turtledove y Elaine O'Byrne, *Departures*. New York, 1993. Ballantine.

Extraña historia que mezcla a la antigua Roma con la más moderna tecnología, de ahí su publicación en la revista de ciencia ficción de Isaac Asimov. Transcurre en Aquitania durante el reinado de Antonino Pío.

1982

—Hans Dieter Stöver, *Mord auf der Via Appia*. München. Knauer. Primera novela de la serie de Volcacio. El tribuno militar Cayo Volcacio Tulo investiga un secuestro llevado a cabo por los piratas de Cilicia en el que están implicados importantes romanos de la época, entre ellos Publio Clodio.

—, *Die Frau des Senators*. München, 1982. Knauer. En esta segunda novela, Volcacio sirve como tribuno militar en el ejército de César en Galia durante la revuelta de Vercingetórix. Investiga un asesinato en el que se halla implicado éste último.

—, *Ich klage an*. München, 1982. Knauer. Volcacio investiga la desaparición de un campesino en su granja cercana a Roma.

—, Rosario Magrí, *Il medico delle Isole*. Milán. Mondadori. [Collezione Omnibus]. Primera novela de la serie de Pontio Epafrodito.

1983

—Wolfgang Augsburg, *Aemilius Varro. Kommissar in Colonia*. Cologne. Bachem. La novela versa sobre unos crímenes cometidos en la antigua Colonia entre los siglos III y IV d.C.

—Barbara Hambly, *The Quirinal Hill Affair*. En tapa dura: New York, Ballantine. Reeditada como *Search the Seven Hills*: New York, 1987, tapa dura. Ballantine. En 116 d.C., un joven filósofo investiga el secuestro de una joven en el Quirinal.

—Jürgen Hofmann, *Cave canem: Roman aus dem alten Rom*. Rudolstadt. Greifenverlag. Un esclavo intenta resolver el asesinato de su amo en tiempos de Augusto.

—Heide Huber, *Der geheimnisvolle Römerwagen in Colonia: Eine Kriminalgeschichte, nicht nur für Kinder*. Cologne. Bachem. Novela orientada al público juvenil. En la Colonia romana de finales del siglo II d.C., unos niños siguen la pista de unos misteriosos viajeros.

—Hans Dieter Stöver, *Skandal um Nausikaa*. München. Knauer.

Cuarta novela de la serie. Volcacio investiga un asesinato en el mundo del teatro romano. Aparecen Pompeyo y Cicerón.

—, *Alexander und die Gladiatoren*. München. Knauer. Quinta novela de la serie. Ahora Volcacio ofrece un espectáculo de gladiadores con vistas a garantizar su elección como edil. Su liberto Alejandro, entre tanto, se ve envuelto en una trama criminal.

1984

—Hans Dieter Stöver, *Attentat in Pompeii*. München. Knauer. Sexta novela de la serie. Intentando resolver unos asuntos familiares en Pompeya, Volcacio se ve implicado en un asesinato.

—, *Der Verrat des Ambiorix*. München. Knauer. Séptima novela de la serie. Volcacio investiga ahora para Julio César el paradero de Ambiorix, que dirige una revuelta contra Roma. El transcurso de la investigación le conduce a cruzar el Rin hasta la Germania invicta.

—Michael Levey, *An Affair on the Appian Way*. London. Hamish Hamilton. Julia, la Virgo Maxima de las vestales, investiga el estrangulamiento de una joven patricia. Aparece la emperatriz Pompeya Plotina.

—Rosario Magrì, *La Statua d'Oro. Claudio Galeno alla corte dell'imperatore*. Milan. Mondadori. [Collezione Omnibus]. Segunda novela de la serie. Poncio Epafrodito, jefe de bomberos y de la policía, investiga el robo de una estatua de oro que el emperador había adquirido como obsequio para el famoso médico Galeno. La acción transcurre en Ostia y Portus, puerto de Roma.

1985

—Hans Dieter Stöver, *Rebellion im Circus Maximus*. München. Knauer. Octava novela de la serie de Stöver. Volcacio investiga turbios asuntos relacionados con las carreras de caballos.

—, *Tod auf dem Forum*. München. Knauer. Novena en la serie. En esta ocasión, Volcacio investiga la llegada a Roma de monedas falsas.

1986

—Hans Dieter Stöver, *Tödliche Dosis*. München. Knauer. Décima de la serie. Un romano rico es envenenado y el doctor de la familia le pide a Volcacio que investigue el asunto.

—Philipp Vandenberg, *Der Pompejaner*. Gustav Lübbe. Bergisch Gladbach. Un antiguo esclavo escapado de Pompeya intenta adquirir una gran fortuna, pero en el camino se ve envuelto en una serie de crímenes.

1987

—Hans Dieter Stöver, *Quintus geht nach Rom*. München. Dtv. Quinto es un adolescente que marcha a Roma con su familia. En esta novela, se verá envuelto en un asunto relacionado con el fraude de la repartición de grano. Stöver comienza una nueva serie orientada al público adolescente, pero que transcurre en el mismo periodo que la serie de Volcacio, *circa* 50 a.C.

1988

—Joan O'Hagan, *A Roman Death*. New York. Doubleday. Durante la dictadura de Julio César, la alianza entre la gens Fufidia y Scaura pasa por un mal momento después de que uno de ellos ha sido asesinado. La esposa de Fufidio es acusada de asesinato e incesto, y sólo Cicerón tiene esperanzas de ganar el caso. En esta obra se presta especial atención a la vida de la mujer en Roma.

—Jean Pierre Neraudau, *Les louves de Palatin*. No registrada en este listado de Heli.

1989

—Joaquín Borrell, *La esclava de azul*. Barcelona. Círculo de Lectores. Ver sinopsis en Apéndice.

—Lindsey Davis, *Silver Pigs*. London, 1989, tapa dura. Sidgwick & Jackson (*La plata de Britania*. Barcelona, 1991. Edhasa). Primera novela de la exitosa serie de Marco Didio Falco. Falco investiga una conspiración en tiempos de Vespasiano. También aparecen Tito y Domiciano.

—David Drake, *Vettius and His Friends*. New York. Baen Books. Colección de doce relatos que transcurren en el siglo IV d.C. con elementos de intriga y fantasía.

—Ray Faraday Nelson, *Dogheaded Death*. San Francisco. Strawberry Hill Press. Cuando un acaudalado egipcio aparece asesinado, el emperador Nerón manda a un centurión a investigar en Alejandría. En esta obra aparece San Marcos.

—John Evangelist Walsh, *The Man Who Buried Jesus*. New York. Macmillan Books. Nicodemo, uno de los hombres que enterraron a Jesús, investiga su desaparición de la tumba. Aparecen los apóstoles y María Magdalena.

1990

—Danila Comastri Montanari, *Mors Tua*. Milán. Giallo Mondadori. Primera novela de la serie. El senador Publio Aurelio Estacio, joven y encantador epicúreo, halla el cuerpo de una joven muerta y decide investigar su muerte. El fallecimiento del amante de la chica le convierte en sospechoso de su asesinato. La acción transcurre en la época del emperador Claudio.

—Lindsey Davis, *Shadows in Bronze*. London. Sidgwick and Jackson (*La estatua de bronce*. Barcelona, 1992. Edhasa). Segunda novela de la serie de Falco, que en este caso vaga por Italia rastreando las pistas de una conspiración contra Vespasiano.

—John Maddox Roberts, *SPQR*. New York, 1990. Avon; reeditado como *The King's Gambit*, New York, 2001, bolsillo, St. Martin's Minotaur. Edición española, *El misterio del amuleto*. *SPQR*. Traducción de Aurora Echevarría. Barcelona, 1997. Plaza y Janés. Primera novela de la serie de Decio Cecilio Metelo el Joven. Ver sinopsis detallada en Apéndice.

—Rosario Magri, *Il sale in bocca*. Milán. Mondadori. Tercera novela de la serie. Poncio Epafrodito investiga la muerte de un mendigo, pero pronto descubre que en esa muerte están involucrados algunos poderosos.

1991

—Ron Burns, *Roman nights*. No registrada en este listado de Heli. (*Noches de Roma*. Traducción de Hernán Sabaté. Barcelona, 1998. Ediciones B.) En Roma durante el 180 d.C. una bella desconocida visita a Livinio Severo, abogado y senador, y le revela que su marido la ha amenazado de muerte a ella y a su amante. Al día siguiente es hallada muerta, y esto no es más que el primero de una larga serie de asesinatos.

—Danila Comastri Montanari, *In Corpore Sano*. Milán, Mondadori. La hija de un judío amigo de Aurelio fallece de una hemorragia, pero la teoría de un aborto provocado no le convence.

—Lindsey Davis, *Venus in Copper*. London. L. Hutchinson. (*La venus de cobre*. Traducción de Horacio González Trejo. Edhasa, 1993). Una pequeña equivocación conduce a Falco a la cárcel.

—Hans Dieter Stöver, *Quintus in Gefahr*. Dtv. München. Segunda novela de esta serie juvenil.

—John Maddox Roberts, *SPQR II, the Catiline Conspiracy*. Avon. New York. Edición española, *La conspiración de Catilina*. Ver Sinopsis detallada en Apéndice.

—Rosario Magri, *Indagine sur la morte de un schiavo*. No registrada en este listado de Heli.

—Nino Marino, *Rosso pompeiano*. Rusconi. Milán. No registrada en este listado de Heli. Transcurre en Pompeya en 79 d.C. Nino Marino no ha vuelto a cultivar este género, pero su novela está altamente considerada. El autor mexicano de novela negra Paco Ignacio Taibo II la considera la mejor obra de todo el subgénero, según nos dijo durante una conversación personal mantenida en octubre de 2004.

—Kel Richards, *Clues for Armchair Detectives*. St. Matthias Press, Kingsford NSW. No hay referencias.

—, *The Case of the Vanishing Corpse*. Hodder and Stoughton. Sydney. El cuerpo de Jesucristo ha desaparecido, y Ben Bartholomew investiga su paradero. Primera novela de esta serie en orden cronológico.

—Steven Saylor, *Roman Blood. Roma sub Rosa I*. St. Martin Press. New York. (*Sangre romana*. Traducción de Damián Alou. Emecé. Barcelona, 1998. Ver sinop-

sis detallada en Apéndice.

1992

—Ron Burns, *Roman Shadows*. St. Martin Press. New York (*Sombras de Roma*. Traducción de Hernán Sabaté. Edhasa. Barcelona, 1995). Segunda novela de la serie de dos protagonizadas por Cayo Livinio Severo. En esta ocasión corre el 43 a.C. y, tras el asesinato de Julio César, Cicerón le pide a Livinio que investigue una serie de brutales crímenes que se suceden tras la muerte del dictador.

—Lindsey Davis, *The Iron Hand of Mars*. L. Hutchinson. London. (*La mano de hierro de Marte*. Traducción de Horacio González Trejo. Edhasa, 1989). Falco es enviado a los confines del Imperio para que investigue el papel de la legión Gemina en la insurrección de Germania.

—Robert Gordian, “Thessalus IV”, en *Das Grab des Periandros: Antike Mordgeschichten*. Neues Leben. Berlín. Un esclavo aparece muerto en la villa de un senador, aparentemente asesinado por otro esclavo. El relato desarrolla el tema de la relación entre amos y esclavos en 171 a.C.

—Anne de Leseluc, *Les vacances de Marcus Aper*. UGE. París. Marco Aper es un famoso abogado galo que trabaja en Roma. Un viaje a Lugdunum (Lyon) para ver a un amigo le hace toparse con un cadáver. Primera novela de la serie.

—John Maddox Roberts, *The Sacrilege: An SPQR Mystery*. Avon. New York. Ver Sinopsis detallada en Apéndice.

—, *The Temple of the Muses: An SPQR Mystery*. Avon. New York. Ver Sinopsis detallada en Apéndice.

—Jean-Pierre Nèraudau, *Le mystère du jardin romain*. Les Belles Lettres. París. En la Roma del emperador Tiberio, en 24 d.C., aparece el cadáver de la esposa de Marco Plautio en el jardín de su casa. Un manuscrito anónimo confirma que no se trata ni de un accidente ni de un suicidio, sino de asesinato.

—Kel Richards, *The Case of the Secret Assassin*. Hodder and Stoughton. Sydney. Basada en los *Hechos de los Apóstoles*, esta novela cuenta el desarrollo de la Iglesia bajo la guía de San Pablo. Cuarta novela de la serie en orden cronológico.

—Steven Saylor, *Roma sub Rosa II. Arms of Nemesis*. St. Martin Press. New York. (*El brazo de la justicia*. Traducción de María Eugenia Ciochini Suárez. Emecé. Barcelona, 1998). Ver Sinopsis detallada en Apéndice.

—, “A Will is a Way”, en *EQMM*, marzo. Incluido en *La casa de las vestales*. Ver Sinopsis detallada en Apéndice.

—, “Death Wears a Mask”, en *EQMM*, julio. Incluido en el libro *La casa de las vestales*. Ver Sinopsis detallada en Apéndice.

—, “The Lemures”, en *EQMM*, octubre. Incluido en el libro *La casa de las vestales*. Ver Sinopsis detallada en Apéndice.

—S.P. Somtow, “Hunting the Lion”, en *Weird Tales*, Spring (Filadelfia, Pennsyl-

vania). El detective Publio Viridiano recibe el encargo de investigar la turbia vida de Quinto Drusiano Otón, en la que no faltan implicaciones con las vírgenes vestales, los cristianos y hasta los leones. Aparecen Nerón y Petronio Árbitro.

1993

- Margot Arnold, *The Catacomb Conspiracy*. No registrada en este listado de Heli.
- Joaquín Borrell, *La lágrima de Atenea*. Círculo de Lectores. Barcelona. No registrada en este listado de Heli. Ver Sinopsis detallada en Apéndice.
- Danila Comastri Montanari, *Cave Canem*. Giallo Mondadori. Milán. En una villa del lago Averno, mítica entrada al Hades, son asesinados misteriosamente tres miembros de la familia Plautia según los versos de una misteriosa profecía. Tercera novela de la serie de Publio Aurelio Estacio.
- Lindsey Davis, *Poseidon's Gold*. Century, Random House UK Limited. London (*El oro de Poseidón*. Traducción de Hernán Sabaté. Edhasa, 1994).
- Hans Dieter Stöver, *Quintus setzt sich durch*. Dtv. München. Tercera novela de la serie juvenil de Quinto. En esta ocasión, viaja a Alejandría para comprar un antiguo libro.
- Dorothy J. Heydt, “The Gift of Minerva”, en *Sword and Sorceress X*. Esta historia transcurre durante la primera guerra púnica. Cyntia, maga de Siracusa, debe averiguar la identidad del asesino de un cartaginés que regresaba a casa en el barco de su amigo Cayo Duilio Nepote.
- Anne de Leseluc, *Marcus Aper chez les Rutènes*. UGE. París. Segunda novela de la serie. En esta ocasión, Marco Aper investiga el asesinato de la hija de un alfarero, lo que permite a Leseluc retratarnos esta industria de la época.
- Mary Reed y Eric Mayer, “A Byzantine Mystery”, en *The Mammoth Book of Historical Whodunits*. Robinson Publishing. London. El emperador Justiniano concede a Juan el Eunuco sólo veinticuatro horas para recuperar un relicario robado que contiene una astilla de la cruz de Cristo.
- , “A Mithraic Mystery”, en *The Mammoth Book of Historical Detectives*. Robinson Publishing. London. La emperatriz Teodora solicita a Juan el Eunuco que investigue un asesinato cometido en el Mitraeo, lugar sagrado de la religión mitraísta.
- Steven Saylor, *Catiline's Riddle. Roma sub Rosa III*. St. Martin Press. New York. Ver Sinopsis detallada en Apéndice.
- , “The House of the Vestals”, en *EQMM*, April. Incluido en *La casa de las vestales*. Ver Sinopsis detallada en Apéndice.
- , “The Treasure House”, en *The Detective Armchair*, Spring. Incluido en *La casa de las vestales*. Ver Sinopsis detallada en Apéndice.
- , “The Disappearance of the Saturnalia Silver”, en *EQMM*, December. Incluido en *La casa de las vestales*. Ver Sinopsis detallada en Apéndice.
- John Maddox Roberts, “The King of Sacrifices”, en *The Mammoth Book of His-*

torical Detectives. Robinson Publishing. London. Nada menos que un *flash-forward* dentro de la saga *SPQR*. Decio Cecilio Metelo, a la edad de setenta y tres años, debe investigar un escandaloso asesinato a petición del Primer Ciudadano, Augusto.

—, “*Mightier Than the Sword*”, en *The Mammoth Book of Historical Whodunits*. Robinson Publishing. London. Recién elegido edil, Decio Cecilio Metelo debe desviarse de sus ocupaciones para atender un caso de asesinato.

1994

—Danila Comastri Montanari, *Morituri Te Salutant*. Mondadori. Milán. Cuarta novela de la serie. Publio Aurelio es requerido por el emperador Claudio para investigar la muerte de un gladiador. Una vez metido en ambiente, descubre que existe un complot para asesinar a Claudio.

—Lindsey Davis, *Last Act in Palmyra*. Century, Random House UK Limited. London. (*Último acto en Palmira*. Traducción de Horacio González Trejo. Barcelona, 1994. Edhasa). Vespasiano se niega a elevar a Falco en la escala social y, para colmo, se halla pasando unas vacaciones en Decápolis que se transforman en una peligrosa misión secreta llena de asesinatos.

—Anne de Leseluc, *Marcus Aper et Laureolus*. UGE. Paris. Enfocada en el mundo del teatro, transcurre en Arausio (hoy Orange), donde su teatro y la obra *Laureolus* cobran una gran importancia.

—Kel Richards, *The Case of the Damascus Dagger*. Hodder & Stoughton. Sydney. Siglo I d.C. El abogado Ben Bartolomé intenta ayudar a su cliente a pesar de la oposición de los habitantes del pueblo. Aparece San Pablo.

—Steven Saylor, “*The Alexandrian Cat*”, en *EQMM*, February. Incluido más tarde en *Mystery Cats III: More Feline Felonies*. Signet. New York, 1995. Integrado también en *La casa de las vestales*. Ver Sinopsis detallada en Apéndice.

1995

—Lindsey Davis, *Time to Depart*. Century, Random House UK Limited. London. (*Tiempo para escapar*. Traducción de Hernán Sabaté. Barcelona, 1995. Edhasa). Los condenados al exilio en Roma disponían de un plazo para escapar, y Falco acompaña a uno de ellos al barco. Horas más tarde, un robo en un mercado hacen creer a Vespasiano que su vida se halla en peligro.

—, “*Investigating the Silvius Boys*”, en Maxim Jakubowsky (ed.), *No Alibi*. Ringpull. Manchester. Investigación en torno a las actividades de Rómulo durante la fundación de Roma. Heli señala que tiene más de relato “true crime” que de relato de misterio.

—Anne de Leseluc, *Les Calendes de Septembre*. UGE. París. Marco Aper investiga el asesinato de un legado en Iliria. Cuarta de la serie.

—Kel Richards, *The Case of the Dead Certainty*. Hodder & Stoughton. Sydney. En

un siglo I d.C. lleno de anacronismos, Ben Bartolomé y su esposa Raquel investigan el secuestro de un adolescente. Segunda novela de la serie en orden cronológico.

—Steven Saylor, *The Venus Throw. Roma sub Rosa IV*. St. Martin Press. New York. (*La suerte de Venus*. Traducción de María Luz García de la Hoz y Rosa Ayuso. Emecé. Barcelona, 1998). Ver Sinopsis detallada en Apéndice.

—, “Little Caesar and the Pirates”, en *EQMM*, March. Incluido en *La casa de las Vestales*. Ver Sinopsis detallada en Apéndice.

—, “King Bee and Honey”, en *EQMM*, October. Incluido en *La casa de las Vestales*. Ver Sinopsis detallada en Apéndice.

—Marilyn Todd, *I, Claudia (A Mystery: 13 BC)*. Macmillan Books. London. (*Yo, Claudia*. Traducción de Patricia Antón. Plaza y Janés. Barcelona, 1998). Claudia es una aristócrata que tiene que ejercer la prostitución para pagar sus cuantiosas deudas de juego. Cuando uno de sus clientes aparece asesinado, Claudia es implicada en el crimen y teme que su marido conozca su doble vida y la repudie.

—David Wishart, *Ovid*. Hodder and Stoughton. London. La ahijada del poeta Ovidio le encarga a Marco Corvino que traiga de vuelta a Roma las cenizas de su padrino, y éste acepta. Sin embargo, se encontrará con numerosos problemas oficiales.

1996

—Gail-Nina Anderson y Simon Clark, “In This Sign, Conquer”, en *Classical Whodunnits*. Robinson Publishing. London. Transcurre en Alejandría, durante el reino de Constantino. El físico egipcio Teocritas Amun-Arten investiga el robo de un valioso y antiguo mapa y un asesinato dentro de una habitación cerrada.

—Barbara von Bellinghen, “Collectio”, en Doris Mendlewitsch (edit.), *Götter, Sklaven und Orakel: Antike Mordgeschichten*. Econ. Düsseldorf, 1996. Transcurre en Lugdunum (Lyon) en tiempos del emperador Claudio. La joven Cecilia Metela investiga el asesinato de su tío y la responsabilidad de sus esclavos.

—Ron Burns, “Murderer, Farewell”, en *Classical Whodunnits*. Robinson Publishing. London. En 8 d.C. el poeta Ovidio investiga el asesinato de Marcelo Gayo a petición de Augusto.

—Danila Comastri Montanari, *Parce Sepulto*. Giallo Mondadori. Milán. La muerte de una chica el día de su boda con un gramático conduce a Aurelio a investigar a los estudiantes y maestros de las escuelas de Roma. Las evidencias conducen a los adoradores de la Bona Dea. Quinta novela de la serie.

—Lindsey Davis, *A Dying Light in Corduba*. Century, Random House UK Limited. London. Un asesinato relacionado con la producción industrial de aceite de oliva conducen a Falco y a Helena hasta Hispania.

—Hans Dieter Stöver, “Das Grab auf dem Forum”, en Doris Mendlewitsch (ed.), *Götter, Sklaven und Orakel: Antike Mordgeschichten*. Econ. Düsseldorf. Volcacio regresa para investigar algunos alborotos producidos durante el entierro de César.

—Claire Griffen, “A Pomegranate for Pluto”, en *Classical Whodunnits*. Robinson Publishing. London. Transcurre en Misenum en tiempos de Calígula. Hengist, antiguo gladiador y ahora comerciante de vinos en Pompeya, investiga la misteriosa muerte que sigue a una cena.

—Keith Heller, “The Brother in the Tree”, en *Classical Whodunnits*. Robinson Publishing. London. Durante el reinado de Domiciano, el filósofo griego de Nicópolis, Epicteto, incursiona no sólo en el mundo de la filosofía estoica, sino también en el del horror.

—Bernhard Hennen, *Der Flötenspieler*. Econ. Düsseldorf. En Roma, la sacerdotisa de Isis del rey Ptolomeo debe descubrir al asesino del escriba del rey. Aparecen Clodia y Celio.

—Edward D. Hoch, “The Things That Are Caesar's”, en *Classical Whodunnits*. Robinson Publishing. London. Se explora aquí un ángulo nuevo relacionado con la muerte de César.

—Phyllis Ann Karr, “The Ass's Head”, en *Classical Whodunnits*. Robinson Publishing. London. Transcurre en la Britania romana durante los primeros días de la cristiandad. La nieta del legado Casio Marcelo Flaviano es secuestrada, y el decurión Marco Gordio Octavio dirige la investigación. Heli asegura que este relato está basado en la obra *The Christians as the Romans Saw Them*, de Robert L. Wilken (1984).

—John Maddox Roberts, “The Statuette of Rhodes”, en *Classical Whodunnits*. Robinson Publishing. London. Recién salido de sus aventuras en *El templo de las musas*, Decio Cecilio Metelo llega a Rodas para pasar unas vacaciones. Sin embargo, muy cerca del Coloso, descubre un cadáver.

—Mary Reed y Eric Mayer, “Beauty More Stealthy”, en *Classical Whodunnits*. Robinson Publishing. London. Juan el Eunuco cuenta con una sola noche para descubrir al asesino de la noble y rica esposa de un barbero.

—Rosemary Rowe, “Mosaic”, en *Classical Whodunnits*. Robinson Publishing. London. El liberto Liberto, fabricante de mosaicos en Britania tras la conquista romana, investiga la muerte de su patrón a petición del procónsul romano.

—Steven Saylor, *A Murder on the Appian Way. Roma sub Rosa V*. St. Martin's Press. New York. (*Asesinato en la vía Apia*. Traducción de María Luz García de la Hoz. Emecé. Barcelona, 1998). Ver Sinopsis detallada en Apéndice.

—, “The White Fawn”, en *EQMM*, December; incluido también en *Classical Whodunnits*. Robinson Publishing. London.

—L. Sprague de Camp, “Let Darkness Fall”, reed. No incluido en este listado de Heli.

—Brian Stableford, “The Gardens of Tantalus”, en *Classical Whodunnits*. Robinson Publishing. London. En Corinto, durante el reino de Domiciano. El filósofo Apolo-

nio de Tyana investiga la muerte de un potentado.

—Darrell Schweitzer, “Last Things”, en *Classical Whodunnits*. Robinson Publishing. London. Heli anota que no es propiamente un relato de misterio. Aborda la abdicación de Rómulo Augústulo en 476 d.C.

—A. C. Tassie, *Death of a Blue Hero*. Northwest Publishing. Salt Lake City. Antus, esclavo del prefecto Macro, investiga la misteriosa muerte de un famoso conductor de cuadrigas. La novela transcurre en el año 26 d.C., durante el reinado de Tiberio, y aparecen Claudio y su abuela Livia.

—Keith Taylor, “The Favour of a Tyrant”, en *Classical Whodunnits*. Robinson Publishing. London. Arquímedes investiga el sabotaje de algunos de sus inventos. Narrado por su esclavo Fanes, también aparecen Hierón, tirano de Siracusa, y el dramaturgo Lisandro.

—Marilyn Todd, *Virgin Territory*. Macmillan Books. London. Edición española, Plaza y Janés.

—Christa Maria Zimmermann, “Die Mysterien des Bacchus”, en Doris Mendlewitsch (ed.), *Götter, Sklaven und Orakel: Antike Mordgeschichten*. Econ. Düsseldorf. Acerca de la conspiración de las bacanales de 186 a.C. Un cónsul investiga para descubrir la verdad.

1997

—Paul Barnett, “Imogen”, en Mike Ashley (ed.), *Shakespearean Whodunnits*. Robinson Publishing. London. Imogen, el protagonista de la shakesperiana *Cimbelino*, relata en sus memorias toda la verdad sobre aquella historia.

—Molly Brown, “Mother of Rome”, en Mike Ashley (ed.), *Shakespearean Whodunnits*. Robinson Publishing. London. Esta historia prolonga la acción de *Coriolano*, y en ella Tito Larcio investiga la muerte de este personaje histórico.

—Danila Comastri Montanari, *Cui Prodest?* Hobby & Work. Milán. Sexta novela de la serie. En esta ocasión Aurelio se enfrenta a un asesino en serie de hombres jóvenes que firma sus crímenes con un peón del ajedrez romano, el *latrunculus*, y que se ha cobrado una nueva víctima en un esclavo de su propia casa.

—, “Il giallo del serpente”, en *Lo specchio della stampa*, febbraio 1996, no. 4; *Delitto per iscritto*. Palumbo. Firenze, 1997). Transcurre en Pompeya durante 79 d.C. Una anciana resuelve el caso de la desaparición de una joya.

—, “Una perla per Publio Aurelio Stazio”, en *Delitti di carta, a cura di Renzo Cremante*. Ed. CLUEB. Transcurre en la isla de Ischia en 44 a.C. Publio Aurelio Estacio investiga una fabulosa perla y su relación con dos asesinatos.

—Lindsey Davis, *Three Hands in the Fountain*. Century, Random House UK Limited. London. En esta ocasión, el sistema de acueductos se convierte en el tema principal de esta novena entrega de las aventuras de Falco.

—Tom Holland, *Attis*. Allison & Busby. London. Catulo el poeta investiga la muerte

e identidad de un individuo que aparece decapitado. También aparecen Clodia, Clodio y Julio César.

—Tom Holt, “Cinna the Poet”, en Mike Ashley (ed.), *Shakespearean Whodunnits*. Robinson Publishing. London. El padre de Publio Opio Cinna el poeta investiga la muerte de su hijo durante los acontecimientos subsiguientes al asesinato de César.

—Anne de Leseluc, *Le Trésor de Boudicca*. UGE. París. Quinta novela de Marco Aper, quien en esta ocasión investiga en Britania el asesinato de la esposa del procurador y la desaparición del tesoro de Boudicca.

—Cay Rademacher, *Mord im Praetorium*. Edition Sisyphos. Koön. Transcurre durante el reino de Nerva en 98 d.C. El liberto Aelio Cessator investiga el asesinato de un rico fabricante de vidrio. Aparecen los futuros emperadores Trajano y Adriano.

—Steven Saylor, “Archimedes' Tomb”, en Miriam Grace Monfredo & Sharan Newman (eds.), *Crime Through Time*. Berkley. New York. Durante un viaje de negocios en Sicilia, el procónsul Cicerón encarga a Gordiano y a Eco que descubran el emplazamiento de la tumba de Arquímedes. Gordiano descubre mucho más que la tumba del matemático. También aparece Tirón.

—Marilyn Todd, *Man Eater*. Macmillan Books. London (edición española, *Devoradora de hombres*. Traducción de Sonia Tapia. Plaza y Janés. Barcelona, 1999). Un incendiario amenaza los viñedos de Claudia Seferio y la obliga a partir de Roma. La situación se complica cuando un hombre aparece acuchillado en la casa donde pernocta. Tercera novela de la serie.

—, *Wolf Whistle*. Macmillan Books. London. No registrada en este listado de Heli. Cinco jóvenes esclavas marcadas por el tatuaje de un dragón aparecen asesinadas. El asesino en serie sólo ataca durante el día de mercado. Claudia descubre que las cinco eran hijas del mismo hombre. Cuarta novela de la serie.

—David Wishart, *Germanicus*. Hodder and Stoughton. London. Segunda novela de la serie. En esta ocasión, la emperatriz Livia encarga a Marco Valerio Mesala Corvino que investigue la muerte de Germánico en Siria. También aparecen Sejano, Tiberio, y otros miembros de la familia imperial.

—, *Sejanus*. Hodder and Stoughton. London. No registrada en este listado de Heli. En esta ocasión, Livia encarga a Marco Valerio Mesala Corvino que siga de cerca la creciente popularidad de Sejano.

1998

—Lindsey Davis, *Two for the Lions*. Century, Random House UK Limited. London. Una serie de crímenes relacionados con gladiadores conducen a Falco al norte de África. Décima novela de la serie.

—Hans Dieter Stöver, *Mord nach der Vorstellung*. Thienemann. Stuttgart. Nueva serie de Stöver con el protagonismo de Tillia Capriola, una acomodada romana que contempla un asesinato en el teatro de Pompeyo. Transcurre en 74 d.C.

—Ann Gay, “The Fire That Burneth Here”, en Mike Ashley (ed.), *Shakespearean Detectives*. Robinson Publishing. London. Inspirado en la violación de Lucrecia, Valeriano busca al asesino de su amada Claudia, esclava de Lucrecia.

—Lois Gresh y Robert Weinberg, “Three Meetings and a Funeral”, en Mike Ashley (ed.), *Shakespearean Detectives*. Robinson Publishing. London. Lucilo, el famoso agorero que advirtió a Julio César de que llevase cuidado con los Idus de Marzo, descubre que hay mucho más que intereses políticos escondidos tras el asesinato de César. Aparecen Marco Antonio, Bruto y otros.

—Tom Holt, “A Good Report of the Worm”, en Mike Ashley (ed.), *Shakespearean Detectives*. Robinson Publishing. London. El griego Filocleonte asume la investigación de la muerte de Lucio Domicio Ahenobarbo, hombre de confianza de Marco Antonio.

—John Maddox Roberts, “The Etruscan House”, en Miriam Grace Monfredo & Sharan Newman (eds.), *Crime Through Time II*. Prime Crime. New York. Convertido ya en senador, Decio investiga la muerte de un colega de la Curia en medio de refriegas políticas. Aparecen Cicerón, Catón, Pompeyo, Metelo Escipión y Marco Antonio.

—Siegfried Obermeier, *Die schwarze Lucretia: historischer Kriminalroman*. Econ. Düsseldorf. Aventuras de un médico griego y su esclava en tiempos de Augusto.

—Mary Reed y Eric Mayer, “Leap of Faith”, en *EQMM*, November. Juan el Eunuco debe resolver un asesinato en un tiempo mínimo de horas o pasará a vivir en la cima de una columna de cincuenta pies de altura. Aparece la emperatriz Teodora. Cuarta entrega de la serie.

—Steven Saylor, “Poppy and the Poisoned Cake”, en *EQMM*, December. Reeditado en Janet Hutchings (ed.), *Crème de la Crime*. Carroll & Graff. New York; incluido también en Mike Ashley (ed.), *The Mammoth Book of Historical Whodunnits*. Robinson Publishing. London, 2001. Dos años después de la revuelta espartaquista, Gordiano investiga el supuesto intento de envenenamiento del censor Lucio Gelio Publícola (llamado aquí Poplícola) por parte de su propio hijo.

—David Wishart, *Lydian Baker*. Sceptre. London. Exiliado en Atenas, Marco Valerio Mesala Corvino investiga la aparición de un extraño artefacto para su venta libre en el mercado. La indagación hasta llegar a su comprador le conducirá hacia el turbio mundo del crimen organizado. Cuarta novela de la serie.

1999

—Philippe Andrieux, *Mysteria. Menace sur le gladiateur*. Bayard. Cuatro amigos intentan ayudar al gladiador Vincitrix, que está siendo drogado por la Guardia.

—, *Mysteria. Passagers clandestins*. Bayard. Desaparece Bakyrés, el comerciante de pescado. Su hijo y amigos le buscan, y esta búsqueda les conduce a Ostia.

—, *Mysteria. Sabotage sur le Tibre*. Bayard. Cuando acudían a casa del rico Fla-

vio para venderle pescado, Akis y su padre le hallan muerto.

—, *Mysteria. Trahir ou mourir?* Bayard. Marco descubre en casa de Rufo una conspiración para asesinar al emperador.

—Anónimo, *L'Incendiaire de Rome, numéro 902*. Bayard. Cuatro amigos llegan en ayuda de los vigiles para apagar un incendio. Uno de los amigos, Tito, es hallado sosteniendo en la mano un cuchillo que ha encontrado junto a un cadáver, y acusado de asesinato. Sus amigos intentarán probar su inocencia.

—Danila Comastri Montanari, *Spes, Ultima Dea*. Hobby & Work. Milán. Séptima novela de la serie. En 26 d.C. el comandante de una legión muere en Germania en extrañas circunstancias mientras aguardaba un ataque de los bárbaros del que Publio Aurelio Estacio es uno de los pocos supervivientes. Veinte años después, un amigo de Estacio muere en la Subura, pero lo más intrigante del caso es que ambas muertes están relacionadas.

—, “Natale anno zero”, en *Delitti sotto l'albero*. Todaro Edizioni. No hay datos.

—, “La notte dei triumviri”, en *Una strada giallo sangue*. Diabasis. No hay datos.

—Lindsey Davis, *One Virgin Too Many*. Century, Random House UK Limited. London. Falco investiga ahora la desaparición de una futura virgen vestal y el asesinato de un hombre en la arboleda sagrada de los Arvales.

—Hans Dieter Stöver, *Mörderisches Rennen*. Weitbrecht. Stuttgart, Wien, Bern. Segunda novela de Tillia Capriola, quien esta vez investiga el robo de unos caballos de carreras y el asesinato de su cuidador.

—Gisbert Haefs, *Hamilkars Garten*. Heyne. Munich. En 230 a.C., un oficial romano y el jefe de las fuerzas de seguridad cartaginesas investigan el asesinato de un mercader romano hallado en el jardín del general cartaginés Hamílcar.

—Malachy Hyde, *Tod und Spiele*. Diederichs. München. Durante la visita del triumviro Marco Antonio al templo de Didima en Asia Menor es asesinada una sacerdotisa. El caso es asignado a Silvano Rodio, uno de los acompañantes de Marco Antonio.

—John Maddox Roberts, *Saturnalia*. St. Martin's Minotaur. New York. No registrada en este listado de Heli. Ver Sinopsis detallada en Apéndice.

—, “An Academic Question”, en Maxim Jakubwsky (ed.), *Past Poisons: Brother Cadfael's Legacy. An Ellis Peters Memorial Anthology of Historical Crime*. Headline. London. No hay comentario de Heli.

—Germund Mielke, *Die verflixten Fälle aus Pompeji*. Metz. Gaggenau. Primera novela de una serie juvenil que transcurre en 50 d.C. Julia y Marco ayudan a su tío, un edil de Pompeya, a resolver algunos casos de orden público.

—Mary Reed y Eric Mayer, *One For Sorrow*. Poisoned Pen Press. New York. Juan el Eunuco investiga el asesinato del guardián de la plata imperial. Primera en la serie.

- , “A Lock of Hair for Proserpine”, en Maxim Jakubowsky (ed.), *Chronicles of Crime*. Headline. London. Quinta novela de Juan el Eunuco.
- Rosemary Rowe, *Germanicus Mosaic*. Headline. London. En 186 d.C., el liberto Liberto investiga el asesinato de un centurión en Glevum, Britania (hoy Gloucester).
- Steven Saylor, *Rubicon*. St. Martin’s Press. New York. No registrada en este listado de Heli. Ver Sinopsis detallada en Apéndice.
- , “Death by Eros”, en *EQMM*, August; reeditado también en Maxim Jakubowsky (ed.), *Past Poisons: Brother Cadfael’s Legacy. An Ellis Peters Memorial Anthology of Historical Crime*. Headline. London; otra reedición en Peter Burton (ed.), *Death Comes Easy*. Millivres- Prowler. London, 2003. Inspirada en el *Idilio XXIII* de Teócrito. Gordiano y Eco llegan a Neápolis de regreso de los acontecimientos de “Archimedes’ Tomb”, y allí se ven envueltos en la muerte de un atleta en una piscina.
- Marilyn Todd, *Jail Bait*. Macmillan Books. London. A pesar de que Claudia se marcha de vacaciones, éstas se verán alteradas cuando su acompañante aparezca muerto. Quinta novela de la serie.
- , “Girl Talk”, en Maxim Jakubowsky (ed.), *Past Poisons: Brother Cadfael’s Legacy. An Ellis Peters Memorial Anthology of Historical Crime*. Headline. London; reeditado en *EQMM*, May 2000. Claudia investiga ahora un doble caso de decapitación.
- Maria Visconti, *Le Masque de l'attelane*. Champs-Élysées. Paris. Helkias, amigo del futuro emperador Tito, se convierte en detective.
- David Wishart, *Horse Coin*. No incluido en este listado de Heli. En el año 59 d.C., abiertas todavía las heridas de la conquista de Britania, Marco Julio Severino cree más en la cooperación con los britanos que en la fuerza bruta, pero el gobernador Paulino desencadena una nueva masacre cuando intenta apartar a Boudica del trono que legalmente le corresponde.

2000

- Philippe Andrieux, *Mysteria. Le Secret du Domaine*. Bayard. Un bandido roba el carro de los cuatro amigos en Roma, y unos acróbatas itinerantes les ayudan a encontrarlo.
- Anónimo, *La Course de l'espoir*, número 909. Bayard. Bakyres, el padre de Akis, puede perder su libertad a causa de sus muchas deudas. Un individuo llamado Atropos le convence de que apueste las carreras, pero pierde la apuesta. Akis sospecha que Atropos es un truhán que ha amañado los resultados de la apuesta, pero debe probarlo.
- Danila Comastri Montanari, *Scelera*. Hobby & Work. Milán. En esta octava novela de la serie, Aurelia investiga tres casos en los campos de Bayas, Puteoli y Miseno.
- , “Una dea per Publio Aurelio Stazio”, en *Morituri te salutant*. Hobby & Work. Milán. Al llegar a Bayas de vacaciones, Aurelio descubre que su amiga la matrona

Pomponia ha abrazado el culto de Isis. Cuando la sacerdotisa de Isis es hallada muerta, las sospechas recaen sobre ella.

—, “Un'eredità per Publio Aurelio Stazio”, en *Corpore sano*. Hobby & Work. Milán. Un anciano senador muere el día antes de casarse con una muchacha de origen plebeyo embarazada de él. En su testamento, el hombre encomienda a la chica a Aurelio Estacio.

—, “Una filosofa per Publio Aurelio Stazio”, en *Mors Tua*. Hobby & Work. Milán. Aurelio llega a Herculano, donde se aloja en la real Villa Papiro y allí conoce a los últimos seguidores de la filosofía epicúrea. El maestro Crisóforo le presenta a una de sus discípulas, una bella ex bailarina. Pero el viejo maestro es asesinado en su cubículo.

—, “La prima inchiesta di Publio Aurelio Stazio”, en *Cave Canem*. Hobby & Work. Milán (2ª edición). Una retrospectiva sobre el primer caso que tuvo que resolver Aurelio. Poco antes de cumplir los dieciséis años, su amigo Paris le pide que investigue para salvar el honor de su padre, quien está acusado de robo. Cuando Aurelio se halla en mitad de la investigación, fallece su progenitor y se convierte en el nuevo *paterfamilias* del hogar.

—, “Una moglie per Publio Aurelio Stazio”, en *Cui Prodest?* (2ª edición) Hobby & Work. Milán. La matrona Pomponia acude llorando a casa de Aurelio. Una joven conocida suya ha sido violada, y ahora sus padres la han repudiado y el padre de su prometido rechaza el matrimonio con su hijo. Esperando averiguar la identidad del violador, Aurelio se casa con ella.

—Jean D'Aillion, *Attentat à Aquae-Sextiae*. Jean-Louis Roos. Aix-en-Provence. En Aquae Sextae (hoy Aix-en-Provence) durante el reino de Augusto, el veterano soldado Lucio Galo investiga una serie de misterios.

—Lindsey Davis, *Ode to a Banker*. Century, Random House UK Limited. Décimo segunda novela de la serie. Falco investiga el asesinato de un banquero que ejercía el mecenazgo de poetas.

—Laura Frankos, “Merchants of Discord”, en Sharan Newman (ed.), *Crime Through Time III*. Prime Crime. New York. El decurión Quinto Vestino Corvo investiga un asesinato ocurrido en unos almacenes de mercaderes cerca del muro de Adriano. Aparentemente, la acción transcurre durante el siglo I d.C., pero el muro de Adriano no se comenzó a levantar hasta 122 d.C.

—Joe Hoestland, *Le cahier d'amour*. La Crêche. Marco es testigo de un crimen en los baños en los que trabaja, y el asesino sabe que ha sido descubierto por él.

—John Maddox Roberts, *In Namen Caesars*. Goldmann. München. Título original, aparentemente *A Point of Law*. Décima novela de la serie *SPQR*. En esta ocasión Decio se presenta a pretor, pero un importante ciudadano le acusa de corrupción. Antes de que Decio pueda defenderse en juicio el acusador es asesinado, y Decio se

convierte en el principal sospechoso. Se verá obligado a demostrar su inocencia.

—, “Venus in Pearls”, en *Alfred Hitchcock Mystery Magazine*, July-August 2001.

Decio se encarga de organizar los preparativos para el triunfo de Julio César.

—Germund Mielke, *Die verflixten Fälle aus Rom*. Metz. Gaggenau. Segunda novela de esta serie juvenil. Marco y su hermana Julia investigan las supercherías de unas pitonisas que sonsacan sus buenos dineros a los ricos de Roma.

—Alain Nadaud, *Auguste fulminant*. Librairie générale française. Paris. Una moderna investigación sobre la muerte de Virgilio y la implicación de Augusto.

—Jean Pierre Nèraudau, *Le Prince posthume*, seguido de “Les fils d'Arachné”. Les Belles Lettres. París. Dos relatos de misterio. El primero, relacionado con la muerte de Agripa Póstumo; el segundo transcurre durante un simposio donde se habla sobre este mismo personaje histórico.

—Mary Reed y Eric Mayer, *Two for Joy*. Poisoned Pen Press. New York. En esta segunda novela de la serie, Juan el Eunuco investiga dos años después la combustión instantánea de dos orates que vivían en lo alto de sendas columnas.

—Rosemary Rowe, *A Pattern of Blood*. Headline. London. Liberto investiga las amenazas e intrigas políticas por que se ve amenazado el importante Quinto Ulpio. Segunda novela de la serie.

—Steven Saylor, *Last Seen in Massilia*. Minotaur. New York. Ver Sinopsis detallada en Apéndice.

—, “The Consul's Wife”, en Sharan Newman (ed.), *Crime Through Time III*. Prime Crime. New York. El cónsul cree que alguien quiere asesinarle antes de la próxima carrera de cuadrigas. Aparecen Décimo Junio Bruto y su esposa Sempronia, brillantemente descrita por Salustio en *De coniuratione Catilinae*.

—Henry Turtledove, “Farmer's Law”, en Sharan Newman (ed.), *Crime Through Time III*. Prime Crime. New York. En el imperio bizantino rural del siglo VIII, el padre Jorge investiga un brutal asesinato, lo que sirve a Turtledove para ilustrarnos acerca de la lengua griega y del sistema legal bizantino.

—Maria Visconti, *Le Cheval d'octobre*. Champs-Élysées. Paris. Helkias investiga un asesinato en Galia durante el reino de Vespasiano. Segunda novela de la serie.

—Patrick Weber, *Des ombres sur Alexandrie*. París. Intrigas alrededor de Cleopatra, quien ha dado a luz a Cesarión, el hijo de Julio César.

Debemos detenernos en este punto para recapitular, pues la abundancia de autores, relatos y novelas debe ser ahora sistematizada de algún modo. No vamos a reseñar las novelas publicadas a partir de 2001, pues el marco temporal que abarca nuestra tesis se detiene en este emblemático año 2000. Sí haremos, sin embargo, una exposición de los títulos más relevantes publicados a partir de 2001, pero sólo de manera orientativa. No cabe duda de que el género está hoy día más vivo que nunca, y continuar sería como el cuento de nunca acabar.

Vemos claramente que a partir de 1980 pasó algo que produjo esta hiperactividad novelística, y ese algo no puede ser otra cosa, insistimos, que la repercusión de un éxito literario tan grande entre crítica y público como lo fue la novela de Umberto Eco *El nombre de la rosa*. En este listado de obras publicadas entre 1980 y 2000 descubrimos que existen varias “escuelas”, aunque sus autores son coincidentes sólo en género y nacionalidad.

1) Escuela española: Joaquín Borrell (Valencia, 1956) es el único representante, y pionero del género en 1989, con la publicación de *La esclava de azul* y posteriormente de *La lágrima de Atenea*. Licenciado en Derecho, es una pena que no insistiese más allá de la segunda novela en las aventuras del irónico Diomedes el exquiriente, aunque esto pueda ser subsanado un día de estos. Borrell es autor de novela histórica, no necesariamente del periodo romano, y entre su producción hallamos otros títulos como *La balada de la reina descalza* (1995) o *La bahía del último aliento* (2003).

2) Escuela italiana: Se inaugura en 1982 con *Il medico delle Isole*, de Rosario Magrí, primera entrega de cuatro de su serie de Poncio Epafrodito. Nino Marino nos entregará una sola novela, *Rosso pompeiano* (1991), y la gran estrella de este subgénero en Italia será sin duda Danila Comastri Montanari (1948), quien ha escrito varias novelas históricas ambientadas en Bolonia, ciudad donde vive. Su serie dedicada a Publio Aurelio Estacio sigue publicándose en la actualidad.

3) Escuela francesa: La escuela francesa se inicia en 1988 con el clasicista francés y profesor universitario Jean Pierre Neraudau (1947-1998). En 1992 Anne de Leseluc (doctora en arqueología y especialista en la Galia romana, sobre la cual ha publicado libros científicos y divulgativos) comenzará su serie dedicada al abogado galo Marco Aper. En tiempos más recientes vemos que el subgénero florece de la mano de autores como Jean D’Aillion (*Attentat à Aquae-Sextiae*, 2000) y con otros autores como Philippe Andrieux, quien comienza a publicar la serie juvenil *Mysteria* en 1999, y un misterioso Anónimo, que ha publicado en 1999 y 2000 dos títulos protagonizados por el adolescente Akis y su padre Bakyrés, egipcios radicados en Roma, y que parecen seguir la línea juvenil. Novelas aisladas como *Le cahier d’amour* (2000), de Joe Hoestland o *Des ombres sur Alexandrie*, de Patrick Weber (2000) no le arrebatan a Anne de Leseluc el cetro de ser la autora francesa más representativa del subgénero.

4) La escuela alemana. Después de la escuela anglosajona, la escuela alemana es de antiguo (recordemos el caso de Henry Winterfeld) la más productiva del subgénero. Como en Estados Unidos e Inglaterra, a partir de 1982 vive también una

eclosión de autores y títulos. El autor más representativo del género en alemán, y que marcará el pistoletazo de salida será Hans Dieter Stöver (1937), licenciado en Clásicas e Historia que ejerció la docencia hasta dedicarse a escribir a tiempo completo. Sus series protagonizadas por Volcacio, Tilia Capriola y más recientemente el adolescente Quinto le convierten en el gran autor alemán del subgénero. Otros autores son Germund Mielke (con cuatro novelas entre 1999 y 2002 orientadas al público juvenil), Wolfgang Augsburg (una novela, en 1983), Jürgen Hoffman (una novela en 1983), Heide Huber (una obra en 1985), Philip Vanderverg (*El pompeyano*, 1986), dos novelas de Bernhard Hennen en 1996, y en el mismo año otra de Cay Rademacher. En 1998, una obra de Siegfried Obermeier. Merece la pena destacar a dos autores que también han abordado el género en Alemania: Malachy Hyde, seudónimo de Ilka Stitz y Karola Hagemann, quienes han publicado dos novelas escritas al alimón en 1999 y 2002; y por último, el escritor de éxito Gisbert Haefs, autor de grandes novelas sobre Troya o Haníbal que ha publicado dos obras, una en 1999 y nuevamente en 2002.

5) La escuela anglosajona. Es aquí donde encontramos la gran eclosión de títulos y autores de las dos últimas décadas. Hablar de todos y cada uno de los autores de novela o cuento sería no sólo una labor ardua, sino innecesaria, ya que sólo un pequeño número de escritores se han entregado con dedicación al subgénero de la novela policiaca de temática romana. A todos podemos dividirlos en tres grupos, y para el final dejaremos a los más importantes:

5.1) Autores esporádicos de cuento. En la mayor parte de los casos, son creadores esporádicos y sin mayor trascendencia para el género que han publicado uno o dos relatos dentro de antologías de las llamadas “mammoth” o en revistas de misterio. A pesar de que el interés de sus aportaciones no sea pequeño, no son autores dedicados a la construcción de una serie, por lo que sólo mencionaremos sus nombres y fecha de publicación de obra (para más datos, remitimos a la cronología de Heli anteriormente reproducida): Harry Turtledove (1981 y 2000), Dorothy J. Heydt (1993), S.P. Somtow (1992), Phyllis Ann Karr (1996), Keith Heller (1996), Keith Taylor (1996), B. Stableford (1996), Anderson y Clark (1996), D. Schweitzer (1996), Claire Griffen (1996), Edward D. Hoch (1996), L. Sprague de Camp (1996), Tom Holt (1997 y 1998), Paul Barnett (1997), Molly Brown (1997), Ann Gay (1998), Gresh y Weinberg (1998) y Laura Frankos (2000).

5.2) Autores esporádicos de novela. Como en el caso de los cuentistas, se trata de autores que han incidido en el género de manera eventual: Barbara Hambly (1983), Michael Levey (1984), John O'Hagan (1988), Ray Faraday Nelson (1989), David Drake (1989), John Evangelist Walsh (1989), Ron Burns (1991 y 1992),

Margot Arnold (1993), A.C. Tassie (1996) y Tom Holland (1997).

5.3) Autores de novelas y cuentos con serie propia. He aquí los autores más importantes, aquellos que deberían ser estudiados con especial interés y a quienes hemos dedicado el foco de atención durante estos años, aunque, como es natural, a efectos prácticos hemos tenido que elegir todavía más para su estudio con vistas a esta tesis. Procedemos a mencionarlos por orden de aparición de sus series en el mercado anglosajón. Debemos decir aquí que no resulta demasiado relevante distinguirles entre estadounidenses e ingleses, ya que en cuanto a estilo y temáticas, no presentan diferencias realmente relevantes.

5.3.1. Lindsey Davis. Se trata de la autora emblemática del subgénero, y comenzó a publicar su serie protagonizada por el informante Marco Didio Falco en 1989. Nacida en Birmingham, Inglaterra, en 1943, estudió Literatura Inglesa en Oxford. A la fecha de hoy ha publicado quince novelas protagonizadas por Falco y su estilo se caracteriza por un acusado sentido del humor (aunque no del tipo paródico, como en Borrell) y por insuflar a sus personajes femeninos una elevada independencia muy discutible para la época.

5.3.2. John Maddox Roberts. Este narrador norteamericano nacido en 1947 es un verdadero autor todoterreno. Además de su serie *SPQR* protagonizada por Decio Cecilio Metelo el Joven ha publicado numerosas novelas de fantasía heroica e incluso ha prolongado las aventuras de Conan el bárbaro, el legendario guerrero creado por Robert E. Howard. *SPQR*, primera novela de la serie publicada en 1990, ha sido reeditada recientemente con el nuevo título de *SPQR I: The King's Gambit*. Maddox es también autor de una rareza de la historia ficción, un *what if* titulado *Hannibal's Children* donde describe un siglo I a.C. consecuente de que Roma perdiese las guerras púnicas. Hasta ahora ha publicado ocho novelas de los casos de Decio, aunque con la curiosidad de que sus novelas se editan antes en alemán, pues es un autor muy popular en este país.

5.3.3. Kel Richards. Autor australiano nacido en 1947 que ha publicado numerosos thrillers. Se estrena en el subgénero abordando historias de temática romana bíblica protagonizadas por Ben Bartolomé.

5.3.4. Steven Saylor. 1991 es el año de aparición del mejor fresco histórico del subgénero, *Roma sub Rosa*, del norteamericano Steven Saylor (1956), quien hasta ahora ha publicado nueve novelas de Gordiano el Sabueso, protagonista central de esta apasionante saga familiar sobre el fin de la República de Roma. Saylor es el autor más ampliamente publicado en todo el mundo, y estudió Historia en la Universi-

dad de Texas. Su trayectoria también incluye dos títulos que nada tienen que ver con el mundo clásico romano.

5.3.5. Mary Reed y Eric Mayer. Marido y mujer, los coautores de las historias de Juan el Eunuco se estrenaron en 1993 con el relato “A Byzantine Mystery”, y sólo hasta 1999 presentaron la primera novela de la serie, *One for Sorrow*.

5.3.6. Marilyn Todd. Uno de los peores títulos de novela en toda la historia de este subgénero, *Yo, Claudia*, abre en 1995 la que con toda probabilidad sea la serie más “bizarra” (en su acepción inglesa) de la historia del género. Las aventuras de Claudia Seferio, *mulier dominatrix* de ademanes thatcherianos y lengua de víbora, es una de las grandes creaciones del género, a pesar de que la autora, con irreprochable sorna inglesa, se permite todas las anacronismos mentales del mundo con objeto de conseguir un producto lleno de humor, atractivo y obsesiones eróticas más inglesas que romanas.

5.3.7. David Wishart. En 1996 publica su obra *Ovid*. Nacido en 1952 en Escocia, es el único de estos autores que tiene el grado de Maestría (M.A.) en Clásicas. Ha ejercido la enseñanza del griego y el latín y ha publicado una autobiografía ficticia de Virgilio (*I, Virgil*) y una novela biográfica sobre Nerón narrada por el *de gustator* de este emperador.

5.3.8. Rosemary Rowe (de casada, Rosemary Aitken). Esta autora publicó en 1996 su primer cuento, *Mosaic*. Nacida en Cornwalles durante la II Guerra Mundial, también ha escrito varias novelas que transcurren en esta región inglesa durante el cambio del siglo XIX al XX. La primera novela protagonizada por el liberto Liberto fue publicada en 1999 y se tituló *A Pattern of Blood*.

Estos son los ocho autores que representan el corazón actual de la novela policiaca de temática romana escrita en inglés, y sin duda, la más divulgada fuera de las fronteras de Estados Unidos y Reino Unido. Entre 2000 y 2004 (escribimos estas páginas a mediados de octubre de este último año) estos ocho autores han demostrado tener un éxito lector que les ha permitido continuar desarrollando sus sagas. Así, en estos cuatro años, estos novelistas han proseguido con éxito la publicación de sus obras e incluso hemos visto la aparición de una nueva autora del género, la californiana Caroline Lawrence, quien escribe la serie de orientación juvenil protagonizada por Flavia Gémina, una adolescente que vive alrededor de 79 d.C.

De entre todos estos autores anglosajones, nos centraremos en aquellos que han abordado el periodo final de la República, es decir, abordaremos la producción literaria de Steven Saylor y John Maddox Roberts. Incluiremos también cuando sea

pertinente algunas menciones a Joaquín Borrell, al tratarse del único autor español que ha tocado el género y un pionero dentro del mismo, no sólo en España. En el caso de Borrell, nos ocuparemos de sus dos únicas novelas sobre el mismo periodo temporal que abordan Saylor y Maddox, el del fin de la República, dejando de lado otras novelas históricas del mismo autor que hayan podido abordar la antigüedad, como es el caso de *Sibila*. Respecto a Saylor y Maddox, abordaremos sus novelas publicadas hasta 2000 y también de sus relatos, pero sólo en el caso de que éstos hayan sido recopilados en volumen, lo que sucede en el caso de *La casa de las vestales*, de Steven Saylor. La producción cuentística de Maddox no ha sido recopilada todavía en libro, y una pequeña parte de los relatos publicados por Saylor hasta 2000 sólo han visto la luz en revistas, aunque según declaraciones del propio Saylor, será lo próximo que vea la luz tras *The Judgement of Caesar*, última novela por ahora de la serie *Roma sub Rosa*. En total nos referimos a dos novelas de Borrell, cinco de Maddox y siete novelas y un volumen de relatos de Steven Saylor. En total, quince volúmenes para analizar desde diversos puntos de vista del mundo romano clásico. Procederemos primero a hacer una introducción a cada uno de los autores y a su obra.

5. Los autores estudiados y su obra.

5.1. Joaquín Borrell.

Se trata, como hemos visto al presentar la cronología preparada por Richard M. Heli, de uno de los pioneros de la tercera etapa de vida de este género. Son muy pocos los datos que hemos podido hallar acerca de este novelista, salvo que es licenciado en Derecho y cultiva sin descanso la novela histórica, dentro de la cual ha obtenido notables éxitos. Las dos novelas de Diomedes el exquiriente (neologismo genial inventado por el propio Borrell que usaremos frecuentemente a partir de ahora) pertenecen a su primera etapa creativa, y debieron de ser obras de aprendizaje a las que el autor conserva cariño, pero en cuyos personajes no ha querido insistir más. La primera novela de la serie es *La esclava de azul*, publicada por Círculo de Lectores en 1989. Debemos decir que no nos detendremos aquí sobre el argumento de ninguna de las novelas de nuestros tres autores, ya que éste ha sido resumido con detenimiento en el Apéndice de Sinopsis de las novelas estudiadas con que se cierra esta tesis.

La esclava de azul toma su título de Baiasca, la esclava de Alcímenes el exquiriente, tío de Diomedes de Atenas, quien acaba de llegar a la ciudad de Roma para heredar la fortuna de su extravagante tío. Una vez en la ciudad, Diomedes descubre que su magra herencia consiste en una casucha en el Janículo (en cuya puerta re-

za el rótulo “Alcimenes el tebano. Exquiriente”), una vasija con las cenizas de su tío y en su esclava, una veinteañera de raza cémpsica vestida de azul y que responde al nombre de Baiasca. Esta esclava pondrá al corriente de la extraña muerte de su tío (quien en realidad no ha muerto) y le convence de que le suceda en el oficio de exquiriente, palabra creada por Borrell para designar al detective privado de aquellos tiempos. Un poco a regañadientes, Diomedes aceptará suceder a su tío y se verá de lleno en la resolución de sus primeros casos, ayudado siempre por la chispeante y leal Baiasca. Como vemos, el tratamiento amable de la vida de investigador en la vieja Roma es lo que caracteriza el estilo de Joaquín Borrell. Toda la novela (y su secuela, *La lágrima de Atenea*) está planteada como una comedia elegante donde los referentes más reconocibles son la comedia americana de los años treinta y cuarenta y la serie de televisión *Remington Steele*. Esta serie fue protagonizada desde su estreno en 1982 por Pierce Brosnan y Stephanie Zimbalist y en España fue bien conocida por su emisión entre lunes y viernes durante la franja horaria de la tarde. *Remington Steele* contaba la historia de la directora de la agencia de detectives Remington Steele, quien debió inventar la misteriosa personalidad del señor Steele para que los clientes no tuvieran oportunidad de poner en duda la competitividad de una mujer como directora de una agencia de tales características. Un día se cruza en su camino un misterioso ladrón de obras de arte, experto en películas clásicas de Hollywood, a quien convierte en el misterioso e inexistente señor Steele. Lo novedoso de la serie consistía en que el género detectivesco clásico era abordado con un sentido del humor muy próximo al de la comedia clásica de Hollywood, en cuyo legado cinematográfico se basaba muchas veces Remington Steele para resolver los peliagudos casos que se les presentaban. En la serie se daba, como en las novelas de Borrell, este juego erótico y profesional entre detective y ayudante, donde en realidad es el ayudante quien guía los pasos del detective.

La esclava de azul fue editada por Círculo de lectores en una presentación que resaltaba el carácter semihumorístico de la novela, con una cubierta dibujada por Julio Vivas que ponía énfasis en la caricatura y se apartaba voluntariamente del academicismo artístico y arqueológico de otros diseños de cubierta para las novelas históricas “serias”. Además, una Nota del Editor destacaba que ésta era la primera novela de Borrell y que se trataba de una apuesta de la editorial⁴⁰. Las 237 páginas de la obra se distribuyen en siete capítulos o días y por sus páginas también se pasean, tratados siempre con humor y la sana ironía de la que Diomedes hace gala continuamente, Julio César, Cleopatra y su hermana Arsínoe. Desde la primera página se-

⁴⁰ Así, en *La esclava de azul*, p. 5 leemos: “Con la edición de este libro, Círculo propone a sus socios y al público lector en general el descubrimiento de un escritor inédito hasta el momento. En esta primera novela de Joaquín Borrell que ve la luz destacan particularmente la originalidad del planteamiento y la frescura del tratamiento literario. La amenidad del libro y el humor que lo anima, empapado de alegría y optimismo, han hecho que apostemos por la novela de este nuevo escritor”.

rá el humor lo que caracterice la narración de Diomedes en primera persona, y lo cierto es que el primer párrafo de cada una de las novelas se abre con una reflexión simpática que no deja lugar a dudas sobre el tono general de ambas obras. Así, en la página 7, Diomedes comienza la novela con una clasificación muy *sui generis* de los romanos:

Según mi amigo Meriones, filósofo del Liceo, los romanos se clasificaban en lito-céfalos, hematófagos y crisódulos. Las categorías no eran excluyentes, es decir, cada individuo podía pertenecer simultáneamente a dos de ellas. Los que reunían en su persona las tres características, cabezas de piedra, comedores de sangre y siervos del oro, eran los romanos químicamente puros, llamados al “cursus honorum”. En realidad Meriones era un filósofo de muy mediano éxito, que se apodaba del Liceo porque tenía una casita de campo en sus proximidades, y había sospechas más que fundadas de que jamás había visitado Roma.

Insistiendo en esta óptica bien humorada, la segunda novela de Diomedes le conducirá a él y a Baiasca lejos de Roma, nada menos que hasta la exótica Cólquide, y se convertirá en la obra menos reseñable de las dos para nuestra tesis, pues como en el caso de *Last Seen in Massilia* y *The Temple of the Muses*, de Saylor y Maddox respectivamente, nuestros personajes abandonan la península itálica para dar a sus series un toque de exotismo e internacionalidad. En esta ocasión, Alcimenes vencerá a su sobrino Diomedes de que viaje hasta la Cólquide para investigar la misteriosa muerte de Polemón, el príncipe heredero. El estilo de la segunda novela insiste en el humor, aunque esta vez Borrell ya debía de sentirse un poco aburrido de sus personajes, pues esta nueva novela se publica cuatro años después (1993) y tiene 143 páginas, casi cien menos que la primera, divididas en seis capítulos. El tipo de edición vuelve a ser el mismo esta vez, con una nueva ilustración “tipo cómic” de Julio Vivas. Así, esta obra se abre en la página 5 con una divertida apreciación sobre la habilidad de las aves romanas para la declinación de sus trinos mañaneros:

La mañana avanzaba inmisericorde, como atestiguaba el gorjeo de los pájaros sobre el templo de Pomona. Según mi experiencia en la materia, los pájaros romanos no improvisaban jamás sus trinos en la algarabía individualista que caracteriza a sus congéneres. Eran aves metódicas, de voces disciplinadamente aunadas, que se dedicaban con machacona insistencia al repaso de la segunda declinación. Así, tras el inicial “píus, píe, píum”, se recreaban en el “pii” del genitivo y remachaban dativo y ablativo con un “pío, pío” inconfundible.

Han pasado once años y Borrell ha publicado otras novelas, pero ninguna con Diomedes el exquiriente, su tío Alcimenes y la fiel Baiasca. Esperemos que algún día Borrell nos vuelva a obsequiar con su especial sentido del humor, mucho más logrado en estas dos obras (en nuestra humilde opinión) que el sentido del humor que caracteriza a Decio Cecilio Metelo, protagonista de las obras de Maddox, o al Falco de Lindsey Davis. Volveremos, pues, a hablar de Borrell en nuestra tesis

por su carácter de pionero del género y también por su aportación a esta clase de novela que transcurre en el fin del periodo republicano.

5. 2. John Maddox Roberts.

Es el segundo de nuestros autores en aparecer en el mercado con *SPQR*, que en principio no había sido concebida como serie, sino como novela independiente. A partir de la segunda novela, *SPQR* pasa a ser el título genérico de la serie, y la primera entrega sólo hasta tiempos recientes ha adquirido el título de *The King's Gambit*, mientras que en su traducción española se tituló *El misterio del amuleto*. En España se han editado sólo cuatro de las novelas de la serie *SPQR*, y directamente en edición de bolsillo por Plaza y Janés. En 1990 apareció *El misterio del amuleto* (con reedición en 1997) y en 1991 *La conspiración de Catilina* (con reedición en 2000). La traducción de la tercera y cuarta novela de la serie se produjo cuando esta tesis ya estaba muy avanzada (a finales de 2003, publicadas por Nuevas Ediciones de Bolsillo), por lo que leímos las novelas 3, 4 y 5 de la serie directamente en inglés, y en inglés hemos mantenido las citas. La quinta novela estudiada, *Saturnalia*, todavía no ha sido editada en España.

Este autor norteamericano (Virginia, 1947) es un escritor todoterreno con mucha obra publicada, entre la que cabe contar algunas novelas de fantasía heroica. Curiosamente, las novelas de la serie *SPQR* aparecen primero traducidas al alemán, ya que Maddox es un autor mucho más conocido en aquel país que en el suyo propio, razón por la cual dentro del periodo temporal que abarca nuestra tesis (novelas publicadas en inglés hasta 2000) quedan fuera de análisis algunos de sus títulos que en Estados Unidos siguen apareciendo con cuentagotas. Las razones esgrimidas para esta situación son, fundamentalmente, que el género goza de una gran popularidad en Alemania (y en general, en el resto de Europa, pues no sólo se editan las novelas de autores nacionales, sino también de los autores estadounidenses e ingleses).

El protagonista de *SPQR* es Decio Cecilio Metelo el Joven, hijo de Decio Cecilio Metelo el Viejo, conocido también como Nariz Cortada. Pertenece, pues, a la nobleza de la época, cerrando el curioso triángulo de protagonistas de las tres series: extranjero griego (el Diomedes de Borrell), noble patricio (el Decio de Maddox) y plebeyo de baja extracción social (el Gordiano de Saylor). Tanto él como su padre están emparentados, por lo tanto, con los verdaderos Cecilio Metelo, familia que llegó a ser una de las más importantes de la República romana⁴¹. Por las páginas

⁴¹ El primer Cecilio Metelo de importancia fue L. Cecilio Metelo, cónsul en 251 a.C., y el último, Quinto Cecilio Metelo Crético, cónsul en 6 a.C. e hijo adoptivo del Cecilio Metelo del mismo nombre que fue pretor a finales de la República. Cf. Jorge Martínez-Pinna, Santiago Montero Herrero y Joaquín Gómez Pantoja, *Diccionario de personajes históricos*. Madrid, 1998. Istmo. En la p. 418 los autores presentan el cuadro genealógico de los Cecilio Metelo.

de la saga *SPQR* aparecerán con frecuencia los verdaderos representantes de esta dinastía, en la cual Maddox introduce con gran habilidad a su protagonista. Así, Decio y su padre participarán de la vida política de su tiempo gracias a sus vínculos con Quinto Cecilio Metelo Celer o Metelo Nepos. No será la única vez que Maddox recurra a esto con notable acierto, ya que a partir de la tercera novela (*The Sacrilege*), Decio conocerá a su prometida Julia, sobrina también ficticia de Cayo Julio César.

En la primera novela de la serie, Decio se enfrentará por primera vez a quienes serán sus antagonistas durante toda la serie: Publio Clodio Pulcer y Pompeyo, de quienes hablaremos en el capítulo dedicado a personajes históricos. También será la primera vez que aparezca Clodia, hermana del tribuno de la plebe, y “mala oficial” de la saga, en un retrato femenino que recuerda enormemente a la Livia de la serie televisiva *Yo, Claudio*. También durante la primera novela harán su aparición Tito Annio Milón (gran amigo de Decio), Cicerón y Julio César, con quienes Decio mantendrá una cordial relación. Al contrario que Saylor, la saga se abre inmediatamente después de la dictadura de Sila, por lo que el único retrato que tenemos de este personaje histórico procede de la saga *Roma sub Rosa*. Aquí debemos ya hacer explícita la gran diferencia que hay entre Saylor y Maddox⁴², porque cuando analicemos los personajes históricos insistiremos sobre ella con pruebas: mientras que Saylor es un autor revisionista que intenta en todo momento escarbar en los testimonios y encontrar en ellos una verdad oculta a partir de una reflexión profunda y contrastada, Maddox sigue casi religiosamente la visión oficial de la historia, que es la que nos han legado Cicerón, Julio César y Plutarco. Así, la visión que Saylor tiene de los Clodios es compleja y llena de matices, mientras que Maddox insiste una y otra vez en la maldad inherente a ambos, como hizo Cicerón en sus discursos y Plutarco en los pasajes que les dedica. Para Saylor, Cicerón y César son ante todo animales políticos llenos de ambición y deseos de gloria, monstruos tan profundamente inteligentes que pueden adaptar su idea del bien común a la de su propia prosperidad. Para Maddox, César será el gran héroe de la época, y Cicerón la representación del viejo bondadoso y sabio de la tribu. Saylor no seguirá a pies juntillas la visión ensalzada y poco modesta que cada uno tenía de sí mismo, mientras que Maddox parte de esa visión egocéntrica para humanizarla, pero nunca para negarla o ponerla en duda. Son actitudes distintas hacia la historia que conducirán (y de aquí lo apasionante del ejercicio de contrastarla) a dos recreaciones completamente distintas de los mismos personajes y acontecimientos históricos.

Así, *El misterio del amuleto* será la presentación de todos los personajes im-

⁴² En este punto no tenemos más remedio que dejar fuera a Joaquín Borrell (como se verá en el capítulo correspondiente), ya que los personajes históricos son usados en sus novelas de manera muy episódica, y el tratamiento humorístico que impregna sus dos obras se aparta completamente del realismo, y por tanto, de toda tendencia revisionista o tradicionalista de la historia de Roma.

portantes de la serie, históricos o inventados, salvo en el caso de la ya mencionada Julia. Como en *Roma sub Rosa*, la vida familiar también será muy importante en *SPQR*, y Decio se relacionará cariñosamente con sus viejos esclavos, Catón y Cassandra, y tendrá sus más y sus menos con Hermes, su esclavo personal y recreado con la picardía y soltura de lengua que caracterizaba a los esclavos de las comedias de Plauto, en las que Maddox parece inspirarse para este personaje. En realidad, el humor va a ser un ingrediente muy importante en la serie *SPQR*, pero sin llegar nunca a la premeditada y fresca falta de realismo de Borrell. La ironía con que Maddox caracteriza a Decio (narrador en primera persona de todas sus novelas) le asemeja bastante al Falco de Lindsey Davis, y también a veces el humor aflora por medio de comentarios personales que representan anacronismo cultural absoluto (Milón y Clodio, por ejemplo, son mencionados literalmente como “gángsters”, y parecen una recreación premeditada de Lucky Luciano y Al Capone).

En 1991 aparece la segunda novela de la serie, *La conspiración de Catilina*, cuya lectura produce un efecto extraño. Lejos del sorprendente fresco histórico mezclado con elementos de novela de intriga producido por Saylor, esta novela se basa igualmente en Salustio y Cicerón, pero nuevamente sigue el partidismo de las fuentes sin replantearse una idea más benévola del célebre conjurado. Maddox pasa por encima de este episodio, quizá mitificado, sin profundizar demasiado en las razones, verdaderas o no, que realmente pudieran empujar a Catilina. Decio, introducido como *topo* en las filas de Catilina, nos irá desgranando las intrigas de esta figura esquiua y misteriosa. Las catilinarias ciceronianas servirán de fuente, pero no tendrán una función dramática dentro de la novela. Es quizá la novela más desafortunada de Maddox, donde además incurre en errores y anacronismos muy evidentes.

1992 será el año de publicación de dos novelas: *The Sacrilege*, quizá la obra más interesante de toda la serie y donde Maddox se apunta, aparentemente, a la línea revisionista de la historia. En esta obra, Maddox ofrecerá una sugestiva versión personal del célebre episodio de Clodio en la casa del Pontifex Maximus durante los ritos de la Bona Dea e introducirá al personaje de Julia, la bienamada de Decio el Joven. Este año será también el de publicación de la cuarta novela de *SPQR*, *The Temple of the Muses*, que podemos considerar como la obra turística de esta serie, ya que transcurre en Alejandría y la política de Roma sólo es recreada por alusividad. Decio y su esclavo Hermes llegan a la ciudad acompañando a Metelo Crético en misión oficial, pero una vez allí no tarda en reunirse con Julia Minor (que llega de vacaciones) y con su amigo el médico forense Asclepiodes (que se halla en Alejandría impartiendo unas conferencias). El asesinato de Ifícrates de Quíos le conducirá a descubrir un complot de Partia para atacar a Roma con nuevas máquinas de guerra con tecnología punta para la época.

Entre 1993 y 1999 John Maddox Roberts estará casi ausente del mercado

anglosajón, pero sus nuevas novelas se seguirán editando traducidas con éxito al alemán⁴³. 1999 marcará el regreso de Maddox a Estados Unidos con la publicación de *Saturnalia* por su nueva casa editora, Minotaur, que aprovecha la ocasión para reeditar también las cuatro primeras novelas de la serie que en su día publicara Avon. Hasta la fecha de hoy han aparecido tres nuevas novelas en inglés de Maddox, y la serie sigue su ritmo imparable en Alemania que alcanzará en 2005 su título número 13. En *Saturnalia* Decio se enfrenta nada menos que al supuesto asesinato de su pariente Q. Cecilio Metelo Celer y la *gens* Cecilia sospecha de Clodia, su esposa. Durante esta aventura “navideña” de Decio, éste descubrirá que algunas de los hombres y mujeres más importantes de Roma practican ritos preitálicos en el campo Vaticano. Entre ellos, como no podía ser menos, Fausta y Clodia.

La serie *SPQR* se caracteriza por no tener un esquema general previamente establecido, o si lo hay, éste no es público como en todo momento lo ha sido el de Saylor para *Roma sub Rosa*. Aun en el caso de que lo haya, *SPQR* no es una saga cerrada que tiene la pretensión de ofrecer un fresco histórico de la vieja Roma. Es una serie de novelas policiacas que transcurren en aquella época y por la que se pasean los grandes personajes de su tiempo. Maddox escribirá novelas de Decio mientras sigan teniendo buena acogida en Alemania, en Estados Unidos y en el resto del mundo. Sabemos, sí, que Decio escribe sus historias desde la ancianidad en tiempos del Primer Ciudadano Augusto; sabemos también que tratará a Cleopatra ya adulta (ella tiene un cameo cuando todavía es niña en *The Temple of the Muses*) y que algún día lamentará el hecho de no haber muerto joven, según una misteriosa profecía que se nos adelanta en uno de los primeros libros de la serie. Pero lo cierto es que *SPQR* discurre lentamente en el tiempo, pues en la novela once de la serie Decio es pretor peregrino e investiga unos asesinatos en Bayas.

La gran virtud de Maddox como narrador es la frescura de su estilo y su forma de hacer comprender a un lector poco informado el extinto Imperio Romano a través de ciertos parecidos advertidos por su autor con la actual supremacía de Estados Unidos. A este respecto, debemos asegurar aquí que la impresión que transmite toda la serie es que para Maddox los romanos eran los estadounidenses de entonces.

⁴³ *Saturnalia* como *Tödliche Saturnalien* (München, 1994. Goldmann.); *Nobody Loves a Centurion* como *Tod eines Centurio* (München, 1995. Goldmann.); *Der Fluch des Volkstribuns* (München, 1996. Goldmann.); *SPQR VIII: The River God's Vengeance* como *Die Rache der Flußgötter: ein Krimi aus den alten Rom* (München, 1997. Goldmann.); *Die Schiffe der Kleopatra* (München, 1999. Goldmann.); *In Namen Caesars* (München, 2000. Goldmann.). También hay que mencionar aquí el hecho de que Maddox no estuvo del todo ausente con su personaje Decio, ya que publicó algunos relatos en revistas y antologías. Cf. Cronología, años 1993, 1996, 1998, 1999 y 2000.

5. 3. Steven Saylor.

Steven Saylor (1956) es el autor norteamericano más representativo del género, ya que hasta ahora todas sus novelas se han editado primeramente en inglés, y luego se han traducido con enorme éxito a numerosos idiomas. Hablando de cifras, es el autor más vendido y reconocido dentro y fuera de Estados Unidos: un millón de copias en todo el mundo, citando a su editor Keith Kahla, de la editorial St. Martin's Press⁴⁴. Según estimaciones del autor, su obra ha sido traducida a catorce idiomas⁴⁵. Publica su primera novela, *Sangre romana*, en 1991, y la buena acogida recibida le posibilita prolongar la vida de su protagonista, Gordiano el sabueso, y replantear la serie como una saga familiar que abarcará toda la franja histórica del fin de la república. Hoy, tras la publicación de *The Judgement of Caesar*, la saga se aproxima irremediamente a su final. Steven Saylor, nacido en Texas, donde ha desarrollado dos novelas que se apartan de nuestro género pero no de la narrativa de misterio (*A Twist at the End* y *Have You Seen Dawn?*), estudió Historia en la Universidad de Texas en Austin, donde comenzó su interés por el periodo romano, ha sido editor de literatura erótica gay (la aparente homosexualidad de Metón, el segundo hijo adoptivo de Gordiano el Sabueso, es uno de los rasgos más interesantes de la vida personal de los protagonistas de *Roma sub Rosa*) y en tiempos más recientes, merced a su fama como novelista de época, ha presentado la serie documental *The Great Empire: Rome*, emitida por History Channel. Además, Saylor es el más pródigo de nuestros tres autores en conceder entrevistas, por lo que no es difícil encontrar en internet algunas de ellas, así como reseñas entusiastas de su propia obra⁴⁶, ya que Steven Saylor mantiene él mismo su página web (<http://www.stevensaylor.com>), y responde sin prisa pero sin pausa a los correos electrónicos que le envían sus lectores.

Saylor ha reconocido varias veces que su intención primera no era la de construir una serie. *Roman Blood* apareció como una novela independiente que no iba a tener continuidad, a pesar de que en ella estaban todos los ingredientes para

⁴⁴ Deirdre Donahue, "Classics on Odissey from Stuffy to Cool", en USA TODAY, 24-7-2002.

⁴⁵ Carlo Vennarucci, "Steven Saylor Interview", en Italian-mysteries.com: <http://italian-mysteries.com/saylor-interview.html>

⁴⁶ Sin lugar a dudas, la más importante es la crítica que escribió nada menos que Ruth Rendell, gran dama de la novela criminal y auténtico clásico vivo, que hizo una serie de comentarios entusiastas sobre la obra de Saylor tras leer una de las mejores novelas de *Roma sub Rosa*, *La suerte de Venus* (*The Venus Throw*): "Saylor's scholarship is breathtaking and his writing enthralled (...). It is hard to put his books down, yet at the same time there is a feeling that here is a translation of some recently discovered and long-hidden piece of classical literature. If only it were! Classics would come back on to the school curriculum and Latin be students' favourite subject" (Ruth Rendell, "The Roman Knows", en London Sunday Times, 7 de marzo de 1999).

una prolongación de la misma: la relación de amor del exquiriente, Gordiano el Sabueso (*the Finder*, en versión original), con su esclava hebrea Bethesda se encontraba en sus comienzos, y en las páginas finales de la primera novela, el mismo Gordiano recoge al que será el primero de sus hijos adoptados, el entonces sordomudo Eco (llamado así por la admiración de Saylor por *El nombre de la rosa*)⁴⁷. Tras un viaje a Italia en 1987, la lectura de *Cicero's Murder Trials*, en edición de Michael Grant, le animó a escribir *Sangre romana* al constatar que no encontraba ninguna obra en el mercado que pudiese satisfacer la necesidad de leer una novela policiaca de temática romana clásica, ya que en aquel tiempo Lindsey Davis todavía no había publicado la primera de Falco. El interés que en él produjo la lectura, sobre todo, del ciceroniano *Pro Sexto Roscio Amerino* en traducción de Grant (Saylor no lee el latín) fue la semilla de *Sangre romana*, novela en la que introduce a Gordiano el Sabueso investigando el caso de Roscio para Cicerón e involucrando al mismo Sila. Ya en esta novela aparece la característica habitual de Saylor, que es el revisionismo histórico. Este autor estudia a conciencia las fuentes que nos han sido transmitidas para, más tarde, hacer una propia interpretación de lo que pudo verdaderamente haber ocurrido. A esta actitud, muy próxima a la historia-ficción (que es válida en la novela, y a la cual se adscribe Maddox con *The Sacrilege*), le debemos los apasionantes retratos de personajes como Clodio y su hermana, Catilina, Cicerón y muchos otros protagonista de la historia que salpican sus páginas.

El éxito de *Sangre romana* propició que el editor de Saylor le pidiese prolongar la primera novela, y es así como surge la que quizá sea la mejor saga del género: *Roma sub Rosa*. El mismo Saylor lo explica en entrevista a *Italian-mysteries.com*, donde también destaca una de los rasgos distintivos de la mayor parte de la narrativa policiaca: la necesidad casi impositiva de crear un personajes que propicie toda una serie:

My editor at St. Martin's was interested in more Gordianus books because the first book had just sold well enough and they had sold the paperback rights and a few foreign rights. When they asked me where was the next one in my series, I was a little like--no, no this is a literary novel. I didn't understand anything about the dynamics of publishing and the business of publishing. I guess I had that literary prejudice against series, but it's kind of silly because I had read all of Sherlock Holmes, craving more and more and more. So when they actually suggested a series, I thought about it for about twenty-four hours and I thought well, they're handing me this on a plate; an offer to write the end of the Roman Republic in as many books as I want. Find the murder mysteries. I think that in mystery publishing, they always have their eyes on a series. I think the hardest row to hoe as a mystery author or any genre is the "one off" author whose vision is just book by book. Because they want the sure thing, they want to build an audience, they want you to create a series.

⁴⁷ Caroline Cummins, "Steven Saylor Profile", en *January Magazine*, junio de 2002.

El título de la saga pasó a ser *Roma sub Rosa*. “Sub rosa” es una expresión latina tardía que ha tenido mucho éxito en la lengua inglesa, ya que con “sub rosa” se designa todo aquello que yace bajo el secreto. Además, se trata de un nuevo homenaje a la novela *El nombre de la rosa*, en cuyas *Apostillas* Umberto Eco reflexiona acerca de los muchos significados simbólicos (hasta perder casi todos, apunta Eco) de esta fragante flor⁴⁸. Steven Saylor tomó entonces la decisión de escribir la historia de una saga familiar que abarcaría todo el periodo del fin de la república. El *paterfamilias* y gran protagonista de la saga sería Gordiano el sabueso, un hombre de baja extracción social que se dedica a realizar tareas de investigación para los poderosos, y que con el tiempo llegaría a ascender en la escala social. No cabe duda de que durante toda la serie existen tres subtramas implicadas: la narración de los hechos históricos, la indagación de un crimen y la historia personal de Gordiano y su familia. La habilidad de Saylor para conjugar sin fisuras estos tres elementos son la receta del éxito de la serie. Los bustos de los antiguos romanos dejarán de ser de mármol y se volverán de carne, los turbulentos acontecimientos históricos serán descritos de manera pormenorizada, y en este largo camino por el transcurso de la historia, sufriremos, gozaremos y nos identificaremos con la gran familia de Gordiano el Sabueso, un hombre en conflicto perpetuo entre la vida hogareña y ociosa en la que hubiera deseado siempre vivir y la necesidad de intervenir, a veces contra su voluntad, en los tenebrosos asuntos que movieron los hilos de la historia de Roma. Obsesionado por conocer la verdad (que Saylor interpreta a través de las fuentes históricas y los ensayos filológicos que caen en sus manos), Gordiano es un hombre honrado y ético en un mundo que carece de estos dos valores principales, y por el largo camino de la vida los acontecimientos le llevarán a cometer acciones que, paradójica y terriblemente, a veces van en contra de su propia naturaleza y le hacen sufrir. Porque Gordiano no es un listo en un mundo sufriente, es un hombre que sufre con el mundo que le ha tocado vivir: este pacifista se verá obligado a asesinar al primo de Pompeyo en *Rubicón*, a desheredar a su hijo Metón en *Last Seen In Massilia*, a sufrir la tortura de un amor otoñal que acaba por morir en sus brazos en *A Mist of Prophecies* (el marido fiel que ensalzaba Ruth Rendell en su crítica de *La suerte de Venus* sufrirá y se desmoronará ante nuestros ojos como el mismo mundo contradictorio y feroz al que pertenece). *Roma sub Rosa* es la obra maestra del género y una gran creación de la literatura popular, ésa que concilia la inteligencia con la cultura, la historia, y hasta la hamaca de la playa.

La segunda novela de la serie transcurrirá en Bayas y tendrá como telón de fondo la revuelta de Espartaco. En *El brazo de la justicia* (más que discutible traducción del título original, *The Arms of Nemesis*, 1992) la gran figura dominante se-

⁴⁸ Umberto Eco, “Apostillas a *El nombre de la rosa*”, en *El nombre de la rosa*. Barcelona, 2002, Plaza y Janés [Ave Fénix Debolsillo, 238/1], p. 738.

rá Craso, el hombre más rico de su tiempo, que arde en el fuego de su ambición y aguarda el momento propicio para intervenir violentamente contra los espartaquistas. Será en esta novela, menor en intensidad que *Sangre romana*, donde Gordiano adoptará a Metón, antiguo esclavo de Craso, que pasará a convertirse en un protagonista más de la serie y con el tiempo alcanzará una notoria relevancia dentro de la saga. La pintora Iaia de Cízico y la sibila de Cumas (donde la descripción de la espelunca se inspira intensamente en la *Eneida*, pero también en la cueva real) tendrán también gran importancia en esta novela de la serie.

La tercera entrega es una de las más intensas y conseguidas de *Roma sub Rosa*. En *El enigma de Catilina*, Saylor elabora un apasionante fresco histórico sobre la intrigante personalidad de Catilina. En esta ocasión las fuentes serán recreadas con la mayor minuciosidad posible, así como sus protagonistas principales serán objeto de una sugestiva lectura revisionista. Catilina no será ese monstruo sin medida descrito por Cicerón, y el mismo orador pasará por la criba de una mirada mucho más crítica y menos complaciente con respecto a los testimonios de Marco Tulio. El mismo Saylor lo ha expresado repetidas veces:

In all of the books I have tried to find a non-standard and more subversive approach to deal with the history. I always do assume that history is told by the winners, so there's got to be an untold story. In *Catilina's Riddle*, for example, I went with the alternative view, not the standard view of Cicero just being a spotless heroic figure⁴⁹.

En esta obra se acentúa más que en otras la gran diferencia de talante existente entre Maddox y Saylor, pues ambas novelas, estudiadas en paralelo, arrojan sobre el tapete las diferencias sustanciales entre ambos escritores. Esta obra es la más larga de la serie, ya que hay implicada en ella una trama paralela que consiste en el misterio de los decapitados que van apareciendo en la granja de Gordiano en Etruria. En palabras del propio Saylor, su proceso de escritura fue más complejo: "Because it was so long and it kind of had two plots. It had the plot of Gordianus on the Etruscan farm and the whole revolutionary plot. It was like a two in one. It was just more work"⁵⁰. Además, se trata de la novela en que Metón asume la toga viril y su fascinación por Catilina le empujará a unirse a sus filas, ocasionando que tanto él como Gordiano el Sabueso sean testigos de la batalla final de Catilina en Pistorium, donde Saylor resuelve un enigma histórico: si no hubo sobrevivientes, ¿de dónde pudo tomar Salustio el emocionante discurso final de Catilina a sus tropas? Gracias a la historia-ficción, ya queda claro que es a la memoria prodigiosa de Gordiano a quien debemos su transcripción casi palabra por palabra.

La cuarta novela de la serie, *La suerte de Venus* (*The Venus Throw*, 1995) es

⁴⁹ Cf. Carlo Vennarucci, "Steven Saylor Interview", *loc.cit.*

⁵⁰ Cf. Carlo Vennarucci, *ibid.*

eminentemente literaria, pues el ciceroniano discurso en defensa de Marco Celio y las circunstancias que lo envuelven conducen a Gordiano a convertirse nuevamente en el investigador privado de Cicerón. En el transcurso de la novela conocerá a Catulo y a los Clodios (de quienes proporcionará una visión radicalmente distinta, y mucho más compleja, que la de Maddox; también más veraz). No sólo los secretos de aquellas relaciones turbulentas serán desvelados ante los ojos de Gordiano, sino que en su propio seno familiar descubrirá que el filósofo Dión de Alejandría fue envenenado en su propia casa por su pequeña hija Diana, quien comienza a recibir realce dentro de *Roma sub Rosa*. Las razones para tan funesto crimen (una trama paralela dentro de la trama principal) le harán conocer un doloroso episodio del pasado de Bethesda.

El asesinato de Publio Clodio Pulcher y la resolución del crimen en el que la historia incriminó a Milón serán el tema de *Asesinato en la Vía Apia* (*Murder on the Appian Way*, 1996), otra novela de gran fuerza dentro de la serie. En esta ocasión, Saylor reestructurará el asesinato de Clodio basándose en todas las fuentes conocidas para proporcionarnos, dentro de la más estimulante historia-ficción, una nueva versión completamente inventada pero sugestiva que nos estimula a replantearnos (y esta es otra de las virtudes de Steven Saylor) si nuestro conocimiento de la historia no estará lleno de falsas creencias que han solapado la verdad, como ya expresó J. Goebbels en una frase que se ha convertido en proverbial: “Si una mentira se repite mil veces, acaba convirtiéndose en verdad”.

La serie *Roma sub Rosa* llegará a su apogeo con *Rubicón* (*Rubicon*, 1999), inédita en español como todas las demás novelas de Steven Saylor a partir de este sexto título. Al parecer, los motivos de esta desaparición del mercado español se debe a problemas económicos entre la editorial Emecé y Steven Saylor, pues es lo que se deduce claramente de las palabras de Saylor en la entrevista concedida a Carlo Vennarucci cuando este estudioso italiano le pregunta por la razón de que sus novelas no hayan aparecido en Italia:

I don't have an Italian publisher. I never have. St. Martins actually handles the foreign rights, and for some reason they have never gotten into the Italian market. At one point, I think they had bad experiences with Italian publishers not paying. There's been a recent nibble of someone possibly being interested. I've lost my Spanish publisher in recent years. I get emails from Spaniards who can't finish the series and they're very upset. I tell my publisher that we have to find another Spanish publisher.

El hecho de que una editorial como Edhasa, especializada en novela histórica y editora de Lindsey Davis en español, no haya recogido la antorcha de publicar a Saylor en España indica que quizá la serie *Roma sub Rosa* no haya tenido la misma acogida que las novelas de la autora inglesa, pues como vemos los autores más importantes de este subgénero han sido mal y parcialmente editados en España, al con-

trario de lo que sucede en otros países como Alemania o Francia.

Es una gran pena que la obra de Saylor se haya detenido en la quinta novela, pues el lector español se está perdiendo algo muy importante: mientras la República entra en crisis absoluta al estallar la guerra civil entre César y Pompeyo, Gordiano el Sabueso también entrará en una crisis existencial: en *Rubicón* se verá obligado a asesinar a Numerio Pompeyo, pariente de Pompeyo el Grande, para proteger a su hijo Metón, el mismo a quien desheredará en *Last Seen in Massilia*. Las nuevas entregas de la saga conducen a Gordiano de desasosiego en desasosiego, y es en este momento cuando el antihéroe heroico creado por Saylor aparece ante nuestros ojos como un personaje más sugestivo que nunca al no ser capaz de sobrellevar su vejez a la misma altura de su alto sentido ético en un mundo donde la ética y la verdad han sido irremisible pasto de las llamas de la guerra. En *Rubicón*, Saylor juega admirablemente con el viejo tema del misterio del cuarto cerrado, inspirado en *Los crímenes de la calle Morgue*, de Poe, e inmortalizado por Gaston Leroux en *El misterio del cuarto amarillo*. Obligado por Pompeyo el Grande a investigar el asesinato de su pariente dentro de la propia casa de Gordiano, detective, narrador y asesino serán el mismo hasta el dramático final de la novela, que abarca los primeros meses de la guerra civil y que conduce a la proscripción de Metón como supuesto traidor al ser involucrado en un complot para asesinar a Julio César. Resolver este misterio conducirá a Gordiano a partir hasta la sitiada Massilia en *Last Seen in Massilia* (2000), obra que prolonga e intensifica los acontecimientos de *Rubicón* y que sin embargo representa un título menor dentro de la serie. En *Last Seen in Massilia* también encontraremos una doble trama argumental donde lo único histórico es el decorado de la ciudad sitiada, y en donde Gordiano investigará la misteriosa muerte de una mujer que se arroja (o es empujada) desde la Roca del Sacrificio de la ciudad. La investigación del paradero de Metón, quien en realidad es un doble agente que se ha hecho pasar por traidor a César para introducirse en las filas de Pompeyo, conducirá a Gordiano al repudio de su hijo por haberse convertido en todo lo contrario de aquello que Gordiano ha defendido siempre. Con esta novela, publicada en 2000, se cierra el arco temporal de Saylor que abarca nuestra tesis. Hasta la fecha de hoy han aparecido tres títulos más de *Roma sub Rosa: A Mist of Prophecies* (2002) y *The Judgment of Caesar* (2004).

Queremos consignar en último lugar que Saylor es de los pocos autores en cuya Nota del Autor, ubicada al final de sus novelas, da créditos de cuáles son los libros más relevantes y fuentes clásicas más importantes utilizadas para la documentación histórica. Así puede el lector, si es que gusta, profundizar en su conocimiento del periodo histórico de Gordiano el Sabueso y de los personajes y obras mencionados en las novelas.

6. Particularidades estructurales de las novelas estudiadas.

Kurt Spang, es su capítulo “Apuntes para una definición” incluido en la obra *La novela histórica, teoría y comentarios*⁵¹, establece un análisis de los elementos estructurales de la novela histórica, dejando bien claro que son los mismos que los de la novela no histórica, pues la novela histórica, afirma, no ha generado un desarrollo independiente y específico. Sin embargo, encuentra que existen discrepancias con respecto a los elementos estructurales dentro de los dos grandes tipos fundamentales de novela histórica: la novela histórica ilusionista y la antiilusionista. La primera es, como su nombre indica, aquella en la que los autores tienen el afán de dar la ilusión de verismo y autenticidad de lo narrado (pp. 85-90); por contra, en la novela antiilusionista (pp. 90-94), el autor pone todo su esfuerzo en subrayar la discontinuidad y heterogeneidad de los acontecimientos: “la historia narrada deja de ser un fluir continuo y unitario y sobre todo autónomo para convertirse declaradamente en una especie de puzzle cuyas piezas tienen una cohesión intencionalmente precaria” (p. 91). Spang pone como ejemplos de esta clase de novela histórica, poco aristotélica al separarse de la conocida estructura planteamiento, nudo y desenlace, *Los negocios del señor Julio César*, de Bertolt Brecht, *Los idus de Marzo*, de Thornton Wilder, y las tres novelas de *La guerra carlista*, de Valle-Inclán. En esta última trilogía, Valle recurre a presentar la realidad fragmentada en capítulos muy breves a veces inconexos entre sí. Spang explica en p. 93 el proceso de antiilusionismo en la novela de Wilder:

El tantas veces citado ejemplo de *Los idus de marzo*, organizado como intercambio de cartas, también es un paradigma de una interrupción de la linealidad del relato, dado que no solamente se interrumpe la continuidad del relato, también cambian con una elevada frecuencia las “voces” narrativas, cambian las perspectivas, hasta cambia la naturaleza de los textos, dado que además de las cartas, se intercalan poemas de Catulo en latín con una traducción al inglés/español.

En cuanto a Brecht, es el caso más radical de antiilusionismo, ya que la propia teoría brechtiana del distanciamiento propiciaba que los espectadores de su teatro contemplasen sus obras muy conscientes de que no estaban asistiendo a una representación en la que pudiesen implicarse emocionalmente, como así ocurre en la interpretación naturalista. Su pieza breve *Horacios y Curiacios*, basada en el relato de Tito Livio, es un ejemplo perfecto de esto. Así, *Los negocios del señor Julio César* ya es una novela antiilusionista desde el mismo título, donde el uso de las palabras señor y negocios es completamente anacrónico. Lo mismo podríamos decir de Valle

⁵¹ Spang, Arellano, Mata (eds.), *op.cit.* pp. 65-114.

y su teoría del esperpento, aunque la trilogía de *La guerra carlista* es muy anterior en el tiempo a su fecundidad esperpéntica. A pesar de esta división que parece tan radical, Spang advierte en p. 94 que “ninguna novela histórica concreta corresponde exactamente a uno de estos dos esquemas; cada novela —como es natural— es un caso aparte, y los autores aprovechan los recursos de un tipo y de otro. La atribución a uno u otro es una cuestión de proporción”.

Partiendo de esto, Spang comenta los elementos estructurales de la novela histórica, por lo que vamos a seguir analizando nuestras obras de acuerdo con sus particularidades en seis ámbitos. A este respecto cabe decir que no necesitamos estudiar por separado cada obra, ya que desde el punto de vista de estas peculiaridades, las 15 obras son prácticamente coincidentes en todos los aspectos.

6. 1. Presentación de la totalidad de la novela.

Antes que nada, debemos definir las novelas de Maddox y Saylor como ilusionistas, si bien a esta categorización habría que aportar matices. Los novelistas pretenden en todo momento hacer creíble la acción que nos están contando, por lo que recurren siempre a los elementos narrativos que permiten crear la ilusión de veracidad. Sólomente se separan de esta ambición ilusionista cuando introducen pasajes oníricos que sirven para añadir una interpretación de carácter simbólico. El can Cérbero con que sueña Decio en *The Sacrilege* es una representación del triunvirato pactado en secreto, como también son simbólicos los sueños recreados por Saylor en sus obras (Gordiano sueña con el minotauro en *El enigma de Catilina*, y con la misma cabeza de Catilina en *Last Seen In Massilia*). Estos pasajes oníricos rompen con la linealidad realista del relato, pero al representar una especie de psicoanálisis de la realidad, cumplen una función evocadora y relajante dentro del transcurso, a veces muy agitado, de las tramas novelescas.

También el humor es un fenómeno distanciador, por lo que quizá deberíamos clasificar las dos novelas de Borrell como antiilusionistas. El sentido del humor no sólo cambia de una cultura a otra, sino también dentro de una propia cultura a lo largo de los siglos. Aquello que divertía a los romanos no tiene por qué hacernos gracia ahora, e incluso lo que hace gracia al lector medio norteamericano moderno no tiene que divertir al lector medio español de hoy, aunque en el caso del humor norteamericano éste se halla muy extendido por medio de las series de televisión, pero no tanto en los libros. Una obra tan hilarante y genial como *La conjura de los necios*, de Kennedy Toole, condujo a su autor al suicidio al creerse un autor frustrado por no hallar editor. Hoy, sin embargo, está considerada como la obra maestra del humor de todo el siglo XX de las letras norteamericanas, y una de las principales en toda su historia literaria. El humor puede ser distanciador porque comenta jocosamente la reali-

dad (a esto recurre mucho Maddox) o porque distorsiona la realidad para convertirla al modelo de la farsa amable y de la comedia ligera, como sucede en Borrell. Personajes históricos como Julio César o Cleopatra son recreados por Borrell como personajes de comedia, lo que le lleva a incurrir claramente en el antiilusionismo histórico, aunque no en el antiilusionismo literario, ya que la novela se acoge siempre a las convenciones de la novela de humor blanco.

Lo cierto es que desde el punto de vista de la presentación de la totalidad de la novela, todas las obras responden al modelo ilusionista, ya que todas siguen el modelo clásico de planteamiento, nudo y desenlace, sobre todo teniendo en cuenta que, como novelas policiacas que son, no pueden burlar esta rigurosa estructura⁵². Esto nos conduce a sopesar la naturaleza mixta de estas novelas y hacer la siguiente consideración: en todas las novelas estudiadas predomina la estructura de la novela policiaca, ya que en todas hay un crimen y un individuo que hace el trabajo de investigador, trabajo que le obliga a entrevistarse con testigos y sospechosos y que finalmente le conducen a la resolución del delito y a identificar al asesino. Quizá la única novela donde esta parte eminentemente policiaca se halle más forzada sea en *El enigma de Catilina*, pues como ya hemos mencionado existen dos tramas paralelas que no se relacionan salvo por ser contemporáneas en el tiempo: el misterio de los decapitados en la granja de Etruria y el transcurso de la conjuración de Catilina en Roma. Incluso Carlos Mata en la obra ya mencionada, afirma que esta clase de novelas son, en realidad, “novelas policiacas enmascaradas bajo una envoltura histórica”⁵³, y menciona en concreto *El nombre de la rosa*, y la serie que Lindsey Davis dedica a Marco Didio Falco. En el mismo cajón podemos meter a Borrell, Saylor y Maddox.

También con respecto a este punto de presentación de la totalidad de la novela todas las obras son lineales y cronológicas, aunque a veces algunos personajes evoquen episodios del pasado o bien el mismo personaje narrador evoque personajes o episodios del futuro, como cuando Maddox pone en boca de Decio referencias al primer Ciudadano o a Cleopatra. Esto también resultaría válido para las novelas de Saylor en que una trama esbozada en una novela es seguida y resuelta en la siguiente (la traición de Metón en *Rubicón*, donde desaparece este personaje, es retomada como hilo argumental principal de *Last Seen in Massilia*).

⁵² M. Baquero Goyanes, *Estructuras de la novela actual*. Madrid, 1989. Castalia, p. 153: “La novela policiaca, antes que una especie literaria, es sobre todo una estructura. [...] Una novela histórica quedará siempre definida por unos determinados aspectos que la diferencian de otras modalidades novelescas; pero, de hecho, no posee la fijación estructural que es propia de la novela policiaca. (En el género de la novela histórica caben las más dispares estructuras. Compárense, por ejemplo, la de *Quo Vadis?* de Sienkiewicz, y la de *Los idus de marzo*, de T. Wilder)”

⁵³ Spang, Arellano, Mata (eds.), *op.cit.* p. 58.

6. 2. El narrador.

Spang propone la aproximación al narrador desde cinco ángulos de vista diferentes: la identidad, el grado de información, el momento y lugar de narración y su implicación en los hechos.

6. 2.1. Identidad del narrador: en los tres casos tenemos un narrador en primera persona que responde a los nombres de Gordiano, Decio el Joven y Diomedes de Atenas. En los tres casos son los investigadores, bien porque ésa es su profesión (Diomedes es exquiriente; Gordiano es conocido como el Sabueso y vive de las ganancias de sus investigaciones; Decio es un metomentodo que anda siempre “husmeando”). Si bien Spang afirma (p. 97) que son raros, pero no imposibles, los narradores que también son participantes en la acción (este autor señala que es menos verosímil), lo cierto es que esta coincidencia en los tres autores remite a una de las convenciones de la novela policiaca, donde proliferan los detectives narradores en primera persona.

6.2.2. Grado de información del narrador: En los tres casos se trata de un narrador omnisciente, ya que en palabras de Spang “desde el principio conoce los orígenes y el final de la historia” (p. 97). No podía ser de otra forma, ya que los tres exquirientes (Diomedes, Gordiano y Decio) escriben desde el punto de vista temporal futuro, más o menos alejado en el tiempo pero con la suficiente perspectiva como para enhebrar con la descripción del caso y de los personajes sus impresiones sobre la época. Sin embargo, debemos matizar que esta omnisciencia se refiere sólo a su participación directa en la historia que se narra, pues sería ridículo que Gordiano o Decio se metieran dentro del cerebro de Cicerón o Clodia para desentrañarnos su pensamiento. En esto sigue la tradición de la novela policiaca narrada en primera persona, pues ninguno de los tres novelistas adopta la forma de diario para la narración de sus personajes, que llevan a cabo por escrito y mediante el anacronismo de una estructura de novela que nada tiene que ver con la fábula milesia. En este aspecto la narración se acerca a la novela antiilusionista, pues predomina el narrador con saber limitado: “Lo normal es que el narrador de este tipo vea la historia *desde abajo*, observe, por tanto, —como uno más y con limitaciones— lo bajo, lo cotidiano” (Spang, p. 98).

6.2.3. Momento de la narración: se sitúa en un punto temporal posterior al transcurso de los hechos, pues ninguno de los autores practica el género por medio de la narración a través de cartas o diarios (aunque las cartas son comunes, no predominan dentro de la forma de la novela, como en *Los idus de Marzo*). Por el propio Decio sabemos que escribe los acontecimientos desde la vejez, ya en tiempos del

Primer Ciudadano (Augusto), como se nos explica varias veces (por ejemplo, en el comienzo de la novela...); en el caso de Diomedes no sabemos muy bien cuándo narra los hechos acaecidos, pero es después de su transcurso. En el caso de Gordiano, la naturaleza de novela única que en principio iba a tener *Sangre romana* le hace incurrir a Saylor en un fallo de consecuencia con el resto de las novelas. Mientras que Gordiano escribe desde su vejez los acontecimientos de, pongamos por caso, *Rubión*, en *Sangre romana* (p. 15) nos explica en presente que “Normalmente, cuando un cliente envía a buscarme, el mensajero suele ser un esclavo del más bajo rango de la casa”, lo que entra en contradicción con el estatus que adquirirá años después y que parecen dar a entender que Gordiano escribe sus novelas a medida que los acontecimientos le van sucediendo. Imaginamos que Saylor arreglará estos pequeños detalles en ediciones sucesivas de su obra.

6.2.4. El lugar de la narración: no hay datos al respecto, pero todo parece pensar que la narración se produce dentro de la misma Roma. Como quiera que sea, los tres narradores narran su historia dentro de los límites del mundo romano clásico, aunque Diomedes bien pudo regresar a su Atenas natal, o Decio escribir desde una finca en el campo, lo cual también es válido para Gordiano.

6.2.5. Implicación del narrador: se trata, en palabras de Spang (p. 99) de “tomar partido y comprometerse con figuras y acontecimientos. (...) Ya constituye una especie de implicación la selección del tipo de novela, dado que corresponde a una determinada concepción de la historia y de la historiografía. En segundo lugar, la preferencia por una determinada época, un determinado país, un determinado personaje, constituye otra selección”. En el caso de los autores, ya vemos que todos han estudiado el periodo romano y creen que al hablar de esta época (sobre todo en el caso de Saylor) pueden explicar actitudes o periodos de la nuestra. En el caso de sus personajes y estructura de sus novelas, que son más propios de la novela policiaca que de la novela histórica tradicional, vemos que éstos tienen un grado de implicación absoluto con los hechos que narran y los personajes que describen, pues son testigos de la historia y dan fe de su verdad, más allá de cuál sea la verdad oficial, escrita por los vencedores.

6. 3. Figuras de la novela histórica.

Las hay de dos clases, como es natural. Por un lado tenemos a los verdaderos protagonistas de la historia (Cicerón, Catulo, los Clodios...) y por otro tenemos las figuras inventadas. Para explicar esto, Spang se remite a P. Ricoeur⁵⁴ en la página 101 de *op.cit.*: “En el ámbito de las figuras de la novela histórica también existen, por un lado, figuras con función vicaria, es decir, figuras *representadoras* que son configuraciones literarias de personas reales del pasado, y por otro, figuras *significadoras* en el sentido de inventadas por el autor y ficticias o simplemente anónimas sin papel individualizado”.

Como destaca Spang en p. 102, en la novela histórica es normal que el número de personajes ficticios sea mayor que el de personajes históricos, como resulta ser en estas novelas. Junto a César, Cicerón, Clodio y demás que aparecen por sus páginas tenemos una multitud de inventados, secundarios y episódicos con muchos niveles de funcionamiento dentro de la historia. Por ejemplo, los protagonistas son siempre inventados (figuras significadoras): Diomedes, Baiasca, Gordiano y su familia, Decio el Joven y Decio el Viejo o Julia, la sobrina de César, son personajes ficticios. Frente a ellos tenemos un grupo relativamente pequeño de personajes históricos (figuras representadoras) y, por último, un buen número de figuras significadoras o inventadas cuya misión en la historia es variable (esclavos, testigos de un crimen, sospechosos, senadores ficticios, y un largo etc.). Dentro de la creación de los personajes ficticios principales, resulta muy habilidosa la creación por parte de Maddox de Decio Cecilio Metelo el Joven y Decio Cecilio Metelo el Viejo (así como de Julia), pues son personajes verosímiles que pudieron existir pero no existieron, ya que ellos no aparecen consignados en los árboles genealógicos de los Cecilio Metelo y de la familia Julia.

Es tiempo de hablar del famoso “héroe medio” de Lukács. De acuerdo con este autor, un personaje procedente de un estamento medio o de importancia muy mediana es el protagonista más destacado de las novelas históricas⁵⁵:

El portador activo y centro de este cuadro de época es el “héroe medio” de la novela histórica. Precisamente aquellos rasgos sociales y humanos que proscriben del drama a esas figuras o que les permiten desempeñar sólo un papel subordinado y episódico son los que cualifican a esas figuras a situarse en el centro mismo de la composición de las novelas históricas. Pues la relativa confusión de los contornos caracterológicos, la ausencia de grandes pasiones que pudieran conducir a actitudes demasiado parciales y definidas, su contacto con los dos bandos en pugna, etc., todo ello los hace muy apropiados para expresar apropiadamente en su propio destino la compleja capilaridad de los acontecimientos novelescos.

⁵⁴ P. Ricoeur, *Temps et récit* III. París, 1983-1985. Seuil, p. 204.

⁵⁵ Georg Lukács, *La novela histórica*. México, 1977. Ediciones Era, p. 152.

No siempre es así, como bien sabemos, pero este recurso ayuda a que el lector contemporáneo (también hombre medio, por lo general) se identifique más con él que con un personaje aristocrático o bien tan deslumbrante por su trascendencia histórica con quien sólo desde un punto de vista megalomano podríamos identificarnos con él (nos resulta natural ver a Julio César desde abajo, con admiración y respeto, pero no como a un igual o contemporáneo). En lo que respecta a este punto, los novelistas juegan también con el héroe medio de Lukács, pero hay que hacer unas precisiones a este respecto: Diomedes el exquiriente es un extranjero en Roma, y por tanto perteneciente a un estrato social medio-bajo; Gordiano cumple con los requisitos novelescos del detective de baja extracción social, y es fácil identificarse con sus cuitas familiares. En el caso de Decio el Joven, si bien pertenece a una familia de rancio abolengo y va a ir medrando en la escala social hasta convertirse, suponemos, en un romano importante, es un personaje dibujado con simpatía y carente de toda pompa u ostentación, por lo que es fácil identificarse con él por medio de su falta de *gravitas*, y en definitiva, por su contemporaneidad. Decio vive, en realidad, como el norteamericano medio de clase media, con todas sus limitaciones y ventajas en el país más poderoso de la tierra. A este respecto, según Spang (p. 103), tenemos una representación del deterioro de la aristocracia, y por tanto, una característica de la novela antiilusionista, pues en los tres autores oscilan entre la burla y el desdén irónico de las clases sociales aristocráticas o adineradas:

Sin embargo y como norma general, el reparto de la novela ilusionista acentúa la presencia de figuras de estamentos altos, mientras que la antiilusionista da preferencia a las clases medias y bajas. Es notable cómo en novelas históricas de la época de transición se observa una mezcla equilibrada de ambos estamentos, pero con frecuencia es precisamente el declive de la aristocracia lo que se convierte en tema o subtema de la narración.

Es, precisamente, este subtema de la decadencia de la aristocracia y de las instituciones de la Roma republicana uno de los grandes temas tanto de Maddox como de Saylor.

6.4. El tiempo.

Toda novela histórica, policiaca o no, es la recreación de un tiempo pasado, y como tal, debe estar ubicada forzosamente en el calendario. En este caso tenemos a tres autores que ubican sus historias durante los años finales de la República, y cada uno de ellos abarca en sus novelas desde unos cuantos días a unos meses de ese mismo periodo. Para ello, como es natural, el autor se verá obligado a condensar este tiempo lineal en pocos capítulos o saltando hacia delante dentro de la cronología histórica, pero sin crear un gran abismo temporal. Entre las novelas de

Saylor, por ejemplo, suele haber una elipsis de años (salvo a partir de *Rubicón*, donde se comprimen los acontecimientos de la guerra civil) entre una y otra, elipsis que permitirán a Saylor recuperar a sus personajes en determinados momentos de su vida por medio de cuentos. En este aspecto, todas las novelas se ciñen al uso general del tiempo en la novela en general, principalmente en la policiaca. En los tres casos, los novelistas evocan el pasado mirando hacia un futuro sabido, como es natural en esta clase de novela histórica (Spang, p. 105).

6. 5. El espacio.

Es otro aspecto importante para cualquier novela, pero sobre todo para la histórica, ya que podría entrar en severas contradicciones con la realidad, y esto no se da casi nunca. El espacio general es Roma, siglo I a.C., y dentro de esta ubicación espacial los novelistas se han documentado por medio de las fuentes, de libros de arte o de viajes a Italia. Otros espacios secundarios, construidos a partir del conocimiento del espacio general, son Bayas, Cumas, Massilia, el campo de Etruria, y como lo más exótico, Alejandría y la leyenda Cólquide (en este último caso, la mayor parte es fantasía). Es decir, en este aspecto los autores siguen esa tendencia de la novela histórica a ubicarse en espacios múltiples (Spang, p. 106).

Pero además, tenemos otra clase de espacios: mansiones y casas particulares (como la de Gordiano, la de Clodia en Saylor, la del Pontifex Máximus en Maddox), templos y edificios públicos (la Curia, de la que tenemos descripciones en Maddox y Saylor). Todas ellas son muy importantes para conceder verosimilitud a las novelas, y para ello los novelistas demuestran estar bien documentados a partir de reconstrucciones arqueológicas y de los testimonios de las mismas fuentes.

6. 6. El lenguaje.

Este es, quizá, el aspecto más polémico de toda novela histórica, sea policiaca o no, pues abarca a todo el tejido literario y alcanza a su estructura. Los novelistas ponen a escribir a Gordiano, Decio y Diomedes no como novelistas de fábulas milesias o de una literatura más subterránea como pudiera serlo el *Satiricón* (con la que toda novela negra guarda parentesco por la afinidad, a veces, de sus atmósferas), sino como novelistas contemporáneos bien versados en las técnicas del best-seller y de la intriga policiaca consolidada desde los tiempos de Edgar Allan Poe. Es verdad que a este respecto existe una contradicción total entre lo que se cuenta y lo contado, pero, ¿tan anticuada nos parece hoy día la lectura de la obra maestra de Petronio? La respuesta es evidentemente negativa, y cuando pensemos en la extrema diferencia de estilos entre el latín del siglo I a.C. y la novela contemporánea, más bien deberíamos tomar el *Satiricón* como punto medio de referencia y mo-

delo (y hasta antepasado) de toda narrativa policiaca o negra moderna, pues en el *Satiricón* encontramos muchos de los elementos que hoy día son intrínsecos a la mejor novela negra: la narración en primera persona, los ambientes sórdidos y oscuros, los personajes de baja extracción social, la pintura expresionista de un mundo en decadencia con una acentuada degradación de valores, y la crítica hacia las clases altas y los nuevos ricos fastuosos y groseros. Pensar en esto es más propio para defender esta moderna novela policiaca de antigüedades que pensar en los modelos hoy gastados por siglos de preponderancia como son los de Cicerón, Plinio el Viejo o Plutarco. De hecho, tampoco el *Satiricón* es ajeno a ciertas gotas de misterio, y hay algo en esta obra tan antigua que hoy nos parece tan moderna (y acaso más, por cuanto tiene de valores estéticos y narrativos eternos) que todas las novelas negras de nuestro tiempo. ¿Es que no es emotivamente moderna, por consabida y tantas veces oída, la crítica en el museo contra el triunfo de la mediocridad en el arte?⁵⁶

A este respecto, los críticos hacia la novela histórica han propuesto el uso de un lenguaje arcaizante, pero esto ha tenido su fuerte contracrítica en otros que, como Friedrich Hebbel, criticó esta idea. Lo cita Spang en p. 107, quien a su vez recoge la cita de Lukacs y lo sintetiza a continuación:

No se trata, pues, —según Hebbel— de reproducir servilmente el lenguaje del país y de la época ni de las figuras, la novela histórica es una evocación de una época del pasado en un tiempo distinto y, por tanto, el arcaísmo sería una falsificación, un anacronismo, no una forma de autenticar lo narrado. Sólo a primera vista el discurso narrativo de la novela histórica, al evocar una época del pasado, o más llamativamente todavía, al presentar países e historias extranjeras, plantea la necesidad de imitar un idioma extranjero y/o la evolución del lenguaje. Sería absurdo presentar al narrador y las figuras de *José y sus hermanos* de Thomas Mann, hablando en cananeo y en egipcio. Los autores encuentran normalmente una solución intermedia, dejando hablar al narrador y a sus figuras en el idioma materno del autor y en el estado contemporáneo a la creación de la novela y sólo de vez en cuando introducen una forma arcaizante o dialectal para que tanto el diálogo de las figuras como las intervenciones del narrador tengan aire de autenticidad.

Esta opinión parece fuertemente sustentada teóricamente, y por si esto importara mucho, es lo que hacen los autores de novela histórica como Saylor, Maddox y Borrell. Para compensar este anacronismo cultural o mental, los autores recurren a las descripciones muy minuciosas de lugares extraños o desconocidos (la Curia, la gruta de la Sibila de Cumas), y a veces, para dar un aire de mayor seriedad documental o de fidelidad al idioma original (el latín, en el caso que nos ocupa), presentan pequeños intertextos. Saylor casi nunca recurre a estos latinajos o vocablos latinos, incluso a veces se permite ciertos anacronismos que suelen pasar desapercibidos (la mención en *Rubicón* del *garrote* o hilo siciliano para estrangular a un hom-

⁵⁶ Cf. *Satiricón* LXXXIII-IV.

bre, como en *El amigo americano* de Patricia Highsmith); en cambio, todas las novelas de Maddox están llenas de vocablos latinos, hasta el punto de que al final de cada una de ellas figura un minidiccionario donde los lectores pueden acudir a buscar los vocablos en cursiva con sus respectivas explicaciones. Esta argucia, tan vieja como la misma literatura histórica y popularizada por los álbumes de Asterix y otros⁵⁷, pretende proporcionar a las novelas un sabor cultural y de época que favorece el conjunto general, aunque a veces pueda parecer un tanto estridente.

En cuanto al lenguaje, si bien Borrell escribe en valenciano (él mismo se traduce al castellano) y Saylor y Maddox lo hacen en inglés, a veces introducen anacronismos con efectos clarificadores entre la audiencia lectora. No deja de ser llamativo que Maddox mencione que Milón y Clodio son los dos “gángsters” (sic) más notables de Roma, o que Davo, casado con la hija de Gordiano, comente al descubrir en el patio de su casa el cadáver de Numerio Pompeyo: “Pompey will be mightly pissed”, en el más puro estilo de cualquier chicarrón de Texas. Son, sin embargo, pequeños detalles que no afectan en general a unas estructuras bien construidas de acuerdo con los modelos más solventes de la moderna literatura de género, que es, no lo olvidemos, una literatura de orientación eminentemente popular.

Como se advierte fácilmente, si bien los tres novelistas han producido unas obras del tipo ilusionista en la medida de que buscan que el lector se involucre en la historia y sucumba a la hipnosis de toda novela bien construida, también se sirven de ciertos ingredientes que bien podrían considerarse más bien propios de la novela antiilusionista. Sus obras son, por tanto, no sólo una mezcla de géneros de la novela, sino también una mezcla de ingredientes de la cocina de la literatura que tiene el objetivo de hacer pasar a los lectores un buen rato, es decir, instruir deleitando.

7. Las novelas. Método de abreviatura simple y otros aspectos de procedimiento.

Tras esta pequeña introducción a un subgénero joven pero que ya ha producido abundante literatura, vamos a proceder a analizar las quince obras seleccionadas de nuestros tres autores. Durante toda nuestra tesis vamos a mencionar las novelas y sus páginas sirviéndonos de un método de abreviatura simple consistente en: Siglas del autor, abreviatura del título de novela y número o números de página. Steven Saylor pasará a ser SS en su abreviatura, John Maddox Roberts JMR y Joaquín Borrell JB. Así, cuando queramos mencionar (por poner un ejemplo) la página 68 de *El misterio del amuleto*, de John Maddox Roberts, o bien citar un fragmento de dicha página, citaremos de la siguiente forma: JMR Mist 68. A continuación pro-

⁵⁷ Pensamos, por ejemplo, en el excelente vocabulario náhuatl que aparece al final de los álbumes de la serie *Quetzalcoatl*, de Mitton (Ediciones Glénat).

porcionamos el listado completo de novelas a analizar seguido de los datos bibliográficos de las ediciones que nosotros hemos manejado. Este listado también será reproducido en la Bibliografía general, pero no viene de más presentarlo aquí por primera vez. Al final de los datos bibliográficos presentamos entre corchetes la nomenclatura abreviada para cada obra.

- 1) Joaquín Borrell, *La esclava de azul*. Barcelona, 1989. Círculo de Lectores. [JB Azul]
- 2) —, *La lágrima de Atenea*. Barcelona, 1989. Círculo de Lectores. [JB At]
- 3) John Maddox Roberts, *El misterio del amuleto*. *SPQR*. Traducción de Aurora Echevarría. Barcelona, 1997. Plaza y Janés. [JMR Mist]
- 4) —, *La conspiración de Catilina*. *SPQR II*. Traducción de Carmen Camps. Barcelona, 2000. Plaza y Janés. [JMR Con]
- 5) —, *The Sacrilege*. *SPQR III*. New York, 1999 [1st. edition, Avon Books, 1992]. Thomas Dunne Books. St. Martin's Minotaur. St. Martin's Press. [JMR Sac]
- 6) —, *The Temple of the Muses*. *SPQR IV*. New York, 1999 [1st. edition, Avon Books, 1992]. Thomas Dunne Books. St. Martin's Minotaur. St. Martin's Press. [JMR Tem]
- 7) —, *Saturnalia*. *SPQR V*. New York, 1999. Thomas Dunne Books. St. Martin's Minotaur. St. Martin's Press. [JMR Sat]
- 8) Steven Saylor, *Roma Sub Rosa I. Sangre romana*. Traducción de Damián Alou. Barcelona, 1998. Emecé. [SS Sang]
- 9) —, *Roma Sub Rosa II. El brazo de la justicia*. Traducción de M^a Eugenia Ciocchini Suárez. Barcelona, 1998. Emecé. [SS Just]
- 10) —, *Roma Sub Rosa III. El enigma de Catilina*. Traducción de Esther Gómez Parro. Barcelona, 1998. Emecé. [SS Cat]
- 11) —, *Roma Sub Rosa IV. La suerte de Venus*. Traducción de M^a Luz García de la Hoz y Rosa Ayuso. Barcelona, 1998. Emecé. [SS Ven]
- 12) —, *Roma Sub Rosa V. Asesinato en la Vía Apia*. Traducción de M^a Luz García de la Hoz. Barcelona, 1998. Emecé. [SS Ap]
- 13) —, *Roma sub Rosa VI. Rubicon*. New York, 1999. St. Martin's Paperbacks. [SS Rub]
- 14) —, *Roma sub Rosa VII. Last Seen in Massilia*. New York, 2001. St. Martin's Paperbacks. [SS Last]
- 15) —, *La casa de las vestales*. Traducción de M^a Luz García de la Hoz. Barcelona, 1998. Emecé. [SS Vest]

Tras esto, sólo resta introducirnos en la recreación que de la civilización romana llevan a cabo estos modernos novelistas. Hemos dividido el objeto de nuestro estudio en cinco grandes bloques que a su vez presentan naturales subdivisiones, que

mencionamos entre paréntesis: Roma y las fuerzas del orden público (Roma, peligro para caminantes y Policías, guardias y detectives); Mitología y religión (Personajes mitológicos, Religión y mundo de los muertos); Personajes históricos (Principales protagonistas de la historia, y Las labores de Marte: Batallas, militares y ejército); Cultura y sociedad (Arte y arquitectura, Fisiología del gusto antiguo y Circos y gladiadores). Al final de cada capítulo presentaremos también unas conclusiones parciales sobre el mismo, si bien las conclusiones generales sobre este subgénero de la novela serán desarrolladas en el apartado final correspondiente.

Desgraciadamente, los temas seleccionados no abarcan la totalidad de los campos dignos de estudio. Quedan en el tintero otros temas que por razones de extensión y tiempo han debido quedarse fuera, a pesar de contar con un abundante banco de datos. Tal es el caso de los capítulos que en un principio teníamos contemplados para Geografía y razas; Sociedad; Cultura y referencias literarias; Vestuario, belleza y moda; Costumbres y creencias populares; Filosofía, ciencia y medicina; y por último, Derecho y leyes. Sólo podemos argumentar en nuestro descargo que la presente tesis no se presenta como definitiva y totalizadora, por una parte, y por otra argumentar que muchos de los temas que no han sido analizados exhaustivamente son recogidos parcialmente en otros capítulos. Así, una figura eminentemente literaria como Catulo de Verona será analizada en el apartado dedicado a Personajes históricos. De la misma manera, el análisis realizado de Religión y mundo de los muertos o Personajes históricos recoge también muchos aspectos que en mayor o menor medida hubieran sido también tratados al abordar futuros capítulos dedicados a Sociedad, Costumbres y creencias populares o Derecho y leyes, por dar sólo tres ejemplos. Porque debemos decir que el método utilizado para analizar estas novelas, que es el de la compartimentación, escapa al aliento totalizador de cualquier novela, y sobre todo de las que nos ocupan: en muchos pasajes de cualquiera de estas obras están implicados numerosos temas al mismo tiempo que hubieran merecido ser analizados desde el punto de vista de la sociedad, de la literatura clásica, de la historia del periodo o un largo etcétera que nos hubiesen obligado a repetir pasajes en varias partes de una tesis que podríamos haber llamado totalizadora. En cierto modo, las limitaciones que el tiempo ha impuesto sobre nuestro trabajo han servido también para lograr una labor de depuración previa que hubiesen conducido a la presencia de un mismo pasaje en distintas partes de la tesis.

Se dice popularmente que para muestra, un botón. Estamos convencidos de que el análisis temático parcial de estas quince novelas arrojan una luz muy poderosa que sirve para iluminar suficientemente el título de nuestra tesis: La novela policiaca de temática romana clásica. Rigor e invención.

Breve introducción a la novela policiaca de temática romana clásica.

II
ROMA Y LAS FUERZAS
DEL ORDEN PÚBLICO.

1. Roma, peligro para caminantes.

No podríamos imaginar siquiera el abordar un comentario de la recreación de la cultura y la civilización romana que los novelistas llevan a cabo en sus obras sin comenzar hablando de la misma Urbe. Diseminadas por cientos y cientos de páginas desfilan personajes históricos, se recrean ante nuestra atenta mirada sus acciones políticas, intelectuales o militares, los rasgos más personales de la civilización son desplegados ante nuestros ojos para que compartamos cuanto de común tenían los romanos con nosotros, o para que nos extrañemos con sus rasgos más disímiles. A través de la recreación que con todas las libertades de la verosimilitud se permite el arte literario se nos deja llevar a cabo un turismo histórico enriquecedor. Pero además de protagonistas como Decio el Joven o Gordiano el Sabueso que entrelazan sus vidas con las de Cicerón, César o Catón, también la misma Roma es protagonista. Los autores inciden en determinados aspectos, recalcan la importancia de determinados escenarios, y a veces la sola mención de un lugar, de una vía o de un foro, de una puerta o de una colina inflaman de oxígeno un relato que sin esas referencias carecería, no ya de talento —pues no es el talento narrativo lo que se discute en ninguna de las páginas de esta tesis—, pero sí de verosimilitud, algo tan importante para la novela como el aire para los seres vivos. El oxígeno nutriente de esta o de cualquier novela no es otro que el de la verosimilitud. En las siguientes páginas abordaremos cómo es descrita la ciudad, con sus bondades y sus bajezas, con su gloria y su miseria urbanística, sus vías, puertas, foros, calles. En definitiva, de la eterna Roma, peligro para caminantes. No sólo en el sentido de la seguridad personal, sino en el sentido albertiano de la ciudad peligrosa por su cautivadora belleza y por su inconmensurable leyenda.

1.1. Roma, corrupta y peligrosa.

Una idea flota en el aire y recorre todas las novelas que hemos estudiado: Roma es una ciudad caótica, peligrosa y corrupta. Roma es peligro para caminantes, pero no en el sentido albertiano, sino en el sentido de la inseguridad pública y social en la que habita sumergida. Nuestros autores diseminan por todas partes comentarios o detalles en las conversaciones acerca de esta realidad exacerbada. Son tres los matices que los novelistas imprimen a la idea general: la

corrupción política y judicial impide el buen funcionamiento del estado; la Urbe es peligrosa tanto de día como de noche, pero sobre todo después de ponerse el sol; Roma es una ciudad que ha crecido sin orden ni concierto, el trazado de las calles es caótico y la Urbe es un confuso laberinto urbano tan complejo y enmarañado como el laberinto de pasiones en que habitan sus gentes. Estos tres aspectos serán retomados una y otra vez, con un claro objetivo: los novelistas consiguen ubicarnos en un contexto emocionante, proclive a crear en el lector expectación, y en definitiva, “suspense” en el sentido con que Patricia Highsmith usaba este término¹. Por lo demás, estos autores de narrativa criminal encuentran en Roma el espejo ideal para sus relatos de decorado histórico. El conflicto es el aliento vital de muchas películas y grandes obras de la literatura, y la misma ciudad de Roma, con su inseguridad ciudadana, su misteriosa geografía y el telón de fondo de su terrible historia durante este periodo se prestan favorablemente a un conflicto permanente. Comentaremos cómo se refleja esta situación en la obra de nuestros autores analizando algunos párrafos o frases centrados en estos tres puntos que predisponen al conflicto constante. Sin embargo, antes de ello vaya por delante la perla de toda esta colección, un párrafo de Steven Saylor en *SS Cat 29* donde Gordiano ejemplifica perfectamente la idea de una Roma, peligro para caminantes en sus tres rasgos predominantes:

No creo que eche de menos la ciudad [de Roma]. ¡No veía el momento de salir de allí! Está bien para hombres más jóvenes o para los que se dejan arrastrar por sus vicios. No hay un lugar como Roma para que un hombre satisfaga su ambición de poder, su lujuria o su codicia, o muera en el intento. No, ya he vuelto la espalda a todo eso. Roma se ha convertido en un lugar inhóspito, sucio, atestado de gente, ruidoso y violento. ¡Sólo un loco podría seguir viviendo allí!

Creemos que la idea fundamental del párrafo está en que Roma “está bien para hombres más jóvenes o para los que se dejan arrastrar por sus vicios”, idea que brilla por sí sola entre muchas otras donde la corrupción de Roma queda reducida a adjetivos acumulativos o a juicios banales sin mayor trascendencia. Roma sería entonces una ciudad ideal para aquellos espíritus aventureros, un tanto inconscientes, pero que no son lo bastante viejos como para tomar medidas precautorias acerca del peligro que corren; por otra parte, sería la ciudad ideal para todos aquellos que pueden conseguir complacer sus más secretos vicios sean éstos cuales sean. En cierto modo, la Roma que nos presentan los novelistas, laberíntica y sinuosa, es la de las

¹ Es importante reproducir aquí esta definición de la gran maestra norteamericana, porque es una definición canónica del género: “What’s suspense? I try to answer that question by saying, a suspense story is one of which the possibility of violent action, even death, is close all the time. I do not try to confine my imagination to themes of violence, but this book is about suspense writing in the trade use of the term, which means violence, and sometimes murder”. En Patricia Highsmith, *Plotting and Writing Suspense Fiction*. New York, 1990, St. Martin’s Griffin, pp. XI-XII.

confusas fronteras de sus calles y barrios y de las no menos confusas fronteras del deseo humano.

1.1.1. Corrupción política y degeneración de las costumbres.

Que los políticos eran corruptos y las costumbres disipadas ha sido, desde siempre, un lugar común para hablar de la antigua Roma. Los excesos de los emperadores más degenerados parecieron permear en conjunto la percepción popular de la historia romana como si todos sus protagonistas hubiesen sido Calígulas o Mesalinas. Por otra parte, los avinagrados comentarios de moralistas como Catón, Plinio el Viejo o Juvenal que trataremos en otra parte fueron versátilmente utilizados por los cristianos para hacer creer que toda Roma fue disipación y vicio. Lejos de estos extremos, lo cierto es que, si bien durante esta época Roma no vivía las funestas consecuencias de un cesarismo enloquecido como fue el de Tiberio o Nerón, la República romana había salido muy maltrecha de la época de Sila, tan enormemente deteriorada que los años posteriores sólo sirvieron para agudizar el resquebrajamiento de sus instituciones. El recuerdo de aquellos terrible años de Sila es evocado de vez en cuando en tono ominoso, como en JMR Con 98:

—¿Te has enterado de la muerte de los équites Opio y Caleno?

—Naturalmente. Roma no ha sido nunca una ciudad segura. He conocido mañanas en que cuarenta hombres de rango senatorial o ecuestre aparecían muertos por las calles, y nadie se molestaba en contar los cadáveres de otros de inferior condición.

—Eran tiempos más duros —dije—. Eso ocurría cuando las peleas entre bandas y facciones se hallaban en su apogeo, cuando Sila publicaba sus listas de proscripciones y Mario guiaba multitudes de asesinos por las calles. Últimamente los tiempos han cambiado.

Si bien estos últimos tiempos habían cambiado, no era posible que la sociedad romana se recompusiera de la barbarie cotidiana que había sido la dictadura silana. Cuando los pueblos se acostumbran al horror como un hecho no aislado, sino sistemático, algo muy delicado se quiebra dentro de ellos, y esto puede conducir al deterioro de las instituciones del estado, a la corrupción sistemática del sistema político y judicial y a que, finalmente, las riendas del gobierno queden repartidas entre una casta política dominante, aislada de un pueblo al que explotan y temen, para acabar en la constitución de un estado oligárquico donde finalmente unas cuantas individualidades se devoran voraces por intereses políticos y económicos, sin respetar la vida de sus contrincantes. Así lo leemos entre líneas en SS Sang 48: “En estos tiempos, en Roma, la política ciertamente puede matar a un hombre de manera más rápida y segura que la buena vida o el abrazo de una ramera, más incluso que un pa-

seo a medianoche por la Subura”. En este contexto de extremo desvalimiento, sólo la maldad humana parece ser el motor de estos egos desquiciados, y ante ellos ni la inteligencia, ni la competencia política, ni el carácter idóneo para ser hombre de estado sirven para nada². En la imaginación de nuestros novelistas los valores de esta Roma antigua se subvierten, y los hombres justos y valientes acaban muriendo como los traidores en la Roca Tarpeya o ahogados en el río como mendigos sin nombre. Los malvados, mientras tanto, medran en ese mundo indigno, como se desprende de una conversación entre Decio y Claudia en JMR Mist 89:

—Los hombres osados han acabado en los últimos años decapitados, arrojados por el acantilado de Tarpeya o ahogados en el Tíber.

Ella sonrió con desdén.

—Muy semejante ha sido el destino de los timoratos. La diferencia reside en que los osados han arriesgado sus vidas por algo que valía la pena. Pompeyo y Craso, que nunca han respetado la antigüedad ni la jerarquía, son ahora cónsules.

No es de extrañar que sea Claudia, la legendaria Clodia Pulcher a quien Catulo immortalizó como Lesbia, quien defiende en el diálogo anterior a los osados. La osadía de Clodia, la sorprendente idiosincracia de su carácter, le dieron un papel predominante en estas novelas. Para Maddox, pasa a convertirse en ejemplo de maldad y lascivia sólo comparable a las de su malvado hermano Clodio. Para Saylor, sin embargo, es un personaje inteligente que ejerce una fascinación sobre los siglos. La leyenda de haber sido Clodia y Lesbia la persigue. La audacia de independencia e idiosincracia, e incluso su intervención velada en asuntos de estado, la hacen una precursora, a pesar de que también por ello la convertirán en víctima, víctima de un sistema político enfermo y cruel. Es en ella, principalmente, en quien debe de pensar Gordiano cuando en SS Ap 58 afirma: “La política es la enfermedad de Roma. Todos en la ciudad la acaban cogiendo tarde o temprano, hasta las mujeres hoy en día. Nadie vuelve a recuperarse. Es una enfermedad insidiosa, con síntomas perversos. Distintas personas la sufren de maneras diversas”.

En definitiva, esta Roma corrupta y políticamente enferma es la que sirve de telón de fondo a las historias que nos cuentan los novelistas. Como escribió Borrell en JB Azul 175: “Roma es un pañuelo, más bien sucio de un tiempo a esta parte”. También Saylor lo expresaría, finalmente, con un poco de humor por boca de Gordiano el Sabueso en SS Vest 109, pero haciendo extensible su desengaño a toda la población: “¿Qué es más raro que un camello en las Galias? (...) ¡Un hombre honrado en Roma!”

Steven Saylor, quien hasta la fecha ha desarrollado más en el tiempo la histo-

² Así lo expresa claramente Maddox en JMR Mist 88: “Un hombre no necesita ser inteligente o competente, ni poseer siquiera el temperamento adecuado, para desempeñar un papel importante en los asuntos elevados del estado. Basta con ser perverso y peligroso”.

ria de Roma, alcanzando el periodo de guerras civiles, también reflejará la decadencia progresiva y absoluta de la ciudad durante este periodo. En SS Rub 180 Bethesda comparará la Roma de su tiempo con la Alejandría de su juventud, y la comparación no resulta favorable para la ciudad eterna: “Rome is as bad now as Alexandria was when I was a girl. Worse! Riots and assassinations and insurrections, one after another, and no end in sight”.

Y es que el periodo de guerra civil será la explosión de un sistema corrupto y de una forma de vida corrupta, en la que cualquier individuo deberá hacer lo que sea preciso para sobrevivir: “We live in a world turned upside down. Men become capable of ... anything. Even good men”, se nos recuerda en SS Rub 63, y en la misma novela (SS Rub 180) Tirón completará esta idea dándole carta de naturaleza: “In times like these, a man has to do things against his own nature”. Steven Saylor, bien apoyado en las fuentes clásicas y en su fértil imaginación, será el ilustrador más hábil de esta progresiva decadencia y descomposición tanto moral como política.

1.1.2. Peligrosidad de las calles de Roma.

Siempre se nos cuenta que Roma no es una ciudad segura, incluso Gordiano va más allá en SS Ven 18 y la califica como “la ciudad más peligrosa del mundo”, donde el asesinato y el robo están a la orden del día, y de la noche, si hemos de prestar atención a lo que nos cuenta Gordiano en SS Sang 184: “Si Magno fue a Roma para aprender de la vida, el asesinato es una lección que no se tarda en encontrar”, o bien Decio en JMR Mist 247: “Aquí, en Roma, contamos con los mejores ladrones del mundo”. Asesinos y ladrones operaban principalmente en las tinieblas de la noche.

El asesinato —por robo, o por razones políticas— era propiciado por dos razones: la inexistencia de un cuerpo policiaco, como veremos en el capítulo correspondiente, hasta que en 6 d.C. Augusto crea el primer cuerpo de *vigiles* que recorren por las noches las calles, y el entramado laberinto del trazado urbano, de lo que daremos ejemplos a continuación. Cualquiera que haya paseado por las calles del Albaicín en Granada podrá tener una idea muy parecida de lo que eran las calles de Roma y de lo fácil que era poder asesinar en determinadas condiciones, como apostilla Gordiano en SS Sang 47, a propósito de la muerte de Roscio: “Las calles de Roma no son lo más indicado para que un ciudadano decente vaya de aquí para allá en plena noche. Sobre todo si tiene su edad, aspecto de rico y ninguna escolta armada”. Pero sin embargo los amantes no podían dejar de arriesgarse a tener sus aventuras por los calles de peligrosos barrios como la Subura, como leemos en Propercio y Catulo, y acerca del peligroso azar de internarse de noche en las calles de Roma da testimonio Tibulo cuando menciona en I 2 que Venus era sólo la protección de los

amantes que salían en secreto a encontrarse.

Por supuesto, es lógico pensar que hombres de dinero, con un poco de relevancia social, eran los menos afectados por esta situación, pues siempre caminaban acompañados de esclavos y éstos les proporcionaban suficiente protección. En cambio, el hombre común era en estos casos el más desfavorecido, como recuerda Aurelia en JMR Con 268: “Siempre corre sangre por las calles, por lo general de gente corriente. Está a punto de verterse un poco de sangre noble. ¿Es preciso preocuparse?” Aurelia, advertida por Decio de que su padrastro Catilina puede conducir a la familia a la desgracia, responde con esa fría calma sobre la que pesa, efectivamente, el recuerdo de las proscipciones de Sila, el lémur que recorre Roma como dirá Gordiano en SS Vest 115; la realidad, por tanto, era que los más poderosos estaban cuanto menos más protegidos de la sed de sangre del delincuente común, y esto en virtud de su séquito, lo que era muy importante para un romano. Maddox lo expresa claro en JMR Mist 156: “Aunque los asesinatos abundaban en Roma, el de un hombre importante siempre era motivo de escándalo”.

Siempre resulta un elemento de contraste en estas novelas, con mayor o mejor fortuna y a veces buscando cierto efecto humorístico, las diferencias notorias de civilización que los personajes encuentran entre el mundo romano y el mundo helénico o alejandrino. Estas diferencias entre Roma y Alejandría se hallan sobre todo expuestas, en Steven Saylor, en el relato *El gato de Alejandría* (SS Vest 203-222) y en la novela *La suerte de Venus*; en Maddox Roberts lo encontraremos en la novela *El templo de las musas*. No abordaremos esta cuestión en nuestro análisis, o al menos no más allá de la anécdota, ya que nuestro tema no implica los rasgos connotativos de la cultura helénica o alejandrina. Con respecto al tema que nos aborda, y a manera de colofón, diremos que también ésta era la diferencia entre Roma y la urbe egipcia. Roma nunca tuvo las inmensas avenidas de Alejandría, de casi una milla de largo y todas derechas³. Esta diferencia, este orden de la ciudad de Egipto que parece permear toda la vida en aquella urbe es evocada por Maddox en JMR Tem 89: “It’s hard to believe that in the midst of all that order, something very peculiar and dangerous is happening. At least Rome *looks* like a place where awful things are happening all the time”.

1.1.3. Roma, ciudad de trazo desordenado.

La peligrosidad urbana de Roma, como no es difícil imaginar, era consecuencia del desordenado trazado de sus calles, aspecto que es recordado por Maddox no pocas veces, recreando sin duda una de las características más llamativas de la antigua Roma, sobre todo la Roma del periodo republicano. Así lo expresa este

³ Cf. Ludwig Friedlaender, *La sociedad romana*, México, 1947, FCE, p. 8.

autor en JMR Sac 11: “Rome is a chaotic city, and it is difficult to find anything except the Capitol, the Forums and the major temples and Circuses unless you have had long experience of the city”.

Los antiguos atribuían este desorden a las construcciones levantadas sin orden ni concierto después del incendio por los galos en 390 a.C., y aunque durante los treinta y cinco años que pasan entre la muerte de Sila y la de César —periodo que abarcan nuestras novelas— la ciudad se embelleció notablemente con suntuosos edificios públicos y privados, todavía en tiempos de Augusto la Urbe daba la impresión de ser una ciudad trazada sin un plan, más bien un conglomerado urbano abigarrado y confuso debido más bien al azar o al capricho⁴. Era habitual la comparación entre Roma y Capua (llamada la otra Roma) y que se extendía cómodamente sobre un llano y cuya importancia incluso en tiempos de Domiciano no tenía nada que envidiar a la capital⁵. Las ciudades que los romanos fundaron y edificaron más tarde no conservaban, precisamente, ese abigarrado recuerdo de la capital, como evoca Maddox en JRM Sac 160: “Our fine new colonial cities have beautiful, wide boulevards, flat as a pond and straight as a javelin. Rome has none. The streets I ran on rose and dipped, bent in serpentine curves on sharp angles, narrowed without warning and transformed into steps with no order or reason”.

Y así seguiría la ciudad hasta después del gran incendio de tiempos de Nerón, en 64 d.C., cuando en seis días redujo a escombros tres de los catorce distritos de la Urbe, y en otros siete dejó sólo ruinas carbonizadas por todas partes. Nerón hizo resurgir una nueva Roma, intentando que los edificios no sobrepasaran cierta altura, que fueran edificados con material incombustible, como piedra de las canteras de Gabii y Alba, y las calles se trazaron de acuerdo con un plan a base de calles anchas, rectas y con arcadas. El mayor periodo de esplendor llegaría en el medio siglo que va de Vespasiano a Adriano, y en el siglo V d.C. se hablaría de las siete maravillas de Roma: las cloacas, los acueductos, el Coliseo, el Odeón construido por Domiciano, las Termas o la colina del Janículo, en Acqua Paola⁶.

La Roma urbana de nuestras novelas queda magníficamente reflejada en una brillante descripción de Maddox, que puede valer como paradigmática. La hallamos en JMR Con 89 y en ella hace alarde de cierto sentido del humor no muy apartado de la realidad:

—Es sencillo encontrar la casa de Caleno, señor —afirmó—. Salga por la puerta de Ostia y recorra el camino hasta la fuente con la estatua de Neptuno. Siga ese camino hasta la

⁴ Es famosa la declaración de Ovidio de que Augusto encontró una ciudad de barro y la dejó convertida de mármol. Sin embargo, Augusto no modificó de manera significativa la red de calles de Roma. Cf. Friedlaender, *op.cit.* p. 6.

⁵ Cf. Friedlaender, *op.cit.* pp. 3-4.

⁶ Calendario de Polemio Silvio, citado por Friedlaender, *op.cit.* p. 13.

capilla de Mercurio y luego suba por la escalera situada entre la herrería y la taberna con el dibujo de Hércules pintado en la fachada. Una vez arriba, torced a la izquierda por el pequeño patio que hay allí y pasaréis por delante de tres puertas. Después subid por otra escalera que os conducirá a un molino que un asno ciego hace girar. La casa de Caleno está al lado del molino.

—¿Por qué no me acompañas? —pedí.

A diferencia de las nuevas ciudades provinciales que habíamos construido, Roma había crecido sin orden ni concierto, y resultaba difícil encontrar cualquier casa sin un guía. De vez en cuando, algún senador reformista proponía instituir un sistema para nombrar o numerar las calles, pero los romanos, demasiado conservadores, se negaban a aceptar una realidad tan sensata. Si querías que alguien fuera a tu casa, era preciso enviar un esclavo a buscarlo. Así pues, si no podías permitirte tener un esclavo, era poco probable que alguien decidiera visitarte.

Procederemos ahora a hacer un comentario del callejero de la ciudad de Roma siguiendo como guía la obra de Samuel Ball Platner⁷. A través de las próximas páginas estableceremos cuál es la imagen que se nos proporciona en estas obras de los lugares más representativos de la Urbe, aunque dejando para el capítulo correspondiente la descripción de templos y basílicas.

1.2. Grandes espacios de la Urbe.

1.2.1. Foro Romano.

Si en ningún género de dudas, hablar de la representación de la Roma de este periodo es hablar del Foro Romano, llamado simplemente el Foro por haber sido el primero y más importante lugar de encuentro de la antigua Roma. Existen además numerosos vestigios históricos y arqueológicos de una antigüedad que se remonta a comienzos del siglo VI a.C.⁸, y tanto la tradición como los estudios geológicos han demostrado que el valle sobre el que se levantó fue en tiempos remotos un pantano⁹. Efectivamente, es el lugar más mencionado en todas estas novelas, con notoria diferencia, seguido solamente en importancia por el Campo de Marte. No es para menos, ya que en el Foro tuvieron lugar, entre otros importantes acontecimientos, los juicios públicos, y en el Foro se concentraba la vida económica, política, religiosa y social de la ciudad y hasta del Imperio. De su importancia para los antiguos romanos deja constancia Maddox por boca de Decio en JMR Sac 13, donde remarca

⁷ Samuel Ball Platner (As Completed and Revised by Thomas Ashby), *A Topographical Dictionary of Ancient Rome*. Oxford University Press. London, 1929.

⁸Ball Platner, *op.cit.*, s.v. Forum Romanum.

⁹ Así lo especifica Ovidio en *Fasti* VI, 401-4: *Hic ubi nunc fora sunt, udae tenere paludes;/ omne redundatis fossa madebat aquis./ Curtius ille lacus, siccas qui sustinat aras,/ nunc solida est tellus; sed lacus ante fuit.*

la diferenciación entre el Foro Romano y los otros foros con que se fue engrandeciendo la ciudad de Roma:

Rome has many Forums, but this was *the* Forum, the Forum Romanum, which always had been, was then, is now and forever shall be the center of Roman life. So much a part of our existence is it that we never bother with the Romanum part of the title unless it becomes necessary to distinguish it from the Forum Boarium or one of the others. It is just the Forum, which is to say, it is the center of the world.

So true is this that, to prove it, we have the Golden Milestone smack in the center (all right, a little off-center, but not by much), from which all distances in the world are measured. You won't find anything like that in some barbarian potentate's main civic center, where they dispense justice, execute felons and sell slaves right alongside the vegetables. It felt good to be at the center of the world again.

No cabe duda de que el texto de Maddox realza la importancia del Foro mediante dos puntos que confluyen en la apreciación de que el Foro es el centro del mundo¹⁰. Por una parte, el Foro no necesita el topónimo Romano sino para ser distinguido de otros foros, como el Boario, tal es su preponderancia entre los foros de la ciudad. Efectivamente, el topónimo Romano no es muy común en la literatura clásica, aunque se halle en ella, como es el caso de Tácito, en *Anales* XII, xxiii, donde el autor especifica que, si bien el *pomerium* fue trazado por Rómulo, es a Tito Tacio a quien los romanos deben su Foro: *Forumque et Capitolium non a Romulo, sed a Tito Tatío additum urbi credidere. Mox pro fortuna pomerium auctum. Et quos tum Claudius terminos posuerit, facile cognitu et publicis actis perscriptum.*

En cuanto al segundo punto, es la mención del miliario de oro (*milliarum aureum*), que fue ubicada en el Foro por el emperador Augusto en 20 a.C. Puesto que, de acuerdo con el plan general de la obra de Maddox, su personaje Decio el Joven escribe en la época de Augusto y rememora desde la vejez los acontecimientos del fin de la República, el autor no incurre en un anacronismo, aunque sí lo sería dar a entender que el *milliarum aureum* databa de tiempos republicanos. En cuanto al *milliarum aureum* éste se hallaba cerca de los *Rostra* bajo el templo de Saturno¹¹, y en efecto se trataba de una columna de mármol recubierta de bronce adornado con oro¹². En esta columna estaban inscritas las distancias de Roma a las principales ciu-

¹⁰ Esta apreciación del Foro como centro del mundo antiguo es muy del agrado de Maddox, y a ella vuelve de manera recurrente. Así, en JMR Sat 11: "A Roman separated from the Forum for too long suffers an illness of the spirit. He languishes and pines. He knows that, however important his work, however abandoned the pleasures of the locale, he is far from the center of the world".

¹¹ Así lo especifica claramente Tácito en *Historias* I, xxvii: *Otho, causam digressus requirentibus, cum emi sibi praedia vetustate suspecta eoque prius exploranda finxisset, innixus liberto per Tiberianam domum in Velabrum, inde ad miliarium aureum sub aedem Saturni pergit.*

¹² Así, Christian Hülsen, *The Roman Forum. Its History and Its Monuments*. Ermanno Loescher and Co. London, 1906, s.v. *Milliarum Aurum*; cf. también Anthony Rich, *Dictionary of Roman and Greek Antiquities*. Longmans, Green and Co. London, 1884 (Fifth Edition, Revised and Improved), s.v. Mil-

dades de Italia y del Imperio, pero no es probable que, como asegura Decio, fuese el modelo de todas las distancias del mundo, sino que éstas eran medidas partiendo de las puertas de la ciudad¹³. Las millas eran marcadas en los márgenes de las vías por los *millaria*, mojones de mármol cuyo uso fue introducido por C. Graco¹⁴.

En JMR Mist 18 queda mucho más clara la evolución que el Foro tuvo desde tiempos republicanos hasta los augústeos, y no hay ambigüedad posible acerca del tiempo en que Maddox ubica la escritura supuesta de las memorias republicanas de Decio el Joven:

De la amplia y variopinta ciudad de Roma, lo que más me gustaba era el Foro. Desde la más tierna infancia he pasado allí un rato casi cada día, y las pocas veces que me he ausentado a regañadientes de la ciudad, el Foro era lo que más añoraba. En la época que nos ocupa, el Foro era un conjunto de templos maravillosamente apiñados (algunos todavía de madera), puestos de mercado, tenderetes de echadores de la buenaventura, tribunas para oradores, monumentos conmemorativos de pasadas guerras y palomares para ofrecer sacrificios; así como lugar de cotilleo, ocio y pérdida de tiempo del centro del mundo. Ahora, por supuesto, es un monumento de mármol levantado en honor de una sola familia, en lugar del punto de reunión de antiguas tribus y mercado que a mí me gustaba. Sin embargo, me complace informar que las palomas siguen decorando los nuevos monumentos como hicieron con los antiguos.

Cuando comenta que ahora es un monumento de mármol levantado en honor de una sola familia, se refiere lógicamente a la Julio-Claudia, y la alusión velada a la frase anteriormente mencionada de Ovidio es evidente. En aquel tiempo los edificios del Foro eran, efectivamente, mayormente de madera¹⁵, y el origen de aquel espacio tan importante para los romanos fue mercantil, como recuerda claramente Varrón en *De lingua latina* V, xxxii, 145, donde proporciona una etimología de la palabra *forum*: *Quo conferrent suas controuersias et quae uenderentur uellent quo ferrent, forum appellarunt*. A cada lado del foro había tiendas diversas (*tabernae*) y desde tiempos remotos también se constituyó como lugar de juegos en festividades y fune-

liarum.

¹³ Cf. Rich, s.v. *Milliarium*.

¹⁴ En Rich, *op.cit.* s.v. *Milliarium* encontramos el dibujo de un *milliarium* que ha sobrevivido hasta nuestros días y que marcaba, precisamente, la primera milla desde Roma, como indica el numeral I grabado sobre ella. En la localidad de Lorca, bajo la estatua de san Vicente Ferrer, podemos ver la copia de un *milliarium* de la época de Augusto, cuyo original está expuesto en el Museo Arqueológico.

¹⁵ En este sentido, sí creemos advertir un anacronismo en JMR Con 238, cuando el novelista describe un paseo nocturno por el Foro que transcurre durante el tiempo de la conjuración de Catilina: “Me alegré de que se mostrara tan precavido. La luna llena iluminaba las calles, y una vez en el Foro, su luz se reflejaba en el mármol blanco, bañando el lugar en una fantasmal luminiscencia. En esas noches el Foro parecía una imagen onírica. Nos detuvimos antes el *rostra*”. Creemos que para que el mármol blanco bañase al Foro en una fantasmal luminiscencia, el Foro debería ser mayormente de edificios de mármol.

rales, y más tarde punto de reunión para asambleas y juicios¹⁶, todo lo cual queda reflejado de una suelta pincelada en el texto de Maddox.

Las novelas, como era de esperar, abundan en descripciones coloristas del Foro en numerosas ocasiones donde hacen mención de sus edificios más importantes y del agitado ambiente del mismo. Nos detendremos en una descripción debida a Saylor en SS Cat 208-9, donde menciona muchos de los característicos edificios del Foro:

Bajamos de las literas en el extremo oriental del Foro, cerca de las Termas Senias. (...) Nuestro pequeño cortejo se abrió camino por el mismísimo corazón de Roma. Entre el tropel de vendedores, votantes, políticos y vagabundos, pasamos ante la casa del Sumo Pontífice, cargo que ahora ostentaba el joven Julio César, y ante la vecina casa de las Vírgenes Vestales, escenario del escándalo protagonizado por Catilina diez años antes. Pasamos ante el templo de Vesta, donde la hoguera sagrada arde sin interrupción en el honor de la diosa, y ante el templo de Cástor y Pólux, donde se custodiaban las pesas y medidas del Estado. Pasamos ante el tribunal de los comisarios (...). Llegamos a los Rostra, el elevado púlpito para oradores decorado con espolones de barcos capturados durante la guerra; esta columna rostral es la columna desde la cual los políticos arengan a las masas y los abogados defienden sus casos ante los tribunales de justicia. (...) Detrás de la columna rostral estaba la Casa Senatorial, donde Cicerón, como cónsul de Roma, expondría aquel mismo día sus argumentos para solicitar un nuevo aplazamiento de las elecciones, y donde Catilina se defendería de la acusación de amenaza para el Estado.

Los dos novelistas se asemejan mucho en sus descripciones generales del Foro, por lo que la anterior cita de Steven Saylor bien puede ser considerada como paradigmática de ambos autores¹⁷. Se nos mencionan en el texto, aunque sin descripción ninguna, determinados edificios emblemáticos no sólo del Foro, pues en el Foro habían sido levantados como representación que era este espacio del ombligo del

¹⁶ Así, en Festo 84: *Primo negotiationis locus (...) alio, in quo iudicia fieri, cum populo agi, contiones haberi solent.*

¹⁷ En SS Last 136-7 también encontramos una descripción onírica del Foro, donde Gordiano evoca su contemplación del Foro en sueños, recordando en concreto el día de la asunción por Metón de la toga viril. En cuanto al parecido entre ambos autores de descripciones generales, compárese la reproducida descripción de Saylor con ésta de Maddox en JMR Sat 11-12: "Emerging from the warren of narrow streets and alleys into the Forum was like coming out of a narrow mountain pass onto a great plain. The vista opened up and I could see more than a narrow strip of sky overhead. The great basilicas, the monuments, the *rostra*, the Curia where the Senate met and which had not been burned down recently, and, most beloved of all, the temples. From the beautiful little round temple of Vesta, they ascended to culminate in the glorious crown of the Capitol, seat of Jupiter Optimus Maximus.

But even more than the architecture, the population made the Forum. As usual it was thonged, even on a rather chilly December day. Citizens, freedmen and slaves, women, foreigners, and children if indistinguishable status, they bustled or lounged or played as the mood suited them. And the mood was of excitement. To one closely attuned to the heartbeat of Rome, and I am one of these, the mood of the city may be sensed as a mother senses the mood of her child: frightened, sad, hilarious, indignant, angry, all are apparent to one who knows how to read the signs.

mundo, sino de la cultura y civilización romana: la Regia o casa del Pontifex Maximus, supremo sacerdote al cual todos estaban supeditados en Roma; el templo de Vesta, donde la hoguera sagrada símbolo de la prosperidad del gran hogar romano debía permanecer siempre encendida; los Rostra, donde los políticos arengaban a las masas y donde se celebraban los juicios públicos; y finalmente, la Curia o Casa Senatorial, donde se legislaba y se dirimía el destino de la patria. Como vemos a partir de una simple descripción, el Foro es dibujado como centro del poder religioso, legislativo, político y judicial. En consecuencia, como hace Gordiano en SS Rub 77, también será el lugar adonde acudir para recabar rumores de la evolución de la guerra civil y la agitación y angustia de los romanos que siguen los acontecimientos o huyen de la ciudad permitirá a Saylor ofrecer un vívido retrato en SS Rub 54-6.

2.1.1. La Regia.

Mencionada en este contexto como la casa del Sumo Pontífice, cargo que en aquel entonces ostentaba Julio César y que alcanzará notoria importancia en la novela de Maddox Roberts *The Sacrilege*. Su nombre era el de Regia, y su historia se remonta a la de los tiempos del legendario rey Numa, a quien se le atribuye su construcción e incluso el haber vivido en ella¹⁸. Que en ella habitaba el Pontifex Maximus durante la República es un hecho bien atestiguado, como da constancia de ello Servio a Virgilio en *Aen.* VIII, 363: *Domus enim in qua pontifex habitat regia dicitur, quod in ea rex sacrificulus habitare consuesset, sicut flaminia domus in qua flamen habitat dicebatur*. La casa fue incendiada y restaurada en 148 a.C. y 36 a.C., incendio este último tras el cual Cn. Domicio Calvino sufragó los gastos de su restauración hasta el punto de dejar la Regia como un edificio pequeño, pero de inusual belleza de acuerdo con los testimonios antiguos¹⁹. Así pues, la Regia de la que hablan estas novelas fue destruida entre dos incendios, y las ruinas que han llegado hasta nosotros, así como algunos restos hallados en las excavaciones, son de época más bien tardía. Sabemos que la Regia, tras la remodelación de Calvino, era un edificio de trazado pentagonal irregular, que se hallaba entre la Vía Sacra, el templo de Vesta y el templo de Julio César²⁰.

En SS Rub 269 Saylor la ubica en el Foro: “The Regia was not far away, just across from the House of the Vestals (...). I made my way through a maze of alleys to the Ramp, and trudged up the Palatine Hill”.

¹⁸ Serv. ad Verg. VIII, 363: *Quis enim ignorat regiam ubi Numa habitavit in radicibus Palati finibusque Romani fori esse?*

¹⁹ Entre ellos, el de Dión Casio, que en XLVIII, xlii nos cuenta una curiosa anécdota acerca del préstamo que César hizo a Calvino de unas estatuas para embellecer la Regia que luego éste no devolvió nunca, y que César no se atrevió a llevarse por la fuerza para no cometer sacrilegio.

²⁰ Cf. Ball Platner, s.v. Regia.

1.2.1.2. La Curia.

Mencionada así sin más detalles, la Curia tendrá una gran importancia en las dos novelas que estos autores dedican a la conjuración de Catilina, y en la obra de Saylor *Asesinato en la vía Apia*, donde es incendiada. Esta Curia era la Curia Hostilia, y no la Curia Julia que todavía se levanta en el Foro Romano, pero que fue mandada construir por Julio César —de ahí el nombre— poco antes de su muerte en 44 a.C. y finalizada por el emperador Augusto. Fue en esta Curia Julia donde el Senado se reunió durante el Imperio. En realidad, Curia era una palabra que designaba un edificio de reunión oficial, preponderantemente del Senado²¹. Las tres grandes Curias de Roma fueron completadas por la Curia Pompeyana, mandada construir por Pompeyo y junto a la cual se levantaba una gran estatua de este personaje que posteriormente fue mandada retirar por Augusto. Fue en esta Curia Pompeyana donde cayó asesinado Julio César²². De acuerdo con Vitruvio en *De architectura* V, ii la Curia debía ser ubicada junto a la plaza pública o Foro, al igual que el Erario y la cárcel, y su magnificencia debía ser proporcionada a la de la ciudad o municipio de la siguiente manera: si fuese cuadrada, habrá de tener de altura vez y media su anchura; pero en el caso de que sea oblonga, se toman y se suman juntas la longitud y la anchura y la mitad del total será la altura hasta el artesonado.

La Curia Hostilia, mencionada varias veces en las novelas y que nos será descrita por Steven Saylor en *El enigma de Catilina*, fue la casa original de reunión del Senado hasta su incendio por los partidarios de Clodio. Su fundación se remonta al tiempo de Tulo Hostilio, de donde tomó su nombre, y se hallaba delante del lugar llamado *comitium* donde se celebraban las asambleas públicas, por lo que cobra sentido la expresión de Livio, en XLV, xxiv, 12 de que el *comitium* era *vestibulum curiae*. En 80 a.C. fue remozada y ampliada por Sila, y tras su incendio en 52 a.C. fue restaurada por el hijo de Sila, Fausto, pero en 44 a.C. surgió la necesidad de construir otra.

1.2.1.3. Los Rostra.

Maddox y Saylor siempre aludirán a ellos de la misma manera: los mascarones de proa de los barcos enemigos capturados, iniciada esta costumbre con los del pueblo de Antium en 338 a.C.²³. Los *rostra* se

²¹ Cf. Rich, s.v. Curia.

²² Cicerón, *De divinatione* II, xxiii: *Quid vero Caesarem putamus, si divinasset fore ut in eo senatu quem maiore ex parte ipse cooptasset, in curia Pompeia, ante ipsius Pompei sirnulacrum, tot centurionibus suis inspectantibus, a nobilissimis civibus, partim etiam a se omnibus rebus ornatis, trucidatus ita iaceret, ut ad eius corpus non modo amicorum, sed ne servorum quidem quisquam accederet, quo cruciatu animi vitam acturum fuisse? Certe igitur ignoratio futurorum malorum utilior est quam scientia.*

²³ Livio VIII, xiv, 12: *Naues Antiatium partim in naualia Romae subductae, partim incensae, rostrisque earum suggestum in foro exstructum adornari placuit, Rostraque id templum appellatum*”.

hallaban en el flanco sur del *comitium*, frente a la Curia Hostilia ya mencionada. Al hallarse junto al sepulcro de Rómulo, entre el *comitium* y el Foro, los políticos podían arengar a las masas con facilidad. Los *rostra* eran el lugar más reverenciado del Foro, de acuerdo con el testimonio de Plinio el viejo²⁴, y allí se emplazaban numerosas estatuas de hombres famosos²⁵, hasta el punto de que con no poca frecuencia había que retirarlas para dar cabida a otras, como narra Plinio con ejemplos concretos en los pasajes de *Nat. Hist.* XXXIV, 23-5, lo que da una prueba de que el Foro romano abundaba no sólo en la magnificencia de sus templos, sino en la profusión de estatuas²⁶.

No trataremos en estas páginas iniciales el templo de Vesta, ya que analizaremos detenidamente su importancia en las páginas que a las sacerdotisas de esta diosa dediquemos en el capítulo de Religión.

En definitiva, el Foro Romano es abordado siempre como una alegoría de la ciudad de Roma: vibrante, llena de gentes de todas las clases y naciones, en días festivos adornado con guirnaldas de flores (JMR Con 17), en noches oscuras y misteriosas, con sus múltiples actividades económicas —banqueros y prestamistas, en SS Sang 141—, punto de encuentro de indigentes o descontentos de la política oficial (JMR Mist 215-6), inmenso tablón de anuncios del estado de las cosas (SS Just 130), y en definitiva, el lugar donde se hace notorio el quién es quién en la Urbe, y donde es más fácil encontrar a un romano importante que en su propia casa, como se nos dice en JMR Sac 34: “If you seek any prominent Roman at midday, it is usually futile to look for him at home. Your best bet is to go to the Forum and wander around until you bump into him. That was how I found Milo”.

La mención de los grandes edificios y templos es habitual, pero escasea la descripción, y en estas postales del antiguo Foro Romano sobreabunda el adjetivo colorido de posibilidades abiertas para la imaginación, pero más bien cerradas para el análisis detallado de un retrato histórico. Y si bien el Foro albergaba todos los

²⁴ *Naturalis Historia* XXXIV, xxiv: *Senatus statuam poni iussit quam oculatissimo loco, eaque est in rostris.*

²⁵ Así lo demuestra Cicerón en *Filípicas* IX, xvi donde también deja constancia de que en el Foro se celebraban luchas gladiatorias: *Cum talis vir ob rem publicam in legatione mortem obierit, senatui placere Ser. Sulpicio statuam pedestrem aeneam in rostris ex huius ordinis sententia statui circum-que eam statuam locum ludis gladiatoribusque liberos posterosque eius quoquo versus pedes quinque habere.*

²⁶ Profusión de estatuas que no es precisamente olvidada en estas novelas. Así, Maddox en JMR Sac 194 hace una descripción muy general de la estatuaria: “The Forum was like a city of gods, populated by statues. I glanced up toward the Temple of Jupiter Capitolinus. Within its dimness, through the smoke of the incense burning to the god’s honor, I could just descry the great statue of Jupiter, the one that was supposed to give us warning of plots against the state”; y en JMR Sat 27 menciona también a los grandes hombres del pasado: “We walked across the ghostly, moonlit Forum. Dead politicians glared down at us from their pedestals as if we were Gauls come back to loot the Capitol again”.

elementos representativos de la vida en la ciudad, también ostentaba aquellos ominosos de la muerte por medio de la Roca Tarpeya, donde los criminales y traidores eran ajusticiados. Muy en correspondencia con la idea de la muerte, Maddox describe en JMR Sat 131-2 una espeluznante visión nocturna del Foro con la roca Tarpeya al fondo:

As I crossed the fast-emptying Forum, thick with the smoke of burned-out braziers, I was struck by its eerie aspect at such a time. The few gamblers crouched over their candles were like underworld spirits tormenting some unfortunate mortal singled out by the gods for special punishment. The outline of the majestic buildings were soft and muted, more like something willed into being by Jupiter than the work of human hands. This was the Forum as we see it in dreams.

Far up the slope of the Capitol, just below the Temple of Jupiter Maximus, I could make out the dark, forbidding crag of the Tarpeian Rock, where traitors and murderers are hurled to their deaths. From the frantic gaiety of the earlier evening, all was transformed to a sinister gloom.

El monte Tarpeyo fue el nombre primitivo del monte Capitolino, y el nombre procede del celeberrimo episodio de la ejecución de la virgen vestal Tarpeya, de acuerdo con Varrón *De Lingua Latina* V, vii, 41: *Hic mons ante Tarpeius dictus a virgine Vestali Tarpeia, quae ibi ab Sabini necata armis et sepulta, cuius nominis monimentum relictum quod etiam nunc eius rupes Tarpeium appellatur saxum*. La historia es bien conocida, y Livio la desarrolló en su primer libro. Desde los escarpados precipicios de la colina eran arrojados los criminales, escarpados precipicios que recibían por lo general el nombre de *Tarpeium saxum*²⁷, y esta costumbre sobrevivió durante muchos siglos, hasta el punto de que todavía en 259 d.C. era utilizada para estos fines, como demuestra una inscripción de aquel año: *Deae Virgini Caelestis praesentissimo numini loci montis Tarpei*²⁸.

Mucho se ha discutido acerca de la ubicación exacta del *saxum* del que eran arrojados los criminales, pero quedan testimonios antiguos que son insoslayables para hacerse una idea aproximada, como el hecho de que desde el *saxum* era visible todo el Foro, hasta el punto que el pueblo podía contemplar las ejecuciones desde allí, unido a la estrecha vinculación con el templo de Júpiter (ambas cosas apuntadas por Maddox en el párrafo anteriormente entresacado) hacen suponer que se hallaba en los precipicios del lado suroeste del monte, sobre el antiguo *vicus Iugarius* y sobre la moderna Piazza della Consolazione. Será desde allí donde Bestia caiga hasta el Foro, provocando su muerte a manos de la justicia divina, y en mayor medida, de Decio el joven en JMR Sat 261:

²⁷ Como en Tácito, *Ann.* VI, xix: *Sex. Marius Hispaniarum ditissimus defertur incestasse filiam et saxo Tarpeio deicitur*.

²⁸ Cf. Platner, *op.cit.* s.v. *Tarpeius mons*.

“Sword and shield fell from his nerveless hands and for the first time I realized that we now stood atop the Tarpeian Rock, only inches from its edge. (...) I grabbed his arm and and turned him to face the edge of the cliff as a lightning flash lit up the Forum far below.

“No honorable death for you, Bestia!” I informed him. “This is how we execute traitors!” I placed a boot against his buttocks and pushed. He had enough strength left to scream as he fell.

1.2.2. Foro Boario.

En páginas anteriores hemos visto cómo Maddox ha puesto en boca de Decio la diferencia entre el Foro Romano y otros foros, mencionando explícitamente el Foro Boario, que era otro importante lugar de encuentro de la Urbe. En este caso, el Foro Boario era el mercado de ganado de la ciudad, tanto mayor como menor, de lo que se desprende la enorme relevancia que tenía para Roma, pero también la notoria diferencia que había con el carácter monumental del Foro Romano, que se desprendía de su carácter religioso, político y judicial, aunque no por ello menos bullicioso y ameno. Esta diferencia viene recreada por Maddox en JMR Sat 175-6, donde Decio especifica durante la búsqueda de una persona que en el Foro Boario, en contraposición con el Foro Romano “the relative lack of monuments, platforms, podia, and the like made it easier to explore”

El Foro Boario se extendía originariamente desde el límite del Velabrum — lugar más tarde especificado como el emplazamiento del arco de Septimio Severo— hasta el Tiber, y desde el valle del circo Máximo hasta el camino que conducía al Puente Sublicio y Puente Emilio, que si parece que estaban muy cerca no eran el mismo puente. Con el correr del tiempo, llegó a ser una de las zonas más transitadas de la ciudad, y en las proximidades hubo varios templos, entre ellos el *aedes* de Hércules Victor, a quien Propercio vincula en IV, ix, 16-20 con el Foro Boario después de dar su merecido al ladrón de reses Caco y dejar a los bueyes en libertad en las proximidades de lo que luego sería el Foro Boario²⁹. En SS Just 25, Steven Saylor recuerda uno de los elementos más característicos del Foro Boario:

La vía Subura desembocó por fin en el Foro, donde las pisadas de nuestros caballos resonaban con inusual intensidad entre plazas y templos desiertos. Evitamos las áreas más sagradas, donde no se permite el paso de los caballos ni siquiera por la noche, y nos dirigimos al sur, a través del desfiladero que se abre entre el Capitolino y el Palatino. De repente el aire se impregnó de olor a heno y a estiércol, pues cruzábamos el *Boarium Forum*, el gran mercado de ganado bovino donde el silencio sólo lo rompían los ocasionales mugidos de los animales. El enorme buey de bronce se alzaba en el pedestal por encima de nosotros, de perfil

²⁹ Propercio IV, ix, 17-20: *Herculis ite boues, nostrae labor ultime clauae, /bis mihi quaesitae, bis mea praeda, boues, / aruaque mugitu sancite Bouaria longo: / nobile erit Romae pascua uestra Forum*.

colosal y cornudo que se recortaba sobre el cielo estrellado como un gigantesco minotauro que practicara el equilibrismo sobre una cornisa.

El buey de bronce era tan representativo del Foro Boario que algunos incluso creían que éste había dado nombre a este mercado de Roma³⁰, aunque esto es más bien improbable. Del buey de bronce tenemos constancia en las fuentes, como es el caso de Tácito en *Ann.* XII, xxiv, donde hace mención de la antigüedad del Foro Boario, de la estatua de bronce y de la relación del Foro con Hércules: *Regum in eo ambitio vel gloria varie vulgata: sed initium condendi, et quod pomerium Romulus posuerit, noscere haud absurdum reor. Igitur a foro boario, ubi aereum tauri simulacrum aspicimus, quia id genus animalium aratro subditur, sulcus designandi oppidi coeptus ut magnam Herculis aram amplecteretur.*

Otras menciones interesantes por la descripción de actividades del Foro Boario y la agitación de comerciantes y compradores —pero que no vendrían a aportar nada en este apartado— las hallamos en JMR Con 85 y JMR Sat 42.

1.2.3. Foro Holitorio.

Si el Foro Boario era el antiguo mercado de ganado de la ciudad, el Holitorio era el de las verduras, como recuerda Saylor en SS Ven 162: “Según atravesábamos el mercado de ganado [i.e. Forum Boarium], luego una puerta del antiguo y amurallado casco urbano y a continuación el Foro Holitorio, el gran mercado de verduras, le conté lo que había averiguado en las casas de Luceio y Coponio”.

El Foro Boario y el Foro Holitorio, como bien recrea Saylor, estaban conectados por una calle que corría hacia el sur a través de la Porta Carmentalis, a la que se refiere Saylor por alusividad sin mencionarla. La distinción entre uno y otro foros ya es antigua, como podemos constatar en Varrón, en *De lingua latina* V, xxxii, 146: *Ubi quid generatim, additum ab eo cognomen, ut forum bouarium, forum olitorium: hoc erat antiquum macellum, ubi olerum copia.* Este Foro se hallaba frente a la Porta Carmentalis y se extendía a través de lo que hoy es la Piazza Montanara, llegándose a extenderse en tiempos hasta el río, pero con el paso del tiempo llegando a esta encajonado entre los templos de Pietas, Ianus, Spes, Iuno Sospita y el teatro de Marcelo. Este Foro ya estaba pavimentado en el siglo II a.C., fragmentos de pavimento que han sido hallados entre San Nicola in Carcere y la Piazza Montanara.

1.2.4. Campo de Marte.

Después del Foro, es el Campo de Marte el lugar más recordado por estos novelistas en virtud a tres rasgos predominantes: como el lugar donde se celebran comicios, como escenario de actividades deportivas y como cen-

³⁰ Cf. Ball Platner, *op.cit.* s.v. Forum Boarium.

tro de leva de ejércitos. En SS Cat 241-2 el novelista Steven Saylor nos proporciona la mejor descripción del Campo de Marte, haciendo un resumen de los aspectos más destacados de su historia. Procedemos a reproducirlo aquí por su manifiesto interés³¹.

Cuando yo era niño, la parte noroeste de la ciudad que quedaba fuera de la muralla de Servio, llamada entonces Campo de Marte, estaba aún muy subdesarrollada. Los participantes en las carreras de carros entrenaban a sus caballos en esta zona y las unidades militares hacían instrucción en esta extensa planicie. En el lejano extremo del Campo, tocando un gran recodo del Tíber, se encuentran las aguas termales de Tarento, donde a mi padre le gustaba ir para aliviar el dolor de huesos. Recuerdo haber ido a las termas atravesando zonas arboladas donde las cabras pastaban junto al camino, sin apenas una casa a la vista, como si uno estuviera en pleno campo.

Claro que la porción sur del Campo de Marte más próxima a la muralla de Servio hace mucho que se construyó. La sombra matutina del Capitolio se cierne desde hace mucho tiempo sobre los astilleros y dársenas del Tíber, sobre los abarrotados mercados de verduras del Foro Olitorio y sobre el hervidero de tiendas y baños que rodea el Circo Flamínio, que sigue siendo la construcción extramuros más llamativa. Aún así, a lo largo de mi vida he visto crecer mucho más todo el Campo de Marte: se han levantado más almacenes en la orilla del río, se han construido nuevas tiendas, que destacan entre las viejas por ser más altas, se han cultivado nuevos huertos, se han ampliado las carreteras... Los jinetes de carreras y los soldados, antaño reyes solitarios de la enorme llanura, no han tenido más remedio que aproximarse y ahora las nubes de polvo que levantan se mezclan en el aire. La carretera de Tarento ya no es una salida directa al campo, sino que se halla rodeada de ciudad por todas partes. (...)

Debido a que se halla fuera de las murallas y a su gran extensión, el Campo de Marte ha sido desde los primeros tiempos un lugar para celebrar las concentraciones masivas (y con frecuencia ingobernables) que no pueden celebrarse en el limitado espacio del Foro. Desde la fundación de la República, los romanos siempre han votado allí.

Evidentemente, el Campo estaba ubicado fuera del *pomerium* y de la muralla de Servio, llamada así porque su construcción se atribuye al sexto rey romano, Servio Tulio, de acuerdo con testimonios muy antiguos, entre ellos el de Livio en I, xlv: *Ad eam multitudinem urbs quoque amplificanda visa est. Addit duos colles, Quirinalem Viminalemque; Viminalem inde deinceps auget Esquiliis; ibique ipse, ut loco dignitas fieret, habitat; aggere et fossis et muro circumdat urbem; ita pomerium profert*. La muralla de Servio fue desmantelada en 509, pero fue reedificada tras la invasión gala de 390. Quedaba horadada por 16 puertas de las cuales daremos constancia cuando hablemos de las puertas de Roma, un poco más adelante³².

El Campo de Marte se hallaba entre las montes Quirinal, Capitolino y Pin-

³¹ En SS Ap 154 el mismo autor lleva a cabo otra interesante descripción del mismo, ya construido el teatro de Pompeyo, que no reproducimos aquí por tener características coincidentes con el párrafo de SS Cat 241-2.

³² Georges Hacquard, *Guía de la Roma antigua*. Madrid, 1995, Palas Atenea, p. 54.

ciano, y su extensión en época clásica fue de doscientas cincuenta hectáreas. El Campo de Marte sufría con no poca frecuencia las crecidas del Tíber, que llegaba a inundarlo por completo, y en época histórica había en él pantanos y manantiales, algunos de ellos —como recuerda Gordiano al evocar a su padre— de aguas sulfurosas por la actividad volcánica subterránea, en la zona noroeste del Campo. El Campo de Marte —llamado con no poca frecuencia Campo a secas, por la notoria importancia del mismo para la ciudad³³— derivaba su nombre del culto al dios de la guerra, dios de culto extramural que tenía un altar en el Campo (*Ara Martis*), ubicado probablemente al este del Panteón en la Vía del Seminario. El culto a Marte del Campo está atestiguado como muy antiguo³⁴, y sabemos que el Campo había pertenecido a Tarquinio el Soberbio y tras su huída de la Urbe fue convertido en patrimonio de todos los romanos. El Campo de Marte permaneció durante siglos fuera de los muros de la ciudad, como ha mencionado Saylor en el párrafo entresacado, y en sus primeros tiempos fue usado para el pastoreo de ovejas, para el entrenamiento de caballos³⁵, el cultivo de grano, y finalmente, aspecto no desdeñado por los novelistas al hablar del Campo, como lugar de ejercicio físico y militar³⁶. Este último uso, muy antiguo y constante en toda la literatura latina³⁷, es recordado por Maddox en JMR Sat 41:

I pondered upon these things and I made my way back into the City proper. Rome had long since expanded beyond the walls marked out by Romulus with his plow. The port of Rome, an extramural riverside district, had leapt the river to form the new suburb of the Transtiber. Huge buildings projects were in progress out on the Field of Mars, where once the citizens had formed up every year to enroll in their legions and vote upon important matters. They still went there to vote, although few bothered to serve with the legions anymore.

³³ Por ejemplo, lo vemos en Horacio, *Carmina* III, i, 11: *Est ut vir latius ordinet/ arbusta sulcis, hic generosior/ descendat in Campum petitor,/ moribus hic meliorque fama.*

³⁴ Livio II, v: *Ager Tarquiniorum qui inter urbem ac Tiberim fuit consecratus Marti Martius deinde campus fuit.*

³⁵ Maddox recuerda en JMR Con 169: “Aquel año el Festival del Caballo de Octubre se celebró en el Foro, no en el Campo de Marte, como en ocasiones anteriores”.

³⁶ Horacio, *Carmina* III, vii, 22-6: *At tibi /ne uicinus Enipeus/ plus iusto placeat caue; /quamuis non alius flectere equum sciens/ aequae conspicitur gramine Martio.* Entre las páginas de JMR Mist 59-61 Decio acude al Campo de Marte para hacer ejercicio; así, en JMR Mist 59: “Una hora más tarde me encontraba en el Campo de Marte. (...) A un lado del Campo, donde empezaba la pista de atletismo, pagué un cuadrante a un chiquillo para que me cuidara la toga y las sandalias”; y en Mist 61 se nos recordará que: “El Campo de Marte estaba desierto. En primavera estaba de bote en bote”.

³⁷ Cf. Livio I, xlv: *Censu perfecto quem maturauerat metu legis de incensis latae cum uinculorum minis mortisque, edixit ut omnes ciues Romani, equites peditesque, in suis quisque centuriis, in campo Martio prima luce adessent. Ibi instructum exercitum omnem suouetaurilibus lustravit, idque conditum lustrum appellatum, quia is censendo finis factus est. Milia octoginta eo lustrum civium censa dicuntur; adicit scriptorum antiquissimus Fabius Pictor, eorum qui arma ferre possent eum numerum fuisse.*

Durante toda la época histórica fue también el lugar donde se celebraban los comicios, como recuerda principalmente en varias ocasiones³⁸. El Campo de Marte albergaba desde antiguo algunos templos, siendo el más importante el de Marte, pero destacando también antes de las guerras Púnicas el de Ditis y Prosérpina. El de Apolo, erigido en 431 a.C., y el de Belona en 296 a.C. Al margen de estos lugares de culto y de al menos quince templos más que fueron levantados entre 231 y la batalla de Accio, los edificios más importantes fueron, por orden de antigüedad, el circo Flaminio (construido en 221 a.C.) y el teatro de Pompeyo, en 55 a.C, que oscureció en ambición y grandeza a todas las construcciones anteriores y que abordaremos al hablar del teatro en Roma. Ambos se entrelazan en el recuerdo de estas novelas en JMR Sat 45:

The Campus Martius had once been the assembly and drill field for the City's legion, but its open spaces were getting fewer as buildings encroached. Once the only really large structure there had been the Circus Flaminius, but everything was now dominated by the huge Theater of Pompey and its extensive complex, which included a meeting hall for the Senate. Since its completion, most Senate meetings had been held there. At least the place was enough room. Sulla had almost doubled the number of senators without building a correspondingly large Senate chamber. Now, twenty years later, despite deaths and purgings by the censors, there were still far too many to fit comfortably in the old Curia.

1.2.5. Campo Vaticano.

El Campo Vaticano cobra una especial importancia en la novela de Maddox *The Sacrilege*, donde un grupo de romanos de clases sociales muy distintas celebran una extraña ceremonia en honor de antiguas deidades itálicas que culmina con el sacrificio de un joven esclavo. Esta escena de aquelarre, que será analizada en el capítulo dedicado a Religión, transcurre precisamente en un lugar alejado de los ojos de los hombres, en las inmediaciones rústicas que comenzaban donde la ciudad terminaba. El personaje de Decio, que va a ser testigo de esta escena de rituales no oficiales, explicará en un párrafo su periplo desde casa hasta el Campo Vaticano en JMR Sat 133:

Minutes later I was back in the streets (...), toward the river. From my home, the quickest way across was by skirting the northern end of the cattle market and crossing the river by the Aemilian Bridge. (...) Once across the river, I was on the Via Aurelia and in country that was a part of ancient Tuscia. (...) The Vatican Field is very large. (...) How was I going to find a few celebrating witches in this expand of farmland?

³⁸ Así, en SS Cat 49: "El día de las elecciones, los ciudadanos se reúnen en el Campo de Marte, situado entre las antiguas murallas de la ciudad y el río Tíber"; en SS Ap 62: "Los ciudadanos se reúnen en el Campo de Marte para echar sus papeletas a favor de los diversos magistrados que dirigen el gobierno"; y en SS Ap 265: "Pasamos el Campo de Marte y las casetas electorales"

En su deambular por el Campo Vaticano, tras dejar atrás algunas granjas, Decio se encontrará con denotativos componentes que indican el alejamiento de la ciudad, y las características del Campo como una especie de tierra de nadie, como dará a entender Cicerón más tarde dentro de la misma novela. Priapos y tumbas asoman entre la espesa oscuridad: “At intervals I saw herms set up, most of them of the old design: a square pillar topped with the bust of a benevolent, bearded man and, halfway down, an erect phallus to bestow fertility and ward off evil spirits. Fine family tombs were situated by the road, for the dead could not be interred within the old city walls”.

El Vaticano era el campo que se hallaba en la orilla derecha del Tiber, campo abierto y muy extenso, como recuerda Decio, que Plinio el Viejo delimitó en III 53: *Sed Tiberis (...) mox citra XVI milia pasuum urbis Veientem agrum a Crustumino, dein Fidenatem Latinumque a Vaticano dirimens*. Asimismo, era conocido en tiempos clásicos como *ager Vaticanus*³⁹, y los vinos que producían sus viñedos eran los más económicos, y por ende los peores, como recuerdan a veces los novelistas basándose en testimonios clásicos como Marcial en VI xcii, 3: *Vaticana bibis: bibis venenum*. La etimología del nombre es incierta, aunque en la literatura clásica hallamos varias explicaciones, entre ellas la de Aulo Gelio, según la cual el nombre Vaticanus procede de los *vaticinii* que se daban allí con enorme frecuencia, como nos explica este autor en XVI, xvii, 1-2:

Et agrum Vaticanum et eiusdem agri deum praesidem appellatum acceperamus a vaticiniis, quae vi atque instinctu eius dei in eo agro fieri solita essent. (2) Sed praeter hanc causam M. Varro in libris divinarum aliam esse tradit istius nominis rationem: Nam sicut Aius inquit deus appellatus araque ei statuta est, quae est infima nova via, quod eo in loco divinitus vox edita erat, ita Vaticanus deus nominatus, penes quem essent vocis humanae initia, quoniam pueri, simul atque parti sunt, eam primam vocem edunt, quae prima in Vaticano syllabast idcirco que 'vagire' dicitur exprimente verbo sonum vocis recentis.

Sin embargo, estas etimologías explicativas no han sido demostradas y siempre son inciertas, por lo que lo más probable es que el nombre Vaticanus procediese de algún primitivo asentamiento etrusco como Vatica o Vaticanum⁴⁰. Otras acepciones del término “vaticanos” se dieron a los montes Vaticanos —presumiblemente, colinas del Campo—, monte Vaticano, por alguno de esos montículos vistos en singular, como en Horacio o Juvenal⁴¹, y la forma Vaticanum, que era otra forma de

³⁹ Livio X, xxvi, 15: *Alii duo exercitus haud procul urbe Etruriae oppositi, unus in Falisco, alter in Vaticano agro.*

⁴⁰ Cf. Ball Platner, s.v. Vaticanus.

⁴¹ Cf. Horacio, *Carm.* I, xx, 7: *Redderet laudes tibi Vaticanum /montis imago*; Juvenal VI, 344: *Et Vaticano fragiles de monte patellas.*

referirse al mismo Ager Vaticanus, como vemos en Cicerón⁴².

1.3. Geografía urbana. Las siete colinas.

Llamar a Roma la ciudad de las siete colinas es lugar común. La Urbe se levanta, en efecto, sobre las laderas de siete pequeñas colinas en el centro de la llanura agrícola del Lacio, siete colinas o montes que imprimieron desde el principio a la ciudad su peculiaridad geográfica: el Quirinal, Viminal, Esquilino, Palatino, Celio (o Querquetulano, llamado así por los bosques de encinas que lo coronaban), Aventino y Janículo. Sin embargo, el Aventino sólo se incorporó a la ciudad en tiempos de Claudio⁴³, por lo que antes de este tiempo Roma no era denominada “la ciudad de las siete colinas”, de lo que deducimos que nuestros novelistas incurren aquí en un gazapo posiblemente voluntario (¿quién se resistiría a seguir llamándola “la ciudad de las siete colinas”?). Una postal de la antigua Roma no podía quedar exenta de una referencia a estas colinas como parte fundamental del paisaje, como hace Gordiano el Sabueso en SS Cat 31 desde el monte Quirinal:

La ciudad tiene siete colinas y en cada una se tiene una visión diferente. Estaba pensando en una en concreto, la que se disfruta en el monte Quirinal, desde la Puerta Fontinal. Desde allí se ve todo el cuadrante norte de Roma. En un despejado día de verano como éste, el Tíber rutila bajo el sol como si estuviera ardiendo. La gran vía Flaminia se llena de carros y hombres a caballo. El Circo Flaminio se divisa en la media distancia, enorme y con la apariencia de un juguete; pequeños tenderetes y tiendas atestadas se amontonan en torno a él como lactantes junto a la madre. Más allá de los muros de la ciudad se encuentra el Campo de Marte, donde los corredores de carros levantan una gran polvareda. Los sonidos y olores de la ciudad se elevan en el aire tibio como si fueran el aliento de la ciudad misma.

El monte Quirinal se ubica en el extremo norte de la Urbe, desde donde debía de ser facilísimo contemplar, como describe Gordiano, tanto la Vía Flaminia como, más atrás, el Campo de Marte. El monte Quirinal tomó su nombre, de acuerdo con los testimonios más antiguos, de la familia sabina que la habitaba en tiempos remotos, los Cures, que dieron nombre a una antigua población que más tarde se anexionó a Roma. Sin embargo, también existe la teoría de que toma el nombre del dios

⁴² Cic. *De lege agraria orationes* II, xcvi: *Romam in montibus positam et convallibus, cenaculis sublatam atque suspensam, non optimis viis, angustissimis semitis, prae sua Capua planissimo in loco explicata ac + prae illis semitis + irridebunt atque contemnent; agros vero Vaticanum et Pupiniam cum suis opimis atque uberrimis campis conferendos scilicet non putabunt.*

⁴³ Cf. Tácito, *Annales* XII 23-4 acerca de la ampliación del pomerio llevada a cabo por Claudio, y también Séneca, *De brevitate vitae* XIII, 8: *Idem narrabat... Sullam ultimum Romanorum protulisse pomerium, quod nunquam provinciali sed italico agro adquisito proferre moris apud antiquos fuit. Hoc scire magis prodest quam Aventinum montem extra pomerium esse, ut ille adfirmabat, propter alteram ex duabus causis, aut quod plebs eo secessisset, aut quod Remo auspicante illo loco aves non addixissent.*

Quirino, más tarde identificado con Rómulo, cuyo templo se levantaba junto a la Puerta Quirinal⁴⁴. Lo que sí es cierto es que, merced a este templo, en época clásica todos asociaban el nombre de la colina con el nombre del dios.

El monte Esquilino es recordado en SS Just 189, en un interesante comentario inmobiliario que Craso, experto en estos temas, hace a Gordiano el Sabueso: “Sigue mi consejo, vende la ratonera que tienes en el Esquilino y cómprate una casa extramuros. En el Campo de Marte, más allá del Mercado de la Verdura, se están construyendo muchas viviendas, junto a los antiguos astilleros. Cerca del río, aire puro, precios de carcajada”. Con Esquilino, Craso se refiere de manera alusiva al barrio de la Subura, donde vive el personaje principal de la saga de Saylor —como el Decio de Maddox—, y que se extendía a los pies del Esquilino, también llamado monte Oppius porque Oppius era una de las alturas del Esquilino. En las inmediaciones se hallaban también la Porta Esquilina y el Campus Esquilinus, que precisamente se hallaba más allá de esta misma Puerta⁴⁵. En SS Rub 56 se nos recordará que la familia de Pompeyo había tenido propiedades en el Esquilino durante generaciones: “Maecia’s house was in the Carinae district on the lower slopes of the Esquiline Hill, where a great deal of real estate had been in the hands of the Pompeius family for generations. Pompey’s private compound was not far away”. En cuanto al barrio de las Carinas, donde vive Maecia, se hallaba entre donde hoy se encuentran la iglesia de San Pietro in Vincoli y la vía del Coliseo⁴⁶. Según Servio (*Ad Virg.* VIII 361), el nombre del barrio procedía de ciertos edificios cercanos al templo de Tellus donde reproducían en su fachada *carinae* (quillas) de barcos. El edificio más notorio del barrio era el templo de Tellus, y durante la república fue habitado por familias de clase bastante acomodada, hasta el punto de que Floro lo llama en II 18, 4 *celeberrima pars urbis*.

El Janículo es recordado por Maddox como un barrio de categoría en JMR Con 256: “El Janículo estaba poblado de villas elegantes, la mayoría propiedad de hombres ricos que querían estar cerca de la sede del poder, pero alejados de la multitud y el bullicio de la ciudad”. El nombre del monte fue explicado por los antiguos como “ciudad de Jano”, ya que en allí tuvo el dios un lugar de culto, aunque en época histórica aquel culto sólo era un recuerdo, aunque bien firme, como podemos deducir de los versos 245-6 de Ovidio en *Fasti* I: *Arx mea collis erat, quem volgo nomine nostro/ nuncupat haec aetas Ianiculumque vocat*. Quizá de esta importancia del barrio levantado sobre la colina se desprenda el comentario de Diomedes⁴⁷ en JB

⁴⁴ Varrón, *De lingua latina* V, 51: *Collis Quirinalis, quod ibi Quirini fanum. Sunt qui a Quiritibus, qui cum Tatío Curibus uenerunt ab Romam, quod ibi habuerint castra.*

⁴⁵ Ball Platner, *op.cit.* s.v. Campus Esquilinus.

⁴⁶ Ball Platner, *op.cit.* s.v. Carinae.

⁴⁷ Otras referencias de Borrel al Janículo son de orden geográfico. En JB Azul 8: “Sigue esa dirección, no tiene pérdida. Acabarás topando con un río al que puedes llamar Tíber. Al otro lado está el

At 10: “Nadie ha constatado mi discreción; y apenas si empiezan a conocerme en el Janículo”.

La colina Viminal se hallaba entre el Quirinal y el Esquilino, y es recordada por Maddox en JMR Con 64 con una referencia a la casa de Milón: “Desde el baño me encaminé a la casa de Milo, que no se hallaba lejos de la mía, cerca de la falda del monte Viminal, en un ruidoso barrio de tiendas que empezaba a calmarse a medida que la tarde perdía el vigor que había imperado en las horas más tempranas del día”. La colina Viminal (*Viminalis collis*) no fue llamada *mons*, y era la más pequeña de las tradicionales siete colinas de Roma⁴⁸. Su nombre deriva de los mimbres (*vimina*) que allí crecían. La Viminal fue siempre la colina menos importante de Roma, con pocos monumentos y no demasiado tránsito.

Sin embargo, el monte estrella de estas novelas no podía ser otro que el Palatino, cuya singular importancia no es olvidada por nuestros autores. Steven Saylor se explaya en SS Ven 62-3 para darnos a entender la importancia de habitar en el barrio más exclusivo de la Urbe. Reproducimos el párrafo casi completo por su singular importancia:

De noche, el Palatino es probablemente el barrio más seguro de Roma. Cuando era chiquillo, era tan variopinto como cualquier otro barrio de la ciudad, con ricos y pobres, patricios y plebeyos, todos mezclados. Pero Roma comenzó a ampliar sus fronteras y algunas familias no sólo aumentaron sus ingresos sino que se hicieron enormemente ricas; el barrio elegido por estas familias enriquecidas fue el Palatino, porque estaba cerca del Foro y se elevaba por encima de los aires menos sanos del Tíber y de los valles. Con el paso de los años, se fueron derribando los edificios altos y las viviendas superpobladas y en su lugar se construyeron magníficas casas separadas por zonas verdes y ajardinadas. Aún quedan humildes viviendas entre las mansiones del Palatino e inquilinos muy lejos de ser ricos (yo soy prueba de ello), pero en general se ha convertido en una zona de ricos y poderosos. Yo vivo en el lado sur, según se sube la colina desde la Casa de las Vestales, que está abajo en el Foro. En un círculo no muy grande alrededor de mi casa, en un radio inferior al vuelo de una flecha, tengo entre mis vecinos a Craso, el hombre más rico de Roma, y a mi viejo cliente Cicerón. (...)

Semejantes hombres poseen guardaespaldas; y no simples bestias, sino gladiadores bien entrenados; y estos hombres exigen orden, al menos en los alrededores. Las bandas de alborotadores borrachos que aterrorizan la Subura de noche saben que no les conviene armar camorra en el Palatino. Los violadores y rateros practican sus artes en otros lugares con víctimas más vulnerables. Por eso, al caer la tarde, casi todas las calles del Palatino aparecen tranquilas y desiertas. Un hombre puede dar un rápido paseo por la calle, en una noche fría de invierno, a solas con sus pensamientos y sin temer por su vida.

Janículo”; en JB azul 35: “Para un aficionado a las curiosidades arquitectónicas un recorrido desde el Janículo hasta el Foro, cruzando el Tíber por el puente Emilio, hubiese ofrecido las mejores panorámicas de la ciudad”. Estas dos referencias del autor español hacen mención, efectivamente, al emplazamiento alejado del Janículo dentro de la ciudad de Roma con respecto al Foro, centro de la Urbe.

⁴⁸ Ball Platner, *op.cit.* s.v. *Viminalis Collis*.

Es evidente que volvemos al argumento repetitivo de Roma, peligro para caminantes, pero no por la belleza de sus monumentos, como ya hemos visto que también se prodigan las alusiones a la Urbe, sino a la Roma peligrosa y corrupta con que abríamos este capítulo. La contraposición entre el suntuoso y seguro Palatino y la revoltosa y atemorizante Subura no es exclusiva de este fragmento, y se repetirá varias veces a lo largo de las novelas, lo que tendremos tiempo de ver cuando abordemos la recreación que los novelistas llevan a cabo de la Subura como “barrio chino” de la Urbe, barrio peligro para caminantes donde, a pesar de borrachos, violadores y rateros mencionados en el texto, los novelistas ubican las viviendas de Gordiano el Sabueso (hasta la tercera novela de la serie) y de Decio el Joven. Acerca de las medidas que los hombres más poderosos de Roma tomaban para proteger sus personas no haremos comentarios, ya que no hace falta una sesuda investigación histórica para suponer que, en tiempos de oligarquía política y de esclavitud que implica acumulación de capital en pocas manos y “mano de obra” barata o gratuita, los potentados del Estado no iban a pasear de otra manera que debidamente protegidos, y en otros lugares de las novelas también recalca la idea de que formaba parte del romano importante caminar por la Urbe acompañado de su séquito, tanto más grande cuanto más importante fuera su persona.

El Palatino ya era importante desde su propia configuración geográfica: se trata de la colina central del círculo de las siete colinas de Roma, y como bien recuerda Saylor, el Foro yace a sus pies elevándose sobre el Tíber en época histórica 43 metros sobre el nivel del Tíber, por lo que también era la más elevada. De dos kilómetros de perímetro⁴⁹, se sabe que los primeros asentamientos en el Lacio se produjeron en la colina Palatina. La forma usual del nombre era Palatium, y la más antigua tradición ubica en el monte los más tempranos asentamientos humanos en la zona que luego sería la Urbe, hasta el punto de que mismo Rómulo lo fortificó y en él fue coronado primer rey de Roma⁵⁰. El Palatino tenía tres puertas⁵¹: la Puerta Romana, Mugonia y la Ianualis, mencionadas expresamente por Varrón en *De lingua latina* V, xxxiv:

Praeterea intra muros uideo portas dici in Palatio Mucionis a mugitu, quod ea pecus in bucita circum antiquum oppidum exigebant; alteram Romanulam, ab Roma dictam, quae habet gradus in noua uia ad Volupiae sacellum. Tertia est Ianualis, dicta ab Iano, et ideo ibi

⁴⁹ Dos kilómetros de perímetro permitieron trazar calles más amplias para el tráfico, como recuerda Saylor en SS Rub 49: “The rim road around the crest of the Palatine Hill is wider than most roads in Rome. Two litters can pass one another and still leave room for a pedestrian to walk on either side without brushing against a sweaty litter-bearer”.

⁵⁰ Livio I, vii, 3: *Ita solus potitus imperio Romulus; condita urbs conditoris nomine appellata. Palatium primum, in quo ipse erat educatus, muniit.*

⁵¹ Sin embargo, algunos mencionan sólo una puerta, como Livio en I, xii: *Ad veterem portam Palati.*

positum Iani signum et ius institutum a Pompilio, ut scribit in annalibus Piso, ut sit aperta semper, nisi cum bellum sit nusquam.

Los edificios del Palatino fueron cambiando a medida que, como recuerda Gordiano el Sabueso, los más poderosos eligieron el Palatino como barrio residencial durante la República⁵². Se tiene constancia de antiguos templos y santuarios en la colina, como las Curiae Veteres, Curia Saliorum, los *sacella* de Acca Larentia y Volupia, o templos consagrados a Juno o Venus, entre otros⁵³. Sin embargo, los únicos santuarios que los estudiosos han intentado localizar pertenecen a los últimos tiempos de la República: los de Victoria, Júpiter Víctor y Magna Mater. Las casas privadas más antiguas que se ubicaban en el Palatino y de las cuales tenemos noticia son aquellas de Vitruvius Vaccus en 330 a.C., y posteriormente de Cn. Octavius, cónsul en 165 a.C. que fue comprada posteriormente por M. Scaurus para la ampliación de su propia vivienda, comenzando posiblemente con la ostentación de lujo y esplendor de las viviendas personales, no lejos de donde se hallaba la casa de Craso, mencionado en el texto de Saylor. La casa de M. Fulvio Flaco, cónsul en 125 a.C. fue adquirida por Q. Lutacio Cátulo para construir un pórtico y su propia casa, debía de estar cerca del extremo norte de la colina, donde también debió de estar la de M. Livio Druso y la del mencionado Cicerón. En esta parte del Palatino también se hallaban las casas de otros importantes protagonistas de la República: las de Q. Cicerón, Milón, P. Sila y Licinio Calvo (por esto Gordiano menciona explícitamente que él habita en el flanco sur, cerca del rico lado norte, pero no en él). No ha sido posible deducir la ubicación de la casa de Marco Antonio, y por desgracia, a partir de los restos hallados en el Palatino, no ha sido posible reconocer ninguna de las casas anteriormente mencionadas. Con el paso del tiempo, el Palatino o Palatium albergaría la morada del emperador, de donde se desprendió el uso de la palabra *palatium* para designar al palacio del emperador, y posteriormente cualquier palacio⁵⁴.

1.4. Barrios.

1.4.1. La Subura.

De entre todos los barrios de la ciudad de Roma, la Subura es la joya de la corona desde el punto de vista de la óptica criminal. La Subura era un valle ubicado entre el flanco sur del Viminal y el oeste del Esquilino, y ésta es la

⁵² Idea sobre la que se insiste recurrentemente. SS Rub 46: “The Palatine Hill was home to many of Rome’s richest and powerful men, those who had the most to lose, or gain, in the event of civil war”.

⁵³ Una relación completa la hallamos en Ball Platner, *op.cit.* s.v. Palatinus.

⁵⁴ Para más datos acerca del Palatino durante la época imperial, cf. Ball Platner, *op.cit.* s.v. Palatinus.

misma ubicación que Maddox afirma en JMR Sat 96 con todo el rigor del mundo: “We would simply work our way downhill to the Suburan Street and thence continue downhill into the valley between the Esquiline and the Viminal”. Estaba conectado con el Foro por el Argileto y finalizaba en la Puerta Esquilina. El origen del nombre es confuso⁵⁵.

Pronto se convirtió en el barrio más populoso de Roma, y nuestros autores le dedican vívidas descripciones y mordaces alusiones a la peligrosidad de sus calles. En realidad la Subura misma se convierte en secreto símbolo de esta serie de novelas, y tanto Decio el Joven como Gordiano el Sabueso (hasta la tercera novela de la serie) habitan en el barrio. En el caso de Gordiano el Sabueso, personaje de baja extracción social, es más comprensible⁵⁶, pero también el noble Decio Cecilio Metelo, de ilustre *gens*, prefiere habitar en la Subura, lo que resulta, si no inverosímil —Julio César también vivió en el barrio⁵⁷— sí al menos discordante desde muchos puntos de vista, como recuerda el propio Decio en JMR Con 149-50 al ser invitado a representar al barrio en el Festival del Caballo de octubre:

—Cuestor Metelo —dijo—, nosotros, tus vecinos, acudimos a ti como el más distinguido residente del Suburio.

No se necesitaba mucho para ser el más distinguido residente del barrio más humilde de Roma.

Si los personajes canónicos de Chandler, Hammet y MacDonald —pues canónicos son, y canónicos son los exquirientes de estas novelas de Saylor y Maddox— habitan en barrios de no muy buena fama y se mueven como pez en el agua en los ambientes más confusos y hasta sórdidos, Gordiano y Decio conocen la Subura como la palma de su mano. Es por esto por lo que la Subura es el barrio canónico de estas novelas, y la esencia por tanto de la misma Roma, que sería una prolongación casi tan peligrosa del alma peligrosa de las azarosas calles del “barrio chino” de la Urbe. Así, el peligro realmente estará en todas partes, pues el peligro para todos los que caminan se transforma en estas obras en esencia de la romanidad. Quedará muy claro en una conversación entre Tirón y Gordiano en SS Sang 36:

⁵⁵ Con respecto a las antiguas teorías y las suposiciones acerca del origen del nombre Subura, cf. Ball Platner, *op.cit.* s.v. Subura.

⁵⁶ Porque hay que dejar bien claro que la Subura no es sólo un barrio de delincuentes, sino también barrio castizo donde vivían los romanos más humildes, como se recuerda en JMR Con 206: “También disfrutaba con las celebraciones de los trabajadores del Suburio, donde un gremio entero tenía que reunir sus honorarios para comprar un ánfora de buen falerno y las hogazas eran el único pan blanco que esas personas comían todo el año”.

⁵⁷ Suetonio, *Caesar XLVI: Habitavit primo in Subura modicis aedibus, post autem pontificatum maximum in Sacra via domo publica*. También Marcial —fuente de inspiración de descripciones de la Subura— recuerda que L. Arruncio Stella, cónsul en 101 d.C., tenía una casa en el barrio. Cf. Marcial XII, iii, 9 y xxi, 5.

—¿Hay muchas cuchilladas en este barrio?

—¿En la Subura? Constantemente. A plena luz del día. Que yo sepa, es la cuarta trifulca este mes, aunque la primera que he presenciado. Es por el calor. Pero la verdad es que la Subura no es peor que otro lugar. Pueden rebanarte el cuello en el Palatino o en pleno Foro, si a eso vamos.

La Subura pasa entonces a convertirse en tierra de nadie donde la violencia y el crimen imperan⁵⁸, pero sólo porque son un reflejo de la misma peligrosidad de vivir en la Urbe, cuando como afirma Gordiano también se puede morir de forma violenta en el mismo Foro o en el mismísimo Palatino, barrio que ya hemos comentado como de gran exclusividad y aparentemente seguro, como el mismo Gordiano reflexionaba en un párrafo anteriormente mencionado.

Las referencias a la Subura dentro de la literatura latina son numerosas, y algunos autores como Marcial recurrían a ellas con asiduidad, muestra de que no era sólo un barrio pobre de la ciudad, sino también un foco de emoción, erotismo y bullicio fascinante. Es llamada *fervens* por Juvenal en *Sat.* XI, 51; *clamosa* por Marcial en XII, xviii, 2; es descrita numerosamente como sucia y húmeda, como el mismo Marcial hace en V, xxii, 5-9, y siguen los novelistas a pies juntillas, como se desprende de SS Cat 172, donde Saylor llega más lejos y redonda en la idea de la Subura como esencia de la romanidad, corazón del alma de su pueblo donde se entremezclan los aromas más dulces con los más groseros:

Esta famosa calle [la Subura] nos llevó al corazón mismo de la ciudad, pero no al lugar donde se concentran con orgullo sus templos y palacios, sino al barrio de las carnicerías, burdeles y garitos de jugadores. Percibí los olores de la ciudad: excrementos de caballo y humo de hornos, pescado crudo y perfume, una vaharada de orina procedente de un mingitorio público mezclada con el aroma del pan recién horneado.

La Subura es el barrio de los burdeles y de las citas nocturnas donde hombres y mujeres, muchas veces de clases acomodadas, burlan las convenciones sociales, como nos recuerda Propertio en IV, vii, 15-20: *Iamne tibi exciderant uigilacis furta Suburae /et mea nocturnis trita fenestra dolis, /per quam demisso quotiens tibi fune pependi, /alterna ueniens in tua colla manu? / Saepe Venus triuio commissa est, pectore mixto /fecerunt tepidas pallia nostra uias.*

En definitiva, la Subura es sintetizada desde un punto de vista optimista en

⁵⁸ Las alusiones a la peligrosidad de la Subura serán diseminadas por todas las novelas. Como muestra, tenemos en SS Just 22: "Si alguien quisiera degollarme, podría hacerlo sin ningún problema aquí, en la Subura. Se pueden contratar asesinos en cualquier esquina"; en JMR Mist 13: "Tras una noche de agitación por parte de las bandas armadas, no era extraño encontrar una docena de cadáveres o más en los callejones del barrio de Suburio"; y en JMR Con 193: "Raras veces reina la tranquilidad en el Suburio".

un interesante párrafo de Saylor en SS Vest 59-60, donde en una conversación entre Gordiano y Lucio Claudio este noble expone las razones por las cuales el barrio le parece fascinante. En definitiva, es la fascinación por la miseria y todas sus ramificaciones. La constatación de que la superación de las barreras sociales y culturales es imposible y siempre lo será y que no pocas veces son los más pudientes los que extraen el licor de sus sueños de las pesadillas de los más desfavorecidos. En este aspecto, resulta obvio decir que el mundo no ha cambiado nada:

—La Subura es un barrio fascinante —dije, tratando de imaginar qué atractivo podrían tener sus chillonas calles para un hombre que probablemente viviría en una mansión del Palatino. Casas de juego, burdeles, tabernas y delincuentes a sueldo... era lo primero en que se pensaba. (...)

—¡Qué barrio! ¡Casi se puede respirar la pasión, el vicio! Las casas abarrotadas, los olores extraños, el espectáculo de la humanidad! Las calles estrechas y ventosas, los oscuros y húmedos callejones, los sonidos que salen por las ventanas de los pisos altos, extraños discutiendo, riendo, haciendo el amor... ¡qué lugar tan misterioso y vital es la Subura!

—No hay nada misterioso en la miseria —sugerí.

—¡Ah! Pero ahí está la cosa —insistió Lucio e imaginé que en su caso la cosa estaba allí, efectivamente.

1.4.2. El Capitolio.

Poca es la trascendencia que nuestros autores conceden al Capitolio por sí mismo. Si bien las menciones son varias, sirven más que nada para proporcionar un poco de color local, pues cumplen la misma función que los vocablos latinos diseminados tanto por los textos de Maddox Roberts. La gran preponderancia del Capitolio vendrá de albergar en su cima el gran templo de Júpiter Capitolino, cuyas descripciones veremos en su momento⁵⁹. Algunas menciones al Capitolio vienen incluidas en descripciones ya vistas o que serán desarrolladas más adelante, por lo que las obviaremos⁶⁰. El Capitolio no es relevante por sí mismo, y sólo la mención de la cárcel Mamertina en JMR Mist 273 da un poco de realce al Capitolio, aunque el énfasis se ponga en la prisión misma: “La prisión de Mamertine, una cueva bajo el Capitol, no era uno de los lugares más atractivos de Roma. En ella pasé dos días solo, lo que demuestra cuán diligentes eran las autoridades romanas a la hora de capturar criminales. Era una estancia fría y lúgubre, y la única luz entraba

⁵⁹ Así, por ejemplo, en SS Rub 36: “I rounded a corner, and the Capitoline Hill came into view. At its summit, great fires had been lit in the braziers before the Temple of Jupiter —watchfires to alert the people that an invading army was on the march”.

⁶⁰ Tal es el caso de la descripción del Foro Boario en SS Just 25 o la historia de la destrucción de los libros sibílicos, en SS Just 148, que abordaremos en el capítulo dedicado a Religión. Otras menciones poco relevantes desde el punto de vista del propio Capitolio las hallamos en SS Sang 95 y en SS Sang 135, donde se describe el incendio de una casa provocado por Craso, y que recrea un célebre episodio narrado por Plutarco que comentaremos al abordar a este personaje histórico.

por la reja de hierro de la abertura en el techo por que me había descolgado”.

El Capitolio era el monte más pequeño de la Urbe y se extendía entre el Foro y el Campo de Marte. El nombre de Capitolio procede de la palabra *caput*, ya que de acuerdo con los testimonios antiguos (Livio I, lv; Varrón *De lingua latina* V, xli) durante las excavaciones para la construcción del gran templo de Júpiter fue hallada una calavera de enorme tamaño que los romanos entendieron como un augurio sobre el destino grandioso de Roma como “cabeza” del mundo (*caput mundi*). La denominación que los romanos le daban al monte era, con diversas variantes, tanto Capitolium como *arx*. El edificio de mayor importancia era el templo de Júpiter Óptimo Máximo Capitolino, pero no el único, ya que también se hallaba el de Juno Moneta.

En cuanto a la cárcel Mamertina, que Maddox describe con vaguedades, no fue llamada tal hasta en periodo postclásico, por lo que la denominación de Mamertina resulta ser, en este contexto, anacrónica. La cárcel (llamada las más de las veces *carcer* a solas) estaba situada entre la Curia y el templo de la Concordia al pie del Capitolio, y efectivamente, se trataba de una especie de cueva o pozo cuya creación Livio atribuye a Anco Marcio en época ciertamente remota⁶¹. Otros autores, sin embargo, la denominan Tulliana por creer que su construcción se debió a Servio Tulio, y en el mismo Livio aparece esta denominación en XIX, xxii, 10: *Hunc Pleminium Clodius Licinus in libro tertio rerum Romanarum refert ludis uotiuus, quos Romae Africanus iterum consul faciebat, conatum per quosdam quos pretio corruperat aliquot locis urbem incendere, ut refringendi carceris fugiendique haberet occasionem; patefacto dein scelere relegatum in Tullianum ex senatus consulto.*

La cámara baja, la cárcel propiamente dicha, es bien descrita por Salustio en un célebre pasaje⁶², y tenía siete metros de diámetro, sin que hubiera otra forma de acceder a ella que por un agujero practicado en el techo. A esta cámara inferior de forma circular la superponía una cámara superior que algún tiempo tuvo una cúpula, y el uso de la misma se extendió, cuanto menos, hasta el 368 d.C, de acuerdo con Amiano Marcelino en XXVIII, i, 57.

⁶¹ Livio I, xxxiii, 8: *Ingenti incremento rebus auctis cum in tanta multitudine hominum discrimine recte an perperam facti confuso facinora clandestina fierent, carcer ad terrorem increscentis audaciae media urbe inmines foro aedificatur.*

⁶² En *Bellum Catilinarium* LV, 3-4: *Est in carcere locus, quod Tullianum appellatur, ubi paululum ascenderis ad laevam, circiter duodecim pedes humi depressus; (4) eum muniunt undique parietes atque insuper camera lapideis fornicibus iuncta; sed incultu tenebris odore foeda atque terribilis eius facies est.*

1.5. Puentes.

1.5. 1. Puente Emilio.

El Pons Aemilius es recordado por Borrell en JB Azul 174, pero en un contexto sin mayores connotaciones acerca del mismo: “Mi trayecto hacia la factoría fue obstaculizado poco antes del puente Emilio por una riada humana, semejante a una de esas emigraciones de pueblos germánicos que describen los veteranos de la frontera”. El puente Emilio, cuyos vestigios se identifican hoy con el Ponte Rotto, estaba cerca del puente Sublicio y cruzaba el río desde el Foro Boario. De acuerdo con Livio, los pilares fueron levantados por M. Fulvio Nobilior y su colega M. Emilio Lépido siendo censores en 179 a.C., pero P. Escipión Africano y L. Minucio, censores en 142, construyeron los arcos del mismo⁶³.

1.5.2. Puente Fabricio.

Sin duda, se trata del puente más relevante para Maddox, que recuerda además en *La conspiración de Catilina* que fue construido sobre uno anterior de madera, que es el que cruza en esta novela⁶⁴. En JMR Sat 207 este autor amplía sus comentarios sobre el puente:

On a hunch I took the Fabrician Bridge to Tiber Island. (...) The splendid bridge had been built four years earlier by the tribune Fabricius, who never did anything else, but who ensured the immortality of his name with this gift to the city. Relative immortality, anyway. I suppose in a hundred years another bridge will stand there bearing another politician's name, and old poor Fabricius will be forgotten. For once, the beggars who ordinarily throng all the bridges of Rome were absent, sleeping it off with the rest.

Al igual que hoy inundan las bocas de metro de muchas ciudades, en aquel tiempo los más pobres dormían en los puentes de Roma, nos parece querer decir nuestro autor en esta descripción del Fabricio que es la más interesante de estas novelas. Hoy el puente tiene otro nombre, aunque no sea el de un político, sino que hace alusión a las hermas de cuatro rostros que se hallan en un extremo: Ponte dei Quattro Capi. Todavía hoy es el puente mejor conservado de Roma. Efectivamente, debe su nombre a L. Fabricio, *curator viarum* en 62 a.C., de quien no contamos más noticias relevantes que esta de haber dado su nombre a este puente, ya atestiguado

⁶³ Livio XL, li, 4: *Pilas pontis in Tiberi, quibus pilis fornices post aliquot annos P. Scipio Africanus et L. Mummius censores locauerunt imponendos.*

⁶⁴ JMR Con 191: “Crucé el viejo puente de madera que llevaba a la orilla del río. El bonito puente de piedra que ahora se alza allí fue construido al año siguiente por el tribuno Fabricio”. El autor pone en el recuerdo de Decio otra evocación del puente de madera y de su vista en JMR Sat 208.

desde la época clásica⁶⁵, y que tiene 62 metros de largo.

En la novela *Saturnalia*, siguiendo la antiquísima tradición de los muñecos de paja arrojados desde el puente Sublicio, este puente tendrá un cierto protagonismo al ser asesinado en él un noble romano. Los rituales del Sublicio, que era el puente más antiguo de Roma y había sido construido por Anco Marcio, serán analizados en el capítulo dedicado a religión. Estos eran los puentes en el periodo republicano y desde la monarquía, a los que se unió en 46 a.C. el puente Cestio.

1.6. Puertas.

Las puertas de la ciudad no tienen mayor relevancia en estas novelas. Como sabemos, la muralla de Servio —que fue remodelada después de la invasión gala de 390— estaba horadada por dieciséis de ellas: la puerta Collina, Viminal, Esquilina, Querquetulana, Caelemontana, Fontinalis, Capena, Naevia, Raudusculana, Lavernalis, Navalis, Trigemina, Carmentalis, Ratumena, Sanqualis y Salutaris⁶⁶.

La mención más interesante de una de las puertas de la Urbe se la debemos, precisamente, a Maddox en JMR 144-5:

We walked back through the Subura and trudged up the Quirinal to the ancient Colline Gate. Like all the gates, it was a holy place and had seen many battles. Hannibal is supposed to have heaved a spear over it as a gesture of defiance, and just twenty-one years before Sulla has smashed the Samnite supporters of the younger Marius outside the gate, a battle the Romans had watched from atop the walls as at an amphitheater. (...) Since Roma had not military or police within the walls, the guardianship of the gates was parceled out among various guilds, brotherhoods and temples. The Colline Gate was the responsibility of the collegium of the nearby Temple of Quirinus. These were the Quirinal Salii, who danced each October before all the most important shrines of the city. The young patricians did not pull night guard themselves, of course, but their servants did.

La puerta Colina era, como ya hemos visto, una de las de la muralla de Servio, y era llamada Collina porque se hallaba sobre el *collis* Quirinalis, y allí se dividían las vías Salaria y Nomentana. De la vinculación de esta puerta con célebres episodios relacionados con Sila y Aníbal tenemos constancia, ciertamente, en los autores clásicos como Veleyo Patérculo en *Historiae Romanae* II, xxvii, 1:

At Pontius Telesinus, dux Samnitium uir animi <magni> bellique fortissimus penitusque Romano nomini infestissimus, contractis circiter XL <milibus> fortissimae pertinacissimaeque in retinendis armis iuuentutis, Carbone ac Mario consulibus, abhinc annos <C>XI, Kal. Nouembribus ita ad portam Collinam cum Sulla dimicauit ut ad

⁶⁵ Horacio, *Sat.* II, iii, 31: *Atque a Fabricio non tristem Ponte reuertit.*

⁶⁶ Cf. Hacquard, *op.cit.* p. 54.

summum discrimen et eum et rem publicam perduceret, (2) quae non maius periculum adiit Hannibalis intra tertium miliarium castra conspicata quam eo die, quo circumuolans ordines exercitus sui Telesinus dicitans que adesse Romanis ultimum diem uociferabatur eruendam delendamque urbem, adiciens numquam defuturos raptos Italicae libertatis lupos nisi silua in quam refugere solerent esset excisa.

Por lo demás, esta puerta también es recordada por Saylor en SS Vest 231 para precisar el lugar donde las vestales que habían cometido *incestum* eran enterradas vivas: “La conducen hasta un lugar que hay junto a la Puerta Colina, donde se ha preparado una pequeña cripta subterránea”, y este testimonio es bien conocido desde la antigüedad, como nos transmite entre otros Festo en sus *Epitoma*, p. 448 L: *Sceleratus campus appellatur prope portam Collinam, in quo virgines Vestales, quae incestum fecerunt, defossae sunt uiuae*.

También Maddox en JMR Sat 45 nos recuerda un interesante detalle de otra puerta, la Carmental, llamada así porque se hallaba próxima al templo de la diosa Carmenta: “I left the city through the Porta Carmentalis near the southern base of the Capitol. This is the spot where the Servian Wall has two gates within a few paces of each other, but only one of them could be used because the other was opened only for triumphal processions”.

Detrás de este texto subyace el recuerdo de las dos entradas, o dos vanos, que tenía la puerta Carmental, pero estando una de ellas *scelerata* o maldita desde el desgraciado suceso de la salida del ejército de los Fabios en 306 a.C., como cuenta Ovidio en *Fasti* II, 201-4:

Carmentis portae dextro est via proxima iano:
ire per hanc noli, quisquis es; omen habet.
Illa fama refert Fabios exisse trecentos:
porta vacat culpa, sed tamen omen habet.

Estas son, en realidad, las menciones más interesantes que podemos encontrar en estas novelas. Por lo general las referencias a puertas no son explicativas, y aunque hallamos más en diversas obras de Maddox y Saylor, en realidad todas se corresponden con esta cita de SS Sang 155, donde la Puerta Fontinal es del todo irrelevante: “A mi alrededor la ciudad comenzaba a despertar, aunque era una ilusión; la ciudad no había llegado a dormirse. Durante toda la noche, hombres, caballos y carros iban y venían por las calles sumidas en sombras. Crucé la puerta Fontinal. Hice trotar a la yegua en cuanto dejamos atrás el colegio electoral del Campo de Marte, tomando la Gran Vía Flaminia rumbo al norte”.

Más alusiones no descriptivas de esta naturaleza hallamos, por ejemplo, en SS Rub 65 (donde se nos mencionan las puertas Colina y Capena como posible punto de entrada del ejército cesariano en Roma) y SS Rub 137, donde Gordiano explica

que la agitación de los tiempos había conducido a los salteadores a apostarse, incluso, a la salida de la puerta Capena, es decir, en las mismas puertas de la ciudad de Roma (tradicionalmente, su área de acción había sido los alrededores de la tumba de Basilio, en plena vía Apia).

1.7. Vías.

En la novela *El misterio del amuleto*, de Maddox, encontramos una interesante descripción de la contradicción entre la tan ordenada red de vías romanas y la sin embargo caótica distribución vial de la misma ciudad de Roma. Maddox lo pone en boca de Decio en JMR Mist 136-7:

En aquellos tiempos existían tres clases de calles en Roma. Por las *itinera* sólo podía transitar gente a pie. Las *acta* se denominaban también calles “de un carro” porque eran lo bastante anchas para permitir circular un carro. Las *viae* eran conocidas como calles de dos carros porque era posible que un carro adelantara a otro. En aquellos tiempos había dos *viae* en toda Roma, las vías Sacra y Nova, ninguna de las cuales cruzaba el Suburio. La situación no ha mejorado. Nuestros caminos despiertan la admiración del mundo entero, pero empiezan a las puertas de la ciudad. Las calles de Roma no son más que viejos y rústicos senderos pavimentados. Los visitantes de Alejandría siempre se quedan atónitos.

De que el callejero romano era abigarrado y complejo ya hemos recogido algunas citas, y a lo largo de las novelas esta idea se convierte en acumulativa, principalmente por cuanto tiene de romanticismo: una ciudad oscura, de calles confusas que conducen a rincones desconocidos o misteriosos, donde barrios enteros aparecen y desaparecen, como refleja Maddox en uno de sus párrafos más logrados y evocadores sobre la ciudad: “Solía jactarme de conocer todas las calles de Roma, pero aquella muchacha me condujo a un barrio desconocido que se hallaba a apenas unos minutos de mi casa. A decir verdad, nadie conoce Roma del todo; se trata de una ciudad grande, y los barrios son continuamente destruidos por los incendios o los especuladores de la tierra y sustituidos por nuevas calles”.

Sin embargo, las vías romanas, que unían la ciudad con toda Italia en primer lugar, y más tarde con el mundo —es proverbial que todos los caminos conducían a Roma— eran modelo de perdurabilidad y precisión, pero también un modelo totalmente expresivo del espíritu pragmático romano⁶⁷. No cabe duda de que durante los tiempos más antiguos las vías romanas eran franjas de tierra que, como la antigua

⁶⁷ Maddox en JMR Sat 6 recuerda, incluso, que las calzadas romanas estaban preparadas para impedir la formación de charcos y barrizales que dificultasen o hiciesen peligroso el trayecto: “The center of every Roman road is raised slightly to allow water to drain off. They span the world as straight as so many tight-stretched strings, crossing valleys and rivers upon bridges and of prodigious ingenuity, tunneling through mountain spurs too large to be conveniently moved. What other people even conceived of such roads? They are the pure expression of the uniqueness of Rome”.

vía Latina, que recorría el valle de Sacco, seguían líneas naturales de comunicación utilizadas desde tiempos inmemoriales. Sin embargo, la grandeza de Roma vino de convertir esos caminos de tierra en calzadas rectas y pavimentadas que incluían puentes y viaductos y que pasaban por puertos y túneles. Fueron en esto los mejores, pero injusto sería decir que los primeros, ya que los etruscos también habían unido sus asentamientos por una red de rutas bien trazadas⁶⁸. Calzadas y colinas fueron el factor más importante de la conquista de la península. En el tiempo en que transcurren nuestras novelas Italia ya había vivido la segunda gran etapa de construcción de vías, que comenzó a finales del siglo II a.C. y que fue beneficioso mediante dos grandes beneficios: proporcionar empleo al proletariado y la representación de mejoras para la comunidad en general⁶⁹. En el texto entresacado Decio comenta que en aquel tiempo la ciudad sólo tenía dos *viae*, la Sacra y la Nova. En este aspecto Maddox se atiene completamente al rigor histórico, pues como recuerda Ball Platner⁷⁰ éstas eran las dos únicas *viae* de las que tenemos noticia antes del Imperio, cuando ya escuchamos otros nombres como Vía Tectata o Vía Fornicata. La Sacra via era la más antigua e importante de la Urbe, y parece ser que su nombre era éste y no el de Vía Sacra, pues este orden de las palabras se da fuera de la poesía de manera bastante infrecuente, y el adjetivo *sacravienses* también parece confirmar esta teoría. Así, por ejemplo, lo hallamos en Festo 178, p. 190 L, cuando este autor habla de la festividad del Caballo de Octubre: *De cuius capite non levis contentio solebat esse inter Suburanenses, et Sacravienses, ut hi in regiae pariete, illi ad turrim Mamiliam id figerent; eiusdemque coda tanta celeritate perfertur in regiam, ut ex ea sanguis destillet in focum, participandae rei divinae gratia*. De esta competencia entre los suburanenses y sacravienses dará buena cuenta Maddox en un capítulo de su obra *La conspiración de Catilina*, como ya veremos al abordar el capítulo dedicado a Religión, pues será el mismo Decio quien conduzca el caballo de los suburenses contra Clodio, adscrito a la facción de la Sacra Via⁷¹.

La Sacra Via comenzaba en la cima de la Velia, llamada Summa Sacra Via, cerca del templo de los Lares, de Júpiter Stator y de la casa del Rex Sacrorum y descendía hasta el Foro, donde finalizaba cerca de la Regia y de la Casa de las Vestales. Sin lugar a dudas, era llamada la Sacra Via porque en ella se encontraban los templos más importantes y sagrados de Roma. Sin embargo, también era una zona resi-

⁶⁸ Maddox no olvida esta realidad en JMR Sat 6: “We learned road building from the Etruscans, but we build them better than they ever did. We certainly build them in places the Etruscans never dreamed of.”

⁶⁹ Cf. Tim Cornell y John Mathews, *Roma, legado de un imperio*. Madrid, 1992, Ediciones Folio-Del Prado, p. 39.

⁷⁰ Ball Platner, *op.cit.* s.v. Sacra Via.

⁷¹ “Via Sacrans”, los llama Maddox en JMR Sat 33: “They looked down upon the Via Sacrans, who thought they were holier than anyone else because they dwelled along the old triumphant route. The two districts had a famous traditional street fight at the ritual of the October Horse”.

dencial desde los tiempos de la monarquía (en caso contrario, no se podría hablar de sacriavenses)⁷², e igualmente era un importante centro comercial de la ciudad⁷³.

En cuanto a la otra vía mencionada por Maddox, la Nova, recibía este nombre para ser distinguida de la Sacra, pero era casi tan antigua como ella. Esta vía comenzaba en el costado noreste del Palatino, muy cerca del templo de Júpiter Stator y por lo tanto del comienzo de la vía Sacra, ya que, de acuerdo con Livio, la morada de Tarquinio Prisco daba por uno de sus flancos a esta Nova vía⁷⁴.

Entre las páginas 167-8 de *El enigma de Catilina*, en que Gordiano regresa a Roma después de meses de retiro en el campo, se nos invita a disfrutar una hormigueante y satisfactoria visión de la entrada a Roma y de las vías que conducían hasta ella:

Justo al norte de Roma, la vía Casia se bifurca en dos direcciones. El ramal sur, el más corto, rodea los montes Vaticano y Janículo y se une a la vía Aurelia, que penetra hasta el Foro a través de los antiguos puentes que cruzan los grandes mercados de ganado. La llegada a la vía Aurelia siempre impresiona: la vista del Tíber salpicado de pequeñas embarcaciones y bordeado de almacenes y astilleros; el claqueteo de las herraduras en los puentes; el horizonte de la gran ciudad, dominado por el templo de Júpiter en lo alto del monte Capitolino; el lento avance de la gente por los mercados y el espectáculo del Foro con su magnífica disposición de templos y palacios. Habría sido perfecto entrar en la ciudad por esta parte con el fin de celebrar la mayoría de edad de Metón, pero, por razones prácticas, desechamos esta opción, y que el tráfico de la vía Aurelia podía ser tan lento como el pulso de un difunto.

Es importante que de vez en cuando los novelistas nos regalen estos pasajes ilustrativos, donde los huesos del esqueleto de la realidad histórica se recubren de la carne de la literatura y nos hacen recobrar, aun sin llegar al detallismo de un Proust, el espíritu del tiempo perdido. En este caso, Gordiano llega a Roma por la vía Casia, que hemos encontrado con este nombre pero también por el de vía Cossia⁷⁵. Construida alrededor de 154 a.C., conectaba Arretium con Roma. Como bien dice Saylor, la vía Casia se bifurca poco antes de llegar a Roma al enlazar con la vía Clodia, construida alrededor de 283 y que conectaba Roma con Saturnia, y enlaza con la vía Aurelia Vetus, que entra en la Urbe, como dice Saylor, en conexión con el Tíber, ya que la Aurelia conectaba con el puente Emilio, de donde se comprende la pintoresca descripción fluvial de este autor. Sin embargo, ya en aquellos tiempos era urgente ganar tiempo, y a veces unas vías eran menos prácticas que otras con vistas a determinados objetivos, por lo que Gordiano nos sigue contando en SS Cat 168:

⁷² Numa, Anco Marcio y Tarquinio el soberbio habitaron en la Sacra Vía.

⁷³ Así, leemos a Propertio un ataque contra Cyntia en II, xxiv, 13-14: *Et cupit iratos talos me poscere eburnos, / quaeque nitent Sacra vilia dona Via.*

⁷⁴ Livio I, xli, 4: *Ex superiore parte aedium per fenestras in novam via versus — habitabat enim rex (Tarquinius Priscus) ad Iovis Statoris.*

⁷⁵ Cf. Cornell-Mathews, *op.cit.*, donde aparece con ambos nombres en el mapa de la página 38.

Optamos por coger el ramal oriental de la vía Casia, que se une con la vía Flaminia en el Tíber, al norte de Roma, y cruza por el puente Mulvio. La entrada a la ciudad por esta ruta es menos espectacular, ya que se va dejando atrás el campo y la urbe se insinúa progresivamente, de forma tal que el viajero se encuentra primero en las afueras y luego de golpe en el mismísimo corazón de la ciudad sin enterarse. Se pasa por delante de la zona de desfiles militares y los espacios abiertos del Campo de Marte, luego por los grandes recintos de las votaciones (vacíos y probablemente llenos de suciedad después de las elecciones del día anterior, pensé); luego se cruza la Puerta Flaminia y ya se encuentra uno en la ciudad. Nuestra ruta nos llevaría al norte del Foro y a la casa de Eco, en el Monte Esquilino, sin tener por qué ver un sacerdote o un político, y con mucho menos tráfico que se hubiéramos elegido la Vía Aurelia.

Es difícil visualizar todos estos pasos y descripciones sin saber exactamente con qué materiales documentales concretos trabaja el novelista. A la vista del mapa que nosotros tenemos, el de Cornell-Mathews⁷⁶, advertimos que la Vía Casia no hace intersección con la Flaminia a la altura del Tíber, donde debería estar el puente Mulvio que Saylor menciona, sino mucho después, cuando en el centro de la Urbe se juntan todas las vías que conectan con Roma el norte y el sur de Italia. En caso de que la Casia hiciera intersección con la Flaminia a la altura del Tíber sí sería muy correcta —de hecho lo es si dejamos al margen la intersección con la Casia y nos atenemos a la entrada en Roma por la Flaminia— la descripción de Saylor de entrar progresivamente en la ciudad por el campo, ya que se trata a todas luces de una entrada secundaria a la Urbe, por las grandes extensiones del Campo de Marte. La Vía Flaminia, construida por el censor C. Flaminio⁷⁷ alrededor de 220 a.C., unía Roma con Ariminum. Se trataba de una vía muy frecuentada, y era la ruta por tierra que unía Roma con Gades. La Vía Flaminia nacía en Roma desde la Puerta Fontinal en la muralla de Servio⁷⁸ y recorría el Campo de Marte hasta llegar el puente Mulvio, por lo que la descripción de Saylor es correcta si dejamos al margen el tema de la intersección con la Casia. La Vía Flaminia aparece mencionada otras muchas veces en estas obras, pero solamente para demarcar su extensión y conexiones, como en SS Ap 313: “Cruzamos el Tíber cuando el día empezaba a declinar. El Campo de Marte quedaba a la derecha. A la izquierda, las viejas murallas de la ciudad rodeaban colinas cubiertas de edificios. La Vía Flaminia se dirigía en línea recta hasta el monte Palatino, cuya cima estaba coronada por varios templos. Nunca me había ale-

⁷⁶ Cornell-Mathews, *op.cit.* p. 38.

⁷⁷ Livio, *Periochae* XX: C. Flaminius censor uiam Flaminiam muniit et circum Flaminium exstruxit.

⁷⁸ Steven Saylor deja bien claro este punto de la Puerta Fontinal en SS Ap 153: “Cara de niño y su tropa de gladiadores cerraron filas en torno a nosotros, como una tortuga acorazada, para el paseo que hicimos bajando la Rampa y atravesando el Foro y la puerta Fontinal. Cruzamos los límites tradicionales de la ciudad cuando traspasamos la puerta, pero la Vía Flaminia estaba abarrotada de edificios tanto fuera como dentro de las murallas”.

grado tanto de ver un lugar”. Otras alusiones⁷⁹ parecidas a éstas no son infrecuentes, como en la minuciosa descripción de algunos de los lugares por los que va pasando, como en SS Sang 159:

Avanza hacia el norte de Roma, atravesando el Tíber dos veces, y cruza el sureste de Etruria. Al final alcanza el río Nera, que desemboca en el Tíber por el este. La carretera atraviesa un puente en la ciudad de Narnia y se adentra en la parte meridional de la Umbría. Unos kilómetros al norte de Narnia, una carretera secundaria se desvía hacia el oeste y hacia el Tíber. Ascende una serie de escarpadas colinas y luego baja a un valle poco profundo de fértiles prados y viñedos. Allí, entre los brazos de la horquilla formada por el Tíber y el Nera, se encuentra el soporífero pueblo de Ameria.

La más importante de todas las vías romanas en estas obras es la Vía Apia, a cuyo protagonismo Saylor le dedica toda una novela, basada en los acontecimientos que fueron causa y consecuencia del asesinato de Publio Clodio, *Un crimen en la Vía Apia*. Construida por Apio Claudio el Ciego en 312 a.C., es una de las más famosas y largas vías que se extendían desde Roma por todo el sur de Italia hasta Brindis y Tarento y que comenzaba su singladura de pavimento en la Puerta Capena de la muralla de Servio, como se nos recuerda en SS Ap 168:

Un hombre comienza su viaje por la Vía Apia con el olor del pescado en sus fosas nasales y el sonido del goteo del agua en sus oídos. El olor procede del mercado de pescado que está justo cuando se sale por la Puerta Capena, al extremo sur de la ciudad. Los pescadores del Tíber y de puntos tan alejados como Ostia recogían en sus sedales sus capturas y exhibían hileras de peces colgados de las abiertas mandíbulas y cestos a rebosar de moluscos, pulpos y calamares.

La historia de la Vía Apia, junto con interesantes descripciones de muchas de sus tumbas, es abordada en SS Ap 172, pero comentaremos sus aspectos en el capítulo dedicado a cementerios y mundo de los muertos por la alta relevancia que tiene dentro de este apartado en esta serie de novelas. Será, efectivamente, una vía a la que recurran los autores una y otra vez, pues su trascendencia es notoria y los autores la describen varias veces para los nuevos lectores, como vuelve a hacer Saylor en SS Rub 134 y ss; incluso, en SS Rub 134 exalta el perfecto ensamblaje de su pavimento: “The Appian Way itself is as smooth as a tabletop, with polygonal paving stones fitted so tightly that not a grain of sand could be passed between them. There is something reassuring about the solid immutability of a roman road”. La admiración de la posteridad por la funcionalidad de las calzadas romanas será recordada

⁷⁹ En SS Ap 290 se menciona, también, a la Vía Popilia: “Habíamos estado prisioneros durante cuarenta y cuatro días en las afueras de Arimino, donde termina la parte norte de la Vía Flaminia en la nueva Vía Popilia continúa hacia el norte, hacia Ravena”. La relativamente nueva Vía Popilia, ya que ésta fue construida en 132 a.C., partía de Rímimi, donde la Flaminia se bifurcaba entre ésta y la Vía Emilia. Cf. Cornell-Mathews, *op.cit.* p. 38.

una y otra vez⁸⁰.

Sin embargo, Maddox tampoco se olvida de llevar a cabo una alabanza de la Vía Apia, como vemos en JRM Sat 5: “Like all our roads, the Appia was beautifully kept. It was the oldest of our major highways, the stretch between Capua and Rome having been begun by Appius Claudius Caecus nearly three hundred years before, and the rest of it almost as elderly, so that the poplars and cedars planted along its length were stately and mature. The tombs built by the side of the road were for the most part a pleasingly simple design reflecting the taste of a bygone era”. Saylor dibujará un retrato más colorido acerca de estas tumbas de un pasado prestigioso y lejano, e incluso recuperará la interesante presencia del monumento de Basilio, donde los maleantes se congregaban para asaltar a los viajeros.

El espíritu nacionalista de Decio el Joven, *roman and proud of it*, sintetizará con toda justicia la importancia no sólo simbólica, sino de civilización, de las vías romanas en un fragmento que no podemos dejar de incluir aquí por sus connotaciones de civilización y por su alto grado de verdad. Maddox hará comentar a Decio en JMR Sat 6:

There is no finer or more enduring testament to the power and genius of Rome than our roads. People gawk at the Pyramids, which have no purpose except to contain the corpses of long dead pharaohs. People the world over can *use* Roman roads. Barbarian seldom bother to pave their roads. Those who do are satisfied with a thin layer of gravel. A Roman road is more like a buried wall, sometimes going down fifteen feet in alternating layers of rubble, cut stone, and gravel to rest solidly upon bedrock.

1.8. Conclusión.

Roma es la gran protagonista sin voz de todas las novelas estudiadas. Por ella se expresan todos los personajes de la novelas, en sus actitudes y acciones concretas, y sólo a través del personaje narrador (bien sea Gordiano, Decio o Diomedes) encontramos la reflexión contemporánea sobre una ciudad que con sus bondades y excesos diseñó el mapa futuro de la historia.

A los novelistas les gusta describir la Urbe explicándola mediante oposiciones: la contraposición entre la caótica Roma y la ordenada Alejandría, las actividades públicas que se llevan a cabo en el Campo de Marte frente al misterio y secretismo de los ritos que se celebran en el abandonado Campo Vaticano... Dentro de esta categoría alcanza especial relevancia el contraste entre el barrio de la clase acomodada (el Capitolio) y el barro de la gente más humilde (la Subura), donde vive Decio, y también Gordiano durante las primeras novelas, donde también viviría el

⁸⁰ Por ejemplo, en SS Last 1, donde Gordiano se desvía de una calzada romana en Galia: “We had taken the taverkeeper’s advice to abandon the flat, wide, finely wrought Roman road almost at once”.

populista Julio César. Si bien el Capitolio dibuja la vida cotidiana de los hombres que tomarían las riendas de Roma, en las descripciones de la Subura nos adentramos en la vida del ciudadano anónimo que vive, ama y a veces muere peligrosamente. En el Capitolio se nos dibuja el ideal de Roma filtrado por los deseos e intereses de los poderosos, mientras que en la Subura se nos describe una peligrosa realidad cotidiana que acabará convirtiéndose en la realidad romana por antonomasia. Nuestros novelistas se aferran a la Subura por sus grandes posibilidades dramáticas, pues esta clase de novela policiaca le debe mucho más a la novela negra canónica que a la decorosa y limpia novela enigma de Agatha Christie. Es así que en las descripciones de la Subura creemos ver la influencia bien establecida por los años de tradición de un novelista tan importante para la literatura norteamericana del pasado siglo como fue Chester Himes. La Subura de Maddox y de Saylor es un homenaje encubierto al Harlem donde Eddy Ataud y Sepulturero Jones intentaban hacer cumplir una ley que en los barrios negros y marginados de las grandes urbes estadounidenses es sólo papel mojado y teoría no aplicada.

A una escala más grande, la ciudad de Roma es sobre todo descrita como la capital del crimen, de la ambición desmesurada, un lugar, como escribe Saylor en *SS Cat 29* apta sólo para gente muy joven (que nada teme) o para quien se deja arrastrar por toda clase de vicios. Emerge aquí otro arquetipo de la novela negra: Roma se nos muestra como una pretérita ciudad de Los Angeles, donde detectives desencantados como el Marlowe de Raymond Chandler o el Lew Archer de Ross Macdonald destripan las miserias latentes bajo el oropel de una sociedad triunfalista, hipócrita y corrompida donde la diferencia entre ricos y pobres es atroz. Partiendo de este modelo clásico que caló hondo en todas las literaturas occidentales y fue adaptado a realidades no estadounidenses (el México de Paco Ignacio Taibo II, la Barcelona de Vázquez Montalbán o la Suecia de Henning Mankell) llegamos a esta Roma peligro para caminantes, donde, como ya hemos visto, los novelistas ponen de relieve la peligrosidad de sus calles, el desorden de su trazo urbano que no deja de ser una expresión, tanto ayer como hoy, del desorden político y moral de sus ciudadanos y gobernantes.

De entre los grandes espacios públicos, destaca sobre todo el Foro por su protagonismo y las vívidas descripciones que nos transmiten. Es el centro neurálgico de la Urbe por ser no sólo el centro religioso (allí se levanta la Regia), sino también político (con el destacado protagonismo de la Curia), judicial (los juicios públicos en los Rostra) y humano: es en el Foro donde el pueblo concluye y se mezclan todas las clases sociales, donde las Saturnales se viven con mayor intensidad y las noticias de guerra se propagan más rápidamente. También fue el lugar donde se hacían públicas las proscipciones silanas y donde muchos proscritos hallaron más pronto la muerte.

Más allá de estos lugares enormemente destacados (el Foro, la Subura, el

Capitolio y el Campo de Marte), tendrán importancia relevante los teatros. El resto de la geografía romana pasa a un segundo plano en todas las obras, por lo que las siete colinas, vías, puertas, foros menores (con la excepción del Boario), templos y edificios públicos y privados tendrán un valor ornamental que servirá para completar el retrato de la Urbe, pero que nunca se erigirán por sí mismos en protagonistas destacados de esta recreación que de la antigua ciudad de Roma llevan a cabo nuestros novelistas.

Roma, peligro para caminantes.

II
ROMA Y LAS FUERZAS
DEL ORDEN PÚBLICO.

2. Policías, guardias y detectives.

Cuando hablamos de novela *policiaca* de temática romana clásica incurrimos, en nuestro afán de catalogar para hacer comprensibles los géneros y subgéneros de la literatura, en una imprecisión a la que tampoco sería ajena la denominación de novela *detectivesca* de temática romana clásica. Efectivamente, los conceptos de policía y detective, si bien ambos con una raíces inequívocamente clásicas, griega una y latina la otra (de *polis* y del supino de *detego*, descubrir o desenterrar), son tan modernos que no bastan para hacer comprensible, salvo por aproximación, lo que los antiguos griegos y romanos podrían haber entendido por un cuerpo de protección interior del estado, en el caso de la policía, o lo que podrían entender por un informante que trabaja más o menos bajo salario en el caso del detective. Sin embargo, a partir de que pudieron existir equivalentes antiguos de nuestros policías y detectives —así como de la imagen popular que se desprende de ellos gracias a las novelas y la cultura audiovisual—, y a partir sobre todo de que nuestras novelas se sirven de la historia para elaborar unas fantasías detectivescas que se encuadran dentro de un género literario tan reconocible y popular como el de la novela policiaca o detectivesca —y no entramos aquí en otras subdivisiones como novela de misterio, novela enigma o novela negra—, analizaremos ahora la rigurosidad, invención y manipulación de la realidad histórica que estos novelistas llevan a cabo para crear sus obras de muerte y misterio.

1. Policía y orden público.

Dentro de las novelas que nos ocupan parece darse una contradicción que no deja en ningún momento de ser motivo de confusión: que en todo momento se mencione a la policía para decir de ella que no existe. Es decir, que en un afán de hacer comprensible al lector aquello de que se habla (que en Roma no había un cuerpo policiaco) el autor pone en boca de un romano de la época una palabra cuya existencia data del siglo XIX. Esta paradoja procede, claro está, de la literatura especializada, y de ella se transporta a esta literatura detectivesca, pero con la pequeña diferencia de que en la literatura especializada un estudioso más o menos contemporáneo nuestro se vale de nuestros términos para dilucidar una realidad antigua. Así, cuando Hacquard o Mommsen mencionan explícitamente la función

policíaca de los ediles¹, no nos crea ninguna clase de efecto extraño, pero cuando Maddox pone en boca de Decio el siguiente exabrupto en JMR Mist 28: “Pertenece a la policía, no al control de incendios”, sentimos que algo muy delicado se tambalea en la verosimilitud de nuestra interpretación de la novela.

¿Existía, o no existía la policía en la antigua Roma? No existía, desde luego, un cuerpo policiaco tal y como nosotros lo entendemos, pero sí existían diversos cuerpos que procuraban, como hemos mencionado antes, esa seguridad interna del estado romano —la externa era ejercida por el ejército, que tenía prohibido el acceso la urbe²—, y que hasta cierto punto justifica que los dos estudiosos anteriormente mencionados, y muchos otros, hablen en sus obra eruditas de una función policiaca en la antigua Roma. Haremos nuestras las palabras del gran estudioso Moses Finley para comenzar a desgranar este prolijo tema:

La antigua ciudad-estado no tuvo más policía que un relativamente pequeño número de esclavos, propiedad del estado, a disposición de los distintos magistrados, desde los arcontes y cónsules hasta los inspectores del mercado, y en Roma los líctores, normalmente ciudadanos de clases bajas, al servicio de los magistrados más altos. Apenas sorprende: la fuerza de policía organizada es una creación del siglo XIX. Pero —y esto es crucial y excepcional— el ejército no estaba disponible para los deberes policiales a gran escala, hasta que la ciudad-estado fue sustituida por una monarquía³.

La pregunta lógica que se haría cualquier lector contemporáneo al leer a Finley es: ¿Y por qué razón no existía un cuerpo de policía, si tan necesario resulta? Quizá la respuesta proceda del énfasis especial que hace Finley al dejar bien claro que el ejército no participó de los deberes policiales hasta que la ciudad-estado desapareció con el sistema republicano y fue sustituida por esa suerte de monarquía que fue primero el principado y más tarde el imperio, en representación de un único poder absoluto por encima de los otros. Es Steven Saylor quien, en esta línea, realiza una reflexión interesante en SS Sang 35-6:

Roma carece de un servicio de orden público. No hay un cuerpo armado municipal que mantenga el orden dentro de las murallas de la ciudad. De vez en cuando, algún senador, harto ya de tanta violencia, propone que se cree un servicio de orden. La respuesta, de todos lados, es inmediata: *¿de quién será esa policía?* ¡Qué gran verdad! En un país gobernado

¹ Georges Hacquard, *op.cit.* p. 64; Theodor Mommsen, *Historia de Roma, I. De la fundación a la República*. Madrid, 1965, Aguilar (6ª ed.), p. 371. Éstos son dos ejemplos entre muchos otros.

² Es conveniente reseñar que este aspecto no es olvidado en las novelas. Así, en JMR Mist 13, Decio le comenta al lector: “Quienquiera que seas, debes comprender que en aquel tiempo Roma, pese a ser dueña de medio mundo, era un lugar tan salvaje como un pueblo de pigmeos del Nilo. Los soldados romanos mantenían el orden en cientos de ciudades alrededor de nuestro mar, pero ni uno solo patrullaba las calles de Roma. La tradición lo prohibía”.

³ Moses I. Finley, *El nacimiento de la política*. México, 1990, Grijalbo [Los Noventa, 31], pp. 32-3.

por un rey, la lealtad de la policía se debe al monarca. Roma, por otro lado, es una república (...). En Roma, cualquiera que intrigara para ser jefe de la policía, utilizaría el cargo para incrementar su poder, mientras que el principal dilema de los servidores de la ley sería de quién aceptar el soborno más sustancioso, y si servir a esa persona o apuñalarla por la espalda. La policía sólo serviría de herramienta para que una facción la utilizara contra otra. Se convertiría en una banda más con la que el público tendría que enfrentarse. Roma prefiere vivir sin policía.

No es sorprendente que sea Saylor, y no Maddox, quien lleve a cabo esta reflexión. Una diferencia entre los dos escritores radica en que Saylor recurre a la recreación de los años finales de la república con objeto de hacer un ejercicio de interpretación de la realidad política norteamericana contemporánea confrontando sus puntos comunes con los de la época de Cicerón y César. Mientras que Saylor tiene una visión muy crítica de la clase política y dirigente, Maddox pretende con su serie *SPQR* hacer una americanización del mundo romano para mayor gloria de la Roma moderna, cuya capital está en Washington. No es difícil, conociendo los temores de Saylor por los efectos de las intrigas palaciegas de Washington y de Wall Street, que el autor tenga en mente el siniestro y nefasto periodo de Edgar Hoover al frente del FBI cuando escribe que “cualquiera que intrigara para ser jefe de la policía, utilizaría el cargo para incrementar su poder”, en una clara reminiscencia del carácter intocable de Hoover y sus vínculos con la Mafia; o cuando escribe que la policía “sólo serviría de herramienta para que una facción la utilizara contra otra”, lo que no deja de recordarnos las turbias acciones de la *cacería de brujas* del senador MacCarthy en Estados Unidos durante los años cincuenta, y los no menos horribles papeles que jugaron las policías durante la dictadura argentina o la chilena de Pinochet. Por no hablar de la corrupción generalizada en las policías de numerosos países que orillan a la población, como dice Saylor, a verlos como una banda más con la que el público debe enfrentarse día a día.

Descartado el ejército como hipotético cuerpo policial, nos queda, de acuerdo con Finley, la organización de diversos cuerpos de control, análogos o no a nuestra policía, para ejercer un control sobre aspectos que intuimos más o menos variables. Así, Finley menciona a los inspectores de mercado, cuya jurisdicción era tan reducida como su nombre, como también nos podía haber recordado que, en tiempos, el censor ejercía, también, una persecución casi policiaca del lujo en la mesa, en la vestimenta o en las costumbres sexuales. Maddox comenta también, en JMR Sac 144-5, que el templo de Quirino era vigilado, pero sólo de noche, por guardias a las órdenes de los patricios que se responsabilizaban del mismo a título de hermandad. Sin embargo, Finley menciona a los lictores, a quienes define como “ciudadanos de clases bajas, al servicio de los magistrados más altos”. A partir de aquí comenzaremos a deshebrar el ovillo.

En efecto, los *lictos* eran funcionarios públicos que atendían a los principales magistrados romanos⁴ —así como a sus subalternos, y lo veremos más tarde— siempre y cuando éstos tuviesen *imperium* —no así en el caso de los tribunos de la plebe—; marchaban en fila por delante del magistrado, y el más cercano a él era el *primus lictor*, también llamado *proximus* porque era el que iba delante del magistrado, principal de todos, y era quien dirigía a los otros en sus tareas de detener a los criminales y atarles los pies y manos en su detención o en el momento del castigo, ya que ejercían de verdugos cuando el condenado era romano⁵. De este acto de atarles —*ligare*— procedería, según Aulo Gelio, el sustantivo *lictos*, en una explicación proporcionada en sus *Noctes Atticae*, XII, iii:

Valgius Rufus in secundo librorum, quos inscripsit de rebus per epistulam quaesitis, "lictorem" dicit a "ligando" appellatum esse, quod, cum magistratus populi Romani virgis quempiam verberari iussissent, crura eius et manus ligari vincirique a viatore solita sint, isque, qui ex conlegio viatorum officium ligandi haberet, "lictor" sit appellatus.

El fragmento reproducido es interesante no sólo por su interés etimológico indudable, sino también porque el procedimiento es evocado por Maddox en JMR Con 280:

La realidad era que Roma, en aquella época, no disponía de policía ni de ningún mecanismo para prender y encarcelar a grandes cantidades de criminales. De ordinario, cuando se entregaba una orden de arresto, un pretor o edil curul, acompañado de lictos, abordaba al sujeto y le citaba ante un tribunal. El arresto propiamente dicho lo llevaban a cabo los lictos, empleando una antigua fórmula. Si encontraba resistencia, el magistrado convocaba a los ciudadanos que se hallaran cerca para que le ayudaran y conducían al arrestado por la fuerza ante el tribunal.

También Maddox menciona a dos representativos magistrados, el pretor o el edil curul a quienes acompañaban los lictos. Quizá no venga mal hacer un repaso mínimo de las distintas magistraturas por orden de importancia de mayor a menor, para ubicar en su justo lugar a ambos⁶: consulado (dos cónsules con *imperium* y jefes de las fuerzas armadas); pretura (dos pretores con *imperium*, el urbanus y el peregrinus; el primero se encargaba de la administración de justicia entre los ciudadanos, y el segundo de la justicia entre romanos y extranjeros); censura (sin *imperium*, el censor confeccionaba y controlaba la lista de ciudadanos y,

⁴ William Smith, *A Dictionary of Greek and Roman Antiquities*, s.v. London, 1875, John Murray.

⁵ Cuando era esclavo o extranjero, de su ejecución se encargaba el verdugo denominado *carnifex*, funcionario público de tan funesta fama, que no podía vivir dentro de la ciudad. Cf. W. Smith, *op.cit.* s.v. Carnifex.

⁶ Para el orden y atributos de las distintas magistraturas, seguiremos siempre a José Manuel Roldán, *Historia de Roma, tomo I. La república romana*. Madrid, 1987, Cátedra, pp. 136-40.

posteriormente, de confeccionar la lista de senadores, de donde acabaría desprendiéndose su papel de supervisores de la moral y las costumbres); edilidad (cuatro miembros, dos ediles curules y dos plebeyos que tenían tareas de naturaleza policial dentro de la ciudad: control de calles, edificios y mercados, responsabilidad de abastecimiento de víveres y organización de juegos públicos); tribunado de la plebe (diez miembros que velaban por los intereses del pueblo y presidían sus asambleas o *concilia plebis*); y, finalmente, cuestura (grado más bajo del *cursus honorum*, que consistía fundamentalmente en la administración del tesoro público en número de hasta veinte cuestores en tiempo de Sila que se encargaban de las finanzas y cuentas de Roma y de las provincias).

Una vez visto que tanto el pretor como el edil curul tenían competencias de justicia, también tenían funcionarios subalternos que trabajaban a sus órdenes, por lo que es importante ocuparnos de éstos últimos, que bajo el nombre genérico de *vigintisexvirato* agrupaba a veintiséis varones adscritos a un número determinado de colegios. Este *vigintisexvirato* era el paso previo al *cursus honorum*, y como tal, debía ser cumplido por el joven de buena familia que aspirase a hacer carrera política después de cumplir diez años en el ejército como tribuno militar⁷. A este *vigintisexviratus* se refiere Maddox con el nombre de Comisión de Veintiséis, como vemos en JMR Mist 11 en las líneas que dan comienzo a la saga de Decio Cecilio Metelo el joven: “Recibí al capitán de los vigiles en mi atrio, como cada mañana desde que me nombraron miembro de la Comisión de Veintiséis”.

Así pues, ya sabemos que Decio apenas está empezando su carrera política en la primera novela, y unas pocas líneas más abajo descubriremos que el capitán de los *vigiles* le trata con el rango de “comisario”, idéntico rango que Decio utiliza para referirse a un colega en JMR Mist 27. ¿Pero a qué colegio está adscrito Decio el joven? El *vigintisexvirato* se dividía en grupos de funcionarios de pequeño orden que trabajaban para varios colegios: los *tresviri monetales*, que se encargaban de la acuñación de monedas, y los *quattuor viri viarum curandum*, que ejercían una tarea policiaca en las calles; los *duumviri viis purgandis*, que controlaban la limpieza de las calles bajo el control de los ediles; labores jurisdiccionales corrían al cargo de los *tresviri capitales*, que auxiliaban a los magistrados con *imperium* y eran responsables de las ejecuciones capitales; los *decemviri litibus iudicandis*, que juzgaban las contestaciones relativas al estado civil de los ciudadanos; y, por fin, completando el número de veintiséis, los *quattuorviri praefecti Capuam Cumas*, auxiliares del pretor urbano y sus representantes en Capua y Cumas.

En las páginas de JMR Mist 26-7 Decio es abordado por un mensajero del Senado y será obligado a asistir a una reunión muy especial donde se nos proporcionarán más datos y pistas:

⁷ Roldán, *op. cit.* p. 140

- ¿Eres Decio Cecilio Metelo, de la Comisión de Veintiséis?
—Así es, respondí con resignación. (...)
—En nombre del Senado y el pueblo romanos debes comparecer a una reunión extraordinaria de la Comisión de Tres que se celebrará en la Curia.

La mención de la Comisión de Tres es una nueva pista que nos conduce a una duda: si Decio pertenece a la Comisión de Veintiséis, y dentro de ella, a la Comisión de Tres, ¿a qué comisión pertenece? Hay dos posibilidades: o Decio es uno de los *tresviri monetales* o pertenece a los *tresviri capitales*. El giro que adoptará la reunión entre las páginas 27 y 32, donde se procede a la reunión de la comisión junto con Rutilio —comisario del barrio transtiberiano— y Opimio —comisario a su vez de los distritos del Aventino, Palatino y Celio— nos dará la respuesta: se discute el asesinato de un gladiador liberto, el incendio de un almacén a orillas del río⁸ para introducir a continuación el caso de la novela: el asesinato de un griego asiático llamado Paramedes y copropietario del almacén. A estas alturas, y sin miedo a equivocarnos, creemos que Decio Cecilio Metelo y sus dos compañeros Opimio y Rutilio, la Comisión de Tres, constituyen el cuerpo de los *tresviri capitales*.

La creación del cuerpo de los *tresviri capitales* es ciertamente arcaica, ya que Mommsen la ubica en la monarquía, dándoles el nombre de comisarios y ubicándolos como un grupo entre algunos otros que dependían directamente del rey:

Los tres hombres de noche (*tresviri nocturni* o *capitales*), que ejercieron después la Policía de seguridad, la de los incendios nocturnos, así como la vigilancia de las ejecuciones, que tuvieron, por consiguiente, un derecho de jurisdicción sumaria, pertenecen quizá a los antiguos tiempos⁹.

Si bien más adelante (pp. 541-2) Mommsen hablará de la evolución de este cuerpo, que parece mezclar los poderes para la investigación del asesinato con cierta supervisión del trabajo de prevención de incendios, creemos que la naturaleza de la comisión de Tres es ésta: indagación de causas de muerte, muy posiblemente para el pretor urbano.

Los *tresviri* o *triumviri capitales* parecen no haber dejado demasiada huella en la literatura latina, y esto los hace mucho más misteriosos e inquietantes por la

⁸ Es en este momento cuando Decio responde con el exhabrupto anteriormente mencionado: “Pertenece a la policía, no al control de incendios”. Volvemos a repetir esta frase para poner ahora de relieve la contradicción del autor al mencionar en la primera novela de la serie la existencia de una policía, y en la segunda afirmar exactamente lo contrario, en el fragmento también visto de JMR Con 280: “Roma, en aquella época, no disponía de policía”.

⁹ Mommsen, *op.cit.* p. 201.

indefinición con que se presentan sus funciones. Son mencionados en dos comedias de Plauto, en *Anfitrión* y en *Asinaria*. En *Asinaria* vemos por el texto que los *tresviri* tenían la facultad de incriminar, lo que se desprende de las declaraciones de Argiripo:

At malo cum tuo: nam iam ex hoc loco
ibo ego ad tresuiros uostra que ibi nomina
faxo erunt: capitis te perdam ego et filiam,
perlecebrae, permities, adulescentum exitium.

Incriminaban, y además, podían llevar a la cárcel, como se desprende de Plauto, en *Anfitrión* 155: *Quid faciam, nunc si tresviri me in carcerem compegerint?*, donde además vemos indicios proporcionados por el personaje de Sosia de que le sacarían al día siguiente de la cárcel para ser golpeado por ocho individuos, de lo que deducimos que podían mandar torturar impunemente.

Pero sin duda la participación más dramática es la que tuvieron, siguiendo a Salustio, en la ejecución de Léntulo en la *Conjuración de Catilina*, donde conducen al ex cónsul a la muerte en LV, 1-6:

Postquam, ut dixi, senatus in Catonis sententiam discessit, consul optimum facturatus noctem quae instabat antecapere, ne quid eo spatio novaretur, tresviros quae [ad] supplicium postulabat parare iubet. Ipse praesidiis dispositis Lentulum in carcerem deducit. Idem fit ceteris per praetores. Est in carcere locus, quod Tullianum appellatur, ubi paululum descenderis ad laevam, circiter duodecim pedes humi depressus. Eum muniunt undique parietes atque insuper camera lapideis fornicibus iuncta, sed incultu, tenebris, odore, foeda atque terribilis eius facies est. In eum locum postquam demissus est Lentulus, vindices rerum capitalium quibus praeceptum erat laqueo gulam fregere.

El estrangulamiento con lazo era la forma de ejecución característica, hasta el punto de que Tácito, en *Anales* la llama “ejecución triunviral” para referirse al siniestro episodio de la ejecución de la hija pequeña de Sejano¹⁰.

No cabe duda de que esta familiaridad de ejecución con lazo permite a Steven Saylor la posibilidad de disimular un interesante anacronismo en su novela *Rubicón*, donde Numerio Pompeyo aparece asesinado con un garrote siciliano (garrote es palabra que procede del francés *garrot*, y el uso que se le da a la palabra en la novela concuerda con una de las acepciones del Diccionario de la Real Academia). Decimos siciliano porque Patricia Highsmith explica su uso en la novela

¹⁰Ann. VI, ix, 2: *Tradunt temporis eius auctores, quia triumvirali supplicio adfici virginem inauditum habebatur, a carnifice laqueum iuxta compressam; exim obliis faucibus id aetatis corpora in Gemonias abiecta*. Además, no deja de ser significativo que Tácito recoja el dato de que la niña fue ejecutada por el anteriormente mencionado *carnifex*, que según la tradición sólo ejecutaba a esclavos y extranjeros.

El amigo americano, donde su gran protagonista Tom Ripley se revela un maestro en su uso al asesinar a un individuo en un tren. Saylor nos describe el garrote en SS Rub 6: “He had been killed with a simple garrote, a short loop of rope attached to each end of a short, stout twisting stick”. Más adelante, en SS Rub 59-60, Gordiano describirá cómo asesinar a alguien con garrote:

A garrote. A simple device that serves no other purpose than to kill. (...) A piece of wood as long as my forearm, but not so thick, with a hole bored near each end; a slightly longer piece of stout rope, pulled through the holes and tied into knots. (...) You slip the rope over a man’s head, then twist the piece of wood. (...) There are ways to catch the rope over the wood so that it stays twisted tight and can’t be removed by the victim.

Pero no hay que confundir a los *tresviri* con los verdugos, que no lo eran y que es algo que queda muy explícito en el texto salustiano cuando el autor menciona a los verdugos (*vindices*, en el texto original), sino al parecer quienes daban fe de la ejecución después de incriminar a un hombre, encerrarle en la cárcel, condenarle a muerte y, finalmente, atestiguar con su presencia el buen término de la ejecución. Otras menciones explícitas de este cuerpo las hallamos bajo la variante de los *triumviri capitales*: Tito Livio nos informa en XXXII, xxvi, 17 de su misión de vigilar la cárcel¹¹, y en el XXXIX, xiv, 10, el historiador deja bien clara la función de sus vigilancias nocturnas que incluían la prevención de incendios¹². El mismo Livio nos los presentará “en acción” (esto es, dirigiendo un arresto) en XXXIX, xvii, 5, como también Quinto Asconio Pediano (I d.C.) nos narra en el capítulo XXXII de sus comentarios a los discursos de Cicerón otra caza y captura de un fugitivo¹³. Por último, debemos a Valerio Máximo, quien vivió en el tiempo de Tiberio, que en sus *Dichos y hechos memorables* VIII, I, 6 recogiese la noticia de que un triumviro nocturno llamado Publio Villio fue llevado a juicio por negligencia y descuido de su misión nocturna.

Otras explicaciones modernas de la tarea de los *tresviri capitales* se acercan a la visión que Maddox tiene de estos oscuros personajes, como Agustín Millares

¹¹ Livio XXXII, xxvi, 17: *Itaque et Romae uigiliae per uicos seruatae, iussique circumire eas minores magistratus, et triumviri carceris lautumiarum intentiorem custodiam habere iussi; (18) et circa nomen Latinum a praetore litterae missae ut et obsides in priuato seruarentur, neque in publicum prodeundi facultas daretur, et captiui ne minus decem pondo compedibus uincti in nulla alia quam in carceris publici custodia essent.*

¹² Livio XXXIX, xiv, 10: *Triumviris capitalibus mandatum est ut uigilias disponerent per urbem, seruarentque ne qui nocturni coetus fierent, ut que ab incendiis caueretur; adiutores triumviris quinqueuiri ulscis Tiberim suae quisque regionis aedificiis praeessent.*

¹³ *Orationum Ciceronis enarratio, In Milonianam*, p. 32: *Itemque Munatius et Pompeius tribuni plebis in rostra produxerant triumvirum capitalem eumque interrogauerant, an Galatam Milonis seruum caedes facientem deprehendisset, ille dormientem in taberna pro fugitivo prehensum et ad se perductum esse responderat.*

Carlo¹⁴, quien dice que “eran los encargados de vigilancia de las prisiones y de dirigir la ejecución”. Otras definiciones, más cercanas aún en el tiempo, reespaldan absolutamente la recreación que Maddox lleva a cabo de estos personajes, como es el caso de Manuel Díaz y Díaz: “Auxiliares de la justicia civil y criminal; hacían los arrestos, guardaban la prisión y asistían a las ejecuciones. También estaban encargados de la policía nocturna y de los socorros para caso de incendio”¹⁵.

Otro aspecto son los ya mencionados *vigiles* en JMR Mist 11-13, donde un grupo de ellos vienen a dar cuenta de los acontecimientos ocurridos durante la noche. Por el informe del capitán se nos da a entender que estos *vigiles* dan cuenta a Decio de los asesinatos y tumultos nocturnos, así como de los incendios, que transcurren en la Subura, barrio del que Decio es comisario en la primera novela de la serie. Tenemos constancia de la existencia de un cuerpo de *vigiles* nocturnos, pero no demasiado bien organizado. Así, en JMR Sat 112 Maddox pone en boca de Decio: “The primitive organization of *vigiles* we had in those days did not extend beyond the old City walls. They weren't very efficient within the walls, for that matter.”

En JRM Con 280 Maddox nos aporta un dato interesante que convendrá ampliar:

En estos días del Primer Ciudadano, cuya reorganización de los *vigiles* ha convertido a éstos en una verdadera y muy eficaz fuerza policial, cabe maravillarse de que tantos enemigos públicos deambularan a voluntad durante un estado de emergencia y que Catilina y numerosos de sus secuaces escaparan de la ciudad sin problemas.

El Primer Ciudadano, esto es, Augusto creó en el año 6 d.C. (o reestructuró completamente) el cuerpo de *vigiles*, debido a la gran cantidad de incendios que se produjeron en Roma. Sin embargo, al parecer estos vigilantes nocturnos no llegó a constituirse en un cuerpo muy eficaz en la prevención de incendios, ya que éstos no dejaron de repetirse, con lamentables consecuencias, a lo largo de la historia de la

¹⁴ Agustín Millares Carlo en nota al párrafo en Salustio, *Conjuración de Catilina*. México, 1944, UNAM (2 edición, 1991).

¹⁵ Manuel Díaz y Díaz en Salustio, *Conjuración de Catilina*. Texto latino con traducción yuxtalineal, versión literaria y vocabulario histórico. Madrid, 1974, Gredos (8ª reimpresión, 1997).

¹⁶ Un interesante resumen de los incendios más importantes y nefastos que vivió la ciudad de Roma a lo largo de su historia puede verse en Ludwig Friedlaender, *op.cit.* pp. 25-7.

urbe¹⁶. De todos modos, además de vigilar para prevenir incendios, también tenían alguna especie de competencia policiaca, como recuerda Friedlaender¹⁷:

En Roma existía desde el año 6 d.c. un cuerpo de policía urbana (*vigiles*) que actuaba al mismo tiempo como cuerpo de bomberos, formado por siete cohortes (de a mil hombres), cada una de las cuales tenía a su cargo dos distritos de la ciudad y disponía de un cuerpo de guardia en cada uno de ellos, y cuyas patrullas recorrían sin duda las calles de su jurisdicción, alumbradas por antorchas. Pero esto no impedía que la inseguridad fuese grande en todos los tiempos y que los robos y asaltos estuviesen a la orden del día.

Con las reformas de Augusto aludidas por Maddox y reseñadas anteriormente vendrían algunos cambios con respecto a la vigilancia policial de la ciudad. Así, los ediles conservarían la jurisdicción de los mercados, pero pasarían a la administración imperial el abastecimiento de trigo y la función de policía¹⁸. La competencia concreta de la prevención de incendios sería traspasada a un funcionario independiente que recibiría el nombre de *praefectus vigilum*¹⁹.

2. Detectives, exquirientes o informantes.

Más pintoresca resulta la figura del detective en esta clase de novelas históricas. Cada uno de los novelistas resuelve a su manera la inserción en sus obras de un personaje tan característico pero históricamente imposible, hasta el punto de que Joaquín Borrell, siempre dentro del tono paródico que le caracteriza, pone énfasis en lo extravagante de la idea y juega con ella, como vemos en la conversación entre Baiasca y Diomedes en JB Azul 17:

- (...) Puede decirse que le ayudaba en su consultorio —la afirmación me cogió desprevenido. Jamás había pensado en cómo ganó su fortuna el tío Alcámenes.
- ¿Qué consultorio?
- Trabajaba de exquiriente.
- Nunca oí hablar de esa profesión.
- Era el único que la ejercía en Roma.
- ¿Qué hace un exquiriente?
- Resuelve misterios.
- No entiendo.

¹⁷ Friedlaender, *op.cit.* p. 24.

¹⁸ José Manuel Roldán Hervás, José María Blázquez y Arcadio del Castillo. *Historia de Roma. Tomo II. El Imperio Romano*. Madrid, 1995, Cátedra, p. 56.

¹⁹ Roldán-Blázquez-del Castillo, *op.cit.* p. 59.

Efectivamente, en Roma no existían detectives privados, pero todos los novelistas adaptan la idea a sus necesidades literarias con objeto de hacer verosímiles las reglas elementales de la novela moderna de misterio. Joaquín Borrell crea el neologismo *exquiriente* —del verbo latino *exquiro*, investigar— para referirse a su personaje Diomedes de Atenas; Steven Saylor instala a Gordiano dentro de la tradición de la novela negra y lo convierte en un sabueso²⁰ —en inglés, *finder*— al servicio de la nobleza romana de la época; John Maddox Roberts es quien mejor aprovecha el rico contexto familiar de la gens Cecilia para mover a Decio en el *cursus honorum* y entre los personajes más destacados de su tiempo, pero apartándole pronto de un verdadero trabajo policiaco a partir de la segunda novela, en que asciende de *vigintisexvir* a cuestor del tesoro; Marco Didio Falco, protagonista de las novelas de Lindsey Davis es informante al servicio del emperador Vespasiano²¹; la excéntrica Claudia Seferio tiene una gran habilidad para involucrarse en problemas de índole criminal... Una de las mejores justificaciones la tenemos en SS Just 18:

Mi trabajo me permite frecuentar a las clases acomodadas de Roma. Los ricos necesitan abogados en las batallas legales que emprenden entre sí, los abogados necesitan información y la información es mi especialidad. He aceptado trabajos de abogados como Hortensio y Cicerón y a veces directamente de clientes tan distinguidos como las grandes familias de los Metelo y los Mesala.

En conclusión, todos los novelistas se amparan en el contexto histórico real para crear un personaje verosímil a pesar de su imposibilidad, y no porque los crímenes no estuviesen a la orden del día en la Roma clásica, pues sabemos que Roma era una ciudad peligrosa, principalmente durante las largas noches sin alumbrado donde era fácil burlar la presencia de los *vigiles*, quienes al fin y al cabo eran representantes de la autoridad pública. No menudeaban precisamente los asaltantes a mano armada, ni los jóvenes aristócratas que se internaban en la noche para promover alborotos, ni las bandas organizadas y las guerras entre ellas²². Bandas que no van a ser olvidadas en estas novelas, como nos hace saber Maddox en JMR Mist 13: “La ciudad estaba controlada por bandas callejeras, cada una bajo la protección de una poderosa familia o político, para quien realizaban trabajos que podían ser tachados de criminales”. Y más adelante, el mismo autor hablará de

²⁰ A propósito de la traducción de Finder como Sabueso, en la versión original también hay alusiones respectivas a Gordiano como “perro de Cicerón”, y será el propio Verres quien se lo recuerde al Sabueso en SS Last 121: “When I was last in Rome, you was known as Cicero’s hunting dog”.

²¹ De informantes (*delatores*) están llenas las páginas de los *Anales* de Tácito. Así, en *Ann.* IV, xxx, 3 se expresa así de ellos: *Sic delatores, genus hominum publico exitio repertum et <ne> poenis quidem unquam satis coercitum, per praemia eliciebantur.*

²² Cf. Friedlaender, *op.cit.* pp. 23-4.

aquellos turbulentos tiempos sin nostalgia, pero quizá resaltando la idea, hoy tan debatida, de si la seguridad no encarnará, también, la pérdida de libertades, como en JMR Sat 33:

These things, plus the fact that Rome had no police, made gang control of the streets possible, and I would have had it no other way. It is all gone now. The First Citizen gives us peace, security, and stability; and most people these days seem happy to have them at long last. But in accepting them, we gave up most of what made us Romans.

El concepto de un cuerpo de policía no tiene más remedio que nacer con el paulatino engrandecimiento de las ciudades durante el siglo XIX, a las que llegan multitudes para trabajar en las grandes fábricas que caracterizan la revolución industrial. También entonces nacerá, para suplir las deficiencias de los cuerpos policiales, la figura del detective privado, bien trabajando por cuenta propia o bajo sueldo en una agencia como la legendaria Pinkerton para la que prestó sus servicios Dashiell Hammett. En un mundo sin esclavitud *de facto*, donde teóricamente todos los seres son iguales ante la ley, el asesinato de cualquiera no debe quedar impune, y el trabajo de la policía se multiplica. En el mundo antiguo las cosas eran radicalmente distintas, y no sólo existía la esclavitud y la mujer carecía de casi todo derecho, sino que las diferencias sociales estaban tan agudizadas que, efectivamente, la vida de muchos no valía nada. La reflexión que Maddox pone en boca de Decio en JMR Mist 210 sería un buen ejemplo de la constatación de esta realidad:

El capitán de los *vigiles* había informado de cuatro cadáveres encontrados en la calle aquella mañana. Me los arreglé para posponer la investigación ya que, en primer lugar, parecía una matanza de una banda armada, y segundo, podía alegar que el asesinato de Paulo tenía prioridad. Las muertes de cuatro matones no llegaría al senado ni siquiera en forma de rumor, y bastaría con averiguar sus identidades y borrar sus nombres de la lista de distribución de trigo, si alguno era ciudadano. Con toda probabilidad, nadie daría un paso para identificarlos, y al cabo de tres días los cadáveres serían enterrados en las fosas comunitarias y caerían en el olvido.

Y en JMR Sat 109 encontramos esta misma dura realidad unida a la inexistencia de procesos deductivos como tales o procedimientos policíacos establecidos en un tiempo en que la ciencia forense no existía, aunque Maddox introduzca al sabio Asclepiodes, quien comenta “I checked the morning reports and court records. No one has been apprehended as the murderer.” La reflexión de Decio no se hace esperar: “No surprise there. Criminal investigations in Rome was a haphazard affair at best and a peasant woman who wasn’t even from the city would have rated even less attention than most victims”.

En la medida en que esta clase de novelas se inspiran, principalmente, en la tradición de la novela negra clásica —representada en su grado de evolución en Hammett, Chandler y Ross Macdonald—, los detectives de estas obras son, también, personajes a veces un tanto marginales, bien por extracción social —Gordiano y Marco Didio Falco son buen ejemplo—, bien por tener fama y costumbres de excéntricos o disipados —como sería el caso de Decio o Claudia Seferio, y adentrándonos en la comedia, Diomedes de Atenas—. Esta marginalidad se refleja, sobre todo, en la mala fama de la profesión de informante que tiene Marco Didio Falco, por ejemplo, así como en el trato que el Sabueso recibe de sus clientes y de la sociedad en general, como nos hace ver Saylor en esta vívida descripción de SS Sang 15:

Normalmente, cuando un cliente envía a buscarme, el mensajero suele ser un esclavo del más bajo rango de la casa, alguien que se encarga de las labores más pesadas, un tullido, un muchacho de escasas luces que trabaja en los establos, apesta a estiércol y estornuda a causa de las briznas de paja que lleva en el pelo. Se trata de una especie de formalidad; cuando se solicitan los servicios de Gordiano el Sabueso, hay que tener cierta cautela. Como si yo fuera un leproso o un sacerdote de alguna turbia secta oriental. Estoy acostumbrado. No me doy por ofendido siempre y cuando los honorarios se me abonen a su hora y sin regatear.

Finalmente, queda el hallazgo genial de Maddox en JMR Tem 132, donde da una buena explicación de cuál hubiera debido ser la musa de los detectives, si tales hubieran existido en la Roma clásica:

“Muse? Who is the Muse of snoops and investigators?”

“A good question. Clio comes the closest, I suspect. She is the Muse of History, and I try to uncover the truth behind historic lies. Or perhaps there’s another muse, a nameless one for men like me.”

No cabe duda de que Clío hubiese podido ser la musa de estos detectives si realmente hubieran existido. Posiblemente, y para no desairarla ni desaprovechar la opinión de Decio, debamos considerarla la musa particular de todos los autores de novela policiaca de temática romana.

3. Conclusión.

Cuanto comprenden estas páginas es lo que podemos decir de los policías, guardias y detectives en la vieja Roma de la República. Durante nuestra exposición hemos desentramado un poco cómo los autores ubican en un

contexto antiguo a nuestros modernos detectives. Para crear una interesante ficción, han aprovechado dos irrefutables realidades históricas.

La primera, la existencia de un antecedente del cuerpo de bomberos representado por un primitivo cuerpo de *vigiles* que Augusto crearía o consolidaría. Si bien su labor primordial era la vigilancia de la ciudad con vistas a prevenir esta clase de catástrofes, no se descarta que también vigilaran indirectamente por la seguridad en las calles, aunque no fuese ésta su misión principal. No sería la única contribución de Augusto a la seguridad en la Urbe, ya que también convirtió a la guardia pretoriana en responsable de la seguridad de palacio y de toda la familia imperial. Además, también instituyó tres cohortes urbanas de quinientos hombres cada una que tenían responsabilidades parecidas a las de los *vigiles*. Sin embargo, estas cohortes bajo ninguna circunstancia desarrollaron una labor investigativa para esclarecer delitos, ni mucho menos una labor preventiva para impedir su existencia. Finalmente, se debe a Augusto la división de la Urbe en 14 distritos o *regiones* y la asignación de dos a cada cuerpo de *vigiles*²³.

En segundo lugar, contamos con la realidad irrefutable de que siempre debió haber informantes (*delatores*) que trabajasen para alguien que, mediante favores o dinero, les recompensase por sus indagaciones. El juicio de la historia acerca de estos informantes ha sido muy severo (ya hemos mencionado que los *Anales* de Tácito están salpicados de referencias a *delatores* que mantenían informados a quienes deseaban determinada información), pero no es del todo posible descartar que algunos de aquellos informantes tuviesen una misión más desarrollada como espías al servicio del estado, y por tanto, más próxima al moderno detective. Tenemos constancia de que Cicerón usaba los servicios de informantes, y gracias a la historia ficción, Gordiano el Sabueso podría haber sido uno de ellos con total verosimilitud. *Vigiles*, *tresviro* capitales y *delatores* son, pero ahora desde una óptica mucho más moderna, la justificación antigua para un género que, como el policiaco, se ha desarrollado eminentemente bajo las luces y sombras del siglo XX y que ahora, desde su reciente revalorización literaria, proyecta esas mismas luces y sombras hacia el foso a veces muy oscuro de la historia antigua. A este respecto, es posiblemente la primera novela de Maddox, *El misterio del amuleto*, la que se ciñe con mayor rigor histórico a la realidad comprobable, al mostrar a Decio como *tresvir capital* perteneciente al vigintisexvirato. En el caso de Saylor y Borrell, estos autores se aprovechan de las ambigüedades y lagunas que todavía rodean nuestro conocimiento de la República romana para llevar a cabo una interesante proyección de la figura del moderno detective.

²³ Cf. Tom Watkins, "Policing Rome: Maintaining Order in Fact and Fiction", en <http://www.stockton.edu/~roman/fiction/eslaw1.htm>

III
MITOLOGÍA Y RELIGIÓN

1. Los personajes mitológicos.

1.1. Genealogía de Caos.

Analizaremos aquí la mención de los personajes de la mitología grecolatina en las novelas policiacas de temática romana clásica, siguiendo dos ejes principales: el cronológico, proporcionado principalmente por la obra de Antonio Ruiz de Elvira¹, y el genealógico, para el que seguiremos fundamentalmente los cuadros que a este respecto aparecen en la obra de Pierre Grimal². En ambos casos, comprobando siempre con los autores clásicos, principalmente poetas, a partir de Homero. Tampoco abordaremos el aspecto religioso de los mismos, ni su representación artística, ya que estas dos vertientes serán tratadas en sus apartados correspondientes.

Sin duda es la genealogía de Caos la menos representada en las novelas. La divinidad aludida por Hesiodo como la primordial en *Theog.* 106 y que sólo en Higino sucede a la Oscuridad en *Fab. Prol.* 1, engendra a Érebo y a la Noche, padres de Éter y Hemera (el Cielo y el Día), en *Theog.* 123-5. El mismo Caos sólo será mencionado en una ocasión como divinidad asociada a la inexistencia de todo orden en SS Vest 156, cuando en el relato *La desaparición de la plata de las Saturnales*, el novelista hace exclamar a un enfurruñado Cicerón que “¡La festividad está dedicada a Saturno, pero lo mismo podría estar dedicada a Caos!”.

Siguiendo a Hesiodo en *Theog.* 211-32, más importante será la descendencia en solitario de la Noche, entre quienes debemos dejar a un lado las abstracciones conceptuales con que se alude a la muerte y a toda clase de calamidades para fijar nuestra atención en los tres mil hijos de Hipno (Sueño), entre los cuales destacan tres: Morfeo, Ícelo y Fántaso, cuyas características describe Ovidio en *Met.* XI 633-50:

At pater e populo natorum mille suorum
excitat artificem simulatoremque figurae
Morphea: non illo quisquam sollertius alter
exprimit incessus vultumque sonumque loquendi;

¹ Antonio Ruiz de Elvira, *Mitología clásica*. Madrid, 1995. Gredos. (3ª reimp.)

² Pierre Grimal, *Diccionario de Mitología griega y romana*. Barcelona, 1994. Paidós (7ª reimp.).

adicit et vestes et consuetissima cuique
verba; sed hic solos homines imitatur, at alter
fit fera, fit volucris, fit longo corpore serpens:
hunc Icelon superi, mortale Phobetora vulgus
nominat; est etiam diversae tertius artis
Phantasos: ille in humum saxumque undamque trabemque,
quaeque vacant anima, fallaciter omnia transit;
regibus hi ducibusque suos ostendere vultus
nocte solent, populos alii plebemque pererrant.
praeterit hos senior cunctisque e fratribus unum
Morphea, qui peragat Thaumantidos edita, Somnus
eligit et rursus molli languore solutus
deposuitque caput stratoque recondidit alto.
Ille volat nullos strepitus facientibus alis (...).

Es precisamente Morfeo quien, de estos tres personajes inventados por Ovidio³, ha desarrollado en la literatura una mayor presencia, hasta el punto de asociarse directamente como la divinidad que trae los sueños a los hombres, aunque en Ovidio cumple una función enteramente distinta dentro de la historia de Alcíone y Céix (*Met.* XI 650-82). La más reciente y laureada recreación de Morfeo, *The Sandman* de Neil Gaiman, incide en la imagen de Morfeo como el ser que habita en los sueños que proporciona a los hombres.

Morfeo no tiene rasgos inquietantes en las novelas estudiadas, como en el mito puedan serlo sus alas, sino que es una figura positiva y, como portadora de descanso, beatífica; tanto, que los novelistas siempre recurrirán a él para designar, en una identificación mal utilizada, el sueño en sí mismo. Esta es la idea que siguen los novelistas que lo mencionan, y es Joaquín Borrell quien lo deja bien claro en JB At 37 cuando su protagonista, el exquiriente Diomedes de Atenas, explica una mala noche: “Si a tan sorprendente espectáculo se añade que Baiasca propiamente dicha despertó en tres o cuatro ocasiones con audible sobresalto, se concluirá cuán imperfectamente cumplió su misión el dios Morfeo, restaurador de los fatigados mortales”.

Así, siguiendo la expresión popular *estar en los brazos de Morfeo*, tenemos que Steven Saylor escribe en SS Just 27: “Por fin los ronquidos de Mumio se suavizaron hasta fundirse con el chapoteo del agua contra la madera y la respiración rítmica y uniforme de los remeros, pero Morfeo siguió sin querer acogerme en un abrazo fuerte y reparador”.

Más adelante, siguiendo con esta idea positiva de Morfeo, Saylor realiza con él la transposición de nuestra popular expresión *consultarlo con la almohada*, y hace decir a Craso en SS Just 108: “Supongo que éste será otro de tus secretos en fermen-

³ Cf. nota 1381 en Ovidio, *Metamorfosis* (Edición de Consuelo Álvarez y Rosa María Iglesias. Madrid, 1997. Cátedra [Letras universales, 228]).

tación, así que sólo se lo diré a Morfeo en sueños”.

La personificación de Morfeo va más allá del abrazo, y así tenemos que es el propio dios quien invita al sueño, como tenemos en SS Just 113 cuando Gordiano el Sabueso reflexiona que “...poco antes de que Morfeo me llamara, me estremecí al comprender por qué habían puesto la estatuilla en mi cama”.

Pero sin duda, el más audaz en su visión del dios del sueño es Borrell cuando, en JB At 70 escribe “Y ninguno de nosotros se movió hasta que el dios Morfeo, al acecho en la penumbra de la habitación, extendió sobre nosotros su telaraña blanda”.

Las demás abstracciones hijas de la Noche, como Burla, Desdicha, Engaño, etc. (*Theog.* 224-5) no aparecen en las novelas estudiadas como entidades personificadas, por lo que habrá que llegar a divinidades de cierta importancia como las siguientes hijas de la Noche: las Hespérides, las Parcas, Némesis y Eris.

De las Hespérides encontramos mención en JB At 124, cuando Diomedes el exquiriente visita a la cémpsica Baiasca, que tiritita de frío en una celda, y le regala una piel de pantera, a lo que apostilla: “(...) era evidente que no habría trocado mi repulsivo presente por las manzanas de oro de las Hespérides”. Evidentemente, se trata de una hipérbole basada en los dos puntos más relevantes de estas figuras míticas, puestas sobre todo de relevancia en la mitología por el undécimo trabajo de Hércules (*Apollod.* II 5, 11): el cuidado de las maravillosas manzanas, explícito desde Hesiodo (*Theog.* 215-6), y la remota ubicación de su jardín, en los confines de occidente, lo que sería usado como ejemplificación de la lejanía extrema, como por ejemplo hace Ovidio, al escribir en *Trist.* IV, ix, 21-2: *Ibit ad occasum quicquid dicemus ab ortu, testis et Hesperiae vocis Eous erit.*

De las Parcas encontramos una mención en JMR Con 150, cuando Decio el Joven expresa, al saber que representará al barrio de Subura en el Festival del Caballo de Octubre contra la facción de la Vía Sacra encabezada por su enemigo Publio Clodio: “Sentía que mi hilo era tensado con fuerza en el telar de las Parcas”. Las Parcas, que en Hesiodo reciben el nombre de Moiras y conceden a los hombres tanto el bien como el mal (*Theog.* 217-20; 904-6), fueron al parecer en Roma tres divinidades que regían el nacimiento, el matrimonio y la muerte y eran designadas como las *Tria Fata* o Tres Destinos⁴. En Ovidio, por ejemplo, encontramos la representación individualizada de dos de esos tres destinos: *Nubila nascenti seu mihi Parca fuit*, dice el poeta al aludir al nacimiento en *Tristia* V, iii, 14, y *dura iubet gelido Parca sub axe mori*, al mencionar la muerte en *Epistulae ex Ponto* IV, xv, 36.

La mención de Maddox implica la asimilación por parte de las Parcas latinas de las características de las Moiras griegas como hilanderas del hilo de la vida humana: Cloto, Láquesis y Átropo. Las Parcas tienen la clarividencia del futuro de

⁴ Aulo Gelio, *Noches áticas* III, 16, 10..

todos los nacidos, como se desprende de la fábula de Meleagro narrada por Higino (*Fab.* CLXXI, 1-2), pero también tenían atribuciones sobre la naturaleza del género humano, como se advierte en algún pasaje de Homero⁵, así como cierta ingerencia en el futuro de hombres y divinidades, lo que parecer relucir en el fragmento de Ovidio (*Met.* V, 530-2):

Si tibi discidii est, repetet Proserpina caelum,
lege tamen certa, si nullos contigit illic
ore cibos; nam sic Parcarum foedere cautum est.

En cuanto a Némesis, tenemos en principio su doble vertiente como divinidad y como abstracción. Como divinidad, en la leyenda de sus amores con Zeus que dieron el fruto de Helena y los Dióscuros y que otros atribuyen a Leda⁶. Como abstracción, Némesis es llamada por Hesiodo “calamidad para los hombres mortales” en *Theog.* 223, lo que no parece dejar lugar a dudas acerca del carácter negativo que se le tiene asignado. En *Trabajos*, sin embargo, dentro de la descripción de la raza de Hierro, el poeta afirma que, entre otras muchas calamidades, esta era se caracteriza porque Edos (La Honradez, traduce Ruiz de Elvira en *op.cit.* p. 62) y Némesis han abandonado la tierra para dirigirse al Olimpo, con la consecuencia lógica de que quedarán las penas luctuosas para los mortales, y contra el mal no habrá ayuda posible, como leemos en Hesiodo *Op.* 200-1.

Parece que la interpretación de Némesis oscila entre la idea de justicia y la de venganza divina, conceptos en apariencia parecidos, pero en realidad contrapuestos. Mientras para Ruiz de Elvira (*op.cit.* p. 62), Némesis otorga a cada uno su merecido y relaciona su nombre con el verbo *némein* (distribuir) y con el sustantivo *nómos* (ley); para Grimal (*op.cit.* p. 375 a) “personifica, en efecto, la venganza divina, (...) el poder encargado de suprimir toda desmesura, como, por ejemplo, el exceso de felicidad en los mortales, el orgullo de los reyes, etc. (...) Todo cuanto sobresale de su condición, tanto en bien como en mal, se expone a las represalias de los dioses. Tiende a trastornar el orden del universo, a poner en peligro el equilibrio universal; por eso debe castigarse si se quiere que el mundo siga tal como es”.

Ambas ideas parecen fundirse en el capítulo que Pérez de Moya —humanista español que en su *Philosophía secreta* compiló los conocimientos de Bocaccio, Conti y los Mitógrafos vaticanos— dedica a la divinidad en su obra mencionada, concretamente en III, 17:

Némesis era una deesa que mostraba a cada uno hacer lo que es bueno, e impugnaba lo malo, por lo cual le dijeron ser hija de la Justicia, y fue adorada como vengadora de la

⁵ En *Iliad.* XXIV, 49 se nos dice que las Parcas dieron al hombre un corazón paciente:

τλητὸν γὰρ Μοῖραι θυμὸν θέσαν ἀνθρώποισιν.

⁶ En Apolodoro, *Bibl.* III, 10, 7, ya encontramos noticia de esta confusión.

Justicia. Píntanla con un freno en la mano para denotar que enfrentaba los malos deseos, y teníanla por deesa de las venganzas.

Dentro de esta oscilación resulta clarificadora la idea de Martin P. Nilsson en *Historia de la religiosidad griega* (Buenos Aires, 1968), que comienza por hacer un repaso de *némesis* en reacción a *hybris* y recuerda que estas dos palabras ya las encontramos en Homero: “*Hybris* es arrogancia en palabras y en obras, orgullo, conducta orgullosa; *némesis* es la indignación provocada por la *hybris*” (p.63). Más adelante, en p. 65, el autor expone que las ideas de *hybris* y *némesis* se llegaron a transformar para expresar la existencia de una justicia niveladora entre dicha e infortunio y luego pasa a recordar a Heródoto (I, 207, 2) cuando afirma que hay una rotación en las vicisitudes de la vida humana, rotación por la cual no es posible que un hombre sea permanentemente feliz. Nilsson concluye su razonamiento en la misma página escribiendo (el subrayado es nuestro):

¿Cuál era el fundamento de esta imposibilidad? La época arcaica vivió con la convicción de que el orgullo era castigado con la correspondiente medida de sufrimiento; *hybris* era arrogancia, orgullo. Pero hubo que reconocer que un hombre podía gozar de felicidad sin mostrar orgullo. *Por eso se consideró hybris incluso al solo hecho de ser feliz o, quizá mejor, la conciencia de estar en posesión de la felicidad.*

Ambas ideas de justicia y venganza hacen acto de presencia en dos de las novelas estudiadas. De hecho, en *La esclava de azul*, de Joaquín Borrell, la misma representación escultórica de la divinidad, pasa por ser, con ayuda de la superstición, la principal sospechosa de un crimen. En JB Azul 44, Domitila, la hija de Elio Manlio Helvético, cuenta a Diomedes que halló a su padre asesinado con un puñal clavado en el pecho a los pies de una estatua de la terrible Némesis.

—(...) ¿Hay algún sospechoso?
—Sí —afirmó la patricia—. Némesis.
—Empezaré por interrogarla. ¿Dónde vive?
—En el Olimpo —pensé que aludía a algún barrio de Roma—.
—¿Dónde queda eso?
—Me refiero al monte Olimpo. Es la diosa de la venganza.

Dejando a un lado el tono de comedia amable que caracteriza a las novelas de Borrell, la adjudicación a Némesis de su papel vengativo más que justiciero es evidente, al menos por lo pronto.

Más abajo, la anteriormente mencionada Domitila cuenta que aquella misma mañana su padre había recibido de un amigo el regalo de una estatua de Venus con el lema *Que la paz y la ventura reinen siempre en esta casa*, pero que cuando oyeron el grito de su progenitor y entraron en el cuarto “Venus había desaparecido y en su

lugar se hallaba una horrible representación de la diosa Némesis, con gesto amenazador y la cara contorsionada en una mueca de ira. Y en el pedestal se leía: *La venganza de Noviodunum te ha alcanzado*".

En la página siguiente sabemos que la venganza de Noviodunum consiste en que Elio Manlio mandaba una cohorte en la guerra de los helvecios que fue rodeada por cinco mil bárbaros. A pesar de que fue el único que sobrevivió y atravesó las líneas enemigas cubierto de heridas, todo fue una patraña, como confiesa avergonzada su hija, ya que vendió a sus compañeros de armas a cambio de salvar la vida.

La venganza de Némesis, pues, pasa a adquirir tonos de justicia poética. Finalmente, el misterio del supuesto castigo de Némesis se resuelve como una venganza del actor Laurencio, hermano de una de las víctimas de Noviodunum, que a su vez es amante de la viuda de Elio Manlio. Elio Manlio tuvo su justa *némesis* al haber cometido la *hybris* de creer que su propia y sola vida era más importante que la vida de todos sus hombres.

Será Arsínoe, la hermana de Cleopatra, quien en JB Azul 164-5 exponga que

el espíritu no admite prisiones y (...) la voluntad de luchar, apoyada en dos fuerzas poderosas, puede bastar para mantenerlo indómito. (...) Dos fuerzas viejas como la humanidad y a la vez jóvenes y seductoras. Vosotros, los griegos, supísteis plasmarlas en vuestras diosas olímpicas: Némesis y Afrodita, la venganza y el amor.

Si bien en JB At 30 Borrell recordará esta imputación de asesinato vengativo a la diosa Némesis, no será hasta *El brazo de la justicia* (traducción española de *Arms of Nemesis*, de Steven Saylor) cuando la diosa vuelva a aparecer mencionada con una carga más justiciera y menos vengativa, al menos en apariencia. En la novela de Saylor, Némesis parece encarnar más bien los valores de la Justicia romana y se ajusta mejor a la idea de Ruiz de Elvira, si bien este autor reconoce que las funciones de la diosa son más activas que las de las Parcas, pero también más imprecisas⁷.

En esta novela, Gordiano el Sabueso es contratado para investigar los motivos del asesinato de Lucio Licinio, primo de Marco Licinio Craso y administrador de sus posesiones en Bayas. Gelina, su viuda, sabe que todas las pistas apuntan a dos esclavos huidos la misma noche del crimen, y Craso no tiene ningún empacho en condenar a muerte al resto de los esclavos de la hacienda, noventa y nueve en total, para dar ejemplo. Sin embargo, Gelina no puede creer en la culpabilidad de los dos fugitivos, y contrata a Gordiano para que sus investigaciones salven la vida de todos los esclavos. Al final, Gordiano descubrirá con vida a Alexandros, uno de los esclavos y amante de la pintora Olimpia, y los motivos de su huida: Alexandros conoce la verdadera identidad del asesino, que no es sino Fausto Fabio, importante general de

⁷ Ruiz de Elvira, *op. cit.*, p. 62.

Craso quien, coludido con Lucio Licinio, vendía armas a los rebeldes espartaquistas contra los que Craso espera el permiso de luchar con su propio ejército. Así pues, Fausto Fabio no sólo es un hombre que se ha enriquecido ilícitamente, sino también un traidor.

En SS Just 290 Craso y Gordiano hacen un repaso de los motivos que condujeron a Fabio a intentar matar a Gordiano:

—Hasta la noche de tu llegada no pudo hacer lo que había planeado: deslizarse hasta el cobertizo del embarcadero y arrojar las armas al agua. Había querido hacerlo las noches anteriores, pero siempre lo había interrumpido alguien o lo habían visto, y no podía arriesgarse a hacerlo. En realidad, creo que estaba actuando con excesiva cautela, pero tu llegada le obligó a decidirse... ¡Y lo cogiste con las manos en la masa! Si te hubiera apuñalado habría parecido un segundo asesinato, así que intentó ahogarte.

—Pero fracasó.

—Sí. Fabio me dijo que desde aquel momento supo que eras el brazo de la justicia. El brazo de Némesis.

—Némesis tiene muchos brazos —dije pensando en todos lo que habían contribuido a descubrir a Fausto Fabio: Mumio, Gelina, Iaia, Olimpia, Alexandros (...).

Así pues, tenemos que Gordiano el sabueso es considerado por Craso el brazo de Némesis. De alguna forma podemos entender que esta analogía explícita deja a Gordiano como ejecutor de una idea de justicia, lo que podría emparentar la mención de Némesis con la Justicia romana o Astrea, pero en realidad el brazo de Némesis como reparador de *hybris* no es Gordiano, sino el propio Marco Licinio Craso.

Craso tiene muy claro que piensa evitar el escándalo y no habrá juicio en Roma por el asesinato de Lucio, pero tiene reservado para Fabio un final atroz: le convierte en una de las quinientas víctimas de la diezma que organiza para castigar la huida de hombres de las dos legiones comandadas por Marco Mumio contra Espartaco en SS Just 299-301.

En cuanto a los noventa y nueve esclavos que a última hora fueron salvados por la intervención de Alexandros, el amante de Olimpia, fueron revendidos a otros dueños, ya que consideró que en el futuro no podría fiarse de ellos. A pesar de los intentos de Olimpia y Marco Mumio de comprar a Alexandros, Craso se niega en redondo argumentando que podría ser llamado a testificar sobre la muerte de Lucio en un hipotético juicio contra Fabio en SS Just 293.

El destino de Alexandros es terrible: vendido como galeote, muere encadenado a los remos cuando el barco La Furia se hunde tras un ataque pirata. Craso es, aquí también, un brazo vengativo de Némesis, ya que, si bien Alexandros no es culpable de nada, sí parece marcado por el hado trágico como condenado a muerte. Alexandros no puede vivir, y en su muerte Craso ejecuta su venganza: haberle privado con su intervención del castigo ejemplar de la muerte de noventa y nueve esclavos como una lección de *gravitas* romana y, en definitiva, haberle privado del

placer de exhibirse ante los romanos —siempre con fines políticos y nunca de justicia, por supuesto— como modelo de rectitud.

Creemos que el siguiente diálogo con el Sabueso no sólo apuntala esta teoría, sino que en sí mismo es un exponente perfecto de la visión que el novelista Steven Saylor tiene de un personaje tan importante como Craso, como vemos en SS Just 292-3:

—Y esta noche Fausto Fabio estaría libre de toda sospecha.

—Sí —suspiró Craso—, y todos los habitantes de la Crátera contarían historias maravillosas sobre el glorioso espectáculo organizado por Marco Licinio Craso, historias que hubieran llegado hasta Roma y hasta el campamento de Espartaco en Turio.

—Y noventa y nueve esclavos inocentes estarían muertos.

Craso me miró en silencio y esbozó una ligera sonrisa.

—Gordiano, yo también creo que eres el brazo de la justicia. Tu trabajo aquí ha cumplido la voluntad de los dioses. Si no es por capricho de los dioses, ¿cómo es posible que yo esté aquí esta noche, bebiendo la última botella del excelente vino de Falerno de mi primo con el único hombre en el mundo que cree que la vida de noventa y nueve esclavos es más importante que las ambiciones del hombre más rico de Roma?

Partiendo de la idea de Nilsson de que *hybris* era no sólo la felicidad sino la creencia de ser feliz, las muertes de Lucio y Fabio responden perfectamente a la idea de una Némesis niveladora, dejando el triste destino de Alexandros a una Némesis más cruel: aquella que viene a castigar, precisamente, los instantes de felicidad que el esclavo pasó con Olimpia y, también, la fatua ilusión de futura felicidad al desvelarse la personalidad del verdadero asesino de Lucio Licinio, confirmándose pues aquella vieja máxima del pesimismo absoluto que Cicerón (*Tusc.* II, xlvi, 114) recogió de labios de Sileno cuando éste quiso premiar la generosidad de Midas con una perla de sabiduría: mucho mejor para el hombre no nacer, o bien morir cuanto antes⁸.

Dejamos para el final la constatación de una paradoja: la ausencia en todas las novelas estudiadas de las abstracciones hijas de Eris, la Discordia, y nietas de la Noche: Esfuerzo, Olvido, Hambre, Dolores, Refriegas, Combates, Matanzas, Asesinatos, Conflictos, Mentiras, Palabras, Disputas, Mal Gobierno, Desdicha y Maldición⁹. ¿Acaso no son éstas la mayor parte de las causas y consecuencias de todas las novelas policiacas de temática romana clásica y de toda la novela negra?

⁸ Sobre la historia de este pensamiento, que ya aparece en Heródoto cuando recuerda las palabras de Solón a Creso, su fortuna en la tragedia ática y su recepción por Ovidio referido a Cadmo, cf. *Met.* nota 313 de la edición de Álvarez-Iglesias.

⁹ Cf. *Theog.* 226-232; Ruiz de Elvira, *op. cit.* p.63.

1.2. Genealogía de Gea.

1.2.1. Descendencia de Gea y Ponto.

Por las obvias razones de su extensa ramificación, la genealogía de la Tierra es la más representada en las novelas estudiadas, si bien ella misma no tiene mayor relevancia como divinidad que la de un símil en JB At 38: “Comida para una semana —enumeró el embajador retirando la lona que cubría la trasera—. Mantas y pieles cálidas como el regazo de la diosa Gea. Las vais a necesitar.”

Precisamente, es en el cálido regazo de Gea —Hesiodo la llama una vez *la de amplio seno* en *Theog.* 117: Γαῖ' εὐρύστερνος — donde su hijo Urano, procreado como es sabido sin conocer varón al igual que sus hermanos las Montañas y el Ponto, se recogió para engendrar en su madre a una numerosa progenie mítica, entre la que destacan por su número los seis Titanes (Océano, Ceo, Crío, Hiperión, Íapeto y Crono o Saturno) y las seis Titánides (Tea, Rea, Temis, Mnemósine, Febe y Tetis). A ellos volveremos más tarde.

También con Urano, Gea será la madre de los tres Cíclopes llamados los uranios: Brontes, Estéropes y Arges y cuyos nombres significan Trueno, Relámpago y Rayo¹⁰ y que deben ser diferenciados de los pastores hijos de Neptuno de la *Odissea* y de los constructores¹¹. En JB 120 les encontramos citados mediante un símil: “Hubo una luz cegadora. Un ruido indescriptible, cual si los cíclopes vaciasen de golpe todas sus reservas de truenos, sacudió la montaña como un almendro entre vareadores”. La alusión al trueno resulta obvia a partir de que fueron los Cíclopes quienes lo entregaron a Zeus¹².

Por último, Gea engendró con Urano a los tres Hecatonquires: Coto, Briáreo y Giges, no mencionados en ninguna novela y que tienen en común con los Cíclopes uranios el no tener descendencia.

También Gea se unió con su hijo Ponto y engendró a los tres Póntidas: Nereo, Taumante y Forcis, y a las dos Póntides: Ceto y Euribia.

Forcis, yaciendo con su hermana Ceto, tendrá por descendencia a las seis Fórcides distribuidas en grupos de tres, las Greas y las Górgonas, de las cuales nos convendrá detenernos en estas últimas: Esteno, Euríale y Medusa, mencionadas genéricamente en JMR Sac 114 para establecer una analogía irónica entre la extrema fealdad de estas criaturas y el rostro de Publio Clodio Pulcher en uno de los muchos momentos de apoteosis de furia que John Maddox Roberts le dedica al “malo” ofi-

¹⁰ Grimal. *op. cit.*, p. 101 a. y Ruiz de Elvira, *op. cit.*, p. 38.

¹¹ Cf. *Met.*, nota 56 de la edición de Álvarez-Iglesias y Ruiz de Elvira, *op. cit.*, p. 38.

¹² *Theog.* 139-145: se menciona el trueno y el rayo; *Apol.*, I, ii, 1: se menciona el trueno, el relámpago y el rayo.

cial de su serie *SPQR*:

Clodius was so enraged that he was, for once, unable to speak. His face had darkened to crimson, and throbbing veins stood out on his brow. His eyeballs were red as a three-day hangover. If he had just stuck his tongue out, he would have been identical to those gorgons you see painted on old Greek shields.

Pero sin duda es Medusa quien se gana la palma en el recuerdo de estos novelistas, hasta el punto de que, como recuerda Grimal¹³, generalmente se da el nombre de Górgona a Medusa, considerada la Górgona por excelencia. Esta exclusividad no es nueva, pues ya la hallamos, por ejemplo, en Apolodoro (II, iv, 2): “Entonces Perseo dijo que no lo rechazaría ni por la cabeza de la Górgona. Polidectes pidió caballos a los demás, pero no aceptó los de Perseo, sino que le ordenó traer la cabeza de la Górgona”. No antes, sino después, se menciona a Medusa como la Górgona, así como a sus dos hermanas, Esteno y Euríale.

Esta Medusa primera, que no tiene nada que ver con la Medusa hija de Pelias y asesina de su padre, ni con la Medusa hija del troyano Príamo, mencionadas ambas por Higino¹⁴, es de la que Hesiodo cuenta en *Theog.* 276-81 que

ἡ μὲν ἔην θνητή, αἱ δ' ἀθάνατοι καὶ ἀγήρω,
αἱ δὺο· τῆ δὲ μὴ παρελέξατο Κυανοχαίτης
ἐν μαλακῷ λειμῶνι καὶ ἄνθεσιν εἰαρινοῖσι.
τῆς ὅτε δὴ Περσεὺς κεφαλὴν ἀπεδειροτόμησεν,
ἐξέθορε Χρυσάωρ τε μέγας καὶ Πήγασος ἵππος.

Pero Medusa, como sabemos, no siempre fue un ser monstruoso. Si bien no lo especifica Hesiodo, y nada al respecto afirman Higino ni Apolodoro, encontramos en Píndaro *Pyth.* XII 16 y luego en Ovidio el testimonio de que se trataba de una hermosa doncella. Así lo cuenta Ovidio en *Met.* IV, 793-801 donde explica la metamorfosis de beldad a monstruo¹⁵.

Pero no es esta Medusa trágica la que interesa a los novelistas, sino el monstruo de terrible fealdad y el poder de su mirada para convertir a los seres humanos en piedra, principalmente centrándose en su decapitación por Perseo, que Apolodoro cuenta con detalle en su *Biblioteca*¹⁶. Así, encontramos en JB At 42: “Corrí hacia el vehículo. Baiasca había quedado petrificada sobre su pescante como una víctima de

¹³ Grimal, *op.cit.* s.v. Medusa, p. 217 b.

¹⁴ Hig. *Fab.* XXIV, 4 y XC, 6 respectivamente.

¹⁵ En *Met.* IV, 793-801: *Hospes ait: 'quoniam scitaris digna relatu,/accipe quaesiti causam. Clarissima forma/ multorumque fuit spes invidiosa procorum /illa, nec in tota conspectior ulla capillis /pars fuit: inveni, qui se vidisse referret. /Hanc pelagi rector templo vitiasse Minervae /dicitur: aversa est et castos aegide vultus /nata Iovis textit, neve hoc inpune fuisset, /Gorgoneum crinem turpes mutavit in hydros.*

¹⁶ Para el asesinato de Medusa por Perseo, cf. II, iv, 1-3.

la Medusa, con las pupilas dilatadas”. En SS Sang 115 tenemos una analogía similar, esta vez con mención de Perseo: “Esboqué una sonrisa de triunfo, aunque cuando la mujer me lanzó la misma mirada que Medusa debió de lanzarle a Perseo, se me desvaneció”. Y en SS Ven 325 Clodia acusa los efectos de las palabras de Cicerón en su defensa de Celio de la siguiente manera:

No podía apartar los ojos de Clodia. Veía a una mujer totalmente desconcertada, pálida, vencida, confusa, resentida. Parecía que la habían vuelto a envenenar: Medea se había convertido en Medusa, a juzgar por las miradas que le dirigían los amigos que se revolaban en los bancos que había a su alrededor. Miraban nerviosos a un lado y otro, pero sin dirigir los ojos a Clodia, como si el mero hecho de ver su rostro pudiera convertir a un hombre en piedra.

Otros rasgos que destacan desde el mito a la cultura popular contemporánea son sus cabellos, que habían sido antaño tan hermosos, transformados en sierpes. En SS Sang 195:

—¿Qué había aquí antes? —pregunté acercándome a una hornacina que contenía una malísima reproducción de un busto griego de Alejandro (...).

—Un ramo de flores —dijo Caro, mirando con hostilidad aquel busto de expresión abúlica y con indómitos sarmientos en vez de cabellera, casi más una cabeza de Medusa que de Alejandro.

Joaquín Borrell en JB At 47 hace una curiosa aportación que no hemos podido encontrar en ninguno de los autores clásicos anteriormente mencionados, y ni siquiera en los compiladores contemporáneos como Robert Graves o Grimal, de lo que debemos deducir que inventa —siempre tomándose la licencia que le da su estilo de comedia amable— cuando Diomedes el exquiriente exclama: “¡Por las babas de Medusa!”. A menos que alguien nos señale lo contrario, los únicos flujos corporales de los que hemos podido encontrar noticia son los de la propia sangre de Medusa: de su sangre nacen Pegaso y Crisaor (Ovid. *Met.* IV, 786), de quienes no hay mención en las novelas estudiadas; su sangre le entrega Atenea a Asclepio para que éste pueda, sirviéndose de la que fluía por el lado izquierdo, matar a los hombres, pero sanar y aun resucitar a los muertos con la que fluía del lado derecho (*Apollod.* III, x, 3); finalmente, en Pérez de Moya (IV, xxxii, p. 498), la afirmación, basada en Ovidio (*Met.* V, 617-620), de que “cuando Perseo cortó la cabeza a Medusa, de las gotas de sangre que de ella caían sobre la tierra de Libia nacieron muchos y diversos linajes de serpientes”.

Forcis engendró también a Equidna, aunque este personaje es de filiación materna dudosa¹⁷. Equidna tuvo tres hijos con Tifoeo —en Hesiodo (*Theog.* 821-2),

¹⁷ Cf. a este respecto Ruiz de Elvira, *op. cit.* pp. 46-7.

el último hijo de Gea con Tártaro—: Orto, Cérbero y la Hidra de Lerna, de los cuales el único mencionado en las novelas es Cérbero.

En JMR Mist 275 el autor nos lo presenta sólo para llevar a cabo un símil: “Estaba tan oscuro como las entrañas de Cérbero”, símil que no es más que una recreación de nuestra expresión popular de la oscuridad “como boca de lobo”.

En JMR Sat 53 una profetisa dice a Decio Cecilio Metelo el Joven: “You are Pluto’s favorite, his hunting dog to chase down the guilty”, en una clara analogía de Cérbero como el perro guardián del Hades que vigila la entrada y persigue a los que intentan escapar con el *feo vicio* de Decio de meter la nariz en lo que no le importa.

Sin embargo, será en otras dos novelas donde Cérbero tenga, si no protagonismo real o figurado, sí una destacable mención. Nos referimos a *El brazo de la justicia*, de Steven Saylor, y a *The Sacrilege*, de John Maddox Roberts.

En SS Just 59 tenemos, para empezar, una representación de Cérbero como gancho que no tendría relevancia si no fuese porque su figura tiene una mayor importancia como elemento de superstición entre los habitantes de la Boca del Hades, en Cumas, como veremos más adelante.

Marco Mumio y Gordiano el Sabueso acuden a los baños de la casa donde transcurre la acción de la novela, y el autor dice: “Mumio se estiró para alcanzar un gancho de bronce clavado en la pared y que tenía la forma de las cabezas de Cérbero. Colgó las sandalias en dos cabezas y el cinturón en las fauces abiertas de la tercera.”

Sabemos bien que la mención de Cérbero como can de las tres cabezas no es la más antigua, pues Hesiodo menciona cincuenta en *Theog.* 310-12, pero sabemos que en la literatura latina es la más establecida. Así, tenemos a Propertio (III, v, 44-5) que dice *tribus infernum custodit faucibus antrum/Cerberus (...)*, y a Virgilio que menciona al tricéfalo can dos veces (*Georg.* IV, 483): *tenuitque inhians tria Cerberus ora*, y también en *Aen* VI, 417-8: *Cerberus haec ingens latratu regna trifauci/personat adverso recubans immanis in antro*. Posteriormente, Higino no duda en decir que tenía tres cabezas en *Fab.* CLI. Así pues, Saylor se ajusta a la tradición literaria latina al nombrar a Cérbero como el perro de tres cabezas.

En SS Just 142 Olimpia conduce a Gordiano el Sabueso hasta la Boca del Hades, en Cumas, donde se cree que existe una de las bocas del Averno, y los lugareños supersticiosos creen que Cérbero ronda por aquellos contornos: “Dicen que Cérbero, el perro guardián de Plutón, de vez en cuando se suelta y escapa al mundo de la superficie. Un granjero de Cumas me contó que había oído al monstruo en los bosques del Averno y que las tres cabezas aullaban al unísono bajo la luz de la luna llena”.

No cabe duda de que aquí Saylor juega con el recuerdo distorsionado (en la ficción de los lugareños) del trabajo duodécimo de Hércules, cuando descendió al

Hades para traer a Cérbero a la tierra y posteriormente lo llevó de vuelta, episodio célebre del cual da cuenta Apolodoro en II, v, 12, y al cual alude directamente Saylor en SS Just 160, al mencionar una de sus consecuencias. Así, llevando a cabo una inspección del cuarto donde Iaia la pintora y Olimpia preparan sus pigmentos, Gordiano es advertido por el esclavo de las dos mujeres.

—Ten cuidado y no metas la nariz en esos cuencos —dijo—. Algunos contienen polvos venenosos.

—Sí —asentí—, ya he visto el acónito. Dicen que nació de la espuma de Cérbero cuando Hércules lo sacó de los infiernos. Por eso crece cerca de las puertas que conducen al infierno, como la Boca del Hades. Según me han dicho es bueno para matar alimañas... o personas.

El acónito es aludido por Ovidio de forma velada en dos versos de *Met.* IV, 500-1, donde dice que Tisífone *attulerat secum liquidum quoque monstra veneni, / oris Cerberei spumas et virus Echidnae*. Pero sólo hasta más tarde, el poeta hace el relato completo, en el libro VII de la misma obra, por lo que Saylor se ciñe a la leyenda del origen del acónito tal y como nos ha sido transmitido:

Huius in exitium miscet Medea, quod olim
attulerat secum Scythicis aconiton ab oris.
Illud Echidnaeae memorant e dentibus ortum
esse canis: specus est tenebroso caecus hiatu,
est via declivis, per quam Tirynthius heros
restantem contraque diem radiosque micantes
obliquantem oculos nexis adamante catenis
Cerberon abstraxit, rabida qui concitus ira
inplevit pariter ternis latratibus auras
et sparsit virides spumis albetibus agros;
has concrese putant nactasque alimenta feracis
fecundique soli vires cepisse nocendi;
quae quia nascuntur dura vivacia caute,
agrestes aconita vocant.(...)¹⁸

Mucho más importante es la aparición, en sueños, del perro Cérbero ante Decio el joven en el capítulo X de la novela *The Sacrilege*. En este caso, las implicaciones de este sueño premonitorio son fundamentalmente de tipo político, y a la postre llegaron a ser muy importantes para la historia de Roma.

Atacado por Publio Clodio y sus matones en el capítulo X, Decio consigue salvarse aunque con un buen número de magulladuras. Desde casa de su padre, Decio es transportado en litera hasta el templo de Esculapio, donde su amigo Asclepío-

¹⁸ *Met.* VII, 406-19. Sobre la etimología de la palabra acónito, *vid.* la nota 818 de la traducción de Álvarez-Iglesias.

des se encargará de sanar sus heridas. Durante el transcurso del trayecto, Decio tiene un sueño en el que ve a Clodia, a Fausta y también a Julia Minor¹⁹. En el sueño, también distingue al difunto Apio Claudio Nerón que intenta, infructuosamente, entregarle algo muy importante. Más adelante, entre las páginas 197-205, descubriremos la primera aportación del carácter revelatorio del sueño, sueño que en esta novela opera de la misma forma que el sueño de Gordiano con el minotauro en *El enigma de Catilina*. Decio descubre que Claudio fue asesinado cuando se dirigía a su casa para entregarle un importante mensaje, mensaje que junto con otras pertenencias hurtó su esclavo Hermes y mantuvo escondidas en su cuarto.

Pero volvamos al sueño con el perro Cérbero, en el momento mismo en que éste ataca al fantasma de Apio Claudio. Así lo cuenta Maddox:

It was a fourfooted beast towering over him, and its great paw descended, crushing him before he could give me whatever it was. I looked up and saw that the beast was Cerberus, the guard-dog of the underworld. I knew this because, unlike ordinary dogs, he was gigantic, and had three heads.

Hasta aquí, todo encaja con la imagen que tradicionalmente se nos ha transmitido de Cérbero, aunque sin hacer mención, ni en este pasaje ni en el siguiente, de la cola de dragón ni de las cabezas de toda clase de serpientes repartidas por el lomo, detalles que encontramos en el párrafo antes mencionado de Apolodoro. En los demás detalles concuerda con la imagen tradicional: cuatro patas, tres cabezas, gigantesco y se destaca su función de guardián del inframundo. Pero a continuación la imagen de Cérbero se aparta de la imagen transmitida por los autores clásicos, y Maddox incurre en la simbología:

They were not dog heads, though, but human heads, like one of those hybrid Egyptians deities. The head on the right was that of Crassus, regarding me with those cold blue eyes. That on the left was the jovial head of Pompey. The one in the center was in shadow and I could not recognize it, but I knew that this one was the master of the other two, else why was he in the center?

Al despertar, Decio le cuenta el sueño a Asclepíodes, y ambos mantienen la siguiente conversación en JMR Sac 171-2:

“The appearance of a mythical beast is always of the highest significance. Does Cerberus have a significance among you that he does not have among Greeks?”

“None that I know of,” I said. “He is the watchdog of Pluto, who keeps the dead from leaving the underworld or the living from entering.”

“Pluto, then: How does he differ from Hades?”

“Well, besides being lord of the dead, he is also the god of Wealth.”

¹⁹ El sueño, y en relación a él, cf. también JMR Sac 169-72.

“He is so among us, too, and by the same name, Pluto. That may be from confusion from Plutus, the son of Demeter, who is also a personification of wealth. But then, this may be because the name of both is derived from the very word for ‘wealth’ (...). But it may be that wealth is behind all this.”

“It usually is, when men plot villainy,” I said. “But I think it may be more significant that Cerberus has three heads. One body, three heads; that is important.

“You saw the heads of Pompey and Crassus, enemies you have come up against in the past. But the third was unclear?”

“Unclear, and the greatest of the three. How can that be? Who could be greater than Pompey and Crassus?”

Ya nos dice Grimal²⁰ que Plutón era uno de los sobrenombres rituales de Hades, cuyo nombre no podía ser mencionado sin recurrir a un eufemismo, como en el caso de las *benevolentes* Erinias. Su proverbial riqueza proviene de su superposición a una divinidad agraria, ya que es la tierra la que da todos los frutos. En efecto, puede existir cierta ambigüedad entre Plutón y Pluto, al que también se alude en el texto como hijo de Deméter, y a quien Hesiodo dedica unos cuantos versos en *Theog.* 969-74, y de quien dice que Deméter lo tuvo de Yasión.

Cérbero como vigilante de la riqueza —ya que afirma Decio que la riqueza está detrás de todo lo que supuestamente maquinan Pompeyo, Craso y un misterioso tercero— nos conduce a encontrar una interpretación similar en Pérez de Moya que encajaría muy bien con lo que Maddox pretende decirnos, pero sólo insinúa o dice con lenguaje figurado para que lo capte un lector que conozca un poco la historia de Roma. Dice Pérez de Moya que

Otros dicen que Cérbero denotaba el avaricia y cobdicia de riquezas; (...). Tiene muchas cabezas porque la avaricia es principio y fuente de muchas maldades y pecados. O porque atrae a muchas miserias a los hombres, pues que por amor de las riquezas unos son muertos y oprimidos por hierro, otros con veneno y otros con otras maneras de asechanzas. O en otro modo, las tres cabezas de Cérbero denotan tres necesidades que llevan al hombre bueno a la contemplación de las cosas sempiternas, y al malo son veneno; éstas son hambre, sed y sueño.²¹

Cérbero queda aquí convertido en un símbolo de los momentos funestos que esperan a la República, y por medio de la figuración que hace Maddox, Cérbero es la misma República en estado de furia y de pronto desmoronamiento. Queda en el aire la misteriosa personalidad de la tercera cabeza, la más grande como señala Decio, a pesar de que no es capaz de imaginar la existencia de un hombre más grande que Craso y Pompeyo. Asclepíodes le sugiere una línea más abajo que pueda ser Clodio, pero Decio no cree que tenga suficiente categoría.

²⁰ Grimal, *op. cit.*, s.v. Cérbero, p. 221 a.

²¹ Pérez de Moya, *op. cit.*, IV, 21.

Maddox no lo dice nunca, pero muy posiblemente retomará la imagen de Cérbero en una novela posterior para explicarnos que la tercera cabeza no puede ser otra que la de Julio César, y que el perro Cérbero tricéfalo es una representación del primer triunvirato, cuyo pacto secreto en 60 a.C. recrea Maddox en esta novela que, sin duda, es la más interesante de la serie por el intento que hace este autor de querer alumbrar, por medio de las licencias que concede la literatura, uno de los puntos más oscuros de la historia romana²².

Volviendo a la prole de Equida y Tifoeo, hay que mencionar que los autores antiguos les atribuyen otros engendros monstruosos en cuya filiación no siempre coinciden los autores.

Siguiendo a Higino en *Fab.* Prolog. 39, engendraron también a la Esfinge, el León de Nemea, Quimera, el dragón de la Cólquide y a Escila. Los dos primeros son mencionados, en el caso de la Esfinge como genérico en JB At 50: “Baiasca lo contemplaba con asombro, como quien presencia la aparición de una esfinge alada”. Queda claro que ésta es una alusión a la Esfinge de Beocia, a la que derrotó Edipo. En cuanto al león de Nemea, célebre primer trabajo de Hércules (*Apollod.* II, v, 1), encontramos dos alusiones: una directa en la representación escultórica del héroe estrangulando al león que Maddox nos menciona en JMR Sat 200, escultura sita en la Subura muy cerca de una forja propiedad de Craso; la indirecta, cuando en JMR Sat 51 Maddox pone en pluma de Decio el Joven que, en su primera visita a la profetisa Harmodia, ésta agitó una cazoleta llena de objetos diversos, entre los cuales “I recognized the skulls of a hawk and a serpent, and the yellow fang of a lion old enough to have been killed by Hercules”.

Sin que hallemos mención del dragón que velaba el huerto de las Hespérides, sí hay en cambio algunas referencias a Escila el monstruo marino, nunca a Escila la hija de Niso y enamorada de Minos²³.

En JB At 13 Diomedes nos cuenta “Cruzamos entre Escila y Caribdis sin despertar la atención de los monstruos, sin duda aburridos de comer insípidos legionarios romanos cuya armadura debía de pelarse como la de un langostino”. Las reminiscencias de esta alusión son, obviamente, la vívida descripción que leemos en la

²² Las interpretaciones alegoristas o racionalistas de los monstruos y hechos sorprendentes de la mitología se remontan, como sabemos, a la misma antigüedad. Así, contamos con interpretaciones como la de Paléfato en XXXIX, donde Cérbero era el can de tres cabezas porque había nacido en un lugar llamado Tres Cabezas; en Heráclito XXXIII leemos que Cérbero tenía dos cachorros, y como iban siempre juntos, parecía poseer tres cabezas; en el *Anónimo Vaticano V* leemos que Cérbero era el perro de un tal Aidoneo, uno de los nombres de Hades pero también en de un rey de los molosos, pueblo del Epiro. Unos ladrones robaron el perro a Aidoneo y lo ocultaron en una oscura caverna, de donde lo sacó Heracles y se lo entregó a Euristeo. Siempre resulta divertido leer a los racionalistas antiguos.

²³ La leyenda de ambas es narrada por Ovidio en sus *Metamorfosis*. La de Escila, hija del rey Niso, en VIII, 1-150; la de Escila, amada por Glauco y metamorfoseada por Circe, en XIV, 1-74.

Odisea de los dos monstruos, así como la actividad que desarrollan narrada por Circe a Ulises entre los versos 73-126 del libro XII. Pero sobre todo, es una parodia del terrorífico episodio de la *Odisea* en que Escila arrebató del barco de Ulises a seis de sus compañeros y procede a devorarlos vivos entre las rocas que protegen la entrada de su cueva (XII, 234-59), episodio al que se alude nuevamente en JMR 45: “Ocupé de nuevo mi sitio ante la larga mesa y vi que los sirvientes habían depositado sobre ella una bandeja que representaba al monstruo marino Escila tratando de alcanzar la nave de Ulises”.

Sólo una escueta referencia a Glauco en SS Just 210 nos recuerda en esta clase de novelas la versión ovidiana de que Escila fue una vez una joven de gran belleza amada por esta divinidad marina que, si bien nacido humano, se transformó en inmortal cuya mitad inferior se convirtió en cola de pez. Por amor a Escila, Glauco rechazó a Circe, y la hechicera se vengó transformándola en monstruo, quizá sobre todo herida en su amor propio, si es que Glauco dijo las palabras que Ovidio pone en su boca en *Met.* XIV, 37-9 (este triángulo entre Escila, Glauco y Circe sólo lo hallamos en Ovidio): *Talia temptanti 'prius' inquit 'in aequore frondes'/ Glaucus 'et in summis nascentur montibus algae,/ Sospite quam Scylla nostri mutantur amores.'*

La alusión que Saylor hace a Glauco es por analogía, y en ella está presente la influencia de los versos 59-67 del libro XIV: “El mejor nadador que ha existido —me aseguró en un susurro—. (...) Es mejor que Glauco, cuando nadó tras Escila, y eso que Glauco era medio pez.”

Apolodoro añade a esta lista de descendientes al Dragón vigilante del huerto de las Hespérides, al águila del Cáucaso que devoraba el hígado de Prometeo (II, v, 11), y a la cerda de Cromión (*Epít.* I, 1). Sólo el águila es recordada en JB At 117, dando oportunidad a la princesa Iridia de demostrar el poco fundamento de sus conocimientos culturales:

—También Prometeo desafió a los dioses del Olimpo —recordó. Y el águila de Zeus le picó en...

El final de la frase desacreditó definitivamente la educación alejandrina de la princesa.

1.2.2. Descendencia de Gea y Urano.

Ya vimos la descendencia de Gea y Urano principalmente en seis Titanes y seis Titánides, de lo cuales el Titán Océano en unión con la Titánide Tetis dio origen a tres mil varones o ríos, y a tres mil doncellas llamadas las Oceánides (*Theog.* 337-70).

De entre éstas últimas, que en Hesiodo son nombradas en número de cuarenta y cuatro, seguimos a Ruiz de Elvira (*op.cit.* p. 40-3) cuando destaca a trece, que

son:

1) Asia, que en unión al Titán Iapeto engendra a Prometeo, Atlas, Epimeteo y Menecio.

De Prometeo ya hemos visto que es mencionado en JB At 117.

Atlas es mencionado en SS Just 66 de manera ilustrativa, para que Gordiano el Sabueso sepa cómo fue hallado el cadáver de Lucio:

—(...) Lucio estaba tendido de espaldas, con los ojos aún abiertos.

—¿Boca arriba?

—Sí.

—¿Los brazos y las piernas no estaban flexionados?

—No. Tenía las piernas estiradas y los brazos por encima de la cabeza.

—¿Como Atlas sosteniendo el mundo?

—Supongo que sí.

Es la imagen clásica que tenemos de Atlas, bastante antigua porque está en Hesiodo y de la *Teogonía* parece tomarla Saylor. Hesiodo describe a Atlas en *Theog.* 517-20:

Ἄτλας δ' οὐρανὸν εὐρὺν ἔχει κρατερῆς ὑπ' ἀνάγκης,
πέρασιν ἐν γαίης πρόπαρ' Ἑσπερίδων λιγυφώνων
ἑστηώς, κεφαλῇ τε καὶ ἀκαμάτησι χέρεσσι·
ταύτην γάρ οἱ μοῖραν ἐδάσσατο μητίετα Ζεὺς.

Suerte que, como sabemos por Higino entre otros (*Fab.* CL, ii), se debe a su participación en la Gigantomaquia. Si bien Hesiodo no especifica más, en Homero encontramos en *Od.* I 52 y ss. que sostiene las grandes columnas que separan la tierra y el cielo; en Ovidio (*Met.* VI, 174-5) se nos dice: *Maximus Atlas/est avus, aetherium qui fert cervicibus axem.*

También en Virgilio (*Aen.* IV, 246-7) hallamos mención de que sostiene el cielo (*iamque volans apicem et latera ardua cernit/Atlantis duri caelum qui vertice fulcit*), pero no el mundo en su globalidad, sino el *mundus* como cielo o firmamento.

2) Pleíone, que en unión con el anteriormente mencionado Atlas engendra a las siete Pléyades, de entre las que destaca Maya como madre de Hermes, pero sin que se la mencione en ninguna novela.

3) Electra, que con Taumante parirá a Iris y a las Harpías. Las Harpías son mencionadas de manera metafórica en JMR Sat 53, cuando Harmodia le dice a Decio que él es, además del favorito de Plutón, “a male harpy to rend the flesh of the damned and blight their days, as yours will be blighted”.

Las Harpías eran seres monstruosos llamados los perros de Júpiter, como cuenta Higino (*Fab.* XIX, 2-3) en relación con la leyenda de Fineo con lo que Maddox establece una nueva analogía de tipo mitológico entre Decio el Joven, detective

aficionado, y el perro husmeador o protector, como antes había hecho con Cérbero. Su nombre significa las *arreatadoras* o *raptoras*, y esto está en relación con su papel en la leyenda de las hijas de Pandáreo que recuerda Penélope en la *Odisea* XX, 77 donde son raptadas para ser convertidas en esclavas de las Erinies. Robert Graves dice (*op.cit.* p. 156) que “arreatan a los criminales para que los castiguen las Erinies”, idea que parece estar detrás de la alusión de Maddox a Decio como una harpía masculina.

Hesiodo cuenta de ellas que son dos seres de hermoso cabello y que vuelan alto en el aire (*Theog.* 267-9), pero Higino dice que son tres y es más descriptivo: habla de que son tres y tienen patas de pájaro con grandes garras (*Fab.* XIV, 18), garras de donde quizá venga la idea de Maddox de que Decio, como harpía masculina, *rends the flesh of the condemned*, es decir, desgarrar la carne del condenado.

4) Doris, con Nereo engendra a Tetis, Anfitrite, Psámate y Galatea. Sólo Tetis es mencionada en JB At 128 como un símil, cuando Borrell escribe: “Señaló hacia la balanza, como Tetis mostrando las armas de Aquiles”. Armas que Tetis, madre del héroe, manda construir a Vulcano, y que la diosa misma le entrega a su hijo, que llora sobre el cuerpo exánime de Patroclo. Éste es el momento al que alude Borrell (*Iliada* XIX, 8-20), que también ha sido un constante motivo de inspiración pictórica:

τέκνον ἔμὸν τοῦτον μὲν ἐάσομεν ἀχνύμενοί περ
κεῖσθαι, ἐπεὶ δὴ πρῶτα θεῶν ἰότητι δαμάσθη·
τύνη δ' Ἡφαίστοιο πάρα κλυτὰ τεύχεα δέξο
καλὰ μάλ', οἳ οὐ πῶ τις ἀνὴρ ὅμοισι φόρησεν.
Ὡς ἄρα φωνήσασα θεὰ κατὰ τεύχε' ἔθηκε
πρόσθεν Ἀχιλλῆος· τὰ δ' ἀνέβραχε δαίδαλα πάντα.
Μυρμιδόνας δ' ἄρα πάντας ἔλε τρόμος, οὐδέ τις ἔτλη
ἄντην εἰσιδέειν, ἀλλ' ἔτρεσαν. αὐτὰρ Ἀχιλλεὺς
ὡς εἶδ', ὡς μιν μᾶλλον ἔδου χόλος, ἐν δέ οἱ ὄσσε
δεινὸν ὑπὸ βλεφάρων ὡς εἰ σέλας ἐξεφάνθεν·
τέρπετο δ' ἐν χεῖρεσσιν ἔχων θεοῦ ἀγλαὰ δῶρα.
αὐτὰρ ἐπεὶ φρεσὶν ἦσι τετάρπετο δαίδαλα λεύσσω
αὐτίκα μητέρα ἦν ἔπεα πτερόεντα προσηύδα·

5) Perseide, en conubio con Helios (ver más adelante) engendrará a Eetes, Circe, Pasífae y Perses, de los cuales sólo Pasífae y Circe son mencionadas.

En el caso de la primera, en JMR Tem 91 como uno de los episodios mitológicos recreados en una fiesta en el Febe de Alejandría a la que acude Decio con la hetaira llamada Hipatia, horas antes de que ésta aparezca asesinada en su propio lecho. “Pasiphae inside the artificial cow designed by Daedalus”, escribe lacónicamente Maddox sin hacer mayor mención del célebre episodio de la locura de Pasífae por el toro. Hay dos versiones, y Maddox no da pistas de cuál toma como referencia:

en la de Higino (*Fab. XL, 1*), *Pasiphae Solis filia uxor Minois sacra deae Veneris per aliquot annos non fecerat. Ob id Venus amorem infandum illi obiecit, ut taurum [...] amaret.*

En la de Apolodoro (III, I, 3), Minos incumple su promesa de sacrificar un toro a Poseidón y éste enloquece a Pasífae hasta el punto de desear acoplarse con la bestia.

Maddox tampoco da más detalles sobre qué clase de recreación llevan a cabo en la fiesta —de disfraces, no se trata de una recreación artística— de la vaca artificial creada por Dédalo. En Higino (*Fab. XL, 2*) encontramos que Dédalo “fabricó para ella una vaca de madera y la recubrió con una piel de vaca auténtica”. En Apolodoro (III, i, 3), se dan los mismos detalles y uno más: la vaca de madera tenía ruedas. Maddox no se manifiesta al respecto.

En cuanto a Circe, no es la bruja por excelencia de estas novelas, pues tal honor recae sobre su sobrina Medea. La hermana de Pasífae, tan importante en la *Odisea*, es mencionada en JMR Sat 138 como sinónimo de bruja durante el aquelarre en que Decio descubre bailando, nada menos, que a Clodia, Fausta Cornelia y Fulvia, y de las que dice: “The patrician women had been divested of every trace of hair with tweezers, wax, and pumice stone. Next to the intense animality of the rural witches, these Circes of Rome looked like polishes statues of Parian marble”.

Existe una tradición helenizante que considera a Latino, rey de los aborígenes y héroe epónimo de los latinos como hijo de Circe y de Ulises,²⁴ por lo que “Circes” es usado como sinónimo de brujas o hechiceras que practican ritos asociados con antiguas divinidades itálicas y podría haber sido la justificación de Maddox para hacer aquí esta alusión a la maga.

6) Estige: es mencionada algunas veces como la laguna del inframundo, pero nunca como deidad personificada.

7) Las otra oceánides nunca son mencionadas. Ni Dione, que en Homero es madre de Afrodita, ni Pluto; ni Clímene, que con Helios tuvo a Faetón, ni Clitie ni Metis, que fue en quien Zeus engendró a Atenea; tampoco son mencionadas Eurínome, que con Zeus tuvo a las tres Gracias, ni Fílira, que engendró con Crono al centauro Quirón.

Hemos mencionado a los Titanes Océano y Iapeto, pero ahora vamos a hacer un repaso de la genealogía de los cuatro restantes, y su presencia en las novelas estudiadas.

1) El Titán Ceo, con la Titánide Febe engendró a Asteria, madre de Hécate y a Leto, que en unión con Zeus será la madre de Apolo y Ártemis, de los que hablaremos más adelante.

²⁴ Grimal, *op.cit.* s.v. Latino, 308 b.

Leto es mencionada una vez en JB At 59, y en este caso la broma borreliana sólo es perceptible recurriendo al mito. Remetalces reprocha a Diomedes su retraso de días en regresar: “Has tardado en llegar; como la muerte se demora para el guerrero herido en el vientre”, a lo que responde Diomedes: “Mi mujer se puso de parto —justifiqué—. Como la diosa Leto en Ortigia”.

Leto, en efecto, tardó nueve días en parir a Apolo²⁵, y lo hizo en Ortigia, metamorfosis en isla móvil de Asteria, que rechazó los requiebros de Zeus y a la que éste transformó en codorniz y arrojó al mar, produciéndose la metamorfosis (Hig. *Fab.* LIII). Más tarde, puesto que el dios de la luz vio en ella la luz primera, su nombre cambió de Ortigia a Delos, que significa “la brillante”.²⁶

2) Crío en unión con Euribia engendró a Palante, Perses y Astreo; éste último, en unión con Aurora, engendró a los vientos Zéfiro, Bóreas y Noto (vientos del Oeste, del Norte y del Sur), de los cuales en las novelas sólo se menciona a Bóreas, concretamente en JMR Mist 12, y especificándose que se trata del viento del norte: «“¿En qué dirección sopla el viento?” —pregunté, alarmado—. (...) “Del norte.” Deje escapar un suspiro de alivio e hice el voto de sacrificar una cabra a Júpiter si mantenía a Bóreas soplando todo el día”»

3) Hiperión y la Titánide Tea engendraron a Helios, Selene y Eos (Aurora).

Helios es mencionado en tres ocasiones. Una de ellas, en JB At 43, es una mera personificación: “Cuando el dios Helios, apagando su último rayo, dio por concluida la jornada laboral, tiré de las riendas hasta detener el vehículo”.

Pero Helios no apaga literalmente sus rayos, sino que conduce el carro del sol desde su magnífico palacio en el extremo oriente²⁷, cerca de la Cólquide hasta el lejano Oeste, desde donde hace el trayecto de vuelta surcando el Océano que rodea la tierra en una embarcación construida por Hefesto, durmiendo él en un cómodo camarote y usándose de un transbordador para sus caballos.²⁸ Con no poca frecuencia en la literatura clásica encontramos que Helios, o Sol, es mencionado junto a la imagen fantástica de su carro y caballos; por dar un ejemplo entre muchos, en *Trist.* I, viii, 1-2: *In caput alta suum labentur ab aequore retro/ flumina, conversis Solque recurret equis.* También a este trayecto se alude, de forma poética, en JMR Mist 226, cuando Maddox pone en boca de Quinto Hortensio Hortalo: “mantuve una conversación con el joven príncipe Tigranes, procedente de la tierra donde caen los primeros rayos de Helios mientras la oscuridad de la noche aún se cierne sobre el tejado del templo de la ciudad de Quirino”.

En la misma novela, Helios vuelve a ser mencionado en las páginas 115-6,

²⁵ *Himno homérico* III a Apolo, vv. 91-2.

²⁶ Grimal, *op.cit.* s.v. Leto, 315 b.

²⁷ Cfr. la descripción detallada en *Met.* II 1-9.

²⁸ Apoll. II, v, 1 y Ateneo XI, 39 citados por Graves en *op.cit.* I, 190.

pero esta vez como representación en unos medallones que Carbo regala a Decio el joven:

Ambos tenían el rostro de Helios en relieve y un agujero perforado encima de la corona para colgarlo de una cadena o correa. Carbo había mandado grabar nuestros nombres en el reverso. Eran medallones de *hospitium*, una costumbre muy antigua de mutua hospitalidad. Implicaba mucho más que una simple estancia de una noche. El intercambio de estos medallones imponía una obligación solemne por ambas partes. (...) A fin de subrayar la naturaleza sagrada del *hospitium*, debajo de nuestros nombres aparecía tallado el rayo de Júpiter, dios de la hospitalidad. Éste descargaría su cólera sobre nosotros si violábamos los derechos de *hospitium*.

Algunos de los detalles que Maddox menciona con respecto al medallón son interesantes. Así, Helios es representado con su corona, que bien puede ser de rayos de luz, como en Ovidio (*Met.* II, 40-1): *At genitor circum caput omne micantes / deposuit radios propiusque accedere iussit.*

Que Helios sea el rostro frontal del medallón está relacionado con la creencia antigua de la omividencia del sol, como leemos en Homero (*Od.* XII, 323), donde se nos dice que el Sol todo lo ve y todo lo oye²⁹, idea que pervive en la literatura posterior, como en Ovidio (*Met.* IV, 169-72):

Hunc quoque, siderea qui temperat omnia luce,
cepit amor Solem: Solis referemus amores.
Primus adulterium Veneris cum Marte putatur
hic vidisse deus; videt hic deus omnia primus.

Ironiza Graves escribiendo que, si bien Helio puede ver todo lo que sucede en la tierra, no es muy buen observador³⁰, y recuerda el robo de las vacas sagradas por parte de los compañeros de Ulises en *Od.* XII, 260-425.

Debajo de los nombres de Decio y Carbo aparece tallado el rayo de Júpiter, quizá porque, como dice Grimal,³¹ desde la época homérica Helios aparece como una especie de servidor funcionario de los dioses mayores, pero ni siquiera él mismo puede vengar con su propia mano la afrenta de las vacas sagradas y pide a Júpiter que haga justicia, o bien se internará en el Hades para dar luz a los muertos (*Od.* 377-88). Júpiter, como está en Homero y recuerda Higino (*Fab.* CXXV, 15 a), fulminó su nave con un rayo.

Sin que se registre mención significativa de Selene la Luna, Eos la Aurora es recordada en su relación con Titono. Milón increpa a Decio en JMR Mist 193: “Ya era hora, comisario. La Aurora de dedos rosados ya se ha levantado del lecho de su

²⁹ El que todo lo ve y todo lo oye: ὃς πάντ' ἐφορᾷ καὶ πάντ' ἐπακούει.

³⁰ Graves, *op.cit.* I, p. 190.

³¹ Grimal, *op. cit.* 236 b.

marido Titón, o como quiera que se llame.”

Se trata de la mezcla de dos lugares comunes de la literatura clásica. Ya en Homero es muy frecuente denominar a Aurora como la doncella de los dedos rosados (ροδοδάκτυλος Ἥως, como en *Il.* I 477, por dar sólo un ejemplo), pero también lo es mencionar a Aurora como esposa de Titono, como en *Iliada* XI, 1-2: Ἥως δ' ἐκ λεχέων παρ' ἀγαυοῦ Τιθωνοῖο ὄρνυθ', ἔν' ἀθανάτοισι φῶς φέροι ἠδὲ βροτοῖσι. Y también en la literatura latina, concretamente en Ovidio (*Fast.* I, 461-2), hallamos: *Proxima prospiciet Tithono nupta relicto / Arcadiae sacrum pontificale deae.*³²

4) Crono (Saturno) engendraría con su hermana la Titánide Rea a seis divinidades de importancia capital. Ni Crono como tal ni Rea son mencionados significativamente en las novelas.

El mismo Saturno es mencionado varias veces en *La desaparición de la plata de las Saturnales*, de Steven Saylor, y en *Saturnalia*, de Maddox Roberts, pero al estar más relacionado con las festividades religiosas que en Roma llevaban su nombre será comentado en el apartado correspondiente.

Dentro del mito de la sucesión, Crono es causante indirecto del nacimiento de algunas figuras al castrar a su padre Urano. En efecto, de las gotas de sangre de Urano nacerán, al caer en la Tierra, las Erinies o Furias, los Gigantes y las Ninfas Melias. De la espuma producida al caer sus genitales sobre el mar nacerá Afrodita en la versión hesiódica (*Theog.* 176-206) que se contradice, como es sabido, con la homérica.³³

No hallando mención de las Furias ni de los Gigantes, pasamos a reseñar la alusión —y recreación— de las Ninfas, sin que se haga una distinción entre unas y otras en JMR Tem 168, cuando se dice de ellas en unos versos de bienvenida que recita un maestro de ceremonias vestido de Sileno: “Here each man is a swain,/each women a carefree nymph”. Y un poco más abajo, en la misma página, Decio describe a un grupo de individuos disfrazados, entre los cuales “among the tables wandered women in the abbreviated tunics of mythical nymphs”.

Esta borrosa imagen es todo lo que tenemos: las ninfas son despreocupadas (*carefree nymphs* también podríamos traducirlo como *frescas ninfas*) y vagan entre las mesas/árboles vestidas sólo con reducidas túnicas). De entre esta descripción quizá podríamos entresacar el recuerdo de las ninfas en sus dos grupos más importantes, de acuerdo con Ruiz de Elvira: las Náyades —subdivididas en Crénides o de las fuentes y Epipotámides o de los ríos— y las Dríades o Hamadríades, ninfas de las encinas, con quienes posiblemente tienen relación las Ninfas Melias o de los

³² *Fast.* I, 461-2. Esta mención era muy común y también la hallamos en Virgilio, *Aen.* IV 585.

³³ *Theog.* 176-206.

fresnos.³⁴

La representación, aunque minimalista, es alegre y chispeante, optimista, sin que haya reminiscencias de ninfas con destino más trágico, como Eurídice, Eco o Calisto. En este aspecto efervescente guarda relación, por ejemplo, con el *Himno Órfico* XLVIII.

Si bien la ninfa Eco no es mencionada, sí lo es la causa de sus penas de amor: el bello Narciso, cuyo destino está tan ligado al de las ninfas como al de Némesis. En SS Just 27 se recurre a un juego de referencia al mito, ya que si bien se menciona a Eco, no es a la ninfa, sino al hijo adoptivo de Gordiano el Sabueso: “Eco estaba acurrucado cerca de él, mirando el agua por encima de la borda, como una estatua de Narciso contemplando su propia imagen bajo el cielo estrellado”. La imagen procede directamente de Ovidio (*Met.* III, 415-19) y de la narración de los amores frustrados de Eco y Narciso, al igual que la referencia a la estatua:

Dumque sitim sedare cupit, sitis altera crevit,
dumque bibit, visae correptus imagine formae
spem sine corpore amat, corpus putat esse, quod umbra est.
Adstupet ipse sibi vultuque inmotus eodem
haeret, ut e Pario formatum marmore signum.

Como sabemos, de la espuma que forman en el mar los genitales de Urano nacerá Afrodita o Venus, mencionada con ambos nombres en las novelas pero con predominio de éste último, al igual que personajes relacionados de algunos de sus episodios más importantes.

La representación que los novelistas hacen de Venus se corresponde con la versión hesiódica, en dos aspectos: tanto en su naturaleza urania —contrapuesta a la Venus hija de Dione y de Zeus— como en el trato amable que recibe por parte de los novelistas. Así encontramos en JB At el símil siguiente: “Baiasca emergió del agua helada como Venus Anadiomene de la espuma”. En esta representación mítica ha influido sobre todo su representación en la pintura y la escultura.

Venus es, obviamente, hermosa: “Is Venus a voluptuous woman of infinite sexual allure?” se pregunta retóricamente el Cicerón de Maddox en JMR Sat 159, sabiendo que ésta es la imagen canónica de la divinidad que ejemplifica la belleza femenina por antonomasia, el canon erótico³⁵.

Venus es el amor personificado, uso recurrente de los autores modernos al igual que los antiguos en la idea de que, como escribió Cicerón en *De Nat. Deor.* II, 60: *Itaque tum illud quod erat a deo natum nomine ipsius dei nuncupabant*, y así

³⁴ Para ésta y otras subdivisiones, cf. Ruiz de Elvira, *op.cit.* pp. 94-5.

³⁵ La belleza femenina absoluta será la de Venus o Afrodita, como en SS Last 225: “How beautiful she was. Like Artemis, you say? No, Aphrodite incarnate! Making love to her —how can I explain? How can I expect you even to begin to understand?”

encontramos que Gordiano nos cuenta en SS Ap 379: “Minerva yace rota en mi jardín y Venus reina por encima de todo”. Si bien con Minerva se alude directamente a la estatua que Gordiano posee en herencia, resulta clara la contraposición entre Minerva como diosa racional y virginal y Venus diosa de la pasión, una pasión que los personajes no siempre pueden comprender ni mucho menos dominar, como se desprende de la reflexión que Gordiano el Sabueso hace en una carta dirigida a su hijo Metón en SS Ven 225:

Me gusta pensar que soy más astuto que antes, pero ¿de qué sirve la astucia en un mundo que se guía por los dictados de la pasión? Me siento como un hombre sobrio en un barco lleno de borrachos.

Decimos que es la mano de Venus lo que provoca tan extrañas conductas, como si eso lo explicara todo; si decimos “la mano de Venus” es precisamente porque no entendemos la pasión ni podemos explicarla, sólo sufrirla cuando nos toca, y observar, perplejos, el sufrimiento de los demás...

Esta Venus irreflexiva (*temeraria Venus*), como Ovidio puso en labios de Biblis en *Met.* IX 553 —*Conveniens Venus est annis temeraria nostris*—, reñida con la Venus nutricia (*alma Venus*, en *Met.* XIV, 478), nos hace recordar la antigua distinción que hace Platón en *Banquete* entre una Venus urania, del amor puro, y una Venus vulgar o *pandemos*, que sería la que sigue la tradición de la divinidad como hija de Zeus y Dione que hallamos en Homero y también en Higino (*Fab.* Prolog. 19).

Posteriormente, Cicerón hablaría en *De Natura Deorum* III, 59 de cuatro Venus distintas:

Venus prima Caelo et Die nata, cuius Elide delubrum vidimus, altera spuma procreata, ex qua et Mercurio Cupidinem secundum natum accepimus, tertia Iove nata et Diona, quae nupsit Volcano, sed ex ea et Marte natus Anteros dicitur, quarta Syria Cyproque concepta, quae Astarte vocatur, quam Adonidi nupsisse proditum est.

La primera y segunda Venus se relacionan con sus orígenes uranios, la primera como la divinidad del amor puro y la segunda, madre de Cupido, con la Venus Cambiacorazones (*Verticordia*, en Ovidio, *Fast.* IV, 133-64) mientras que la tercera, casada con Vulcano en un episodio célebre desde Homero y recordado de vez en cuando por estos novelistas, sería la platónica *pandemos* o del amor desenfrenado (*temeraria Venus*); la cuarta Venus, que procede de Siria y Chipre, enamorada de Adonis, podría estar relacionada con la Venus mencionada por Higino (*Fab.* CXCVII) como nacida de un huevo caído sobre el río Eufrates y llamada la diosa Siria.

Pero en general, la imagen de Venus en las novelas, bien a través del recuerdo de algunos de sus episodios mitológicos, o bien por las alusiones concretas a la

diosa, son de un erotismo amable y nunca grotesco. En la única escena erótica de la serie *SPQR*, que encontramos en JMR Con 216-19, Decio comenta al recordar lo que pensó cuando vio por primera vez el cuerpo desnudo de Clodia. La concreta la hallamos en JMR Con 217:

Había visto pequeñas estatuas que los marineros del mar Rojo traen de la India. Representan a las criaturas de los dioses, llamadas *yakshi*, criaturas de enormes senos que no caen, como la carne de los mortales, y cinturas tan estrechas que pueden abarcarse con las dos manos. Sus caderas y nalgas son redondas, y todo en ellas es una exageración sobrenatural de lo femenino, aunque poseen la gracia de las gacelas. Son más sensuales que las asistentes de Venus, y yo siempre las había considerado míticas. Y de pronto tenía una *yakshi* viva ante mí.

Por asistentes de Venus debemos entender que el autor alude a las Gracias y a las Horas. Éstas últimas, mencionadas levemente por Hesiodo (*Theog.* 901-3), son tres doncellas tradicionalmente representadas como muchachas encantadoras, y las Gracias como divinidades de la belleza y bellas en sí mismas de acuerdo con la descripción del autor de *Teogonía*, descripción con la que el párrafo anterior se muestra absolutamente coherente y que se halla en *Theog.* 907-11.

Amor que desata los miembros fue el que sintió Venus por dos mortales: Anquises y Adonis. Con Anquises (*Theog.* 1008-1010) a través del fruto de su hijo Eneas se produce la conexión entre la guerra troyana y los orígenes legendarios de Roma. Hijo de Eneas y nieto de Venus es Julo, que habría de convertirse en el antepasado mítico de la familia Julia, razón por la que César le erigiría el templo de Venus Madre, Venus Genitrix³⁶. Este detalle no será olvidado por los novelistas, y así encontramos a César exclamando en JMR Sac 220: «“Venus, my ancestress, deliver me from such fools!” Caesar cried, in one of his better theatrical gestures». Y en SS Vest 180 Lucio Claudio encontrará en ello motivo de burla, un guiño simpático para el lector contemporáneo cuando este personaje se queja de su trato obligado con los patricios y los ricos: “Y los chiflados que aseguran que descienden de Hércules o de Venus... más probablemente de Medusa, a juzgar por sus modales en la mesa”.

Será precisamente a propósito de esta supuesta ascendencia mítica de César³⁷ donde encontraremos unas interesantes ideas acerca de la superposición de Venus con otras divinidades. En JMR Sac 148 encontramos el siguiente diálogo entre Decio y su buen amigo Asclepiodes:

“Caesar said that the goddess Libitina is the ancestress of his house? I have gone to hear him orate many times, and he has often named the goddess Aphrodite as his ancest-

³⁶ Grimal, *op.cit.*, p. 12 b.

³⁷ Para un pormenorizado análisis de los antecedentes míticos de Julio César, cf. Rosa María Iglesias Montiel, “Roma y la leyenda troyana: legitimación de una dinastía”, en *Estudios Clásicos*, 104, 1993,

ress.”

“Venus,” I corrected him. “Yes, he’s taking to doing that a lot lately. That’s because you practically have to go back to the time of the gods to find a Julian who ever amounted to anything. But our Venus is a more complex goddess than your Aphrodite. Libitina is our goddess of death and funerals, but she is also a goddess of fields and vineyards and of a voluptuous pleasures, in which aspect she becomes the dual goddess Venus Libitina. Thus Caesar can call either of them his ancestress without contradiction.”

En efecto, Venus es una primitiva divinidad latina que parecía haber sido protectora de los huertos y a partir del siglo II a.C. comenzó a ser identificada con la griega Afrodita. Libitina era la diosa encargada de que se cumpliesen las obligaciones para con los muertos, y de acuerdo con Grimal,³⁸ su asociación con Venus se debe a una falsa asociación etimológica con *libido*, pero su personalidad fue asimilada por Venus y Libitina, como hemos visto arriba, pasó a ser un epíteto de la diosa del amor, por lo que Venus hizo extensivo a Libitina el ser una diosa de la renovación vegetal y de la celebración de la primavera, así como de los placeres voluptuosos. Así, ciertamente lo usa Cicerón en *De Nat Deor.* II 61, con carácter peyorativo cuando escribe: *Quo ex genere Cupidinis et Voluptatis et Lubentinae Veneris vocabula consecrata sunt, vitiosarum rerum neque naturalium (...), sed tamen ea ipsa vitia natura vehementius saepe pulsant.*

En SS Ap 67-8 Libitina es mencionada explícitamente como “la diosa de los muertos” y se nos recuerda que tenía un bosquecillo sagrado fuera de las murallas, cerca de la necrópolis, con un templo donde se depositaban oficialmente las *fasces*, insignias del cargo consular, en tiempos de ausencia de cónsules. En JMR Sac 147 se nos insinúa el posible origen etrusco de la diosa y su relación, como veremos más adelante, con el demonio etrusco de la muerte, Charun.

También en JMR Con 138 reflexiona Decio sobre la asimilación que las divinidades italianas hicieron de los dioses griegos, lo que viene a respaldar las palabras de Decio al considerar a Venus, como hemos visto antes, una divinidad más compleja que la griega Afrodita, al entenderla como una asimilación de otras divinidades itálicas:

Ahora que todos imitamos a los griegos, hemos olvidado que en otra época nuestros dioses eran puramente italianos. Perduraban en el valle de Murcia, antaño uno de los lugares cubiertos de arrayanes donde se celebraban los festivales de las cosechas, cuando el circo era una simple pista de polvo. Los santuarios de Seia, Segesta, Tutilina y otras diosas de las cosechas medio olvidadas se hallaban cerca. A la diosa Murcia, epónima del valle, ya se la confundía con Venus, quien a su vez empezaba a ser absorbida por la griega Afrodita. Para ser un pueblo enamorado de sus ceremonias religiosas, los romanos nos mostramos muy confusos en nuestras actitudes hacia los dioses”.

pp. 17-35. Cf. sobre todo el análisis de la ascendencia de Julio César en pp. 30-34.

³⁸ Grimal, *op.cit.*, p. 319 a.

Esta diosa Murcia o Murtia era una divinidad vegetal cuyo nombre hacía alusión al mirto, planta consagrada tanto a Afrodita como a Venus. Decio describe el valle, donde posteriormente estaría el Circo Máximo, como cubierto de arrayanes, nombre de origen árabe para el mirto común, y lugar donde se celebraban los festivales de las cosechas, claramente asociados con la función de Venus de favorecer la regeneración vegetal.

El autor menciona a tres divinidades itálicas como medio olvidadas: Segesta, Seia y Tutilina. Segesta, madre de Egetes con el dios río siciliano Crimiso, fue una troyana que llegó a las costas de Sicilia. Sobre cómo llegó a Sicilia hay tres versiones según Grimal, las de Servio (que es la más conocida), Licofrón y Dionisio de Halicarnaso.³⁹ Siguiendo a Licofrón, Segesta y sus dos hermanas se habrían salvado de la muerte a merced de las fieras gracias a Afrodita. Su hijo Egestes fundaría la ciudad de Segesta.

En Seia creemos reconocer a Segetia, una de las divinidades *indigetes* de la subdivisión de los dioses agrestes. Concretamente, Segetia está relacionada con *segetes*, mieses, y es por tanto una divinidad vegetal, como lo fue Venus en un principio.

En Tutilina creemos reconocer a Tutola, personaje legendario en la guerra de los latinos contra los romanos. Los latinos, a sabiendas de que Roma se había debilitado por la guerra contra los galos, acamparon a sus puertas y les impusieron la entrega de sus hijas y viudas. Una esclava llamada Tutola, o Filotis, tuvo la idea de que ella y otras esclavas fueran enviadas disfrazadas de mujeres libres, y cuando los latinos cayesen dormidos ella avisaría a los romanos por medio de una señal luminosa que apostó en una higuera. Aprovechando el sueño de los latinos, los romanos atacaron y vencieron. En recuerdo de esta victoria se celebraba la fiesta de las Nonas de la Higuera.⁴⁰

Pasemos ahora a examinar cuáles son los personajes relacionados con Afrodita que los novelistas han destacado a lo largo de las novelas. Primeramente, tenemos a Cupido o Eros.

Mencionado una vez como Eros y dos como Cupido, sin que haya razón aparente para ello y asumiendo que se trata de la misma divinidad con nombre griego y romano, la mención de Cupido aparece circunscrita a la novela de Maddox *The Sacrilege* y al ámbito, muy específico, de la naciente relación entre Milón y Fausta Cornelia.

Después de las presentaciones entre ambos, dice Decio en JMR Sac 59: «Well, I'll leave you two to get acquainted," I said. They ignored me. I gave it up as

³⁹ Grimal, *op.cit.*, p. 151 a.

⁴⁰ Plutarco, *Rom.* 29; cf. también Grimal, *op.cit.*, p. 202 b.

a futile task and walked away from them. I had discharged my duty as Eros».

Más adelante, en la página 153 Decio explica a Luculo, tutor de Fausta Cornelia, lo que pasó con Milón: “He met her here a few days ago and was immediately felled by Cupid”.

Y pocas páginas después, en la 156, Decio habla con Fausta Cornelia acerca de la intención de Milón de convertirse en su pretendiente oficial, e introduce el tema con estas palabras: “I come in the guise of Cupid”.

La primera alusión a Eros, como la segunda a Cupido, son intrascendentes y tienen más bien relación con una función de celestino o intermediario entre el fascinado Milón y la muy interesada por él hija de Sila. *In the guise of Cupid*, bajo el disfraz de Cupido, no puede ser tomado al pie de la letra de acuerdo con el contexto, lo que quiere decir que no debemos pensar que se trata de la representación clásica de Cupido, que como sabemos fue potenciada sobre todo por los poetas: cabellos rubios, piel blanca, mirada penetrante, armado con arco, carcaj y flechas.⁴¹

Más interesante es que Decio le cuente a Luculo que Milón fue derribado por Cupido (*was immediately felled by Cupid*) porque remite a la tradición de la omnipotencia del niño divino, tanto sobre dioses como sobre hombres, de la cual son exponente perfecto las palabras que Venus le dirige en el libro V de *Metamorphosis*:

'Arma manusque meae, mea, nate, potentia' dixit,
'illa, quibus superas omnes, cape tela, Cupido,
inque dei pectus celeres molire sagittas,
cui triplicis cessit fortuna novissima regni.
Tu superos ipsumque Iovem, tu numina ponti
victa domas ipsumque, regit qui numina ponti:
Tartara quid cessant? Cur non matrisque tuumque
imperium profers? Agitur pars tertia mundi.'⁴²

No hay, como vemos, en los textos que mencionan a Cupido una diferenciación entre éste y el Eros griego, como tampoco la hay entre el Eros hesiódico (*Theog.* 120-22), anterior a la misma Afrodita, y el Cupido hijo de Venus y de Mercurio, que es la versión más extendida. Que incluso su propia madre le teme en un hecho consignado por numerosos autores, tanto por la fuerza de su poder que afecta a hombres y a dioses, como por su volubilidad.⁴³

Venus misma es alcanzada por él en su amor por Adonis, amor que comparte con Prosérpina y que es mencionado en SS Ven 212 como una analogía, cuando Saylor hace confesar a Catulo de Verona, desesperado por los celos y creyendo que Gordiano es el nuevo amante de Clodia/Lesbia: “Entonces la cosa es entre Celio y

⁴¹ Cfr. Mosco, *Idilio* I.

⁴² *Met.* V, 365-72. Cf. también el diálogo entre Cupido y Apolo en I 455-471.

⁴³ Propertio II, 21-2: (...) *Quod saepe Cupido/huic malus esse solet cui bonus ante fuit.*

ella. He amado a los dos, a la resplandeciente Venus de la sociedad romana y al engreído Adonis”.

Que Adonis fuese engreído no consta en ningún lugar, y parece ser una alusión a Milón mucho más que al amado de Venus y Prosérpina, aunque como sabemos, sí había sido su abuela tan engreída como para decir que su hija Esmirna,⁴⁴ madre del efebo, era más hermosa que Venus, lo que condujo a Esmirna a sufrir el castigo de la diosa.⁴⁵ Que era hermoso hasta el extremo de apasionar a dos divinidades tan importantes lo encontramos en todos los textos que han tocado esta importante leyenda,⁴⁶ e incluso Higino le coloca en primer lugar en su lista de los efebos que fueron más apuestos en *Fab.* CCLXXI.

De entre la progenie de Venus, ninguno de sus retoños es más popular que Priapo, pero resulta llamativo que sólo encontremos mención de él en las novelas de Saylor, y nunca en las de Maddox.⁴⁷ Divinidad itifálica, es tenido como hijo de Dioniso y Venus, pero hay otras versiones: hijo de Baco y de la ninfa Náyades,⁴⁸ y aun hijo de Mercurio en Higino, en *Fab.* CLX. No cabe duda de que esta última versión está relacionada con la representación itifálica del dios Hermes desde la Grecia clásica. Dios guardián de los cultivos, la representación de Priapo era usada como espantapájaros y ahuyentaba a los ladrones por medio de la superstición de caer en sus garras y sufrir los efectos de su miembro desproporcionado. Desproporcionado por la cólera de Hera, tan acérrima enemiga de los hijos ilegítimos de Zeus, que quiso castigar con este pequeño monstruo una eventual relación erótica entre Dioniso y Venus, interpretado por Pérez de Moya en el capítulo antes mencionado como que “dijeron ser hijo de Baco y de Venus por cuanto el que se da al vino de necesidad viene a ser vicioso en el vicio sensual, entendido por Venus”. En la literatura antigua es mencionado por muchos autores, pero sólo tiene un episodio relevante dentro de la mitología: el intento de violación de la ninfa Lotis, recreado por Ovidio en *Fast.* I, 415-40 y *Met.* IX, 346-8. Además, es la estrella del *Corpus Priapeorum*, una de esas obras de carácter erótico y jocoso que han circulado en secreto durante siglos y le han concedido un aura que va más allá de su papel de bienhechor de la fecundidad vegetal. También es muy citado por Marcial y tiene un papel relevante en *Satiricón*.

Son precisamente estas dos vertientes las que se dan en las novelas estudiadas: por una parte la representación erótica y por otra como símbolo de regeneración vegetal.

⁴⁴ Más conocida como Mirra, el nombre que aparece en Ovidio, *Met.* X 312 ss.

⁴⁵ Al menos, así lo cuenta Higino en *Fab.* LVIII. Apolodoro, sin embargo, cuenta una versión distinta en III, xiv, 3 al decir que Esmirna se ganó la cólera de Afrodita al no venerarla.

⁴⁶ Cfr. *Met.* X, 519-559 y 709-39; Bión, *Epitafio de Adonis*.

⁴⁷ Aunque en Maddox hay mención de los sátiros, con quien a veces se confunde a Priapo, como veremos más adelante.

⁴⁸ Cfr. Pérez de Moya, *op.cit.* II, xli.

Dentro de la primera, le encontramos en SS Vest 65 representado en el mosaico de un burdel, recreación pictórica común datable ya desde los mosaicos pompeyanos: “El suelo del pequeño vestíbulo estaba decorado con el mosaico blanco y negro donde se veía a Priapo persiguiendo a una ninfa de los bosques”. Como hemos visto, la ninfa podría ser Lotis, pero no necesariamente, ya que en SS Sang 265 nos cuenta Gordiano:

De algún lugar del interior de la casa nos llegó la voz de un hombre cantando de manera antinaturalmente atiplada, o de una mujer con un registro muy grave. Se hizo más intenso conforme empujaba a Tirón hacia la pared interior. Pegué la oreja a un lujurioso Priapo rodeado de ninfas del bosque igualmente lujuriosas y casi pude discernir las palabras.⁴⁹

Y poco antes, también en un burdel, lo encontramos en una pintura de motivo erótico en SS Sang 125: “Contemplé la pintura que había en la pared de enfrente, Priapo acosando a un grupo de cortesanas desnudas y aterradas por la decomunal hortaliza que brotaba en oblicuo de la entrepierna del dios”. Tanto la alusión a la naturaleza itifálica del dios como la representación jocosa acosando a las cortesanas (prostitutas) pertenecen a la tradición alegre y festiva del *Corpus Priapeorum*, así como a la imagen que nos ha transmitido Marcial y las imágenes pompeyanas.

Pero también Priapo es presentado como el dios de la regeneración, tanto vegetal como reproductiva, y así tenemos en SS Just 267 que “Priapo acabó por privarle de sus favores y Lucio se volvió impotente, tan impotente como era para controlar su vida y su destino”.

Como dios guardián de los bosques se le menciona en SS Ap 154:

No vi dioses ni diosas en el jardín hasta que llegamos al socorrido Priapo, guardián y promotor de las cosas que crecen, que ocupaba una hornacina situada en un alto seto, sonriendo lascivamente y exhibiendo una erección casi tan grande como el resto del cuerpo. La punta del falo de mármol se había vuelto suave y brillante por las constantes caricias de los que por allí pasaban.

La representación se corresponde con la imagen tradicional de esta divinidad que tantas veces hallamos en el *Corpus*: la lujuria en el rostro, la exagerada y cómica itifalia desproporcionada, y sobre todo, la alusión al acto ritual de tocar el miembro de mármol con intención precautoria, precisamente para no quedarse como el pobre Lucio Licinio de *El brazo de la justicia*. Este acto ritual apareció unos años antes en el relato de Saylor *El zángano y la miel*; en SS Vest 189 una representación en bronce del dios tiene una importancia relevante, ya que nada menos que su itifalia inspira el asesinato de Tito Divio:

⁴⁹ Cf. *Priap.* XXXIII.

Una figura que había al lado de un sauce cercano atrajo mi mirada y, en un momento de sobresalto, pensé que un sátiro se había plantado en el claro para unirse a nosotros. Antonia la vio al mismo tiempo que yo. Dejó escapar una exclamación de sorpresa y luego aplaudió complacida.

—¿Y qué está haciendo ese individuo aquí? —Se echó a reír y se acercó para verlo mejor.

—Vigila la vaguada —dijo Ursus—. Es el guardián tradicional de las colmenas. Asusta a los ladrones de miel y a los pájaros.

Era una estatua broncea del dios Priapo, sonriendo lascivamente, con una mano en la cadera y una hoz levantada en la otra. Estaba desnudo y su priapismo era empinadísimo y notorio. Antonia, fascinada, le echó un buen vistazo y luego tocó su erecto falo, grotescamente grande, para que le diera suerte.

Más adelante, en SS Vest 199, Antonia, la esposa asesina, cuenta cómo se le ocurrió causar la muerte de su marido por medio del picotazo de una abeja en su miembro erecto:

Fue el Priapo del valle el que había dado la idea a Antonia.

—Siempre pensé que el dios era muy... «vulnerable» —nos dijo—. Si podía infligir una herida a Tito en la parte más sensible de su anatomía, pensó, el castigo no sería sólo doloroso y humillante, sino también, y nunca mejor dicho, acojonante.

Salvo la alusión al rubicundo dios,⁵⁰ en estos párrafos se hallan casi todas las características que la literatura antigua concedió a la divinidad: vigilante de los cultivos,⁵¹ lascivo⁵², empuñando la hoz⁵³ y, finalmente, el acto de tocar el miembro para atraer la buena suerte.⁵⁴ Llama la atención que en dos de los casos el Priapo no sea de madera, tema recurrente en los *Priapea*, sino de mármol y bronce⁵⁵. También resulta curioso que el personaje de Antonia parezca sorprenderse de la estatua en la página 189, hasta el punto de que Ursus tenga que explicarle la identidad del dios —nada sorprendente para un romano de su tiempo, siendo un mero recurso del autor para explicar al lector la personalidad de este hijo de Venus— y que, sin embargo, en la página 199 tenga claras opiniones sobre su vulnerabilidad de toda la vida.

En el párrafo de la página 189 se menciona a los sátiros, personajes que junto

⁵⁰ Cf. *Priap.* I y XXVI.

⁵¹ En general, todos los poemas del *Corpus Priapeorum* hacen mención de esta característica de vigía.

⁵² *Salax*, en *Priap.* XIV, 1 y XXIV, 1.

⁵³ *Falx* en *Priap.* VI, 2; XXX, 1; XXXIII, 6; LV, 1.

⁵⁴ Cf. *Priap.* LXXX.

⁵⁵ La representación del dios debía de ser ejecutada en toda clase de materiales, aunque el Priapo de madera parezca más acorde con su carácter rústico y vegetal (cf. Horacio, *Sat.* I, 8, 1-7, en que recuerda que fue tronco de higuera). Así, encontramos en Virgilio, *Bucólica* VII, 34, la representación de un Priapo en oro nada menos.

a Pan y Sileno, son a veces relacionados, y hasta confundidos, con Priapo. Los sátiros, que en su versión más popular forman parte del séquito de Dioniso y ostentan larga cola caballar, piernas de macho cabrío y miembro erecto, eran sobre todo genios colectivos de la exuberancia de la naturaleza. Coinciden con Priapo, pues, en su carácter itifálico. Los sátiros corretean tras las ninfas y comparten francachelas etílicas con las ménades. En JMR Con 214 leemos la descripción de “una lámpara de tres mechas sostenida por una estatuilla de bronce de un sátiro que exhibía la desvergonzada erección común a esas despreocupadas criaturas míticas”. Y en JMR Tem 168 encontramos la alusión a “men costumed as satyrs, boys with the pointed ears and tails of fauns”. Fauno había debido de ser una primitiva divinidad itálica pastoril que sufrió por influencia griega una identificación con Pan. Por extensión, los Faunos pasaron a ser la denominación latina de los Sátiros y a compartir con ellos idénticas características físicas,⁵⁶ como demuestra la cita previa, donde son indistinguibles, o al menos Maddox no especifica alguna clase de diferencias en los sátiros salvo en que éstos son hombres y los Faunos muchachos. De éstos anota además que tienen orejas puntiagudas, como los machos cabríos de los que toman atributos.⁵⁷

Los Sátiros más famosos son Marsias y Sileno. Del primero, relacionado en un episodio con Apolo, no hay constancia significativa en las novelas, pero sí del segundo, que es, por así decirlo, el Sátiro por excelencia: honrado por dioses y hombres, sustentador de Baco y conductor de Bacantes y Sátiros del cortejo de Dioniso (*Himno órfico* LI). De nariz chata, ojos de toro y vientre prominente, su genealogía es dudosa y pasa por ser el educador y amigo de Dioniso, así como de tener gran sabiduría.⁵⁸ El episodio más famoso en el que está involucrado es el de Midas (en *Met.* XI 85-193, y en Heródoto VIII, cxxxviii), a quien se menciona en JB At 128 con un símil: “El oro reflejó en mis pupilas, dilatadas por la emoción como las del rey Midas”.

En JMR Tem 168 un individuo disfrazado de Sileno hace el papel de maestro de ceremonias en el Febe de Alejandría y el novelista lo describe así: “At the entrance a fat fellow dressed as Silenus came to greet us. He wore the white chiton, carried the flowing bowl and wore the chaplet of vine leaves complete with dangling bunches of grapes”. La descripción se ciñe a la imagen típica de Sileno: gordo, cargando una vasija que probablemente contiene vino y con guirnaldas de hojas de vid de las que penden racimos de uva.

Hay dos menciones más interesantes en relación a Lucio Claudio, el amigo

⁵⁶ Grimal, *op.cit.* p. 193 b y 475 a.

⁵⁷ Ruiz de Elvira, *op.cit.* p. 96.

⁵⁸ Grimal, *op.cit.* p. 480 b. Con respecto a la educación de Dioniso, dice Ovidio en *Met.* XI 87-9: *Et iam stellarum sublime coegerat agmen/Lucifer undecimus, Lydos cum laetus in agros/rex venit et iuveni Silenum reddit alumno.*

de Gordiano, en SS Vest 177: “Incluso mi buen amigo Lucio parecía inusualmente sano, un Sileno de mejillas de ciruela y pelo rojo rizado; lo único que le faltaba para completar la imagen era una jarra de vino y unas cuantas ninfas del bosque deseosas de servirle”. La descripción es fiel a la imagen tradicional, y al mismo tiempo introduce elementos nuevos que enriquecen esa imagen como la alusión a mejillas de ciruela (rojas) y cabello rojo rizado (rizos que bien podrían caer asemejándose a racimos de uvas). El énfasis al color morado viene, en nuestra opinión, del color cárdeno de piel de los borrachos de vino, borrachera pertinaz que enfatiza Pérez de Moya en su *Philosophía secreta*:

Deste Sileno dice Vergilio, donde comienza: Silenum pueri, etc., que casi siempre estaba beodo. Y Ovidio en dos versos que comienzan: Ebrius ecce senex, dice que siempre parecía dormir y andar embriagado. Y en otra parte dice también andar titubeando, o medio cayéndose, con una cañaheja en la mano por bordón, y sobre un asnillo, y en compañía de los sátiros acompañar a Bacho, y que era viejo ventrudo.⁵⁹

También en SS Vest 161 Gordiano nos describe un plato donde está pintado Sileno, “el demonio de la alegría, alborotando en medio de un despliegue de sátiros, faunos y ninfas”. A continuación incide en el parecido con su amigo Lucio Claudio, y continúa diciendo que “se podía decir que todas las imágenes de Sileno tenían un parecido de familia con Lucio Claudio, pues tenían una cara redonda y gorda encima de un cuerpo gordo y redondo”.

Como vemos, todos estos personajes pastoriles están de alguna manera relacionados y se entremezclan en numerosas ocasiones hasta confundirse, tanto en la literatura moderna como en la clásica. Así, Ovidio en *Metamorfosis* XIV 637-41 los presenta a todos juntos como una especie de gran familia:

Quid non et Satyri, saltatibus apta iuventus,
fecere et pinu praecincti cornua Panes
Silvanusque, suis semper iuvenilior annis,
quique deus fures vel falce vel inguine terret,
ut poterentur ea? (...)

Sátiros, Panes —plural genérico por el dios Pan—, Sileno —aunque con el nombre itálico de Silvano— y el dios de la hoz, que no es otro sino Priapo.

De entre estas divinidades, Pan es la última que nos falta por reseñar, y a él es a quien dedica mayor atención John Maddox Roberts en JMR Tem 48. El siguiente párrafo resume algunos de los personajes y aspectos vistos anteriormente.

The climb up the spiral path was a long one, but it was beautifully landscaped, with

⁵⁹ Pérez de Moya, *op.cit.* p. 316. El origen de las citas es Virg. *Egl.* VI, 14 y Ovid. *Ars amatoria* I, 543.

the path paralleled by a strip of well-planted ground adorned with tall poplars, studded with odd little grottoes and alive with statues of Pan's woodland followers. Fauns capered, satyrs chased nymphs, dryads disported themselves all the way up the hill.

At the top was a shrine without walls, consisting of a roof supported by slender pillars, for who would confine a sylvan god like Pan within walls? Beneath the roof was a bronze statue of the god, half again as tall as a man, horned and cloven-hoofed, goatlegged, dancing ecstatically with his syrinx in one hand.

"How beautiful!" Julia said as we passed between the pillars. And then: "Goodness!" She was staring at the god's far-famed attribute; a rampantly erect penis which, on a man, would have somewhat exceeded his forearm in size.

"Surprised? I said. "Every herm in every garden is similarly equipped."

"But not so heroically," Julia said, her eyes wide. "I pity the nymphs."

"Now, Fausta would have said that she envied them."

De orígenes confusos,⁶⁰ se le tiene más frecuentemente por hijo de Hermes⁶¹ y en Roma su culto y personalidad fue asimilado por el nativo Fauno, cuyo séquito de adláteres (*woodland followers*, dice el texto) serían llamados, de manera genérica, faunos.

Hasta ahora la mayor parte de las descripciones y recreaciones mitológicas parecen provenir de Homero y de Ovidio. Hay dos interesantes fragmentos de Ovidio en los cuales se diseminan los detalles que vuelven a aparecer en esta recreación del templo de Pan, son la leyenda de Siringe en *Metamorfosis* I, 689-712 y el relato de la fiesta de los Lupercos en *Fasti* II, 267-452.

Maddox describe el sendero que conduce hasta el templete de Pan como flanqueado por una hilera de tierra cultivada adornada con altos álamos, sin que con éstos parezca haber alguna alusión concreta a Pan, más allá de la genéricamente forestal. De entre los mitos relacionados con el álamo, sólo una ninfa llamada Leuce fue transformada en álamo blanco por Hades, pero no parece guardar relación con Pan. Sí guarda relación que estos árboles estén tachonados de pequeñas grutas avivadas con estatuas de faunos, sátiros, ninfas y dríades, personajes todos genéricos y relacionados con la divinidad. Es importante que estas pequeñas efigies estén en extrañas pequeñas grutas, ya que, como sabemos, Pan era adorado en numerosa cantidad de grutas en el noroeste de la Acrópolis de Atenas, y una de ellas es muy importante en *Lisístrata* de Aristófanes, concretamente en la escena entre Cinesias y Mirrina, entre los versos 911-55. Además, son muy comunes en toda la obra las recurrentes alusiones salaces a la divinidad por su lujuria. También encontramos en Ovidio (*Met.* XI, 146-7): *Ille perosus opes silvas et rura colebat/Panaque montanis habitantem semper in antris.*

El templo no tiene muros, sino delgados pilares (quizá como analogía a la

⁶⁰ Grimal, *op.cit.* p. 402 b; Pérez de Moya, *op.cit.* II, 3.

⁶¹ Así, en Cic. *De Nat. Deo.* III, xxii, 56, aunque aquí Cicerón afirma que la madre fue Penélope, versión curiosa y no muy defendida.

caña, importante en el mito de Pan) y es más que convincente el razonamiento de Maddox de que a un dios silvano como Pan no se le confine entre muros, como por otra parte era lo más común en el mundo antiguo con respecto a las estatuas de los templos: que nunca fuesen vistas por más ojos que los del sacerdote. El adjetivo calificativo silvano (*sylvan*) significa en inglés selvático y silvestre, pero se trata de una palabra que procede de *silva*, bosque, tanto como de Silvano, antigua divinidad romana que presidía los bosques y difícilmente distinguible de Fauno y Pan.

Su figura representada en bronce es descrita como la mitad de alta de un hombre normal, con cuernos y pies de macho cabrío. La estatura media baja es propia de un personaje chusco que, como Pan, hizo reír a todos los dioses en su primera comparecencia olímpica⁶². Los cuernos y las pezuñas caprinas están muy bien atestiguadas; por ejemplo, en Ovidio (*Fast.* II, 267-8): *Tertia post Idus nudos aurora Lupercos/aspicit, et Fauni sacra bicornis eunt*. Y en *Fast.* II, 361-2: *Cornipedi Fauno caesa de more capella/venit ad exiguas turba vocata dapes*.

También la danza forma parte de su carácter festivo, y la mención a la siringe es por tratarse del instrumento que toca siempre. Si bien la atribución del invento de la siringe es de Apolo, encontramos en Ovidio la primera vez que se le relaciona con el origen del instrumento mediante una fábula, la de Siringe antes mencionada. La siringa es el atributo ordinario del dios, así como la corona de pino y un cayado de pastor que, en esta recreación de Maddox, no son mencionados.

Por fin, la alusión al tan afamado atributo del dios corona con su itifalismo al personaje, y lo hace precisamente con una alusión, no a Priapo, pero sí a los Hermes itifálicos que, como Priapo, eran no poco frecuentes en las encrucijadas, puertas de las casas y jardines del mundo grecorromano. Julia se compadece de las ninfas, que con razón corren siempre ante los sátiros y Pan, y cierra el pasaje una mención irónica de Fausta, la hija de Sila.

Se nos quedó para el final, después de toda la corte de genios de la naturaleza, mencionar a Leandro, quien, enamorado de una sacerdotisa de Afrodita llamada Hero, cruzaba todas las noches a nado el Helesponto para reunirse con su amor, guiado por la luz de un candil que ésta prendía todas las noches. Sin embargo, una noche la luz se apagó y Leandro pereció ahogado. Se le menciona en SS Just 210: “El mejor nadador que ha existido —me aseguró en un susurro—. Mejor que Leandro, podría cruzar el Helesponto a nado.” Museo consagró una obra a los amores de Leandro y Hero, y Ovidio les dedicó las *epistulas* XVIII y XIX de sus *Heroidas*. El mismo Ovidio le recordaría en sus *Tristia* III, x 41-2, por medio de dos versos cargados de amargura: *Si tibi quale fretum quondam, Leandre, fuisset, non foret angustae mors tua crimen aquae*.

⁶² Cf. *Himno homérico* a Pan 45 y ss.

A partir del Renacimiento la fábula de Hero y Leandro no dejó de adquirir gran importancia. Entre nuestros clásicos contamos con el soneto XXIX de Garcilaso de la Vega, el extenso poema en versos libres que Juan Boscán dedicó a esta fábula y la comedia de Mira de Amescua⁶³. En la literatura inglesa el tema ha sido tratado, entre otros, por Christopher Marlowe, Keats y Lord Byron. Éste último llevaría a cabo la hazaña de imitar a Leandro al cruzar el Helesponto y contarle luego.

1.3. Descendencia de Saturno y Rea.

1.3.1. Hestia o Vesta.

Siguiendo a Hesiodo (*Theog.* 453-8), de la unión de Saturno y Rea nacen las tres hembras Hestia, Deméter y Hera, y los tres varones Hades, Poseidón y Zeus.

Hestia nunca es mencionada con ese nombre en las novelas, pero como cabe esperar sí figura con su nombre latino, Vesta, debido a la gran importancia que estos autores conceden a las vírgenes vestales, las sacerdotisas que durante treinta años velaban el fuego sagrado de la diosa y cuya organización y *modus vivendi* describe Steven Saylor en las páginas 230-1 del cuento que da título a su primera colección de relatos, *La casa de las vestales*. Como es sabido, Vesta no está relacionada con ningún ciclo mitológico, ni tiene más episodios en su haber que el intento de violación de Priapo que también narra Ovidio en *Fasti* y que otros atribuyen a Pan. En ambos casos, y como explica Pérez de Moya, quizá porque “el lujurioso no hay cosa que más desee que tocar a aquellas que tienen propósito de guardar perpetua virginidad” (*op. cit.* p. 354). Se atribuya a Priapo o a Pan, es indiferente desde el punto de vista de que se trataba de resaltar la perpetua virginidad de la diosa y la inviolabilidad —por recurrir a divinidades agrestes y un tanto cómicas como Pan y Priapo— del fuego sagrado del hogar romano, entendido éste como hogar individual y como sociedad.

Pero no hay mención del episodio en estas novelas y sólo merecería ser destacada la descripción de una Vesta decapitada en SS Ap 249-50 ante cuya cabeza Gordiano comenta que “su expresión era cálida y serena, como corresponde al protector del corazón de la familia” sin que con ello se vaya más allá en intentar una reflexión más profunda acerca de la divinidad como tal. Su influencia vendrá, sin embargo, de la mayor presencia de sus vírgenes en las novelas estudiadas.

Esta Vesta, de virginidad respetada incluso por Júpiter, será una excepción

⁶³ Cf. Francisca Moya del Baño, *El tema de Hero y Leandro en literatura española*, Murcia, Publicaciones de la Universidad de Murcia, 1966 y *Estudio mitográfico de las Heroidas de Ovidio*, Murcia, Publicaciones de la Universidad de Murcia, 1969, pp. 159-187.

dentro de la agitada vida cotidiana de los dioses griegos —Giulia Sissa y Marcel Detienne titularon así un libro sobre los olímpicos⁶⁴—, y un buen ejemplo lo encontramos en sus dos hermanas, Deméter y Hera, que tuvieron hijos de su hermano Júpiter. Por la importancia de estas dos divinidades como esposas de Júpiter y madres de hijos suyos, analizaremos su intervención en estas novelas dentro del apartado 4: Descendencia de Júpiter.

1.3.2. Hades o Plutón.

Hades, primogénito de los varones de Saturno y Rea, es mencionado frecuentemente en las novelas, tanto por su nombre griego como por el de Plutón, también griego, que alude a su condición de rico en almas, pero nunca por sus otros nombres como Aidoneo o Dite, nombre éste último que, como indica Grimal⁶⁵, era en su origen un dios agrario puesto que toda la riqueza procede del suelo y el nombre procede del Dis Pater padre de las riquezas.

Como ya sucedía desde los más tempranos tiempos de la literatura clásica, el nombre de Hades hace mención a la divinidad tanto como a su reino subterráneo, los Infiernos o Tártaro, y también en las novelas. Así lo encontramos en Homero en *Il.* VI, 284-5 o en V, 264: εὖχος ἔμοι δώσειν, ψυχὴν δ' Ἄϊδι κλυτοπόλῳ.

Comencemos a hablar del Hades como reino de los no vivos, donde encontraremos que es mencionado como lugar real, en expresiones coloquiales y produciendo analogías de varios tipos. Así, en SS Cat 44 Gordiano da por zanjada su conversación con Marco Celio con un rotundo “¡Vete al Hades!”, y en SS Ap 265 Gordiano y Eco hacen un recuento del tiempo transcurrido desde que fueron secuestrados y encerrados en el fondo de un pozo enrejado: “El viaje desde el monumento de Basilio hasta aquí, donde quiera que estemos de Hades, duró cuatro días”. En ambos casos estamos hablando de una trasposición de nuestras expresiones sobre el infierno al nombre del Hades, aunque la traductora omita el artículo determinado⁶⁶. En SS Ap 255 encontramos el siguiente comentario acerca de Publio Clodio, donde se menciona un Hades mucho más reconocible como el reino de Plutón, aunque insistiendo en la omisión del artículo:

¡Un sujeto que se da a sí mismo un nombre nuevo, cambiando el orgulloso nombre

⁶⁴ Giulia Sissa y Marcel Detienne, *La vida cotidiana de los dioses griegos*. Madrid, 1995. Ediciones Temas de Hoy. [Bolsitemas 28]

⁶⁵ *Op.cit.*, s.v. Plutón.

⁶⁶ Esta es la acepción más común del Hades como expresión recurrente, al igual que invocar al dios de los muertos en exclamaciones del tipo “¡Por Hades!”. De unas y otras hay prodigalidad de ejemplos en Steven Saylor, que es quien más gusta de invocar a Hades, sobre todo en las dos últimas novelas estudiadas. Así, cf. SS Rub 23, 30, 67, 231, 237, 238, 239, 249, 258, 265 y SS Last 2, 25, 40, 42, 51, 86, 95, 98, 120, 129, 162, 209.

Patricio de Claudio por el plebeyo Clodio para ganarse el favor de la plebe! Y comprometido con los plebeyos, dejando a un lado su condición de patricio! Sus antepasados le han debido maldecir desde Hades.

Por lo general las connotaciones de la mención del Hades tienen que ver con la lejanía y la oscuridad, en sentido real o figurado. En SS Sang 31 Gordiano se lamenta de unos vecinos que suelen arrojar sus excrementos a la vía pública: “La señora de la casa procede de un apartado pueblo de Samnio. Le he explicado un millón de veces cómo funcionan las cloacas públicas, pero ella siempre me responde: «Así es como lo hacíamos en el ojete de Plutón», o como se llamara su apestoso pueblo.”

En JMR Mist 41-2 se recurre al símil: “advertí que había alguien en la habitación, que se hallaba completamente a oscuras, como los aposentos infernales de Plutón.”, aposentos infernales que no son sino una antigua alusión que ya hallamos también en Homero⁶⁷. En JMR Sac 105, donde una noche muy oscura es definida así: “It’s black as Pluto’s bunghole out here”. La palabra inglesa *bunghole* tiene varias acepciones, y aquí el deslenguado esclavo de Decio, Hermes, usa la más grosera. Si bien en su acepción culta significa piquera, canillero, boca de tonel, en el *slang* de Australia significa boca. Sin embargo, *bunghole* es una palabra de moda entre los adolescentes de Estados Unidos para referirse al ano, sobre todo después del éxito de la serie de dibujos animados *Beavis and Butthead* en el canal de música MTV, serie donde se hacía uso recurrente de esta palabra. No es difícil ver la identificación que propicia el autor entre el vocabulario de la América más joven y ramplona y este esclavo que es, como el autor ha querido, un adolescente convirtiéndose en adulto.

Sin duda, la relación más interesante de la divinidad y su reino con una idea se produce en JMR Sat 205, donde Maddox es colorista en su analogía de la resaca de la mañana posterior a las Saturnales:

Rome awoke to the great, collective hangover of the day after Saturnalia. All over the city hundreds of thousands of bleary eyes opened, the merciless light of morning pierced through them, and a vast groan ascended unto Olympus. Patrician and plebeian, slave and freedman, citizen and foreigner, all were afflicted and were half certain that Pluto had them by the ankle and was dragging them toward the yawning abyss; and, on the whole, they viewed the oblivion of the trans-Stygian world as not such a bad prospect after all.

Las menciones de Hades como divinidad no se prodigan tanto como esta evocación poco respetuosa de su reino, y por lo general, destacan el papel del dios en el rapto de su esposa Prosérpina. Se nos dice de él en JMR Sat 53 y 153 que Decio es el favorito de Plutón, ya lo hemos visto, como una analogía del perro Cérbero. En JMR Tem 73 Decio nos explica que “Alexandria was a new sort of city, and they

⁶⁷ *Iliada* XXII, 52:

εἰ δ' ἦδη τεθνᾶσι καὶ εἰν Ἀΐδαο δόμοισιν | ἄλγος ἐμῷ θυμῷ καὶ μητέρι τοῖ τεκόμεσθα.

wanted a god for their city who would blend Egyptian and Greek religious practice, so they concocted a god with the majestic, serene countenance of Pluto and melded him with the Egyptians gods Osiris and Serapis, hence the name Serapis". Este majestuoso y sereno semblante se complementa con la mención de uno de los portentosos atributos de Hades, su casco de la invisibilidad, en dos novelas de Maddox. En JMR Mist 227 se nos dice del joven príncipe Tigranes que "lleva, por así decirlo, el yelmo de Plutón que concede la invisibilidad a quien lo usa" y en JMR Sat 132 se le alude de nuevo: "I changed my senator's tunic for one of deep blue and threw on a dark cloak that had a hood and covered me to the knee. I wasn't the helmet of invisibility, but it might do". Dice Apolodoro (I, ii, 7) que este yelmo fue forjado por los cíclopes, y como el trueno, relámpago y rayo de Zeus y el tridente de Poseidón, fue un arma concebida para llevar a buen término el combate contra Crono y los Titanes. Después el yelmo aparecería en otras manos, como en las de Perseo (Apolod. II, iv, 2) y también en los versos 844-5 del canto V de la *Iliada*: τὸν μὲν ἄρης ἐνάριξε μαιφόνος· αὐτὰρ Ἀθήνη/ δὸν ἄϊδος κυνέην, μή μιν ἴδοι ὄβριμος ἄρης.

En las novelas la identificación entre Hades y Plutón es absoluta, e incluso no parece haber grandes diferencias cuando Decio y el griego Asclepiades conversan acerca de los nombres del dios en JMR Sac 147 y 172, donde no se desprenden diferencias esenciales más allá del carácter etimológico, como ya vimos al reproducir el diálogo al hablar del can Cérbero, y donde se respeta la explicación de Cicerón en *De Nat. Deor.* II, 66:

Terrena autem vis omnis atque natura Diti patri dedicata est (qui Dives, ut apud Graecos Πλούτων), quia et recidunt omnia in terras et oriuntur e terris. Cui nuptam dicunt Proserpinam (quod Graecorum nomen est, ea enim est quae Περσεφόνη Graece nominantur) quam frugum semen esse volunt absconditamque quaeri a matre fingunt".

Como vemos, también Cicerón ha mencionado a Prosérpina, la esposa de Plutón que coprotagoniza con el dios el episodio más célebre de ambos: el de su rapto como la virginal Core (la doncella por antonomasia) para convertirse en señora del Tártaro y ser invocada frecuentemente como tal al lado de su marido, por ejemplo, en *Odis.* X, 489-91:

μηκέτι νῦν ἀέκοντες ἐμῶ ἐνὶ μίμνετε οἴκῳ.
ἀλλ' ἄλλην χρῆ πρῶτον ὁδὸν τελέσαι καὶ ἰκέσθαι
εἰς Ἄϊδαο δόμους καὶ ἐπαινῆς Περσεφονείης.

Es por ello por lo que disertaremos aquí de Prosérpina, y no más adelante cuando hablemos de su madre Deméter como esposa de Júpiter.

En JMR Mist 226 leemos:

Entre las calendas de noviembre, cuando Júpiter castiga el orgullo de los mortales con truenos terroríficos y rayos devastadores, y el comienzo de los Juegos Plebeyos, que alegran el corazón del pueblo en esta estación en que la radiante Prosérpina desciende por primera vez al lecho de su marido Plutón, (...) yo, el senador Quinto Hortensio Hortalo, mantuve una conversación con el joven príncipe Tigranes.

No vamos a entrar ahora en el comentario de las fiestas mencionadas, ya que esto se hará en el apartado correspondiente, pero las fechas a que se alude son entre 1 y 4 de noviembre, ya que los *Ludi Plebeii* comenzaban ese día y duraban hasta el 17. A Prosérpina se la llama radiante, ya que si bien es mencionada con epítetos descalificativos como esposa de Plutón (el anterior ejemplo de Homero es uno entre muchos), es de antiguo reconocida su belleza. Hesiodo la llama “de blancos brazos” (Περσεφόνην λευκώλενον) en un contexto cultural donde la piel blanca es representación de belleza (*Theog.* 913), y en el *Himno homérico* I a Deméter, se expresa así la madre de su hija en el verso 66: κούρην τὴν ἔτεκον γλυκερὸν θάλας εἶδεῖ κυδρῆν; “de esbeltos tobillos” (en v. 78: τανυσφύρω) y “la bellísima Perséfone” (en v. 492: περικαλλῆς Περσεφόνηια). Como sabemos entre otros (como *Himno homérico*, Ovidio y Cicerón) por Apolodoro (I, v, 1-3), Plutón rapta a su sobrina Prosérpina con la aquiescencia de Júpiter y sólo la permite regresar a la tierra temporalmente por haber probado el fruto del granado, el árbol del Tártaro. En Roma, este fasto se celebraba 22 de noviembre, considerado como el día en que Prosérpina se encaminaba al lecho de Plutón.

El regreso se hace explícito en JMR Con 275:

Una sobrecogedora tranquilidad reinó en Roma los siguientes dos días. La ciudad vivía en su somnolencia habitual de finales de otoño, cuando los habitantes holgazaneaban a la espera de que llegara la primavera, las Floralia y todos los rituales que aseguraban que Prosérpina había abandonado el lecho de Plutón y regresado al mundo de los mortales.

Las Floralia eran las fiestas que se celebraban del 28 de abril al 3 de mayo, aunque Maddox habla de una somnolencia habitual de fines del otoño, y debería decir del invierno. El periodo de tiempo que Prosérpina debe pasar junto a Plutón varía según los autores. Si prestamos atención a Apolodoro (I, v, 3), se nos dice que Prosérpina estaba obligada a pasar con Plutón una tercera parte de cada año, y el resto con los dioses, pero si volvemos la vista a Higino, éste deja bien claro que Júpiter permitió que Prosérpina pasase la mitad del año con su madre y la otra mitad con Plutón (Hig. *Fab.* CXLVI, 2). Haciendo cuentas, la versión de Maddox está más cerca de la de Higino, aunque por defecto, que la de Apolodoro, por exceso, ya que entre la fiesta de Plutón y Proserpina y las Floralia contamos cinco meses.

Otro de los personajes mitológicos infernales es el barquero Caronte, que

transporta a las almas de un lado al otro del Aqueronte, como recuerda Saylor en SS Just 142-3: “Todos (los ríos) desembocan en la gran laguna Estigia, por donde Caronte conduce a los espíritus de los muertos hacia los desolados páramos del Tártaro”.

Se trata de un personaje carismático muy tratado en la literatura, y no pocas veces ha inspirado a otros hasta el punto de esconder el referente originario⁶⁸. Encontramos una mención en JB At 118: “Interrumpí la preparación metal de mi saludo al viejo Caronte”. Que Caronte es un anciano, se ciñe a la imagen transmitida del personaje, principalmente por Virgilio; un ejemplo de ello lo tenemos en *Aen.* VI, 298-304, donde se le llama dios y se brinda de él su imagen espectral característica, en la que destacan un raído manto y la larga barba blanca:

Portitor has horrendus aquas et flumina seruat
terribili squalore Charon, cui plurima mento
canities inculca iacet, stant lumina flamma,
sordidus ex umeris nodo dependet amictus.
Ipse ratem conto subigit uelisque ministrat
et ferruginea subuectat corpora cumba,
iam senior, sed cruda deo uiridisque senectus.

Los novelistas también destacan, como rasgo cultural característico, el hecho de que formaba parte del ritual de enterramiento en el mundo antiguo la colocación de un óbolo bajo la lengua como pago simbólico al barquero; así, en SS Just 53 se nos cuenta que “Los labios, ligeramente separados, dejaban entrever la moneda de oro que los embalsamadores le habían puesto en la lengua, el precio que cobraba el barquero Caronte por transportarle hasta la otra orilla de la laguna Estigia”; y también Maddox, que dará realce a Caronte en su obra *The Sacrilege*, donde no lo llama por su nombre, sino por su oficio de barquero en JMR Sac 112: “After the last calling of the name, a crowd of female relatives and slaves set up the usual shrill lamentations and Clodius placed a coin under the boy’s tongue, to pay the ferryman”. Aludir a él como el barquero es también propio de la literatura clásica, como vemos en Ovidio, *Met.* X, 72-5:

Orantem frustra que iterum transire volentem
portitor arcuerat: septem tamen ille diebus
squalidus in ripa Cereris sine munere sedit;
cura dolorque animi lacrimaeque alimenta fuere.

⁶⁸ Cf. las primeras páginas de la obra de Juan Rulfo, *Pedro Páramo*, donde de acuerdo con algunos estudios, el personaje del guía que conduce a Juan Preciado hasta Comala (pueblo de los muertos) sería una trasposición del mítico barquero griego Caronte.

En JMR Sac 147 se nos hablará, en una interesante comparación, del demonio etrusco de la muerte, que posteriormente sería asimilado por el Caronte griego. Asclepiades explica las coincidencias y divergencias entre ambos:

“Some years ago, I accompanied a troupe to some funeral games near Tarquinia. There I witnessed something I had not seen before. Now, in the *munera*, what happens after a defeated man has received the death-blow, before the *Libitinarii* come to drag the body away?”

“The Charon touches the corpse with his hammer to claim it for the death-goddess, Libitina,” I said.

“Exactly. Have you ever wondered where he got his attributes? The long nose and pointed ears, the boots and the hammer? These are not the attributes of the ferryman of the Styx who bears the same name.”

I shifted uncomfortably. “They are said to be Etruscan in origin, like the games themselves.”

“That is correct. In reality, he is the Etruscan death-demon, Charun, who claims the dead for the deity of the underworld, whom you call Pluto and we call Hades. Well, in Tuscia, he does not simply touch the corpse. He stands over the head and smashes the brow with his hammer.”

Ya hemos visto en Virgilio que la descripción del etrusco Charun no tiene que ver mucho con la del griego Caronte: se nos habla de nariz y orejas puntiagudas, botas y martillo. Grimal nos informa⁶⁹ que este Charun era representado en las tumbas armado con un martillo y era, al contrario que Caronte, el genio de la muerte que mata al moribundo y lo arrastra al Orco, de donde se explica claramente la alusión a este poder en JMR Sac 195, cuando Clodio amenaza de muerte a Decio. Julio César interviene en su defensa asegurándole que si el joven Cecilio Metelo sufre algún daño lanzará sobre él la maldición de Júpiter Óptimo Máximo; Decio recuerda la acre respuesta de Clodio, manejada como una confirmación de la amenaza: “He said ‘Jove need not concern himself. Charun will have him’. I don’t know what he meant by that”.

La geografía infernal del Hades tiene cierta relevancia en las novelas, pero será debidamente analizado en el capítulo correspondiente a Mundo de los muertos.

1.3.3. Posidón o Neptuno.

El segundo hijo varón de Saturno y Rea es Posidón, el Neptuno romano que asimiló el conjunto de leyendas del dios heleno. El dios del mar aparece reducido tan sólo a meras menciones nominales y, por otra parte, a una representación metafórica del elemento marino, como en SS Last 110: “Meto, like Rindel, had been swept out to sea beyond recovery, swallowed forever by Neptune”. Tam-

⁶⁹ Grimal, *op.cit.* s.v. Caronte.

bién en un dramático momento de *Rubicón* (SS Rub 249), Gordiano se arrojará al mar esperando ya sólo la muerte y la purificación que ésta puede traerle: “Neptune, not Mars, would claim me. My crime would be purified by water, not fire”.

Entre las simples menciones nominales tenemos la noticia de que había en Alejandría un templo a él consagrado del que no se proporcionan más detalles en JMR Tem 88. También se le da su nombre a un barco en JMR Tem 217, lo cual no deja de resultar más que previsible:

Decius, in case you were wondering where those marines came from, the war galleys Neptune, Swan and Triton are in the harbor. I’ve sent orders for the Swan to come to the royal harbor, and that’s where you are going right now. The marines from the Neptune are going out on a little mission of arson on Lord Achilles’s nearby estate; then the flotilla sails for Rhodes. That is as far as they take you.

Sólo es destacable en el fragmento que los nombres propios mitológicos que aparecen estén todos relacionados. Neptuno como dios del mar, Tritón como su hijo tenido con su esposa Anfitrite —nunca mencionada en las novelas— y el Cisne (Κύκνος o Cicno es el nombre de varios héroes, y ese nombre significa *cisne*). De entre los distintos Cicnos hallamos uno que, también, es hijo de Neptuno y de Escamandródice y fue abandonado por su madre precisamente a la orilla del mar, donde un cisne cuidó de él. Otro Cicno fue el que lloró la muerte de su amigo Faetón cuando murió al precipitarse al mar, y por su bello canto fue transformado en cisne, de donde se entendía los cantos que los cisnes modulan cuando van a morir⁷⁰. Otro Cicno fue hijo de Apolo y de Tirie, y Antonino Liberal cuenta su historia en *Metamorfosis* XII.

Aunque quizá no se trate más que de una coincidencia, mencionaremos que el nombre de la isla de Rodas procede de Rodo (Ῥόδος), hija de Neptuno y Halia, a quien los mitógrafos distinguen difícilmente de Rodé (Ῥόδη), hija de Neptuno y Anfitrite y, por lo tanto, hermano del mencionado Tritón.

Por último, el uso de su nombre en una exclamación en SS Just 126 cierra este apartado, de suyo poco relevante, de la mera mención nominal: “Si quiero pintar peces, por Neptuno que pintaré peces”, dentro de una exposición sobre la nobleza de los temas pictóricos que abordaremos más adelante.

Por lo demás, ya sólo le encontraremos como personificación del mar en todos sus estados. La representación es siempre la tradicional, y así tenemos en JMR Sat 159 a Cicerón preguntándose: “Does Neptune have blue hair and a trident?” El cabello azul de Neptuno es tradicional en la literatura clásica, como en Homero (*Od.* IX, 528): Ποσειδάων κυανοχαῖτα. Y lo mismo leemos en el *Himno órfico* XVII a Posidón, donde además se menciona el mítico tridente: “Óyeme, Poseidón que conmo-

⁷⁰ Grimal, *op.cit.*, s.v. Cicno.

cionas la tierra, el de cabellos azules, jinete que tienes en la mano el tridente de bronce”⁷¹. Tridente, que como ya hemos visto fue construido por los cíclopes —al igual que los rayos de Júpiter y el yelmo de la invisibilidad de Plutón— para su combate contra los Titanes. En el *Himno homérico XXII* a Posidón se recuerda su cabello azul al tiempo que se le pide lo siguiente, a lo que hacen alusión los novelistas: “Y, feliz, con corazón benévolo, ampara a los navegantes”: Χαίρε Ποσειδάων γαιήοχε κυανοχαίτα, /καὶ μάκαρ εὐμενὲς ἤτορῶν πλώουσιν ἄρηγε.

En JB At 13 leemos:

La travesía se realizó a buen ritmo, plácida y relajante para todo el mundo con la natural excepción de lo remeros. El Eetes resultó un cascarón notablemente sólido, que pronto disipó los temores suscitados por su diseño preolímpico. El dios Posidón observó un correcto comportamiento, sin remover su tridente más allá de lo estrictamente necesario, e incluso sus delfines saltaron en torno a la quilla en muchas etapas del viaje, sugiriendo a mi amigo el embajador metáforas tan innumerables como las caracolas de mar.

La mención de los delfines va más allá de su pertenencia al medio marino y, por tanto, neptuniano, ya que Delfo, epónimo de la ciudad del oráculo de Apolo, había sido hijo de Posidón, que poseyó a su madre Melanto metamorfoseado en delfín⁷². El delfín es un animal muy querido de Posidón, y entre otros es Eratóstenes quien nos cuenta que cuando quiso tomar por esposa a Anfítrite, ésta huyó y entre sus buscadores estuvieron los delfines, quienes la hallaron en las islas de Atlas y la condujeron con quien habría de ser su marido. En compensación, Posidón designó que el delfín fuera sagrado y lo puso en el cielo como constelación. Además, añade en *Catast. XXXI* que “Cuantos quieren ser gratos a Posidón hacen que tenga un delfín en la mano, otorgándole la mayor fama del hacer bien”.

Este rasgo benefactor de Neptuno también es aludido en JMR Tem 27: “Berenice was thoughtful enough to give her two new acquisitions an evening to recover from their ordeal at the hands of Neptune”.

Por último no podía faltar la recreación de uno de los más bellos epítetos homéricos en JMR Mist 226, y con buena fortuna:

El valiente Tigranes el Joven, que ha renunciado de *motu proprio* al lujo de una vida principesca para buscar fortuna en el oscuro reino del vino de Neptuno, ha ofrecido los servicios de sus osados y briosos compañeros, porque los hijos de Neptuno se aventuran donde los hijos de Marte no osan”.

“Oscuro reino del vino de Neptuno”, al igual que “hijos de Neptuno”, hace alusión al conocido epíteto homérico del ponto vinoso, o del color del vino, y aquí

⁷¹ *Himn. orph. XVII*, 1-2:

Κλῦθι, Ποσειδάων γαιήοχε, κυανοχαίτα, ἵππιε, χαλκοτόρευτον ἔχων χεῖρεςσι τρίαιναν.

⁷² Sobre la posesión de su madre, vid. Ovidio, *Met.* VI 120.

en concreto se refiere al Ponto sobre el que gobernó Mitridates VI.

Además del anteriormente mencionado Tritón, se constata mención de otros nombres vinculados con Posidón. El primero por fama es el ciclope Polifemo, hijo del dios y de la ninfa Toosa, cuya gloria literaria viene de dos episodios destacados: el encuentro con Ulises y sus hombres y la ceguera a la que éste le conduce (*Od.* IX, 216-566), y en segundo lugar y desde el idilio XI de Teócrito que retoma y cincela Ovidio en *Met.* XIII, 738-897, sus amores con Galatea recreados desde entonces con varia fortuna, grande en el caso de Góngora.

En JB At 79 se recurre a él por medio de un símil que esconde la alusión literaria a la *Odisea*: “Y en ese momento una sombra gigantesca se dibujó en la pared de la cueva, como si el ciclope Polifemo regresase de su jornada laboral”.

En ese fragmento se recogen los elementos esenciales del Polifemo de la obra homérica: la cueva, la sombra y el oficio de Polifemo de pastor, como se ve en los versos 336-7 del libro IX de la *Odisea*:

ἔσπεριος δ' ἦλθεν καλλίτριχα μῆλα νομεύων/
αὐτίκα δ' εἰς εὐρὺ σπέος ἤλασε πίονα μῆλα.

“Llegó él con la noche paciando sus ovejas lozanas de lucido pelaje y entrólas a la ancha caverna”.

Otro importante personaje relacionado con Posidón es la divinidad marina Proteo, mencionado en JMR Sac 2:

Antigonus went on to say that only those who directly experienced historical events knew what truly happened, and the rest of us could only perceive them as if through a dense fog, or as blind men tracing the lineaments of a statue with their fingertips. He said that there are sorcerers who, like Proteus in the tale of Ulysses, can summon the shades of the dead and cause them to speak to us, and that it may be only thus that we can ever arrive at a true knowledge of past events.

Aquí se hace alusión al canto IV de la *Odisea*, donde Proteo cuenta a Menelao quiénes son los muertos y los errantes de cuantos emprendieron el regreso a la Hélade tras la caída de Troya, y cuenta también que Proteo le reveló que Ulises estaba vivo, pero cautivo en una isla (*Od.* IV, 351-575). Así, Maddox nos explica que quienes verdaderamente conocen la verdad de los hechos históricos que otros sólo podemos intuir son como Proteo, capaz de invocar a las sombras de los muertos para que nos hablen.

Por último debemos mencionar el reino mítico de la Atlántida, del que Neptuno es amo y señor supremo, y con la que se establece una analogía en SS Sang 305: “Luego, lentamente, se hundió bajo el agua con un débil borboteo y un remolino de niebla: la Atlántida hundiéndose en el mar. La superficie de la piscina se cerró sobre él y el agua se fundió con la niebla, imperturbada”. El mito de la Atlántida,

introducido por Platón en la literatura⁷³, es muy popular incluso hoy día por sus múltiples adaptaciones al cine, al cómic y a la novela, hasta el punto de que no es necesario acudir a los textos platónicos para tener conocimiento de que el mítico continente fue tragado por las aguas.

1.3.4. Zeus o Júpiter.

Zeus, llamado por Gilbert Murray el dios-cielo por excelencia y dios-lluvia de la raza aria⁷⁴, es mayormente mencionado como Júpiter que como Zeus, razón por la que lo denominaremos por su nombre latino de Padre Dios. En las novelas estudiadas distinguimos dos vertientes mayoritarias del uso del dios, la vertiente que podríamos llamar meteorológica y la vertiente novelesca, donde son mencionadas algunos de los amores de este dios del rayo.

La vertiente meteorológica, identificada con el rayo y con la lluvia, conduce a la creencia de la majestad de este ser superior que, por el dominio del fuego celeste, gobierna sobre todas las cosas, majestad a la que hay que complacer por medio de determinados rituales y a la que, como una manera de contrarrestar el temor y sin caer nunca en la irreverencia, a veces se le atribuyen expresiones populares. Dentro de este Júpiter meteorológico tendríamos entonces las siguientes subdivisiones: el Júpiter físico, el monarca, el ritual y el popular. Todo esto, insistimos, sin entrar todavía a hablar del aspecto novelesco —biográfico, familiar, amoroso— de Júpiter.

El Júpiter físico es el del rayo y la lluvia. Como el Júpiter que amontona nubes, de acuerdo con Hesiodo⁷⁵, es invocado en JMR Sat 261 como *bringer of the rain*, siguiendo a Virgilio, cuando en *Egl.* VII, 59-60 escribe *Phyllidis adventu nostrae nemus omne virebit, /Iuppiter et laeto descendet plurimus imbri*, mientras que el mismo autor va un poco más allá en JMR Mist 226 al poner en boca del orador Hortensio Hortalo que “entre las calendas de noviembre, cuando Júpiter castiga el orgullo de los mortales con truenos terroríficos y rayos devastadores...”, en alusión a las borrascas invernales. Se hace un eco de toda la literatura clásica, que con frecuencia se recrea en esta imagen tradicional de Zeus esgrimiendo las que Hesiodo llama sus armas en *Theog.* 853-4: el trueno, el relámpago y el rayo encendido, en la configuración total de la imagen del Júpiter Elicio al que se sustraen rayos y cuya fábula es narrada por Ovidio en *Fast.* III, 296-369. También en JRM Sac 114 se hace mención al efecto perturbador del rayo de Júpiter como analogía al impacto de la última palabra (*Depart!*) lanzada por Julio César que tiene entre una turbamulta amenazadora: “The last word snapped out like one of Jove’s thunderbolts, and some of the Subu-

⁷³ Cf. *Timeo y Critias*.

⁷⁴ Gilbert Murray, *La religión griega* (1912), Buenos Aires, 1956, Editorial Nova [Biblioteca histórica], p. 62.

⁷⁵ *Theog.* 558 y 730 son dos ejemplos entre muchos.

ra's most bloodstained ruffians fairly scurried to get out of his sight".

Incluso la omnipotencia de Júpiter es aludida en JRM Sat 258 cuando Decio y su contrincante, Lucio Calpurnio Bestia, dejan que sea la voluntad jupiteriana, representada en el rayo, la que decida el comienzo de su duelo de reminiscencias westernianas:

"Your little *caestus* won't be enough to turn the balance in your favor this time, Decius. Pity we don't have an *editor* to give the signal to begin."

I reached to my belt and slipped the *caestus* over my knuckles. "Let Jupiter decide. Next thunderclap."

We waited tensely for a few seconds, then bright lightning flashed so close that the thunder was almost simultaneous with it. We attacked before the sound even began to echo.

Este pequeño rol decisivo de Júpiter es extensivo de su papel como divinidad preponderante entre los demás dioses, pues él es el rey de los dioses⁷⁶ y, por tanto, todos los demás se hallan bajo su égida, égida que en él no tiene el sentido figurado que adoptaría después la expresión y que se refiere a la piel de Amaltea, la cabra que toma el nombre de su dueña la náyade y que alimentó a Júpiter cuando estaba escondido en el Ida cretense⁷⁷. Con la piel de esta cabra, Zeus se construyó una armadura invencible, ya que tenía en el lomo la cabeza de la górgona, y esto le daba doble poder al dios, según Eratóstenes en *Catast.* XIII. Amaltea sólo es recordada en dos novelas, y no como la ingeniosa ninfa sino como su cabra, cuando Joaquín Borrell, en JB Azul 58 y JB At 135 hace exclamar a Diomedes el exquiriente: "¡Por la piel de la cabra Amaltea!".

Los aspectos rituales que se desprenden de esta adoración son reseñados como de remota antigüedad, lo que concuerda con la temprana adoración de Júpiter en Roma. Así, tenemos a Steven Saylor escribiendo en SS Vest 13: "Era el duodécimo día de los dieciséis que cada año se dedicaban al Festival Romano, la fiesta pública más antigua de la ciudad. Quizá el mismo Júpiter había decretado que el clima fuera tan perfecto; la fiesta era en su honor". También la antigüedad de su rito es reseñada por Maddox en JMR Sat 139 cuando Decio descubre el sorprendente aquelarre que se celebra en el Campo Vaticano:

Its sacred grove was within an hour's walk of Rome and had probably been going on there for countless centuries. Here was a religion as ancient as the worship of Jupiter, in Jupiter's own land, yet unknown to the vast bulk of the Roman people, little more than a whispered rumor among the common people.

⁷⁶ *Theog.* 886; cfr. también *Himno Homérico XXXIII*:

Ζῆνα θεῶν τὸν ἄριστον ἀείσομαι ἠδὲ μέγιστον/εὐρύοπα κρείοντα τελεσφόρον.

⁷⁷ Ovidio habla de la cabra que amamantó a Júpiter en *Fasti* III, 443-4 y de la ninfa en V, 111-28. Higino, sin embargo, sólo menciona a la ninfa en *Fab.* CXXXIX.

Frente a los excesos de la adoración de los dioses no latinos —como vimos, el aquelarre alcanza un dramático clímax con el sacrificio de un esclavo— los novelistas contraponen la sobriedad que se genera de la civilización romana, y que se hace evidente en rituales no demasiado cruentos, como se desprende de las palabras de Maddox en JMR Tem 31-2:

“Tomorrow we sacrifice fifty bulls to consecrate the new temple [of Baal Ahri-man],” the princess said. “You must come”.

(...)

“What savages!” I said. “Fifty bulls! Even Jupiter only demands one at a time.”

El sacrificio de toros a Júpiter era común entre los griegos y romanos, ya que, como dios del Capitolio, a él dirige el cónsul sus plegarias en el comienzo de su mandato⁷⁸. El toro está vinculado a Zeus en recuerdo del rapto de Europa, y de este animal dice Eratóstenes en *Catast.* XIV que está consagrado entre las constelaciones porque, transformado Zeus en él, condujo a Europa desde Fenicia hasta Creta, razón por la que su figura —no es, por tanto un catasterismo propiamente dicho— se encuentre entre las estrellas más sobresalientes en honor de Zeus.

En JMR Mist 12 se hace mención al sacrificio de otro animal relacionado con Júpiter. Pone Maddox en boca de Decio: “Dejé escapar un suspiro de alivio e hice el voto de sacrificar una cabra a Júpiter si mantenía a Bóreas soplando todo el día”. Como es sabido, también la cabra está vinculada con Júpiter por la anteriormente mencionada cabra de la ninfa Amaltea, en honor de la cual nos cuenta Eratóstenes en *Catast.* XIII que el dios puso su silueta en el firmamento.

También las águilas están relacionadas con Júpiter, como recuerda Maddox en JMR Sat 159 al poner en boca de Cicerón la duda sobre la visión tradicional y antropomórfica de la divinidad, y que en el cine contemporáneo tan bien encarnó Laurence Olivier en el film ya clásico *Clash of the Titans* (Desmond Davis, 1981): “Is Jupiter a majestic, middle-aged man attended by eagles?” Eratóstenes en *Catast.* XXX da buena razón de los motivos por los que el águila está consagrada a Júpiter, quien la catasterizó por habersele aparecido como signo de buen agüero cuando se precipitó desde la isla de Naxos contra los Titanes.

Finalmente, la acepción popular de Júpiter se reduce a un par de expresiones construidas por analogía con otras dos contemporáneas. En SS Sang 19 Gordiano nos suena muy familiar cuando nos dice de Tirón que “debía de proceder de algún progenitor esclavizado y trasladado al corazón del imperio desde donde Júpiter perdió el gorro.” El gorro de Júpiter no es más que una trasposición de nuestra expresión popular *donde Cristo perdió el gorro*, con sus variantes regionales que incluyen la zapatilla, la boina y cierta prenda femenina.

⁷⁸ Grimal, s.v. Júpiter, 300 a.

En JMR Sat 157 también encontramos que Decio le comenta a Cicerón que “Even Cato is on your side, and Jupiter knows he’s a stickler for the legalities.” Menos atrevida resulta, ya que no sólo se mantiene una analogía razonable entre nuestro Dios católico omnisciente y el dios del rayo sino que, además, resulta uno de los rasgos característicos de la divinidad, en el que inciden algunos autores más que otros, como entre los primeros sería el caso de Hesiodo en *Theog.* 313, cuando insiste en la idea de que no es posible engañar ni eludir la mente de Zeus⁷⁹.

El segundo grupo de alusiones a Júpiter se enmarcan dentro de lo que podríamos llamar la biografía del dios, circunscritas a su biografía erótica y a su infancia cretense, donde ya hemos visto la doble mención de Amaltea por parte de Borell. Maddox nos recuerda a los Curetes en JMR Tem 96 por medio de un comentario chistoso donde no deja de haber una mención humorística a las costumbre libidinosas del dios del trueno:

“Princess, a hippo has left the pond and is attacking the Cretan dancers!”

“They probably think it’s Zeus in disguise again,” I said, “looking for another mortal woman to ravish. If he gets any volunteers, this might be worth seeing.”

Estos bailarines cretenses sirven a Decio para hacer su broma y su alusión velada a los Curetes, quienes según Apolodoro en I, i, 6 hacían ruido entrechocando sus lanzas con los escudos para impedir que se pudiesen escuchar los llantos de Júpiter. Higino comenta en *Fab.* CXXXIX, 3-4 que eran unos adolescentes que hacían ruido con sus lanzas y escudos, pero además añade que daban vueltas alrededor de un árbol y que algunos los llamaban coribantes, y otros, lares. Ovidio cincela, como tantas otras veces, esta imagen idealizada de los Curetes bailarines, en *Fast.* IV, 203-10.

Iuppiter ortus erat: (pro magno teste vetustas
creditur; acceptam parce movere fidem)
veste latens saxum caelesti gutture sedit:
sic genitor fati decipiendus erat.
Ardua iam dudum resonat tinnitibus Ide,
tutus ut infanti vagiat ore puer.
Pars clipeos sudibus, galeas pars tundit inanes:
hoc Curetes habent, hoc Corybantes opus.

La broma de Decio en relación con la confusión entre un hipopótamo y Zeus remite directamente a las conocidas metamorfosis de este dios para seducir a sus amantes, algunas de las cuales comentaremos pronto. La apostilla de Decio es “Si encuentra voluntarias, será algo digno de verse”. En efecto, la historia y la literatura

⁷⁹ A este respecto, cf. *Op.* 249-74, pero también *Iliada* XVI, 386-8 y Calímaco, *Himno* I, 81-83.

nos dicen que era digno de ser visto, puesto que hemos de creer a Marcial cuando describe la recreación de episodios mitológicos en la arena donde no estaban exentas las escenas de bestialismo que acababan con la muerte de la pobre muchacha⁸⁰.

En SS Vest 187, Steven Saylor recuerda que Júpiter, como después Comatas y Meliteo, fue alimentado por abejas en su infancia: “Dicen que Júpiter concedió a las abejas sabiduría para gobernarse a sí mismas en pago por haberle salvado la vida. Cuando el niño Júpiter estuvo escondido en una cueva para que no lo matara su padre Saturno, las abejas le alimentaron con miel”. Saylor se basa en *Georg.* IV, 149-52, cuando Virgilio escribe que

Nunc age, naturas apibus quas Iuppiter ipse
addidit, expediam, pro qua mercede canoros
Curetum sonitus crepitantiaque aera secutae
Dictae caeli regem pavere sub antro.

Otra de las imágenes más recordadas de esta divinidad es la del Zeus del Ida troyano, desde cuya cúspide Júpiter contempla el transcurso de la guerra. En SS Ap 51 leemos que Gordiano y su hija Diana se suben al tejado de casa para, desde esa atalaya, contemplar los disturbios que la muerte de Clodio está produciendo en toda la ciudad:

—(...) Es igual que la toma de Troya, ¿verdad?

—¿Qué?

—Como Júpiter subido en el monte Ida observando el campo de batalla a sus pies. Son todos tan diminutos... Eso hace que uno se sienta como... como un dios.

—¿De veras? Júpiter podía enviar rayos o mensajeros con alas. Además, podía oír lo que se decía. Tener una buena visión panorámica no me hace sentir como ningún dios. Más bien todo lo contrario. Me hace sentir impotente observar desde semejante distancia.

Y poco más adelante, se insiste en la misma idea en SS Ap 53-4. Gordiano descubre que su vecino Cicerón, acompañado de su esclavo Tirón, contempla de pie desde su tejado el incendio del Senado por las huestes clodianas, donde Diana compara al orador con el dios del rayo.

—¡Allí! —dijo Diana. Señalaba a Cicerón—. ¡Allí! Ese aspecto debió de tener Júpiter mientras observaba Troya.

Conociendo mejor que mi hija a Cicerón y seguro de que no había nada, ni remotamente, parecido a un dios en él, estaba a punto de corregirla cuando Belbo me interrumpió:

—¡Tienes razón! ¡La misma imagen!

Su certeza compartida me obligó a echar otro vistazo. Diana tenía razón. Tenía que reconocerlo. Según se veía Cicerón en aquel momento, observando la destrucción del Senado

⁸⁰ Un ejemplo conocido es *Spect.* V sobre la recreación en la arena de los amores de Pasífae con el toro.

a manos de la gente de Clodio, así de grandioso debió de parecer Júpiter cuando se cernió sobre el monte Ida y observó el demencial choque de mortales a sus pies.

Todas estas referencias al Júpiter del Ida provienen, como sabemos, de la *Iliada*. En ella se le llama “Zeus padre, regidor del Ida, el más glorioso y excelso”;⁸¹ y en efecto, desde ese supremo baluarte sigue los acontecimientos que Homero canta. En *Il.* VIII, 47-52 Júpiter abandona el Olimpo y llega al Ida montado en su carro:

Ἴδην δ' ἴκανεν πολυπίδακα μητέρα θηρῶν
Γάργαρον, ἔνθά τέ οἱ τέμενος βωμός τε θυήεις,
ἔνθ' ἵππους ἔστησε πατήρ ἀνδρῶν τε θεῶν τε
λύσας ἐξ ὀχέων, κατὰ δ' ἠέρα πουλὺν ἔχευεν.
αὐτὸς δ' ἐν κορυφῆσι καθέζετο κύδει γαίων
εἰσορώων Τρώων τε πόλιν καὶ νῆας Ἀχαιῶν.

También la respuesta de Gordiano acerca de que Júpiter podía enviar rayos o mensajeros con alas no es conjetural, sino que se basa en la obra de Homero, como leemos más adelante (VIII, 133-6), cuando el padre de hombres y de dioses

βροντήσας δ' ἄρα δεινὸν ἀφήκ' ἀργήτα κεραυνόν,
καὶ δὲ πρόσθ' ἵππων Διομήδεος ἦκε χαμᾶζε·
δεινὴ δὲ φλόξ ὄρωτο θεοῦ καιομένουτο,
τῷ δ' ἵππῳ δείσαντε καταπτῆτην ὑπ' ὄχεσφι·

En concreto, rayo y mensajero forman parte de la cultura que un romano debía tener en su tiempo a partir del conocimiento de la obra homérica, y ambos se dan juntos en la *Iliada* en el canto XI, 184-5, cuando se nos dice que Júpiter desciende del Olimpo para ocupar su lugar en el Ida: “(...) Llevaba el relámpago en las manos/ e instó a Iris, de áureas alas, a que llevara este mensaje”⁸². El mensaje en cuestión es una advertencia a Héctor que Iris transmite al interesado palabra por palabra, como es propio de la literatura de transmisión oral a la que pertenecían las obras homéricas.

Sin duda el episodio más famoso de Júpiter en la cumbre del Ida es aquel de sus amores con Hera, que de acuerdo con los testimonios fue debidamente expurgado durante la Antigüedad dentro del precepto moralizante platónico de que incluso Homero a veces debía ser enmendado⁸³ para no herir la sensibilidad de generaciones futuras. En aquel episodio, del que nos queda una síntesis dentro de la propia obra, se hacía un repaso de los amores mortales del dios.

⁸¹ *Iliada* III, 276: Ζεὺς πάτερ Ἴδηθεν μεδέων κύδιστε μέγιστε.

⁸² Homero, *Iliada* XI, 184-5:

ἔχε δ' ἀστεροπὴν μετὰ χερσίν. Ἴριν δ' ὄτρυνε χρυσοπτερον ἀγγελέουσιν·

⁸³ Platón, *República* iii. p. 387b.

Estos amores mortales ocupan por sí mismos un lugar relativamente destacado dentro de las novelas estudiadas, por lo que pasaremos revista a los mismos citando antes, aquí y ahora, a Ganimedes, único amor no heterosexual del dios del rayo. A Ganimedes se le menciona de pasada en JMR Tem 91: “Ganymede and the eagle” y como genérico en SS Vest 219, dentro del relato *El gato de Alejandría*: “Mis placeres no son un secreto. Hay una casa en esa calle en la que paso ciertas noches en compañía de un pequeño Ganimedes”. Si bien el mito de Ganimedes es de sobras conocido, hay variantes en cuanto a cómo fue raptado el efebo. Si bien en el *Himno homérico V* no hay mención de que Zeus, enamorado, se transformara en águila para raptarle, el mito se consolidó de esa manera: Zeus, enamorado del efebo Ganimedes, se transforma en águila y lo rapta para conducirlo al Olimpo y convertirle en copero de los dioses⁸⁴. Ovidio lo cuenta así en *Met.* X, 155-61 y en pocos versos que fijarían la leyenda como referencia:

Rex superum Phrygii quondam Ganymedis amore
arsit, et inventum est aliquid, quod Iuppiter esse,
quam quod erat, mallet. Nulla tamen alite verti
dignatur, nisi quae posset sua fulmina ferre.
Nec mora, percusso mendacibus aere pennis
abripit Iliaden; qui nunc quoque pocula miscet
nvitaque Iovi nectar Iunone ministrat.

1.4. Amores y descendencia de Júpiter.

1.4.1. Esposas y descendencia de Júpiter.

1.4.1.1. Júpiter y Metis: Atenea.

Como es natural, seguiremos a Hesiodo (*Theog.* 886-923) en su relación de las esposas de Júpiter⁸⁵, y hablaremos de sus descendientes, tanto heroicos como divinos. No mencionada en las novelas, es su prima Metis la primera esposa de Júpiter, con quien engendra a Atenea para devorarla después y producir el conocido hecho de que la diosa nazca de su cabeza.

Atenea es reflejada de manera generalizadora en las novelas mediante dos grandes bloques, en los cuales no tienen ninguna cabida los más famosos episodios de esta divinidad: el color de sus ojos y su condición de diosa de la sabiduría, con una breve alusión a su naturaleza de divinidad guerrera.

En JB At 38 se alude a sus ojos mediante un símil: “Un buen día para partir —definió mientras salíamos al patio—. Claro y radiante como los ojos de Atenea”.

⁸⁴ También menciona el águila Heráclito en su explicación racionalista en Refutación XXVIII.

Que Atenea es de ojos brillantes, o claros, forma parte de toda la tradición clásica desde Hesiodo, que con frecuencia la llama *γλαυκῶπιν Ἀθήνην*, así como también se encuentra este epíteto en Homero⁸⁶. Ojos brillantes, al principio desprovistos de color que con el tiempo fueron adoptando tonalidades verdes de acuerdo a la evolución de la palabra *γλαυκός*, de acuerdo con el diccionario Liddell-Scott⁸⁷. Lo cierto es que *γλαυκός* pareció designar un color claro entre el gris, verde y azul, aunque Pérez de Moya, copiando al Tostado, escriba que “pintan a Minerva con ojos negros” (*op.cit.* p. 404). Será en concreto Borrell quien se adscriba principalmente a la preponderancia del tono verde. Así, en JB At 94 encontramos que Diomedes nos cuenta: “Y en ese momento, cual una piadosa mirada de Atenea a su apurado compatriota, el fulgor verdoso volvió a iluminarme”. En efecto, la novela se llama precisamente *La lágrima de Atenea* por una esmeralda muy especial. Se nos cuenta la historia en JB At 25-26:

Los dos apuramos la copa. La princesa me devolvió la suya y solicitó:

—¿Puedes traerme la toalla? Y mi lágrima de Atenea, por favor. Me parece que vaya desnuda, si no la llevo al cuello.

Supuse que se refería a una espléndida esmeralda, engarzada en una cadenilla de oro primorosamente labrado. Recogí ambos objetos y anduve hacia la pileta.

—Nunca oí llamarlas así —declaré, por evitar el embarazoso silencio, mientras extendía el paño ante mis ojos.

—La diosa lloró cuando su protegido Aquiles murió en la llanura troyana. Y las gotas de sus ojos verdes cristalizaron en estas gemas —explicó la princesa, envolviéndose en la toalla.

Que Atenea protegía a Aquiles está en la literatura clásica, pero no hemos encontrado ningún pasaje donde se nos hable de aquella lamentación llorosa de la divinidad.

Es precisamente esta cualidad brillante del adjetivo *γλαυκός* lo que identifica la mirada de un ave muy especial y consagrada a Atenea, como es el caso del búho o lechuza (*γλαύξ, γλαυκός*), de donde toma el nombre. Es mencionado por Borrell en JB At 47: “Al empezar la frase mis párpados volvían a adherirse, atraídos por un irresistible imán; cuando concluyó, el búho de Minerva me habría tomado por un primo cercano”. Cuando la corneja cayó de la gracia de Minerva, según Ovidio en *Met.* II, 589-95, fue preterida al ave de la noche, como es llamada la lechuza.

Detrás del ave hay, cómo no, una leyenda: la joven Nictímene, hija de Eopeo, rey de los lesbios, fue violada por su padre y ésta, incapaz de soportar la vergüenza, se ocultó en un bosque, según Higino en *Fab.* CCIV. Cuenta Ovidio en *Met.*

⁸⁵ *Theog.* 886-923.

⁸⁶ *Theog.* 13 y 573; *Il.* I, 206.

⁸⁷ H. G. Liddell-R. Scott, *Greek-English Lexicon* (Revised and Augmented by Sir Henry Stuart Jones

II, 589-95 que la diosa Minerva la convirtió entonces en lechuza:

Quid tamen hoc prodest, si diro facta volucris
crimine Nyctimene nostro successit honori?
An quae per totam res est notissima Lesbon,
non audita tibi est, patrium temerasse cubile
Nyctimenen? Avis illa quidem, sed conscia culpae
conspectum lucemque fugit tenebrisque pudorem
celat et a cunctis expellitur aethere toto.

Minerva como diosa de la sabiduría es la segunda vertiente de su mención en las novelas, y desde este punto de vista adquirirá gran relevancia en la novela *Rubicon* de Steven Saylor. En esta obra, dividida en tres partes (Minerva, Marte y Dioniso), la estatua de Minerva que Gordiano heredó de su amigo Apio Claudio será la depositaria del gran secreto de Gordiano, relacionado con la muerte de Numerio Pompeyo, y a la diosa se volverá continuamente el Sabueso para implorarle no sólo que vele su hogar durante su ausencia (SS Rub 53), sino también, precisamente, algo de lo que la diosa andaba sobrada: sabiduría, una sabiduría que lejos de arreglarlo todo es capaz de complicarlo aún más (SS Rub 278).

Cabe reseñar que la divinidad es llamada siempre por sus nombres más conocidos, y no se recurren a otras expresiones que, sin embargo, también eran comunes en la literatura clásica. Atenea y Minerva acaparan toda la atención y dejan en el olvido el apelativo de Tritogenia, Palas o Viragoflava. Como sabemos, los dos primeros hacen alusión al lugar de nacimiento de la divinidad y a la amiga que, en su contradictoria infancia, ella mató por error. Viragoflava, según Pérez de Moya (*op.cit.* p. 396),

significa varona morena (...); llámase Varona, por la fortaleza, porque es Minerva diosa de la guerra, y siempre los poetas la ponen armada; y porque el ejercicio de las armas conviene más a los varones valientes; y porque a Minerva dieron ser diosa de la guerra y armada, quisieron decir que no era tierna como doncella, mas era dura como varón, y así llamáronla varona, que quiere decir mujer que tiene condición y fuerzas de varón. Llamáronla Flava, que quiere decir morena, por significar la fortaleza.

En SS Vest 172 Gordiano nos cuenta que “Nos condujo a través del jardín. La estatua de Minerva nos miraba desde lo alto; su actitud sabia era un estudio en claro de luna y sombras”. En la misma línea, y sin entrar en profundidad alguna, en SS Just 93 leemos el siguiente diálogo:

—(...) Continúa, Dionisio. ¿Cómo te enteraste de esa historia tan fascinante?
—A menudo doy gracias a Minerva y a la sombra de Heródoto por la magnífica bi-

biblioteca que tu difunto esposo reunió con tanto esmero.

Mientras que en el *Himno homérico* la invocación de la divinidad se centra en sus aspectos más crueles, la dicotomía guerrera/protectora de las artes es más acentuada en el *Himno órfico* XXXII 5-8, donde se la invoca como belicosa, pero también como madre felicísima de las artes.

Será Ovidio, en *Fasti* II, 5-8, quien al invocar a Marte, no deje de hacer énfasis en esta doble naturaleza:

Ipsae vides manibus peragi fera bella Minervae:
num minus ingenuis artibus illa vacat?
Palladis exemplo ponendae tempora sume
cuspidis: invenies et quod inermis agas.

En JMR Con 17 se menciona que “Luculo dedicaría un nuevo templo a Minerva, un regalo que hacía a la ciudad”, y más adelante, se amplía la noticia en la página 23:

Mientras Luculo había esperado en su villa, en las afueras de la ciudad, sus agentes habían comprado un pedazo de terreno pantanoso, sin utilizar, que nunca había producido nada más que mosquitos. Lo habían secado y creado en él un agradable jardín y erigido un elegante templo dedicado a la diosa de la sabiduría y patrona de los artesanos, quien por aquel entonces aún no había adoptado los atributos de la griega Atenea para convertirse en patrona de la guerra.

En efecto, como patrona de los artesanos presenta una imagen menos estática y distante que la de diosa de la sabiduría y, por supuesto, más positiva que la guerrera, visión amable que se da desde la literatura clásica, como cuando el poeta Tibulo escribe en II, 65: “Una tejedora que atiende la tarea de una Minerva sin tregua entona una canción y resuena la tela por el toque del peine en los bordes”. Y Ovidio, en *Fast.* III, 814-34, hará una alabanza de la diosa como patrona de las artes menores del hogar, pero también de la enseñanza.

1.4.1.2. Júpiter y Deméter.

De los siguientes matrimonios de Júpiter —el primero, con Temis, en quien engendra a las Parcas según una versión contradictoria con la hesiódica, y a las Horas o Estaciones; a continuación, con Eurínome, con quien engendra a las Gracias— no encontramos constancia en las novelas hasta llegar a su cuarta esposa, siempre siguiendo la cronología de Hesiodo, y que será su propia hermana Deméter o Ceres, en quien engendrará a Perséfone, cuyo papel en estas novelas ya ha sido comentado al hablar de Plutón.

La mención de Deméter en las novelas es prácticamente irrelevante. En SS Vest 54, y como colofón a *El cuento de la cámara del tesoro*⁸⁸, Gordiano quiere saber qué fue de Rampsinito.

—¿Y el rey Rampsinito?

—Su recuerdo se celebra todavía como el último de los buenos reyes, antes de que Keops comenzara una larga dinastía de chapuceros. Dicen que después de que se resolviera el misterio de la plata desaparecida, fue al lugar que los griegos y los romanos llaman Hades y jugó a los dados con Deméter. Ganó una tirada y perdió otra. Cuando ya iba a regresar, Deméter le dio una servilleta de oro. Y ése es el motivo por el que los sacerdotes se tapan los ojos con paños amarillos cuando siguen a los chacales al templo de Deméter la noche de la fiesta de la primavera.

Como el cuento anterior, también esto está basado casi al pie de la letra en Heródoto. De hecho, en Heródoto el relato de Deméter y Rampsinito jugando a los dados en el Hades también es colofón del cuento de la cámara del tesoro en *Historias* II, 122, con lo que Saylor toma prestado el cierre para su cuento y lo aprovecha a su manera. No es necesario reproducir aquí el texto del historiador porque, como decimos, el de Saylor es casi una traslación literal de sus palabras. El comentario de Bethesda acerca del recuerdo de Rampsinito como el último de los buenos reyes también está en Heródoto, aunque, como es natural, no encontraremos nunca la palabra chapucero, por más que el historiador también lo creyera cuando escribió en *Hist.* II 124:

Μέχρι μὲν νῦν Ῥαμψινίτου βασιλέος εἶναι ἐν Αἰγύπτῳ πᾶσαν εὐνομίην ἔλεγον καὶ εὐθενέειν Αἴγυπτον μεγάλως, μετὰ δὲ τοῦτον βασιλεύσαντά σφεων Χέοπα ἐς πᾶσαν κακότητα ἐλάσαι.

Volveremos a encontrar a Deméter en JMR Sac 44, sacada a colación asociada a los ritos de la *Bona Dea*. El joven Claudio Nerón, pariente de Clodio y nuevo en la ciudad, ha oído hablar de ese extraño rito y pregunta al pontífice Quinto Lutacio Catulo.

“That’s a touchy question,” Catulus admitted. “We pontifexes are supposed to know all about our native religious practice, but the Good Goddess is rather mysterious. Some identify her with our old Italian goddess Ceres, whom the Greeks call Demeter; other say she is of Asian origin.”

Más adelante entraremos a comentar los ritos de la *Bona Dea*, por lo que nos centraremos en la mención de Ceres. Cuando un resentido Tibulo (I, vi, 15-24) aconseja al marido de Delia que mantenga sobre su esposa un estricto dominio, alu-

⁸⁸ Basado en Heródoto, *Hist.* II, 121.

de no por azar al rito de la *Bona Dea* para dar a entender hasta dónde debe llegar esa extrema vigilancia, ya que este culto era exclusivo para mujeres:

At tu, fallacis coniunx incaute puellae,
me quoque servato, peccet ut illa nihil.
Neu iuvenes celebret multo sermone, caveto,
neve cubet laxo pectus aperta sinu,
neu te decipiat nutu, digitoque liquorem
ne trahat et mensae ducat in orbe notas.
Exibit quam saepe, time, seu visere dicet
sacra Bonae maribus non adeunda Deae.
At mihi si credas, illam sequar unus ad aras;
tunc mihi non oculis sit timuisse meis.

Al parecer el culto a la *Bona Dea*, cuyo templo estaba en el Aventino, se identificaba con Fauna o Fatua⁸⁹, personajes de la mitología romana de oscura diferenciación. En Fauna se ha visto a la hermana y esposa del dios Fauno, y en su nombre relacionado con *Bona Dea* se ha querido ver una vinculación de tipo etimológico: *quae fauet*, la favorable, la Buena Diosa. Su leyenda tiene dos variantes: en la primera es la hija pudorosa de Fauno a quien él quiere violar, aun recurriendo a emborracharla con vino; al no conseguirlo, la azota con varas de mirto hasta que, al fin, la posee transformados en serpientes; en la segunda versión es esposa pudorosa de Fauno, que al hallar un odre con vino se lo bebe completo y, como castigo, es flagelada con ramas de mirto por su marido. Pese a las diferencias anecdóticas, en las dos hay puntos coincidentes: la castidad de Fauna, el vino para doblegar esa castidad y el azote por medio de ramas de mirto, planta de connotaciones eróticas en el mundo antiguo y cuya relevancia en el mito explica que el mirto estuviese prohibido dentro del templo del Aventino.

Así pues, y hasta donde hemos podido investigar, no parece existir relación entre la *Bona Dea* y Ceres o Deméter. De hecho, Steven Saylor vinculará directamente a la *Bona Dea* con Fauna en SS Cat 398: “Era la noche del rito anual de la buena diosa Fauna, una ceremonia estatal que generalmente presidía la esposa del cónsul y que era atendida por las vestales”. Y más adelante, en SS Cat 399:

Yo sentía más curiosidad por la esposa de Cicerón, Terencia. Tuviera o no más fe en Fauna que su marido en Júpiter, lo cierto es que era tan sensible como él a los mensajes divinos. Cuando creyeron que la llama encendida en honor de la diosa se había apagado y luego resurgió de pronto, Terencia mandó recado a su esposo diciéndole que Fauna le había comunicado, a través de una señal, que no tuviera la menor compasión con los enemigos de Roma.

⁸⁹ Ruiz de Elvira, *op.cit.* p. 107.

1.4.1.3. Zeus y Mnemósine: las Musas.

A continuación, Júpiter engendrará en Mnemósine a las nueve Musas, a quien Maddox dedica el título de la cuarta novela de su serie, *The Temple of the Muses*, para referirse al templo que los alejandrinos les consagraron en su ciudad, donde transcurre la trama de la nueva entrega de Decio Cecilio Metelo el joven. Que Júpiter las engendró en Mnemósine, la Memoria, no es la única versión, pero sí es la más consolidada y la que recorre toda la literatura clásica.

Que a las Musas se las menciona tanto en singular como plural también recorre toda la literatura antigua, y así tenemos en Homero (*Odis.* VIII, 62-4):

κῆρυξ δ' ἐγγύθεν ἦλθεν ἄγων ἐρίηρον ἀοιδόν,
τὸν περὶ Μοῦσ' ἐφίλησε, δίδου δ' ἀγαθόν τε κακόν τε·
ὀφθαλμῶν μὲν ἄμερσε, δίδου δ' ἠδεῖαν ἀοιδήν.

Se trata del famoso fragmento donde se presenta a Demódoco, pero también encontramos en Hesiodo la mención genérica a las Musas, como en la conocidísima introducción a la *Teogonia* de los versos 1-4:

Μουσάων Ἑλικωνιάδων ἀρχώμεθ' αἰεῖδεν,
αἶ θ' Ἑλικῶνος ἔχουσιν ὄρος μέγα τε ζάθεόν τε,
καί τε περὶ κρήνην ἰοειδέα πόσσ' ἀπαλοῖσιν
ὄρχεῦνται καὶ βωμὸν ἐρισθενέος Κρονίωνος·

Y también es natural, en la misma literatura clásica, que el poeta se refiera a ellas tanto en singular como en plural (helicónides y piérides, por su hábitat y nacimiento), conviviendo verso con verso como es el caso de Propertio en II, 7-12:

Aetas prima canat Veneres, extrema tumultus
bella canam, quando scripta puella mea est.
Nunc volo subducto gravior procedere vultu,
nunc aliam citharam me mea Musa docet.
Surge, anima, ex humili; iam, carmine, sumite vires;
Pierides, magni nunc erit oris opus.

Nacidas en Pieria pero habitantes del beocio monte Helicón, las Musas se nos presentan en las novelas como alegres divinidades musicales, como es el caso de los versos que recita, precisamente en estilo beocio, el individuo vestido de Sileno en JMR Tem 168, donde introduce a los invitados a la fiesta con dos relevantes versos: “But only Dionysus of the grape, Apollo of the lyre, Eros and the gentle Muses reign”. Reinan el vino, la lira, el amor y la belleza de las musas en general, y no es fortuita la mención de Apolo, pues como sabemos es quien dirige sus cantos y danzas: “Pues merced a las Musas y a Apolo, el Certero Flechador, existen sobre la tie-

rra los aedos y los citaristas”, nos dice el *Himno homérico XXV* a las Musas y a Apolo⁹⁰. Así pues, debemos entender que las Musas son diosas de la alegría, y esto lo confirma el verso 4 del mismo *Himno homérico*: “Feliz aquel a quien aman las Musas. Dulce fluye de su boca la palabra”⁹¹. En efecto, el poeta será feliz si tal sucede, y entonces la palabra será dulce, pero estas palabras no se quedan en un mero recurso formular, si hemos de creer que Ovidio en *Trist.* III, 3-8 sentía cuanto decía al hacer este reproche:

Nec uos, Pierides, nec stirps Letoia, uestro
docta sacerdoti turba tulistis opem.
Nec mihi, quod lusi uero sine crimine, prodest,
quodque magis uita Musa iocata mea est:
plurima sed pelago terraque pericula passum
ustus ab assiduo frigore Pontus habet.

La tradición comenzada con Hesiodo en *Teogonía* quiere que las Musas sean responsables del ἐνθουσιασμός que se apodera del cantor y le hace ser el instrumento de la divinidad para cantar “de los dioses los dones inmortales, y de los hombres los sufrimientos, cuantos sobrellevan por causa de los dioses inmortales”⁹². El poeta es, por ello, un ser poseído, y desposeído del ἐνθουσιασμός, no es más que un simple mortal. Así pues, la inspiración tiene orígenes divinos y por ello el artista queda sometido a su caprichosa voluntad, creencia mítica que ha producido el lugar común —que hoy también persigue a muchos que batallan en el *ars poetica*— de que hay que esperar a que llegue la inspiración, o incluso a la expresión popular de “pensar en las musarañas”. Este lugar común, que ha llegado a nuestra época y del cual se burlan todos los autores serios, es recogida por Borrell en un comentario simpático de Diomedes haciéndose pasar por un célebre escultor en JB At 82:

—Exvotos de nuestros fieles —me presentó—. Costeados con gran esfuerzo, para financiar tus paseos por el campo.
—Sólo las musas rigen el horario de un artista —justifiqué—. Y en ocasiones hay que salir a buscarlas.
—Esperemos que las musas te ayuden si el templo no está a punto en su momento —advirtió amenazadoramente Laodicea.

Quizá sea digno señalar que Borrell menciona a las Musas de manera genéri-

⁹⁰ *Himno homérico XXV*, 2-3:

ἐκ γὰρ Μουσῶων καὶ ἐκηβόλου ἸΑπόλλωνος / ἄνδρες ἀοιδοὶ ἔασιν ἐπὶ χθονὶ καὶ κιθαρισταί.

⁹¹ *Himno homérico XXV*, 4-5:

ὁ δ' ὄλβιος ὃν τινα Μοῦσαι / φίλωνται· γλυκερὴ οἱ ἀπὸ στόματος ῥέει αὐδῆ.

⁹² *Himno homérico III* a Apolo, 189-91:

Μοῦσαι μὲν θ' ἅμα πᾶσαι ἀμειβόμεναι ὅτι καλῆ / ὕμνεῦσιν ῥα θεῶν δῶρ' ἄμβροτα ἠδ' ἀνθρώπων / τλημοσύνας, ὅσ' ἔχοντες ὑπ' ἀθανάτοισι θεοῖσι.

ca y reduciendo su nombre al sustantivo común plural sin mayúscula, como si para él no estuviesen personificadas y se tratase, solamente, de abstracciones populares indefinidas e innominadas como, veremos ahora, no es el caso de Maddox Roberts. Ha sido notablemente reseñado, y es harto sabido, que las funciones de las Musas sólo fueron específicamente definidas en épocas tardías, y que si bien en el Renacimiento sus actividades habían sido fijadas, en la tradición antigua estos menesteres artísticos eran más bien compartidos por todas, pues se consideraba que todas escuchaban cuando se mencionaba el nombre de una, si bien hay unanimidad para Urania, Talía y Clío⁹³. A pesar de ello, el nombre de cada una de ellas, aunque no su función, ya se constata desde la misma *Teogonía* —donde el mismo Hesiodo dice en *Theog.* 75-80 que Calíope es la más señalada de todas, pues acompaña también a los reyes augustos—, así como en el *Himno órfico* LXXIII.

Así pues, en JMR Tem 42-4 Maddox sigue la tradición tardía, ya completamente establecida, a pesar de que todos los indicios indican que no era así durante el periodo histórico en que transcurre su serie de novelas. Decio, que está poco familiarizado con las Musas, se tiene que reconocer algo a sí mismo en JMR Tem 43 cuando entra en el Templo y contempla las bellas esculturas:

I realized then how little I knew of the Muses. I daresay I could have named two or three of them: Terpsichore, because everyone likes dance, and Polyhymnia, because we all sing praises of the gods, and Erato, because she is the Muse of Love poems and her name is similar to Eros. But the others were hazy to me.

Decio recurre a la etimología como recurso nemotécnico, pero el autor hace a Decio un poco más ignorante de lo que debía de ser un romano instruido de su época para no entrar en etimologías que a un lector habitual bien pudieran no decir nada y que nosotros recogemos de la obra de Ruiz de Elvira, donde el filólogo las presenta en *op.cit.* p. 73 siguiendo el mismo orden con que lo hace Hesiodo en los versos mencionados anteriormente: Clío, Gloriosa; Euterpe, Deliciosa; Talía, Floreciente; Melpómene, Celebrada en cantos; Terpsícore, Deliciosa danzante; Érato, Adorable; Polimnia, Cantora de himnos; Urania, la Celeste; Calíope, Bella voz. La traducción de los nombres griegos es más o menos coincidente en todos los autores, pero se pueden encontrar diferencias de matiz en algunos como Robert Graves, o incluso cambios totales de sentido⁹⁴.

En JMR Tem 43-4 el autor hace entrar en escena a Agatón, arcipreste del templo, para completar la enumeración de las Musas y hablar de las competencias de cada una.

⁹³ Cf. Ruiz de Elvira, *op.cit.* 73-5.

⁹⁴ Cf. Graves, *op.cit.* II, pp. 481-508. El autor precisa, sin embargo, que muchos de los significados son dudosos.

“You like our Temple, Senator?” I turned to see a small, bearded man dressed in a simple white, Dorian chiton and a hairfillet of plain white cloth.

“It’s sublime,” I said in a low voice. To speak loudly in this place would be desecration. “I want to sacrifice to them.”

He smiled gently. “Here we do not sacrifice. On their festivals, we offer the goddesses wheat kneaded with honey, and we pour libations of milk and honey and water, that is all. We burn incense to their honor. They are not deities who love the blood of sacrifice. (...) Are you familiar with our goddesses?”

“Just slightly. They aren’t well known in Rome.”

“Then allow me to introduce you.” (...)

“Clio, the Muse of history. Her attributes are the trumpet of heroes and the clepsydra.

“Euterpe, Muse of the flute, and bearer of the flute.

“Thalia, the Muse of Comedy, who bears the mask of comedy.

“Melpomene, the Muse of Tragedy. Her attributes are the tragic mask and the club of Heracles.

“Terpsichore, bearer of the cithara. Muse of lyric poetry and the dance.

“Erato, the Muse of love poetry, who alone of the Muses has neither attribute nor attitude.

“Polyhymnia, Muse of heroic hymn, but also of mime, whose finger touches her lips in the attitude of meditation.

“Urania, the muse of astronomy, whose attributes are the celestial globe and the compass.

“Greatest among them all, Calliope, Muse of epic poetry and eloquence, who bears the stylus and tablets.

La enumeración de las Musas sigue a Hesiodo al pie de la letra, e incluso el comentario final acerca de la gran importancia de Calíope también procede de la *Teogonía* y sirve a Hesiodo, al igual que a Maddox, como broche de su enumeración. Que a las Musas no se les hicieran sacrificios animales no queda tan claro, o quizá esa prohibición fuese exclusiva de Egipto, ya que no parece que en el mundo antiguo fuese una actividad tan impropia, o al menos es lo que se desprende de la lectura de Cicerón en *De Nat. Deor.* III, 88, donde éste dice que *Pythagoras cum in geometria quiddam novi invenisset Misis bovem immolasse dicitur; sed id quidem non credo, quoniam ille ne Apolloni quidem Delio hostiam immolare voluit ne aram sanguine aspergeret*. Duda Cicerón, por tanto, de que Pitágoras hiciese un sacrificio de sangre bajo cualquier circunstancia, pero no duda de que fuera de buen tono sacrificar un buey a las Musas. Agatón también menciona que queman incienso en su honor, lo que se corresponde con el perfume que le asignan en el *Himno órfico* LXXIII. Por otra parte, la representación escultórica de las Musas se ciñe a la tradicional, aunque el dedo de Polimnia que toca sus labios puede interpretarse, también, como señal de silencio.

1.4.1.4. *Júpiter y Leto: Apolo y Ártemis.*

El siguiente matrimonio de Júpiter es con Leto o Latona, ya mencionada en JB At 59, que daría a luz a Apolo y Diana, los dos cánones de la belleza masculina y femenina.

Sobre todo, es Apolo quien tiene una mayor relevancia en esta clase de novelas. La imagen que se nos proporciona del dios se corresponde con la tradicional de un joven de gran belleza como desarrollo del canon clásico, llamado en el *Himno órfico* XXXIII, 9 el de cabellos de oro (χρυσοκόμα)—metáfora que se relaciona con su identificación con el Sol y con sus rayos—, rubiedad que no es sólo característica de su cabello sino que se extiende a todo su ser, y que parece un rasgo heredado de su madre Leto, como se dice en el *Himno homérico* III, 201-6:

αὐτὰρ ὁ Φοῖβος Ἄπολλων ἐγκιθαρίζει
καλὰ καὶ ὕψι βιβάς, αἴγλη δὲ μιν ἀμφιφαίνει
μαρμαρυγαί τε ποδῶν καὶ ἐκκλώστοιο χιτῶνος.
οἱ δ' ἐπιτέρπονται θυμὸν μέγαν εἰσορόωντες
Λητώ τε χρυσοπλόκαμος καὶ μητίετα Ζεὺς
ὕια φίλον παίζοντα μετ' ἀθανάτοισι θεοῖσι.

Así, la imagen que los novelistas recogen es la de la belleza total y embriagadora, como se deduce del comentario irónico que Decio hace en JMR Sat 143, cuando intenta reparar un poco su amor propio diciendo que: “No artist had ever asked me to model for Apollo, but I had not judged myself to be truly repulsive”. Asimismo, en JMR Sat 198 se nos describirá a Milón de manera rotunda por simple alusión al dios: “He (Milo) looked more than ever like a statue of Apollo.” Esta exaltación de la belleza de Apolo, por supuesto, ya está en toda la literatura clásica, y así tenemos que Propertio escribe en II, xxxi, 5-6: *Hic equidem Phoebos visus mihi pulchrior ipso/marmoreus tacita carmen hiare lyra.* Y es además, una belleza que supone el culmen del ideal de juventud, como vemos en Tibulo I, iv, 35-8 cuando se lamenta de su condición de mortal:

Crudeles divi! Serpens novus exuit annos,
formae non ullam fata dedere moram.
Solis aeterna est Baccho Phoeboque iuventas,
nam decet intonsus crinis utrumque deum.

Pero hay que hacer constar que ésta no es una belleza afeminada o adamada, como sería la de Dioniso, sino viril, como se desprende de la descripción que Steven Saylor hace de una tripulación de remeros en SS Just 37-8, donde Saylor contrapone a Apolo con Hércules confrontando, precisamente, la juventud de hombros y brazos

robustos con supervivientes de más edad y con un físico aún más desarrollado, es decir, con un modelo de belleza más basto y caracterizado por una mayor exposición a los avatares de la vida.

Los hombres también se convierten en dioses en galeras. Era evidente que Craso, si es que aquel barco le pertenecía, tomaba la precaución de turnar a los remeros, o puede que los agotara antes que los demás, pues no vi ningún monstruo deforme entre ellos, sino jóvenes con hombros y brazos robustos y algunos supervivientes de más edad con un físico aún más desarrollado; en definitiva, una tripulación de barbudos Apolos, alternándose aquí y allí con un Hércules de cabello cano.

Dentro de este panorama de Apolo como modelo de belleza encontramos, cómo no, el famoso adjetivo en JB At 127: “Me consolé pensando que Héctor, de vuelta a casa tras la jornada laboral alanceando aqueos, no debía presentar una traza mucho más apolínea.” Borrell pone en labios de un griego un concepto moderno, el de apolineidad, que como sabemos no es clásico en su contraposición a lo dionisiaco, sino que tiene su origen en Nietzsche⁹⁵, pero aún así ha conseguido sobrevivir dentro del lenguaje común como sinónimo de bello y bien formado, uniforme y armonioso, e incluso, en tiempos más modernos, asumiendo valores más femeninos a medida que la mujer moderna ha ido imponiendo su papel en la sociedad y, como era de esperar, ha impuesto también el canon de belleza femenina dentro del canon de lo bello masculino.

También los atributos del dios son manejados de acuerdo con el estereotipo, por lo que encontramos que es llamado “Apollo of the lyre” y “Apollo silverbow” en JMR Tem 168 y 185 respectivamente, epítetos repetidos desde la antigüedad, como vemos claramente en el *Himno homérico* III a Apolo: “¡Sean para mí la cítara y el curvado arco!”⁹⁶, y un poco más abajo, “En cuanto a ti, soberano del arco de plata, Certero flechador, Apolo, caminaste unas veces sobre el abrupto Cinto.”⁹⁷ Mientras que el arco es de plata, la lira es representada habitualmente como dorada: *Cum me Castalia speculans ex arbore Phoebus/sic ait, aurata nixus ad antra lyra.* (Prop. III, iii, 13-4).

Como patrón de las artes, Apolo es mencionado en relación con la pintura y también con la música. En SS Just 124 comenta Iaia la pintora que “Los pintores de paredes son simples trabajadores, mientras que a los que pintan con caballete se los trata como si fueran las mismísimas manos de Apolo.”

En la tradición literaria destaca, sobre todo, el Apolo poético musical, del

⁹⁵ Cf. Friedrich Nietzsche, *El origen de la tragedia*. México, 1985. Espasa Calpe Mexicana. [Colección Austral, 356]

⁹⁶ *Himno Homérico* III a Apolo, 131: εἶη μοι κίθαρῖς τε φίλη καὶ καμπύλα τόξα.

⁹⁷ *Himno homérico* III a Apolo, 140-1:

Αὐτὸς δ' ἄργυρότοξε ἄναξ ἑκατηβόλ' Ἄπολλον, ἄλλοτε μὲν τ' ἐπὶ Κύνθου ἐβήσαιο παιπαλόεντος

que encontramos numerosas referencias en la literatura, convirtiendo incluso la música de Apolo en reguladora de estaciones, como en el *Himno órfico* XXXIV, 16-23:

σὺ δὲ πάντα πόλον κιθάρη πολυκρέκτωι
ἀρμόζεις, ὅτῃ μὲν νεάτης ἐπὶ τέρματα βαίνων,
ἄλλοτε δ' αὖθ' ὑπάτης, ποτὲ Δώριον εἰς διάκοσμον
πάντα πόλον κινῶς κρίνεις βιοθρέμμονα φύλα,
ἀρμονίηι κεράσας {τὴν} παγκόσμιον ἀνδράσι μοῖραν,
μίξας χειμῶνος θέρεός τ' ἴσον ἀμφοτέροισιν,
ταῖς ὑπάταις χειμῶνα, θέρος νεάταις διακρίνας,
Δώριον εἰς ἕαρος πολυηράτου ὄριον ἄνθος.

Ante las hieles del amor que le profesa Delia, canta Tibulo con desesperanza (II, iv, 13-4) que *nec prosunt elegi nec carminis auctor Apollo:/ illa cava pretium flagitat usque manu*. Y es que Apolo es fuerza inspiradora del canto, y sin su beneplácito el cantor no podrá llevar su empresa a buen destino, como recuerda Virgilio en *Georg. IV, 6-7: In tenui labor; in tenuis non gloria, si quem/numina laeva sinunt auditque vocatus Apollo*. Ante Jacinto muerto, Ovidio pondrá en labios del propio dios este compromiso artístico de posteridad (*Met. X, 202-6*):

Atque utinam tecumque mori vitamque liceret
reddere! Quod quoniam fatali lege tenemur,
semper eris mecum memorique haerebis in ore.
Te lyra pulsa manu, te carmina nostra sonabunt,
flosque novus scripto gemitus imitabere nostros.

Steven Saylor recrea algunos de estos aspectos en un fragmento de SS Just 98:

Apolonio cantaba en un dialecto del que yo sólo entendía algunas palabras y frases sueltas. Quizá fuera una égloga, porque hablaba de verdes campos, grandes montañas o nubes aterciopeladas; o quizá una leyenda, porque su gloriosa voz pronunció el nombre de Apolo y alabó la luz del sol sobre las rielantes aguas de las Cícladas. «Como gemas en un mar de oro», cantó. «Como los ojos de una diosa en el rostro de la luna». Quizá fuera una canción de amor, pues le oí hablar de cabellos negros como el azabache y de una mirada penetrante como una flecha. O quizá fuera una elegía fúnebre, pues el estribillo repetía una y otra vez «Nunca más, nunca más, nunca más».

El fragmento hace hincapié en algunos de los lugares comunes referidos a Apolo: la mención del dios y su asociación con la luz del sol que se refleja sobre la superficie del mar —veremos a continuación la asociación de Apolo con el sol—, la metáfora del mar de oro —también es el oro material asociado con Apolo, a partir de sus características de Febo, resplandeciente, y su cabello rubio que tantas veces se ha prestado al símil con el preciado metal—; por último, el símil de una mirada penetrante como una flecha, quizá en alusión al propio dios, del que, como ya sabemos,

es característica señera desde los textos más antiguos el portar siempre, como su hermana Diana, el arco y las flechas.

Además, el fragmento recuerda uno de los episodios célebres de Apolo como pastor, cuyo episodio del robo de los bueyes es recreado en el *Himno homérico IV* a Hermes (vv. 62-104) y, de forma dramatizada, en el fragmento de drama satírico *Sabuesos*, de Sófocles. También Tibulo evoca en II, iii, 11-33 el doloroso amor de Apolo por Admeto, cuyos bueyes pasta, y en el que el fragmento de Saylor parece inspirarse tomando como modelo el *Himno a Apolo*, de Calímaco.

Nos ha aparecido esta vinculación, o asociación de ideas entre Apolo y la luz del sol, asociación que no es intrascendente ni surgida al azar, sino mucho más compleja de lo que a simple vista pudiera parecer si seguimos lo que nos cuentan los autores clásicos. También es una asociación difícil de dirimir, como demuestra la sabia y confrontada exposición de Ruiz de Elvira (*op.cit.* pp. 81-2), donde el erudito apunta todas las posibilidades y mayores y menores grados de identificación. Sí que consta como determinado que esta identificación de Febo Apolo con el sol y de su hermana Diana con la luna no es primitiva y se desarrolló más en la poesía latina que en la griega, y con gradaciones variables de intensidad. De esta condición deja constancia Cicerón en *De Nat. Deor.* II, 68:

Iam Apollinis nomen est Graecum, quem solem esse volunt, Dianam autem et lunam eandem esse putant, cum sol dictus sit vel quia solus ex omnibus sideribus est tantus vel quia cum est exortus obscuratis omnibus solus apparet, luna a lucendo nominata sit; eadem est enim Lucina, itaque ut apud Graecos Dianam eamque Luciferam sic apud nostros Iunonem Lucinam in pariendo invocant, quae eadem Diana Omnivaga dicitur non a venando sed quod in septem numeratur tamquam vagantibus.

Es, sobre todo, en Ovidio donde encontramos más casos de esta identificación. Por ejemplo, Febo es sinónimo del Sol, pero no se trata de Apolo, sino del padre de Faetón y personificación del astro, como se advierte en esta comparación entre Épafo y Faetón en *Met.* I, 250-3:

(...) fuit huic animis aequalis et annis
Sole satus Phaethon, quem quondam magna loquentem
nec sibi cedentem Phoeboque parente superbum
non tulit Inachides (...)

En otros casos, sin embargo, el Sol no aparece como un ente personificado, sino como el astro, como en *Met.* IV, 346-9:

tum vero placuit, nudaequae cupidine formae
Salmacis exarsit; flagrant quoque lumina nymphae,
non aliter quam cum puro nitidissimus orbe
opposita speculi referitur imagine Phoebus.

Por último, también es el propio Apolo quien es llamado Febo en Ovidio, como en el colofón a la historia y muerte de la serpiente Pitón y la instauración de los Juegos Píticos, donde Ovidio (*Met.* I, 446-51) nos cuenta que todavía no existía el laurel para coronar las sienes de los vencedores. De Apolo, nos cuenta que

instituit sacros celebri certamine ludos,
Pythia de domitae serpentis nomine dictos.
Hic iuvenum quicumque manu pedibusve rotave
vicerat, aesculeae capiebat frondis honorem.
Nondum laurus erat, longoque decentia crine
tempora cingebat de qualibet arbore Phoebus.

A partir de esta variedad que no pocas veces incita a la confusión, los novelistas incurrir ocasionalmente en errores. Febo, procedente de *phoebus* en latín y Φοῖβος en griego, es vocablo que quiere decir resplandeciente, y tan resplandeciente es el sol como resplandeciente es Apolo, como mencionaba el antes citado fragmento del *Himno homérico*, y el mismo epíteto es igualmente válido para ambos. Sin embargo, como dejó bien establecido Fontenrose⁹⁸, el Sol jamás es llamado Apolo. De aquí vienen ciertas confusiones por parte de Maddox Roberts, como es el caso de JMR Con 83: “—¡Eso consigues, amo! —exclamó Catón alegremente, abriendo la ventana y dejando entrar un horrible rayo de sol matinal, la venganza de Apolo—.” Y en JMR Sat 206: “The sun was high and it flood through my window as though Phoebus Apollo were especially pleased with me”.

Sin embargo, Steven Saylor es más meticuloso a la hora de expresar una idea semejante en SS Vest 177: “Era un día de finales de abril, uno de esos días dorados de primavera que uno desearía que duraran eternamente. El propio Febo parecía convencido; el sol estaba detenido en el cielo como embelesado ante la belleza de la tierra y sin ganas de moverse”.

El aspecto que más se destaca dentro de la biografía de Apolo, por ser el de naturaleza más novelesca, es el del combate del dios con la serpiente Pitón, a la que da muerte en señalada hazaña recogida ampliamente por la tradición clásica, entre ellos Apolodoro, Ovidio e Higino⁹⁹. En el *Himno homérico* a Apolo nunca se la llama Pitón, sino que se la nombra como dragona (δράκαιναν)¹⁰⁰, pero su muerte es la misma: asaeteada por las flechas de Febo. Esta dragona innominada a la que hace alusión el *Himno homérico* ha sido superpuesta con Delfine, y todas las variantes del mito están suficientemente bien expuestas en Ruiz de Elvira¹⁰¹. Así, en Borrell en-

⁹⁸ Citado por Álvarez-Iglesias en la nota 138 de su traducción de *Metamorfosis*.

⁹⁹ Apol. I, i,1; *Met.* I, 416-51; *Fab.* CXL.

¹⁰⁰ En *Himn. hom.* III a Apolo, 300.

¹⁰¹ Ruiz de Elvira, *op.cit.* pp. 79-81.

contramos dos menciones de la serpiente Pitón, como una analogía en JB At 50: “Siguió una lucha a brazo partido, en todo similar a la de Apolo con la serpiente Pitón.”, y también en JB At 126: “La traición ha sido derrotada —declamó Iridia—. Tú has cortado su cabeza venenosa, como el dios Apolo a la serpiente Pitón.”

Son dos menciones en la misma novela donde no se ciñe estrictamente, cuanto menos, a las fuentes consultadas, donde en ningún momento se nos dice que Apolo luchara “a brazo partido”, esto es, cuerpo a cuerpo, con Pitón, sino que fue muerta a flechazos, y tampoco hemos encontrado rastro de que Apolo cortase su cabeza. En el *Himno homérico* el pasaje es más explícito, y el texto asegura que “a ella la oscuridad le veló los ojos y la pudrió allí mismo el sacro vigor de Sol”. Es decir, que se descompuso en cuestión de segundos y Apolo instauró su propio oráculo, de donde las sacerdotisas o pitias toman el nombre del monstruo mitológico.

Estas sacerdotisas de Delfos, inspiradas por el dios y mediante previo estado de trance, eran el instrumento humano mediante el cual la divinidad hacía revelaciones a los mortales. Se las llamaba por el genérico sibilas, que tomaban su nombre de una legendaria Sibila de cuya genealogía, identidad y destino existen varias versiones, aunque para el presente trabajo la que más nos interesa es la Sibila de Eritras, en Lidia, hija de Teodoro y de una ninfa y que fue consagrada contra su voluntad a Apolo y vivió nueve vidas humanas de ciento diez años cada una. Esta Sibila, que en la novela de Saylor *El brazo de la justicia* pasa, desde el conocimiento popular, por continuar viva mediante una red que se transmite al paso de las generaciones, es la famosa sibila de Cumas que tanta importancia tendría en la historia de los orígenes de Roma. En SS Just 149 uno de los personajes dice que: “Cuando la sibila entra en el cuerpo de una de sus sacerdotisas, ésta puede hablar con la voz del propio Apolo.”

Es decir, la Sibila legendaria toma posesión de una sacerdotisa, y sólo entonces ésta puede hablar con la voz de Apolo. Este fragmento está muy posiblemente inspirado en *Met.* XIV, 101-53, donde la propia Sibila cuenta a Eneas —en su descenso al Hades que fue anteriormente descrito por Virgilio— que ella llegará a tan avanzada edad que, como Titono, acabará por consumirse hasta que de ella sólo quede su voz, voz cuya presencia se hará notoria a través de las sucesivas sacerdotisas del culto de Apolo en Cumas (*Ibid.* 147-53).

Tempus erit, cum de tanto me corpore parvam
longa dies faciet, consumptaque membra senecta
ad minimum redigentur onus: nec amata videbor
nec placuisse deo, Phoebus quoque forsitan ipse
vel non cognoscet, vel dilexisse negabit:
usque adeo mutata ferar nullique videnda,
voce tamen noscar; vocem mihi fata relinquent.'

Otra alusión al carácter inspirador de Apolo se da, aunque en tono simpático,

en JMR Sac 196: «“A great revelation came to me while we were watching *Trojan Women*.” “A vision from Apollo!” she cried, clapping her hands.» En efecto, puesto que es Apolo quien envía mensajes reveladores a los mortales, así como imágenes clarividentes, Decio resuelve el misterio de la entrada de Clodio en la casa del *Pontifex Maximus* por una imagen supuestamente enviada por el dios. Como Cadmo buscando a su hermana Europa consultó al dios y siguió sus consejos acerca de lo que tenía que hacer (*Met.* III, 10-4), y tantos otros ejemplos de la literatura clásica.

Como divinidad de resplandeciente belleza, no es de extrañar que Febo Apolo haya tenido numerosos amores con ninfas y mortales, y una representativa descendencia. De entre estos hijos de Apolo y nietos de Júpiter, no faltan alusiones en las novelas a dos de los más importantes: Asclepio o Esculapio y Orfeo.

Asclepio es recordado continuamente en la serie de novelas de Maddox Roberts por medio del personaje secundario Asclepíodes, un griego que desarrolla sus actividades médicas —pero sobre todo forenses, en uno de los más llamativos anacronismos de una serie rica en ellos— en Roma, precisamente en el templo de Esculapio de la isla Tiberina. Este Asclepíodes practica la cirugía con gran escándalo de la comunidad científica de la época, como leemos en JMR Tem 30: «“He is rumored to practice surgery. Cutting with the knife is strictly forbidden by the Hippocratic oath.” “Apollo forbid it!” I said, scandalized.»

Sin embargo, Asclepíodes no es un heterodoxo sin más ni más, sino que defiende sus puntos de vista apelando, cómo no, al divino Homero, donde encuentra argumentos para justificar, durante un congreso en Alejandría, la innovación de la cirugía ante un público reacio, como siempre, a las innovaciones científicas y a los progresos del adelanto humano:

“Before even the divine Hippocrates, there was the god of healing, Asklepios. And do we not read in the *Iliad* that his own son, Machaon, with his own hands tended the wounds of the Greek heroes, even withdrawing an arrowhead in one instance?” I applauded this point vigorously, and there were learned murmurs that this was a valid point.

En efecto, no sólo es mencionado Macaón en la *Iliada*, sino también su hermano Podalirio, ambos considerados excelentes médicos y recordados siempre como hijos de Asclepio (*Il.* II, 731-2), tan bien considerados que le dirá Idomeneo a Néstor que “Un hombre que es médico vale por muchos otros/para extraer saetas y espolvorear benignas medicinas”¹⁰². Asclepíodes también menciona al divino Hipócrates, cuya familia afirmaba descender del mismísimo Asclepio.

El episodio que recuerda Asclepíodes se halla, precisamente, entre los versos 193 y 219 del canto IV de la *Iliada*, y en él Macaón extrae a Menelao una flecha con

¹⁰² En *Il.* XI, 514-5:

ιητρος γαρ ανηρ πολλων ανταξιος αλλων/ ιους τ' εκταμνειν επι τ' ητια φαρμακα πασσειν.

sus propias manos (vv. 210-9), como recuerda el personaje creado por Maddox:

ἀλλ' ὅτε δὴ ῥ' ἴκανον ὅθι ξανθὸς Μενέλαος
βλήμενος ἦν, περὶ δ' αὐτὸν ἀγγέραθ' ὄσσοι ἄριστοι
κυκλός, ὃ δ' ἐν μέσσοισι παρίστατο ἰσόθεος φώς,
αὐτίκα δ' ἐκ ζωστήρος ἀρηρότος ἔλκεν οἰστόν·
τοῦ δ' ἐξελκομένοιο πάλιν ἄγεν ὄξεες ὄγκοι.
λῦσε δέ οἱ ζωστήρα παναίολον ἠδ' ὑπένερθε
ζῶμά τε καὶ μίτην, τὴν χαλκῆες κάμον ἄνδρες.
αὐτὰρ ἐπεὶ ἶδεν ἔλκος ὅθ' ἔμπεσε πικρὸς οἰστός,
αἶμ' ἐκμυζήσας ἐπ' ἄρ' ἦπια φάρμακα εἰδῶς
πάσσε, τά οἱ ποτε πατρὶ φίλα φρονέων πόρε Χείρων.

El mismo Decio comentará de Asclepíodes en JMR Con 188 que “este Asclepíodes era un doctor muy excéntrico, que cortaba y cosía él mismo”, y luego nos revelará, por medio de una broma en JMR Con 188-9, que “le llamaban Asclepíodes por el dios de la medicina, Asclepios, que era como denominaban los griegos a Esculapio. Los griegos no saben pronunciar nada correctamente.”

Poco más se desprende de la representación de Esculapio. Hijo de Apolo y de Corónide —en la versión más extendida—, es el héroe y dios de la medicina, que aprendió del centauro Quirón mencionado en el anterior fragmento homérico. Se menciona su atributo característico en JMR Mist 249-50: “(...) era más bien el pesado báculo rodeado por una sola culebra asociado a su tocayo, Asclepio, el hijo de Apolo y dios de la medicina”. Se trata de un símbolo bien conocido y en todo se ajusta a lo que nos han transmitido los autores clásicos, entre ellos Ovidio en *Met.* XV, 658-62, que pone estas palabras en su boca:

Pone metus! veniam simulacraque nostra relinquam.
Hunc modo serpentem, baculum qui nexibus ambit,
perspice et usque nota visu, ut cognoscere possis!
Vertar in hunc: sed maior ero tantusque videbor,
in quantum verti caelestia corpora debent.

También es Ovidio (pero también Virgilio en *Georg.* IV) la fuente más destacada para una de las leyendas más hermosas de la mitología: la del amor de Orfeo y Eurídice, que nunca es mencionada, pero sí es recordada por Borrell la travesía que Orfeo hizo desde el Hades hasta la tierra. En JB Azul 213 Alcímenes nos cuenta que “Supongo que antes de repasar los enigmas pendientes desearás que te hable un poco de mi regreso del Averno. Al fin y al cabo entre nuestros compatriotas sólo Hércules, Orfeo y yo lo hemos conseguido.” Mientras que de Hércules hablaremos un poco más adelante y de Orfeo sólo se constata que bajó y subió, hemos transcrito el pasaje para anotar la omisión de que, de acuerdo con la mitología, también Sísifo descendió al Hades y regresó para gozar de la luz del sol, aunque bien es verdad que

abusando de la “buena voluntad” de Hades y Perséfone, y valiéndose del engaño.

En JB At 80 Diomedes el exquiriente nos dice que “A continuación me encomendé a las viejas divinidades del Ática y, con prohibición expresa de mirar abajo, como Orfeo hacia atrás de vuelta del infierno, comencé a tantear con las botas en busca del peldaño siguiente.” En efecto, la condición convenientemente explícita la tenemos, nuevamente, en Ovidio (*Met.* X, 50-63), así como el desarrollo del retorno de Orfeo a la tierra y su trágico colofón:

Hanc simul et legem Rhodopeius accipit heros,
ne flectat retro sua lumina, donec Avernas
exierit valles; aut inrita dona futura.
Carpitur adclivis per muta silentia trames,
arduus, obscurus, caligine densus opaca,
nec procul afuerunt telluris margine summae:
hic, ne deficeret, metuens avidusque videndi
flexit amans oculos, et protinus illa relapsa est,
bracchiaque intendens prendique et prendere certans
nil nisi cedentes infelix arripit auras.
Iamque iterum moriens non est de coniuge quicquam
questa suo (quid enim nisi se quereretur amatam?)
supremumque 'vale,' quod iam vix auribus ille
acciperet, dixit revolutaque rursus eodem est.

Ártemis, la Diana romana hija de Leto y hermana gemela de Febo Apolo es, a grandes rasgos, la representación femenina de muchos de los valores de su hermano¹⁰³, hasta el punto de que muchas veces son mencionados por el mismo epíteto resplandeciente, donde sólo se produce el lógico cambio de sexo, pasando de Febo a Febe, como en Ovidio (*Met.* VI, 214-17):

Adiectura preces erat his Latona relatis:
'desine!' Phoebus ait, 'poenae mora longa querella est!'
Dixit idem Phoebe, celerique per aera lapsu
contigerant tecti Cadmeida nubibus arcem.

La analogía de luminosidad compartida es evidente, y ya hemos visto cómo Febo fue asociado con el sol, y al mismo tiempo, Febe Diana lo fue con la luna. Así, en SS Sang 370 leemos que “La luna brillaba intensamente como el ojo de Diana. Diana es cazadora esta noche, como quiere la tradición, y Sexto era la presa. La luz de la luna lo envolvió como una red.”

Que la luna es el ojo de Diana se lee, por ejemplo, en un fragmento de las *Cardadoras*, de Esquilo, que cita Ruiz de Elvira: “ojo estrellado de la doncella La-

¹⁰³ Con frecuencia se dice de ella que es “certera flechadora”, característica compartida con Febo. Cf. ambos casos en *Himn. hom.* IX.

toa.” (*op.cit.* p. 81), y por otra parte no se dice más en el fragmento de Saylor que Diana es cazadora como quiere la tradición, tradición que se recoge en numerosas alusiones a la diosa a lo largo de la novela. Sería interesante reproducir ahora un fragmento de Borrell en JB At 13-4 donde, con su habitual estilo desenfadado, el autor español resume muchas de estas características, para confrontarlas con los textos clásicos:

A falta de otro sospechoso, recopilé información abundante sobre la diosa Diana. Así verifiqué que ésta no tenía casi nada que ver con nuestra Artemisa helena, que como todo el mundo sabe es una joven púdica y algo histérica que corre por el bosque con su arco y su ciervo. La presunta culpable era la temible Brauronia, sombría divinidad de la Táuride, con especial debilidad por los sacrificios humanos. La influencia romana había latinizado su nombre —en prueba de que ni los dioses se sustraían al esnobismo de la época—, aportado a la bosforiana algunos atributos de la Diana clásica y proscrito oficialmente las muertes rituales, aunque ninguno de los marineros consultados se declarase dispuesto a transitar cerca del templo por la noche.

El fragmento es importante porque en él no sólo se dibuja con tres pinceladas a la diosa sino que se implican fenómenos culturales y divergencias en la tradición mitográfica. El autor representa a la Ártemis helena como “joven púdica y algo histérica que corre por el bosque con el arco y su ciervo”, lo que parece una parodia consciente del texto de los *Himnos homéricos*, de los que daremos algunos ejemplos: “Tampoco la estrepitosa Ártemis, la de las áureas saetas, la somete jamás al yugo del amor la risueña Afrodita. Pues le agrada el arco, abatir fieras en los montes, (...) así como las arboledas umbrías”, se nos dice en el *Himno homérico V* a Afrodita¹⁰⁴. En el *Himno homérico XXVII*, dedicado por completo a Ártemis, se repiten más o menos los mismos elementos, como en los dos primeros versos: “Canto a la tumultuosa Ártemis, la de las áureas saetas, la virgen venerable, cazadora de venados, diseminadora de dardos...”¹⁰⁵ También en el *Himno órfico XXXVI* se repiten algunos de estos epítetos. Se la llama noctámbula en el verso 6 (νυκτερόφοιτε) —a lo que se alude en el primer fragmento de Saylor cuando se nos habla de la noche de Diana—, y también “que disparas a los ciervos” (XXXVI, 11). En cuanto al calificativo histérica que le dedica Borrell creemos ver, más que una suposición sobre los efectos “psicológicos” de su abstención sexual, una broma con respecto a los epítetos que usan los tres Himnos antes mencionados cuando dicen que es “estrepitosa”, “tumultuosa” y “retumbante”.

¹⁰⁴ *Himn. hom.* V, 16-20:

οὐδέ ποτ' Ἀρτέμιδα χρυσηλάκατον κελαδεινήν/ δάμναται ἐν φιλότῃ φιλομμειδῆς Ἀφροδίτῃ / καὶ γὰρ τῇ ἄδε τόξα καὶ οὖρεσι θήρας ἐναίρειν, / φόρμιγγές τε χοροὶ τε διαπρύσιοί τ' ὀλολυγαὶ / ἄλσεά τε σκιάοντα δικαίων τε πτόλις ἀνδρῶν.

¹⁰⁵ *Himn. hom.* XXVII, 1-2:

Ἄρτεμιν ἀεῖδω χρυσηλάκατον κελαδεινήν παρθένον αἰδοίην ἐλαφιβόλον ἰοχέαιραν

Nos continúa diciendo Diomedes que la Artemisa helénica no tiene nada que ver con la Diana del país de los Tauros, a la que se confunde con la temible Brauronia. En realidad esta Brauronia no es tal, pero la confusión con el país de los Tauros procede del episodio relevante del mito de Ifigenia, que según unos iba a ser sacrificada en Áulide y según otros, en Braurón, ambas ciudades de Grecia. En el primer caso, Ifigenia fue conducida al país de los Tauros donde se convirtió en sacerdotisa de Ártemis y tenía la responsabilidad de sacrificar a la diosa a todos los extranjeros que llegasen a su tierra —de ahí la alusión de Borrell a la debilidad por los sacrificios humanos—, donde sirvió muchos años. Según otra versión, Ifigenia fue sustituida por una osa, de donde se instauraron las Brauronias o fiestas donde las doncellas se disfrazaban con piel de oso para conmemorar el evento¹⁰⁶.

En la línea de los ejemplos expuestos anteriormente siguen las siguientes alusiones a la diosa, olvidando cualquier referencia a otros episodios donde ésta tuviese su relevancia. En JB At 8 se nos vuelve a hacer mención de sus áureas saetas, aunque se trata de una metáfora para describir un rayo mortal: “La flecha de Diana fulgió; y los fragmentos del blasfemo volaron por el bosque sagrado, como las gaviotas ante el mascarón de la nave.”

En JB At 29 se retoman tres importantes características de la divinidad, la de su castidad, su afición por la caza del ciervo y la mención de la flecha:

Una persona crédula diría que la diosa quiso perder a mi hermano. Le tentó con un ciervo mágico, invisible para los demás, que despertó su instinto cazador, y una vez en el recinto sagrado le fulminó con una de sus flechas.

—¿Qué podía tener Diana contra tu hermano?

—Es la protectora de la castidad y la virtud, ya sabes. Polemón debía de resultar su enemigo número uno.

Como protectora de la castidad y la virtud goza, en efecto, de notoria influencia y es, asimismo, mencionada como modelo de referencia para Dafne en Partenio de Nicea (*Narrationes amatoriae* XV), pero sobre todo en Ovidio (*Met.* I, 481-7), cuando desprecia los himeneos sistemáticamente, aunque bien es cierto que influida por una jugarreta de Cupido:

Saepe pater dixit: 'generum mihi, filia, debes,'
saepe pater dixit: 'debes mihi, nata, nepotes';
illa velut crimen taedas exosa iugales
pulchra verecundo suffuderat ora rubore
inque patris blandis haerens cervice lacertis
'da mihi perpetua, genitor carissime,' dixit
'virginitate frui! Dedit hoc pater ante Dianae.'

¹⁰⁶ Cf. Eurípides, *Iphigenia en el país de los Tauros*, vv. 1-40.

Así como Apolo es convertido en referencia incontestable de belleza masculina, también a Diana la presentan los novelistas como el canon de belleza femenina, como podemos observar en dos citas de Maddox donde, además, se recrea el atavío característico de la diosa. Así lo vemos en JMR Sac 169: “The gods sent me visions. I thought I saw the goddess Diana, in her brief hunting tunic, bow and quiver, but then she became Clodia, and she was laughing at me.” Y el estereotipo se repite también en JMR Sat 198: “Less edifying was the sight of his long, muscular arm draped over the shoulders of Fausta. She was dressed almost as minimally as he was, in a hunting tunic like Diana’s, girdled up to show off her long, shapely thighs.”

Entre los personajes legendarios relacionados con Diana es mencionado Acteón en JB At 25:

Volví instantáneamente la cabeza. La princesa Iridia nadaba en el estanque con inmejorable estilo. Se había recogido el cabello con varias horquillas que, por lo que la tenue capa de agua dejaba vislumbrar, constituían su única vestimenta. Por menos que eso Acteón había sido despedazado por los perros.

El mito de Acteón devorado por sus perros ha sido transmitido con algunas variantes. En Apolodoro III, iv, 4 encontramos recogidas las dos versiones de la ofensa de Acteón que le causó la muerte: la primera, que ofendió a Zeus por pretender a Semele, y la segunda porque vio desnuda a Ártemis mientras se bañaba. También en Higino encontramos dos versiones distintas. En la *Fábula CXXX* se nos dice que vio a Diana desnuda mientras se bañaba y quiso forzarla, mientras que en la *Fábula CXXXI* Acteón es simplemente testigo casual y desafortunado de la desnudez de la diosa, que le transforma en ciervo para que no pueda comentar la belleza de sus desnudeces, y esto causa su muerte. Higino recoge dos versiones, pero la segunda se basa en Ovidio (*Met.* III, 138-252), obra que de nuevo cincela perfectamente como modelo para la posteridad un episodio mitológico: Acteón descubre por azar a la diosa bañándose, y ésta, para que Acteón no pueda contarle, lo convierte en ciervo y es devorado por sus propios perros. El fragmento de Borrell, donde se nos dice que la princesa Iridia nada bajo una tenue capa de agua parece estar inspirado en la imagen que Ovidio nos proporciona de Diana, de la que este fragmento contiene reminiscencias, cuando escribe en *Met.* III, 161-4:

Fons sonat a dextra tenui perlucidus unda,
margine gramineo patulos incinctus hiatus.
Hic dea silvarum venatu fessa solebat
virgineos artus liquido perfundere rore.

No menos importante fue el culto de Diana en el mundo antiguo, siendo especialmente su templo en Éfeso el epicentro de adoración, pero las referencias a este

lugar serán comentadas en el apartado correspondiente, al no tener que ver directamente con la divinidad y sí con su culto.

Además del extraño culto profesado a Diana en el país de los Tauros, en la novela de Saylor *Last Seen in Massilia* encontraremos nada menos que el culto de los massilienses a una Ártemis autóctona a la que llaman *xoanon*¹⁰⁷ que en realidad no es sino un meteorito caído a la tierra que enseguida fue adorado por sus primitivos habitantes hasta el punto (SS Last 224) de que todos adoran en la ciudad a esta roca extraterrestre en la que se quiso ver la representación de Ártemis que protegió a Massilia durante quinientos años (SS Last 255) y que, según la leyenda narrada en SS Last 211 “descended from the heavens and crossed the seas with our forefathers, who watches all that transpires in this city”. El primer encuentro con el extraño meteorito en el templo de Ártemis propiciará que un soldado explique la historia de esta figura que, según Gordiano, difícilmente podría parecer la figura de un dios y estaría más próxima a recordar a una Górgona (SS Last 6). El soldado le contará la historia a Gordiano en SS Last 7-9:

“Oh, her!” Said the soldier. “Never fear, it’s only Artemis.”

I frowned and studied the thing. “Artemis is the goddess of the hunt and of wild places. She carries a bow and runs with a stag. She’s beautiful.”

“Then the Massilians have a strange idea of beauty”, said the soldier, “because this is the Temple of Artemis, and that... whatever it is... on the pedestal is the goddess herself. Would you believe they brought that thing all the way from Ionia when they migrated here five hundred years ago? That was even before Romulus and Remus suckled the she wolf, or so the Massilians claim.”

“Are you saying a greek sculpted this? I can hardly believe that.”

“Sculpt? Did I say sculpt? Nobody *made* that thing. It fella from the sky, trailing fire and smoke—so the Massilians say. Their priests declared it was Artemis. Well, if you look at it from a certain angle you can sort of see...”

He shook his head. “Anyway, Artemis is who the Massilians worship above all the other gods. And this is *the* Artemis that belongs to them alone. They carve wooden copies of that thing, miniatures, and keep them in their houses, just like a Roman might keep a statue of Hermes or Apollo.

1.4.1.6. *Júpiter y Juno: Marte.*

Última esposa mencionada por Hesiodo, la celosísima Hera sólo será recordada significativamente en una ocasión, concretamente en SS Just 49 y como una estatua de Policleto, por lo que analizaremos este detalle en su apartado correspondiente. Cabe destacar que la esposa de Júpiter no es mencionada con su nombre griego, sino por el latino de Juno.

¹⁰⁷ La explicación del vocablo lo tenemos en SS Last 9: “The skystone is called a *xoanon*, and *xoanon* is what the massilians call the images of Artemis they carve from wood”.

Juno será la madre de cuatro divinidades: Hebe o Iuventus (de la que no hay rastro en las novelas que nos ocupan), Ares o Marte, Ilitía o Lucina y Hefesto o Vulcano.

Que Ares es hijo de Juno no admite controversia, aunque la paternidad de Júpiter es puesta en duda en una versión de Ovidio donde Juno habría parido a Marte sin relación sexual, gracias a una flor mágica¹⁰⁸.

Son pocas las referencias a Marte, aunque Saylor titula con su nombre una de las partes de su novela *Rubicón*, precisamente aquella en que la guerra comienza a convertirse en protagonista absoluta de la saga *Roma sub Rosa*. Los massilienses de origen griego le dedicarán cánticos a Ares y a Ártemis durante el asedio de la ciudad (SS Last 150), y Gordiano susurrará una plegaria en su honor cada vez que se reencontra con Metón sano y salvo (SS Rub 202), pues encontramos un par de alusiones personales a sus características y apenas la mención de uno de sus más famosos episodios. Entre las primeras, una mención velada a sus fieras características en JMR Tem 168 al dejarse bien claro que no hay sitio para él en una fiesta: “Friends, enter these sacred precincts/in peace of heart and expectation of joy./Here Ares has no home (...)”. Otra alusión es la anteriormente mencionada contraposición entre los hijos de Neptuno y los hijos de Marte de JMR Mist 226, donde más que nada lo que se pretende destacar es el heroísmo de los hombres de Tigranes citando a Marte y a sus hijos como lógicos modelos de valor: “El valiente Tigranes *el Joven* (...) ha ofrecido los servicios de sus osados y briosos compañeros, porque los hijos de Neptuno se aventuran donde los de Marte no osan.”

No hallamos mayor énfasis en Marte, y por ello no podemos decir si la visión que los novelistas ofrecen del dios sea mayor o menormente positiva o negativa, ya que, como sale a relucir de dos himnos contrastados, a veces se exalta el carácter noble del guerrero Marte mientras que en otras se cargan más las tintas en los aspectos temibles de la divinidad. De esta manera, en el *Himno homérico VIII* a Ares hallaremos expresiones laudatorias y amables: “de intrépido corazón”, “salvador de ciudades”, “padre de la victoria que concluye con bien la guerra, auxiliador de la justicia”, etcétera¹⁰⁹, mientras que en el *Himno órfico LXV*, aun poniendo de relieve idénticas acciones fruto de una sola naturaleza, veremos que el estilo es menos optimista y más grave, como en los versos 3-5:

Ἄρες ἄναξ, ὀπλόδουπε, φόνους πεπαλαγμένος αἰεῖ,

¹⁰⁸ Lo leemos en *Fast.* V, 255-8: *Protinus haerentem decerpsi pollice florem;/tangitur, et tacto concipit illa sinu./Iamque gravis Thracen et laeva Propontidos intrat,/fitque potens voti, Marsque creatus erat.*

¹⁰⁹ *Himn. hom.* VIII, 1-5:

Ἄρες ὑπερμένετα, βρισάρματε, χρυσεοπήληξ, / ὀβριμόθυμε, φέρασπι, πολισσόε, χαλκο-κορυστά, / καρτερόχειρ, ἀμόγητε, δορυσθενές, ἔρκος Ἰούλιου, Νίκης εὐπολέμοιο πάτερ, συναρωγὲ / Θέμιστος, ἀντιβίοισι τύραννε, δικαιοτάτων ἀγὲ φωτῶν.

αἷματι ἀνδροφόνῳι χαίρων, πολεμόκλονε, φρικτέ,
ὄς ποθέεις ξίφεσίν τε καὶ ἔγχεσι δῆριν ἄμουσον·

“Rey Ares, que amas el asesinato; mojado siempre de sangre humana, espantoso, que excitas el combate, que te complaces en el choque de las espadas y de las lanzas”, etcétera. No encontramos, pues, que en estas novelas, y a la vista de los mínimos comentarios sobre el dios, se cargue un plato de la balanza más que otro.

En cuanto a las historias protagonizadas por Marte, no hay más que una alusión en JMR Sac 198 al célebre episodio de los amores del dios con la adúltera Afrodita, que son puestos en evidencia por el ingenioso Hefesto: «“What do you mean, master? I don’t know what are you talking about!” At least he had the grace to look as guilty as Mars in Vulcan’s net». Como sabemos, el episodio está narrado por Homero en la *Odisea*, que lo pone en boca de Demódoco, el divino aedo, entre los versos 266 y 369, donde nunca se menciona, sin embargo, que Ares se muestre avergonzado de ser descubierto por Hefesto y puesto en evidencia ante todos los dioses, aunque lo comprometido de la situación pueda invitar a que se desprenda un comentario semejante.

Ilitía es la diosa que atiende los partos, como recuerda Diomedes de Atenas en JB At 49: “Las romanas tienen prohibido lamentarse en el parto —exhorté—. Murmuran oraciones a la diosa Ilitía”. A Ilitía la llama Homero (Il. XVI, 187) “la de penosos alumbramientos” (μογοστόκος Εἰλείθια), pero no parece que sea más que un formalismo, ya que no se especifica en ninguna parte que la diosa atienda sólo los partos difíciles, sino todos en general, en la idea bien sabida por todos de que todos los partos son penosos. Detrás de la alusión de Borrell bien podría estar el texto de Ovidio (*Met.* IX 281-4):

Incipit Alcmena: 'Faveant tibi numina saltem,
conripiantque moras tum cum matura vocabis
praepositam timidis parientibus Ilithiam,
quam mihi difficilem Iunonis gratia fecit.

El mismo Borrell volverá a mencionar a la diosa en JB At 50, una vez que la cémpsica ha dado a luz, y Diomedes descubre que a los niños hay que cortarles el cordón umbilical, por lo que no le queda más remedio que hacerlo: “Por fortuna la diosa Ilitía guió mis movimientos y ante mi inmensa sorpresa el cable resultó doblemente agarrotado y seccionado de un limpio tajo entre las ligaduras”. Se trata, en este caso, de una nueva personificación como la de Ovidio en el fragmento de *Metamorfosis*.

1.4.1.7. Júpiter y Juno: Hefesto o Vulcano.

El último de los hijos de Júpiter y Juno, a quien Homero y Hesiodo llamaban el ínclito cojo (*Od.* VIII, 300 y *Theog.* 945), es Hefesto o Vulcano, a quien las novelas dejan mal parado: se le menciona de pasada con su nombre latino, como ya hemos visto al hablar de Marte, en JMR Sac 198, y sólo hace acto de presencia en la siguiente novela de Maddox, en JMR Tem 168 como Hefesto, pero nada más: “Here dread Ares has no home,/nor does hardworking Hephaestus toil”.

Ya recoge Apolodoro (I, ii, 5) la doble tradición acerca de su origen: para unos, el dios es hijo unigénito de Hera, como es el caso de Hesiodo (*Theog.* 927-9):

Ἥρη δ' Ἥφαιστον κλυτὸν οὐ φιλότῃτι μιγείσα
γείνατο, καὶ ζαμένησε καὶ ἤρισεν ᾧ παρακοίτη,
ἐκ πάντων τέχνησι κεκασμένον Οὐρανίωνων.

Pero en Homero (*Il.* I, 577-9) leemos que Hefesto llama claramente padre a Zeus:

μητρὶ δ' ἐγὼ παράφημι καὶ αὐτῇ περ νοεούση
πατρὶ φίλῳ ἐπίηρα φέρειν Δίί, ὄφρα μὴ αὐτε

Como quiera que sea, Hefesto es el gran creador de ingenios o seres sorprendentes y maravillosos por los que es recordado en estas novelas: Pandora, el carro del Sol, los bueyes de Cólquide, etcétera. Es la encarnación del fuego terrestre, y con él es muchas veces identificado directamente, como en el *Himno órfico* LXIII donde, como muchas veces en Homero, Hefesto es sinónimo o trasposición de la palabra fuego. En poesía también encontramos que Vulcano es regidor del fuego como elemento, y a él se recurre a veces, como en Tibulo (I, ix, 49-50): *Illa velim rapida Vulcanus carmina flamma/ torreat et liquida deleat amnis aqua.*

Pandora, criatura excepcional y primera del linaje de mujeres es recordada en JMR Mist 190, como metáfora en una conversación entre Milón y Decio: “En cualquier caso el amuleto es una especie de llave que abre el arcón de secretos”. Decio responde con la referencia a Pandora: “Procura mostrarte cauto con arcones como ése. No olvides la caja de Pandora”.

La expresión “caja de Pandora” para referirse a invocar las desgracias es común entre los hablantes cultos y la historia está bien atestiguada desde Hesiodo (*Op.* 54-105), pero el beocio menciona una jarra, y no una caja. Los fragmentos de Hesiodo acerca de la primera mujer, Pandora, han suscitado no pocos estudios acerca de la misoginia del autor, que en buena parte no es sino el reflejo de una sociedad campesina y misógina. La cita de Maddox, de manera muy sutil y en el fondo, recoge esa idea ciertamente misógina de Pandora como castigo y fuente de males, de

Pandora como antifuego para contrarrestar la bondad del fuego que Prometeo regala a los hombres. La mujer, que es vaginalmente húmeda, es donde el hombre apaga su σπέρμαπυρός en palabras de Homero¹¹⁰.

1.4.1.8. Júpiter y Maya: Hermes o Mercurio.

Hermes o Mercurio es el hijo que con la titánide Maya tuvo Júpiter¹¹¹, por lo que merece mención aparte al no tratarse de descendencia tenida de una de sus esposas, pero tampoco de mortal como serán los siguientes casos. Ya en Hesiodo encontramos que su ocupación principal es la de heraldo de los dioses, como se afirma en el verso 939 de *Teogonía*. Si bien nunca es mencionado por su nombre griego, sí es cierto que Hermes —como Talía es nombre de prostituta en *Sangre romana*— es el nombre del pícaro y taimado esclavo de compañía de Decio Cecilio, protagonista de las novelas de Maddox, con quien comparte ciertas características relativas, principalmente, al carácter desenvuelto y a veces lenguaraz del joven esclavo. Efectivamente, Mercurio es un dios juvenil y alegre, y es así como quieren recordarlo con frecuencia los textos clásicos, donde alegra a Apolo con su presencia¹¹² o bien relaja la tensión e incita a la risa en el episodio de los amores de Venus y Marte atrapados en la red de Vulcano en *Od.* VIII, 333-43. Este carácter también le ha hecho tener relevancia en la comedia (cf. *Anfitrión*, de Plauto). En el final del *Himno homérico XVIII* —que no es sino la introducción del IV salvo por esta invocación final— se le llama “dispensador de alegría y dador de bienes”¹¹³. El dios Mercurio recoge en su esencia el espíritu de la adolescencia eterna. En las novelas nunca se alude a ninguno de sus célebres episodios, sino más bien a sus atributos y a sus campos de ingerencia. Con respecto a los atributos, destacan el caduceo y las sandalias. En JMR Mist 249 leemos la descripción de un caduceo de Asclepiodes del que se especifica que no es como el de Mercurio:

Se trataba de un caduceo de treinta centímetros de largo, fabricado en plata y montado sobre una base de alabastro. No era el que solía llevar Mercurio en las esculturas, con dos culebras enroscadas en la vara rematada con un par de alas, sino más bien el pesado báculo rodeado por una sola culebra asociado a su tocayo, Asclepio.

La representación que hace es la tradicional, principalmente de influencia

¹¹⁰ A este respecto, es muy interesante el artículo de María José Rodríguez Mampaso, “Los paisajes reflejados: Pandora”, en Alvar, Blánquez, Wagner (ed.), *Sexo, muerte y religión en el mundo clásico*. Madrid, 1994, Ediciones Clásicas, pp. 17-25.

¹¹¹ *Theog.* 938-9:

Ζηνὶ δ' ἄρ' Ἀτλαντὶς Μαίη τέκε κούδιμον Ἑρμῆν, / κήρυκ' ἀθανάτων, ἱερὸν λέχος εἰσαναβάσα.

¹¹² Cfr. *Himno homérico IV*, 30 y ss.

¹¹³ *Himno homérico XVIII*, 12:

χαῖρ' Ἑρμῆ χαριδῶτα διάκτορε, δῶτορ ἑάων.

pictórica, aunque algunos de esos rasgos hemos podido rastrearlos en la literatura. En efecto, si el caduceo es de plata no puede ser el de Mercurio, pues todas las fuentes consultadas lo presentan como dorado y es regalo de Apolo, como leemos en el *Himno homérico IV*: “Te daré una hermosísima varita de abundancia y riqueza, de oro, de tres hojas, que te conservará sano y salvo, llevando a cumplimiento todos los decretos de palabras”¹¹⁴. En cuanto a las aladas sandalias, son recordadas como ejemplo de la velocidad suprema en JMR Tem 205: “I was out of the Rakhotis as if I wore the winged sandals of Mercury, but I was far from safe”. En el *Himno órfico XXVIII*, 3 se dice específicamente “que tienes talones alados” (πτηνοπέδιλε), y en Homero son recordados continuamente esos dos rasgos característicos, tanto en la *Iliada* como en la *Odisea*, aunque no se mencionan las alas de las sandalias, como en *Od. V*, 44-8:

αὐτίκ' ἔπειθ' ὑπὸ ποσσὶν ἐδήσατο καλὰ πέδιλα,
ἀμβρόσια χρύσεια, τὰ μιν φέρον ἡμὲν ἐφ' ὑγρῆν
ἠδ' ἐπ' ἀπείρονα γαῖαν ἅμα πνοιῆσ' ἀνέμοιο.
εἶλετο δὲ ῥάβδον, τῆ τ' ἀνδρῶν ὄμματα θέλγει,
ὦν ἐθέλει, τοὺς δ' αὖτε καὶ ὑπνώοντας ἐγείρει·

La rapidez del dios es recordada en JMR Sat 196-7:

I paused, gaping, at a little square with a fountain in its center and a tiny shrine to Mercury at the corner where a street entered the square. I paused long enough to buy a couple of honey cakes from a vendor and I left them at the feet of the god, hoping that he would lend me speed and invisibility, two of his most salient qualities. I suspected that Mercury, like everybody else, had taken time off from official bussiness, but it never hurts to try.

La rapidez de Mercurio es característica y aun proverbial, ya que como mensajero de los dioses no sólo es veloz físicamente, sino que por su carácter juvenil y divino, también es rápido de respuesta y rápido de aprendizaje, como lo recuerdan unos versos del *Himno homérico IV* (43-6): “Como cuando un pensamiento fugaz atraviesa por el ánimo de un varón al que asedian múltiples preocupaciones o como cuando saltan desde los ojos las miradas chispeantes, así pensaba a la vez la palabra y la acción el glorioso Hermes”¹¹⁵. Que Decio le ofrende al hermes —que a buen seguro debía de ser itifálico, aunque el autor no lo mencione— estos pastelillos de miel, bien puede estar relacionado con las Trías que Apolo concede a Hermes como

¹¹⁴ *Himno homérico IV*, 529-32:

ὄλβου καὶ πλοῦτου δώσω περικαλλέα ῥάβδον / χρυσεῖην τριπέτηλον, ἀκήριον ἢ σε φυ- λάξει / πάν-
τας επικραίνουσα θεμοῦς ἐπέων τε καὶ ἔργων / τῶν ἀγαθῶν ὅσα φημί δαήμεναι ἐκ Διὸς ὀμφῆς.

¹¹⁵ *Himno homérico IV* 43-6:

ὡς δ' ὀπότη' ὠκύ νόημα διὰ στέρνοιο περήση / ἀνέρος ὄν τε θαμινὰ ἐπιστρω- φῶσι μέριμναι, / ἢ
ὄτε δινηθῶσιν ἀπ' ὀφθαλμῶν ἀμαρυγαί, / ὡς ἄμ' ἔπος τε
καὶ ἔργον ἐμήδετο κύδιμος Ἑρμῆς.

jurisdicción suya, tres mujeres que profetizan alimentándose con miel. Este episodio se narra en el *Himno homérico* IV, vv. 550-68, y Bernabé Pajares (*op.cit.* p. 148) señala que existen numerosas relaciones de las abejas con la profecía.

Otra de las características que recuerda Maddox en JMR Sac 198, precisamente de labios de su personaje el esclavo Hermes, es la condición de Mercurio como dios de los ladrones, ya que Hermes roba las pertenencias del cadáver de Apio Claudio y se justifica así: “I couldn’t just leave him lying there with all that gold on him. Anyway, I sacrificed to Mercury, and he’s the god of thieves”. En efecto, en Homero (*Od.* XIX, 394-7) encontramos que Hermes es el inspirador de toda clase de robos:

Παρνησόνδ’ ἐλθόντα μετ’ Αὐτόλυκόν τε καὶ υἱας,
μητρὸς ἐῆς πατέρ’ ἐσθλόν, ὃς ἀνθρώπους ἐκέκαστο
κλεπτοσύνη θ’ ὄρκῳ τε· θεὸς δέ οἱ αὐτὸς ἔδωκεν
Ἑρμείας·

Que Hermes es el dios de los ladrones está dentro desde los orígenes del mito, puesto que fue Hermes quien robó los bueyes de Apolo. Pero además, en el *Himno homérico* IV el propio Hermes declara abiertamente cuánto se jacta de ser ladrón: “Y si no me lo concediera mi padre, yo mismo intentaré, que puedo, ser caudillo de los salteadores”¹¹⁶.

Queda por último hacer mención de Mercurio como dios patrón de comerciantes, una extensión lógica de su personalidad absolutamente pragmática, que incluso le lleva a favorecer a los ladrones y que también forma parte de su visión del universo. Volvamos al párrafo del *Himno homérico* IV donde da cuenta de sus intenciones a su madre y expresa su visión absolutamente pragmática de la vida: “Es mejor convivir por siempre entre los inmortales, rico, opulento, sobrado de sementeras, que estar sentado en casa, en la brumosa gruta”¹¹⁷. Por supuesto que Hermes contrapone la vida del Olimpo a la vida en el bosque de manera francamente personal, pero por extensión queda clara su postura. En JMR Mist 188 se nos habla de una taberna en la cripta de un templo:

—Afirman que existe desde que se fundó la ciudad. Era una cueva natural debajo del templo que se utilizaba como almacén. Después la ampliaron, y el dios de allá arriba —alzó un pulgar, señalando el templo—, Mercurio, se apareció a un sacerdote en un sueño para pedirle que instalara una taberna aquí abajo.

—Mercurio. Tiene sentido que el dios del comercio aconseje a su sacerdote que

¹¹⁶ *Himno homérico* IV, 174-5:

εἰ δέ κε μὴ δώῃσι πατήρ ἐμός, ἦ τοι ἔγωγε / πειρήσω, δύναμαι, φηλητέων ὄρχαμος εἶναι.

¹¹⁷ *Himno homérico* IV, 170-2:

βέλτερον ἤματα πάντα μετ’ ἀθανάτοις ὀαρίζειν /
πλούσιον ἀφνειὸν πολυλῆϊον ἢ κατὰ δῶμα / ἄντρῳ ἐν ἡρόεντι θαασσέμεν·

abra un negocio debajo de su templo.

La raíz del nombre Mercurio es *merx*, que quiere decir mercancía, por lo que no es de extrañar esta asociación, que por otra parte, se ve recogida también en los autores clásicos, como nuevamente es el caso de Ovidio (*Fast.* V, 671-92), que explica el siguiente rito en su invocación al dios, no exenta de muchas de sus atribuciones y características personales:

Te, quicumque suas profitentur vendere merces,
ture dato tribuas ut sibi luca rogant.
Est aqua Mercurii portae vicina Capenae;
si iuvat expertis credere, numen habet.
Huc venit incinctus tunica mercator et urna
purus suffita, quam ferat, haurit aquam.
Uda fit hinc laurus, lauro sparguntur ab uda
omnia quae dominos sunt habitura novos.
Spargit et ipse suos lauro rorante capillos,
et peragit solita fallere voce preces:
(...)
da modo luca mihi, da facto gaudia lucro,
et fac ut emptori verba dedisse iuet.
Talia Mercurius poscenti ridet ab alto,
se memor Ortygias subripuisse boves.

Fue Hermes quien ayudó a derrotar al monstruoso Tifón que arrancó los tendones de Zeus y los ocultó en una piel de oso. Hermes los recobró y Zeus pudo vencer a este ser que, según algunos, era hijo unigénito de Hera (Apol. I, vi, 3). La colorida fealdad con que lo pinta Apolodoro le hizo ganar un puesto entre los grandes seres monstruosos de la historia, y Borrell le recuerda mediante un símil en JB Azul 155: “No pretendo que, ni aun en sueños, una joven palmotee alborozada al verme irrumpir en su alcoba a medianoche, pero tampoco creo justificar una reacción de espanto, como si quien entrase en la estancia fuese el monstruo Tifón”.

1.4.2. Otros amores de Júpiter y su descendencia.

1.4.2.1. Júpiter y Semele: Dioniso o Baco.

En esta parte prestaremos atención a las mortales amadas por Júpiter y su descendencia, con la excepción de Hércules, a quien abordaremos en el apartado de las grandes empresas. Hemos preferido seguir la exposición de Antonio Ruiz de Elvira (*op.cit.* pp. 93-4), ya que éste hace énfasis en la cronología temporal aproximada de los eventos, como un intento de racionalizar a través del mito la cronología prehistórica de la civilización griega.

Entre las amantes mencionadas en las novelas, la más lejana en el tiempo es Europa (en el siglo XVI de la cronología mítica, según Ruiz de Elvira) que en las novelas sólo es mencionada una vez y de forma lacónica: “Europa and the bull”, así sin más, en JMR Tem 91, en una escena del capítulo donde Decio describe la interpretación de un grupo de bailarines cretenses que representan episodios mitológicos. Que Júpiter se transformó en manso toro blanco para raptar a Europa consta sobradamente en la literatura clásica¹¹⁸, y de la hija de Agénor (pues ésta es la versión más extendida) habrían de nacer en Creta Minos, Radamantis y Sarpentón.

A continuación será con Sémele en quien engendre a Dioniso o Baco, el furioso dios del vino. Si bien Sémele no es mencionada en estas obras, Dioniso o Baco —que, como señala Ruiz de Elvira (*op.cit.* p. 93), aun nacido de mortal es considerado como dios durante su vida terráquea— es referencia obligada de comentario.

La divinidad es mencionada en las novelas con sus dos nombres más conocidos, ambos de origen griego, pero extrañamente nunca como Liber, que es el nombre netamente latino. Hay otros muchos nombres para llamar a Baco, como leemos en Ovidio (*Met.* IV, 11-17):

(...) Bacchumque vocant Bromiumque Lyaeumque
ignigenamque satumque iterum solumque bimatem;
additur his Nyseus indetonsusque Thyoneus
et cum Lenaeo genialis consitor uvae
Nycteliusque Eleleusque parens et Iacchus et Euhan,
et quae praeterea per Graias plurima gentes
nomina, Liber, habes. (...) ¹¹⁹

Dioniso es mencionado casi exclusivamente en relación al vino y sus efectos. En la novela *Rubicón* la parte final será titulada con su nombre, ya que será el vino el que ayude a Gordiano a resolver el gran misterio con el que se enfrenta. Así, cada una de las partes de esta novela mantiene una estrecha relación con el dios que le da nombre, y en cada una de ellas aparece una plegaria o agradecimiento a la divinidad. En SS Rub 267 leemos:

My thoughts wandered aimlessly, thanks to the wine. Thanks, I thought, to Dionysus, the god of wine, looser of loins, emancipator of minds, liberator of tongues. Even slaves could speak freely on the Liberalia, the day of Dinosysus, because the sacred power of wine transcended all earthly shackles. Through wine, Dionysus illuminated the minds of men as could no other god, not even Minerva. So it was, there in the Salacious Tavern, that Dionysus gave me wisdom. How else to explain the chain of thoughts that led me to the thing I sought?

¹¹⁸ Cfr. Apol. III, i, 1 y ss.; *Idilio II*, de Mosco y Ovid. *Met.* VIII, 120-5. entre otros.

¹¹⁹ Sobre el tema de las epiclesis de Baco, cf. Ruiz de Elvira, *op.cit.* pp. 177-8.

Sucintamente en única mención en JMR Tem 168: “Dyonisus of the grape” y, como el amigo que nunca falla, en JMR Sat 183: “I would probably never be able to find out what had happened. In such circumstances I did the only thing possible. I went to look for a drink. When all the other gods fail you, there is always Bacchus”. Esta idea del vino como licor beatífico recorre la historia de la literatura arrancando en Grecia y no es inusual, por supuesto, en la literatura latina; así, leemos en Tibulo (I, ii, 1-4)

Adde merum vinoque novos conpesce dolores,
occupet ut fessi lumina victa sopor,
neu quisquam multo percussum tempora baccho
excitet, infelix dum requiescit amor.

Incluso Propercio (IV, vii, 75-6) proclama el poderío del influjo de Baco sobre los mismos dioses: *Ingenium potis irritet Musa poetis:/Bacche, soles Phoebos fertilis esse tuo.*

No sólo la exaltación del vino, sino también la exaltación misma de los acólitos del cortejo de Baco son recordados en estas novelas. Las referencias literarias son enormes, pero no podemos dejar de hacer constar que la influencia primordial la tenemos en *Bacantes*, de Eurípides, cuya terrible historia ha marcado durante siglos la visión tremebunda de la influencia dionisiaca y que es expresamente mencionada en SS Ap 343: “Era uno de los libros más viejos que tenía, pero aún estaba en buenas condiciones. El pasaje en el que estaba pensando se encontraba al final, recitado por el coro de frenéticos juerguistas de Dioniso.”

Estos frenéticos juerguistas incluía, en la mitología, a Sileno y los demás sátiros y a las ménades o bacantes: *Ut satyri levisque senex tetigere saporem / quaerebat flavos per nemus omne favos* (Ovid. *Fast.* III, 745-6), donde se sobreentiende que el amable viejo no es otro que Sileno. Y en Catulo (LXIV, 390-3) encontramos

Saepe uagus Liber Parnasi uertice summo
Thyiadas effusus euantis crinibus egit,
cum Delphi tota certatim ex urbe ruentes
acciperent laeti diuum fumantibus aris.

Ménades que aparecen representadas en JMR Tem 168 por un número de mujeres: “wild-haired women in the leopard skins of Bacchantes”. Es de estas imágenes orgiásticas y festivas de donde viene la inspiración para textos como el de JMR Con 128, donde se recogen todos los elementos característicos del cortejo de Dioniso: “Los músicos armaban un gran estrépito, y unas mujeres peinadas de modo extravagante tocaban panderetas y bailaban como ménades en honor a Baco”. Se trata, sin duda, del lado más amable del desenfreno báquico, que como sabemos no

es el único, y así leemos también epítetos de mayor gravedad en otros textos que se corresponden con lo contado en *Bacantes*, como sucede en el *Himno órfico XLV*:

Λικνίτην Διόνυσον ἐπευχαῖς ταῖσδε κικλήσκω,
Νύσιον ἀμφιθαλῆ, πεποθημένον, εὖφρονα Βάκχον,
νυμφῶν ἔρνος ἔραστὸν εὐστεφάνου τ' Ἀφροδίτης,
ὅς ποτ' ἀνὰ δρυμοὺς κεχορευμένα βήματα πάλλεις
σὺν νύμφαις † χαρίεσσιν ἐλαυνόμενος μανίησι,
καὶ βουλαῖσι Διὸς πρὸς ἀγαυὴν Φερσεφόνειαν
ἀχθεῖς ἐξετράφης φίλος ἀθανάτοισι θεοῖσιν.
εὖφρων ἐλθέ, μάκαρ, κεχαρισμένα δ' ἱερὰ δέξαι.

En efecto, Dioniso es una divinidad implacable con quienes no aceptan el vino, y el triste destino de quienes lo hacen es el tema de las *Bacantes*¹²⁰, la suprema expresión del lado oscuro de Baco y de su séquito y, como decimos, la fuente de inspiración directa de pasajes como el de JMR Sat 137, donde Maddox describe el aquelarre del Campo Vaticano y recuerda elementos precisos extraídos de una lectura de la tragedia euripídea, tales como los ritos secretos en el bosque, el frenesí de los mismos y el recuerdo del desgraciado Penteo que es descuartizado y devorado por las ménades:

These people held their rites in remote secrecy specifically because they did not want to be observed by profane eyes. They would be inclined to punish anyone who spied on them. I was reminded of the stories of the Maenads, those wild female followers of Dionysus who were wont to tear apart and devour any man unfortunate enough to stumble upon their woodland rites. And these celebrants, whoever they were, seemed to be in a state of Maenadic frenzy.

Penteo que, además, es recordado en SS Just 258 para hacer una analogía entre los secretos de las ménades de *Bacantes* con la orden secreta de la sibila de Cumas: “¿De verdad quieres conocer los secretos de la sibila? Es peligroso para cualquier hombre. Piensa en el necio de Penteo, descuartizado por las bacantes. Hay ciertos secretos que sólo pueden comprender las mujeres, conocimientos que resultan inútiles e incluso peligrosos para los hombres”.

En el aspecto sacrificial que todo dios requiere convenientemente, Maddox nos recuerda en JMR Tem 211 el sacrificio de la cabra, *tragos*, en cuyo nombre está la raíz de la tragedia nacida del espectáculo ditirámico consagrado a Dioniso. “Then I saw the stair leading to the throne room before me. Ptolomy would be somewhere near, and I vowed a goat to Bacchus if he would just be sober.”

¹²⁰ Pero también de los cantos XLIII, 222 *passim*, y todo el canto XLIV de las *Dionisiacas* de Nono de Panópolis.

Aunque Graves lo desmiente¹²¹, Virgilio asegura (*Georg.* II, 372-84) que la cabra tiende a roer la viña y hacerle gran daño, de donde desprendióse el sacrificio de la misma al dios del vino y la inmólación de cabras en los certámenes teatrales atenienses. Jane Harrison en *Prolegomena*, citada también por Graves¹²², no relacionaba la palabra tragedia como procedente de *tragos*, cabra, sino de *tragos*, espelta, cereal empleado en Atenas para elaborar la cerveza consagrada a Sabacios, dios al que se superpuso Dioniso y su culto al vino. En SS Rub 207 también habrá un recuerdo, como no podía ser menos, a los himnos fálicos de los que nació el teatro: “one of those giant phalli the priests of Dionysus carry”.

1.4.2.2. *Júpiter y Dánae: Perseo.*

A Dánae (siglo XV) se la menciona de manera harto escueta en JMR Tem 91 como personaje de una representación: “Danae and the shower of gold (an incredible piece of costumng)”. No se dan, por tanto, más detalles contrastables que los que pueden encontrarse en la narración que del episodio mítico han hecho los autores clásicos: Acrisio, el padre de Dánae, encierra a su hija en una celda para impedir que se quede encinta, ya que de acuerdo con un oráculo su hijo le matará. Sin embargo, Zeus se enamora de ella y la posee cayendo sobre ella en forma de lluvia de oro, y el fruto de sus amores carcelarios será Perseo. El mismo Apolodoro recoge la versión de que algunos toman a su tío Preto por progenitor de Perseo. Como quiera que sea, cuando Acrisio se entera, y no creyendo que el padre es Zeus, los encierra en un arca y los arroja al mar¹²³.

Perseo será mencionado un par de veces en algunas de las novelas, y siempre en relación con los dos episodios más novelescos de su biografía, el asesinato de la górgona Medusa y la liberación de Andrómeda de ser devorada por el monstruo. Sobre la primera, ya comentamos en su momento la mención de Medusa en SS Sang 115; y en cuanto a la segunda, a ese episodio y no otro debe referirse Borrell en JB At 89 “Sabido es que los semidioses de mi tierra acreditan un brillante historial de rescates de emergencia y es probable que Heracles o Perseo hubiesen considerado la situación como un aburrido trámite”. Con “rescates de emergencia”, Borrell no puede referirse sino a este celeberrimo episodio tratado multitud de veces¹²⁴ y que consta en buena parte de los autores clásicos¹²⁵, pero también al rescate de Hesíone por Heracles (Ovidio, *Met.* XI 211-5).

¹²¹ Cf. Graves, *op.cit.* I, p. 130.

¹²² *Ibid.* I, p. 131.

¹²³ Apol. II, iv, 1; Higinio, *Fab.* LXIII, i.

¹²⁴ Cf. el drama calderoniano *Fortunas de Andrómeda y Perseo*, o la popular adaptación fílmica de las andanzas del héroe, *Clash of the Titans*.

¹²⁵ Las aventuras de Perseo las tenemos compendiadas en Apol. II, iv, 1-5; Higinio. *Fab.* LXIII-IV;

1.4.2.3. *Júpiter y Plutón: Tántalo.*

También en el siglo XIV, Júpiter engendrará en Plutón a Tántalo, legendario por el castigo infernal, aunque varíe la causa del mismo. En JMR Tem 183 Maddox escribe que “Using this room for disciplinary purposes had a certain fiendish ingenuity, for the length of the neck-chain kept the wine forever out of reach, inflicting the punishment of Tantalus”. Esta imagen de la cadena al cuello que impide alcanzar la bebida está relacionada con la imagen del castigo eterno de Tántalo, imagen que está bien atestiguada, sobre todo gracias a Homero (*Od.* XI, 482-92), pero también la encontramos en otras fuentes como Apolodoro (*Epit.* II, 1), Ovidio (*Met.* IV 459-60) o Higino (*Fab.* LXXXII). Varía, como decimos la causa del castigo, que es el de estar sumergido en un lago sosteniendo una gran roca, con agua hasta la comisura de los labios que cuando quiere beber se aleja, y rodeado de frutos que penden sobre su boca y que, al querer probar, se apartan de él. No cabe duda de que este castigo alimenticio tiene que ver con un banquete, pero mientras unos dicen que conviviendo con los dioses se enteró de secretos que reveló a los hombres —así consta en Apolodoro e Higino—, otros aseguran que su castigo vino de trocear y hervir a su hijo Pélope para darlo de comer a los dioses. Apolodoro (*Epit.* II, iii), Higino (*Fab.* LXXXIII) y Ovidio (*Met.* VI, 404.11) recogen también esta versión, más célebre que la primera.

1.4.2.4. *Júpiter y Leda: Helena y los Dióscuros.*

En el siglo XIII Júpiter engendrará en Leda a Helena (de quien hablaremos más tarde) y a los Dióscuros, Cástor y Pólux, mediante la conocidísima metamorfosis de Júpiter en cisne, hecho recordado en un par de ocasiones, como en SS Ap 153: “Un regío cisne, que podía ser Júpiter seduciendo a Leda, embellecía el pequeño estanque circular”, y también en JMR Tem 91 “Below, on an elaborate stage, were being enacted the legends of Leda and the swan”. No hay una recreación propiamente dicha del mito, por lo que se limita a seguir lo que al respecto nos cuentan Apolodoro (III, vi) o Higino (*Fab.* LXXVII): que transformado en cisne y Leda en oca, la esposa de Tindáreo tuvo doblete de gemelos: inmortales Pólux y Helena, mortales Cástor y Clitemestra. Estos Dioscuros son recordados en varias ocasiones como origen del nombre Decio en JMR Con 30:

—Padre, ¿por qué no me pusisteis el nombre de Quinto?

—¿Eh? Bueno, porque te pusimos mi nombre, idiota.

—Todos los demás varones de la familia se llaman Quinto, salvo el extraño Lucio.

Ovid. *Met.* IV, 604-803 y V, 1-249.

—Tu abuelo (...) fue visitado en sueños por los Dióscuros, quienes le prometieron la victoria sobre los samnitas al día siguiente si imponía a su primogénito el nombre de Decio, jamás utilizado anteriormente en la *gens* Cecilia.

No se especifica por qué fueron los Dióscuros, y no otras divinidades, quienes se le aparecieron en sueños al abuelo de Decio, pero es sin duda un *praenomen* extraño, como lo hace destacar una jovencísima Cleopatra en JMR Tem 92:

“I never heard the name Decius used as a *praenomen*. I thought it was a *nomen*.”
She was indordinately well taught.

“It was introduced into my family by my grandfather, who was sent a vision by the *Dioscuri*.”

En efecto, Decio era el *nomen* de la familia de los Decios Mus, célebres por las tres *devotiones* que hicieron cada uno de ellos y figuras referenciales de la cultura romana, de donde lo apropiado del comentario de Cleopatra y la reacción de favorable sorpresa de Decio; pero el mismo Decio se muestra escéptico con respecto a la intervención divina, como lo hace saber pocas páginas más adelante como guiño de complicidad para el lector en JMR Tem 96: “Divine visitations are common enough in legend, but they always sound more plausible in the age of heroes. Mind you, my own grandfather was visited by the Dioscuri, but that was in a dream and I think he’d been drinking”.

Aunque posteriormente los dos hermanos fueron divinizados y catasterizados, como cuenta Eratóstenes (*Catast.* X) pero Ovidio recrea de manera más elaborada (*Fast.* V, 693-720), los Dióscuros forman parte, también, de la historia legendaria de Roma, y la tradición quiso hacerlos intervenir en la batalla del lago Regillo, donde se enfrentó el ejército contra Tarquinio el Soberbio y la victoria fue anunciada por éstos en el Foro, episodio que justifica la fundación de un templo consagrado a los dos hermanos y que Maddox recuerda en JMR Sac 137:

The temple of Castor is the most beautiful in Rome. It had been built over four hundred years before, in gratitude for our victory at Lake Regillus. Actually, its full name was the Temple of Castor and Pollux, but nobody bothers with poor old Pollux, who, like Remus, is the forgotten brother of the Twins.

Quizá es por este relativo olvido al que hace mención el personaje de Maddox por lo que Pólux aparece citado de manera exclamativa, quizá con sentido peyorativo en JMR Sac 106: “Pollux!” the boy exclaimed. “It’s that little patrician shit who tried to poison you!”

Por lo demás, no se recogen más menciones de los Dióscuros ni se hace alusión ninguna a sus habilidades —jinete Cástor y pugilista Pólux—, ni su carácter de dioses protectores de la navegación, como consta en el breve *Himno homérico*

XXXIII, donde se nos explica que ellos allanan las olas en la superficie de la mar blanquecina.

1.5. Las grandes empresas.

1.5.1. Empresas individuales.

1.5.1.1. *Hércules.*

Pasaremos ahora revista a las grandes empresas heroicas de la mitología clásica y a sus protagonistas para ver cuál es su repercusión, inspiración o reflejo en las novelas estudiadas. Para ello, seguiremos el esquema expuesto por Consuelo Álvarez Morán y Rosa María Iglesias Montiel en el cuaderno *Mitología Clásica*¹²⁶. Daremos comienzo por Hércules.

Hércules es el gran héroe de la mitología clásica y, como tal, es el más recordado en estas novelas seguido por Aquiles y Ulises. La multitud de datos repartidos por los textos clásicos pudiera ser abrumadora a la hora de emprender este trabajo de catalogación de las novelas, pero en realidad los autores se concentran en referencias de unos cuantos elementos que podríamos reducir a tres epígrafes no demasiado representados, o mínimamente de acuerdo a la gran importancia del personaje: a) Características física y atributos; b) Recuerdo de los doce trabajos; c) Presencia en Roma.

A) Características físicas:

Dentro de este epígrafe la imaginación de estos novelistas recrea la estampa que tradicionalmente nos ha sido transmitida por la escultura y que la fijación de nuestros tiempos por los modelos fisioculturistas han recogido una y otra vez: Hércules es alto, musculoso y de fuerza sobrehumana como último hijo de Júpiter que fue, y en palabras de Bernabé Pajares es la “representación del ideal viril primitivo y símbolo de la fuerza máxima”¹²⁷. No en vano en el *Himno homérico* XV se le llama “el de corazón leonino” (Ἔϊς Ἡρακλέα λεοντόθυμον) en el título, y en los versos 1-2 “el más excelente de los pobladores de la tierra” (ὄν μέγ’ ἄριστον γείνατ’ ἐπιχθονίων), y en el *Himno órfico* XII 1-2, y en general en todo el himno, abundan los epítetos estridentes: “robusto, el de las manos vigorosas, oh Titán indomable, floreciente en los combates terribles”

Ἡρακλες ὀμβριμόθυμε, μεγασθενές, ἄλκιμε Τιτάν, καρτερόχειρ, ἀδάμαστε, βρύων

¹²⁶ María Consuelo Álvarez y Rosa María Iglesias Montiel, “Las grandes empresas”, en *Mitología clásica*. Murcia, 1991. Centro de profesores número 1. [Documentos CEPS, 6].

ἄθλοισι κραταιοῖς.

Así, cuando Decio nos comenta en JMR Mist 93 que Tito Annio Milón: “Poseía el cuerpo de un joven Hércules”, y no nos dice nada más, no necesitamos mayor contexto para imaginar esta imagen que se ha convertido en prototípica del forzado, tenaz y valiente. En efecto, será la analogía sin explicaciones descriptivas ni detalladas a lo que se recurra una y otra vez para recordar al héroe, como en la descripción de la tripulación del barco La Furia en SS Just 38, ya mencionada con relación a Apolo: “Una tripulación de barbudos Apolos alternándose aquí y allí con un Hércules de cabello cano”; esta imagen del Hércules del cabello cano viene aquí a colación por la recreación pictórica y literaria de los últimos episodios de la vida de Hércules y su muerte y apoteosis. En otra ocasión, el novelista querrá ser descriptivo por analogía hiperbólica, como en JMR Sac 5: “Bystanders helped me out of my cuirass, embossed with muscles that Hercules would envy and much unlike those that adorned my body.”

En cuanto a sus atributos físicos, son los representados una y otra vez en la escultura y la pintura, aquellos que le caracterizan también en la literatura: la maza y la piel de león con que se cubre las desnudeces, como vemos en una caracterización teatral del héroe en JMR Tem 169: “Then came a huge, brawny man dressed as Hercules with a lion skin, who entertained the crowd with feats of strength”. Si bien no hay aquí mención de la maza, sí la habrá cuando recordemos a Ónfale. De acuerdo con Apolodoro (II, iv, 10), la piel de león se la hizo el héroe con la del león de Citerón, primera de sus grandes aventuras contra la bestia que diezmaba los ganados de Anfitríon y del rey Tespías, y añade que con su cabeza se hizo un yelmo. Como colofón, dice Apolodoro que “habiendo aprendido de Éurito previamente el manejo del arco Heracles tomó de Hermes una espada, de Apolo un arco y flechas, de Hefesto una coraza de oro y de Atenea un manto. Además, él mismo cortó una maza en Nemea” (Apol. II, iv, 11).

B) Recuerdo de los doce trabajos y Parerga.

Es aquí donde los novelistas llevan a cabo mayor número de alusiones, ya que a éstos debe el personaje no sólo su divinización dentro de la tradición mitológica, sino su inmensa popularidad al correr de los siglos, y su conversión en modelo paradigmático del gran héroe, y en tiempos más modernos, del super héroe de los cómics. Los novelistas se olvidan de los episodios deshonrosos, como el asesinato de sus propios hijos por la locura causada por los celos de Hera. Como sabemos, para purgarse se pone al servicio de la diosa y entonces cambia su nombre de

¹²⁷ Bernabé Pajares, *op.cit.* nota p. 235.

Alcides a Heracles, gloria de Hera, y sirve al rey Euristeo durante doce años¹²⁸. No viene de más recordar que este tema fue tratado por Eurípides y Séneca en las dos versiones de *Hercules furens* para poner énfasis en la figura alcanzada por la desgracia del que durante toda la tradición antigua fue conocido como ἄριστος ἀνδρῶν, y por tanto la fragilidad de toda clase de hombres ante el destino¹²⁹.

Son los doce trabajos los que se han adherido, por lo general, durante más tiempo en la memoria de los hombres, combates contra monstruos agrarios, que recuerdan, en palabras de Murray, las proezas de un campesino muy fornido, de lo que el estudioso extrae la lógica conclusión de que “parece ser el héroe de una población campesina sierva de grado inferior de cultura”¹³⁰. El recuerdo de los XII Trabajos podríamos comenzar con una valoración general en JB 28, hecha por Diomedes cuando le hacen una pregunta de difícil respuesta: “Es difícil contestarte desde esta habitación —declaré con el tono que pudiera haber adoptado Heracles antes de comenzar uno de sus trabajos”. La frase puede ser sólo circunstancial y carente de intencionalidad más que cautelosa por parte del autor, pero como sabemos por Apolodoro, el cumplimiento de los diez trabajos llevados a cabo para Euristeo —que sólo porque Euristeo niega la validez de dos, se convierten en doce— Hércules conseguiría la inmortalidad, por lo que el héroe debió haber pensado muy bien en el allanamiento de todas las dificultades con vistas a obtener su purificación.

Dentro de los Doce trabajos propiamente dichos, adquieren especial relevancia el primero y el último; el primero, la captura y muerte del león de Nemea, es recordado en JMR Sat 51 y 200 en dos citas ya comentadas con anterioridad; el último trabajo, la captura del can Cérbero y su apartamiento del mundo infernal es recordada en otras dos citas, también comentadas, en JB Azul 213 y en SS Just 160 en relación con la explicación del origen del acónito. También a este episodio se refiere una última cita en JB At 89, igualmente comentada, acerca de Hércules y Perseo como especialistas en rescates de emergencia, rescate de emergencia que tiene que ser una alusión al rescate de Teseo del Averno una vez que éste quedó preso en el Tártaro después de que él y Pirítoos tomaron la decisión de descender para secuestrar a Proserpina¹³¹, pero también, por analogía con Andrómeda, el ya mencionado rescate de Hesíone por Heracles.

También durante el trayecto de vuelta con los bueyes de Gerion (décimo trabajo) transcurren un buen número de aventuras localizadas en el occidente mediterráneo, de las cuales adquiere relevancia la alusión en tres ocasiones a las Columnas de Hércules, las cuales según Apolodoro eran simétricas y después de llegar a Tarte-

¹²⁸ Apol. II, iv, 12.

¹²⁹ Sobre Hércules como el mejor de los hombres, cf. Murray, *op.cit.* (1946), p. 115, donde se recogen diversas citas antiguas al respecto.

¹³⁰ Murray, *op.cit.* (1946), p. 116.

¹³¹ Todas las referencias a los XII Trabajos se hallan en Apol. II, v, 1-10.

sos, alzó como marca de su paso sobre los montes de Europa y Libia (Apol. II, v, 10), de las cuales los restos serían el peñón de Gibraltar y Ceuta, llamados Abila y Calpe por Pomponio Mela en I, 27 y II, 95. Ruiz de Elvira también recoge las variantes curiosas de que Hércules y no otro hubiera sido el creador del estrecho de Gibraltar en lo que hasta entonces habría sido una especie de lago o mar interior¹³². Concretamente, las columnas son mencionadas en SS Just 14, donde Gordiano reflexiona sobre Bethesda: “No he conocido mujer más sensible en todos los viajes que he efectuado entre las columnas de Hércules y la frontera de Partia”; y una más por parte de Maddox en JMR Tem 39 acerca del gran estrecho que enlaza el Mediterráneo con el Mar Rojo, donde se establece una comparación: “The basis of the problem is that the canal is at sea level, and therefore the noticeable current flows through it from west to east, just as water enters the Mediterranean from the Ocean through the Gates of Heracles, and from east to west through the Hellespont”. Como se ve, las dos citas responden sólo a demarcaciones geográficas donde no se alude nunca al episodio del décimo trabajo ni, mucho menos, a Tartesos, con lo que se queda en la mera referencia al fin del mundo conocido por Occidente. Una última referencia, poco denotativa, la encontraremos en SS Rub 223.

La única mención a uno de los *parerga* viene cuando se nos habla del episodio de Ónfale en JMR Sac 123: “Hercules had to wear women’s garments when he was enslaved to Omphale. She got to wear his lion’s skin and carry his club.” De acuerdo con Apolodoro, a quien hemos seguido, Hércules enfureció de nuevo después del cumplimiento de los Doce trabajos y asesinó a Ífito, por lo que el oráculo de Delfos le recomendó como remedio trabajar tres años como esclavo y fue comprado por la reina Ónfale, sin que Apolodoro ni Higino mencionen que Hércules debió de hacerlo travestido¹³³. En efecto, Ruiz de Elvira demuestra¹³⁴ que este travestismo, uno de los más célebres junto con el de Dioniso en su infancia y el de Aquiles, que se mencionará más adelante, no aparece en la literatura hasta el periodo augústeo, donde Ovidio (*Heroida* IX, 53-118) y Propertio (IV, 45-50) darán buena cuenta del mismo y más tarde se convertirá en un tema más o menos recurrente de la poesía latina, y aun llegará más allá¹³⁵. La mención de Ónfale es simplemente rutinaria, haciendo alusión al famoso travestismo, pero sin incidir en ello, lo cual hubiera sido interesante teniendo en cuenta la naturaleza del héroe, cuyo mundo extrovertido de guerrero, que es, según Plácido, “profundamente masculino, encuentra su mayor obstáculo en el mundo femenino, introvertido. Ha sido esclavo de una mujer (Ónfala) y encuentra la muerte a través de la actuación de otra mujer.”¹³⁶

¹³² Ruiz de Elvira, *op.cit.* p. 231.

¹³³ Cf. Apol. II, vi, 2; Hig. *Fab.* XXXII.

¹³⁴ *Op.cit.* pp. 244-5.

¹³⁵ Calderón tratará el tema en su célebre drama mitológico *Fieras afemina amor*.

¹³⁶ Domingo Plácido, “Los celos de Deyanira”, en Alvar, Blánquez, Wagner (ed.), *Sexo, muerte y*

C) Presencia en Roma.

Aunque Hércules tiene cierta relevancia en la novela *El brazo de la justicia* merced a una pequeña estatua que Craso tiene en su despacho y mediante la cual es cometido un asesinato, no hemos encontrado mayores analogías entre el crimen y el héroe que merezcan ser reseñadas. En JMR Tem 43 Decio nos informa de que Hércules es muy estimado en Roma: “In Rome we had our fine temple of Hercules and the Nine Muses¹³⁷, but there the pride of place is given to Hercules, a Roman favorite. The images of the Muses are not of the highest quality.”

Quizá este aprecio se vio reflejado en que muchos afirmasen descender del dios, como se queja Lucio Claudio en SS Vest 180 cuando protesta por determinadas actitudes de los nobles romanos: “Y los chiflados que aseguran que descienden de Hércules o de Venus.”

Ínfulas de nobleza que nos pueden parecer sorprendentes, e incluso ridículas, a nosotros pero que formaban parte de la sociedad romana. Mucho más comprensibles, sobre todo, si prestamos atención a la dilatada progenie de Hércules con las cincuenta hijas de Tespio (Apol. II, vii, 8), o a los cuadros de la descendencia de Hércules elaborados por Grimal¹³⁸. Si se quería encontrar un antecedente mítico en Hércules, la cuestión no resultaba tan ímproba, ya que el dios había sido pródigo en amores.

Tan pródigo en amores como gustoso de los banquetes, como hemos de deducir de la imagen bufa que nos proporciona la comedia¹³⁹ y de un verso del *Himno órfico XI*: “que devoras y creas todas las cosas”. No es por ello extraño que Craso ofreciese un banquete en honor de Hércules que nada tuvo que envidiar al apetito del héroe, como leemos en SS Just 299: “Pero habrás asistido al gran banquete que ofreció este mes, en honor de Hércules. —volví a negar con la cabeza—. Pero ¿cómo pudiste perdértelo? ¡Sacaron diez mil mesas a la calle y la fiesta duró tres días!”

Todo tiene su explicación, y la ambición política guarda mucho que ver con ello, como se nos explica en SS Just 302:

—¿Y el gran banquete que organizó este mes?

—Fue en honor de Hércules. ¿Y por qué no, si Pompeyo le ha dedicado un templo y organizado juegos para honrarlo al mismo tiempo? Andan como locos robándose las iniciativas. Sin embargo, Pompeyo no puede presumir de haber sacrificado la décima parte de

religión en el mundo clásico, p. 13.

¹³⁷ Noticia que Maddox toma sin duda de Servio, quien en su comentario a *Aen.* VIII, 8 nos explica cómo la Musas fueron honradas en el templo de Hércules: *his [Musis] Numa aediculam aeneam brevem fecerat, quam postea de caelo tactam et in aede Honoris et Virtutis conlocatam Fulvius Nobilior in aedem Herculis transtulit, unde aedes Herculis et Musarum appellatur.*

¹³⁸ Grimal, *op. cit.* pp. 256 y 258.

¹³⁹ Cf. Aristof. *Ranae*.

sus riquezas a Hércules y al pueblo de Roma, como hizo Craso. En los tiempos que corren hay que ser muy rico para ser un buen político.

No es improbable que, detrás de este dispendio de la décima parte de las riquezas en honor de Hércules, se guarde el recuerdo de Recárano, especie de Hércules de origen griego que, en tiempos de Evandro y mientras conducía su ganado por lo que luego sería Roma, fue robado por el ladrón Caco. Obligado por Evandro a devolver a Recárano sus bueyes, con posterioridad esta leyenda pasaría a infiltrarse en el cuerpo de leyendas romanas de Hércules, como de esto dejan constancia Livio y Propertio (IV, ix). Recárano, conmovido por la alegría, fundó el Ara Máxima en honor de Júpiter al pie del Aventino, cuya fundación se atribuía tradicionalmente a Hércules y donde se ofrecía en honor de Hércules el diezmo (diez por ciento) de las víctimas que se sacrificasen al dios del relámpago¹⁴⁰.

Por último, mencionar que son muy comunes es estas novelas las invocaciones al dios por medio de exclamaciones, como por ejemplo en SS Sang 102: “¡Por Hércules, imagínate que hubiera entrado!” y 231: “¡Por Hércules, esto es muy bueno!”; o en SS Just 49: “Oh, no, por Hércules.” o 97 “¡Por Hércules! ¿Qué es eso?”

Estas exclamaciones eran, como sabemos, muy frecuentes entre el pueblo romano y trascendieron literariamente; las encontramos en abundancia, por ejemplo, en la obra plautina entre otras fuentes literarias.

En conclusión, la imagen transmitida de Hércules no deja de ser bastante anodina, sin que se recarguen nunca los comentarios hacia los extremos, esto es, ni hacia la imagen bufa que nos transmite la comedia, ni tampoco la expresividad super heroica. Hércules no es adorado ni vilipendiado, ni tampoco su imagen es manipulada ideológicamente, ni dentro de la irreverencia —a lo que podía haberse prestado la mención del banquete de Craso— ni tampoco la reverencia exacerbada a la que condujo, en palabras de Murray, la *παραχάραξις* del héroe en la Grecia posterior y que consistió en que los rasgos del más noble de los hombres fueron cambiando a medida que cambiaba la idea de bien. Como ejemplo de esta *παραχάραξις* casi absoluta tenemos el texto de Suidas —citado por Murray—, donde se nos dice que “la historia lo acredita de filósofo” y donde se nos hace una interpretación simbolista de sus trabajos que ya no congenian tan bien con la antigua imagen de fornido campesino, llano y bronco¹⁴¹.

¹⁴⁰ Grimal, *op.cit.* s.v. Recárano.

¹⁴¹ Murray, *op.cit.* (1946) pp. 130-1.

1.5.1.2. Teseo.

Poca relevancia tiene este héroe en las novelas salvo en su enfrentamiento con el Minotauro, personaje que adquiere connotaciones simbólicas en la obra de Steven Saylor *El enigma de Catilina*, donde el Minotauro encarna las fuerzas monstruosas de la sociedad romana de la época¹⁴². El ciclo de Teseo relacionado con el fin del sometimiento ateniense a Creta, se ve resumido en SS Just 150 donde se describe el interior del templo de Cumas —cuya construcción atribuye la tradición a Dédalo, y de lo cual se da noticia en SS Just 144 y 150— especificando que en el techo circular hay imágenes de Apolo

contemplando episodios diversos de la vida de Teseo: la pasión de Pasífae por el toro y el nacimiento del Minotauro de Creta; el sorteo de los siete jóvenes atenienses que se sacrificaban anualmente a la bestia; la construcción del gran laberinto de Dédalo; el dolor de Ariadna; la muerte del monstruo a manos de Teseo; la fuga aérea de Dédalo y su desdichado hijo Ícaro.

Esta evocación del periplo de Teseo hasta matar al Minotauro tiene obvias reminiscencias virgilianas, pues si bien el mito se describe a partir de imágenes de Apolo contemplando tales acontecimientos, no deja de ser probable la influencia de Virgilio en *Aen.* VI, 15 y ss. e incluso del poema LXIV de Catulo, donde, entre los versos 50 y 264, Catulo describe la pasión despechada de Ariadna por Teseo pintada en diversos cuadros sobre la colcha que cubre el lecho nupcial de Tetis y Peleo. Si bien la descripción de la colcha pudo servir de inspiración a Saylor, la descripción de esta colcha antes mencionada responde, como demuestra Arturo Soler Ruiz¹⁴³, a la estructura de un tríptico: la partida de Teseo a la izquierda, el dolor de Ariadna en el centro, y a la izquierda la aparición de Baco con su cortejo. En la descripción de Saylor tendríamos al menos seis imágenes, una para cada momento de intensidad del mito. Cosa curiosa, Saylor menciona el dolor de Ariadna entre la construcción del laberinto y la muerte del monstruo a manos de Teseo, lo que invalida que se refiera al dolor de Ariadna perdiendo a Teseo, sino más bien el dolor que Ariadna siente en el momento de enamorarse de Teseo, que Catulo narra (LXIV, 90-100) y que Saylor parece estar recordando en su distribución de los distintos episodios del mito en el techo del templo de Cumas:

Non prius ex illo flagrantia declinauit
lumina, quam cuncto concepit corpore flammam
funditus atque imis exarsit tota medullis.
Heu misere exagitans immiti corde furores

¹⁴² Estos intentos de interpretación vienen de antiguo. Así, en Paléfato II y Heráclito VII *Sobre Pasífae*.

¹⁴³ Cat. *Poemas*, *op.cit.* p. 138.

Personajes mitológicos

sancte puer, curis hominum qui gaudia misces,
quaeque regis Golgos quaeque Idalium frondosum,
qualibus incensam iactastis mente puellam
fluctibus, in flauo saepe hospite suspirantem!
Quantos illa tulit languenti corde timores!

Por lo demás, los diversos episodios enumerados, salvo este dolor del flechazo de Cupido que bien podría haber sido tomado de Catulo, no aportan ningún motivo de comentario, ya que no son sino la exposición de hechos bien conocidos y transmitidos por los autores clásicos, pero sin una recreación propia hecha por el novelista. Si acaso, debemos hacer notar que Saylor se acoge a la versión de que las víctimas consagradas al Minotauro eran siete y anuales, en lo que no concuerdan todos los autores, ya que en Ovidio (*Met.* VIII, 171) leemos, por ejemplo, que el envío era cada nueve años y de siete doncellas y siete jóvenes, catorce en total, mientras que en Higino (*Fab.* XLI) se nos dice claramente que el tributo era, a lo que se acoge Saylor, de siete jóvenes cada año. Todos los demás elementos de la historia se recogen en Apolodoro, Higino y Ovidio.¹⁴⁴

El Minotauro se convertirá en la representación de la irracionalidad en la novela de Saylor antes mencionada, y para refrescar las memorias de los lectores y ponerles en antecedentes, el novelista hará un repaso del mito adaptándolo a la mentalidad, inteligente pero aún infantil, de su hija Diana en SS Cat 38:

—Papá, ¿qué es un minotauro?

—¿Un minotauro? —Me reí por la forma tan brusca en que había cambiado de tema—. Por lo que sé, hasta ahora sólo ha existido uno, *el* Minotauro. Una criatura terrible, hijo de mujer y de toro. Dicen que tenía cabeza de toro y cuerpo de hombre. Vivía en una isla remota llamada Creta, donde un rey malvado lo guardaba en un lugar llamado Laberinto.

—¿Un laberinto?

—Sí, con muros así de altos. —Borré la tablilla y empecé a dibujar un laberinto—. Todos los años el rey entregaba al Minotauro, como ofrenda, niños y niñas para que se los comiera. Los niños entraban por aquí y el Minotauro estaba esperando aquí. Esto duró mucho tiempo, hasta que un héroe llamado Teseo entró en el Laberinto y mató al Minotauro.

Todo parece surgir de una pequeña broma entre hermanos, ya que Diana explica unas pocas líneas más abajo que su hermano Metón ha querido amargarla con esa historia, por que si no se porta bien, será entregada al Minotauro para que éste la devore. Metón introduce, pues, el tema del Minotauro en la novela, el mismo Metón que se escapará de casa fascinado por Catilina para unirse a su guerra. El Minotauro, monstruo de cuerpo humano pero cerebro animal —aunque racional en Saylor— representará durante toda la obra las fuerzas primarias de la naturaleza que, en una sociedad en crisis dominada por la ambición y las luchas de poder, se escapan defi-

¹⁴⁴ Apol. III, i, 2-4; Hig. *Fab.* XL-XLIII; Ovid. *Met.* VIII, 152-235.

nitivamente del control de la razón para cobrarse vidas inocentes, tan inocentes como las de esos niños devorados por la bestia en el mito que Gordiano recrea para Diana, en la idea de Saylor de que los hombres, sea cual sea su edad, no son sino niños que no pueden revelarse contra poderes e intereses dictados por las altas esferas y bajo los cuales acaban por sucumbir y perder la vida.

El tema irá recorriendo la obra a través de menciones recurrentes de muy menor importancia, como en SS Cat 139, donde Metón vuelve a hacer la comparación entre la entrada en una cueva con la entrada en el laberinto del Minotauro, hasta que el personaje monstruoso se convierte en alegórico cuando Gordiano recuerda cómo entra en la última y fatal batalla de Catilina, en SS Cat 426:

Y así, a la edad de cuarenta y siete años, equipado con restos de armaduras desechadas, con una cota de malla a la que le faltaba la mitad de la trama y un casco abollado en forma de calabaza aplastada, blandiendo una espada sin filo en nombre de una causa sin esperanza, a las órdenes de un jefe destinado al fracaso. Debía de estar acercándose al centro del Laberinto; casi sentía el aliento cálido del Minotauro en la cara.

Gracias a las virtudes mágicas de la literatura popular, en la que creemos que esta clase de novelas se inscribe, sólo Metón y Gordiano quedarán vivos tras la conocida escaramuza narrada por Salustio, pero antes de despertar Gordiano sueña con el Minotauro entre las páginas 429 y 430, un Minotauro que aun pensando y pudiendo hablar, encarna de nuevo los valores de fiereza y crueldad. Gordiano cree despertar, dentro de su sueño, en el Laberinto del Minotauro, donde encuentra a la bestia frente a él:

Estaba muy cerca, tanto que podía ver el destello de sus ojos negros. Tendría que haber estado muerto de miedo, pero no era así. Lo único que se me ocurrió fue que sus ojos eran hermosos. Era una criatura viva y, en medio de tanta piedra dura e inerte [con la que el laberinto está construida] cualquier ser vivo me parecía precioso y raro, algo digno de apreciar, nunca de temer. Aún así, cuando la bestia salió del recodo y se aproximó, me puse algo nervioso: caminaba sobre dos patas, tenía cabeza de toro y cuerpo de hombre. También observé que sus cuernos largos y curvos acababan en una punta muy afilada y tenían una mancha de color orín.

La descripción que hace Saylor se atiene al pie de la letra a lo que nos cuentan los mitógrafos antiguos, salvo por un par de detalles que enriquecen el retrato: la hermosura que él cree ver en sus ojos y la descripción de sus cuernos largos y curvos, descripción que se corresponde precisamente con algunas esculturas de cabezas de toro halladas en Creta, con cuyos cultos táuricos y dimensiones de sus palacios se corresponden, en una mezcla de historia olvidada y fantasía suficientemente comprobada a la fecha de hoy, los mitos cretenses relacionados con el Minotauro.

Un poco más abajo se produce un diálogo entre el hombre y la fiera:

El Minotauro bufó, emitiendo vapor por las fosas nasales. Se detuvo a unos cuantos pasos y levantó la cabeza. Cuando habló, lo hizo con una voz simulada, pues sonaba ronca y poco natural.

—¿Quién eres? —preguntó.

—Me llamo Gordiano.

—No eres de aquí.

—He venido a buscar algo.

—Eso es una estupidez. Esto es un laberinto y el fin de un laberinto es confundir.

—Pero he conseguido encontrarte.

—¿No te habré encontrado yo a ti?

El texto es breve, pero está lleno de representaciones simbólicas relacionadas con la visión alegórica que Saylor hace del laberinto y el Minotauro: el laberinto es la política carente de cordura que conduce a la guerra, el fuego y la muerte que representa el hijo de Pasífae. Por eso es que el Minotauro reconoce a Gordiano como alguien que no pertenece a ese mundo, y por esto el Minotauro le hace ver que ha sido él quien ha encontrado al Sabueso, pero no al revés: las circunstancias de la novela que Saylor crea en torno a la conjuración de Catilina impulsan poco a poco al personaje a su implicación en una guerra perdida. El diálogo se interrumpe aquí, y entonces se produce un cambio de escenario que conduce a Gordiano a su villa en Umbría, donde les acompañan “tres cuerpos desnudos, sin cabeza, sentados con las manos en los muslos en tres tocones, como espectadores de un juego o jueces de un tribunal.” Ahora, los tres decapitados hallados en su granja se convierten en jueces del mundo de los sueños, trasunto del de los muertos. Gordiano sabe que ahora será revelada la verdad, a pesar de que el Minotauro se niega a decírsela. Siguiendo el hilo de las relaciones cretenses, los tres jueces decapitados que le harán saber la verdad se vuelven un trasunto de los justos jueces infernales: Minos, Radamantis y Éaco. De esta visión reveladora, Gordiano corta la cabeza del Minotauro que no es más que una máscara, y de su interior surgirá en SS Cat 430 el verdadero rostro de la causa de sus males.

Salvo esta importante alegoría en que Saylor convierte al Minotauro —como ya vimos que hizo Maddox con Cérbero— las alusiones a Asterión, verdadero nombre de la fiera y nunca recordado en las novelas de manera personalizada, se reúnen sólo a la mera cita o analogía con algo ajeno a su propia naturaleza, como hace Maddox en JMR Tem 33: “I knew a few Pythagoreans in Rome, and they had contrived the almost inconceivable feat of confusing mathematics and religion. I wondered what monstrous, Minotaur-like cult might emerge from a fusion of Archimedes and Baal-Ahriman.

1.5.2. Empresas colectivas.

1.5.2.1. Los Argonautas.

Como no hay constancia en las novelas de la primera empresa colectiva, que es la primera guerra de Troya, abordaremos la segunda de ellas, basada principalmente en las *Argonáuticas* de Apolonio de Rodas y en las tragedias de Eurípides y Séneca, que toman como motivo el asesinato por su madre de los hijos de Medea y Jasón. Si bien todos los datos se hallan en Higino (*Fab.* XII-XXXVI) y Apolodoro (I, ix, 16-28), también sobre éstos pesó considerablemente la influencia de la *Medea* de Eurípides.

A la nave Argo se la menciona en JMR Con 35 como Argos, lo que es un error, ya que Argos fue el argonauta que construyó su barco y le dio su nombre¹⁴⁵, pero lógicamente, en femenino. Maddox describe un banquete donde, entre otros muchos manjares, se ve aparecer una reproducción de la nave cargada de cabritos asados: “Me lancé sobre un cabrito asado que momentos antes había formado parte de la tripulación del Argos. El barco avanzaba sobre la mesa a medida que los esclavos reducían su tripulación ante cada comensal”. Lamentablemente, el autor no nos dice más que el barco era una trirreme, barco revolucionario en el siglo V a.C. que no debió ser la verdadera Argo. Que la trirreme reproducida en la novela debió de ser grande se deduce sólo de la lista de argonautas que facilitan Apolonio, Higino y Apolodoro¹⁴⁶.

Después de algunas aventuras, la nave llega hasta Cólquide, donde Eetes pone a prueba a Jasón a cambio de obtener el vellocino. El padre de Medea sólo será mencionado por Borrell como nombre de barco en JB At 13: “El Eetes resultó un cascarón notablemente sólido, que pronto disipó los temores suscitados por su diseño preolímpico”. En cuanto al vellocino, objeto maravilloso por excelencia, sólo será recordado como una hipérbole humorística en JMR Sat 176: “Julia acted as if she were in the great marketplace in Alexandria, exclaiming over every new display of tawdry trash as if she had just discovered the golden fleece hanging in a tree in Colchis. I think it was Colchis.”

Medea hace sombra a Jasón en las novelas, quizá porque como héroe no es más deslumbrante que Hércules, o quizá porque la imagen de este héroe quedó emborronada después de la visión que dieron de él Eurípides y Séneca, quienes se exhibió en Medea cargando las tintas en dos aspectos fundamentales: que Medea es bruja y que Medea es asesina. Si bien en la *Medea* de Eurípides el trágico ahondó

¹⁴⁵ Hig. *Fab.* XIV, 10; cf. Ruiz de Elvira, *op.cit.* p. 274.

¹⁴⁶ Apolonio, *Argon.* I 23-233; Hig. *Fab.* XIV; Apol. I, ix, 16. Apolodoro proporciona el dato de que la nave contaba con cincuenta remos, pero Maddox no se recrea en una descripción más prolija.

más en el aspecto afectivo de la nieta del Sol, Séneca cargó más las tintas en el aspecto mágico hasta el punto de dedicarle una impresionante escena de conjuro. Como quiera que sea, en las novelas las referencias a Medea no profundizarán nunca en trascender esos dos lugares comunes. Como maga, en JB At 14 cuando se hace la descripción de la ciudad de Tanais: “No puedo negar que contemplé el panorama con cierta emoción, como si en cualquier recodo fuesen a surgir Medea, en busca de filtros mágicos...”; como asesina, en JMR Sat 39, al establecer una comparación con Clodia: «“And I know that Clodia is more than competent when it comes to murder.” “A veritable Medea”».

También se pondrá énfasis, a modo de broma, en lo que es capaz de hacer la diosa cuando se coloca en un estado de locura, lo que remite a la Medea de las tragedias, olvidando otros crímenes célebres de la maga; por ejemplo, en JMR Sac 88 Julia explica sus razones para pedir a Decio que la deje ayudarlo a investigar: “Because I am intelligent, well-educated, personable and bored to a state of Medea-like madness.”

Por último, no faltan las alusiones malvadas a Clodia como una Medea, y Celio como un nuevo Jasón en SS Ven 312: “Fue entonces cuando comenzaron todas las desgracias de Celio, mejor dicho, todos los chismorreos acerca de Celio, de este nuevo Jasón cuyas incursiones marítimas no tardaron en arribar a las playas de esa Medea del Palatino”.

En conclusión, la imagen transmitida de Medea y Jasón no va más allá de los elementos de acción establecidos por la obra de Eurípides o la de Apolonio de Rodas, y sin profundizar nunca en las emociones que los impulsaron como sí lo hizo el trágico griego.

1.5.2.2. Otra empresas colectivas.

No se halla mención de la Cacería del jabalí de Calidón ni de la lucha entre Lápidas y Centauros, por lo que sólo tenemos unas escuálidas referencias a algunos personajes importantes del ciclo tebano y sus dos empresas colectivas representativas: los siete contra Tebas, cuyo origen remoto está en el oráculo que maldice a Layo y, consecuentemente, a su hijo Edipo; los Epígonos, hijos de quienes murieron en el sitio de Tebas y que juraron vengar a sus padres.

En SS Ap 355 se nos recuerda a Edipo sólo de pasada, mencionando la intervención histriónica de Valerio Nepote en el juicio de Milón: “Nepote habría hecho un papel excelente en un escenario, pensé, dando vida al ciego Edipo o al atormentado Áyax”. Obviamente se trata de un comentario que alude a los personajes abordados por Sófocles, pero la parca alusión al “ciego Edipo” nos impide saber si se nos habla de *Edipo Rey* (que sólo al final de la obra aparece ciego) o de *Edipo en Colo-*

no, canto de cisne sofócleo donde, como sabemos, Edipo vaga ciego por Grecia hasta llegar a Atenas.

En una sola mención en SS Sang 230 se nos despacha a los Siete que combatieron contra Tebas y a los Epígonos: “Alcmeón le quitó la vida a Erífyle para vengar a Anfiaro... ¿o fue Anfiaro quien mató a Erífyle? No, no, está bien...”, ensaya un principiante Cicerón su *Pro Roscio*. Como cuenta Higino (*Fab. LXXIII*), Anfiarao sabía que si marchaba a combatir en Tebas moriría, así que decidió ocultarse. Sin embargo, su esposa Erifila le traicionó, por lo que debió ir al combate. Antes hizo jurar a su hijo Alcmeón que, tras su muerte, mataría a su madre, asesinato que llevó a cabo en venganza.

1.5.2.3. La segunda guerra de Troya.

Que la obra homérica es uno de los referentes obligados de esta clase de novelas lo demuestra el alto número de referencias a la misma, mucho más que a cualquier otra obra literaria, así como los personajes y acontecimientos del ciclo troyano. Los autores recrean, con buena fortuna, la importancia que la obra homérica tenía entre los antiguos, tanto griegos como romanos, por medio de la alusividad. Haremos un repaso de los personajes más destacados, empezando por la mención de la propia ciudad de Troya, sólo aludida como lugar de batalla y que en JB At 119 es mencionada como equivalencia del caos: “El interior del subterráneo daba una idea de lo que debió de ser Troya tras la entrada del caballo. Un laberinto de llamas danzaba en torno a los barriles y no se necesitaba consultar a un oráculo para pronosticar que en pocos instantes la gruta se convertiría en el Etna en plena erupción.”

La mención del laberinto de Dédalo y del oráculo délfico son puramente ornamentales, pues no aportan en realidad una imagen al cuadro como sí lo hace el recuerdo del episodio del caballo de madera, no narrado en la *Ilíada* pero sí en la *Odisea* (VIII, 492 ss.), y retomado siglos después con todo detalle por Virgilio. El Etna es el volcán por excelencia del mundo antiguo, ya que la tradición decía que el dios Hefesto tenía en él su fragua.

Existe una interesante analogía en SS Ap 61-2 donde la guerra troyana vuelve a convertirse en un símbolo del caos, aunque en este caso de tipo político, durante las turbamultas populares que siguieron al asesinato de Publio Clodio:

—Como los héroes de la *Ilíada* —dijo Diana—. Los dioses se alían con los mortales: un dios favoreciendo a Héctor, otro en lado de Aquiles. Y en otro plano Héctor y Aquiles, cada uno con su propio ejército.

(...)

—Ya veo. Bueno, esta pequeña referencia literaria es un poco exagerada. Puede que sea el primero en comparar a Roma con un erizo, pero me apuesto algo a que tú eres la

primera que compara nuestras bandas de matones locales con Héctor y Aquiles. Aunque, en cierto modo, es aceptable. Al final, los dioses le retiraron a Héctor sus favores, ¿verdad? De ahí que cayera la casa de Príamo, y con ella Troya. Los dioses pueden ser volubles, como cualquier aliado; al fin y al cabo, todo es política. Las alianzas se mueven como la arena bajo los pies. La lealtad se nos escurre entre los dedos.

Apolo es la divinidad que protege a Héctor, mientras que Aquiles es fundamentalmente vigilado por su madre Tetis, que intercede por él antes Zeus. Al final, como es recordado por Saylor, la balanza del destino se pondrá del lado de Aquiles contra Héctor, lo que hace que los dioses le retiren sus favores, atestiguado en el célebre episodio de la balanza del destino (*Il.* XXII, 168-213), donde pesa más el alma de Héctor que la de Aquiles a la hora de marcar cuál de los dos descenderá primero al Hades.

Agamenón es recordado, como es natural, como héroe trágico, asesinado por su esposa Clitemestra y, con posterioridad, vengado por su hijo Orestes en la mención que hace del personaje Cicerón en los preparativos de su discurso *Pro Roscio* en SS Sang 230: “La leyenda nos habla de hijos que mataron a sus madres para vengar a sus padres: Orestes mató a Clitemestra para vengar a Agamenón”. Todo esto constituye el argumento de la *Orestiada* de Esquilo (*Agamenón* y *Coéforas*), por lo que es un tema bien sabido. En SS Ven 209, hay una curiosa mención a Homero donde se señala la belleza de las mujeres de Lesbos:

- Homero llama a las lesbianas “las mujeres más bella del mundo”.
- ¿Homero no estaba ciego?
- La frase la dice Agamenón.

En efecto, Agamenón se refiere a las mujeres de Lesbos en la *Ilíada*, cuando decide reconciliarse con Aquiles ante el mal curso que toma la guerra y le envía una embajada. Entre otros presentes, está dispuesto a ceder a Briseida. Los versos de Homero (*Il.* IX, 128-32) destacan la excepcional belleza de las lesbianas:

δώσω δ' ἐπὶ γυναικας ἀμόμονα ἔργα ἰδυίας
Λεσβίδας, ἃς ὅτε Λέσβον εὐκτιμένην ἔλεν αὐτὸς
ἐξελόμην, αἷ κάλλει ἐνίκων φῦλα γυναικῶν.
τάς μὲν οἱ δώσω, μετὰ δ' ἔσσειται ἦν τότε ἀπηύρων
κούρη Βρισηῆς·

En JMR Con 242 es mencionado Agamenón, junto con otros grandes héroes de la épica, en un fragmento que recrea la nostalgia hesiódica de la edad de oro: “Decidí que seguramente las deidades tenían poco interés por las insignificantes intrigas de los enanos degenerados en que se habían convertido los hombres. En la época de los héroes, cuando Aquiles y Héctor, Eneas y Agamenón luchaban, los dio-

ses tomaban parte activa en la batalla. Aquellos héroes eran casi dioses por derecho propio. No era probable que los dioses se movieran por Catilina, Craso o Pompeyo, y menos aún por Decio Cecilio Metelo *el Joven*".

De las amazonas existe un recuerdo en las novelas, el de Penthesilea y sus guerreras en Troya, en JB At 103: "Iridia se despojó de sus abrigos. Lucía una ajustadísima cota de mallas sobre un cinturón dorado y una exigua falda, como una amazona de la guerra de Troya dispuesta para el desfile inaugural". De las amazonas que combatieron en Troya, la reina Penthesilea es la más famosa: muerta en combate por Aquiles, éste se enamoraría de ella al recibir su última mirada (Hig. *Fab.* CXII, 4). No hay rastros de este episodio en las obras homéricas, pero la llegada de las Amazonas a Troya para defender a Priamo formaba parte de una de las obras perdidas del Ciclo troyano, la *Etiópida*.

En una de las novelas de Maddox también se nos recuerda a estas temibles guerreras, pero sin que haya precisión acerca de si se menciona un episodio de la guerra de Troya, por lo que lo más común es que se trate de la legendaria batalla entre atenienses y amazonas (Apol. II, v, 9; *Epit.* I, 16-9)¹⁴⁷. Así, en JMR Tem 58 se nos dice que "In art, the axe is usually depicted as a characteristic weapon of the Amazons", y luego se nos describe una pintura en un jarrón: "It depicted a battle between Greeks and Amazons, and Asklepiodes pointed to one those martial ladies, mounted, dressed in a tunic and Phrygian bonnet".

El recuerdo del agónico dolor de las troyanas procede, no de Homero, sino de Eurípides¹⁴⁸, en una de sus más conocidas tragedias, *Troyanas*, a cuya representación acude Decio en JMR Sac 193: "Some actors began screeching in horrid falsettos. One of them, Hecuba, I think, or perhaps it was Andromache, began to wail something about the gods and how they had made a fine old mess of Troy". Que la obra es *Troyanas* no debemos ponerlo en duda, ya que el mismo autor nos da ese dato concreto en la página 185 de su obra, pero en la representación a la que Decio asiste parece haber desaparecido la parte del prólogo correspondiente a Poseidón y Atenea, ya que comienza a actuar directamente el actor que interpreta a Hécuba. Si el autor no nos hubiese proporcionado el dato exacto, podríamos pensar que la obra a la que Decio está asistiendo es *Andrómaca*, que se inicia precisamente con la intervención de la viuda de Héctor. Tanto Hécuba como las demás troyanas, en general, son de nuevo recordadas en SS Ap 342, donde asegura Bethesda: "El dolor de una mujer es a menudo su única arma. Recuerda a Hécuba y a las troyanas. Fulvia ha utilizado su dolor donde ha causado más efecto". El recuerdo de Hécuba y las troyanas bien puede ser una alusión a la obra así llamada de Eurípides, pero también

¹⁴⁷ Apol. II, v, 9; *Epit.* I, 16-9.

¹⁴⁸ Aunque el germen estaba, como sabemos, en la despedida de Héctor y Andrómaca en *Il.* VI 392-496.

Hécuba o Andrómaca.

De todos los héroes de la guerra de Troya, el más recordado junto con Ulises es Aquiles. En relación a su talón, hallamos en JB At 50 un símil con la inmersión del héroe en la laguna Estige: “Transporté al recién nacido a la ribera y lo sujeté con dificultad por sus resbaladizos asideros, a punto de sumergirlo en la corriente como a Aquiles en la laguna Estige”. La versión más tradicional es la de que Tetis fue quemando paulatinamente el cuerpo de su hijo sobre un brasero con objeto de concederle la inmortalidad, y que cuando le faltaba apenas el talón fue detenida por Peleo (Apol. III, xiii, 6); sin embargo, a partir de Estacio se populariza la versión de que fue sumergido en la laguna Estige¹⁴⁹, y en Higino se nos dice claramente que Aquiles era vulnerable del talón, y que de un flechazo en el talón murió en el sitio de Troya (Hig. *Fab.* CVII). Siguiendo esta tradición, volvemos a encontrar en SS Ap 50: “Lo que el talón era para Aquiles, era el vientre para Cicerón.”, y en JMR Con 196 vuelve a hacerse recuerdo de esta versión, ya que Decio muerde a Clodio en un talón, lo que obliga al agraviado a permanecer en casa quejándose de sus heridas: “Esta noche he oído a uno de sus sicofantes en los baños —señaló Leca, servil adulator—. Estaba declamando unos versos nuevos en que comparaba a Clodio con Aquiles, herido en el talón por un cobarde.”

Otro de los temas que han sido recurrentes ha sido el de intentar ver una especie de relación amorosa entre Aquiles y Patroclo, cuya amistad proverbial en la *Iliada* no permite, desde luego, sospechar nada, aunque se haya argumentado motivos de una expurgación en las obras homéricas que, como sabemos, sí que se produjo. Por ello, no es de extrañar que durante siglos se haya recurrido a una extorsión de las evidencias hasta llegar al chisme, como hace Saylor en SS Ap 329, donde Gordiano conversa con Fulvia sobre la amistad de Antonio y Curión:

—No, eso es imposible. En estos momentos, [a Antonio] un divorcio le arruinaría. Me sugirió que pensara en casarme con Curión.
—¿Su amigo de la infancia?
—Su amante de la infancia. Puedes decir la palabra. Pienso en ellos como dos guerreros griegos de fábula, como Aquiles y Patroclo.
—¿Y a ti te gustaría ser Briseida?
Me miró sin verme. No había captado la alusión y por tanto había fallado el insulto. No había leído mucho.

También es mencionado Patroclo en solitario por el célebre combate que sigue a su muerte por Héctor en JB At 24: “Yo se lo explicaré mientras te preparas para cenar con ella. Y aún tendremos tiempo para un par de partiditas; reñidas y sin cuartel, como la lucha en torno al cadáver de Patroclo”, lucha más que reñidita, en-

¹⁴⁹ Sobre las distintas fuentes, cf. Ruiz de Elvira, *op.cit.* pp. 426-7.

carnizada, entre troyanos y tirios y que ocupa todo el libro XVII de la *Ilíada*, y donde destacan Menelao, Héctor y Áyax.

La mención antes vista de Briseida formando trío con Aquiles y Patroclo, aunque es humorística, viene a cuento porque, si bien la amistad entre Aquiles y Patroclo era legendaria, no era menor el amor que Aquiles sentía por Briseida, hasta el punto de que el imperativo de tener que cederla a Agamenón es la causa de que el Pelida se retire de la guerra, y por tanto, de la celeberrima cólera de Aquiles que constituye el tema de la obra homérica, tan conocida en todo tiempo que Saylor puede permitirse el llamar poco culta a una romana de la época que no hubiese captado la obvia alusión. Esta cólera de Aquiles también es justamente recordada en SS Ven 223: “La cólera de Aquiles palidecía al lado de la de Bethesda (...). Se comporta como los esclavos (y como el héroe de la *Ilíada* de Homero): calla, medita y espera la hora propicia”.

El amor y respeto entre Briseida y Aquiles es famoso, pero no es honrosa la manera en que Aquiles tomó a Briseida como botín de guerra, después de una sangrienta incursión a las tierras de su padre, como relata Homero en *Il. II*, 688-91.

Evidentemente, el recuerdo de episodios como éste hará escribir a Maddox en JMR Mist 122 esta reflexión sobre la piratería: “Al fin y al cabo, ¿no habían asaltado Ulises y Aquiles inofensivos pueblos costeros al abrirse paso hacia y desde Troya?”. También el escudo de Aquiles, entregado por su propia madre y ya comentado, será de nuevo traído a colación mediante un símil en JMR Sac 150: “His years at the oar had given him palms as hard as the brazen shield of Achilles”

Queda mencionar uno de los casos de travestismo más famosos, el del propio Aquiles negándose a ir a la guerra de Troya, como explica Maddox en JMR Sac 123: “Achilles was discovered in women’s clothing, you know”, y en JMR Sat 200 explicita la causa: “Even heroes resort to stratagems to avoid particularly onerous or foolhardy military adventures. Odysseus feigned madness, and Achilles dressed as a woman.”

En efecto, fue Tetis quien le envió a la isla de Esciros, donde convivió vestido de doncella entre las hijas vírgenes del rey Licomedes a sabiendas de que su hijo moriría en Troya (Hig. *Fab.* XCVI).

Áyax, otro de los grandes héroes griegos, es mencionado en JB At 119, pero no de manera relevante: “Tal vez el coger un puñado de polvo negro y arrojárselo a la cara no fuese una conducta heroica, digna de Áyax, Eneas y otros duelistas legendarios; pero creo que en aquellas circunstancias podían permitírseme ciertas mañas.” Como ya hemos visto al hablar de Edipo, también es mencionado en SS Ap 355 relacionado con la tragedia sofoclea.

Clitemestra, la esposa de Agamenón y su asesina, es sacada a colación en SS Ven 312: “También había oído llamar a Clodia «Clitemnestra de cuadrante» antes de

que lo hubiera dicho Celio en voz alta. Había sido Catulo la noche que me había llevado a la Taberna Salaz. «¿Quién la llama así», le había preguntado. «¡Yo! Acabo de inventarlo. Necesito invectivas nuevas si quiero atraer su atención de nuevo...». Sospechosa de asesinato, Clodia es aquí emparentada con la esposa de Agamenón que, principalmente en la tragedia, es coautora y cómplice de la muerte de su esposo, lo que la conduciría a ser asesinada por su hijo Orestes.

Con no muchas menciones cuenta el mítico Eneas, a veces puramente formularios y vacías de contenido. En JB At 52 se recuerda su huída de Troya con los penates a cuestas: “Recorrí el bosque con la familia a cuestas como Eneas escapando de Troya”, lo que nos remite directamente a la *Eneida*, y un par de alusiones a la prestigiosa familia Sergia, en SS Vest 232: “El clan patricio de los Sergios se remonta a la época de Eneas; no había un apellido más respetable en la República”; hallaremos una más en SS Cat 150, donde el propio Catilina nos cuenta que: “El fundador de mi familia estuvo al lado de Eneas cuando éste puso el pie en suelo itálico”, refiriéndose a Sergesto, troyano compañero de Eneas de cuyas andanzas también hallamos referencias en la *Eneida*¹⁵⁰.

De Héctor, además de los ejemplos ya vistos, encontramos un recuerdo literario en JB At 19: “Acometí las bandejas como Héctor las naves aqueas, dispuesto a resarcirme de las semanas de dieta marítima”; aquí se parte del extenso episodio descrito por Homero del asalto de las naves griegas por los troyanos, a partir del verso 254 del libro XV, precisamente estimulado Héctor por Apolo, que causa en el troyano este efecto de velocidad, al que muy seguramente se refiere Borrell de manera paródica y del cual destacamos los versos 262-70:

Ὡς εἰπὼν ἔμπνευσε μένος μέγα ποιμένι λαῶν.
ὡς δ' ὅτε τις στατὸς ἵππος ἀκοστήσας ἐπὶ φάτνῃ
δεσμὸν ἀπορρήξας θεῖη πεδίοιο κροαίνων
εἰωθὼς λούεσθαι ἔϋρρεϊος ποταμοῖο
κυδιῶων· ὑψοῦ δὲ κάρη ἔχει, ἀμφὶ δὲ χαῖται
ᾧμοις αἴσسونται· ὃ δ' ἀγλαΐῃφι πεποιθὼς
ρίμφα ἐγοῦνα φέρει μετὰ τ' ἤθεα καὶ νομὸν ἵππων·
ὧς Ἴεκτωρ λαιψηρὰ πόδας καὶ γούνατ' ἐνώμα
ὀτρύνων ἱππῆας, ἐπεὶ θεοῦ ἔκλυεν αὐδήν.

La muerte de Héctor a manos de Aquiles, con toda la carga vengativa que implicaba matar al asesino del querido Patroclo, se recuerda en JMR Sac 46: “On the tessellated floor lay a stout body. It was Mamercus Aemilius Capito, dead as Hector”; y es que es conocida la saña empleada por Aquiles y que a la larga, por *hybris*, le costaría la vida al Pelida, como bien recuerda Maddox en JMR Tem 202: “I have never been superstitious, but it always pays to be cautious. Look at what happened

¹⁵⁰ Sobre Sergesto, cf. Virg. *Aen.* I, 510; IV, 288; V, 121, 184, 185, 203, 220, 272, 280; XII 561.

to Achilles after he dragged Hector behind his chariot”.

Por último, hallamos en JMR Sat 127 una mención chusca del odio entre Héctor y Aquiles cuando Julia bromea con Decio: “I’ve already heard gossip that you and Clodius have called a truce, and that’s like hearing somebody discovered a lost book of the *Iliad* where Patroclus catches Hector and Achilles in bed together”.

La causante de la guerra de Troya, Helena, es recordada un par de veces con alusiones, más o menos veladas, a su belleza legendaria y hasta insuperable, según los textos antiguos como el de Higino (*Fab.* XCII, 3-4):

Cui Iuno, si secundum se iudicasset, pollicita est in omnibus terris eum regnaturum, divitem praeter ceteros praestaturum; Minerva, si inde victrix discederet, fortissimum inter mortales futurum et omni artificio scium; Venus autem Helenam Tyndarei filiam formosissimam omnium mulierum se in coniugium dare promisit. Paris donum posterius prioribus anteposuit Veneremque pulcherrimam esse iudicavit; ob id Iuno et Minerva Troianis fuerunt infestae.

En tono de broma, y sin juicio alguno, en JB At 25: “Me esforcé por adoptar el tono propio de un exquiriente avezado, imperturbable aunque halle a la propia Helena de Troya bajo la colcha”.

Sin embargo, en JMR Con 250 sí existe una especie de tono peyorativo al mencionar, primeramente, los encantos de una muchacha voluptuosa para luego reforzar esta debilidad de Decio con una alusión a Helena como causante de la guerra de Troya:

Es posible que se considere digno de maravilla que un hombre implicado en una increíblemente peligrosa mezcla de intriga, traición y asesinato se dejara distraer por los encantos de una muchacha voluptuosa. Los hombres jóvenes son así; al menos yo lo era. Griegos y troyanos libraron una guerra por una mujer, de modo que no era yo el único con esa fijación, aunque parecía haber algo poco romano en ello.

Maddox, por boca de Decio, toma parte por la imagen de Helena como *mujer fatal*, ruina de hombres, siguiendo el modelo homérico (*Od.* XIV, 68-9): “¡Mejor pereciera la raza de Helena / de raíz, pues quebró las rodillas de tantos varones!”¹⁵¹ en clara confrontación con el modelo revisionista de Eurípides, que deja a la heroína expresarse libremente en *Helena*, 52-5:

ψυχαὶ δὲ πολλαὶ δι’ ἔμ’ ἐπὶ Σκαμανδρίοι
ροαῖσιν ἔθανον· ἢ δὲ πάντα τλάσ’ ἐγὼ
κατάρατός εἰμι καὶ δοκῶ προδοῦσ’ ἑμὸν

¹⁵¹ *Od.* XIV, 68-9:

ἀλλ’ ὄλεθ’. ὡς ὄφελλ’ Ἑλένης ἀπὸ φύλον δλέσθαι / πρόχνη, ἐπεὶ πολλῶν ἀνδρῶν ὑπὸ γούνατ’ ἔλυσε·

πόσιν συνάψαι πόλεμον Ἑλλησιν μέγαν.

Hay una referencia literaria en SS Just 256:

[Homero] dice que el nepente pone fin al dolor —dije con la vista fija en la taza, buscando una señal de muerte en el remolino de vapor.

—Por eso la reina de Egipto se la dio a Helena, para curarle la melancolía —asintió Iaia.

—Homero también dice que provoca el olvido y yo no quiero olvidar lo que he visto y aprendido.

Hasta donde hemos podido indagar en la obra homérica, la referencia literaria se halla en la *Odisea*, IV, 220-30, cuando Telémaco llega al palacio de Menelao y Helena y, recordando a los seres queridos que no volverán, la emoción los invade y rompen en sollozos, y para remediarlo Helena

αὐτίκ' ἄρ' εἰς οἶνον βάλε φάρμακον, ἔνθεν ἐπινον,
νηπενθές τ' ἄχολόν τε, κακῶν ἐπίληθον ἀπάντων.
ὃς τὸ καταβρόξειεν, ἐπὴν κρητῆρι μιγείη,
οὐ κεν ἐφημέριός γε βάλοι κατὰ δάκρυ παρειῶν,
οὐδ' εἴ οἱ κατατεθναίῃ μήτηρ τε πατήρ τε,
οὐδ' εἴ οἱ προπάροιθεν ἀδελφεὸν ἢ φίλον υἱὸν
χαλκῷ δηϊόφεν, ὃ δ' ὀφθαλμοῖσιν ὀρῶτο.
τοῖα Διὸς θυγάτηρ ἔχε φάρμακα μητιόεντα,
ἔσθλά, τὰ οἱ Πολύδαμνα πόρεν, Θῶνος παράκοιτις,
Αἰγυπτίῃ, τῇ πλεῖστα φέρει ζεῖδιωρος ἄρουρα
φάρμακα,

Puesto que Saylor menciona explícitamente a Homero, debemos suponer que éste es el pasaje en que se inspira, pero no dice —y habría que cotejar algunas traducciones de la obra homérica al inglés— que el nepente innominado en Homero produzca el olvido, lo que posiblemente sea una traducción que se acoja al significado más amplio traducido en español como alivio de males. Por lo demás, no hemos hallado en la obra homérica mayor mención de los reyes de Egipto, Polidamna y Ton.

El gran héroe cretense Idomeneo es recordado también en JMR Mist 93:

Sobre mi escritorio descansaba una antigua daga de bronce hallada en una tumba de Creta. Naturalmente, el tipo que me la vendió me juró que había pertenecido al héroe Idomeneo. Todas las armas de bronce antiguas que he visto en mi vida han pertenecido supuestamente a algún héroe de la *Ilíada*.

Idomeneo era descendiente de Mínos (*Od.* XIX, 180-3), y por tanto de orígenes divinos; combatió destacándose en la guerra de Troya y su regreso a su hogar en

Creta fue, de acuerdo con la *Odisea*, sumamente afortunado (*Od.* III, 190-2). Una versión dice que murió en Creta, ya que consta que en época clásica era mostrada su tumba en la isla; pero otra versión afirma que fue desterrado acusado de haber causado una peste en la isla, y se le atribuye también el bulo de que todos los cretenses son mentirosos¹⁵².

Menelao es recordado en gloriosa gesta en JMR Tem 57-8, donde se recoge de forma bastante literal la muerte del troyano Pisandro, en la *Ilíada*, XIII, 601-19:

“The axe has been little used as a weapon in modern times,” he said. “Although in antiquity was not considered to be an unfit weapon ever for noblemen. In Book Thirteen of the *Iliad* the Trojan hero Peisandros drew an axe from behind his shield to engage Menelaos, not that it did him much good.”

“I remember that part,” I said. “Menelaos stabbed him through the top of his nose and both his eyeballs fell bleeding to the dust beside his feet.”

Néstor, modelo de longevidad sabia, es sacado a colación en JMR Mist 227: “Escuché todas estas propuestas con benevolencia, y mi consejo, que podéis seguir como los jefes griegos siguieron el de Néstor, es que se apruebe este plan”. El consejo de Néstor es tomado aquí de manera genérica, ya que este personaje tiene numerosas intervenciones durante la *Ilíada* —a la que se refiere estrictamente la cita— como en la *Odisea*, cuando Telémaco está en la busca de su padre, Ulises.

Ulises es, junto con Aquiles, el héroe más recordado de la guerra de Troya, merced a la influencia secular de la *Odisea*. En las novelas se recrean episodios de la obra homérica. Por su nombre griego sólo será mencionado en JMR Sat 220 en un ejemplo ya visto, fingiendo locura. Puesto que en el resto de los casos será llamado Ulises, así nos referiremos a él. Ulises es hijo de Laertes y de Anticlea en los poemas homéricos, mientras que los trágicos se sirven de una tradición que asegura que Anticlea se unió antes a Sísifo, de quien es hijo verdadero y de quien heredó su característico ingenio, refrendado una y mil veces en los poemas homéricos: “Ulises, el rico en ingenios, habló arteramente¹⁵³”, astucia y trapacería legendarias de donde se desprenden imágenes como la de Borrell en JB At 14: “No puedo negar que contemplé el panorama con cierta emoción, como si en cualquier recodo fuesen a surgir Medea, (...) o el mismo Ulises, regateando con un mercader el precio de la salazón.”, idea que por otra parte parece emanar de un problema parecido con los soldados en los mercados al que se alude en *Lisístrata*. El mismo Sísifo es evocado también en SS Cat 219, donde se le menciona en una comparación con Craso: “Pero para mí era Sísifo, siempre empujando una enorme piedra montaña arriba para verla rodar cuesta abajo y vuelta a empezar otra vez, logrando riquezas e influencias en el

¹⁵² Grimal, *op.cit.* s.v. Idomeneo.

¹⁵³ *Od.* XVIII, 51, es un ejemplo entre muchos: δολοφρονέων μετέφη πολύμητις Ὀδυσσεύς.

camino, más allá del alcance de cualquier hombre, pero nunca suficientes para permitirle un descanso”. La imagen procede directamente de la *Odisea* (XI, 593-600), donde se describe de manera muy plástica cómo Sísifo intenta subir el peñón hasta el pico del monte hasta que casi en la cima debía ceder bajo el peso de la enorme mole.

Casi todas las menciones en solitario a Ulises proceden de este carácter ingenioso. Así, en JMR Mist 226, los hombres de Tigranes son llamados “valientes descendientes de Ulises”, pero sólo como una forma de expresar que no sólo son valientes, sino de mente ágil. En la misma línea, Cicerón le expresará a Decio su admiración en JMR Sat 164: “My congratulations upon your heroic escape, Decius. I have never known a man like you for getting out of incredibly tight spots. You must be a descendant of Ulysses”, idea que vuelve a ser repetida en idénticas circunstancias en la página 174.

Dos episodios brillan con luz propia entre los no comentados hasta ahora, la conquista de las armas del Pelida, y el escape al embrujador encanto de las sirenas. Con respecto al primero, encontramos un símil en JB At 39: “Cuando hayas recibido tu peso en oro me encantará ganártelo, como Ulises conquistó las armas del Pelida”. Pelida que no es otro que Aquiles, una vez muerto, y cuyo episodio es mencionado en la *Odisea* (XI, 543-7) al ver a su contrincante Áyax, pero que sobre todo sería desarrollado por Ovidio en *Met.* XIII 1-398 y las consecuencias en el *Áyax* de Sófocles.

En cuanto a la escapada de los cantos de sirena, frase que se ha convertido en proverbial, tenemos un recuerdo de la misma en En JMR Sac 121 de boca de Fulvia: “I am terribly honored to meet such a distinguished man,” Fulvia said. I was against such a voice that Ulysses had his men stuff their ears with wax. Unlike Ulysses, I was not lashed to a mast, but it required some effort not to leap onto the bed with her”. El episodio está, como sabemos, en la *Odisea* (XII, 153-200), pero la idea de obstruir los oídos de los compañeros con cera y permanecer atado al mástil de la nave para poder oír los cantos se la da Circe a Ulises (*Od.* XII, 37-56).

Nos queda, por fin, Penélope para terminar con este comentario de los personajes de la mitología en esta clase de novelas.

La eterna espera de Penélope, que pasa veinte años sin marido, es aludida en JB At 39 “Que nos veas regresar, como Penélope a los marinos de Ítaca”, y por supuesto no falta la alusión al conocido ardid de tejer durante el día la mortaja de su suegro Laertes para el día en que fallezca, mortaja que durante la noche deshace consiguiendo mantener el engaño durante tres años hasta ser descubierta (*Od.* II). En JMR Con 106 se nos recuerda este archifamoso detalle que después ha recorrido toda la historia de la literatura: “A decir verdad, las damas de alta cuna poco tenían que hacer en el hogar. De nada servía sentarse a tejer como Penélope”.

1.6. Conclusión.

Muchos han sido los personajes que han desfilado por las páginas de estas novelas. Han sido, por decirlo de una forma clasicista, la *pompa* de estas obras: una procesión de imágenes deslumbrantes que se reivindican ayer, hoy y mañana como el más importante legado fantástico de la civilización grecolatina. J. Burkhardt lo expresó con contundencia: “La inigualable grandeza de los griegos es su mito. Los modernos han producido algo equivalente a la filosofía de Grecia, como su mito nada”¹⁵⁴. No faltan a la verdad en ningún momento.

Entre el gusto de la representación mitológica, destacan los monstruos y seres deformes: Medusa, Cérbero, el Minotauro y Escila regresan para evocar la colorida imaginación del hombre primitivo, y su respuesta poética a los miedos ancestrales. Pero no sólo estos personajes horribles que debieron ilustrar las pesadillas de nuestros antiguos son evocados por los tres autores, sino también otros que hoy siguen siendo tan coloridos y adorables como entonces: los alegres sátiros, Pan o Priapo serán el reverso afable de esta monstruosidad, y evocarán su simbología de fuerzas regeneradoras de la naturaleza. Una representación campestre de Priapo inspirará un crimen en uno de los relatos de Saylor.

Entre los dioses mayores destaca la evocación de Venus, Hades, Poseidón y Júpiter. Tal como corresponde a su categoría de padre de los dioses, Júpiter es evocado tanto en su vertiente meteorológica, que ya hemos ilustrado convenientemente, como en su vertiente novelesca, que es siempre la que prefieren los poetas y los artistas. También su descendencia, producto de estos amores fantásticos, alcanza una relevancia notoria: Minerva (que presidirá las reflexiones en la morada de Gordiano), Apolo (que siempre es representado como el modelo de belleza masculina) y su hermana Ártemis, que bajo el nombre latino de Diana alcanza relevancia en el caso de *La lágrima de Atenea*. El extraño culto del *xoanon*, que con el nombre de Ártemis veneran los masilienses, constituirá el exótico telón de fondo de *Last Seen In Massilia*. Esta diosa, dejando al margen su característica de ser también modelo de la belleza ideal, dará pie a la descripción de extraños rituales relacionados con su cara más cruel.

Dos personajes sirven como modelos para la caracterización de dos importantes secundarios en la obra de Maddox: el juguetón e ingenioso Hermes inspira la jovialidad ciertamente insolente del esclavo de Decio del mismo nombre. Otro hijo de Apolo, Asclepio, es evocado continuamente en el personaje de Asclepíodes, ese genio que defiende ante el escándalo de la comunidad científica internacional la naciente ciencia forense. Dioniso, dios del vino, es recordado en su vertiente más ama-

¹⁵⁴ Citado en el epígrafe introductorio por Rosario Guarino Ortega en *La mitología clásica en el arte*. Murcia, 2004. Universidad de Murcia.

ble, pero también flota en *Saturnalia* la evocación del aspecto frenético y más homicida que Nono plasmó tan bien en sus *Dionisiacas*.

Las fuentes más socorridas por nuestros autores (pero no sus únicas referencias de la mitología clásica) son, como no podía ser menos, Homero y Ovidio. Son los dos grandes pilares sobre los que se sostiene la expansión de aquella mitología en nuestra civilización, y sus obras siguen siendo (hoy como ayer) aportaciones fundamentales de sus dos culturas y esencial alimento durante el curso de los siglos. Al hablar de metamorfosis y dioses mayores, los autores se sustentan sobre todo (aunque no exclusivamente) en Ovidio. Cuando los héroes entren en escena (salvo en el caso de Hércules), la musa de Homero será la primera fuente de referencia: Aquiles y Ulises serán, después de Hércules, quienes acumulen el mayor número de citas. Los autores no cubren ni una mínima parte del itinerario vital del hijo de Alcmena, pero su aparición será constante en virtud de haber creado la imagen de lo que hoy es el moderno super héroe, con quien más se puede identificar el lector más joven. Entre sus costumbres, las grandes comilonas y su no menos insaciable apetito sexual se llevan la palma de la victoria. Todo parece indicar que el mito es muy importante para estos autores.

Y así es, aunque ahora debemos resaltar el hecho de que, a lo largo de las novelas estudiadas, tampoco hemos encontrado que el gigantesco corpus mitológico, con toda su interrelación de personajes dando lugar a toda clase de episodios, leyendas y ciclos heroicos tenga relevancia por sí mismo en este género de novelas. Antes al contrario, los protagonistas de la mitología, tanto dioses mayores como menores y héroes, tienen más bien una función representativa de tipo colorista, sin que el relato mitológico importe mucho en sí mismo, ni sea recreado en ninguna obra con fines literarios. Antes bien, la mención de los mitos dentro de las obras tiene más que nada la misión de funcionar, por lo general, como símiles o analogías en la mayor parte de los casos, y en otros, como personificaciones. Es decir, el mito funciona siempre por alusividad.

Dentro de esta situación general, donde el mito es una referencia cultural más que viene a añadir mayor verosimilitud al diálogo de los personajes y a la narración en primera persona de los protagonistas, existen algunos personajes mitológicos que destacan por ser como representación simbólica de una determinada situación histórica. Nos referimos, exactamente, al can Cérbero para evocar la figura del naciente primer triunvirato en la novela *The Sacrilege* de Maddox; y a la figura de Asterión, el Minotauro del laberinto cretense, a quien Saylor recrea con el objetivo de ofrecernos una evocación mágica y bastante plástica (no exenta de ese componente onírico que tanto gusta al autor) del tiempo convulso en que a Gordiano le ha tocado vivir, sobre todo durante el periodo de la conjura de Catilina¹⁵⁵.

¹⁵⁵ Cf. mi análisis *Seres mitológicos griegos para una interpretación de la historia de Roma*. Ciudad

Por lo demás, a veces el título de una obra realza la importancia de un personaje mitológico (*La lágrima de Atenea, El templo de las Musas, The Arms of Nemesis*), pero sólo en el caso de esta última obra la deidad viene a aportar un simbolismo general a toda la obra y, por consiguiente, un mensaje del autor claro y contundente. Por último, Steven Saylor concede una gran importancia simbólica a algunos dioses al abordar la estructura general de su novela *Rubicón*. Como en el mismo caso de *The Arms of Nemesis* (título mal traducido al castellano como *El brazo de la justicia*), la importancia destacada de estas divinidades dentro de cuerpo estructural del relato, conceden a la obra una fácil interpretación de la mirada con que Gordiano el Sabueso contempla y juzga aquellos tiempos convulsos.

III
MITOLOGÍA Y RELIGIÓN

2. Religión y mundo de los muertos

2.1. RELIGIÓN.

John Maddox Roberts y Steven Saylor abordan numerosas veces en estas novelas el fenómeno religioso y la representación del mundo de los muertos. No podía ser de otra manera, ya que es absolutamente conocida la enorme importancia que todo el ámbito religioso tenía en el carácter romano. El romano era eminentemente religioso, hasta el punto de que la religión del estado fue una proyección de la religión doméstica, donde nació el culto y desde donde, entendido el estado como el Gran Hogar, se volvió modelo de los ritos oficiales de la nación romana¹. Esto tiene no poca importancia, porque implica que no se trataba de un Estado que imponía ritos y creencias a su pueblo, sino que de manera imitativa desde la verdadera fe creyente (algunos, desde la óptica cristiana, la llamarían superstición), los ritos individuales y domésticos configuraron, poco a poco, el complejo, a veces enmarañado, conjunto ritual y religioso de la sociedad romana. Tan enmarañado que, sugiere Mommsen, los extravagantes y complicados ritos del culto romano se habrían inventado sólo para controlar al populacho por medio de signos y milagros².

Así como en el hogar el *paterfamilias* se constituía en el sumo sacerdote, y a la muerte de éste, su hijo asumía el puesto y aplicaba los consabidos ritos, en la sociedad romana fue primero el rey y, abolida la monarquía, el Pontifex Maximus quien asumió el rol de *paterfamilias* de las actividades religiosas del Estado³. El romano era, por tanto, religioso dentro y fuera del hogar, hasta tal punto que los casos de ateísmo declarado eran, no sólo inusuales, sino considerados algo terrible. El caso

¹ R.H. Barrow, *Los romanos*. México, 1950. FCE (10ª reimp., 1983), p. 16.

² Cf. Theodor Mommsen en *Historia de Roma, II. De la revolución al Imperio*. Madrid, 1956. Aguilar (8ª edic. 1990), p. 445. Maddox destaca en JMR Tem 97 el carácter peligroso de la religión y la necesidad de que se encuentre vinculada al estado: "Religion is powerful and dangerous, Fausta. That's why we Romans harnessed it to the service of the state centuries ago. That's why we made the priesthoods a part of the civil service."

³ En estas novelas la balanza entre culto público y privado se inclina completamente hacia el primero. El culto privado es olvidado completamente, aunque en JMR Mist 115 haya un interesante comentario de Maddox acerca de la extremada privacidad de estos cultos, pero en concreto los de la familia Cecilia: "Cada linaje antiguo poseía unos ritos privados, y a los miembros les estaba prohibido mencionarlos fuera del círculo familiar".

de un Lucrecio, por ejemplo, de odio declarado a la fe no tenía antecedentes ni pareció construir una escuela relevante de ateos, y esto ha hecho pensar en el alcance real de la difusión de su poema en la época en que fue escrito. El romano era creyente en su gran mayoría, mayoría ante la cual los escépticos sólo eran una pintoresca minoría hasta tiempos de Apuleyo⁴. Incluso en los tiempos del fin de la República, cuando el escepticismo religioso alcanzó cotas nunca superadas ni antes ni después, los testimonios de hombres tan importantes como Cicerón están llenos, con respecto a la religión, si no de una ardiente y sincera palpitación de fe, sí al menos de una defensa de la religión desde un punto de vista poderosamente pragmático⁵.

También el culto de los muertos presenta sorprendentes rasgos y una elaborada escatología en la que los novelistas se recrean algunas veces. La elaboración cultural de los ritos relacionados con el más allá es abordada por los novelistas de manera variada. Saylor ahondará mucho en este aspecto, mientras que Maddox hará pequeñas alusiones sin demasiada trascendencia. Sin embargo, Saylor extraerá del tema del mundo de los muertos un buen jugo literario que beneficia a su obra, bien por medio de afortunados homenajes a la novela gótica —el relato *Los lémuces* es muy representativo de este caso—, describiendo la geografía infernal, o abordando los aspectos representativos de la ceremonia fúnebre.

La multiplicidad de ritos y cultos en Roma era uno de los rasgos más característicos de la Urbe, pues al margen de la religión oficial, se congregaban dentro de sus muros los cultos más exóticos de otros pueblos. Con respecto a este punto, bien vale reproducir el siguiente párrafo del novelista Steven Saylor entre las páginas 30-31 de *Sangre romana*, que da una imagen absolutamente congruente con las noticias que nos han transmitido los historiadores:

Roma es una ciudad de culto. Roma siempre ha sido un lugar devoto, que sacrifica con abundancia (aunque no siempre con sinceridad) a todos y cada uno de los dioses y héroes que podrían convertirse en aliados en el delirio imperial. Roma adora a los dioses; Roma rinde culto a los muertos. Abundan los templos, los altares, los santuarios y las estatuas. Puedes descender por una tortuosa calleja en un barrio que conoces desde niño y de pronto tropezarte con un santuario que nunca habías observado: una estatua diminuta y tosca de algún olvidado dios etrusco puesta en una hornacina y oculta por un arbusto de hinojo silvestre, un secreto sólo conocido por los niños que juegan en el callejón y los habitantes de la casa, que adoran al desamparado e impotente dios en calidad de deidad doméstica. O puedes encontrarte con un templo inimaginablemente antiguo, tan viejo que está hecho de madera carcomida, y cuyo sombrío interior hace mucho que ha sido despojado de todo indicio de divinidad, aunque todavía sigue siendo lugar sagrado por razones que ningún mortal pue-

⁴ Cf. L Ludwig Friedlaender, *op.cit.* p. 1064.

⁵ Cf. en Friedlaender, *op.cit.*, pp. 997-8 citas de Cicerón, Ovidio y Juvenal acerca de lo firme de las convicciones religiosas, si bien sólo en el caso de Juvenal verdaderas. Cicerón y Ovidio no ocultan su idea de que la religión es una buena camisa de fuerza para las masas, y puesto que ésta sirve a las clases superiores, debe ser respetada en lo que vale.

de recordar⁶.

2.1.1. Oráculos y augurios.

Este campo relacionado con la creencia religiosa es de tremenda importancia en estas novelas, como también lo fue históricamente para los romanos⁷. Encontramos que Maddox y Saylor resaltan, sobre todo, dos temas fundamentales: el vaticinio oracular sibilino y el vaticinio augural. Pero no eran los únicos, y antes de comentarlos uno a uno, abordaremos de manera genérica todas estas formas diversas de pronosticar el futuro y conocer la voluntad de los dioses recurriendo a un párrafo muy clarificador de John Maddox Roberts donde el narrador norteamericano hace un panorama general en JMR Sat 46-7. Lo reproducimos completo por su interés:

Rome had two distinct traditions in fortune-telling: the official and the popular.

On an official level, the state had augurs who were elected and who interpreted omens according to a strict table of significance, mostly concerned with bird, lightning, thunder, and other things of the air. They did not foretell the future, but rather, they received the will of the gods concerning a given subject at a particular time. This was a bit rarified for the common people, so from time to time the state resorted to the Etruscan *haruspices*, who interpreted the will of the gods by the robust technique of examining the entrails of sacrificial animals. Rarest of all were consultations of the Sibylline Books, which occurred only at times of calamity or extraordinary omens and were in the keeping of a college of fifteen distinguished men.

These were lofty personages, whose pronouncements were of general concern to the state and community. There were private augurs and *haruspices* who offered personal consultations and charged a fee for their services, but they were rather despised by officialdom. Hence the wise women, whom the common people consulted incessantly upon matters both importante and trivial. Unlike the official omen readers, who made no pretence to special powers, the seeresses often claimed the ability to foresee the future. Like their betters, the commons never lacked for credulity, and the frequency of failed predictions never shook their faith in the efficacy of these prophetesses.

Augures, harúspices, libros sibilinos, servicios públicos y privados, profetisas... Vamos a ir comentando uno a uno todos estos oficios del antiguo pronóstico romano del futuro y de la voluntad de los dioses, dioses que como bien recuerda Decio en el párrafo anteriormente entresacado, no necesariamente corrían lisonjera-

⁶ La idea de Roma como ciudad multicultural y multirreligiosa es expuesta por todos los novelistas, y desarrollada de acuerdo a sus intereses. Así, en JMR Sac 103 expresa Decio: "Rome is full of foreigners and their loathsome religions. I cannot go knocking on the door of every Asiatic or Gaul or African in Rome."

⁷ A este respecto, Maddox lo expresa perfectamente en JMR Sat 255 cuando observa el anochecer acompañado en el cielo de negros nubarrones: "We Romans love omens and it was altogether just and fitting that these should be evil ones."

mente las vagas cortinas de volantes vanos del porvenir.

1.1. Las sibilas.

Dentro del culto oracular, y por tratarse de novelas que transcurren en el mundo romano, que dio mucha más relevancia a los libros sibilinos y a la Sibila de Cumas —inquietante telón de fondo para *El brazo de la justicia*, de Saylor— que al culto profético de Delfos, el grueso de menciones se corresponde a la realidad histórica: el nacionalismo romano, que con el tiempo se acentuó hasta llegar a su apoteosis durante el imperio, favoreció principalmente los libros sibilinos y las predicciones etruscas (basadas en el vuelo de aves, en examen de vísceras y de los signos celestes), en quienes los romanos confiaban más, que en el antiquísimo santuario de la pitia de Delfos, cuya decadencia como referente obligado era una realidad en tiempos de Estrabón⁸ y que hacen pensar que su suprema sacerdotisa ya no era, como afirma Borrell en JB At 143 esa “sibila de Delfos, sentada sobre la piedra umbilical del mundo”, ese lugar de referencia absoluta que hace incluir a Gordiano su oráculo de Delfos junto al sepulcro de la gran madre de Éfeso y las pirámides entre algunas de las maravillas del mundo conocido que él ha visto. Y en realidad, aquí terminan las referencias a la sacerdotisa délfica que podemos hallar en las novelas, porque las novelas son, con toda justicia y honor al rigor histórico, de las sibilas romanas.

Salvo en el caso de la importancia que les dedica Saylor en su ya mencionada novela, y que examinaremos a continuación, las sibilas son mencionadas en algunas de las obras como un curioso referente cultural. En JMR Mist 182, por ejemplo, se hace una alusión paródica del proverbial lenguaje sibilino: “Nadie, salvo las sibilas, puede adivinar el futuro, y éstas sólo dicen incoherencias”, en clara alusión al mensaje cifrado de sus respuestas tan llenas de ambigüedades, de que sería proverbial el famoso *aio te, Aeacida, romanos vincere posse*⁹. Lo que ya no dice Decio, quizá porque no venga a cuento, es que sus respuestas también eran proporcionadas en verso, como consta de acuerdo a la tradición¹⁰. También los famosos libros sibilinos, que la primera Sibila quiso vender a Tarquinio Prisco son recordados (sobre todo, por Saylor, que cuenta la historia en su novela) de dos maneras: haciendo mención de que sólo un colegio especial podía consultarlos, ya que en ellos estaba escrito el destino de Roma; así, en JMR Tem 97: “It’s why we forbade consultations of the Sybilline books except in extreme situations, and only then at the behest of the

⁸ Cf. Friedlaender, *op.cit.* p. 1041.

⁹ Cicerón, *De divinatione* II, 116: *Quis enim est, qui credat Apollinis ex oraculo Pyrrho esse responsum: aio te, Aeacida, Romanos vincere posse?*

¹⁰ *Magni glossarum libri glossae quibus Vergilii nomen praefixum est*, 75: *Carmina oracula, sed bene ait carmina; Apollo enim versibus per Sibyllam loquebatur.*

Senate.” Consta bastante en un gran número de textos que esta requisición previa al Senado era obligada¹¹, y concedido el senadoconsulto, los libros podían ser interpretados. Al principio, en tiempos de la monarquía, los consultores de los libros eran dos sacerdotes, pero con el tiempo el número aumentó a diez, y en tiempos de Sila, éste hizo aumentar el número de diez (*decemviri*) a quince (*quindecemviri sacris faciundis*)¹², por lo que Maddox escribe en JMR Sat 46: “Rarest of alls were consultations of the Sibylline Books, which occurred only at times of calamity or extraordinary omens and were in the keeping of a college of fifteen distinguished men”.

Sólo Saylor hace alusión a la destrucción en época republicana, de los libros sibilinos de época histórica. Lo cuenta en SS Vest 225 al hacer comentar a Cicerón: “¿Te das cuenta de que este año es el décimo aniversario que arrasó el templo de Júpiter y destruyó los oráculos sibilinos?” En este aspecto, Saylor sigue el dato proporcionado por Plinio el viejo, cuando escribe en *Historia natural* XIII, 88: *Inter omnes vero convenit Sibyllam ad Tarquinium Superbum tres libros adtulisse, ex quibus sint duo cremati ab ipsa, tertius cum Capitolio Sullanis temporibus*. Sin embargo, Maddox no menciona nada al respecto, y en periodo histórico encontramos referencias a la consulta de los libros que corresponden a tiempos cronológicamente posteriores, como sucede en Suetonio o en la *Historia Augusta*¹³. Nótese, además, que Plinio habla de tres libros sibilinos, y no de nueve como nos cuenta Aulo Gelio, de los cuales según Plinio sobrevivió uno, que ardió en el incendio, mientras que en la versión de Aulo Gelio quedaron tres.

Pero es la intervención de la sibila en *El brazo de la justicia* la preponderante de todo este ciclo de novelas. En efecto, el segundo caso criminal de Gordiano el Sabueso transcurre en Bayas, muy cerca del emplazamiento habitual de la legendaria sibila en Cumas, donde la sacerdotisa tenía su morada¹⁴. Gordiano y Eco acudirán en busca de ayuda a la sibila y entre las páginas 147-157 (abarcando todo el capítulo

¹¹ Cf. Livio V, xiii: *Cuius insanabili perniciei quando nec causa nec finis inveniebatur, libri Sibyllini ex senatus consulto aditi sunt*. Queda claro que los libros sibilinos sólo eran consultados cuando no se veía solución aparente o sencilla a un conflicto importante. Otros ejemplos entre muchos, en Livio XXII, ix; XLI, xxi.

¹² Cf. Georges Hacquard, *Guía de la Roma antigua*. Madrid, 1995. Palas Atenea, p. 94.

¹³ Suetonio, *Augusto* XXXI, 1: *Postquam uero pontificatum maximum, quem numquam uiuo Lepido auferre sustinuerat, mortuo demum suscepit, quidquid fatidicorum librorum Graeci Latini que generis nullis uel parum idoneis auctoribus uulgo ferebatur, supra duo milia contracta undique cremauit ac solos retinuit Sibyllinos, hos quoque dilectu habito; condidit que duobus forulis auratis sub Palatini Apollinis basi*. Pero también encontramos varias citas de la *Historia Augusta*, como por ejemplo en *Gordiani* tres XXVI cómo la consulta de los libros sibilinos frenó una serie de terremotos de tan grande magnitud que las ciudades se hundían enteras bajo la tierra.

¹⁴ Estacio, *Silvae* III, v, 95-7: *Nec desunt variae circa oblectamina vitae;/ sive vaporiferas, blandissima litora, Baias/ enthea fatidicae seu visere tecta Sibyllae*; también Marcial recuerda este origen en *Epig.* XIV, cxiv, 1-2: *Hanc tibi Cumano rubicundam pulvere testam / municipem misit casta Sibyllam suam*.

XII) Saylor recrea con efectiva habilidad el pasado legendario y el presente de la mítica sacerdotisa. Procedemos a resumir, por su extensión:

1) Historia de la Sibila y su visita a Tarquinio el soberbio (pp. 147-9).

Steven Saylor sigue, en líneas generales, el relato de Aulo Gelio en *Noches áticas* en I, xix, que reproducimos a continuación:

Historia super libris Sibyllinis ac de Tarquinio Superbo rege. (1) In antiquis annalibus memoria super libris Sibyllinis haec prodita est: (2) Anus hospita atque incognita ad Tarquinium Superbum regem adiit novem libros ferens, quos esse dicebat divina oracula; eos velle venundare. (3) Tarquinius pretium percontatus est. Mulier nimium atque inmensum poposcit; (4) rex, quasi anus aetate desiperet, derisit. (5) Tum illa foculum coram cum igni apponit, tris libros ex novem deurit et, ecquid reliquos sex eodem pretio emere vellet, regem interrogavit. (6) Sed enim Tarquinius id multo risit magis dixitque anum iam procul dubio delirare. (7) Mulier ibidem statim tris alios libros exussit atque id ipsum denuo placide rogat, ut tris reliquos eodem illo pretio emat. (8) Tarquinius ore iam serio atque attentiore animo fit, eam constantiam confidentiamque non insuper habendam intellegit, libros tris reliquos mercatur nihilo minore pretio, quam quod erat petitum pro omnibus. (9) Sed eam mulierem tunc a Tarquinio digressam postea nusquam loci visam constitit. (10) Libri tres in sacrarium conditi "Sibyllini" appellati; (11) ad eos quasi ad oraculum quindecimviri adeunt, cum di immortales publice consulendi sunt.

Saylor sigue la estructura general de relato de Aulo Gelio, aunque con añadidos de su propia cuenta, como por ejemplo la mención de que los libros estaban hechos de hoja de palma y, al no ser continuos como los rollos, sus páginas podían colocarse en cualquier orden. Que los libros estaban hechos de hojas de palma es un dato que no menciona Aulo Gelio, pero que sí encontramos en la tradición clásica, pues Servio asegura lo mismo citando a Varrón¹⁵. Por otra parte, Saylor no inventa acerca del estado de confusión de las hojas de los libros sibilinos, pues este desorden de los textos de la profetisa también procede directamente de la *Eneida* III, 445-52:

Quaecumque in foliis descripsit carmina virgo,
digerit in numerum atque antro seclusa relinquit:
illa manent immota locis neque ab ordine cedunt.
Verum eadem verso tenuis cum cardine ventus
impulit et teneras turbavit ianua frondes,
numquam deinde cavo volitantia prendere saxo
nec revocare situs aut iungere carmina curat:
inconsulti abeunt sedemque odere Sibyllae.

¹⁵ Servio, *Comentarius in Vergilii Aeneidos libros III*, 444: *In foliis autem palmarum sibyllam scribere solere testatur Varro*. En efecto, viene a aclarar el comentario de Virgilio que es más generalizante en III, 444 de la *Eneida*, donde dice que la sibila escribe sus oráculos en hojas de árboles, pero sin especificar más: *Fata canit foliisque notas et nomina mandat*.

Saylor añade otros detalles al relato que tampoco están en Aulo Gelio: Tarquinio rechaza la oferta de la sibila argumentando que cien años antes Numa Pompilio había establecido los sacerdotes, cultos y rituales de los romanos y que dichas instituciones bastaban para comprender la voluntad de los dioses (p. 147), lo cual consta suficientemente bien en Tito Livio¹⁶.

Tras rechazar la primera y segunda oferta de la sibila, el pueblo romano asiste a eventos de naturaleza sorprendente que tampoco se hallan en el relato de Aulo Gelio: “Aquella noche aparecieron tres bolas de fuego sobre el horizonte y la gente se asustó” (SS Just 147) y “aquella noche, tres remolinos de humo se elevaron por encima del horizonte. Entre la fuerza del viento y la luz de la luna, estos remolinos adoptaron unas formas grotescas y ominosas” (SS Just 148).

Saylor retoma también de Cicerón otro detalle interesante en SS Just 148: “Un detalle curioso sobre su versificado contenido llegó a oídos del pueblo; la clave estaba en los acrósticos; si se yuxtaponían, las iniciales de cada verso explicaban el tema de cada estrofa”¹⁷.

2) Descripción del templo de Apolo y de la sibila. Sacrificio ritual de un cordero (SS Just 150-152).

Finalizado el relato tradicional de la sibila y Tarquinio el soberbio, Saylor procede a recrear en este capítulo algunos aspectos del libro VI de la *Eneida*. En la página 150 nos describe el templo de Apolo, y lo hace siguiendo a Virgilio casi al pie de la letra:

No me sorprendió encontrar el templo de Apolo, anexo al santuario de la sibila, bastante deteriorado. Nunca había sido un edificio grandioso, a pesar de las leyendas sobre Dédalo y sus suntuosos ornamentos de oro. Ni siquiera era de piedra, sino de madera, y estaba presidido por una estatua broncea de Apolo sobre un pedestal de mármol en el centro.

En efecto, es a Dédalo a quien tradicionalmente se le atribuía la construcción del templo de Apolo en Cumas. Mientras que la visión de Saylor es más realista, se basa en el pasaje de Virgilio donde éste recuerda que Dédalo consagró a Apolo un

¹⁶ Tito Livio IV, iv, 2: *Pontifices, augures Romulo regnante nulli erant; ab Numa Pompilio creati sunt*. Para una descripción mayor de la instauración de cultos por parte del rey Numa, véase el mismo Livio, I, xx.

¹⁷ Cicerón, *De divinatione* II, 111: *Non esse autem illud carmen furentis cum ipsum poema declarat (est enim magis artis et diligentiae quam incitationis et motus), tum vero ea, quae g-akrostichis dicitur, cum deinceps ex primis versus litteris aliquid conectitur, ut in quibusdam Ennianis: Q. Ennius fecit.*

soberbio templo en Cumas¹⁸. Con respecto a la tradición según la cual este templo tenía suntuosos ornamentos de oro también se encuentra en Virgilio al mencionar la entrada de Eneas en este mismo templo: *Iam subeunt Triviae lucos atque aurea tecta* (VI, 13) y en la descripción de Dédalo en persona pintando los frescos del techo, donde el poeta afirma en VI, 32-3 que dos veces intentó plasmar en el oro la desgracia de su hijo Ícaro, y dos veces tuvo que desistir de ello conmovido por la tristeza.

Por lo demás, la descripción de los frescos del techo del templo de Apolo está basada en el mismo pasaje descriptivo de Virgilio¹⁹, aunque con algunas variantes que introduce el propio Saylor: “la pasión de Pasífae por el toro y el nacimiento del Minotauro de Creta; el sorteo de los siete jóvenes atenienses que se sacrificaban anualmente a la bestia; la construcción del gran laberinto de Dédalo; el dolor de Ariadna; la muerte del monstruo a manos de Teseo; la fuga aérea de Dédalo y su desdichado hijo Ícaro”. El texto de Saylor sigue al de Virgilio, aunque éste hace el añadido de que Gordiano contempla el fresco sobre Ícaro que, según Virgilio, el artista no pudo terminar conmovido por la lástima, aunque Saylor se justifica muy bien para enmendarle la plana al mismísimo Virgilio al añadir que “Algunas de las pinturas parecían muy antiguas y estaban tan desgastadas que era casi imposible distinguirlas; otras habían sido restauradas recientemente y resplandecían con vivos colores. Era evidente que se estaba llevando a cabo una restauración y yo creía conocer a la responsable”. Así, Saylor deja en el aire si no será Iaia la pintora quien esté, no sólo restaurando los frescos del templo, sino también completando el inacabado trabajo de Dédalo.

El resto del pasaje sigue también la herencia virgiliana y clásica en general. Al describir la mano de la sibila en SS Just 151, Gordiano comenta que, tal y como imaginaba, se trata de la mano de una anciana, “de dedos sarmentosos y piel manchada”, tal y como corresponde con el mito de la existencia de una única Sibila, condenada a no poder morir por haber solicitado ese don a Apolo, olvidándose de pedir también la juventud²⁰, y a ser casi tan vieja como el mismo tiempo²¹.

¹⁸ Virg. Aen. VI, 14-19: *Daedalus, ut fama est, fugiens Minoia regna / (...) redditus his primum terris tibi, Phoebe, sacravit / remigium alarum posuitque immania templa.*

¹⁹ Virg. Aen. VI, 20-33. Virgilio indica claramente que Dédalo esculpió y cinceló las escenas en las puertas, sin mencionar pinturas.

²⁰ La historia la recuerda Servio en *Ad Verg.* VI, 321: *Sibyllam Apollo pio amore dilexit et ei obtulit poscendi quod vellet arbitrium. Illa hausit harenam manibus et tam longam vitam poposcit. Cui Apollo respondit id posse fieri, si Erythraeam, in qua habitabat, insulam relinqueret et eam numquam videret. Profecta igitur Cumas tenuit et illic defecta corporis viribus vitam in sola voce retinuit. Quod cum cives eius cognovissent, sive invidia, sive miseratione commoti, ei epistolam miserunt creta antiquo more signatam: qua visa, quia erat de eius insula, in mortem soluta est.*

²¹ Con respecto a la vejez de Sibila, cf. por ejemplo Tibulo, *Elegiae* II, v, 11-12: *Te duce Romanos nunquam frustrata Sibylla est/ abdita quae senis fata canit pedibus.* También esta vejez llegó a convertirse en proverbial, en el estilo de nuestra expresión “ser más viejo que Matusalén”, como vemos en Propertio, *Elegiae* II, 24 c, 33-4: *At me non aetas mutabit tota Sibyllae/ non labor Alcidae, non*

La escena es completada entre SS Just 151-2 con el sacrificio de un cordero que contiene los elementos habituales, pero no más llamativos por su misma sencillez, del sacrificio ritual de animales: 1. Importancia de la docilidad de la víctima al ser sacrificada²²; 2. Naturaleza y estado de las vísceras de la víctima, sobre todo el hígado, lo que demostraba buena disposición de la divinidad²³; 3. La naturaleza de la llama que consumía las vísceras de la víctima. Con respecto al primer punto, la víctima, Saylor nos dice que “no era una criatura de corral, sino un animal bien atendido y engordado en el templo para el sacrificio, limpio, cuidadosamente lavado y cepillado”. El cordero es colocado por un pequeño ayudante de la sibila llamado Dámón sobre una mesa de mármol, frente a la estatua del dios y es atado de las patas y el cordero muere “sin emitir un solo gemido, ni siquiera una queja”. Cumplimentado el buen augurio del comportamiento del animal, la sacerdotisa procede a arracarle el corazón y las vísceras y las arroja sobre un tosco brasero esculpido en un muro de piedra (signo de que la sibila ha comprobado que las vísceras eran propicias para la tercera parte del ritual. La tercera y última parte del ritual, propiciar la buena naturaleza del fuego, en la descripción de Saylor, es completada por la sibila: “la sacerdotisa echó un puñado de una substancia sobre la piedra candente y produjo otra nube de humo”. Acabado el proceso, los agurios son buenos para entablar comunicación con Apolo.

3) La sibila les conduce a la cueva y allí es poseída por el dios (SS Just 152-157).

El tema de la cueva junto al templo de Apolo también está en Virgilio, concretamente entre los versos 42-52, que reproducimos para compararlos con la recreación de Saylor:

Excisum Euboicae latus ingens rupis in antrum,
quo lati ducunt aditus centum, ostia centum,
unde ruunt totidem uoces, responsa Sibyllae.
Ventum erat ad limen, cum uirgo 'poscere fata
tempus' ait; 'Deus ecce deus!' Cui talia fanti
ante fores subito non uultus, non color unus,
non comptae mansere comae; sed pectus anhelum,
et rabie fera corda tument, maiorque uideri
nec mortale sonans, adflata est numine quando
iam propiore dei.

El verso 42, donde Virgilio describe la abertura de la roca Eubea es descrito por Saylor con las siguientes palabras: “Esta vez nos condujo hacia un sendero em-

niger ille dies.

²² Pausanias, *Descripción de Grecia* IV, xxxii.

²³ Esquilo, *Prometheus vincetus* 493; Eurípides, *Electra*, 833.

pinado y rocoso que atravesaba la ladera de la colina y luego hacia un barranco oscuro de aspecto insondable”. Asimismo, el novelista no se olvida de las voces (respuestas de Sibila) que Virgilio menciona entre los versos 43-4, y en SS Just 153 el novelista escribe de manera mucho más realista: “Al mirar hacia arriba descubrí que la cueva no era un túnel, sino una estancia alta y ventilada, rodeada de pequeños orificios y grietas irregulares. Estas aberturas admitían un suave resplandor crepuscular y el murmullo del viento que se colaba por ellas creaba un sonido discordante, que unas veces parecía música y otras un coro de plañideras”. Más adelante, al entrar más en la cueva, Gordiano contará que “la oscuridad aumentó y el coro de voces se perdió en la distancia”.

La posesión de la sibila por el dios es descrita por Saylor con evidentes alusiones a Virgilio, aunque incurren dentro del tópico de la posesión divina:

Ningún mortal podía proferir sonidos semejantes o poseer unos ojos así, tan brillantes como la luz que entraba por las grietas de la cueva (...). A medida que el dios comenzaba a respirar en su cuerpo, su pecho se movía y un sonido entrecortado surgía de su garganta (...). La sibila luchaba, se resistía a someterse al dios y quería expulsarlo de su cerebro (...). Poco a poco el dios consiguió dominarla y calmarla. Entonces escondió la cara entre las manos y se incorporó despacio.

—El dios está conmigo —dijo con una voz que no era ni masculina ni femenina.

La sibila parecía limitarse a pronunciar palabras que tenían otro origen.

Todos estos elementos se corresponden, casi como en espejo, con la descripción de Virgilio en los versos mencionados de la *Eneida* y no hacen sino seguir la tradición de que la sibila, poseída por Apolo, habla a través de un estado de trance o frenesí, como recuerda también Servio en su comentario a *Eneida* III, 443, a la expresión “*insanam vatem*”: *Quia duo genera vaticinandi sunt, aut simplex, ut Heleni, aut per furorem, ut Sibyllae*.

Por supuesto, una vez formulada a la sibila la pregunta central de la novela, quién mató a Lucio Licinio, la profetisa se negará a contestar porque “la función del oráculo no es hacer el trabajo de los hombres” (SS Just 155), aunque como buena sibila contestará en clave (pero no en hexámetros, a menos que la traductora los haya burlado en la versión al español) sobre el paradero de los dos esclavos fugitivos: “Uno de ellos está escondido, y otro a la vista de todos” (SS Just 155).

La visita se cerrará con importantes consecuencias para la saga de Gordiano, ya que la sibila hará saber a los protagonistas que Eco, mudo hasta entonces, puede volver a hablar, como así será en las páginas finales de la novela. Por supuesto, no va a quedar en el aire la explicación de los elementos misteriosos que se relacionan con la sibila de Cumas, ya que el lector contemporáneo requiere de ciertas aclaraciones, por lo que el personaje de Iaia explicará entre SS Just 258-9 cuál es la verdadera naturaleza de la sibila de Cumas, un personaje legendario cuya representación

ha sido transmitida de generación en generación por parte de un círculo de iniciadas en sus cultos, explicación que desde el punto de vista realista era la más lógica:

—No, no soy la sibila, nadie lo es. Sin embargo, la sibila en ocasiones se manifiesta a través de alguna de nosotras, así como el dios se manifiesta a través de ella. Formamos un círculo de iniciadas que cuidamos el templo, mantenemos la hoguera encendida, exploramos los misterios y transmitimos los secretos. (...) Además de mí, hay otras mujeres que actúan como instrumento de la sibila. Algunas viven en Cumas, pero otras vienen desde sitios más lejanos, como Puzol o Neápolis, e incluso desde el otro lado de la Crátera. Casi todas son descendientes de las familias griegas que se instalaron aquí antes de que llegara Eneas y sus conocimientos sobre el tema se han ido transmitiendo a través de la sangre.

No se trata, en definitiva, de ningún gran descubrimiento. Las sibilas, si bien tomaron su origen del personaje legendario amado por Apolo, bien pronto dieron origen a este genérico nombre común. Su presencia en Italia es muy antigua, ya que incluso el mismo Tito Livio, en I, 7, menciona a la madre del legendario Evandro, Carmenta, como anterior a las mismas sibilas²⁴, y lo hace como una manera de comentar la lejanía en el tiempo de los acontecimientos que narra. De origen posiblemente asiático, debemos a Eliano la noticia de que para algunos autores las sibilas eran cuatro: de Eritrea, de Samos, de Egipto y de Sardes; pero que además había seis más entre las cuales estaba la de Cumas y otra llamada la sibila judía²⁵. Por lo demás, tenemos testimonios de que la sibila podía ser, como explica Iaia, un ente legendario que poseía a las mujeres del círculo de iniciadas, o cuanto menos de que el nombre común genérico de sibila bien se podía corresponder con un grupo de sacerdotisas vinculadas a Apolo, o al menos esto se desprende de algunos testimonios²⁶.

2.1.1.2. Auspices, augures y harúspices.

2.1.1.2.1. Harúspices y augures.

Dentro del cuerpo oficial de la religión romana tenía gran importancia la interpretación de la voluntad divina, y ésta es recordada por medio de los augures y harúspices en varias ocasiones, en algunos casos con una explicación sucinta de la función de estos colegios especiales. Sin embargo, a pesar de haber una distinción proporcionada por Maddox de la diferencia entre augures y harúspices, no la hay entre auspices y augures, quizá porque ya en tiempo antiguo las

²⁴ Livio I, vii, 8: [*Evander*] *venerabilior divinitate credita Carmentae matris quam fatiloquam ante Sibyllae in Italiam adventum miratae eae gentes fuerant.*

²⁵ Eliano, *Varia historia* XII, xxxv, citado por Schmitz, s.v. *Divinatio*, en Smith, *Dictionary of Greek and Roman Antiquities*. London, 1875. John Murray.

²⁶ Por ejemplo, en Plinio el Viejo, *Nat. Hist.* VII, 119: *Divinitas et quaedam caelitem societas nobilissima ex feminis in Sibylla fuit, ex viris in Melampode apud Graecos, apud Romanos in Marcio.*

dos palabras llegaron a ser sinónimas aunque fuesen distintos sus orígenes, así como su significado, aunque también encontremos casos en que ambas palabras son usadas en un mismo contexto con significados distintos, pero no opuestos²⁷. En sentido etimológico, parece haber quedado claro que *auspex*, de donde procede la palabra auspicio, procede de *avis* y la raíz *spec* o *spic*. Pero menos clara queda la etimología de *augur*, que de acuerdo con Festo y Servio²⁸ procede de *avis* y *gero*. Como testimonio de la antigüedad de la palabra *auspex* con respecto a *augur* tenemos el testimonio de Plutarco en *Quaestiones romanas* 72. Tenemos, por tanto, una forma más antigua como *auspex* que con el tiempo vino a confundirse con *augur* y a ampliar su significado, puesto que en época primitiva el *auspex* o *augur* era intérprete sólo de los fenómenos atmosféricos, y sobre todo, de interpretar los mensajes divinos que pudiese leer en los vuelos de la aves, sin que podamos dilucidar más allá una primitiva diferencia entre *auspex* y *augur*.

La importancia de la interpretación de augures y harúspices era enorme en la sociedad teocrática romana, que se regía por la destacada idea de que, si los dioses existían y se preocupaban por los hombres, éstos debían enviar mensajes a los mismos. Por tanto, debía existir un colegio oficial que desentrañase el sentido de estos mensajes divinos, y en consecuencia del resultado, favorable o no, se procedía a continuar con las actividades previstas. Maddox lo recuerda sucintamente en JMR Mist 231: “Uno de los augures había detectado señales desfavorables la noche anterior y, en consecuencia, se habían cancelado todos los asuntos públicos del día siguiente”. Todos los pueblos antiguos creían en la interpretación de los mensajes divinos, y si bien en Grecia el futuro se desprendía de la interpretación de los mensajes píticos de Apolo, en Roma las aves eran las mensajeras de Júpiter²⁹, a través de cuyos vuelos expresaban, si no el futuro de los acontecimientos por venir, sí la voluntad y el parecer divinos con respecto a las acciones inminentes de los hombres.

El Colegio de augures estaba conformado por romanos de origen noble, ya que los dioses del estado romano eran en su origen los dioses de los patricios, y al pueblo se le impedía tomar los auspicios en los tiempos más primitivos³⁰. En cuanto a su apariencia, los augures se distinguían por portar el *lituus*, bastón del que habla-

²⁷ Por ejemplo, tenemos el caso de Cicerón en *De natura deorum* II, xi: *Tum Grachus, ut e patre audiebam, incensus ira: «Itane vero, ego non iustus, qui et consul rogavi et augur et auspicato?»*

²⁸ Festo, s.v. Augur; Servio, *Ad Virg.* V, 523.

²⁹ Claramente lo expresa Cicerón en *De divinatione* II, lxxii: *Haec sunt igitur aves internuntiae Iovis.*

³⁰ Con respecto a este punto, es mucho más que significativo el texto de Livio en IV, vi, 1-2: *Cum in contionem consules processissent et res a perpetuis orationibus in altercationem vertisset, interroganti tribuno, cur plebeium consulem fieri non oporteret, (2) ut fortasse vere, sic parum utiliter in praesens certamen respondit, 'quod nemo plebeius auspicia haberet, ideoque decemviro conubium diremissee, ne incerta prole auspicia turbarentur.*

remos más adelante, y por vestir una túnica con numerosas listas rayadas³¹. Quien era elegido para el cargo alcanzaba una gran relevancia social, como es el caso de Marco Valerio Mesala Rufo, mencionado en SS Vest 225: “Ahora era un funcionario religioso, uno de los más jóvenes elegidos para el colegio de augures, encargado de interpretar la voluntad de los dioses leyendo los presagios de los rayos y el vuelo de los pájaros”. Saylor pone en boca de este personaje más datos en SS Vest 226-7, donde conversando Gordiano y Rufo, se vuelve a insistir en la importancia del colegio augural y de las interpretaciones:

—Te veo ocasionalmente, presidiendo alguna invocación pública o privada de los auspicios. Nada importante puede pasar en Roma sin un augur que interprete los presagios. Debes de estar muy ocupado, Rufo.

—Hay quince augures en total, Gordiano. Yo soy el más joven y sólo un principiante. Muchos de los misterios son para mí justamente eso... misterios.

—Rayo a la izquierda, bueno; rayo a la derecha, malo. Y si la persona para la que estás pronosticando no está contenta con el resultado, sólo tienes que mirar en dirección opuesta, cambiando derecha por izquierda.

—Veo que eres tan escéptico en cuestiones religiosas como Cicerón. Sí, en gran parte son fórmulas vacías y juego político. Pero hay otro elemento, la percepción del cual requiere, supongo, cierta sensibilidad por parte del receptor.

El primer aspecto que deseamos destacar al comentar este diálogo es en el número de augures, que se atiene por completo a la realidad. La existencia del colegio de augures se remonta, según casi todos los datos, a Rómulo mismo, en número de tres y en correspondencia con el número de las tres tribus primitivas, Ramnes, Tities y Lucerenses, de acuerdo con el testimonio de Cicerón en *De republica* II, xvi: *Tum id quod retinemus hodie magna cum salute rei publicae, auspiciis plurimum obsecutus est Romulus. Nam et ipse, quod principium rei publicae fuit, urbem condidit auspiciis, et omnibus publicis rebus instituendis, qui sibi adessent in auspiciis, ex singulis tribubus singulos cooptavit augures, et habuit plebem in clientelas principum discriptam*. Bajo el reinado de Numa, el número ascendería a cinco³². En 300 la ley Olgunia aumentó el número de pontífices a ocho, y el de au-

³¹ En JMR Sat 123, Maddox describe sucintamente, pero con mucha efectividad, a Pompeyo con su vestimenta de augur entre otros augures: “The augurs came forward, standing near the altar, watching the sky for omens. Among them was Pompey, dressed like the others in a striped robe, holding in his right hand the crook-topped staff. The populace scarcely breathed for the next few minutes. The evening was a fine one and there was no thunder; no birds of ill omen appeared. They announced that the gods were favorable to continuing the ceremony”. En JMR Sac 11, Maddox parodia esta característica de las túnicas del augur al amenazar a su esclavo Hermes de la siguiente guisa: “Run away from me once, and your back will have more stripes than an augur’s robe”.

³² A pesar del testimonio de Livio, en IV, 4 de que el cuerpo de augures nace con Numa, y no con Rómulo: *Pontifices, augures Romulo regnante nulli erant; ab Numa Pompilio creati sunt*. Esto, que contradice la opinión más difundida, ha sido interpretado como un error por parte de Livio; cf. Smith, *op.cit.* s.v. Augur.

gures a nueve (con la incorporación de cuatro plebeyos), número que permanecería inmutable hasta Sila, que lo aumentó a quince (con lo que el texto de Saylor es completamente coherente) y que posteriormente Julio César incrementaría a dieciséis.

Otro aspecto apenas entrevisto en el texto de Saylor es el de la jerarquía entre augures, que Rufo alude al comentar que él es el más joven y sólo un principiante, lo que nos conduce al tema de la elección y de la jerarquía interna. La única diferencia dentro del Colegio era la de edad, efectivamente, ya que un viejo siempre votaba antes que un joven, aunque éste ejerciese uno de los más altos oficios del estado. En cuanto a la elección, el candidato era propuesto por dos miembros del colegio³³, y el cargo se ocupaba de por vida.

En cuanto a los auspicios, es bueno que se nos recuerde que los había públicos y privados, ya que ningún asunto era consumado sin antes consultar a los *auspices*. En el caso de los auspicios privados, éstos eran sobre todo llevado a cabo con respecto a los matrimonios, y la fe en ellos era tan grande que puede creerse incluso el absurdo de que Mesalina, a la sazón esposa del emperador Claudio, exigiese antes de su boda con C. Silio³⁴ el pronóstico favorable de los agurios, como lo cuenta Tácito en *Anales* XI, xxvii, donde recrea los aspectos esenciales del ceremonial: llamados los testigos para verificar la boda y firmar, a continuación escucha los augurios favorables de los auspices y se procediese a un sacrificio ritual³⁵. Sin embargo, a pesar de las palabras de Gordiano el Sabueso, para llevar a cabo estos auspicios privados no era necesario formar parte del colegio de augures, aunque Rufo podía ejercerlos privadamente, y en realidad estos auspicios podían ser llevados a cabo por cualquier noble patricio que supiese conformar los *templa* y estuviese familiarizado con el arte del augurio³⁶. Por otra parte, los augures públicos, que eran los intermediarios entre la voluntad divina y el estado, eran representantes del estado, y como tales debían estar adscritos al colegio oficial.

En cuanto al escepticismo de Gordiano en su conversación con Rufo, Saylor retoma para ello el tema de los relámpagos y truenos, que provenían de Zeus y que tenían su lógica interpretativa, aunque Gordiano la ponga un poco en duda por el to-

³³ Esto se desprende, por ejemplo, en *Filípicas* II, iv, de Cicerón: (4) *Auguratus petitionem mihi te concessisse dixisti. O incredibilem audaciam, o inpudentiam praedicandam! Quo enim tempore me augurem a toto collegio expetitur Cn. Pompeius et Q. Hortensius nominaverunt (nec enim licebat a pluribus nominari), tu nec solvendo eras nec te ullo modo nisi eversa re publica fore incolumem putabas.*

³⁴ Suetonio, *Claudio* XXVI: *Cum comperisset super cetera flagitia atque dedecora C. Silio etiam nupsisse dote inter auspices consignata, supplicio adfecit.*

³⁵ Tac. *Ann.* XI, xxvii: *Haud sum ignarus fabulosum visum iri tantum ullis mortalium securitatis fuisse in civitate omnium gnara et nihil reticente, nedum consulem designatum cum uxore principis praedicta die, adhibitis qui obsignarent, velut suscipiendorum liberorum causa convenisse, atque illam audisse auspicum verba, subisse <vota>, sacrificasse apud deos; discutitum inter convivas, oscula complexus, noctem denique actam licentia coniugali.*

³⁶ Smith, s.v. Augur.

no de su comentario: “Rayo a la izquierda, bueno; rayo a la derecha, malo. Y si la persona para la que estás pronosticando no está contenta con el resultado, sólo tienes que mirar en dirección opuesta, cambiando derecha por izquierda”. Efectivamente, los romanos tenían la firme creencia de que los rayos que caían a la derecha dentro de la composición del *templum* eran malignos, y los de la derecha benignos, como recuerda Servio en *Ad Virg. II, 54: Et sciendum laevum, cum de humanis rebus est, esse contrarium, cum de caelestibus, prosperum, ut ‘intonuit laevum’ (693), quia sinistra numinum intuentibus dextra sunt*³⁷.

Steven Saylor ahondará un poco más en el tema de los augures y su oficio en su novela centrada en la conjuración de Catilina. En SS Cat 224-5 vamos a encontrar una serie de explicaciones que, desde el punto de vista dramático en servicio de la propia novela, están relacionados con la asunción de la toga viril por parte de Metón en el capítulo 16; después de la fiesta de rigor, Gordiano y Metón, acompañados de Eco y sobre todo de Rufo, que interpretará los augurios, se dirigen al templo de Júpiter en la cumbre del monte Capitolino, donde el augurio dejará sorprendido a Rufo: un águila desciende y se posa junto a Metón³⁸.

Gordiano comienza describiéndonos el auguráculo del monte Capitolino en SS Cat 224:

En los campos de batalla y en las zonas rurales, donde no suele haber un lugar fijo destinado a la lectura de los augurios, se debe levantar una tienda sagrada donde el sacerdote pueda hacer su trabajo. En el Capitolio de Roma, sobre una roca semicircular y sobre una espléndida vista, hay un lugar pavimentado y abierto al cielo que se llama Auguráculo y está especialmente consagrado a la interpretación de los auspicios. La única estructura con que cuenta es una especie de tienda de campaña que mantiene instalada permanentemente la cofradía de los augures. Igual que las togas, la tienda tiene un ribete púrpura y rayas de color azafrán. Es una tienda pequeña, tanto que casi hay que agacharse para poder entrar, aunque por lo que sé nadie entra jamás en ella.

Efectivamente, ya hemos visto que antes de cualquier actividad o empresa pública (y a veces, como en el matrimonio, también privada) era necesario consultar a los dioses mediante la interpretación de auspicios. No menos importante era hacerlo antes de una campaña militar, y ejemplos los hay abundantemente en la literatura latina³⁹. De ahí la gran importancia de aquella tienda mencionada por Saylor que podía hallarse en cualquier campamento romano y campo de batalla y que recibía el nombre de *augurale* y que estaba situado contiguo al lado derecho de la tienda del

³⁷ Servio vuelve a insistir en esta idea en II, 693, y en IX, 628: *Intonuit laevum, prosperum: ut enim etiam supra <II 54, 693> diximus, quae sinistra nobis videntur, intuentibus caelum, illic dextra sunt: non quod sinistra bona sunt, sed quod dextra caeli nobis sinistra sunt.*

³⁸ Cf. Apéndice: Sinopsis de las novelas estudiadas, *El enigma de Catilina*, capítulos 15-20.

³⁹ Así, por ejemplo, en Livio IV, xviii, donde se nos cuenta la espera de augurios favorables para dar comienzo a un ataque.

general o *praetorium* y donde eran tomados los augurios antes de emprender la actividad militar⁴⁰. Un poco más abajo en la misma página 224, el mismo Saylor nos describe a Rufo llevando a cabo su cometido: “Rufo levantó su cetro y con él delimitó una sección de los cielos en la cual leería los auspicios. Mirando a través de la zona elegida, como si fuera una ventana, se podía ver la mayor parte del Campo de Marte, un amplio meandro del Tíber y una gran extensión de tierra”. La descripción de Saylor se ciñe a la realidad de los testimonios conservados: el augur, con lo que Saylor llama “su cetro” y cuyo nombre era *lituus*⁴¹ y que era el atributo característico de los augures, un báculo combado en el extremo superior⁴² y cuyo origen se remonta al primer augur de la historia romana, el mismo Rómulo⁴³. El augur delimitaba una sección del cielo propicia para el análisis de los fenómenos que pudieran aparecer, división llamada *templum* o *tescum* y la subdividía en cuatro partes llamadas *regiones*⁴⁴. A continuación, bajo esa sección del cielo, levantaba una tienda (*tabernaculum capere*) como la que Saylor menciona en su párrafo y esta tienda pasaba a adoptar el nombre de *templum*, adquiriendo por tanto la franja de tierra una vinculación divina con el espacio celeste. El origen concreto de aquella tienda del *auguraculum* es muy antiguo, tanto como el propio *auguraculum*, el lugar elegido para llevar a cabo de manera permanente el escrutinio de los fenómenos naturales dentro de la ciudad de Roma, y su origen lo encontramos de manera temprana en tiempos de Numa Pompilio, como tantas otras instituciones sacras de los romanos. Tito Livio lo cuenta pormenorizadamente en I, xviii, en un texto que Saylor debe de conocer bien:

Accitus, sicut Romulus augurato urbe condenda regnum adeptus est, de se quoque deos consuli iussit. Inde ab augure, cui deinde honoris ergo publicum id perpetuumque sacerdotium fuit, deductus in arcem, in lapide ad meridiem versus consedit. Augur ad laevam eius capite uelato sedem cepit, dextra manu baculum sine nodo aduncum tenens quem lituum appellarunt. Inde ubi prospectu in urbem agrumque capto deos precatus regiones ab oriente ad occasum determinavit, dexteris ad meridiem partes, laevas ad septentrionem esse dixit; signum contra quo longissime conspectum oculi ferebant animo finiuit; tum lituo in laevam manum translato, dextra in caput Numae imposita, ita precatus

⁴⁰ Testimonios de este *augurale*, aunque no explicativos de su función, los hallamos por ejemplo en Tácito, *Anales* II, xiii, y XV, xxx.

⁴¹ Aulo Gelio, en *Noctes atticae* V, viii, 10, nos proporciona la etimología del vocablo: *Et quoniam facta litui mentio est, non praetermittendum est, quod posse quaeri animadvertimus, utrum lituus auguralis a tuba, quae lituus appellatur, an tuba a lituo augurum lituus dicta sit.*

⁴² Servio *Ad Virg.* VII, 187: *Quirinali lituo: lituus est incurvum augurum baculum, quo utebantur ad designanda caeli spatia, nam manu non licebat.* Cf. también Aulo Gelio, *Noctes atticae* V, viii, 2, donde este autor describe el *lituus*: *Lituus sit virga brevis in parte, qua robustior est, incurva, qua augures utuntur.*

⁴³ Cicerón, *De divinatione* I, xxx: *Qui quidem Romuli lituus, id est incurvum et leviter a summo inflexum bacillum.*

⁴⁴ En cuatro partes de acuerdo a la disciplina romana; de acuerdo a la etrusca, eran dieciséis. Cf. Smith, s.v. *Lituus*.

est: "Iuppiter pater, si est fas hunc Numam Pompilium cuius ego caput teneo regem Romae esse, uti tu signa nobis certa adclarassis inter eos fines quod feci." Tum peregit verbis auspicia quae mitti vellet. Quibus missis declaratus rex Numa de templo descendit.

La correspondencia entre la descripción de Livio y la de Saylor es evidente. Si bien el novelista sabe la razón, para un personaje como Gordiano el origen del auguráculo podía ser oscuro, y así lo reconocerá en la misma página 224, donde explica que desconoce la razón de la tienda de campaña más allá de la vinculación de los augures con las campañas militares ("aun hoy se debe solicitar la aprobación de los dioses antes de entrar en combate", como explica Gordiano y nosotros ya sabemos). La explicación de Gordiano es simpática por su ignorancia, pero no tiene nada que ver con la realidad: "los augures tienen en cuenta no sólo el vuelo de las aves y las peregrinaciones de los cuadrúpedos, sino también los relámpagos, cuyo estudio se remonta a los etruscos e incluso antes; al fin y al cabo, cuando hay relámpagos lo más probable es que llueva, de ahí tal vez la necesidad de una tienda donde poder resguardarse". La mención de las aves, las peregrinaciones de los cuadrúpedos y los relámpagos sirve a Saylor para enlazar, en SS Cat 225, con la división que hacen los augures de los pájaros:

Los augures dividen a los pájaros en dos clases: aquellos cuyo canto expresa el deseo divino, entre los que se incluyen el cuervo, la lechuza y el pájaro carpintero; y los que transmiten los deseos de los dioses a través de su vuelo; es el caso del halcón y el águila, ave favorita de Júpiter. En las expediciones militares, donde hace falta leer los augurios rápidamente y puede haber escasez de aves salvajes, se llevan pollos en jaulas especiales. Para determinar cuál es la voluntad de los dioses, se abren las jaulas y se echa un puñado de grano al suelo. Si los pollos muestran mucho apetito se estima que es buena señal, sobre todo si se les cae del pico parte de la comida. Si se muestran reacios a salir de la jaula o a comer, se interpreta como mala señal.

Debemos empezar diciendo que había cinco clases de señales: del cielo, de las aves, del salto de los pollos, de los movimientos de los cuadrúpedos y otros que no quedaban incluidos en ninguna de las categorías precedentes⁴⁵.

La primera era la más importante y antigua. Como bien recuerda Saylor en el párrafo ya visto de SS Cat 224, el análisis de los relámpagos se remontaba a los antiguos etruscos, pues en realidad era una costumbre más etrusca que romana, pero asimilada por el pueblo del Lacio desde tiempos remotos. Si el relámpago caía del lado derecho del *templum*, era desfavorable, pero si caía del lado izquierdo era propicio, al contrario que para las cosas humanas⁴⁶.

⁴⁵ Festo, s.v. *Quinque genera*: *Quinque genera signorum observant augures publici: ex caelo, ex avibus, ex tripudis, ex quadrupedibus, ex diris.*

⁴⁶ Cf. nota 33. En JMR Mist 78 Maddox hace afirmar a un personaje que si los poetas romanos, al contrario de lo que manda la tradición, consideran que los truenos procedentes de la derecha presen-

La segunda era la de la interpretación divina a partir de las aves, que se dividían en *oscines* y *alites*⁴⁷. Los pronósticos de las primeras eran interpretados a partir de su voz, mientras que los de las segundas lo eran a partir de su vuelo. Entre las primeras se contaban el cuervo (*corvus*), la corneja (*cornix*), que daban favorables augurios cuando aparecían por la derecha (al contrario que los relámpagos), y desfavorables por la izquierda⁴⁸; además, se incluía a la lechuza (llamada *noctua*, la nocturna) y la gallina.

Entre las *alites* se contaba, en primer lugar, el águila por ser el ave de Júpiter, seguida del buitre (*vultur*) y, en menor medida del quebrantahuesos (*ossifraga*, ave de rapiña de las familia de las águilas). Además algunas aves formaban parte de las oscines tanto como de las alites, y éstas eran el *picus martius*, el *feronius* y la *parra*, ave de mal agüero.

La tercera clase de señales procedía, como muy bien apunta Saylor, del movimiento o saltos de los pollos (*pulli*)⁴⁹, en el proceso por él descrito, al que sólo haremos algunas especificaciones: el pollo estaba bajo el cuidado de una persona dedicada exclusivamente a él llamada *pullarius*, y los augurios eran desfavorables si el pollo rechazaba el salir a comer, o se quejaba, batía las alas o emprendía la huida⁵⁰. Si el pollo comía con ganas y parte de su alimento (generalmente, gachas, *puls*)⁵¹ caía al suelo, esto era llamado *tripudium solistimum*, como lo expresa Cicerón en *De divinatione* II, lxxii, precisando que antes era conocido con otros nombres: *Necesse est aliquid ex ore cadere et terram pavire (terripavium primo, post terripudium dictum est; hoc quidem iam tripudium dicitur) - cum igitur offa cecidit ex ore pulli, tum auspicanti tripudium solistimum nuntiatur*. Si bien Servio menciona el *tripudium sonivium*, producido por el sonido del *puls* al caer al suelo, no parece haber diferen-

gian algo bueno es porque “siguen una tradición griega. Los augures griegos miraban hacia el norte al efectuar sus presagios. Los nuestros miran hacia el sur”.

⁴⁷ Festo, s.v. Oscines: *Oscines aves Ap. Claudius esse ait, quae ore canentes faciant auspicium, ut corvus, cornix, noctua: alites, quae alis ac volatu; ut buteo, sanqualis, aquila, inmusulus, vulturius: picam aut Martius Feroniusque et parra et in Oscinibus, et in alitibus habentur.*

⁴⁸ Cicerón, en *De divinatione* I, cxx, remarca la importancia del canto de las aves: *Eademque efficit in avibus divina mens, ut tum huc, tum illuc volent alites, tum in hac, tum in illa parte se occultent, tum a dextra, tum a sinistra parte canant oscines.*

⁴⁹ Si bien, siguiendo a Cicerón, *De divinatione* II, lxxiii, existía un antiguo decreto según el cual toda ave podía producir *tripudium*, aunque en periodo clásico éstas estaban representadas por los pollos: *Quod decretum collegii vetus habemus omnem avem tripudium facere posse.*

⁵⁰ Así lo vemos, por ejemplo, en Livio X, xl, 2-4: *Tertia vigilia noctis, iam relatis litteris a collega, Papirius silentio surgit et pullarium in auspicium mittit. Nullum erat genus hominum in castrum intantum cupiditate pugnae, summi infimique aequae intenti erant; dux militum, miles ducis ardorem spectabat. Is ardor omnium etiam ad eos, qui auspicio intererant, pervenit; nam cum pulli non pascerentur, pullarius auspicium mentiri ausus tripudium solistimum consuli nuntiavit.*

⁵¹ Festo, s.v. Puls: *Puls potissimum datur pullis in auspiciis, quia ex ea necesse est aliquid decidere, quod tripudium faciat, id est, terripavium.*

cia con el anteriormente mencionado *tripudium solistimum*⁵². Festo también menciona el *tripudium oscinum*, en lo que parece ser una extensión de la idea de *tripudium* equiparándola en significado a *auspicium* en general⁵³.

La cuarta categoría de auspicios, ya no mencionada por Saylor y que nunca se aplicaba a asuntos de estado, era *ex quadrupedibus*, de implantación muy tardía y referida tan sólo a apariciones de animales de cuatro patas en lugares inusuales o en momentos representativos, pero parece que no eran considerados augurios de primera mano frente a los tres primeros, y por tanto no eran tomados como verdaderos augurios, como parece desprenderse de los siguientes versos de Horacio, en *Odas*, III, xxvii, 1-12:

Impios parrae recinentis omen
ducat et praegnans canis aut ab agro
raua decurrens lupa Lanuuino
fetaque uolpes;
umpat et serpens iter institutum, 5
si per obliquom similis sagittae
terruit mannos: ego cui timebo
prouidus auspex,
antequam stantis repetat paludes
imbrium diuina auis inminentum, 10
oscinem coruum prece suscitabo
solis ab ortu.

Quedan para el final los auspicios *ex diris*, es decir, todos aquellos que no pertenecían a cualquiera de las categorías anteriores y cuya credibilidad y prestigio eran nulos desde el punto de vista oficial, aunque uno de ellos destacaba especialmente en el ámbito militar, el augurio *ex acuminibus* o de las puntas de lanza, resplandores producidos en las puntas de las mismas y de quien Cicerón nos da noticia en *De divinatione* II, lxxix y *De natura deorum* II, ix.

1.2.2. Harúspices.

Los harúspices eran adivinos de origen etrusco que no tenían carácter oficial pero que, de todos modos, eran usados en numerosas ceremonias y ritos, con no poca frecuencia después de que los augures oficiales interpretaban los mensajes divinos a través de las señales anteriormente mencionadas y descritas. La característica distintiva entre los augures o auspices y harúspices radicaba en que és-

⁵² Servio III, 90: *Et hoc augurium iuxta auguralem disciplinam dictum est, quod appellatur tripudium sonivium, id est a sono.*

⁵³ Festo, s.v. *Oscinum tripudium*: *Oscinum tripudium est, quod oris cantu significat quid portendi; cum cecinit corvus, cornix, noctua, parra, picus.*

tos últimos hacían su interpretación de la voluntad divina analizando las entrañas (*exta*) de los animales. Maddox lo explica claramente en JMR Mist 77-8, donde Hortalo afirma:

—Opino que los únicos presagios relevantes son los reconocidos oficialmente y transmitidos según nuestras antiguas costumbres: los augurios y la aruspicina.

—¿En qué consisten? —preguntó Tigranes.

—Los augurios son determinados por los oficiales del colegio de augures, compuesto por quince miembros —explicó César—. Representa un gran honor para nosotros ser elegido miembro de dicho colegio. Interpretan la voluntad divina observando el vuelo y manera de comer de las aves, y determinando la dirección de los rayos y truenos; los buenos presagios proceden de la izquierda, los malos de la derecha.

»La aruspicina, por su parte, consiste en la observación de las entrañas de los animales sacrificados, tarea realizada por una clase de profesionales, etruscos en su mayoría: los harúspices. Sea oficial o no, la considero una actividad fraudulenta.

El párrafo es muy interesante como exposición de las diferencias entre ambos oficios, y también, como resumen de las características principales del oficio de augur, que ya hemos analizado con mayor detenimiento: pertenencia de los mismos a un colegio de quince miembros, gran honorabilidad del cargo, interpretación de la voluntad divina por medio de vuelo de las aves y su forma de comer (sin mención del sonido del *puls* al caer del pico) y la dirección de los rayos y truenos: buenos los de la izquierda, malos de la derecha. En breves palabras, se destaca lo siguiente de los harúspices: origen etrusco, análisis de las entrañas de animales sacrificados, oficialidad de sus prácticas y desprecio por las mismas (sean o no oficiales).

De su origen etrusco, se tiene constancia de que se remonta a su creador, un tal Tages cuya historia se narra en *De divinatione* y que surgió de la tierra con cuerpo de niño, pero con la sabiduría de un anciano, enseñó su ciencia a los pueblos de Etruria⁵⁴ y escribió una serie de libros haruspicios para difundir sus conocimientos, que fueron transmitidos de generación en generación⁵⁵. La oficialidad de sus prácticas, muy extendidas hasta el punto de que el propio senado romano mandaba a veces consultarles, nos lleva a plantearnos la duda de si conformaban algún colegio, fuera o no fuera oficial, ya que si bien algunos ponen en duda que fuesen un cuerpo colegia-

⁵⁴ Cicerón, *De divinatione* II, 50: *Is autem Tages, ut in libris est Etruscorum, puerili specie dicitur visus, sed senili fuisse prudentia*. Cf. también Ovidio, *Met.* XV 553-559: *Tyrrhenus arator / fatalem glaebam mediis adspexit in arvis / sponte sua primum nullo que agitante moveri, / sumere mox hominis terrae que amittere formam / ora que venturis aperire recentia fati: / indigenae dixere Tagen, qui primus Etruscum / edocuit gentem casus aperire futuros*; Amiano Marcelino, *Rerum gestarum libri qui supersunt* XXI, I, 10: *Cuius disciplinae Tages nomine quidam monstrator est, ut fabulantur, in Etruriae partibus emersisse subito visus e terra*, y Festo, s.v. Tages: *Tages nomine, geni filius, nepos Iovis, puer dicitur disciplinam haruspicii dedisse duodecim populis Etruriae*

⁵⁵ Servio a Virgilio, VIII, 398.

do⁵⁶, en *Annales* XI, xv, Tácito nos los presenta como tales, sin que podamos saber cuándo tuvo su origen. De acuerdo con el historiador, el emperador Claudio

Rettulit deinde ad senatum super collegio haruspicum, ne vetustissima Italiae disciplina per desidiam exolesceret: saepe adversis rei publicae temporibus accitos, quorum monitu redintegratas caerimonias et in posterum rectius habitas; primoresque Etruriae sponte aut patrum Romanorum impulsu retinuisse scientiam et in familias propagasse: quod nunc segnius fieri publica circa bonas artes socordia, et quia externae superstitiones valescant. Et laeta quidem in praesens omnia, sed benignitati deum gratiam referendam, ne ritus sacrorum inter ambigua culti per prospera oblitterarentur. Factum ex eo senatus consultum, viderent pontifices quae retinenda firmandaque haruspicum.

En cuanto al desprecio por las prácticas de la aruspicina, podemos encontrar en las novelas los dos puntos opuestos, aunque prevalece en ellas el desdén por estas prácticas de leer la voluntad divina en las entrañas de los animales. Por ejemplo, Decio describe con bastante inquina a los harúspices en JMR Sac 131: “These were hard-faced, fanatical looking-men. But then, I thought, men who spent their days cutting open sacrificial animals and delving among their viscera for omens had not chosen the pleasantest of professions”. En la página siguiente de esta novela encontraremos, sin embargo, la reacción contraria, esta vez en Pompeyo el Grande, que tiene absoluta fe en sus harúspices etruscos:

“The augurs,” Hortalus went on when the soldiers were quiet, “will take the omens and determine the will of the gods concerning a propitious day for the triumph.”

“No need,” Pompey said. He gestured toward his Etruscans. “My haruspices have already worked and their art, and they have proclaimed the third day from today to be most pleasing to the gods.”

I could see that Hortalus was furious, but he was a man of great experience, and knew that he would cut a ridiculous figure trying to argue points of ritual in such a setting, where Pompey had arranged things to emphasize his own majesty.”

Como vemos, los tradicionalistas Hortalo y Decio no ven con buenos ojos este favor de Pompeyo hacia sus propios harúspices, desdeñando a los augures oficiales, y lo presentan como un rasgo de excentricidad que se desprende de la vanidad de celebrarse a sí mismo, y hacerlo a su manera. Existía, sí, ese desdén por los harúspices, que en determinados momentos de la historia de Roma alcanzó cierto rango de buen gusto intelectual. El mismo Cicerón, recordando a Catón, dirá en *De divinatione* que es cosa admirable que un harúspice no se muera de risa cuando se encuentra con otro harúspice. Es un comentario muy ácido y bien conocido⁵⁷. Sin

⁵⁶ Cf. Smith, s.v. Haruspices.

⁵⁷ Cicerón, *De divinatione* I, lxxi: *Mirabile videtur quod non rideat haruspex cum haruspicem viderit; hoc mirabilius quam vos inter vos risum tenere possitis?* Queremos hacer constar que este mismo desprecio por estos aspectos de la predicción del futuro son recogidos por los novelistas, como es el

duda, ésta es también el punto de vista de Maddox, que no defiende a estos personajes y de quien, a manera de conclusión, reproduciremos aquí un breve pensamiento de Decio en JMR Sat 134: “Let etruscans busy themselves with the guts of animals. We romans know that the most powerful omens come from lightning, thunder, and birds”.

2.1.2. Superstición y desviaciones de la religiosidad oficial.

Como resulta obvio suponer, el temor religioso desencadenó un buen número de supersticiones, ya que el celo religioso y el temor de lo sobrenatural conducen no pocas veces a un miedo insano⁵⁸. Por contra, también nos consta históricamente que descreídos célebres se aferrasen, contra toda lógica, a una sola superstición, como era el caso de Sila, que a pesar de haber saqueado el templo de Delfos, no se separaba de una figurilla de Apolo que besaba a cada paso y a la que oraba constantemente⁵⁹. Conocemos numerosos casos de superstición extrema, e investigando un poco descubrimos que, lo mismo que en nuestros días muchos aseguran ser visitados por santos y vírgenes, también en el mundo romano contamos con testimonios populares de apariciones de dioses y milagrería⁶⁰.

Dentro de estas novelas cobran importancia la creencia en los lémures, espíritus vengativos que abordaremos dentro del capítulo dedicado al mundo de los muertos, y la mención de algunas supersticiones menores. Hemos mencionado las supuestas apariciones de dioses a los hombres, de cuya abundancia no puede haber sorpresa a partir de la tan extendida creencia de que los dioses se paseaban camuflados entre los hombres, como recuerda Saylor en SS Ven 227: “Dicen que los dioses pueden disfrazarse de quienes conocemos y moverse entre nosotros sin que nadie se

caso de dos citas de Steven Saylor; en SS 21, donde el fiel Tirón afirma que “Cicerón dice que no existen ni la clarividencia, ni la adivinación del pensamiento, ni la predicción del futuro. Dice que los adivinos, los augures y los oráculos son, en el peor de los casos, unos charlatanes y en el mejor de los casos unos comediantes que se aprovechan de la credulidad de las masas.” En la misma línea, cf. SS Cat 225.

⁵⁸ Algunos, como el propio Cicerón en este diálogo con Decio en JMR Sat 159, creen que no es sino el miedo el origen de toda creencia religiosa, por lo que la creencia en dioses constituiría en sí misma un ejemplo de superstición: “Most people, in most parts of the world, have their own gods, which they believe to regulate the cosmos.” (...) “What people have, for the most part, is fear,” Cicero said. “They fear the world in which they live. They fear that which they see and that which they cannot see. They fear their fellowmen. None of these fears, I hasten to point out, is unfounded.”

⁵⁹ Friedlaender, *op.cit.*, p. 998.

⁶⁰ A este respecto, cf. Friedlaender, *op.cit.* pp. 1050-51, donde el autor nos proporciona una curiosa antología de falsas apariciones y milagros llevadas a cabo por divinidades grecolatinas. El mismo autor, en la p. 1079 recuerda a Séneca cuando vio en el Capitolio a un número de mujeres sentadas que se creían amadas de Zeus y allí esperaban, sencillamente, que el dios viniese a demostrarles su amor.

entere”. No debe extrañarnos, pues es el viejo tema bien conocido de Saylor, de la comedia plautina *Anfitrión*, pero también de otros fingimientos importantes en la historia de la literatura clásica, como Atenea metamorfoseada en Méntor en la *Odissea*. En SS Just 226 un hombre, mientras discute con su esposa, recuerda que “trae mala suerte nombrar la muerte cuando un condenado puede oírte”, y es que es la muerte la que acapara los temores supersticiosos. Maddox recordará en dos ocasiones que los romanos sienten un pavor atroz con respecto al hecho de tocar un cadáver, como expresa Decio de forma contundente en JMR Mist 166: “Los romanos eran capaces de infligir las torturas más horribles a un hombre vivo, pero no se atrevían a tocar un cadáver por temor a alguna contaminación sin especificar”. Y en JMR Con 52 la idea es ampliada un poco más, pero no lo suficiente: “Me agaché junto al cuerpo, procurando que mi toga no se ensuciara con el polvo de la calle, y sobre todo, procurando no tocar el cadáver. Yo no temía a los fantasmas ni las maldiciones, pero si lo tocaba quedaría ritualmente impuro y no podría entrar en el templo sin antes efectuar un montón de tediosas ceremonias de purificación”.

Y hablando de espíritus, pero no necesariamente ultratumbales, no nos deja de parecer llamativo el tema de los genios —que la tradición cristiana transformó en los ángeles de la guarda—, a quienes Maddox menciona de pasada en cuatro de sus novelas y a los que Saylor, contrariamente, ignora. En JMR Mist 122-3 nos cuenta Decio que “A cada uno se nos concede al nacer un *genius* y a la manera singular de estos espíritus guardianes y guías, el mío había encaminado mis pasos mientras mi mente consciente se hallaba ocupada en otros temas”; en JMR Con 58 el mismo Decio reconocerá que su *genius* “siempre me mete en problemas”, y en la página 202 de la misma novela hará una distinción relevante: “De pronto se me ocurrió algo. Fue uno de esos momentos de cegadora perspicacia que a veces nos conceden nuestros *genii* guardianes. Hay filósofos que insisten en que cada uno de nosotros tiene dos *genii*, uno bueno y otro malo, y era este último el que me sugería ideas casi suicidas, aunque a la sazón todas se me antojaban brillantes”. Quizá sea este último genio al que Decio vuelve a aludir en JMR Sac 91 y al que denomina como travieso (‘mischevous’)⁶¹, un *genius* que a veces es usado casi como improbable sinónimo de la palabra ‘carácter’, como en la frase que Julia, sobrina de César, le atribuye a su tío a propósito de Decio, como leemos en JMR Tem 132: “Your genius is a strange one. Uncle Caius has often said so”, sin que se especifique nunca si se refiere al *genius* bueno o al malo. Los *genii* individuales eran para la imaginación popular, como bien asegura Decio, espíritus protectores que nacían con cada ser humano y le acompañaban durante el trayecto de la vida hasta el día final, en que también éstos morían⁶².

⁶¹ JMR Sac 91: “It was some mischevous genius in me made me ferret out the truth and make it public”.

⁶² Así, tenemos por ejemplo el testimonio de Censorino (s. III) al respecto: *De die natali* III, 5: *Ge-*

Por lo general estos *genii* eran representados como pequeños ángeles alados tocados por una clámide que colgaba de uno de sus hombros, como bien demuestra el dibujo de un fresco pompeyano⁶³. La afirmación de Decio, sustentada según él por algunos filósofos del *genius* bueno y el *genius* malo, tan parecida a la representación en la imaginería cristiana del debate entre el ángel bueno y el ángel malo o diablillo, también debía estar arraigada en la tradición a juzgar por lo que se desprende de unos versos de Horacio, donde afirma que este *genius*, que muere con cada uno, puede cambiar de rostro y ser luminoso o sombrío⁶⁴, lo que explicaría también las “travesuras” a que somete a Decio. Maddox no lo menciona, pero este *genius* era exclusivamente masculino, ya que las mujeres tenían su correspondiente femenino, las *iunones* que no tenían plumas, pero sí alas de hada, y que al contrario que los *genii* que aparecían semidesnudos iban completamente vestidas con una grácil túnica, de acuerdo a otro fresco pompeyano⁶⁵.

Pero existían también *genii* que no se hallaban adscritos a la vigilia de un ser humano, sino de un lugar, y de esta característica recibían su nombre de *genii loci*. Todos los lugares del campo y la ciudad tenían su *genius* guardián, que era siempre representado como una serpiente⁶⁶, así como todas las actividades humanas tenían el suyo tutelar⁶⁷, y no pocas veces encontramos alusiones a estos *genii loci* dentro de la literatura, como en el caso de Ausonio (s. IV) en *Ordo urbium nobilium*, 159: *Salve, urbis genius, medico potabilis haustu, /Diuona Celtarum lingua, fons addite diuis*.

Como vemos, el tema de los *genii* es abordado por alusiones no demasiado profundas, a pesar de que no es un campo baladí. En palabras de Friedlaender, que le dedicó a los *genii* una fantástica reflexión en su obra ya citada, estos *genii* o *daimones* griegos fueron sustanciosamente aprovechados desde la óptica platónica para conciliar la fe del pueblo con el puro conocimiento de la divinidad. Para Friedlaender (p. 1004) “los dioses inferiores (los demonios) actúan a modo de intérpretes entre la pequeñez humana y la grandeza divina”, como eslabón fundamental dentro de una jerarquía de relaciones universales entre los supernos y los simples mortales⁶⁸.

Magas, adivinos y videntes de vía estrecha, sin carácter oficial ninguno, tam-

nius autem ita nobis adsiduius observator adpositus est, ut ne puncto quidem temporis longius abscedat, sed ab utero matris acceptos ad extremum vitae diem comitetur.

⁶³ Reproducido por Rich, *op. cit.* s.v. Genius.

⁶⁴ Horacio, *Epist.* II, ii, 187-9: *Scit Genius, natale comes qui temperat astrum, /naturae deus humanae mortalis in unum /quodque caput; vultu mutabilis, albus et ater.*

⁶⁵ Cf. Rich, *op.cit.* s.v. Junones. Otros, sin embargo, no hablan en plural de *iunones*, y asignan a la mismísima diosa Juno el papel de velar por todas las mujeres, sin aquella individualidad característica de los *genii* masculinos; así, cf. Hacquard, *op. cit.* p. 30; R.H. Barrow, *op.cit.* pp. 21-2, y Mommsen, *op.cit.* I, 51.

⁶⁶ Serv. *Ad Virg.* V, 85.

⁶⁷ Cf. Friedlaender, *op.cit.* pp. 1027-8, y también Mommsen, *op.cit.* I, pp. 51-2.

⁶⁸ Cf. Friedlaender, *op.cit.* pp. 1002-5.

bién eran muy abundantes en el antiguo mundo romano, y al estar desprovistos de toda autoridad —como también sucede en nuestros tiempos— no obtenían ningún reconocimiento por parte de la sociedad, aunque no eran pocos los que les buscaban como alternativa a los oficios religiosos institucionales, y también, como no podía ser menos, por sus conocimientos de herboristería medicinal y venenos. De que abundaban en Roma da constancia Decio en JMR Tem 10: “There is no shortage of religious charlatans in Rome”. El mismo personaje se explaya un poco más sobre el dato en una breve descripción del Foro en JMR Mist 240:

Lo que me llamó la atención fue el extraordinario número de casetas de adivinos, quienes periódicamente eran expulsados de la ciudad. Había transcurrido un par de años desde la última vez, de modo que poco a poco habían vuelto a entrar. Observé las largas hileras de puestos de echadores de huesos, astrólogos, encantadores de serpientes y otros charlatanes. Era una prueba de la inquietud que se respiraba en la ciudad. En tiempos de gran incertidumbre, las palabras de un profeta lunático podían conseguir que el pánico cundiera en la ciudad y culminara en un auténtico motín.

A la vista está que Decio no teme tanto por la pérdida del auténtico sentido religioso —que se agudizó como nunca antes ni después en el periodo final de la República—, sino que más bien le atemoriza la posibilidad de convulsiones sociales promovidas por las ideas de locos visionarios, una idea en la que Decio vuelve a insistir en JMR Sac 13: “Among the stalls around the periphery I noted with distaste many fortune-tellers. These witches were periodically expelled from the city by aediles and Censors, but they always trickled back. It was bad enough that they influenced political matters with their predictions, but they also ran profitable sidelines in potions and abortions”. El temor de Decio no es infundado, pues aunque no lo mencione flotaba todavía en el recuerdo aquel extraño personaje que fue Eunús el mago que lideró una revuelta de esclavos mucho antes que Espartaco y cuyo caso ya comentaremos en el apartado correspondiente del capítulo dedicado a batallas, militares y ejércitos. Efectivamente, estos magos y echadoras de cartas podían tener desastrosos efectos que minaran la paz social. A pesar de que Decio se concentra en poner énfasis en todos estos individuos que abarrotan el Foro, sabemos que también se refugiaban en los arcos del Circo Máximo, como también apunta Decio en otras novelas. En realidad no hay que buscar mucho para encontrar un testimonio definitivo y profundamente desdeñoso sobre la abundancia de estos personajes en Roma, y el de Cicerón en *De divinatione* I, 132 es tan bueno como el que más:

Nunc illa testabor, non me sortilegos neque eos, qui quaestus causa hariolentur, ne psychomantia quidem, quibus Appius, amicus tuus, uti solebat, agnoscere; non habeo denique nauci Marsum augurem, non vicanos haruspices, non de circo astrologos, non Isiacos coniectores, non interpretes somniorum; non enim sunt ii aut scientia aut arte divini, sed superstitiosi vates inpudentesque harioli

aut inertes aut insani aut quibus egestas imperat,
qui sibi semitam non sapiunt, alteri monstrant viam;
quibus divitias pollicentur, ab iis drachumam ipsi petunt.

No cabe duda de que dentro de este apartado dedicado a las desviaciones de la religiosidad oficial hay un episodio destacadísimo dentro de la novela *Saturnalia*. En JMR Tem 32 Decio hace una reflexión que quedará desmentida, cuanto menos desde el punto de vista de la ficción, en la siguiente novela de la serie: “In Rome, the followers of crackpot cults were drawn almost exclusively from the slaves and the poorest of plebeians. In Alexandria, the wealthiest and highest persons lavished money and attention on these disreputable fakes”. Sin embargo, Decio asistirá en *Saturnalia* a una ceremonia secreta desarrollada en el campo Vaticano donde se rinde culto a primitivas deidades itálicas y donde el sacrificio humano es el elemento más espeluznante. Toda la escena contradice las palabras de Decio en la novela *The Temple of the Muses*, ya que entre el centenar de individuos congregados en el campo Vaticano encuentra no sólo plebeyos y pobres, sino también a algunas de las personas más poderosas de Roma, entre ellas Fausta Cornelia, Fulvia y la “mala” oficial en la serie de Maddox, Clodia. Es una novela curiosa *Saturnalia* por su concepción. Maddox tiene tendencia a establecer paralelismos muy evidentes entre los tiempos romanos y nuestros contemporáneos. Son paralelismos que no necesariamente se daban entre ambas culturas, pero su exposición en determinadas circunstancias y bajo ciertos enfoques obran el milagro de hacer parecer que la vida siempre ha sido la misma, y sólo han cambiado las modas, los idiomas y los tiempos. En *Saturnalia* todo el tiempo estamos teniendo la sensación de que las Saturnales eran como nuestra Navidad, y que durante la nochebuena de aquella Navidad pagana unos cuantos individuos de sinientras intenciones, burlando el orden establecido y la religión oficial, se reúnen en el campo Vaticano para celebrar lo que a todas luces es un trasunto de ceremonia satánica, y si nos apuran, hasta narcosatánica.

A causa de la dilatada extensión de este capítulo, procederemos a resumir los acontecimientos más importantes de los que Decio es testigo, y remitimos al Apéndice de Sinopsis de las novelas estudiadas para su ubicación en el contexto de la novela⁶⁹. Hacemos constar que el siguiente resumen es más extenso que el de la Sinopsis correspondiente y remitimos a las páginas concretas de la obra de Maddox.

Decio llega al aquel entonces extramural y salvaje campo Vaticano (p. 133) en busca de la reunión de *strigae* de la que ha tenido noticia por medio del *vigil* Urgulo en las últimas páginas del capítulo VII. Decio llega hasta las inmediaciones de un conjunto de rocas semejantes a dólmenes como los que se ven en algunos rincones del imperio donde sus pueblos adoran a oscuros dioses (pp. 134-5). Llegan a sus

⁶⁹ Cf. JRM Sat 133-148, así como el capítulo VIII de la novela en el Apéndice Sinopsis de las novelas estudiadas.

oídos sonidos de tambores y cánticos ceremoniales, flautas y alaridos en un idioma desconocido, por lo que decide ocultarse tras un denso soto a espiar (p.135), desde donde advierte que los congregados bailan en círculo en el interior del conjunto arquitectónico como ménades poseídas (p. 137). En el centro arde una hoguera y percibe un denso olor a carne quemada (137). Las mujeres danzan desnudas, los hombres usan máscaras y se cubren con pieles de animales y todos se hallan tocados de guirnaldas (p. 137). Decio no tarda en descubrir que muchas de aquellas mujeres son de origen patricio, y entre ellas reconoce a Clodia y a Fausta. El contraste entre las nobles y las campesinas es notorio: aun desnudas, estas últimas se distinguen por el color oscuro de su piel (p. 138). Pero nada de esto espanta a Decio sino una sola cosa: que no se trata de un excéntrico culto extranjero, sino de un culto itálico tan antiguo como el de Júpiter en la propia tierra de Júpiter y a una hora de camino de Roma. Decio entiende que la práctica de tan extraño ritual debe ser muy excitante para los miembros más degenerados de esa alta clase social a la que pertenece Clodia (p. 139-140). Decio reconoce a Fulvia como la gran sacerdotisa del ritual. La música descende y ella entona un canto ritual frente a la hoguera. Sobre los hombros carga la piel de una cabra recién desollada y pámpanos en el cabello. Luce manchas de sangre y en una mano porta un báculo rematado en un extremo por una piña, y en el otro por un falo. Las mujeres se pasan unas a otras tazones de los que beben un líquido irreconocible. Decio distingue que los hombres, quienes no participan de esta bebida, portan ropas ajustadas que camuflan su masculinidad, volviéndoles eunucos virtuales en este ritual femenino (p. 140). A continuación, el protagonismo lo toma una mujer de mayor edad que Furia vestida con piel de leopardo y los brazos tatuados con serpientes enrolladas. En la mano lleva una soga cuyo extremo rodea el cuello de un joven desnudo de gran belleza adornado sólo con algunas guirnaldas de flores. Furia entrega a esta mujer un cuchillo de aspecto antiquísimo (p. 141). Furia entona una letanía frente al joven, que muestra una actitud dócil. Furia da tres palmadas y pronuncia tres veces un nombre que Decio no reproduce porque algunas cosas no deben ser escritas. Furia marca con su bastón un punto en el cuello del joven y la otra mujer lo degüella con su cuchillo. Un número de mujeres toman el cuerpo muerto del joven y lo arrojan a la pira (p. 143).

El resto del capítulo nos cuenta cómo Decio es descubierto y se salva de una muerte segura, pero hemos abarcado cuanto nos interesaba entresacar en este preciso momento. Si hemos de comentar el anterior pasaje debemos reconocer que nos hallamos ante una gran cantidad de datos que no arrojan ninguna luz concreta. Advertimos, eso sí, que toda la escena de aquelarre (pues la de un aquelarre es la imagen que desprende) está regida por dos grandes y notorias influencias: la céltica y la dionisiaca. Cuando Decio describe el conjunto circular de rocas con la gran hoguera en su centro no podemos dejar de pensar en las ruinas circulares de Stonehenge, en

Inglaterra, y mucho menos cuando el mismo Decio explica veladamente que idénticos escenarios se pueden ver en regiones alejadas del imperio⁷⁰, lo que no deja de ser una alusión muy concreta. Incluso el detalle en la página 140 de que las mujeres, sin mediar participación de los hombres, se pasen unas a otros un cuenco o tazón del que beben un líquido aparentemente embriagador puede ser asociado fácilmente a los ritos dionisiacos de las bacantes. Un alto número de los elementos que Decio proporciona en su descripción son claramente dionisiacos y vinculados a bacanales: Fulvia aparece usando elementos representativos dionisiacos, como son la piel de cabra recién sacrificada (animal que con asiduidad se le consagraba y sacrificaba a Dioniso), los pámpanos y, sobre todo, el báculo tocado en un extremo por una piña, y en el otro por un falo. Tanto la cabra como el falo formaban parte de las primitivas celebraciones en honor de Dioniso que, alcanzado un grado de civilización más elevado, serían la base de la tragedia y de la comedia. También se trata de un elemento representativo del culto dionisiaco que la sacerdotisa anciana a quien Fulvia entrega el cuchillo vista la piel de un leopardo, atavío propio del cortejo de bacantes y sátiros que acompañaron a Dioniso en su peregrinación por el mundo implantando el culto de la vid. Sin embargo, esta misma sacerdotisa ostenta serpientes enroscadas tatuadas en sus brazos, que sin ser un elemento característico báquico sí es un símbolo arcaico y evidente de conexión con un conocimiento oculto, de tipo tectónico y ultratumbal en conexión con el Hades. Por último, también nos parece un elemento representativo del carácter dionisiaco esa curiosa inversión de papeles producida entre hombres y mujeres —las mujeres bailan desnudas, haciendo ostentación de su liberación, mientras que el hombre usa unas ropas que le reprimen en una castración simbólica como la de un eunuco— propia de la función de subversión social que tenían las bacanales, fiestas como se sabe de liberación predominantemente femenina y que fueron prohibidas en la antigua Roma.

El resto de los elementos y acciones de esta sorprendente escena pueden ser, o no, tan representativos de las ceremonias báquicas como de cualquier otra fiesta de este tipo consagrada a cualquier otra divinidad del frenesí sagrado: no son especialmente denotativos los tambores, cánticos y flautas mencionados, ni el hecho de que exista una hoguera donde quemar la carne del animal sacrificado, ni el canto ritual de Furia frente a esta hoguera, ni el cuchillo de remotos tiempos. Ni siquiera el hecho de que Decio mencione expresamente que las mujeres danzaban como ménades puede ser tomado al pie de la letra como rasgo dionisiaco, pues un romano de la

⁷⁰ Maddox escribe literalmente: “The ground grew rougher, with heaps of stones piled up where the plows had turned them up, only some of them seemed to be piled with greater regularity than others, and here and there I saw single, daggerlike, standing stones such as you see in some of the islands and in the more remote parts of the Empire, where ancient peoples worshipped gods whose names we do not know”. La alusión a las islas que son el lugar más remoto del Imperio no deja lugar a dudas de que se refiere a Inglaterra.

época hubiera usado fácilmente ese símil ante un espectáculo semejante. Sí es más interesante que se produzca una mezcla de clases sociales dentro del ritual, lo que hace pensar en un culto remoto anterior a la instauración de la sociedad, y el hecho de que Furia emita tres palmadas y pronuncie otras tantas veces un nombre que Decio no se atreve a reproducir. En cuanto a la posible simbología del número tres, es más que evidente.

Prescindiendo de todos estos elementos presentados por Maddox y recopilados aquí, que apuntan más bien hacia lo dionisiaco, la intención del autor una vez que en esta novela ha transformado las Saturnales en una especie de Navidades del paganismo es mostrar el extremo opuesto, no civilizado y más cruel, de la religiosidad oficial. Para ello ubica nuestra escena de brujas en una nochebuena, y en general su objetivo es darnos a entender que toda esta escena es un trasunto de las ceremonias satánicas que concluyen, como en ésta, con el sacrificio de una víctima humana. Otros detalles apuntalan esta interpretación satanista, como que Decio no se atreva a pronunciar el nombre de la divinidad adorada (¿de qué podría asustarse un romano de la época si Maddox no estuviese queriendo hacernos pensar en nuestro Satanás?) o que el mismo Decio considere estas prácticas —aun antes del sacrificio del adolescente— como ritos para degenerados, idea que volverá a retomar en JMR Sat 243 en la conversación final que mantiene con Fulvia:

“Why do you allow the likes of those patrician women to attend? You must know that they come only for the excitement, for the decadente thrill of doing something forbidden. I know that you practice your sacrifice as a holy rite pleasing to your gods. Why the do you allow your religion to be defiled by a foreign people who enjoy it as something evil?”

“Isn’t obvious, Senator?” She smiled knowingly. “They are our protection. (...) They are most highly placed. This, too, is an ancient tradition, Roman. (...) And being women, their presence does not pollute our rites, as yours did.”

Varias veces es mencionado tal ritual como un primitivo culto itálico anterior a Roma misma. Furia insiste en la idea en JMR Sat 243: “My foremothers practiced our rituals long before you Romans arrive. Even you adopted them before you began to imitate the Greeks from the South. You Romans call human sacrifice evil, yet you allow men to fight to the death in your funeral games.” Sin embargo, no hay elementos distintivos del mismo durante la escena de aquelarre, como ya hemos visto, y la misma Furia no precisa demasiados detalles. Creemos que a Maddox no le interesa hablar realmente de cultos preindoeuropeos de divinidades aborígenes. Su intención en *Saturnalia*, como hemos visto, es otra muy distinta.

En el final de la conversación antes mencionada entre Furia y Decio ésta le regala un amuleto convencida de que se trata de un buen hombre, un amuleto cuya descripción no ayuda a clarificar el asunto de qué religión practican, sino todo lo

contrario:

“She helded something out to me. It was a thin disk of bronze, pierced at one edge and hanging from a leather thong. I took and examined it in the dim light. On one side was writing in a language I had never seen before. On the other was a stylized eye surrounded by lines like rays.

“It will protect you and help you spy out evil.”

Un ojo rodeado por rayos podría hacernos recordar el ojo del Dios cristiano, pero no pensamos que Furia practique un culto hebreo, ya que entraría en contradicción con lo expuesto anteriormente por Maddox y desentonaría con la escena del aquelarre en el monte Vaticano. Los amuletos no eran poco frecuentes en la Roma de la época y en la primera novela de la serie un amuleto cobra una importancia destacada —lo pone de manifiesto el título de la traducción española, no así el de la edición original. En *JMR Mist 40* se nos describe como “un amuleto de bronce macizo en forma de cabeza de camello. En el reverso del amuleto había unas letras grabadas, pero la luz era demasiado tenue para leerlas.” Los amuletos, tan viejos como el hombre en luchar por medio de la superstición contra el miedo, en la obra de Maddox son siempre representativos de lo extranjero y de lo oscuro.

2.1.3. Sacerdotes y sacerdotisas.

Antes de abordar con mayor detenimiento cuál es el papel de los funcionarios religiosos dentro de las novelas de Maddox, Saylor y Borrell convendrá hacer un somero repaso a su número y categorías centrándonos, por razones de claridad, en el periodo republicano⁷¹.

1) Primeramente mencionaremos al *Rex Sacrorum* o *Rex sacrificulus*, que se erige en representante de los poderes religiosos que antiguamente tenía el rey y que terminan con el último de ellos, Tarquinio el Soberbio. Renunciaba a todas las demás funciones para dedicarse exclusivamente a su cargo, pero carecía de poder real. En época clásica es un sacerdote patricio encargado sólo del culto del dios Jano y tiene por superior al *Pontifex Maximus*.

2) Los pontífices: en la monarquía su número originario fue de tres, cuatro o cinco y tomaron su nombre de la conservación del Puente Sublicio, puente sagrado. Vigilaban las prácticas generales de la religión, públicas o privadas. El *Pontifex Maximus* era quien elaboraba el calendario de los días *fastos* o laborables, y *nefastos* o festivos. Pasaron a ser quince en tiempo de Sila y dieciséis en el de Julio César. El *Pontifex Maximus* pasa a ser jefe de la religión nacional y fue vitalicio hasta el siglo III, pero después será elegido por el pueblo. Tiene poder sobre todos los demás sa-

⁷¹ Para este resumen tomo como guía a Hacquard, *op.cit.* pp. 32-34 y 93-94.

cerdotes y nombra a los Flámines y las Vestales.

3) Los Flámines eran los sacerdotes públicos del pueblo romano y su nombre asciende a quince. Se dividen en Flámines mayores y menores. Los Flámines mayores están consagrados individualmente a tres dioses mayores: el Flamen Dialis a Júpiter, el Flamen Martialis a Marte, y el Flamen Quirinalis a Quirino. Los Flámines Menores están consagrados, también individualmente, a otras divinidades menores. El Flamen Dialis era el más representativo y entre sus restricciones estaba no montar a caballo, no trabajar y no ausentarse de su residencia ni una sola noche. Entre las distinciones de que gozaba estaba el derecho a un lugar en el senado, así como a licitor y silla curul.

4) Las Vestales: primero fueron cuatro, número que ascendió más tarde a seis y finalmente a siete. Se trataba de una institución remota y milenaria, ya que la madre de Rómulo había sido vestal. Mantenían el Hogar de la ciudad, personificación del fuego de la diosa Vesta, y eran dirigidas por la Suma Vestal o Virgo Maxima. Eran elegidas entre las jóvenes patricias y residían en el Atrium Vestae o casa de las Vestales. Los treinta años dedicados a su culto se repartían del siguiente modo: diez años de instrucción, diez de práctica y finalmente otros diez de enseñanza. Hacían voto de pobreza y si rompían alguno de sus votos (especialmente el de castidad) eran enterradas vivas hasta la muerte, ya que nadie podía matar a una vestal.

5) Los doce Salios o saltadores estaban consagrados al culto de Marte y Numa les había encargado la custodia de un escudo caído del cielo disimulado entre otros once que el mítico rey había mandado construir para impedir el robo del auténtico. En marzo ejecutaban públicamente una danza sagrada de tipo guerrero llamada *saltatio*.

6) Los veinte Feciales eran un colegio de diplomáticos de tiempos, presumiblemente, del rey Numa. Golpeaban a sus víctimas en el sacrificio con un sílex, lo que apunta a orígenes mucho más remotos y prehistóricos. Ejecutan los ritos de declaración de guerra y de conclusión de tratados. El jefe de cada una de esas delegaciones es llamado *Pater patratus*. Son los creadores del derecho internacional o *ius fetiale*.

Una vez vistas cuáles eran las distintas clases de protagonistas religiosos oficiales de la antigua Roma procederemos a analizar su función en estas novelas, comenzando por las vestales merced a su enorme protagonismo dentro de las obras de Maddox y Saylor, y en general, dentro de la novela policiaca de temática romana clásica.

2.1.3.1. Las vestales.

Si en ningún género de dudas, son las vestales quienes se llevan la corona en representación del cuerpo oficial religioso romano dentro de estas novelas. Alusiones al margen, que también son muy frecuentes por medio de símiles⁷², John Maddox Roberts y Steven Saylor dedican su atención a describir tanto su vida como su *atrium Vestae*. En el caso del primer novelista, por medio de una visita que Decio el joven realiza a su tía Cecilia en la casa de las Vestales; en el de Steven Saylor, dedicando un cuento completo al célebre asunto de la irrupción de Catilina en aquel edificio sagrado porque, supuestamente, mantenía relaciones con la vestal Fabia. Estas discretas y sagradas sacerdotisas han ocupado, también, la atención de otros novelistas de este subgénero de la narrativa, hasta el punto de que Lindsay Davis les ha dedicado su obra *One Virgin Too Many*, y Marilyn Todd su *Virgin Territory*. Las vestales son imprescindibles en esta clase de novelas, y sus condiciones de vida, fuente continua de misterio y curiosidad. Ciertamente su papel dentro de la sociedad romana era de una importancia superlativa. Estaban consagradas a la diosa Vesta, diosa del fuego del hogar, y por extensión, del fuego sagrado del Estado romano. La idea del fuego sagrado no era baladí entre los antiguos romanos, pues toda casa implicaba un altar levantado en la entrada,⁷³ un altar que debía permanecer perpetuamente encendido, pues se consideraba una desgracia que se apagase, y que estaba consagrado a la diosa Vesta, encarnación divina del fuego⁷⁴. Entraban a formar parte de la hermandad cuando todavía eran unas niñas —no podían tener ni menos de seis años ni más de diez⁷⁵— y se dedicaban a su culto durante treinta años. No había lugar más sagrado en Roma que el templo de las vestales⁷⁶, ni había mujeres

⁷² Mencionaremos algunas de estas referencias. En JB At 17 un personaje afirma que Cleopatra, en comparación con la fiera princesa Iridia, “es una aprendiz de vestal”; en SS Sang 92 Gordiano piropea a su futura esposa, Bethesda: “Tienes las manos tan suaves como una vestal”; en JMR Sac 89 la novia de Decio, Helena, tiene muy claro que podrá extraer información relevante de mujeres tan lenguaraces como Clodia, Fulvia o Sempronia, y remata su afirmación asegurando: “If I can’t get information out of some of those women, I’ll take vows and become a Vestal”; y en JMR Sac 174 hallamos una referencia chocarrera: “Now I am not a friend to humanity. I feel like going out and upending a chamberpot all over a Vestal”. Como vemos, estas referencias tienen que ver con la mansedumbre, la suavidad y delicadeza, la decisión no precisamente baladí de hacerse vestal, y en fin, un recordatorio por medio de un chiste de urinario acerca de la condición extremadamente sagrada y respetable de las vírgenes vestales. Efectivamente, semejante impiedad le hubiera costado a Decio la vida.

⁷³ A este altar lo llamaron indistintamente *vesta*, *ara* o *focus*; cf. Nonio Marcelo citado por Fustel de Coulanges, *La ciudad antigua*. México, 1986, Porrúa, p. 14: “In primis ingressibus domorum vestae, id est arae et foci, solent haberi”.

⁷⁴ En relación a Vesta y el fuego sagrado, cf. Fustel, *ibid.* pp. 14-20.

⁷⁵ Rodolfo Lanciani, *Ancient Rome in the Light of Recent Discoveries*. Boston and New York, 1898. Houghton, Mifflin and Company. Cf. capítulo VI.

⁷⁶ En Roma el templo de Vesta era el hogar sagrado de la ciudad. Cf. Cicerón, *De legibus* II, viii: *Virgines vestales custodiunt ignem foci publici sempiternum*. No fue precisamente por azar que, como afirma Mommsen en *op.cit.* I, p. 222: “Como centro sagrado de un culto público y doméstico, la religión de Vesta persistió largo tiempo aún en medio de las ruinas del paganismo, y fue la última que

más respetadas que ellas⁷⁷, si bien esto tenía también su lado negativo, ya que como veremos, si alguna de ellas quebrantaba su voto de castidad o descuidaba el fuego, y permitía por negligencia que se apagara, eran castigadas con la muerte y enterradas vivas. Sin embargo, esto no quiere decir que las vestales viviesen en completa reclusión, pues no sólo el fuego sagrado estaba consagrado a su vigilancia, sino que también participaban activamente en diversas ceremonias y rituales, como los de la *Bona Dea*, actividad que menciona Steven Saylor —aunque sin mayores detalles— en SS Cat 398-399. Como lo expresa Gordiano en SS Ap 220-221: “Durante el día el vestíbulo y una o dos salas públicas estarían abiertas a los visitantes masculinos. Las vestales no están totalmente aisladas del mundo de los hombres, después de todo, y tienen que estar preparadas para recibir a los mercaderes que cubren sus necesidades y a los sacerdotes que supervisan sus actividades”⁷⁸. Es verdad que las vestales tenían grandes responsabilidades, pero también grandes privilegios, como el librarse de la patria potestad en el momento de entrar en la orden, asientos de honor en teatros, anfiteatros y en el circo, e incluso, licencia para conducir por las calles de Roma⁷⁹. Cualquier ofensa sobre su persona se castigaba con la muerte, y por ello es lógico que Clodio, al despojarlas de su casa primitiva en el Monte Albano, cometió algo muy cercano a la injuria. El episodio es mencionado en la novela que Saylor dedica al asesinato de Clodio, *Asesinato en la vía Apia*, y el novelista no deja pasar la oportunidad de recrearse en este aspecto con una conversación que Gordiano mantiene con la Virgo Máxima de aquella casa⁸⁰. Deseoso de ampliar su gigantesca villa en el monte Albano, Clodio se tropezó con la arboleda sagrada de Júpiter, el templo de Vesta y la casa de las vestales. Tras conseguir que se volvieron a trazar las líneas de su propiedad, se adueñó de una zona amplia de la arboleda sagrada, que taló completamente, y llegó a un acuerdo con las vestales: ellas le cederían la vieja casa y él construiría una nueva para ellas. Por supuesto, Clodio aprovecharía los anti-

cedió a la invasión de la idea cristiana.”

⁷⁷ Las vestales eran reverenciadas en alto grado. Así, Horacio en *Odas* I, ii, 27 se refiere a ellas como *virgines sanctae*, y Cicerón se refiere a su sacerdocio en *Pro domo* LIII, como *sanctissimum sacerdotium*.

⁷⁸ Saylor expresó esta misma idea por primera vez en la página 234 de su cuento *La casa de las vestales*, donde Catilina explica: “Las vestales llevan una vida casta, Gordiano, no retirada. No debería sorprenderte que conozca a Fabia. Ambos pertenecemos a viejas familias. Nos hemos encontrado en el teatro, en el foro, en comidas privadas. Incluso, aunque en raras ocasiones, y siempre a la luz del día y en presencia de testigos, la he visitado en la casa de las vestales”.

⁷⁹ Cf. Lanciani, *op.cit.*, VI. Las vestales tenían dos clases de carruajes: el oficial, llamado *plostrum* o *currus arcuatus*, y el usado para actividades cotidianas, al que Prudencio llama *molle pilentum* (citado por Lanciani) y del que Servio, *Ad Virg.* VIII, 666 explica que *Pilenta sunt vehicula, sicut nunc basternas videmus. Erant autem tunc veneti coloris, non ut nunc sunt russati, quibus nisi castae non utebantur*.

⁸⁰ Son varias las referencias a este episodio dentro de la novela. Así, SS Ap 191, 207-208 y 224-225.

guos mosaicos y estatuas para la decoración de su propia mansión⁸¹. Saylor dedica todo el capítulo XVIII de su obra (pp. 220-227) a describir con suficiente holgura todo el episodio, y escuchándolo de labios de la Virgo Máxima, a la que describe sucinta pero eficazmente:

Llevaba el tradicional tocado de su orden, un pañuelo rectangular de color púrpura atado alrededor del pelo cortado al rape y asegurado con una horquilla en la frente. Su cara redonda estaba limpia de cosméticos pero su piel tenía la suavidad cremosa de las mujeres que han pasado su vida en el interior de una casa y nunca han tenido que trabajar. Imaginé que andaría por los sesenta años, lo que significaba que hacía tiempo que había cumplido los treinta años obligatorios de servicio a la diosa y había elegido voluntariamente seguir siendo una virgen hasta el día de su muerte.

No es una decisión sorprendente, ya que sabemos que la mayor parte de las mujeres que habían pertenecido a la orden no la abandonaban después de los treinta años reglamentarios, tras los cuales podían gozar de su fortuna, amasada durante aquellos años, e incluso casarse, lo cual era bastante inusitado y hasta cierto punto contraviene la imagen popular de la virgen vestal como una mujer de sentimientos y deseos reprimidos, como encontramos en la célebre cita de Séneca⁸². La descripción que ofrece Saylor, incluso en los rasgos verosímiles con respecto a la tersura de su rostro, es bastante acertada, y la descripción sucinta de la vestimenta bastante adecuada. La Virgo Máxima, además, hace un repaso de historia de la orden en SS Ap 223 donde deja bien clara su orgullo de servir en Monte Albano:

La orden de las vírgenes vestales fue fundada aquí, en el monte Albano, en tiempos muy remotos; Silvia, la madre de Rómulo, era miembro de la hermandad local y ayudó a mantener el fuego eterno en el templo de Vesta. La orden de Roma fue establecida mucho tiempo más tarde, en los días del rey Numa, y la llama eterna del templo de Vesta en Roma fue encendida con la llama original de aquí, del monte Albano. Eso sí, ultimamente Roma se ha vuelto muy importante; hay grandes hombres que encargan a las vestales romanas la custodia de sus herencias y las vestales romanas tienen el honor de proteger las reliquias sagradas que Eneas trajo de Troya. Pero nosotras, las del monte Albano, somos la hermandad original.

⁸¹ La explicación la da la propia Virgo Máxima en SS Ap 225 ciñéndose al hecho histórico de cómo Clodio se pudo apropiarse legalmente de la propiedad: “Se basó en unos documentos de la época en que fue construida la Vía Apia. Apio Claudio Ceco se las arregló para conseguir una gran extensión de terreno para él y su familia a todo lo largo de la vía. La villa de Clodio, o su centro, ha pertenecido a su familia durante generaciones, desde la época en que fue construida la Vía Apia. Como la antigua casa de las vestales estaba a poca distancia de esa propiedad, pudo declarar que necesitaba ampliar su villa y reclamar nuestra casa y parte de los bosques de Júpiter. Clodio era un experto en sacar documentos del aire. Al final se salió con la suya, legalmente y sin utilizar la violencia, y nosotras no pudimos hacer nada al respecto”.

⁸² Séneca el orador, *Controversiarum excerpta* VI, viii: *Virgo Vestalis scripsit hunc versum: felices nuptae! moriar nisi nubere dulce est.*

El lugar al que Saylor se está refiriendo en cada momento es sin ningún género de dudas el antiguo emplazamiento de Alba Longa, fundada a lo largo de la falda del Monte Albano, y de cuyo carácter alargado recibió el nombre⁸³ y donde efectivamente, surgió el culto a Vesta y la orden de las sacerdotisas vírgenes⁸⁴. De acuerdo con Lanciani⁸⁵, el culto se originó en tiempos prehistóricos cuando una cabaña albergaba el fuego sagrado de la tribu y su vigilancia era confiada a muchachas jóvenes que no tomaban parte de las labores de caza, pesca o recolección. Cuando los pastores de Alba Longa abandonaron aquella región volcánica para establecerse en lo que más tarde sería Roma, se llevaron lógicamente el culto de Vesta. Dentro de la genealogía mítica de Roma, a aquellos tiempos remotos correspondería el embarazo de la mencionada Silvia, madre de Rómulo y Remo, llevado a cabo por Marte⁸⁶ y que en Roma instauraría, como bien recuerda Saylor en su novela, el mítico rey Numa⁸⁷. Hay otros dos puntos interesantes en las palabras de la Virgo Máxima: la referencia a la Casa de las Vestales como depositaria de testamentos y las reliquias que Eneas trajo de Troya. Con respecto al primer punto, es cierto y consta suficientemente que las vestales eran depositarias de testamentos y documentos de importancia relevante, ya que, por su carácter sagrado y por la inviolabilidad de su recinto eran el banco más seguro posible.

Con respecto al segundo punto, el de las reliquias de Eneas, mucho se ha hablado sobre ellas y poco ha podido sacarse en claro. Lo que sí sabemos es que estas reliquias que la tradición remontaba hasta los tiempos de la guerra de Troya, no sólo eran valiosas por su antigüedad, sino porque estaba muy extendida la creencia de que la supervivencia de Roma dependía de su cuidado celoso, como lo demuestra el famoso comentario de Servio *Ad Virg.* VII 188, donde el gramático además las enumera: *Septem fuerunt pignora, quae imperium Romanum tenent: aius matris deum, quadriga fictilis Veientanorum, cineres Orestis, sceptrum Priami, velum Ilionae, palladium, ancilia*. Pero son numerosos los testimonios que mencionan sólo parcialmente algunos de estos objetos, y otros que afirman que todos debían ser de pequeño tamaño, para ser transportados fácilmente en caso de peligro⁸⁸.

¿Cómo debió de ser aquella primitiva casa de las vestales en la falda del monte Albano? La Virgo Máxima nos la describe en SS Ap 224-225, aunque centrándose más en su contenido emocional que en una descripción física de la vieja casa:

⁸³ Tito Livio I, iii.

⁸⁴ Livio I, xx, 3, hablando sobre las instituciones religiosas debidas a Numa Pompilio: *Virginesque Vestae legit, Alba oriundum sacerdotium et genti conditoris haud alienum*.

⁸⁵ Lanciani, *op.cit.* VI.

⁸⁶ Tito Livio I, iii y iv.

⁸⁷ Tito Livio I, xx.

⁸⁸ Cf. Lanciani, *op.cit.* VI.

Era un edificio magnífico y lleno de recuerdos. Tampoco era la casa original en la que sirvió Silvia, desde luego, ni siquiera era tan antigua. Pero era una casa antigua a pesar de todo, llena de historia. Generaciones de vestales vivieron y murieron en ella. Aquel lugar tenía un carácter sagrado que sólo se adquiere con el tiempo. (...) La vieja casa, a pesar de todo su desgaste, estaba construida con piedra y su tejado no había tenido ni una gotera desde que yo soy vestal. Manchados o no, algunos suelos tenían maravillosas baldosas en blanco y negro, y unos dibujos y unas formas que te habrían dejado sin respiración. Supongo que ahora estarán adornando los baños de esa enorme villa que tiene Clodio en la colina.

En realidad Saylor no nos cuenta demasiado de la antigua casa de Monte Albano, siendo lo más significativo, y revelador de su antigüedad, que este edificio estuviese construido de piedra, y fuese, por razones obvias a la antigüedad de su leyenda propia, a la existencia de la mismísima Silvia, seducida por Marte y madre de Rómulo y Remo. Lo que sí es cierto es que las vestales no debieron salir ganando con el cambio, a pesar de que el propio Clodio subvencionara los gastos, y que el interés de este personaje pasaba, a tenor de las palabras de la Virgo Máxima, por el expolio de las bellezas artísticas de la vieja casa. De la nueva, los comentarios no son muy entusiastas, empezando por el propio Gordiano que en SS Ap 220:

Desde la Vía Apia, un estrecho y ventoso sendero conducía hasta el patio y la entrada principal. Se notaba que tanto el sendero como el edificio eran de reciente construcción; tierra suelta y tocones de árboles flanqueaban el camino; los bordes agudos y los colores de las paredes todavía no habían sido suavizados por el paso del tiempo. Aunque era un humilde habitáculo comparado con la gran casa de las vestales de Roma, no era precisamente un cuchitril; más de un propietario del Palatino se habría sentido orgulloso de declararlo como propio. Al menos eso parecía desde el exterior.

No es demasiado lo que tenemos para comentar, salvo el hecho de que Gordiano mencione las grandes dimensiones de la casa en Roma, que como sabemos fue llamada *Atrium Vestae* por las extraordinarias dimensiones de su atrio central, que era lo más característico del recinto, tan grande que incluso se llegaron a celebrar en él reuniones del senado en pleno⁸⁹. Sin embargo, esta otra casa de las vestales en Monte Albano era más fachada que otra cosa, a tenor de las palabras de su Virgo Máxima, que en SS Ap 224 arremete contra Clodio hablando del poco respeto que puso en la nueva casa: “No dijo que el nuevo edificio sería construido por esclavos más acostumbrados al abono que a la argamasa y diseñado por un arquitecto que no tenía ni idea de lo que es un pórtico. ¡Este lugar es un desastre!”

Pasemos ahora a la famosa y romana casa de las Vestales. Como hemos dicho, dos son los momentos interesantes que a este respecto se le dedican en las no-

⁸⁹ Servio. *Ad Virg.* VII, 153: *Et nisi in augusto loco consilium senatus habere non poterat: unde templum Vestae non fuit augurio consecratum, ne illuc conveniret senatus, ubi erant virgines; nam haec*

velas, una visita de Decio en *El misterio del amuleto*, y el relato completo de Steven Saylor *La casa de las vestales*, dedicado a la irrupción de Catilina en el recinto sagrado.

2.1.3.1.1) Las vestales en El misterio del amuleto, de Maddox

Comenzaremos analizando los puntos de interés que arroja la recreación de Maddox y más tarde pasaremos a hacer lo mismo con el cuento de Saylor. Antes de la visita realizada por Decio a su tía Cecilia, Virgo Máxima de la casa de las Vestales, este mismo personaje se cruza en la calle con la litera de una de ellas. Reproducimos aquí el texto de JMR Mist 96-7:

Pasó junto a nosotros una litera blanca acarreada por hombres vestidos con las blancas túnicas de los esclavos del templo. Nos detuvimos al instante para hacer una profunda reverencia, pues en el interior de la litera se hallaba una de las vírgenes vestales. Estas damas, consagradas a la diosa del fuego, gozaban de gran prestigio en Roma. Eran tan santas que si un reo se topaba con una al ser conducido al patíbulo, era inmediatamente liberado. Eso infundía poca esperanza en los corazones de los malhechores, porque las vestales apenas abandonaban el templo, mientras que los criminales eran ejecutados a millares.

En cuanto pasó de largo, reanudamos la marcha. No la había reconocido. El templo de Vesta era frecuentado en gran medida por mujeres, y las vírgenes vestales eran elegidas entre las jóvenes de buena familia que aún no habían cumplido los veinte años. Sólo conocía personalmente a una virgen vestal, una tía mía que al concluir el periodo de servicio tuvo la sensatez de negarse a cambiar el templo por las dudosas ventajas de un matrimonio en la madurez, optando por permanecer como vestal toda su vida. El período de servicio se prolongaba durante treinta años: diez para aprender los deberes de virgen vestal, diez para ponerlos en práctica y otros tantos para enseñarlos a las novicias. Una vida así no preparaba a una mujer para la vida mundana.

Se trata de un resumen informal de los rasgos más característicos de la vida de las vestales que sirve a Maddox para hablar por primera vez de estas santísimas sacerdotisas (“eran tan santas...”, escribe, y ya hemos visto que era una forma recurrente de referirse a ellas individualmente, pero también a la misión sagrada que las hacía gozar del mayor respeto entre los colegios religiosos⁹⁰), de las que más tarde se ocupará con mayor detenimiento cuando nos presente a su tía, lógicamente llamada Cecilia debido a su *gens*. También menciona que estaban consagradas a la diosa del fuego, pero sin especificar nada más ni poner énfasis en que su misión era velar

fuera regia Numae Pompilii: ad atrium autem Vestae conveniebat, quod a templo remotum fuerat.

⁹⁰ Así, en Cicerón, *De re publica* II, xxvi: *Idemque Pompilius et auspiciis maioribus inventis ad pristinum numerum duo augures addidit, et sacris e principum numero pontifices quinque praefecit, et animos propositis legibus his quas in monumentis habemus ardentis consuetudine et cupiditate bellandi religionum caerimoniis mitigavit, adiunxitque praeterea flamines Salios virginesque Vestales, omnisque partis religionis statuit sanctissime.*

por el fuego sagrado de la ciudad⁹¹, permitiendo cierta ambigüedad en cuanto a la recepción del lector, que no tiene más datos para saber si esta divinidad Vesta podía ser una diosa del fuego como hogar o del fuego como destrucción o representación infernal.

La referencia a la ley según la cual el encuentro de un reo con una de ellas podía salvar su vida *ipso facto* es enteramente cierta⁹², como no es menos cierta que en general un encuentro con cualquiera de ellas era considerado signo de buen presagio, y teniendo en cuenta sus pocas salidas del *atrium*, con mayor razón. Maddox menciona más adelante que “las vírgenes vestales eran elegidas entre las jóvenes de buena familia que aún no habían cumplido los veinte años”, lo cual encierra una ambigüedad que contribuye a establecer un paralelo forzado entre las vestales y nuestras monjas: las vestales eran ciertamente elegidas entre jóvenes menores de veinte años, pero ya hemos mencionado que para entrar al sacerdocio debían tener no menos de seis años y no más de diez, por lo que Maddox resulta más bien ambiguo y parece dar a entender que la entrada en el sacerdocio era una decisión totalmente voluntaria, cuando teniendo en cuenta las tempranas edades en que lo hacían debemos concluir que no puede ser así, al no tratarse de la decisión de una persona adulta. En cuanto a la condición social, que Maddox define como “de buena familia”, es completamente cierto con respecto a la época de que estamos hablando, ya que sólo podían pertenecer a la orden las hijas de los patricios, pero con posterioridad fueron admitidas las hijas de los plebeyos, y en tiempos de Augusto, incluso las hijas de los libertos eran consideradas como candidatas aptas⁹³.

Entre las páginas 216 y 229 de *El misterio del amuleto*, Decio el joven acude a la casa de las vestales con objeto de entrevistarse con su tía Cecilia, Virgo Máxima de la orden en Roma. Por razones de extensión no vamos a reproducir los textos completos, sino sólo aquellos párrafos que ilustran algún aspecto relevante relacionado con las vestales.

1) Las vestales no saben de asuntos mundanos (JMR Mist 216):

Mientras me encaminaba a la residencia de las vírgenes vestales, reflexioné sobre cómo abordar el asunto. De una mujer que había crecido dentro de los muros de aquel palacio no podía esperarse un enfoque mundano sobre las cuestiones de la vida política romana. Casta y arcaica en sus actitudes, sin duda pensaría y se comportaría como una noble dama que descendía de una larga estirpe de héroes romanos. Esto demuestra mi falta de experiencia con las mujeres.

⁹¹ Cicerón, *De legibus* II, xx: *Virginesque Vestales in urbe custodiunto ignem foci publici sempiternum.*

⁹² Cf. Lanciani, *op.cit.* VI y Christian Hülsen, *The Roman Forum. Its History and Its Monuments.* Ermanno Loescher & Co., 1906, capítulo XXXIII.

⁹³ Cf. Hülsen, *op.cit.* XXXIII.

En este párrafo se insiste en la idea de que las vestales, mujeres recluidas en su templo y consagradas exclusivamente a sus oficios sagrados, se hallan desconectadas de la realidad, y por ello, desarrollan un carácter arisco y ostentan una rancia ideología, lo que Maddox resuelve demostrando todo lo contrario con la tía Cecilia para ganarse la simpatía del lector hacia un personaje que puede parecer tan extraño para el hombre moderno. La adjetivación “casta y arcaica”, así como la alusión a la larga estirpe de héroes romanos, sirven para poner énfasis, de manera discreta, sobre la veneración que la sociedad romana demostraba hacia esta orden. Por otra parte, el autor incurre también en una pequeña indefinición con su propio texto cuando afirma que la tía Cecilia creció dentro de los muros de aquel palacio, pues remite a la elección de vestales a muy temprana edad y no, como afirmaba anteriormente, a un momento indefinido antes de los veinte años.

2) Descripción del templo (JMR Mist 216-17):

El templo de Vesta se alzaba en el centro del Foro y llevaba allí desde la fundación de la ciudad. Era redondo, al estilo de los antiguos italianos, ya que nuestros antepasados habían vivido en chozas redondas. Uno de nuestros festivales más hermosos, además del más sencillo, se celebraba en las calendas de marzo y consistía en apagar todos los fuegos de la comunidad romana para que al amanecer del primer día del año nuevo (las calendas de marzo correspondían al antiguo día de año nuevo) las vírgenes vestales encendieran uno frotando dos palos. A partir de esta lumbre, que atenderían sin descanso el resto del año, se encendían todas las demás.

El templo de Vesta, que formaba parte del recinto que albergaba la casa de las vestales, no se hallaba exactamente en el centro del Foro, de acuerdo con las excavaciones arqueológicas, sino al pie del monte Palatino y en el lado este del Foro propiamente dicho⁹⁴, pero resulta improbable que su ubicación definitiva se remontase hasta la fundación de la ciudad, puesto que la instauración de las vestales en Roma se debe a Numa Pompilio según Ovidio⁹⁵, aunque bien es cierto que otra tradición, igualmente antigua, atribuye la fundación del templo a Rómulo⁹⁶. La estructura redonda, como las chozas de los antiguos itálicos, se corresponde a la realidad histórica y en Ovidio encontramos precisamente una referencia a este hecho en *Fasti* al describir el templo de su tiempo como un recinto con techo de bronce, pero que

⁹⁴ Cf. Samuel Ball Platner, *A Topographical Dictionary of Ancient Rome*. London, 1929. Oxford University Press, s.v. Atrium Vestae.

⁹⁵ Ovidio, *Fasti* VI, 257-260: *Dena quater memorant habuisse Parilia Romam, /cum flammae custos aede recepta dea est, /regis opus placidi, quo non metuentius ullum /numinis ingenium terra Sabina tulit.*

⁹⁶ Cf. Ovidio, *Fastos*. Edición de Manuel Antonio Marcos Casquero. Madrid, 1984. Editora Nacional, II, nota 64.

antiguamente lo había tenido de paja, como una antigua choza⁹⁷. También es histórica la festividad anual mencionada por Maddox y que era conocida como *Festum Vestae* y daba comienzo al año, aunque aquí el relato de Decio nos conduce a preguntarnos desde qué ubicación temporal escribe el personaje de Maddox, puesto que la modificación del calendario por la cual el comienzo de año pasó de marzo a enero se produjo en 45 a.C. y su impulsor fue Julio César, mientras que los acontecimientos narrados por Maddox en esta novela transcurren algunos años antes.

3) *Derechos de la Virgo Máxima (JMR Mist 217).*

Maddox explica que la Virgo Máxima rara vez aparecía en público y poseía el prestigio de la princesas de las demás naciones. Además, es la única que puede recibir a un hombre a solas (en lo que coincide esta escena con la correspondiente en el cuento de Saylor), pero que las demás necesitaban la presencia de al menos un acompañante más. Por último, se menciona el detalle más siniestro y conocido de todos los relacionados con vestales: “A la virgen vestal que se descubría no había sido casta se le infligía un castigo terrible: se le encerraba en una pequeña celda subterránea con agua y unos pocos víveres, y se cubría de tierra la celda”. Sobre el tema de la ejecución de vestales, tratado por Saylor de forma más elaborada, volveremos más tarde al abordar el relato de este autor.

Efectivamente, la Virgo Máxima gozaba de muchas ventajas, pues era la de mayor edad dentro de la orden y con no poca frecuencia no la abandonaba después de los treinta años de servicio, ya que el honor y privilegio de su cargo —además de la considerable riqueza que le proporcionaba el mismo por medio de regalos y obsequios económicos otorgados bien por sus familias, bien por la cabeza del estado⁹⁸— lo hacían más apetecible que buscar al fin primeras nupcias. Aquellas que, sin embargo, decidían abandonar la orden, aunque raras, lo hacían con una considerable fortuna que podían administrar libremente y sin vivir bajo tutela masculina ninguna, aun en el caso de no contraer nupcias.

⁹⁷ *Fasti* VI, 261-2: *Quae nunc aere vides, stipula tum tecta videres,/et paries lento vimine textus erat.*

⁹⁸ Los premios y regalías económicas eran comunes con respecto a las vestales, cuanto más con la Virgo Máxima. A este respecto, Tácito recoge para nosotros en *Anales* IV, xvi, el dato de que Tiberio concedió a Cornelia, virgen que entraba a la orden en lugar de Escancia, dos millones de sestercios: *Utque glisceret dignatio sacerdotum atque ipsis promptior animus foret ad capessendas caerimonias, decretum Corneliae virgini, quae in locum Scantiae capiebatur, sestertium vicies et, quotiens Augusta theatrum introisset, ut sedes inter Vestalium consideret.*

4) Somera descripción del Atrium Vestae (JMR Mist 217-218):

Tal vez el templo fuera pequeño, pero el Atrium Vestae era el palacio más espléndido de Roma. Se alzaba cerca del templo y, al igual que todas las residencias romanas, tenía una fachada tan sencilla como la de un almacén, de yeso blanco sobre ladrillo.

Una joven esclava me hizo pasar —por motivos obvios la servidumbre se componía exclusivamente de mujeres—. (...) El interior estaba cubierto de mármol blanco. Las claraboyas iluminaban los frescos de las paredes, que representaban los complejos ritos de la diosa. Se concedía gran importancia a la belleza, la simplicidad y la riqueza sin ostentación. Era como una hermosa villa toscana trasladada a Roma y ampliada hasta adquirir las dimensiones de un palacio. Podría añadir que era y sigue siendo el único palacio de estas características de Roma. El buen gusto nunca ha sido una virtud extendida en mi ciudad.

En este párrafo existen elementos que son una recreación posible de lo que debía ser el interior de la casa de las vestales, en cuanto a la simplicidad de su aspecto general, que le daba una atmósfera de belleza aunada a esa riqueza sin ostentación que no parece inverosímil, pues ya hemos visto que las vestales gozaban de notables ingresos económicos por la gran importancia que revestía su cargo. Además, está en lógica relación con esto el hecho de que las vestales eran sacerdotisas, y hubiera sido impropia una ostentación económica por parte de las mismas. Hay un detalle que resulta destacable en la descripción de Maddox, y es el hecho de que Maddox apunte que, si bien el templo era pequeño, “el Atrium Vestae era el palacio más espléndido de Roma”, y más adelante, que era como una villa toscana ampliada hasta tener las dimensiones de un palacio. Que la casa de las vestales era de unas dimensiones notablemente amplias consta históricamente, hasta el punto de que la casa tomó su nombre del *atrium*, que era tan destacadamente grande que podían celebrarse en él reuniones del senado en pleno, como ya hemos mencionado. La casa de las vestales era un edificio rectangular de aproximadamente 105 metros de largo por 45 de ancho⁹⁹ y estaba flanqueada, a cada lado, por una vía pública: al este, la vía Sacra; al oeste, la vía Nova; siendo desconocidos los nombres de las calles que flanqueaban el edificio al norte y al sur¹⁰⁰. El edificio era el prototipo de todos los conventos del mundo, donde las características principales son un gran atrio rodeado de pórticos, necesarios para proporcionar aire puro y luz natural a las mujeres confinadas en la casa¹⁰¹.

⁹⁹ Al menos, estos son los datos que facilita Lanciani en *op.cit.* VI, aunque es posible que estas medidas originales que el autor proporciona de primera mano hayan sufrido cambios a la luz de las excavaciones hechas desde la fecha de edición de su obra (1898).

¹⁰⁰ Como en la nota anterior, tomamos estos datos de la obra de Lanciani, por lo que es probable que estén desfasados.

¹⁰¹ Lanciani, *op.cit.* VI.

5) *Conducta hierática (JMR Mist 218).*

En SS Mist 218 Decio se siente sorprendido de que su tía Cecilia, virgo máxima y por tanto vestal por excelencia, le tome de la mano y le conduzca a una pequeña sala de visitas: “De una mujer de tal dignidad había esperado la clase de conducta hierática que las vestales exhiben en los grandes festivales, cuando parecen estatuas de las diosas que han cobrado vida”. No es mucho lo que podemos comentar sobre este párrafo, salvo que se ajusta no sólo a la realidad histórica, sino a lo verosímil. Consagradas como estaban a la diosa tutelar de la prosperidad de Roma, su código de comportamiento dentro y fuera de la casa debía ser ejemplar, y por tanto, poco dado a exteriorizar sus emociones.

6) *Las vestales se hallan al servicio del Estado (JMR Mist 219).*

En este pasaje de la novela Decio acude a su tía Cecilia para que ésta le permita leer un documento depositado en la casa de las vestales como si ésta se tratara—y así se trataba, en la Roma de la época— de un banco con fuertes medidas de seguridad. Los comentarios de la tía Cecilia en SS Mist 219 son ilustrativos:

Las vírgenes vestales hemos estado al servicio del Estado desde antes de que existiera la república. Las primeras fueron las hijas de los monarcas. Puedes estar seguro de que siempre haré lo que crea más conveniente para el Estado. (...) Por lo general suelen depositarse testamentos, y en ocasiones también guardamos documentos oficiales, como tratados y demás. En cualquier caso, la confianza es inviolable.

En cuanto al origen prehistórico de las vestales, es algo confirmado por los textos clásicos y por la propia naturaleza de su culto, así como el hecho de que las primeras vestales fueran hijas de los más altos representantes de la primitiva sociedad romana, entre ellos los monarcas, como fue el caso de Rea Silvia hija de Numítor, que nos cuenta Livio en I, iii, si bien ésta fue forzada a convertirse en vestal por imposición de su tío Amulio, que mató a todos sus sobrinos varones y recluyó a Silvia para privarla, infructuosamente como sabemos, de descendencia al trono. En cuanto al depósito de testamentos y documentos oficiales, consta suficientemente en la literatura clásica, como en Suetonio, *Divus Iulius* lxxxiii, 1: *Postulante ergo Lucio Pisone socero testamentum eius aperitur recitaturque in Antoni domo, quod Idibus Septembribus proximis in Lauicano suo fecerat demandaueratque uirgini Vestali maximae*. Como dato curioso, en SS Mist 222 se nos describe una de estas “cajas de seguridad” donde se almacenaban los documentos importantes confiados a las vestales: “Cecilia regresó con una pequeña caja de madera que depositó sobre una mesa, ante mí. (...) Con manos trémulas rompí la caja, rompiendo el sello de cera del Senado con las letras SPQR grabadas.”

Esto es todo lo que Maddox nos comenta acerca de las vestales, pinceladas generales para hacer al lector más comprensible esta hermandad que tan importante fue para el Estado romano. Ceñido a un solo pasaje dentro de una novela donde las vestales no son importantes, como tampoco lo es su hermandad, será Saylor quien recree con mejor fortuna esta importante institución sagrada en su relato *La casa de las vestales*.

2.1.3.1.2. El relato La casa de las vestales, de Steven Saylor.

Integrado dentro del volumen de relatos al que da título, es en el cuento policiaco *La casa de las vestales* donde encontramos el mayor número de referencias sobre esta hermandad en todas las novelas estudiadas. Y no se trata de referencias sueltas, sino que el relato transcurre en el interior de la casa y recrea el célebre episodio en que Catilina fue descubierto dentro de sus muros violando todas las feroces leyes que contra este delito existían al respecto. El relato, que abarca las páginas 223-246 en su edición española, es un detallada y fresca recreación de este famoso episodio, recordado eventualmente en otras novelas de la serie de *Roma sub Rosa*. Abordaremos ahora los elementos recreados por Saylor, y mencionaremos también aquellos en los que el novelista de Austin coincide con el pasaje ya comentado de la novela de Maddox.

1) Comentario general sobre las vestales (SS Vest 223).

En SS Vest 223 Gordiano el Sabueso lleva a cabo, a petición de Cicerón, un recuento de las características más acusadas de estas sacerdotisas, que Maddox ha mencionado también: “Hay seis; vigilan la llama eterna del templo de Vesta; sirven al menos durante treinta años, durante los cuales hacen votos de castidad.” El único detalle en que queremos poner énfasis dentro de esta mínima relación es dentro del número de vestales, que efectivamente era de seis en tiempos del célebre episodio de Catilina, pero que en tiempos posteriores aumentaría hasta el número de siete¹⁰². Las condiciones de elección de vestales eran rigurosas, pues no sólo tenían que pertenecer a familia noble durante los primeros tiempos de la orden, sino que además vivieran ambos padres, y que éstos fuesen ciudadanos libres que demostrasen tener un comportamiento irreprochable tanto en la vida pública como en la privada. Las jovencitas que optaban a entrar en la hermandad debían, además, ser perfectas desde el punto de vista físico, ya que la más mínima tara o defecto de nacimiento, e incluso la más liviana imperfección física, les imposibilitaba la pertenencia a la orden. Además, no se celebraba la elección de ninguna nueva vestal salvo en ca-

¹⁰² Cf. Hülsen y Lanciani, *op.cit.*

so de muerte de una de las hermanas, por lo que las oportunidades de entrar en la orden no eran muchas. La novicia era entonces conducida al Atrium Vestae, donde era purificada con agua y su cabello era cortado y ofrecido como ofrenda votiva al *lotus capillata*, árbol sagrado del que escribió Plinio en su *Historia Natural* (XVI, 235) que su edad era incierta. Finalmente la nueva vestal era vestida con ropas blancas y cambiaba su nombre por el de Amata¹⁰³.

2) *Las vestales son sensibles al escándalo (SS Vest 223-4).*

Afirmado por Cicerón en SS Vest 223. Entre esta página y la 224 se nos habla de la escandalosa relación que hubo entre Marco Craso y la virgo máxima Licinia, la misma con la que se entrevista más tarde Gordiano el sabueso y cuya sospecha de haber traicionado los votos de castidad la condujo a un juicio del que fue absuelta muy sensatamente. Sin embargo, tal relación no existió nunca, si es que hemos de pensar que hablamos de una relación amorosa entre Craso y esta prima suya lejana. Saylor recrea la opinión de Cicerón acerca de este peliagudo asunto:

La acusación es absurda, por supuesto. (...) Como yo, y al contrario que muchos de nuestros contemporáneos, Craso está por encima de los bajos apetitos de la carne. A pesar de eso hay un montón de testigos dispuestos a declarar que ha sido visto en compañía de Licinia en numerosas ocasiones: en el teatro durante las fiestas, en el foro, revoloteando a su alrededor, prácticamente molestándola. También me han dicho que hay pruebas circunstanciales que indican que la ha visitado durante el día en la casa de las vestales, sin testigos.

Más tarde, dentro del mismo cuento, sabremos la verdad, y es que Craso, como muy bien pensaba Cicerón, no estaba tan interesado en corromper a una virgen vestal como en adquirir una finca de su propiedad, como sabemos gracias a Plutarco en las primeras líneas de su *Vida de Craso*.

3) *Entrar en casa de las vestales era delito (SS Vest 225-7).*

Efectivamente, Saylor sigue diseminando datos sobre las vírgenes vestales en este cuento, y en la página 225 Gordiano informa al lector de que: “Cicerón, puede que no sea un experto en cuestiones religiosas, pero sé que entrar en la casa de las vestales una vez oscurecido es una ofensa que se castiga con la muerte”. Saylor, con el buen hacer técnico que le caracteriza como novelista, volverá a hacer uso de esta idea de una manera más dramática en SS Vest 227, dentro de un párrafo donde describe el temor supersticioso que invade a Gordiano al hallarse en el interior de la casa y cuya centro lo encontramos en la repetición de esta misma idea: “Por

¹⁰³ Cf. Lanciani, *op.cit.* VI.

una ironía del destino, sólo cuando se asocia un hombre con la gente más respetable del mundo, como Cicerón y como Rufo, puede de repente encontrarse en el lugar más prohibido de toda Roma, a una hora en que su sola presencia podría significar la muerte.”

Antes hemos visto que Licinia es acusada de recibir a Craso durante el día con demasiado frecuencia, lo que da origen a murmuraciones desagradables sobre el honor de la vestal. La Virgo Máxima podía recibir hombres durante el día, aunque con no demasiada frecuencia y sólo con relación a circunstancias oficiales. Ahora se nos dice que entrar por la noche para encontrarse con una de ellas se castiga con la muerte para el sacrílego. El escrúpulo con respecto a la preservación de la castidad de las vestales era tan grande, en efecto, y su mácula podía ser hasta tal punto una mancha para la misma ciudad de Roma que estas medidas extremas se llevaban a cabo a rajatabla. Incluso, cuando una vestal caía enferma, ningún médico podía entrar en el sagrado recinto para hacerse cargo de su sanación. En estos casos la vestal era sacada del edificio y conducida a la casa de sus padres, para que la enfermedad no habitase dentro de los mismos muros de la divinidad sagrada. Los médicos que entonces las atendían en el domicilio paterno —o de una matrona— eran rigurosamente vigilados cuando visitaban a una de las sacerdotisas¹⁰⁴.

4) Descripción de la entrada y del vestíbulo de la casa de las vestales (SS Vest 226).

Ante nosotros estaba la entrada de la casa de las vestales. A los lados había dos braseros gemelos; sombras vacilantes danzaban por la ancha escalera de peldaños. Pero la casa estaba a oscuras y sus altas puertas cerradas a cal y canto. Normalmente estaban abiertas día y noche. (¿Quién iba a atreverse a invadir la morada de las vestales sin ser invitado o con malas intenciones?) Al otro lado de la calle, el templo de Vesta estaba iluminado, y de él salía un suave cántico que se perdía en el aire tranquilo de la noche.

Esta descripción de la entrada se da en la página 226. En su primera parte todo el relato de Saylor está enfocado para hacernos sentir el misterio y recogimiento imperante en la casa de las vestales. Este misterio, este sentimiento de religiosidad amedrentadora tendrá su culminación en el párrafo de la página 227, anteriormente destacado, acerca del peligro de profanación y muerte que envuelve a quien se atreve a penetrar la santa morada. Detalles de Saylor, como las sombras vacilantes, las puertas cerradas que, contra la costumbre ancestral, permanecen clausuradas¹⁰⁵, son detalles ambientales más que históricos tan perfectamente verosímiles

¹⁰⁴ Lanciani, *op.cit.* VI. Y como la enfermedad ya era una mácula intramuros, el crimen era una ofensa de tipo superior. Como recuerda Saylor en SS Vest 237: “Es difícil imaginar una ofensa más grave que cometer un homicidio en la casa de las vestales.” El castigo para el homicida era la muerte.

¹⁰⁵ Saylor vuelve a repetir esta idea en SS Vest 235, cuando Catilina comenta su entrada en la casa a

que nada desentona en ellos para evocar una imagen venerable y áulica de esta casa de las vestales. Que a ambos lados de la entrada a la casa hubiese dos braseros encendidos también es sumamente evocador, teniendo en cuenta que era la morada sagrada de Vesta, la diosa fuego del hogar. La entrada por la que accede Gordiano está al lado del templo redondo de las vestales, del que procede el canto suave que honra a la estatua de la diosa, estatua difícilmente descriptible desde el punto de vista histórico, ya que los hombres tenían prohibidísimo el acceso al templo donde se hallaba la estatua de la divinidad, como bien recuerda Ovidio en *Fasti* VI, 253-254: *Non equidem vidi (valeant mendacia vatum)/ te, dea, nec fueras aspicienda viro*, y cualquier descripción de su representación hubiera sido, como bien apunta el autor de *Metamorfosis*, ficciones de poetas¹⁰⁶. En Hülsen encontramos dos fantásticas imágenes de la casa de las vestales, una de ellas se trata de una reconstrucción de su planta, donde advertimos claramente la entrada a la que debe referirse Gordiano; en la segunda imagen, que consiste en un plano de la enorme casa desde los tiempos de la república hasta edad tardía, podemos ubicar esta entrada marcada con la letra W.

En SS Vest 227 Saylor nos describe el vestíbulo de la casa de las vestales: “Nos detuvimos en un vacío vestíbulo que se abría a un patio interior, flanqueado de galerías porticadas. Todo estaba oscuro; no había ni una sola antorcha encendida. El largo estanque del centro del patio estaba negro y lleno de estrellas, su superficie cristalina rota sólo por algunos juncos que brotaban en el centro.”

En la descripción, por lo demás sintética, hay dos elementos destacables por su interés: el vestíbulo vacío y el estanque del patio —esto es, hablando con propiedad, el verdadero Atrium Vestae—. El corto recorrido que hace Gordiano entre la puerta de la entrada y el atrio coincide plenamente con los vestigios arqueológicos y se correspondería a la habitación, no marcada con letra en el plano de Hülsen, que se halla entre W y X y que comunica claramente con el atrio. De acuerdo con el plano alzado de Hülsen parece haber antes alguna clase de pasillos, e incluso otra habitación, pero no son lo bastante significativas para ser mencionadas, o quizá la arqueología moderna haya desestimado su existencia en el tiempo en que transcurren nuestras novelas. Hülsen, sin embargo, las incluye dentro del recinto principal marcado en negro, y por tanto, como estancias pertenecientes a la estructura más antigua de la casa de las vestales.

En cuanto al atrio, ya hemos dicho que era porticado y luminoso durante el día, como recuerda Saylor, pero además este novelista menciona por primera vez en su cuento el largo estanque del centro, estanque que será de gran importancia en la resolución del asesinato que ha sucedido en la casa de las vestales y que en el plano de Hülsen es fácilmente distinguible y marcado con la letra “d” frente a la construc-

altas horas de la noche: “... y encontré las puertas abiertas, como de costumbre.”

¹⁰⁶ A este respecto, cf. también *Fasti* VI, 449 y ss.

ción octagonal de fecha posterior y ubicada en el justo centro del atrio.

5) Vestimenta característica de las vestales (SS Vest 228).

En SS Vest 228 Saylor nos describe la vestimenta de virgen vestal que sale al encuentro de Gordiano para conducirlo al cuarto de la Virgo Máxima: “Era una de las vestales, a juzgar por su aspecto... el cabello muy corto, alrededor de la frente una corona blanca y ancha como una diadema, y adornada con cintas. Llevaba una estola blanca y sobre los hombros el manto de lino blanco de las vestales.”

Si bien Saylor sintetiza en su descripción, se demuestra hábil para describir la vestimenta habitual de las vestales, que conocemos principalmente por las estatuas halladas en 1883 en la esquina oeste del atrio, lugar marcado en el plano de Hülsen con la letra “e” y que representa a estas vírgenes con su traje oficial. Obviamente, Saylor no describe estas estatuas porque, como en el caso de otros elementos hallados en las excavaciones arqueológicas, pertenecen a una época muy posterior a la de los años finales de la República.¹⁰⁷ La indumentaria representada en las esculturas del *atrium Vestae* consta del manto llamado *pallium* sobre la *stola*, que eran tejidas de lana blanca; la parte superior de la cabeza, permitiendo dejar desnuda la frente, estaba oculta por un paño cuadrado (*suffibulum*) sujeto en la conjunción de los extremos por un prendedor (*fibula*). Sin duda lo más característico era el peinado, probablemente no de su propio cabello, que conformaba una especie de gorra que caía sobre sus hombros en seis trenzas rodeadas por un trenzado de lana negra y roja. En general, no es difícil comprobar que se trata de un atuendo incómodo y tan predisposto a mantener sus cuerpos encerrados bajo la ropa tanto como ellas mismas dentro de la casa de las vestales. Además, el cuidado de su cuerpo prohibía toda ostentación de cremas y pinturas, hasta el punto de que las fuentes nos cuentan que en una ocasión la vestal Postumia fue condenada por hacer demasiado caso de esas veleidades femeninas, pero finalmente absuelta de la pena capital y aleccionada a vestir con más modestia que esmero¹⁰⁸.

¹⁰⁷ Cf. Hülsen, *op. cit.* XXXIII. De acuerdo con las inscripciones halladas en algunas de ellas, las estatuas representan a vestales que vivieron en la casa entre 201 y 384 d.C.

¹⁰⁸ Livio IV, xlv, 11-12: *Eodem anno Postumia virgo Vestalis de incestu causam dixit crimine innoxia, ab suspitione propter cultum amoeniorem ingeniumque liberius, quam virginem decet, parum abhorrens. Eam ampliata, deinde absolutam pro collegii sententia pontifex maximus abstinere iocis colique sancte potius quam scite iussit.*

6) Llegada a la habitación de la Virgo Máxima (SS Vest 228).

Antes que nada, la vestal que ha salido al encuentro de Gordiano le hace pronunciar un juramento:

Chascó los dedos y sentí gotas de agua en la cara.

—Purificados seáis —susurró—. ¿Juráis por la diosa de la tierra que entráis en esta casa sin malas intenciones y a requerimiento de la señora de esta casa, la Virgo Máxima, suma sacerdotisa de Vesta?

—Lo juro —dijo Rufo. Seguí su ejemplo.

La vestal nos condujo a través del patio. (...) Cruzamos la columnata rodeados de profundas sombras y nos detuvimos ante una puerta que hubiera sido invisible de no ser por la débil raya de luz que se filtraba por debajo.

No hemos hallado constancia de este juramento, pero no es improbable que sea invención de Saylor, habida cuenta que cuantos pudieron entrar en la casa de las vestales fueron muy pocos, y es difícilmente comprobable si alguno de ellos ha dejado el testimonio para la posteridad. En cuanto a los demás detalles que arroja el texto parece quedar claro que Saylor sigue, de nuevo, el plano de Hülsen: cruzan el patio, pasan junto al estanque y cruzan la columnata hasta una habitación. De acuerdo con el plano que venimos usando, esa habitación podría ser perfectamente una de las marcadas “1-o”, ya que Saylor no hace mención alguna de que suban la escalera que puede ser fácilmente advertida junto a la habitación marcada como “o”.

7) Vida y muerte de las vestales (SS Vest 230-1).

Entre las páginas 228-229 se nos describe el cuarto de la vestal Licinia, y a ella misma. En una habitación “débilmente iluminada por una sóla lámpara” (SS Vest 228) el retrato de la virgo máxima no es muy amable, pero sí realista: “Era (...) de unos cuarenta y tantos años. Su cabello corto estaba plateado en las sienes” (SS Vest 228), y más adelante: “La Virgo Máxima no parecía extraordinaria en ningún sentido, al menos no para mis ojos”. El dibujo que hace Saylor de Licinia es interesante por las palabras que ella pone en su boca. Tras explicar que entre Craso y ella no hay nada carnal, en SS Vest 230 deja caer una frase que nos conduce al tema de la educación y castigo de las vestales: “Craso es tan legendario por su avaricia como las vestales por su castidad”. A continuación, en un párrafo verdaderamente interesante desde el punto de vista explicativo, Licinia informa al lector de las características que rodean la vida de las vestales, párrafo que no vamos a reproducir aquí porque menciona detalles que ya han sido apuntados anteriormente: son elegidas a temprana edad, sirven durante treinta años, etcétera. Por último, entre SS Vest 230-231 enlaza con el aspecto que sin duda más llama la atención del lector moder-

no: la ejecución de las vestales en caso de violar los votos, esto es, *incestum*¹⁰⁹:

A veces, sobre todo en los primeros años, una puede sentir la tentación de apartarse del voto de castidad. La consecuencia es la muerte, no una sencilla y piadosa muerte, sino un destino horrible de contemplar.

»El último escándalo de esta índole sucedió hace cuarenta años. La hija virgen de una buena familia fue fulminada por un rayo. Su ropa se desgarró y su desnudez quedó al descubierto; los adivinos interpretaron esto como que las vestales habían votado sus votos. Tres vestales fueron acusadas de impureza junto a sus presuntos amantes, y procesados por el colegio de los pontífices. Una fue encontrada culpable. Las otras fueron absueltas. Pero el pueblo no quedó satisfecho. El populacho rabió y alborotó hasta que se nombró una comisión especial. El caso volvió a abrirse. Las tres vestales fueron condenadas.

Es verdad que cada cierto tiempo se producía una escandalosa historia protagonizada por vestales, y entonces se desataba el máximo horror y pavor entre el pueblo romano. Gracias a Tito Livio, principalmente, conocemos los nombres y circunstancias de la ejecución de algunas de ellas¹¹⁰. El caso recordado por Licinia, ocurrido cuarenta años antes, parece haber sido aquel en que estuvieron implicadas las vestales Emilia, Marcia y Licinia, que Quinto Asconio Pediano (I d.C.) recuerda en su comentario al discurso de Cicerón *In Miloniam*, XXXII: *Ob quam severitatem, quo tempore Sex. Peducaeus tribunus plebis criminatus est L. Metellum pontificem max. totumque collegium pontificum male iudicasse de incesto virginum Vestalium, quod unam modo Aemiliam damnaverat, absolverat autem duas Marciam et Liciniam, populus hunc Cassium creavit qui de eisdem virginibus quaereret: isque et utrasque eas et praeterea complures alias nimia etiam, ut existimatio est, asperitate usus damnavit.*

La vestal Licinia continúa su conversación con Gordiano recreando las circunstancias de muerte de las vestales, pero también de sus amantes, en SS Vest 231:

El amante es azotado públicamente hasta que muere; un asunto horrible, pero sencillo y rápido. No ocurre lo mismo con la vestal. A ella la despojan de la diadema y del manto de lino. Es azotada por el Pontífice Máximo. La amortajan como a un cadáver, la tienden en una litera cerrada y la llevan a través del foro seguida su gimiente familia, obligada a vivir la desgracia de su propio funeral. La conducen hasta un lugar que hay junto a la Puerta Colina, donde se ha preparado una pequeña cripta subterránea, con un colchón, una lámpara y una mesa con algo de comida. Un verdugo corriente la conduce por una escalerilla hasta

¹⁰⁹ Así, por ejemplo, en Livio II, xiii, 10-11 donde no sólo se menciona la palabra *incesti* (violación del voto de castidad), sino que también se pone énfasis en el acompañamiento de circunstancias sorprendentes de tipo meteorológico que, como en el relato que hace Licinia, acompañan al descubrimiento de que una vestal ha violado sus votos: *Accessere ad aegras iam omnium mentes prodigia caelestia, prope cotidianas in urbe agrisque ostentantia minas; motique ita numinis causam nullam aliam vates canebant publice privatimque nunc extis nunc per aves consulti, quam haud rite sacra fieri. Qui terrores tamen eo evasere, ut Oppia virgo Vestalis damnata incesti poenas dederit.*

¹¹⁰ Por ejemplo, Opillia (II, xlii), Minucia (VIII, xv) u Opimia y Florencia (XXII, lvii).

la celda, pero no le hace daño. Su persona todavía está consagrada a Vesta; ningún hombre puede matarla. La escalera de mano se retira, la tumba se sella, la tierra se apisona. Y se deja a los dioses que se lleven la vida de la vestal...

Enterrada viva, como bien sabemos. Saylor sabe recrear esta descripción con el suficiente dramatismo sin caer en el exceso, al fin y al cabo la mera descripción de los hechos ya es bastante dramática. Efectivamente, la vestal era enterrada viva y sus amantes ejecutados sufriendo el azote de las varas, como entre otros testimonia Suetonio en *Domitianus VIII*, iv: *Mox Corneliam maximam uirginem absolutam olim, dein longo interuallo repetitam atque conuictam defodi imperauit stupratorisque uirgis in comitio ad necem caedi, excepto praetorio uiro, cui, dubia etiam tum causa et incertis quaestionibus atque tormentis de semet professo, exilium indulxit.* El lugar cercado a la Puerta Colina era el llamado Campo Scelerato, llamado así porque allí eran enterradas vivas las vestales que se dejaban arrastrar por el deseo y cometían *incestum*¹¹¹, como bien lo explica Livio en el caso de la vestal Minucia en VIII, xv, 7-8:

Eo anno Minucia Vestalis suspecta primo propter mundiorem iusto cultum, insimulata deinde apud pontifices ab indice seruo, cum decreto eorum iussa esset sacris abstinere familiamque in potestate habere, facto iudicio viva sub terram ad portam Collinam extra viam stratam defossa Scelerato campo; credo ab incesto id ei loco nomen factum.

8) Descripción del cuarto de la vestal Fabia (SS Vest 232).

Licinia cogió la lámpara y nos guió por un corto pasadizo hasta otra habitación. Era más sencilla e íntima que la anterior. Las paredes estaban cubiertas por cortinas ornamentales de un color rojo oscuro que parecía absorber la luz del brasero que había en una esquina. Sólo había dos muebles, una silla sin respaldo y un triclinio para dormir.

En el fondo desarrolla un poco más la idea de humildad en todos los aspectos de la vida de las vestales, inclusive su dormitorio, sin que haya más elementos comentables que la insistencia en la presencia del brasero con fuego en la casa de Vesta, y también la frase “nos guió por un corto pasadizo hasta otra habitación”. Examinando el plano de Hülsen observamos que las estancias marcadas como “1-o” (donde parece transcurrir la acción de estas escenas) están comunicadas por un corto pasadizo o pasillo. No es en absoluto improbable que Saylor haya tomado este plano de Hülsen, disponible en el capítulo correspondiente en su versión de internet, para mover a sus personajes con toda comodidad por la casa de las vestales. Lo ex-

¹¹¹ Esta etimología la abordan algunos autores clásicos, como Livio, pero la encontramos también como definición en la *Epitoma* de Pompeyo Festo como algo admitido desde la antigüedad: *Sceleratus campus appellatur prope portam Collinam, in quo virgines Vestales, quae incestum fecerunt, defossae sunt vivae.*

traño sería, teniendo en cuenta que este autor ha reconocido su deuda con la red, que no lo hubiera hecho.

9) Absolución de Licinia y Craso (SS Vest 244-245).

Su razón para perseguir apasionadamente a Licinia resultó que no era la lascivia, sino simple codicia. Parece que Licinia tenía una villa en las afueras de la ciudad que él estaba dispuesto a adquirir a precio de carcajada. (...) Siguió molestando a Licinia hasta que finalmente adquirió la propiedad al precio que quiso.” Efectivamente, así fue, y ambos fueron juzgados y absueltos al mismo tiempo. Lo sabemos, entre otros testimonios antiguos, por Plutarco en las primeras líneas de la *Vida de Craso*.

2.1.3.2. Los Flámines.

Ya hemos mencionado que los quince Flámines se dividían en mayores y menores, siendo los mayores aquellos sacerdotes consagrados a Júpiter (Flamen Dial), Marte (Flamen Martialis) y Quirino (Flamen Quirinalis). Sólo los dos primeros son mencionados en las novelas, y ello por Maddox en dos ocasiones. En JMR Con 132 Maddox escribe que

Alrededor de la mesa estaban sentados varios équitos, algunos secretarios de libertos y un hombre distinguido que lucía la extraña gorra rematada en punta y otras insignias de flamen. Se trataba de Lucio Cornelio Lentulo Niger, el flamen marcial, que había acudido allí en calidad de alto sacerdote de Marte para supervisar la elección de los caballos que participarían en el Festival del Caballo de Octubre. Era raro encontrar a un flamen lejos de su casa, a menos que estuviera cumpliendo con sus labores sacerdotales, porque los flamines estaban sometidos a tantos tabúes rituales que la vida les resultaba difícil. El puesto más alto del sacerdocio, el flamen dial, había permanecido vacante durante veinticuatro años porque nadie lo había querido.

Los flámines, cuyo origen se remonta a Numa Pompilio, eran sacerdotes asignados individualmente al culto de divinidades concretas, y cada uno de ellos era distinguido por el nombre del dios al que se consagraba¹¹². Su vestimenta característica consistía en una capa llamada *laena* que se sujetaba con un broche a la altura del cuello. Además usaban “la extraña gorra rematada en punta” mencionada por Maddox cuyo nombre era *apex* y que acababa en la punta de una rama de olivo y era coronada por una banda de lana. A veces, en vez del sombrero, portaban una banda llamada *filum*, como bien atestigua entre otros Varrón estableciendo, además, una

¹¹² Varrón, *De lingua latina* VII, iii, 45: *Eundem Pompilium ait fecisse flamines, qui cum omnes sunt a singulis deis cognominati.*

etimología del nombre *flamen*¹¹³. Ciertamente, como bien dice Maddox, el puesto más alto del sacerdocio era el Flamen Dial, como corresponde al dios cuyo culto era más importante¹¹⁴, y los más bajos estaban dedicados a las divinidades menores, como el Pomonalis, Carmentalis, Floralis, etcétera. Entre las muchas restricciones que tenía el Flamen Dial estaba, por ejemplo, la de no poder ausentarse de la ciudad ni una sola noche¹¹⁵, no poder montar a caballo y otras que hacían del cargo un verdadero ejercicio de vocación¹¹⁶.

2.1.3.3. Salios palatinos.

Los doce salios fueron otra de las instituciones religiosas creadas por Numa Pompilio, como se nos explica en Livio I, xx, 4: *Salios item duodecim Marti Gradivo legit tunicaeque pictae insigne dedit et super tunicam aeneum pectori tegumen caelestiaque arma, quae ancilia appellantur, ferre ac per urbem ire carentes carmina cum tripudiis sollemnique saltatu iussit*. Esta escena de la procesión con los *ancilia* o escudos sagrados es descrita por Maddox en JMR Con 172-173 durante la festividad del Caballo de Octubre:

Por la vía Sacra caminaban los *Sales* palatinos, los doce jóvenes patricios que formaban la hermandad de los sacerdotes bailarines de Marte. Vestidos con túnicas escarlatas, casco de bronce y petos de diseño antiguo, efectuaban una lenta y solemne danza de guerra al son de la música de las sagradas trompetas y gimientes flautas. Cada uno sostenía en una mano una lanza sagrada de Marte y en la otra un *anciulia*, el escudo de bronce de forma extraña de Marte. Ese era el último ceremonial del año en que participarían, y danzarían en todos los lugares sagrados durante cuatro días más, tras los cuales los escudos sagrados, las lanzas y las trompetas serían purificados y guardados en la *regia*. La adoración a Marte cesaría durante el invierno, prohibiendo el estallido de la guerra.

Los salios son descritos de acuerdo con los testimonios: éstos vestían túnicas bordadas (escarlatas, escribe Maddox), una faja alrededor de la cintura con una ancha correa militar de bronce, así como un peto. También vestían la *trabea*, toga de gala de color púrpura y su cabeza estaba cubierta, como en el caso de los flámenes mayores, por esa especie de casco o sombrero (de bronce, especifica Maddox) lla-

¹¹³ Varrón, *L.L.* V, xv, 84: *Flamines, quod in Latio capite uelato erant semper ac caput cinctum habebant filo, f[i]lamines dicti*.

¹¹⁴ Con respecto a Júpiter como la divinidad preponderante, cf. Friedlaender, *op.cit.* p. 1062.

¹¹⁵ Livio V, lii, 13: *Flamini Diali noctem unam manere extra urbem nefas est*.

¹¹⁶ En la otra cita de Maddox, que se encuentra en JMR Sat 236-237, el autor aprovecha para volver a comentar el hecho de que las numerosas restricciones del Flamen Dial hacen difícil encontrar a quien quiera asumir el cargo: "Only the family of the Flamen Dialis has as much prestige, and there hasn't been one of those in almost thirty years." The high priest of Jupiter was so bound by ritual and taboo that it was increasingly difficult to find anyone who wanted to assume the position, prestigious as it was.»

mado *apex*¹¹⁷. Como muy bien dice el autor norteamericano, en la mano derecha portaban una lanza o vara de madera. Colgando del hombro izquierdo llevaban el escudo llamado *ancilia*. A pesar de que la descripción se ajusta a la realidad, en este caso los Salios danzan, pero no golpean los escudos sagrados, como muy bien explica Maddox a continuación:

Detrás de los *Sales* desfilaban los caballos, todos ellos espectaculares (...). Los Sales proseguían con su danza, bailando en círculo alrededor de las bestias tres veces, al tiempo que entonaban una canción tan antigua que sólo algunas palabras resultaban inteligibles, incluso para los propios sacerdotes. Todos observaban embelesados, atentos a que la danza se ejecutara como era debido. Sobre todo era importante evitar que las lanzas golpearan los escudos, pues ésa era la señal para reclamar la ayuda de Marte en la batalla. Se enfadaría mucho si, tras ser convocado, descubría que no había ninguna guerra. Por fortuna la danza se realizó sin tacha, y los Sales se detuvieron ante el estrado.

Es verdad que no entendían lo que decían, pues la lengua era muy arcaica. El texto de su himno, atribuido a Numa, se cerraba con la invocación a Mamurio Veturio —a quien se atribuía la creación de los once anciles falsos— y se ha transmitido su comienzo: “Cantad al padre de los dioses, suplicad al dios de los dioses, cuando tú, Lucetio, truenes, ante tu presencia retumban...”¹¹⁸ En este caso los Salios no golpean sus escudos, sino que se limitan a ejecutar sólo la danza. Por lo general, ellos no cargaban los escudos durante la danza y los golpes, sino que eran transportados por sus ayudantes colgando de un mástil, y sobre ellos era que los Salios ejecutaban los golpes, pero no en este caso, ya que como dice Maddox se trata de su última aparición durante ese año, y no querrían llamar infructuosamente a Marte. Los Salios realizaban dos apariciones al año, el 1 de marzo, cuando abrían la estación guerrera, y el día del caballo de octubre, en que la cerraban¹¹⁹. Por lo demás, el tema se presta mucho a la fabulación, ya que no sabemos exactamente cómo era esta danza de los salios, que era llamada *saltatio saliorum* y que, de acuerdo con testimonios de Séneca en *Epistulae*, XV, era más bien una danza ejecutada por medio de saltos y cabriolas antes que de movimientos calculados y pasos muy medidos y armónicos, como en nuestra danza contemporánea, puesto que el filósofo compara los movimientos de los Salios con los saltos y brincos de los bataneros (*saltus fullonius*) sobre las ropas que limpiaban.

¹¹⁷ Rich, *op.cit.* s.v. Salii.

¹¹⁸ De la traducción, cf. José Contreras Valverde, Gracia Ramos Acebes, Inés Rico Rico, *Diccionario de religión romana*. Madrid, 1992. Ediciones Clásicas, s.v. Salios. El texto original lo hallamos en *Carminum Saliarium Fragmenta in aliis scriptis servata: (1) Divum + empta cante, divum deo supplicate (2) cume tonas, Leucesie, prae tet tremonti / + quot ibet etinei de is cum tonarem /3 cozeuldorioso. Omnia vero adpatula coemisse. /ian cusianes duonus ceruses dunus Ianus ve / vet pom melios eum recum.*

¹¹⁹ Contreras, Ramos, Rico, *op.cit.* s.v. Salios.

2.1.3. 4. Pontifex Maximus.

A pesar de que una de las novelas de John Maddox, *Saturnalia*, nos presenta a Julio César como Pontifex Maximus, el novelista norteamericano no se recrea en absoluto en la descripción de su cargo ni de sus atributos o distintivos institucionales. En JMR Sat 188 nos presenta a un flamante Julio César pontífice máximo:

“Caius Julius,” Father said, taking his hand, “how good of you to come. I know how busy you must be with our own preparations.”

“If the matter touches upon our religious practice, the pontifex maximus must hear of it and rule upon it.” Caesar delivered this line without the faintest trace of irony. He could say the most incredibly pompous things and somehow manage never to sound either embarrassed nor overtly hypocritical. I never knew another man who could do this.

La abrumante carga de responsabilidades del Pontifex es recordada por el padre de Decio, pero el mismo César hace mención de su obligación fundamental, que es conciliar con la ley sagrada todas las prácticas religiosas y reglamentarlas, o en palabras de Pompeyo Festo conciliar las cosas humanas y divinas¹²⁰. El texto sirve a Maddox para, además, resaltar un rasgo del carácter de César como es el de saber en cada momento qué decir y cómo decirlo sin una vergonzosa afectación y sin descarada hipocresía, es decir, dándole al futuro padre del canon de la lengua latina su mérito en cuanto a la sencillez de su expresión, no exenta como sabemos de precisión y sustancia sintáctica y conceptual.

Como tantas otras, la figura del Pontifex Maximus fue creada por Numa Pompilio, quien también definió sus deberes y funciones, como leemos en Livio I, xx, 5-7:

(5) Pontificem deinde Numam Marcium, Marci filium, ex patribus legit eique sacra omnia exscripta exsignataque attribuit, quibus hostiis, quibus diebus, ad quae templa sacra fierent atque unde in eos sumptus pecunia erogaretur. (6) Cetera quoque omnia publica privataque sacra pontificis scitis subiecit, ut esset, quo consultum plebes veniret, ne quid divini iuris neglegendo patrios ritus peregrinosque adsciscendo turbaretur; (7) nec caelestes modo caerimonias sed iusta quoque funebria placandosque manes ut idem pontifex edoceret, quaeque prodigia fulminibus aliove quo visu missa susciperentur atque curarentur. Ad ea elicienda ex mentibus divinis Iovi Elicio aram in Aventino dicavit deumque consuluit auguriis, quae suscipienda essent.

¹²⁰ Pompeyo Festo, en *Epitoma*, hace una enumeración de la importancia de algunos cargos religiosos: *Rex, quia potentissimus; Dialis, quia universi mundi sacerdos, qui appellatur Dium; Martialis, quod Mars conditoris urbis parens; Quirinalis, socio imperii Romani Curibus ascito Quirino; pontifex maximus, quod iudex atque arbiter habetur rerum divinarum humanarumque.*

El Pontífice Máximo, por tratarse de un personaje público, debía vivir por lo tanto en un edificio público, y en este caso habitaba en la casa del Pontifex ubicada en la Curia Regia, junto a la vía Sacra, donde habita Julio César durante los acontecimientos de la novela *Saturnalia*. En SS Rub 260 se nos explica que la Regia se halla “in the middle of the Forum. As Pontifex Maximus, that’s his official residence”. La Regia estaba al noreste del templo de Vesta, en el mismo recinto del Atrium Vestae, y era aquí donde el Pontifex recibía todas las visitas oficiales como era su obligación¹²¹, hecho bien recordado por Maddox en JMR Sat 236-237 en un diálogo entre Julia, la sobrina de César inventada por Maddox, y Decio el joven:

“Since my uncle is *pontifex maximus*, we went nowhere. Everyone come to us.”(...)

“I know why Caesar wanted to be *pontifex maximus*,” I said. “His mother put him up to it. Aurelia just wanted to have every woman in Rome, even the ladies of the highest-ranking households, come to her and abase themselves.”

Por último, los atributos del Pontifex Maximus están documentados por la numismática, pero de ellos no hay ni rastro en las novelas de Maddox: el ya mencionado sombrero llamado *apex*; el *simpulum* o especie de cucharón para servir agua u otra clase de líquidos todavía en uso en las cocinas del mundo; la *securis* o hacha de sacrificio y, por último, el *aspergillum* o vara con la que rociaba y purificaba con agua lustral¹²².

2.1.3.5. Sacerdotes de Cibeles.

El culto de la diosa frigia Cibeles fue muy importante en Roma a partir de las guerras contra Aníbal, y en la novela de Steven Saylor *La suerte de Venus* es un importante telón de fondo que da pie al novelista, entre otras cosas, para describir el “estreno” del largo y conmovedor, todavía muy estudiado, poema de Catulo. Divinidad de la regeneración, su culto está asociado a la figura legendaria de su amante Atis, y su culto tuvo origen en las proximidades del monte Cibeles en Frigia, de donde tomó su nombre y con posterioridad su encarnación antropomórfica¹²³. Cibeles era representada montada sobre un carro tirado por leones y con un tocado sobre la cabeza de dos torres¹²⁴. Cuando Ovidio le pregunta a la diosa Erato en *Fasti*

¹²¹ Suetonio, *Divus Iulius XLVI: Habitavit primo in Subura modicis aedibus, post autem pontificatum maximum in Sacra uia domo publica.*

¹²² Rich, *op.cit.* s.v. Pontifex Maximus.

¹²³ Servio *Ad Virg.* III, 111: *MATER CVLTRIX CYBELI 'mater' proprie, 'cultrix' autem 'Cybeli', id est montis Phrygiae, in quo colitur, a quo et Cybele dicta est.*

¹²⁴ Ovidio, en *Fasti* IV, 179-372 dedica su atención a hablar del origen del culto a esta divinidad. Entre los versos 215-222 dialogando con la diosa Erato, ésta le aclara los porqués de esta representación: *Coepi: 'Cur huic genus acre leonum/ praebent insolitas ad iuga curva iugas?'/Desieram; coe-*

cuál es el origen de que sus sacerdotes (llamados *galli*) se castren en su honor, la diosa le cuenta el mito de su amado Atis: haciendo un resumen del mismo, Atis había prometido a la diosa Cibeles permanecer casto y puro en su honor para velar su templo, pero enamorado de una ninfa de Segaris, Atis rompió su juramento sagrado y causó su ruina y la de su amada: Cibeles causa que un árbol se desmorone sobre la ninfa acabando con su vida, y el atormentado Atis comprende que debe pagar una culpa todavía mayor. Al grito de *Merui: meritas do sanguine poenas./Ah pereant partes quae nocuere mihi!* Atis se emascula sin piedad¹²⁵. Desde entonces, continúa explicando la musa a Ovidio, los sacerdotes de Cibeles se castran para entrar a su orden¹²⁶.

La llegada de la estatua de la diosa a Italia y de cómo el pueblo romano se postró a sus plantas es narrada con pulso vibrante por Ovidio entre los versos 240 y 372 en *Fastos* IV. Contrasta en ellos las encendidas descripciones del relato confrontadas con la austera narración que hace Tito Livio en XIX, x y ss. Steven Saylor, en SS Ven 198-201 toma el relato de Ovidio y lo adapta a una conversación entre Gordiano y Clodio, donde este último desgrana los acontecimientos que instauraron el culto de Cibeles en Roma. Puesto que no sería pertinente reproducir aquí la narración completa de Ovidio por su extensión, desestimamos también hacer otro tanto con las páginas de Saylor, ya que éstas siguen a Ovidio casi al pie de la letra, aunque con las variantes propias de la adaptación del largo fragmento de un poema a una conversación privada y llena de jocosas apreciaciones por parte de Clodio. En síntesis, los acontecimientos narran cómo en 205 a.C., mientras Aníbal asolaba el territorio italiano y el pueblo de Roma temblaba de pánico, los decenviros consultaron los Libros Sibilinos y en ellos encontraron la orden de que si un extranjero asolaba Italia, había que traer a Roma la piedra negra que representaba a la diosa Cibeles, también llamada la Gran Madre¹²⁷. Cuando el barco llegaba por el Tíber hasta Roma comenzó a hundirse, ante el pánico de todos los asistentes. Una mujer de dudosa reputación y antepasada de Clodio Pulcher, Claudia Quinta, tomó la amarra y el barco comenzó a elevarse de nuevo. En SS Ven 200 Clodio concluye su relato de la siguiente forma:

pit: 'Feritas mollita per illam /creditur; id curru testificata suo est.'/At cur turrifera caput est onerata corona?/ An primis turres urbibus illa dedit?/ Adnuit. 'Unde venit' dixi 'sua membra secandi/ impetus?'

¹²⁵ *Fasti* IV, 239-240.

¹²⁶ Esto es un resumen de lo narrado por Ovidio en *Fasti* IV, 221-246. En su interesante capítulo en *La rama dorada* dedicado a Cibeles y Atis, James Frazer demuestra que, al contrario de lo que propone el mito, éste último fue creado para justificar la castración voluntaria de los sacerdotes de Cibeles, ya que según el autor inglés, la emasculación de los sacerdotes era normal en relación con algunas diosas asiáticas de la fertilidad que también tenían sacerdotes eunucos a su servicio. Cf. Frazer, *op.cit.* pp. 402-407.

¹²⁷ Cf. Mommsen, *op.cit.* I, p. 1133 comenta que la piedra negra no era más, según parece, que un ae-

La piedra del cielo y la estatua, llenas de barro, fueron descargadas y limpiadas... el baño ritual de la diosa todavía forma parte de la fiesta anual. El templo de Cibeles fue construido en el Palatino e inaugurado entre grandes ceremonias, con Claudia Quinta como invitada de honor. Tal como el oráculo había prometido, Aníbal fue expulsado de Italia. Y hoy, varias generaciones después, tenemos que soportar los cánticos de los galos aquí, en el jardín de Clodia. ¿Qué pensarían nuestros serios y formales antepasados cuando echaron el primera vistazo a los sacerdotes frigios que llegaron con Cibeles, con sus extrañas vestimentas y joyas, sus largos cabellos teñidos, su voz aguda y su latín macarrónico? ¿O cuando vieron cómo adoraban a Cibeles, danzando en círculos, agitándose frenéticamente y celebrando extraños ritos por la noche?

La descripción que hace Clodio de la agitación relacionada con el culto a Cibeles no tiene un ápice de exageración, sino todo lo contrario, ya que en realidad se queda corta. Ovidio, en *Fasti* IV, 183-190 recrea con formidable magnificencia el estruendo de los cortejos que celebraban a Cibeles y le rendían culto en sus ceremonias y procesiones nocturnas: *Ibunt semimares et inania tympana tudent, / aeraque tinnitus aere repulsa dabunt; / ipsa sedens molli comitum cervice feretur / Urbis per medias exululata vias. / (...) Quaerere multa libet, sed me sonus aeris acuti / terret et horrendo lotos adunca sono*. La gran fiesta de Cibeles, que duraba una semana y es tratada por Ovidio en el libro IV de *Fastos*, es recordada por Saylor como una festividad muy importante a la que siguen las vacaciones de abril —como si se tratasen de un trasunto de nuestra Semana Santa—, pero sin entrar en mayores detalles en SS Ven 247:

Era la víspera del comienzo de la festividad de la Gran Madre. Roma lo celebraría durante seis días con juegos y competiciones, procesiones religiosas, fiestas privadas y ceremonias públicas. Después de la festividad, los senadores se reunirían brevemente antes de disfrutar de las tradicionales vacaciones de abril. Roma se detendría en seco, como la muela de un gran molino. La víspera de todos estos acontecimientos, el Foro era una mezcla de premura y relajación, había prisa por ultimar transacciones y una deliciosa previsión de los días de indolencia y placer que se avecinaban.

Gordiano nos describe el Foro el día 3 de abril, ya que los *Ludi Megalenses* comenzaban el 4 y se extendían hasta el 10, como Saylor escribe con precisión, y estos fueron instituidos en el 204 en honor la Magna Mater Cibeles. Los espectáculos consistían en teatro y juegos de circo de caballos y carros y eran una de las más importantes ocasiones para contemplar los Juegos públicos¹²⁸.

En SS Ven 218 es Catulo quien habla acerca de los sacerdotes de Cibeles, llamados galos, palabra que tendrá siempre una connotación despectiva y cercana al insulto a lo largo de la novela, como nos explica Saylor por boca de Gordiano en SS

rolito encontrado en el campo, y cita a Prudencio en *Martirologio Cristiano*, 206.

¹²⁸ Hacquard, *op.cit.* p. 97.

Ven 25:

Galo es el término latino que designa al sacerdote castrado de la Gran Madre Cibeles. Todos los galos son extranjeros, ya que, por ley, ningún romano puede ser uno de ellos. La palabra tiene un matiz de fervor en labios de los adeptos de la diosa, pero hay quienes lo utilizan como insulto («¡Sucio galo!»); la idea de que los hombres se conviertan en eunucos, aunque sea al servicio de los dioses, repugna a la mayoría de los romanos.

Como hemos dicho, en SS Ven 218 Catulo describe la castración de un galo en una ceremonia para iniciados en de la que fue testigo en Bitinia: “El joven iniciado estaba en pleno frenesí, desnudo, cubierto de sudor, bamboleándose al son de la música. Le pusieron un trozo de cerámica en la mano... cerámica de Samos, me susurró el guía, la única que no infecta la herida. Mientras miraba, el muchacho se castró.” En cuanto a la razón por la que los sacerdotes de Cibeles son llamados galos, hallándose Frigia tan alejada de la Galia, ésta es la misma pregunta que Ovidio le formula a Erato en *Fasti* IV, 361-366 y que ésta responde en una explicación que generalmente es aceptada como cierta:

'Cur igitur Gallos qui se excidere vocamus,
cum tanto a Phrygia Gallica distet humus?'
'Inter' ait 'viridem Cybelen altasque Celaenas
amnis it insana, nomine Gallus, aqua.
Qui bibit inde, furit: procul hinc discedite, quis est
cura bonae mentis: qui bibit inde, furit.'

Por supuesto, la castración conlleva consecuencias hormonales y psicológicas que Saylor expone por boca de Gordiano desde un punto de vista complaciente con la sabiduría popular haciendo alusión a ese estado de locura que menciona Ovidio, aunque no considerándolo como locura propiamente dicha, sino más bien como un desajuste emocional, en SS Ven 50: “He oído decir que los galos, arrancados de cuajo del círculo de las pasiones terrenas, son proclives a repentinos arrebatos de emoción inexplicable y extrema.”, y más adelante, en SS Ven 59 se hará la típica asociación entre la glotonería y la carencia de relaciones sexuales: “Excluidos del éxtasis del sexo, se dice que los galos son glotones notables.”

2.1.4. Fiestas sacras y rituales.

2.1.4.1. *Lupercalia*.

A bordaremos ahora la recreación de las fiestas sacras y de sus rituales siguiendo el orden del calendario de la república romana¹²⁹. Cronológicamente las *Lupercalia* eran las segundas fiestas importantes del año y se celebraba el 15 de febrero—no son mencionadas en las novelas las *Carmentalia*, en honor de la diosa Carmenta, quien determina el destino de los niños, y cuya celebración se llevaba a cabo los días 11 y 15 de enero—. En JMR Sat 155 se menciona la característica más llamativa de las luperciales: “There was the Lupercalia, where a team of patrician boys ran through the streets naked, flogging women with thongs of bloody goatskin.” Se trataba de una fiesta de la fecundidad, donde se ejecutan ritos mágicos para defender a los ganados de los lobos y derivaba su nombre de Lupercus (lobociervo) o Fauno, que más tarde fue asimilado al Pan griego, y su antigüedad era notoria, pues se trataba de una fiesta anterior incluso a Rómulo y Remo¹³⁰. Que los jóvenes corriesen desnudos es explicado por Ovidio en *Fasti*, II, 282-288, y en su explicación¹³¹ queda de relieve el origen primitivo, exclusivamente ritual, de sus características:

Cur igitur currant, et cur (sic currere mos est)
nuda ferant posita corpora veste, rogas?
Ipse deus velox discurrere gaudet in altis
montibus, et subitas concipit ipse fugas:
ipse deus nudus nudos iubet ire ministros;
nec satis ad cursus commoda vestis erit.

En JMR Con 140 Maddox toca de refilón otro aspecto tradicional de las luperciales en boca de Quinto Fabio Sanga, encargado ese año de estas fiestas: “De no ser por las Lupercalia, ahora yo estaría en la Galia con mis caballos. Los generales fabianos y quintilianos solían encargarse de ese extraño y antiguo festival.” Y es que tradicionalmente, eran los patricios de la *gens* de los Fabios y de los Quinctilios quienes resultaban seleccionados para conformar el cuerpo de los doce lupercos que

¹²⁹ Seguimos para ello la enumeración de las principales fiestas fijas y principales juegos públicos que proporciona Hacquard, en *op.cit.* pp. 96-97.

¹³⁰ Livio I, v, 1-2: *Iam tum in Palatio monte Lupercal hoc fuisse ludicrum ferunt et a Pallanteo, urbe Arcadica, Pallantium, dein Palatium montem appellatum. [2] Ibi Euandrum, qui ex eo genere Arcadum multis ante tempestatibus tenuerit loca, sollemne adlatum ex Arcadia instituisse, ut nudi iuvenes Lycaeam Pana venerantes per lusum atque lasciviam currerent, quem Romani deinde vocaverunt Inuum.*

¹³¹ Ovidio dedica en *Fasti* II, 267-452 una considerable parte a explicar diversos aspectos de las Lupercalia, así como a recordar episodios legendarios.

corrían desnudos por la ciudad golpeando con sus correas de macho cabrío a quienes deseaban hijos, rebaños o buenas cosechas. El origen de esta costumbre se halla en la leyenda de las lupercales en que intervinieron Rómulo y Remo, episodio narrado por Ovidio en *Fasti* II, 359-380, y que el poeta destaca porque todavía pervivía en su tiempo el recuerdo de aquel acontecimiento que tuvo un final feliz¹³².

2.1.4.2. *Liberalia*.

Estas fiestas, consagradas a Liber (confundido con Dioniso) se celebraban el 17 de marzo y en ellas el adolescente cambiaba la *toga praetexta* de menor de edad por la *toga virilis*. Este será precisamente el tema de discusión de Cicerón con su esposa Terencia durante la cena que ofrece a Gordiano en las páginas del capítulo 13 de la novela *Rubicón*. En efecto, la imposibilidad de llevar a cabo la asunción de la toga viril en Roma durante las *Liberalia* causará una disputa familiar entre Cicerón y su esposa. El argumento enfático de Terencia es realmente explicativo para el lector contemporáneo, y lo hallamos en SS Rub 154:

All the best families mark their sons' coming of age during the feast of Liberalia, just after the Idus of March. (...) On the feast of Father Freedom, the priests carry the phallus of Dionysus from the fields into the city streets, and the young men in their manly togas follow behind, singing bawdy songs. It's a religious act, the symbol of a boy's emergence to manhood in the company of his peers.

Más adelante, en SS Rub 199, el mismo Tirón explicará algunas de las características de relajación de costumbres relativas a la fiesta de Baco, como era la tolerancia con el lenguaje de los esclavos: "You can't beat a slave for speaking his mind on the feast day of Father Freedom. Letting slaves speak freely is part of the holiday". El mismo Marco Antonio en campaña comentará en la misma página que hará pasear la representación de un gran falo por el campamento. Los importantes acontecimientos que transcurrirán durante estas *Liberalia* serán importantes para la novela, y a ellos está consagrado precisamente el título de esta parte de la obra como *Dionysus*.

2.1.4.3. *Robigalia* y *Floralia*.

ErEran festividades primaverales, donde se celebraba la regeneración de la naturaleza y el fin del invierno. Las *Robigalia* tenían lugar el 25 de abril y las *Floralia* entre el 28 de abril y el 3 de mayo. Ambas son mencionadas juntas

¹³² *Fasti* II, 373-380: *Ut rediit, veribus stridentia detrahit exta/ atque ait 'haec certe non nisi victor edet./Dicta facit, Fabiique simul. Venit inritus illuc/ Romulus et mensas ossaque nuda videt. /Risit, et indoluit Fabios potuisse Remumque /vincere, Quintilios non potuisse suos./ Forma manet facti:posito velamine currunt./ et memorem famam quod bene cessit habet.*

en JMR Con 42-43, en un diálogo entre Cicerón y Decio el joven:

Aunque hacía casi cuatro meses que habían pasado las Floralia, la imagen de la diosa había sido cubierta de flores frescas en honor a la ocasión. El perfume resultaba casi abrumador. (...)

—En la festividad de esta diosa buena —dio unas palmaditas en la rodilla de la estatua—, en las Floralia, sacrificamos perros rojos para apaciguar a esa estrella [Sirio, el Can mayor]. Hacemos lo mismo en las Robigalia, cuando honramos a su homólogo masculino. ¿Por qué lo hacemos? (...)

—Son deidades muy antiguas —manifesté—. Realizamos muchos rituales que no comprendemos.

Las *Robigalia*, fiesta de origen agrario, implicaban un sacrificio de naturaleza solar, ya que el color rojo de los perros sacrificados era identificado con el color del sol en su plenitud. Cicerón se pregunta el porqué del sacrificio canino en honor de Sirio, y ni él ni Decio parecen tener la respuesta. Ovidio, que aborda sucintamente las *Robigalia* en *Fasti* IV, 905-942, se hace la misma pregunta cuando se encuentra a un flamen que se dirige al bosque sagrado de Robigo —ubicado en el quinto miliario de la vía Claudia¹³³. Afortunadamente para Ovidio —y para nosotros— el flamen sí conoce la respuesta y nos la hace saber entre los versos 939-942:

'Est Canis, Icarium dicunt, quo sidere moto
tosta sitit tellus praecipiturque seges:
pro cane sidereo canis hic imponitur arae,
et quare fiat nil nisi nomen habet.'

Por lo demás, con respecto a la mención de las *Robigalia* en el texto de Maddox, merece la pena detenerse en las siguientes palabras de Cicerón: “Hacemos lo mismo en las *Robigalia* [sacrificar perros rojos], cuando honramos a su homólogo masculino.” Y es que Robigo, divinidad que personificaba la roya o tizón de los cereales y en cuyo nombre están consagradas las *Robigalia*, es una deidad femenina sólo en Ovidio, mientras que Varrón, Festo, Verrio Flaco o Servio la consideran masculina¹³⁴. Esta es la razón de que en el texto de Maddox el mismo Cicerón considere a Robigo como “homólogo masculino”, y no femenino.

Pasemos ahora a centrar nuestro interés en las *Floralia*, festividad más destacada que las *Robigalia* y a las que también Ovidio dedica mayor atención entre los libros IV y V de *Fasti*¹³⁵. En JMR Con 275 se la menciona relacionada con la diosa Prosérpina:

¹³³ *Fastos* IV, nota 189 de Marcos Casquero.

¹³⁴ *Fastos* IV, nota 190.

¹³⁵ *Fasti* IV, 943-948 y V, 183-378.

Una sobrecogedora tranquilidad reinó en Roma los siguientes dos días. La ciudad vivía en su somnolencia habitual de finales de otoño, cuando los habitantes holgazaneaban a la espera de que llegara la primavera, las *Floralia* y todos los rituales que aseguraban que Prosérpina había abandonado el lecho de Plutón y regresado al mundo de los mortales.

La referencia a Prosérpina es idílica y se refiere a la primavera, pues es sabido que el mito de Core/Perséfone —Prosérpina, nombre latino— es un mito de la fertilidad que, como el de Adonis, tiene implicada la muerte y regeneración de la naturaleza, encarnada esta última regeneración en la llegada de la primavera en abril, mes como sabemos consagrado a Venus, diosa de la fecundidad. Las *Floralia* implicaban, por supuesto, el retorno de Prosérpina al mundo exterior, pero estaban consagradas a la diosa Flora, divinidad con quien Ovidio conversa largamente en *Fasti* y que entre los versos 193-222 nos cuenta su origen y conversión en la diosa de las flores, y en la protectora de todos aquellos que han sido metamorfoseados en flores o plantas. Maddox comete, sin embargo, un gazapo que no nos ha pasado inadvertido y que, quizá, sea atribuible a la traducción, y es que Roma no puede vivir una somnolencia de fines del otoño mientras espera la primavera. Estamos convencidos de que el autor —o la traductora— pretendían referirse al invierno.

El carácter licencioso de las fiestas *Floralia* es recordado de manera un tanto avara en JMR Sat 155, cuando Decio el joven nos comenta de estas festividades: “The *Floralia*, where respectable women and whores went out in public and tooted on trumpets”. La licenciosidad de las *Floralia* se refería a una relajación de las costumbres, si bien ésta no era tan acusada como en las *Saturnalia* de las que hablaremos más adelante, pero relajación al fin y al cabo donde se come y se bebe hasta saciarse, quizá porque como dice Ovidio en *Fasti*, se trata de una diosa poco severa que proporciona dones que se acomodan a nuestros placeres¹³⁶.

Las *Floralia* tenían sobre todo abundancia de espectáculos teatrales que duraban hasta bien tarde y en los que el mimo era el espectáculo predominante¹³⁷. Pero Maddox, sin mencionar teatro alguno, va más allá y asegura que mujeres respetables y ramerías se juntan en público y tocan las trompetas, y es que también esto está atestiguado como verdadero que las meretrices acudían con gusto a las funciones teatrales y festejaban con gusto a la diosa, pues ella, explica Ovidio en *Fasti* V, 349-354, está abierta a que el común de las gentes disfruten de su juventud sin trabas de condición social¹³⁸:

¹³⁶ *Fasti* V, 331-334: *Quaerere conabar quare lascivia maior/ his foret in ludis liberiorque iocus;/ sed mihi succurrit numen non esse severum,/ aptaque deliciis munera ferre deam.*

¹³⁷ El mismo Ovidio nos dice en *Fasti* V, 347-348: *Scaena levis decet hanc: non est, mihi credite, non est/ illa cothurnatas inter habenda deas.*

¹³⁸ La fiesta, desde este punto, siempre ha tenido un efecto liberador y de relajación de las convenciones sociales. El mismo Maddox insiste en este importante carácter del festival romano en JMR Mist 112-113: “Los romanos no necesitan un gran pretexto para celebrar algo y se entregan con entusias-

Turba quidem cur hos celebret meretricia ludos
non ex difficili causa petita subest.
Non est de tetricis, non est de magna professis:
volt sua plebeio sacra patere choro,
et monet aetatis specie, dum floreat, uti;
contemni spinam, cum cecidere rosae.

2.1.4.4. *Ritual de la Bona Dea.*

Los antiquísimos rituales de la Bona Dea¹³⁹, nombre con el que era conocida la diosa Fauna, eran de carácter privado a puerta cerrada, exclusivamente para mujeres, por lo que no constituían una festividad del pueblo romano¹⁴⁰. Sin embargo, deben ser reseñados aquí por la importancia de su trasfondo para la ciudad de Roma y lo altamente sagrado de la naturaleza de sus ritos, de los cuales desgraciadamente nada podemos saber salvo haciendo meras conjeturas¹⁴¹.

Siguiendo a Ovidio en *Fasti* V, 147-158, el templo de la Bona Dea se hallaba bajo una loma natural a la que llamaban la roca —*saxum*— y que se levantaba en el sureste del Aventino. Ovidio se refiere a este templo como *templa patres illic oculos exosa viriles/ leniter adclivi constituere iugo*, y es que los hombres tenían prohibidísimo el acceso al mismo, y por supuesto a sus ritos privados y ejecutados solamente por mujeres. Existen varias menciones referentes a la Bona Dea, pero la mayoría se refieren al célebre episodio del sacrilegio de Clodio, que entró en la casa del Pontifex Maximus donde se celebraba para espiar en secreto¹⁴². Es un episodio famosísimo que se presta a numerosas elucubraciones y que abordaremos al hablar de este controvertido personaje histórico. La mejor explicación que hallamos en las novelas se la debemos a Maddox en JMR Sac 43-44:

“Pontifex,” said young Nero very respectfully, “everyone is talking about the rites of Bona Dea, to take place tomorrow night. I am a bit confuse. Just who is Bona Dea?” (...) We all turned to hear Catulus.

mo. (...) En aquellos tiempos todavía se esperaba que los funcionarios se mezclaran con el pueblo los días de fiesta, olvidando el rango o la condición social. Los aristócratas y los encargados de las termas, los patricios, plebeyos, funcionarios o humildes miembros de un gremio, todos eran iguales los días festivos.”

¹³⁹ Mommsen, *op.cit.* I, p. 235. Cf. también Contreras, Ramos, Rico cuando cita a Cicerón y dice que se trata de la festividad más antigua.

¹⁴⁰ Curiosamente, y a pesar del carácter restrictivo que su culto tenía sólo para mujeres, consta por medio de una inscripción redactada en mal latín que un esclavo de los pontífices de Roma ofrendó una vaca blanca a la diosa por haberle devuelto la vista cuando ya estaba desahuciado por los médicos. Cf. Friedlaender, *op.cit.* p. 1053.

¹⁴¹ Sí sabemos que primero era sacrificada una cerda y luego venía una libación de vino disimulada con leche y miel. Cf. Contreras, Ramos, Rico, *op.cit.* s.v. Bona Dea.

¹⁴² Cf. Plutarco, *Cicero XXVIII* y *Iulius Caesar IX* y ss.

“That is a touchy question,” Catulus admitted. “We pontifexes are supposed to know all about our native religious practice, but the Good Goddess is rather mysterious. Some identify her with our old Italian goddess Ceres, whom the Greeks call Demeter; other say she is of Asian origin.”

“We’ve always expelled foreign mystery cults,” Afranius said.

“That’s what makes it touchy,” said Catulus. “The college of pontifex has always been hostile to such practice, but since men are forbidden to ask about this rite, and women are forbidden to speak of it, we don’t even know if it’s foreign or native.” (...)

“Where are the rites being held this year?” asked one of the men at Afranius’s couch.

“Caesar’s house,” I said. “He told me so himself this morning.” That caused something else to occur to me. “Isn’t it usually conducted by a Consul’s wife, or the wife of the senior praetor?”

It was rather confused,” said Calpurnianus, “because I’m a widower and my colleague Messala Niger just divorced his wife. Caesar was praetor last year, and since he’s Pontifex Maximus, he said he’d volunteer his official residence. It’s a great bother because every male must be excluded from the premises, including slaves and animals.”

“Even paintings, statues and mosaics of any male creature must be covered,” added Catulus the pontifex.

Se trata de un fragmento extenso, pero ha merecido la pena reproducirlo porque reúne buena parte de los conocimientos escasos que tenemos acerca de la Bona Dea, que como vemos es una divinidad un tanto escurridiza, pues Catulo —que nada tiene que ver con el poeta— atribuye su personalidad, de manera difusa, a Ceres o Deméter, aunque recoge la ambigüedad de que algunos la consideran de origen exclusivamente asiático. Hoy día parece confirmado que detrás de este apelativo de Buena Diosa se halla la divinidad Fauna, relacionada con Fauno, divinidad itálica, como también recogen algunos testimonios antiguos¹⁴³.

Que el culto de la Bona Dea, a pesar de su extranjería, no representase ningún riesgo para la religión itálica queda graciosamente explicado por Catulo, ya que si los hombres no pueden preguntar por el ritual ni las mujeres hablar sobre él es casi como si no existiera. A lo largo de la historia de Roma tenemos constancia de los vigorosos intentos llevados a cabo para reprimir estos cultos extranjeros¹⁴⁴, principalmente las bacanales, que sólo eran aceptados cuando no implicaban un riesgo para la religión oficial¹⁴⁵, o cuando como en el caso del culto de Cibeles era prescripción divina, como ya hemos visto.

Por último, el rasgo más acusado de su secretismo es ése donde no sólo está

¹⁴³ Servio *Ad Virg.* VIII, 314: *Hic Faunus habuisse filiam dicitur omam castita et disciplinis omnibus eruditam, quam quidam, quod nomine dici prohibitum fuerat, Bonam Deam appellatam volunt.*

¹⁴⁴ Un buen resumen de algunos de estos intentos lo hallamos, por ejemplo, en Mommsen, *op.cit.* II, p. 448-450.

¹⁴⁵ R. H. Barrow, en *op.cit.* p. 148: “En consecuencia, los cultos extranjeros eran sometidos a tres pruebas: 1) ¿Podían alterar la posición dominante de los cultos romanos? 2) ¿Eran peligrosos políticamente? 3) ¿Eran deseables moralmente? Si salían bien de estas pruebas, la tolerancia era absoluta”.

prohibida toda presencia masculina en la casa donde se realizan los ritos, sino que los animales machos deben abandonarla y toda representación artística masculina debe ser cubierta. La seriedad de las matronas romanas con respecto a estos ritos debió de ser tan acendrada que no en vano no tenemos testimonios acerca de las secretas prácticas que se llevaban en el interior del recinto¹⁴⁶. No era para menos, pues como recuerda Decio en JMR Sac 24 “This rite was performed in the house of the Pontifex Maximus under the supervision of his wife, and all the noblest ladies of Rome attended. It was absolutely forbidden to men, and women were forbidden to speak of it on pain of death”.

Y si las mujeres estaban condenadas a muerte si osaban hablar del misterioso rito, para los hombres también podía tener consecuencias funestas, si es que la diosa se empeñaba en ello, como afirma Eco en SS Ap 207: “Cuando era niño todos me decían que cualquier hombre que se atreviera a violar los rituales de la Buena Diosa se quedaría sordo, mudo y ciego. Pero Clodio fue el mismo después de infiltrarse en los ritos. Me pregunto por qué la Buena Diosa tuvo piedad de él”. No es fantástico lo que cuenta Eco, cuanto menos el aspecto de la ceguera, pues también lo hallamos mencionado en Cicerón¹⁴⁷.

Nos falta poner de relieve un solo aspecto con respecto a los ritos de la Bona Dea, y es la sospecha que recayó sobre las secretas prácticas de un círculo de mujeres que se juntaban no se sabía muy bien para qué cuando los hombres no las miraban. Es posible que fuese esta tremenda curiosidad la que empujó, por ejemplo, a Clodio a introducirse en la casa del Pontifex Maximus, si bien la historia le ha hecho sospechoso de mantener amores adulterinos con la esposa de Julio César y Maddox propone otra teoría, a la vez mucho más sugerente y trascendente para el futuro político de Roma, que analizaremos en su momento. Lo que sí es cierto es que, en tiempos de Juvenal, este satírico puso en la picota, con notable mala intención, sus peores recelos acerca de las prácticas de estas damas¹⁴⁸.

En la línea de Juvenal van un par de comentarios de estas novelas, como es el caso de JMR Sac 139, donde una testigo describe la llegada de Clodio a la casa del Pontifex Maximus vestido de mujer acompañado de la mujer que carga las hojas de laurel que mastican las participantes de los ritos. El comentario de Decio no se hace esperar: “Respectable Roman matrons carrying on like a pack of maenads”. Las

¹⁴⁶ El recinto era, por lo general, la casa del cónsul, como recuerda Saylor en SS Cat 398: “Al anochecer, Cicerón abandonó su casa del Monte Palatino por razones que no tenían nada que ver con la crisis. Era la noche del rito anual de la buena diosa Fauna, una ceremonia estatal que generalmente presidía la esposa del cónsul y que era atendida por las vestales. Dado que se excluía a los hombres del ritual, Cicerón pasó la noche en casa de su hermano Quinto”.

¹⁴⁷ *De domo sua ad pontifices oratio CV: Quem unquam audisti maiorum tuorum, qui et sacra privata coluerunt et publicis sacerdotiis praefuerunt, cum sacrificium Bonae Deae fieret interfuisse? Neminem, ne illum quidem qui caecus est factus.*

¹⁴⁸ Cf. Juvenal VI, 315-339

bacanales, como sabemos, fueron terminantemente prohibidas en Roma, y bastaba su sola mención para desprestigiar a una mujer, o a un grupo de ellas, y como sabemos, masticar laurel era una actitud propia durante las fiestas orgiásticas de Dioniso¹⁴⁹.

Y en SS Ap 211 tenemos una curiosa, pero no comprometedora, vinculación entre Isis y el culto de la diosa Fauna de labios de la sacerdotisa Felicia que vela su templo en una orilla de la Vía Apia: “Supongo que mi hermano te habrá dicho también que de joven fui prostituta del templo al servicio de Isis. (...) Sí, era prostituta del templo. Pero hoy sólo sirvo a Fauna, la Buena Diosa. —Parecía muy orgullosa de ambos hechos”. El culto de Isis, hermana de Osiris y diosa del cereal llegó a Roma en el siglo II a.C., fue muy popular en Roma hasta el punto de llegar a ser objeto de prohibiciones¹⁵⁰, y en los años finales del Imperio su culto llegó a parecerse al muy posterior a la Virgen María. Sorprende esta asociación de prostitución sagrada con una diosa tan pura y angelical cuyo culto en Roma y en todo el imperio llegó a ser uno de los más populares y al cual se adscribieron algunos emperadores romanos¹⁵¹. Sí se sabe, por contra, que en 19 d.C. se produjo un escándalo sexual en que estuvieron implicados sacerdotes de Isis. Tiberio destruyó el templo de la diosa, ejecutó a los sacerdotes y arrojó al Tiber la estatua de la divinidad¹⁵².

2.1.4.5. *Los Ludi Romani o Magni.*

Se celebraban en septiembre y eran, sin lugar a dudas, el más importante festival del año. De acuerdo con Livio, su institución se remonta a Anco Marcio, según lo que este autor nos cuenta en I, xxxv, 8-9: *Tum primum circo, qui nunc maximus dicitur, designatus locus est. Loca divisa patribus equitibus-que, ubi spectacula sibi quisque facerent; fori appellati. (9) Spectavere furcis duodenos ab terra spectacula alta sustinentibus pedes. Ludicrum fuit equi pugilesque ex Etruria maxime acciti. Sollemnes, deinde annui, mansere ludi, Romani magnique varie appellati.*

Ciertamente, la importancia de los Juegos Máximos en las novelas es nula, y apenas Saylor hace una mención de los mismos en SS Vest 13 como introducción a su cuento *La muerte lleva máscara*. En la misma cita, alude también al Circo Máximo del que nos habla Livio: “Era el duodécimo día de los dieciséis que cada año se dedicaban al Festival Romano, la fiesta pública más antigua de la ciudad. Quizá el

¹⁴⁹ Sobre el famoso juicio de las bacanales, cf. Tito Livio XXXIX, viii y ss.; cf. también Mommsen *op.cit.* I, pp. 1133-1135. Encontramos, por cierto, otra alusión a las bacanales en SS Just 89, aunque con un sentido descaradamente moderno: “El cocinero de Gelina prepara un plato con judías verdes, cilantro y cebollino picado, digno de las bacanales”.

¹⁵⁰ Cf. Contreras, Ramos, Rico, *op.cit.* s.v. Isis.

¹⁵¹ Cf. James George Frazer, *op.cit.* pp. 439-441.

mismo Júpiter había decretado que el clima fuera tan perfecto; la fiesta era en su honor. Para Eco, el festival fue una serie interminable de descubrimientos. Por primera vez en su vida presencié una carrera de carros en el Circo Máximo [y] vio espectáculos de lucha y boxeo en las plazas públicas”

2.1.4.6. Festival del caballo de Octubre.

Celebrada en honor a Marte el día 15 de octubre en Campo de Marte, representaba la muerte simbólica de la guerra¹⁵³. Se trataba de una de las ceremonias más antiguas de la religión romana¹⁵⁴, y en la novela de Maddox *La conspiración de Catilina* tiene una gran importancia dramática, puesto que la competición entre dos grandes rivales como lo son Clodio Pulcher y Decio el Joven agrava la enemistad entre ambos. Un buen resumen de en qué consistía el día del *October equus* nos lo proporciona Pompeyo Festo en su *Epitoma*, s.v. *October equus*:

October equus appellatur, qui in campo Martio mense Octobri immolatur quotannis Marti, bigarum victricum dexterior. De cuius capite non levis contentio solebat esse inter Suburanenses, et Sacravienses, ut hi in regiae pariete, illi ad turrim Mamiliam id figerent; eiusdemque coda tanta celeritate perfertur in regiam, ut ex ea sanguinis destillet in focum, participandae rei divinae gratia. Quem hostiae loco quidam Marti bellico deo sacrari dicunt, non ut vulgus putat, quia velut supplicium de eo sumatur, quod Romani Ilio sunt oriundi, et Troiani ita effigie in equi sint capti.

Al hablar de los *flamines* ya vimos en JMR Con 132 que el responsable de organizar el festival del Caballo de Octubre era el flamen marcial¹⁵⁵ y que tenía lugar el día 15 de octubre, como bien recuerda Maddox en JMR Con 150: “Dentro de unos días, en los idus de octubre, toda la ciudad celebrará el Festival del Caballo de Octubre”. Maddox también recuerda que la competición en la carrera se daba entre los habitantes de la Subura y los de la Vía Sacra, como dejó atestiguado Festo en el párrafo anteriormente reproducido. La mención de la disputa en la carrera da pie a Maddox en JMR Sat 32-33 para hacer una interesante declaración acerca de las señas de identidad de los antiguos romanos:

The result is that Romans identify themselves as much with their districts, or ancestral villages, as they do with the City. Only outside of Rome do they really think of them-

¹⁵² Cf. Contreras, Ramos, Rubio, *op.cit.* s.v. Isis.

¹⁵³ Hacquard, *op.cit.* p. 86.

¹⁵⁴ Friedlaender, en *op.cit.* p. 1066 recuerda que en época ya muy tardía, en los calendarios de Filócalo (354 d.C.) y Polemio Silvio (448 d.C.) todavía pervivían algunos de los ritos de tiempos inmemoriales, entre ellos el Festival del Caballo de Octubre o las Lupercalia, lo que era un signo notorio de su profundo arraigo, aun en época cristiana, en la espiritualidad romana.

¹⁵⁵ En realidad se trata de una suposición, ya que no hay constancia de ello en ninguna fuente. Cf.

selves as Romans. My neighbors were Suburans, who took pride in their famously noisy, raucous district where, they contended, all the toughest Romans were bred. They looked down upon the Via Sacrans, who thought they were holier than anyone else because they dwelled along the old triumphal route. The two districts had a famous traditional street fight at the ritual of the October Horse. And they were only two districts among many.

La celebración de la festividad del Caballo de Octubre consistía, principalmente, en una competición ecuestre que deparaba, como dice Festo, el sacrificio del caballo que se tirase en el lado derecho de la biga vencedora. Entre las páginas 169-178 Maddox describe esta vibrante escena donde Decio representa a la Subura y Clodio a los vecinos de la Vía Sacra. Resumiremos aquí los detalles más relevantes con respecto a los prolegómenos para la carrera y dejaremos para el apartado de sacrificios el proceso de sacrificio del caballo vencedor, para observar su analogía con otros sacrificios rituales descritos en estas novelas.

1) El Festival del Caballo de Octubre se celebraba en el Campo de Marte.

Sin embargo, en esta novela se desarrollará en el Foro, como nos explica Decio en JMR Con 169: “Ese año Marte quería que el Festival tuviera lugar dentro de las murallas de la ciudad. Antaño solía realizarse en el Foro, cuando éste era un campo abierto. Con el actual agrupamiento de edificios públicos, templos, monumentos y tribunas para oradores, resultaba difícil organizar una carrera de caballos (...) y el antiguo campo de reunión del ejército se urbanizaba tan rápidamente como el centro de la ciudad.”

2) Los caballos tiraban de bigas, de acuerdo con Festo. Sin embargo, en JMR Con 169 Decio nos cuenta otra irregularidad: “Celebrar el festival en el Foro me favorecía en un aspecto; de haber tenido lugar en el Campo de Marte, la carrera habría sido con carros. Yo era un jinete competente, pero un auriga desastroso.” Esta nueva irregularidad con respecto a lo que nos transmite Festo origina que el caballo sacrificado no sea el equino derecho de la biga ganadora, sino el mismo ganador, que será el de Decio.

3) La ceremonia era en honor de Marte y concurría todo el cuerpo religioso estatal. Así lo vemos descrito por Maddox en JRM Con 170: “Se había erigido un altar provisional frente al *rostra*, similar al altar permanente del Campo de Marte. Allí se hallaban los flamen marcial y sus ayudantes, preparados para presidir la ceremonia. Detrás del sacerdote, en el *rostra*, se habían congregado los magistrados del estado, así como otros *pontifices* y flamines, augures y algunos extranjeros privilegiados.”

Contreras, Ramos, Rubio, *op.cit.* s.v. Caballo de Octubre.

4) Participaban cinco jinetes, quienes debían pasar una estricta revisión para evitar juego sucio. Se nos cuenta en JMR Con 171-172: “Subí a un estrado bajo que habían erigido para el altar y permanecí allí de pie con los otros cinco jinetes. (...) Los asistentes de los flamines nos despojaron de la túnica. Se trataba de una práctica antigua cuya principal finalidad consistía en asegurarse de que no llevábamos armadura ni ninguna arma oculta bajo la ropa. Sólo estaba permitido llevar un *subligaculum*, e incluso esa prenda era registrada con discreción por si escondía algún amuleto o encanto destinado a echar una maldición al rival.”

5) Los caballos son de excelente naturaleza, y desfilan detrás de los Sales palatinos, como vemos en JMR Con 173: “Detrás de los Sales desfilaban los caballos, todos ellos espectaculares: tres bayos, uno blanco, uno negro y uno castaño con franjas negras en las ancas. Cada montura llevaba un número pintado en la frente, del uno al seis, en el orden en que habían sido seleccionados por los flamines marciales según criterios sólo conocidos por los pontífices. Los caballos se detuvieron ante el altar, sujetos por los entrenadores.”

6) Asignación de los caballos por suertes siguiendo un antiguo ritual.

En este detalle relevante, que hallamos en JMR Con 174, queda de manifiesto la participación de las vírgenes vestales en las celebraciones religiosas oficiales: “Una virgen vestal cogió el casco de uno de los bailarines [salios] y se lo entregó al flamen. Uno de los ayudantes colocó cinco huesecillos en el interior. No eran auténticos huesecillos, sino imitaciones de bronce, cada una del tamaño del puño de un niño y brillante. Uno tras otro, los jinetes tomamos el casco, lo sacudimos y arrojamos los huesecillos al estrado. Se nos asignaron los caballos según la puntuación que cada uno sacó.”

7) Condiciones de cabalgamiento.

En JMR Con 174 advertimos las primitivas características del ritual por medio de las condiciones en que deben cabalgar los jinetes: “Un entrenador me ayudó a subir a mi caballo blanco. Las monturas no llevaban silla, y sólo podíamos controlarlas con el cabestro, pues los bocados metálicos estaban prohibidos. Una vestal entregó a cada participante un látigo que había sido trenzado con cuero nuevo y pelo de caballo en el *Atrium Vestae*, con lo que quedaba asegurado que ninguno de ellos estaba envenenado.”

8) Comienzo de la carrera.

En JMR Con 175 comienza la carrera propiamente dicha: “Entonces los entrenadores soltaron las riendas y se apartaron a toda prisa. Los caballos temblaron (...) contenidos sólo por una cuerda blanqueada con tiza a la altura del pecho que

dos esclavos mentenían tensa. (...) Todas las miradas se dirigían al flamen marcial, quien hizo un gesto de asentimiento. Al instante, los ayudantes de los Sales hicieron sonar las trompetas sagradas. La multitud prorrumpió en exclamaciones.”

2.1.4.7. *Las Saturnales.*

Si en lugar a dudas, son las Saturnales la festividad religiosa más importante de estas novelas, pues no sólo Steven Saylor le dedica un interesante cuento incluido en su obra *La casa de las vestales* titulado *La desaparición de la plata de las Saturnales*, sino que Maddox le dedica por completo la quinta novela de su serie *SPQR: Saturnalia*. Nos detendremos en estas fiestas, instauradas a partir de 217 a.C. entre las gentes bajas, según Mommsen, a la par que las celebraciones de Cibeles y, al igual que ésta, bajo los poderes del cura extranjero y el cocinero exótico¹⁵⁶.

Si bien Mommsen establece el origen de las Saturnales en una fecha histórica y muy precisa, los autores antiguos retrotraen la fundación de las fiestas a orígenes más remotos, como en el caso de Livio o de Macrobio (autor de *Saturnalia*, en el siglo V d.C.), que ubican su origen el primero en los primeros años de la república y el segundo afirmando que las mismas fiestas eran más antiguas todavía que la misma ciudad de Roma, atribuyendo su fundación a tiempos de Tulo Hostilio y recogiendo algunas variantes sobre esta tradición¹⁵⁷. Steven Saylor es el único de los dos autores que alude a la fundación de las Saturnales, y lo hace para resaltar el carácter remoto de su culto y, de paso, para hacer una reflexión acerca de la naturaleza liberadora de la festividad, lo que lleva a cabo en un diálogo entre Gordiano y Cicerón en *SS Vest 157*:

— (...) ¿Por qué no puede Roma permitirse la licencia de vestir ropa ligerita y de abrir todos los odres de vino que haga falta?

—Porque entonces Roma sería una mujerzuela —dijo Cicerón con actitud de censura.

—¿Es preferible un político ceñudo y de cuello tieso? Creo que Roma es las dos cosas y que todo depende del lugar desde donde la mires. No olvides que dicen que las Saturnales las fundó el dios Jano, y Jano tiene dos caras.

¹⁵⁶ Theodor Mommsen, *El mundo de los césares*. México, 1945. FCE (2ª reimp. 1993), pág. 563.

¹⁵⁷ Tito Livio II, xxi: *His consulibus [A. Sempronius et M. Minucius] aedis Saturno dedicata, Saturnalia institutus festus dies*”; Macrobio, *Saturnalia* I, vii, 36: *Apparet Saturnalia vetustiora esse Urbe Roma, adeo ut ante Romam in Graecia hoc solenne coepisse*; también en I, viii, 1: *Tullum Hostilium cum bis de Albanis, de Sabinis tertio triumphasset, invenio fanum Saturno ex voto consecravisse et Saturnalia tunc primum Romae instituta, quamvis Varro libro sexto, qui est De sacris aedibus, scribat aedem Saturni ad forum faciendam locasse L. Tarquinius regem, Titum vero Larcium dictatorem Saturnalibus eam dedicasse*.

Steven Saylor se ciñe a Macrobio¹⁵⁸ a la hora de atribuir la fundación de las Saturnales al dios Jano, el dios bifronte que acogió a Saturno en su destierro tras ser derrocado por su hijo Júpiter. Para ser más preciso, lo leemos en *Saturnalia* I, vii, 24: *Cum inter haec subito Saturnus non comparuisset, excogitavit Ianus honorum eius augmenta. Ac primum terram omnem dicioni suae parentem Saturniam nominavit: aram deinde cum sacris tamquam deo condidit, quae Saturnalia nominavit. Tot saeculis Saturnalia praecedunt Romanae urbis aetatem.*

Macrobio, como vemos, sigue a pies juntillas la tradición de que las Saturnales son más antiguas que la propia ciudad de Roma, lo que está en claro desacuerdo con la opinión de Mommsen, por ejemplo. Como las alusiones a las Saturnales en la novela de Maddox y en el relato de Saylor son prolijas y abundantes, nos ceñiremos a hacer aquí un recuento de los aspectos más llamativos de estas festividades y cómo son recreados por estos novelistas.

1. *Relajación de las costumbres.*

Tenemos constancia de que las Saturnales comenzaron con la duración de un solo día, como recuerda claramente Catulo cuando lo llama el mejor de los días¹⁵⁹. Por otra parte, en tiempos de Marcial su extensión llegaba a los cinco días, como nos lo dice claramente el epigramático en uno de los varios poemas que dedica a las Saturnales¹⁶⁰. Durante estos días de asueto era normal no sólo la relajación de las costumbres y el parón de los asuntos públicos¹⁶¹ sino también la inver-

¹⁵⁸ En general, podemos decir que Macrobio es la fuente más importante que el novelista norteamericano usa para su cuento. El relato completo de la relación entre Jano y Saturno nos lo proporciona Macrobio en *Sat.* I, vii, 19-26.

¹⁵⁹ Catulo XIV, 11-13: *Quem tu scilicet ad tuum Catullum/ misti continuo ut die periret/ Saturnalibus optimo dierum.* Cf. Macrobio I, x, 2 y ss. donde hace un recuento de los autores clásicos en los que explica las distintas fechas que tuvieron asignadas y la duración de las festividades. Además, en JMR Sat 97 Decio el joven explica que en la época en que transcurre la novela “Saturnalia was celebrated for only a single day, not for three, as recently decreed by the First Citizen”. Esta puntualización de Maddox parece estar en contradicción con los datos recabados, según los cuales Julio César añadió dos días a la fiesta de Saturnales, Augusto otro más (con lo que estaríamos hablando de cuatro, y no de tres) y Calígula otro. Finalmente, Domiciano añadiría dos más, con lo que la festividad se acabaría extendiendo desde el 17 al 23 de diciembre.

¹⁶⁰ Marcial VII, liii, 1-2: *Omnia misisti mihi Saturnalibus, Umber,/ munera, contulerant quae tibi quinque dies.* El poeta se refiere a todos los regalos que Umbro acumuló durante los cinco días de duración de las Saturnales, cuando era típico según veremos el intercambio de regalos.

¹⁶¹ Maddox lo recuerda en JMR Sat 105: “The whole month of December is sacred to Saturn, so very little official business is transacted in that month. There are no Senate meetings unless there is an emergency; there are few trials or other judicial proceedings. The outgoing officials are wrapping up their affairs and preparing to be sued for their actions in office, and the incoming ones are preparing for a year of unrelenting toil. December is Rome’s breathing space. In the old days, it was a time of recovery from the sheer physical exhaustion of the harvest and vintage. Now slaves do most of that work. At least they get a holiday on Saturnalia, although not for the whole month of December”.

sión de órdenes sociales y la mezcla de clases, por lo que la festividad cumplía a rajatabla con las exigencias propias de una verdadera fiesta como acontecimiento liberador. Este carácter es recordado por Macrobio como consustancial a la celebración del reino de Saturno, y la razón que da en I, vii, 26 es que se trata de la evocación de la edad de oro que Saturno trajo al mundo latino: *Regni eius tempora felicissima feruntur, cum propter rerum copiam, tum et quod nondum quisquam servitio vel libertate discriminabatur, quae res intellegi potest, quod Saturnalibus tota servis licentia permittitur.*

Esta orgiática y liberadora felicidad es recreada varias veces por nuestros autores. “No contaré la locura que supone cruzar Roma en la noche de las Saturnales”, comenta escuetamente Gordiano el sabueso en SS Vest 172 en una frase que se parece corresponder por su brevedad y la libertad de evocación que contiene con una que encierra la misma idea y que Maddox saca a relucir de vez en cuando, como en JMR Sat 155, al comentar que “the world-turned-upside-down aspect was just the unique fillip of Saturnalia”. Por las páginas de estas aproximaciones a este antiguo carnaval romano hallaremos borrachos por doquier recorriendo las calles acompañados de grotescos individuos disfrazados de rey Numa, como en SS Vest 156; o en SS Vest 169, donde Gordiano nos cuenta que “Un grupo de putas risueñas nos retuvo durante un rato bailando a nuestro alrededor, otro rey Numa llevado en litera me volcó una copa de vino en la cabeza y un gladiador borracho vomitó en una sandalia de Eco”. La liberalidad era casi orgiática y la mascarada y burla de la vida normal con su moralidad oficial es despedazada, como podemos concluir tras leer a Maddox en JMR Sat 155-156:

People wore masks, for the most part, because they were taking advantage of the confusion to mess about with other's people wives and husbands. (...) In the Forum the festivities were in full swing. On the judicial platforms before the basilicas, mimes were performing parodies of the trials ordinarily held there, rife with obscene gestures and indecent language. From the Rostra men pretending to be the great statesman of the day made speeches even more nonsensical than the real thing. On the steps of the Curia Hostilia a pair of men wearing outsized insignia of the censors solemnly forbade such activities as feeding one's children, observing the proper rituals of the satate gods, serving in the legions, etc.

The music was cacophonous and defeating. People were dancing and reeling everywhere. Nobody seemed to be walking in a normal manner.

En medio de este ambiente caótico de relajación de costumbres donde incluso lo sagrado se despoja de toda reverencia, los novelistas no olvidan que el cumplimiento de algunas leyes era escamoteado con la mayor impunidad, y los autores se centran sobre todo en el juego, que durante el resto del año estaba terminantemente prohibido, pero que durante las Saturnales era practicado sin freno ni tapujos, como se nos cuenta en JMR Sat 131 en medio de una descripción del Foro: “Everyw-

here, people were rolling dice and folding tables, monument bases, or just on the pavement. On Saturnalia, public gambling was allowed. The rest of the year, one could bet openly only at the circus.” Esta extrema liberalidad enojará, de manera muy consecuente, a Cicerón en SS Vest 155: “¡Jugando en el Foro! Realmente, Gordiano, ¿quién puede tolerar semejante conducta? —Cicerón dio un bufido altanero y volvió la nariz hacia un círculo de hombres ocupados en tirar los dados sobre los adoquines”. Marcial recuerda en V, lxxxiv, 1-5 esta mezcla de alcohol y ludopatía:

Iam tristes nucibus puer relictis
clamoso revocatur a magistro,
et blando male proditus fritillo,
arcana modo raptus e popina,
aedilem rogat udus aleator.

No es de extrañar, por tanto, que esta borrachera de liberalidad condujera, como bien recuerda Maddox en JMR Sat 205 a un desolado paisaje urbano durante el día siguiente: “Rome awoke to the great, collective hangover of the day after Saturnalia. All over the city hundreds of thousands of bleary eyes opened, the merciless light of morning pierced through them, and a vast groan ascended unto Olympus.”

2. Actitud de Cicerón frente a las Saturnales.

Los autores no podían dejar a Marco Tulio Cicerón fuera de la celebración de las Saturnales, o cuanto menos, sin hacernos saber la opinión que el gran orador guardaba de fiestas tan señaladas. Por el carácter paralelo, pero totalmente contrapuesto, de su intervención en estas historias, procedemos a reproducir lo que de él nos cuentan Saylor y Maddox para proceder a hacer un comentario.

En SS Vest 155-157 el retrato que de Cicerón nos hace Saylor no puede ser más agrio y cáustico:

Eco y yo nos habíamos tropezado con él mientras nos dirigíamos a la casa de Lucio Claudio, y Cicerón había querido que lo acompañáramos un rato. Estaba irritable y no podía imaginar para qué quería nuestra compañía, a menos que fuera para engrosar las filas de su pequeño séquito de secretarios y paniaguados con quienes se paseaba por el foro. Para un político romano nunca es demasiado grande el séquito con que lo ven sus compatriotas. (...)

—Las Saturnales son la festividad que menos me entusiasma, no importa lo sabios que fueran nuestros antepasados al fundarlas —gruñó—. Toda esta algarabía propia de borrachos y todo este desenfreno no tienen cabida en una sociedad sensata. Como puedes ver, hoy llevo toga, como de costumbre, sin importarme lo que decreten las tradiciones de la fiesta. No quiero disfrazarme con una sucia sábana gris, gracias. ¡Y los hombres dando saltitos para lucir el vello de las piernas! ¡Es el colmo! La ropa floja, la virtud afloja. (...) Lo peor de todo son las libertades que se concede a los esclavos durante la fiesta. Sí, les he dado a

los míos un día de asueto y les permito que digan libremente lo que piensan, sin pasarse de la raya, claro, pero les he puesto límites en lo de ir de parranda por las calles con gorrito de colores, como los hombres libres. (...) ¡Y me niego en redondo a seguir la absurda costumbre de permitir a mis esclavos ponerse mis ropas y tirarse en mi triclinio mientras les sirvo la cena!

John Maddox Roberts nos cuenta en JMR Sat 156-157 cómo, también por casualidad, Decio el joven se encuentra con Cicerón durante las Saturnales paseando por el Foro Romano. Advértase el notorio contraste entre el ríspido Cicerón de Saylor y la bonhomía de este Cicerón de Maddox.

It was odd to see him entirely alone, for he was usually attended by a crowd of friends and clients. No one was paying him any attention, and it is entirely possible that no one recognized the great and dignified orator dressed as he was in a dingy old tunic and cracked sandals, his bony knees and skinny legs exposed, his face unshaven, and with his hair untrimmed. (...)

“Surely all your friends have not forsaken you?” I asked.

“No, I just wanted to be able to wander around alone for a change, so I dismissed all my followers. This is the one day of the year when I am probably safe from attack. Not that Clodius is likely to try violence now.”

El contraste no puede ser más grande, y en honor a la verdad, nos parece más verosímil el Cicerón de Saylor que el de Maddox, aunque muy posiblemente sea porque la recreación de Saylor es más vívida en los detalles, y más humana en la expresividad de las emociones del orador. Son estas las cosas que dentro de un relato nos transmiten la sensación de autenticidad, de recreación de la vida. El Cicerón de Saylor lo resume en un gracioso dicho: “La ropa floja, la virtud afloja”. Mostrando una actitud despectiva hacia la fiesta, queda muy remarcado su carácter estricto y poco dado a frivolidades, incluso las más aceptadas por la tradición, ya que pasear en Saturnales vestido con la toga se consideraba un signo de lo más avinagrado, como deja constancia Marcial en VI, xxiv hablando de un tal Carisiano: *Nil lascivius est Carisiano:/ Saturnalibus ambulat togatus*. Además de vestir la toga, Cicerón lanza numerosos ataques contra las Saturnales que resumen a la perfección la imagen rigurosa y un tanto vanidosa que nos transmite Saylor del gran orador en su serie de novelas. Comparados ambos fragmentos, uno parece escrito sobre el otro, pero a pesar de que el de Maddox está escrito con posterioridad al cuento de Saylor, creemos que lo que ocurre es que ambos ponen énfasis en los mismos aspectos de la fiesta, pero encarnados en Cicerón: en Saylor, Cicerón deambula por el Foro “con su pequeño séquito de secretarios y paniaguados”, mientras que el Cicerón de Maddox es lo bastante humano para haber despedido a los mismos con objeto de ser un romano más, anónimo y disfrazado, durante el día de las Saturnales. En la descripción de Saylor le vemos mostrar un infinito desdén por el hecho de “disfrazarse con una

sucia sábana gris”, mientras que el texto de Maddox alude directamente a que Cicerón viste una vieja y sucia túnica (“dingy old tunic”); el Cicerón de Saylor se escandaliza de que haya quienes se atreven, incluso, a dar saltitos para lucir el grosero vello de sus piernas, mientras que el de Maddox, precisamente, muestra las rodillas huesudas, las flacas piernas —no dice si velludas— y luce sin afeitar y despeinado (“his bony knees and skinny legs exposed, his face unshaven, and with his hair untrimmed”), paradigmas todos de la fealdad masculina.

3. Inversión de las clases sociales.

También menciona el Cicerón de Maddox la costumbre más curiosa de todas: la inversión de las clases sociales, cuanto menos entre amos y esclavos, que resultaba ser la más notoria¹⁶². Cicerón rechaza profundamente no sólo la costumbre de que los amos sirvan la cena a los esclavos, sino el hecho de que corran por las calles con sombreritos de colores como los hombres libres. El sombrerito de colores, al igual que las vestimentas de profuso y llamativo colorido era muy propio de las Saturnales, y Saylor lo describe un poco más en SS Vest 156 a propósito de unos borrachos que “se levantaban el bonete con el dedo índice y lo hacían girar en el aire, formando manchas rojas, azules y verdes”; más adelante, cuando los esclavos de Lucio regresan borrachos a casa en SS Vest 163, el sombrerito será exclusivamente rojo: “El frío les había coloreado las mejillas, que estaban casi tan rojas como los gorritos que llevaban en la cabeza”. Cicerón también les permitirá, pero en su caso sin pasarse de la raya, que digan libremente lo que piensan, lenguaraz costumbre propia también de Saturnales¹⁶³. Pero sin duda lo más llamativo resulta ser que los amos sirvan la cena a sus esclavos, y de esta curiosa costumbre tenemos sendos ejemplos en la obra de Maddox y Saylor. En SS Vest 170 Gordiano y Eco preparan a Belbo y Bethesda una cena consistente en lentejas, pastel de mijo con carne picada y flan de huevo con miel y piñones:

Belbo pareció contento con lo que le servimos (...); se relamió, comió con los dedos y no pudo contener las carcajadas cuando envió a su amo Eco a buscar más vino, tomando como una broma la tradición de invertir los papeles. Bethesda, por su parte, recibió los platos con aire de fría objetividad. (...) Por un lado era escéptica respecto de mis dotes culinarias, por otro disfrutaba de la novedad de ser servida y de fingir que era una matrona romana.

¹⁶² Servio *Ad Virg.* II, viii, 319: *Ex hoc et Saturnalia, ut essent memorialia vitae quam Saturnus docuerat: qua die simili et promiscuo victu utuntur servi et liberi.*

¹⁶³ Ahí tenemos, por ejemplo, el caso de Horacio en *Sat.* II, vii, 1-5: *'Iamdudum ausculto et cupiens tibi dicere servus / pauca reformido'. 'Davusne?' 'Ita, Davus; amicum / mancipium domino et frugi quod sit satis, hoc est, / ut vitale putes'. 'Age, libertate Decembri, / quando ita maiores voluerunt, utere. Narra'.*

Y en JMR Sat 185-186 Decio el joven acude a casa de su padre a ayudar a servir la cena típica de Saturnales, donde su esclavo Hermes procurará saborear la circunstancia de ser tratado como el amo, produciendo la lógica reacción en éste:

To my great relief father has persuaded some of his freedmen to help out. Most of these were men and women recently manumitted who had no slaves of their own to tend to.

Hermes was already half-drunk and when he crawled onto the couch he wiggled his feet at me insolently until I took his sandals. *Just wait*, I thought to myself. I felt better about serving Cato and Cassandra. They had served my family all their lives and hadn't all that much time left to them. They rated a little indulgence.

For the next couple of hours we brought in the platters, kept the wine cups filled, and generally behaved as slaves. The banqueters, in turn, behaved like aristocrats and ordered us around. They observed certain unspoken limits though, all too aware that they would be slaves again tomorrow.

It was almost worth the bother to see Father, sour-faced old paterfamilias that he was, hurrying about, bringing platters from the kitchen, mixing water and wine in the great bowl, keeping a wary eye on the silver lest it wander away.

At last the slaves were replete and betook themselves to the streets to take part in the night-long festivities.

4. Intercambio de regalos.

Otra de las costumbres típicas de las Saturnales, y de entre las más documentadas, es el intercambio de regalos entre parientes y amigos, uno de los rasgos que más la asemejan con nuestra Navidad. Es precisamente la supuesta desaparición de los regalos de plata de Lucio Claudio en el cuento de Steven Saylor el detonante de una historia en la que, al final, todo resulta ser la broma de un esclavo que lamentablemente fallece durante su transcurso. Y es que las bromas, como en nuestro día de los Santos Inocentes, también estaban permitidas durante los cinco días de jolgorio y fiesta que duraban las Saturnales. Marcial se quejaba agriamente en V, lxxxiv, 6-8 de no haber recibido regalos de Saturnales, por lo que debemos deducir que era muy feo detalle el no hacerlos: *Saturnalia transiere tota, / nec munuscula parva, nec minora / misisti mihi, Galla, quam solebas*. Y es que hasta el Cicerón de Saylor, que es totalmente contrario al desorden social de las Saturnales, los hace en el cuento correspondiente, concretamente en SS Vest 157-158, donde presenta a Gordiano su merecido obsequio, que éste mira con gran curiosidad:

Eco se acercó a mí y juntos miramos el pequeño objeto redondo que brillaba al sol pálido del invierno. Parecía un simple abalorio de plata, pero cuando me lo acerqué a los ojos vi que tenía forma de cícera, mejor dicho, de garbanzo, la legumbre llamada *cicer* de la que la familia Cicerón recibía su glorioso nombre. (...)

—¡Cicerón, me siento muy honrado! —dije. Por el peso del pequeño objeto, tenía que ser de plata maciza. La plata es el material típico de los regalos de las Saturnales entre las personas que pueden permitirse semejante extravagancia.

—Le he regalado a mi madre un collar entero de garbanzos —dijo orgullosamente Cicerón—. Mandé que me lo hicieran el año pasado en Atenas, mientras estudiaba allí.

También Lucio Claudio compra para sus parientes numerosos objetos de plata, y no era extraño que los pudientes se hiciesen entre ellos regalos caros, principalmente de oro y plata. Augusto era especialmente generoso en este aspecto, y además tenía la tendencia de participar, con bromas y dedicatorias con sentidos jocosos o ambiguos, del espíritu de la broma antes mencionado¹⁶⁴. Pero lo que cuenta, dicen, es la intención, razón por la cual Gordiano no puede corresponder a Cicerón con la misma generosidad, como él explica en SS Vest 158: “Ningún hombre sale durante las Saturnales sin regalos que dar cuando la ocasión lo requiera, y le había dado a Eco una bolsa antes de salir, con un puñado de velas de cera. Eco me dio una y se la pasé a Cicerón. Era el regalo tradicional de un hombre modesto a otro mejor situado, y Cicerón lo aceptó graciosamente”. También en Marcial encontramos la mención de unas *Saturnalicias nueces* en un epigrama dirigido a Varrón, puesto que cuando se era tan pobre que nada se podía regalar, o cuando se conocía tan bien la precariedad que nada podía ser apostado, se regalaban y se apostaban nueces¹⁶⁵. Por supuesto, la costumbre de los regalos en Saturnales se prestó al pago de favores, y este detalle es recordado por Maddox en más de una ocasión, pero de manera más representativa en JMR Mist 239: “Dado que los abogados, como los médicos, tenían prohibido recibir honorarios, reflexioné sobre cómo obsequiar a Cicerón. Últimamente estaba acumulando una importante deuda para las Saturnales”¹⁶⁶. No podemos dejar de apuntar en este momento que Maddox hace buen uso de una costumbre que, en el caso de abogados y médicos, se halla bien atestiguada, por ejemplo en Marcial IV, xlvi: *Saturnalia divitem Sabellum / fecerunt: merito tumet Sabellus, / nec quemquam putat esse praedicatque / inter cauidicos beatiorem. (...) Saturnalia fructuosiora / annis non habuit decem Sabellus.*

¹⁶⁴ Suetonio, *Divus Augustus* lxxv: *Saturnalibus, et si quando alias libuisset, modo munera dividebat, vestem et aurum et argentum, modo nummos omnis notae, etiam veteres regio ac peregrinos, interdum nihil praeter cilicia et spongas et rutabula et forpices atque alia id genus titulis obscuris et ambiguis. Solebat et inaequalissimarum rerum sortes et aversas tabularum picturas in convivio venditare incertoque casu spem mercantium vel frustrari vel explere, ita ut per singulos lectos licitatio fieret et seu iactura seu lucrum communicaretur.*

¹⁶⁵ Mart. V, 30, 5-8: *Sed lege fumoso non aspernanda Decembri / carmina, mittuntur quae tibi mense suo: / commodius nisi forte tibi potiusque videtur / Saturnalicias perdere, Varro, nueces.* Cf. también Mart. VII, xci, donde Marcial envía a Juvenal unas nueces por Saturnales.

¹⁶⁶ Otras alusiones, más intrascendentes, las hallamos en JMR Mist 214; JMR Sac 48; JMR Sat 12 y JMR Sat 87. En JMR Sat 59 la idea del regalo de Saturnales es una forma fina de proponer y aceptar un soborno.

5. Las Saturnales, un trasunto de nuestra Navidad.

No podemos pasar por alto el hecho de que los dos autores inciden en la idea, no descabellada aunque sin solidez histórica, de que aquellas Saturnales romanas eran como nuestras Navidades. Los dos novelistas juegan con esta idea en lo que resulta un juego beneficioso para sus tramas, ya que una de las características más destacables de esta clase de novelas históricas —y principalmente de estas dos series donde compartimos con los protagonistas la vida cotidiana de sus familias— es el turismo histórico. Acostumbrándonos a sus personajes nos adaptamos también a su sociedad, y en las afinidades con estos personajes aprendemos a comprender mejor a aquellos viejos romanos de los que a menudo el lector medio culto sólo tiene vagas o estereotipadas referencias. Jugar con la idea de que las Saturnales eran unas Navidades paganas nos ayuda a identificarnos emocionalmente, e incluso sentimentalmente, con aquellos romanos que nos parecen tan lejanos. Sería un error por parte de Saylor y Maddox no inducir al lector a esta subliminal interpretación de aquellas fiestas. E incluso, no faltan quienes argumentan en el sentido inverso y afirman que las Saturnales eran la versión romana de nuestras Navidades para hacer una comparación didáctica e ilustrativa, pero no una categorización científica¹⁶⁷. Quizá, eso sí, en ambas subyazca una misma justificación humana ante un periodo muy concreto: el solsticio de invierno, como muy bien hace reflexionar a Gordiano el Sabueso su creador Steven Saylor en *SS Vest* 157:

¿Qué mejor ocasión para dejar volar la fantasía que el comienzo del invierno, cuando la cosecha está terminada, los barcos en las dársenas, los magistrados antiguos a punto de salir volando de sus cargos para que los nuevos puedan sustituirlos, y cuando toda la república deja escapar un suspiro de alivio por haber sobrevivido a otro año de corrupción, avaricia, traiciones y puñaladas traperas? ¿Por qué no puede Roma permitirse la licencia de vestir ropa ligerita y de abrir todos los odres de vino que hagan falta?

Estamos convencidos de que en muchos lugares del mundo (principalmente en los más subdesarrollados donde tantos viven a pesar de la corrupción, la avaricia, las traiciones y las puñaladas traperas) muchos piensan lo mismo y practican esa filosofía de supervivencia durante una Nochebuena o una Nochevieja.

Más que en los detalles (el alboroto festivo en las calles; las cenas especiales; el intercambio forzoso de regalos; la alegría reglamentaria que en nuestra Navidad se corresponde más bien con el deseo tan repetido como hipócrita —y tanto como las cenas donde los esclavos son los amos y viveversa— de paz y amor al mundo entero, y hasta a los enemigos) este paralelo con nuestra Navidad lo hallamos en cier-

¹⁶⁷ Así, Horacio Silvestre en su nota 3 a la *Sátira* II, vii en Horacio, *Sátiras, Epístolas y Arte poética*. Madrid, 2000. Cátedra, [Letras Universales, 241], p. 315.

tas pinceladas literarias donde esta asociación que nadie impone al lector, sino que sólo se sugiere por medio del poder de persuasión del escritor, es especialmente relevante.

Comienza por la diseminación por toda la obra del grito triunfal de las Saturnales, que no es difícil equiparar con nuestro Feliz Navidad: “Io, Saturnalia”, que sobre todo utiliza Maddox en numerosas ocasiones y al que Saylor también recurre en el final de su relato. Por supuesto, no es invención de los autores, sino que se halla muy bien atestiguado en el mismo Marcial, como sucede en XI, xv: *Clamant ecce mei 'Io Saturnalia' versus: /et licet et sub te praeside, Nerva, libet.*

En JMR Sat 96-97 Maddox nos describe la actitud menos extrema de las Saturnales, que a su vez es tan navideña: “Everywhere people were working late into the night decorating their houses and public squares for Saturnalia, hanging wreaths, painting over the malediction graffiti on the walls, and replacing them with good-wish slogans, heaping small offerings before neighborhood shrines, even washing down the streets”.

El Foro Romano es recreado numerosas veces en estas novelas que nos ocupan, por una razón o por otra, y también Saylor y Maddox lo describen a la luz parpadeante y eufórica de las Saturnales. Maddox le dedica un párrafo lleno de elementos festivos y excepcionales, pero muy civilizados, que contrasta con aquellos otros en que los novelistas destacan los aspectos dionisiacos de la festividad:

The Forum was filled with citizenry, many of them putting up decorations, the rest gawking at those doing the work. Everywhere there were sheaves of grain and quaint figures made of plaited corn stalks. Wreaths and garlands of vine leaves were draped from all the Forum's many points of attachment. Marquees, stalls, and booths were being set up, bright with dyed awnings and new paint. For the holiday, most restrictions on vending in the Forum were relaxed. Most of the booths would be hawking food, but many would sell masks, wreaths, and chaplets. Others sold the wax candles and the little earthenware figurines that were the traditional Saturnalia gifts.

Como si se tratara de la plaza de un pueblo grande, el autor nos llena los ojos de guirnaldas festivas, gavillas de grano y curiosas figurillas hechas con tallos de trigo y hojas de vid en alusión al origen agrario de la festividad, pero también su elemento dionisiaco. Puestos callejeros de comida y figuritas hechas de barro, de nuevo relacionadas con el poder regenerador y nutricio de la tierra. Y las velas de cera que eran típicas de las Saturnales, también mencionadas por Saylor en SS Vest 176, final de su cuento y con el cual cerramos también este apartado: “Aquella misma noche nos unimos a la multitud del foro con nuestras velas de cera. Las grandes plazas públicas y las imponentes fachadas de los templos quedaron iluminadas por miles de luces parpadeantes. Lucio estuvo con nosotros y todos coreamos el alegre cántico de «¡Io, io, Saturnalia!» que resonaba por todo el foro”.

2.1.5. Sacrificios.

El aspecto sacrificial del culto, que implica la inmolación de una víctima propiciatoria, no está demasiado representado en las novelas, aunque los autores tampoco se olviden de él y hagan alusiones a sacrificios que, por lo general, carecen de relevancia. Lamentablemente, queda olvidado el aspecto del banquete sagrado, que fue tan importante en Grecia como en Roma y que se daba lógicamente después de la inmolación de la víctima con la participación de pueblo en el convivio que adquiriría así el rango de comunión¹⁶⁸. En Roma, Virgilio mismo concede su importancia a este acto sagrado, pero también culinario, en dos momentos destacados de la *Eneida*. Por ejemplo, la representación del sacrificio con banquete la tenemos en VII, 170-176, donde se nos habla claramente de un templo consagrado para *sacris epulis*, banquetes sagrados, ya que *epulum* era la palabra precisa para denominar el banquete sacro.

Tectum augustum ingens, centum sublime columnis,
urbe fuit summa, Laurentis regia Pici,
horrendum silvis et religione parentum
hic scepra accipere et primos attollere fascas
regibus omen erat, hoc illis curia templum,
hae sacris sedes epulis, hic ariete caeso
perpetuis soliti patres considerare mensis.

Estos banquetes sagrados eran presididos primero por los pontífices, pero luego por epulones, magistrados que supervisaban la sacra ceremonia y el sagrado festín (*epulum*) del banquete¹⁶⁹. Esta costumbre se había perpetuado en Roma en época histórica, y sabemos que en ciertos días el Senado celebraba un banquete sagrado en el Capitolio, pero también en el Foro, donde se disponían mesas para comer y beber con la mayor comodidad¹⁷⁰.

¹⁶⁸ Fustel, *op.cit.* p. 114: “La principal ceremonia del culto doméstico era una comida, que se denominaba sacrificio. Comer algunos alimentos preparados en el altar, tal fue, según todas las apariencias la primera forma que el hombre haya dado al acto religioso. La necesidad de ponerse en comunicación con la divinidad quedó satisfecha mediante esta comida, a la que era convidada y se le daba su parte. La principal ceremonia del culto de la ciudad también era una comida de esta naturaleza, que había de realizarse en común, por todos los ciudadanos, en honor de las divinidades protectoras. Creíase que la salud de la ciudad dependía de su realización”.

¹⁶⁹ Cicerón, *De oratore* III, 73: *Sed ut pontifices veteres propter sacrificiorum multitudinem tres viros epulones esse voluerunt, cum essent ipsi a Numa, ut etiam illud ludorum epulare sacrificium facerent instituti.*

¹⁷⁰ Livio XXXIX, xlvi, 3-4: *In quo cum toto foro triclinia strata essent, tempestas cum magnis procellis coorta coegit plerosque tabernacula statuere in foro; (4) eadem paulo post, cum undique disserrasset, sublata; defunctos que uolgo ferebant quod inter fatalia uates cecinissent, necesse esse tabernacula in foro statui.*

Puesto que antes del banquete la víctima era inmolada, el sacrificio se llevaba a cabo de acuerdo con una serie de normas preestablecidas. En las novelas sólo hemos encontrado dos escenas de sacrificio destacables, una, ya comentada en el apartado de la sibila, de un cordero en SS Just 151-152, y la del caballo ganador en la festividad del caballo de Octubre, que reproduciremos a continuación y que se encuentra en JMR Con 178-180:

El caballo blanco que yo había montado y al que había llevado a la victoria fue conducido hasta el estrado. El público entonó el antiguo canto al Caballo de Octubre al tiempo que le arrojaba pastelillos de miel y pétalos de flores secas.

Los entrenadores hicieron subir al Caballo de Octubre al estrado, mientras el flamen y sus ayudantes recitaban sus plegarias. El flamen acarició la testuz del animal, que agachó la cabeza en un gesto de asentimiento, una señal propicia. Una vestal entregó bufandas a los jinetes y nos cubrimos las cabezas con ellas mientras los hombres del público hacían lo mismo con sus togas y las mujeres con su *palla*.

Aunque no se trata del sacrificio de un buey, sino de un caballo no destinado precisamente al banquete sagrado, el largo fragmento de Maddox recrea muchos de los elementos ceremoniales coincidentes en los sacrificios, por lo que resulta ser muy apropiado. Como vemos, el sacrificio seguirá a las plegarias y rituales que le preceden. El *flamen* antes de llevar a cabo los ritos debía bañarse y revestirse con ropa blanca, costumbres que Maddox no menciona¹⁷¹. En este caso la víctima es un caballo que no será devorado en un banquete. Teniendo en cuenta que hablamos de un animal de gran tamaño debemos hablar de *victima*, mientras que si se trata de animales pequeños el término adecuado era *hostia*¹⁷². Que el buey era tradicionalmente inmolado es recordado por Maddox por medio de un símil en JMR Sac 19: “I felt like a sacrificial ox when he’s knocked on the head by the flamen’s assistant”, y de manera similar en JMR Sac 56.

Maddox no especifica que el caballo haya sido adornado con cintas (*vittae*), como era costumbre también en estos casos. Maddox menciona que el caballo es conducido hasta el estrado, lo que formaba también parte importante del ritual y estaba a cargo de servidores sagrados llamados *popae*, que los llevaban con una cuerda sin tirar para dar la impresión de que era el propio animal el que marchaba voluntariamente al sacrificio. Por último, era frecuente que se situase sobre la cabeza de la víctima un pastel especial, preparado por las vestales, de miel y harina con sal, que

¹⁷¹ Para el comentario de las características del sacrificio seguimos a Hacquard, *op.cit.* p. 36.

¹⁷² Ejemplos de sacrificio de animales pequeños los hay en las novelas. Así en JMR 12 Decio hace el voto de sacrificar una cabra a Júpiter si Bóreas sopla todo el día; en JMR Sat 208 Decio nos recuerda el tradicional sacrificio de gallos a Asclepios: “I arrived just as the priests and staff were finishing a morning ceremony that included the sacrifice of the traditional cock. The ceremony was in the Greek fashion and was conducted entirely in Greek, in the dialect of Epidaurus, whence the god had come to Rome”.

en el fragmento parece ser recordado mediante pastelillos de miel que el público arroja sobre el animal, acompañados de flores secas. No es mencionada en el fragmento la libación, así como el hecho de asperjar con vino al animal¹⁷³, aunque siguiendo la tradición de los buenos pronósticos, el hecho de que el caballo del relato de Maddox se someta con mansedumbre al ritual constituye, como recuerda el autor, una buena señal.

Cuando el flamen hubo terminado la plegaria, hizo una seña a un ayudante, que golpeó al caballo en la testuz con un martillo de mango largo. La bestia permaneció clavada en el suelo, aturdida, mientras el flamen le cortaba el cuello con el cuchillo del sacrificio que siempre debía llevar consigo. La sangre fue recogida en dos recipientes, uno de los cuales iría al templo de Vesta para ser utilizado en las purificaciones del año siguiente, el otro sería vaciado en la chimenea del Regia, donde antaño los reyes de Roma habían vivido y a la sazón residía el *pontifex maximus*.

La sangre recogida era utilizada posteriormente. Cuenta Ovidio en *Fast.* IV en 629 y ss. que en las *Fordicidia* las vacas preñadas eran sacrificadas e incineradas. Marcos Casquero, en su nota 139 *ad loc.* comenta en este pasaje que la ceniza de los fetos se mezclaba con la sangre del Caballo de Octubre y con cenizas de habas u otros vegetales incinerados con objeto de purificar al pueblo con este producto llamado *suffimen* durante las *Parilia*. Es el ayudante, llamado *victimarius*, y no el *flamen*, quien asesta el golpe a la bestia, aunque en este caso se saltan el protocolo formular y lo sustituyen por una seña. El *victimarius* solicitaba permiso al flamen, con la pregunta “*Agone?*”, a lo que el flamen debía responder “*Hoc age*”. La forma más normal de golpear al animal era con el lado plano de un hacha, pero también con un martillo, y la idea aquí es dejar primero inconsciente a la víctima. El hacha sacrificial era llamada *popa*, y el destazamiento del animal era llevado a cabo por el *cultrarius*, aunque hay variantes con respecto a este aspecto. En JRM Tem 58 el mismo Maddox describe un hacha muy parecida a estas hachas de sacrificio o *popae*: “Although the handle was long, the head was quite compact, rather narrow and widening slightly to a half-circular cutting edge. The opposite side of the head bore a sharp, stubby spike”.

Por lo demás, aunque aquí el *victimarius* aparece casi de incógnito, con el apelativo genérico y muy ambiguo de “ayudante”, en la novela *Un asesinato en la Vía Apia*, de Steven Saylor, un *victimarius* salva la vida de Pompeyo el Grande al enterarse de que existe una conspiración urdida para asesinarle y acudir con la in-

¹⁷³ La libación con aspersión es mencionada al menos dos veces en las novelas. En JMR Sat 250: «“He is a god among healers,” I said, pouring a bit of wine onto the pavement as a libation so the gods should not take my words as a challenge and grow jealous of my friend Asklepiodes.»; y en SS Just 190, otra del mismo tenor: “Su cara se ensombreció. Murmuró una plegaria, introdujo los dedos en la copa de vino y arrojó unas gotas por encima del hombro”.

formación al mismo Pompeyo. Independientemente del episodio histórico relacionado con Pompeyo, la descripción que Saylor pone en boca del Grande del oficio de victimario no deja de ser muy sustanciosa. No hay que olvidar que el sacrificio antiguo implicaba también, en numerosas ocasiones, banquete, y para matar y destazar al animal hace falta un carnicero¹⁷⁴.

Mientras recogían la sangre, el flamen recitaba la plegaria a Marte. Un ayudante sostenía el servicio escrito ante él para que no perdiera el hilo de las palabras arcaicas y detrás de él un músico tocaba la flauta para evitar que algún ruido o murmullo procedente de la multitud distrajera al flamen. Si se producía el más mínimo error en la ejecución del ritual, habría que repetir toda la ceremonia desde el principio.

Cuando hubieron recogido toda la sangre, el flamen se acercó al gran cuerpo y con unos hábiles cortes bien practicados con el cuchillo de sacrificio cortó la cabeza y la mantuvo en alto, goteante. La muchedumbre aplaudió tres veces, aclamó tres veces y repitió la risa ritual tres veces. Con gran solemnidad, el flamen colocó la cabeza sobre el altar, la roció con harina de cebada y vertió sobre ella aceite mezclado con miel. A continuación, en un rito exclusivo del Caballo de Octubre, el flamen y las vestales apilaron pasteles cocidos aquel día alrededor y encima de la noble testuz. Después, el flamen retrocedió un paso, dio tres palmadas y rió tres veces. Se oyó un suspiro colectivo de la multitud, que se descubrió la cabeza, satisfecha porque se había rendido el debido honor al Caballo de Octubre y porque Marte debía sentirse satisfecho, dispuesto a iniciar una ausencia de la ciudad que duraría cuatro meses.

Entre los elementos interesantes que conviene destacar está la escrupulosa ejecución con que debía ser llevado a cabo el ritual, ya que en caso contrario debía ser repetido. En circunstancias normales, y después de decapitada la bestia, las entrañas o *exta* eran analizadas por los harúspices, y si daban buena impresión se quemaban en el altar. También en circunstancias normales, el animal se asaba para el banquete. Por otra parte, la harina mezclada con miel con que la cabellera del caballo es rociada era conocida como la *mola salsa*, aunque tradicionalmente esta operación se llevaba a cabo antes de la ejecución del mismo¹⁷⁵. Es de aquí de donde viene la palabra *immolatus* (inmolado), que en su sentido primitivo quería decir sólo rociado con la *mola salsa*. Para algunos, la *mola salsa* eran los pastelitos preparados por las vestales, también mencionados en el párrafo anterior, y que se depositaban sobre la cabeza de la víctima, pero siempre antes de la muerte¹⁷⁶.

¹⁷⁴ La descripción la hallamos en SS Ap 322: “Licinio es carnicero y sacerdote. Es un victimario, el que corta la garganta de un animal cuando los sacerdotes ofrecen un sacrificio; el tal Licinio hace el trabajo sucio mientras los otros cantan y desparraman incienso. Pero en su tiempo libre, lleva una carnicería en la arcada que rodea el Circo Máximo. Muy apropiado, ¿eh? Me atrevería a decir que parte de la carne que es sacrificada a los dioses un día, termina siendo vendida a simples mortales hambrientos al día siguiente. Pero el sujeto parece ser bastante respetado como sacerdote”.

¹⁷⁵ Cf. Rich, *op.cit.* s.v. *Immolatus*.

¹⁷⁶ Cf. Hacquard, *op.cit.* p. 36.

Otros sacrificios no simbólicos (que mencionaremos ahora) que hemos hallado en las novelas no tienen tanta importancia. En JMR Tem 45-46 se menciona que los testículos de los toros son ofrendados a la estatua de Diana en Éfeso; en JMR Mist 106 Tribuno Carbo se dirige al templo de Neptuno para ofrecer un sacrificio en acción de gracias por una buena travesía. Este detalle no es irrelevante, ya que era muy común que los navegantes ofrendasen a Neptuno la ropa que vestían cuando una tormenta les encontraba en alta mar y sobrevivían a ella¹⁷⁷. El mismo Neptuno, medio en serio y medio en broma, es recordado en JMR Sac 15-16 como objeto de sacrificio y reverencia, aunque primero como una burlesca forma de referirse a las consecuencias de marearse durante la navegación:

“Good to see you back, Decius. Was it an easy voyage?”
“Safe, but not easy,” I told him. “I sacrificed to Neptune many times each day.”
This was the landlubber’s wry expression for seasickness. (...)
“Have you sacrificed to Jupiter for your safe return?” Celer asked as we walked.
“No, but I did make a real sacrifice to Neptune at the temple in Ostia,” I told him.
“Sacrifice to Jupiter,” he advised. “You are coming up in the state service, and you should be seen to be pious. Romans like to know that their statemen are punctilious in religious matters.”

Si bien caballos y bueyes eran sacrificados públicamente en la antigua Roma, se trataba de una reminiscencia de prácticas mucho más terribles, en época clásica ya olvidadas, como las de sacrificios humanos¹⁷⁸ en honor a Saturno, entre otros, como es recordado por Decio en JMR Con 59-60. El delicado tema volverá a aparecer en la novela *Saturnalia*, donde el protagonista de las novelas de Maddox asiste, como ya hemos visto, a un sacrificio humano no oficial durante la escena de aquelarre comentada anteriormente. En esta obra, durante las páginas 160-161 el mismo Cicerón nos explica que: “Most people, we Romans included, have practiced human sacrifice. It was always the most extreme of offerings. Some societies have been notorious for it, most notably the Carthaginians. We have long since suppressed the practice, not only within Rome, but in all parts of the world where Rome holds sway”.

Ciertamente, existía un remoto recuerdo de estas prácticas. Entre los primitivos italianos, principalmente entre los sabinos, era común el sacrificio de hombres, niños incluso, y animales durante las celebraciones de la regeneración natural durante el Ver Sacrum, que se llevaban a cabo entre el primer día de marzo y el último de abril¹⁷⁹. En la página 165, sin embargo, el orador hace una precisión importante:

¹⁷⁷ Así, por ejemplo, en Horacio, *Carmina* I, v, 10-13: *Me tabula sacer /votiva paries indicat uvida /suspendisse potenti / vestimenta maris deo.*

¹⁷⁸ Hacquard, *op.cit.* p. 36.

¹⁷⁹ Cf. Smith, *op.cit.* s.v. Ver Sacrum. Al parecer, el oráculo mediante el cual Zeus mandó a los pe-

“It’s prohibited, under the most pressing circumstances, and it is never to be undertaken without the most solemn state sanction and performed by duly consecrated officials of the state cults. We consider it a remnant of our primitive past and always use a victim who has already been condemned to death for a civil offense”. Efectivamente, se recurrió a ellos por indicación de los libros sibilinos en momentos de grave peligro para la ciudad, como en 226 a.C., en que para conjurar la amenaza de los galos enterraron vivos a dos parejas, una de galos y otra de griegos; en 216 a.C. recurrieron de nuevo a este cuádruple sacrificio. También el episodio del lago Curcio parece evocar este recuerdo de sacrificios humanos. Estos sacrificios humanos fueron abolidos por senadoconsulto en 97 a.C.¹⁸⁰

A medida que los pueblos itálicos fueron ascendiendo en la escala de la evolución social, los sacrificios humanos fueron desapareciendo, y sustituidos por el sacrificio de animales de gran tamaño (*victimae*) y por la representación figurada de aquellos mismos sacrificios humanos. La misma ceremonia del Ver Sacrum fue evolucionando hasta la comprensión de que el sacrificio de bebés era abominable, y en tiempos posteriores se permitió que los niños elegidos sobrevivieran hasta que, en la primavera de sus veinte años, eran conducidos a los límites de la ciudad y abandonados a su destino. No pocas colonias fueron fundadas por jóvenes como estos, como los Mamertinos de Sicilia¹⁸¹. En JMR Sat 147-148 Decio recuerda la peculiar ofrenda de los treinta maniqués de paja que durante los idus de mayo eran arrojados al Tiber desde el puente Sublicio, puente que fue el más antiguo de Roma y durante mucho tiempo el único, pues su existencia se remontaba a Anco Marcio (antes de 616 a.C.). Estaba apoyado en pilotes, de donde tomaba su nombre, y en su construcción no se usó material alguno de metal, ni clavos de hierro o bronce, quizá para que fuera fácil de quitar o poner según exigieran las circunstancias bélicas¹⁸²:

We regarded human sacrifice as uncivilized, and it was practiced by the state only in the most extraordinary circumstances. The casual use of humans, ever worthless humans, as sacrificial animals we regarded as barbarous, a practice fit for Gauls and Carthaginians, but not for civilized people. But how long ago, I thought, had our Saturnalia offerings been genuine heads instead of “lights”? I thought of the thirty straw puppets we threw into the Tiber from the Sublician Bridge on the Ides of May. When had those been thirty war captives?

As I crossed the Forum I thought of the man and woman who had been buried alive

lasgos que acudiesen a Italia fue malinterpretado como la obligación de hacer sacrificios humanos a Saturno. Así lo leemos en Dionisio de Halicarnaso, *Antiq. Rom.* I 19, 3:

στείχετε μαιόμενοι Σικελῶν Σατόρνιον αἶαν/ ἢδ’ ἸΑβοριγινέων Κοτύλην, οὐ νᾶσος ὀχεῖται/ οἷς ἀναμιχθέντες δεκάτην ἐκπέμψατε Φοῖβον/καὶ κεφαλᾶς Κρονίδη καὶ τῷ πατρὶ πέμπετε φῶτα.

¹⁸⁰ Cf. Contreras, Acebes, Rico, *op.cit.* s.v. Sacrificios humanos.

¹⁸¹ Smith, *op.cit.* s.v. Ver Sacrum. El juramento del Ver Sacrum ha sido transmitido por Livio en XXII, x, 2-6.

¹⁸² Cf. Contreras, Acebes, Rico, *op.cit.* s.v. Puente Sublicio.

alive there to consecrate its founding. Their bones were still down there somewhere.

La misma *striga Furia* se lo explicará a Decio en JMR Sat 245 al abordar el tema del asesinato de Celer: “Your masked drum beater, this Roman swine, killed a worthless man. But he did it in mockery of one of our most ancient rituals, the sacrifices of the Ides of May, when the sacred *argei*, the puppets of straw, are cast from the Sublician Bridge into the Tiber. Politics are one thing; sacrilege is another”.

Existen dos acepciones de *argei*. Por una parte, los *argei* eran veintisiete lugares sacros con su temples o capillas que habían sido consagrados por Numa Pompilio para la celebración de determinados rituales¹⁸³. Según parece, estos *argei* eran visitados todos el mismo día en continua procesión que iba de un *argeus* a otro en determinados festivales religiosos¹⁸⁴. La segunda acepción es la que recuerda y explica la *striga Furia*, y su origen es ciertamente oscuro, aunque Mommsen, basándose en Ovidio principalmente, no duda en dejar bien claro que se trataba de un ritual que tenía sus orígenes en sacrificios humanos¹⁸⁵. Ovidio es quien, en *Fasti* V, 621-662, explica el origen de este curioso ritual, y para ello retrotrae su historia a los tiempos de Saturno, en que eran sacrificadas dos personas al ser arrojadas desde el Tíber en honor a Saturno, hasta que Hércules cambió la costumbre al arrojar hombres de paja, dando origen al curioso ritual de los *argei* en época clásica¹⁸⁶.

Queda por fin la contradicción, tan notoria, de ver cómo los antiguos romanos habían suprimido los sacrificios humanos y, sin embargo, en realidad los habían prolongado en los certámenes gladiatorios, donde la muerte no era precisamente una metáfora de la derrota, sino una terrible realidad. Era también una prolongación de los mismos ritos sagrados, puesto que los certámenes gladiatorios nacieron a propósito de los entierros, y eran celebrados en honor y recuerdo del fallecido.

¹⁸³ Livio I, xxii.

¹⁸⁴ Ovidio *Fasti* III, 791.

¹⁸⁵ Mommsen, *op.cit.* I, p. 229. Para este autor el rito de los *argei* trasciende la idea del simple sacrificio y adopta la forma de sacrificio humano como pago de las ofrendas anuales que exige el dios fluvial Pater Tiberis. Como dice el personaje de Felicia, sacerdotisa de Bona Dea en SS Ap 211: “Sólo los mortales impíos esperan recibir algo de los dioses a cambio de nada”.

¹⁸⁶ *Fasti* V, 625-632: *Fama vetus, tum cum Saturnia terra vocata est,/ talia fatidici dicta fuisse Iovis:/ 'Falcifero libata seni duo corpora gentis/ mittite, quae Tuscis excipiantur aquis';/ donec in haec venit Tiryntius arva, quotannis/ tristia Leucadio sacra peracta modo;/ illum stramineos in aquam misisse Quirites,/ Herculis exemplo corpora falsa iaci.*

2.2. MUNDO DE LOS MUERTOS.

2.2.1. Enterramientos y costumbres relacionadas.

Los entierros, y todos los aspectos relacionados con su celebración, giran en estas novelas principalmente en torno a la muerte e inhumación de dos personajes, Lucio Licinio en *El brazo de la justicia*, y Clodio Pulcher en *Asesinato en la Vía Apia*¹⁸⁷, obras ambas de Steven Saylor en las que resulta más fácil advertir todos los elementos constitutivos del funeral por la sencilla razón de la elevada posición social de sus difuntos, y es en ellos —salvo otros detalles dispersos que también comentaremos— donde advertimos los curiosos hábitos y costumbres del pueblo romano. Sin embargo, haciendo honor a la verdad, diremos de antemano que la compleja armazón religiosa y supersticiosa que envolvía el culto sagrado de los muertos no está todo lo presente que hubiera sido deseable en las novelas, y que los excesos a veces fastuosos a que daban pie los entierros no lo son tanto en ninguna de las obras. En verdad, teniendo en cuenta el profundo carácter religioso del romano, el temor y la veneración de los muertos se correspondía, sin duda alguna, con la ostentación de un lujo nunca visto antes ni después de aquel pueblo. En palabras de Friedlaender¹⁸⁸:

Había muchos factores relacionados con la esencia misma de la cultura romana que contribuían a la tendencia a expresar la magnitud del dolor sin reparar en gastos y que, combinado con el amor de los romanos por el fasto realzaban este lujo en proporciones verdaderamente extraordinarias: el modo de concebir los deberes de los vivos para con los muertos, la idea de su supervivencia después de la muerte y el deseo de honrar su memoria ante la posteridad como algo imperecedero.

Hablaremos de los entierros dentro de las novelas comenzando con el levantamiento del cadáver, como parece ser lo más natural, y desde ahí iremos progresando hasta el final del cuerpo físico, que llega con la incineración y el culto de sus cenizas. En JMR Sac 112 encontramos la descripción del levantamiento de un cuerpo, concretamente el de un primo de Clodio Pulcher, donde el autor de la novela recrea con efectividad algunos de los rasgos sobresalientes de este acto ritual:

Outside, Clodius's crowd had brought a bier and waited by the body while the Li-

¹⁸⁷ Y también, aunque en menor medida, la muerte de Numerio Pompeyo, imaginario primo del Grande, que constituye uno de los temas principales de la novela *Rubicón*, de Steven Saylor.

¹⁸⁸ Friedlaender, *op.cit.* p. 853; este autor lleva a cabo un magnífico resumen de la importancia de los ritos funerarios romanos entre las páginas 853-863 de su obra, dentro del capítulo “El lujo funerario”. Asimismo, hemos encontrado también de un gran valor todo lo relacionado con el mismo tema en Fustel, *op.cit.* pp. 5-24, aunque este autor se centra más bien en la espiritualidad romana del culto de los muertos.

bitinarii went through a perfunctory lustrum so that the body could be handled without contamination. The priest touched it with his hammer to claim it for the goddess, then went through the usual rigmarole with liquids and powders. (...) Clodius then performed his duties. The body was lifted onto the bier and he leaned over the dead boy's face, almost kissing, miming the action of catching his last breath as it escape the body. A little late for that, I thought, but it had to be done. He straightened, clapped his hands three times and shouted the *conclamatio*:

“Appius Claudius Nero! Appius Claudius Nero! Appius Claudius Nero!” After the last calling of the name, a crowd of female relatives and slaves set up the usual shrill lamentations and Clodius placed a coin under the boy's tongue, to pay the ferryman.

Los libitinarios eran los funcionarios del templo de Venus Libitina, donde se vendían todos los elementos necesarios para el entierro¹⁸⁹ y en cuyo templo se depositaba una moneda cada vez que alguien moría¹⁹⁰, y en estos casos eran también los encargados de recoger los cuerpos, auxiliados por los *pollinctores*, esclavos que se encargaban de lavar el cuerpo y embadurnarlo con perfumes y aceites¹⁹¹. Además, dentro de este grupo de funcionarios también se hallaba el *designator* o *Dominus Funeris*, que se encargaba también de preparar el entierro, pero sobre todo era quien en su momento encabezaba el cortejo del mismo acompañado de *lictors* vestidos de negro¹⁹². Una vez purificado el cuerpo, que hasta entonces no podía ser tocado bajo riesgo de supuesto contagio al que lo romanos tenían un tremendo pavor¹⁹³, el cadáver era colocado en unas andas para ser transportado, como también consta en este pasaje de Maddox. A continuación el pariente más cercano cumplía con sus obligaciones: primero fingía recoger en su boca el último aliento del moribundo¹⁹⁴ —de ahí el comentario de Maddox acerca del retraso de Clodio al hacerlo, ya que el cuerpo de su primo llevaba muerto desde la noche anterior—; a continuación, el pariente más cercano quitaba el anillo del muerto¹⁹⁵ —imposible en este caso, porque Her-

¹⁸⁹ Séneca, *De beneficiis* VI, xxxviii: *An tu arruntium et haterium et ceteros, qui captandorum testamentorum artem professi sunt, non putas eadem habere quae dissignatores et libitinarios vota?*

¹⁹⁰ Contreras, Acebes, Rico, *op.cit.* s.v. Libitina.

¹⁹¹ Smith, *op.cit.* s.v. Funus.

¹⁹² Rich, *op.cit.* s.v. Designator. Este personaje es mencionado por Maddox en JMR Con 90: “El *designator* se encontraba allí con sus ayudantes (...). Cuando hubiera finalizado la primera inspección, prepararían el cuerpo para enterrarlo. Observé que ya le habían vestido con una toga nueva”. En JMR Con 91 insiste en la misma idea: “Me dirigí al *designator*, un hombre esquelético cuyo rostro poseía la lúgubre solemnidad de alguien que se dedica a preparar cadáveres para enterrarlos”. Del *designator* encabezando el cortejo fúnebre hallamos mención en Horacio, *Epist.* I, vii, 5-6: *Maecenas, veniam, dum ficus prima calorque/ dissignatorem decorat lictoribus atris.*

¹⁹³ Este aspecto es mencionado por Maddox en JMR Con 221. El griego Asclepíodes quiere hacerse pasar por un cadáver de lo más convincente, por lo que argumenta: “Combinando mi talento con el miedo de los romanos a tocar los cuerpos muertos, la ilusión será completa”.

¹⁹⁴ Virgilio, en *Aen.* IV, 683-685 lo describe de la misma forma: *Date, vulnera lymphis/ abluam et, extremus si quis super halitus errat,/ ore legam.*

¹⁹⁵ Por ejemplo, en Suetonio al describir la muerte de Tiberio en *Tib.* lxxiii: *Cum extractum sibi deficienti anulum mox respiscens requisisset. Seneca eum scribit intellecta defectione exemptum anulum*

mes, el esclavo de Decio, ha desvalijado al cadáver la noche anterior—; después de cerrar los ojos y boca del muerto, su pariente exclamaba su nombre tres veces seguidas, como vemos en el texto de Maddox y consta suficientemente en las fuentes clásicas¹⁹⁶. En algún momento durante el velatorio, o bien en el del fallecimiento, era colocada una moneda bajo la lengua del muerto para pagar al barquero Caronte, como bien especifica Maddox en este fragmento¹⁹⁷.

El velatorio duraba siete días, durante los cuales el cuerpo yacía en un lecho fúnebre ubicado en el vestíbulo con los pies hacia la puerta, como recuerda entre otros detalles Steven Saylor en *SS Just 52* al comentar la apariencia del lecho fúnebre de Lucio Licinio:

O bien había sido muy rico en vida o un ciudadano acaudalado se había hecho cargo de sus funerales, pues hasta las familias más ricas suelen contentarse con recostar a sus difuntos en un lecho de madera con patas de marfil o en todo caso con algunas incrustaciones ebúrneas. Sin embargo, aquel lecho fúnebre era totalmente de marfil, de arriba abajo. (...)

El lecho fúnebre estaba cubierto con mantas moradas, bordadas en oro, y adornado con ramas de áster y de pino. El cuerpo vestía una toga blanca con elegantes bordados en verde y blanco. Llevaba sandalias recién lustradas y sus pies señalaban hacia la puerta de la casa, tal como dictaba la tradición.

El exagerado lujo del lecho fúnebre de Licinio es meramente anecdótico, y es comprensible pensar que de acuerdo con la condición social de cada uno el lecho podría ser más o menos lujoso¹⁹⁸. Sin embargo, merece destacarse que los lechos fúnebres a veces estaban contruidos de marfil y recubiertos de oro y púrpura¹⁹⁹. Lo

quasi alicui traditurum parumper tenuisse, dein rursus aptasse digito et compressa sinistra manu iacuisse diu immobilem; subito vocatis ministris ac nemine respondente consurrexisse nec procul a lectulo deficientibus viribus concidisse.

¹⁹⁶ Un buen resumen de la mayor parte de todos estos elementos rituales nos lo proporciona el mismo Ovidio en *Tristia* III, iii, 37-46: *Iam procul ignotis igitur moriemur in oris, /et fient ipso pessima fata loco: / nec mea consueto languescunt corpora lecto, /depositum nec me qui fleat, ullus erit; / nec dominae lacrimis in nostra cadentibus ora / accedent animae tempora parva meae; /nec mandata dabo, nec cum clamore supremo /labentes oculos condet amica manus; /sed sine funeribus caput hoc, sine honore sepulcri, /indeploratum barbara terra teget! /Ecquid, ubi audieris, tota turbabere mente, /et feries pavida pectora fida manu?*

¹⁹⁷ Así, por ejemplo, en Juvenal III, 267: *Haec inter pueros varie properantur: at ille / iam sedet in ripa taetrumque novicius horret /porthmea nec sperat caenosi gurgitis alnum / infelix, nec habet quem porrigat ore trientem.*

¹⁹⁸ Friedlaender, en *op.cit.* p. 857 comenta que la curia de la ciudad de Pompeya estableció, al morir uno de sus ediles, que el gasto para las honras fúnebres habría de ser de doscientos sestercios, pero otros entierros fueron mucho más fastuosos. Un liberto llamado Cecilio Isidoro dejó al morir en 8 a.C. la cantidad de un millón de sestercios para cubrir los gastos de su entierro, cantidad a todas luces exorbitante si tenemos en cuenta que los gastos del entierro de Nerón no excedieron de doscientos mil sestercios.

¹⁹⁹ Construido de marfil y con adornos de púrpura y oro era el lecho fúnebre de Julio César, como

que sí es comentable es la disposición del cuerpo, vestido con una sencilla toga blanca, como correspondía a un ciudadano que no había ostentado cargos públicos, ya que los magistrados eran vestidos con sus correspondientes túnicas. También era típica la decoración de hojas de árboles, ramas o flores, de ahí que Saylor mencione el áster y el pino. La descripción de Saylor continúa destacando el dato curioso para nosotros de que el velatorio duraba nada menos que siete días completos, durante los cuales el proceso de descomposición era disimulado por medio del trabajo de los embalsamadores, que en el caso de Licinio “era evidente que sus buenas artes no habían bastado para disimular el olor”. La descripción del velatorio de Numerio Pompeyo en SS Rub 56-7 sigue la pauta general de estos párrafos que hemos entresacado, por lo que no los reproducimos aquí y remitimos a las páginas correspondientes de esta otra novela de Saylor.

De acuerdo con Steven Saylor en SS Just 196: “Por paradójico que parezca, no hay ocasión más animada en una casa romana que el día de un entierro. La villa estaba llena de invitados que atestaban el atrio y los pasillos o se sumergían en los baños”. Será en la página 199 donde todos estos invitados participen del cortejo fúnebre, que responde categóricamente a ese estado de animación:

Por fin oímos los acordes de la música fúnebre. El sonido se volvía más fuerte a medida que se acercaba la procesión. Los músicos iban al frente, tocando flautas y cuernos o sacudiendo cascabeles de bronce. (...) En segundo lugar iban las plañideras, un cortejo de mujeres contratadas que caminaban con paso vacilante, llevaban el pelo despeinado y repetían un refrán que parafraseaba el famoso epitafio del dramaturgo Nevio: “Si la muerte de un mortal entristece los corazones inmortales, los dioses llorarán su muerte”. Miraban al frente, indiferentes a la multitud, temblaban y sollozaban hasta que auténticos torrentes de lágrimas se deslizaban por sus mejillas.

Hubo un pequeño hueco en la procesión, apenas lo bastante grande para que la lacrimógena oración de las plañideras cediera a la llegada de los bufones y los actores. (...) Mientras algunos recurrían a groseras pero eficaces bufonadas, arrancando risas amables de la multitud, uno recitaba con voz estridente fragmentos elegíacos.

Músicos, plañideras, actores y bufones. La cita del famoso epitafio de Nevio se la debemos a Aulo Gelio en *Noct. Attic.* I, xxiv, 2: *Epigramma Naevii plenum superbiae Campanae, quod testimonium esse iustum potuisset, nisi ab ipso dictum esset: inmortales mortales si foret fas flere, /flerent divae Camenae Naevium poetam.* El entierro transcurre por la mañana, y tanta agitación sólo se producía durante los *funera publica*, en contraposición a los *funera tacita* o privados. Los *funera publica* gozaban de toda esta algarabía y el cortejo recorría durante el día las calles con mayor o menor pompa²⁰⁰; los *funera tacita*, lógicamente, se llevaban a cabo de noche y

leemos en Suetonio, *Div. Iul.* LXXXIV.

²⁰⁰ Tácito, *Ann.* VI, xi.

por lo general quienes eran enterrados pertenecían al pueblo (de ahí que recibiesen también el nombre de *funera plebeia*), y su bolsa no podía permitirse el dispendio de un funeral por todo lo alto²⁰¹. Estos también recibían el nombre, como consta en Suetonio, *Nerón XXXIII* de *translatitium*, palabra que evidencia el carácter puramente formal del entierro, sin mayores ostentaciones. Cabe decir aquí que el carácter subido de tono de los *funera*, en que los llores y las carcajadas se entremezclaban no fue siempre así. En tiempos remotos los *funera* se celebraban sólo por la noche²⁰², pero con el tiempo la noche y sus tinieblas fueron sólo escenario de *funera* de los más pobres.

Saylor menciona que las mujeres marchaban con el cabello despeinado, lo que constituía otra muestra de luto y es recordado de manera más precisa por Maddox en JMR Con 86: “Ninguno de los jóvenes vestía la ropa de aspecto pobre característica del luto, cuando también se iba sin afeitarse y con el pelo largo”.

El cortejo era encabezado por los músicos de varias clases que entonaban canciones de lamento, seguidos de las plañideras, llamadas *praeficae* y eran contratadas para lamentarse en alta voz y mesarse los cabellos en signo de desesperación, como consta en los textos clásicos²⁰³. Eran seguidas de los mimos y bufones mencionados por Saylor, entre los cuales destacaba el llamado Archimimus, que representaba al muerto, imitando sus palabras y acciones en sentido muchas veces burlesco, como en el famoso pasaje de Suetonio sobre Vespasiano, en que el archimimo se burlaba de la famosa tacañería del emperador fallecido preguntando al cortejo cuánto se iban a gastar en su entierro; recibiendo la respuesta de que unos cien mil sestercios, el archimimo respondía que bien podían entregarle cien mil y arrojar su cuerpo al Tiber²⁰⁴. Cuando el fallecido había liberado a sus esclavos, lo que no era infrecuente, éstos acompañaban el cortejo fúnebre aumentando la pompa. Delante del féretro marchaban otros individuos con las *imágenes*, máscaras de cera²⁰⁵ que representaban a los antepasados del fallecido y que vestían las vestimentas oficiales de aquellos a quienes representaban²⁰⁶. Esta escena de la comitiva de imágenes es también representada por Saylor en SS Just 202 por personas contratadas al efecto por el maestro de ceremonias: “Los actores enmascarados caminan con paso solem-

²⁰¹ Ovidio, *Trist.* I, iii, 22.

²⁰² Serv. *Ad Verg.* XI, 143.

²⁰³ Así, C. Lucilio, *Saturarum fragmenta* 953-954: *Mercede quae conductae flent alieno in funere / praeficae, multo et capillos scindunt et clamant magis.*

²⁰⁴ Suet. *Vesp.* XIX, 2: *Doctus archimimus, senex iam decrepitus, quotidie in capitolio mimum agebat, quasi dii libenter spectarent, quem homines desierant: omne illic artificum genus operantium diis immortalibus desidet.*

²⁰⁵ Horacio, *Épodos* XVII, 76: *Cereas imagines.*

²⁰⁶ Salustio, *Bellum Iugurthinum* lxxxv, 29-30: (29) *Non possum fidei causa imagines neque triumphos aut consulatus maiorum meorum ostentare, at, si res postulet, hastas, vexillum, phaleras, alia militaria dona, praeterea cicatrices advorso corpore.* (30) *Hae sunt meae imagines, haec nobilitas, non*

ne y lento, girando la cabeza de lado a lado, para que todos puedan contemplar sus rostros inexpresivos, con el aspecto de muertos que regresan a la vida. Así es como incluso en la muerte los nobles se distinguen de la plebe, los «conocidos» de los «desconocidos», y ostentan con arrogancia su linaje ante aquellos de nosotros que no tenemos antepasados, sólo padres y abuelos olvidados”.

El pasaje, que tiene más elementos interesantes, se desarrolla de acuerdo con lo previsto hasta que en la página 203 Craso pronuncia el discurso fúnebre. La descripción sigue con fidelidad —aderezada por la imaginación propia de todo novelista— la sucesión de elementos propios del cortejo fúnebre: Licinio postrado sobre las andas de marfil rodeado de flores y ramas recién cortadas. Presidiendo el grupo avanza Gelina, la viuda: “He visto a muchas mujeres en entierros por las calles de Roma que se tambalean en un paroxismo de dolor y se arañan las mejillas desafiando las leyes de las Doce Tablas; pero Gelina no lloraba”. Esta ley se encontraba precisamente en la tabla X, como atestigua Cicerón²⁰⁷: *Mulieres genas ne radunto*.

Saylor describe la incineración de Licinio entre las páginas 202 y 205, aunque en medio el autor ubica el discurso fúnebre de Craso en honor de su primo. La pira funeraria, erigida en el centro del claro, es de madera seca y tiene forma de altar cuadrangular. El proceso llega a su fin en SS Just 205:

Craso se hizo a un lado, cogió una de las antorchas y la dirigió a la pira, mientras el maestro de ceremonias hacía lo propio en el extremo opuesto. (...) Con el tiempo, la pira se consumiría y las cenizas se empaparían en vino. Luego Craso y Gelina recogerían los huesos y las cenizas de Lucio Licinio, las rociarían con perfumes y las colocarían en una urna de alabastro. Un sacerdote bendeciría a la multitud, moviéndose entre ellos y asperjándoles con una rama de olivo mojada en agua. Por fin los restos de Lucio se guardarían en el sepulcro, al son de los susurros de la multitud: “Adiós, adiós, adiós...”

Si bien los romanos de los más antiguos tiempos enterraban a sus muertos, en el periodo final de la República se hizo común la incineración, que ya constaba en las Doce Tablas. Durante el Imperio fue habitual en todos los casos y la costumbre sólo comenzó a remitir con la implantación progresiva del cristianismo hasta que cayó en desuso en el siglo IV²⁰⁸. Como en el pasaje reproducido, el cuerpo era quemado sobre una pila de madera, la pira, que cuando comenzaba a arder se llamaba rogo y al terminar de hacerlo se denominaba busto²⁰⁹. En este caso es Craso quien

hereditate relicta, ut illa illis, sed quae ego meis plurimis laboribus et periculis quaesivi.

²⁰⁷ Cicerón, *De legibus* II, lxiv: *Posteaquam, ut scribit Phalereus, sumptuosa fieri funera et lamentabilia coepissent, Solonis lege sublata sunt; quam legem eisdem prope verbis nostri decemviri in decimam tabulam coniecerunt; nam de tribus riciniis et pleraque illa Solonis sunt; de lamentis vero expressa verbis sunt: Mulieres genas ne radunto neve lessum funeris ergo habento.*

²⁰⁸ Smith, *op.cit.* s.v. Funus.

²⁰⁹ Así especifica Servio *Ad Virg.* XI, 185: *'Pyra' est lignorum congeries; 'rogus' cum iam ardere coeperit dicitur; 'bustum' vero iam exustum vocatur.*

enciende la pira, ayudado por el maestro de ceremonias, ya que se trata del pariente más próximo de un hombre que ha muerto sin hijos —lo que el mismo Craso explica a la concurrencia en SS Just 204. Cuando las llamas comenzaban a hacerse grandes se arrojaban al fuego perfumes diversos, lo que Cicerón llamaba *sumptuosa respersio* en *De leg.* II, lx. y también comida y bebida que hubieran sido del gusto del finado, además de otros objetos o pertenencias. Cuando el cuerpo había ardidido completamente y había quedado reducido a cenizas, éstas eran empapadas con vino, como bien recuerda Saylor, y recogidas por sus parientes más cercanos que en este caso son Craso y Gelina, que las rociarían con perfumes y las guardarían en una urna que sería depositada en la tumba. El cortejo se desharía cuando la persona encargada diera la orden *Ilicet*, esto es, “ire licet”, con lo que se daba a entender que los asistentes podían marcharse terminada la ceremonia²¹⁰. Entonces los asistentes se despedían del muerto con la expresión “Vale”, a lo que equivale el triple “adiós” escrito por Saylor y se retiraban²¹¹. La descripción de la incineración hecha por Saylor parece reproducir imitativamente la de Miseno entre los versos 225-231 del libro VI de la *Eneida*, razón por la que los transcribimos aquí mismo:

(...) Congesta cremantur
turea dona, dapes, fuso crateres oliuo.
Postquam conlapsi cineres et flamma quievit,
reliquias vino et bibulam lavere favillam,
ossaque lecta cado textit Corynaeus aeno.
Idem ter socios pura circumtulit unda
spargens rore levi et ramo felicis olivae,
lustravitque viros dixitque novissima verba.

Con respecto a las peculiaridades relacionadas con los entierros debemos destacar los certámenes gladiatorios y la comida fúnebre, ambos interrelacionados después del entierro del muerto. Sobre la primera, las palabras de Craso en SS Just 205 dan un buen resumen de las mismas: “Hace mucho tiempo, nuestros antepasados impusieron la tradición de ofrecer combates de gladiadores en honor de los muertos. Por lo general, esta gloriosa tradición se reserva a la muerte de los grandes y poderosos, pero no creo que los dioses se ofendan si rendimos honores al espíritu de Lucio Licinio con una jornada de juegos”. Estos *munera sine missione* serán comentados en el capítulo dedicado a juegos gladiatorios, por lo que aquí sólo diremos que todavía en época clásica era frecuente sacrificar animales frente a la pila funera-

²¹⁰ Servio *Ad Virg.* II, 424: *Origo autem significationis inde descendit: olim iudex ubi sententiam dixerat, si dare finem agendis rebus volebat, per praeconem dicebat 'ilicet', hoc est 'ire licet', id est 'acta et finita res est'.*

²¹¹ Servio *Ad Virg.* VI, 231, s.v. *NOVISSIMA VERBA id est 'ilicet': nam 'vale' dicebatur post tumuli quoque peracta sollemnia.*

ria o sobre el *bustum* del difunto. En tiempos más remotos, cautivos y esclavos eran inmolados, pero de esta primitiva y ruda costumbre nacieron los certámenes gladiatorios (llamados *bustuarii*) alrededor del *bustum*. Sin embargo, los certámenes a los que Craso se refiere no son *bustuarii* en sentido estricto, ya que se llevarán a cabo en el circo de Bayas al día siguiente, y como tales ya han sido comentados. Estos juegos gladiatorios tenían un especial carácter sagrado, ya que la sangre de los combatientes complacía a los manes, por lo que no es extraño el comentario de Catilina en JMR Con 204: “Un verdadero romano no debería apostar en los *munera*. Se supone que, al fin y al cabo, son juegos funerarios. Sólo debería apostarse en las carreras”. Como hemos dicho, remitimos al capítulo correspondiente dedicado a certámenes gladiatorios, donde analizaremos con mayor extensión los *munera sine missione* vinculados a funerales.

En cuanto a la comida fúnebre, Saylor nos enumera una serie de alimentos que podían comerse durante los días del duelo, que al concluir era cerrado con un banquete donde también podían participar los ciudadanos del pueblo si el fallecido había dejado disposiciones —y dinero, por supuesto— al respecto²¹². Pero Saylor pone de relevancia la comida del duelo, acerca de lo cual no hemos encontrado referencias en la literatura clásica, pero no sería improbable hallarlas. La comida también estaba vinculada en Roma con el hecho de la muerte más allá del acto prosaico de que todos los días hay que comer. De acuerdo con Saylor, la comida también se viste de muerte, por así decirlo, lo mismo que en otros países (como es el caso de México) se preparan y comen determinados alimentos para ser comidos durante el tradicional Día de Muertos. Este disfraz de la comida en relación con el hecho del duelo, de ser verdad y comprobable históricamente, no sería tan extraño teniendo en cuenta que en la mentalidad popular, que llegó a convertirse en creencia sagrada, también los muertos comían, como lo demuestran muchos testimonios clásicos de llevar ofrendas de este tipo a las tumbas. El pasaje de Virgilio en la *Eneida* en que Andrómaca lleva ofrendas alimenticias a la tumba de Héctor no es aislado ni incongruente sino que responde a una tradición totalmente consolidada²¹³. De acuerdo con la vieja creencia —en contradicción con la certeza de la existencia de un Hades— de que el alma permanecía en la tumba, que pasaba a convertirse en recinto sagrado, el muerto también debía ser alimentado de tiempo en tiempo, puesto que si no podía

²¹² Friedlaender, *op.cit.* p. 857: “Representaba un gasto mayor que el del entierro en sí la costumbre de las familias prestigiosas y distinguidas de hacer que el municipio entero tomase parte en los funerales para lo cual solían organizarse el mismo día del entierro, o más tarde, en memoria del difunto, banquetes y espectáculos, principalmente combates de gladiadores, a los que se invitaba a todo el pueblo”.

²¹³ Virg. *Aen.* III, 300: *Sollemnis cum forte dapes et tristia dona / ante urbem in luco falsi Simoentis ad undam / libabat cineri Andromache manisque vocabat / Hectoreum ad tumulum, viridi quem caespite inanem / et geminas, causam lacrimis, sacrauerat aras.*

regresar malhumorado reclamando su alimento²¹⁴. También la misma tumba tenía su *culina*, peculiar especie de cocina de uso exclusivo de los muertos²¹⁵.

En SS Ap 56 Steven Saylor habla de la comida de duelo, a propósito del asesinato de Publio Clodio:

Los clodianos bebían y comían en honor de su líder muerto. Los pobres y hambrientos de la ciudad se les unieron, al principio tímidamente y luego, al ver que eran bienvenidos, con alborozo. Llegaron enormes cantidades de comida (grandiosos recipientes llenos de morcillas, tarros de alubias negras, rebanadas de pan negro, todo oportunamente negro para una fiesta en honor del muerto, rociado con vino del color de la sangre.

Como puede verse, en este banquete todos los alimentos son oscuros, rasgo peculiar que no hemos podido constatar en ningún texto clásico, aunque por todas partes resulta un hecho evidente la constatación del banquete fúnebre. Un texto más original por los alimentos a consumir durante el duelo lo constituye el ejemplo que hallamos en SS Just 170, donde Saylor explica cuáles son los alimentos de la última cena antes del entiero de Lucio Licinio, después de cuya cremación y sepultura se procedería al banquete fúnebre. Mientras tanto, todos los habitantes de la casa deberían ayunar, o cuanto menos, comer frugalmente, como explica Saylor: “Según la tradición tendría que ser una cena frugal y simple: pan común, lentejas sin salsa, vino aguado y puré de cereales”. Hasta aquí, todo es de lo más normal, ya que se entiende que el ánimo de los presentes no es el más festivo al final de un duelo que dura siete días. Los cereales, desde luego, eran comunes durante el duelo, en incluso eran repartidos durante el banquete público que sucedía a veces tras el entierro, generosidad que era llamada en sentido extenso *visceratio*²¹⁶. Pero la innovación de esta última cena de los siete días de duelo llega inmediatamente, participando de elementos más sabrosos sin perder la compostura del doloroso momento: “Como innovación, la cocinera de Gelina había incluido varias exquisiteces, todas negras: huevas de pescado servidas en cortezas de pan moreno, huevos en vinagre teñidos de negro, aceitunas negras y pescado adobado en tinta de calamar”. Como vemos, la ocasión permite fantasear con el gusto sin romper las formalidades más estrictas. Si bien en Saylor la comida fúnebre adquiere en estas dos menciones la característica de oscuridad, no hemos hallado ejemplos paralelos en las novelas de Maddox Roberts, por lo que no podemos determinar si no se tratará de una invención muy vero-

²¹⁴ Fustel, en *op.cit.* pp. 12-13 aborda este tema. En realidad, todo el primer capítulo de su libro, titulado precisamente “Creencias sobre el alma y sobre la muerte”, resulta ser un fantástico resumen de la religiosidad griega y romana con respecto a la tumba y a sus muertos.

²¹⁵ Festo, s.v. *Culina*: *Culina vocatur locus in quo epulae in funere comburuntur.*

²¹⁶ Así ocurrió tras la muerte del Pontifex Maximo P. Licinio Craso, según Livio en XXXIX, xlvi, 2: *P. Licini funeris causa uisceratio data, et gladiatores centum viginti pugnaverunt, et ludi funebres per triduum facti, post ludos epulum*; cf. también Livio, VIII, xxii.

símil, de Steven Saylor. En cuanto al banquete fúnebre debemos hacer constar que era llamado *silicernium* y entre las tumbas de Pompeya fue descubierto un triclinio construido en piedra y a cielo abierto para la celebración de estos acontecimientos²¹⁷.

2.2.2. Necrópolis.

Por último debemos abordar el tema de las necrópolis. Debemos recordar que en Roma, si bien había existido una necrópolis, generalmente los cuerpos acababan reposando en los panteones que bordeaban durante buena parte de su extensión la Vía Apia. Los ricos elevaban sus construcciones con las que no podrían rivalizar, ni muchísimo menos, los hombres de recursos modestos, y hasta pobres, que terminaban en las fosas comunes o en columbarios²¹⁸.

En SS Vest 62-63 Saylor nos cuenta, por medio de una alusión intrascendente a los embalsamadores de la Puerta Esquilina, que la necrópolis se encuentra más allá de la misma, pero será en SS Vest 71 donde nos haga una vívida descripción:

Por la Puerta Esquilina se pasa de la ciudad de los vivos a la ciudad de los muertos.

A la izquierda del camino está la necrópolis pública de Roma, donde se amontonan casi juntas las tumbas de los esclavos y las modestas sepulturas de los romanos pobres. Hace mucho, cuando Roma era joven, se descubrieron pozos de cal cerca de allí. Así como la ciudad de los vivos se arracimaba alrededor del río, del foro y de los mercados, la ciudad de los muertos se extendía alrededor de los pozos de cal, los crematorios y los templos en los que se purifican cadáveres.

A la derecha del camino están los pozos negros en los que los habitantes de la Subura y barrios colindantes arrojan sus basuras. Toda clase de desechos se amontonan en los fosos de arena... vajilla y muebles rotos, restos podridos de comida, prendas desechadas, sucias y rasgadas que ni siquiera un mendigo querría usar. Aquí y allá, los guardianes encendían pequeñas hogueras para quemar los desechos, luego echaban arena sobre los rescoldos con un rastrillo.

El ambiente desolador de la necrópolis es bastante realista. Allí eran enterrados los esclavos y los romanos pobres. Debe recordarse aquí que había dos clases de lugares para enterramiento: públicos y privados, pero ambos fuera de las murallas de

²¹⁷ Estos datos los proporciona, junto con un dibujo del triclinio en cuestión, Smith en *op.cit.* s.v. *Funus*.

²¹⁸ De este contraste se hace eco Borrell en JB Azul cuando Diomedes se cuestiona qué hacer con las supuestas cenizas de su tío Alcámenes y recibe de Baiasca la respuesta: “Si tienes un par de talentos que gastar, comprar una buena sepultura al borde de la Vía Apia y depositarla bajo una lápida de mármol labrado”. O en caso contrario, sigue apuntando el mismo personaje, “alquilar un nicho de segunda mano en los columbarios de cualquier catacumba. Al fin y al cabo tu tío no se va a enterar”. La última frase, como vemos, está en franca contradicción con las creencias supersticiosas de aquel tiempo.

Roma, ya que salvo las vestales y los emperadores, nadie podía ser enterrado intramuros so pena de algún castigo. Los lugares públicos eran en este tiempo de dos clases: para hombres ilustres, que eran enterrados en el Campo de Marte, y para ciudadanos pobres, que eran enterrados más allá de la Puerta Esquilina, como dice Saylor, es decir, en el Campo Esquilino donde estaba la necrópolis que describe el autor americano como un lugar caótico y atroz donde los cuerpos eran depositados en pozos o pequeñas cavernas llamados *puticuli*, como recuerda Varrón en *De lingua latina* V, iv, 25: *Extra oppida a puteis puticuli, quod ibi in puteis obruebantur homines, nisi potius, ut Aelius scribit, puticulae, quod putescebant ibi cadavera proiecta, qui locus publicus ultra Exquilias*. Como es lógico pensar, este lugar en el Campo Esquilino llegó a convertirse en un lugar infecto que posteriormente fue comprado por Mecenas y convertido en unos esplendrosos jardines sobre en los que construyó una magnífica mansion, hecho recordado por Maddox en JMR 40:

El hombre me informó de que el encargado de la funeraria acudiría a por el cadáver después del atardecer del día siguiente. Si nadie lo reclamaba en los tres días reglamentarios, sería enterrado a expensas del Estado en el cementerio comunitario, junto a los cadáveres de esclavos y otros extranjeros sin patrones. Esas grandes fosas que en verano perfumaban la ciudad se abrían en los terrenos ahora cubiertos por los hermosos jardines de Mecenas. Supone una notable mejora de la ciudad que siempre he aplaudido con vehemencia.

Pero la legendaria y más importante sucesión de tumbas privadas, que no estaban al alcance de cualquier ciudadano, estaba ubicada en la Vía Apia. Steven Saylor no podía dejar de proporcionarnos una descripción de la misma y de sus callados habitantes en la novela dedicada al asesinato de Publio Clodio y titulada, precisamente, *Asesinato en la Vía Apia*. Entre las páginas 172-173 de la novela el autor da una breve lección de historia con algunos detalles curiosos. Básicamente se centra en tres aspectos:

1) Descripción sucinta de la Vía Apia:

Alineados a lo largo de la carretera, como siempre en las principales vías públicas en las afueras de la ciudad, se sucedían tumbas y sepulcros grandes y pequeños. (...) Retorcidos cenotafios con inscripciones desgastadas por el paso del tiempo se erguían junto a retratos de familias recién esculpidas en mármol y piedra caliza. Entre las tumbas más distinguidas se hallaban las de los Escipiones, la familia cuya gloria había dominado Roma en la época anterior al nacimiento de mi padre. Conquistaron Cartago y comenzaron a consolidar el Imperio; ahora eran polvo.

Efectivamente, no todas las tumbas de la Vía Apia eran igual de esplendorosas, sino que las había de todas clases y en esta línea va la descripción que Saylor nos proporciona también de la Vía Apia en SS Rub 134. Friedlaender nos

cuenta que las había desde familiares, de cien pies cuadrados, hasta individuales de poco más de diez pies a cada lado²¹⁹, y no nos olvidemos del fastuoso liberto Trimalción, que en *Satiricón* afirma que en su sepulcro habrá viñedos, árboles frutales y una caseta para el guarda; abarcará veinte mil pies cuadrados y asignaría cien mil sestercios para comprar el terreno. A este respecto, la descripción que nos da Saylor en SS Rub 135 de la tumba del padre de Pompeyo es la de una obra adinerada:

We passed the Pompeius family plot. The tomb of Pompey's father was a gaudy, elaborate affair. All the gods of Olympus were crowded into the pediment, as if jealous of the honour, painted in lifelike colors and surrounded by a gilded border that glimmered red in the rays of the rising sun. The tomb looked recently painted and refurbished but lately neglected; weeds had grown about the in the time since Pompey and his household had fled south.

Friedlaender menciona que las más antiguas, de inscripciones gastadas por el tiempo, se alternan junto a los retratos de las familias recién esculpidos en lo que es una aproximación al hecho de que la tradición de ubicar las tumbas junto a las carreteras era antigua, y que se mantuvo durante numerosos años hasta el fin del Imperio. Lamentablemente, como remarca Friedlaender en su obra citada, de estos fantásticos monumentos hoy no queda vestigio que, en su gran mayoría, no sea más que ruinas. Los autores tampoco destacan el aspecto de las inscripciones funerarias, y en estas páginas Saylor sólo se limita a decir que eran tan antiguas que estaban borradas por el tiempo, aunque en SS Rub 136 transcribirá la de Numerio Pompeyo, que no se ajusta demasiado a los testimonios recabados por nosotros, quizá porque es más original:

Numerius Pompeius
Gift of the Gods
Who Jealously Reclaimed Him
After Twenty-Three years
Among the Living.

Generalmente, las inscripciones funerarias que llamaban y llamamos epitafios comenzaban con las letras D.M.S (*Dis Manibus Sacrum*), o simplemente D.M. seguido del nombre del finado y su edad, y a continuación el nombre de aquel que había levantado el monumento o pagado la urna²²⁰. Saylor habla de tumbas y sepulcros grandes y pequeños, y es que debemos también distinguir entre *monumentum*, o sepulcro erigido en memoria del muerto que albergaba en su interior la urna con las cenizas, y *conditoria*, que eran tumbas bajo tierra donde reposaba el cuerpo entero, y

²¹⁹ Friedlaender, *op.cit.* p. 858-859.

²²⁰ Smith, *op.cit.* s.v. Funus.

no una urna con sus cenizas²²¹.

2) *Mención de la familia Claudia:*

En este pasaje que reproducimos: “Igual de magníficas eran las tumbas de los Claudios. La Vía Apia era su carretera, o así la consideraban, ya que había sido construida por sus antepasados. Los Claudios fallecidos se apiñaban en un grupo denso a lo largo del camino en sus tumbas de piedra labrada, como espectadores que se empujan para ver un desfile”.

La familia Claudia, cuyo último exponente fue Clodio Pulcher²²², ya vulgarizado el *nomen* familiar, fue una de las más distinguidas y aristócratas de la ciudad de Roma hasta los tiempos finales de la República. El constructor de la Vía Apia fue concretamente Apio Claudio Caeco, de cuyo *praenomen* la importante vía tomó el nombre²²³. De entre todas las magistraturas que desempeñó, fue la de la censura en 312 a.C. la que le concedió mayor relumbre al construir la Vía Apia, que unía Roma con Capua, y el Aqua Claudia, obras que eran un reflejo de sus dos centros de interés preponderantes: el bienestar de la población urbana de Roma en el interior; en el exterior, el contacto con el mundo de los negocios de la Campania²²⁴.

3) *Descripción del monumento de Basilio.*

Se trata de la descripción más interesante relacionada con la Vía Apia, y tendrá importantes repercusiones en el desenlace de la novela.

En el extremo más lejano de la ciudad, donde las tumbas y los montículos de basura disminuían y se distanciaban más entre sí y el campo comenzaba a ser campo, pasamos junto al monumento de Basilio. Nunca supe quién fue el tal Basilio o por qué su tumba, construida como un templo griego en miniatura en la cima de una pequeña colina, tenía que ser más grande que las de los Claudios o los Escipiones. Las inscripciones son tan antiguas que resultaban ya ilegibles. Pero la prominencia y la situación del monumento lo convierten en una suerte de mojón. El monumento de Basilio marca el tramo más distante de los vicios de la ciudad o la incursión más lejana de la amenaza del campo, dependiendo del punto de vista. Tipos viciosos de todos los estilos se congregan allí. La zona es célebre por los robos y vio-

²²¹ Smith, *ibidem*.

²²² La descripción de su tumba la encontramos en SS Rub 135, pero será objeto de comentario más adelante, al hablar de este personaje histórico y de su hermana Clodia.

²²³ Liviani *operis periochae* IX, p. 15: *Appius Claudius censor aquam perduxit, viam stravit, quae Appia vocata est, libertinorum filios in senatum legit*.

²²⁴ Jorge Martínez-Pinna, Santiago Montero Herrero y Joaquín Gómez Pantoja, *Diccionario de personajes históricos griegos y romanos*. Madrid, 1998. Istmo; cf. s.v. Claudio Ciego. En esta misma obra, p. 416, podemos encontrar el cuadro genealógico de los Claudios a partir de primer Publio Claudio Pulcher, cónsul en 249 a.C. Los bustos de casi todos son aquellos a los que Gordiano describe “como espectadores que se empujan para ver un desfile”.

laciones. De ahí que la advertencia que suele hacerse a un amigo cuando sale de viaje por la Vía Apia sea: “¡Ten cuidado cuando pases junto al monumento de Basilio!”

Si bien nosotros tampoco hemos podido hallar más datos del tal Basilio, sí hemos descubierto que este peligroso enclave de la Vía Apia existió realmente, y al igual que en la novela de Saylor, también muchos fueron objeto de asalto y violencia. Por ejemplo, tenemos el testimonio de Cicerón en *Ad Atticum VII, ix, 1*: *Unas video mihi a te non esse redditas, quas L. Quinctius, familiaris meus, cum ferret ad bustum Basili vulneratus et despoliatus est*; y Quinto Asconio Pediano, en *Orationum Ciceronis enarratio, Milonianam*, p. 44 hallamos una sucinta explicación sobre esta famoso monumento: *Via Appia est prope urbem monumentum Basili, qui locus latrociniis fuit perinfamis, quod ex aliis quoque multis intellegi potest*. Otra descripción de la tumba de Basilio puede volver a hallarse en SS Rub 137, aunque no es tan interesante como la anteriormente reproducida.

Han quedado por mencionar en este punto final de nuestro comentario los famosos columbarios o *sepulcra familiaria*, ya que eran construidos por privados para ellos y sus familias, o para él mismo y sus herederos. Tomaban su nombre de la disposición de nichos unos sobre otros, a la manera de los nidos de las palomas, y donde eran depositadas las urnas funerarias de los fallecidos de una familia. Uno de los más perfectos todavía puede verse en la villa Rufini, dos millas más allá de la Porta Pia²²⁵.

2.2.3. Visión sobrenatural del mundo de los muertos.

Las supuestas entradas al Hades dieron mucho juego desde la antigüedad en la imaginación popular. En SS Just 19 el militar Marco Mumio le dice a Gordiano el Sabueso: “Están en juego centenares de vidas de hombres, mujeres y niños. A menos que hagamos algo para evitarlo, la sangre correrá como el agua y los gemidos de los niños resonarán en la Boca del Hades”.

Gordiano sabe que no habla en sentido metafórico, y así se lo explica y lo explica a los lectores en SS Just 33:

Sospecho que en tu alma no hay sitio para la poesía, Marco Mumio. Ciñes la espada, no la lira, y cuando dijiste “Boca del Hades” hablabas literalmente. Yo nunca he tenido oportunidad de verla en persona, pero los colonos griegos que se instalaron alrededor de la Crátera, creyeron haber descubierto una entrada secreta a los infiernos en una hondonada azufrada que llaman lago Averno, también conocido como Boca del Hades, pues Hades es el nombre que los griegos daban al infierno, que los romanos anticuados aún denominan Orco. Según tengo entendido, el lugar está cerca de las más distinguidas casas de Bayas.

²²⁵ Smith, *ibidem*. El autor reproduce en el apartado correspondiente un dibujo de estos columbarios de la Villa Rufina, en Roma.

La Boca del Hades, lugar ubicado en Bayas, era una supuesta entrada al mundo infernal que tendrá mucha importancia en esta novela de Saylor, pero además de esta supuesta entrada geográfica al mundo de los muertos, llamado también Tártaro y Orco²²⁶, existen en la novela alusiones al mundo infernal por medio de símiles de carácter meramente colorido que hacen más vívida la romanidad de las novelas. Así, para Decio abandonar Roma es como hallarse en el Hades, y cuando alguien muere lo hace cruzando la laguna Estige, por citar sólo dos ejemplos entre muchos del mismo orden²²⁷. La laguna Estige, como frontera entre el mundo mortal y el de las almas del Tártaro, es la más mencionada seguida de la referencia al río Lete cuyas aguas producen el olvido, en una imagen que procede de la literatura grecolatina y se ha perpetuado hasta nuestros días, pasando por los clásicos²²⁸. Steven Saylor hace una pequeña enumeración de los lugares más representativos de la geografía infernal en SS Just 142-143: “El Aqueronte, el río de la desdicha, y el Cocito, el río de las lamentaciones. También el Flegetonte, el río del fuego, y el Lete, el río del olvido. Todos desembocan en la gran laguna Estige, por donde Caronte conduce a los espíritus de los muertos hacia los desolados páramos del Tártaro”. Quien habla es Gelina, viuda de Lucio Licinio, y quien cree firmemente en que la Boca del Hades, la de Bayas, es la que conduce a todos esos emplazamientos amedrentadores. Una descripción fantástica de la geografía infernal, que el novelista Saylor conoce perfectamente, es la de Virgilio en *Eneida* VI, 700 y ss.

Otro portal que comunica con el universo de ultratumba, mencionado por Maddox pero no por Saylor, es el *mundus*. En JMR Con 142 se nos comenta la importancia del *mundus* del templo de Ceres, el único en Roma:

—El *mundus* amenaza derrumbarse. Podría hacer caer el templo entero.

—Parece grave —admitió él.

El *mundus* era muy importante para nosotros porque constituía el único medio para acceder al submundo. Existen otros en Italia, pero sólo uno en Roma. Todos los ofrecimientos y mensajes debían llegar de algún modo a los dioses del submundo y nuestros difuntos, de modo que no podíamos permitir que nuestro *mundus* se derrumbara.

²²⁶ Orco fue una divinidad etrusca que acabó por ser asimilada por Hades o Plutón. Como en el caso de Hades, también su nombre fue sinónimo del reino infernal. Cf. Propertio III, xix, 27: *Non tamen immerito Minos sedet arbiter Orci*.

²²⁷ JMR Tem 1: “Life away from Rome is usually a sort of living death, a trans-Styxian suspension of the processes of living”; JMR Mist 43: “Entonces reparé en la pequeña pila de efectos personales dejados atrás por Paramedes de Antioquía antes de cruzar la laguna Estige”. Más referencia de este tipo pueden hallarse, por ejemplificar un poco más, en JB At 121, JMR Sac 3 o JMR Sat 205 (haciendo un símil con la resaca después de Saturnales).

²²⁸ Así, cuando Góngora quiere expresar que el cíclope Polifemo jamás se peina, escribe: “Negro el cabello, imitador undoso/ de las oscuras aguas del Leteo,/ al viento que lo peina proceloso/ vuela sin orden, pende sin aseo”. La referencia es doble, por una parte la oscuridad de las aguas y por otra el olvido de peinarse”.

El *mundus patens* se trataba de un templo, según algunos²²⁹, o una estancia del templo de Ceres en Roma de acuerdo con lo que nos cuenta Decio en este párrafo dedicado a los dioses del infierno o reino del Plutón y que sólo se abría tres veces al año: al siguiente día de las bacanales, el 3 de las nonas de octubre y el 6 de los idus de noviembre²³⁰. En estas fechas se suspendían las hostilidades, el levantamiento de tropas, la celebración de los comicios, bodas, negocios, etcétera, a no mediar una imperiosa necesidad, ya que durante ese tiempo estaba abierto el infierno, al que también llamaban *mundus*, como nos dice Macrobio en *Saturnalia* I, xvi, 18: *Mundus cum patet, deorum tristium atque inferum quasi ianua patet*. Se creía que este *mundus* era una fosa semiesférica que Rómulo había abierto en el Palatino y en la que arrojaban como ofrendas a los manes las primicias de todos los frutos²³¹.

El uso que le da Maddox a la palabra *mundus* implica una estancia del templo de Ceres, como ya hemos visto que puede leerse también en Festo. Sin embargo, en la novela *Saturnalia* usará de nuevo varias veces la palabra para referirse al círculo de piedras en cuyo centro arde una fogata y sobre la cual un joven esclavo será degollado en la escena del aquelarre ya comentada. Concretamente, en la página 140 de esta novela: “I saw then that she stood between the fire and a ring of stones perhaps three feet across. This had to be the *mundus* through which the witches contacted their underworld gods”. Es decir, que el *mundus* no sólo puede ser una estancia dentro de un templo, sino también un lugar especialmente consagrado como tal. En las páginas siguientes²³² veremos que el joven esclavo es degollado sobre el mismo, con lo que cumple su función de contacto con el ultramundo y el asesinato del mismo, que ofrece su sangre a los dioses del infierno, la función clara de convertir su sangre en alimento para las almas de los muertos²³³.

Y si los muertos más afortunados descansaban en el Hades, no era ésta una

²²⁹ Cf. *Enciclopedia universal ilustrada hispanoamericana*, vol XXXVII. Madrid, 1918 (reimp. 1973). Espasa-Calpe, s.v. *Mundus patens*.

²³⁰ Festo, s.v. *Mundus*, también menciona explícitamente este *mundus* del templo de Ceres: *Cereris qui mundus appellatur, qui ter in anno solet patere: VIII Kal. Sept. et III Non. Octobr. et VI Id. Novembr. Qui vel enim dictus est quod terra movetur*.

²³¹ Cf. Contreras, Acebes, Rico, *op.cit.* s.v. *Mundus*. También Marcos Casquero en su nota 176 a *Fastos*, explica que esa zanja abierta por Rómulo era el *mundus*: “Enterrar en ella tierra traída del lugar de origen de los fundadores, frutos, objetos diversos, etc., levantar encima un altar y realizar un sacrificio, tiene un marcado carácter propiciatorio, que busca mágicamente la estabilidad y la prosperidad de la nueva ciudad. El emplazamiento del primitivo *mundus* romano es muy controvertido. Hay quien confiere al *mundus* una relación con la vida de ultratumba y los dioses ctónicos.

²³² Más referencias en esta novela al *mundus*, pero todas insistiendo en la misma idea las hallamos en pp. 141-2, 146, 163, 191, 246.

²³³ Se trata de una ancestral y horrenda costumbre que fue transformada en sacrificios animales durante los entierros y ofrendas de comidas. Cumpliendo la misma función que en esta novela de Saylor, en *Troyanas* de Eurípides la infeliz Políxena es degollada sobre la tumba de Aquiles. Cf. *Troyanas*, vv. 39-40 y 622-3.

circunstancia de la que pudiesen gozar todos. En SS Vest 63 Lucio Claudio se pregunta: “¿Es cierto que los espíritus de la muerte se pasean al aire libre cuando llega el mediodía?” Al igual que en el folkore universal han sido tema recurrente los fantasmas y aparecidos, también en el mundo romano encontramos rastros de estos espectros, auténticas almas en pena que los romanos conocían como lémures, como recuerda Saylor en SS Vest 85 a estos muertos que no descansan en paz y a quienes dedica un relato de interesantes reminiscencias de la novela gótica:

Vengativos —proseguía el hombre—. Desdeñosos. Libres de remordimiento. Ya no humanos, espíritus carentes de calidez y misericordia, secos, quebradizos como astillas de hueso, no les queda nada salvo la maldad. Son muertos que no se han ido de este mundo como deberían. La venganza es su único alimento. El único regalo que ofrecen es la locura.

En SS Just 143 añade otros rasgos interesantes: “Otras noches escapan del lago Averno los terribles lémures, los espíritus perversos de los muertos que toman posesión de los lobos y vagan por el bosque. Sin embargo, Plutón los obliga a regresar por la mañana. Nadie puede escapar de su reino durante mucho tiempo”.

Las almas de los muertos, que eran enormemente temidas por los romanos, eran veneradas en el hogar bajo el nombre de *manes* y se les ofrendaba flores y alimento en los días de aniversario del nacimiento de los seres que representaban²³⁴. Pero éstos eran los antepasados y por eso espíritus benignos, puesto que había otra clase de espíritus mucho más temidos y que, como explica Saylor en el anterior fragmento, son las almas en pena que regresaban para atormentar a los mortales. Para aplacar a esos fantasmas furiosos, los romanos les habían consagrado dos fiestas cuya fundación se atribuía a Eneas. La primera era las *Feralia*, que se celebraban entre el 13 y el 21 de febrero. Durante los nueve días que duraban cesaban todos los asuntos, los matrimonios estaban prohibidos y los templos cerrados.

En los idus de mayo, entre los días 9 y 14, se celebraban las segundas de estas fiestas, las *Lemuria*, durante las cuales tenían lugar ceremonias fúnebres destinadas a apaciguar a los espectros, que se dividían en dos clases: *larvae*, almas de los criminales y sus víctimas, que eran representados como esqueletos y esta costumbre pervivió en la Edad Media como representación de la muerte. Se les adjudicaba el origen de los trastornos mentales en los hombres a quienes poseían: epilepsia, locura, hipocondría y otros.²³⁵ En segundo lugar estaban los *lemures*, no tan amedrentadores pero también temibles. Los *Lemuria* duraban seis días y las prácticas religiosas tres noches completas. El *lemur* de Numerio Pompeyo inquietará a Gordiano el Sabueso durante toda la narración de *Rubicón*, y de sus remordimientos encontraremos

²³⁴ Hacquard, *op.cit.* p. 30. En Ovidio, *Fasti* II 533-70 el poeta nos cuenta cómo por negligencia en cumplir con este deber los muertos salieron de sus tumbas.

²³⁵ Cf. Contreras, Acebes, Rico, *op.cit.* s.v. Larvae.

pasajes en SS Rub 107 y 267, sobre todo en este último donde una sombra le incita a pensar en qué podría decirle si Numerio Pompeyo regresara de entre los muertos para pedirle explicaciones por la vida que le impidió tener, junto a su mujer y su hijo. También el supuesto *lemur* de Catilina se convertirá en un símbolo recurrente durante toda la novela *Last Seen in Massilia*. Es más, uno de sus fanáticos seguidores afirmará en SS Last 129 que su *lemur* continúa vagando por el mundo tras su muerte en Pistorium.

El relato de Saylor, *Los lémures*, transcurre precisamente durante las *Feralia*, a tenor de lo que un aterrorizado vecino explica a Gordiano el sabueso:

En primavera, cuando llega mayo, tomo parte en las Lemurias, para alejar a los espíritus malignos. Murmuro los encantamientos y echo las judías negras por encima del hombro. Quizá funcione; los lémures nunca vienen en primavera, y están lejos durante todo el verano. Pero tan seguro como que las hojas se secan y caen de los árboles, me buscan cuando llega el otoño. ¡Quieren enloquecerme!

Llama la atención la mención de las judías negras, que también podían ser habas, y que permitían llevar a cabo un encantamiento para protegerse de estos demonios²³⁶. Gordiano el sabueso, que como todo buen detective es un racionalista y no cree en los lémures, los invoca de modo irreverente en alguna ocasión —en SS Vest 185 exclama: “Eco, ¿qué lémures estás haciendo?”, en clara transposición de nuestro “qué diablos”— y en SS Vest 115 concluye de forma brillante su relato *Los lémures* con una interesante reflexión de Gordiano:

Los lémures sí existen... quizá no como visitantes perceptibles por los sentidos, sino de otra manera. Los muertos tienen poder para sembrar la desgracia entre los vivos. El espíritu de un hombre puede acarrear estragos incalculables desde la tumba. Cuanto más poderoso es el hombre, más terrible es su capacidad de hacer el mal. (...) Roma es una ciudad encantada. El lémur de Sila nos persigue a todos. Es posible que esté muerto, pero no en paradero desconocido. Su maldad permanece, llevando la desesperación y el sufrimiento tanto a sus amigos como a sus enemigos.

No presta Maddox tanta atención a los lémures, y el mismo mensaje racionalista del autor respira en las palabras de Decio el joven cuando al contemplar el cadáver de la asesinada Hipatia en JMR Tem 176 no tiembla ante la posibilidad de que su espíritu se adhiera a su vida y lo atormente hasta la locura: “Were I a poet, I would say that her staring eyes were full of reproach, but they expressed nothing at all. The eyes of the dead never do”.

Quizá porque, como escribió de manera inigualable nuestro Ramón Gómez de la Serna, “los ojos de los muertos miran las nubes que no volverán”²³⁷.

²³⁶ Cf. Contreras, Acebes, Rico, *op.cit.* s.v. Habas.

²³⁷ Ramón Gómez de la Serna, *Greguerías*. Edición de Rodolfo Cardona. México, 1990, Rei México,

2.2.4. Conclusión.

Nuestros dos autores norteamericanos se sirven de todos los medios para provocar continuamente en los lectores el efecto de extrañamiento ante los rasgos culturales del mundo romano. Lo hacen a través de numerosas menciones al mundo mitológico, pero sobre todo se concentran en la vivencia del hecho religioso. Este extrañamiento percibido por el lector le posibilita penetrar en las novelas sin olvidar en ningún momento que se adentra en una cultura desaparecida y remota, y los autores lo potencian porque la familiaridad con que recrean a los personajes antiguos para adaptarlos a nuestra forma de dialogar y de razonar podría conducir las novelas a una modernización que acabaría por parecernos anacrónica. Los autores conceden gran importancia a la religión y a sus cultos, y éstos son más importantes dentro de la trama de las novelas que el gigantesco corpus mitológico del que se sirven abundantemente y para el que se basan principalmente en Homero, Virgilio y Ovidio.

Entre culto público y el privado, la balanza se inclina claramente hacia el público por medio de la intervención de augures, sacerdotes o vestales inmersos en un marco oficial donde la festividad religiosa es altamente importante. Sin embargo, a pesar de que tenemos constancia de la profunda religiosidad del romano antiguo, ni Gordiano el Sabueso ni Decio practican esta faceta religiosa, que en nuestros personajes se reviste de cierto agnosticismo o escepticismo de sabor muy actual. Ni Gordiano ni Decio son hombres temerosos de los dioses, y en este aspecto Saylor y Maddox van a dotarles de una mentalidad muy contemporánea. Los dioses y sus cultos son parte importante del entramado social, pero más allá de esta función no tienen un verdadero valor para los exquirientes de nuestras novelas.

Dos puntos importantes de la religiosidad romana son recreados multitud de veces en la obra de los dos novelistas norteamericanos: el vaticinio oracular sibilino y el augural. En comparación con el vaticinio oracular de la sibila de Cumas, el oráculo de Delfos carece de toda importancia, y cualquier mención al mismo sólo viene por alusividad a su leyenda y a su importancia histórica entre los griegos. En este aspecto, los personajes dibujados por Maddox y Saylor son nacionalistas, ya que la sibila de Cumas y las referencias a los libros sibilinos van a ser constantes. En cuanto al culto augural, ya hemos visto que se va a contraponer continuamente la importancia del colegio de augures y sus representantes al culto de origen etrusco constituido por los harúspices, etruscos que examinan las entrañas de los animales y cuyas prácticas, a pesar de ser muy habituales en la Roma antigua (ya hemos comentado el caso de Pompeyo rodeado de estos etruscos en *The Sacrilege*), no gozaban del favor

oficial. Sin embargo, tampoco los augures van a ser tomados muy en serio por los novelistas. Con una visión ciertamente muy contemporánea, Saylor y Maddox les muestran inmersos en una oficialidad rodeada de cierto escepticismo, y tanto Gordiano como Decio hacen algunas bromas acerca de la naturaleza premonitoria de los rayos o del vuelo de las aves para familiarizar su reticencia a creer en ellos con un lector contemporáneo.

Sin embargo, la religión oficial debe ser defendida por encima de todas las otras. Si bien en Roma todos los cultos podían ser practicados siempre y cuando no afectaran a la naturaleza del Estado, el miedo a los cultos extranjeros es una constante en el pensamiento de Decio el Joven. Miedo, no por la pérdida de un auténtico sentimiento religioso frente a cultos extranjeros, sino por temor a convulsiones sociales promovidas por locos visionarios, entre los cuales las profetisas como la *striga* Furia son un ejemplo extendido por los foros de la Urbe. También en la obra de Maddox, los amuletos representan frecuentemente lo extranjero y lo oscuro. La culminación de una religión extraña a la oficial, cruel y de orígenes preitálicos, llega como sabemos en la escena de aquelarre de *Saturnalia*, donde los paralelos con cuanto conocemos de las actuales ceremonias satánicas son múltiples. Para Saylor también es importante el culto de Cibeles en *La suerte de Venus*, una obra donde el autor vuelve a resaltar la idea de una organización de mujeres, una organización que en esta ocasión se congrega en torno a una religión extranjera y lleva a cabo sus prácticas al margen de la religiosidad romana tradicional.

Entre los funcionarios religiosos, sacerdotes y sacerdotisas, los novelistas van a conceder su justa importancia a las vestales. Van a describirnos meticulosamente sus costumbres y su forma de vida con cierto grado de extrañeza que transmiten con habilidad a un lector contemporáneo, a pesar de que cuando lo analizamos fríamente vemos que las vestales (obligadas a servir durante treinta años a Vesta) debían de vivir mucho mejor y gozar de muchas más libertades que las monjas de clausura, tan asimiladas en nuestra tradición católica. El enorme respeto que causaban las vestales, la importancia de sus obligaciones y la pena de muerte terrible que caía sobre ellas en caso de *incestum* van a ser tema recurrente no sólo de Maddox y Saylor, sino de todos los novelistas que se dedican a este subgénero de la novela policiaca.

Los demás funcionarios religiosos (pontífice máximo, augures...) no son más que cargos oficiales y políticos que los novelistas recrean con precisión pero sin concederles fe. Por ello, destaca siempre la importancia de la mujer como fidedigna depositaria del fenómeno religioso auténtico y verdaderamente comprometido: sibilas y vestales gozan de una aureola de prestigio y reverencia de la que carecen los demás cargos religiosos concedidos por razones eminentemente políticas.

Las festividades del calendario romano añaden colorido a las novelas. Desta-

can dentro de ellas la festividad del Caballo de octubre y el ritual de la Bona Dea (principalmente, por el episodio de la profanación de Clodio en *The Sacrilege*), pero sólo las Saturnales son relevantes hasta el punto de merecer el título de una novela de Maddox y un relato de Saylor donde se recrean sus curiosas costumbres, buscando siempre el paralelismo cultural con nuestras navidades. Ya hemos visto cómo la actitud de Cicerón ante las Saturnales será relevante y disímil en los dos autores.

En el capítulo de sacrificios, el aspecto civilizador de los mismos se da en el banquete que humaniza e invita a compartir el alimento del animal sacrificado (no se da en la festividad del Caballo de octubre en JMR Con 178-80, pero sí en el sacrificio de un cordero que lleva a cabo la sibila en SS Just 151-2). Desprovisto de este aspecto, demuestra su rostro más bárbaro en rituales extranjeros centrados en sacrificios humanos (como el aquelarre de *Saturnalia* y la condena a muerte de la víctima propiciatoria en *Last Seen in Massilia*).

Por último, advertimos que la representación del mundo de los muertos es más importante en Saylor que en Maddox (el cuento *Los lémures* o su descripción de la geografía infernal en *El brazo de la justicia*; también Saylor concede más importancia a las costumbres funerarias y a las descripciones de la Vía Apia). Mientras que para Maddox las fuerzas sobrenaturales más destacadas son los *genii* (descritos casi como curiosos trasuntos de nuestros ángeles de la guarda), para Saylor serán los terribles y atemorizadores lémures. Los lémures de Sila, Numerio Pompeyo o Catilina tienen una destacada importancia simbólica en el relato *Los lémures* y las novelas *Rubicón* y *Last Seen In Massilia*.

Religión y mundo de los muertos.

En este apartado abordaremos la recreación que los novelistas llevan a cabo de los personajes históricos, aunque por razones de extensión deberemos ceñirnos sólo a los más representativos, y no a todos los que aparecen mencionados o recreados en estas obras. Lo haremos por orden cronológico en la medida de lo posible, aunque como es natural muchos de ellos comparten casi toda la amplia franja temporal que cubren las novelas de Steven Saylor y John Maddox Roberts. No cabe duda de que, entre la centena larga de personajes históricos que se pasean por estas obras y nos hacen más comprensible aquella turbulenta época que fue el fin de la República de Roma, al menos catorce brillan con luz propia, por lo que deberemos comentar cuanto menos los aspectos más esenciales de su recreación en esta serie de novelas. Estos grandes protagonistas del fin de la República que analizaremos a continuación son: Lucio Cornelio Sila, Marco Licinio Craso, Lucio Licinio Luculo, Marco Porcio Catón, Lucio Sergio Catilina, Publio Clodio y su hermana Clodia, Cayo Valerio Catulo, Marco Tulio Cicerón y Tirón, Cayo Julio César, Gneo Pompeyo Magno, Tito Annio Milón y Marco Antonio. El análisis que llevaremos a cabo de estos protagonistas fundamentales del periodo se centrará en sus aspectos más representativos, haciendo una selección de los textos en que estos aspectos son abordados, y remitiendo a pie de página a los fragmentos de las novelas en que tales aspectos son retomados con ligeros matices que en muchos casos vienen a enriquecer el retrato general pero que, a pesar de todo, son lo bastante redundantes con respecto a lo ya descrito como para ser analizados individualmente. Llevar a cabo un estudio exhaustivo de cada uno de estos personajes conduciría a diversas tesis doctorales, puesto que ellos son en realidad los protagonistas de estas historias de la Historia —valga la redundancia— y el material digno de comentario debería ser el de todas las novelas en toda su extensión. Gordiano el Sabueso y Decio Cecilio Metelo el Joven son, así pues, conductores de estos relatos donde Cicerón o Julio César abandonan el gesto del busto de piedra y resucitan con toda su humanidad —que en muchos aspectos es la de nuestro tiempo— ante nuestros ojos. Ante esta prolija realidad, abordaremos a cada uno de estos personajes desde algunos de los pasajes más representativos de los que son protagonistas.

1.1. Lucio Cornelio Sila, el principio del fin.

De acuerdo con la cronología, Sila es el primero de los grandes personajes históricos en intervenir y desaparecer acto seguido en estas obras —concretamente, en la saga de Saylor, pues si bien Maddox alude a él con frecuencia, no le hace intervenir en ninguna de sus novelas, mientras que el dictador tiene una gran importancia en *Sangre romana*—. La figura de Sila es una de las más controvertidas del último siglo de vida de la República, y su paso por la historia dejó un macabro precedente de sangre y corrupción que afectaría para siempre el futuro de la Urbe y, por consiguiente, de nuestra civilización. No cabe duda de que la primera fuente en que se basan nuestros novelistas para recrear a Sila es la *Vida* de Plutarco, y en menor medida, la obra de Salustio, que está llena de referencias al dictador —como es el caso de *La conjuración de Catilina*—, o que incluso lo tiene como protagonista destacado en el desenlace de *La guerra de Iugurtha*¹.

1.1.1. Vida y carácter de Sila.

Como no podía ser menos, encontramos un buen resumen de la vida de Sila en SS Sang 268-72 que, por su extensión, no podemos reproducir aquí, aunque sí mencionar sus características específicas. Se trata del resumen más importante de su vida y obras llevado a cabo en estas novelas, y en esto Saylor se distancia considerablemente de las referencias puramente alusivas de Maddox. Este resumen de la vida de Sila, que el autor hace salir del *stylo* de Gordiano el sabueso, está principalmente basado en Plutarco²: en SS Sang 268 se nos habla de la pobreza de sus orígenes, aunque de linaje patricio (*Sila* I, 1); ocaso de la familia Cornelia a partir de la expulsión del senado de su antepasado Rufino (*Sila* I, 1); que vivió su juventud en casas de alquiler, entre ex esclavos y viudas (*Sila* I, 6); que se movía entre gente de la farándula (*Sila* II, 3-4) y que uno de sus primeros amantes fue Metrobio (*Sila* II, 6), quien también aparece en *Sangre romana*.

Entre SS Sang 268-9 hay una interesante descripción de Sila joven que Gordiano lleva a cabo haciéndose eco de los comentarios de sus contemporáneos:

Dicen que el joven Sila poseía un gran atractivo. Tenía poderosos huesos, mandíbula cuadrada y complexión un poco rechoncha, y una barriga blanda y amplia compensada por unos hombros musculosos. Su pelo dorado llamaba la atención en cualquier concurrencia. Sus ojos, al menos es lo que he oído referir a sus contemporáneos, eran ya tan extraordi-

¹ Así lo reconoce expresamente Steven Saylor en la *Nota del autor* en SS Sang 379. Además, añade, existen numerosas referencias en los autores de la época, especialmente en Cicerón.

² Plutarco, *Vida de Sila*. Remitiremos entre paréntesis dentro del cuerpo de texto a los capítulos exactos del texto plutarquiano.

narios como ahora: penetrantes y de un azul claro, dominándolo todo con la mirada y confundiendo a aquellos que se la devolvían, adoptando una expresión traviesa mientras perpetraba los crímenes más atroces y una faz terrible y adusta cuando estaba absorto en el placer.

Si bien esta recreación de Saylor se basa, igualmente, en Plutarco y en Salustio³, debemos recordar ahora y dejar bien asentado que el trabajo del novelista siempre se toma sus libertades, y así como Shakespeare bebió de Plutarco como tantos otros lo han hecho a lo largo de la historia, los resultados de la recreación basándose en fuentes antiguas no seguirá nunca al pie de la letra el modelo original. Lo contrario sería una aberración desde el punto de vista literario. Así pues, no andamos desencaminados al ver aquí el modelo de Plutarco en *Sila* II, 1-2 con respecto a los ojos, pero nunca su transliteración:

τὴν δὲ τῶν ὀμμάτων γλαυκότητα δεινῶς πικρὰν καὶ ἄκρατον οὖσαν ἠχρόα τοῦ ὑπρόσωπου φοβερωτέραν ἐποίει προσ ἰδεῖν. ἐξήνθει γὰρ τὸ ἐρύθημα τραχὺ καὶ σποράδην καταμειγμένον τῇ λευκότητι· πρὸς δὲ καὶ τοῦνομα λέγουσιν αὐτῷ γενέσθαι τῆς χροᾶς ἐπίθετον, καὶ τῶν Ἀθήνησι γεφυριστῶν ἐπέσκωπέ τις εἰς τοῦτο ποιήσας· συκάμινόν ἐσθ' ὁ Σύλλας ἀλφίτῳ πεπασμένον.

Y más adelante, en *Sila* VI, 7 queda de manifiesto el color dorado de su cabello, rasgo distintivo que Saylor hace bien en recordar:

τῆς μὲν γὰρ ὄψεως ἴδιον εἶναι τὸ περὶ τὴν κόμην χρυσοπόν,

evocación de Plutarco que también hallamos en SS Sang 350: “Sila se inclinó hacia adelante. Su cara se hundió en las sombras. El candil aureoló sus cabellos color de fuego”.

En SS Sang 269 Saylor continúa recordando la relación del joven Sila con la viuda Nicópolis (*Sila* II, 7), quien al morir le dejó toda su fortuna, así como también su madrastra le nombró único heredero (*Sila* II, 8); el novelista traza un repaso también de las acciones de Sila durante la guerra de Yugurta, cuyas empresas narra Salustio en *Bellum Iugurthinum* 95-114, no sin recordar que Mario fue quien se llevó la gloria, y como sabemos, esto fue causa de la enemistad que a partir de entonces se

³ En las páginas finales de *Sangre romana*, Cicerón recibe la inesperada visita de Sila, y Saylor tiene la oportunidad de hacer, por ojos de Gordiano, una interesante descripción del dictador, ya viejo y decadente, en SS Sang 348: “Nunca había visto a Sila de tan cerca. La luz del candil, procedente de arriba, creaba profundas sombras en su cara, rodeando la boca de arrugas y haciendo brillar sus ojos. Su gran melena leonina, antaño famosa por su lustre, se había tornado áspera y mate. Tenía la piel descolorida y llena de manchas, moteada de puntos rojos y surcada de venas rojas, tan finas como el vello de las abejas. Los labios eran secos y agrietados. Un racimo de pelos oscuros le asomaba del interior de la nariz. Era simplemente un viejo general, un libertino envejecido, un político agotado. Sus ojos lo habían visto todo y no temían nada. Habían sido testigos de los extremos de la belleza y el horror y nada podía impresionarles. Y sin embargo había avidez en ellos, algo que pareció saltar y asirme el cuello cuando se volvió hacia mí”.

ganó con Sila⁴.

Entre SS Sang 269-70 Saylor recuerda las empresas de Sila en Oriente, sus victorias en Capadocia y sus mensajes de paz en el reino de los partos (*Sila* V, 6 y ss.); en SS Sang 270 Gordiano explica cómo un sabio parto, analizando los rasgos faciales de Sila para encontrar alguna debilidad de su carácter, retrocedió asombrado al no hallar ninguna, y el novelista norteamericano lo hace basándose en Plutarco y recreando de manera apócrifa las memorias de Sila:

Sila, al que jamás se podrá culpar de falsa modestia, relata la reacción del viejo caldeo en sus *Memorias*: “¿Puede un hombre tener tal grandeza y no ser el más grande de la tierra? ¡Me asombra, pero no su grandeza, sino que incluso ahora se abstenga de ocupar el lugar prioritario que le corresponde, como el primero en todo por encima de sus semejantes!”

Esto, como sabemos, podemos leerlo en *Sila* V, 11, sin que sepamos si hemos de debérselo a la ausencia de falsa modestia del dictador, pues sus *Memorias* — en las que por cierto se basa Plutarco⁵ — no han llegado a nosotros: ὡς ἀναγκαῖον εἶη τοῦτον τὸν ἄνδρα μέγιστον γενέσθαι, θαυμάζειν δὲ καὶ νῦν πῶς ἀνέχεται μὴ πρῶτος ὄν ἀπάντων.

Continuando con los acontecimientos de la vida de Sila sintetizados en SS Sang 270, una estatua llegada desde Numidia celebra la victoria contra Yugurta, pero ésta representa sólo a Sila, sin que haya rastro de Mario por ninguna parte, lo que obligó a Mario a exigir la retirada de la misma del Capitolio, o su destrucción, lo que desata el odio declarado entre ambos hombres (y este mismo episodio procede igualmente de Plutarco en *Sila* VI, 1-2); Sila obtiene el primer consulado a los cincuenta años, junto con Quinto Pompeyo en 88 a.C. (*Sila* VI, 18).

Los acontecimientos expuestos en SS Sang 271 proceden directamente de Plutarco en *Sila* VIII-IX: el movimiento populista de Mario se apoya en el demagógico tribuno de la plebe Sulpicio, que vende la ciudadanía romana en pública subasta a ex esclavos y extranjeros; Sulpicio formó un ejército privado de tres mil hombres procedentes de la clase ecuestre, de entre los cuales seiscientos escogidos —a quienes Sulpicio llama el Contrasenado⁶— deambulan amenazadores por el Foro; el senado vota que Sila sea enviado a combatir contra Mitrídates, pero el Contrasenado de Sulpicio presiona hasta que el mando le es arrebatado y entregado a Mario; Sila huye de Roma para no ser asesinado, apela a los militares profesionales, que se rebelan contra sus oficiales nombrados por Mario; los partidarios de Mario saquean en

⁴ Puesto que Saylor parece seguir el hilo argumental de Plutarco, esto se corresponde a *Sila* III, 1-9. Maddox también recuerda la victoria contra Yugurta en JMR Con 114, aunque expresado en una confusa traducción al español: “[Sila] combatió en las batallas y conquistó Yugurta, aunque el viejo Mario se llevó todo el mérito. Pero al final los hombres que apoyaban a Sila salieron beneficiados”.

⁵ Como el propio Plutarco reconoce explícitamente, por ejemplo en *Sila* VI, 8.

⁶ Plut. *Sila* VIII, 3: ἀντισύγκλητον ὀνόμαζε.

Roma las propiedades de Sila y atacan a sus partidarios y cuando el Senado cede a todas las exigencias de Mario y Sulpicio, Sila entra en Roma con su ejército; la noche anterior Sila ha soñado con la diosa oriental Belona, quien destruye a sus enemigos.

En SS Sang 272 se produce el desenlace de la victoria de Sila: el harúspice (agorero, y no augur, dice la traducción española⁷) Postumio predice antes del alba, reunido el ejército, el triunfo de Sila⁸, quien entra en Roma con 35.000 hombres e incendia todo a su paso (*Sila IX*, 8-14); Mario y sus secuaces huyen de la ciudad tras ser condenados a muerte (*Sila X*, 1), pero Sulpicio es traicionado por uno de sus esclavos y condenado a muerte; Sila premia con la libertad al esclavo y a continuación le castiga como a hombre libre arrojándole desde la Roca Tarpeya (*Sila X*, 2).

Este es, como vemos, el pasaje más extenso dedicado al dictador en las novelas sin mencionar las legendarias y espeluznantes proscripciones, de las que hablaremos más adelante. Por supuesto, no podían faltar las referencias a su carácter, que es evocado varias ocasiones poniendo énfasis en aspectos que, de un modo u otro, ya encontramos en la biografía de Plutarco:

1.1.2. Acentuado erotismo de Sila.

El dictador es presentado, siguiendo los modelos clásicos, como un hombre de acentuado erotismo, si bien ninguno de los autores lo hace a través de descripciones comprometidas. En realidad, es Saylor quien destaca este aspecto de manera relevante, pero no Maddox, y la bisexualidad del dictador es evocada en un par de ocasiones, de manera desenfadada en SS Sang 69: “A Sila le gusta lanzar la red a ambos lados de la corriente”, y de manera más ortodoxa y fiel a Plutarco en SS Sang 203, cuando Rufo habla de la finalizada relación amorosa entre Sila y Crisógono: “Naturalmente, ahora no hay nada entre ellos, sólo amistad. En cuestiones de sexo, dicen que Sila es muy voluble, aunque al mismo tiempo fiel, porque nunca abandona a sus amantes; una vez que ha entregado su afecto, nunca lo retira. Sila es una persona constante, como amigo y como enemigo”. Detrás de este párrafo encontramos evidentes reminiscencias de Plutarco en *Sila II*, 3-6 donde el clásico define a Sila con tal concisión y elegancia estética que Saylor y Maddox han bebido de este capítulo cuyos puntos más relevantes diseminarán por aquí y allí en su obra:

Τοῖς δὲ τοιοῦτοις τῶν τεκμηρίων οὐκ ἄτοπόν ἐστι χρῆσθαι περὶ ἀνδρός, ὃν ο

⁷ Plutarco en IX, 6 escribe ὁ δὲ μάντις Ποστούμιος

⁸ La profecía de Postumio es introducida por Saylor después del sueño que tiene Sila con Belona, al revés que en Plutarco, *Sila IX*, 6 (auspicio de Postumio) y IX 7 (sueño de Sila con la diosa de la que, según Plutarco, los romanos aprendieron el culto en Capadocia, y a la que llaman bien Semele, bien Atenea, bien Enyo, es decir, Belona).

ὑπὸ φιλοσκώμμοινα φύσει γεγονέναι λέγουσιν, ὥστε νέον μὲν ὄντα καὶ ἄδοξον ἔτι μετὰ μίμων καὶ γελοιοποιῶν δεικνύσθαι καὶ συνακολασταίνειν, ἐπεὶ δὲ κύριος πάντων κατέστη, συναγαγόντα τῶν ἀπὸ σκηνῆς καὶ θεάτρου τοὺς ἰταμωτάτους ὁσημέραι πίνειν καὶ διαπληκτίζεσθαι τοῖς σκώμμασι, τοῦ τε γήρως ἀωρότερα πράττειν δοκοῦντα καὶ πρὸς τῷ καταισχύνειν τὸ ἀξίωμα τῆς ἀρχῆς πολλὰ τῶν δεομένων ἐπιμελείας προϊέμενον. οὐ γὰρ ἦν τῷ Σύλλῳ περὶ δεῖπνον ὄντι χρήσασθαι σπουδαῖον οὐδέν, ἀλλ' ἐνεργὸς ὢν καὶ σκυθρωπότερος παρά τὸν ἄλλον χρόνον, ἀθρόαν ἐλάμβανε μεταβολὴν ὅποτε πρῶτον ἑαυτὸν εἰς συνουσίαν καταβάλοι καὶ πότον, ὥστε μιμῶδοις καὶ ὀρχησταῖς τι-θασὸς εἶναι καὶ πρὸς πᾶσαν ἔντευξιν ὑποχείριος καὶ κατάντης. ταύτης δὲ τῆς ἀνέσεως εἶκε γεγονέναι νόσημα καὶ ἢ πρὸς τοὺς ἔρωτας εὐ-χέρεια καὶ ῥύσις αὐτοῦ τῆς φιληδονίας, ἧς οὐδὲ γηράσας ἐπαύσατο, Μητροβίου δὲ τῶν ἀπὸ σκηνῆς τινος ἔρων διετέλεσεν ἔτι νέος ὢν. καὶ συνήνησεν αὐτῷ τὸ τοιοῦτον.

Efectivamente, el comentario de Rufo acerca de que nunca abandona a sus amantes se relaciona con la expresión de Plutarco acerca de haber conservado, ya en su vejez, los amores con Metrobio, y en *Sila* XXXVI, 1 Plutarco evoca precisamente este ambiente de relajadas costumbres de los últimos años de Sila, fragmento en que se basa Saylor para recrear una fiesta en casa de Crisógono, amigo del dictador:

Οὐ μὴν ἀλλὰ καὶ ταύτην ἔχων ἐπὶ τῆς οἰκίας συνῆν μίμοις γυναιξὶ καὶ κιθαρῖστριαῖς καὶ θυμελικοῖς ἀνθρώποις, ἐπὶ στιβάδων ἀφ' ἡμέρας συμπίνων. οὗτοι γὰρ οἱ τότε παρ' αὐτῷ δυνάμενοι μέγιστον ἦσαν, Ῥώσκιος ὁ κωμῶδός καὶ Σῶριξ ὁ ἀρχιμίμος καὶ Μητρόβιος ὁ λυσιφθόος, οὗ καίπερ ἐξώρου γενομένου διετέλει μέχρι παντὸς ἔρᾶν οὐκ ἀρνούμενος.

Este carácter un tanto disipado de Sila es mencionado explícitamente en SS Sang 204, donde en palabras del joven Rufo —que ha sido invitado por Sila a la fiesta en casa de Crisógono— no deja de tener cierto carácter de corrupción: “Esta misma mañana recibí un mensaje de Sila diciendo que debía ir sin excusa. «Pronto vestirás la toga viril. Ya es hora de que comience tu educación masculina. ¿Qué mejor lugar que en compañía de las mejores personas de Roma?». Se refería a sus amigos del teatro, trágicos, cómicos y acróbatas”. De su naturaleza bromista, como recuerda Plutarco pero también Salustio⁹, queda constancia en SS Sang 252 cuando Crisógono comenta que Metrobio ha alterado los versos de una loa a Sila para convertirlos en una afrenta al dictador: “Sila captará la broma enseguida, y la seguirá fingiendo encolerizarse. Le encantan estos bromazos”. Este carácter bromista, desmedido siempre tanto en la gravedad como en la broma (*ioca atque seria*) será un motivo recurrente de comentario por parte de Saylor y Maddox¹⁰, hasta el punto de

⁹ Salustio deja claro que la naturaleza de Sila era la de un hombre capaz de pasar de la broma a la gravedad con la mayor naturalidad, de acuerdo con el retrato que de él hace en *Bellum Iugurthinum* XCV-XCVI. Concretamente, en XCVI, 2 nos cuenta que *ioca atque seria cum humillimis agere*.

¹⁰ Steven Saylor recrea una anécdota donde el sentido del humor de Sila no puede dejar de parecer-

que Sila se convertirá en un modelo de mente ingeniosa, capaz de conducirlo a los más altos triunfos militares como de elaborar, por qué no, modernos sistemas de espionaje para la época, en lo que Saylor convierte a Sila en un personaje de características casi mefistofélicas. Las perdidas *Memorias* del dictador se convierten para Saylor en un motivo de nostalgia, hasta el punto de que en SS Rub 275-6 el novelista recreará un fragmento absolutamente apócrifo de las *Memorias* de Sila donde éste explica un sistema para hacer llegar mensajes secretos mediante la vejiga de un cerdo. A pesar del carácter apócrifo del fragmento, merece la pena reproducirlo por su originalidad:

A military commander and political leader must often resort to sending secret messages. I credit myself with having invented a few clever methods of my own.

Once, when I needed to send secret orders to a confederate, I took the urinary bladder of a pig, inflated stoutly, and let it dry that way. While it was still inflated, I wrote upon it with encaustic ink. After the ink was dry, I deflated the bladder and inserted it into a jar, then filled the jar with oil, which reinflated the bladder within. I sealed the jar and sent it as if it were a culinary gift to the recipient, who knew beforehand to open and empty the jar in private, then break the jar to retrieve the bladder, upon which the message remained perfectly intact.

Como hemos dicho, se trata desgraciadamente de un fragmento apócrifo que ni siquiera debemos a la brillante y diabólica mente genial de Sila, y cuyo testimonio debemos a una fuente secundaria, como explica Saylor en la Nota del autor en SS Rub 285: “Sulla’s curious method of sending a secret message is known to us from a second century author, Polyaeus, who compiled a digest of such strategems for the aedification of Marcus Aurelius. It is my conceit that Sulla himself might have bragged of the incident in his (regrettably, lost) memoirs”. Pero de lo que no cabe duda es de que la elección de Sila para transmitirnos esta curiosa estratagema no es arbitraria, sino que pone muy de relieve la visión que de este personaje tiene Saylor, la de un personaje maquiavélico, un príncipe con tanta fortuna que es capaz de salir indemne de la propia espiral de horror y sangre que él mismo propició mediante las proscripciones que abordaremos seguidamente, un viejo zorro político que conseguirá sobrevivir a todo ello y retirarse a tiempo de la política antes de ser asesinado, al-

nos, incluso, profundamente negro, como cuando en SS Sang 73-4 se juega con el doble sentido de correr una juerga, y correr a la carrera. Lo cuenta el personaje de Cecilia y tiene que ver con la noche triunfal de Sila: “Lo recuerdo porque fue la misma noche del triunfo de Sila. Había fiestas por todo el Palatino. La gente iba de una a otra. Todo el mundo lo celebraba... las guerras civiles habían acabado por fin. Yo misma di una fiesta, en esta habitación, con las puertas del jardín completamente abiertas. Una noche cálida... hacía un clima exactamente igual al de ahora. El propio Sila estuvo un rato aquí. Recuerdo que hizo un chiste. «Esta noche —dijo—, todo el que es alguien en Roma o la está corriendo... o no para de correr». Naturalmente, hubo algunos que la corrieron y a quienes más les habría valido echar a correr”.

go que no conseguiría Cicerón con toda su inteligencia y su oratoria: evitar el desastre final. Saylor lo pone en labios de Sila en uno de los mejores diálogos del dictador en *Sangre romana*, exactamente en SS Sang 357:

Puede que mis otros sentidos me fallen, pero soy un viejo zorro, todavía tengo buen olfato y en esta habitación huelo la presencia de otro zorro. Voy a decirte algo, Cicerón: el camino que has elegido en la vida, al final, sólo conduce a un lugar y es el que yo ocupo. Puede que a ti no te lleve tan lejos, pero no conduce a ninguna otra parte. Mírame como si fuera tu espejo, Cicerón.

Esta premonición del alto destino y de la terrible caída de Cicerón no la tuvo que vivir Sila, como bien sabemos por la historia¹¹, ya que el dictador pudo retirarse a morir en soledad, como recuerda Maddox en JMR Mist 259 cuando Clodia se expresa con un desprecio muy característico, pero erróneo, del retiro del dictador antes de ser asesinado. Habla pensando en su hermano del advenimiento de un futuro rey de Roma:

Mario y Sila eran jugadores de segunda categoría —aseguró con calma—. Eran despiadados y sus soldados los veneraban, pero carecían de inteligencia. Mario se empeñó en seguir jugando cuando ya era demasiado viejo. En cuanto a Sila, una vez conseguido todo, decidió retirarse; fue el acto de un político imbécil. Nos aproximamos a los últimos asaltos de un gran *munera sine missione*, Decio. Cuando termine, sólo quedará un hombre en pie.

La imagen que se nos da de Sila es la de un hombre enamorado del peligro, expuesto siempre a él, pero con la habilidad suficiente como para eludir la desgracia fatal. Un hombre afortunado al que le gustaba enormemente tentar a la fortuna, hecho que recuerda Plutarco con suficiente intensidad como para que a Saylor no se le escape introducir el tema en SS Sang 349, en palabras del propio Sila: “Siempre me ha gustado sumergirme en el peligro sin pensármelo demasiado. Nunca me he hecho llamar Sila el Prudente, sino el Afortunado, lo cual, según mi opinión, es mucho mejor”. Ya nos dice Plutarco en *Sila* VI, 7-8 que Sila divinizó sus hechos y sucesos al atribuirlos a la Fortuna, hasta el punto de afirmar en sus *Memorias* que aquellos peligros que acometía con más temeridad que reflexión eran los que mejor resultados le daban. Hasta tal punto Sila se tenía a si mismo como Hijo de la Fortuna que después de su triunfo hizo que se le diese públicamente el sobrenombre de Afortunado (*Felix*, como explica Plutarco en *Sila* XXXIV), y cuando su esposa Metela le dio dos gemelos, una niña y un niño, los llamó Fausto y Fausta, pues como asegura Plutarco “los romanos llaman *fausto* a lo dichoso y plausible”.¹² Centrados

¹¹Plut. *Sila* XXXIV, 3:

οὕτω δὲ ἄρα οὐ ταῖς πράξεσιν ὡς τοῖς εὐτυχήμασιν ἐπίστευεν, ὥστε, παμπόλλων μὲν ἀνηρημένων ὑπ’ αὐτοῦ, καινοτομίας δὲ γενομένης καὶ μεταβολῆς ἐν τῇ πόλει τοσαύτης, ἀπο θέσθαι τὴν ἀρχὴν καὶ τὸν δῆμον ἀρχαιρεσιῶν ὑπατικῶν ποιῆσαι κύριον, αὐ- τὸς δὲ μὴ προσελθεῖν, ἀλλ’ ἐν

Plutarco “los romanos llaman *fausto* a lo dichoso y plausible”.¹² Centrados como estamos en los personajes más importantes de estas novelas, no es éste el lugar de profundizar en los dos hijos de Sila, aunque sí cabe decir que Fausta tiene una mayor importancia que su hermano, pues sobre todo en Maddox cumple un papel un tanto estereotipado de *femme fatal*, aunque no hasta el grado de la exageración de la Clodia recreada por el mismo autor. Es en JMR Sac donde Maddox resume en líneas generales la ascendencia de Fausto y Fausta¹³ sin dejar de vincularlos con la Fortuna proverbial de Sila:

I studied the woman. She was something of an enigma in Rome, famous but rarely seen. She and her brother, Faustus, were twins, a portentous enough circumstance without being the children of the godlike Sulla. At his death, Sulla had entrusted their care to his friend Lucullus. Faustus had joined Pompey in Asia and distinguished himself in the wars there. Fausta had remained with Lucullus and for some reason had never married. The twins received their unusual names from their father in honor of legendary good fortune.

A propósito de Metela, la madre de Fausto y Fausta (quien en aquel tiempo todavía no se había casado con Milón), Saylor tiene un recuerdo para el sonado divorcio en SS Sang 350, que el propio Sila evoca para Gordiano y Cicerón:

Una familia muy antigua e importante esos Metelos. He estado esperando que me apuñalaran por la espalda desde que me divorcié de la hija de Delmático mientras la pobre agonizaba. ¿Qué otra cosa podía hacer? Fueron los augures y pontífices quienes insistieron: no podía permitir que contaminara mi casa con su enfermedad.

Plutarco dedica un pasaje a este episodio en *Sila* XXV, 2, y es de aquí de donde Saylor toma esta evocación del propio dictador:

Διὰ μέσου δὲ τῆς θοίνης πολυημέρου γενομένης ἀπέθνησκεν ἡ Μετέλλα νόσῳ· καὶ τῶν ἱερέων τὸν Σύλλαν οὐκ ἔόντων αὐτῇ προσελθεῖν οὐδὲ τὴν οἰκίαν τῷ κῆδει μιανθῆναι, γραψάμενος διάλυσιν τοῦ γάμου πρὸς αὐτὴν ὁ Σύλλας ἔτι ζῶσαν ἐκέλευσεν εἰς ἑτέραν οἰκίαν μετακομίσθηναι. καὶ τοῦτο μὲν ἀκριβῶς τὸ νόμιμον ὑπὸ δεισιδαιμονίας ἐτήρησε·

Este célebre episodio, que efectivamente le hizo granjearse el odio de la *gens* Metela, es uno de los puntos oscuros de su vida privada, quizá el que más, y el mismo Salustio tiene un recuerdo para ello en el célebre retrato de Sila en *Bellum*

ἀγορᾷ τὸ σῶμα παρέχων τοῖς βουλομένοις ὑπεύθυνον ὥσπερ ιδιώτης ἀναστρέφεσθαι.

¹² Plut. *Sila* XXXIV 3:

ἔτι δὲ τῆς Μετέλλης παιδία τεκούσης δίδυμα τὸ μὲν ἄρρεν Φαύστον, τὸ δὲ θῆλυ Φαύσταν ὠνόμασε· τὸ γὰρ εὐτυχὲς καὶ ἰλαρὸν Ῥωμαῖοι φαύστον καλοῦσιν.

¹³ Existe otro pasaje muy interesante a propósito de Fausta en JMR Tem 191-2, aunque por su vinculación matrimonial con Milón, lo comentaremos al abordar a este personaje.

Iugurthinum XCV, 3: *Otio luxurioso esse, tamen ab negotiis numquam voluptas remorata, nisi quod de uxore potuit honestius consuli.*

1.1. 3. Las proscripciones de Sila y la dictadura.

En general, Sila es considerado por los antiguos como uno de los más notables hombres de armas de la historia romana, como demuestra el encendido retrato que de él hace Salustio en *Bellum Iugurthinum* XCV, pero también Plutarco en no pocos pasajes. Una de las batallas más gloriosas de Sila fue la defensa de Roma contra los samnitas en la Puerta Colina, narrada con buen pulso por Plutarco en *Sila* XXIX y ss., que recuerdan tanto Maddox como Saylor. Así, Maddox nos cuenta en JMR Sac 144: “Like all the gates, it was a holy place and had seen many battles. Hannibal is supposed to have heaved a spear over it as a gesture defiance, and just twenty one years before Sulla had smashed the Samnite supporters of the younger Marius outside the gate, a battle the Romans had watched from atop the walls as at an amphitheater”. También el Marco Mumio de Saylor en *El brazo de la justicia* recuerda esta batalla como uno de los grandes momentos de la historia reciente¹⁴.

De entre todos los acontecimientos históricos en los que Sila participó o fue instigador, ninguno más digno de triste recuerdo y más terrible que el de las proscripciones, recordadas una y otra vez a lo largo de estas obras como exponente máximo de una sociedad enferma al borde de la guerra civil y que tras la instauración de este doloroso precedente quedaría tocada de muerte. Plutarco narra con todo detalle el terrible episodio de las proscripciones a partir de *Sila* XXXI, después del triunfo de Sila en la Puerta Colina y de su entrada victoriosa en la Urbe, y Salustio, a pesar de la exaltada imagen que nos proporciona de la valerosidad de Sila, no puede dejar de mencionarlo veladamente y con cierta vergüenza, para no dañar la imagen heroica que nos proporciona del vencedor de Iugurtha en *Bell. Iug.* XXXV, 4: *Atque illi felicissimo omnium ante civilem victoriam numquam super industriam fortuna fuit, multique dubitavere, fortior an felicior esset. Nam postea quae fecerit, incertum habeo pudeat an pigeat magis disserere.*

Son tres los pasajes más interesantes dedicados a las proscripciones silanas, y los tres los hallamos en la obra de Saylor —Sila es personaje dramático que pertenece a Saylor, ya lo hemos dicho, pero sólo a Maddox de manera alusiva—. En SS Vest 93-4 Lucio y Gordiano recuerdan cuál fue la naturaleza cruel e injusta de las proscripciones, para lo cual se basa principalmente en Plutarco, *Sila* XXXI y XXXIII. El diálogo comienza con la explicación de Lucio:

¹⁴ En SS Just 60: “La batalla de la Puerta Colina —dijo Mumio con orgullo mientras miraba hacia abajo y se miraba la cicatriz—. El momento más glorioso de Craso... y también el mío. Fue el día en que recuperamos Roma para Sila; el dictador nunca olvidó lo que hicimos por él”.

—Furio fue el primer propietario de la casa. Tito y Cornelio la compraron cuando ejecutaron a Furio por sus crímenes contra Sila y el Estado (...). Furio y su familia se aliaron con quienes no debían durante la guerra civil; eran enemigos políticos de Sila. Cuando Sila consiguió el poder absoluto y que el senado lo nombrara dictador, purgó la República de enemigos. Las proscripciones... (...) Una vez que un hombre aparecía en las listas de proscripciones, cualquiera podía perseguirlo y llevar su cabeza a Sila para recibir una recompensa. No tengo que recordarte el baño de sangre, pues estabas aquí; viste las cabezas clavadas en lanzas delante del Senado.

—¿Y la cabeza de Furio estaba entre ellas?

—Sí. Fue proscrito, detenido y decapitado. Preguntaste a Cornelia si estaba segura de que Furio estaba muerto. Ella vio su cabeza en una lanza, con la sangre manándole del cuello. Mientras tanto, su propiedad fue confiscada y vendida en pública subasta...

—Pero las subastas no siempre eran públicas —dije—. Los amigos de Sila tenían derecho de opción sobre las mejores granjas y villas.

—Y los parientes del dictador —añadió Lucio con una mueca—. Cuando Furio fue decapitado, Tito y Cornelia no dudaron en contactar con Sila rápidamente y poner su sello en esta casa. Cornelia siempre la había codiciado; ¿por qué dejar pasar la oportunidad de poseerla, y por una ganga? —bajó la voz—. Los rumores dicen que les bastó hacer una sola oferta, ¡mil sestercios!

—El precio de una mala alfombra egipcia —dije—. ¡Qué chollo!

—Si Cornelia tiene algún defecto, es la avaricia. En realidad es el mayor vicio de nuestra época.

A pesar de la solvencia narrativa de estos autores, no existe ni una sola recreación en estas novelas de las proscripciones de Sila que aventaje en concisión, fuerza y vigor narrativo al capítulo XXXI del *Sila* de Plutarco, de donde beben directamente estos autores. Saylor nos dice que cuando Sila consiguió el mando absoluto y fue nombrado dictador purgó la república de enemigos, aunque quizá sólo por ironía no expresa por boca de Lucio que se tratase de “sus enemigos” o de “los enemigos de sus amigos”, como tal parece ser la interpretación de este hecho desde toda la antigüedad¹⁵. Como es natural, tanto Maddox como Saylor ponen el énfasis en la criminal consecuencia de las proscripciones, no sólo en el asesinato de ciudadanos y en la rapiña de sus propiedades —y esto era extensible a los hijos y nietos de los proscritos¹⁶—, sino en la ostentación de las cabezas cortadas en el Foro; curiosamente, esto para Plutarco no es tan importante, pues para el historiador el colmo de la ofensiva actitud de Sila venía dada no tanto por el alto número de asesinatos con o

¹⁵ Así está en Plut. *Sila* XXXI, 1:

Τοῦ δὲ Σύλλα πρὸς τὸ σφάττειν τραπομένου καὶ φόνων οὔτε ἀριθμὸν οὔτε ὄρον ἐχόντων ἐμπιπλάντος τὴν πόλιν, ἀναιρουμένων πολλῶν καὶ κατ' ἰδίας ἔχθρας, οἷς οὐδὲν ἦν πρᾶγμα πρὸς Σύλλαν, ἐφιέντος αὐτοῦ καὶ χαριζομένου τοῖς περὶ αὐτόν.

¹⁶ Plut. *Sila* XXXI, 4:

ὁ δὲ πάντων ἀδι κώτατον ἔδοξε, τῶν γὰρ προγεγραμμένων ἠτίμωσε καὶ υἱοὺς καὶ υἱωνοὺς, καὶ ἀ χρήματα πάντων ἐδήμευσε.

sin justificación, sino de que Sila se hubiese nombrado dictador a sí mismo, reproduciendo, dice, esta magistratura después de ciento veinte años¹⁷. Nos encontramos, no cabe duda, ante perspectivas distintas de la sociedad, pues si para nosotros el hombre está por encima de las instituciones, para los antiguos eran las centenarias y sagradas instituciones las que estaban muy por encima del hombre.

En cuanto al número de proscripciones, que ni Maddox ni Saylor especifican nunca, sólo sabemos de ellas que debió de ser bastante elevado, y si creemos a Plutarco, éstas se contaron por centenares, como el mismo Plutarco pone en boca del dictador en *Sila* XXXI, 3-4, al ser interpelado en el senado por Cayo Metelo, quien deseaba saber quiénes serían proscritos, con vistas a que los que no se hallasen en las listas pudiesen dormir tranquilos. La respuesta de Sila fue que así lo haría, y su forma de llevarlo a cabo no pudo ser más ambigua e inquietante:

ὁ δ' οὖν Σύλλας εὐθὺς ὀγδοήκοντα προέγραψεν, οὐδενὶ τῶν ἐν τέλει κοινο-
σάμενος. ἀγανακτοῦν τῶν δὲ πάντων, μίαν ἡμέραν διαλιπὼν ἄλλους προέ-
γραψεν εἴκοσι καὶ διακοσίους, εἶτα τρίτη πάλιν οὐκ ἐλάττους. ἐπὶ δὲ τούτοις
δημηγορῶν εἶπεν ὅσους μεμνημένους τυγχάνοι προγράψειν, τοὺς δὲ νῦν δια-
λανθάνοντας αὔθις προγράψειν.

El Furio a quien se refiere el texto entresacado de SS Vest 93-4 fue uno de estos desgraciados que, presumiblemente, no cometieron más crimen que excitar la avaricia de personajes siniestros que codiciaban sus bienes, pues como muy bien sentencia Lucio al final del diálogo, era la avaricia el mayor vicio de aquel tiempo, y si no lo era, sí resultaba al menos un vicio desmedido que podía acabar con la vida de muchos. Hasta qué punto muchos de los proscritos lo eran para ser desposeídos de sus tierras es un tema repetitivo en Maddox y Saylor, y no se trata de una fantasía de los autores modernos, pues Plutarco concluye el capítulo XXXI de su *Vida de Sila* con una ilustrativa y terrorífica anécdota:

ἦσαν δὲ οἱ δι' ὀργὴν ἀπολλύμενοι καὶ δι' ἔχθραν οὐδὲν μέρος τῶν διὰ χρήμα-
τασφαττομένων, ἀλλὰ καὶ λέγειν ἐπήει τοῖς κολάζουσιν ὡς τόνδε μὲν ἀνήρη-
κεν οἰκία μεγάλη, τόνδε δὲ κήπος, ἄλλον ὕδατα θερμά. Κόϊντος δὲ Αὐρήλιος,
ἀνὴρ ἀπράγμων καὶ τοσοῦτον αὐτῷ μετεῖναι τῶν κακῶν νομίζων ὅσον ἄλλοις
συναλγεῖν ἀτυχοῦσιν, εἰς ἀγορὰν ἐλθὼν ἀνεγίνωσκε τοὺς προγεγραμμένους·
εὐρῶν δὲ ἑαυτὸν, "Οἴμοι τάλας," εἶπε, "διώκει μετὸ ἐν' Ἀλβανῶ χωρίον." καὶ
βραχὺ προελθὼν ὑπὸ τινος ἀπεσφάγη καταδιώξαντος.

¹⁷ Plut. *Sila* XXXIII, 1:

Ἐξω δὲ τῶν φονικῶν καὶ τὰ λοιπὰ τοὺς ἀνθρώπους ἐλύπει. δικτάτορα μὲν γὰρ ἑαυτὸν ἀνηγόρε-
υσε, δι' ἐτῶν ἑκατὸν εἴκοσι τοῦτο τὸ γένος τῆς ἀρχῆς ἀναλαβών.

Efectivamente, el último dictador había sido C. Servilio Gémino, en 202 a.C. Sila se hizo nombrar por el interrey y confirmar por el pueblo con el título de *dictator reipublicae constituendae causa*, con atribuciones de poder sumamente arbitrarias.

Para la macabra cacería de los proscritos, Sila se valía sobre todo de las bandas organizadas, que proliferaron especialmente en su época y que con el tiempo acabarían por convertirse en una lacra para la Urbe. En realidad, cualquiera podía convertirse en verdugo del Estado, puesto que Sila disponía de una recompensa económica de dos talentos para quienes acabaran con la vida de un proscrito, y la pena de muerte para quien salvase a uno¹⁸. Para este asunto tiene el Cicerón de Saylor un recuerdo en SS Sang 54:

Cada día se hacía pública en el Foro una nueva lista de proscritos. ¿Y quién era el primero que acudía para leer los nombres? Nadie que pudiera haber figurado en la lista, porque todos estaban encogidos de miedo en sus casas o se habían hecho fuertes en sus villas rurales. Quienes primero acudían eran las bandas y sus cabecillas, puesto que a Sila poco le importaba quién destruyera a sus enemigos, reales o imaginarios, siempre que fueran destruidos. Aparecían con la cabeza del proscrito colgando del hombro, firmaban un recibo y obtenían una bolsa de oro a cambio. Nada les detenía a la hora de conseguir la cabeza. Echaban abajo las puertas de las casas de los ciudadanos. Golpeaban a sus hijos, violaban a sus mujeres, pero no tocaban nada de valor, pues cuando un romano proscrito muere, su propiedad pasa a manos de Sila.

Cualquiera podía ser integrante de estas bandas, o cazarrecompensas sin escrúpulos, aunque la noticia más famosa al respecto es la de la participación de Catilina en ellas, y en SS Cat 51 se nos recuerda un célebre episodio que conocemos gracias a Plutarco¹⁹ y que Gordiano evoca para nosotros:

Se dice que durante los terribles días de Sila el dictador, Catilina había sido uno de sus secuaces, y que había matado a algunos de sus enemigos y le había llevado sus cabezas para cobrar recompensa. Dicen que de esa forma mató impunemente a su propio cuñado. La hermana de Catilina quería ver muerto a su marido y Catilina lo mató a sangre fría, y luego lo legalizó poniendo a ese hombre en la lista de enemigos de Sila.

Más abajo en la misma página Gordiano expresará que “cuando el asesinato se hace legal es cuando se descubre la verdadera capacidad de los hombres para la maldad”, lo que viene a sintetizar en pocas palabras cuál era el espíritu de aquel tiempo en la Urbe. La implicación de Catilina como sicario de Sila parece cosa cierta, aunque el último representante de la familia Sergia fue acusado de muchas villa-

¹⁸ Plut. *Sila* XXXI, 4:

προέγραψε δὲ τῷ μὲν ὑποδεξαμένῳ καὶ διασώσαντι τὸν προγεγραμμένον, ζημίαν τῆς φιλοφροσύνης ὀρίζων θάνατον, οὐκ ἀδελφόν, οὐχ υἱόν, οὐ γονεῖς ὑπεξελόμενος, τῷ δὲ ἀποκτείναντι γέρας δύο τάλαντα τῆς ἀνδροφονίας, κἂν δούλος δεσπότην κἂν πατέρα υἱὸς ἀνέλη.

¹⁹ Plut. *Sila* XXXII, 3-4:

ἔδοξε δὲ καινότερον γενέσθαι τὸ περὶ Λεύκιον Κατιλίαν. οὗτος γὰρ οὐπω τῶν πραγμάτων κερκισμένων ἀνηρηκῶς ἀδελφὸν ἐδεήθη τοῦ Σύλλα τότε προγράψαι τὸν ἄνθρωπον ὡς ζῶντα· καὶ προεγράφη. τοῦ του δὲ τῷ Σύλλα χάριν ἐκτίων Μάρκον τινὰ Μάριον τῶν ἐκ τῆς ἐναντίας στάσεως ἀποκτείνας τὴν μὲν κεφαλὴν ἐν ἀγορᾷ καθεζομένῳ τῷ Σύλλα προσήνεγκε, τῷ δὲ περιρραντηρίῳ τοῦ Ἀπόλλωνος ἐγγὺς ὄντιπροσελθὼν ἀπενίψατο τὰς χεῖρας.

nías a lo largo de la historia, quizá porque su destino de conjurado le garantizó enemigos severos, no sólo con la espada sino con la pluma, a quienes debemos, en definitiva, el recuerdo de aquel personaje y de su tiempo. No es por esto extraño que Maddox ponga en boca del propio Catilina estas palabras en JMR Con 122 en su conversación con Decio Metelo, palabras que glorifican a Sila y que pueden parecer la opinión de un verdadero malvado, aunque más tarde en la conclusión debamos abordar la posición reivindicativa de Sila por parte de unos y de otros:

—Entonces, ¿qué clase de hombre necesita Roma? —pregunté.

—Un hombre como Sila —respondió Catilina para mi sorpresa—, que asumió el poder cuando todo era un caos. No ambicionaba ni el favor de la multitud ni el respaldo de los aristócratas. Purgó el senado, proscribió a los enemigos del Estado, reformó los tribunales, nos dio una nueva constitución y luego, cuando hubo terminado, despidió a sus lictores y salió del Foro como un ciudadano privado para retirarse a su casa de campo y escribir sus memorias. Ésa es la clase de hombre que Roma necesita.

Efectivamente, Catilina piensa en sí mismo cuando evoca a Sila, y Decio calla, pero en su reflexión escrita nosotros seguimos el hilo de sus pensamientos, lo que en el fondo constituye una triste verdad: “Había omitido que Sila había sido la causa y el dominador del caos político. Asimismo, éste había podido retirarse tranquilamente después de su dictadura porque había matado o exiliado a todos sus enemigos y dejado a sus propios partisanos firmemente asentados en el poder”²⁰.

1.1.4. Reformas silanas del estado.

Dejando ya un lado el tema de las proscripciones²¹, que terminaron oficialmente el 1 de junio del año 81²², debemos abordar cuáles fueron las más notorias reformas del Estado que Sila afrontó y llevó a cabo, centrándonos sobre todo en las dos más

²⁰ Encontramos dos recuerdos más sobre el favor de Catilina por Sila. En JMR Con 36 se nos dice claramente que era partidario de Sila, y en JMR Con 215 se nos menciona a los veteranos de Sila como parte integrante del ejército de Catilina en su batalla final, recuerdo que también es retomado por Saylor en su obra *El enigma de Catilina*, y posteriormente, en el recuerdo que de esta batalla final lleva a cabo en la novela *Last Seen in Massilia*.

²¹ Como ya hemos dicho, las proscripciones silanas son el mayor tema recurrente acerca del dictador dentro de estas novelas, razón por la cual no podemos abordarlas todas, cuanto más porque muchas de ellas son de carácter repetitivo, y no vienen a aportar nuevos matices destacados con respecto a lo ya expuesto. Otras referencias a las proscripciones pueden ser consultadas en SS Sang 55 (destino de las posesiones incautadas a los proscritos); SS Just 130-1 (recuerdo de las proscripciones y subasta de las pertenencias de proscritos); SS Cat 42 (recuerdo de las proscripciones, función de las bandas de sicarios y espectáculo de cabezas cortadas en el Foro); JMR Mist 20 (mención de propiedades confiscadas por Sila); JMR Con 98 (proscripciones, asesinatos, bandas y facciones); JMR Con 266 (bandas de Sila y ejecuciones); JMR Sat 12 (mención de las proscripciones); JMR Sat 61 (mención de proscripciones); SS Rub 40 (Cicerón recuerda el tiempo de las proscripciones y ejecuciones indiscriminadas; sin duda, el texto más interesante de todo este grupo aquí reseñado).

²² Roldán, *op.cit.* p. 498.

importantes, la reforma del senado y la limitación de poderes del tribuno de la plebe. La primera es recordada varias veces, principalmente por haber ejecutado a la mitad de los senadores que estaban en su contra, como en JMR Sat 63: “Sulla claimed that he was restoring the Republic, and he proved by murdering half the Senate and then making his supporters senators whether they’d served in office or not”; a continuación, por haber doblado el número de senadores introduciendo en el cuerpo a muchos de sus favoritos y compinches²³, y para colmo, sin haber buscado una alternativa a una Curia que se quedaba pequeña para el nuevo número de ingresados al cuerpo²⁴.

La reforma del cuerpo senatorial favorecía antes que nada a la rancia aristocracia²⁵, desmoroñado el populista Mario y debilitada la influencia del tribuno de la plebe. En Maddox parece haber una contradicción entre la reciente interpretación de la historia y lo que el autor norteamericano nos cuenta en JMR Sac 42, esto es, una debilitación de la facción ecuestre:

I spoke in praise of Sulla’s reform of the courts, taking them from the *equites* and giving them back to the Senators. Seemed a safe enough speech at the time. Sulla was dictator, after all. When I left the Curia a mob of equites chased me through the streets until I got to my house and barred the gate; then they burned my house down.

Lo cierto es que las reformas de la dictadura de Sila, así como las conclusiones de su periodo, no dejan de ser un tanto oscuras, razón por la cual se ha llegado a hablar como lugar común del “enigma” de Sila como objeto de estudio²⁶. En cuanto a la reforma del Senado, parece probado —y para ello Roldán se basa en la autoridad del exhaustivo estudio de Gabba²⁷—, que Sila comenzó emplazando a numerosos oficiales de ejército, hombres desconocidos pero leales, y que a continuación hubo un importante núcleo del orden ecuestre, especialmente de la nobleza municipal de origen itálico. Si bien las funciones judiciales fueron arrancadas a los *equites* y traspasadas al Senado, la inclusión de numerosos *equites* en el cuerpo ejerció un balance en la situación, y los *equites* no perdieron el privilegio económico de la administración del estado, las contratas públicas.

En cuanto al debilitamiento del tribuno de la plebe, figura que se había convertido en una amenaza para el control oligárquico, implantó que cada nueva pro-

²³ Sila aumentó de 300 a 600 el número de senadores. Cf. Roldán, *op.cit.* p. 499.

²⁴ Es en Maddox donde aparece esta desventaja fundamental de la reforma silana, como en JMR Mist 98: “El interior de la Curia estaba atestado de gente. Sila había doblado recientemente el tamaño del senado para llenarlo de sus secuaces, pero no había creído oportuno ampliar la Curia para acomodarlos”; otra referencia a este inconveniente se da de nuevo en idénticos términos en JMR Sat 46.

²⁵ Lo expresa Celer de manera explícita en JMR Sac 17: “The aristocratic faction has been in power since Sulla, and it grows increasingly divorced from political reality”.

²⁶ Cf. Roldán, *op.cit.* p. 494 y ss., donde se da cuenta de las características de la dictadura de Sila.

²⁷ Cf. Roldán, *ibidem.* p. 499.

puesta ley tribunicia debía ser aprobada por el Senado, con lo que anulaba la independencia y efectividad política de la magistratura. Además, Sila instauró una ley según la cual quien invistiera la magistratura tribunicia, quedaba impedido para presentar su candidatura a otras²⁸. Todo esto queda, en definitiva, bien sintetizado en JMR Con 199: “Bestia se levantó. Había sido elegido tribuno de la plebe para el año siguiente. Desde Sila, el tribuno de inferior categoría apenas tenía más autoridad que un cuestor de escasa categoría como yo. En aquellos tiempos se limitaban a convocar a la plebe para votar una propuesta de ley y someter la decisión al senado para su ratificación”. Sin embargo, esta situación no duraría, y los tribunos recuperarían con el tiempo todos sus derechos hasta hacerse más fuertes que nunca²⁹.

Si bien hoy predomina un balance absolutamente negativo de la dictadura de Sila, no han faltado desde antiguo voces que hasta cierto punto la defienden atemperando sus funestas consecuencias, a pesar de tanto horror e injusticia que notoriamente produjo. Incluso un personaje como Gordiano el Sabueso, poco sospechoso de filias políticas, realiza una reflexión en SS Sang 36-7 donde, una vez más, parecemos escuchar ecos de Plutarco en la *Comparación de Lisandro y Sila*:

No se puede decir que el río de sangre que inunda las calles de Roma comenzara con Sila, aunque éste ha puesto su grano de arena (...). Casi todo el mundo admite que Sila ha restaurado el orden en Roma. Quizá a un precio muy elevado y no sin un baño de sangre, pero el orden es el orden y no hay nada que un romano valore más. (...) Por supuesto, Sila es un dictador —proseguí—. Eso irrita al espíritu romano: todos somos hombres libres... al menos los que no somos esclavos. Pero un dictador no es un rey; eso es lo que dicen los legisladores. Una dictadura es legal siempre y cuando el senado la sancione. Sólo en casos de emergencia, naturalmente. Y sólo por un periodo de tiempo determinado. Si Sila ha conservado sus poderes durante casi un trienio en lugar del año que prescribe la ley... bueno, quizá sea eso lo que molesta a tu amo. Que no parezca un asunto muy limpio.

No es la única opinión aparentemente conciliadora acerca de Sila³⁰, aunque la natural ironía de Gordiano —que es la de Saylor— empapa todo su razonamiento a Tirón en la primera novela de la serie —de ahí que se refiera a Cicerón como “tu amo”—, pero en ella parecemos escuchar ecos de Plutarco en la *Comparación de Lisandro y Sila* I, 3-5, vida plutarquiana que Saylor conoce bien, como ha quedado suficientemente demostrado:

ὥσπερ ἐν Ῥώμῃ τότε διεφθαρμένου τοῦ δήμου καὶ νοσοῦντος αὐτοῖς τοῦ πο-

²⁸ Roldán, *ibidem*. p. 500.

²⁹ Así se nos explica detalladamente en JMR Sat 68.

³⁰ Si bien es verdad que las otras dos que hemos hallado son cualquier cosa menos imparciales. En SS Vest 88 su prima Cornelia habla con veneración de él y le llama “profundamente añorado dictador”, mientras que en SS Just 190 es el mismo Craso —que acumuló su gran fortuna durante las proscipciones de Sila— quien afirma que el dictador salvó a las mejores familias de Roma.

λιτεύματος ἄλλος ἀλλαχόθεν ἀνίστατο δυνάστης. καὶ οὐδὲν ἦν θαυμαστὸν εἰ Σύλλας ἦρχεν, ὅτε Γλαυκίαι καὶ Σατορνίνοι Μετέλλους ἤλαυνον ἐκ τῆς πόλεως, ὑπάτων δὲ ἀπεσφάττοντο παῖδες ἐν ἐκκλησίαις, ἀργυρίῳ δὲ καὶ χρυσίῳ τὰ ὄπλα παρελάμβανον ὠνούμενοι τοὺς στρατευομένους, πυρὶ δὲ καὶ σιδήρῳ τοὺς νόμους ἐτίθεσαν βιαζόμενοι τοὺς ἀντιλέγοντας. οὐκαίτιώμαι δὲ τὸν ἐν τοῖς οὗτοις πράγμασι μέγιστον ἰσχύσαι διαπραξάμενον, ἀλλὰ σημεῖον οὐ τίθεμαι τοῦ βέλτιστον εἶναι τὸ γενέσθαι πρῶτον οὕτω πονηρὰ πραττούσης τῆς πόλεως

Sin embargo, la figura de Sila no aparece en el tiempo como la de un psicópata como sí lo fue Calígula. El análisis en frío de los terribles acontecimientos de su dictadura arroja un balance cercano al de Plutarco o Saylor, como expone Roldán³¹ con precisión en su capítulo dedicado a la dictadura: “Las tristemente conocidas proscripciones de Sila se insertan en un ambiente que, ya en los años anteriores, estaba saturado de las crueldades, odios y sadismos sólo posibles en una guerra civil”. En definitiva, Lucio Cornelio Sila representará un parteaguas que presagia la futura historia de Roma³², marcada por intrigas políticas y guerras civiles. Su dictadura, a pesar de algún tímido y muy parcial comentario positivo por parte de algunos personajes vinculados con el dictador, es evocada en estas obras como un reinado de terror, merced sobre todo a la evidencia de la terrible medida de las proscripciones, que, de acuerdo con los cálculos más optimistas sería de 40 senadores y 1400 caballeros³³. En cierto sentido, a pesar de que la dictadura silana constituyó una prolongación de los desmanes de años anteriores, constituyó el principio del fin, al debilitar profundamente a las instituciones e instaurar el terrorismo de estado dentro de la Urbe. Nada volvería a ser lo mismo después³⁴, y con no poca frecuencia la bandera silana sería ostentada, bien por Catilina, bien por Pompeyo, como estandarte de una clara ideología política. César como el anti-Sila no sería en el fondo sino una proyección magnificada del dictador contra el que, paradójicamente, tomó posición. El mismo Cicerón, en un fantástico pasaje de SS Last 126, resumirá con desesperación y dolor la influencia de Sila, su legado de sangre y guerra civil que acabó por dinamitar la república romana:

Can you believe it? That it's happening again? That we must go through the same madness all over again? Our lives began with civil war, and now they shall end with it. A generation passes, and people forget. But do they really not remember how it was, in the war

³¹ Roldán, *op.cit.* p. 496.

³² Roldán, *op.cit.* p. 494: “Su figura es hoy, fuera de toda duda, el hito entre dos fases de la república romana”.

³³ Roldán, *op.cit.* p. 497.

³⁴ Roldán, *op.cit.* p. 502: “La personalidad de Sila y su trascendencia en el desarrollo político de la república romana obliga, con todas las salvedades, lagunas y provisionalidad que se desee, a intentar una comprensión de su significado, sin la que resulta difícil adentrarse en la etapa final de la tardía república con mayores ambiciones que la simple rutina de concatenar sus acontecimientos fácticos más llamativos”.

between Sulla and his enemies? Rome itself besieged and taken! And the horrors that followed, when Sulla set himself up as a dictator! You remember, Gordianus. You were here. You saw the gaping heads mounted on bloody pikes in the Forum —decent, respectable men, hunted down and murdered by bounty hunters, their property seized and auctioned off to Sulla’s favorites, their families impoverished and disgraced. Sulla got rid of his enemies —cleansing the state, he called it— made a few reforms, then stepped down and put the Senate back in charge. From that day until this, I have spent every hour of every day doing everything I could to fend off another such catastrophe. And yet—here we are. The Republic is about to come crashing down around us. Was this inevitable? Was there no way this could have been avoided?

Este fantasma de Sila, que recorrerá la historia romana, será evocado de manera muy plástica por Gordiano el Sabueso en un pasaje en SS Vest 115 que ya hemos comentado acerca de la influencia viva del lémur de Sila más allá de su muerte³⁵. Parafraseando al gran Juan Rulfo de *Pedro Páramo*, Lucio Cornelio Sila acabó por convertirse en “un rencor vivo”.

1.2. Marco Licinio Craso. La nostalgia de *Rosebud* y la codicia de Midas.

Marco Licinio Craso el triunviro tuvo una gran importancia en el marco político de su tiempo. Hombre de gran fortuna —aspecto al que los autores conceden siempre mucha relevancia—, la ambición desmedida fue su rasgo distintivo, y a la postre, esta ambición acabaría por ser la causa de su destrucción en una guerra mal dirigida contra los partos. Craso se nos aparece, pues, como una versión histórica y absolutamente verídica del mítico rey Midas que deseó que todo cuanto tocase se transformase en oro, y como aquel Midas, sucumbió bajo el peso de su excesiva ambición después de haber tentado a la suerte en demasiadas ocasiones. Hijo del tiempo de Sila, ninguno de los grandes protagonistas del fin de la República fue tan hábil para lograr morir en su cama, como el dictador consiguió después de abdicar del poder supremo. Craso fue, pues, el primero de una larga lista en caer bajo las armas conducido por una ambición absolutista que desde el tiempo de Sila acabaría por corromper a los grandes protagonistas de la Urbe.

Como ya hemos dicho, las referencias más insistentes nos hablan de que

³⁵ Muerte que, como sabemos, ocurrió a poco de retirarse de la vida política, devorado por gusanos que nacieron de su propio cuerpo, hecho recordado por Saylor en SS Just 95 al recordar al mago Eunús —a quien recuerda también Plutarco en su pasaje sobre la muerte de Sila—: “Apareció semidevorado por los gusanos, los mismos que, según se dice, atormentaron al gran Sila durante los últimos años que pasó en la Crátera, antes de morir de apoplejía”. Otro breve comentario al respecto se da en SS Last 126. Esta leyenda de que Sila murió devorado por gusanos que nacían de él mismo la hallamos en Plutarco, *Sila XXXVI*, 3-4, donde el autor se la achaca a la vida disipada con cómicos que hacía.

Craso era el hombre más rico no sólo de Roma, sino de todo el mundo romano. Saylor lo expresa de manera rotunda por boca de Gordiano en *El brazo de la justicia*, obra que junto a *The Sacrilege*, de Maddox, son las obras donde Craso adquiere mayor protagonismo. De hecho, *El brazo de la justicia* es, con toda propiedad, la novela que Saylor dedica exclusivamente a Craso, al igual que *Sangre romana* estaba centrada en Sila o *El enigma de Catilina* en el famoso conjurado. En SS Just 33 leemos:

¿Quién podía haberse permitido el lujo de fletar un medio de transporte tan ostentoso para llevar a un simple mercenario y encima con la triste reputación de Gordiano el Sabueso? Pompeyo también era capaz de derrochar su riqueza en un capricho personal, pero estaba en Hispania. ¿Quién podía ser entonces, sino el hombre considerado como el romano vivo más rico o, mejor dicho, como el romano más rico que ha existido en el mundo? Pero, ¿qué podía querer de mí Marco Licinio Craso, teniendo en cuenta que era propietario de ciudades de esclavos y que podía comprar los servicios de cualquier hombre libre?

Que Craso era un hombre de inmensa fortuna consta suficientemente en los textos, y es de nuevo Plutarco quien parece ser la fuente más recurrente de nuestros autores, aunque Plutarco nunca afirma que Craso fuese exactamente el hombre más rico del mundo romano³⁶. Así, en su *Vida de Craso* II 1-3, nos cuenta lo siguiente:

Ῥωμαῖοι μὲν οὖν λέγουσι πολλαῖς ἀρεταῖς τοῦ Κράσσου κακίαν μίαν ἐπισκοτῆσαι τὴν φιλοπλουτίαν· ἔοικε δ' <οὐ> μία, πασῶν δ' ἔρωμενεστάτη τῶν ἐν αὐτῷ κακιῶν γενομένη, τὰς ἄλλας ἀμαυρῶσαι. τεκμήρια δὲ τῆς φιλοπλουτίας αὐτοῦ μέγιστα ποιοῦνται τὸν τε τρόπον τοῦ πορισμοῦ καὶ τῆς οὐσίας τὸ μέγεθος. τριακοσίων γὰρ οὐ πλείω κεκτημένος ἐν ἀρχῇ ταλάντων, εἶτα παρὰ τὴν ὑπατείαν ἀποθύσας μὲν τῷ Ἡρακλεῖ τὴν δεκάτην καὶ τὸν δὴ μὸν ἐστιάσας, τρεῖς δὲ μῆνας ἐκάστῳ Ῥωμαίων σιτηρέσιον ἐκ τῶν αὐτοῦ παρασχών, ὅμως πρὸ τῆς ἐπὶ Πάρθους στρατείας αὐτὸς αὐτῷ θέμενος ἐκλογισμὸν τῆς οὐσίας, εἶδεν ἑκατὸν ταλάντων τίμημα πρὸς ἑπτακισχίλιους.

El banquete que Craso dio al pueblo ha sido comentado en el capítulo de Personajes mitológicos, y en el caso del origen de la inmensa fortuna de Craso³⁷, Plutarco no falta a la verdad cuando afirma que fue bastante turbio, ya que estuvieron detrás las proscripciones de Sila, como se afirma sin subterfugios en estas obras.

³⁶ Esto más bien parece tomarlo Saylor de las fuentes secundarias que usa para su novela *El brazo de la justicia*, que son de acuerdo con lo que el propio novelista reconoce en la Nota del autor en SS Just 307, la obra de Allen Mason Ward, *Marcus Crassus and the Late Roman Republic* (University of Missouri Press, 1977) y *Marcus Crassus Millionaire*, de F.E. Adcock. (Cambridge, 1966. W. Heffer and Sons Ltd.).

³⁷ Otras referencia a la fortuna de Craso las hallamos dispersas por todas las obras, como en SS Cat 50, en JMR Mist 31 (donde se nos dice que es tan rico como un faraón), en JMR Con 118, en JMR Sat 39 y 79. En JMR Sat 228 hallamos que Cayo Licinio se expresa de él con colorido desprecio: “Crassus is a fat sack of money and wind who once, with help, beat an army of slaves”.

Así, en JMR Con 225, Decio el joven nos explica: “Craso se había enriquecido con las proscripciones de Sila. Había perseguido y matado a personas cuyos nombres habían aparecido en las listas colgadas en el Foro y se había quedado con sus fincas como pago. (...) Había ocupado los cargos más elevados y parecía poseer la mitad del dinero del mundo”³⁸. Sin embargo, si bien en vida del dictador Craso fue leal a Sila, de donde vino buena parte de su fortuna, desaparecido éste debió evolucionar también su postura política, como expresa Maddox en JMR Con 102: “El grande y rico Craso, por su parte, había tratado de mantenerse al margen de la política de las facciones, pero navegaba hacia el campo de los populares. Como Pompeyo, había sido partidario de Sila y últimamente había comprendido que el futuro pertenecía a los políticos que ascendían”. En definitiva, Craso no era un hombre de ideologías ni de lealtades políticas, sino un individuo movido exclusivamente por la codicia, una codicia legendaria ya desde la antigüedad y un deseo de gloria desmedido que le conduciría a la muerte guerreando contra los partos.

La biografía que de Marco Licinio Craso se nos proporciona a lo largo de estas novelas bebe preponderantemente de fuentes plutarquianas. De entre todos los elementos expuestos a lo largo de estas obras, cuatro puntos adquieren notorio realce: la misteriosa y no probada vinculación entre Craso y Catilina; la guerra de Craso contra Espartaco; su eterna rivalidad con Pompeyo; y, finalmente, su presencia dentro del triunvirato junto a Pompeyo y César. Pero antes de abordar estos aspectos, resumiremos la biografía general de Craso que nos proporcionan Saylor y Maddox basándose, como decimos, fundamentalmente en la *Vida de Craso* plutarquiana.

1.2.1. Biografía de Craso.

Entre SS Just 102-3 Saylor pone en boca de Gordiano un retrato de Craso bastante realista, y no menos desmitificador:

Era un poco mayor que yo, pero tenía muchas más canas, lo cual no me sorprendió teniendo en cuenta las desventuras y tragedias de su pasado, incluida su huida a Hispania después del suicidio de su padre y del asesinato de su hermano a manos de los enemigos de Sila. Lo había visto con frecuencia en el Foro, pronunciando discursos o supervisando sus intereses en el mercado, siempre rodeado de un amplio cortejo de secretarios y aduladores. Me sentí un poco acobardado al verlo en una situación tan íntima, con el cabello enmarañado, los ojos soñolientos y las manos sucias de empuñar las riendas. A pesar de su enorme riqueza, no dejaba de ser humano. “Craso, rico como Cresos” decía el refrán; la imaginación popular de Roma lo pintaba como hombre de costumbres extravagantes. Sin embargo, los que eran lo bastante poderosos para moverse en su círculo, daban una imagen distinta de él,

³⁸ Otras menciones de este hecho las hallamos en SS Just 54 y 60 (en ésta última, recuerdo de Mumio acerca de su valeroso comportamiento junto a Sila en la batalla de Puerta Colina, ya visto al hablar de Sila).

basada en su aspecto exento de pretensiones. Si Craso era codicioso no era por el lujo que puede comprar el oro, sino por el poder que éste es capaz de conferir.

A continuación tiene lugar un interesante diálogo entre el Sabueso y Craso donde el novelista norteamericano nos va presentando a Craso en persona, permitiendo que nos hagamos una opinión de él mediante la ideología que Saylor pone en boca de este personaje. “No suelo contratar a hombres libres como tú” —expresa Craso a Gordiano en la misma página 103—. Prefiero servirme de los hombres que ya poseo. (...) Prefiero comprar un arquitecto a contratar sus servicios, de ese modo puedo utilizarlo una y otra vez sin ningún gasto adicional”. Craso se nos presentará, pues, no sólo como un hombre rico y poderoso, sino como alguien para quien el mismo ser humano no deja de ser una mercancía en toda su extensión. Recuerda mucho a la mentalidad del rey Midas, que Orson Welles reflejó tan bien en su *Ciudadano Kane*: si ningún teatro acepta una ópera protagonizada por mi esposa, construiré mi propio palacio de la ópera, es la mentalidad de Kane. Y en efecto, tanto el Charles Foster Kane que interpretó Welles como el Craso de Saylor se transforman —en este último caso siempre de la mano de Plutarco— en encarnaciones exacerbadas del poder que concede el oro.

El texto de Saylor seleccionado es interesante porque funde bien numerosos aspectos clásicos y novelescos. Se trata de la primera conversación entre Craso y Gordiano, y efectivamente Craso acaba de llegar a la casa de Lucio Licinio tras una larga cabalgada. No es todavía el hombre maduro que morirá guerreando contra los partos, sino la ambición desmedida, el hombre que sueña con derrotar a Espartaco y destrozarse sus ejércitos, lo que no tardará en conseguir cuando la acción de la novela concluya. Craso es todavía, en muchos aspectos, una promesa para Roma, pero una promesa acunada por Sila no deja de ser inquietante, y en esta dirección se mueve el tratamiento que Saylor hace del personaje.

Se nos menciona el suicidio de su padre y el asesinato de su hermano a manos de los enemigos de Sila, acontecimiento terrible que marcaría su vida. Craso tenía apenas veinte años cuando los populistas Cinna y Mario entraron en Roma y atizaron varios golpes mortales a la nobleza, a la que Craso pertenecía, y su hermano y padre —que había sido censor y merecido los honores del triunfo, dice Plutarco en *Craso* I, 1— se pudieron contar entre los muertos³⁹. El mismo Craso escapó de la muerte por ventura, y se refugió en Hispania, tierra que conocía desde que su padre había sido allí pretor (Plut. *Craso* IV, 1). Estas aventuras en Hispania serán desarrolladas más tarde en la novela, narradas por el propio Craso. “Si Craso era codicioso

³⁹ Plut. *Craso* IV, 1:

Ἐπεὶ δὲ Κίννας καὶ Μάριος κρατήσαντες εὐθὺς ἦσαν ἐνδηλοὶ κατιόντες οὐκ ἐπ’ ἀγαθῶ τῆς πατρίδος, ἐπ’ ἀναιρέσει δ’ ἀντικρυς καὶ ὀλέθρῳ τῶν ἀρίστων, οἱ μὲν ἐγκαταληφθέντες ἀπέθνησκον, ὧν ἦν καὶ ὁ πατὴρ Κράσσου καὶ ὁ ἀδελφός.

no era por el lujo que puede comprar el oro, sino por el poder que éste es capaz de conferir”⁴⁰. Y a este respecto, hay en JRM Sac 90 una reflexión sobre Craso que no tiene desperdicio:

Making money was a passion with Crassus, almost a sickness. Many of his contemporaries strove for power, believing that wealth would come to them as the natural concomitant of power. Crassus was the first roman to understand that wealth was power. Others struggled for years to obtain high military commands so that they could win loot and glory in foreign lands. Crassus knew that he could buy an army at any time.

La codicia de Craso, además del refrán “Craso rico como Creso”, fue legendaria mientras él vivió, hasta el punto de afirmar Plutarco en el fragmento ya mencionado en *Craso* II 1 que, si bien Craso acumulaba muchas virtudes, sólo el vicio de la codicia las ensombrecía hasta el punto de no ser distinguibles. Y la codicia, una y otra vez, será argumento repetitivo a lo largo de estas novelas, como expresa coloridamente Gordiano cuando, nueve años más tarde, vuelve a encontrarse con él durante los acontecimientos de *El enigma de Catilina*, y lo compara con Sísifo en SS Cat 218-9:

Su semblante indicaba un perpetuo descontento; nunca llegaría a estar satisfecho con sus éxitos. «Craso, rico como Creso», decía la cancioncilla popular que le comparaba con el avaro de la leyenda. Pero para mí era Sísifo, siempre empujando una enorme piedra montaña arriba para verla rodar cuesta abajo, y vuelta a empezar otra vez, logrando riquezas en influencias en el camino, más allá del alcance de cualquier hombre, pero nunca suficientes para permitirle un descanso.

En SS Just 176-8 se nos contarán más detalles de la vida de Craso, y Saylor permitirá que sea Craso quien los cuente, en la escena donde este personaje tiene mayor protagonismo. Poco a poco, y basándose siempre en Plutarco, Saylor nos revelará el personal “Rosebud” o felicidad perdida de Marco Licinio Craso. Por la extensión del pasaje, procedemos a realizar una síntesis:

En SS Just 176 se nos cuenta que Craso, tras la ya comentada muerte de padre y hermano, huye a Hispania en compañía de tres amigos y diez esclavos, pero su decepción es notable al darse cuenta de que, en vez de recibir una cálida acogida, todos le evitan por temor a represalias de Mario. Craso huye por la costa hasta llegar a la morada de un viejo amigo de su padre, Vibio Paciaco, en cuyas propiedades había una gran cueva en la que se ocultó⁴¹. Craso se ocultó en ella sin revelar a Vibio su

⁴⁰ La misma idea es expresada por Maddox en JMR Sac 39 presentando una contraposición entre el ambicioso Craso y el hedonista Luculo: “Lucullus was not as rich as Crassus, but whereas Crassus used his wealth to gain more money and power, Lucullus used his to indulge himself”.

⁴¹ Plut. *Craso* IV, 1-2:

τρεις φίλους ἀναλαβὸν καὶ θεράποντας δέκα, τάχει δ' ὑπερβάλλοντι χρησάμενος, εἰς Ἴβηριαν ἔ-

escondite, pero cuando sus provisiones se terminaron Craso envió un esclavo a pedir ayuda a Vibio. Éste decidió enviarle comida todos los días, así como libros y elementos de diversión, pero nunca vio a los fugitivos ni el emplazamiento en que estaban refugiados (Plut. *Craso*, IV 2-4).

Hasta aquí la narración sigue a Plutarco casi al pie de la letra, y a continuación, donde Plutarco describe la cueva, Saylor cederá la voz al mismo Craso, quien contará a partir de SS Just 177 que se trataba de una cueva muy cercana al mar, por encima del nivel del agua y rodeada de escarpados riscos; que un estrecho sendero difícil de encontrar conducía a ella, e incluso muy cerca había un manantial de agua fresca. Por dentro, la cueva también resultaba sorprendente, ya que sus numerosas grietas permitían la entrada de la luz solar (toda esta parte se corresponde casi literalmente en la novela con Plut. *Craso* IV, 5-7). El Craso de Saylor concluye su descripción —que no aparece en Plutarco— con una reflexión acerca de aquella temporada: “Tenía la impresión de que el tiempo se había detenido, de que por el momento no se esperaba nada de mí, ni dolor, ni venganza, ni esfuerzos para conquistar una posición en el mundo (...). Para mí fue una etapa de recogimiento absolutamente esencial”. Y es aquí donde Saylor introduce el tema de Rosebud: la añoranza de lo que, sin saberlo, fue la felicidad. Y para explicarlo, Saylor retoma a Plutarco en *Craso* V: no sólo Vibio correspondía a la amistad de Craso con abundancia de alimentos exquisitos, sino que incluso teniendo en cuenta la apetencia de los años, le envió dos esclavas —a quienes Saylor llama Aletea y Dione, detalle que no está en Plutarco y que bien pudiera ser inventado—, esclavas que hicieron más dulces los ocho meses que prosiguieron hasta que Cinna sufrió un atentado, Mario se volvió vulnerable y Craso reunió a todos los simpatizantes posibles y se marchó a ver a Sila⁴². En cuanto al destino de las esclavas, el Craso de Saylor afirma que años después las compró a Vibio cuando aún no habían mermado ni su belleza ni juventud, donde siempre le han servido en su casa de Roma sin que nada les falte. También este tierno colofón al Rosebud de Craso está inspirado en un testimonio del historiador Fenestela recogido por Plutarco en *Craso* V, 6⁴³:

Este es el episodio más importante de todos los protagonizados por Craso después de los relativos a su victoria sobre Espartaco, episodios todos que ya co-

φυγε, γεγονός πάλαι στρατηγούντος αὐτόθι τοῦ πατρὸς καὶ φίλους πεποτημένος. εὐρῶν δὲ πάντα εἰς περιδεεῖς καὶ τὴν ὀμότητα τοῦ Μαρίου καθάπερ ἐφεστῶτος αὐτοῖς τρέμοντας, οὐδενὶ γενέσθαι φανερός ἐθάρρησεν, ἀλλ' ἐμβαλὼν εἰςἀγροὺς παραλίους Οὐιβίου Πακτιανοῦ σπήλαιον ἔχον τὰς εὐ μέγεθος ἀπέκρυψεν ἑαυτόν.

⁴² Este pasaje se corresponde ya con Plut. *Craso* VI, 1:

Ὁ δὲ Κράσσοσ ὀκτὼ μῆνας οὕτω διαγαγὼν καὶ δια κλαπεῖς, ἅμα τῷ πυθέσθαι τὴν Κίννα τελευταίην φανερός γενόμενος, συνδραμόντων πρὸς αὐτόν οὐκ ὀλίγων ἀνθρώπων, ἐπιλεξάμενος δισχιλίους καὶ πεντακοσίους, ἐπήρχετο τὰς πόλεις.

⁴³ Fenestela fue un analista romano de primeros tiempos del Imperio. La texto de Plutarco dice: τούτων φησὶ τὴν ἐτέραν ἤδη πρεσβύτιν οἶσαν ὁ Φενεστέλλας ἰδεῖν αὐτός, καὶ πολλάκις ἀκοῦσαι μεμνημένης ταῦτα καὶ διεξιούσης προθύμως.

mentaremos en el capítulo dedicado a batallas, militares y ejército y que, por tanto, no vamos a desarrollar en este capítulo⁴⁴.

Posiblemente la imagen eterna de Craso, en la vía pública adquiriendo edificios incendiados, se la debemos a Plutarco, que nos narra en *Craso* II, 5:

πρὸς δὲ τούτοις ὄρων τὰς συγγενεῖς καὶ συνοίκους τῆς Ῥώμης κῆρας ἐμπρησμοῦς καὶ συνιζήσεις διὰ βάρος καὶ πλῆθος οἰκοδομημάτων, ἐωνεῖτο δούλους ἀρχιτέκτονας καὶ οἶκο δόμους. εἶτ' ἔχων τούτους, ὑπὲρ πεντακοσίους ὄντας, ἐξηγόραζε τὰ καιόμενα καὶ γειννιώντα τοῖς καιομένοις, διὰ φόβον καὶ ἀδηλότητα τῶν δεσποτῶν ἀπ' ὀλίγης τιμῆς προῖεμένων, ὥστε τῆς Ῥώμης τὸ πλεῖστον μέρος ὑπ' αὐτῷ γενέσθαι.

Va a ser Steven Saylor quien más provecho saque de esta imagen de Craso⁴⁵, y lo hará en su primera novela, *Sangre romana*, entre cuyas páginas 136-9 nos presentará a Craso precisamente en el acto de comprar un edificio en llamas por ocho mil denarios. Gordiano y Tirón son testigos, y algunos datos interesantes son proporcionados por el autor en este pasaje de la novela:

1) Opinión de Cicerón acerca de Craso: de acuerdo con Tirón, es la envidia la naturaleza de su codicia, como explica este personaje en SS Sang 137: “Todos dicen que Craso posee muchas virtudes, y sólo un vicio, que es la avaricia. Pero Cicerón dice que su codicia es sólo síntoma de un vicio más profundo: la envidia. Riqueza es lo único que posee Craso. Y sigue amasándola porque está celoso de las cualidades de los demás, como si la envidia fuera un pozo profundo y sólo pudiera cegarlo con oro, ganado, edificios y esclavos, con el objeto de situarse al mismo nivel que sus rivales”

⁴⁴ Sin embargo, no viene de más recordar las referencias que se nos proporcionan acerca de la guerra contra Espartaco: Craso ejerce presión en el Senado para que éste le proporcione un ejército para combatir a Espartaco, en SS Just 61; aspiraciones de Craso a combatir contra Espartaco antes de que la responsabilidad recaiga en Pompeyo, en SS Just 72-3; narración de la victoria sobre Espartaco y episodio de la diezma de Craso, en SS Just 299-302; soborno de Craso a los piratas con objeto de detener a los espartaquistas, en JMR Mist 122, y explicación del mismo episodio en JMR Mist 198-9; recuerdo de la crucifixión de espartaquistas, en JMR Mist 281; existencia de un monumento de Craso para conmemorar su victoria contra Espartaco, en JMR Con 224; mención de la guerra contra Espartaco, en JMR Sac 100.

⁴⁵ Aunque Maddox no podrá evitar sacarle su jugo a la misma anécdota, como en JMR Mist 54: “El legendario general Craso había amasado gran parte de su fortuna con su escuadra de extintores de incendios. Ésta acudía a toda prisa al lugar del siniestro y ahuyentaba a todos los demás que se habían presentado para apagar el fuego mientras Craso hacía una oferta al propietario del edificio todavía en llamas. El desafortunado propietario no tenía más remedio que aceptarla, y entonces Craso ordenaba a sus hombres extinguir el fuego mientras su nueva propiedad todavía podía salvarse. Corría el rumor (¡ah, esos rumores!) de que tenía otros empleados que provocaban el fuego a sus órdenes. Sea como fuera, siempre era el primero en llegar al lugar del incendio. Algo escandaloso, pero muy rentable”.

2) Descripción física de Craso: en SS Sang 138 Gordiano describe a Craso físicamente: “No tenía mal aspecto: era un poco mayor que yo, de pelo raleante, nariz poderosa y barbilla prominente”.

3) Origen de su fortuna y rechazo de Sila, en SS Sang 139. Puesto que es Tiron quien continúa explicando, su informante es uno de los mejores de Roma, al tratarse del mismo Cicerón: “Parece que Craso añadió el nombre de un inocente a la lista de proscritos para hacerse con sus propiedades. Se trataba de un viejo patricio que no tenía a nadie que velara por sus intereses; sus hijos habían muerto en las guerras... ¡luchando por Sila! El pobre hombre cayó en poder de unos maleantes y fue decapitado el mismo día. Sus tierras fueron subastadas días después y Craso se las arregló para que no se permitiera pujar a nadie más. Sila se puso furioso, o lo fingió, y desde entonces no le ha permitido desempeñar ningún cargo público”. Este repudio de Sila a Craso fue cierto, hasta el punto de que consta claramente en *Craso* VI, 8, pero sin que se mencione el caso concreto de este viejo patricio:

ἐν δὲ Βρεττίοις λέγεται καὶ προγράψαι τινὰς οὐ Σύλλα κελεύσαντος, ἀλλ' ἐπὶ χρηματισμῷ, δι' ὃ καὶ Σύλλαν καταγνόντα πρὸς μηδὲν ἔτι χρῆσθαι δημόσιον αὐτῷ.

4) Futuro de Roma. Como es natural, Craso —y anteriormente Sila— es una encarnación del futuro que aguarda a la Urbe, un futuro de violencia y de guerras civiles perseguido, como ya vimos, por el lémur de Sila. En SS Sang 139 Gordiano hará una reflexión en este sentido mientras contempla a Craso extasiarse con las llamas del edificio recién comprado: “Miré de nuevo a Marco Licinio Craso. Su cara reflejaba una especie de éxtasis religioso. Bañada por el resplandor del fuego, parecía más joven de lo que correspondía a su edad, arrebolada por la victoria y con unos ojos en los que relucía una inextinguible avaricia. En aquella cara estaba escrito el futuro de Roma”.

De entre su destacada carrera política y empresarial, que es donde más se vuelcan los autores para hacer su retrato de Craso, destaca enormemente un célebre episodio que fue piedra de escándalo en su tiempo: sus supuestos amores con la vestal máxima Licinia, que al final no resultaron ser tales, como ya hemos comentado en el apartado dedicado a las vestales dentro del capítulo de Religión y mundo de los muertos. El episodio es comentado por Cicerón en SS Vest 224, y al final del relato, en SS Vest 244, se nos explica que las verdaderas razones de Craso para “acosar” a su prima Licinia la vestal era la adquisición de una finca de su propiedad que él codiciaba. El episodio es recordado con singular gracia por Catilina en SS Cat 149, y como ya sabemos se basa en Plutarco⁴⁶:

⁴⁶ *Craso* I, 4-5:

El millonario simplemente hostigaba a la Virgo Máxima por un terreno que quería comprarle a precio de saldo. ¡Una historia tan típica de Craso que todos tuvieron que creerla! Salvó la vida, y yo también, pero a ambos nos cayó una buena mancha en nuestra reputación: a Craso porque todos creyeron que era inocente pero codicioso, y a mí porque todos pensaron que era culpable, pero que me había librado. Después del juicio celebramos juntos la victoria con unas cuantas botellas de vino de Falerno. Las alianzas políticas no siempre se fundamentan en una base lógica, Gordiano. A veces surgen de un malestar compartido.

La anécdota se basa en el famoso desapasionamiento de Craso, influido por la codicia, que no deja de ser otro tema recurrente en las novelas, como cuando Gordiano recuerda, en SS Cat 198, el infinito desprecio que sintió Craso por su lugarteniente Marco Mumio cuando conoció su pasión por el esclavo Apolonio, a quien finalmente salvó la vida y posteriormente liberó⁴⁷.

De su paso por la censura queda, evidentemente, un recuerdo no demasiado bueno que es recogido por Maddox de Plutarco⁴⁸ en JMR Con 162: “Dos años atrás, Craso había ejercido el cargo de censor; una experiencia infeliz. Él y su colega, el gran Cátulo, no se ponían de acuerdo en nada y cada uno deshacía el trabajo del otro. Finalmente dimitieron los dos sin haber completado siquiera el censo de los ciudadanos, que constituía la principal obligación del puesto”. Cátulo y Pompeyo figuraron entre los rivales de Craso, pero entre sus lealtades ha sido suficientemente reseñado que se hallaba César, a quien la inmensa fortuna de Craso ayudó a salir de apuros, como recuerda Maddox en JMR Sac 176: “The day after the sacrilege, Crassus posted surety for all of Caesar’s greatest debts. He is free to leave Rome now”. Esta información viene, nuevamente, de Plutarco en *Craso* VII, 6, donde se nos explica con todo detalle que “Más adelante contrajeron cierta amistad, y teniendo en una ocasión César que pasar de pretor a España, como le faltasen fondos, y los acreedores le incomodasen, habiendo llegado hasta embargarle las prevenciones de

καίτοι προῖόν καθ' ἡλικίαν αἰτίαν ἔσχε Λικιννίᾳ συνιέναι, τῶν Ἑστιάδων μὲν παρθένων, καὶ δίκην ἔφυγεν ἢ Λικιννία Πλωτίου τινὸς διώκοντος. ἦν δὲ προάστειον αὐτῇ καλόν, ὃ βουλόμενος λαβεῖν ὀλίγης τιμῆς ὁ Κράσσοσ, καὶ διὰ τοῦτο προσκείμενος ἀεὶ τῇ γυναικὶ καὶ θεραπεύων, εἰς τὴν ὑποψίαν ἐκείνην ἐνέπεσε, καὶ τρόπον τινὰ τῇ φιλοπλουτίᾳ τὴν αἰτίαν τῆς φθορᾶς ἀπολυσάμενος, ὑπὸ τῶν δικαστῶν ἀφείθη. τὴνδὲ Λικιννίαν οὐκ ἀνήκε πρότερον ἢ τοῦ κτήματος κρατῆσαι.

⁴⁷ El amor de Mumio y Apolonio es narrado a lo largo de toda la acción de *El brazo de la justicia*, pero es también evocado en SS Cat 198: “¡Cómo había odiado Craso la pasión que había impulsado a su lugarteniente a preocuparse tanto por el destino de un simple esclavo! Esa discordia había sido decisiva en la ruptura definitiva entre Craso y Mumio”.

⁴⁸ Plut. *Craso* XIII, 1-2:

ἼΗ μὲν οὖν ὑπατεία τοῦ Κράσσοσ ταῦτ' ἔσχεν ἄξια μνήμης, ἢ δὲ τιμητεία παντάπασιν ἀτελεῖς καὶ ἀπρακτοσ ἀτῶ διήλθεν –οὔτε γὰρ βουλῆσ ἐξέτασιν οὔθ' ὑπέων ἐπίσκεψιν οὔτ' ἀποτίμησιν πολιτῶν ἐποιήσατο–, καίτοι συνάρχοντα Ῥωμαίων ἔχοντι τὸν πρῶτατον Λουτάτιον Κάτλον. ἀλλά φασιν ἐπὶ δεινὸν ὀρηήσαντι τῷ Κράσσοσ πολίτευμα καὶ βίαιον, Αἴγυπτον ποιεῖν ὑποτελῆ Ῥωμαίοισ, ἀντιβῆναι τὸν Κάτλον ἐρρωμένωσ, ἐκ δὲ τοῦτου γενομένησ διαφορᾶσ, ἐκόντασ ἀποθέσθαι τὴν ἀρχήν.

la expedición, Craso no se hizo el desentendido, sino que le sacó del apuro, constituyéndose su fiador por ochocientos y treinta talentos⁴⁹.

También fue muy próximo a Craso el misterioso conjurado Catilina, de quien ya hemos visto que los unía el común escándalo relativo a las vestales, que Saylor recrea con humor y cierta buena dosis de cinismo por parte de Catilina. Durante el tiempo que duró la conjura, no faltaron las sospechas, e incluso acusaciones, de que Craso apoyaba económicamente a Catilina, aunque la historia ha dejado esta cuestión en el misterio. El mismo Decio, en JMR Con 215, se plantea el interrogante de la conveniencia para Craso de financiar a Catilina, además de lo lógico que resulta el hecho de que sea el hombre más rico de Roma quien financie a Catilina:

Lo que más me preocupaba era el único nombre que Catilina no había revelado. ¿Dónde entraba Craso en esa trama? Codiciaba la gloria militar de Pompeyo y era lo bastante rico para reunir y pagar sus propias legiones. Y Catilina recibía dinero de alguna fuente, teniendo en cuenta sus generosos regalos. La intevención de los veteranos de Sila licenciados era una estupidez. Tras diecisiete años sin combatir, no estarían a la altura de los soldados de Pompeyo, bien entrenados después de las campañas en Asia. En cambio, Craso contaba con veteranos repartidos por toda Italia que formarían una fuerza luchadora mucho más creíble. Además, podía comprar auxiliares procedentes de la Galia o África a medida que se necesitaran. Pero ¿era tan necio para apoyar a Catilina?

Más tarde Decio tendrá una opinión autorizada al respecto por medio de una reflexión que debió de ser la misma que se hicieron los antiguos romanos. En JMR Con 230 es Cicerón quien hace ver a Decio el absurdo de una conspiración apoyada firmemente por Craso. Su opinión es profundamente interesante, ya que transpira el desprecio que a él, como *homo novus*, le podía producir la élite aristocrática de Catilina y sus conspiradores, quienes a su vez rechazaban abiertamente a los *homines novi* como el orador romano:

—Decio, esos hombre están locos y lo bastante desesperados para pensar que pueden conseguirlo —replicó Cicerón—. Tienen la cabeza llena de fantasías y están completamente despegados de la realidad. Son de los que creen merecer un puesto elevado en virtud de alguna cualidad innata que sólo ellos perciben. No aceptan el hecho de que sólo la educación, la práctica militar dura y un largo y riguroso servicio conducen a los honores más elevados. Esperan lograr, a través de una acción desesperada, tener todo en unos días arriesgando sólo su vida inútil. —Meneó la cabeza—. No, Decio, Craso ahora lo tiene todo. ¿Por qué había de mezclarse con esa clase de hombres?

Lo cierto es que, como sabemos, hubo incluso una acusación contra Craso como conspirador que pronto cayó en descrédito, y tanto Maddox como Saylor no

⁴⁹ En JMR Sac 97-8 se habla incluso de un rumor acerca de planes de César y Craso para tomar el senado y dar un golpe de estado. Lo cierto es, como se nos cuenta en JMR Sac 204, que Craso asumió los gastos de César con el objetivo de que César le apoyase como candidato al triunvirato.

podían ser ajenos a esta noticia que encontramos en *Vida de Craso* XIII 3-5:

Ἐν δὲ τοῖς περὶ Κατιλίαν πράγμασι μεγάλοις καὶ μικροῦ δεήσασιν ἀνατρέψαι τὴν Ῥώμην ἤψατο μὲν τις ὑπὸ νοία τοῦ Κράσσου, καὶ προσήλθεν ἄνθρωπος ὀνομάζων ἀπὸ τῆς συνωμοσίας, οὐδεὶς δ' ἐπίστευσεν. ὅμως δ' ὁ Κικέρων ἐν τινὶ λόγῳ φανερός ἐστι καὶ Κράσσῳ καὶ Καίσαρι τὴν αἰτίαν προστριβόμενος. ἀλλ' οὗτος μὲν ὁ λόγος ἐξεδόθη μετὰ τὴν ἀμφοῖν τελευτήν, ἐν δὲ τῷ Περὶ τῆς ὑπατείας ὁ Κικέρων νύκτωρ φησὶ τὸν Κράσσον ἀφικέσθαι πρὸς αὐτόν, ἐπιστολὴν κομίζοντα <τά> περὶ τὸν Κατιλίαν ἐξηγουμένην ὡς ἤδη βεβαιοῦντα τὴν συνωμοσίαν. ὁ δ' οὖν Κράσσος αἰεὶ μὲν ἐμίσει τὸν Κικέρωνα διὰ τοῦτο.

Este odio de Craso por Cicerón, acaba de explicar Plutarco en el pasaje siguiente, finalizó al fin gracias a Publio Craso, hijo del magnate, que era muy íntimo del orador, hasta el punto de llegar a reconciliarlos. En el pasaje de Plutarco hay dos temas importantes: la acusación de conspirador de Craso, por una parte, y la carta de Craso por otra. Saylor menciona ambas. En SS Cat 396-7 este autor hace un buen resumen de la acusación contra Craso, debida a un tal Lucio Tarquinio⁵⁰. Reprodujimos un fragmento que consideramos el más importante:

Lo ocurrido era que un tal Lucio Tarquinio se había presentado ante el Senado diciendo que Craso le había aconsejado ir a la Galia para comunicar a Catilina la noticia de los arrestos, y para aconsejarle marchar sobre Roma sin más dilación. Tras la inicial confusión, la reacción de los senadores fue abuchear al hombre. Aun cuando lo que decía hubiera sido cierto, nadie tenía interés en involucrar a Craso en el asunto en tanto siguiera siendo, oficialmente, leal al Senado. Después de un breve debate, los senadores presentes dieron un voto de confianza a su más acaudalado miembro.

El Senado no creyó —o no quiso creer— la adscripción del hombre más rico de Roma a la conjuración, y puesto que Craso permanecía leal al Senado, les convenía no escarbar demasiado para no encontrar sorpresas desagradables. A pesar de que se exigió a Tarquinio que confesara el nombre de quien le había sobornado para acusar al hombre más rico de Roma, éste mantuvo su versión, y la versión oficial quedó en que Tarquinio mentía para involucrar a un hombre como Craso, en la falsa creencia de que si Craso era acusado igualmente que Tarquinio, la pena sería menor también para éste.

En cuanto al tema de la carta recibida por Cicerón, Saylor y Maddox abordan el tema. Como siempre, Saylor lo hará con mayor documentación y mejor pulso literario. En SS Cat 342-3 leemos que la noche anterior a que Cicerón solicitara al Senado la aprobación del decreto de emergencia, éste recibió la visita de varios ciudadanos ilustres, y entre ellos Craso, para mostrarles una carta anónima que había reci-

⁵⁰ También es mencionada por Maddox en JMR Con 285, pero sin ahondar demasiado en el episodio.

bido cada uno de ellos amenazándoles con un inminente baño de sangre. En SS 342 Saylor nos cuenta que la dirigida a Craso decía “Dentro de unos días todos los hombres ricos y poderosos de Roma serán asesinados. ¡Huye mientras puedas! Esta advertencia es un consejo de amigo. No la pases por alto”.

Gordiano continúa explicando en SS Cat 343:

Como puedes ver, la carta puso a Craso en una situación muy comprometedor. Ya está bajo sospecha por su antigua asociación con Catilina y sus oscuros tratos políticos. Algunos piensan que forma parte de esta conspiración, que tal vez sea uno de los poderes que se esconden tras ella. Para evitar sospechas llevó la carta inmediatamente a Cicerón, negando que tuviera conocimiento de su procedencia o del inminente baño de sangre del que hablaba.

Para Gordiano —quizá para Saylor, pues una función de estas novelas es también buscar la respuesta a preguntas ocultas—, queda en el aire a quién podía convenir que los hombres más ricos de Roma se sintieran amenazados, y que Craso estuviese entre ellos. Al basarse en este hecho de las cartas, Cicerón pudo obtener la aprobación del Decreto. Tanto esto como el rumor de que Manlio estaba a punto de iniciar la campaña con su ejército provenían de Cicerón y de su círculo. Deja Saylor en el aire la duda de si no sería el propio Cicerón quien escribió y mandó esas cartas.

El principal contrincante de Craso durante toda su vida no fue otro, como queda bien reflejado en todas las fuentes, que Pompeyo el Grande. Son numerosas las referencias a esta franca animadversión causada, según la mayoría, por el desmedido deseo de grandeza de Licinio Craso que nunca se vio correspondido con un genio militar tan grande como el de su eterno rival⁵¹, como evoca Maddox en JMR Mist 99-100 al recordar el triste episodio de que, una vez finalizada la guerra servil contra Espartaco, fuese Pompeyo con un par de escaramuzas finales quien se llevara la victoria⁵²:

Craso poseía todas las cualidades políticas para el cargo, pero por desgracia se quedaba corto en el capítulo militar. Eso se debía más a la mala suerte que a otra cosa, porque las misiones que le habían asignado después de dedicarse a la política interior no le habían brindado demasiadas oportunidades de lucirse. Mientras que Pompeyo se había cubierto de gloria en las guerras civiles de Italia, Sicilia y África, así como en Hispania al luchar contra Sertorio y Perpenna, Craso se había dedicado a someter esclavos. E incluso entonces, Pompeyo había obtenido la escasa gloria que podía proporcionar una guerra servil al aplastar a

⁵¹ Así lo expresa claramente Plutarco en la *Comparación de Nicias y Craso* III, 7:

τῷ δὲ Κράσσῳ παρὰ πάντα τὸν χρόνον ἐφιεμένῳ στρατηγίας τυχεῖν οὐχ ὑπῆρξε, πλὴν ἐπὶ τὸν δουλικὸν πόλεμον ἐξ ἀνάγκης, Πομπηίου καὶ Μετέλλου καὶ Λευκόλλων ἀμφοτέρων ἀπόντων, καίτοι τότε τιμωμένῳ μάλιστα καὶ δυναμένῳ πλεῖστον. ἄλλ' ὡς ἔοικε καὶ τοῖς σπουδάζουσι περὶ αὐτὸν ἐδόκει κατὰ τὸν κωμικὸν ἀνὴρ ἄριστος εἶναι τὰλλα πλὴν ἐν ἄσπιδι.

⁵² Otra referencia a la inferioridad de Craso frente a Pompeyo la hallamos en JMR Mist 73-4 y en JMR Sac 100.

las huestes al mando del gladiador Crixus, que había abandonado a Espartaco para regresar a su hogar. Craso se había resarcido de su decepción con un gesto memorable: mandando crucificar a seiscientos esclavos capturados a lo largo de la vía Appia que iba de Capua a Roma. Como rebeldes, ya no eran útiles para esclavos, y su castigo sirvió de ejemplo para otros revoltosos. También hizo saber a todo el mundo que Marco Licinio Craso no era un hombre con quien se podía jugar.

Craso envidiaba la gloria de Pompeyo, quien a su vez envidiaba la increíble fortuna de Craso, y ambos codiciaban el poder de Luculo en Oriente.

En cuanto al consulado de Pompeyo y Craso, resultó ser un desastre a causa de la animadversión y desentendimiento que existía entre los dos hombres, hasta el punto, expresa Maddox por boca de Decio en JMR Mist 54, que

Tal vez fuera un signo de los tiempos que semejante conducta no impidiera que Craso fuera elegido cónsul. Para contrarrestar su poder nombraron segundo cónsul a su rival Pompeyo. Como gobernaban en días alternos, se desautorizaban mutuamente, lo que era conveniente para todos. Y al expirar el año en el cargo, ambos pasarían un largo período fuera de Roma, lo que era aún mejor.

Esta incapacidad de ponerse de acuerdo que tenían los dos hombres es noticia de toda la antigüedad⁵³, y con respecto al consulado nos dice Plutarco en *Craso* XII, 3, que a pesar de haber pactado ambos una tregua en sus rencillas en beneficio de Roma,

οὐ μὴν ἔμειναν ἐπὶ ταύτης τῆς φιλοφροσύνης εἰς τὴν ἀρχὴν καταστάντες, ἀλλ' ὀλίγου δεῖν περὶ πάντων διαφερόμενοι καὶ πάντα δυσκολαιίνοντες ἀλλήλοισι καὶ φιλονικούντες, ἀπολίτευτον καὶ ἄπρακτον αὐτοῖς τὴν ὑπατείαν ἐποίησαν, πλὴν ὅτι Κράσσοσ Ἡρακλεῖ μεγάλην θυσίαν ποιησάμενος, εἰστίασε τὸν δῆμον ἀπὸ μυρίων τρα πεζῶν καὶ σίτον ἐπεμέτρησεν εἰς τρίμηνον.

Finalmente, es Steven Saylor quien pone en boca de Craso unas reflexiones acerca de su enemistad con Pompeyo en *El brazo de la justicia*. En SS Just 187, mucho antes de que Pompeyo le robase el triunfo sobre Espartaco y de que las relaciones entre ambos se descompusieran hasta hacerlas insostenibles. Sin embargo, en el texto de Saylor ya flotan las rencillas de la envidia que nació con la rivalidad por el favor de Sila⁵⁴:

⁵³ Otra referencia de Maddox a que gobernaban en días alternos, que era una de las maneras de ejercer el cargo cuando los cónsules no se entendían, la hallamos en JMR Sac 16.

⁵⁴ Plut. *Craso* VI, 5-6:

ἀπ' ἐκείνων δὲ τῶν πράξεων λέγουσιν αὐτῷ πρῶτον ἐγγενέσθαι τὴν πρὸς Πομπήιον ὑπερ δόξης ἄμιλλαν καὶ φιλοτιμίαν. ὁ γὰρ Πομπήιος, ἡλικίᾳ τε λειπόμενος αὐτοῦ, καὶ πατρός γεροντός ἀδοξήσαντος ἐν Ῥώμῃ καὶ μισηθέντος ἔσχατον μίσος ὑπὸ τῶν πολιτῶν, ἐν ἐκείνοις τοῖς πράγμασιν ἐξέλαμψε καὶ διεφάνη μέγας, ὥστε Σύλλαν, ἀπρεσβυτέρους καὶ ἰσοτίμοις οὐ πάνυ πολλάκις παρείχεν, ὑπεξανίστασθαι προσιόντος αὐτοῦ καὶ κεφαλὴν ἀποκαλύπτεσθαι καὶ προσ εἰπεῖν αὐτοκράτορα. ταῦτα δίκαιε καὶ παρώξυνε τὸν Κράσσον, οὐκ ἀλόγως ἐλασσούμενον. ἐμπειρία τε

¡No te atrevas a mencionar su nombre! Si no vuelvo a oírlo durante el resto de mi vida, moriré feliz. (...) La verdad es que no odio a Pompeyo; fuimos buenos compañeros cuando combatíamos a las órdenes de Sila. Es un hombre brillante, un gran estratega, un dirigente espléndido y un político fabuloso, además de ser guapo como un semidiós. Nadie puede negar que se parece a una estatua de Alejandro o al menos se parecía en otros tiempos. ¡Y es muy rico! La gente habla de mi riqueza, pero olvida que Pompeyo es tan rico como yo, más incluso. Lo consideran brillante y hermoso, pero creen que el único rico soy yo. “Craso, rico como Craso”, dicen.

Sólo la hábil política de Julio César haría posible el triunvirato —que abordaremos más adelante, al hablar de César— entre él, Pompeyo y Craso. Sin embargo, como revela Maddox entre las páginas 200-5, no se trataba de una coincidencia ideológica o política, sino de un *quid pro quo* del que todos esperaban sacar algún provecho. Craso, conducido por una ambición militar tan grande como poco consistente, soñaba con agrandar el imperio con Partia, y esto, en fin, vino a ser la causa de su debacle⁵⁵, debacle que además se convirtió en emblemática y durante mucho tiempo fue vista como uno de los grandes desastres militares del ejército romano⁵⁶. Gordiano evoca este desastre en SS Ap 60:

—Pese a aquella victoria [contra Espartaco], Craso nunca fue lo que se dice un general. Pero consiguió hacerse el hombre más rico del mundo. Craso, César y Pompeyo formaron lo que dieron en llamar el Triunvirato, en el que los tres compartían el poder. Parece que durante un tiempo funcionó. Una mesa con tres patas es estable.

—Pero una mesa con sólo dos...

—Antes o después tiene que caer. La primavera pasada, Craso fue asesinado en Partia, en el extremo oriental del mundo, tratando de probar sus proezas militares de una vez por todas a base de conquistar algunas de las tierras que ya había conquistado Alejandro. Pero la caballería parta lo derrotó. Mataron a su hijo junto con cuarenta mil soldados romanos. Le cortaron la cabeza a Craso y la utilizaron como puntal de escena para divertir a su rey. “Craso, haciendo mutis por el foro”.

La figura de Craso, este rey Midas romano de ambición desmedida, es sobre todo bien recreada por Steven Saylor. Se puede decir que *El brazo de la justicia* es la novela que este autor le ha consagrado para su mayor gloria. Mientras que el Craso de Maddox se nos antoja una figura poco relevante desde todos los puntos de vis-

γάρ ενδεής ἦν, καὶ τῶν πράξεων αὐτοῦ τὴν χάριν ἀφήρουν αἱ συγγενεῖς κήρες ἐπιφερόμεναι, φιλοκέρδεια καὶ μικρολογία.

⁵⁵ Plut. *Comparación de Nicias y Craso* IV, 2:

ὁ δ' ὡς ἐπὶ ῥᾶστον ἔργον τὸν Παρθικὸν ὀρμήσας πόλεμον, ἤμαρτε <μέν>, ὠρέχθη δὲ μεγάλων, Καίσαρος τὰ ἑσπέρια καὶ Κελτοῦς καὶ Γερμανοῦς καταστρεφομένου καὶ Βρεττανίαν, αὐτὸς ἐπὶ τὴν ἕω καὶ τὴν Ἰνδικὴν ἐλάσαι θάλασσαν καὶ προσ<κατ>εργάσασθαι τὴν Ἀσίαν, οἷς Πομπήιος ἐπήλθε καὶ Λεύκολλος ἀντέσχεν, ἄνδρες εὐμενεῖς καὶ πρὸς πάντας ἀγαθοὶ διαμείναντες, προε-
λόμενοι δ' ὅμοια Κράσσω καὶ τὰς αὐτὰς ὑποθέσεις λαβόντες.

⁵⁶ Velejo Patérculo, *Historia Romana* 119, 1.

ta, casi un capitalista comparsa que era necesario a César y a Pompeyo para crear esa “mesa de tres patas” que fue el triunvirato, para Saylor es un personaje emblemático que representa los excesos a los que es capaz de llegar un hombre que aspira a ser dueño de todo, para con esta mira, ser dueño del mundo. Hijo excesivo de Sila —hijo del que renegó hasta su propio padre político—, Craso era capaz no sólo de violar la ley cuando esto convenía a sus fines, sino también de aplicarla con toda su crueldad —e incluso su anacronía, como en el caso de la diezma o de la ejecución de los esclavos de Licinia— cuando esto le beneficiaba para crearse una imagen de *integritas* y *gravitas* que hubiera sido muy del gusto de un Catón el viejo, pero sólo, también, con el objeto de magnificarse y de proyectarse políticamente hacia las estrellas, estrellas que, a pesar de todo, acabaron por volverse en su contra después de una vida de excesos para quedar reducido a la nada. A propósito de esto, no podríamos dejar de recordar las lapidarias palabras del propio Steven Saylor en la Nota del Autor en SS Just 307:

Aunque Marco Licinio Craso amasó una fabulosa fortuna y formó parte del primer triunvirato con César y Pompeyo, es mundialmente considerado como uno de los grandes fracasados de la Historia. Su principal error consistió en dejarse matar durante la catastrófica campaña contra los partos en el año 53 a.C., cuando se encontraba en la cumbre de su poder y su prestigio. La decapitación convierte en irrelevante incluso al hombre más rico del mundo.

1.3. Lucio Licinio Luculo. Un *bon vivant* de los viejos tiempos.

Lucio Licinio Luculo (117-56 a.C.), gran militar romano y proverbial *bon vivant* de la antigüedad, viene a representar en estas novelas la cara opuesta de Craso. Mencionado ha sido ya en una de las novelas que, mientras Craso acumulaba fortuna con el objeto de tener más poder, su contemporáneo Luculo, hombre político nacido también a la sombra de Sila, decidió retirarse en el momento conveniente para gozar en sus últimos años de los placeres culinarios y culturales que su gigantesca fortuna podía proporcionarle. Se trata de un personaje al que Maddox recurre continuamente para convertirle en uno de los secundarios estrella de su serie *SPQR*, mientras que Saylor —preocupado de momento por cubrir un arco temporal más amplio— obvia voluntariamente la presencia de este importante romano de su tiempo. Luculo va a ser para Maddox el ejemplo de buen vividor, como ya hemos visto en el capítulo dedicado a comida y bebida, y las referencias que haga de él estarán centradas, principalmente, en su brillante carrera militar y en su posterior retiro para descansar en el lujo y confort. Asistiremos a la recreación de un personaje cargado de simpatía cuyos banquetes harán la función de mentideros de los

avatares políticos de su tiempo. Como siempre, la fuente más socorrida es la *Vida de Luculo*, de Plutarco, pero también Cicerón⁵⁷.

La carrera pública de Luculo comenzó, de acuerdo con Plutarco en *Luculo* I, 1-2, siendo éste muy joven, cuando él y su hermano denunciaron por malversación de fondos públicos a Servilio el augur, quien había acusado falsamente al padre de ambos de soborno. A pesar de que Servilio fue absuelto, Luculo se ganó las simpatías de los romanos. Luculo es recordado principalmente por el éxito de sus campañas contra los reyes orientales Mitrídates y Tigranes, de los cuales la mejor fuente es Plutarco, quien a lo largo de toda la *Vida* desgrana los distintos avatares por los que pasaron las campañas hasta su regreso triunfal a Roma. Pero antes de ello recorrió con brillantez el *cursus honorum*: fue cuestor en Asia, luego edil, más tarde pretor y finalmente cónsul, antes de embarcarse en la guerra mitridática⁵⁸, la cual le concedería toda su gloria. Más allá del gusto por el lujo, poco se nos cuenta en estas obras de su vida íntima o de su carácter, que en general es dibujado con pinceladas positivas. Maddox deja caer en JMR Con 120 que su esposa es una Clodia, aunque no la Clodia que inspiraría a Catulo, pero sobre la cual Plutarco carga mucho las malas tintas⁵⁹ siguiendo una tradición absolutamente anticlodiana a la que se adscribe Maddox en su retrato de Clodio el tribuno de la plebe y su hermana la musa de Catulo. Luculo se divorciaría de ella para volver a contraer nupcias con una hermana de Catón, boda que tampoco resultó ser muy afortunada⁶⁰. Si bien el carácter de Luculo es el de un hombre de agradable trato, también es verdad que esta recreación acontece principalmente tras su retiro de la vida pública, ya que en JMR Mist 226 el autor norteamericano hace a Hortalo expresarse así acerca de él: “La conversación versó sobre el desmesurado orgullo de ese bandido militar, Lucio Licinio Luculo, y cómo darle una lección de humildad”. En JMR Mist 227 el mismo Hortalo le definirá co-

⁵⁷ En *Quaestiones academicae* la segunda parte lleva su nombre, y en su comienzo Cicerón traza un notable resumen de la vida de este importante personaje.

⁵⁸ Cic. *Quaest.* I, 1: *Magnum ingenium L. Luculli magnumque optimarum artium studium, tum omnis liberalis et digna homine nobili ab eo percepta doctrina quibus temporibus florere in foro maxime potuit caruit omnino rebus urbanis. Ut enim [urbanis] admodum adulescens cum fratre pari pietate et industria praedito paternas inimicitias magna cum gloria est persecutus, in Asiam quaestor profectus ibi permultos annos admirabili quadam laude provinciae praefuit; deinde absens factus aedilis, continuo praetor (licebat enim celerius legis praemio), post in Africam, inde ad consulatum; quem ita gessit ut diligentiam admirarentur omnes ingenium agnoscerent.*

⁵⁹ Plut. *Luc.* XXXIV, 1:

Τούτοις δὲ τηλικούτοις οἷσι προσγίνεται τὸ μά λιστα Λευκόλλῳ διεργασμένον τὰς πράξεις, Πόπλιος Κλωδῖος, ἀνὴρ ὕβριστής καὶ μεστός ὀλιγορίας ἀπάσης καὶ θρασύτητος. ἦν δὲ τῆς Λευκόλλου γυναικὸς ἀδελφός, ἦν καὶ διαφθεῖρειν ἔσχεν αἰτίαν, ἀκολαστοτάτην οὖσαν.

⁶⁰ Plut. *Luc.* XXXVIII, 1:

Τῆς δὲ Κλωδίας ἀπηλλαγμένος, οὔσης ἀσελγοῦς καὶ πονηρᾶς, Σερουίλιαν ἔγημεν, ἀδελφὴν Κάτωνος, οὐδὲ τοῦτον εὐτυχῆ γάμον. ἐν γὰρ οὐ προσῆν αὐτῷ τῶν Κλωδίας κακῶν μόνον, ἢ <ἐπὶ> τῷ ἀδελφῷ διαβολῆ· τάλλα δὲ βδελυρὰν ὁμοίως οὖσαν καὶ ἀκόλαστον ἠναγκάζετο φέρειν αἰδούμενος Κάτωνα, τέλος δ' ἀπέπειν.

mo “ingobernable”, y también esto parece tener ciertas reminiscencias plutarquianas⁶¹. Y es que, como gran militar, Luculo no podía estar exento de cierto genio arrogante, ni de tampoco de filias y fobias personales, de las cuales la animadversión más predominante era contra Pompeyo el Grande. En JMR Con 210 el mismo Catilina presumirá de estar financiado, entre otros, por Hortalo y Luculo, y cuando Decio le pregunta cuál puede ser la razón de que un hombre rico y lleno de gloria como Luculo quiera asociarse con Catilina, la respuesta no puede ser más categórica: “Odia a Pompeyo. Comprobarás que en eso coinciden todos cuantos nos apoyan, Decio. Todos detestan a Pompeyo y temen, con razón, que decida proclamarse rey de Roma”. Sin embargo, el mismo Decio desmentirá unas páginas más adelante la probabilidad de que Luculo sea partícipe de la conspiración de Catilina, al considerarla improbable y más bien una jactancia por parte de Catilina⁶². Acerca de la animadversión que sentía Luculo por Pompeyo, ésta arrancaba —como la de Craso— de los tiempos en que todos se disputaban el favor de Sila⁶³, y está bien documentada en Plutarco⁶⁴. Sin embargo, Plutarco nunca habla de odio, sino de rivalidad política y desavenencias de carácter, pues en *Luc.* XLI, 4-5 al hablar de la relación que le unía con Cicerón y Pompeyo:

ὄντος δὲ περὶ τοῦ των ὡς εἰκὸς ἐν τῇ πόλει λόγου πολλοῦ, προσῆλθον αὐτῷ κατ’ ἀγορὰν σχολὴν ἄγοντι Κικέρων καὶ Πομπήτιος, ὁ μὲν ἐν τοῖς μάλιστα φίλος ὢν καὶ συνήθης, Πομπηίῳ δ’ ἦν μὲν ἐκ τῆς στρατηγίας διαφορὰ πρὸς αὐτόν, εἰώθεισαν δὲ χρῆσθαι καὶ διαλέγεσθαι πολλάκις ἐπεικῶς ἀλλήλοις.

Luculo se nos presenta como un personaje que, a pesar de haber tenido un hambre notoria de conocimiento y un gusto enorme por los placeres de la buena mesa, no por ello fue un general blando ni complaciente en exceso con sus soldados. Este rasgo, que no tiene nada de contradictorio, sino que apuntala la imagen de un hombre equilibrado que sabe cómo comportarse en cada momento, es recordado en un pasaje de Maddox donde se nos habla de Luculo con todas sus luces y sombras y

⁶¹ Así, en *Luc.* XXXIII, 2-3 afirma que éste no tenía un carácter blando:

τὸ δὲ μέγιστον, οὐδὲ τοῖς δυνατοῖς καὶ ἰσοτίμοις εὐάρμοστος εἶναι πεφυκῶς, ἀλλὰ πάντων καταφρονῶν καὶ μηδενὸς ἀξίους πρὸς αὐτόν ἠγούμενος. ταῦτα γὰρ ὑπάρξει Λευκόλλῳ κακὰ λέγουσιν ἐν πᾶσι τοῖς ἄλλοις ἀγαθοῖς· καὶ γὰρ μέγας καὶ καλὸς καίδεινός εἶπειν καὶ φρόνιμος ὁμολῶς ἐν ἀγορᾷ καὶ στρατοπέδῳ δοκεῖ γενέσθαι.

⁶² JMR Con 215: “¿Luculo? Lo dudaba, pero detestaba tanto a Pompeyo que quizá se había visto impulsado a participar en una acción temeraria”.

⁶³ Plut. en *Luc.* II, 1 afirma que las calidades que Sila apreciaba más en él eran su equilibrio y afabilidad.

⁶⁴ Plut. *Luc.* IV, 5:

οὐ μὴν ἔλαττόν τι παρὰ Σύλλα τῶν ἄλλων φίλων ἔσχεν, ἀλλὰ τὴν τε γραφὴν ὡς εἴρηται τῶν ὑπομνημάτων ἐκεῖνῳ δι’ εὐνοίαν ἀνέθηκε, καὶ τελευτῶν ἐπίτροπον τοῦ παιδὸς ἔγραψεν ὑπερβᾶς Πομπήμιον· καὶ δοκεῖ τοῦτο πρῶτον αὐτοῖς ὑπάρξει διαφορᾶς αἰτίον καὶ ζηλοτυπίας, νέοις οὖσι καὶ διαπίροισι πρὸς δόξαν.

que constituye, sin lugar a dudas, la mejor descripción del personaje a lo largo de estas obras. El pasaje lo hallamos en JMR Mist 74:

Llegado a este punto tal vez debería explicar algo acerca de Luculo. Era un hombre realmente admirable cuya reputación se había resentido últimamente por no pertenecer a la importante familia que todos conocíamos bien. Ahora se le recuerda por sus escritos sobre los secretos de la buena vida y su mecenazgo en la artes. Por aquel tiempo era uno de nuestros generales más brillantes y uno de los pocos romanos realmente honrados que jamás he conocido, competente tanto en la vida política como en la militar; un mecenas y un soldado implacable en la guerra y magnánimo en la victoria. Sé que parecerá el elogio de un lacayo, pero no éramos parientes y nunca le debí nada, de modo que puedes creerme. A diferencia de tantos de nuestros generales que se ganaban el aprecio de sus soldados permitiéndoles grandes libertades, sobre todo después de una batalla, Luculo imponía una disciplina férrea, y sus hombres no le tenían en gran estima cuando la campaña era dura.

En un pasaje transliterado prácticamente de Plutarco y que hallamos en JMR Mist 108-9, un militar al servicio de Luculo llamado Carbo describe la estricta disciplina con que Luculo trata a los soldados de sus legiones, disciplina espartana que ya comentaremos en el capítulo dedicado al ejército y a cuyas páginas nos remitimos. El mismo Catón, estricto guardián de las buenas costumbres, criticaría numerosas veces el lujo en que Luculo quiso vivir tras su retiro, pero no puede dejar de reconocerle sus méritos como general y administrador en JMR Con 23: “Luculo es un general al estilo de la antigua Roma. Aunque no apruebo su gusto por el lujo, he de reconocer que el modo en que impone disciplina a sus legiones es ejemplar, y su administración de las ciudades asiáticas fue un modelo de honradez y eficacia”.

Como decimos, la fuente precisa y exacta de estos comentarios acerca de Lucio Luculo es Plutarco, en concreto en *Luc.* VII, 1-3:

Λεύκολλος δὲ τάγμα μὲν αὐτόθεν ἔχων συντεταγμένον ὑπ’ αὐτοῦ διέβαινεῖς τὴν Ἀσίαν· ἐκεῖ δὲ τὴν ἄλλην παρέλαβε δύναμιν, πάντων μὲν πάλαι τρυφαῖς διεφθορότων καὶ πλεονεξίας, τῶν δὲ Φιμβριανῶν λεγομένων καὶ διὰ συνήθειαν ἀναρχίας δυσμεταχειρίστων γεγονότων. οἷτοι γὰρ ἦσαν οἱ Φλάκκον τε μετὰ Φιμβρίου τὸν ὕπατον καὶ στρατηγὸν ἀνηρηκότες αὐτόν τε τὸν Φιμβρίαν Σύλλα προδεδωκότες, αὐθάδεις μὲν ἄνθρωποι καὶ παράνομοι, μάχιμοι δὲ καὶ τλήμονες μετ’ ἐμπειρίας πολέμου. οὐ μὴν ἄλλὰ βραχεὶ χρόνῳ καὶ τούτων τὸ θράσος ὁ Λεύκολλος ἐξέκοψε καὶ τοὺς ἄλλους ἐπέστρεψε, τότε πρῶτον ὡς εἶοικε πειρωμένους ἄρχοντος ἀληθινοῦ καὶ ἡγεμόνος· ἄλλως δ’ ἐδημαγωγούντο, πρὸς ἡδονὴν ἐπιζόμενοι στρατεύεσθαι.

La biografía de Luculo se halla bien sintetizada por Maddox a lo largo de sus novelas, principalmente en las tres primeras de la serie *SPQR*, desde el fin de la guerra mitridática hasta su retirada de la vida pública. Merced al lento transcurso de los acontecimientos en la saga de Decio Cecilio Metelo el Joven, el autor recurre más a presentarnos los acontecimientos que a narrárnoslos, algo que para Saylor —quien

abarca un arco temporal más amplio distribuido a lo largo de menos novelas— es imposible. En JMR Mist 100-2 asistimos a un interesante episodio que se desarrolla dentro de la Curia: Gneo Quintilio Carbo, recién llegado desde el oriente en representación del general Luculo, hace pública de una carta del gran estratega dirigida al senado de Roma donde Luculo informa de la situación en Oriente:

De parte del general Licinio Luculo al noble senado y el pueblo romano, saludos. Padres conscriptos, os escribo para anunciaros nuestra victoria en Oriente. Desde la gran derrota de Mitridates en la gran batalla de Cabira, hace más de un año, he atendido las obligaciones administrativas aquí, en Asia, mientras mis subordinados reducían las fortalezas del rey y luchaban contra las guerrillas en las colinas. Envío por medio del mismo emisario un informe detallado de dicha campaña. Ante todo tengo el honor de anunciar que el Ponto, Galacia y Bitinia se hallan bajo control romano. Mitridates ha huido y se ha refugiado con su yerno, Tigranes de Armenia. (...)

Si bien es cierto que se trata de una victoria importante, Oriente nunca se encontrará segura en manos de los romanos mientras Mitridates viva y esté en libertad. Tigranes ha desafiado a Roma al conceder asilo a Mitridates, de modo que en el plazo de un año me propongo entrar con mis legiones en Armenia para exigir a Tigranes que me entregue a Mitridates. Si se niega, le declararé la guerra. ¡Larga vida al Senado y el pueblo romanos!

La decisión de Luculo —unilateral, como diríamos hoy día— de atacar a Tigranes sin solicitar el permiso al Senado de Roma tendrá la consecuencia de suscitar el escándalo, como comprobaremos en JMR Mist 240-1 donde Julio César notifica a Decio que el Senado celebrará una reunión nocturna, no para cesar a Luculo —pues esto implicaría entregar a Pompeyo el mando de Oriente, y su partido no es todavía lo bastante fuerte como para conseguirlo—, sino para votar un decreto senatorial que impida a Luculo invadir Armenia. Al final de la novela, en JMR Mist 274, Decio menciona la posibilidad de que Luculo regrese como *triumphator*, lo que al final acabó ocurriendo tres años después de las victorias, como recuerda Maddox en JRM Con 13: “El gran acontecimiento de la temporada fue el triunfo de Luculo. Había regresado a Italia casi cuatro años atrás y solicitado permiso al Senado para celebrar un triunfo en reconocimiento de sus victorias sobre Mitridates y Tigranes. Pompeyo había manipulado a los tribunos para impedirselo, pero Luculo había recibido por fin el permiso”⁶⁵. El triunfo de Luculo se nos contará detalladamente en JMR Con 13-16, a lo largo de tres páginas demasiado extensas para ser reproducidas aquí pero que siguen, tomándose las naturales libertades y ampliaciones, el testimonio recogido por Plutarco en *Luc.* XXXVII en cuanto a descripción prolija del botín y boato de la *pompa*. Después de su imponente triunfo, como sabemos, Luculo decidió retirarse para convertirse en mecenas de las artes y en todo un *bon vivant*, detalle que la Clo-

⁶⁵ Cicerón, en *Quaest. acad.* II, 3 expresa que él mismo casi introdujo a la Urbe el carro del triunfador: *Quin etiam cum victor a Mithridatico bello revertisset, inimicorum calumnia triennio tardius quam debuerat triumphavit; nos enim consules introduximus paene in urbem currum clarissimi viri.*

dia de Maddox critica con aspereza en JMR Con 97:

El querido Lucio ha decidido abandonar completamente la vida pública para dedicarse al mecenazgo de las artes. —Se percibía en sus palabras cierto tono de desprecio. A Clodia sólo le interesaban los hombres que luchaban por el poder—. ¿Has visto su nueva mansión? Es tan grande como una pequeña ciudad, y Lucio está construyendo una casa aún mayor en el campo.

Que Luculo se convirtió en un importante mecenas —palabra cuyo uso es anacrónico en boca de Clodia— está suficientemente documentado, así como que sus jardines eran suntuosos todavía en tiempos de Plutarco⁶⁶. Luculo fue el primero en construir una enorme biblioteca que, por generosidad, tuvo siempre carácter público, ya que no se conformó con disfrutar él solo de los libros, sino que se convirtió en punto de encuentro de literatos y filósofos, y junto a ellos pasaba las horas de ocio⁶⁷.

Uno de los temas a los que más recurre Maddox para ponderar la obra de Luculo en Oriente es el de la deuda asiática, ya citado anteriormente por Catón, y que afectó enormemente a los prestamistas romanos que, como Craso y Flavio, se enriquecieron proporcionando fondos de sus arcas. Así, el duro revés que a estos prestamistas supuso la cancelación de la deuda, es evocado en relación a Craso y Flavio⁶⁸. La cancelación trajo a Luculo no pocos enemigos, como recuerda Plutarco en *Luc.* XX 3-6:

τοιαῦτα μὲν κακὰ Λεύκολλος εὐρῶν ἐν ταῖς πόλεσιν, ὀλίγῳ χρόνῳ πάντων ἀπὴλλαξε τοὺς ἀδικουμένους, πρῶτον μὲν γὰρ ἐκατοστὴν ἐκέλευσε καὶ μὴ πλεον εἰς τοὺς τόκους λογιζέσθαι, δεῦτερον δὲ τοὺς μακροτέρους τοῦ ἀρχαίου τόκους ἀπέκοψε, τὸ δὲ τρίτον καὶ μέγιστον ἔταξε τῶν τοῦ χρεωφειλέτου προσόδων τὴν τετάρτην μερίδα καρποῦσθαι τὸν δανειστήν· ὁ δὲ τόκον κεφαλαίῳ συνάψας ἐστέρητο τοῦ παντός· ὥστ' ἐν ἐλάττονι χρόνῳ τετραετίας διαλυθῆναι τὰ χρέα πάντα, καὶ τὰς κτήσεις ἐλευθέρως ἀποδοθῆναι τοῖς δεσπόταις. ἦν δὲ

⁶⁶ Plutarco le reprocha haberse entregado a tales frivolidades en *Luc.* XXXIX, 2:

εἰς παιδιὰν γὰρ ἔγωγε τίθεμαι καὶ οἰκοδομὰς πολυτελεῖς καὶ κατασκευὰς περιπάτων καὶ λουτρῶν καὶ ἔτι μᾶλλον γραφὰς καὶ ἀνδριάντας καὶ τὴν περὶ ταύτας τὰς τέχνας σπουδῆν, ἃς ἐκεῖνος συνῆγε μεγάλοις ἀναλώμασιν, εἰς ταῦτα τῷ πλούτῳ ῥύδην καταχρώμενος, ὃν ἠθοροῖκε πολλὴν καὶ λαμπρὴν ἀπὸ τῶν στρατειῶν, ὅπου καὶ νῦν, ἐπίδοσιν τοιαύτην τῆς τρυφῆς ἐχούσης, οἱ Λευκολλιανοὶ κῆποι τῶν βασιλικῶν ἐν τοῖς πολυτελεστάτοις ἀριθμοῦνται.

⁶⁷ Plut. *Luc.* XLII, 1-2:

Σπουδῆς δ' ἄξια καὶ λόγου τὰ περὶ τὴν τῶν βιβλίων κατασκευὴν, καὶ γὰρ πολλὰ καὶ γεγραμμένα καλῶς συνῆγεν, ἢ τε χρήσις ἦν φιλοτιμότερα τῆς κτήσεως, ἀνειμένων πᾶσι τῶν βιβλιοθηκῶν, καὶ τῶν περὶ αὐτὰς περιπάτων καὶ σχολαστηρίων ἀκωλύτως ὑποδεχομένων τοὺς Ἕλληνας, ὥσπερ εἰς Μουσῶν τι καταγώγιον ἐκείσε φοιτῶντας καὶ συνδιημερεύοντας ἀλλήλοις, ἀπὸ τῶν ἄλλων χρειῶν ἀσμένως ἀποτρέχοντας, πολλὰκις δὲ καὶ συνεσχόλαζεν αὐτὸς ἐμβάλλον εἰς τοὺς περιπάτους τοῖς φιλολόγοις, καὶ τοῖς πολιτικοῖς συνέπραττεν ὅτου δέοιντο· καὶ ὅλως ἐστία καὶ πρυτανεῖον Ἑλληνικὸν ὁ οἶκος ἦν αὐτοῦ τοῖς ἀφικνουμένοις εἰς τὴν Ῥώμην.

⁶⁸ Se trata de menciones desprovistas de contenido trascendente. Con respecto a Craso, en JMR Con 102, y con respecto a Flavio en JMR Con 133 y JMR Sat 80.

τοῦτο κοινὸν δάνειον ἐκ τῶν δισμυρίων ταλάντων οἷς τὴν Ἀσίαν ἐξημίωσεν ὁ Σύλλας, καὶ διπλοῦν ἀπεδόθη τοῖς δανείσασιν, ὑπ' ἐκείνων ἀνηγμένον ἤδη τοῖς τόκοις εἰς δώδεκα μυριάδας ταλάντων. ἐκεῖνοι μὲν οὖν ὡς δεινὰ πεπονθότες ἐν Ῥώμῃ τοῦ Λευκόλλου κατεβόων, καὶ χρήμασιν ἀνίστασαν ἐπ' αὐτὸν ἐνίους τῶν δημαγωγῶν, μέγα δυνάμενοι καὶ πολλοὺς ὑπόχρεως πεποιημένοι τῶν πολιτευομένων. ὁ δὲ Λευκόλλος οὐ μόνον ὑπὸ τῶν εἰς πεπονθότων ἡγαπάτο δῆμων, ἀλλὰ καὶ ταῖς ἄλλαις ἐπαρχίαις ποθεινὸς ἦν, εὐδαιμονιζούσας τοὺς ἡγεμόνος τοιοῦτου τυχόντας.

Es, en definitiva, el Luculo hedonista el que permanece más nítidamente en la memoria⁶⁹, primero como contraposición al también multimillonario y estratega Craso, y en segundo lugar porque es el boato de su retiro lo que resulta más llamativo, y constantemente se vuelve a ello como tema recurrente aun sin negarle la grandeza de sus victorias ni su formidable estatura como militar. El desdén profundo que muchos de su contemporáneos sentían por esta ostentación inaudita hasta entonces y que con Luculo comenzaría su andadura en la antigua Roma, fue severamente criticada por personajes de la talla de Pompeyo, y sobre todo Catón⁷⁰, a quien Maddox hace hablar irónicamente sobre la gran morada de Luculo en JMR Sac 55:

“Prepare to be shocked,” Cato said to me as we walked toward the Palatine. “Our host’s taste for vulgar luxury has grown legendary. He outdoes the richest freedman in base, wretched excess.”

“I’m looking forward to this!” I told him.

“On the other hand,” Cato allowed, “he has not been utterly idle in his use of his wealth. He is building a library in imitation of the one in Alexandria, and he has brought cherry trees to Italy for the first time. He’s established a cherry orchard near Naples and will make seedlings and cutting available to all.”

“That’s indeed good news,” I said, “about the cherries, I mean.” For all our conqueror’s strut, we still took a real delight in agricultural matters. Bringing a new melon to Italy would make your reputation as surely as conquering a new province.

“And his fishponds are extraordinary.” Cato had to say these things so that he could endure the guilt of enjoying lunch. There should be a religion for people like Cato. Stoicism is simply not to up to the task.

Durante las páginas del capítulo 4 de esta novela se recrea la famosa anécdota recogida por Plutarco de que las “frugales” comidas de Luculo eran verdaderos banquetes, como cuando Cicerón y Pompeyo se encontraron con Luculo en el Foro y le pidieron que les invitase a comer sin mayores exigencias que lo que él buenamen-

⁶⁹ Y en este caso, el hedonismo de Luculo llegó a convertirse en tan proverbial como la riqueza de Craso o la avaricia de Midas. Algunas veces Maddox también recurre a esta proverbialidad, que hallamos por ejemplo en JMR Con 210: “Lo que Luculo gasta en un solo banquete podría financiar una guerra”; o bien en JMR Sat 75, donde Decio describe así los cojines de la casa de Clodia: “The couches and cushions were as lavish as any I had seen in Rome, even in the house of Lucullus”.

⁷⁰ Acerca de las críticas de Pompeyo, cf. *Luc.* XXXIX; sobre Catón, cf. *Ibid.* XL.

te pudiese ofrecerles. A pesar de que Luculo intentó aplazar la cita para otro día en que se hallase mejor surtido de viandas, finalmente resolvió invitarles a comer en el salón Apolo, pues Luculo disponía de varios comedores dentro de su misma casa. La sorpresa de Cicerón y Pompeyo fue enorme, como recuerda Plutarco en *Luc.* XLI 6-7:

ὅτι τήμερον ἐν τῷ Ἀπόλλωνι δειπνήσοι· τοῦτο γάρ τις εἶχε τῶν πολυτελῶν οἴκων ὄνομα. καὶ τοῦτο σεσοφισμένος ἐλελήθει τοὺς ἄνδρας, ἐκάστῳ γὰρ ὡς ἔοικε δειπνητηρίῳ τεταγμένον ἦν τίμημα δείπνου, καὶ χορηγίαν ἰδίαν καὶ παρασκευὴν ἕκαστον εἶχεν, ὥστε τοὺς δούλους ἀκούσαντας ὅπου βούλεται δειπνεῖν, εἰδέναι πόσον δαπάνημα καὶ ποῖόν τι κόσμῳ καὶ διαθέσει γενέσθαι δεῖ τὸ δεῖπνον· εἰώθει δὲ δεῖ πνεῖν ἐν τῷ Ἀπόλλωνι πέντε μυριάδων· καὶ τότε τοσοῦ του τελεσθέντος, ἐξέπληξε τοὺς περὶ τὸν Πομπήιον ἐν τῷ μεγέθει τῆς δαπάνης τὸ τάχος τῆς παρασκευῆς.

Que la morada de Luculo albergase varios triclinios o comedores no es de extrañar de acuerdo con las magnitudes de la misma, que debieron ser sorprendentes, y Maddox nos da la oportunidad de imaginarla a partir de las descripciones de Decio el Joven, como en JMR Sac 39: “Gazing across the valley, I could see the magnificent new house of Lucullus. It had been under construction when I had last climbed the Aventine, and was said to be far and away the most magnificent dwelling in Rome, built with the spoil of Pontus and Asia”.

Luculo es representado por Maddox como la cara amable del mismo exceso de un Craso: la pasión por la riqueza desmedida, si bien ya se vio en su momento que Luculo tuvo más preocupación por amasar riquezas para gozar en sus últimos días de una existencia hedonista que Craso, quien buscaba exclusivamente la riqueza para obtener más poder. En esto Luculo es presentado casi como si de un contemporáneo se tratase, como a un hombre que quiere disfrutar lo mejor posible y en sus últimos días del trabajo de toda una vida. Como no es difícil simpatizar con este afán de Luculo, el ansia de poder de un Craso se nos antoja como una especie de insania mental, de desequilibrio interno que acabó por conducirle a la perdición. A este respecto, Luculo se salvó por haber sabido retirarse a tiempo antes de que las enemistades políticas le retirasen de en medio. Efectivamente, de todos los personajes importantes de su tiempo, fue el único que murió en su cama⁷¹. Sobre todo Luculo fue hijo de un tiempo en que un general victorioso podía enriquecerse enormemente con los

⁷¹ A este respecto, Plutarco piensa lo mismo en *Luc.* XXXVIII:

βέλτιον δ' ἂν καὶ Κικέρωνα γηράσαι μετὰ Κατιλίαν ὑποστειλόμενον, καὶ Σκιπίωνα Καρχηδόνι προσθέντα Νομαντίαν, εἴτα παυσάμενον· εἶναι γάρ τινα καὶ πολιτικῆς περιόδου κατάλυσιν· τῶν γὰρ ἀθλητικῶν ἀγῶνων τοὺς πολιτικοὺς οὐδὲν ἦττον ἀκμῆς καὶ ὥρας ἐπιλιπούσης ἐλέγγεσθαι. οἱ δὲ περὶ τὸν Κράσσον καὶ Πομπήιον ἐχλευάζον τὸν Λεύκολλον εἰς ἡδονὴν ἀφεικτότα καὶ πολυτέλειαν αὐτόν, ὥσπερ οὐ τοῦ τρυφᾶν μᾶλλον τοῖς τηλικούτοις παρ' ἡλικίαν ὄντος ἢ τοῦ πολιτεύεσθαι καὶ στρατηγεῖν.

despojos de los países conquistados, aspecto esencial que es recordado a veces por Maddox y que no podemos perder de vista⁷². Además, el hecho de haber proporcionado un fuerte impulso a la *res coquinaria* por sus innovaciones en la cocina de su tiempo —que pronto fueron imitadas por la nobleza de la época—, el haberse contado entre los primeros en instalar viveros de peces en su gran casa, antecedentes de las modernas piscifactorías⁷³, o el haber introducido en Occidente importantes árboles frutales como el cerezo, todo esto en su conjunto le apartan del sentido de *gravitas* del romano antiguo que encarnaban los Catones y supone en sí mismo un grado de evolución dentro de nuestra civilización. Plutarco dedica la mayor parte de su *Luculo* a recordar, con extraordinario buen pulso, las batallas de Luculo contra Mitrídates y Tigranes, guerras de las que el tiempo se ha olvidado y que hoy no nos seducen en absoluto. A pesar del innegable desdén con que el mismo Plutarco comenta las frivolidades de Luculo, será a partir de ellas que este importante protagonista de su tiempo se convierta en un importante referente de civilización dentro de la historia de la vida cotidiana y sus imprescindibles placeres. En pocas palabras: de la calidad de vida.

1.4. Marco Porcio Catón Uticense. El espíritu de la Roma arcaica.

Marco Porcio Catón de Útica (o el Uticense) fue el bisnieto de Catón el censor, cuya *gravitas* y austeridad llegaron a ser tan legendarias que su figura traspasó las barreras del tiempo hasta llegar a convertirse en la encarnación del espíritu romano por excelencia⁷⁴. Nuestro Catón (95-46 a.C.) sintió por su antepasado una innegable deferencia que le hizo convertirse ante los ojos de todos en una especie de reencarnación de aquellos valores semiespartanos que representaba su bisabuelo⁷⁵. Catón fue representante de la nobleza y de la vieja aristocracia,

⁷² Así en JMR Sac 155 al hablar de la soberbia mansión de Luculo: “I thought this seemed like an extremely pleasant way to live. The problem was that the only way to amass such wealth was to conquer some extremely rich kings, as Lucullus had”.

⁷³ A este respecto, en JMR Con 231, hallamos la acre opinión de Cicerón: “Hortal y Luculo se han convertido en un par de jardineros perezosos”. Y más abajo, Decio realizará la siguiente reflexión: “Tanto Hortalo como Luculo se mostraban inusualmente orgullosos de sus estanques con peces, en que experimentaban con la cría de nuevas especies extranjeras. Cicerón consideraba esa afición una frivolidad y así lo expresaba ante el Senado”.

⁷⁴ Plutarco lo afirma en las primeras líneas de su biografía de Catón el Menor, *Cat. Min.* I, 1: Κάτωνι δὲ τὸ μὲν γένος ἀρχὴν ἐπιφανείας ἔλαβε καὶ δόξης ἀπὸ τοῦ προπάππου Κάτωνος, ἀνδρὸς ἐν δόξῃ καὶ δυνάμει μάλιστα Ῥωμαίων γενομένου δι' ἀρετὴν, ὡς ἐν τοῖς περὶ ἐκείνου γέγραπται.

⁷⁵ De C. Porcio Catón el Censor (también conocido como Priscus) tenemos una impagable fuente de información en *Cato Maior*, su correspondiente biografía escrita por Plutarco. También es recordado a lo largo de estas novelas como modelo de rectitud. Como padre riguroso, en JB Azul 61: “Catón el

enemigo de César y de los triunviros, y adepto de la filosofía estoica⁷⁶. Su suicidio el 10 de febrero del 46 se produjo dos días antes de la entrada de César en Útica, cuando sólo le quedaba la opción de someterse a César o morir, eligiendo esto último⁷⁷. Hoy es considerado como el último representante de la república aristocrática, un régimen que a mitad del siglo I a.C. estaba tocado de muerte y que sucumbió con él⁷⁸. Si bien Catón es mencionado numerosas veces por Steven Saylor, será en las páginas de Maddox Roberts donde este personaje brillará con toda su humanidad, permitiendo a Decio el joven hacer todo tipo de bromas acerca de su carácter y el temple de los antiguos romanos. Fundamentalmente los comentarios van a ser acerca de las peculiaridades de su carácter estoico y anticuado que tanto honor hizo a su bisabuelo, y en menor medida a su obra política y a su participación dentro de la vida pública de su tiempo. Sólo en Maddox encontramos un interesante retrato de Catón, en JMR Con 21:

Descendí por la escalera y giré en dirección al jardín. Vi que un hombre caminaba hacia mí a través de la alegre multitud, ataviado con una túnica de senador, con la franja púrpura y los pies descalzos. Gemí. Una túnica de senador junto con unos pies desnudos identificaba a una sola persona: Marco Porcio Catón, el hombre más formidablemente aburrido de la política romana. Atribuía todos los males de la época a que no vivíamos con tanta sencillez como nuestros antepasados. Él se consideraba el ejemplo y la personificación de la antigua virtud. Como los primeros romanos no llevaban calzado, él tampoco. Acababa de ganar las elecciones de tribuno para el año siguiente, tras haber insinuado en todo momento que no votarle sería poco patriótico y un insulto a nuestros antepasados.

Con sus limitaciones —por ejemplo, la ausencia de una descripción física de Catón— se trata del único retrato de este importante personaje que hallamos en las novelas, y en las páginas siguientes el autor nos irá dibujando con suaves pinceladas el carácter de este Catón que, durante las novelas de Maddox, ejerce un estupendo papel de secundario, de personaje característico al estilo de aquellos carismáticos actores de reparto del cine clásico: quizá un excéntrico, pero sin duda alguna un patrio-

ensor, que golpeó a su hijo por sorprenderle con una banda en el pelo, habría mandado empalar a este tipo de romano decadente-helenizante”; en el mismo tono por Gordiano en SS Rub 69: “I had a hard time seeing myself as a stern Roman father in the mold of the elder Cato”. Borrell también recuerda el antihelenismo de Catón como estímulo para que Baiasca comience a estudiar griego, en JB At 34: “Catón comenzó a estudiarlo a los ochenta años y era romano”. Saylor también recuerda en SS Just 226 a Catón el viejo como paradigma de enemigo de los lujos y del confort: “Un hombre tiene que ser tan decidido como Catón para condenar a muerte a un cocinero capaz de preparar un plato tan exquisito como éste”.

⁷⁶ Es por esto por lo que Cicerón le dedicó uno de los libros de *De finibus*. Cf. *Ad Att.* 326, 4.

⁷⁷ Cf. Plutarco, *Cato Minor* LXVII-LXXII, donde se exponen con todo detalles los preparativos y el suicidio de Catón.

⁷⁸ Cf. Pinna-Montero-Pantoja, *Diccionario de personajes históricos griegos y romanos*, s.v. Porcio Catón [4].

ta. Catón se dirige a un banquete en casa de Luculo, y Decio le acompaña, y así, en JMR Con 22 leemos: “Como no tenía escapatoria, accedí, siguiendo su ritmo calzado con mis decadentes y degeneradas sandalias. Él caminaba al paso normal del legionario, sin duda más vigoroso que mi acostumbrado andar urbano”; y más abajo, en la misma página, el mismo Catón afirmará con extrema gravedad: “Yo siempre hablo en serio”. Mientras que las referencias de Saylor a Catón tienen casi siempre un tono ciertamente ominoso⁷⁹, el Catón de Maddox es un personaje dibujado con simpatía. La referencia a los pies descalzos de Catón la hallamos explicada por Plutarco en *Cat. Min.* VI, 6⁸⁰:

πολλάκις δ' ἀνυπόδητος καὶ ἀχίτων εἰς τὸ δημόσιον προῆει μετ' ἄριστον, οὐ δόξαν ἐκ ταύτης τῆς καινότητος θηρώμενος, ἀλλ' ἐθίζων ἑαυτὸν ἐπὶ τοῖς αἰσχροῖς αἰσχύνεσθαι μόνους, τῶν δ' ἄλλως ἀδόξων καταφρονεῖν.

Y no era ésta la única rareza exhibicionista de Catón, ya que su enorme resistencia física era entrenada durante todo el año alentada por los pensamientos de los filósofos del estoicismo⁸¹. Maddox nos recuerda este entrenamiento estoico en JMR Sac 12-3:

I went down to the steam rooms. I saw a pack of bearded stoics in the cold pool trying to converse normally as if their teeth weren't chattering. They weren't the worst, though. Marcus Porcius Cato, in his unending quest to become the most virtuous man in Rome, bathed all year round in the Tiber, because that is what he fancied our ancestors did. I don't think it ever occurred to him that the river didn't carry nearly as much sewage in the days of the founding fathers.

El extremo rigor para la legalidad y el culto a los antepasados rigen por com-

⁷⁹ En SS Vest 245 nos comenta Gordiano que “Marco Catón [era] probablemente el único hombre de Roma con reputación de ser más impermeable a las tentaciones sexuales que Cicerón”. En SS Cat 153 es el mismo Catilina quien le dedica un duro ataque, de nuevo relacionado con Cicerón, acerca de las inverosímiles historias que corren por Roma sobre sus proezas sexuales: “¿Qué importancia tiene saber cuál de estas historias es real? Nadie se ocupa de esas cosas excepto los puritanos como Catón y Cicerón, con sus corazones negros y sus sucias lenguas. ¡Jamás he podido entender que hombres sin apetito puedan sentir tal resentimiento hacia hombres que comen con fruición!”. En JMR Tem 90, Julia y Decio asisten en Alejandría a una fiesta con marcada tendencia de convertirse en orgía, y el comentario de Decio basta para definirla por alusividad a Catón: “I wish Cato was here, just so I could watch him drop dead from apoplexy.”

⁸⁰ Otra mención de esta peculiaridad la hallamos en Plut. *Cat. Min.* L, 1.

⁸¹ Plutarco, *Cat. Min.* V, 6-8:

Καὶ διεπόνει τὸ σῶμα γυμνασίους ἐνεργοῖς, ἐθιζόμενος ἀνέχεσθαι καὶ καύματα καὶ νιφετὸν ἀκαλύπτῳ κεφαλῇ, καὶ βαδίζειν ἐν ταῖς ὁδοῖς πᾶσαν ὥραν ἄτερ ὀχήματος. τῶν δὲ φίλων οἱ συνεκδημοῦντες ἵπποις ἐχρῶντο, καὶ πολλάκις ἐκάστῳ παρέβαλλεν ὁ Κάτων ἐν μέρει προσδιαλεγόμενος, περιπατῶν αὐτὸς ὀχουμένων. θαυμαστῆ δὲ καὶ παρὰ τὰς νόσους ὑπομονῆ μετ' ἐγκρατείας ἐχρήτο· πυρέττων γὰρ μόνος ἐφ' ἑαυτοῦ διημέρευε μηδένα προσιέμενος, ἄχρι οὐ βέβαιον αἰσθοῖτο ῥαστώνην καὶ μεταβολὴν τοῦ νοσήματος.

pleto la personalidad de Catón el menor. Acerca de la legalidad, toda la *Vida* de Plutarco está llena de referencias a su estricta visión del servicio público, como en XIX, 3:

οὔτε γὰρ δόξης χάριν οὔτε πλεονεξίας οὔτ' αὐτομάτως καὶ κατὰ τύχην ὥσπερ ἕτεροί τινες ἐμπροσθὸν εἰς τὸ πράττειν τὰ τῆς πόλεως, ἀλλ' ὡς ἴδιον ἔργον ἀνδρὸς ἀγαθοῦ τὴν πολιτείαν ἐλόμενος, μᾶλλον ὄφετο δεῖν προσέχειν τοῖς κοινοῖς ἢ τῷ κηρίῳ τὴν μέλιτταν·

El recuerdo de este carácter puntilloso recorre también la obra de nuestros autores, y Maddox lo cincela en JMR Sat 157: “Even Cato is on your side, and Jupiter knows he’s a stickler for the legalities”. Tampoco el juego ni la falta de respeto a la religiosidad oficial se salvarán, por añadidura, de la férrea idea de lo que Catón consideraba decoroso. En JMR Sac 69 se escandalizará de que alguien ose hablar de los ritos de la Bona Dea en lugares extremadamente comunes: “Unthinkable! These sacred matters must not be made the subject of vulgar gossip in the Forum!”, y en JMR Sac 193 Decio apelará a la autoridad de Catón para recordar lo notorio: “Everybody knows playgoing is bad for the public morals (...). Just ask Cato”. Recordando incluso el terrible rigor de Craso en el tristemente célebre episodio de la diezma durante la guerra espartaquista —aunque sin llegar a superarlo—, Decio medita en JMR Mist 158 acerca de la crucifixión, destino que aguarda a los esclavos de un amo asesinado por uno de ellos: “Era una de nuestras leyes más terribles, y si yo descubría al asesino, Catón (el repulsivo senador, no mi excelente esclavo) insistiría en ejecutarla. Seguramente no se pararía a pensar que la víctima había sido un libertino, no un hombre libre; para Catón, un amo era un amo. Y jamás perdía la oportunidad de ser tan primitivo y brutal como los antepasados a los que veneraba”.

Y es que como romano representante de la antigua aristocracia republicana, el conservadurismo y la imitación de las austeras, muchas veces terribles, costumbres de los antepasados serán apuntaladas por la formación profundamente estoica de Catón, que verá en el cultivo de las mismas una manera de permanecer puro en cuanto a su romanidad intachable, y esto será recordado en varias ocasiones por Maddox, que recurrirá a veces a la hipérbole, como en JMR 60, cuando el horrorizado Decio descubre en el sótano del templo de Saturno unas pinturas que representan sacrificios humanos: “Tendría que mostrar aquellas posturas a Catón, pensé. Probablemente solicitaría al Senado que se renaudaran los sacrificios humanos, puesto que habían sido practicados por nuestros antepasados”. Ni siquiera el ostentar cariño en público hacia la propia esposa le parece decoroso al Catón de Maddox, lo que sin embargo sí muestra Lucio Sergio Catilina en uno de los pasajes más interesantes dedicados al célebre conjurado a lo largo de las páginas que Maddox le dedica en su propia novela. Así lo vemos en JMR Con 165:

En esa época, se consideraba escandalosa la exhibición pública de afecto hacia la

propia esposa. En una fiesta como aquélla ese acto era bastante osado, aunque no tan censurable como si lo hubiese hecho en la calle o en el Foro. Catón habría pedido su exilio. Por alguna razón, encontré ese sencillo gesto casi ennoblecedor. Incluso el peor de los hombres posee sus pequeños afectos y amores redentores, y Sergio Catilina no era ni mucho menos el peor de los hombres, a pesar de lo que se diría de él posteriormente.

En definitiva, Catón el menor era un patriota inflexible cuyo amor por Roma estaba más allá de todo duda, hasta el punto de que esta misma integridad sin fisuras pudiese llegar a perjudicar a la misma patria como expuso Cicerón en *Ad Att.* 21, 8: *Nam Catonem nostrum non tu amas plus quam ego; sed tamen ille optimo animo utens et summa fide nocet interdum rei publicae; dicit enim tamquam in Platonis Politeiai, non tamquam in Romuli faece, sententiam.*

Sin embargo, no todo podía ser contención en este personaje, y es también legendaria la fama que tenía de bebedor⁸², lo que hasta cierto punto representaba un alivio para sus detractores, que encontraban en ello una evidencia de que, pese a todo, Catón tenía también alguna veleidad humana, como recuerda Saylor en *SS Ap* 341:

Hubo un momento de agitación en la corte.

—¡Catón es un mentiroso y un borracho! —chilló alguien—. ¿Qué hace sentado entre el jurado si es un testigo?

Cicerón se dio la vuelta.

—¿Quién impugna el criterio de Pompeyo? Fue el Grande en persona el que eligió a Marco Catón para que se sentara entre el jurado, ¿y por qué? Porque la integridad y honradez de Catón están fuera de toda duda. Cualquiera que diga lo contrario sólo demuestra ser un tonto.

Aquello era verdad. Se pensara lo que se pensara de su política, Catón no era un mentiroso. Pero la historia era de segunda mano; Clodio supuestamente dijo algo a Favonio, que dijo algo a Catón. Y Cicerón, noté, no negó la acusación de que Catón fuera un borracho. Una vida de bebidas fuertes se veía en las ojeras del hombre de estado.

Más allá de su carácter y personalidad, la mayor relevancia de Catón en estas novelas viene marcada por su discurso en el senado contra los conjurados de Catilina, episodio en que Saylor refunde a Salustio y a Plutarco. La famosa elocuencia de Catón, que en la prosa de Salustio alcanza cúspides gloriosas, era célebre desde su

⁸² En *JMR Con* 35 Maddox hace una buena broma acerca de la dipsomanía de Catón, y la pone en boca de Catilina: “¿Sabes por qué Catón bebe tanto mientras despotrica contra los demás placeres? (...) Porque a la mañana siguiente duele mucho”. Acerca de la afición a la bebida del gran romano, tenemos de nuevo el testimonio de Plutarco en *Cat. Min.* VI, 2-3:

καὶ κατ' ἀρχὰς μὲν ἅπαξ ἐπιπιῶν [ἐπὶ τὸ δεῖπνον] ἀνέλυε, προϊόντι δὲ τῷ χρόνῳ μά-λιστα προ-σίετο <τὸ> πίνειν, ὥστε πολλάκις ἐν οἴνῳ διάγειν εἰς ὄρθρον. αἰτίαν δ' ἔλεγον οἱ φίλοι τούτου τὴν πολιτείαν καὶ τὰ δημόσια πράγματα, πρὸς οἷς ὅλας τὸν Κάτωνα τὰς ἡμέρας ὄντα, καὶ κωλ-ύμενον φιλολογεῖν, νύκτωρ καὶ παρὰ πότον συγγίνεσθαι τοῖς φιλοσόφοις.

juventud y consta suficientemente⁸³. El episodio del discurso lo encontramos en SS Cat 401-4, y consta claramente de dos partes. Entre las páginas 401-3 asistimos a una refundición del discurso de Catón que leemos en *Bell. Cat.* LII, 2-36, en el cual Catón responde a la intervención previa de Julio César y apela a la grandeza de los antepasados y al rigor de su juicio para acabar solicitando la pena de muerte para los conspiradores, lejos de cualquier compasión porque éstos sean jóvenes y de linaje noble. En la obra salustiana, en la que Saylor se inspira para esta escena tomándose la libertad de reescribir el discurso casi completo y dejando sólo su estructura como relativamente reconocible, Catón es alabado como un gran hombre y su solicitud al senado de pena de muerte es aceptada por unanimidad⁸⁴; sin embargo, en Plutarco encontramos un giro ciertamente estridente: tal y como recrea Saylor, César responde a Catón y en ese momento recibe una misteriosa carta. El episodio es recreado por Saylor en SS Cat 403-4, y en su conclusión la traductora se toma la licencia de introducir a Valle-Inclán en el pensamiento de Gordiano el Sabueso: “Ni el más estafalario comediante se habría atrevido a componer una escena tan esperpéntica”. Todavía muy alejado en el tiempo del callejón del Gato, Plutarco describe este episodio en *Cat. Min.* XXIV, 1-3, episodio que Maddox no utiliza en su novela *La conspiración de Catilina*⁸⁵:

Εἰ δὲ δεῖ μηδὲ τὰ μικρὰ τῶν ἠθῶν σημεῖα παραλιπεῖν, ὥσπερ εἰκόνα ψυχῆς ὑπογραφομένους· λέγεται τότε, πολλὴν ἄμιλλαν καὶ μέγαν ἀγῶνα πρὸς τὸν Κάτωνα τοῦ Καίσαρος ἔχοντος, καὶ τῆς βουλῆς εἰς ἐκεῖ νους ἀνηρτημένης, δελτάριόν τι μικρὸν ἕξωθεν εἰσκομισθῆναι τῷ Καίσαρι· τοῦ δὲ Κάτωνος εἰς ὑποψίαν ἄγοντος τὸ πρᾶγμα, καὶ διαβάλλοντος εἶναί τινας τοὺς κοινουμένους, καὶ κελεύοντος ἀναγινώσκειν τὰ γεγραμμένα, τὸν Καίσαρα τῷ Κάτωνι προσδοῦναι τὸ δελτάριον ἐγγὺς ἐστῶτι. τὸν δ' ἀναγνόντα Σερβιλίας τῆς ἀδελφῆς ἐπιστόλιον ἀκόλαστον πρὸς τὸν Καίσαρα γεγραμμένον, ἐρώσης καὶ διεφθαρμένης ὑπ' αὐτοῦ, προσρῖπαί τε τῷ Καίσαρι καὶ εἰπεῖν "κράτει μέθυσε", καὶ πάλιν οὕτως ἐπὶ τὸν ἐξ ἀρχῆς λόγον τραπέσθαι.

⁸³ Así, Plutarco en la *Cat. Min.* V, 3-4:

καὶ γὰρ ὁ λόγος νεαρὸν μὲν οὐδὲν οὐδὲ κομψὸν εἶχεν, ἀλλ' ἦν ὄρθιος καὶ περιπαθῆσκαὶ τραχύς, οὐ μὴν ἀλλὰ καὶ χάρις ἀγωγὸς ἀκοῆς ἐπέτρεχε τῇ τραχύτητι τῶν νοημάτων, καὶ τὸ ἦθος αὐτοῦ καταμειγνύμενον ἠδονὴν τινα καὶ μειδίᾳ ματῶ σεμνῶ παρείχεν οὐκ ἀπάνθρωπον. ἡ δὲ φωνὴ μεγέθει μὲν ἦν ἀποχρῶσα καὶ διαρκῆς εἰς τοσοῦτον ἐξικέσθαι δῆμον, ἰσχὺν δὲ καὶ τόνον ἄρρηκτον εἶχε καὶ ἄτρυτον· ἡμέραν γὰρ ὅλην εἰπὼν πολλάκις οὐκ ἀπηγόρευσε.

⁸⁴ Salustio, *Bell. Cat.* LIII, 1: *Postquam Cato adsedit, consulares omnes itemque senatus magna pars sententiam eius laudant, virtutem animi ad caelum ferunt, alii alios increpantes timidos vocant. Cato clarus atque magnus habetur; senati decretum fit, sicuti ille censuerat.*

⁸⁵ Efectivamente, Maddox obvia esta divertida anécdota entre las páginas 284-5 de su novela dedicada al conjurado, y el discurso de Catón lo despacha en pocas líneas en JMR Con 285: “Catón, como es natural, pedía la ejecución; era la clase de acción que le atraía: sencilla, brutal y directa. Muchos hombres como Catón creían que, por llevar una vida de virtud y austeridad, siempre tenían razón. En cualquier caso habló con elocuencia, y tal vez fue su discurso lo que inspiró la decisión final del Senado”.

Enemigo de Pompeyo, Catón se presentó a tribuno de la plebe para competir con Metelo Nepote⁸⁶, hombre fiel al Grande, como se menciona en JMR Con 120: “Nepos no conseguirá nada como tribuno, porque Catón será su colega y bloqueará toda la legislación a favor de Pompeyo que él introduzca. Catón se presentó a tribuno precisamente para contrarrestar las iniciativas de Nepos”.

Muy amigo de Cicerón, la enemistad de éste con Clodio le jugó a Catón una mala pasada, ya que cuando Clodio asumió el tribunado de la plebe, quiso borrar del mapa político a Catón, algo que sibilamente calla cuando mantiene esta conversación con Decio —temporalmente reconciliados por conveniencia— en JMR Sat 60, pero cuyas razones conocemos bien gracias a Plutarco⁸⁷:

“Cato and I loathe one another. But I have an extremely important post for him next year, one that I would entrust to none of my friends. (...) Our annexation of Cyprus is coming up. I’m going to give Cato an extraordinary position as *quaestor pro praetore* to oversee the transfer and render a full accounting to the Senate, his authority to last as long as he thinks fit to get the job done.”

“He’s a good choice,” I admitted grudgingly. “The island is strategically important and rich. In the hands of most men that would be a license to loot the place and sow bad will among the natives for a generation to come. Cato is utterly incorruptible; not that it makes him any more likable. He’ll render an honest accounting.”

“My thoughts exactly”.

En definitiva, el retrato de Catón más vívido se lo debemos en estas novelas a Maddox más que a Saylor, a pesar de que es este último quien recrea mejor las fuentes clásicas, principalmente a Salustio y a Plutarco, en el episodio ya comentado del Senado, donde sin embargo, la recreación que hace el novelista norteamericano del discurso salustiano se halla tan refundida que pierde toda su fuerza. Por el contrario, el Catón de Maddox nunca llega a alcanzar la majestuosa gravedad que el discurso de Salustio otorga a un personaje como Catón, quien debió de ser un protagonista temible de los últimos años de la República y muy alejado del individuo pintoresco y rematadamente excéntrico —casi simpático, como un anciano cargado de manías— que Maddox pinta en sus novelas.

⁸⁶ Plutarco en *Cat. Min.* XX, 4 cuenta el episodio de cómo, a pesar de haber partido a su mansión en Lucania para descansar, regresó a Roma al enterarse de que Nepote se presentaba a tribuno y que lo hizo con esta reflexión:

“οὐκ ἴστ’ εἶπεν ὅτι καὶ καθ’ αὐτὸν ὑπ’ ἐμπληξίας φοβερὸς ἐστὶ Μέτελλος, καὶ νῦν ἐκ τῆς Πομπηίου γνώμης ἀφιγμένους εἰς τὴν πολιτείαν ἐμπεσεῖται δίκην σκηπτῶδ’, πάντα πράγματα ταράττων;

⁸⁷ Plutarco, en *Cat. Min.* XXXIV, 3-7 explica que Clodio, teniendo a Catón como el más recto e íntegro de todos los romanos, le hizo llamar para ofrecerle el mando de la isla de Chipre. Como Catón rehusase, Clodio le obligó a aceptar y Catón marchó a Chipre contra su voluntad sin que Clodio le prestase nave, ni soldados ni oficiales.

1.5. Lucio Sergio Catilina. El eterno enigma.

Sin ningún género de dudas, es Catilina uno de los personajes más estigmatizados de toda la historia de Roma, hasta el punto de que el mismo Virgilio nos lo habría de presentar en *Eneida* VIII, 664-8 penando horriblemente por sus maldades en el Tártaro: *Hinc procul addit /Tartareas etiam sedes, alta ostia Ditis, / et scelerum poenas et te, Catilina, minaci /pendentem scopulo furiarumque ora trementem, /secretosque pios, his dantem iura Catonem*. En este sentido, parece que la representación de Catilina como encarnación de la maldad fue proverbial a partir de su muerte⁸⁸.

La visión que nuestros autores nos proporcionan de este importante personaje es interesante porque, partiendo de las mismas fuentes históricas —básicamente, Plutarco, Salustio y Cicerón—, Maddox compone el retrato de un personaje que sigue fielmente a las fuentes en cuanto a la representación de un cúmulo de toda clase de vicios; por el contrario, Saylor dibuja un personaje más realista, llenos de claros-curos y al que muchas veces permite expresarse con toda libertad, concediéndole al menos el beneficio de la duda. Ya desde el título de las respectivas novelas que Maddox y Saylor dedican a este célebre episodio se nota claramente las diferencias del punto de vista. Mientras que para Maddox el segundo título de su serie *SPQR* será sencillamente *The Catiline Conspiracy*, siguiendo fielmente el tradicional título salustiano, Saylor titulará a la tercera novela de su serie *Catiline's Riddle*, que en traducción española pasó a ser *El enigma de Catilina*. “Riddle”, acertijo o enigma, no sólo alude al famoso acertijo que Catilina lanzó y dejó sin resolver, sino también al propio Catilina. Teniendo en cuenta que todos los testimonios que nos han llegado sobre el conjurado son abiertamente hostiles al mismo, el propio personaje histórico sigue siendo en cierto sentido un enigma para nosotros mismos. Como decimos, sin querer incurrir en una visión revisionista de Catilina como luchador social —revisión que a partir de la interpretación de los testimonios antiguos no se sostiene— Saylor concede a Lucio Sergio Catilina el beneficio de la duda para que siga siendo, entre nosotros, un enigma histórico.

Como decimos, ambos autores dedican dos novelas completas a este personaje, por lo que nuestro análisis del mismo se circunscribirá, básicamente, a un resumen pormenorizado de los acontecimientos históricos de la conjuración para abordar más tarde, de manera detenida, cuál es la lección histórica que ambos autores extraen acerca del personaje y cómo nos la presentan por medio de la literatura.

1.5.1. La conjuración de Catilina. Aspectos históricos.

⁸⁸ A este respecto, cf. también Marcial V, 69.

Hay que empezar haciendo constar que ambas novelas dedicadas al mismo tema presentan notables diferencias en cuanto a profundidad y extensión. Mientras que Saylor desarrolla a lo largo de casi quinientas páginas un vibrante fresco histórico acerca del conjurado donde, sólo como excusa para que la novela siga circunscrita al género de novela de misterio encontramos un enigma — la aparición de hombres decapitados en la granja de Etruria que Gordiano ha heredado de Lucio Claudio—, la novela de Maddox tiene una extensión mucho menor — 292 páginas en la traducción española, con un tipo de letra mayor que la edición española del libro de Saylor y un formato de página más pequeño—. Esto obliga a Maddox a prescindir de numerosos elementos que, a lo más, sólo aparecen mencionados —en concreto, todos los acontecimientos posteriores la primera catilinaria ciceroniana—, mientras que Saylor abarcará hasta la propia muerte de Catilina en Pistorium; por otra parte, mientras que en Saylor se nota un trabajo de investigación y de reflexión sobre las fuentes con objeto de presentarnos a un Catilina humano y contradictorio, Maddox pasará por las fuentes sin prestarles demasiada atención y llegando a incurrir, en algunas ocasiones, en sonoras meteduras de pata históricas.

La progresión de acontecimientos es desarrollada por los dos autores siguiendo las mismas fuentes históricas, todas absolutamente contrarias a Catilina, y que son, volvamos a decir, el *Bellum Catilinae* de Salustio, las *Catilinarias* de Cicerón y las *Vidas* de Plutarco, siendo la principal fuente la *Vida de Cicerón*.

La primera aparición importante de Catilina en la saga de Gordiano el sabueso tendrá lugar fuera de la tercera novela de su serie *Roma sub Rosa*, en concreto en el relato *La casa de las vestales*, completamente dedicado a los supuestos amores incestuosos de Catilina con la vestal Fabia,⁸⁹ episodio que en Maddox carece de relevancia y es simplemente mencionado como origen de la enemistad entre Clodio y Catilina⁹⁰. *La casa de las vestales* es el relato que da título al primer volumen recopilatorio de cuentos de Saylor y que en su edición española encontramos entre SS Vest 223-246. Catilina, hallado dentro de la casa de las Vestales junto a la joven Fabia, fue llevado a juicio al mismo tiempo que se celebraba el juicio contra Craso por idéntica razón: la sospecha de que intentaba seducir a la vestal Licinia. Catilina fue finalmente absuelto, como recuerda Gordiano en SS Vest 245:

Catilina también fue absuelto. El hincapié en que él y Fabia habían sido descubiertos totalmente vestidos pesó mucho en su favor. Por mi parte, estoy indeciso sobre si es culpable o inocente de haber seducido a Fabia. Me parece raro que pasara tanto tiempo corte-

⁸⁹ Salustio, *Bell. Cat.* XV 1: *Iam primum adulescens Catilina multa nefanda stupra fecerat, cum virgine nobili, cum sacerdote Vestae, alia huiusce modi contra ius fasque.*

⁹⁰ Así lo vemos en JMR 47: “Diez años atrás Clodio le había acusado de mantener una aventura ilícita con la vestal Fabia. La pareja había sido declarada inocente de todos los cargos, y desde entonces existía un odio a muerte entre Clodio y Catilina”.

jando a una joven que había jurado castidad si no eran impúdicas sus intenciones. ¿Y cómo sabía Clodio que Catilina respondería a una falsa carta de Fabia sino porque tenía razones para creer que ambos eran ya amantes? El repentino lamento del asesino de que “no se quitaron las ropas” parecía, en la superficie, reivindicar a Catilina y a Fabia; pero hay muchas cosas que dos personas pueden hacer aunque estén completamente vestidas.

Si bien aquella escandalosa aventura, espléndidamente aprovechada por Saylor en su relato, fue la primera entrada de Catilina en la vida romana, toda su vida le acompañaría una gran fama de seductor de jovencitos y de mujeres casadas y, en definitiva, de individuo sexualmente incansable y pernicioso, rodeado siempre de gentes de la peor calaña. Esta fama, indudablemente tergiversada por sus detractores, viene de antiguo y fue promovida por los autores a quienes debemos exclusivamente una descripción diabólica de Catilina de la que han bebido las generaciones futuras. Así, encontramos que su enemigo Cicerón prodiga a lo largo de las *Catilinarias* sanguinolentos ataques contra la personalidad del conjurado, a quien acusa de ser un peligro para la honra de mujeres casadas⁹¹ y además —acusación mucho más extendida— un experto corruptor de jovencitos, como lo manifiesta en *Cat. I, 6*:

Quae nota domesticae turpitudinis non inusta vitae tuae est? Quod privatarum rerum dedecus non inhaeret infamiae? Quae lubido ab oculis, quod facinus a manibus umquam tuis, quod flagitium a toto corpore afuit? Cui tu adulescentulo, quem corruptelarum inlecebris inretisses, non aut ad audaciam ferrum aut ad lubidinem facem praetulisti?

Esta última frase, concretamente, proporcionará mucho juego a Steven Saylor al introducir en la saga el tema del despertar a la vida del adolescente hijo de Gordiano, Metón, quien se enamorará de Catilina —como más tarde lo hará de Julio César— y conducirá a su propio padre, en un infructuoso intento de rescatarle, a la batalla final de los conjurados en Pistorium.

Años más tarde, las perlas envenenadas de Cicerón serían organizadas y superadas, incluso, por Salustio en su célebre y muy estudiado retrato de Catilina en *Bell.Cat. V*, del que beberá Maddox abundantemente para su muy negativa visión del conjurado:

L. Catilina, nobili genere natus, fuit magna vi et animi et corporis, sed ingenio malo pravoque. Huic ab adulescentia bella intestina, caedes, rapinae, discordia civilis grata fuere ibique iuventutem suam exercuit. Corpus patiens inediae, alboris, vigiliae supra quam cuiquam credibile est. Animus audax, subdolanus, varius, cuius rei lubet simulator ac dissimulator, alieni adpetens, sui profusus, ardens in cupiditatibus; satis eloquentiae, sapientiae parum. Vastus animus inmoderata, incredibilia, nimis alta semper cupiebat. Hunc post dominatio-

⁹¹ Así, en Cic. *Cat. I xxvi*: *Ad huius vitae studium meditati illi sunt, qui feruntur, labores tui, iacere humi non solum ad obsidendum stuprum, verum etiam ad facinus obeundum, vigilare non solum insidiantem somno maritorum, verum etiam bonis otiosorum.*

Principales protagonistas de la historia

nem L. Sullae lubido maxuma invaserat rei publicae capiundae; neque id quibus modis adsequeretur, dum sibi regnum pararet, quicquam pensi habebat. Agitabatur magis magisque in dies animus ferox inopia rei familiaris et conscientia scelerum, quae utraque iis artibus auxerat, quas supra memoravi.

En este retrato salustiano tenemos varios datos reales: Catilina era de linaje aristocrático, pero representante de la clase patricia empobrecida. A pesar de ello, comenzó su carrera política como tribuno o prefecto de las tropas auxiliares de Pompeyo, más tarde como legado (en 82 a.C.), a continuación pretor en 68 y finalmente propretor en África del 67 al 66 que le condujo a un nuevo proceso, esta vez por extorsión. También la referencia a Sila es bastante adecuada, pues ya hemos visto al hablar del dictador que tanto los novelistas como las fuentes consignan que Catilina sirvió como brazo ejecutor de algunos de los proscritos. Dentro del *cursus honorum* sólo le faltaba, como vemos, acceder al consulado, por lo cual luchó encarnizadamente. Sin embargo, Catilina no tuvo éxito en los tres intentos de acceder a este cargo, e incluso en la llamada primera conjuración de Catilina intentó asesinar el 31 de diciembre de 66 a los cónsules electos Lucio Aurelio Cota y Lucio Manlio Torcuato, siendo cónsules salientes Manio Emilio Lépido y Lucio Volcacio Tulo, tras constatar su propio fracaso al cargo⁹². Todos estos detalles hasta llegar a la tercera derrota de Catilina por ocupar el consulado, y esta vez frente a Cicerón, son expuestos por Steven Saylor en SS Cat 49-54, donde Gordiano explica a su hijo Metón cuáles fueron las características de aquellas últimas elecciones y cuáles fueron las causas de la tercera derrota de Catilina, como vemos en SS Cat 49-50:

Había tres candidatos principales: Cicerón, Catilina y Antonio. Antonio es una nulidad, un bribón derrochador sin programa político, pero con una necesidad apremiante de hacerse con un gobierno provincial para enriquecerse con los impuestos y pagar así sus deudas. Algunos dicen lo mismo de Catilina, pero nadie niega que Catilina derrocha encanto y que tiene buena mano para la política. Procede de una antigua familia patricia, pero no tiene fortuna; es el típico aristócrata que apoya los planes radicales de redistribución de la riqueza, cancelación de deudas, democratización de los cargos públicos y religiosos y, claro, a las clases dirigentes conservadoras no les gusta oír estos discursos.

Finalmente, Cicerón era un *homo novus* procedente de Arpino, y nunca hasta entonces un *homo novus* había accedido al consulado; pero como suele decirse, de entre todos los males era el peor, por lo que supo meterse a la aristocracia en el bolsillo, merced sobre todo a la enorme fama que ya había alcanzado como orador. A esas alturas de su vida, Cicerón era cualquier cosa menos un desconocido en la vida

⁹² Cic. *Cat* I, 15: *Potestne tibi haec lux, Catilina, aut huius caeli spiritus esse iucundus, cum scias esse horum neminem, qui nesciat te pridie Kalendas Ianuarias Lepido et Tullo consulibus stetisse in comitio cum telo, manum consulum et principum civitatis interficiendorum causa paravisse, sceleri ac furori tuo non mentem aliquam aut timorem tuum sed fortunam populi Romani obstitisse?*

pública de la Urbe. Como explica Saylor sobre Cicerón en SS Cat 50:

La aristocracia le miraba por encima del hombro, despreciando su astucia política, su elocuencia y su popularidad. Cicerón es un advenedizo glorioso, un cometa venido de ninguna parte, y encima vanidoso como un pavo real. A su manera debió de suponer una amenaza para el estado de cosas tan grande como Catilina. Y podría haberlo sido, si sus principios no hubieran sido tan flexibles. (...) Los ricos estaban en un dilema: no podían tragar a Cicerón, pero Catilina representaba un verdadero peligro para ellos.

La desesperación, el orgullo y el rencor conducirían a Catilina a organizar su célebre conjuración en la que encabezaría a un notable número de descontentos de la política del Senado y de la situación económica en general y que debía comenzar en Etruria, donde los veteranos también estaban dispuestos a apoyar a Catilina en su empresa, en la que una parte muy importante sería el asesinato de Cicerón, como explica Marco Celio (testigo de la primera reunión de los conjurados y simpatizante de la causa hasta ver que implicaba el asesinato de Cicerón) a Gordiano en SS Cat 58-9:

—[La reunión] se celebró en la casa que Catilina tiene en el Palatino, una espléndida mansión que construyó su padre, lo único que le dejó en herencia, aparte del nombre. Empezó como un festejo nocturno, pero después de la cena nos encerramos en una sala oculta en el interior de la casa. Despidieron a los esclavos y se aherrojó la puerta. Si te dijera los nombres de los senadores y patricios que estaban allí...

—No lo hagas.

Celio asintió.

—Entonces sólo te diré que en la reunión había hombres de todas clases, desde los más respetables hasta los de peor reputación.

—“Hay que probar todos los sabores”, dice Catilina.

—Exactamente. Como ves, ha acuñado una frase memorable. Me adulas diciendo que soy un discípulo aventajado de Cicerón, pero te aseguro que Cicerón no aventaja a Catilina cuando se trata de dar discursos apasionados. Se extendió mucho al hablar del malestar general de los hombres que estaban reunidos allí y afirmó que la causa de todas sus penalidades eran los ricos oligarcas; les prometió un Estado nuevo consagrado por la sangre de los ancianos; habló de cancelar deudas y de confiscar propiedades. Cuando acabó, sacó un cuenco con vino y obligó a todos los que estaban allí a hacerse un corte en el brazo y derramar un poco de sangre en el recipiente.

—¿Y tú?

Celio extendió el brazo y me mostró la cicatriz.

—Todos bebimos de él y juramos guardar el secreto.

Este detalle de la sangre, tremendamente novelesco y hasta un tanto inverosímil, es utilizado por Saylor con gran efectividad. Esta primera reunión después de una fiesta en casa de Catilina es narrada por Maddox entre las páginas 194 y 207 de *La conspiración de Catilina*, pero Maddox omite el detalle de la copa de sangre, y en cambio, su Catilina exige a todos los presentes que se comprometan a perpetrar el

asesinato de un enemigo en los próximos días para demostrar su fidelidad a la causa. En este caso el testigo de la primera reunión será Decio el Joven, que para evitar el compromiso de sangre tendrá la ocurrencia de proponer el asesinato de su amigo Asclepiodes, quien finalmente recurrirá a una argucia para fingirse muerto y, más tarde, resucitar. El mismo Salustio escribiría en *Bell. Cat. XX* que la anécdota de la copa de sangre parece más bien inventada a posteriori con vistas a justificar la ejecución de los cómplices de Catilina ordenada por Cicerón, y así, dar una idea bien clara de lo repulsivos que eran estos individuos⁹³, y de lo bien que hizo Cicerón al librar a Roma de gentes de semejante calaña:

Fuere ea tempestate, qui dicerent Catilinam oratione habita, cum ad ius iurandum popularis sceleris sui adigeret, humani corporis sanguinem vino permixtum in pateris circumtulisse: inde cum post execrationem omnes degustavissent, sicuti in sollemnibus sacris fieri consuevit, aperuisse consilium suum; atque eo ita fecisse, quo inter se fidi magis forent alius alii tanti facinoris conscii. Nonnulli ficta et haec et multa praeterea exstumabant ab iis, qui Ciceronis invidiam, quae postea orta est, leniri credebant atrocitate sceleris eorum, qui poenas dederant. Nobis es res pro magnitudine parum comperta est.

Otro espía dentro de los conjurados resulta ser Eco, el hijo adoptivo de Gordiano que se introduce entre el círculo de conspiradores y seguirá proporcionando información, primero como espía a sueldo de Cicerón, y luego para su padre⁹⁴. Por medio de su testimonio, Saylor introducirá un curioso dato apócrifo —y que tampoco hallaremos en Maddox— que dará título a toda la serie protagonizada por el Sabueso, que como sabemos, tiene el título genérico de *Roma sub rosa*. Esta florida expresión latina, de uso muy extendido en el inglés pero poco en español que tiene la significación adverbial “en secreto”, hacía mención a una antigua leyenda asociada con la confidencialidad de la rosa, según la cual Cupido había regalado a Harpocrates, dios del silencio, una rosa con objeto de que comprendiese que no debía traicionar la confianza de Venus. A partir de esto, los techos de las moradas romanas eran decorados con rosas para recordar a los invitados que cuanto allí se hablaba *sub vino*, era también hablado *sub rosa*. Este detalle relativo a Catilina, apócrifo como decimos, lo hallamos en SS Cat 303-4 por boca de Eco:

⁹³ En cuanto a la identidad de estos conspiradores, Maddox y Saylor siguen a Salustio a pies juntillas, como es natural; así, en *Bell. Cat. XVII: Eo convenere senatorii ordinis P. Lentulus Sura, P. Autronius, L. Cassius Longinus, C. Cethegus, P. et Ser. Sullae Ser. filii, L. Vargunteius, Q. Annius, M. Porcius Laeca, L. Bestia, Q. Curius; praeterea ex equestri ordine M. Fulvius Nobilior, L. Statilius, P. Gabinius Capito, C. Cornelius; ad hoc multi ex coloniis et municipiis domi nobiles.*

⁹⁴ Eco se define en SS Cat 304 como un modesto espía por debajo de otros muchos, lo que demuestra lo bien informado que estaba Cicerón y cuán grande fue la torpeza de Catilina al desenvolver su conjuración. Así, en la *Cat. III, 17* Cicerón proclamará que la conjuración había sido planeada con tanta torpeza que se trataba de un secreto a voces, y lo hará recurriendo a una humorada: *Quae nunc illo absente sic gesta sunt, ut nullum in privata domo furtum umquam sit tam palam inventum, quam haec*

—Lo que dice Marco Celio es cierto: Catilina y sus seguidores están conspirando para acabar con la República (...) Hasta ahora los conspiradores no han hecho nada ilegal o al menos nada que pueda comprometerles. No ponen nada por escrito. Se ven en secreto, *sub rosa*. —Eco sonrió—. Catilina es muy literal en sus cosas; cuelga una rosa del techo de la sala en que se reúnen para recordar a sus amigos que la rosa es el símbolo del silencio y que sus palabras no deberán traspasar la puerta. Aún así, Cicerón sabe todo lo que hacen.

Efectivamente, Cicerón estaba muy al corriente de todas las oscuras maniobras de Catilina, tanto en la novela de Saylor como en la de Maddox, aunque entre ambos autores también en este aspecto existen diferencias. Mientras que para Saylor Catilina es un “extremista” (SS Cat 32) que, dominado por la pasión como Ícaro, acabará perdiendo las riendas de su conjuración y su destino, para Maddox es más bien un patán y un simple, un muchachito que no ha crecido⁹⁵. Para Steven Saylor, Catilina es un enigma, como para muchos historiadores lo sigue siendo⁹⁶, y por esto es el enigma (*riddle*) lo que predomina en el título de la novela y se extiende como su fantasma por toda la obra, en relación también con el enigma de los decapitados que aparecen en la villa de campo de Gordiano el Sabueso. Y para expresar mejor este enigma de la historia, Saylor recurre como símbolo absoluto de Catilina al famoso enigma planteado por Catilina ante el Senado y que Saylor nos presenta mucho antes de que Catilina lo plantee en público ante sus enemigos, por boca de Marco Celio en SS Cat 63:

—Un poco de cada uno, creo. Hay otra cosa que aprendí de Catilina: un enigma. A ti deben de gustarte los enigmas, Gordiano. ¿Quieres oír éste? (...) Es un pequeño acertijo que a Catilina le gusta plantear a sus amigos. Lo contó la noche del juramento de sangre. “Veo dos cuerpos”, dijo. “Uno es delgado y débil, pero tiene una gran cabeza. El otro es grande y fuerte, ¡pero no tiene cabeza!” —Y se rió tranquilamente.
Me revolví incómodo en la montura.
—¿Y cuál es el enigma?

tanta in re publica coniuratio manifesto inventa atque deprehensa est.

⁹⁵ Así lo deja claro en palabras de Decio en JMR Con 207: “Sin embargo, a pesar de su necesidad y brutalidad, no podía evitar que Catilina me inspirara cierta simpatía. Era como un cachorro impertinente, como un muchacho bullicioso que se empeña en intervenir en los debates de sus mayores, blandiendo su espada de madera y lanzando estridentes gritos de batalla para atraer la atención, fastidiando a todos. Tenía *hubris* en abundancia, como los griegos definen estas cosas, pero poca mezquindad y aún menos pretenciosidad. Yo esperaba sinceramente que, después de cometer tantos asesinatos y tantas traiciones, recibiera una muerte rápida y digna”.

⁹⁶ Nos mostramos completamente de acuerdo con Jesús Aspa Cereza, en su introducción a *En contra de Lucio Sergio Catilina*, p. 289-90: “Estamos ante uno de esos personajes enigmáticos y complejos que la Historia nos presenta de vez en cuando, como si quisiera sólo suscitar primero nuestras vanas discusiones y dejarnos luego en la duda. (...) Sólo podemos decir que, a pesar de ese cúmulo de monstruosidades que de él se cuentan, ocupó cargos importantes en la vida pública y estuvo en el punto de mira de César y de Craso como candidato al consulado”.

Celio me lanzó una de sus miradas de soslayo.

—¿Es una adivinanza, Gordiano! Debes adivinar la respuesta tú solo.

Steven Saylor ejemplifica con este enigma el enigma histórico que resulta ser Catilina, un enigma que conocemos gracias a Plutarco, que en la *Vida de Cicerón* nos presenta a un Catilina que se presenta por tercera vez a las elecciones consulares, que tiene como contrincante al *homo novus* Cicerón y a quien planea asesinar antes de los comicios. Pero Cicerón, bien enterado de semejantes rumores, convoca al Senado y llama a Catilina a declarar con respecto a ellos. Entonces, Catilina formuló su célebre enigma, como leemos en *Cic. XIV 5-7*:

διὸ τὴν ἡμέραν τῶν ἀρχαιρεσιῶν ὑπερθέμενος ὁ Κικέρων ἐκάλει τὸν Κατιλίαν εἰς τὴν σύγκλητον καὶ περὶ τῶν λεγομένων ἀνέκρινεν. ὁ δὲ πολλοὺς οἰόμενος εἶναι τοὺς πραγμάτων καινῶν ἐφιεμένους ἐν τῇ βουλῇ, καὶ ἅμα τοῖς συνωμόταις ἐνδεικνύμενος, ἀπεκρίνατο τῷ Κικέρωνι μανικὴν ἀπόκρισιν. "τί γάρ" ἔφη "πράττω δεινόν, εἰ δυοῖν σωμάτων ὄντων, τοῦ μὲν ἰσχυροῦ καὶ κατεφθινηκότος, ἔχοντος δὲ κεφαλὴν, τοῦ δ' ἀκεφάλου μὲν, ἰσχυροῦ δὲ καὶ μεγάλου, τούτῳ κεφαλὴν αὐτὸς ἐπιτίθημι;" τούτων εἰς τε τὴν βουλήν καὶ τὸν δῆμον ἠνιγμένων ὑπ' αὐτοῦ, μᾶλλον ὁ Κικέρων ἔδεισε, καὶ τεθωρακισμένον αὐτὸν οἷ τε δυνατοὶ πάντες ἀπὸ τῆς οἰκίας καὶ τῶν νέων πολλοὶ κατήγον εἰς τὸ πεδίον.

La sesión del Senado en que Catilina planteó su célebre enigma es recreada por Saylor de manera realmente vibrante, como conclusión de una tórrida discusión que mantienen Cicerón y Catilina en SS Cat 231-6. No será hasta la página 236 en que Gordiano el Sabueso, que ha sido introducido por su amigo Rufo en la Curia junto con Eco y Metón, describirá esta mítica escena en uno de los mejores momentos de la novela:

—¿Sabes lo que veo yo, Cicerón? ¿Sabes lo que perciben mis ojos cuando analizo esta República? (...) Veo dos cuerpos, uno delgado y débil, pero con una gran cabeza; el otro es grande y fuerte, pero está decapitado. El inválido con cabeza lleva al inválido decapitado como a un animal, atado a una cadena. ¿Qué tiene de terrible que yo sea la cabeza de ese cuerpo decapitado? ¡La historia sería muy distinta entonces!

Dicho en ese contexto, el significado del enigma estaba claro. Me quedé sin aliento ante la osadía de Catilina. Después de haberse salido con la suya en lo de las elecciones, se atrevía ahora a burlarse no sólo de Cicerón sino del mismísimo Senado, y en su propio seno, pues ¿qué otra cosa podía ser el cuerpo débil con una gran cabeza sino el Senado? ¿Y qué era el cuerpo fuerte pero decapitado sino las masas sin dirección ante las que Catilina se proponía como caudillo y cuyo descontento manejaría para conseguir sus propios fines?

Francisco Bertolini interpretaría este enigma en su *Historia de Roma*, una

obra que todavía puede ser leída como una buena novela⁹⁷: “Como dijo Catilina, había entonces en Roma dos estados: la nobleza, que aunque debilitada por sus últimas derrotas, no desistía de su intento dominador; y el pueblo, que, a pesar de sus grandes triunfos obtenidos con las leyes Gabinia y Manilia, estaba sin jefe y sin plan, y sujeto a los más descabellados impulsos”.

A partir de entonces, como bien sabemos, los acontecimientos se precipitan. La noche del 20 al 21 de octubre un grupo de nobles romanos, entre los que se halla Craso —quien deseaba desvincularse de su pasada relación de conveniencia con Catilina⁹⁸—, llegan a medianoche a la casa de Cicerón y exigen al portero que lo levanten de la cama urgentemente. ¿La razón? Han recibido cartas anónimas de alguien cercano a Catilina según las cuales, tanto ellos como Cicerón se hallan en peligro de muerte inminente. A la mañana siguiente, Cicerón reúne al Senado y, tras presentar y leer las cartas anónimas, consigue que el Senado vote un decreto de emergencia y pongan en manos de los cónsules el destino de la República y el poder de tomar las medidas convenientes para salvarla de la debacle. Cicerón tiene ya todo el poder en sus manos. Este episodio, que conocemos entre otras fuentes por Plutarco, *Vida de Cicerón XV*, es maliciosamente interpretado por Saylor en SS Cat 342-3, donde el novelista norteamericano plantea, pero no resuelve, cuál pudo ser el origen de las cartas anónimas. La conclusión de Gordiano el Sabueso en SS Cat 343 cuando conoce por Eco el episodio de las cartas anónimas es, cuanto menos, bastante plausible:

—¿Iban todas sin firmar?

—Sí, y todos dan por hecho que las ha escrito alguien afin a Catilina.

—Que es exactamente lo que quieren que se suponga.

—¿Quién más podría haberlas enviado? —preguntó Eco.

—¿Quién las mandó en realidad? ¿Quién se beneficiaría sembrando el pánico entre los poderosos y averiguando al mismo tiempo la auténtica postura de un hombre como Craso? Y basándose en este hecho, ¿pudo Cicerón convencer al Senado de que aprobara la aplicación del Decreto?

—Sí, en eso y en el rumor de que Manlio estaba a punto de iniciar la campaña con su ejército.

—Que se supo por...

—Por Cicerón y sus informadores. También había rumores de que habían planeado provocar levantamientos entre los esclavos...

—¿Rumores, dices? ¿No informes?

⁹⁷ Francisco Bertolini, *Historia de Roma II*. Madrid, 1889, El Progreso Editorial, pág. 153.

⁹⁸ Plut. *Cic.* XV, 2-3:

τῷ Κράσσῳ μετὰ δείπνον ἐπιστολάς ἀποδίδωσιν ὁ θυρωρός, ὑπὸ δὴ τινος ἀνθρώπου κομισθείσας ἀγνώστως, ἄλλας ἄλλοις ἐπιγεγραμμένας, αὐτῷ δὲ Κράσσῳ μίαν ἀδέσποτον. ἦν μόνην ἀναγνοῦς ὁ Κράσσος, ὡς ἔφραζε τὰ γράμματα φόνονγενησόμενον πολὺν διὰ Κατιλίνα καὶ παρῆνει τῆς πόλεως ὑπεξελεθεῖν, τὰς ἄλλας οὐκ ἔλυσεν, ἀλλ' ἤκεν εὐθὺς πρὸς τὸν Κικέρωνα, πληγείς ὑπὸ τοῦ δεινοῦ καὶ τι καὶ τῆς αἰτίας ἀπολυ-όμενος, ἦν ἔσχε διὰ φιλίαν τοῦ Κατιλίνα.

Eco se quedó mirando el fuego un momento.

—Papá, ¿estás insinuando que fue Cicerón quien envió esas cartas anónimas? ¿Que está sembrando el pánico deliberadamente?

—No afirmo ni niego nada. Simplemente planteo preguntas y dudas, como el propio cónsul.

La novela que Maddox dedica al conjurado, al contrario que la de Saylor, está carente de estas reflexiones acerca de la mano que se halla detrás de los acontecimientos históricos, y el episodio de las cartas no resulta relevante para este autor. Investido por la autoridad del Senado, Cicerón comienza a vivir rodeado por una multitud de hombres que le protegen⁹⁹. Los siguientes acontecimientos, que podemos leer sintetizados en Plut. *Cic.* XVI, entrañarían el germen de soberbias páginas de la literatura, entre ellas la primera *Catilinaria* ciceroniana. Catilina decide en la noche del 6 de noviembre que el 7 de madrugada Marcio y Cetego acudirán a casa de Cicerón como para saludarle, pero que allí mismo le darán muerte. Prevenido Cicerón por Fulvia, amante del conjurado Quinto Curio¹⁰⁰, Cicerón huye de su casa cuando los conjurados llegan a tocar a su puerta, convoca al Senado en sesión extraordinaria dentro del templo de Júpiter Estátor, y ante Catilina pronuncia el primero de sus grandes discursos contra el conjurado. Como dice Plutarco en la *Vida* ciceroniana XVI, 4-5:

ἐνταῦθα καὶ τοῦ Κατιλίνα μετὰ τῶν ἄλλων ἐλθόντος ὡς ἀπολογησομένου, συγκαθίσει μὲν οὐδεὶς ὑπέμεινε τῶν συγκλητικῶν, ἀλλὰ πάντες ἀπὸ τοῦ βάρους μετήλθον. ἄρξάμενος δὲ λέγειν ἐθορυβεῖτο, καὶ τέλος ἀναστάς ὁ Κικέρων προσέταξεν αὐτῷ τῆς πόλεως ἀπαλλάττεσθαι·

1.5. 2. Paráfrasis de las *Catilinarias*.

A continuación, Catilina abandonó la ciudad con trescientos hombres leales. Es necesario que nos detengamos en este momento que Plutarco sintetiza a la perfección y que ha sido motivo del célebre cuadro de Cesare Maccari, puesto que estamos hablando de la Primera *Catilinaria*, momento de esplendor de Cicerón, cumbre de la oratoria antigua y momento representativo en las novelas que Maddox y Saylor dedican al conjurado. Mientras que Maddox la aborda en JMR Con 276-9, Saylor la menciona de pasada en SS Cat 349-50¹⁰¹ para más tarde, lo que

⁹⁹ Plut. *Cic.* XVI, 1:

καὶ καθ' ἡμέραν προῆει δορυφοροῦ μενος ὑπ' ἀνδρῶν τοσοῦτων τὸ πλῆθος, ὥστε τῆς ἀγορᾶς πολὺ μέρος κατέχειν ἐμβάλλοντος αὐτοῦ τοὺς παραπέμποντας.

¹⁰⁰ Cf. Salustio *Bell. Cat.* XXVIII, y también Plutarco, *Cic.* XVI. Para conocer más acerca de la relación de Quinto Curio con la noble Fulvia, quien por dos veces salvó la vida del orador, cf. Sal. *Bell. Cat.* XXIII.

¹⁰¹ Unos soldados registran la finca de Gordiano en busca de Catilina, y es por el jefe de éstos como

es mucho más interesante, realizar una paráfrasis resumida por el propio Catilina entre SS Cat 358-365, cuando esa misma noche Gordiano y Metón visitan a Catilina en las afueras de Roma, oculto entre las montañas. Pero esta paráfrasis, de labios de Catilina, no es ni más ni menos que una autodefensa en toda regla que Saylor argumenta interesantemente y de la cual paso a resumir los puntos más sobresalientes:

1) En SS Cat 358 Catilina niega que tuviese planes de matar a medio Senado el día 28 de octubre. Confirmando las dudas que anteriormente planteaba Gordiano, Catilina afirma que las cartas anónimas estaban escritas por Tirón siguiendo órdenes de su amo Cicerón. En SS Cat 359 argumenta cuáles fueron las razones de Cicerón y la posición de Craso:

Toda esa trama fue urdida por Cicerón con dos fines: sembrar la histeria y el terror entre los senadores, siempre dispuestos a creer que quieren matarlos, y poner a prueba a todos los que recibieron las cartas anónimas, Craso entre ellos. Yo creía que podía contar con él, si no con su apoyo manifiesto, sí al menos con su discreción, pero en cuanto se le presentó la oportunidad de darme la espalda, la aprovechó sin dudarlo. Para evitarse problemas, o para separar su destino del mío, acudió directamente a Cicerón para informarle del contenido de la carta. ¡Y seguro que sabía que se la había enviado el mismísimo cónsul! ¡Qué farsa, los dos fingiendo obrar en beneficio de la República! ¿Cómo puede permitir un hombre tan orgulloso que Cicerón lo manipule? No te preocupes, ya se vengará del Hombre Nuevo a su manera, más tarde o más temprano.

2) SS Cat 359: Falsedad de las declaraciones de Cicerón sobre el levantamiento en armas de Manlio el 27 de octubre en Fésulas. Catilina argumenta que Manlio lleva meses entrenando a los veteranos de Sila y no hay nada ilegal en eso. La carta leída por un senador el mismo 27 de octubre advirtiendo de que Manlio ha empezado a combatir es otra estratagema de Cicerón: “Una carta, ¿te das cuenta? Otro alarde caligráfico de las manitas de Tirón, que copia al dictado todo lo que sale de labios del cónsul”.

3) En SS Cat 359: Cicerón advierte falsamente que Catilina pretende atacar la ciudad de Preneste en las calendas de noviembre, contra lo cual hace entrar en acción a la guarnición de Roma y se declara salvador de Preneste: “¡Qué general tan poderoso, capaz de prever y atajar ataques que no existen”, es el vitriólico comentario de Catilina.

Gordiano tiene noticias de la primera *Catilinaria* en SS Cat 349: “Cuentan que su discurso casi hace temblar las paredes del templo. Catilina se agazapó en un rincón con sus aliados. Cada vez que intentaba hablar le abucheaban”. Enseguida, en SS Cat 350, el jefe de soldados citará al mismo Cicerón: “Se acerca el momento del castigo. Vivos o muertos, les haremos arder eternamente en el altar de los dioses. ¡Como justo castigo por sus crímenes!”

4) En SS Cat 360 Catilina recuerda haber jugado con el mismísimo Cicerón durante la primera *Catilinaria* y se pone bajo su custodia:

Si debo estar bajo arresto domiciliario, dije, prefiero que sea en casa del mismísimo cónsul. ¿En qué otro lugar podría estar mejor vigilado y más alejado de la supuesta conjura? ¡No veas qué dilema se le planteó a Cicerón! Si de verdad suponía yo una amenaza inmediata, su deber era tomarme bajo su custodia. Por otro lado, ¿cómo podía seguir despotricando contra mis locos proyectos si me tenía preso en su casa? Pero no convenía a sus propósitos, así que rechazó mi petición; dio la vuelta a la tortilla alegando que si no podía estar a salvo en la misma ciudad en que estaba yo, ¿cómo iba a estarlo si me llevaba a su propia casa? Lo mataría a él y a toda su familia en cuanto se me presentara la ocasión, con mis propias manos si fuera necesario.

Finalmente, Catilina fue puesto a cargo de Marco Metelo, a quien Cicerón denuncia como uno de sus seguidores, a pesar de que Catilina afirma de él que es un hombre imparcial. Lamenta que la huida de su casa ponga su reputación en entredicho, pero no le quedaba más remedio que la huida, puesto que Cicerón ha dicho que le vería muerto. Como Catilina no tiene razones para dudar de Cicerón, no le queda más remedio que la huida.

4) En SS Cat 361 Catilina desmiente que enviase a Cayo Cornelio y Vargunteyo para asesinar al cónsul: “Supuestamente se presentaron después en su casa, fingiendo hacerle una visita matinal para poder entrar y apuñalarle. ¡Como si a ninguno de los dos les importara cometer un crimen así, sin posibilidad de escapar o de justificarse ante el Senado!”

La defensa de Catilina es la siguiente: En mitad de la noche, Cicerón llama a su casa a un número de senadores y les comunica que un emisario le ha revelado que Cornelio y Vargunteyo llegarán a la mañana siguiente con objeto de asesinarle por órdenes de Cicerón. El cónsul les invita a esperar para verlo con sus propios ojos por la mañana. Efectivamente, Cornelio y Vargunteyo llegan por la mañana, llaman a la puerta, pero los esclavos no les abren, éstos les insultan, a su vez Cornelio y Vargunteyo insultan a los esclavos, aparecen los guardaespaldas y los dos hombres salen corriendo. ¿Cuál es la explicación de todo esto? Catilina la proporciona en SS Cat 361-2:

Los testigos lo han visto todo. Pero ¿qué han visto? Han visto a dos hombres que ya se encontraban en una situación penosa a causa de su asociación conmigo y que llegan a casa de Cicerón, no con intención de matarlo, sino porque les ha levantado de la cama un recadero anónimo diciéndoles que si valoran sus vidas vayan inmediatamente a casa del cónsul. ¡Sí, Cicerón maquinó todo ese episodio! Todo salió como había planeado. La versión de Cicerón ha sido respaldada por los dos senadores de intachable reputación a quienes citó en su casa. ¡Ese hombre es un genio! —exclamó Catilina con amargura—. Después tuve ocasión de hablar con Cayo y Vargunteyo, y de comprobar el engaño. No había ningún compló para

matar a Cicerón.

5) En SS Cat 362-3 Catilina hace un resumen de los acontecimientos de la mañana en el Senado. Catilina creía capaz de defenderse haciendo pasar por loco a Cicerón, pero su ilusión era vana. En las palabras que dirige a Gordiano vemos no sólo su derrota, sino también el rencor del aristócrata empobrecido frente al *homo novus*, el advenedizo:

Supongo que fue mi arrogancia lo que me hizo creer que podía igualar su retórica; ahora los dioses me han castigado. No hubo ningún discurso formal. Cicerón gritaba, yo gritaba y los senadores me abucheaban. Me vi abandonado por todos, menos por unos pocos hombres, los más cercanos a mí. Creo que no sabes lo que es eso, Gordiano, la vergüenza de ver que todos tus aliados reniegan de ti. Les imploré que recordaran mi nombre: Lucio Sergio Catilina. Un Sergio estuvo al lado de Eneas cuando éste huyó de Troya. Hemos sido de las familias más respetadas de Roma desde su fundación. ¿Y quién es ese Marco Tulio? ¿Quién ha oído hablar de los Tulios de Arpino, un pueblo con una tabernucha y dos pocilgas? ¡Es un advenedizo, un intruso, poco menos que un desconocido! ¡Un inmigrante! ¡Eso le llamé en su propia cara!

La reacción de Cicerón, que Catilina recuerda en SS Cat 363, no se hace esperar: “¿Cómo es posible que un hombre así siga con vida?” se pregunta Cicerón ante el Senado. El cónsul se burla del Senado por no atreverse a ejecutar a un hombre así, y argumenta que ese miedo es infundado, pues Catilina ya no es un ciudadano, sino un rebelde.

Poco a poco, el Catilina de Saylor va desmontando todas las acusaciones de Cicerón acerca de una trama de conspiración contra el estado. Ante nuestros ojos (y también ante los de Gordiano) un monstruo de la Historia oficial es poco a poco sustituido por otro, y Cicerón se convierte en un prodigio de maquiavelismo. Finalmente, leyéndonos el pensamiento, Saylor hará preguntarle a Catilina en SS Cat 363 si entonces es completamente inocente de la conspiración, si sus idas y venidas, sus contactos con los descontentos de la ciudad y su alianza militar con Manlio es algo que sólo existe en la febril imaginación de Cicerón. En definitiva, Gordiano quiere saber si en ningún momento ha tenido la intención de dar un golpe de estado. La respuesta que Catilina proporciona en SS Cat 363-4 es ciertamente ambigua. Si bien no es la justificación de un inocente, parece la de un hombre conducido por los acontecimientos a una actitud desesperada:

Yo sólo digo que mis enemigos me han manipulado para no dejarme más que un camino. Siempre he obrado dentro de la legalidad romana. He sufrido el oprobio de las falsas acusaciones, he tenido que comprometerme infinidad de veces con hombres como César y Craso; me he sometido a campañas electorales de una suciedad atroz. Dos veces me he presentado como candidato a cónsul y dos veces los *optimates* han provocado mi derrota. Nadie puede decir que recurriese a la acción violenta hasta que no me quedaron más recur-

sos legales. La República es un matadero, un montón de ladrillos a punto de caer, con los *optimates* encaramados en lo alto. ¿Quién va a provocar su caída? ¿Quién recogerá los restos? ¿Por qué no puedo serlo yo? ¿Y por qué no habría de utilizar todas las herramientas a mi alcance? Durante un tiempo he contemplado la posibilidad de la violencia, pero decir que he conspirado es absurdo. Me he reunido en secreto con mis amigos; he consultado a Manlio sobre la lealtad y disposición de sus tropas. Llámalo conspiración si quieres, pero hasta ahora sólo ha sido la vaga expresión de un deseo compartido de cambio. (...) Es Cicerón quien ha llevado las cosas a este extremo. Él ha puesto las condiciones, o su muerte o la nuestra, y no puede haber solución intermedia. Ha acelerado los acontecimientos para provecho suyo. Cree que si nos destruye ahora, durante su consulado, habrá conquistado la verdadera grandeza; que el pueblo le amará y los *optimates* le besarán los pies. Se erigirá en salvador de Roma.

Catilina duda acerca de si Cicerón se conformará solamente con enviarle al destierro tras “haber salvado a Roma de una conspiración inexistente” (SS Cat 364), y efectivamente, Catilina manda cartas notificando de su partida a Massilia, en la costa sureste de la Galia y actual Marsella, “no como un culpable huyendo de la justicia, sino como amante de la paz dispuesto a evitar la guerra civil” (SS Cat 365). Catilina reconoce que no está preparado para levantarse en armas, pero también reconoce que “Cicerón quiere obligarme a tomar una decisión suicida para que al hacerlo me derrumbe solo” (SS Cat 365). No podemos dudar, tras la relectura de estas páginas de la novela, y de exponer aquí de manera resumida los principales puntos que esgrime el conjurado, que la visión que de Catilina hace Saylor es revisionista y que se comporta como un hábil e inteligente novelista cuando, en vez de sintetizar la primera *Catilinaria* ciceroniana o de presentarnos un mero resumen de lo expuesto por el cónsul en el Senado, presenta a Catilina haciendo un resumen de la misma y desmontando, paso por paso y uno a uno, todos los argumentos del cónsul para considerar a Catilina un enemigo del estado.

La primera *Catilinaria* no tendrá semejante tratamiento en Maddox, ni tampoco el mismo fulgor narrativo. Tampoco será revisionista, pues Maddox no lo es, y Catilina será siempre un malvado, un cachorro, un inmaduro, sumándose a la larga tradición histórica de quienes maltrataron a este enigmático personaje de la Historia. Quizá sea la decisión más correcta, pues de viejo sabemos que cuando todas las voces concuerdan en un mismo punto, suelen tener sólidas y establecidas razones. Sin embargo, la falta de este revisionismo de Saylor hace también que el Catilina de Maddox sea muchísimo menos interesante.

La primera *Catilinaria* aparece en JMR Con 277-8. Tras un primer discurso de Hortensio Hortalto, es Cicerón quien se levanta de su asiento ante el silencio de todos:

No reproduciré aquí su alocución. Fue la primera de las tres catilinaras, discursos que se encuentran entre los más famosos desde que Demóstenes denunció a Filipo de Mace-

donia ante los atenienses. En años posteriores, Cicerón anotaría dichos discursos (adornados) para publicarlos. En la actualidad son estudiados por los escolares y emulados por los futuros abogados de dondequiera que Roma tienen influencia, es decir, de todo el mundo civilizado.

Catilina, que se encontraba allí, trató de defenderse con descaro, proclamando su inocencia y denunciando las maliciosas maquinaciones de sus enemigos. Por desgracia para él, nunca fue un buen orador como Cicerón y contaba con pocos amigos en el Senado. Se encolerizó, y los senadores le lanzaron insultos y exigieron que dimitiese y abandonase Roma. Catilina se había convertido en un perro enfermo que gruñía en medio de una manada que se revolvía contra él. No utilizo esta imagen sin razón, pues muchos de los presentes en el recinto eran tan malvados como Catilina, o peores, aunque él era más atrevido que la mayoría.

Al fin, profiriendo maldiciones e imprecaciones, Catilina se marchó, vociferando algo así como “caerá todo sobre vuestras cabezas”. Oí muchas versiones de las palabras que pronunció al marcharse. No creo que nadie las oyera con claridad.

Llama la atención no sólo lo sucinto de narración de Maddox, que es puramente formular y que literariamente está despojada de todo valor, sino también el gazapo de afirmar que aquella fue la primera de las “tres catilinarías”, un error que si bien resultaría creíble en un romano de aquel tiempo, resulta llamativo en un novelista contemporáneo que por lo general lleva a cabo un exhaustivo trabajo de documentación para sus obras. Las palabras finales de Catilina antes de abandonar el Senado, “caerá todo sobre vuestras cabezas”, provienen de la fuente salustiana, y son una paráfrasis de la misma, como bien expresa Decio al reconocer que oyó muchas versiones sobre las mismas puesto que, en realidad, nadie las oyó con claridad. La referencia exacta la encontramos al final de *Bell. Cat. XXXI*: “*Quoniam quidem circumventus*”, inquit, “*ab inimicis praeceps agor, incendium meum ruina restinguam*”. Merece la pena reproducir aquí el párrafo de Salustio en *Bellum XXXI* 4-9, no sólo porque culmina con este detalle, sino porque es la fuente de inspiración de Saylor para las páginas anteriormente comentadas:

Postremo dissimulandi causa aut sui expurgandi, sicut iurgio lacessitus foret, [Catilina] in senatum venit. Tum M. Tullius consul, sive praesentiam eius timens sive ira conmotus, orationem habuit luculentam atque utilem rei publicae, quam postea scriptam edidit. Sed ubi ille adsedit Catilina, ut erat paratus ad dissimulanda omnia, demisso vultu, voce supplicis postulare a patribus coepit, ne quid de se temere crederent: ea familia ortum, ita se ab adulescentia vitam instituisse, ut omnia bona in spe haberet; ne existumarent sibi, patricio homini, cuius ipsius atque maiorum plurima beneficia in plebem Romanam essent, perdita re publica opus esse, cum eam servaret M. Tullius, inquilinus civis urbis Romae. Ad hoc maledicta alia cum adderet, obstrepere omnes, hostem atque parricidam vocare. Tum ille furibundus: "Quoniam quidem circumventus", inquit, "ab inimicis praeceps agor, incendium meum ruina restinguam."

Las tres siguientes *Catilinarias* no tendrán ningún protagonismo dentro de la

novela de Maddox, pues a partir de la primera *Catilinaria*, que marca el punto de inflexión en su obra, el narrador norteamericano ya no tendrá mayor interés en el personaje histórico y concluirá rápidamente la novela para llegar a la batalla final en Pistorium, a comentar en el capítulo relativo a militares y ejército. Sin embargo, las tres *Catilinas* restantes sí serán del interés de Steven Saylor, que con muy buen pulso conducirá su obra, lenta pero efectivamente, al clímax final de la batalla de Pistorium.

La segunda *Catilinaria* tuvo lugar el 9 de noviembre de 63 en el Foro, donde Cicerón había reunido al pueblo. Si bien Catilina ya había huido de la ciudad, dentro de ella quedaban suficientes cómplices suyos como Publio Cornelio Léntulo Sura o Gayo Cornelio Cetego que estaban encargados de promover diversos alborotos por la ciudad. Además, se dedicaron a propagar diversos rumores, como que Catilina se había desterrado voluntariamente a Marsella, o que había sido víctima de una trama política orquestada por Cicerón y sin legalidad alguna, pues se trataba de un senador expulsado de la Urbe sin juicio regular. Cicerón, para salir al paso de estos rumores que podían crear un ambiente de hostilidad hacia su persona, reunió entonces al pueblo en el Foro y les dirigió el segundo discurso conocido como segunda *Catilinaria*. Se trata del menos representativo dentro de la obra de Saylor, pero es bastante comprensible. Tras aprovechar convenientemente la primera *Catilinaria*, el autor prefiere concentrarse en la Tercera y cuarta —aunque ésta última, poniendo énfasis en los discursos de César y Catón—. Consigue así lograr un equilibrio entre la manipulación de las fuentes literarias para su aprovechamiento en la obra sin excederse. Así, sólo lo encontraremos en SS Cat 371-2 por medio de una carta de Eco dirigida a Gordiano donde su hijo le comunica que Catilina ya ha abandonado Roma y Cicerón ha dado un segundo discurso en el Foro. Leemos en SS Cat 372: “El discurso dirigido al pueblo reiteraba gran parte de lo dicho al Senado, pero con más veneno aún, y utilizando una cruda hipérbole que demostraba no poco desdén por la falta de educación de sus oyentes. Eco no hacía comentarios valorativos del discurso (...) y se limitaba a citar algunos párrafos”.

La tercera *Catilinaria* es más rica en numerosos aspectos, y sirve a Saylor para presentar a Cicerón como el ídolo de las masas, el salvador de un populacho que, en un principio al menos, parecía haber simpatizado con la causa de Catilina. Tras la segunda *Catilinaria*, las pruebas contra el conjurado todavía no aparecían tan claras a favor de Cicerón. Sin embargo, llega la noticia de que Catilina, en vez de exiliarse en Marsella se ha dirigido a Etruria, donde se ha puesto al mando del ejército de Manlio. El Senado encarga al cónsul Antonio el mando de la guerra contra los revolucionarios, y a Cicerón la defensa de Roma. Alejado Catilina de la Urbe, el Senado creía que la conspiración había terminado, nada más lejos de la realidad como demostró el cónsul. Los espías de Cicerón se enteraron de que los alóbroges —

pueblo belicoso de la Galia Narbonense— se hallaban en Roma para presentar sus quejas al Senado romano. Léntulo, llamado el Piernas, quiso aprovechar su descontento y les invitó a formar parte de la conjuración. Ellos, sin embargo, fueron a pedir consejo a su patrono Quinto Fabio Sanga, quien reveló a Cicerón cuanto ocurría en la sombra. Cicerón persuadió a los alóbroges de que se comportaran como aliados de Catilina para obtener información escrita de los planes de los conjurados, y recogidas todas las pruebas acudió con ellas al Senado. Al terminar la sesión, convocó al pueblo en el Foro, donde la tarde del 3 de diciembre de 63 pronunció este discurso. Discurso que es muy bien aprovechado por Saylor en SS Cat 383-390, sin lugar a dudas la intervención oratoria más importante de toda la novela. El discurso del Cicerón de Saylor en estas páginas es, lógicamente, una refundición de la tercera *Catilinaria* donde el novelista aligera el texto original con vistas a no exceder el conjunto general de la obra. Como es natural, tampoco copia *ad pedem litterae*, pues la intención del autor tampoco es fusilarse el texto ciceroniano, que debió de ser lógicamente ensayado horas antes en el Senado, improvisado frente al pueblo en el Foro y, finalmente, redactado y corregido con la ayuda y virtudes taquigráficas del fiel Tirón para ser editado. Esto sirve nuevamente a Steven Saylor para proporcionarnos la lectura de una escena de gran fuerza y agilidad, con fragmentos donde Gordiano comenta cuál es el estado de ánimo de sus espectadores, algo muy conveniente no sólo al relato, sino también para evitar al lector la monotonía que supondría la refundición de una *Catilinaria* completa, como vemos en SS Cat 386:

Miré a mi alrededor. La multitud se reía, como reía siempre de los juegos de palabras de Cicerón. Se decía que ni siquiera en el Senado era incapaz de resistirse a los juegos de palabras, por malos que fueran, especialmente si contenían algún insulto para sus enemigos. Eco se reía, pero Metón no. Tenía la cara muy seria y los ojos entornados, como si reflexionara acerca de un rompecabezas más profundo y complicado que el juego de palabras de Cicerón.

En otras ocasiones, Saylor recrea algo también muy importante, la propia representación del mismo Cicerón, sus gestos y modos, como en SS Cat 388: “Cicerón sacudió el brazo como si el documento oliera mal y Tirón se lo quitó de la mano”. Esta recreación del orador alcanzará su cúspide cuando Cicerón apela a Júpiter como salvador del Estado en el clímax del discurso en su versión novelada, que se da en SS Cat 390. Cuando Cicerón termine de hablar, Gordiano nos describirá el júbilo de la masa y el triunfo de un Cicerón que se marchará entre bambalinas con una sonrisa maquiavélica y clarividente:

—Fue Júpiter quien los detuvo. Júpiter deseoso de salvar el Capitolio, los templos, la ciudad y a todos vosotros. Yo sólo he sido su instrumento. (...) Sí, ciudadanos, alzad vuestras voces para dar gracias, pero no a mí; elevad vuestras ardientes alabanzas al padre salvador, al destructor de los enemigos de Roma. ¡A Júpiter todopoderoso!

Cicerón levantó los brazos hacia la fulgurante estatua y retrocedió. La multitud estalló en vítores, de manera tan repentina que al principio me pregunté si Cicerón no habría apostado estratégicamente a sus partidarios entre la muchedumbre. Pero la ovación era demasiado general y espontánea para ser falsa. Además, ¿por qué no? No era a Cicerón, simple instrumento, a quien aclamaban, sino al padre de los dioses, cuyos ojos nos miraban desde debajo de su solemne frente. De todos modos, cuando desapareció entre las sombras, Cicerón esbozaba una sonrisa de absoluto triunfo, como si la aclamación fuera exclusivamente para él.

Finalmente, la cuarta *Catilinaria*. Detenidos los conspiradores, no se sabía qué hacer con ellos. El 5 de diciembre Cicerón mandó reunir al Senado en el templo de la Concordia para que éstos expusieran qué hacer con los conjurados encarcelados. Primero habló Décimo Junio Silano a favor de la pena de muerte; César hizo un bello discurso contra la pena de muerte y sí a favor del destierro y la confiscación de bienes. Finalmente, Cicerón y Catón se pronunciaron también por la pena de muerte para los conjurados, decisión que acabó por prevalecer. La intervención de Cicerón, que ha llegado hasta nosotros como la cuarta *Catilinaria*, no es donde los novelistas ponen toda su atención. En Maddox aquella histórica reunión del Senado la hallamos en JMR Con 284-5 y se nos resumen las opiniones de las intervenciones de Cicerón¹⁰², César y Catón, dando sobre todo relevancia a la de éste último, como hemos visto anteriormente.

También Saylor concederá la mayor importancia a la intervención de Catón en SS Cat 399-404, como ya hemos visto anteriormente al hablar de este personaje histórico, por lo que nos remitimos a ese pasaje. Saylor menciona las intervenciones de estos personajes en el mismo orden que Maddox: Silano, César, Cicerón y Catón, pero concede toda la importancia a Catón en una refundición del discurso salustiano de *Bellum*, y en menor medida, a César. De Cicerón se limitará a escribir en SS Cat 400-1 que “se opuso a esta propuesta [de César], aduciendo que el único período de encarcelamiento justo para aquellos hombres sería la cadena perpetua, de lo cual no había precedentes, y que las leyes que protegen la vida de los ciudadanos no eran del caso, pues «a un hombre que se convierte en enemigo público ya no se le puede tratar como a un ciudadano».

¹⁰² En JMR Con 284 escribe Maddox acerca de la intervención de Cicerón: “Como el propio Publio Cornelio Léntulo Sura era un pretor, Cicerón se encargó personalmente de arrestarlo y lo condujo al templo de la Concordia, donde él y los otros cabecillas serían juzgados. Cicerón afirmó allí que los líderes de la insurrección serían condenados a muerte de inmediato. Se alzaron algunas protestas en el sentido de que el Senado carecía de autoridad para juzgar a los ciudadanos, tarea que correspondía a un tribunal debidamente constituido. Cicerón argumentó que el estado de emergencia impedía seguir los trámites ordinarios y que, cuanto antes los mataran, antes se sofocaría la rebelión”.

1.5. 3. Trascendencia de Catilina.

Declarado *hostis* a partir del 15 de noviembre, Catilina pretendía escapar a Marsella, pero esto fue imposible y se puso al frente de sus ejércitos. En SS Cat 419-20 Catilina explicará esta imposibilidad a Gordiano el Sabueso cuando ambos se reencuentran en Pistorium, muy poco antes del trágico final: “¡Me quedé porque no me dejaron marcharme! Las fuerzas que el Senado tiene destacadas en la Galia bloquearon todos los accesos a los Alpes. Cicerón no tenía ninguna intención de dejarme escapar con vida”. A pesar de que Catilina nunca pudiese alcanzar Massilia, sus partidarios hicieron de esta ciudad una especie de lugar de culto de su memoria¹⁰³, como es ampliamente desarrollado en la novela de Steven Saylor *Last Seen in Massilia*, donde Gordiano se encuentra con algunos partidarios de Catilina, y donde incluso cree ver el alma en pena del conjurado vagando por la ciudad una y otra vez. Y no es para menos, pues quienes veneran todavía su recuerdo llegan hasta el extremo de creer que su lémur sobrevivió a su cuerpo en la batalla final de Pistorium y éste habita cerca de ellos e incluso es visto a menudo¹⁰⁴.

Su derrota en Pistorium en enero de 62 contra el ejército romano fue aplastante, y su cuerpo fue hallado agonizante entre los cadáveres. Toda la debacle que supuso esta batalla, incluida la paráfrasis que Saylor lleva a cabo del discurso final del conjurado la hallamos en SS Cat 417-438 y JMR Con 290-3 y será tratada en el capítulo dedicado a batallas y ejército, por lo que a sus páginas remitimos¹⁰⁵. Al final, su cabeza convertida en trofeo¹⁰⁶ regresaría a Roma, como expresa Gordiano en SS Cat 437 a manera de conclusión acerca del aciago destino de Catilina y su ambición desmedida:

Guardaban el trofeo para llevarlo a Roma y enseñárselo al Senado y al pueblo como

¹⁰³ Steven Saylor presenta a Massilia como un escondite perfecto para numerosos proscritos, entre ellos quienes conjuraron contra Catilina, como vemos en SS Last 31: “Inside the walls of Massilia, there must even be some of old followers of Catilina, rebels who had chosen flight and exile over falling in battle beside their leader”.

¹⁰⁴ Así lo dice claramente el personaje Minucio en SS Last 129-30: “We see Catilina quite often here in the streets of Massilia (...). His lemur has never rested, never left the earth since the battle of Pistoria. As he planned to come here in life, so his lemur journeyed here in death. He sometimes affects the guise of a soothsayer, hiding himself in a cloak and cowl so that no one can see his face or the scar of the wound that separated his head from his shoulders”.

¹⁰⁵ Un excelente resumen de los mismos acontecimientos lo hallamos en SS Last 114-6, resumen que sin embargo a nosotros no nos aporta nada nuevo digno de comentario. Saylor se dedica, con efectividad, a evocar el mismo episodio.

¹⁰⁶ La cabeza de Catilina, cuya visión dejará un hondo trauma en Metón y un lacerante recuerdo en Gordiano, será recordada de nuevo en SS Last 3-4, cuando Gordiano cree ver al conjurado oculto entre unos matorrales. Esta obsesión con Catilina sería nuevamente retomada por Saylor en SS Last 98-9, cuando Gordiano tiene una terrible pesadilla donde ve de nuevo la cabeza de Catilina volando por los aires.

prueba de su derrota. Los que le habían temido podrían respirar tranquilos; los que habían deseado su triunfo verían hechos añicos sus deseos; los que tal vez deseaban imitarle recibirían una buena advertencia. “Veo dos cuerpos. Uno es delgado y débil, pero tienen una gran cabeza; el otro es grande y fuerte, pero no tiene cabeza”, había dicho Catilina en el Senado. Ahora la ensangrentada cabeza de Catilina coronaba un asta a la puerta de la tienda de su verdugo. Ya no era de utilidad para nadie. La expresión de presuntuoso desdén, congelada en su rostro, estaba siendo devorada por las imperturbables moscas que zumbaban en torno a sus ojos y sus labios.

Para concluir debemos hacer constar que la visión que tienen ambos novelistas no puede ser más contrapuesta. Obviamente, Saylor no retrata a Catilina como un héroe, pero no se trata del individuo ruin que Maddox pinta siguiendo la tradición clásica más encarnecida desde Cicerón. El Catilina de Saylor es una magnífica recreación literaria llena de matices, como suelen ser los personajes que pasean por las novelas de la serie *Roma sub Rosa*. La complicidad que tiene el mismo Gordiano con el conjurado, y el hecho de que Catilina sea el objeto del amor de Metón hasta el punto de seguirle a la batalla de Pistorium dicen mucho del beneficio de la duda y del carácter revisionista de Saylor. Este carácter revisionista no deja de tener cierta lógica, pues las leyendas urbanas que corrían acerca de Catilina eran tan exageradas en algunos casos que bien podrían ser perfectamente falsas. Recordemos el famoso retrato que Plutarco hace de Catilina en *Cicerón X*:

οἷτοι κορυφαῖον εἶχον ἄνδρα τολμητὴν καὶ μεγαλοπράγμονα καὶ ποικίλον-
τὸ ἦθος. Λεύκιον Κατιλίαν, ὃς αἰτίαν ποτὲ πρὸς ἄλλοις ἀδικήμασι μεγάλοις
ἔλαβε παρθένῳ συγγεγονέναι θυγατρί, κτείνας δ' ἀδελφὸν αὐτοῦ καιδίικην ἐπὶ
τούτῳ φοβούμενος, ἔπεισε Σύλλαν ὡς ἔτι ζῶντα τὸν ἄνθρωπον ἐν τοῖς ἀποθα-
νουμένοις προγράψαι. τοῦτον οὖν προστάτην οἱ πονηροὶ λαβόντες, ἄλλας πίσ-
τεις ἔδοσαν ἀλλήλοις καὶ κατα θύσαντες ἄνθρωπον ἐγεύσαντο τῶν σαρκῶν.

Dime con quién andas y te diré quién eres, afirma el viejo dicho. Por extensión, los amigos y compañías de Catilina también son cúmulo de maldades sin cuento, como nos asegura Cicerón en *Cat. II, 22-3*:

Postremum autem genus est non solum numero verum etiam genere ipso atque vita, quod proprium Catilinae est, de eius dilectu, immo vero de complexu eius ac sinu; quos pexo capillo nitidos aut inerbis aut bene barbatos videtis, manicatis et talaribus tunicis velis amictos, non togis; quorum omnis industria vitae et vigilandi labor in antelucanis cenis exprimitur. In his gregibus omnes aleatores, omnes adulteri, omnes impuri in pudicisque versantur. Hi pueri tam lepidi ac delicati non solum amare et amari neque saltare et cantare, sed etiam sicas vibrare et spargere venena didicerunt.

La mención del afeminamiento de las compañías de Catilina y sus escandalosas barbas nos hace, cuanto menos, sonreír, aunque quizá fuese del gusto de las damas, como Saylor insinúa al describir la reacción de Bethesda al recibir los elo-

gios de Marco Celio por su labor de cocinera, en SS Cat 55: “Las palabras me sonaron a falsas, pero Bethesda se ruborizó. Era aquella moderna barba lo que la encantaba”. También en Maddox encontraremos mención de las decadentes barbas. En JMR Con 113 Aurelia, hijastra de Catilina, se expresará con desdén de él y sus amistades:

—[Son] de buena cuna e inútiles. Tutores griegos, buenas ropas, nada de dinero, lo bastante viejos para las legiones, pero nunca han servido. Tú sí has combatido con las legiones. Y te has tomado la molestia de presentarte a un cargo. Y no llevas barba. (...)

—¿Llevan barba?

—Sí —contestó, asombrada—. La mayoría de ellos. Es su manera de demostrar que son poco convencionales, creo. Tal vez se trata del único gesto que está dentro de sus capacidades. Seguro que te has fijado en ellos.

—(...) Los he visto alguna vez por la ciudad. Creía que era alguna horrible epidemia de filosofía.

Plutarco nos presenta a Catilina como violador de su hija, asesino de su hermano, caníbal... El Catilina de Saylor se defenderá de estas leyendas urbanas, permitiendo al personaje histórico, una vez más, el beneficio de la duda y expresarse poniéndose en una balanza más justa, como vemos en SS Cat 153:

No pretendo dármelas de humilde ni de inocentón, pero tampoco soy el monstruo que mis enemigos quieren hacer de mí. Conozco los rumores y las insinuaciones. Muy bien, empecemos por lo peor, cuando quise tomar a Aurelia Orestila como segunda esposa hace años y ella se negó porque no quería casarse con alguien que ya tuviera un heredero, y entonces para complacerla asesiné a mi propio hijo. Tú eres padre, Gordiano. ¿Te imaginas la angustia que esa mentira me ha causado? Cada día que pasa lamento la muerte de mi hijo. Si hubiera vivido, ahora sería un hombre, sería una fuente de consuelo e inspiración para mí. Murió de fiebres, pero mis enemigos dicen que envenenado y utilizan la tragedia de su muerte contra mí. También dicen que me casé con Aurelia por su dinero, para saldar mis deudas. ¡Ja! Eso sólo demuestra su ignorancia, tasar tan bajo el alcance de mis deudas. (...) Y luego están mis supuestas proezas sexuales, algunas de ellas ciertas, otras totalmente fantásticas. ¡Lo próximo que se dirá es que violé a mi madre y me engendré a mí mismo!

Amparado en el retrato de Plutarco, el Catilina de Maddox también es descrito con tintes enormemente negativos. Así, en JMR Mist 79, donde el futuro conjurado ya tiene un “cameo” dentro de la historia (en JMR Mist 67 el personaje de Curio afirma que “a ese Lucio Sergio Catilina hay que vigilarlo”), Decio explica que “Sergio Catilina era uno de esos hombres de rostro rubicundo y cabello pelirrojo que parecía siempre enojado”; en JMR Con 34 el mismo Decio cuenta: “Catilina podía poner cara alegre, pero por dentro le consumía la envidia hacia todo aquel que fuera más rico y tuviera más éxito”. En JMR Con 111-2, dentro de un amplio retrato de Catilina donde Maddox realiza una síntesis de su vida y hechos, Decio expone que

“Catilina siempre se quejaba amargamente de que tenía muchos enemigos en las altas esferas. De hecho, pocos hombres habían merecido más que él tener enemigos”. A veces, la opinión que de Catilina tiene Maddox es demasiado reduccionista, incluso, hasta el punto de pecar de extremadamente simplista, como demuestra Decio en JMR Con 164, donde para el romano protagonista de las novelas de Maddox, Catilina era “un fornido muchacho de doce años que jamás creció”.

A pesar de la gran trascendencia de la conjuración de Catilina en la literatura, y de su propagación por medio de la misma hasta alcanzar el rango de mito de la historia universal, los estudiosos coinciden en que ni fue realmente tan importante, ni ésta tuvo nunca la más mínima oportunidad de triunfar, como bien reflexiona Roldán en *op.cit.* p. 548: “Apenas es más que eso: un episodio intrascendente, una revuelta de escaso formato político, que, destinada a fracasar, afectaría en muy poco al contexto político contemporáneo, hasta el punto que, de haberse perdido la tradición literaria que lo documenta, apenas variaría sustancialmente nuestro conocimiento de la historia de la tardía República. Pero el complot de Catilina ha trascendido de su tiempo para constituir un mito de la historia universal, y como tal, no es indiferente su conocimiento”. En el mismo sentido se pronuncian otros historiadores ya clásicos como Bertolini¹⁰⁷, y la misma conclusión fatalista y sin romanticismos expone Maddox en JMR Con 293: “Así pereció Lucio Sergio Catilina, quien jamás reconoció su falta de grandeza y nunca fue más que una herramienta en manos de hombres más poderosos”. Y es que, para desgracia de Catilina, este carácter de personaje un poco títere movido por los hilos de César y Craso, y abandonado más tarde por ellos mismos, es un aspecto en el que la historiografía tradicional ha puesto el dedo de manera continua y definitiva¹⁰⁸.

1.6. Clodio Pulcher y su hermana Clodia: los Clodios contra el mundo.

Los Clodios, encendidos protagonistas de la época, no podían dejar de ser aprovechados convenientemente por los novelistas. Steven Saylor dedica a los amores de Clodia y Catulo la novela *Los brazos de Venus*, y al asesinato de Clodio y el subsiguiente juicio de Milón la quinta entrega de su serie, *Asesinato en la Vía Apia*. Maddox Roberts, por su parte, los convertirá en los malos oficiales de su serie *SPQR*: siguiendo a Cicerón, presentará a Clodio como cúmulo de vicios

¹⁰⁷ Francisco Bertolini, *op.cit.* vol. II, p. 167: el autor la considera una “conjuración estéril”.

¹⁰⁸ A este respecto, cf. Roldán acerca de la probable participación de Craso y César en la primera conjuración de Catilina, *op.cit.* p. 544; para Mommsen, es indudable que había hombres de mucha valía tras Catilina, y él pone en concreto a César como apoyo del conjurado, cf. *op.cit.* vol. II, pp. 678-9; para Bertolini, la complicidad primera de César es indudable, aunque más tarde retirase a Catilina su apoyo; cf. Bertolini, *op.cit.* II, p. 153.

humanos, y a Clodia como una perversa y retorcida hembra siempre hambrienta de sexo y poder, capaz de cualquier medio para justificar sus propios fines. Como siempre, será Saylor quien conceda a los personajes su grandeza histórica y les presente con una humanidad no exenta de vicios, pero tampoco de virtudes. Esta contraposición entre Saylor y Maddox, lejos de ser fortuita, es también la batalla tradicional de la transmisión de la Historia: Maddox no es simplista, sino tradicionalista: sigue a Plutarco y a Cicerón al pie de la letra y acepta sus puntos de vista sin cuestionarlos; Saylor, revisionista que siempre concede a los grandes perdedores y ultrajados de la Historia el beneficio de la duda, lee siempre con desconfianza a Cicerón y Plutarco —y en definitiva, a todos los oficialistas— y extrae sus propias conclusiones a partir de cuanto advierte entre líneas. Maddox y Saylor encarnan, por tanto, las dos posiciones contrapuestas de la lectura moderna de la Historia, tradición y revisión.

El retrato de los Clodios será analizado en estas páginas de manera conjunta, pues no se entiende la vida de uno sin el otro; por otra parte, no es posible hablar de Clodio sin hacerlo de Milón, ni de Clodia sin hacerlo de Catulo. Las siguientes páginas serán, pues, el análisis de las relaciones personales y políticas de cuatro personajes fundamentales de su tiempo: Clodio y Milón en el aspecto político, y Clodia y Catulo en el aspecto cultural y erótico.

1.6.1. Clodio contra Milón.

Los Clodios eran descendientes de una de las más aristocráticas dinastías romanas¹⁰⁹. Publio Claudio Pulcher, hijo del Claudio Pulcher cónsul en 79, cambió su gentilicio por el de Clodio en 59 por motivos políticos en consonancia con su militancia plebeya, y en concreto, para salir elegido tribuno de la plebe, un cargo que le daría un enorme poder en la Roma de la época y le convertiría en objeto de adoración por parte de las clases más desfavorecidas. Mientras que Steven Saylor se ocupa de él tangencialmente en su obra *Los brazos de Venus* (donde la estrella indiscutible es su hermana Clodia¹¹⁰ y sólo *post mortem* en la obra dedicada a

¹⁰⁹ A este respecto, cf. Suetonio, *De Vita Caesarum, Tiberius* I-II, donde el historiador hace un buen resumen de la historia de los Claudios y de sus miembros más destacados, sin olvidar a este Publio Clodio Pulcher, en *Tib. II 4: Praeterea notatissimum est, Claudios omnis, excepto dum taxat P. Clodio, qui ob expellendum urbe Ciceronem plebeio homini atque etiam natu minori in adoptionem se dedit, optimates adsertoresque unicos dignitatis ac potentiae patriciorum semper fuisse atque adversus plebem adeo violentos et contumaces, ut ne capitis quidem quisquam reus apud populum mutare vestem aut deprecari sustinuerit; nonnulli in altercatione et iurgio tribunos plebi pulsaverint.*

¹¹⁰ Hay que especificar aquí que los Clodios eran hermanastros, pues siendo hijos del mismo padre, Apio Claudio, no lo eran de la misma madre. Así, en SS Ven 121 Saylor no omite este aspecto: “No, Clodia es la mayor, pero de otra madre, que murió al darla a luz, según creo. Poco después, Apio Claudio contrajo segundas nupcias y fue padre de tres chicos y dos chicas más; el más joven de los

las consecuencias de su asesinato) Maddox Roberts extraerá un enorme jugo de él al convertirse en secundario estrella de su serie *SPQR*. Será el más fiero y terrible antagonista de Decio Cecilio Metelo el Joven, quien enamorado en las dos primeras novelas de la serie de su hermana Clodia —con quien protagonizará la escena erótica más tórrida de toda la saga— tendrá numerosos enfrentamientos con el futuro tribuno de la plebe. Debemos destacar aquí que si bien el periodo histórico que cubren ambos novelistas es el mismo, Steven Saylor pretende abarcarlo mediante una saga que contiene un número reducido de títulos y que se aproxima a su final; por el contrario, Maddox no parece plantearse la posibilidad de imponerse un número reducido de títulos, por lo que su saga *SPQR* avanza a un ritmo notablemente más lento que el de Saylor, quien abarca un arco temporal amplio en menos novelas. Esta es la razón por la que, mientras Saylor aborda el asesinato de Clodio en la quinta entrega de su serie y en las siguientes vemos las consecuencias destructivas que a Milón causa verse abocado al destierro, estos mismos personajes continúan ahora mismo como secundarios de lujo en la octava novela de la serie de Maddox sin que nada indique que su autor pronto va a presentar a Clodio y a Milón en su confrontación final. Maddox, como ya hemos dicho, nos presenta a un Publio Clodio que sigue a pies juntillas la canónica visión que de él nos proporciona Cicerón, y ésta es acrecentada con mucho por la interesante rivalidad a muerte que existe entre Decio y Clodio, rivalidad que se nota en muchos de los comentarios del protagonista de la serie *SPQR*, comenzando por JMR Mist 65, donde la enemistad entre los dos personajes todavía no ha comenzado: “Publio era un apuesto joven de constitución robusta y me saludó calurosamente. Con fama de muchacho violento y obstinado, no tardaría en hacer honor a la peor reputación de su familia”. En la siguiente novela, donde ambos personajes compiten en la carrera del Caballo de Octubre —la victoria de Decio acentuará el odio que Clodio siente por él— leemos en JMR Con 170 una descripción del patricio: “De complexión robusta, era más bajo que yo y pesaba muchos más kilos”; en la página siguiente se redondea esta visión hasta cierto punto condescendiente de Clodio: “Era aún un joven apuesto, a pesar de algunas marcas que yo le había hecho en el rostro y cuya visión siempre me producía una gran alegría”. La enemistad entre ambos se acrecentará con el transcurrir de las novelas, hasta el punto de que, si las miradas matasen, en JMR Sac 24 hubiera finalizado la serie protagonizada por Decio el joven: “My words were cut off short when a man standing next to Caesar but with his back to me turned around. His face was malignant, dark and flushing darker. I should have recognized that squat, neckless form even from behind. Somehow I managed to control my natural impulse to reach for a weapon”. El Publio Clodio de

varones fue Publio Claudio, ahora Clodio, que debe de tener treinta y cinco años; Clodia es unos cinco años mayor”. El comentario siguiente de Eco es que cualquier cópula entre ambos sería sólo incesto a medias.

Maddox es rechoncho, sin cuello, relleno de maldad y odio, odio que sobre todo dirige contra Milón y su amigo Decio, a quien intentará matar en las páginas finales de la novela *The Sacrilege*, nada menos que persiguiéndole a lomos de un elefante por todo el Foro durante las celebraciones del triunfo de Pompeyo. No en vano, rodeado de criminales de aspecto brutal en JMR Sac 158, también será para Decio “the ugliest of the lot”¹¹¹. Y es que la enemistad entre Clodio y Decio estaba cantada desde el momento en que éste último es afecto a la compañía de Cicerón y Milón, personajes que en Maddox entrañan numerosas bondades.

En cuanto a su carácter, es normal que las peores opiniones sean vertidas por Maddox en consonancia con su visión tradicionalista de los personajes históricos, que abarcan desde la locura, en JMR Mist 180: “Por primera vez me percaté de que Publio Claudio no estaba en sus cabales” a la más grande megalomanía en JMR Mist 182: “Publio siempre hablaba de Roma como si fuera su único propietario”; como buen degenerado, su actitud pasa también por el desprecio a la religión, como justifica Clodia al evocar el episodio de la Bona Dea, en JMR Sac 120, en el que habla de su hermano como de un muchacho que no ha crecido: “Oh, you know Clodius. He loves to make fun of our religious guardians. He’s never grown up and loves to make elders angry”. Esta referencia a Clodio como inmaduro recuerda la misma visión que el autor tenía de Catilina¹¹². En el fondo, concluye Maddox en algunos pasajes, Clodio no es sino el producto de un entorno político enfermo conducido a su máxima expresión¹¹³, pero esto lo hacen absolutamente la peor opción para un cargo tan importante como el tribunado de la plebe¹¹⁴, ya que Clodio es una bestia política contrapuesta a la luminosidad de un César: “Clodio se creaba enemigos con la misma facilidad con que César recogía votos” (JMR Con 193).

Como otra cara de la moneda, Tito Annio Milón fue el gran rival de Clodio y a la sazón su némesis —Steven Saylor juega deliciosamente con el anverso y reverso de esta tradicional verdad histórica—. Milón, a quien Maddox convierte en íntimo amigo de confianza de Decio el Joven, goza de todas las simpatías de este novelista, de quien ya hemos visto que tiene notorias inclinaciones ciceronianas. En JMR Mist 93-4 encontraremos la primera descripción de este personaje, y será en es-

¹¹¹ Una expresionista descripción de Clodio la hallamos en JMR Mist 289: “En las sombras de un callejón divisé a Publio Claudio, con el rostro vendado y el odio reflejado en sus ojos, rodeado de su banda de asesinos. La sangre etrusca de los antepasados de Claudio quedó patente en sus gestos condenatorios dirigidos a mí. Repliqué con un popular gesto romano.”

¹¹² Y es que se trata de una constante ciceroniana, a quien Maddox sigue a pies juntillas. También Cicerón llamará a Clodio nuevo Catilina, y le adjudicará los mismos vicios que al conjurado.

¹¹³ Así lo expresa Decio en JMR Mist 183: “La mayoría [de los políticos] es como él, aunque tal vez Publio es más despiadado y loco”.

¹¹⁴ En JMR Sac 18 explica Decio que el cargo de tribuno de la plebe era el más poderoso de su tiempo, y “dangerous as he is, Clodius will be ten times as destructive if he is a tribune”; la misma idea es expresada en JMR Sat 3-4

ta línea que el personaje de Milón aparezca siempre enaltecido por quien será su gran amigo Decio el Joven:

Me senté tras mi escritorio y lo escudriñé. Tenía el cabello negro y rizado, y unas facciones limpias y rectas que, si bien habrían sido consideradas excesivamente gruesas por los griegos, encarnaban el concepto romano de belleza masculina. Poseía el cuerpo de un joven Hércules. Nunca me ha atraído la pederastia, pero al ver a este joven comprendí la obsesión de algunos hombres por practicarla.

Maddox reparte por aquí y por allí descripciones admirativas sobre Milón, dando a veces la impresión de que, para este novelista, Publio Clodio era una especie de Al Capone de la época —gordo, sin cuello, feo, enloquecido—, y que en Milón no sólo tenía su oponente político sino físico, pues Maddox lo presenta una y otra vez como una especie de Lucky Luciano de su tiempo: alto, bello y adorado por las mujeres. No es gratuito, aunque para nosotros pueda parecer exagerado por la extrema modernidad del vocablo, que Maddox se refiera a Clodio y Milón en varias ocasiones usando la palabra gánsters, divertido anacronismo que daría para un estudio más amplio¹¹⁵. Decio expresa su admiración nada más conocerle recién llegado a Roma, una ciudad en la que no tardaría en medrar, como bien sabemos: “Representaba una mejora indiscutible respecto a los canallas y gladiadores manumitidos que solían componer sus bandas armadas. Me gustaban el carácter afable y la mente rápida de aquel joven. Yo siempre estaba a la mira de contactos valiosos en los bajos fondos de Roma y tenía la impresión de que Milo llegaría lejos, si lograba sobrevivir, claro” (JMR Mist 95)¹¹⁶. La amistad que Decio mantiene con Milón a lo largo de toda la serie resultará muy enriquecedora para este personaje, pues en él encontrará un buen amigo dispuesto a defenderle —sobre todo del malvado Clodio— y servirle como contacto con los bajos mundos en que se desarrolla buena parte de la mejor tradición de la novela negra. Milón sentirá una gran gratitud por Decio, no sólo porque recibe su ayuda recién llegado a Roma en las páginas de la primera novela de la serie, sino porque será Decio quien le presente a Fausta, hija del dictador Sila con quien llegaría a casarse y cuyo compromiso le servirá de trampolín político, pues Milón es un hombre ambicioso —todos los grandes protagonistas de su tiempo lo fueron, y como expresa Luculo en JMR Sac 153: “Milo. A rising man, sure to be a power in Rome in the future, if he doesn’t find an early grave first”—; Maddox no

¹¹⁵ Así, por ejemplo, en JMR 25: “Milo was the successful gangster Rome had ever seen”.

¹¹⁶ El retrato benevolente de Milón será una constante en las novelas de Maddox, donde Decio será muy condescendiente con respecto a la vocación y actividades de Milón. En JMR Sac 34 leemos que “He was the most powerful gang leader in Rome, with Clodius as his only rival. He was a huge man, still young and extraordinary handsome. He had been a rower in his younger years and was as strong as any professional gladiator or wrestler”; “Milo was there, big as a house and backed by twenty others just as big and far, far uglier” (JMR Sac 213); “His years at the oar had given him palms as

olvida este aspecto en sus novelas, en las que la rivalidad personal con Clodio refleja las ramificaciones políticas que también tenía, pues Clodio frecuentaba la compañía de César, y Milón las de Cicerón¹¹⁷, y ambos deseaban el cargo de tribuno de la plebe¹¹⁸. El ascenso social de Milón resultaría imparable y vendría a constituir una contraposición más entre su origen y fulgurante trayectoria y los de Publio Clodio, pues en Milón tenemos el caso del *homo novus* que, como Cicerón, es profundamente odiado por la rancia aristocracia a la que Clodio pertenecía; sin embargo, mientras Milón surgió prácticamente de la nada, Clodio exigió y consiguió el cambio de patricio a plebeyo, pero en ambos siempre se debió a sus ambiciones políticas. En JMR Sac 102 Maddox se expone nuevamente acerca de los méritos de Milón y atiende a la diferencia de orígenes de ambos enemigos:

Milo was not an ordinary citizen. He never seemed to sleep, and it was a point of criminal/political principle with him to be available to citizens at all hours. When it came to giving the citizens individual attention, Caesar was an amateur compared to Milo. But then, Milo was not distracted by armies and provinces and rival generals. Milo did not want to conquer the world. Milo just wanted to control the city of Rome. To that end he had assembled an immense clientele, and by no means were all of them drawn from the criminal classes. His gang of brutes remained the hard core of his strength, naturally enough, but he had expanded his relationships to include many of the highest personages of Roman society, as witness his recent invitation to lunch with Lucullus.

Milo had accomplished his astonishing rise from street thug to political contender through driving energy, immense charm and a ruthlessness that was breathtaking even in that age of men without compunction. His aims, I suppose, were no different from those of Clodius, but they were different men. Clodius began with wealth, high birth and a social position. An easy mobility in the highest circles was his birthright. Milo began with nothing. Milo had, I will not call it honor, but rather a consistent and punctilious regard to his loyalties and obligations. Milo had friends whereas Clodius had toadies.

Steven Saylor también se hace eco de la enorme diferencia que existía entre Clodio y Milón, de quien reconoce sobre todo la vanidad de haberse impuesto el célebre *cognomen* por el que ha pasado a la historia, y en SS Ap 156 el gran Pompeyo comentará de él que “ha estado siempre muy orgulloso de su imponente físico; se apodó a sí mismo Milón por el legendario luchador de Crotona y todo eso”. Pero

hard as the brazen shield of Achilles, and somehow they stayed that way all his life” (JRM Sac 150).

¹¹⁷ Maddox llega incluso a presentarnoslos como la pareja ideal en JMR Tem 178: “I wished that I could consult my friends Cicero and Milo on this. Between Cicero’s legal expertise and Milo’s criminal genius, they would have cracked this problem within minutes”.

¹¹⁸ JMR Con 65: “El hecho de que Milo sólo apostara un hombre en la entrada era una muestra de la relativa tranquilidad de la época. Milo ambicionaba en convertirse en tribuno de la plebe, cargo que había supuesto la muerte a más de un romano. Clodio también ansiaba ese puesto, y el inevitable enfrentamiento entre los dos hombres era esperado con gran expectación por los ociosos del Foro. Clodio cultivaba las crecientes fortunas de César, mientras que Milo había formado una extraña alianza con Cicerón”.

mientras que el Milón de Maddox es un personaje atractivo, cincelado de acuerdo a aquellos gánsters que en los años 20 encandilaban a las masas norteamericanas — Lucky Luciano fue el referente más destacado de gánster glamouroso—, en Saylor no encontramos tanta afabilidad con respecto a este personaje, no por animadversión personal del autor contra él, sino porque la desconfianza más rigurosa acerca de los personajes históricos del periodo es la constante ideológica de Saylor junto con el revisionismo al que somete a los malvados tradicionales. Saylor, con el espíritu enormemente crítico que trata al *homo civilis* de la época, nos presenta un Milón cuyo retrato ahonda en la diferencia con Clodio, pero llama la atención que en la primera descripción que de él hace ahonde sobre todo en el arquetipo físico, donde su Milón está bien lejos de ser ese Hércules o Aquiles que presenta Maddox, en contra de un gordo y feo Publio “Capone” Clodio. Esta primera descripción la hallamos en SS Ap 79, donde Gordiano y Milón son presentados por su amigo Cicerón en casa de éste.

Hizo un gesto hacia el tercer hombre, que se mantenía apartado mientras me acechaba con desconfianza. El tipo era bajo y rechoncho como un tonel; enfundado en su toga parecía aún más grueso. Sus dedos eran cortos y romos, como su nariz. Su cara era redonda y su boca pequeña, y tenía los ojos hundidos bajo las espesas cejas. La sombra de la barba era tan profunda, que le daba a la mandíbula un aspecto grasiento y oscuro. No me sorprendía que fuera el enemigo natural del ágil, esbelto y elegante Clodio. No podía haber dos hombres más opuestos físicamente.

El Milón de Saylor está lejos de esa belleza griega con que nos lo dibuja Maddox y está más cerca del patrón físico del rudo campesino o leñador. En SS Ap 160-4 Pompeyo el Grande explica a Gordiano las razones por las cuales eligió Milón su *cognomen*, lo que sirve a Saylor para poner en boca del Grande algunos comentarios ciertamente socarrones sobre este personaje, como en SS Ap 161:

Cuando nuestro Milón era joven, era todo un atleta. O eso dice él; después de la tercera copa de vino se pone a fanfarronear sobre sus días gloriosos de atleta, como haría un soldado sobre batallas pasadas. Ganó muchas competiciones, especialmente como luchador. No sé qué clase de competición para un niño que ha crecido en un pueblo como Lanuvio, pero Milón fue siempre el más fuerte, el más rápido, el más decidido. Potente como un buey. Testarudo también como un buey; así es nuestro Milón. Sí, hombre, sigue siendo tan vanidoso como un griego con su físico. No exactamente el griego ideal (demasiado bajo y rechoncho), pero ciertamente se mantiene en forma. Le he visto desnudo en los baños. El vientre como un muro de ladrillo, hombros como catapultas de piedra. ¡Podría abrir un cacahuete con las nalgas!

Para Pompeyo (SS Ap 160) el *cognomen* que un hombre elige para sí mismo dice mucho de lo que piensa de sí, y según él las legendarias proezas de Milón de Crotona tienen “una relación alegórica con la manera en que nuestro Milón se com-

porta y ve su destino” (SS Ap 163), e incluso lo ilustra con una sugestiva tarea escolar sobre Milón de Crotona¹¹⁹ en SS Ap 161-2. De acuerdo con Pompeyo, él como tantos niños romanos debió

componer un verso sobre el siguiente tema y enseñar cómo podría instruirnos a lo largo de la vida: *Milón de Crotona, tras acostumbrarse a cargar cada día un ternero para hacer ejercicio, siguió cargándolo hasta que el ternero se convirtió en toro. (...) Moraleja: A medida que un niño crece y se hace hombre, crece también la carga que lleva consigo, y si además eres un tipo como Milón de Crotona, no le quitarás importancia, sino que continuarás sonriendo con los dientes apretados mientras avanzas con la carga entre gemidos y gruñidos. Estoy convencido de que nuestro Milón tuvo que escribir una redacción sobre el mismo tema. Parece que se haya aprendido la lección al pie de la letra.*

Los orígenes de Milón son los de un *homo novus*, como queda claro en el resumen que de su linaje hace para un encandilado Decio en JMR Mist 200-1:

Mi padre, Cayo Papio Celso, poseía una hacienda al sur de aquí. No nos llevábamos muy bien, y a los dieciséis años me escapé para enrolarme en la armada. Mi madre, nacida en Roma, siempre hablaba de esa ciudad, de lo grande y próspera que era, y de cómo hasta los extranjeros podían convertirse en hombres importantes allí. Así pues, el año pasado me trasladé a Roma y me las arreglé para que me adoptara el padre de mi madre, Tito Annio Lusco. Siendo de Ostia, ya poseía la ciudadanía, pero de este modo me convertí en miembro de una tribu urbana. Puedo asistir al concilio plebeyo y a los comicios centuriados, y gracias a Macro comienzo a conocer el mundo de la política en el ámbito de la calle.

También Saylor nos presentará un resumen de su linaje, aunque el de Saylor carecerá del candor que rezuman las palabras del Milón de Maddox. El novelista texano, con toda la malicia del mundo, lo pone en boca de una posadera de Bovilas—localidad vecina de Lavinium— que conoce bien a Milón y no goza en absoluto de sus simpatías. Entre SS Ap 192-3 la simpática mujer, que trabaja en la misma posada a la que Clodio acudió a refugiarse después del encontronazo en la Vía Apia nos dará sus opiniones sobre Milón. Obviamente, la posadera es clodiana, y en el retrato que hace de ambos personajes antagónicos no sólo favorece a uno frente a otro, sino que arrastra también a las cónyuges de ambos en la refriega¹²⁰, como vemos en SS Ap 192:

¹¹⁹ Saylor pone en boca de Pompeyo un buen resumen de las hazañas de Milón de Crotona, contemporáneo y amigo de Pitágoras y legendario por su fuerza hercúlea, en SS Ap 162. Sin embargo, como bien afirma Pompeyo en SS Ap 163, poseer una fuerza descomunal no sirve de nada si no hay inteligencia para gobernarla, y Milón de Crotona murió víctima de su excesiva confianza en sí mismo devorado por lobos, como relata el mismo Pompeyo en SS Ap 163-4. Para Pompeyo, esto es también el fin que aguarda a Tito Annio Milón.

¹²⁰ En SS Ap 193 la posadera de Bovilas muestra idéntica parcialidad entre una engreída Fausta Cornelia, a la que tacha de mujerzuela, frente a una Fulvia, esposa de Clodio, a quien define al menos como “persona normal” que juega con sus niños en la hierba, a la sombra de los árboles.

¡Milón! Él mismo eligió ese nombre, ¿verdad? Qué tipo más vanidoso para creer que se parece al gran héroe olímpico. Bueno, nadie de por aquí está tan impresionado por el tal Milón. Es simplemente otro individuo del otro lado de la montaña que se marchó a Roma a hacer fortuna. Es de Lanuvio. ¿Lo sabíais? Tito *Anio* Milón le llamas. No nació tampoco con ese nombre. ¡Ni siquiera nació con el nombre de Tito! El tipo nació simple y llanamente Cayo Papio, como su padre antes que él, y dejadme que os asegure que los Papio de Lanuvio no hicieron nunca nada importante digno de recuerdo. Desde su nacimiento, es tan vulgar como la mierda. (...) Ah, Milón se detenía aquí de cuando en cuando, de regreso a su casa de Lanuvio, pagaba una ronda para todos, decía algunas palabras bonitas y se aseguraba de que todo el mundo le observara. ¡El chico del pueblo que se había convertido en un personaje poderoso en Roma, amigo de Cicerón, aliado de Pompeyo, seguro de convertirse en cónsul uno de estos días! Pero si me preguntáis, Milón no tenía ni una pizca del encanto de Clodio. Clodio entraba en la sala y era como si alguien encendiera las velas por todas partes, de repente todo resplandecía. Milón entraba fanfarroneando y riéndose burlescamente y era como si alguien te echara el mal aliento en la cara.

Son enormemente divertidas estas distintas recreaciones de los personajes históricos a partir de las mismas fuentes, y en su legitimidad encontramos una de las justificaciones de la novela histórica, pues no en vano la Historia es escrita por los vencedores de acuerdo a su conveniencia. Nada hay en Saylor del esforzado, patriota y nobilísimo Milón que Cicerón defiende en su *Pro Milone*, y bien es verdad que tampoco la visión de Maddox resulta tan parcial como la del gran orador, quien presenta a Milón como dechado de virtudes y minimiza exageradamente las actividades gangsteriles de su defendido justificándolas meramente como defensa contra la banda de Clodio.

En cuanto a la vida y linaje de Clodio, éste fue de familia patricia de rancio abolengo, como ya hemos dicho en más de una ocasión, pues la familia Claudia fue una de las más importantes de la República¹²¹, como expresa Gordiano en SS Ven 120:

Son patricios. Proviene de una familia muy antigua y distinguida. Tienen numerosos antepasados célebres, muchos de los cuales fueron cónsules cuyas obras públicas se hallan esparcidas por toda Italia: carreteras, acueductos, templos, edificios públicos, portaldas, pórticos, arcos... Son una especie de clan cuyos miembros han cultivado con tanto entusiasmo el casamiento consanguíneo que ni un fabricante de telas podría desenredar todos los hilos. Los Clodios están en el centro de la clase dirigente de Roma.

Clodio se dio primero a conocer como acusador de Catilina en el episodio de su presunto *incestum* con la vestal Fabia, episodio relatado por Saylor en su cuento

¹²¹ Sin lugar a dudas, el mejor resumen del linaje de los Clodios y de la vida de Publio Clodio Pulcher y su hermana lo hallamos en SS Ven 120-6. Muy largo para condensarlo aquí, en él Gordiano hace un repaso no exento de comentarios irónicos.

La casa de las Vestales y que condujo a juicio al famoso conjurado en 73 a.C. Por lo demás, haciendo honor a su linaje, pronto desempeñó cargos en el ejército: legado en Oriente a las órdenes de su cuñado Licinio Luculo; tribuno militar en la Galia Trasalpina en el 64. En el caso de un político de carácter tan fuerte cabe distinguir entre la realidad y el rumor, rumor del cual nadie importante de la época podía quedar absuelto, pues la maledicencia estaba a la orden del día. En el caso de Clodio, dos rumores le acompañaron toda la vida: el de mantener relaciones sexuales con su hermana Clodia, que abordaremos al comentar la personalidad de esta importante figura de la época, y los rumores sobre su sexualidad desenfrenada, de la que se hace mención en SS Ap 179 y que han sido promovidos, principalmente, por sus grandes enemigos Cicerón y Milón, quienes, explica Gordiano “han pasado años tachándolo de incestuoso, antiguo efebo que se dedica a seducir a las esposas y a los hijos de otros hombres”. En efecto, fue sobre todo Cicerón quien dio viento a estos rumores acerca de su odiado enemigo, y a ellos recurre continuamente cuando habla de las bajezas de Clodio, siguiendo el modelo que inaugurara con éxito al atacar a Catilina y que tanto juego le dio no sólo con éste y con Clodio, sino también con Verres, Gabinio o Marco Antonio¹²².

El primer escándalo sonado de Publio Clodio, que acabó por constituir uno de los más grandes de la época, fue su irrupción en la casa del Pontifex Maximus la noche del 4 al 5 de diciembre de 62, durante las celebraciones secretas de la Bona Dea, hecho que constituye el centro nuclear de la novela de Maddox *The Sacrilege* y que hallamos muy bien condensado en Plutarco, *Cicerón* XXVIII 1-4¹²³:

Ἐκ δὲ τούτων ἐγένετο πολλοῖς ἐπαχθῆς, καὶ οἱ μετὰ Κλωδίου συνέστησαν ἐπ’ αὐτόν, ἀρχὴν τοιαύτην λαβόντες. ἦν Κλώδιος ἀνὴρ εὐγενῆς, τῇ μὲν ἡλικίανός, τῷ δὲ φρονήματι θρασύς καὶ αὐθάδης. οὗτος ἐρῶν Πομπηίας τῆς Καίσαρος γυναικός, εἰς τὴν οἰκίαν αὐτοῦ παρεισήλθε κρύφα, λαβὼν ἐσθῆτα καὶ σκευὴν ψαλτρίας· ἔθουον γὰρ ἐν τῇ Καίσαρος οἰκίᾳ τὴν ἀπόρρητον ἐκείνην καὶ ἀθέατον ἀνδράσι θυσίαν αἱ γυναῖκες, καὶ παρὴν ἀνὴρ οὐδεὶς· ἀλλὰ μειράκιον ὃν ἔτι καὶ μήπω γενειῶν ὁ Κλώδιος ἤλπιζε λήσεσθαι διαδύς πρὸς τὴν Πομπηϊανδιὰ τῶν γυναικῶν. ὡς δ’ εἰσῆλθε νυκτὸς εἰς οἰκίαν μεγάλην, ἠπόρει τῶν διόδων, καὶ πλανώμενον αὐτὸν ἰδοῦσα θεραπεῖν Αὐρηλίας τῆς Καίσαρος μητρός, ἤτησεν ὄνομα. φθέγγασθαι δ’ ἀναγκασθέντος αὐτοῦ καὶ φήσαντος ἀκόλουθον Πομπηίας ζητεῖν Αβραν τοῦνομα, συνείσα τὴν φωνὴν οὐ γυναικείαν οἶσαν ἀνέκραγε καὶ συνεκάλει τὰς γυναῖκας. αἱ δ’ ἀποκλείσασαι τὰς θύρας καὶ πάντα διερευνώμεναι, λαμβάνουσι τὸν Κλώδιον, εἰς οἶκον παιδίσκης ἣ συνεισῆλθε καταπεφυγότα. τοῦ δὲ πράγματος περιβοήτου γενομένου, Καίσαρ τε τὴν Πομπηϊαν ἀφῆκε, καὶ δίκην τις <τῶν δημάρχων> ἀσεβείας

¹²² Así, en *Pro Milone* 89 dice claramente que Clodio era un afeminado (*effeminatus*), como también recurriría a la expresión “impudicus” o “impudens” (*Pro Milone*, 76) numerosas veces para presentarle como modelo de toda clase de vicios.

¹²³ Cf. también Plut. *Caesar* IX-X, donde el episodio es recreado con mayor detenimiento.

ἐγράψατο τῷ Κλωδίῳ.

En aquel tiempo Publio Clodio era un hombre de César, a la sazón Pontifex Maximus, y como explica el personaje de Milón en JMR Sac 35 “Clodius is Caesar’s man. (...) I know that Clodius does very little these days without Caesar’s permission”. El episodio es descrito en JMR Sac 66-71, donde los senadores discuten acerca del sacrilegio en una reunión extraordinaria dentro de la Curia, donde Hortensio Hortalo (JMR Sac 67) hace pública la noticia de que la noche anterior el cuestor Publio Clodio cometió *sacrilegium* al ser encontrado vestido de mujer en la casa del Pontifex Maximus. El mismo Decio, en JMR Sac 67, advierte que Hortalo había usado la rara palabra *sacrilegium*, que a petición del cónsul Calpurniano será explicada por Cicerón en JMR Sac 68, ya que, como término religioso, debe ser desentrañada con todas sus implicaciones legales. La explicación de Cicerón es la siguiente:

In earlier times, *sacrilege* was defined as the stealing of objects consecrated to a god, or deposited in a consecrated place. In more recent times, this word has been extended to cover all damage or insults done to the gods and to sacred places. If the conscript fathers so direct, I shall be most pleased to prepare a brief listing of the sources and precedents for the legal charge of sacrilege.

Calpurniano interpela a César en si está de acuerdo al considerar aquel acto de Publio Clodio un acto de sacrilegio en los debidos términos expuestos por Cicerón, y César asiente en JMR Sac 68, no sin antes reconocer la vergüenza que le causa que tal acontecimiento se haya producido en su morada. Pero queda un asunto pendiente de resolver, ¿cuál fue la causa de la presencia de Clodio en la casa del Pontifex Maximus? ¿Acaso fue la simple irreverencia y curiosidad de Clodio lo que le condujo a profanar los ritos de la Bona Dea? ¿Tenía la intención de encontrarse con alguna mujer dentro de la casa? La Historia ha dictaminado que Clodio, enamorado de Pompeya la esposa de César, se introdujo en la morada con el objeto de consumir su amor aprovechando la ausencia del marido, opinión que ayudó a consolidar el propio César¹²⁴ con sus declaraciones posteriores, buscando zanjar un asunto tan espinoso de la manera más natural posible como era atribuir al fogoso Clodio una nueva relación de adulterio con Pompeya. En JMR Sac 70-1 encontramos la célebre argumentación del propio César, que con el tiempo llegó a convertirse en proverbial y que Maddox recrea con franco regocijo:

¹²⁴ Suetonio se hace eco de este lugar común de la historia romana en *Divus Iulius VI, 2: In Corneliae autem locum Pompeiam duxit Quinti Pompei filiam, L. Sullae neptem; cum qua deinde divortium fecit adulteratam opinatus a Publio Clodio, quem inter publicas caerimonias penetrasse ad eam muliebri veste tam constans fama erat, ut senatus quaestionem de pollutis sacris decreverit.*

“My mother, the lady Aurelia, has told me there was talk that Clodius thus gained stealthy entrance to carry on a liaison with Pompeia.” He drew himself up so straight and tall that I suspected him of wearing actors’ buskins on his feet. “I have therefore resolved to divorce Pompeia forthwith!”

Celer stood. “Don’t be hasty, Caius Julius. There is nothing going on between your wife and Clodius. He just wanted to spy on the rites. The fool has talked about nothing else for days.”

Then Caesar made history, of a sort. Gazing around him like an eagle, he said, “She may well be innocent, but it is immaterial. Caesar’s wife must be above suspicion.” (...) In an instant, the Senate was convulsed. Vinegary old politicians who didn’t laugh from one year to the next doubled over, laughing until their guts cramped. Solemn pontifexes had tears rolling down their wrinkled cheeks. Just outside the chamber, a while bench of tribunes rolled about so helpless with laughter than they could not have interposed a veto if we had called for the beheading of every plebeian in Rome. I am sure that I saw even Cato smiling.

La célebre cita, que ha sido moldeada por muchas fuentes¹²⁵ y que asegura que la mujer del César no sólo debe ser honrada, sino parecerlo, ya la encontramos en Plutarco¹²⁶ cuando este autor resume los acontecimientos subsiguientes al sacrilegio de Clodio, sacrilegio del que finalmente resultó absuelto a pesar de los numerosos escándalos sexuales que salieron a relucir a propósito de Clodio, principalmente de incesto con sus hermanas. La absolución de Clodio en juicio vino dada, según Plutarco, por medio del soborno a los jueces, pero¹²⁷ también del temor que inspiraba el populacho que había tomado partido a favor de Clodio¹²⁸. Para confrontar todas las fuentes clásicas de la cita con objeto de advertir cómo Maddox las moldea todas hasta aproximarse a la que hoy día es tan popular, es recomendable el balance general que hacen de las fuentes (Suetonio, *Div. Iul.* 74, 2; Plut. *Cic.* 29 y *Caes.* 10) Álvarez-Montiel en “La mujer en Roma”.

Esta es, en definitiva, la historia oficial, en la cual parece que sólo Pompeya se vio agraviada al divorciarse César de ella y ver su reputación en entredicho. Sin embargo, existen serias dudas acerca de que todo se resolviese en que había sido una

¹²⁵ Decio asegura en JMR Sac 70 que él es el único superviviente que puede dar fe de lo que realmente ocurrió en la Curia: “Toward noon, there occurred a remarkable exchange. Everyone has heard some version of it, usually distorted beyond recognition by those who were not there or those who were but in later years grew too fearful to tell the truth. I am the only man now alive who was there that day, and this is how it truly happened, not how it ended up in a Roman legend”.

¹²⁶ Plut. *Cic.* XXIX, 9:

ὁ μέντοι Καίσαρ οὐ κατεμαρτύρησε κληθεὶς ἐπὶ τὸν Κλώδιον, οὐδ’ ἔφη μοιχείαν κατεγνωκέναι τῆς γυναικός, ἀφεικέναι δ’ αὐτὴν ὅτι τὸν Καίσαρος ἔδει γάμον οὐ πράξεως αἰσχρᾶς μόνον, ἀλλὰ καὶ φήμης καθαρὸν εἶναι. Cf. también Plut. *Caesar* X.

¹²⁷ María Consuelo Álvarez y Rosa María Iglesias, “La mujer en Roma”, en Antonio Marcos Pérez (ed.), *Sobre la mujer*. Murcia, 1998, Centro de Estudios Teológico-Pastorales San Fulgencio, p. 56.

¹²⁸ Plut. *Cic.* XXIX, 6:

οὐ μὴν ἀλλὰ τότε τοῦ δήμου πρὸς τοὺς καταμαρτυροῦντας αὐτοῦ καὶ συνεστῶτας ἀντιταπτομένους, φοβηθέντες οἱ δικασταὶ φυλακὴν περιεστήσαντο, καὶ τὰς δέλτους οἱ πλείστοι συγκεχυμένοις τοῖς γράμμασιν ἤνεγκαν. ὁμῶς δὲ πλείονες ἔδοξαν οἱ ἀπολύοντες γενέσθαι, καὶ τις ἐλέχθη καὶ δεκασμὸς διελθεῖν.

travesura de Clodio, quien en aquel tiempo no sólo era un hombre muy cercano a César, sino que tras el repudio que éste hizo de Pompeya lo siguió siendo. *The Sacrilege* es posiblemente la mejor novela de la serie *SPQR*, puesto que en ella Maddox intenta resolver este enigma histórico. En el capítulo XII de la novela, concretamente en JMR Sac 200-5, Decio el Joven descubre que cuando Apio Claudio Nerón, primo de Clodio, fue asesinado a la puerta de su casa, no había acudido con objeto de matarle, sino de entregarle una carta¹²⁹, carta donde explica que aquella noche no sólo Clodio, sino también Craso, Pompeyo y César, se habían dado cita en la casa del Pontifex Maximus con objeto de negociar las condiciones en que trabajarían juntos a partir de entonces para conformar el triunvirato: Craso solventaría la deuda de César y ambos se harían visibles durante los actos oficiales del triunfo de Pompeyo. César exigió un consulado al volver de Hispania, y luego, una magistratura extraordinaria sobre toda la Galia; Craso, el apoyo absoluto en la guerra contra Partia; y Pompeyo, el cargo que deseara exceptuadas la Galia y Partia. Como el cumplimiento de estas funciones implicaba para los tres la ausencia de la ciudad por un periodo extenso de tiempo, se consideró que sería Clodio quien les representaría en Roma. Ellos financiarían la campaña de Clodio para el cargo de tribuno, y Pompeyo insistió en que, para defender sus intereses en la ciudad, Fausto Sila sería el colega de Clodio en el cargo, a lo que éste accedió. La reunión se disolvió tomadas estas decisiones, pero Clodio quiso ver parte de las ceremonias secretas, y al ser descubierto, todos salieron en fuga. Entendiendo que se trataba de una conspiración, Nerón abandonó la casa de Clodio y se alojó en una pequeña taberna, donde escribió la carta. Sabe que, cuando Clodio se entere de su desaparición, le buscará para hacerle matar, por lo que ha decidido desaparecer de Roma, no sin antes dejar ese escrito frente a la casa de Decio.

Como vemos, la imaginación con que Maddox rellena los aspectos oscuros de este escandaloso episodio que César zanjó con su divorcio de Pompeya son mucho más verosímiles que las teorías que la historia oficial nos ha transmitido, y a pesar de que no sea posible demostrar la verdad de esta versión, no deja de ser una respuesta estimulante a un poder emergente en la ciudad de Roma como sería el del triunvirato, donde todos los actores querían salir ganando gloria, dinero y poder.

Repuesto de este sonoro escándalo y con las miras puestas en el objetivo de alcanzar el tribunado de la plebe, Clodio se enfrascó en conseguir el cambio del orden patricio al plebeyo: “Había preferido unir su suerte política a la de los populares y decidido por tanto utilizar la forma plebeya del apellido de su familia” (JMR Con 46), lo que por algunos pudo ser visto como un desprecio a su linaje de no haber si-

¹²⁹ Para una cabal comprensión de todo el texto de la carta y de la complicidad de Apio Claudio Nerón en el célebre episodio de la profanación de los ritos, remitimos al capítulo XII de nuestra sinopsis de la novela *The Sacrilege*.

do Clodio un individuo resuelto a cualquier acción por conseguir sus fines¹³⁰. A pesar de la oposición a este cambio de orden, que Cicerón consideraba ilegal y al que se oponían incluso Metelo Celer, esposo de su hermana Clodia, fue posible con la ayuda de César en el consulado, como explica Milón a Decio en JMR Sat 67: “Caesar got Clodius transferred to the plebs to clear his path to tribuneship, got him adopted by a man named Fonteius to do it”. Suetonio deja constancia de este apoyo de César a Clodio en *Div. Iul.* XX, 4, y lo señala también en parte como una forma de revancha contra el orador, quien había criticado el desempeño público de César como cónsul aquel año: *Cicerone in iudicio quodam deplorante temporum statum Publium Clodium inimicum eius, frustra iam pridem a patribus ad plebem transire nitentem, eodem die horaque nona transduxit.*

Publio Clodio ganó el tribunado con este apoyo, y a continuación emprendió dos acciones principales: atacar a Cicerón y ganarse al pueblo con leyes benignas¹³¹, de entre las cuales la más polémica fue la repartición gratuita y vitalicia de grano entre los ciudadanos, una medida enormemente populista que sólo se concedía en determinados periodos de crisis, como explica Decio en JMR Sac 92:

“That is radical,” I said, my mind turning over the possibilities. The grain dole had been around from earliest times as an emergency relief measure. It had been instituted in the days when the farmers of the countryside had taken refuge within the walls of Rome in times of siege. It was revived frequently in times of famine or other want, and sometimes as a celebration to mark an important occasion. Every citizen had his name enrolled on the dole. In fact, the old expression “receiver of the dole” meant “citizen” and was used as such even by the wealthiest of us, who would never actually have to apply for relief.

“That’s not the worst of it. He’s already canvassing among the plebeian tribal assembly, promising to pass this outrageous legislation if they will elect him tribune.

En cuanto a convertir a Cicerón en objeto de su odio, debemos decir que las novelas no se olvidan de especificar que, junto al continuo enfrentamiento armado con las bandas de Milón, fue el más encarnizado objetivo de Clodio cuando se vio investido del poder de tribuno de la plebe, un cargo que había recobrado su poderosa fuerza tras los recortes de poder que Sila infligió sobre ellos¹³². El odio entre Cice-

¹³⁰ Así lo expresa el senador Tedio en SS Ap 255: “¡Un sujeto que se da a sí mismo un nombre nuevo, cambiando el orgulloso nombre patricio de Claudio por el plebeyo Clodio para ganarse el favor de la plebe! ¡Y comprometido con los plebeyos, dejando a un lado su condición de patricio! Sus antepasados le han debido de maldecir desde el Hades. Es justo que haya muerto en el camino que recibió su nombre de uno de los que se burló.”

¹³¹ Plut. *Cic.* XXX, 1:

Διαφυγὸν δὲ τὸν κίνδυνον ὁ Κλώδιος καὶ δήμαρχος αἰρεθεὶς, εἰθὺς εἶχετο τοῦ Κικέρωνος, πάνθ' ὁμοῦ πράγματα καὶ πάντας ἀνθρώπους συνάγων καὶ ταράττων ἐπ' αὐτόν.

¹³² Así lo explica Decio en JMR Sat 68: “The tribuneship had made a great comeback in the last few years. Sulla had all but stripped the Tribunes of the People of all their powers, but one after the other, each year’s tribunes had passed laws in the Popular Assemblies restoring them. Now they were more

rón y Clodio tenía raíces complejas, y a tenor de las noticias antiguas, tampoco era exclusivamente político, como veremos cuando procedamos a hablar de Clodia. Saylor sintetiza en SS Ven 310 la encarnizada rivalidad de ambos personajes:

Clodio había sido aliado político de Cicerón, luego su enemigo mortal. Incluso ahora, Clodio trataba de evitar que Cicerón reconstruyese su casa del Palatino, proclamando que era propiedad del Estado y estaba dedicada a usos religiosos. Los dos enemigos lidiaban en todos los campos que podían... en el Senado, ante los tribunales de justicia, en la interpretación de los presagios de sacerdotes y augures. Entre ellos había un odio que sólo podía extinguirse con la muerte.

La alianza política entre Cicerón y Clodio consta desde los tiempos de Catilina, aunque pronto terminaría por culpa de la irrupción de Clodio en el palacio del Pontifex Maximus, en el que Cicerón tomó partido contra él demostrando que sí se hallaba en Roma la noche de los hechos, y no, como Clodio afirmaba, ausente de la Urbe¹³³. En lo político, además, siempre representaron los intereses de facciones contrapuestas. Mientras que Cicerón defendía a sangre y fuego a los *optimates*, las inquietudes populistas de Clodio les llevaron a la ruptura total¹³⁴. Así, el Cicerón de Maddox tiene bien claro que Clodio actuará contra él en cuanto tenga el poder suficiente, y una vez más, la acusación será la ejecución de los cómplices de Catilina, gravísimo hecho que pesaría siempre como una losa sobre la reputación del orador¹³⁵. El acoso y atosigamiento que Clodio infligió a Cicerón fue tan extremo que éste, bien aconsejado por algunos más cercanos a él, y considerando que en su ausencia el pueblo de Roma le echaría de menos y tacharía a Clodio de demente, optó por la fuga de la Urbe¹³⁶. Clodio decretó entonces formalmente su destierro con una

important than ever, and they had the immensurable power to introduce new legislation and carry it through the assemblies. This was the power that gave or withheld proconsular appointments, apportioned the state's treasure, and got people exiled. The consuls themselves were relatively powerless by comparison, and the Senate had become a debating club. Real power lay with the commons and their elected representatives, the tribunes”.

¹³³ Plut. *Cic.* XXIX, 1:

Κικέρων δ' ἦν μὲν αὐτοῦ φίλος, καὶ τῶν περὶ Κατιλίαν πραττομένων ἐκ ἐχρητοπροθυμοσάτων συνεργῶ καὶ φύλακι τοῦ σώματος, ἰσχυριζομένου δὲ πρὸς τὸ ἐγκλημα τῷ μηδὲ γεγονέναι κατ' ἐκεῖνον ἐν Ρώμῃ τὸν χρόνον, ἀλλ' ἐν τοῖς πορρωτάτω χωρίοις διατρίβειν, κατεμαρτύρησεν ὡς ἀφιγμένου τε πρὸς αὐτὸν οἴκαδε καὶ διειλεγμένου περίτινων· ὅπερ ἦν ἀληθές.

¹³⁴ SS Ap 49: “Clodio se había convertido en el campeón de los humildes, de los soldados de a pie y de los libertos; contra él siempre había estado Cicerón, el leal portavoz de los que se llaman a sí mismos Optimates”.

¹³⁵ A este respecto, en JMR Sat 15: “Milo is allied with Cicero, and Cicero is probably packing his belongings right now. When Clodius takes office as tribune, he will make it his first order of business to drive Cicero into exile, using the executions of the Catilinarian conspirators as an excuse”; el mismo Cicerón lo reconocerá con resignación a Decio abiertamente en JMR Sat 157: “He wants the glory of driving me into exile as a tribune. He'll have it, too. Next year is his year, and even I am not inclined to fight it”.

¹³⁶ Todos estos episodios son narrados por Plutarco en *Cic.* XXX-XXXII. Entre quienes le aconseja-

ferocidad inusitada¹³⁷ y mandó quemar su casa del Palatino y todas sus fincas. Enardecido y confiado en el fervor popular, Clodio se revolvió contra Pompeyo y los patricios, protagonizando numerosas escaramuzas en las calles que obligaron a Milón a conducirlo a los tribunales por violencia pública. Pompeyo y los patricios hicieron todo lo posible por conseguir el regreso de Cicerón a la Urbe, lo que lograron al cabo de dieciséis meses. Cicerón regresó a Roma ciertamente como un héroe, y hasta el mismo Craso se reconcilió con él y fue a recibirle calurosamente¹³⁸. Poco después Clodio fue asesinado, y sólo su muerte pudo interrumpir aquel enconado odio entre los dos grandes personajes históricos. Con la distancia de los años, quizá el verdadero Cicerón lo vio como el Cicerón de Saylor en SS Rub 39, con la templada ironía de quien ha ganado la partida y conversa con Gordiano en su reconstruida casa del Palatino: “This was one of the first rooms Terentia decorated when we came back and rebuilt, after Clodius and his gang burned down the house and sent me into exile.” He smiled ruefully. “Now Clodius is dust, but I’m still here”.

Clodio acabó convirtiéndose en polvo antes que muchos de sus contemporáneos, y puesto que no parece haber dudas de que fue Milón el causante de este final, es necesario que ahora volvamos a traer aquí a estos dos enemigos encarnizados y llevemos su combate hasta el final en la Vía Apia, cuando el cortejo de Clodio y el de Milón se encontraron en mitad del camino y surgió la trifulca que conduciría a la muerte del primero. Hemos dicho que parece no haber dudas en que fue Milón quien mató a Clodio¹³⁹, y esta certeza corrió como reguero de pólvora en cuanto se supo en la Urbe la noticia del crimen¹⁴⁰. Saylor vuelve a jugar habilidosamente con la dicotomía entre historia oficial y verdad y nos conduce a un sorprendente y bello final en *Un asesinato en la Via Apia* donde Clodio, por qué no, si bien pudo haber sobrevivido, no lo hizo.

No es preciso volver a insistir demasiado en cuáles eran las actividades que Claudio y Milón desarrollaban en la Urbe, aunque nos hemos reservado para este momento algunas buenas pinceladas de Maddox y Saylor. Ya hemos dicho de pasada que para Maddox ambos líderes eran gángsters, parangonables a los mafiosos de

ban permanecer en Roma se hallaba Luculo, pero Cicerón temía enormemente por su vida.

¹³⁷ Plut. *Cic.* XXXII, 1:

Ὡς δ' ἦν φανερός ἤδη πεφευγώς, ἐπήγαγεν αὐτῷ φυγῆς ψῆφον ὁ Κλώδιος, καὶ διάγραμμα προὔθηκεν εἶργειν πρὸς καὶ ὕδατος τὸν ἄνδρα καὶ μὴ παρέχειν στέγην ἐν τὸς μιλίων πεντακοσίων Ἴταλίας.

¹³⁸ El relato de todos estos episodios lo encontramos en Plut. *Cic.* XXXIII.

¹³⁹ La contundencia de Plutarco en *Cic.* XXXV es la de la historia oficial:

Μετὰ ταῦτα Κλώδιον μὲν ἀποκτίνουσι Μίλων.

¹⁴⁰ Así lo expresa Gordiano en SS Ap 91: “No se trataron las circunstancias exactas del incidente ocurrido en la Vía Apia. Yo ya empezaba a encontrar exasperante aquella falta de detalles, pero nadie más entre la multitud parecía darle importancia o ni siquiera parecía advertirlo. Se había simplemente dado por supuesto que Milón y sus secuaces habían asesinado a Clodio a sangre fría. El asunto era qué hacer al respecto”.

los años veinte en Norteamérica. Para Decio, ellos son “small-scale gangsters, with purely urban ambitions” (JMR Sac 187-8), y establece una diferencia entre ellos y los grandes políticos de la época como Pompeyo o Craso que son “criminals of world stature”, y es efectivamente a quienes servían estos dos gángsters de la Roma clásica —que no eran los únicos jefes de bandas, pero sí los más poderosos¹⁴¹—, ejerciendo el papel de criminales políticos al estilo de las mejores relaciones entre mafia y poder¹⁴².

Gordiano explica a su hija el odio a muerte entre ambos y todas sus implicaciones políticas cuando Clodio ya ha sido asesinado, en SS Ap 61:

—César y Pompeyo son águilas en el cielo, que sobrevuelan mares y montañas. Aquí abajo, en tierra firme, están Clodio y Milón que han estado luchando por la misma Roma (la ciudad, no el imperio). Lucharon con bandas de matones en vez de hacerlo con ejércitos. En lugar de mares y cordilleras, se disputaron las siete colinas y el mercado junto al río. En vez de batallas, libraron revueltas en el Foro. En vez de luchar contra los bárbaros, lucharon entre sí por un cargo público, intimidando y sobornando a los votantes, complaciendo a sus electores, aplazando elecciones y valiéndose de cualquier posible argucia para sacar el mejor provecho del otro.

»Milón representa a los que se llaman a sí mismos Optimates (viejas familias, dinero viejo, los elementos más conservadores del Senado). La clase de gente con la que a Pompeyo le gusta asociarse, por lo que no es de sorprender que de cuando en cuando Milón haya actuado como hombre de confianza de Pompeyo aquí en Roma.

»Clodio es... era... un radical, a pesar de su sangre patricia. Atraía a la plebe. Cuando estuvo en el servicio militar, organizó un levantamiento de soldados rasos contra su jefe, que era su propio cuñado. El año en que lo eligieron tribuno de la plebe, prometió la entrega gratuita de grano, y así lo hizo, anexionando Chipre para financiar el proyecto. Clodio siempre estuvo dispuesto a mejorar las condiciones de los soldados de infantería y de los granjeros así como las de los pobres de la ciudad, y a cambio éstos siempre estaban allí para votar cuando los necesitaba, en ocasiones con papeletas, más a menudo con los puños. La chusma lo adoraba y los optimates lo aborrecían.

La novela de Steven Saylor, como ya hemos dicho, es un magnífico fresco

¹⁴¹ Así, en JMR Sat 30: “Milo and Clodius ran the two most powerful gangs in Rome at the time. But Clodius was from an ancient, noble family that, like mine, regarded the higher offices as theirs by birthright. Milo was a nobody from nowhere. He had been elected quaestor and was now a senator, which was difficult enough to picture. But tribune?”

¹⁴² En JMR Con 63-4 encontramos la mejor explicación de esta clase de criminales políticos: “Milo era el mejor representante de una clase de hombre que había emergido en Roma en el último siglo: el criminal político. Estos individuos, además de dedicarse a sus actividades delictivas habituales, realizaban trabajos sucios para los políticos; disolvían reuniones de los rivales, se aseguraban de que los habitantes de sus distritos votaran a la persona adecuada, suministraban guardaespaldas y alborotadores... A cambio, sus patronos, situados en las altas esferas, les proporcionaban protección en los tribunales. Clodio era otro de esos hombres. Yo detestaba a éste, mientras que consideraba a Milo un buen amigo. Clodio y Milo, obvia decirlo, eran enemigos mortales.”

de la época en que se describe no sólo la rivalidad entre ambos hombres, sino todas las intrigas políticas en que estaban inmersos. La reconstrucción de los acontecimientos del encuentro entre el cortejo de Clodio y Milón, el enfrentamiento subsiguiente y la muerte de Clodio, así como el juicio de Milón en que éste sería hallado culpable de asesinato y mandado al destierro proceden directamente del discurso ciceroniano *Pro Milone* y del *Argumento de Quinto Asconio Pediano* al mismo, profuso en cantidad de detalles que permitieron al novelista de Texas componer una de las novelas más ricas y vibrantes de la serie *Roma sub Rosa*. No está por tanto el mayor mérito de esta novela en la investigación histórica, pues los datos muy bien ordenados ya vienen de antiguo, sino en la originalísima fantasía que Saylor desarrolla acerca del asesinato de Clodio y para cuya comprensión cabal remitimos a la Sinopsis correspondiente del Apéndice. Como sabemos perfectamente, Milón perdió el juicio cuya defensa había preparado Cicerón al basarse en la argumentación fundamental de que Milón no partió en busca de su contrincante, sino que fue Clodio quien preparó premeditadamente la encerrona y a Milón no le quedó más remedio que defenderse. A pesar de ello, Cicerón mismo se mostró enormemente amedrentado durante el juicio por los hombres que Pompeyo había apostado en el Foro con vistas a prever cualquier disturbio, como él mismo reconoce en el inicio¹⁴³ de su discurso y constatan todas las fuentes antiguas, como Plutarco. Ciertamente, el testimonio de Plutarco en *Cic. XXXV* es francamente desmitificador y carece de la auto-complacencia del discurso ciceroniano:

ὁ Μίλων τὸν Κικέρωνα, δείσας μὴ πρὸς τὴν ὄψιν ἀηθεία διαταραχθεὶς χεῖρον ἀγωνίσῃται, συνέπεισεν ἐν φορείῳ κομισθέντα πρὸς τὴν ἀγορὰν ἡσυχάζειν, ἄχρι οὗ συνίασιν οἱ κριταὶ καὶ πληροῦται τὸ δικαστήριον. ὁ δ' οὐ μόνον ἦν ὡς ἔοικεν ἐν ὅπλοις ἀθαρσῆς, ἀλλὰ καὶ τῷ λέγειν μετὰ φόβου προσήει, καὶ μόλις ἂν ἐπαύσατο παλλόμενος καὶ τρέμων ἐπὶ πολλῶν ἀγώνων ἀκμὴν τοῦ λόγου καὶ κατάστασιν λαβόντος. Λικινίῳ δὲ Μουρήνῃ φεύγοντι δίκην ὑπὸ Κάτωνος βοηθῶν, καὶ φιλοτιμούμενος Ὀρτήσιον ὑπερβαλεῖνευήμερήσαντα, μέρος οὐδὲν ἀνεπαύσατο τῆς νυκτός, ὥσθ' ὑπὸ τοῦ σφόδρα φροντίσαι καὶ διαγρυπνήσαι κακῶθεις ἐνδεέστερος αὐτοῦ φανῆναι. τότε δ' οὖν ἐπὶ τὴν τοῦ Μίλωνος δίκην ἐκ τοῦ φορείου προελθὼν, καὶ θεασάμενος τὸν Πομπήιον ἄνωκαθεζόμενον ὥσπερ ἐν στρατοπέδῳ καὶ κύκλῳ τὰ ὄπλαπεριλάμποντα τὴν ἀγορὰν, συνεχύθη καὶ μόλις ἐνήρξατο τοῦ λόγου, κραδαινόμενος τὸ σῶμα καὶ τὴν φωνὴν ἐπε χόμενος.

Su defensa no fue, ni mucho menos, tan brillante como el discurso que a no-

¹⁴³ Cf. *Pro Milone* 1-2: *Tamen haec novi iudicii nova forma terret oculos, qui quocumque inciderunt, veterem consuetudinem fori et pristinum morem iudiciorum requirunt; non enim corona consessus vester cinctus est ut solebat, non usitata frequentia stipati sumus, non illa praesidia quae pro templis omnibus cernitis, (2) etsi contra vim collocata sunt, non afferunt tamen oratori terroris aliquid, ut in foro et in iudicio quamquam praesidiis salutaribus et necessariis saepti sumus, tamen ne non timere quidem sine aliquo timore possimus.*

sotros ha llegado como una de las obras maestras de la oratoria¹⁴⁴, obra maestra sobre la cual a Milón no le quedó más remedio que ironizar durante el resto de su vida. Según famosa anécdota, afirmaba tras leer el discurso publicado que, si Cicerón le hubiese defendido de esa forma no hubiera podido disfrutar de tan buenos salmone-tes en Marsella¹⁴⁵, donde se vio obligado a partir al destierro y donde malvivirá una lamentable decadencia. Lo volveremos a encontrar en las páginas de la novela de Saylor *Last Seen in Massilia* como un hombre envejecido y deteriorado, y así nos lo describe Gordiano en SS Last 85:

His appearance had changed considerably since then. His hair and beard were grayer than I remembered and badly needed trimming. His eyes were bloodshot and his face bloated. He was even more scantily clad than the slave girl —his haphazardly arranged loincloth looked as if it might come undone at any moment— but not nearly as pretty to look at. His burly wrestler’s physique had lost its shape, like a clay sculpture gone soft from the heat. He needed a bath.

El retrato grotesco que Saylor hace de Milón en esta novela le conduce incluso a presentarle borracho y vomitando sobre sí mismo en medio de una conversación en SS Last 87. Sin embargo, Gordiano no será excesivamente cruel con el personaje, y dentro de la característica claroscuridad que Saylor imprime a sus personajes, el exquiriente no puede hacer menos que acabar reconociendo que Milón es “victim of a legal system as ruthless as himself” (SS Last 89). Milón no tiene más remedio que aguardar a que Pompeyo se acuerde de él y le haga volver de su exilio, pero mientras tanto masculla su amargura y despotrica contra el Grande, Fausta y Cicerón, como leemos en SS Last 91-2 mientras resume el orden de acontecimientos adversos que le destruyeron tras el juicio:

“Everything went wrong for me in Rome. My trial was a farce. Clodius’ mob burned down the Senate house! They didn’t even let Cicero finish his speech for me. They drowned him out, screaming for my head. The verdict was a foregone conclusion. Only one man could have saved me —but my dear friend, Gnaeus Pompey, the Great One himself, *turned his back on me!* After all I’d done for him...”

He picked up a discarded loincloth from the floor and mopped his forehead. “Even Fausta refused to come with me into exile. The bitch! Married me because she thought I was a rising star, then jumped off quicker than a flea from a drowning dog when things went sour. So here I landed in Massilia, a man without a country, without a family, without friends. Abandoned. Forgotten. ‘Don’t fret, Titus,’ Cicero told me. ‘Massilia is a civilized place full of culture and learning... admirable government... delightful, climate... delicious

¹⁴⁴ Quinto Asconio Pediano, *In Milonianam* 31: *Cicero cum inciperet dicere, exceptus <est> acclamatione Clodianorum, qui se continere ne metu quidem circumstantium militum potuerunt. Itaque non ea qua solitus erat constantia dixit. Manet autem illa quoque excepta eius oratio: scripsit vero hanc quam legimus ita perfecte, ut iure prima haberi possit.*

¹⁴⁵ Dion Casio XL, liv, 1.

food.' Easy for Cicero to say; he's never even set foot in this Hades-on-earth! He can admire Massilia from a distance, relaxing in his house on the Palatine or at one of his summer places in the countryside".

Es difícil saber cómo recreará Maddox este ostracismo de Milón cuando llegue al periodo temporal correspondiente, pero teniendo en cuenta las tendencias muy ciceronianas de este novelista, es normal que su interpretación sea mucho más indulgente. Milón regresaría a Italia en el año 48, donde entraría en contacto con el pretor M. Celio Rufo, uno de los principales opositores a César. Con bandas de gladiadores y esclavos, Celio y Milón trataron de provocar movimientos anticesarianos en Italia, pero fueron vencidos y muertos ese mismo años. En cuanto a Clodio, también Saylor lo recordará en SS Rub 135, donde nos describirá su tumba junto a la Vía Apia en un pasaje que nos sirve como anillo al dedo para volcar ahora nuestra atención en Clodia:

His shrine was simple, as befitted a patrician with pretensions to the common touch. Atop a plain pedestal sat a ten-foot-tall marble stele carved with sheaves of wheat, a reminder of the grain dole that Clodius established. The sun cleared the hills. By the growing light I was able to see that the pedestal was littered all about with humble votive offerings —burnt tapers and plugs of incense, bouquets of sweet herbs and early spring flowers. But there was also a pile of something that looked and smelled like human excrement, and a graffito smeared in the safe stuff on the base of the pedestal: CLODIUS FUCKED HIS SISTER.

1.6.2. Catulo contra Clodia.

1.6.2.1. *Clodia: entre la femme fatal y la mujer contemporánea.*

Cayo Valerio Catulo y Clodia son dos de los secundarios de lujo que se mueven por las páginas de estas novelas. En el caso de Maddox, Catulo será una figura bastante deslucida de quien apenas se mencionarán algunos datos y su amor por Clodia, quien adopta un papel importante en el desarrollo de las obras de este novelista. Clodia será no sólo la defensora política de su hermano Clodio¹⁴⁶, si-

¹⁴⁶ Es gracias al testimonio de Apuleyo que sabemos que tras el nombre poético de Lesbia se esconde Clodia, como revela este autor en su *Apologia (Pro se de magia liber)*, X: *Eadem igitur opera accusent C. Catullum, quod Lesbiam pro Clodia nominarit, et Tigidam similiter, quod quae Metella erat Perillam scripserit, et Propertium, qui Cunthiam dicat, Hostiam dissimulet, et Tibullum, quod ei sit Plania in animo, Delia in versu.* Además, el mismo Catulo juega con esta ambigüedad en su célebre poema LXXIX: *Lesbius est pulcher*, que significa tanto que Lesbio es bello como que Lesbio (hermano de Lesbia) es (Publio Clodio) Pulcher. Sin embargo, otro cantar ha sido determinar cuál de las tres hermanas de Clodio era la Lesbia catuliana. Las tres tenían costumbres muy avanzadas para su tiempo, pero parece probado que la de mayor personalidad fue Clodia II, casada con Metelo Celer, y

no también la gran mujer fatal de toda la serie *SPQR*, una creación en la que Maddox vuelve a mostrarse partidario de la visión ciceroniana que de manera bastante parcial propugnaba una imagen de los Clodios próxima a la maldad absoluta. Saylor, por el contrario, nos dibuja una Clodia compleja y rica en matices, una mujer con un pasado tormentoso que en buena medida ayuda a explicar su presente. Una mujer dura, efectivamente, pero también sensible y llena de dudas; ambiciosa, pero lejos de la megalomanía con que la dibuja Maddox. La novela *Los brazos de Venus* es la gran obra cuyo telón de fondo serán los amores y desamores de Clodia y Catulo, y en la que algunos lugares y personajes mencionados en el corpus catuliano cobrarán vida y se nos presentarán como tangibles y reales.

No tenemos demasiados datos sobre Clodia, por lo que los autores han procedido a crear un personaje de carne y hueso a partir de los pocos elementos disponibles, como son las invectivas ciceronianas —principalmente en *Pro Caelio*— y la obra de Catulo. Tras el asesinato de su hermano, Clodia desaparece sin dejar más rastro de la historia romana. Casada con Metelo Celer, a quien Cicerón define en sus cartas como un hombre profundamente gris¹⁴⁷, Clodia ayudó a reconstruir la hacienda familiar, como explica Gordiano en SS Ven 125:

—Fue la primera hija de Apio Claudio, criada por una madrastra entre hermanastros más pequeños. Sabemos que se casó muy joven, antes de que su padre muriera y dejara a la familia en la ruina, de modo que consiguió aportar una buena dote cuando se casó con su primo Quinto Metelo Céler, lo que explica la independencia de Clodia cuando tuvo que enfrentarse a su marido por trifulcas familiares y diferencias políticas. En cualquier disputa, incluso con Céler, Clodia parecía inclinarse siempre por sus hermanos.

—¿Los Clodios contra el mundo? —comentó Eco.

—Suenan admirablemente romano si lo expresas así.

El aburrimiento a lo largo de veinte años de su matrimonio y la muy probable indolencia de su marido la condujo a sostener numerosos amantes¹⁴⁸, y presumiblemente, a convertirse en brazo político de su hermano¹⁴⁹, cuyo cambio del orden

que ésta es aquella a quien debemos considerar musa del poeta veronés. Fue también esta Clodia la única de las tres que apoyó ciegamente el proyecto político de su hermano y, como él, mutó el dip-tongo familiar en su pronunciación popular. A este respecto, cf. L. Schwabe, *Quaestiones catullianae*. Giessen, 1862.

¹⁴⁷ Cic. *Ad Att.* I, 18: *Non homo, sed litus atque aer et solitudo mera*. Sin embargo, en público no dejaría de exaltar la figura de Celer, como vemos en *Pro Caelio* 34: *Non denique modo te Q. Metelli matrimonium tenuisse sciebas, clarissimi ac fortissimi viri patriaeque amantissimi, qui simul ac pedem limine extulerat, omnis prope civis virtute, gloria, dignitate superabat?*

¹⁴⁸ Así lo expresa Maddox por boca de Decio en JMR Sat 66-7: “She’s malevolent and she despised her husband; but she had to be marry to somebody, and Celer wasn’t as objectionable as most she would have been attached to. He had a fine house, and he left her free to do pretty much as she pleased”.

¹⁴⁹ Maddox va mucho más allá en su visión de Clodia. Ella no sólo apoyaba incondicionalmente a su

patricio al plebeyo no fue apoyado por el propio marido de Clodia. Cuando Celer falleció, sobre ella recayó la sospecha de haberle asesinado en venganza¹⁵⁰. La proverbial belleza de Clodia será su arma más efectiva, y a ella se acogen con gusto los autores, que no dejan de aprovechar todo el enorme caudal que proporciona el propio Catulo. Steven Saylor la recreará muchas veces henchida de sensualidad, inteligencia y calor, e incluso, por qué no, de una ternura que Maddox no parece permitirle. Así lo vemos en SS Ap 135:

Las cortinas se descorrieron desde el interior. La esclava que las abrió se hizo a un lado y movió la cabeza hacia el sitio que me tenían reservado, próximo a su ama, pero todo lo que vi fueron los ojos de Clodia. Sus célebres ojos: Catulo, en uno de sus poemas de amor, había dicho que relucían como esmeraldas; Cicerón, en el discurso que había estado a punto de destruirla, había dicho que los ojos de Clodia destellaban como chispas de una cuchilla afilada. Sus ojos podían seducir, o escandalizar; sus ojos podían también llorar. En aquel momento brillaban por las lágrimas. Me preguntaba si había dejado de llorar desde que murió su hermano.

Gordiano el Sabueso posiblemente se refiere a un poema catuliano que no ha sido transmitido por la tradición, o que el poeta no llegó a escribir. Todo ello dentro de la imaginación de Saylor, claro está. Efectivamente, no hay en toda la obra de Catulo una metáfora o símil donde el poeta exprese que los ojos de Lesbia son como esmeraldas, figura literaria que como tal es muy común. Sí encontramos en *Carm.* III un par de alusiones a los ojos de Lesbia, mas tampoco permiten conjeturar que sus ojos fuesen tan célebres como lo expresa Gordiano¹⁵¹. En cuanto a la cita de Cicerón, ésta procede de su discurso *Pro Caelio*, pero no de manera directa, sino como una recreación personal, pues Cicerón no escribe que los ojos de Clodia despidan chispas de cuchilla afilada, aunque cuando la describe por alusividad como una prostituta en *Pro Caelio* 49, sí se refiere al ardor o incendio de sus ojos (*flagrantia oculorum*). Todo el pasaje es absolutamente revelador acerca de Clodia, y si eliminamos la saña con que Cicerón describe a esta “prostituta” encontraremos las razones por las cuales esta mujer enormemente bella asqueaba a los hombres más puritanos de su

hermano, sino que era el cerebro de todas sus acciones, por lo que quien desease acabar con Clodio en realidad debía acabar con Clodia, como explica Julia en JMR Sat 237: “By poisoning Celer, somebody hoped not only to eliminate him as an enemy, but to bring Clodius into disgrace as well, possibly to eliminate him entirely by getting the sister upon whom he depends sentenced to death by the state as a *venefica*. Even if Clodius is capable of handling his own career, the disgrace would be devastating”.

¹⁵⁰ Este es, efectivamente, el planteamiento con que se abre la novela *Saturnalia*. La *gens* Metela encarga a Decio que pruebe la culpabilidad de Clodia. En JMR Sat 66 y ss. los Metelos explican a Decio que Celer se opuso radicalmente al cambio de orden patricio a plebeyo.

¹⁵¹ Así, en Cat. *Carm.* III, célebre poema donde el poeta describe la muerte del gorrión de su amada encontramos dos alusiones a sus ojos, una en el v. 5: *Quem plus illa oculis suis amabat*; en los vv. 17-8: *Tua nunc opera meae puellae / flendo turgiduli rubent ocelli*.

tiempo:

Si quae non nupta mulier domum suam patefecerit omnium cupiditati palam que sese in meretricia vita conlocarit, virorum alienissimorum conviviis uti instituerit, si hoc in urbe, si in hortis, si in Baiiarum illa celebritate faciat, si denique ita sese gerat non incessu solum, sed ornatu atque comitatu, non flagrantia oculorum, non libertate sermonum, sed etiam complexu, osculatione, actis, navigatione, conviviis, ut non solum meretrix, sed etiam proterva meretrix procaxque videatur: cum hac si qui adulescens forte fuerit, utrum hic tibi, L. Herenni, adulter an amator, expugnare pudicitiam an explere libidinem voluisse videatur?

Encontramos en la arremetida ciceroniana no sólo el retrato hiriente y antipático de quien podríamos considerar cercana a la mujer sensual, independiente y moderna, sino también un profundo resentimiento personal de Cicerón con respecto a Clodia que constituye uno de los grandes rumores de aquel tiempo. ¿Odiaba Cicerón a Clodia por ser hermana y partidaria de uno de sus más terrible enemigos? En SS Ven 310 Gordiano nos hace partícipes de aquel rumor que el Sabueso conoce por boca de Catulo: “¿Qué había del vago rumor que Catulo me había contado sobre el malogrado idilio entre Clodia y Cicerón cuando éste y el hermano de aquélla eran aliados? Quizá odiara a Clodia por razones que nada tenían que ver con la política ni con Clodio”. La murmuración es *vox totae antiquitatis*¹⁵², pues es Plutarco quien la recoge y explica en *Cic. XXIX, 2-3*: tras el sacrilegio cometido por Clodio al entrar en casa del Pontifex Maximus, éste argumentó que aquella noche se hallaba fuera de la ciudad, pero en el juicio subsiguiente Cicerón reveló que Clodio mentía, pues ese mismo día había visitado al orador con objeto de discutir ciertos negocios, lo cual era cierto. Y continúa diciendo Plutarco:

οὐ μὴν ἐδόκει μαρτυρεῖν ὁ Κικέρων διὰ τὴν ἀλήθειαν, ἀλλὰ πρὸς τὴν αὐτοῦ γυναῖκα Τερεντίαν ἀπολογούμενος. ἦν γὰρ αὐτῇ πρὸς τὸν Κλώδιον ἀπέχθεια διὰ τὴν ἀδελφὴν τὴν ἐκείνου Κλωδίαν, ὡς τῷ Κικέρωνι βουλομένην γαμηθῆναι καὶ τοῦτο διὰ Τύλλου τινὸς Ταραντίνου πράττουσαν, ὃς ἐταῖρος μὲν ἦν καὶ συνήθης ἐν τοῖς μάλιστα Κικέρωνος, αἰεὶ δὲ πρὸς τὴν Κλωδίαν φοιτῶν καὶ θεραπεύων ἐγγυὲς οἰκοῦσαν, ὑποψίαν τῇ Τερεντία παρέσχε. χαλεπὴ δὲ τὸν τρόπον οὔσα καὶ τοῦ Κικέρωνος ἄρχουσα, παρώξυνε τῷ Κλωδίῳ συνεπιθέσθαι καὶ κατα μαρτυρῆσαι.

Maddox en sus novelas se recreará un poco más en la belleza “diabólica” de Clodia, belleza que habrá de sufrir un enamorado Decio durante las dos primeras novelas de la serie antes de que Maddox le encuentre una pareja más estable y modosa en la sobrina de Julio César. De hecho, Decio y Clodia vivirán la escena erótica más tórrida —y también la única de carácter erótico— de toda la serie *SPQR* en la primera novela de la saga. Así, en JMR Mist 62: “Tenía el rostro de una dama

¹⁵² Este rumor también es recogido, aunque de forma más tímida, por Maddox en JMR Sat 162.

romana de alta alcurnia, y sus ojos, ligeramente almendrados, revelaban su origen etrusco. Sólo llevaba maquillaje en los ojos. De hecho, no lo necesitaba. Era, creo, la mujer más hermosa que jamás había visto”. Más adelante, en JMR Mist 256-7, Decio hará una descripción más elaborada desde el punto de vista cosmético:

Me recibió en una sala de estar con una expresión fría y serena. Sentada de espaldas a una ventana adornada con calados, la luz la envolvía como una aureola. Las joyas que lucía, un juego de oro con lapislázuli y zafiros, armonizaban con sus ojos y el azul brillante de su vestido, de un tejido tan diáfano que le marcaba todas las curvas. Parecía una dama patricia de la cabeza a los pies, en lugar de la mujer frenética y de cabellos alborotados de nuestro último encuentro.

De la misma forma, belleza y maldad irán unidas en la visión que este novelista tiene de la que fuera musa de Catulo, como vemos en JMR Sac 20, donde no cabe duda de que se trata de toda una mujer fatal en una serie no exenta de ellas:

Clodia was still one of Rome’s great beauties, and at this time one of the most notorious. She was also famed for her charm and wit, for her learning and patronage of artists and poets. Most of all, she was feared. She was suspected of complicity in a number of murders, and I happened to know that she was guilty of some of them. However, she was Celer’s wife, and certain basic courtesies were demanded.

Tras el fallecimiento de Celer, liberada de la carga marital y sin hijos, la Clodia de Maddox se dedica a vivir cómodamente en compañía de sus esclavos siempre bellísimos y a colaborar en las intrigas políticas de su hermano. Derrochando belleza y sensualidad a sus treinta y tres años —siete menos que en su primera aparición en la saga *Roma sub Rosa*—¹⁵³, Maddox nos la dibujará con todo el glamour de una mujer independiente antes de presentárnosla en la escena ya comentada del aquelarre como a una ménade frenética y enloquecida en la novela *Saturnalia* 73-4:

Clodia came for me, her gown floating around her body like colored air. She was still one of the most beautiful women in Rome and about thirty-three years old that year, her body unmarked by childbearing, hence the neartransparent Coan gowns she favored. The sheer stuff was woven on the island of Cos and the censors always tried to ban it from the City, or at least keep to respectable woman from wearing it. Clodia’s respect for public morals laws was minimal. Her face was youthful, marred only by a certain hardness about the mouth and eyes. She used cosmetics sparingly, unlike so many women.

¿Cómo era realmente Clodia? ¿Verdaderamente eran etruscos sus antepasados familiares? No tenemos mayores descripciones en Catulo, aunque sí hallamos un par de poemas donde se describe la gran belleza de Lesbia por oposición a la vulga-

¹⁵³ Cf. SS Ven 103.

Principales protagonistas de la historia

ridad de otras dos mujeres. Así, vemos en el *carmen* XLIII que para Catulo la belleza de Lesbia consiste en tener una nariz mediana, pies bonitos, ojos negros, dedos largos, boca seca “sin babas” y elegante elocuencia, todo lo contrario de Ameana, la amante de Mamurra:

Salve nec minimo puella naso
nec bello pede nec nigris ocellis
nec longis digitis nec ore sicco
nec sane nimis elegante lingua
decoctoris amica Formiani.
Te provincia narrat esse bellam?
Tecum Lesbia nostra comparatur?
O saeculum insapiens et infacetum!

Sin embargo, para el poeta la belleza no es sólo una cuestión de cuerpo, no se trata sólo de ser blanca o alta, sino que la mujer hermosa debe además contar con *venustas*, el atractivo de Venus, una clase de gracia natural que puede armonizar el conjunto hasta conseguir que una mujer sea verdaderamente bella. La belleza de Lesbia, debemos entender entonces, no era sólo física, sino también espiritual, puesto que ella era también una mujer exquisita y cultivada. Esto parece decirnos el poeta en su *carmen* 86, donde refuta la aparente y aclamada belleza de una tal Quincia:

Quintia formosa est multis mihi candida longa
recta est. Haec ego sic singula confiteor
totum illud formosa nego nam nulla venustas
nulla in tam magno est corpore mica salis.
Lesbia formosa est quae cum pulcerrima tota est
tum omnibus una omnis subripuit veneres.

Si bien Maddox y Saylor coinciden en poner de relieve la gran belleza de Clodia, en poco más se parecen la recreación de este personaje apasionante del periodo, aunque sí en su cultura relevante, que empezaba a ser costumbre entre las romanas nobles de su tiempo. En efecto, Maddox y Saylor coinciden al representarla como una mujer cultivada. Incluso tratándose de Maddox, no se podía esperar menos de la musa de Catulo. Así, en JMR Mist 69 encontramos el siguiente diálogo:

—El príncipe Tigranes y yo hemos descubierto que compartimos la afición por los poetas líricos griegos.

—¿Puedes creer que se recita toda la obra de Safo de memoria? —exclamó Tigranes.

—Tiene fama de ser una dama de gran cultura —aseguré.

Era comprensible que ella lo fascinara. Hacía muy poco que se había puesto de moda que las mujeres romanas de alta alcurnia recibieran educación, algo insólito en Oriente, donde, si las mujeres eran inteligentes, procuraban disimularlo.

Como en el caso de su hermano Clodio, la recreación de Clodia seguirá a pies juntillas la visión que de ella nos ha legado Cicerón en el caso de Maddox; en el caso de Saylor, este autor continuará desconfiando de las fuentes oficiales e intentará desarrollar a una Clodia llena de aristas, pero también de humanidad. La Clodia de Maddox es un cúmulo de vicios y mezquindades y los personajes siempre se referirán a ella como una asesina y una mujer tremendamente peligrosa. Así, en JMR Sac 91 Craso dirá de ella que “that woman never brought any man anything but trouble”, y el mismo Varrón exclamará en JMR Sat 189: “That woman could destroy the Republic all by herself”, a lo que responderá Julio César sonriendo con indulgencia: “I don’t think the Republic is all that fragile. She is an embarrassment, no more”. Cuando tras la muerte de su esposo Celer se hace sospechosa de asesinato por envenenamiento, ella lo negará en JMR Sat 93-4 insistiendo en la idea de que, en la puritana Roma, cuando un hombre prominente no fallece de manera violenta, por mayoría de edad o por enfermedad reconocible, enseguida se piensa que ha sido envenenado por su esposa, máxime cuando ésta es, como ella, una mujer de costumbres escandalosas para su tiempo¹⁵⁴. Y es que, como muy bien argumenta Clodia en su apología, el veneno es un arma eminentemente femenina:

Everyone thinks they would have murdered him in an open and respectable manner, with swords or daggers or clubs. Poison is supposed to be the weapon of women or contemptible foreigners. (...) And I am a scandalous woman! I speak my mind in public, no matter who is listening. I keep company with poets and charioteers and actors. In indulge in religious practices no countenanced by the state. I pick my slaves personally, right in the public market, and I wear gowns forbidden by the censors. Of course, I must have poisoned my husband!”.

Maddox pone en sus labios una autodefensa más que plausible, pero llega tarde. El lector habitual de la serie ya se ha acostumbrado a ver a Clodia como la *femme fatal* de la misma en la mejor tradición del cine negro americano, y sabe bien desde la primera novela que Clodia no es sólo una mujer de costumbres muy avanzadas para su época —lo que por otra parte no es criticable y encaja con la semblanza de la verdadera Clodia—, sino también todo un cerebro criminal perfectamente organizado. Cuando Decio confronta a Clodia en el capítulo XI de *El misterio del amuleto*, la deja en evidencia como la autora intelectual de los asesinatos del griego Paramedes, el gladiador Sinistro y el rico Sergio Paulo, y ella explica estos crímenes y las razones que tuvo para cometerlos. En este diálogo entre los dos personajes, que encontramos en JMR Mist 257-67, el autor nos la presenta como una profunda me-

¹⁵⁴ La misma argumentación encontramos en SS Ven 126 por parte de Gordiano en relación a los rumores que hacían de Clodia la envenenadora de Céler: “Siempre que algún notable de Roma muere de cualquier cosa menos por accidente, surge alguien diciendo que fue envenenado”.

galómana que considera la política romana como un gigantesco tablero (¿de ajedrez?) donde los seres humanos no son más que piezas. Al final del juego sólo quedará un hombre, un solo hombre que gobernará sobre todos los hombres, y ella gobernará a ese hombre único, pues sabemos que piensa claramente en su hermano Clodio. Veamos cómo lo explica en JMR Mist 257-9:

El juego más grande del mundo, con un tablero compuesto de reinos, repúblicas y mares. Los hombres son sólo fichas. Son colocados y retirados según la habilidad y el capricho de los jugadores. (...) Nada en el mundo se asemeja a este juego. El premio es el poder y la riqueza más allá de los sueños. Los faraones jamás gozaron de tanta riqueza, y Alejandro nunca ejerció tanto poder. (...) Hombres y mujeres desempeñan papeles diferentes en este juego. Por supuesto, no me verás conducir a una legión enfundada en una reluciente armadura. Pero ten la seguridad de que cuando la partida concluya, estaré sentada en un trono junto al ganador.

La Clodia de Maddox, altanera y despectiva, rasgos que vemos en todo este largo diálogo, es atea (aunque practique ritos preitálicos en la novela *Saturnalia*): “No creo en los dioses. Y si existen, no se interesan por las actividades de los hombres” (JMR Mist 258), y en definitiva, no es más que un fruto más de una dinastía poderosa pero corruptora y enferma, como expresa lapidariamente Decio en una breve reflexión sobre ellos y su tiempo: “Me pregunté si estaba loca. No era fácil saberlo. Los Claudios estaban locos casi por definición, y no eran los únicos. Como ya he señalado, la mitad de mi generación parecía propensa a la demencia, y tampoco yo era inmune a la enfermedad” (JMR Mist 259). En definitiva, Clodia es la maquiavélica mente criminal de la novela, culpable de homicidio, incendio provocado y conspiración contra el Estado. Y por supuesto, quedará por encima de la legalidad al hacer recaer sus culpas sobre otros, que pronto estarán convenientemente muertos.

El hedonismo de Clodia es otro referente importante en la Clodia de Maddox, pero éste no debió de andar muy lejos de aquél de la verdadera Clodia a quien amó Catulo. A pesar de esta realidad objetiva, el hedonismo de este personaje recreado por Maddox es naturalmente exagerado. Su sexualidad es desbordante, y sus costumbres piedra de escándalo, sobre todo por ser una mujer casada que tiene una intensa vida erótica fuera de casa, en palabras de Sempronio: “La querida Clodia no ha permitido que su matrimonio interfiera en sus actividades sociales —afirmó. Sigue tan alocada como siempre, pero desde que contrajo matrimonio se ha mostrado extremadamente discreta en lo referente a los hombres. Creo que es fiel, dentro de sus límites” (JMR Con 80). Tampoco faltarán en Maddox las alusiones al rumor de una Clodia incestuosa: “A veritable Medea. Suspected of incest with her brother, too, I hear. And a great beauty to cap it all. A fit subject for poets and tragedians” (JMR Sat 39). Ya en la primera novela de la serie, Maddox nos regalará una escena erótica en la que Decio, Clodia y Chrysis, su compañera y brazo ejecutor en los ase-

sinatos de esta obra¹⁵⁵, forman un tórrido trío en JMR Mist 137-48 y que tiene lugar en un apartamento alquilado por Clodia en una *insula* donde puede mantener con discreción sus escauceos sexuales. Mujer ambiciosa y con enorme sed de poder, también hará del lujo una forma de placer sensual y de estilo de vida, lo que extenderá también a la belleza de su persona, de todo su entorno y también de sus esclavos, como nos cuenta Decio en JMR Sat 71-2 entre otros pasajes¹⁵⁶:

Hermes accompanied me in a mixed state of alarm and anticipation. Clodia frightened him as she frightened everybody. But she also belonged to that new generation of Romans who affected to love things of beauty for their own sake, rather than for their value as loot. To this end she surrounded herself with beautiful things, including slaves. Clodia was a familiar sight in the slave markets, always shopping for new beauties as she discarded those past their peak of comeliness.

This was another of her many scandalous traits. Most well-bred people, including my own family, pretended that they never bought slaves but used only those born within the household. When they wanted slaves from the market, they discreetly sent stewards to do the buying. Not Clodia. She liked to look over the livestock herself, examining teeth with her own eyes, punching for wind and squeezing for muscle tone with her own hands.

No se trata de que la Clodia de Steven Saylor sea todo lo contrario de este personaje maquiavélico y retorcido que nos presenta Maddox, pues en cierto grado es todo esto, pero también es mucho más. Como expresa el mismo Gordiano en SS Ven 101, ella ostenta las mismas cualidades en la obra de Saylor que su perfume: “Escurrizado, sutil e intrigante. En cuanto lo oí, supe que no lo olvidaría jamás”. En la Clodia de Saylor palpita un complejo y también angustiado ser humano que carga a costas con episodios de un pasado muy tortuoso que Saylor le inventa para que Clodia se gane nuestras simpatías y podamos sentir —nosotros y sobre todo las mujeres de nuestro tiempo— una empatía con ella. Cuando Gordiano conoce a Clodia en el capítulo 10 de la novela *La suerte de Venus* ésta ya no es tan joven como en las primeras novelas de Maddox, pero su descripción en SS Ven 103 contribuye a perpetuar la leyenda de la belleza de Clodia, quien se encuentra en su mansión junto al

¹⁵⁵Chrysis no es sólo la mujer de confianza de Clodia en esta obra y la ejecutora criminal de sus mandatos, sino también la compañera de sus apetitos lésbicos, como vemos en la escena de la orgía. La misma Chrysis reconoce en JMR Mist 118 que ella no es esclava de Clodia, sino su compañera. La reflexión de Decio viene a continuación: “Utilizó el término griego, probablemente para evitar el equivalente en latín que también significa *prostituta* cuando se aplica a una mujer”. Este personaje de Chrysis, curiosamente, también aparece en *La suerte de Venus* como mujer de confianza de Clodia, y en ambas novelas Clodia acaba con su vida, aunque en distintas circunstancias. A pesar de esta curiosa coincidencia, no hemos encontrado ninguna mención de la tal Chrysis en el *corpus* catuliano ni en otras fuentes latinas. ¿Simple casualidad entre ambos autores?

¹⁵⁶ Acerca del lujo en casa de Clodia y de la escultural presencia de sus esclavos, cf. también JMR Sac 118 y JMR Sat 72-3 (descripción del escultural *janitor* de su casa), 74-5 y 88-9 (sobre la belleza de sus esclavos escitas y lo que pagó por ellos).

Tíber contemplando a sus jóvenes esclavos mientras se bañan desnudos:

Me encontraba ante una mujer ya no tan joven; considerando que era unos cinco años mayor que su hermano Publio Clodio, calculé que tendría unos cuarenta. Si los tenía, los llevaba muy bien. Su cutis era ciertamente más fino que el de la mayoría de las cuarentonas. Su cabello era negro y brillante, arreglado con alguna magia oculta de horquillas y peinetas en un intrincado laberinto de rizos. El modo en que lo llevaba peinado hacia atrás, dejando la frente despejada, resaltaba el sorprendente contorno de los pómulos y la orgullosa línea de su nariz, que era casi demasiado grande, aunque aceptable. Sus labios eran de un rojo que no podía ser natural. Los ojos parecían echar chispas azules y amarillas, pero en mayor medida de color verde esmeralda. Los ojos de Clodia eran famosos.

La conversación que mantienen Gordiano y Clodia gira en torno al deseo de Clodia de que Gordiano pruebe que Marco Celio asesinó a Dión. El retrato que Saylor nos ofrece de Clodia es el de una mujer enormemente independiente, de una mujer capaz de tomar decisiones muy duras, pero enormemente humana y exquisita en sus gustos: vestida con una túnica de Cos que ninguna otra mujer se atrevería a llevar y saboreando el único vino que bebe, que no podría dejar de ser un Falerno (SS Ven 104), coqueteando con Gordiano (“Cuando tengo asuntos que tratar con un hombre atractivo, me gusta bromear un poco primero”, SS Ven 105), lanzando miradas turbadoras y declarando su conocido amor por la poesía (SS Ven 106). Su liberalidad e independencia, la desenvoltura de la Clodia de Saylor turbará incluso al mismo viejo y experimentado Gordiano, quien sin embargo aprenderá a comprenderla y a quererla en las dos novelas en que interviene, y así hasta concluir en SS Ven 110-11: “Dudé un buen rato en hablar, desconcertado. (...) Nunca había oído hablar a una mujer de sus relaciones sexuales con tanta franqueza y tanta amargura en la voz”. Y es que Clodia, como sucede con tantas mujeres cuando se abren camino en un mundo machista y dominado exclusivamente por hombres, tiene que hacerse a los modos masculinos y convertirse en remedo de los mismos, lo que no la exime de cierta gracia al comentar su relación pasional con Marco Celio (“Digamos que cuando me picaba, Celio sabía cómo rascarme”, SS Ven 109) o los efectos que el agua del Tíber produce en los adolescentes: “El río debe de estar helado, por mucho que el sol caliente. Mira cómo se les encoge la flauta” (SS Ven 103).

El mayor rasgo de originalidad por parte de Saylor es inventar a Clodia un pasado tortuoso con el que quizá algunas lectoras puedan sentirse identificadas y que justifica la dureza de su carácter, pero también su lado más vulnerable. Saylor no tenía por qué haber recurrido a esta invención, pero ni incurre dentro de lo inverosímil ni se contradice con las noticias que de Clodia nos han llegado. Antes bien, podrían explicar muchos aspectos de su personalidad, y confirma el espíritu revisionista y la visión poco maniquea que el novelista tiene de los personajes. La revelación se producirá en el capítulo 18 de *La suerte de Venus*, cuando Gordiano regresa a casa y

descubre que Clodia ha venido a visitarle, y teme un escándalo entre ella y Bethesda (ella está enfadada porque Gordiano ha pasado la noche ausente, al quedarse dormido en casa de Clodia). Sorprendentemente, las descubre en el atrio conversando con afabilidad, y a continuación observa y escucha a escondidas. Clodia, acompañada de Crisis, le cuenta a Bethesda y a Diana en SS Ven 232-3 un episodio de todos los tiempos y lugares, pero no por ello menos terrible:

—Conmigo había un tío, pero no de mi misma sangre, sino un hermano de mi madrastra. Al igual que tú, lo mantuve en secreto. Tenía quince años; era algo mayor que tu Diana. Me acababan de prometer a mi primo Quinto, pero al estar mi padre fuera de Roma, la boda tuvo que esperar. A mí no me importó, pues no tenía muchas ganas de contraer matrimonio. Claro que si me hubiera casado, quizás... —tragó una bocanada de aire y prosiguió—. El tío Marco siempre me había mirado de manera extraña. Ya sabes lo que quiero decir. —Las otras asintieron comprensivamente—. Quizás fuera el compromiso lo que lo hizo decidirse, creyendo que no volvería a tener la oportunidad cuando yo viviese con Quinto. Un día nos encontramos solos en la finca de la familia. En fin —suspiró—; luego nos preguntamos por qué los dioses permiten que sucedan estas cosas.

—¿Nunca se lo contaste a tu madrastra? —dijo Bethesda.

—Entonces la odiaba. La odié aún más después de lo que hizo el tío Marco. Después de todo, era su hermano. No confiaba en ella. Creía que se pondría de su parte.

—¿Y tus hermanos? —dijo Diana.

—Debería habérselo dicho. Se lo conté a Publio muchos años después, cuando el tío Marco ya había muerto.

—Pero tus hermanas... a ellas se lo contarías —dijo Bethesda.

—Mis hermanastras estaban más unidas a su madre que a mí. No podía confiar en su discreción. No; a la única persona que se lo dije fue a una vieja esclava que pertenecía a mi padre desde mucho antes de mi nacimiento; se lo dije cuando me di cuenta de que el tío Marco me había hecho un niño. Me enseñó lo que podía hacer, pero me advirtió que si abortaba, quizá nunca podría tener hijos.

—¡Supersticiones romanas! —dijo Bethesda, chascando la lengua.

—Pues fue verdad. Había otra razón por la que nunca le conté a mi marido lo que me había hecho el tío Marco; Quinto me habría culpado por darle una hija en lugar de un hijo. También es probable que me hubiera acusado de provocar al tío Marco. Los hombres piensan así. Quinto sabía que no era el primero, pero nunca supo lo del tío Marco. Murió sin conocer la verdad.

Será entonces cuando, impelida por aquella confianza que le transmite una Clodia llena de humanidad y sencillez, Bethesda revela que su primer amo violó y mató a su madre, y se rebeló cuando quiso hacer lo mismo con ella. En represalia, su amo la llevó al mercado de esclavos, donde Gordiano la compró. Diana conoce todo esto porque es mujer, pero Gordiano, asegura Bethesda, nunca lo sabrá. Éste, que escucha a escondidas, se sorprende de aquella extraña alquimia entre mujeres que destroza las barreras de esclavitud y clase social. Al final de la novela sabremos que aquel amo cruel era nada menos que Dión de Alejandría, cuyo asesinato fue atribui-

do a Marco Celio y que en realidad ejecutó la misma hija de Gordiano, Diana, quien quiso vengar a su abuela envenenando el plato del filósofo la noche que cenaba en casa del Sabueso. Así pues, la novela entremezcla diversos acontecimientos históricos y ficticios, siendo lo mejor de todo la habilidad de Saylor para dar una solución ficticia pero muy original a los misterios de aquel periodo dinamitando, para ello, las versiones oficiales y los rumores de la época.

1.6.2.2. *Catulo, el cachorro de Verona.*

La novela *La suerte de Venus* versa sobre el asesinato de Dión de Alejandría y el juicio de Marco Celio, pero en sus entresijos hallamos también, con enorme fuerza, el fantasma de lo que una vez fue el gran amor de Catulo y Lesbia, pues Clodia no sería tan importante de no haber sido cantada y amada por Catulo¹⁵⁷. Es el momento de que Catulo entre en nuestro análisis de la hermana de Publio Clodio Pulcher, el más grande poeta de la Roma de su tiempo que, a pesar de esto, no cobra demasiado realce en las novelas de Maddox, convirtiéndose en un mero figurante episódico que bajo ninguna circunstancia cobra entidad propia dentro de la saga *SPQR*, como sí sucederá en la novela de Steven Saylor *La suerte de Venus*. En esta obra, Gordiano será perseguido por un misterioso individuo, primero a finales del capítulo 11 y más tarde en el comienzo del capítulo 15, donde Gordiano conseguirá verle la cara mientras el desconocido aguarda entre las sombras frente a su propia casa. En SS Ven 174 Gordiano reflexiona sobre el rostro que tanto le ha asustado esa noche al volver solo a casa, y la remembranza no puede ser más dramática:

Aquella noche me puse a recordar el rostro moreno y enjuto de aquel joven de barba descuidada y ojos penetrantes. Era una cara marcada por algún desastre espantoso; tenía la expresión típica de las personas que habitan una ciudad destruída, ofuscada por la desesperanza, excepto los ojos, que parecían inundados por un anhelo desesperado, demasiado profundo para soportarlo. Su recuerdo me estremeció. No era una cara que me gustaría volver a ver.

Sin embargo, Gordiano volverá a encontrarse con este rostro atormentado, que no es sino el rostro casi consumido del poeta Cayo Valerio Catulo de Verona. El Catulo angustiado, el Catulo sufriente, el corazón adolescente en carne viva es el Catulo que primero conoce Gordiano entre las sombras. No nos resistimos a reproducir aquí la fantástica reflexión que el poeta y filólogo mexicano Rubén Bonifaz Nuño realiza acerca de la juventud —que también fue juventud catuliana intensa y dolien-

¹⁵⁷ Así, Propercio en II, 34, 85-6 dirá que gracias a Catulo es Lesbia más famosa que Helena: *Haec quoque lascivi cantarunt scripta Catulli, /Lesbia quis ipsa notior est Helena.*

te— para la introducción de su traducción de los poemas del sufriente Catulo¹⁵⁸:

Toda juventud es sufrimiento. Asomado al mundo con la plenitud voraz de sus propias herramientas sensuales, el joven, como si hiciera uso de una prerrogativa indudable, pretende apoderarse de él, mediante un esfuerzo inútil de antemano, y fracasa. Y el mundo se le aparece como un muro de poderes hostiles, y hasta el milagroso placer de un instante, por su brevedad misma, se le vuelve dolor: dolor sin esperanzas. Y de nuevo, con acrecentada rabia, se tiende hacia lo que considera, acaso sin saberlo, el objeto último de la vida; y el placer, si no se le entrega, lo lleva a sufrir otra vez; y otra vez lo lleva a sufrir, si se le entrega. Y así siempre, hasta que la misericordia del tiempo lo apacigua con la resignación, con la sabiduría o con la muerte.

Mas Gordiano volverá a encontrarlo, pues Catulo se convertirá en uno de los protagonistas indispensables de la trama de la novela. Cuando vuelva a verlo, lo hará en las termas Senias, y Gordiano explicará en SS Ven 180: “La expresión desesperada había desaparecido y había sido reemplazada por una sonrisa irónica. Era un rostro atractivo a pesar de su extrema delgadez y de la barba descuidada, pero había una intensidad en sus ojos castaños que dificultaban sostenerle la mirada”¹⁵⁹, y más abajo continuará con la descripción de su cuerpo: “Se le notaban las costillas y su cuerpo era estrecho. No tenía ni un gramo de grasa. Habría podido contarle las costillas y tamborilear sobre los huesos de su pelvis”. El episodio del encuentro en los baños es una recreación catuliana, como veremos enseguida cuando el poeta comience a hablar de Vibenio, quien se encuentra con ellos en la misma sala acompañado de su hijo, un joven de trasero peludo que sirve a Saylor para llevar a cabo en SS Ven 180-2 una descripción chocarrera de las actividades de ambos: mientras el muchacho adopta poses excitantes para atraer a los clientes de los baños, su padre Vibenio “el manitas” hurga en los nichos de los bañistas para robarles cuanto encuentre. Como decimos, es una recreación bastante divertida de los personajes y actividades del poema catuliano XXXIII:

O furum optime balneariorum
Vibenni pater et cinaede fili
(nam dextra pater inquinatore

¹⁵⁸ Catulo, *Cármenes*. Introducción, versión rítmica y notas de Rubén Bonifaz Nuño. México, 1969, UNAM, [Bibliotheca Scriptorum Graecorum et Romanorum Mexicana], p. VII.

¹⁵⁹ Es la de Saylor una descripción próxima a la del supuesto retrato de Catulo hallado en la finca de Sirmione que perteneció al poeta, una pintura parietal descubierta por el profesor Mirabella Roberti en 1963, en la parte más antigua de la villa que perteneció a Catulo. Principalmente, porque se destaca en la descripción de Saylor la intensidad de la mirada. Como dice Arturo Soler Ruiz en la introducción a su traducción de Catulo, p. 24: “Cuando Pighi publicó su libro sobre Catulo, surgió el enigma del retrato de la finca de Sirmión, en el que se puede ver a un romano joven, que se asoma a la luz con un *volumen* en sus manos. Este rostro tiene tanta gracia y su mirada manifiesta tal intensidad, que queremos pensar que éste es el retrato de nuestro poeta. No hay nada en él que rechace su

culo filius est voraciore)
cur non exilium malasque in oras
itis quandoquidem patris rapinae
notae sunt populo et natis pilosas
fili non potes asse venditare?

Vibenio reconoce e identifica a Catulo, a quien creía aún “haciéndose pasar por gobernador imperial en alguna parte”, a lo que Catulo responde en SS Ven 181-2:

En alguna parte, sí, más o menos. Un año en Bitinia a las órdenes de Cayo Memmio fue suficiente. Creía que iba a hacerse rico, pero Memmio me llevó sólo para que le leyera poemas. No puedo culparle por anhelar un poco de cultura; Bitinia es un pozo ciego. Estaba deseando largarme de allí; volví tan pronto como el clima lo permitió. Es maravilloso estar otra vez en una ciudad realmente civilizada como Roma, donde se puede robar a un primo mientras se pone caliente mirando un par de nalgas peludas.

El episodio de Bitinia fue evocado por Catulo en su poema 10, donde arremete ferozmente contra el pretor G. Memmio, que estuvo al frente de Bitinia en 56, quien no le permitió enriquecerse valiéndose de su cargo, como vemos en Cat. X 5-13:

Huc ut venimus incidere nobis
sermone varii in quibus quid esset
iam Bithynia quo modo se haberet
et quonam mihi profuisset aere.
Respondi id quod erat nihil neque ipsis
nec praetoribus esse nec cohorti
cur quisquam caput unctius referret
praesertim quibus esset irrumator
praetor nec faceret pili cohortem.

Este G. Memmio fue el hombre a quien Lucrecio dedicó su *De rerum natura*, por lo que no debió de ser individuo ignorante o falto de preparación, así que el ataque de Catulo al mismo, por medio del ofensivo término *irrumator* ha sido destacado como un rasgo de la irracionalidad del poeta, a quien Memmio no permitió llenarse las bolsas durante su cargo público¹⁶⁰. En SS Ven 196, Gordiano describirá a Catulo ante Clodio: “Joven... Yo diría que no llega a los treinta. Estatura media, esbelto, moreno. Barba descuidada, aunque acaba de llegar de un viaje; quizá había ido a los baños para afeitársela. Bien parecido, aunque algo flaco. Sus ojos... Hay algo triste en ellos, algo trágico. (...) Tiene una lengua que parece un puñal”. Des-

carácter abierto, espontáneo, sincero y apasionado”.

¹⁶⁰ Cf. Soler Ruiz, *op.cit.* pp. 12-3.

pués de reconocer a Catulo en las palabras de Gordiano, Clodio pasa a hacer algunos comentarios sobre el poeta en SS Ven 197, como su desprecio por Bitinia y su amor por Roma: “A Catulo le gusta mucho Roma. Siempre gusta a los campesinos, una vez que han probado el sabor de la gran ciudad; es procedente de Verona y Clodia lo conoció el año en que Quinto Metelo Céler fue gobernador de la Galia Cisalpina; hubo una relación entre él y Clodia, pero ésta la interrumpió”. Acerca del origen veronés de Catulo, todos los testimonios dan constancia del mismo desde muy antiguo, y la misma ciudad de Verona ostenta con orgullo desde época remota haber sido la cuna del poeta¹⁶¹. En lo que Saylor y Maddox no coinciden es con respecto a la edad de Catulo en el momento en que mantiene su relación con Clodia y escribe su *corpus*, pues mientras para Saylor Catulo no llega a los treinta (por tanto, próximo a su muerte)¹⁶², en Maddox el poeta es todavía mucho más *cachorro*, como leemos en JMR Con 78-9, donde el autor nos dibuja un Catulo provinciano, dulce y tímido:

— (...) Ha venido el joven Catulo, que llegó hace poco a la ciudad, procedente de Verona.

—¿El poeta? —pregunté, pues había oído ese nombre. Se suponía que era la luz que guiaba a los “nuevos poetas”. Yo prefería a los antiguos.

—Sí, tienes que conocerle.

Cogiéndome del brazo, me condujo hacia el joven. Calculé sorprendido que no contaría más de diecinueve o veinte años. Sempronia efectuó las presentaciones. El muchacho era un poco tímido, y resultaba evidente que aún se sentía un poco abrumado por hallarse en el centro de la vida de la gran ciudad y trataba de disimularlo con una actitud de seguridad en sí mismo que rayaba en la arrogancia.

—He leído grandes elogios sobre tu obra —dije.

—Eso significa que no la has leído. No importa, pues tengo la sensación de que aún no he realizado mi mejor trabajo. Ahora me avergüenzo de ver mis primeros escritos.

—¿Qué estás escribiendo ahora? —inquirió Sempronia, consciente de que a los poetas rara vez les gusta hablar de algo que no sea su arte.

—Estoy elaborando una serie de poemas de amor en versos alejandrinos. Por eso me alegré de que me invitaran a esta fiesta. Siempre he admirado la escuela alejandrina del verso griego.

La referencia de Decio acerca de los “nuevos poetas” se refiere a la corriente de inspiración alejandrina constituida por los neotéricos. Nacido en Verona en el seno de una familia acomodada¹⁶³, Catulo llegó a Roma muy joven y no cabe duda de

¹⁶¹ Así tenemos, entre otros, los versos de Ovidio en *Amores* III, xv, 7-8: *Mantua Vergilio, gaudet Verona Catullo, / Paelignae dicar gloria gentis ego.*

¹⁶² Sabemos por San Jerónimo en su *Chronica* 150, 24 y 154, 22 que el poeta nació en Verona y falleció a los treinta años: *Gaius Valerius Catullus, scriptor lyricus, Veronae nascitur*, y poco después: *Catullus XXX aetatis anno Romae moritur.*

¹⁶³ Suetonio nos cuenta en *Divus Iulius* 74 que César, camino de las Galias, se alojaba siempre en casa del padre de Catulo.

que su entrada en los círculos intelectuales romanos se vio apoyada por paisanos suyos de la Cisalpina, tales como Cornelio Nepote o Valerio Catón. Junto con Calvo y Cornificio constituiría el grueso de los neotéricos, poetas que adaptan a la literatura y cultura romana cuanto aman de la cultura griega y de la literatura helenística en el que la mujer será relevante en cenáculos literarios e incluso políticos¹⁶⁴. Este espíritu renovador, fresco y juvenil venía a romper enormemente con la *gravitas* ciceroniana y con el viejo estilo romano de vida y cultura. Como ha escrito Soler Ruiz en *op.cit.* p. 18:

Los jóvenes del siglo I a.C. gozaron en los años 60-50 de una libertad sin precedentes y quizá sin consecuentes. Concretamente, el grupo de los poetas “nuevos” hizo transcurrir sus días en un ambiente bohemio, alternando estudio, producción literaria y vida festiva y amorosa. En los poemas de Catulo están todos ellos, y muchos más, vivos, llenos de gracia, modernos, casi contemporáneos en su afán de vivir el instante al máximo. Nadie como Catulo ha identificado poesía y vida; nadie sacó con tanta intensidad la sustancia poética de sus vivencias. Amor y odio, alegría y dolor, entusiasmo y desesperación agitaron su alma de forma tal que contribuyeron, sin duda, a precipitar su muerte.

La personalidad de Catulo, grosera muchas veces, hiriente, enormemente erótica e incendiaria en tantos aspectos, chocó efectivamente con las costumbres de la vieja guardia, pero debieron llamar la atención de una mujer culta y desenvuelta como Clodia, y no es de extrañar que incluso el Clodio de Saylor se exprese con enorme desprecio del “campesino” Catulo en SS Ven 197:

Es un tipo muy extraño. Difícil de describir. No le interesa la política; cree que es poeta. Clodia también lo cree; la mitad de sus poemas es sobre ella. A las mujeres les gusta esa basura, sobre todo cuando viene de payasos como Catulo. Es de los que sufren por amor, una hemorragia ambulante; y desagradable, no creas. Lo recuerdo recitando en este mismo escenario una noche de verano; estaba donde se encuentra ahora el etíope, rodeado de admiradores y poetas jóvenes y hermosos, los grillos cantando y la luna brillando en el cielo. Los adormecía con palabras dulces como la miel para después cambiar de registro y enseñarles los gusanos del fondo. Hipócrita, obsceno, acostumbrado a sufrir. Incluso me dedicó un poema. (...) No era mejor que las cantinelas del grupo de Milón, pero sí mucho más nauseabundo. ¿Así que ha vuelto? Imagino que Clodia pronto oír hablar de él. Si lo pillas otra vez siguiéndote, te aconsejo que le des un buen puñetazo en la barbilla. No es un luchador. Su arma es la lengua. Es bueno ofendiendo y versificando, pero no sirve para mucho más, en mi opinión... y en la de quienes tienen razones para conocerlo.

Clodio no lo dice, pero el poema al que se refiere es el LXXIX del *Corpus* y ya ha sido mencionado, pues en él Catulo revela la personalidad de Lesbio y Lesbia mediante la vinculación a Pulcer. Es, como vemos, un poema contra Clodio donde asegura que de entre todos sus conocidos pudiera encontrar tres besos de aprecio o

¹⁶⁴ Cf. Soler Ruiz, en *op.cit.* p. 17.

de amor:

Lesbius est pulcher; quid ni? Quem Lesbia malit
quam te cum tota gente Catulle tua.
Sed tamen hic pulcher vendat cum gente Catullum
si tria notorum savia repperit.

El Catulo de Saylor habita en el Palatino, en un cuarto donde aloja sus pocas pertenencias entregado a la composición y a la lectura¹⁶⁵, y como el bohemio que fue, frecuenta muy a menudo un lugar que conocemos por sus poemas, la Taberna Salaz, ingeniosa recreación de Saylor que tiene su origen en la poesía catuliana. En el capítulo 17, después de cena y borrachera en casa de Clodio, Gordiano descubre que alguien le sigue de vuelta a casa. Es de nuevo el poeta Catulo, que necesita hablar con el Sabueso en confianza, pero ¿dónde hacerlo a altas horas de la madrugada? El poeta sugiere hacerlo en un lugar que conoce muy bien: la Taberna Salaz. En SS Ven 207 el Sabueso nos describe este lugar:

Coge un sendero al pie del Palatino y síguelo hasta un punto que está inmediatamente detrás del templo de Cástor y Pólux. Gira a la izquierda. Métete por el estrecho callejón (que apesta a orina y es tan oscuro como boca de lobo) que hay entre los edificios de la parte norte del Foro. Pasado un repecho que se inclina hacia la izquierda ensanchando el callejón, llegarás a una zona llena de pequeñas tiendas y burdeles, al sur del Foro y al este del mercado de ganado y del río. Busca los pequeños postes donde está el nombre de las tiendas y comercios. Cuando llegues al noveno verás un charco de luz procedente de la lámpara colgada fuera y que da la bienvenida a todos los que no quieren o no pueden dormir, y que no pueden dejar de beber, putañear y apostar en el juego. Allí está el lugar que Catulo llamaba Taberna Salaz.

En realidad, el sitio no tiene nombre, al menos escrito en el poste de fuera. Encima de la columna, en lugar de una inscripción, hay un enorme falo de mármol. La lámpara que ilumina esta sensacional imagen está tallada con una forma muy sugerente. Inspirados, quizás, por este fino ejemplo de artesanía, artistas menos habilidosos habían hecho toscas pintadas en la pared que describían gráficamente algunos usos de semejante falo.

Catulo llamó a la puerta. Se abrió una mirilla y un ojo inyectado en sangre nos observó. La puerta se abrió de par en par.

—Aquí me conocen —dijo Catulo—. Y yo a ellos. El vino es una guarrería, las putas tienen piojos y la clientela es un asco. Tengo que saberlo. Vengo todas las noches desde que llegué.

¹⁶⁵ En SS Ven 285 Gordiano describe el cuarto de Catulo: “El cuarto de Catulo en el Palatino estaba tan escasamente amueblado como había dicho. En un rincón había un diván grande. En el otro había una librería con compartimentos llenos de rollos de papiro. A la débil luz de la lámpara, vio que trataba de leer las etiquetas.

—La mayoría son de poesía griega —explicó, quitándose la toga—. Libros y una cama. Es todo lo que un hombre necesita. Lo demás sólo sirve para distraerle.

—¿De leer libros?

—De utilizar la cama”.

La Taberna Salaz, que como bien dice Saylor no tenía nombre —pues en Catulo *salax taberna* aparece sólo como adjetivo y sustantivo— se hallaba, como recrea Saylor, en el número 9 a partir del templo de Cástor y Pólux, o como expresa Catulo en XXXVII, 2 sin mencionar a los Dióscuros: *a pileatis nona fratribus pila*, pues el *pileum* era el gorro de forma cónica con que eran representados en las monedas. El poema, que reproducimos a continuación, marcará la pauta de la recreación de Steven Saylor en las páginas siguientes de su novela, y en todas las recreaciones posteriores, pues se convertirá en lugar emblemático dentro de la obra de Saylor¹⁶⁶:

Salax taberna vosque contubernales
a pilleatis nona fratribus pila
solis putatis esse mentulas vobis
solis licere quicquid est puellarum
confutuere et putare ceteros hircos?
An continenter quod sedetis insulsi
centum an ducenti non putatis ausurum
me una ducentos irrumare sessores?
Atqui putate namque totius vobis
frontem tabernae sopionibus scribam.
Puella nam mi quae meo sinu fugit
amata tantum quantum amabitur nulla
pro qua mihi sunt magna bella pugnata
consedit istic. Hanc boni beatique
omnes amatis et quidem quod indignum est
omnes pusilli et semitarii moechi
tu praeter omnes une de capillatis
cuniculosae Celtiberiae fili
Egnati opaca quem bonum facit barba
et dens Hibera defricatus urina.

Saylor la recreará siguiendo a Catulo: superpoblada de clientes (XXXVII, 6-7) que en muchos casos han pasado por su cama: “Esta taberna está llena de desgraciados que han pasado por su cama. Podría señalar a doce hombres que la han poseído” (SS Ven 212; cf. XXXVII, 11-16) y con la aparición de la misma Ipsitila del poema XXXII, quien para Soler Ruiz se trataba en realidad de alguna mujer famosa romana cuya identidad desconocemos, pues argumenta que los nombres femeninos terminados en *-illa* eran enormemente frecuentes, como en el caso de la Aurelia Orestilla citada en *Bell. Cat. V, 2* por Salustio¹⁶⁷. En este caso Ipsitila es una prosti-

¹⁶⁶ No sólo como lugar de encuentro entre los noctívagos personajes de *La suerte de Venus*, sino que tendrá una gran importancia en la resolución del misterio en la novela *Rubicón*.

¹⁶⁷ El poema XXXII de Catulo es sexualmente explosivo, aunque nada nos dice realmente de Ipsitila, por lo que Saylor lleva a cabo una recreación absolutamente personal del personaje que no se contra-

tuta de esta taberna o burdel: “Las pocas mujeres que había estaba claro que era para trabajar. Una salió repentinamente del montón y se enroscó alrededor de Catulo como si fuera una planta trepadora. Parpadeé con los ojos llorosos y la planta se convirtió en una pelirroja servil con cara en forma de corazón” (SS Ven 207)¹⁶⁸. En esta taberna Saylor nos presenta a los hombres jugando precisamente a las tabas que darán origen al título de la novela, *La suerte de Venus*, y la evocación del juego darán pie a Saylor para evocar el poema anteriormente mencionado donde Catulo menciona a Lesbio/Clodio realizando una curiosa paráfrasis en SS Ven 210:

—¡La suerte de Venus! —gritó el árbitro, provocando un alboroto. Alguien rompió la mesa con el puño, hizo saltar las tabas y gritó que hacían trampas. Los otros trataron de calmarlo.

—La suerte de Venus —dijo Catulo. Es cuando las cuatro tabas tienen diferente número. No es el más alto, sino el más afortunado. ¿Por qué crees que será así?

—¿Porque Venus desea la variedad?

—Como Lesbia. Excepto cuando desea a su propia sangre:

*Lesbio es guapo, como debe ser, pues Lesbio
Lo prefiere a ti y a toda tu familia, Catulo feo.
Pero a ti y a tu familia entera
En la orilla del río os vendería Lesbio
Para pagar a tres hombres honrados
dispuestos a chupar... se el dedo*¹⁶⁹.

Ipsitila será la primera persona en mencionar el nombre de Lesbia en SS Ven 208, cuando después de un año sin ver a Catulo se dirige a él deseosa y expresa “hace más de un año que no te como. Estoy hambrienta”. Ante la indiferencia del poeta, le preguntará ante la extrañeza del Gordiano: “¿Aún sufres por Lesbia?”. Enseguida, el poeta explicará a Gordiano la identificación de Lesbia con Clodia en SS

dice, ni mucho menos, con la teoría de Soler Ruiz: *Amabo mea dulcis Ipsitilla /meae deliciae mei lepores /iube ad te veniam meridiatum. /Et si iusseris illud adiuvato /ne quis liminis obseret tabellam /neu tibi lubeat foras abire/ sed domi maneat paresque nobis /novem continuas fututiones./Verum si quid ages statim iubeto /nam pransus iaceo et satur supinus / pertundo tunicamque palliumque.*

¹⁶⁸ Ipsitila volverá a ser encontrada por Gordiano en SS Rub 75 y el Sabueso nos comentará escuetamente que, años después de los acontecimientos de *La suerte de Venus*, la criatura catuliana continúa ejerciendo su sufrido oficio. En cuanto a su descripción física, no sabemos cómo es una cara de corazón, aunque este rasgo tan plástico nos recuerda a la entrañable Betty Boop, que sí tenía cara de corazón.

¹⁶⁹ En SS Ven 217 Catulo hará una paráfrasis de sí mismo al dedicar los dos primeros versos a Graciano —nombre catuliano para Gordiano que no aparece registrado en el corpus del veronés—: “Graciano se cree astuto, como debe ser, pues Lesbia/ lo prefiere a ti y a toda tu familia, Catulo feo...” Para las versiones del texto catuliano manejadas por Saylor, cf. SS Ven 356; las traductoras de la novela siguen la edición española bilingüe de Juan Petit, *Poesías de Catulo*. Barcelona, 1974, José Batlló Editor (Los Libros de la Frontera).

Ven 209:

—Aquí la llaman Lesbia.

—¿Por qué?

—Es su nombre en clave. En los poemas, en sitios como éste...

—¿Por qué “Lesbia”?

—Lesbos era la isla de Safo, que entendía del amor más que ningún poeta habido y por haber. Y Homero llamaba a las lesbianas “las mujeres más hermosas del mundo”.

Cuando transcurre la acción de *La suerte de Venus*, los amores entre Clodia y Catulo habrán pasado a mejor vida, lo que crearía en el poeta una amarga sensación de angustia y desencanto. Muchos se han planteado cuál era la visión que Clodia tenía de su relación con Catulo, y si ésta era tan apasionada como la del poeta, pero es consenso generalizado que para ella el poeta debió de ser una aventura más entre muchas, y que entre ellas la relación con Catulo debió de tener el encanto del momento, pero nada más. Como expresa Soler Ruiz en *op.cit.* p. 21: “Sólo uno de sus caprichos, y la satisfacción de ser amada por uno de los más grandes poetas que tuvo Roma”. Las ilusiones que posiblemente se hizo Catulo de ser el nuevo hombre de su vida tras la muerte de Céler nunca se verían correspondidas por un deseo real, y de esta amargura vendría el distanciamiento final, la ruptura poco amistosa. En la confidencialidad de la Taberna Salaz (SS Ven 212), el ebrio y amargado Catulo reflexionaría sobre la triste realidad de no haber sido sino uno más, quizá el más grande, pero al fin y al cabo golondrina que no hace verano¹⁷⁰:

La prefería cuando su marido estaba vivo. El bueno de Quinto Metelo Céler, más aburrido que una ostra. ¡Entonces ella me era fiel! Pero después de la muerte de Céler se convirtió en mujer de sí misma, a la vez que en mujer de cualquiera. Incluso eso era preferible a que eligiera un favorito y me excluyera por completo. Se encaprichó de Celio y me convertí en un ex amante más. (...) Pensé que pasar un año fuera me haría olvidarla. Pero la herida todavía sangra y yo sigo deseando el cuchillo que la produce”.

Finalmente sólo podría llegar el odio feroz, pues sería Catulo quien crearía para Cicerón —en la fantasía de la novela de Saylor— expresiones tan hirientes como “Medea del Palatino” o “Clitemestra de cuadrante”. El Catulo de Saylor le ayudará a escribir el *Pro Caelio* sazónándolo de bromas feroces que sabrían hacerle un daño cruel y que sirven a Saylor para recordar un nuevo verso de Catulo en SS Ven 337, que el poeta usa para responder a la pregunta de Gordiano: ¿eres poeta del amor o poeta del odio? Catulo responderá, naturalmente, con su célebre poema LXXXV: *Odi et amo. Quare id faciam fortasse requiris./ Nescio, sed fieri sentio et excrucior.*

¹⁷⁰ La Clodia de Maddox consentirá a Catulo con una frialdad que no pudiera haber inspirado mucho al propio Catulo, como vemos en JMR Con 97, donde Decio comenta a Clodia que el joven Catulo parece muy entusiasmado con ella. Ella responde: “Ah, bueno, ya sabes cómo son estos nuevos poetas. Prefieren dedicar sus versos a mujeres vivas, en lugar de las mitológicas. Se hospeda en casa de mi hermana y me hace la corte de un modo exagerado cada vez que la visito, como ha hecho esta mañana”.

Y es que en la imaginación de Saylor, el poeta desaparecerá de la saga *Roma sub Rosa* creyendo que sólo tras ser destruida Clodia por Cicerón —como así resultaría tras el célebre juicio— ella volvería a fijar sus ojos sobre él. Poeta del odio y poeta del amor, Gordiano abandonará a Catulo en SS Ven 338-9 regresando sobre sus pasos completamente ebrio hasta la casa de Clodia, convencido de que allí encontrará de nuevo el amor. El esclavo Trigonio contará a Gordiano en SS Ven 345 el triste final de aquel episodio: “Uno de los esclavos me dijo que había llamado a la puerta a medianoche, borracho y con exigencias. Mal momento; Clodia no estaba de humor para que la hostigasen. Envié a Bernabé y a los hombres más fornidos para que lo echaran. Creo que lo peor que se llevó fue la nariz rota”.

Al margen de las pequeñas referencias a su mundo y a sus versos, el gran protagonismo de la poesía de Catulo vendrá precisamente en la fiesta en casa de Clodia que transcurre en SS Ven 260-74 y a la que son invitados Gordiano y Bethesda. En ella, Catulo estrena uno de sus *carmina longiora*, el célebre poema LXIII dedicado a Atis del que Saylor reproduce los primeros 18 versos y glosa el resto hasta el final. Esta escena, que transcurre entre las páginas 266-9, será el gran momento del gran Catulo, sin lugar a dudas. Puesto que el culto a Cibeles es otro de los temas de la obra de Saylor, el autor aprovecha para resumir para los lectores la historia del mito por boca de Catulo y parafraseado por Gordiano, ya que los 93 versos del poema hubieran sido excesivos para la escena. Aquí nos presentará Saylor por primera vez a Catulo en estado de éxtasis. Dejará de ser el Catulo que se pasea siempre ebrio por toda la novela, el Catulo deslenguado y soez, el Catulo amante y sufriente que odia y ama al objeto de su amor. Es por primera y única vez el Catulo que trasciende al tiempo, el Catulo inmortal que experimenta la mimesis aristotélica: la superación del hombre para convertirse en vehículo del arte. Procedemos a hacer un extracto del “estreno” del poema catuliano en SS Ven 266-9:

Catulo tenía los párpados caídos, los ojos se le iban y apenas podía tenerse en pie cuando subió al escenario. Contuve la respiración, preguntándome cómo se las arreglaría para recitar. Estaba demasiado borracho, demasiado amargado e inseguro de sí mismo y muy débil. Él parecía pensar lo mismo. Permaneció quieto durante un rato, con los hombros caídos y mirándose los pies; luego pareció mirar algo por encima de la cabeza de los presentes. (...) Sin embargo, cuando abrió la boca para hablar, la voz que salió no se parecía a ninguna que le hubiera oído antes. Era ligera y airosa, y sin embargo extrañamente potente; era como una red resplandeciente arrojada sobre el público, como un susurro en un sueño.

Había escuchado a incontables oradores en el Foro y a muchos actores en escena. Su voz es su herramienta, entrenada para adaptarse a la circunstancia del momento; las palabras surgen por orden suya como esclavos adiestrados para una labor determinada. Pero con Catulo parecía al contrario. Las palabras estaban al mando de todo; el poeta gobernaba al poeta y utilizaba no sólo su voz, sino todo su cuerpo, tanto la expresión de la cara como los movimientos de las manos y de los pies. El poema existe tanto con poeta como sin él. Su presencia era una simple medida utilitaria, pues hace falta una lengua para desplegar el contenido del poema. (...) Era un poema largo y extraño. A veces se convertía en un canto y el

poeta en un bailarín que se balanceaba y pataleaba el escenario como si estuviera poseído por el poema. El público escuchaba fascinado. (...) Catulo tembló como si el poema lo fuera librando lentamente de su tenaza. Su voz comenzó a desvanecerse y los últimos versos apenas fueron audibles. (...) Catulo se había transformado. Al subir al escenario parecía un hombre aturdido por el vino y la autocompasión, blando e inseguro. Ahora tenía la cara ojerosa y le resplandecían los ojos; parecía un hombre que saliese de una terrible ordeal. Vacilaba un poco al abandonar el escenario, no como un borracho, sino como un hombre al que le han sorbido toda la energía.

El jardín quedó en silencio. A mi alrededor vi cejas arqueadas, entreciegos fruncidos, cabeceos meditabundos y muecas de malestar. Clodia, sentada al lado del escenario, observaba sin pestañear el lugar que Catulo había dejado libre. Su cara estaba inexpresiva. ¿Consideraba el poema como un tributo a su persona o como una ofensa? ¿O es que no se veía retratada en aquel poema que trataba de una obsesión indomeñable, del olvido de la dignidad y la libertad propias en aras de una pasión sobrecogedora y de la unión desigual y catastrófica entre un simple mortal y una distante y despreocupada diosa?

No será la primera vez que Clodia sea comparada con una diosa. ¿Acaso hay alguna diferencia entre Venus y Lesbia? Se pregunta Catulo en SS Ven 221. La recreación que Steven Saylor lleva a cabo de Catulo sigue al pie de la letra el *corpus* del poeta, pero no sólo como hoja de ruta o fuente de citas, sino que el novelista de Austin ha llevado a cabo un verdadero trabajo de interpretación para mostrarnos un Catulo lleno de dudas y de pasiones, tan pronto elevado y culto como bajo y ruin, un hombre complejo que conoció el amor de una de las mujeres más complejas de su tiempo, y a la que inmortalizó con sus versos para sustraerla al único escarnio que hubiera merecido de la Historia de haber sido sólo la estampa de una Clitemestra de cuadrante que Cicerón y Plutarco, dos grandes moralistas, nos han transmitido de quien fue esta gran mujer amante.

1.7. Cicerón. Sobre el disco junto al torbellino.

1.7.1. Vida y personalidad de Marco Tulio Cicerón.

No cabe la menor duda de que Cicerón es el gran protagonista secundario de las novelas de Steven Saylor. En casi todas ellas, salvo en *El brazo de la justicia* y *Last Seen in Massilia*, Cicerón será la estrella de todos los personajes históricos que desfilan por las páginas del autor de Austin. Steven Saylor nos hará revivir sus grandes discursos en *Sangre romana*, *El enigma de Catilina*, *La suerte de Venus* y *Asesinato en la vía Apia*, mientras que en *Rubión* el novelista nos lo presentará viejo y cansado, acorralado entre Pompeyo y César sin saber por cuál de los dos inclinarse, e involucrándose con Tirón en una sugestiva trama de espionaje donde el autor demuestra, una vez más, que hace honor a su fama, dentro del mundo anglosajón, de ser el Robert Graves de la novela policiaca de temática roma-

na clásica. El Cicerón de Maddox, sin embargo, no brillará con la misma intensidad salvo en la obra dedicada a la conjuración de Catilina, pero aún así los resultados serán de notable palidez en contraste con el fascinante personaje que Saylor recrea para nosotros. Fiel a los testimonios de Cicerón, Maddox nos presentará a un Cicerón ejemplo de virtudes y en sus obras adquirirá la autoridad y respetabilidad que en las novelas de fantasía adoptan los viejos ancianos de la tribu. Encarnación de la figura mítica del “viejo sabio” y receptor de toda la serenidad y todo el conocimiento, este Cicerón de Maddox no conmueve ni emociona tanto como el de Saylor, que lleva a cabo una recreación del personaje llena de luces y sombras, como corresponde a un protagonista de la historia tan brillante como lleno de ambiciones que no supo retirarse a tiempo de la peligrosa cancha política de su época. Conscientes de que un análisis pormenorizado de Cicerón en las novelas de Saylor y Maddox daría de por sí para una tesis doctoral completa, procederemos a sintetizar en la medida de lo posible, y lo haremos dejando a un lado aquellos episodios célebres cuyo protagonismo ya ha sido abordado al hablar de Catilina, Milón o Clodio.

Un Cicerón juvenil y prometedor que apenas debuta en el Foro y que se enfrentará al dictador Sila es el protagonista de la novela *Sangre Romana*. En público y en privado será el adalid de la justicia y de la legalidad, pero al final de la novela sabremos que su ambición gigantesca y su formación leguleya le habrán conducido a defender al parricida Sexto Roscio y a demostrar su inocencia, muy a pesar de la terrible verdad¹⁷¹. Los referentes históricos los hallamos sobradamente en el discurso ciceroniano *Pro Sexto Roscio Amerino*, y un buen resumen de la situación del joven orador en aquel tiempo lo hallamos en Plutarco, *Cic.* III:

ἐν δὲ τῷ χρόνῳ τούτῳ Χρυσόγονος ἀπελεύθερος Σύλλα προσαγγείλας τινὸς οὐσίαν, ὡς ἐκ προγραφῆς ἀναιρεθέντος, αὐτὸς ἐωνήσατο δισχιλίων δραχμῶν. ἐπεὶ δὲ Ῥώσκιος ὁ υἱὸς καὶ κληρονόμος τοῦ τεθνηκότος ἠγανάκτει καὶ τὴν οὐσίαν ἐπεδείκνυε πεντήκοντα καὶ διακοσίων ταλάντων ἀξίαν οὖσαν, ὃ τε Σύλλας ἐλεγχόμενος ἐχαλέπαινε καὶ δίκην πατροκτονίας ἐπῆγε τῷ Ῥωσκίῳ, τοῦ Χρυσογόνου κατασκευάσαντος, ἐβοήθει δ' οὐδεὶς, ἀλλ' ἀπετρέποντο, τοῦ Σύλλα τὴν χαλεπότητα δεδοικότες, οὕτω δὲ δι' ἔρη μίαν τοῦμειρακίου τῷ Κικέρωνι προσφυγόντος οἱ φίλοι συμπάρῳρων, ὡς οὐκ ἂν αὐτῷ λαμπροτέραν αἰθίς ἀρχὴν πρὸς δόξαν ἑτέραν οὐδὲ καλλίω γενησομένην. ἀναδεξάμενος οὖν τὴν συνηγορίαν καὶ κατορθώσας ἐθαυμάσθη.

¹⁷¹ La recreación que Saylor lleva a cabo del caso Sexto Roscio, oscuro personaje a quien no recordaríamos de no haber sido defendido por Cicerón, conduce al novelista a dar la vuelta a todo el discurso ciceroniano y a presentarnos a Roscio como un verdadero parricida y violador de sus hijas, y al orador como un hábil manipulador de la verdad. Con este precedente, en SS Just 23 la misma Bethesda se expresará así del mismísimo abogado: “El ridículo Cicerón, que dice que la verdad es mentira y la mentira es verdad, según le conviene”. Acerca de la novelesca verdad del caso Sexto Roscio, cf. los capítulos 32-3 de nuestra Sinopsis.

Todo el primer capítulo de la novela (pp. 15-28) es un interesante diálogo entre Gordiano el Sabueso y Tirón, esclavo de Marco Tulio, donde el exquiriente deduce quién es el hombre que envía a Tirón a solicitar sus servicios y para qué. Todo el capítulo es un brillante homenaje al proceso deductivo típicamente holmesiano del cual el novelista se ha confesado deudor. No será hasta en el capítulo 3 en que Gordiano nos describa a Cicerón en su propia casa, una morada cerca del Capitolio que el exquiriente describirá en SS Sang 39-40 y que refleja fielmente la personalidad de su dueño: “La casa de Cicerón era austera incluso en medio de tanto comedimiento. Irónicamente, era tan modesta que acababa llamando la atención hasta el extremo de que la gente habría podido decir: ésta, ésta es la morada ideal del romano rico que posee la más pura virtud romana” (SS Sang 40). El Cicerón con que se abre la serie *Roma sub rosa* es todavía joven, pero ya no tanto. Tiene 26 años y su inseparable Tirón tres años menos (SS Sang 26)¹⁷², es un joven abogado apenas conocido en el Foro y desprovisto de enemigos (SS Sang 293), “ávido estudiante de oratoria y retórica, y seguidor, hasta cierto punto, de los filósofos griegos, quizá estoico, aunque no con fanatismo” (SS Sang 21). En SS Sang 42 Gordiano lo evocará en el principio de su carrera, parafraseando, de paso, el célebre comienzo de *Ana Karenina*:

¿Cómo describir a Marco Tulio Cicerón? Todos los hombres hermosos parecen iguales, pero un hombre vulgar es vulgar a su manera. Cicerón tenía la frente grande, la nariz carnosa y el pelo raleante. Era de estatura media, de pecho hundido, estrecho de hombros, de cuello largo y con una sobresaliente protuberancia en el cuello. No parecía tener veintiséis años, sino bastantes más.

—Gordiano —dijo Tirón—. Al que llaman el Sabueso.

Asentí. Cicerón sonrió efusivamente. Había una chispa inquieta e inquisitiva en sus ojos. Quedé inmediatamente impresionado, sin saber muy bien por qué. Y al instante siguiente quedé consternado cuando Cicerón abrió la boca para hablar. Dijo sólo dos palabras, pero fue suficiente. La voz que salió de su garganta era aguda y áspera. Tirón, con sus dulces modulaciones, debería haber sido el orador. Cicerón tenía una voz propia de subastador o actor cómico, una voz tan garbancera como su nombre.

El retrato que Saylor hace de los personajes históricos resulta siempre desmitificador, y aquí el autor quiere presentárnoslo de una forma ejemplarmente humanizada. La referencia a su voz, todavía no perfeccionada en Atenas tras los acontecimientos del juicio de Roscio¹⁷³, nos lo presentan como un hombre que luchó contra sus propias limitaciones con tesón y perseverancia. La mención de la “sobresaliente

¹⁷² Cicerón nació en Arpino el 3 de enero de 106. Su cumpleaños es mencionado en SS Rub 37: “Three days before the Nones of Januarius”.

¹⁷³ Plutarco en *Cic.* III, 7 nos cuenta que ἡ δὲ φωνὴ πολλὴ μὲν καὶ ἀγαθὴ, σκληρὰ δὲ καὶ ἀπλαστος, ὑπὸ δὲ τοῦ λόγου σφοδρότητα καὶ πᾶθος ἔχοντος αἰεὶ διὰ τῶν ἄνω τόνων ἐλαυνομένη, φόβον παρείχεν ὑπὲρ τοῦ σώματος. En *Cic.* IV el queronense nos explica cómo en la escuela ateniense de Antíoco no sólo templó su voz, sino que

protuberancia del cuello”, y la alusión final a su garbancera voz nos obligan a referirnos a su peculiar *cognomen* con el que pasó a la historia¹⁷⁴: Cicerón, un *cognomen* cuyo curioso significado (garbanzo) será motivo de comentario varias veces en la novela. Con lógica aplastante, Gordiano razonará que alguien que ostenta públicamente el *cognomen* de Cicerón no puede dejar de ser una persona bastante orgullosa y no exenta de ambición, como demuestra Tirón al hacer una explicación conocida acerca del apellido en SS Sang 23:

Cicerón es un antiguo gentilicio. Dicen que procede de un antepasado que tenía una fea protuberancia en la punta de la nariz, con una hendidura en el centro, que parecía un garbanzo. Tienes razón, suena raro, aunque yo estoy ya tan acostumbrado que apenas pienso en ello. Algunos amigos de mi amo dicen que debería abandonar ese nombre si quiere hacer carrera política o jurídica, pero él no quiere ni oír hablar del asunto. Cicerón dice que si a su familia le pareció adecuado adoptar tan peculiar nombre, la primera persona que lo llevó debió de ser extraordinaria, aun cuando nadie recuerde por qué. Y dice que su intención es hacer que toda Roma conozca el nombre de Cicerón y lo respete.

De vez en cuando se volverá a este juego de palabras, e incluso el Catilina de Saylor planteará una vitriólica adivinanza en SS Cat 112: “Una legumbre comestible nada distinguida, trasplantada de suelo rústico a un lugar lleno de piedras, donde medra con toda esperanza y echa raíces por todas partes”. Gordiano y Metón descubren enseguida la respuesta de la adivinanza: el garbanzo es una legumbre y el lugar empedrado es el Foro de Roma, por lo que la respuesta no puede ser otra que Cicerón, como revelan sin mayor misterio en la misma página: “Todo el mundo sabe que el nombre de Cicerón procede de un antepasado que tenía partida la nariz, como un garbanzo. Cicerón es oriundo de la ciudad de Arpino, terreno rústico, e hizo su fortuna en el Foro, que está pavimentado. Ahí es donde prospera, aunque nadie esperaba que un hombre sin ascendencia noble llegara tan alto”. Muchos usarán en su contra su condición de advenedizo en Roma, su profesión de abogado¹⁷⁵ y de no tener antepasados nobles, y cristalizarán todo su desprecio, como hace el personaje de Ruffo en SS Sang 206, en manipular despectivamente su apellido al hablar del inminente juicio de Roscio: “Aun cuando gane el caso, vuestro maravilloso Garbancerón acabará con la cabeza en una pica”. La historia del *cognomen* de Cicerón la halla-

fortaleció y robusteció su cuerpo.

¹⁷⁴ Si bien durante el Renacimiento y el Barroco, era común referirse a Cicerón como Tulio. Así, en el comienzo del *Lazarillo de Tormes* leemos que es llamado claramente Tulio, pero no Cicerón.

¹⁷⁵ El Catilina de Maddox esgrimirá contra Cicerón su profesión de abogado, como en JMR Con 115, donde desacredita su labor en el consulado: “Gobierna como un abogado. ¿Acaso Roma necesita eso? ¿Dónde están los soldados que nos hicieron grandes?”. También el Clodio de Maddox tiene para él el mismo reproche en JMR Sat 61: “The important figures of our age are the men of action, men like Caesar and Pompey, not lawyers like Cicero”. Cf. también JMR Con 121, donde se insiste sobre la idea.

mos, entre otros, en la plutarquiiana *Vida de Cicerón* I 3-5:

ὁ μέντοι πρῶτος ἐκ τοῦ γένους Κικέρων ἐπονομασθεὶς ἄξιος λόγου δοκεῖ γενέσθαι· διὸ τὴν ἐπὶ κλησὶν οὐκ ἀπέρριψαν οἱ μετ' αὐτόν, ἀλλ' ἠσπάσαντο, καίπερ ὑπὸ πολλῶν χλευαζομένην. κίκερ γὰρ οἱ Λατῖνοι τὸν ἐρεβίνθον καλοῦσι, κακείνος ἐν τῷ πέρατι τῆς ρινὸς διαστολὴν ὡς ἔοικεν ἀμβλείαν εἶχεν ὡσπερ ἐρεβίνθου διαφυήν, ἀφ' ἧς ἐκτῆσατο τὴν ἐπωνυμίαν. αὐτὸς γε μὴν Κικέρων, ὑπὲρ οὗ τάδε γέγραπται, τῶν φίλων αὐτὸν οἰομένων δεῖν, ὅτε πρῶτον ἀρχὴν μετῆι καὶ πολιτείας ἤπτετο, φυγεῖν τοῦνομα καὶ μεταθέσθαι, λέγεται νεανιευσάμενος εἰπεῖν, ὡς ἀγωνιεῖται τὸν Κικέρωνα τῶν Σκαύρων καὶ τῶν Κάτλων ἐν δοξότερον ἀποδείξει.

Ya hemos visto al hablar de Catilina cómo la condición de *homo novus*¹⁷⁶ de Cicerón fue causa de desprecio por muchos aristócratas¹⁷⁷, y su ascendente carrera no hizo sino cimentar un profundo odio hacia el oriundo de Arpino. Un resumen de esta trayectoria hasta alcanzar el consulado la proporciona Maddox en JMR Con 25:

Cicerón había alcanzado la cumbre de su dignidad. Había salido de la nada (es decir, no era de Roma, sino de Arpino, ciudad que había gozado de la ciudadanía romana durante tan sólo ciento veinticinco años) y había irrumpido en el mundo de la política romana con la velocidad y la fuerza de una piedra lanzada con una catapulta. Era lo que en aquellos tiempos denominábamos un *novus homo*, un “hombre nuevo” que no pertenecía a ninguna de las antiguas familias dedicadas a la política. Muchos de sus contemporáneos no encajaban bien su éxito, pero pocos hombres alcanzaban el consulado sin granjearse enemistades en el camino.

La colaboración de Gordiano será fundamental para que Cicerón pueda ganar el proceso contra Roscio, y el mismo orador no dejará a partir de entonces de recomendar al exquiriente, cuya justificación de existir se basa en la legendaria fama de Cicerón de tener ojos y oídos por todas partes. En estas circunstancias, ¿es tan descabellada la existencia de un supuesto Gordiano el Sabueso?¹⁷⁸. El Cicerón de Saylor no escatimará alabanzas acerca de Gordiano. En SS Just 60 Gelina exclamará:

¹⁷⁶ La acción de la serie de Maddox comienza poco después del triunfo de Cicerón contra Verres, mientras que la de *Roma sub rosa* se adelanta en el tiempo hasta el primer triunfo forense del orador. Este aspecto refuerza la importancia de Cicerón como protagonista histórico de la serie. En JMR Mist 66 el autor define a los *homines novi* a propósito de Cicerón: “Era uno de los *nuevos hombres*, es decir, hombres que no eran romanos de nacimiento y comenzaban a cobrar importancia en aquella época en que las antiguas familias romanas desaparecían a causa de la guerra civil o la falta de interés por la procreación”.

¹⁷⁷ El Catilina de Saylor le llama en SS Cat 148 “el don Nadie de Arpino”, y Quinto Curio se preguntará en JMR Mist 66 cómo es posible que “ese odioso mequetrefe salido de la nada venga a Roma y logre hacerse un nombre en la vida pública”.

¹⁷⁸ A este respecto, Plutarco se expresa así del orador en *Cic.* XVIII:

οἶα δ' ἀνθρώπων ἀσταθμῆτων καὶ μετ' οἴνου τὰ πολλὰ καὶ γυναικῶν ἀλλήλοισ ἐντυγχανόντων βουλευματα πόνῳ καὶ λογισμῷ νήφοντι καὶ συνέσει περιττῇ διώκων ὁ Κικέρων, καὶ πολλοὺς μὲν ἔχων ἔξωθεν ἐπισκοποῦντας τὰ πραττόμενα καὶ συνεξιχνεύοντας αὐτῷ.

“¡La verdad! Cicerón dijo que tienes buen olfato para rastrearla, como un jabalí que busca trufas”; más adelante, en la misma novela, Craso reconocerá haber oído hablar de él, concretamente en su primer encuentro en SS Just 103: “Por supuesto, he oído hablar de ti. Conozco ese caso de las vestales que ocurrió el año pasado; tengo entendido que conseguiste salvarle el pellejo a Catilina. También sé que Cicerón alaba tu trabajo, aunque de una forma algo ambigua, y que Hortensio te admira”. La ambigüedad referida por Craso no es para menos, pues Gordiano, como hábil descubridor de la verdad y hombre de claros principios, no tardará en chocar con la naturaleza política de Cicerón, tan gustosa de manipulaciones y de francos engaños. A pesar de todo, ambos hombres iniciarán con la primera novela de *Roma sub rosa* una amistad que no dejará de pasar por numerosos altibajos. El mismo Cicerón llegará a defender a Gordiano en un juicio claramente ficticio que permite al Sabueso heredar de su amigo Lucio Claudio una casa de campo en Etruria, donde le encontramos radicado y feliz durante la acción de *El enigma de Catilina*. Efectivamente, Cneo Claudio, primo de Lucio Claudio, lleva a juicio a Gordiano con la idea de heredar las posesiones vecinas que ahora pertenecen a Gordiano¹⁷⁹, pero como bien recuerda Marco Celio en SS Cat 43, Cicerón hizo un brillante trabajo a favor de su viejo conocido:

Heredaste esta propiedad del difunto Lucio Claudio. Su familia, con toda la razón del mundo, pidió que se revocase el testamento. Los Claudios son un antiguo y distinguido clan familiar, mientras que tú no eres más que un plebeyo sin ascendencia noble, con una profesión más bien turbia y una familia de lo más irregular. Podías muy bien haber perdido el caso. Por eso debes estar agradecido a Cicerón. Yo presencié la vista y escuché sus argumentos. Jamás había presenciado elocuencia semejante o, si lo prefieres, tantas falsedades y exageraciones juntas. Fuiste tú quien pidió a Cicerón que hablara en tu nombre. Él podía haberse negado perfectamente. Acaba de finalizar una agotadora campaña política y como cónsul estaba muy presionado, cargado de demandas y obligaciones. Pero sacó tiempo para preparar tu caso y hacerse cargo de él en persona. No te pidió nada por sus servicios; habló en tu defensa y te cubrió de honra en reconocimiento por las muchas ocasiones en que le has ayudado desde el juicio de Sexto Roscio, hace ya diecisiete años. Cicerón no olvida a sus amigos. ¿Y Gordiano?

La visión que Gordiano tiene del orador (que es la del novelista, quien proyecta su escepticismo sobre el mismo) es profundamente crítica. Nunca negará la brillantez de su naturaleza (en SS Vest 223 nos lo presentará anormalmente agitado: “La mente más aguda de Roma estaba diciendo tonterías”), pero sí como un hombre cuya ambición política le conducirá a la excesiva autocomplacencia y, principalmente, a ser capaz de cualquier cosa con tal de ser enormemente poderoso. “lo cual le convertirá en célebre pero también le hará conseguir la animadversión de Sila, un

¹⁷⁹ Los intentos de la familia Claudia por volver a conseguir, ya sea por las buenas o por las malas, la finca que Gordiano hereda, constituyen la subtrama fundamental de la novela, o por así decirlo, el misterio de la misma, con el que se entrelaza la recreación histórica de la conjuración de Catilina. Para más detalles acerca de esta subtrama y el enigma de los decapitados, cf. nuestra Sinopsis de esta obra.

hecho del que el orador se mostraría orgulloso durante el resto de su vida. El dictador, quien se retiraría al poco tiempo del juicio de Roscio, es recreado de manera sumamente interesante por Saylor, y el novelista lo usará principalmente para predecir el destino del futuro cónsul, un futuro que sólo conduce hasta el lugar que él ocupa. El Sila de Steven Saylor está por retirarse, y decide no emprender ninguna clase de venganza contra el recién llegado a la escena política de la Urbe. Maquiavélico y hábil manejador de los hilos de la vida pública, el Sila de Saylor aparecerá en casa de Cicerón entre las páginas 346-58 de *Sangre romana*, y reconocerá ante el orador, si no su superioridad intelectual, sí al menos una presencia contra la cual no desea luchar a pocos días de abandonar la política. El viejo zorro está cansado y honra a Cicerón en SS Sang 357 con unas palabras que merecen ser reproducidas:

Eres un hombre listo, Marco Tulio Cicerón, y sin duda un espléndido orador. O eres estúpidamente osado o enloquecidamente ambicioso, o quizá ambas cosas... justo la clase de hombre que podría sernos de utilidad a mí y a mis amigos. Te daría la mano para reclutarte, pero no la aceptarías, ¿verdad? Tu joven cabeza todavía está llena de ideales confusos, defender a toda costa la virtud republicana de la cruel tiranía y cosas por el estilo. Te engaña la piedad; te engañas con respecto a tu propia naturaleza. Puede que mis otros sentidos me fallen, pero soy un viejo zorro, todavía tengo buen olfato y en esta habitación huelo la presencia de otro zorro. Voy a decirte algo, Cicerón: el camino que has elegido en la vida, al final sólo conduce a un lugar, y es el que yo ocupo. Puede que a ti no te lleve tan lejos, pero no conduce a ninguna otra parte. Mírame como si fuera tu espejo, Cicerón.

Es más que improbable que este encuentro, con la presencia de Gordiano o sin ella, se produjera nunca, pero lo que sí es cierto es que tanto en la realidad como en la ficción, después del caso de Roscio, Cicerón se ausentó de la Urbe por evitar las iras de Sila, y se refugió en el estudio de la filosofía en Atenas¹⁸⁰. Tras reforzar su formación en Grecia, regresó a Roma decidido a lanzarse a la carrera política, aunque con ánimo ciertamente moderado, pues tras consultar en el oráculo de Delfos cómo conseguir gran fama, la pitia le había prevenido de que debía tomar su propia naturaleza por reguladora, y no la opinión del vulgo (Plut. *Cic.* V, 1). Tras ser elegido como cuestor en Sicilia (Plut. *Cic.* V) regresó a la vida política de la Urbe con redoblados esfuerzos, donde volvería a destacar grandemente en 70 durante el juicio contra Verres, quien durante su cargo de gobernador de Sicilia saqueó la isla de obras de arte. La figura de Verres es recordada tanto por Maddox como por Saylor, pero si bien en Maddox no será más que una alusión breve donde el autor pone de

¹⁸⁰ Así, Plutarco, *Cic.* III, 6:

δεδιώς δὲ τὸν Σύλλαν ἀπεδήμησεν εἰς τὴν Ἑλλάδα, διασπείρας λόγον ὡς τοῦ σώματος αὐτῷ θερραπειᾶς δεομένου. De todos modos, debe añadirse que Cicerón se cuidó mucho de separar la figura de Crisógono de la de Sila, presentando a éste último como el reformador del Estado, y al primero como un parásito alimentado gracias a él. Como quiera que sea, los ataques contra su protegido no debieron ser del agrado del dictador.

relieve el contraste entre los políticos corruptos y sus perseguidores¹⁸¹, en Saylor tendrá una relevancia especial durante la novela *Last Seen in Massilia*, puesto que será en casa de Verres —quien vive desterrado en Massilia en medio del boato más sibarita— donde permanezca oculto el estandarte del águila de Mario que Catilina ostentó en la batalla final de Pistorium y que, desde entonces, se ha convertido en el emblema de los conjurados que viven refugiados en la ciudad gala. Si bien es entre las páginas 119-123 donde Saylor nos describe la riqueza en que vive Verres en un envidiable destierro y lleva a cabo una enumeración sucinta de sus obras de arte, es en las páginas 117-8 donde el autor hace una precisa síntesis del caso de Verres y de la demanda que los sicilianos, ofendidos por el expolio al que había sometido a la isla durante tres años, presentaron contra él. Si bien el enriquecimiento ilícito era normal en aquel tiempo¹⁸², el caso de Verres fue tan extremo que a pesar de que se hizo todo lo posible porque éste no llegase a los tribunales, el esfuerzo resultó en vano¹⁸³, pues la codicia desmedida de Verres había superado cualquier ejemplo conocido, como explica Saylor en SS Last 118:

¹⁸¹ Hallamos la evocación de su figura en JMR Mist 131-2: “La famosa acusación a Verres por parte de Cicerón había sacado a la luz un hecho revelador. En el curso del juicio un antiguo colega de Verres había citado unas palabras pronunciadas por éste poco antes de saquear Sicilia, que reflejaban su filosofía de la administración. Había comentado que las ganancias obtenidas en su primer año le servirían para enriquecerse, las del segundo irían a parar a sus amigos, y las del tercero al jurado. Era un signo de los tiempos que a la mayoría de la gente le pareciera un argumento ingenioso, en lugar de un escandaloso comentario sobre la calidad de la administración provincial romana. Sin embargo, todo no estaba perdido. Los sicilianos habían pedido a Cicerón que los representara ante el tribunal porque habían quedado muy satisfechos del honrado desempeño de su cargo en aquella isla. (...) Así pues, ¿qué cabía hacer? El viejo espíritu y las virtudes romanas no habían desaparecido, aun cuando el número de ciudadanos se hallara en franca minoría, ya que lo superaba la enorme cantidad de esclavos. Sin embargo, aún había hombres honrados que mantenían el buen nombre de la República”.

¹⁸² Recordado expresamente por Saylor en SS Last 117-8: “Verres! The name was synonymous with corruption, extortion, limitless greed, and the very worst sort of misgovernment. (...) It was Cicero who had prosecuted Gaius Verres a little over twenty years ago. The case had been a major scandal and established Cicero as the preeminent advocate in Rome, even as it destroyed Verres, who fled for Massilia before the court could deliver its damning verdict. The charge against Verres was extortion and criminal oppression of the people of Sicily during his three years as provincial governor of the island. Roman governors have always been notorious for exploiting their provinces and lining their own purses at the expense of the governed, while the Senate, whose members all hope for the opportunity to do the same themselves someday, turns a blind eye. It was indicative of egregiousness of Verres’s conduct that he was actually brought to trial for his offenses”.

¹⁸³ Plut. *Cic.* VII 4-5:

Βέρρου δίκην ἀνέλαβε. τοῦτον γὰρ στρατηγῶν γεγονότα τῆς Σικελίας καὶ πολλὰ πεπονηρευμένον τῶν Σικελιωτῶν διωκόντων εἶλεν, οὐκ εἰπὼν, ἀλλ’ ἐξ αὐτοῦ τρόπον τινὰ τοῦ μὴ εἰπεῖν. τῶν γὰρ στρατηγῶν τῷ Βέρρῳ χαρὶ ζομένων καὶ τὴν κρίσιν ὑπερθέσει καὶ διακρούσει πολλαῖς εἰς τὴν ὑστάτην ἐκβαλλόντων, ὡς ἦν πρόδηλον ὅτι τοῖς λόγοις ὁ τῆς ἡμέρας οὐκ ἐξαρκέσει χρόνος οὐδὲ λήψεται πέρασῃ κρίσις, ἀναστάς ὁ Κικέρων ἔφη μὴ δεῖσθαι λόγων, ἀλλ’ ἐπαγαγὼν τοὺς μάρτυρας καὶ ἀνακρίνας, ἐκέλευσε φέρειν τὴν ψήφον τοὺς δικαστάς.

According to Cicero, who had also served as an administrator in Sicily, Verres had not only extorted the populace and plundered their civic treasuries, but had virtually stripped the island bare of every beautiful man-made object. Verres's appetite for fine works of art amounted to a mania. He especially loved paintings of the sort done in encaustic wax on wood, not least because they could easily be carried off, and he assiduously built himself a collection of the best pictures to be gleaned from every public space and private gallery in Sicily. But his greatest passion was for statues. Before Verres, every town square in Sicily, even the humblest, was decorated with the statue of a local hero or some particularly venerated deity; after Verres, the pedestals stood empty —except in those instances where the scoundrel, to squeeze even more money from the locals, had forced them to erect statues of himself, charging them outrageous sums for the privilege. Anyone who dared to oppose him, whether Sicilian or Roman, was ruthlessly disposed of. His behavior while he controlled the island was more that of a pirate than a provincial governor.

La contundencia del orador fue tal que no necesitó más que un discurso (*Actio prima in Verrem*), precedido de la *Divinatio in Q. Caecilium* (sobre la elección del fiscal) para que Verres pusiera pies en polvorosa y huyera a refugiarse en Massilia, sin esperar siquiera el veredicto de los jueces¹⁸⁴. Convertido de nuevo en el abogado más importante de Roma, Cicerón impulsó su carrera política —siempre al servicio de la aristocracia, a pesar de ser un *homo novus*—, que le conduciría finalmente al consulado en 63 con Cayo Antonio como colega. Ya hemos visto que este consulado estuvo marcado por la famosa conjuración de Catilina, a la que los novelistas dedican sendas obras: *El enigma de Catilina*, de Saylor, y *La conspiración de Catilina*, de Maddox, sobre las cuales ya nos hemos detenido al abordar la figura del conjurado. Si bien Cicerón ya había alcanzado sin Catilina los más grandes éxitos durante su consulado¹⁸⁵, tras el episodio de la conjuración acabaría viéndose catapultado hacia las alturas y nombrado padre de la patria. A pesar de todo, un acontecimiento marcaría el resto de su vida, y estamos hablando de la ejecución de los ciudadanos romanos que colaboraron con Catilina, hecho que es descrito con sentida tensión en SS Cat 404-6. A pesar de esto, aquella noche empezaría siendo gloriosa para Cicerón en su apoteosis, como nos narra Gordiano en SS Cat 405-6 inspirándose en Plutarco¹⁸⁶:

¹⁸⁴ A pesar de que no hicieron falta, conservamos sin embargo los cinco discursos no pronunciados, conocidos como *Verrinas*, y entre ellos el famoso *De signis* sobre las obras de arte que Verres robó a templos y particulares, y en cuyo testimonio muy probablemente se fundamente Saylor para la ya mencionada descripción de la mansión de Verres en Massilia.

¹⁸⁵ Así lo expresa el personaje de Claudia en SS Cat 32: “Tu amigo Cicerón parece atesorar éxitos como cónsul. (...) Debes sentirte orgulloso de tener un amigo así. Como cónsul ha resultado mejor de lo que esperábamos. Una pena que no pueda estar en el cargo dos años seguidos”.

¹⁸⁶ Plut. *Cic.* XXII, 4-6:

ὄρων δὲ πολλοὺς ἔτι τῶν ἀπὸ τῆς συνωμοσίας ἐν ἀγορᾷ συνεστῶτας ἀθρόους, καὶ τὴν μὲν πράξιν ἀγνοοῦντας, τὴν δὲ νύκτα προσμένοντας, ὡς ἔτι ζώντων τῶν ἀνδρῶν καὶ δυναμένων εξαρπαγῆναι, φεγγάμενος μέγα πρὸς αὐτοὺς “ἔζησαν” εἶπεν· οὕτω δὲ Ῥωμαίων οἱ δυσφημεῖν μὴ βουλόμενοι τὸ τεθνάναι σημαίνουσιν. ἤδη δ’ ἦν ἑσπέρα, καὶ δι’ ἀγορὰς ἀνέβαινεν εἰς τὴν οἰκίαν, οὐ-

Cuando todo acabó, Cicerón salió de la cárcel y anunció a la muchedumbre muda:

—Sus vidas han llegado a su término —la forma tradicional de referirse a la muerte sin citar la fatídica palabra, para no tentar a los Hados o despertar a los lémures de los que no han tenido una muerte tranquila.

Tras las ejecuciones, una gran tensión envolvió a la ciudad, como cuando se recitan las últimas palabras de una tragedia. Empezaba a anochecer. La multitud empezó a dispersarse. Cicerón, rodeado por su escolta, se abrió paso por el Foro. Repentinamente gritos de aclamación llenaron el aire. Los hombres se empujaban para tocar a Cicerón, le llamaban salvador de la patria. Cuando salió del Foro y empezó a caminar por el lujoso barrio del Palatino en dirección a su casa, las matronas ricas se asomaban a las ventanas para verle y mandaban a los esclavos que encendieran lámparas y antorchas en sus puertas para iluminarle el camino. Ya no tenía el rostro ceñudo; sonreía y saludaba a la multitud como hacen los generales en sus desfiles triunfales.

Pronto este momento climático en la existencia de gran orador se convertiría en una pesada carga para él, y a la larga, habría de costarle la vida. La primera sanción llegó cuando debió abandonar su cargo en el consulado, en que se le impidió pronunciar el habitual discurso de despedida, como nos explica Saylor por boca de Gordiano en SS Cat 408 siguiendo de nuevo al pie de la letra cuanto nos narra Plutarco¹⁸⁷:

La primera gota de hiel cayó a comienzos del año nuevo, cuando Cicerón tuvo que abandonar su cargo. La tradición exigía que jurara que había sido fiel a Roma en el cumplimiento de su deber y se le permitía dar un discurso de despedida desde la columna rostral del Foro. (...) Pero no fue así. Dos de los nuevos tribunos, que habían tomado posesión del cargo, utilizaron su poder para impedir que Cicerón pronunciara el discurso de despedida amparándose en un tecnicismo legal y alegando que no se podía permitir un discurso de despedida a un hombre que había condenado a muerte a ciudadanos romanos sin el debido procesamiento legal. Ocuparon los Rostra y no le permitieron subir al estrado. Finalmente cedieron, pero sólo para dejarle prestar juramento de fidelidad a Roma. Bajo la vigilante mirada de los tribunos, dispuestos a echarlo de allí por la fuerza, Cicerón improvisó:

—Juro... ¡que verdaderamente he salvado a mi patria y he velado por su grandeza!

A esto siguieron tres años de vacío político en que Cicerón tocó fondo cuando en 59 el tribuno de la plebe Publio Clodio —su enemigo feroz, como ya hemos

κέτι σιωπῇ τῶν πολιτῶν οὐδὲτάξει προπεμπόντων αὐτόν, ἀλλὰ φωναῖς καὶ κρότοις δεχομένων καθ' οὓς γένοιτο, σωτήρα καὶ κτίστην ἀνακαλούντων τῆς πατρίδος. τὰ δὲ φῶτα πολλὰ κατέλαμπε τοὺς στενωπούς, λαμπάδια καὶ δῆδας ἰστάντων ἐπὶ ταῖς θύραις. αἱ δὲ γυναῖκες ἐκτῶν τεγῶν προῦφαινον ἐπὶ τιμῇ καὶ θεᾷ τοῦ ἀνδρός, ὑπὸ πομπῇ τῶν ἀρίστων μάλα σεμνῶς ἀνιόντος.

¹⁸⁷ Plut. Cic. XXIII, 2-3:

οἱ τὴν ἀρχὴν παραλαβόντες, ἔτι τοῦ Κικέρωνος ἡμέρας ὀλίγας ἄρχοντες, οὐκ εἶον δημηγορεῖν αὐτόν, ἀλλ' ὑπὲρ τῶν ἐμβόλων βάρη θέντες οὐ παρέσαν οὐδ' ἐπέτρεπον λέγειν, ἀλλ' ἐκέλευον, εἰ βούλοιο, μόνον περὶ τῆς ἀρχῆς ἀπομόσαντα καταβαίνειν, κάκεινος ἐπὶ τούτοις ὡς ὁμόσων προῆλθε· καὶ γενομένης αὐτῷ σιωπῆς, ἀπώμνυν οὐ τὸν πάτριον, ἀλλ' ἰδίον τινα καὶ καινὸν ὄρκον, ἧ μὴν σεσωκέναι τὴν πατρίδα καὶ διατετηρηκέναι τὴν ἡγεμονίαν. ἐπώμνυε δὲ τὸν ὄρκον αὐτῷ σύμπας ὁ δῆμος.

visto al hablar de este personaje— promulgó una ley *de provocatione* que condenaba a todo aquel que fuera culpable de la muerte de un ciudadano romano sin juicio previo, lo que era un recordatorio feroz de la instigación ciceroniana a la condena de los cómplices de Catilina. Cicerón se vio obligado a abandonar la Urbe en 58, un voluntario exilio que le condujo a Macedonia. Nada más saber Publio Clodio que Cicerón había huído, decretó una orden oficial de destierro¹⁸⁸ y mandó quemar su casa, sobre cuyas ruinas edificó el templo de la Libertad¹⁸⁹. Esta turbulenta reacción de Clodio es evocada por Gordiano en SS Ap 77-8:

Nunca había estado en la casa que había mandado construir recientemente Cicerón. Algunos años antes, cuando Clodio consiguió que desterraran de Roma a Cicerón, la chusma clodiana había celebrado su triunfo quemando la casa de Cicerón; había observado las llamas desde mi balcón. Cuando el senado revocó el exilio de Cicerón, dieciséis meses después, éste se puso a reconstruirla. Clodio le seguía a cada paso que daba obstaculizándole el avance con maniobras legales. La propiedad había sido confiscada por el Estado y consagrada a uso religioso, reclamaba. Cicerón contraatacaba manifestando que la confiscación era ilegal y que sus derechos como ciudadano romano habían sido violados de una forma totalmente rastrera. Había sido uno de los intercambios de peor gusto y más enérgicos que habían tenido. Cicerón había ganado el caso. La casa se había reconstruido.

Lanzado al desenfreno político, Pompeyo promovió el retorno de Cicerón, y éste fue aprobado por el Senado, como bien recuerda Saylor, después de dieciséis meses¹⁹⁰. El siguiente capítulo importante en la historia de la Urbe, ya comentado anteriormente, constituye el asesinato de Publio Clodio a manos de Milón. La muerte del tribuno de la plebe originó serios tumultos en la Urbe, que tuvieron su cenit en la incineración del cuerpo dentro de la Curia. Durante estas páginas de *Un asesinato en la vía Apia*, Saylor nos mostrará a Cicerón y Tirón contemplando los acontecimientos desde el tejado de su casa en SS Ap 49-50, pues el orador se halla indudablemente temeroso de que la turba pueda tomarla nuevamente contra su morada en Roma. Durante el juicio subsiguiente, Cicerón pretendió hacer pasar a Milón como una víctima de los planes de Clodio, de quien tuvo que defenderse al toparse con él y sus hombres en la vía Apia. Empeñado en esta ocasión en querer hacer ver lo blanco como si fuera negro, el juicio constituyó el más sonoro fracaso en la vida del orador. Ya hemos dicho que Plutarco en *Cic. XXXV* menciona cómo Cicerón perdió los papeles aquel día y sus nervios le traicionaron hasta el extremo de pronunciar un

¹⁸⁸ Plut. *Cic.* XXXII, 1:

Ὅς δ' ἦν φανερός ἤδη πεφευγώς, ἐπήγαγεν αὐτῷ φυγῆς ψήφον ὁ Κλώδιος, καὶ διάγραμμα προῦθηκεν εἶργειν πυρός καὶ ὕδατος τὸν ἄνδρα καὶ μὴ παρέχειν στέγην ἐντόςμιλιον πεντακοσίων Ἰταλίας.

¹⁸⁹ Plut. *Cic.* XXXIII, 1:

Ὁ δὲ Κλώδιος ἐξελάσας αὐτὸν κατέπρησε μὲν αὐτὸ τὰς ἐπαύλεις, κατέπρησε δὲ τὴν οἰκίαν καὶ τῷ τόπῳ ναὸν Ἐλευθερίας ἐπωκοδόμησε.

¹⁹⁰ Plut. *Cic.* XXXIII: Κατῆρει δὲ Κικέρων ἐκκαϊδεκάτῳ μηνὶ μετὰ τὴν φυγὴν.

discurso balbuceante y carente de toda fuerza que, paradójicamente, tras ser reelaborado y editado por el propio Cicerón, figura entre las obras maestras de la oratoria clásica. Saylor introduce a Gordiano como testigo de este fracaso en SS Ap 359, y en sus comentarios lleva a cabo una precisa síntesis del estilo de oratoria ciceroniana:

Los discursos de Cicerón habían producido en mí varias reacciones a lo largo de los años: indignación ante su habilidad para retorcer la verdad, admiración cercana a la reverencia ante su habilidad para elaborar una argumentación lógica, simple asombro ante su prodigioso amor propio, rencoroso respeto ante su lealtad para con los amigos, consternación por su demagogia desvergonzada, porque Cicerón siempre estaba dispuesto a explotar los sentimientos religiosos y los prejuicios sexuales de sus oyentes para conseguir sus propios fines. En aquel momento empezaba a sentir algo que no había sentido nunca, algo que había creído imposible: me sentía avergonzado por él. (...) Era el retrato de un hombre acobardado por el miedo. Balbuceaba, desviaba la mirada, sudaba, tropezaba con las palabras. Era como un actor entorpecido por el miedo escénico. Ningún hombre podría ser culpado por amilanarse ante aquella multitud, pero semejante reacción en Cicerón era bastante difícil de digerir. Una actuación tan pobre quitaba a sus palabras todo el peso que hubieran podido tener. Las pocas frases audibles de su discurso parecían inconexas, forzadas, artificiales y falsas. Tenía la impresión de estar viendo a un actor de segunda haciendo una mala parodia de Cicerón. Más que sentirme avergonzado, casi sentía pena por él.

Los acontecimientos posteriores a la debacle del juicio de Milón, de quien ya hemos visto que debió desterrarse a Massilia, quedarán reseñados en la última novela de Saylor en que el abogado romano adquiere relevante protagonismo. En *Rubicon*, encontramos a un Cicerón envejecido que mira con amargura su propio pasado; en SS Rub 38-41 recuerda ante Gordiano su juventud y los avatares que se han sucedido en treinta y un años de mutuo conocimiento desde el caso de Sexto Roscio, y al final la pluma de Saylor permite que el hombre maduro y cansado se exprese con honda acritud acerca de su recuerdos y de sus comienzos, como en SS Rub 39: “I, Marcus Tullius Cicero, took on the dictator Sulla in the courts —and bested him! I think back now and wonder how I could ever been so mad. But it wasn’t madness. It was bravery. (...) I was young and thought I could change the world. Now... now I wonder if I can be that brave again. I fear I’m too old, Gordianus. I’ve seen too much... suffered too much...”

A pesar de ello, sigue siendo un hombre que no abandona sus sueños de gloria, y también le vemos ansiando un merecido triunfo por su ejemplar desempeño en Cilicia, donde de acuerdo con Plutarco en *Cic. XXXVI* pasó a la historia por la honradez de su gestión y la tranquilidad con que él mismo vivía, sin temor de nadie, en aquel territorio pacificado¹⁹¹. En SS Rub 153 le veremos lamentarse por su deseado

¹⁹¹ Hasta tal punto, explica Plutarco en *Cic. XXXVI*, que el propio Cicerón afirmaba que hasta las panteras habían huido del territorio porque se habían refugiado en la Caria, incomodadas de que a

triumfo: “What’s the point of being a provincial governor if there’s no triumph at the end of it?”. Pero sobre todo, el Cicerón de *Rubicón* es un hombre que no sabe si tomar partido por Julio César o Cicerón en medio de una guerra civil que ya es más que inminente, dudas que le atormentaron todo el tiempo, como apunta Plutarco en *Cic. XXXVII, 1-2*:

Ἐν μὲν οὖν τῇ βουλῇ ψηφιομένων αὐτῷ θρίαμβον, ἥδιον ἂν ἔφη παρακολουθῆσαι Καίσαρι θριαμβεύοντι συμβάσεων γενομένων· ἰδίᾳ δὲ συνεβούλευε πολλὰ μὲν Καίσαρι γράφων, πολλὰ δ’ αὖ τοῦ Πομπηίου δεόμενος, πραῦνων ἑκάτερον καὶ παραμυθούμενος, ὡς δ’ ἦν ἀνήκεστα, καὶ Καίσαρος ἐπερχομένου Πομπηῖος οὐκ ἔμεινεν, ἀλλὰ μετὰ πολλῶν καὶ ἀγαθῶν ἀνδρῶν τὴν πόλιν ἐξέλιπε, ταύτης μὲν ἀπελείφθη τῆς φυγῆς ὁ Κικέρων, ἔδοξε δὲ Καίσαρι προστίθεσθαι, καὶ δῆλός ἐστι τῇ γνώμῃ πολλὰ ῥιπτασθεῖς ἐπ’ ἀμφοτέρα καὶ διστάσας.

Esta será la línea a seguir por Steven Saylor en la novela *Rubicón*: Cicerón teme y duda más que nunca, y esta duda llena de agitación su vida: si permanece en Roma, se convertirá en enemigo de Pompeyo; si abandona la Urbe, será considerado enemigo de César. Sin embargo, un hombre debe elegir un bando, como afirma en SS Rub 45 cuando todos estos razonamientos le agitan: “We must all choose sides, Gordianus. No more argument, no more procrastination. This side, or that. But toward what end? No matter who wins, we shall end up with a tyrant. What a choice—beheaded if I pick the wrong side, a slave if I pick the right one”. Durante el resto de la novela, Cicerón intentará permanecer neutral, mantendrá correspondencia con César y adoptará tentativamente, pero sin ninguna convicción, el bando pompeyano¹⁹². En una de las páginas finales de la novela (SS Rub 260), Cicerón se mantendrá en su forzada neutralidad, cada vez más inconsistente hasta el extremo de que Gordiano acabará evocando jocosamente su situación como la de un animal del reino de Esopo:

What of Cicero? On his way to Rome, Caesar had visited him at Formiae. He asked Cicero to return to the city and attend the Senate. Cicero delicately refuse, and made a point of going to his hometown of Arpinum instead, to celebrate his son’s belated toga day. Caesar was tolerating Cicero’s neutrality, for now. Would Pompey be as understanding if he came sweeping back through Italy with fire and sword? Poor Cicero, trapped like Aesop’s rabbit between the lion and the fox”.

ellas solas se les hiciera la guerra cuando todo lo demás estaba en paz.

¹⁹² Así lo explica Tirón en SS Rub 128: “Cicero and Caesar never stopped corresponding. Pompey knows that. Cicero hasn’t misled him. Now that the crisis is entering a new stage, Cicero may be in a position to act as a go-between, as peacemaker. In order to do that, he must maintain a delicate balance”. La réplica de Gordiano no se hace esperar, y refleja fielmente los pensamientos del novelista: “Nonsense! Cicero simply hasn’t the nerve to throw his lot with Pompey. He detest Caesar, but he fears that Caesar may win, so he secretly cozies up to both sides. He’s the worst sort of coward.”

El mayor rasgo de originalidad de *Rubicón* consistirá precisamente en involucrar al ya liberto Tirón en una trama de espionaje donde, de acuerdo con la imaginación de Saylor, las cartas que ambos se cruzan están llenas de consignas políticas secretas. Analizaremos una carta más adelante, como el ejemplo más interesante y representativo de la manipulación literaria que Steven Saylor lleva a cabo de las fuentes literarias.

Tanto Saylor como Maddox se basan en los mismos textos para su recreación de Cicerón, pero Saylor no sólo sigue a Plutarco, sino que también bebe abundantemente de los propios textos ciceronianos, sobre todo los discursos y las cartas, mientras que Maddox parece sentir más interés por el Cicerón de los textos religiosos y filosóficos, pues es en este autor donde hallamos un Cicerón más religioso, o cuanto menos, más interesado por la voluntad o fuerza que rige la vida de los humanos, sea ésta divina o astrológica.

El Cicerón de ambos autores concuerda en un punto insoslayable e indelible: el orador fue un monstruo de la naturaleza y un coloso de la literatura y el pensamiento de su tiempo. Sin embargo, Maddox será más reverente en su recreación del personaje, y Saylor le mostrará con sus contrastes para humanizarlo y hacerlo más próximo a nosotros. Saylor lo hará ahondando en sus debilidades humanas —como la dispepsia de que sufrió toda la vida¹⁹³—, y psicológicas: en él lo más llamativo era su aparente desinterés por las relaciones sexuales, contra el cual muchos se encarnizarán tanto como el orador se encarnizaba contra la aparente hiperactividad sexual de Catilina o Clodio. “¿Es cierto que está castrado?” pregunta a Gordiano un curioso amigo de Lucio Claudio en SS Vest 183 haciéndose eco de la *vox populi* más exagerada de su tiempo. Siguiendo la animadversión que en las *Catilinarias* mostraba Cicerón hacia el erotismo aparentemente desenfrenado de Catilina, en SS Cat 52-3 los dos personajes históricos y sus lances de amor saldrán a colación de manera contrastada en una conversación “adulta” entre Gordiano y su todavía joven hijo Metón:

¹⁹³ Así nos lo cuenta Plutarco en *Cic.* III, 7:

καὶ γὰρ ἦν ὄντως τὴν ἕξιν ἰσχνὸς καὶ ἄσαρκος, ἀρρωστία τοῦ στομάχου μικρὰ καὶ γλίσχη μόλις ὄψε τῆς ὥρας προσφερόμενος. Las referencias a su enfermedad, verdadero talón de Aquiles del orador, se dan con frecuencia en Saylor. Así, en SS Sang 95 Gordiano nos explica cuando Tirón le comunica que su amo no se levantará hasta el mediodía que “padecía una enfermedad crónica de los intestinos y culpaba de la recaída a la ciruela que había comido en casa de Cecilia Metela”. En SS Sang 58 el mismo orador se quejará amargamente de su desgracia: “Yo tomaré un poco de vino. Sólo un poco, con este calor es probable que se me agrie en el estómago. ¿Soy el único que padece tan peculiar enfermedad? No puedo comer nada en verano; a veces ayuno durante días”. Por fin, en SS Cat 463 Marco Celio dará nombre a esta enfermedad en una confesión a Gordiano: “Dispepsia. Y vientre flojo. Este último año, peor que nunca. A veces me pregunto cómo consigue Cicerón acabar sus discursos en el senado”.

Principales protagonistas de la historia

¿Quieres oír un chiste sobre Cicerón que circuló durante la campaña? (...) Ten en cuenta que, probablemente, lo inventó Catilina. Cicerón tiene una hija de trece años, Tulia, y un hijo de dos, Marco. Bueno, pues cuentan que Cicerón detesta tanto la sexualidad que sólo lo ha probado dos veces en su vida. Tulia fue el resultado de la primera; once años después, su esposa le convenció de que probara de nuevo y él accedió, sólo para estar seguro de que copular era tan malo como le había parecido la primera vez. El resultado fue Marco. (...) Bueno, supongo que es normal que un joven no ría los chistes de su padre. Tendrías que haber visto cómo se reía la gente en las tabernas cuando se contaba el día de las elecciones. Pero cuando se hizo el recuento de votos fue Cicerón el que se rió.

Saylor no podía ser tan poco caballeroso que no ofreciese a su Catilina la posibilidad de expresar libremente su opinión acerca del asunto de su sexualidad, y en SS Cat 152, como ya hemos visto anteriormente, desmiente todas las leyendas de asesinato y sexo compulsivo que se le atribuyen, enfatizando en estas últimas y en su desprecio por quienes las rebajan hasta la suciedad: “Nadie se ocupa de esas cosas excepto los puritanos como Catón o Cicerón, con sus corazones negros y sus sucias lenguas. ¡Jamás he podido entender que hombres sin apetito puedan sentir tal resentimiento hacia hombres que comen con fruición”. La posición de Cicerón era sin duda una radicalización de su carácter provinciano y conservador por una parte, y de su formación en la filosofía estoica por otra, aunque los rumores acerca de su amor por Clodia, la hermana de su enemigo político, vienen desde Plutarco *Cic.* XIX, como ya hemos mencionado anteriormente y como muy bien glosa Saylor en SS Ven 290 poniendo el chisme en boca de Catulo:

—Ella debería haberlo pensado antes de meterse con él. Cicerón es un hombre peligroso.

—Ya lo sé. Vi lo que hizo con Catilina cuando decidió destruirle. Sólo necesitó palabras.

—Clodia cree que todo se limita al cuerpo y al sexo. No entiende el poder de las palabras. Por eso cree que mi poesía es débil. —Calló un momento—. Cicerón estuvo enamorado de ella. ¿Lo sabías?

—Había oído rumores, pero me pareció que no tenían sentido. ¿Cicerón enamorado de alguien que no sea él mismo?

—Es un presuntuoso. Era muy amigo de su marido, Quinto. Siempre estaba visitando su casa cuando Quinto vivía, y el lugar era... bueno, lo bastante respetable como para que un hombre como Cicerón se sintiera a gusto. Clodia era mucho más moderada entonces, y más discreta también. Creo que prefería llevar sus asuntos a escondidas... las citas secretas, el peligro de ser cogida, la perversa emoción de ponerle los cuernos al marido. Además, una mujer casada puede mandar a paseo a un amante en el momento en que se cansa de él...

—Pero ¿Cicerón? Si desprecia a la gente como ella.

—¿Hay alguien como Clodia?

—Sabes a qué me refiero.

—Quizás la desprecie ahora, pero entonces... aquello sucedió durante la peor época de su matrimonio, en los años anteriores a la muerte de Quinto, cuando discutían continuamente, incluso delante de la gente. Sobre todo delante de la gente. Discutían por todo: las re-

laciones de Clodia, la carrera de su hermano, dinero, política... Siempre he pensado que lo que llamó la atención de Cicerón fue verla discutir. Podía prescindir del hecho de que fuera una belleza, pero también era inteligente. Una belleza voluptuosa que podía discutir con un hombre como Quinto y hacerle morder el polvo... bueno, Cicerón quedó fascinado. A veces ocurren estas cosas a hombres como él; guardan sus apetitos bajo llave y, de repente, se enamoran locamente de la persona menos indicada. No sé si alguna vez hicieron algo al respecto. Ella me dijo que sí, pero mentía para herirme. Esto fue hace años, pero hace que ahora Cicerón represente un peligro todavía mayor.

Y es que el estoicismo era consustancial a su naturaleza, aunque como tantos estoicos hiciesen honor a aquel célebre pensamiento que hallamos en Cornelio Nepote, *Fragmentos V*, precisamente en una carta dirigida a Cicerón, donde pone en tela de juicio la veracidad de que la filosofía sea una auténtica maestra de la vida al haber comprobado que quienes más dogmatizan en las escuelas acerca de la contención, en realidad viven dominados por sus pasiones. Por esto Saylor se divierte presentando un lado de Cicerón que, por humano, resulta ser enormemente amable por la importante carga de desmitificación que entraña: la vanidad, por ejemplo: “Cicerón es un advenedizo glorioso, un cometa venido de ninguna parte, y encima vanidoso como un pavo real” (SS Cat 50)¹⁹⁴; la presunción juega también un importante papel en esta recreación, y desde este punto de vista no deja de ser divertida la escena en que el orador se jacta ante Gordiano de su discurso *Pro Milone*, en SS Ap 347:

—Espera a oír mi discurso. Es mi obra maestra, Gordiano. ¿Estoy fanfarroneando, Tirón, o es la pura verdad?

Tirón esbozó una sonrisa maliciosa.

—Es un discurso muy bueno.

—¡Nunca había escrito uno mejor! Y mi oratoria nunca había sido tan buena. Fascinaré al jurado con las primeras palabras, los estrecharé contra mí como si fueran una amante hasta que no tenga nada más que decir y, después de haberlo hecho, desafiare a cualquier hombre que se enfrente a Milón.

A este respecto, no era precisamente la filosofía estoica la que lo empujó a vivir en el mayor lujo de que fue capaz, y este cambio entre el Cicerón de sus orígenes

¹⁹⁴ Acerca de la vanidad superlativa de Cicerón, que podía llegar a ser francamente insoportable, tenemos muchos testimonios. Así, Plutarco en *Cic.* XXIV, 1-4 le describe después de su triunfo contra Catilina:

Καὶ μέγιστον μὲν ἴσχυσεν ἐν τῇ πόλει τότε, πολλοῖς δ' ἐπίφθονον ἑαυτὸν ἐποίησεν ἀπ'οὐδενός ἔργου πονηροῦ, τῷ δ' ἐπαινεῖν αἰεὶ καὶ μεγαλύνειν αὐτὸς ἑαυτὸν ὑπὸ πολλῶν δυσχεραίνόμενος. οὐ ὅτε γὰρ βουλὴν οὔτε δῆμον οὔτε δικαστήριον ἦν συνελθεῖν, ἐν ᾧ μὴ Κατιλίαν ἔδει θρυλούμενον ἀκούσαι καὶ Λέντλον, ἀλλὰ καὶ τὰ βιβλία τελευτῶν κατέπλησε καὶ τὰ συγγράμματα τῶν ἐγκωμίων, καὶ τὸν λόγον, ἥδιστον ὄντα καὶ χάριν ἔχοντα πλείστην, ἐπαχθῆ καὶ φορτικὸν ἐποίησε τοῖς ἀκροωμένοις, ὥσπερ τινὸς αἰεὶ κηρὸς αὐτῷ τῆς ἀηδίας ταύτης προσούσης. ὁμῶς δέ, καίπερ οὕτως ἀκράτῳ φιλοτιμίᾳ συνών, ἀπήλλακτο τοῦ φθονεῖν ἑτέροις, ἀφθονώτατος ὢν ἐν τῷ τοῦς πρὸ αὐτοῦ καὶ τοῦς καθ' αὐτὸν ἀνδρας ἐγκωμιάζειν, ὡς ἐκ τῶν συγγραμμάτων λαβεῖν ἔστι.

nes¹⁹⁵ y aquél que ya había triunfado en la vida pública se nos describe en SS Ap 80-1. En este caso, Gordiano resalta no sólo el lujo de la casa de Cicerón, sino también el contraste que existe entre este lujo y el hecho de que Cicerón no hubiese aceptado nunca un pago por sus servicios legales, aunque como bien dice Plutarco¹⁹⁶, Cicerón sabía muy bien cuáles eran las posesiones y fortunas de sus amigos, y sabiendo esto no le resultaba difícil verse gratificado, no por medio de dinero o de dones, sino de convenientes favores y oportunas compensaciones como muestra de agradecimiento:

Nos retiramos a una sala pequeña y caldeada de la parte posterior de la casa. El paseo por el pasillo y el jardín central me dio la oportunidad de observar con detalle el entorno. Mobiliario, cortinajes, pintura y mosaicos, todo era de los más refinado; no había visto nada más impresionante ni siquiera en la casa de Clodio. Las dimensiones de la casa de Cicerón eran más modestas, sin lugar a dudas, pero de alguna manera, por ello mismo, resultaba más agradable. Cicerón siempre había tenido un gusto impecable.

También había contado siempre con dinero suficiente para satisfacer sus gustos, pero daba la impresión de que había prosperado tanto que ya no tenía necesidad de limitarse a guardar las apariencias. Se precisa ser rico de verdad para tener una fuente decorada con mosaicos espolvoreados con oro, colgar una pintura de Iaia de Cízico en la pared del despacho o exponer en la misma mesa, cubierta por una gruesa lámina de cristal, un fragmento del papiro original de un diálogo con correcciones manuscritas de Platón. La ley romana prohíbe a los abogados recibir honorarios por sus servicios; cada caso se resuelve a cambio de gratificaciones. Con todo, abogados con éxito consiguen hacerse ricos. En vez de simples bolsas de plata, son recompensados con regalos de propiedades o exclusivas oportunidades de invertir. Cicerón era uno de los mejores abogados de Roma y siempre había sabido cómo cultivar a los Optimates. Su casa estaba llena de cosas hermosas, caras y extrañas. Sólo podía imaginarme los tesoros que habían sido destruidos o saqueados cuando la chusma de Clodio quemó su vieja casa.

Mas frente a estas veleidades humanas, inherentes sin duda al genio, también encontramos que Cicerón puede tener detalles generosos¹⁹⁷, que su honradez es ce-

¹⁹⁵ A este respecto, hay un comentario mordaz por parte de Gordiano en la segunda novela de la serie: “Marco Mumio conducía el barco hacia el gran golfo que los romanos llaman la Crátera, ya que se parece a una vasija de boca ancha y bordeada de aldeas. Los antiguos griegos que colonizaron el gran arco de tierra lo llamaron golfo de Neápolis, según creo en honor de la ciudad principal de la zona. Cicerón, uno de mis clientes ocasionales, la designa con el despectivo nombre de “golfo del lujo”, tal vez porque aún no ha podido comprarse una mansión en los alrededores” (SS Just 43).

¹⁹⁶ Plut. *Cic.* VII, 2-3:

ὄθεν οὐ μόνον τῶν ὀνομάτων μνημονεύειν εἴθιζεν ἑαυτόν, ἀλλὰ καὶ τὸν τόπον ἐν ᾧ τῶν γνωρίμων ἕκαστος οἰκεῖ, καὶ χωρίον ὃ κέκτηται, καὶ φίλους οἷσινι χρῆται καὶ γείτονας γινώσκειν, καὶ πᾶσαν ὁδὸν τῆς Ἰταλίας διαπορευομένων Κικέρωνι πρόχειρον ἦν εἰπεῖν καὶ ἐπιδείξει τοὺς τῶν φίλων ἀγροὺς καὶ τὰς ἐπαύλεις. οὐσίαν δὲ μικρὰν μὲν, ἱκανὴν δὲ καὶ ταῖς δαπάναις ἐπαρκῆ κεκτημένος, ἐθαυμάζετο μῆτε μισθοῦς μῆτε δῶρα προσιέμενος ἀπὸ τῆς συνηγορίας, μάλιστα δ' ὅτε τήνκατὰ Βέρρου δίκην ἀνέλαβε.

¹⁹⁷ Así, en SS Cat 77 Saylor nos obsequia con un interesante detalle acerca de un curioso juego de mesa obsequiado por el orador: “Volvió a toda prisa y me entregó una figurilla de bronce de un guerrero cartaginés con arco y flecha. Pertenece a un juego de mesa llamado “Elefantes y Arqueros”. Tras ser elegido cónsul, Cicerón había regalado varios juegos de éstos, fabricados especialmente para

lebrada por quienes le son más leales y miran por el bien de la república¹⁹⁸, y que su sarcasmo indica por lo general un talante predispuesto por naturaleza al buen humor, si bien este último rasgo será más habitual en el Cicerón de Maddox, mucho más relajado que el de Steven Saylor. Este autor nos recordará la socarronería ciceroniana (que tan útil le resultó en sus discursos) en JMR Sat 242: “These words were spoken with the withering sarcasm possible only to an Italian peasant or Cicero on one of his best days”. Y en este aspecto al menos, si bien el Cicerón de Maddox es menos complejo que el de Saylor, sí es más consecuente con las noticias que nos han transmitido los textos plutarquianos¹⁹⁹, como en la *Comparatio Ciceronis et Demosthenis* I, 4-6:

Κικέρων δὲ πολλαχού τῷ σκωπτικῷ πρὸς τὸ βωμολόχον ἐκφερόμενος, καὶ πράγματα σπουδῆς ἄξια γέλῳτι καὶ παιδιᾷ κατειρωνευόμενος ἐν ταῖς δίκαις εἰς τὸ χρεῖῳδες, ἠφείδει τοῦ πρέποντος. [...] δοκεῖ δὲ καὶ γέλῳτος οἰκεῖος ὁ Κικέρων γεγονέναι καὶ φιλοσκώπτῃς, τό τε πρόσωπον αὐτοῦ μείδιμα καὶ γαλήνη κατεῖχε·

Por encima de todo, el Cicerón de ambos autores será un enorme intelectual, un hombre con afán desmedido de conocimiento, tanto como de gloria. “La mente más aguda de Roma”, como lo denomina Gordiano en SS Vest 223, y el Decio de Maddox en JMR Sac 83 se expresa así desde su vejez: “he had the finest mind I have encountered in my long lifetime”. Así pues, no es de extrañar que las imágenes más corrientes sean aquellas en que el orador es representado hundido entre los libros que conforman su gran cultura y templan con sus enseñanzas su compleja técnica oratoria. Incluso se aludirá a él como prototipo de bibliómano, como en SS Just 118: “Creo que nunca había visto tantos rollos juntos en un mismo sitio, ni siquiera en casa de Cicerón”. El mismo Sila describirá en la primera novela de *Roma sub rosa* (SS Sang 347-8) la biblioteca del joven orador, y lo hará como una manera amable de abrir la conversación que pronto adquirirá otros derroteros más graves:

Eres un hombre de considerable cultura y aceptable buen gusto, Marco Tulio Cicerón. Aunque los tratados de gramática y retórica que hay en esta sala me parecen áridos y aburridos, me complace ver que tienes una selecta colección de obras de teatro, especialmente de autores griegos. Y aunque me da la impresión de que has reunido lo peor de los

él, a docenas de invitados en una de sus celebraciones. Yo había pasado el regalo a Metón, que lo guardaba como oro en paño”.

¹⁹⁸ En un interesante diálogo entre Gordiano y Tirón acerca del orador, su inseparable esclavo lo defenderá sin fisuras en SS Ap 96 frente a la desconfianza natural del Sabueso: “¿No se te ocurre pensar que a veces estoy cansado de su comportamiento, de pasar tantas horas del día en su compañía? ¡Puede volverme loco! Sin embargo, no he encontrado en mi vida un hombre más admirable y honrado que él. En lo fundamental, Cicerón y tú estáis del mismo lado”.

¹⁹⁹ Ya hemos analizado en el capítulo correspondiente la visión, radicalmente opuesta, que desarrollan nuestros dos novelistas con respecto a la actitud de Cicerón frente a las Saturnales.

poetas latinos, se te puede perdonar porque has sabido elegir con buen juicio esta copia asombrosamente exquisita de las obras de Eurípides... del taller ateniense de Epicles, observo. Cuando era joven, con frecuencia alentaba la fantasía de convertirme en actor. Pensaba que sería un Penteo muy convincente. ¿O crees que hubiera quedado mejor en el papel de Dioniso? ¿Conoces bien *Las Bacantes*?

Apasionado de la literatura²⁰⁰, entre sus piezas tendrá incluso (¿acaso pudo ser de otra forma?) una primera edición de *La guerra de las Galias*, con la significativa dedicatoria de su autor: “To M. Tullius Cicero, who has expressed approval of the author’s prose if not his politics” (SS Rub 148). También en Maddox algunas pinceladas acerca de su modesta casa (modesta en el tiempo de la acción de la primera novela de *SPQR*) nos lo representan como a un hombre culto y rodeado de esclavos instruidos entre los cuales el más destacado sería Tirón. Así, en JMR Mist 231-2:

Así pues, encontré a Cicerón en casa, lugar donde un romano dedicado a la vida pública casi nunca está en la segunda mitad de la mañana de un día hábil. La casa de Cicerón era modesta, aunque no tanto como la mía, y muy excéntrica a su manera. Cuando entré y me anuncié sorprendí a su *janitor* ojeando un pergamino. Todos los esclavos de Cicerón tenían aspecto de hombres instruidos a quienes podía pedir que le leyeran en alto cuando se le cansaba la vista. Cada habitación de la casa aparecía revestida de estanterías con pilas de pergaminos. Resultaba difícil elegir un obsequio para Cicerón en las Saturnales, porque le encantaban los libros, los manuscritos originales preferentemente, aunque las buenas copias también le complacían. Si estabas en posesión de un manuscrito famoso y alquilabas a uno de sus escribas favoritos para que lo copiara a fin de regalárselo, Cicerón era tu amigo de por vida, o al menos hasta que te indispusieras con él por cuestiones políticas.

En las obras de Maddox le veremos reflexionar en las novelas de la serie *SPQR* en el fenómeno religioso o en la influencia de los astros sobre los humanos. Este último punto será expuesto por Cicerón en las dos primeras novelas de la serie. En JMR Con 42 explicará: “Yo he estudiado escritos procedentes de Egipto y Persia, y todos ellos coinciden con los griegos, e incluso con los salvajes druidas, en que las estrellas ejercen una gran influencia sobre nosotros”²⁰¹. En JMR Sat 158-67 mantendrá con Decio una interesante conversación en la que explicará sus ideas acerca del fenómeno religioso. En JMR Sat 159 comenzará evocando los acontecimientos —el juicio de Roscio y su enfrentamiento con Sila— que veinte años antes le condujeron

²⁰⁰ Es bien sabido que Cicerón abordó también la composición de poemas, que sin embargo no han sobrevivido. La tradición nos ha transmitido que no era un poeta ejemplar, y esto es aprovechado por el Gordiano de Saylor para lanzar un punzante dardo contra el mismísimo Tirón: “You should read more greek novels, Tiro, and less that insipid poetry Cicero produces” (SS Rub 215).

²⁰¹ La misma idea es expresada por Cicerón en JMR Mist 77 al responder a un comentario acerca del nacimiento de un ternero con cinco patas y dos cabezas: “El nacimiento de monstruos no tiene nada que ver con los asuntos de los hombres. No es más que un pasatiempo para los dioses. Creo que las

a un voluntario exilio en Grecia, donde estudió con el filósofo Antíoco²⁰² y le permitió además introducirse en los Misterios de Eleusis, donde se convenció de la inmortalidad del alma. Para Cicerón, el origen de las religiones está en el miedo de los hombres, y éste viene a ser el principio fundamental de todo hecho religioso en el mundo, como expresa en JMR Sat 159: “What people have, for the most part, is fear, they fear the world in which they live. They fear that which they see and that which they cannot see. They fear their fellowmen. None of these fears, I hasten to point out, is unfounded. The world is indeed a dangerous and hostile place. People seek out the powers that control this world, and they seek to placate them”. Más adelante, en un párrafo de JMR Sat 159-60 ya comentado en el capítulo de Religión, Cicerón explicará que los dioses no son sino alegorías de los fenómenos y fuerzas de la naturaleza.

1.7.2. Marco Tulio Tirón.

Los dos personajes históricos más vinculados con Cicerón, al margen de los ya comentados con anterioridad, son Tirón y Marco Antonio. Tirón no adquiere la misma relevancia en Maddox (donde apenas es mencionado y descrito²⁰³) que en Saylor, quien concede a Tirón una gran importancia dentro de la serie que acabará por convertirse en protagónica en la novela *Rubicón*. Ya desde la primera novela, es Tirón quien acapara la atención del lector cuando visita a Gordiano en su propia casa con objeto de solicitar sus servicios de exquiriente. Gordiano le describe excelentemente, y por medio de su hábil técnica deductiva es capaz de extraer toda la información necesaria no sólo de él, sino también de su amo. La descripción de Tirón es la primera de toda la serie, en SS Sang 15:

estrellas influyen en nuestras vidas mucho más de lo que la mayoría de nosotros pensamos”.

²⁰² Cf. Plutarco, *Cic.* IV, 1:

Ἀφικόμενος δ' εἰς Ἀθήνας Ἀντιόχου τοῦ Ἀσκαλωνίτου διήκουσε, τῇ μὲν εὐροια τῶν λόγων αὐτοῦ καὶ τῇ χάριτι κηλοῦμενος. Sería más tarde este mismo Antíoco quien insistió a Cicerón para que regresara a vida forense en Roma, y fue en este periodo ateniense donde acabó por formarse la voz y técnica oratoria del abogado.

²⁰³ Tirón, como decimos, no ocupa un lugar destacado en las novelas estudiadas de Maddox. La primera aparición del personaje se da en JMR Mist 232: “El *janitor* llamó a un esclavo para que me atendiera y condujera a su amo. Era unos años mayor que yo y vestía como un hombre libre. Se trataba del famoso Tiro, secretario y confidente de Cicerón. Había inventado un sistema abreviado de escritura para transcribir los asombrosamente prolíficos dictados de Cicerón. Había enseñado a los demás esclavos tal método, que se había divulgado rápidamente entre los escribas romanos. Su uso es hoy día universal. Era uno de esos esclavos que siempre había sido tratado como un hombre libre por todos, desde zapateros remendones hasta cónsules”; en JMR Con 227 hay otra alusión, mucho menos trascendente: “El *janitor* dijo algo a un esclavo que se apresuró a entrar en la casa. Unos minutos más tarde apareció Tiro, secretario de Cicerón y su compañero más apreciado, tan indispensable que era casi tan famoso como el propio Cicerón”.

Principales protagonistas de la historia

El esclavo que estaba ante mi puerta aquella mañana iba muy limpio y acicalado. Poseía unos modales serenos que resultaban respetuosos, aunque ni mucho menos serviles: la cortesía que se espera de cualquier muchacho que se dirige a una persona diez años mayor. Su latín era impecable (mejor que el mío) y su voz hacía gala de unas inflexiones tan hermosas como las de una flauta. No se trataba de un caballero, desde luego, sino del culto y mimado sirviente de un amo afectuoso. El esclavo se llamaba Tirón.

En las páginas siguientes, por medio de detalles sueltos, se completa el retrato de este personaje: posee voz melodiosa (SS Sang 16) y nunca ha sufrido resaca — su amo le permite probar el vino, pero como él dice: Moderación en todas las cosas (SS Sang 16); su timidez con las mujeres le impide sostener la mirada de la joven Bethesda, en SS Sang 18 (se comporta ante ella como “un lindo conejito”); es atolondrado hasta el punto de sobresaltarse cuando contempla a un pavo real desplegar su plumaje (SS Sang 19); y en general, todo en él transmite inocencia, recogimiento, amor por el estudio, como se desprende también de la descripción de su rostro en SS Sang 19:

Volvió la cara hacia mí. La absoluta inocencia de su rostro resultaba más cegadora que el sol, que de pronto apareció sobre el tejado. Puede que su nombre fuera griego, pero, a excepción de sus ojos, todos sus rasgos eran clásicamente romanos: el suave moldeado de la frente, las mejillas y la barbilla; la tenue pronunciación de los labios y nariz. Fueron sus ojos lo que más me sorprendió, de un pálido matiz violeta que nunca había visto y que no era romano, sino que debía proceder de algún progenitor esclavizado y trasladado al corazón del imperio desde donde Júpiter perdió el gorro.

A lo largo de todas estas novelas de Saylor, Tirón será el lado luminoso de Cicerón. Si bien con los años las desavenencias entre el Sabueso y el orador se irán haciendo más grandes y notorias, la devoción con que el esclavo defenderá a su amo en todas las obras, y la conexión que su carácter tiene con el propio carácter de Gordiano, convertirán a Tirón en el mejor abogado del abogado más grande de Roma, hasta el punto de que algunos personajes lleguen a sentir tanto desprecio por él como por el *homo novus* de Arpino, como cuando en SS Cat 358 Catilina bufá contra Cicerón acusándole de falsificar las famosas cartas anónimas donde se daba el aviso de que el conjurado quería asesinar a Cicerón y a otros nobles de Roma. Gordiano defenderá a Tirón, pero obtendrá de Catilina una réplica lapidaria:

—¿Sabes quién creo que escribió esas cartas? El astuto secretario del cónsul, Tirón, por dictado de su amo. ¡Ese vil escuerzo!

—No hables mal de Tirón delante de mí, Catilina. Tengo buenos recuerdos de él, de cuando investigué el caso de Sexto Roscio.

—¡Eso fue el año de la creación del mundo, hombre! Con el tiempo se ha vuelto tan corrupto como su amo. Los esclavos adquieren las costumbres de su dueño, ya lo sabes.

En algo tiene razón el Catilina de Saylor, y es en la identificación entre amo y esclavo que, con el pasar de los años, concluirían en la manumisión de Tirón y en la colaboración con éste, ya como hombre libre, en las intrigas ciceronianas de *Rubicón*, atrapado entre Pompeyo y César. El Tirón por el que Gordiano siente tanto aprecio²⁰⁴, el de la primera novela, es un personaje comedido, todavía tan sencillo como el desconocido de Arpino, y si bien la ambición ciceroniana no ha hecho mella todavía en él, la evolución de los personajes a lo largo de las novelas le transformarán poco a poco en un hombre envuelto también, como su amo, en la vorágine política de su tiempo. La descripción que de él hace Gordiano en SS Sang 24 vale también como otro lado de la moneda ciceroniana:

Un esclavo es el espejo de su amo. Tu desconocimiento de los peligros del vino y tu timidez con Bethesda me indican que sirves en una casa donde el comedimiento y el decoro son dos de las máximas preocupaciones. Y tal tendencia sólo puede ser impuesta por el propio amo. Está claro que Cicerón es un hombre de moral rigurosa. Y eso puede ser indicio de virtudes puramente romanas, pero tu comentario acerca de la moderación en todas las cosas indica cierto aprecio por la virtud y la filosofía griegas. En casa de Cicerón también se hace mucho hincapié en la retórica, en la gramática y en la oratoria. Dudo que hayas recibido una sola clase de tales disciplinas, pero un esclavo puede absorber muchísimo si se halla expuesto con regularidad a tales artes. Es algo que delatan tu manera de hablar y tus modales, las elegantes inflexiones de tu voz. No hay duda de que Cicerón ha estudiado mucho e intensamente en las escuelas del lenguaje. Todo lo cual, en conjunto, sólo puede significar una cosa: que desea ser abogado y presentar casos jurídicos en la tribuna de los Rostra.

Tirón sufrirá una lógica evolución desde la primera novela estudiada hasta la última. En las novelas ciceronianas de la serie *Roma sub rosa* le veremos implicado sentimentalmente con una de las hijas de Sexto Roscio y protagonizando con ella una cópula de retrete en SS Sang 88-9; al lado de su amo durante toda la acción de la novela, incluyendo el juicio de Roscio, y complementándose con Gordiano en caminatas por la ciudad de Roma y conversaciones diversas. La afinidad entre ambos personajes es inmediata, ya que si bien Gordiano es libre y Tirón esclavo, Gordiano representa a la clase baja romana, que era sólo un poco menos desposeída que la de los esclavos a pesar de que gozaban de más derechos. El vínculo de Tirón con Cicerón trasciende la amistad, son casi hermanos, pues desde niños se criaron juntos y avanzaron juntos por la vida hasta el fin. Más que los amores conyugales de Cicerón, y sin que tenga nada que ver con una interpretación homoerótica, será Tirón el gran amor de la vida del orador, aquel en quien más confía y de quien siempre esperará una fe ciega. Tirón, reflexionando quizá indirectamente sobre ello, asumirá sin

²⁰⁴ Hasta el punto de que Cicerón enviará precisamente a su esclavo cuando quiera implicar a Gordiano en asuntos que no son de su agrado: “Aprecio y respeto sinceramente a Tirón, porque es un hombre amable y sincero”, explica Gordiano en SS Cat 42.

embargo que su misión en la vida ha sido, sencillamente, servir con veneración a un gran hombre²⁰⁵. Mas no será sólo el corazón de Tirón aquel que caliente los días del orador, sino también su punzante inteligencia que le conduciría a elevarse por encima de los comunes de su época y a hacerse famoso, entre otras cosas, por el sistema taquigráfico ya mencionado, el cual desarrolló para poder transcribir los discursos completos de su amo con vistas a trabajarlos posteriormente para su edición. En SS Cat 212 Rufo se expresará desdeñosamente de Tirón en estos términos: “Estoy seguro de que su secretario, Tirón, transcribió el discurso; lo digo por si te interesa leerlo. Cicerón no abre la boca sin que Tirón lo escriba todo, como si su amo fuera un oráculo”. De este sistema taquigráfico ha sobrevivido, como es bien sabido, el signo ampersán (&) tan usado todavía en los países anglosajones²⁰⁶. Tirón, al contrario que la mayoría de los esclavos de su tiempo, pudo hacerse grande al mismo tiempo que Cicerón se engrandecía, como recuerda el mismo Tirón en SS Rub 208-9 en un pasaje significativo. En él, Tirón parece haberse contagiado de la vanidad de su antiguo amo, y se pone a sí mismo como modelo frente a otro antiguo esclavo bien conocido de los lectores de la serie, Metón, el hijo adoptivo de Gordiano que llegará a ser, como Tirón de Cicerón, escriba, espía y mano derecha de Julio César:

Yes, but I was educated and groomed to be Cicero's companion from early on. I had the life of a scribe. There's room for a slave to prove himself in that kind of positions, to show off his natural talents and rise in the world. But Meto was born a slave to Marcus Crassus, wasn't he? A bad man to have for master. Crassus may have been the richest man in the world, but he never knew the true value of anything.

Tirón trabajó codo a codo con su amo, y así lo vemos en el transcurso de la obra *El enigma de Catilina y La suerte de Venus*. En *Asesinato en la vía Apia*, Gordiano se asombrará enormemente cuando descubra en su dedo el anillo de acero de ciudadano en SS Ap 74-5 y éste reconoce, casi avergonzado como quitándole importancia, que Cicerón lo había manumitido el año anterior, a raíz principalmente de unas enfermedad que le debilitó mucho y que lo obligó a caminar con bastón. Era el caso de ahora o nunca, apostilla Tirón en SS Ap 75, y a continuación, entre SS Ap 75-6, Gordiano le mira con detenimiento y echa la vista atrás:

Lo miré con otros ojos. Lo que había interpretado como expresión altanera se debía simplemente a la delgadez extrema de su mejillas. Hice un cálculo mental y me di cuenta de que debía de rondar los cincuenta años. De repente dejó ver la edad que tenía; tenía más

²⁰⁵ Esto parece desprenderse de sus declaraciones en SS Rub 220 cuando contempla muerto al esclavo Fortes y afirma “how sometimes a man lives precisely as long as he needs to, and no more”. Cuando es cuestionado por Gordiano acerca de su creencia en un destino para cada ser humano, su respuesta es enormemente reveladora: “I don't know. Great men have a destiny. Perhaps the rest of us have only insofar as we cross their paths and play a part in their destinies”.

²⁰⁶ Alfred Charles Moorhouse, *Historia del alfabeto*. México, 2004, FCE, p. 275.

canas de las que yo había pensado y ya tenía una calva en la coronilla. Una especie de entusiasmo infantil aún chispeaba en su mirada, pero la luz del fuego también captó el brillo atormentado de un hombre que había conocido una enfermedad grave. Con todo, también parecía un hombre satisfecho consigo mismo y su posición en el mundo; sus modales francos y pausados exudaban un aire de refinamiento y de satisfacción consigo mismo. Y ¿por qué no? El esclavo añorado que había llamado a mi puerta tantos años antes como mensajero de un señor desconocido era ahora un ciudadano libre y la inapreciable mano derecha del orador vivo más famoso. Tirón había conocido a hombres formidables y recorrido el mundo al lado de Cicerón. Había ayudado a dirigir el gobierno cuando Cicerón era cónsul. Era célebre por propio derecho, después de haber inventado una fórmula de escritura abreviada por medio de la cual un copista podía transcribir un discurso palabra por palabra tan rápidamente como se hablaba; a todos los empleados del Senado se les exigía aprender taquigrafía tironiana.

Rubicón será la gran novela de Tirón, sin ningún género de dudas, y una supuesta carta ciceroniana servirá a Saylor como juguete de la realidad cuando Tirón se haga pasar por enfermo en Grecia²⁰⁷. Al regresar de la provincia de Cilicia, donde ya hemos visto que había sido gobernador, Cicerón tuvo que abandonar en Patras a Tirón, quien había caído enfermo. Entre el 3 de noviembre y las calendas de febrero, Cicerón escribió a su liberto un puñado de emotivas cartas entre las cuales Saylor introduce una completamente apócrifa a la que hace coincidir temporalmente con la última del grupo, aquella de las calendas de febrero²⁰⁸. La carta de Saylor, escrita por Cicerón en Formias (la carta real de esa fecha aparece fechada en Capua, pero Cicerón escribiría a Ático desde Formias en los primeros días de febrero) sería supuestamente escrita poco después de la real, que es la que hallamos en *Ad familiares* XVI, 12. La novela *Rubicón*, que comienza con el asesinato de Numerio Pompeyo, pariente del Grande, en la mismísima casa de Gordiano el Sabueso, conduce al exquiriente a la morada de Cicerón, donde éste le da la noticia de la convalecencia de Tirón en Patras. A pesar de esto, Gordiano cree vislumbrar a Tirón por algunas de las calles de Roma. Sumido en la investigación del asesinato de Numerio, sus pesquisas le conducirán hasta la catuliana Taberna Salaz, donde su actual propietario le confirma el hecho de que Numerio se citaba allí con frecuencia con un griego ale-

²⁰⁷ No guardamos ninguna duda de que así debió de ser en la realidad, aunque la fértil fantasía de Saylor crea aquí una de sus carambolas novelescas más disfrutables en esta obra maestra de carambolas que es la novela *Rubicón*. Así lo manifiesta el propio Cicerón en carta a Ático CXX, 2 (VI, 7, 2), de julio del 50 donde, además, confirma la honradez de Tirón y lo llama cariñosamente “illo adulescente”: *Tiro ad te dedisset litteras, nisi eum graviter aegrum Issi reliquissem; sed nuntiant melius esse. Ego tamen angor; nihil enim illo adulescente castius, nihil diligentius.*

²⁰⁸ El grupo de cartas que Cicerón escribió al enfermo Tirón son *Ad fam.* XVI, 1-7, 9, 11 y 12. Es ésta última la que Cicerón escribió en el mismo periodo temporal en que Saylor ubica su carta ciceroniana apócrifa. Puesto que sabemos que se perdieron cartas de Cicerón escritas en estas fechas, como entre el 28 de diciembre de 50 y el 12 de enero de 49, esta carta apócrifa también podría ser considerada una de las pérdidas, razón que consolida la verosimilitud que Saylor siempre busca para sus relatos.

jandrino llamado Soscarides. Cuando Gordiano cree volver a contemplar a Tirón, ordena a Mopso y Androcles que le sigan, y éstos le dan la noticia de que el supuesto Tirón se ha introducido en casa de Cicerón de la más extravagante manera: por medio de una escalerita que hacen descender desde el tejado. Gordiano se planta frente a la casa del orador y comienza a gritar el nombre de Tirón hasta que éste se ve obligado a dar la cara y Gordiano descubre que Tirón se está haciendo pasar por el tal Soscarides. En el capítulo VIII, Tirón y Gordiano se reúnen en la Taberna Salaz, donde recuerdan viejos tiempos. Frente a una jarra de vino dialogan sobre los últimos acontecimientos políticos, y al comentarle Gordiano que se encuentra muy bien informado para hallarse enfermo en una cama en Grecia, Tirón le cuenta que a efectos oficiales así es, pero que ahora finge ser Soscarides el filósofo alejandrino, una patraña que planearon Cicerón y él mientras regresaban de Cilicia. Ahora recaba información para Cicerón, y se mueve por Italia: visitando los cuarteles de César, siguiendo los movimientos de Antonio, analizando la situación de Domicio en Corfinio y transmitiendo los mensajes entre Cicerón y Pompeyo. Gordiano le pregunta por las cartas que, según los guardias de Cicerón, éste le escribe todos los días y envía a Grecia. Tirón le cuenta que forma parte del plan: Cicerón las escribe por duplicado, una la manda por mensajería normal a Patras, donde su huésped —que supuestamente cuida de la salud de Tirón— contesta con otras falsas; la segunda copia se la manda a Tirón por mensajero secreto dondequiera se encuentre. Para ejemplificar, Tirón extrae de su túnica la última carta, y es forzoso que la reproduzcamos a continuación desde su ubicación en SS Rub 90-91:

AT FORMIAE, ON THE KALENDS OF FEBRUARIUS.

Marcus Tullius Cicero, to Marcus Tullius Tiro at Patrae:

I remain very anxious about your health. The news that your complaint is not dangerous consoles me, but its lingering nature worries me. The absence of my skillful secretary vexes me, but more vexing is the absence of one dear to me. Yet though I long to see you, I urge you not to stir until you are fully recovered, especially as long as harsh weather prevails. Even in snug houses it is difficult to escape the cold, to say nothing of enduring wet, windy weather at sea. As Euripides says, “Cold to tender skin is deadliest foe.”

Caesar continues to make pretense of negotiating with Pompey even as he plays invader. Like Hannibal sending diplomats ahead of his elephants! He says now that he will give up Gaul to Domitius and come to Rome to stand for the consulship in person, as the law requires—but only if Pompey will desband all the loyalists forces recently levied in Italy and depart at once to Spain. Caesar says nothing of giving up the garrisons seized since he crossed the Rubicon.

Our hope is that the Gauls among Caesar’s troops may desert him, for they certainly have reason to hate him after all the pain he inflicted in conquering Gaul. To the north he would have a rebellious Gaul; to the west, Pompey’s six legions in Spain; and to the east, the provinces which Pompey pacified long ago and where the Great One is still held in high esteem. If only the center can hold long enough to keep Caesar from sacking Rome!

Terentia asks, are you wearing the yellow scarf she gave you when we left for Cilicia? Do all you can to ward off the chill!

Se trata de una carta muy sencilla, pero bien hilvanada por Saylor hasta el punto de parecer casi salida de la pluma del orador. Tiene cuatro partes bien definidas: en la primera, el orador se condeuele de la ausencia de Tirón; en la segunda, Cicerón notifica a Tirón que César dejará a Domicio al frente de la Galia y marchará a Roma para asumir el consulado, como manda la ley; en la tercera, manifiesta su deseo de que los galos se subleven contra César para que éste se vea encerrado entre bloques enemigos; en la cuarta parte, el orador parece despedirse con una referencia al obsequio de una bufanda amarilla y le pide que se proteja del frío. Saylor nos ahorra la despedida más usual en las cartas que Cicerón escribe a su liberto en este periodo, enfatizando el verbo *valeo*, tanto como despedida común y corriente, como por su preocupación por la salud de Tirón²⁰⁹. Acerca del carácter apócrifo de la carta, no hay duda alguna: no se encuentra entre las cartas que escribió a Tirón en aquel periodo, y tampoco la cita de Eurípides figura entre las reconocibles en Cicerón, a pesar de que al menos cita diecinueve veces al trágico en su obra, pero sólo una vez en sus cartas²¹⁰. En cuanto al símil de Aníbal con sus elefantes, no existe como tal en la obra de Cicerón, aunque el orador menciona al cartaginés cuarenta y ocho veces a lo largo y ancho de sus textos. Lo más llamativo del texto escrito por Saylor es el infinito amor fraternal que rebosan las palabras que Cicerón dirige a su liberto, palabras que están claramente inspiradas en el conjunto de cartas que el verdadero Cicerón envió a su liberto, siendo la más famosa de todas la primera²¹¹.

²⁰⁹ Así lo vemos, por ejemplo, en *Ad fam.* XVI, 7: *Cura ut valeas. Etiam atque etiam, Tiro noster, vale.* Por lo demás, debemos mencionar que no siempre la despedida era formular, y que en numerosas ocasiones Cicerón no recurre a la despedida formal en los términos que podríamos esperar. Así, cf. por ejemplo *Ad Att.* IX, 2a, o bien IX, 6.

²¹⁰ La única mención que hallamos de Eurípides en las Cartas la encontramos en *Ad fam.* XIII, 15, 2. El resto de las citas, diseminadas por buena parte de su obra, se concentra sobre todo en las *Tusculanae disputationes*, donde alcanzan el número de ocho. Por ejemplo, en *Tusc.* III, 25, 59: *Quocirca Carneades, ut video nostrum scribere Antiochum, reprehendere Chrysippum solebat laudantem Euripideum carmen illud: 'Mortalis nemo est quem non attingat dolor /Morbusque; multis sunt humandi liberi, /Rursum creandi, morsque est finita omnibus. /Quae generi humano angorem nequicquam adferunt: /Reddenda terrae est terra, tum vita omnibus /Metenda ut fruges. Sic iubet Necessitas'.*

²¹¹ *Ad fam.* XVI, 1: *Scr. in itinere III. Non. Nov. a.u.c. 704. TULLIUS TIRONI SUO SAL. PLUR. DIC. ET CICERO MEUS ET FRATER ET FRATRIS F. Paullo facilius putavi posse me ferre desiderium tui, sed plane non fero et, quamquam magni ad honorem nostrum interest quam primum ad urbem me venire, tamen peccasse mihi videor, qui a te discesserim; sed, quia tua voluntas ea videbatur esse, ut prorsus nisi confirmato corpore nolles navigare, approbavi tuum consilium, neque nunc mutuo, si tu in eadem es sententia; sin autem, posteaquam cibum cepisti, videris tibi posse me consequi, tuum consilium est. Marionem ad te eo misi, ut aut tecum ad me quam primum veniret aut, si tu morarere, statim ad me rediret. Tu autem tibi hoc persuade: si commodo valetudinis tuae fieri possit, nihil me malle quam te esse mecum; si autem intelliges opus esse te Patris convalescendi causa paulum commorari, nihil me malle quam te valere. Si statim navigas, nos Leucade consequere; sin te confirmare vis, et comites et tempestates et navem idoneam ut habeas, diligenter videbis. Unum illud,*

Gordiano comenta que la carta parece completamente transparente, pero Tirón le indica que la carta sigue una especie de código secreto que hay que conocer previamente. No en vano, fue Tirón un experto creador de signos y de códigos al servicio de Cicerón. Así se explica el liberto en SS Rub 91-2:

Tiro smiled. "We all know what the word 'blue' means, for instance. But if I say to you ahead of time, 'Use blue to mean a legion and red to mean a cohort,' and later you write me about a blue scarf, then only the two of us know what you truly mean."

"I see. And if Cicero quotes a line of Euripides..."

"It might mean something very different than if he had cited Ennius. The actual content of the quotations is irrelevant. If he mentions sea travel, it might mean that Pompey has a head cold. 'Snug houses' might refer to a particular senator who bears watching. Even the mention of elephants might have a secret meaning."

I shook my head. "You and Cicero make quite a team. What need for swords, when you have words for weapons?"

"We've been together for a long time, Gordianus. I helped Cicero write every speech he's ever given. I've transcribed his treatises, edited all his commentaries. I often know what he'll say next even before he knows. It wasn't hard for the two of us to concoct an invisible language to use between ourselves. Everyone can see the words. No one but us can see the meaning."

En la novela *Last Seen in Massilia*, última obra de la serie *Roma sub rosa* que podemos comentar dentro del marco temporal que nos fijamos desde el principio, ni Cicerón ni Tirón jugarán un papel relevante. De hecho, su presencia es inexistente, salvo por menciones puntuales al gran orador romano. Esta novela última de nuestro estudio es, por tanto, una de las que no pertenecen al miniciclo ciceroniano de la saga de Saylor, constituyendo *Rubicón* la última de éste. En las dos últimas novelas comentadas habrá ido creciendo en importancia quien será el gran protagonista final de la saga de Gordiano el Sabueso, Julio César, que definirá el carácter de la última parte de la serie como lo hizo de la vida romana de la época. También a partir de *Rubicón* irá adquiriendo protagonismo quien acabaría por ser la némesis de Cicerón, y aunque su relevancia histórica es mucho mayor fuera del marco temporal de las novelas que estamos estudiando, no podemos dejar de sacarlo aquí a colación para dedicarle, cuanto menos, unas cuantas páginas. Estamos hablando, naturalmente, de Marco Antonio.

mi Tiro, videto, si me amas, ne te Marionis adventus et hae litterae moveant: quod valetudini tuae maxime conducet, si feceris, maxime obtemperaris voluntati meae. Haec pro tuo ingenio considera. Nos ita te desideramus, ut amemus; amor, ut valentem videamus, hortatur, desiderium, ut quam primum: illud igitur potius. Cura ergo potissimum, ut valeas: de tuis innumerabilibus in me officiis erit hoc gratissimum. III Non. Nov.

1.7.3. Marco Antonio. Némesis de Cicerón.

Marco Antonio aparece por primera vez en las primeras páginas de la novela de Saylor *Un asesinato en la Via Apia*. En SS Ap 145-50, en un diálogo entre Cicerón, Marco Celio y Gordiano el Sabueso, el orador hará un resumen de la biografía y el linaje de Marco Antonio, hombre a quien, en aquel tiempo, el orador no considera enemigo suyo (SS Ap 145). Como el texto es ciertamente extenso, procederemos a enumerar a continuación los puntos más significativos alternándolos con algunas citas interesantes: Marco Antonio es uno de los lugartenientes de César y acaba de llegar de las Galias para presentarse como candidato a cuestor (SS Ap 145)²¹². Su popularidad entre las tropas es notable, de lo que el Cicerón de Saylor se hace eco con un interesante comentario en SS Ap 145:

Antonio tiene un toque vulgar. —El tono de Cicerón no era de cumplido—. Es de noble cuna, pero dicen que bebe y que se corre juergas con los soldados de peor calaña del cuartel. Él siempre ha sido así. Acostumbraba a frecuentar a los esclavos domésticos de su madre y a los libertos cuando estaba en la edad de crecer. Siempre el niño al que le gusta ensuciarse. Siempre atraído por los placeres vulgares y de mal gusto. Bueno, tuvo un mal comienzo.

El “mal comienzo” al que se refiere Cicerón es el de su linaje familiar, puesto que, como reflexiona Gordiano en SS Ap 146 “la carrera de cualquier romano de alto linaje no podría describirse nunca con el simple comienzo de su propio nacimiento”. El resumen al que procede Cicerón comienza en SS Ap 146 haciendo un resumen de la vida de su abuelo, a quien el joven Marco Antonio no conoció: fue uno de los grandes oradores en el tiempo en que Cicerón comenzaba sus estudios de oratoria —fue uno de sus maestros, de hecho²¹³—. Si bien en algún momento vivió el escándalo de despojar a una vestal, fue absuelto en el juicio y prosiguió una fulgurante carrera: cónsul, censor más tarde y elegido miembro vitalicio del colegio de augures. Fue el primero en promover una campaña contra los piratas de Cilicia, que llevó a cabo de manera ejemplar y le valió un desfile triunfal por Roma, y se le eri-

²¹² La lealtad de Marco Antonio por César está más allá de toda duda, y trascendió la muerte del dictador. En SS Ap 43 Marco Antonio hará su aparición en la novela, encontrándose fortuitamente con Gordiano y Eco. Éste explicará a su padre “según Metón, es uno de los hombres clave del general”; en SS Last 16, Gordiano explicará sobre Trebonio: “Like Marc Antony, Trebonius was part of that younger generation who had attached themselves to the comet tail of Caesar’s career early on, and were now determined to ride it to glory or disaster”.

²¹³ Cicerón recuerda sus discursos con devoción en SS Ap 146: “¡Excelentes discursos! ¡Palabras que retumbaban como truenos! Pero nunca los llegó a publicar; decía que sólo un idiota haría tal cosa, porque proporcionaba a los enemigos una manera de señalar las propias contradicciones. —Cicerón, que había hecho carrera publicando y propagando sus discursos, rió con tristeza”.

gió una estatua en el Foro que fue derribada poco después de que lo ejecutaran durante la guerra civil. Cicerón concluye su evocación con estas palabras en SS Ap 146: “Recuerdo haber visto su cabeza sobre una estaca en el Foro; después de aquello tuve pesadillas durante meses. Es que ver al antiguo mentor en aquellas condiciones es para soliviantar al más pintado. Hasta el político más astuto podía dar un traspí fatal en aquellos días. (...) De todas formas, el abuelo de Marco Antonio tuvo una carrera extraordinaria, aunque acabara con la gloria en los pies”.

En cuanto al padre de Marco Antonio, cuyo resumen vital se nos proporciona en SS Ap 147, tuvo una trayectoria existencial menos lustrosa: “un chapucero de primera”, como lo define el orador. También encargado de luchar contra los piratas desde Hispania hasta Creta, perdió todas sus batallas y llegó con ellos a una paz humillante para Roma, que el Senado rechazó al sentirse ultrajado. El padre de Marco Antonio murió de vergüenza en Creta, y el Senado eligió a Pompeyo para solucionar el problema de los piratas²¹⁴. Para Cicerón, sin duda, tiene elementos heredados de ambos: “Si Marco Antonio posee alguna perspicacia militar, debe de venirle de su abuelo. Aunque también hay en él un fuerte rasgo de su padre. Marco Antonio es encantador, afable, bullicioso y un completo insensato” (SS Ap 147). Y esto permitirá a Cicerón enlazar con la persona determinante en la biografía de Marco Antonio, su padrastro Léntulo “el Piernas”, que se casó con la joven viuda cuando el pequeño tenía apenas once o doce años, un perdedor notable así llamado “por subir la toga hasta dejar las piernas al descubierto, como un colegial dispuesto a recibir una paliza, cuando sus colegas senadores lo llevaron a juicio por malversar caudales públicos” (SS Ap 147). Expulsado del Senado y luego reincorporado, su vanidad y superstición le harían creerse que estaba predestinado para convertirse en dictador de la Urbe, y esto lo llevó a mezclarse con Catilina (SS Ap 147). Léntulo el Piernas sufriría un durísimo envite por parte de Cicerón en una de sus famosas *Catilinarias*, hasta el punto de que el cónsul pudo desprestigiarlo enormemente por medio de un arma oratoria tan ciceroniana como demoleadora: la socarronería²¹⁵. Como bien se nos recuerda en SS Ap 148, Cicerón consiguió la pena de muerte contra Léntulo y

²¹⁴ Mucho menos relevante en las novelas de Maddox que en las de Saylor, también en JMR Con 40 se nos presenta un resumen despiadado de la vida de Marco Antonio Crético, a quien Maddox llama el Viejo: “Su padre, Marco Antonio el Viejo, había sido un incompetente y un criminal. Enviado a destruir a los piratas del Mediterráneo, se había dedicado en cambio a saquear las provincias. Había atacado Creta con el pretexto de que se había aliado con los piratas. En aquella isla había realizado la verdaderamente extraordinaria hazaña de ser derrotado por los cretenses. Se le apodaba Crético en son de burla y había muerto en Grecia, sin que nadie le llorara, unos diez años antes de ese memorable banquete. Había que compadecer a ese espléndido joven por el padre que había tenido”.

²¹⁵ Plut. *Comparatio Demosthenis et Ciceronis* I:

Κικέρων δὲ πολλαχού τῷ σκωπτικῷ πρὸς τὸ βωμολόχον ἔκφε ρόμενος, καὶ πράγματασπουδῆς ἄξια γέλωτι καὶ παιδιᾷ κατειρωνευόμενος ἐν ταῖς δίκαις εἰς τὸ χρειώδες, ἠφείδει τοῦ πρέποντος.

otros conspiradores sin juicio previo, lo que le ocasionó el ya mencionado destierro impulsado contra él por Clodio, y su regreso a Roma meses después. Entre los acontecimientos de la conjuración de Catilina y los de la novela que recrea el asesinato de Clodio han pasado diez años, años durante los cuales se cimentó el profundo odio de Marco Antonio por el hombre que mandó ejecutar a su padrastro: “Nunca ha aceptado la dura realidad de que su padrastro tuviera que morir. Marco Antonio tenía sólo veinte años. No siempre la razón puede llegar a los jóvenes apasionados” (SS Ap 148). Así pues, en este punto crucial, que constituyó el más grande momento de gloria de la vida de Cicerón, tenemos también el origen de lo que sería su desastre muchos años después: el fantasma de Léntulo le perseguiría todo ese tiempo en el bien conservado rencor de Marco Antonio, y cuando éste alcanzara la primera línea de la política nacional sería para Cicerón el comienzo del fin, aunque bien atizadas las llamas de su propia hoguera por medio de las famosas *Filípicas* que el orador escribió contra Marco Antonio. Durante esos diez años, la vida de Marco Antonio no estuvo exenta de azares hasta llegar a convertirse imprescindible en el mapa político de Julio César, y el resumen de estos años lo hallamos al fin en SS Ap 148-9:

Fue a dar con una chusma de la peor especie: Clodio y su panda de jóvenes aristócratas incorregibles —dijo Cicerón—. La fórmula habitual para llevar una vida disoluta: vivir por todo lo alto, la política radical, locas perspectivas de futuro. Y ningún dinero que lo financie. El padre de Marco Antonio dejó una hacienda tan colmada de deudas, que Marco Antonio rechazó la herencia. Técnicamente, comenzó su carrera arruinado. Fue Cayo Curión el que cubrió sus deudas. Él y Marco Antonio eran como uña y carne. Compañeros de libertinaje. Inseparables. Tan íntimos, que su relación dio pie a toda clase de... rumores de mal gusto. Pues bien, cuando al padre de Curión le llegó la factura de las deudas de Marco Antonio, se subió por las paredes. Vino a pedirme consejo. Le dije que se mordiera la lengua y entregara la plata y que prohibiera a su hijo que volviera a ver a Marco Antonio. Cuando Marco Antonio volvió a visitar a Curión, el guarda lo echó con cajas destempladas. ¿Qué hizo entonces Marco Antonio? Trepó por un muro y se coló por un agujero del tejado directamente en el dormitorio de Curión, como un pretendiente audaz. (...) De todas formas, Marco Antonio solucionó sus problemas de dinero cuando se casó con una mujer llamada Fadia, la hija de un rico liberto. ¡Un liberto! El escándalo de contraer matrimonio muy por debajo del propio nivel social habría arruinado a un aristócrata en mi juventud, pero supongo que los incorregibles del círculo de Marco Antonio lo aplaudieron por burlarse de lo convencional y sacar una buena dote. Por lo menos, el matrimonio parece haber apartado a Curión de la mente de Marco Antonio; tengo entendido que Marco Antonio procreó una larga recua de churumbeles antes de que Fadia muriera. Mientras tanto, pasó algún tiempo en Grecia estudiando oratoria, se alistó en las milicias en Judea y Siria, ayudó a sofocar una revuelta contra el rey Ptolomeo en Egipto y finalmente se alió con César y marchó a las Galias. Ah, y hace un par de años encontró tiempo para volverse a casar, esta vez con su prima Antonia.

Y ahora Marco Antonio se ha convertido en uno de los lugartenientes de mayor confianza de Julio César. Supongo que será bueno en su trabajo si César considera que me-

Principales protagonistas de la historia

rece prepararlo para el cargo y lo envía de vuelta a Roma para que defienda su candidatura al cargo de cuestor.

El chisme acerca de las relaciones con Curión acompañaría a Marco Antonio toda su vida, así como a César le persiguieron rumores acerca de sus relaciones homoeróticas adolescentes que le dieron fama de ser el hombre de todas las mujeres, y la mujer de todos los hombres. Es muy posible que todo esto no fuese más que rumores picantes que los hombres de aquel tiempo gustaban propagar para resaltar, precisamente, su hombría, pues tal parece ser el gusto por tales bromas y chanzas en las culturas más machistas. Sin embargo, poco más podemos saber más allá de cotilleos de nota rosa. Lo que sí es cierto es que la amistad entre Marco Antonio y Curión no se disolvería con los años, y Saylor presentará juntos a ambos personajes en su primera madurez, combatiendo al lado de César, lo que servirá de ocasión a este autor para recordar la anécdota ya mencionada más arriba, que ahora omitimos porque nada nuevo aporta. En este caso, en SS Rub 200:

Antony had disappeared. I spotted him across the tent embracing another man in nearly identical armor. When they relaxed the embrace, I saw that the man in Antony's arms was his fellow tribune Curio. The two had been lifelong friends. More than friends, some said. (...) Now they were seasoned soldiers, and in the last years both had been elected tribunes. When the crisis came, they fled from Rome together to join with Caesar before he crossed the Rubicon.

La amistad con Clodio fue para Marco Antonio determinante, quizá la oportunidad de estrenar su rudo y enérgico carácter en la vida pública romana. De todos maneras, la afinidad entre ambos llegaba lejos (en SS Ap 150 Marco Celio los define con una sencilla frase: “Clodio y Marco Antonio son famosos por su buena memoria y su mal genio”), tan lejos como lo permitió el decoro de Clodio cuando, de acuerdo con los rumores, Marco Antonio se encaprichó de Fulvia, recién casada con Clodio, y esto se convirtió en lógica razón de distanciamiento entre ambos²¹⁶, como explica poco después Marco Celio en SS Ap 150:

Al parecer, Marco Antonio no entendió que Fulvia era la esposa de Clodio y pensó que estaba libre para conquistarla. (...) Seguramente la relación no significó nada para Marco Antonio. Entre su amor de adolescente, Curión, sus dos esposas y todas las putas de su juventud, ¿qué era un escaqueo insignificante con Fulvia? Pero Clodio se enfureció mucho cuando se enteró. Fulvia y él eran unos recién casados, más o menos, y Clodio siempre

²¹⁶ En JMR Sat 85 y 89 Maddox se hace eco de este rumor y nos presenta a Marco Antonio y a Fulvia haciendo manitas durante una fiesta, aunque con la pequeña diferencia de que, en el momento en que transcurre la acción de la novela, Clodio y Fulvia todavía no están casados, aunque sí oficialmente

tendía a salirse de sus casillas a la menor provocación, ¿verdad? Esto sucedió hace seis años. Después de aquello, las relaciones entre Marco Antonio y Clodio se enfriaron.

Años más tarde, Clodio y Marco Antonio sólo se volverían a encontrar en el Campo de Marte durante unos comicios en los que protagonizarían un sonado episodio que Saylor evoca en SS Ap 138-9: ambos hombres tuvieron unas cuantas palabras, palabras que perdieron pronto su carácter amistoso para finalizar en trifulca, con Marco Antonio sacando su espada y persiguiendo con ella a Clodio por todo el Campo de Marte. Recién asesinado Clodio, muy reciente todavía este episodio en la mente de los ciudadanos romanos —había tenido lugar sólo un año antes del asesinato de Clodio—, Gordiano indaga si Antonio no tendría algo que ver con la muerte violenta del tribuno de la plebe, pero la versión que el propio Marco Antonio da en SS Ap 308-10 lo desmiente olímpicamente y produce en él un profundo resquemor, pues achaca el rumor a su gran enemigo Cicerón, contra quien no pierde oportunidad de insultar bravíamente cada vez que su nombre aparece en las novelas de Saylor²¹⁷. En SS Ap 310 Antonio explica a Gordiano cuál fue la ofensa que le obligó a perseguirle espada en mano, y de nuevo aparece en la vida de Antonio los rumores sobre su amistad con Curión, rumores que Antonio desmiente en esta explicación a Gordiano probablemente apócrifa y que debemos a la imaginación de Saylor:

La de siempre, no saber cuándo es mejor mantener la boca cerrada. Nada relacionado con la política. Algo personal, extraído del pasado. —Antonio vaciló—. Ya que has sido tan sincero conmigo, Gordiano, te lo contaré. Clodio hizo un comentario vulgar sobre la amistad que me une a Cayo Curión. Curión estaba en Asia, como cuestor, y su padre acababa de morir. Bueno, no es un secreto que el viejo Curión hacía todo lo que podía para entrometerse entre Cayo y yo cuando éramos jóvenes... ¡siguiendo el consejo de Cicerón! Así que estábamos allí, en el Campo de Marte, y Clodio dijo algo así como “Ahora que el viejo ha muerto y ya no se interpone entre vosotros, supongo que Cayo Curión y tú os podréis casar. ¿Cuál de vosotros hará de novia?”. Normalmente, habría soltado una carcajada, pero me pilló en un día que no estaba de humor para aguantar sus impertinencias, así que desenvainé

comprometidos.

²¹⁷ Steven Saylor, con su lenguaje a menudo coloquial y fresco, muy contemporáneo, siempre se esfuerza un poco por encontrar el lado más expresivo y hasta divertido de los embites de Marco Antonio contra el orador. Así, en SS Ap 309 no tarda mucho en hallar un culpable de los rumores que hipotéticamente —siempre en su imaginación— le hacen responsable de la muerte de Clodio: “¿Quién diría algo parecido de mí? ¡Es una completa sandez que yo tenga algo que ver con lo que le ocurrió a Clodio! La infamia de la gente no tiene límite. Ni mentira tan ruin que no haya alguien que se rebaje a decirla. ¡Cicerón! Se lo has oído decir a Cicerón cuando venías hacia aquí, ¿verdad? (...) Dime la verdad, Gordiano. ¡Oh suena muy típico de él, decir una mentira tan absurda que la gente piense que debe haber algo de cierto! Te aseguro que es la última vez, y quiero decir la última vez, que ese vejestorio me toca los cojones. Lo cogeré en medio de sus gimoteantes peticiones a César y lo tiraré a un pozo. ¡Le retorceré el pescuezo hasta que cruja! ¡No volverá a difundir un rumor falso

mi espada. Supongo que debía parecer más furioso de lo que estaba..., es un problema que tengo..., y a Clodio le entró pánico. ¡Chilló y echó a correr! —Antonio se rió a recordarlo—. ¡Y yo le perseguí! ¡No pude evitarlo! —Antonio se doblaba de la risa—. Si le hubiera cogido, juro que le hubiera quitado la toga y le habría azotado en el culo desnudo... y le habría llevado de vuelta al Campo de Marte completamente desnudo y con las nalgas rojas. ¡Aquello le habría cerrado la boca! ¿Te imaginas? La plebe lo habría abandonado. Tendría que haberse retirado de la vida pública. ¡Y ahora estaría vivo!

En definitiva, el carácter explosivo de Marco Antonio y su rudeza peculiar le hacen ser recreado en las novelas como un individuo difícilmente controlable y fácilmente irascible. Maddox incluso pondrá en boca de Decio el joven la premonición de que Antonio se convertiría en la misma clase de hombre que Catilina, una especie de fornido muchacho de doce años que jamás creció (JMR Con 164). De temperamento borrascoso, Saylor mencionará en SS Last 30 su afición por conducir borracho por las calles de Roma²¹⁸, a pesar de que reconocerá que Antonio —sobrio o no— sabe cómo mantener el orden en Roma después de las convulsiones de los últimos meses, hasta el punto de llegar a decir que con Antonio vigilando Roma por orden de César, “the city held its breath and walked on tiptoes with round eyes, like a virgin in the wildwoods”. A pesar de esta extrema simpleza con que Antonio es recreado, que Saylor parangona con el latín de Julio César²¹⁹, el gran encanto personal de Marco Antonio tampoco podía ser soslayado, y Maddox aludirá a él de pasada en JMR Sat 81²²⁰, mientras que Saylor le dedicará un pasaje más elaborado acerca de sus encantos como compañero de viaje en SS Rub 182:

I had traveled with Antony a few years before, from Ravenna to Rome, and again found his company enjoyable. He was a notorious carouser, whether the arena was a battlefield in Gaul, a wild party on the Palatine, or the floor of the Roman Senate. He had plenty of stories to tell, and he enjoyed hearing mine, as long as they involved scandalous women, political chicanery, or trials for murder, or best, all three together.

sobre mí!”.

²¹⁸ Las borracheras de Antonio causaban hondo pesar entre los romanos, antes y después de la guerra civil, como leemos en Plut. *Caesar* LI, 3:

ἦν δ' αὐτοῦ διαβολὴ καὶ ἡ Δολοβέλλα μανία, καὶ ἡ Ματίου φιλαργυρία, καὶ μεθῶν Ἀντώνιος αἱ [Κορφίνιος] τὴν Πομπηίου σκευαρούμενος οἰκίαν καὶ μετοικοδομῶν, ὡς ἱκανὴν οὐκ οὔσαν. ἐπὶ τούτοις γὰρ ἐδυσφόρουν Ῥωμαῖοι.

²¹⁹ Saylor recurre dos veces a esta plástica analogía entre la sencillez de Antonio y el latín de César: la primera vez, en SS Ap 307 por boca de Metón: “Antonio no es exactamente tonto, pero es tan claro y fácil de leer como el latín de César”; Saylor recurrirá por segunda vez a esta comparación, expresada con las mismas palabras, en SS Rub 176-7.

²²⁰ En JMR Sat 81 Clodia presenta a Decio y a Marco Antonio, pero éste finge conocerle para no quedar mal ante él, lo que causa buena impresión en Decio: “I could see that he had no idea who I was, but he was one of those rare people who could make you like them even when they were being rude”.

En SS Rub 184 Marco Antonio exclamará por Hércules, llamándole su antepasado (“By my ancestor Hercules!”), en una nueva analogía que dice mucho de su vanidad. No era para menos, sin duda, ya que en en dos ocasiones Saylor nos describe físicamente a Marco Antonio como un corpulento boxeador, un hombre tan rudo físicamente como sus modales, pero de irresistible encanto personal. La primera vez²²¹, en SS Ap 307-8:

Físicamente, Antonio resultaba imponente. Tenía la constitución de un luchador, con el cuello y los hombros musculosos y el pecho de la anchura de un barril; pensé que era como una versión más joven y más alta de Milón. Tenía unos pocos años más que Metón, debía de andar por los treinta o treinta y uno. El rostro, con sus cejas y barbilla sobresalientes y la nariz aplastada de boxeador, le daba un aspecto bastante bruto pero, cuando me miró a los ojos, esta impresión desapareció por la amabilidad de sus ojos y de su boca y por la redondez de sus mejillas. Antonio era atractivo de una manera sencilla, para utilizar una expresión de Bethesda. Tenía una apariencia que muchas mujeres encontraban irresistible y que hacía que muchos hombres confiaran en él instintivamente, como ciertamente parecía ocurrirle a Metón.

El viejo odio de Marco Antonio por Cicerón, desatado desde la orden de ejecución de Léntulo el Piernas, acabaría con la vida del orador cuando César ya no estuvo vivo para protegerle y los numerosos y lamentables titubeos del orador no le permitieron salvar la vida que ya tenía sentenciada. Efectivamente, Antonio se expresa una y otra vez con desprecio del abogado y paladeará poco a poco su venganza, como en SS Rub 177-8, donde Antonio expone hasta qué punto es sólo la famosa clemencia y comprensión de César lo que mantuvo a Cicerón con vida durante los acontecimientos finales del fin de la República:

“That piece of cow dung! (...) Do you know what I’d most like to see come out of all this? Cicero’s head on a stake! Even since the bastard murdered my stepfather, putting down Catilina’s so called conspiracy, he’s made a career of slandering me. I don’t know how a fine fellow like yourself can stay friends with such a creature.”

“Cicero and I aren’t exactly friends, Tribune...”

“You needn’t explain. Caesar is the same. Every time the subject of Cicero comes

²²¹ La segunda vez será precisamente en SS Rub 174-5, donde Gordiano retomará las mismas características sobre las que hizo hincapié en SS Ap 307-8. Es, pues, una paráfrasis que el autor hace de sí mismo: “It must have been fear and fatigue that kept me from recognizing him at once, for there was no mistaking his curiously brutish yet babyish face. His profile was the brute: seen from the side, his dented nose, jutting chin and craggy brows made him look like an angry boxer. Seen straight on, his full cheeks, gentle mouth, and soulful eyes made him look like a homely poet. At every angle between, his face was a mixture of contradictions. It was a face women found fascinating, and men trusted or feared instinctively”.

up, we argue. He tells me to stop ranting. I ask why he coddles such a scorpion”.

Los acontecimientos posteriores al fin de *Last Seen in Massilia* pueden ser sintetizados aquí en lo que a Cicerón concierne, con objeto de cerrar este capítulo. Tras decretársele su merecido triunfo, Cicerón duda una y otra vez hacia quién se volverá, pero nunca acabará de decidirse realmente por César o por Pompeyo, se cartea con ambos e intenta, en la medida de lo posible, jugar un papel conciliador entre los dos hombres. Cuando César se vuelve contra Roma, Cicerón huye de la Urbe, dando a entender que se une a las filas de Pompeyo, lo que no fue exactamente una toma de posición (Plut. *Cic.* XXXVII). Al marchar César a España, Cicerón acudió en busca de Pompeyo, lo que resultó profundamente recriminado por Catón, que le acusó de haber podido ser más útil para la República siendo imparcial. Cicerón se arrepiente de su decisión (Plut. *Cic.* XXXVIII). Tras la batalla de Farsalia, que dio la victoria a César, Cicerón vuelve a cambiar de bando con riesgo de su vida y corre al reencuentro de César, quien le acoge con cariño y protección y le salva de una muerte cierta en manos de unos y otros (*Cic.* XXXIX). A partir de entonces, convertida la República en ostentación de poder de una sola persona, Cicerón se retiró a escribir poesía y filosofía (Plut. *Cic.* XL) e incluso repudió a su esposa Terencia por no haberle seguido ciegamente en su vagabundeo durante la guerra y por haber mostrado cierto desdén por Tulia, la primera hija del orador. Cicerón volvió a contraer nuevas nupcias con Publilia, jovencita de familia patricia que podría ayudarle a sanear su economía y a solventar sus muchas deudas (Plut. *Cic.* XLI). A pesar de su amistad con Bruto, tras el asesinato de César queda libre de toda sospecha, y se adhiere a la causa de la concordia, que aparentemente defiende también Antonio, y pide en el Senado que Bruto y Casio, brazos ejecutores del dictador sean amnistiados y se les concedan provincias con objeto de permitirles salir con vida de la Urbe. Marco Antonio, en los funerales de César, pronuncia un discurso tan vehemente en memoria de César y muestra su túnica ensangrentada para promover la histeria colectiva, y el pueblo, ostentando las antorchas del rogo de César, se lanza contra las casas de los asesinos con objeto de quemarlas y acabar con sus vidas (Plut. *Cic.* XLIII). Inmersa Roma en un vacío de poder tras la muerte de César, Cicerón y Antonio se vuelven contrincantes mayores en el tiempo en que Octavio, sobrino del dictador, llega a la ciudad, (Plut. *Cic.* XLIII) y Cicerón se acerca al joven con objeto de cultivar su amistad, lo que consigue fácilmente y desea, amparado sobre todo en un sueño premonitorio que ha tenido acerca del ilustre futuro del varón (Plut. *Cic.* XLIV). El poder con que Octavio le regala le hace sentirse más seguro, y expulsa a Antonio de la ciudad. Octavio, que se da cuenta de que necesita un poder para estabilizarse en Roma, convence y engaña a Cicerón para que se presente con él al con-

sulado (Plut. *Cic.* XLV), y Cicerón acepta. Engañado, este es el comienzo del fin y el comienzo del triunfo de Marco Antonio sobre su viejo enemigo. La conclusión de este episodio la refiere Plutarco en *Cic.* XLVI y merece ser reproducida por el fiero pragmatismo en el que incurrieron los hombres del Segundo Triunvirato y por la conclusión final de Plutarco acerca de uno de los episodios más terribles de la historia de Roma como fue la muerte de Cicerón:

Ἐνταῦθα μέντοι μάλιστα Κικέρων ἐπαρθεὶς ὑπὸ νέου γέρον καὶ φενακισθεὶς καὶ συναρχαιρεσιάσας καὶ παρασχὼν αὐτῷ τὴν σύγκλητον, εὐθὺς μὲνὶπὸ τῶν φίλων αἰτίαν ἔσχεν, ὀλίγω δ' ὕστερον αὐτὸν ἀπολωλεκῶς ἦσθετο καὶ τοῦ δήμου προέμενος τὴν ἐλευθερίαν. ἀξήθει γὰρ ὁ νεανίας καὶ τὴν ὑπα-τείαν λαβών, Κικέρωνα μὲν εἶασε χαίρειν, Ἄντωνίῳ δὲ καὶ Λεπίδῳ φίλος γενόμενος καὶ τὴν δύναμιν εἰς τὸ αὐτὸ συνενεγκών, ὥσπερ ἄλλο τι κτήμα τὴν ἡγεμονίαν ἐνεΐματο πρὸς αὐτούς, καὶ κατεγράφησαν ἄνδρες οὐδεὶς θνήσκειν ὑπὲρ διακοσίους. πλείστην δὲ τῶν ἀμφισβητημάτων αὐτοῖς ἔριν ἡ Κικέρωνος προγραφή παρέσχεν, Ἄντωνίου μὲν ἀσυμβάτως ἔχοντος, εἰ μὴ πρῶτος ἐκεῖνος ἀποθνήσκοι, Λεπίδου δ' Ἄντωνίῳ προστιθεμένου, Καίσαρος δὲ πρὸς ἀμφοτέρους ἀντέχοντος. ἐγίνοντο δ' αἱ σύνοδοι μόνοις ἀπόρρητοι περὶ πόλιν Βονωνίαν ἐφ' ἡμέρας τρεῖς, καὶ συνήεσαν εἰς τόπον τινὰ πρόσω τῶν στρατοπέδων, ποταμῷ περιρροόμενον. λέγεται δὲ τὰς πρῶτας ἡμέρας διαγωνισάμενος ὑπὲρ τοῦ Κικέρωνος ὁ Καίσαρ ἐνδοῦναι τῇ τρίτῃ καὶ προέσθαι τὸν ἄνδρα. τὰ δὲ τῆς ἀντιδόσεως οὕτως εἶχεν. ἔδει Κικέρωνος μὲν ἐκστῆναι Καίσαρα, Παύλου δὲ τῷ ἀδελφοῦ Λεπίδου, Λευκίου δὲ Καίσαρος Ἄντωνιον, ὃς ἦν θεῖος αὐτῷ πρὸς μητρός. οὕτως ἐξέπεσον ὑπὸ θυμοῦ καὶ λύσσης τῶν ἀνθρωπίνων λογισμῶν, μᾶλλον δ' ἀπέδειξαν ὡς οὐδὲν ἀνθρώπου θηρίον ἐστὶν ἀγριώτερον ἐξουσίαν πάθει προσλαβόντος.

Plutarco nos entrega un retrato cáustico y lamentable de un Cicerón indeciso vagando por Italia, sin saber si huir o regresar a la Urbe. Finalmente, su indecisión después de su desmedida ambición —tan fuera de edad, como Plutarco recuerda una y otra vez— acabaría con su vida perdidas todas las oportunidades de salvarla. Asesinado su hermano Quinto, Cicerón se refugia en sus posesiones de Cayeta (*Cic.* XLVII), y en la huída nocturna hacia el mar fue atrapado por los sicarios enviados por Marco Antonio, hasta que es asesinado en XLVIII, 4-5:

αὐτὸς δ' ὥσπερ εἰ ὠθει τῇ ἀριστερᾷ χειρὶ τῶν γενείων ἀπτόμενος, ἀτενὲς <ἐν> εῶρα τοῖς σφαγεῦσιν, ἀχμοῦ καὶ κόμης ἀνάπλεως καὶ συντετηκῶς ὑπὸ φροντίδων τὸ πρόσωπον, ὥστε τοὺς πλείστους ἐγκαλύψασθαι τοῦ Ἐρεννίου σφάζοντος αὐτόν. ἐσφάγη δὲ τὸν τράχηλον ἐκ τοῦ φορείου προτείνας, ἔτος ἐκεῖνο γεγωνῶς ἐξηκοστὸν καὶ τέταρτον.

A lo largo de las novelas de Steven Saylor, el autor juega de vez en cuando con un recurso que incurre dentro del humor negro. El orador Cicerón, tan ambicio-

so en sus objetivos como hombre de poca valentía, de vez en cuando es presentado por el autor de Austin prediciendo su horrible final. Ya en SS Sang 284 exclamará a Gordiano retóricamente: “¿Te gustaría ver mi cabeza en lo alto de una pica?”. Y en SS Rub 181-2 el mismo Marco Antonio ya tiene una ligera idea de lo que le gustaría hacerle a su gran enemigo el orador: “The courts will be jammed. Caesar will have his hands full” expresa Antonio, a lo que responde Gordiano: “So will advocates like Cicero”. La respuesta de Marco Antonio es contundente y veloz: “If Cicero still has his hands”.

La cabeza más prodigiosa de su tiempo y la mano que escribió discursos tan gloriosos y las *Filípicas* contra Marco Antonio, acabarían tristemente expuestas a la intemperie del glorioso Foro al que tanta gloria dio Cicerón. Nos lo cuenta Plutarco en *Cic.* XLVIII-XLIX, pero elegimos el relato que hace en *Ant.* XX 3-4, por su mayor vehemencia:

Κικέρωνος δὲ σφαγέντος ἐκέλευσεν Ἀντώνιος τὴν τε κεφαλὴν ἀποκοπῆναι καὶ τὴν χεῖρα τὴν δεξιάν, ἥ τοὺς κατ’ αὐτοῦ λόγους ἔγραψε. καὶ κομισθέντων ἑθεάτο γεγηθῶς καὶ ἀνακαγχάζων ὑπὸ χαρᾶς πολλάκις· εἴτ’ ἐμπλησθεὶς ἐκέλευσεν ὑπὲρ τοῦ βήματος ἐν ἀγορᾷ τε θῆναι, καθάπερ εἰς τὸν νεκρὸν ὑβρίζων, οὐχ αὐτὸν ἐνουβρίζοντα τῇ τύχῃ καὶ καταισχύνοντα τὴν ἐξουσίαν ἐπιδεικνύμενος.

La muerte brutal del orador cerrará muy probablemente la magnífica saga *Roma sub rosa* de Steven Saylor. Ya podemos imaginar las connotaciones dramáticas que tendrá el momento en que Gordiano el Sabueso cumpla la premonición de SS Sang 284 y contemple la cabeza de Cicerón en una pica, pudriéndose a la intemperie del Foro. También podemos imaginar cuáles serán las reflexiones que hará Gordiano acerca de la época turbulenta que le tocó vivir, y de su amargo desenlace.

Quizá como un aperitivo de este final, en SS Ap 148 Saylor relaciona el destino de los Antonios con la naturaleza de la política de su tiempo y con el mismo Cicerón:

El abuelo de Marco Antonio, el padre, el padrastro, todos ellos habían subido a la gloria y habían acabado descalabrados. El mundo es como un disco que gira conduciendo a hombres y mujeres hasta el borde para luego lanzarlos por un lado y otro al vacío, lejos del torbellino. A la mayoría no se les vuelve a ver, pero algunos consiguen agarrarse al borde y regresar al centro, no una sola vez, sino repetidas veces. Cicerón era uno de ellos.

Hasta que el torbellino que engulló a los hombres más valiosos de su tiempo acabó por atrapar al viejo, asustado, fugitivo e indeciso Cicerón cuando éste ya había agotado, y aun desperdiciado, todas las posibles vías de su propia supervivencia.

1.8. César contra Pompeyo.

Con la guerra civil entre Cayo Julio César y Gneo Pompeyo el Grande nos adentramos en el periodo final de la República romana y también en la recta final de la serie *Roma sub rosa* de Steven Saylor, pues la guerra comprende las novelas *Rubicón* y *Last Seen in Massilia*, obras en las que principalmente Julio César adquiere una enorme relevancia dramática. Ya hemos comentado que Steven Saylor busca con su serie *Roma sub Rosa* encerrar la historia de la decadencia y fin de la República en un ciclo de novelas de número reducido. Su obra *Roma sub Rosa* será, pues, un magnífico fresco novelado de este turbulento periodo de la historia del hombre. Maddox Roberts tiene la misma idea en mente con su ciclo de novelas *SPQR*, pero en este novelista el desarrollo de la acción es más dilatado en el tiempo novelístico. Así, mientras que en la quinta novela de la serie *Roma sub rosa* ya hemos asistido al asesinato de Clodio a manos de Milón, y en la novela *Last Seen in Massilia* (última novela de Saylor que entra dentro del periodo temporal de publicación que nos marcamos desde un principio para esta tesis) nos hallamos inmersos en plena guerra civil, en la quinta novela de Maddox todavía tenemos a Clodio en sus enfrentamientos callejeros con Milón. La última novela de *SPQR* publicada en el tiempo en que redactamos estas líneas (*SPQR VIII: The River God's Vengeance*, 2004) no nos indica, tampoco, que el desarrollo de los acontecimientos históricos haya evolucionado mucho más en el tiempo. Mientras que *Roma sub Rosa* es un fresco histórico, la serie *SPQR* se centra más bien en las aventuras de Decio Cecilio Metelo, aventuras que se dilatarán en el tiempo mientras el público responda a la serie y el autor siga proporcionando nuevos misterios históricos para los amantes de este género. En este aspecto, la serie *SPQR* no se muestra como un fresco histórico, sino como una serie más de novelas policiacas con protagonistas fijos que no parece responder a una estructura literaria cerrada y establecida de antemano²²². Debemos hacer notar que esto es muy común en la novela policiaca y en las grandes series de cómic, por lo que no debemos considerarlo un defecto frente a la obra de Steven Saylor. Ambos autores responden, sencillamente, a planteamientos distintos.

Es por esto por lo que si bien en Saylor y Maddox encontraremos numerosas apariciones y comentarios de Pompeyo y César, sólo en Saylor les veremos inmer-

²²² A pesar de que no sepamos de cuántas novelas aproximadamente constituirá la serie *SPQR*, sí que hay indicios internos de que el autor hace escribir a Decio desde los tiempos de Augusto, y de vez en cuando va disseminando detalles que transcurrirán en novelas futuras, tales como la presencia del exquiriente junto a César y Cleopatra en Egipto (JMR Tem 218) o la misteriosa premonición de que Decio Cecilio Metelo, en el ocaso de su vida, deseará no haber nacido nunca.

sos en su sangrienta guerra civil. Puesto que en numerosas ocasiones Pompeyo y César son mencionados conjuntamente, y sus caminos en la vida relacionados hasta el fin, analizaremos aquí a los dos grandes hombres de manera conjunta. Primero, analizando la trayectoria vital de cada uno de ellos por separado en la medida de lo posible, para lo cual nos basaremos tanto en Saylor como en Maddox; y al final, interrelacionándolos en el capítulo de las guerras civiles y analizando exclusivamente las dos novelas de Saylor que abordan este periodo de la historia de Roma.

1.8.1. Cayo Julio César.

Al contrario de lo que sucede con la obra de Maddox, donde desde un principio Julio César tiene un relevante protagonismo²²³, en la serie *Roma sub rosa* de Steven Saylor este personaje comenzará a destacar en el transcurso de la acción de *Un asesinato en la vía Apia*, cuando Gordiano y Eco visitan a Metón en el campamento de César, donde el hijo adoptivo de Gordiano ejerce como secretario del gran estratega. Esta primera aparición estelar dará pie a Gordiano para hacer una descripción de César e introducirlo dentro de la serie, donde a partir de *Rubicón* cobrará el protagonismo que corresponde a su relevancia histórica. En SS Ap 300-1 hallamos una interesante descripción de César en su tienda de campaña:

Metón me había presentado por primera vez a Cayo Julio César años antes. En posteriores ocasiones, nunca había esperado que me reconociera, pero lo hizo. La mente de César era como la red de un pescador. Ningún hecho o cara escapaba una vez atrapado. (...) Cayo Julio César era único entre los hombres. Nunca había conocido a alguien cuyo vigor, tanto intelectual como físico, fuera tan evidente al primer vistazo o tras intercambiar unas pocas palabras. Nunca había tenido trato serio con César, al contrario que con Craso, Catilina o ahora Pompeyo, pero podía ver que su personalidad poseía un elemento común a todos los demás: instinto para el poder y para lo que los hombres llaman grandeza. Pero César, en cierta manera, parecía accesible de una forma que los otros no; no era tan espantosamente resuelto como Craso, ni tenía el esquivo atractivo de Catilina ni intimidaba tanto como Pompeyo. Al mismo tiempo, aunque vulnerable, parecía más que humano; alguien que podía inspirar a sus hombres como si fuera una divinidad y, al mismo tiempo, hacerles sentir como sus protectores. Al menos su vanidad era bastante humana; había empezado a quedarse calvo a una edad temprana (entonces era casi cincuentón) y, según Metón, todavía estaba preocupado por su falta de cabello.

La descripción es ensalzadora en todos sus detalles, y en cierto modo participa de la corriente magnificadora que concluiría en la divinización de Julio César tras

²²³ Destaca, sobre todo, en la novela *The Sacrilege*, historia basada en el célebre episodio del sacrificio de Clodio y en el que Steven Saylor no profundiza. Anteriormente, Saylor había dedicado a Cayo Julio el relato *El pequeño César y los piratas*, basado en el célebre episodio de su secuestro, y sobre el cual hablaremos más adelante.

su muerte, no sólo por decreto, sino por voluntad del pueblo, hecho al que contribuirían incluso los fenómenos celestes, como bien sabemos por Suetonio y Plutarco acerca del acontecimiento maravilloso que ocurrió durante los juegos celebrados en su honor: dejó verse un cometa durante siete días seguidos, y el pueblo lo tomó por el alma de César divinizada gobernando desde el cielo²²⁴. El retrato de Saylor, pues, se corresponde con todos los testimonios que nos revelan a un hombre complejo, brillante, gran orador ante las masas —principalmente de soldados²²⁵—, infatigable física e intelectualmente²²⁶, y tan sensual en su relación con hombres y mujeres como vanidoso —su vanidad era bastante humana, dice Gordiano— en su relación consigo mismo. Su problema de calvicie es uno de los detalles más pintorescos que nos han transmitido los historiadores antiguos, no por la calvicie en sí misma, sino por la forma, entre ingeniosa y extravagante, que tenía de intentar disimularla, posiblemente con tan poco éxito como quienes hoy día todavía la practican, pues de acuerdo con Suetonio en *Div. Iul. XLV: Calviti vero deformitatem iniquissime ferret saepe obtreptatorum iocis obnoxiam expertus. Ideoque et deficientem capillum revocare a vertice adsueverat et ex omnibus decretis sibi a senatu populoque honoribus non aliud aut recepit aut usurpavit libentius quam ius laureae coronae perpetuo gestandae.*

En la comparación que Gordiano establece entre César y algunos de los grandes personajes de su tiempo (“No era tan espantosamente resuelto como Craso, ni tenía el esquivo atractivo de Catilina ni intimidaba tanto como Pompeyo”) creemos encontrar una paráfrasis de un texto plutarquiano de *Caesar XV, 3-5* muy simi-

²²⁴ La mejor descripción la hallamos en Suet. *Div. Iul. LXXXVIII: Perit sexto et quinquagesimo aetatis anno atque in deorum numerum relatus est, non ore modo decernentium, sed et persuasione volgi. Siquidem ludis, quos primo[s] consecrato[s] ei heres Augustus edebat, stella crinita per septem continuos dies fulsit exoriens circa undecimam horam, creditumque est animam esse Caesaris in caelum recepti; et hac de causa simulacro eius in vertice additur stella. Curiam, in qua occisus est, obstrui placuit Idusque Martias Parricidium nominari, ac ne umquam eo die senatus ageretur.* Cf. también Plut. *Caesar LVIII.*

²²⁵ Con frecuencia es mencionada en las novelas su fama de encantador de serpientes en su relación con la soldadesca, pero también ante las masas, como leemos en JMR Sat 18: “Caesar has a genius for persuading the common people. Men don’t come any more common than legionaries”; cf. también JMR Sac 116 y 224. Suetonio recoge numerosos detalles acerca de este talento; en *Div. Iul. LXVII* se nos cuenta que César no llamaba a sus militares “soldados” en las arengas, sino compañeros (*Nec milites eos pro contione, sed blandiore nomine commilitones appellabat*). Asegura Suetonio en *Div. Iul. LXVIII* que el grado de adoración que llegó a gozar entre sus soldados fue tan grande que, durante la guerra civil, aquellos de sus hombres que eran hechos prisioneros por los soldados de Pompeyo preferían la muerte antes que gozar de la vida con la obligación de volverse contra César.

²²⁶ Acerca de su resistencia física, es célebre el pasaje de Suetonio, *Div. Iul. LVII: Armorum et equitandi peritissimus, laboris ultra fidem patiens erat. In agmine nonnumquam equo, saepius pedibus anteibat, capite detecto, seu sol seu imber esset; longissimas vias incredibili celeritate confecit, expeditus, meritoria raeda, centena passuum milia in singulos dies; si flumina morarentur, nando traiciens vel innixus inflatis utribus, ut persaepe nuntios de se praeveniret.*

lar, aunque en este caso el queronense y el novelista de Austin coinciden en un solo personaje histórico, Pompeyo. En cualquier caso, el fragmento nos resulta perfectamente válido para sintetizar la gloria militar de César, que le conduciría a ser considerado al fin de sus días casi un dios en vida:

ἀλλ' εἶτε Φαβίου καὶ Σκιπίω νας καὶ Μετέλλους καὶ τοὺς κατ' αὐτὸν ἢ μικρὸν ἔμπροσθεν αὐτοῦ, Σύλλαν καὶ Μάριον ἀμφοτέρους τε Λευκούλλους, ἢ καὶ Πομπήϊον αὐτόν, οὗ κλέος ὑπουράνιον ἦνθαι τότε παντοίας περὶ πόλεμον ἀρετῆς, παραβάλοι τις, αἱ Καίσαρος ὑπερβάλλουσι πράξεις, τὸν μὲν χαλεπότητι τόπων ἐν οἷς ἐπολέμησε, τὸν δὲ μεγέθει χώρας ἦν προσ ἐκτήσατο, τὸν δὲ πλήθει καὶ βίᾳ πολεμίων οὓς ἐνίκησε, τὸν δ' ἀτοπίαις καὶ ἀπιστίαις ἠθῶν ἃ καθωμίλησε, τὸν δ' ἐπιεικείᾳ καὶ πρῶτῃτι πρὸς τοὺς ἀλισκομένους, τὸν δὲ δόροις καὶ χάρισι πρὸς τοὺς συστρατευομένους· πάντας δὲ τῷ πλείστας μεμαχῆσθαι μάχας καὶ πλείστους ἀνηρη κέναι τῶν ἀντιταχθέντων. ἔτη γὰρ οὐδὲ δέκα πολεμήσας περὶ Γαλατίαν, πόλεις μὲν ὑπὲρ ὀκτακοσίας κατὰ κράτος εἶλεν, ἔθνη δ' ἐχειρώσατο τριακόσια.

El tratamiento de este personaje por parte de ambos autores difiere quizá en el tono. Ambos realzan la gran estatura política e intelectual de César, pero en Maddox existe mayor ironía en su manera de describirlo y, para este autor, el gran romano fue el más hábil de todos aquellos hombres, alguien que comenzó como caballo perdedor de la carrera hasta lograr inverosímilmente el triunfo²²⁷, un hombre no exento de vanidad que sueña por encima de todo con el poder absoluto en una época en que este afán acabó de socavar los cimientos políticos de una república en estado avanzado de corrupción e ineficacia. Un hombre que tras comenzar desde los más humildes escalones del desempeño público se vio favorecido por el aura de misterio político que entrañaba²²⁸ y que, a la postre, le facilitó quedar solo frente a frente contra Pompeyo, último obstáculo que le impedía alcanzar los honores más altos y la influencia más grande desde el tiempo de los denostados reyes, y también, inaugurar un periodo nuevo de la historia de la civilización romana. Las apariciones de César en las novelas de Saylor no son tan significativas hasta la recreación de su discurso en favor del perdón a los conjurados en las páginas de *El enigma de Catilina*, pero su intervención comenzará a consolidarse a partir de *Un asesinato en la vía Apia*, y será determinante a partir de *Rubicón*. Gordiano contemplará a Cayo Julio con gran

²²⁷ Así se expresa Milón en JMR Sac 223: “He’s a strange one, Caesar. But he’s like one of those horses in the Circus that surprises you by coming out of nowhere to win, when you’d put your money on the flashy, quick ones.”

²²⁸ Julio César es un misterio durante las primeras novelas de Maddox (“¿César? Como siempre, era un misterio”, JMR Con 215), un enigma, como desarrolla interesantemente Decio en JMR Sac 100-1, donde da cuenta de la extraña aureola que rodeaba a Cayo Julio durante los tiempos del sacrilegio de Clodio: “As for Caesar, then as now he was an enigma. He was a man of immense capability who had done nothing. He was an aristocrat of one of the oldest patrician families who posed as a man of the people”.

admiración, pero también con su natural recelo hacia los grandes hombres, puesto que intuye que en el cesarismo se encontrará la debacle de la República. Saylor no le dedicará pullas irónicas al estilo de Maddox (“Cayo Julio estaba presente, pues no solía perderse una comida gratis o la oportunidad de establecer contactos con poderosos”, JMR Mist 66), pero su retrato será pulido y lleno de contraluces, más grave, penetrante y heroico.

Hasta las guerras civiles, en que nos centraremos en ambos personajes, los autores suelen coincidir en poner de relieve los aspectos más destacados de su biografía, por lo que procederemos aquí a elaborar una síntesis siguiendo a los dos autores clásicos que Maddox y Roberts usan como fuente principal, esto es, a Plutarco y a Suetonio²²⁹.

La primera historia en ser destacada por los novelistas es el célebre relato del secuestro por los piratas. En Maddox el episodio es mencionado en JMR Sac 37 y por su brevedad parece inspirarse sobre todo en el testimonio de Suetonio²³⁰:

When he was a quaestor, Caesar had been captured by pirates and held for ransom. He had behaved arrogantly and demanded that his ransom be appropriate to his rank. He had upbraided his captors, promised that he would return with a flotilla and crucify them all, and made them listen to his speeches. The pirates had been highly amused and treated him as a sort of mascot while he resided among them. In time his ransom arrived and he was sent on to the nearest Roman port. He immediately raised a flotilla, returned and crucified all the pirates exactly as he said he would. It was the sort of tale that tickled the Roman fancy and made him a minor celebrity for a while.

Saylor es quien extrae el mayor jugo literario de esta historia al convertirla en justificación para un cuento acerca de un presunto efecto “*copycat*” de la época. En el relato *El pequeño César y los piratas*, un endiablado jovenzuelo llamado Espurio —a quien su madre apoda “el pequeño César” por la admiración que el hijo siente por Cayo Julio— organiza su presunto secuestro para extraer de la bolsa de su padrastro una sustanciosa suma de dinero²³¹. El joven Espurio se inspira en Julio Cé-

²²⁹ No podemos demostrar que los autores sigan a Plutarco y a Suetonio, aunque resultaría extraño el hecho de que no lo hicieran, o no hubiesen manejado traducciones de ambos al inglés. También se basan en buenas biografías modernas de los personajes históricos que, invariablemente, toman como fuente principal a Plutarco, lo que viene a ser más o menos lo mismo.

²³⁰ Suetonio, *Div. Iul.* IV: *Circa Pharmacussam insulam a praedonibus captus est mansitque apud eos non sine summa indignatione prope quadraginta dies cum uno medico et cubicularis duobus. Nam comites servosque ceteros initio statim ad expediendas pecunias, quibus redimeretur, dimiserat. Numeratis deinde quinquaginta talentis expositus in litore non distulit quin e uestigio classe deducta persequeretur abeuntis ac redactos in potestatem supplicio, quod saepe illis minatus inter iocum fuerat, adficeret.*

²³¹ Para más información acerca del cuento, cf. las páginas de nuestra Sinopsis. El título del relato rinde homenaje al autor de novela negra W.R. Burnett, cuya *Little Caesar* (llevada al cine por Merwyn Le Roy en 1931 y protagonizada por Edward G. Robinson) constituye uno de los grandes clási-

sar para su fingido secuestro, secuestro el de Cayo Julio que Saylor resume en SS Vest 117-21 durante una amena conversación entre Lucio Claudio y Gordiano el Sabueso. Esta conversación, demasiado larga para ser reproducida aquí, se basa sobre todo en Plutarco, *César* II, 1-7, pues el relato que lleva a cabo el queronense de esta famosa aventura es mucho más vívido y rico que el de Suetonio, como podemos comprobar a continuación:

Πρῶτον μὲν οὖν αἰτηθεὶς ὑπ' αὐτῶν λύτρα εἴκοσι τάλαντα, κατεγέλασεν ὡς οὐκ εἰδότες ὃν ἠρήκοιεν, αὐτὸς δ' ὠμολόγησε πεντήκοντα δώσειν· ἔπειτα τῶν περὶ αὐτὸν ἄλλον εἰς ἄλλην διαπέμψας πόλιν ἐπὶ τὸν τῶν χρημάτων πορισμόν, ἐν ἀνθρώποις φονικωτάτοις Κίλιξι μεθ' ἐνὸς φίλου καὶ δυοῖν ἀκολουθοῦν ἀπολελειμμένος, οὕτω καταφρονητικῶς εἶχεν, ὥστε πέμπων ὁσάκις ἀναπαύοιτο προσέταττεν αὐτοῖς σιωπᾶν. ἡμέραις δὲ τεσσαράκοντα δεῦν δεούσαις, ὥσπερ οὐ φρουρούμενος ἀλλὰ δορυφορούμενος ὑπ' αὐτῶν, ἐπὶ πολλῆς ἀδείας συνέπαιζε καὶ συνεγυμνάζετο, καὶ ποιήματα γράφων καὶ λόγους τινὰς ἀκροαταῖς ἐκείνοις ἐχρήτο, καὶ τοὺς μὴ θαυμάζοντας ἀντικρυς ἀπαιδεύτους καὶ βαρβάρους ἀπεκάλει, καὶ σὺν γέλωτι πολλάκις ἠπείλησε κρεμᾶν αὐτοῦς· οἱ δ' ἔχαιρον, ἀφελεία τινὶ καὶ παιδιᾷ τὴν παρρησίαν ταύτην νέμοντες, ὡς δ' ἦκον ἐκ Μιλήτου τὰ λύτρα καὶ δοὺς ἀφείθη, πλοῖα πληρώσας εὐθὺς ἐκ τοῦ Μιλησίων λιμένος ἐπὶ τοὺς ληστὰς ἀνήγετο, καὶ καταλαβὼν ἔτι πρὸς τῇ νήσῳ ναυλοχοῦντας, ἐκράτησε τῶν πλείστων. καὶ τὰ μὲν χρήματα λείαν ἐποίησατο, τοὺς δ' ἄνδρας ἐν Περγάμῳ καταθέμενος εἰς τὸ δεσμοτήριον, αὐτὸς ἐπορεύθη πρὸς τὸν διέποντα τὴν Ἀσίαν Ἰουγκον, ὡς ἐκείνῳ προσήκον ὄντι στρατηγῷ κολάσαι τοὺς ἐαλωκότας. ἐκείνου δὲ καὶ τοῖς χρήμασιν ἐποφθαλμιῶντος (ἦν γὰρ οὐκ ὀλίγα), καὶ περὶ τῶν αἰχμαλώτων σκέψασθαι φάσκοντος ἐπὶ σχολῆς, χαίρειν ἔασας αὐτὸν ὁ Καῖσαρ εἰς Πέργαμον ὄχθητο, καὶ προαγαγὼν τοὺς ληστὰς ἅπαντας ἀνεσταύρωσεν, ὥσπερ αὐτοῖς δοκῶν παίζειν ἐν τῇ νήσῳ προειρήκει πολλάκις.

Aquí están todos los elementos que Saylor expone en su conversación salvo la mención de la relación de César con Nicomedes. Este chisme de la época sucedió justo antes del episodio de los piratas, y tanto Suetonio como Plutarco lo mencionan con anterioridad, aunque el queronense de manera muy escueta y pulcra en comparación con Suetonio²³². Saylor menciona el chisme al comienzo de su relato, en SS

cos de la novela negra americana.

²³² Suetonio afirma de manera contundente en *Div. Iul. II* que César se prostituyó con Nicomedes: *Stipendia prima in Asia fecit Marci Thermi praetoris contubernio; a quo ad accersendam classem in Bithyniam missus desedit apud Nicomedem, non sine rumore prostratae regi pudicitiae; quem rumorem auxit intra paucos rursus dies repetita Bithynia per causam exigendae pecuniae, quae deberetur cuidam libertino clienti suo.* Acerca del testimonio de Suetonio, cf. la detallada exposición del episodio en *Div. Iul. XLIX*, que el latino comienza con estas palabras: *Pudicitiae eius famam nihil quidem praeter Nicomedis contubernium laesit, gravi tamen et perenni obprobrio et ad omnium convicia exposito.* Por el contrario, Plutarco en *Caesar I, 7-8* menciona solamente que César permaneció junto a Nicomedes un tiempo, pero no incide en detalles más comprometedores:

καὶ καταβάς εὐθὺς ἐπὶ θάλατταν ἐξέπλευσεν εἰς Βιθυνίαν πρὸς Νικομήδην τὸν βασιλέα. παρ' ᾧ

Vest 117, cuando Gordiano el Sabueso se topa con su amigo Lucio Claudio, que le pregunta si conoce el último rumor que sobre César se cuenta en el Foro. La respuesta de Gordiano es ésta: “Si te refieres a esa vieja anécdota sobre el guapo César jugando a ser la reina del rey Nicomedes de Bitinia, sí, la he oído antes... a ti mismo, según creo, y más de una vez, y en cada ocasión con más detalles gráficos”. La anécdota es tan popular que Saylor no se abstendrá de recurrir a ella nuevamente, de manera más intrascendente en SS Vest 144, en palabras del malévolo Espurio, pero sobre todo como conclusión del episodio de los piratas, cuyo resumen finaliza en SS Vest 121 haciendo mención, como no podía ser menos, de la crucifixión de los piratas:

—César necesita algo para recuperar la dignidad después de haberla perdido en la corte del rey Nicomedes —dijo Lucio con una sonrisa sarcástica.

—Sí, a los ojos de la multitud, nada refuerza tanto la dignidad romana como clavar a un puñado de hombres en la cruz —dijo con talante sombrío.

—Y nada la mengua tanto como que le claven a uno, aunque sea en el lecho de un rey —observó Lucio.

Contrasta enormemente dentro de la historia que la primera referencia a la sexualidad de Cayo Julio sea la haberse rendido como mujer a los encantos de Nicomedes, mientras que las posteriores referencias a su vida erótica, predominantemente heterosexual, se verían igualmente magnificadas que el resto de todos los rasgos de su personalidad, hasta el punto de haber conquistado una fama de casanova de la antigüedad francamente impresionante, si hemos de creer (sin que existan razones para no hacerlo) el testimonio de Suetonio en el extenso catálogo de amoríos que le dedica en *Div. Iul.* XLIX-LIII, y con el cual podría rivalizar con el propio Júpiter. En JMR Sac 41 Maddox evocará esta fervorosa flama donjuanesca: “Catullus the poet suspected Caesar of having an affair with Clodia. Few prominent women escaped that particular honor”. Así lo resume también ciertamente Suetonio en *Div. Iul.* L: *Pronum et sumptuosum in libidines fuisse constans opinio est, plurimasque et illustres feminas corrupisse, in quibus Postumiam Servi Sulpici, Lolliam Auli Gabini, Tertullam Marci Crassi, etiam Cn. Pompei Muciam.* A lo largo de este catálogo de amoríos de César, Suetonio recogerá algunos versos satíricos que aludían a su desenfadada sexualidad, como en *Div. Iul.* LI: *Ne provincialibus quidem matrimoniis abstinuisse vel hoc disticho apparet iactato aequae a militibus per Gallicum triumphum: urbani, servate uxores: moechum caluom adducimus. Aurum in Gallia effutuisti, hic sumpsisti mutuuum.* Por el contrario, el César de Saylor tendrá una bisexualidad más latente, que se revela sobre todo en su relación con Metón, el hijo adoptivo de Gordiano, y que además del episodio de juventud de Nicomedes parece

δια τρίψας χρόνον οὐ πολύν.

haber tenido fundamento histórico, de acuerdo de nuevo a Suetonio en *Div. Jul.* LII: *At ne cui dubium omnino sit et impudicitiae et adulteriorum flagrasse infamia, Curio pater quadam eum oratione omnium mulierum virum et omnium virorum mulierem appellat.*

Una interesante síntesis ideológica de César la hallamos en Maddox, en las primeras páginas de la novela inaugural de la serie *SPQR*, concretamente en JMR Mist 19-20:

El nombre más pregonado en la historia romana aún no era famoso. En aquellos tiempos el joven César sólo era conocido por el asombroso número y variedad de sus excéntricas y por sus extraordinarias deudas. Sin embargo, para sorpresa de todos, de pronto había demostrado conciencia cívica al presentarse como candidato a cuestor en defensa de la plebe.

Sus nuevas ideas democráticas no eran aprobadas, puesto que la antigua *gens* Julia, aunque no había dado ningún personaje público reconocido desde hacía muchas generaciones, siempre había pertenecido al partido aristocrático. El joven Cayo rompía con la tradición familiar al ponerse del lado de los populares. Era cierto que a través del matrimonio se había convertido en sobrino de Mario, el mismo general a cuyo servicio mi padre se había ganado su sobrenombre. A pesar de que aquel anciano de instintos asesinos había aterrorizado a Roma en sus últimos años como cónsul y líder de los populares, todavía contaba con muchos partidarios en Roma y toda Italia. Asimismo recordé que César estaba casado con la hija de Cinna, que había sido cónsul junto con Mario. Sí, el joven Cayo Julio César era sin duda alguna un hombre a quien debía vigilar.

Maddox disemina algunos datos que ya eran relevantes en los primeros años de la vida pública de César, aunque en aquellos años y durante algunos más su figura no sería tan importante para la República como la de un Pompeyo, un Cicerón o un Craso²³³. En lo referente a sus numerosas deudas, es una constante en las novelas aludir a ellas, ya que César parecía creer a pies juntillas el dicho de que un gran hombre debe tener grandes deudas. En JMR Mist 241 Decio comenta de César que “en años posteriores no expresará tan libremente sus opiniones en una conversación, al menos hasta cerciorarse de que no había ningún hombre que pudiera contradecirlo. Pero en aquella época era tan pródigo en discursos como deudas”. En *The Sacrilige*, cuando César ya tiene una representatividad mayor en la República, Decio conducirá su comentario hacia la hipérbole en JMR Sac 14: “The extravagance of Caesar’s debts was the wonder of the Roman world, and the only

²³³ Es igualmente famosa la cita de Plutarco (*Caesar* XI, 5-6) acerca de que César, a la misma edad que Alejandro, se apesadumbró por no haber hecho todavía nada de provecho en la vida (como bien sabemos, era a Pompeyo a quien en aquel tiempo le correspondía el sobrenombre de Magno):
ὁμοίως δὲ πάλιν ἐν Ἰβηρίᾳ σχολῆς οὐσῆς ἀναγινώσκοντά τι τῶν περὶ Ἀλεξάνδρου γεγραμμένων σφόδρα γενέσθαι πρὸς αὐτῷ πολὺν χρόνον, εἶτα καὶ δακρῦσαι τῶν δὲ φίλων θαυμασάντων τὴν αἰτίαν εἰπεῖν· οὐ δοκεῖ ὑμῖν ἄξιον εἶναι λύπης, εἰ τηλικούτος μὲν ὢν Ἀλέξανδρος ἤδη τοσούτων ἐβασίλευεν, ἐμοὶ δὲ λαμπρὸν οὐδὲν οὐπω πέπρακται;

hope he had of extricating himself from them was to get to Spain and start looting”. Al margen de la exageración, es cierto que durante los primeros tiempos de su carrera política tuvo que derrochar dinero a espuestas, como nos dice Plutarco que hizo cuando estuvo al cargo de la vía Apia, subvencionando buena parte de las obras de su bolsillo, y cuando fue edil organizó imponentes certámenes gladiatorios como nunca antes se habían visto, además de procesiones, festejos y banquetes que hasta entonces no habían tenido precedentes tan espléndidos²³⁴. Ya mencionado parcialmente en el capítulo dedicado a juegos y gladiadores, esta magna celebración obligó al senado a promulgar una serie de leyes, pero como Maddox comenta en su novela *La conspiración de Catilina*, se trataba no sólo de un programa perfectamente trazado de política populista, sino también de una forma de granjearse, si bien por propia conveniencia, el respaldo de los acaudalados²³⁵.

En realidad César ya gozaba de respeto por haberse enfrentado a Sila en el comienzo de su carrera política, y esto es mencionado explícitamente por Maddox en JMR Mist 20. César pertenecía a una de las familias más antiguas de la Urbe, descendiente de Julo, otro nombre de Ascanio el hijo de Eneas²³⁶ y cuyo linaje se remontaba a la misma diosa Venus, algo que César no dejó nunca de recordar como antecedente glorioso de su persona, lo cual debió de contribuir no poco a su divini-

²³⁴ Plut. *Caesar* V, 8-9:

Χρόμενος δὲ ταῖς δαπάναις ἀφειδῶς, καὶ δοκῶν μὲν ἐφήμερον καὶ βραχεῖαν ἀντικαταλλάττεσθαι μεγάλων ἀναλωμάτων δόξαν, ὠνούμενος δὲ ταῖς ἀληθείαις τὰ μέγιστα μικρῶν, λέγεται πρὶν εἰς ἀρχὴν τινα καθίστασθαι χιλίων καὶ τριακοσίων γενέσθαι χρεωφειλέτης ταλάντων. ἐπεὶ δὲ τοῦτο μὲν ὁδοῦ τῆς Ἀπίας ἀποδειχθεὶς ἐπι μελητῆς πάμπολλα χρήματα προσανάλωσε τῶν ἑαυτοῦ, τοῦτο δ' ἀγορανομῶν ζεύγη μονομάχων τριακόσια καὶ εἴκοσι παρέσχε, καὶ ταῖς ἄλλαις περὶ τε θέατρα καὶ πομπὰς καὶ δεῖπνα χορηγίαις καὶ πολυτελείαις τὰς πρὸ αὐτοῦ κατέκλυσε φιλοτιμίας, οὕτω διέθηκε τὸν δῆμον, ὡς καινὰς μὲν ἀρχάς, καινὰς δὲ τιμὰς ζητεῖν ἕκαστον αἷς αὐτὸν ἀμειψαίντο.

²³⁵ JMR Con 101-2: “Dos años atrás, César, como edil, había ofrecido los juegos públicos más generosos que nadie había presenciado jamás. Había comprado y entrenado tantos gladiadores que el Senado se había apresurado a aprobar una legislación que limitaba el número que un ciudadano podía poseer, por miedo a que se hubiera propuesto formar su propio ejército. Había subvencionado el alojamiento de la gente durante el año que ocupó el cargo y distribuido cereales gratis. Para llevar esto a cabo se había endeudado tanto que muchos creían que se había vuelto loco. César había demostrado ser el político más astuto de todos los tiempos. Había comprado la popularidad de las masas a expensas de los prestamistas. Además de a los financieros profesionales, había pedido prestado a amigos, senadores, gobernadores provinciales y todo aquel que poseyera dinero que prestar. Esos hombres comenzaban a comprender que sólo recuperarían su dinero ayudando a César en su carrera, asegurándose de que recibiera mandos lucrativos donde hubiera un botín que tomar, altos cargos en que pudiera percibir elevados sobornos y el gobierno de provincias ricas. Se había labrado un espectacular futuro político con la fortuna de otros.”

²³⁶ Acerca de la genealogía de César y de la de Octavio Augusto tenemos entre otros el testimonio de Virgilio en *Aen.* I, 286-91: *Nascetur pulchra Troianus origine Caesar, imperium oceano, famam qui terminet astris, Iulius, a magno demissum nomen Iulo. Hunc tu olim caelo, spoliis Orientis onustum, accipies securo; vocabitur hic quoque votis. Aspera tum positae mitescent saecula bellis.*

zación postrera, y también a la glorificación de Augusto al pertenecer a la familia Julia por adopción²³⁷. Sin embargo, a pesar de estos vínculos con la aristocracia, Cayo Julio se decantó por la facción de los populares y la proximidad a las ideas del populista Mario²³⁸, quien había estado casado con su tía Julia, hermana de su padre²³⁹. Cuando Sila (partidario de los *optimates*, como ya hemos visto) le obligó a divorciarse de Cornelia, la hija de Cinna, César se negó a acatar la orden y abandonó Italia para no regresar a Roma hasta después de la muerte del dictador, lo cual también es consignado por Maddox en JMR Mist 20²⁴⁰.

La posible intervención de Cayo Julio en la conjuración de Catilina ya ha sido examinada al abordar la controvertida figura de este personaje histórico. Hoy parece más o menos asumido que César debió de estar al corriente de los pasos del conjurado, aunque nunca se mostró abiertamente partidario de él, posiblemente porque sabía que su conjura no tendría éxito, no precisamente porque César velase por las instituciones republicanas. Como sabemos, César y Craso estuvieron involucrados en un proyecto de golpe de estado, como recuerda el embajador egipcio Lisas en JMR Sac 97:

There was a rumor at the time, just a rumor, mind you, that he had more than public duty and splendid games in mind. He is supposed to have taken part in a conspiracy to overthrow the state, in league with Crassus. (...) The plan, it is said, was that Caesar and Crassus would attack the Senate house on the new year and kill all their enemies while they were gathered in one place. Then Crassus was to assume the Dictatorship and name Caesar his Master of Horse.

Como sabemos por Suetonio, quien a su vez se basa en testimonios de Tanu-

²³⁷ El César de Maddox presume numerosas veces acerca de sus orígenes divinos, como en JMR Sac 116 y 220, una ascendencia que el propio César aseguró en el elogio fúnebre de su tía Julia, como vemos en Suetonio, *Divus Iulius* VI: *Quaestor Iuliam amitam uxoremque Corneliam defunctas laudavit e more pro rostris. Et in amitae quidem laudatione de eius ac patris sui utraque origine sic refert: 'Amitae meae Iuliae maternum genus ab regibus ortum, paternum cum diis immortalibus coniunctum est. Nam ab Anco Marcio sunt Marcii Reges, quo nomine fuit mater; a Venere Iulii, cuius gentis familia est nostra. Est ergo in genere et sanctitas regum, qui plurimum inter homines pollut, et caerimonia deorum, quorum ipsi in potestate sunt reges.'*

²³⁸ Son famosas las palabras del dictador Sila acerca de la influencia de Mario en César y que recoge Suetonio en *Div. Iul. I: Caesari multos Marios inesse*. Cf. también Plutarco, *Caesar* I.

²³⁹ Plutarco, *Caesar* I:

αἰτία δὲ Καίσαρι τῆς πρὸς Σύλλαν ἀπεχθείας ἢ πρὸς Μάριον οἰκειότης ἦν· Ἰουλίᾳ γὰρ πατὴρ ἀδελφῆ Καίσαρος ὁ πρεσβύτερος συνώκει Μάριος, ἐξ ἧς ἐγγόνει Μάριος.

²⁴⁰ Suetonio, *Div. Iul. I: Annum agens sextum decimum patrem amisit; sequentibusque consulibus flamen Dialis destinatus dimissa Cossutia, quae familia equestri sed admodum dives praetextato desponsata fuerat, Corneliam Cinnae quater consulis filiam duxit uxorem, ex qua illi mox Iulia nata est; neque ut repudiaret compelli a dictatore Sulla ullo modo potuit. Quare et sacerdotio et uxoris dote et gentilicis hereditatibus multatus diversarum partium habebatur, ut etiam discedere e medio et quamquam morbo quartanae adgravante prope per singulas noctes commutare latebras cogereetur seque ab inquisitoribus pecunia redimeret.*

sio Gémino, M. Bíbulo y C. Curión, la conjuración existió sin que llegara a llevarse a cabo, por razones que han quedado en la sombra. Suetonio apunta que Craso, al no aparecer el día fijado para la matanza, quizá por miedo o arrepentimiento, impulsó a César a no dar la señal convenida para el ataque al senado²⁴¹.

Esta ambigüedad de César con respecto a su relación con Catilina es recogida por nuestros novelistas, principalmente en el célebre discurso en el Senado donde César se opuso a aplicar la pena de muerte contra los conjurados, que Saylor reproduce en SS Cat 400 y que se basa en los testimonios de Plutarco y Suetonio, pero también de Salustio²⁴²:

Tened en cuenta el precedente que vais a sentar, pues todos los malos precedentes se originan en medidas que son buenas en sí. Impondrías un castigo extraordinario a hombres culpables que sin duda lo merecen. Pero ¿qué ocurre cuando el poder pasa a manos de hombres que no lo merecen? Dirán que siguen vuestro ejemplo y nadie podrá detenerlos. — Así fue como César, a quien muchos consideraban relacionado con los conspiradores, pidió clemencia para los acusados sin intervenir realmente en su defensa. En lugar de ejecutarlos, propuso que se les confiscaran sus propiedades y se les desterrara a alguna ciudad lejana donde estuvieran vigilados hasta que Catilina fuera derrotado definitivamente en la contienda o se superara la crisis de algún otro modo.

Ciertos comentarios del Catilina de Maddox, con quien a veces comparte una tranquila tertulia²⁴³, también inciden en esta ambigüedad que en buena medida es la del político. Así, en JMR 212 Catilina comenta a Decio (que actúa como agente secreto de Cicerón en la conjuración y le pregunta si César es confiable) cuáles serían los beneficios de contar con César en su facción, pues como *pontifex maximus* tenía el poder de alargar el año más allá de los doce meses²⁴⁴.

²⁴¹ Suetonio, *Div. Iul.* IX: *Nec eo setius maiora mox in urbe molitus est: siquidem ante paucos dies quam aedilitatem iniret, venit in suspicionem conspirasse cum Marco Crasso consulari, item Publio Sulla et L. Autronio post designationem consulatus ambitus condemnatis, ut principio anni senatum adorirentur, et trucidatis quos placitum esset, dictaturam Crassus invaderet, ipse ab eo magister equitum diceretur constitutaque ad arbitrium re publica Sullae et Autronio consulatus restitueretur. Meminerunt huius coniurationis Tanusius Geminus in historia, Marcus Bibulus in edictis, C. Curio pater in orationibus. De hac significare videtur et Cicero in quadam ad Axiu[m] epistula referens Caesarem in consulatu confirmasse regnum, de quo aedilis cogitarat. Tanusius adicit Crassum paenitentia vel metu diem caedi destinatum non obisse et idcirco ne Caesarem quidem signum, quod ab eo dari convenerat, dedisse; convenisse autem Curio ait, ut togam de umero deiceret.*

²⁴² Plut. *Caesar* VIII; Suetonio, *Div. Iul.* XIV; Sal. *Bell. Cat.* El discurso y su contenido es sucintamente mencionado por Maddox en JMR Con 284.

²⁴³ Como en JMR Con 158: “En esos momentos [César] charlaba amigablemente con Catilina. El hecho de que ambos fueran patricios era más vinculante que la simple conveniencia política. En realidad, salvo en el Senado y la tribuna de oradores, resultaba difícil distinguir un partido de otro. Los políticos siempre negaban pertenecer a alguna facción, afirmando que sólo actuaban por motivos desinteresados. Aseguraban que eran sus enemigos quienes pertenecían a partidos.”

²⁴⁴ JMR Con 212: “Puede confiarse en que vele por sus intereses. Nadie influye tanto en las asambleas populares como Cayo Julio. De acuerdo, como caudillo no vale nada. Su experiencia militar es

De estas sospechas se hace eco también Saylor, quien en SS Cat 397 recrea un fragmento de Plutarco en que César sufre un intento de asesinato después de pronunciar su magnífico discurso en defensa de la vida de los conjurados, discurso que si bien logró numerosos adeptos, vio pulverizado su objetivo tras la intervención de Catón, como ya hemos visto en el comentario de este personaje histórico²⁴⁵:

También César estuvo bajo sospecha. ¿Le habrían implicado también Volturcio y los alóbroges? ¿Habrían sido rechazados sus cargos por el Senado y evitados por Cicerón en su discurso porque no deseaba enfrentarse a César? ¿O acaso estas afirmaciones no eran más que rumores puestos en circulación por los enemigos de César? Fuera cual fuese la verdad, se difundieron ampliamente los rumores contra César. Tal era la tensión que se vivía en esos días que cuando esa tarde salió César del templo de la Concordia, los hombre armados que protegían el edificio (todos de la clase de los équites y partidarios de Cicerón) empezaron a proferir amenazas y a blandir sus espadas ante él. Según cuentan los que estaban allí, César mantuvo intacta su dignidad y, una vez que se hubo liberado del cordón de hombres airados, comentó sarcásticamente: “Qué rabiosos están estos perros. ¿Es que su amo no les da de comer últimamente?”

En efecto, como *pontifex maximus* comenzó el ascenso político de Cayo Julio²⁴⁶, caracterizado sobre todo por un famoso episodio al que Maddox dedica una novela de su serie *SPQR, The Sacrilege*, y que dio pie a la famosa frase, ya comentada al hablar de Clodio, de que la esposa de César debía estar por encima de toda sospecha. Que César logró el pontificado recurriendo a sobornos es un rumor a gritos a lo largo de las novelas de Maddox: “The supreme pontificate has become just another political office. Caius Julius is widely known to have secured it through a

escasa para un hombre de su edad, y su cargo sacerdotal le prohíbe ver sangre humana, pero ten la seguridad de que todos los presagios nos favorecerán y los dioses nos apoyarán. Y como *pontifex maximus*, César está a cargo del calendario. Puede hacer que el año de mandato del cónsul dure mucho más de doce meses.”

²⁴⁵ Saylor se basa en Plutarco, *Caesar VIII*, aunque en el *queronense* no encontramos la alusión a los “perros” de Cicerón que Saylor pone en boca de César. En Suetonio *Div. Iul. XIV* también encontramos la narración del intento de asesinato, pero éste no menciona en absoluto a Cicerón: *Manus equitum Romanorum, quae armata praesidii causa circumstabat, immoderatus perseveranti necem comminata est, etiam strictos gladios usque eo intentans, ut sedentem una proximi deseruerint, vix pauci complexu togaque obiecta protexerint. Tunc plane deterritus non modo cessit, sed et in reliquum anni tempus curia abstinuit.*

²⁴⁶ Un interesante fragmento de Maddox, en JMR Sac 71, resume la opinión que los romanos de la época tenían de Cayo Julio: “Since he is now a god, people think that Caius Julius must have been held in reverent awe since earliest youth. Nothing could be farther from the truth. At this time he was forty years old, completely undistinguished politically and militarily, and highly regarded only in the popular assemblies, where he was good at currying favor with the mob. In the Senate he was a nobody. He had bribed his way to the supreme pontiff’s position and he was renowned only for his extravagance and his questionable morals. Of Caius Julius Caesar two things were generally agreed: He had the biggest debts in history and he had almost certainly been bugged by King Nicomedes of Bithynia”.

campaign of bribery such as has seldom been seen in Rome, even in this decadent era” (JMR Sat 230-1). De nuevo es a Suetonio a quien debemos el chisme²⁴⁷, quien en general a lo largo de toda su obra dedicada a César ejecuta un retrato menos ejemplarizante que el de Plutarco, aunque no por ello menos admirativo. Gordiano el Sabueso, al oír hablar a Rufo con entusiasmo acerca del nuevo pontifex César²⁴⁸, hace en SS Cat 189 un buen resumen de la carrera de César hasta ese punto en que alcanza el pontificado:

Asentí al escuchar el nombre del joven patricio que a comienzos de aquel año, en contra de todas las expectativas, había ganado las elecciones para ocupar el lugar del difunto Sumo Pontífice, el máximo representante religioso. En los últimos años César había aparecido como abanderado de los reformistas. Había sido pródigo en juegos públicos y banquetes, se había ganado el corazón de las masas y, según se rumoreaba, se había endeudado hasta las cejas, a pesar de la enorme riqueza de su familia. Se decía que era ingenioso, encantador, retorcido, que se mofaba de los optimates y que poseía ese carácter directo y franco que puede llevar a los políticos a la grandeza, al desastre o a ambas cosas. Algunos temían (o esperaban) que César fuese otro Catilina.

El episodio del sacrilegio de Clodio al irrumpir vestido de mujer en los rituales de la Bona Dea, que se celebraban en la morada del Pontifex Maximus, constituye el más sonado escándalo del pontificado de César. Ya hemos hablado de este suceso en las páginas anteriores referidas a Clodio, aunque habíamos dejado en el aire la supuesta trascendencia o intrascendencia del suceso y nos habíamos centrado, principalmente, en la anécdota del repudio de Pompeya por César, a la cual Maddox saca tanta punta irónica. En este aspecto, la importancia es distinta tanto para Saylor como para Maddox, y en esto parecen imitar a Suetonio y a Plutarco, pues el primero dedica al suceso unas cuantas líneas sin excesiva repercusión²⁴⁹, mientras que Plutarco dedica dos capítulos de su vida de César (*Caesar IX-X*) a narrar meticulo-

²⁴⁷ Suetonio, *Div. Iul.* XIII: *Deposita provinciae spe pontificatum maximum petit non sine profusissima largitione; in qua reputans magnitudinem aeris alieni, cum mane ad comitia descenderet, praedixisse matri osculanti fertur domum se nisi pontificem non reversurum. Atque ita potentissimos duos competidores multumque et aetate et dignitate antecedentes superavit, ut plura ipse in eorum tribubus suffragia quam uterque in omnibus tulerit.*

²⁴⁸ Entusiasmo también compartido por el pueblo en Maddox, aunque parece que este autor se basa más en el balance general que de César deja Suetonio que Plutarco, a tenor de un comentario que parece estar basado en su catálogo de amores: “Unas semanas antes, había fallecido el viejo *pontifex maximus*. Para regocijo de toda la ciudad, César había sido elegido en su lugar. El hombre conocido tanto por la frecuencia como por la diversidad de sus actos de libertinaje se había convertido en el más alto sacerdote del estado romano. Una de las limitaciones del cargo era que el *pontifex maximus* no podía ver sangre humana” (JMR Con 55).

²⁴⁹ Suet. *Div. Iul.* VI: *In Corneliae autem locum Pompeiam duxit Quinti Pompei filiam, L. Sullae nepotem; cum qua deinde divortium fecit adulteratam opinatus a Publio Clodio, quem inter publicas caerimonias penetrasse ad eam muliebri veste tam constans fama erat, ut senatus quaestionem de pollutis sacris decreverit.*

samente el acontecimiento, y es en esta meticulosidad en la que se basan los novelistas, principalmente Maddox, para evocar el sacrilegio. Para Saylor el episodio no tiene mayor trascendencia que la de añadir un notable rasgo de alocamiento al personaje de Clodio, y en este aspecto sigue la versión oficial: Clodio, deseoso de yacer con Pompeya en la propia cama de César, irrumpe en la casa del *Pontifex Maximus* y es descubierto, como cuenta Saylor en SS Ven 123-4:

Es paradójico que el hombre que empezó acusando a un virgen vestal y a su supuesto amante se haya metido él mismo en un escándalo tan sacrilego. Los rumores decían que Clodio se entendía con la esposa de César, Pompeya, pero César estaba sobre aviso y puso a su madre a vigilar a Pompeya como un halcón, de modo que hizo imposible a los amantes que se volvieran a ver. Sin poder refrenar nunca sus apetitos carnales, Clodio urdió un plan para llegar a Pompeya. Decidió infiltrarse en la fiesta femenina de la Buena Diosa, Fauna, que se celebraba ese año en casa de César. A ningún hombre le estaba permitida la entrada. ¿Cómo consiguió entrar Clodio? ¡Disfrazándose de mujer! Figúratelo disfrazado de cantante con traje azafranado, calzas moradas y sandalias. (...) Supongo que no pudo resistirse a la idea de poseer a Pompeya en la propia cama de César, con la propia madre de César y multitud de mujeres entonando cánticos y encendiendo incienso en la habitación de al lado.

Saylor no duda que el objetivo verdadero fuese el del adulterio, razón por la cual César repudió a Pompeya. Es interesante que Saylor mencione que César se encontraba sobre aviso y puso a su madre a vigilar a su esposa. En este aspecto, el autor sigue a Plutarco, aunque el queronense no dice explícitamente que César tuviese sospechas, sino que la recelosa era su madre²⁵⁰. La importancia de Aurelia en la vida de su hijo Cayo Julio es determinante, y hasta su fallecimiento fue muy celosa de sus actividades, tanto privadas como políticas. Tácito la incluye entre las matronas romanas protectoras de la casa y de su prole hasta el punto de velar encarecidamente por los estudios y ocupaciones de sus hijos, de sus ocios y sus juegos²⁵¹. Para Saylor, el episodio no tiene mayores consecuencias, y cuando menciona las tentativas de César de aproximarse a Craso y Pompeyo con objeto de constituir el primer triunvirato, no hay una relación entre ambos sucesos, como se deduce de las palabras de Metón en SS Ven 347, cuando revela a su padre que César se encuentra en Italia y que sus movimientos conducen a la instauración de un triunvirato ante la debilidad e ineficiencia del Senado que ya una vez quiso destruir junto a Craso y que, tras el fallecimiento de éste, le dejará solo frente a Pompeyo, entre vientos de guerra:

²⁵⁰ Plut. *Caesar* IX, 2-3:

Πόπλιος Κλώδιος ἦν ἀνὴρ γένει μὲν εὐπατρίδης καὶ πλούτῳ καὶ λόγῳ λαμπρός, ὕβρει δὲ καὶ θρασύτητι τῶν ἐπὶ βδελυρία περιβοήτων οὐδενὸς δεύτερος. οὗτος ἤρα Πομπηίας τῆς Καίσαρος γυναικός, οὐδ' αὐτῆς ἀκούσης, ἀλλὰ φυλακαὶ τε τῆς γυναικωνίτιδος ἀκριβεῖς ἦσαν, ἢ τε μήτηρ τοῦ Καίσαρος Ἀύρηλία γυνὴ σώφρων περιέπουσα τὴν νόμφην αἰεὶ χαλεπὴν καὶ παρακεκινδυνευμένην αὐτοῖς ἐποίει τὴν ἔντευξιν.

²⁵¹ Tácito, *Diálogo de los oradores* XXVIII.

Está en Rávena, pero como si no te lo hubiera dicho. Tiene una reunión secreta con Craso. Luego irá a Luca a reunirse con Pompeyo. César quiere designar más generales y levantar cuatro legiones; necesitará la ayuda de los dos para conseguir que el Senado apruebe el gasto y para acallar los comentarios de que se está volviendo muy poderoso. En mi opinión, lo que quieren los tres es resucitar el Triunvirato y hacerlo funcionar en serio esta vez. Es inevitable. Tarde o temprano, el Senado desaparecerá por completo. El Senado no puede gobernarse a sí mismo. Ahora no es más que un estorbo en el camino de César. Una rama podrida que hay que podar. Todo este regateo jurídico, los políticos acusándose constantemente, estos disparates tienen que acabar antes o después. (...) He visto con mis propios ojos de lo que es capaz César. Todas estas triviales riñas de Roma parecen absurdas cuando estás en las Galias, viendo cómo los romanos conquistan el mundo.

Sin embargo, no deja de parecer curioso que con posterioridad al adulterio no consumado entre Pompeya y Clodio, César continuase favoreciendo a éste y relacionándose con él. A lo largo de las novelas también se menciona que Clodio es un hombre de César²⁵², y de esta paradoja sospechosa se arma Maddox para escribir *The Sacrilege*, obra que para nuestro gusto es la más interesante de la serie *SPQR*, pues en ella Maddox entra en el terreno de la historia ficción, algo que hasta ahora sólo había cultivado Saylor y que elevará notablemente el nivel de la serie. La tesis de Maddox es que el episodio del sacrilegio no fue más que una excusa para que César, Craso, Pompeyo y el mismo Clodio (quien al final fue descubierto) se introdujesen vestidos de mujer en el único lugar de Roma donde podrían hacerlo sin ser descubiertos: en la casa del Pontifex Maximus durante la celebración de los ritos de la Bona Dea. El objetivo: sentar las bases del futuro triunvirato y decidir los debidos repartos de poder. Todo este complot, organizado con mente maestra por el mismo César, nos es revelado en JMR Sac 199-207 por medio de una carta escrita y dirigida a Decio por Apio Claudio Nerón, primo de Clodio, la misma noche de su asesinato.

En la carta, Nerón explica cuándo llegó a Roma y cuánto hizo su pariente Clodio por él, pero que también le introdujo en asuntos de dudosa legalidad con el argumento de que así se manejaban los asuntos políticos en aquel tiempo. Durante más de un mes Clodio mantuvo entrevistas con César, Craso y con el mismo Pompeyo en su campamento, y él se jactaba fatuamente de tener a todos estos hombres bajo su control. Sin embargo, después de su último encuentro con Pompeyo fue ven-

²⁵² No sólo antes de la irrupción en la casa del Pontifex, como vemos en JMR Sac 35 (“Clodius does very little these days without Caesar’s permission”), sino también después: en JMR Sat 4 se le llama “Caesar’s dog”; en JMR Sat 15 se especifica que la turba de Clodio “supports Caesar and the popular party”; más aún, en JMR Sat 67 se nos habla de cómo César cónsul apoyó a Clodio para ser transferido de la orden patricia a la plebeya con vistas a que éste pudiese presentarse al cargo de tribuno de la plebe. A este último respecto, tenemos el testimonio de Suetonio en *Div. Iul.* XX, donde se nos especifica que fue por rivalidad con Cicerón, enemigo de Clodio: *Cicerone in iudicio quodam deplorante temporum statum Publium Clodium inimicum eius, frustra iam pridem a patribus ad plebem transire nitentem, eodem die horaque nona transduxit.*

cido por el desasosiego, ya que Pompeyo le había ordenado asesinar con veneno al hijo del censor Metelo. Clodio se lamentaba de tener que matar a Decio por orden de Pompeyo y no por el placer de hacerlo, como hubiese querido. Así que Clodio mandó a Nerón a comprar veneno y una túnica —cuya finalidad desconocía el malogrado Claudio Nerón— a Purpúrea, la vendedora de hierbas, donde se topó con Decio. Nerón se horrorizó cuando Clodio le exigió ser el ejecutor del envenenamiento, pero no pudo negarse. Por la noche, tras la cena y el asesinato de Capitón (y puesto que creía haber envenenado a Decio) los remordimientos le apartaron de buscar a Clodio y le condujeron hacia su hermana. Al día siguiente, experimentó un gran alivio al descubrir a Decio vivo en el Foro y cuando se presentó ante Clodio éste se mostró apesadumbrado por el fracaso, pero emplazó la muerte de Decio para una ocasión mejor. A cambio, encargó a Nerón otra misión: llevar a Pompeyo y Fausto la túnica púrpura, dos velos y otra túnica más y regresar con ellos a la ciudad vestidos de mujer, donde en el Foro habrían de encontrarse con Clodio y dos individuos más, los tres igualmente travestidos. Los hombres se mezclaron entonces con la multitud de mujeres y entraron en la casa del Pontífice Máximo. Mientras, Nerón esperaba afuera durante horas hasta escuchar que una gran conmoción procedía de su interior y ver salir a Clodio huyendo de la casa y perseguido por una turbamulta de mujeres rabiosas. Clodio se reunió con Nerón y ambos se perdieron entre las sombras de los callejones mientras Clodio reía como un loco y sus ojos estaban empañados por lágrimas de felicidad. Ya en su casa, Clodio le reveló que aquella noche habían estado en la morada del pontífice los tres hombres más poderosos de Roma para debatir sobre el curso de la República, y que él había sido el organizador del encuentro. Como Craso y Pompeyo no son hombre imaginativos, capaces de dejar a un lado sus diferencias, César les obligó a jurar solemnemente que, durante su ausencia, ambos se comportarían como colegas; pero que a su regreso, los tres comenzarían a trabajar como una coalición que perseguiría su propio beneficio. Se impusieron condiciones: Craso solventaría la deuda de César y ambos se harían visibles durante los actos oficiales del triunfo de Pompeyo. César exigió un consulado al volver de Hispania, y luego, una magistratura extraordinaria sobre toda la Galia; Craso, el apoyo absoluto en la guerra contra Partia; y Pompeyo, el cargo que deseara exceptuadas la Galia y Partia. Como el cumplimiento de estas funciones implicaba para los tres la ausencia de la ciudad por un periodo extenso de tiempo, se consideró que sería Clodio quien les representaría en Roma. Ellos financiarían la campaña de Clodio para el cargo de tribuno, y Pompeyo insistió en que, para defender sus intereses en la ciudad, Fausto Sila sería el colega de Clodio en el cargo, a lo que éste accedió. La reunión se disolvió tomadas estas decisiones, pero Clodio se encaprichó con la idea de ver parte de las ceremonias secretas, y al ser descubierto todos salieron en fuga. Entendiendo que se trataba de una conspiración, Nerón abandonó la casa de Clodio y se alojó en una

pequeña taberna, donde escribió la carta. Sabe que, cuando Clodio se entere de su desaparición, le buscará para hacerle matar, por lo que ha decidido desaparecer de Roma, no sin antes dejar ese escrito frente a la casa de Decio.

A pesar de que Julia, la sobrina de César y prometida de Decio, está convencida de que la carta no es más que una sarta de patrañas, Decio cree que cada elemento del plan ha sido concebido por una mente maestra como sólo puede ser la de César. El pobre Claudio Nerón, que hasta entonces pasaba sólo como presunto aspirante a asesino de Decio, pasa a ser inocente, aunque, según el protagonista de la serie *SPQR*, “He was guilty of no more than bad company and owning a wretched prose style” (JMR Sac 205), lo que en labios de Decio podría ser un ejercicio de ironía autocrítica del propio Maddox. La reflexión final de Decio no tiene desperdicio, y la hallamos en JMR Sac 206-7:

Every bit of this scheme was Caesar’s doing. Oh, maybe the business of dressing as women had been Clodius’s, it was the sort of madcap whimsy that would appeal to him, but the rest was Caesar’s. Tricking Pompey into crossing the *pomerium* before his triumph put him, the most powerful of the three, firmly into the grasp of the other conspirators. That was Caesar’s brand of subtlety. Getting Crassus to stand surety for his debts neatly accomplished a number of his ends at one stroke, another favorite technique of his.

Most of all, though, Caesar had tied the two most powerful men in the world to him, had solved his own debt problems, assured that Rome would be tranquil in his absence, secured a Consulship upon his return and a rich province to govern afterward and even his co-conspirators’ patronage for his flunky Clodius. And he had accomplished all this while providing *absolutely nothing* of his own. This was another quality of Caesar’s with which I was familiar. He could persuade men to give him what he wanted as if he were doing them a favor. It seemed that now he wanted to be given the world, just for being Caesar.

For I had no doubt of what this signified. These three men (Clodius and Faustus did not count) had met in conspiracy to divide the world among them. And over bullheaded, overgrown juvenile thugs like Pompey and Crassus, Caesar would rule, shining like a god. Caesar was an actor, and this was the ultimate actor’s role. If the Senate allowed this to happen, the Senate would deserve whatever might befall it.

Los planes de César llegarían a buen puerto para su persona. En efecto, Craso solventó la deuda de Cayo Julio antes de su partida hacia la Galia, el día inmediatamente posterior al sacrilegio: “The day after the sacrilege, Crassus posted surety for all of Caesar’s greatest debts. He is free to leave Rome now” (JMR Sac 176)²⁵³. Este acuerdo de carácter absolutamente privado que fue el triunvirato le permitió a

²⁵³ Plut. *Caesar* XI, 1-2:

Ὁ δὲ Καίσαρ εὐθὺς ἀπὸ τῆς στρατηγίας τῶν ἐπαρχιῶν τὴν Ἰβηρίαν λαβὼν, ὡς ἦν δυσδιάθετον αὐτῷ τὸ περὶ τοῦ δανειστάς, ἐνοχλοῦντας ἐξιόντι καὶ καταβοῶντας, ἐπὶ Κράσσον κατέφυγε, πλουσιώτατον ὄντα Ῥωμαίων, δεόμενον δὲ τῆς Καίσαρος ἀκμῆς καὶ θερμότητος ἐπὶ τὴν πρὸς Πομπήϊον ἀντιπολιτείαν. ἀναδεξαμένου δὲ τοῦ Κράσσου τοὺς μάλιστα χαλεποὺς καὶ ἀπαραιτήτους τῶν δανειστῶν, καὶ διεγγυήσαντος ὀκτακοσίων καὶ τριάκοντα ταλάντων οὕτως ἐξῆλθεν ἐπὶ τὴν ἐπαρχίαν.

César ganar el consulado a su regreso de Iberia, en 59 a.C. y sorprender a la Urbe con la exhibición de un talento político y militar que hasta entonces nadie había sospechado. La reflexión de Decio en JMR Tem 47 debió de ser la de muchos romanos de su tiempo:

The astonishing rise of Caius Iulius in Roman politics was the wonder of the age. Rather late in life, he had emerged from obscurity to reveal himself as an accomplished politician, a gifted governor and, recently in Spain, a more than adequate military leader. For one who had been noted only for debauchery and debt, his career was doubly amazing. His tenure in Spain had been profitable enough for him to clear the most crushing of his debts. As Consul he couldn't be harassed by his remaining creditors, and if he could secure a rich province, he would be among the most redoubtable men in Rome. He was a man whom all thought they knew but whom no man had ever fathomed.

El año de su consulado debió gobernar junto a M. Calpurnio Bíbulo, un individuo de escaso talento político, a tenor de lo que de él se nos cuenta en las novelas, como es el caso (pero no el único²⁵⁴) de JMR Tem 46:

“The elections have been held in Rome. Caius Julius Caesar's to be Consul next year.”

“Well, there was never much doubt,” I said. “Now perhaps his creditors will have some hope of getting repaid. Who's the other?”

“Bibulus,” Creticus said disgustedly. “The might as well have elected an oyster.”

La referencia a que será el consulado de un solo hombre es absolutamente histórica, aunque cabe pensar que Bibulo no sería tan completa nulidad. Sin embargo, la presencia de César bien pronto lo eclipsó del mapa político, algo con lo que de seguro contaba el propio César, quien así podría practicar su secreto anhelo que un día habría de ver satisfecho: el del gobierno único. El mismo Bibulo se quejaría de esta situación, pues afirmaba que a pesar de que a veces compartían los gastos en juegos y cacerías de fieras, él se llevaba siempre el desdén y César la gloria; exactamente igual que cuando para referirse al templo de Cástor y Pólux se le llamaba simplemente “templo de Cástor”²⁵⁵. El consulado de un solo hombre permitió a Cé-

²⁵⁴ Así, en JMR Sat 14 se dice de él que “has the spine of a squid”, y en JMR Sat 4 hay una nueva puella: “His colleague in office, Bibulus, was such a nonety that Romans ever since have referred to that year as “the consulship of Julius and Caesar”. La cita viene de Suetonio XX: *Vnus ex eo tempore omnia in re publica et ad arbitrium administravit, ut nonnulli urbanorum, cum quid per iocum testandi gratia signarent, non Caesare et Bibulo, sed Iulio et Caesare consulibus actum scriberent bis eundem praeponentes nomine atque cognomine, utque vulgo mox ferrentur hi versus: “Non Bibulo quiddam nuper sed Caesare factum est: /nam Bibulo fieri consule nil memini”*.

²⁵⁵ Suetonio, *Div. Iul. X: Venationes autem ludosque et cum collega et separatim edidit, quo factum est, ut communium quoque inpensarum solus gratiam caperet nec dissimularet collega eius Marcus Bibulus, evenisse sibi quod Polluci: ut enim geminis fratribus aedes in foro constituta tantum Castoris vocaretur, ita suam Caesarisque munificentiam unius Caesaris dici*.

sar, como decimos, saborear una miel parecida a la del gobierno único, pero no con el mismo sabor. Poco a poco se cimentaba en César la construcción del deseo de todos los protagonistas de su tiempo: el de la dictadura perpetua. A este respecto son insistentes los novelistas, como Maddox en JMR Tem 49:

“Birth no longer means much in Rome,” I said. “Power these days is in the Tribuneship and with the Popular Assemblies. A patrician like Clodius transfers to the plebs so that he can stand for Tribune, and even your uncle Caius Julius, who is as patrician as Romulus, has become a man of the people because that’s where the power is.”

“My uncle Caius wishes to restore the ancient dignity of the Senate, a task in which he says that Sulla failed. If he must go to the commons for the authority to do so, it is merely because that is how corrupt the times have become. He is willing to endure this indignity for the good of the state.”

Her family loyalty was touching, but it was misplaced. The veriest political dunce knew that Caius Julius had no interest in restoring the dignity of the Senate. Restoring the monarchy was more like it, with Caesar as king. We had no idea how close he would come to doing it, though.

Durante su consulado dio prueba de su capacidad de trabajo y su enorme eficiencia al promulgar un buen paquete de leyes que fueron aprobadas por el Senado y que son discutidas por Craso, Decio, Clodia y Bestia durante una cena, entre las páginas 83-87 de *Saturnalia*. Leyes que, en general, gozan de la aprobación de la Historia, como denota el comentario de Decio: “Most of them excellent and long-needed” (JMR Sat 83), leyes que Craso enumera en JMR Sat 85-6:

“A law for a punishment of adultery...”

“A marvelous piece of legal impartiality, coming from Caesar,” Clodia said. More laughs.

“...a law to protect the individual citizen from public or private violence; a law forbidding anyone who lays hands on a citizen illegally from holding office; a law to deal with judges who accept bribes; several laws to deal with tax dodgers; laws against debasing the coin; laws against sacrilege; laws against corrupt state contracts; laws against election bribery; and, finally, a law to regulate the accounting each promagistrate renders to the Senate concerning his period of governance abroad, one account to be filed in Rome, the other in the province, and any discrepancy to be made up from the governor’s own estate.”

“Don’t forget the *Acta Diurna*,” Clodia said. “He decreed that a daily record be kept of all the Senate’s debates and activities and published the next morning.”

Los calificativos que los personajes ponen a César son altamente meritorios por la efectividad que ha demostrado durante el consulado que ahora termina, y Decio le llega a considerar que él “is not acting as consul at all; he’s behaving like a sort of supertribune” (JMR Sat 86)²⁵⁶, un supertribuno efectivo, de reflejos rápidos y

²⁵⁶ Lo cual es una paráfrasis de Plutarco, *Caesar* XIV: καὶ καταστάς εἰς τὴν ἀρχήν, εὐθὺς εἰσέφερε νόμους οὐχ ὑπάτω προσήκοντας, ἀλλὰ δημάρχῳ τι-

persuasivo frente a un Senado en el colmo de su adocenamiento²⁵⁷. De todas estas leyes nuevas, destaca sobre todo la ley contra el adulterio —merecedora, con toda justicia, de un comentario irónico por parte de Clodia— y la creación del Acta Diurna, especie de antecedente del Boletín Oficial del Estado creado por César²⁵⁸.

Pero la más importante de sus leyes fue la Ley Agraria, consistente en la repartición de *ager publicus* entre los veteranos de guerra, lo cual formaba parte de los acuerdos alcanzados durante el triunvirato con Pompeyo y Craso y cuya presentación en el Foro le sirvió, de paso, para librarse de la torpe presencia de Bíbulo durante lo que restaba de año, como evoca Craso en JMR Sat 83-5, al revelar al lector una información cuyas fuentes se hallan en las obras de Suetonio y Plutarco²⁵⁹:

“First and most important, he passed his Agrarian Law, using public money to buy up the state lands in Campania and distribute them among twenty thousand of Pompey’s veterans and a few thousand of the urban poor, to ease the overcrowding of the city. The Senate balked at that one. (...) Anyway, by next day the crowd was so big the assembly had to be held in front of the Temple of Castor, with Caesar reading off his new law from the steps. Pompey and I were backing him, naturally, neither of us serving in any capacity but adding a little muchneeded weight to Caesar’s side of the balance.

“Then Bibulus threw in his tame tribunes: Ancharius, Fannius, and Domitius Calvinus, to interpose their veto. The crowd grabbed the fasces away from Bibulus’s lictors, broke the rods, and used them to beat the tribunes. How can tribunes claim to represent the people when the people themselves rebel against them? Anyway, that was when Bibulus stormed off to his house and said he was watching for omens. He even said he was going to sanctify the whole rest of the year, so no official bussiness could be transacted! (...) The result was, Caesar not only got his law passed by the Popular Assembly, meeting in extraordinary session, he made the entire Senate confirm it and swear an oath to uphold it.”

Al concluir su mandato, con el apoyo del tribuno P. Vatinio (*lex Vatinia*) se atribuyó contra la voluntad del Senado las provincias de Galia Cisalpina y Transalpina e Iliria con objeto de realizar su proconsulado, con la destacada característica

νὶ θρασυτάτῳ, πρὸς ἡδονὴν τῶν πολλῶν κληρουχίας τινὰς καὶ διανομὰς χώρας εἰσηγοῦμενος.

²⁵⁷ Vatinio así lo considera en JMR Sat 86: “Most of those laws have been bandied around in the Senate for years, and they never got anywhere because the Senate has become an intransigent body of self-seeking little men who will always ignore the best interests of the state in favor of their own.” Y la reflexión subsiguiente de Decio incide en este aspecto, que tan catastróficas consecuencias tendría para la República: “I found it profoundly depressing. An arrogant, ambitious demagogue like Julius Caesar passed a huge, just and enlightened body of laws, while my own class behaved like pigheaded Oriental lordlings”.

²⁵⁸ Suet. *Div. Iul. XX: Inito honore primus omnium instituit, ut tam senatus quam populi diurna acta confierent et publicarentur.*

²⁵⁹ Suet. *Div. Iul. XX: Lege autem agraria promulgata obnuntiantem collegam armis foro expulit ac postero die in senatu conquestum nec quoquam reperto, qui super tali consternatione referre aut censere aliquid auderet, qualia multa saepe in levioribus turbis decreta erant, in eam coegit desperationem, ut, quoad potestate abiret, domo abditus nihil aliud quam per edicta obnuntiaret.* Esta misma información, sin más detalles adicionales, la hallamos en Plut. *Caesar XIV, 9.*

de que su proconsulado tendría la extensión temporal de cinco años, cuyo relato de acontecimientos conocemos fundamentalmente por Metón, el hijo de Gordiano que trabaja como secretario de César, y cuya relevancia dramática en las novelas de la serie *Roma sub rosa* es lógicamente nula, al tratarse de una serie básicamente urbana (con las excepciones de *Los brazos de Venus* y *Last Seen in Massilia*). En Maddox las primeras reacciones acerca de esta delegación proconsular son de escepticismo, pues Galia es una especie de volcán. El embajador Lias pone al corriente a Decio de que el Senado “hopes he’ll disgrace himself or get killed” (JMR Sat 10-11), pero Decio sabe que el Senado se engaña a sí mismo, como deja bien claro en JMR Sat 11: “Caesar has more brains than the rest of the Senate combined. In five years he’ll build up a clientela bigger than Marius had and he’ll be powerful enough to march against Rome”. Y es que el periodo proconsular por cinco años era algo inaudito en aquel tiempo, e implicaba numerosos riesgos por la enorme acumulación de poder que el procónsul podía alcanzar. Sin embargo, los tiempos habían cambiado y Roma ya no era la pequeña capital del Lacio que sólo tenía que preocuparse por gobernar la península itálica. Una bien estructurada argumentación de este problema se nos proporciona en JMR Sat 76-7:

“We have to stop pretending we live in the days of our ancestors. We have a vast empire all over the world, and we try to govern it as if Rome were still a little Italian city-state. The way we change offices every year is absurd! A man no sooner learns his task or the territory he is to govern when he is out of office.”

““Who would want to hold an office like the quaestorship or the aedilship for more than a year?” I objected.

He chuckled. “Very true. No, I spoke of the offices that hold *imperium*: praetor and consul. Most specifically, propraetor and proconsul. A one-year stint governing a province was one thing when our holdings were just a few days’ march from Rome, but it’s utterly obsolete now. You can take weeks if not months just getting to your province. Just about the time you’ve learned your way around, it’s time to go home.”

“You can usually get a command prorogued for another year or two,” I said.

“But you never know!” he said with some heat. And if you want to stand for office again, you have to drop everything and hurry back to Rome, even if you’re in the middle of a war. This new way is better”

No era sino el miedo instaurado tras la dictadura de Sila a un hombre que se convirtiese en dictador perpetuo lo que hizo germinar el temor del nuevo astro ascendiente de la política romana, César, que si triunfaba durante sus campañas en Galia podía regresar tras cinco años convertido en un hombre enormemente poderoso. Las razones para modificar los cargos proconsulares eran obvias más allá de la península itálica, y el comentario de Decio deja bien a las claras que el peligro radicaba precisamente en aquellos cargos que detentaban *imperium*, y no precisamente en los que había que poner dinero de la bolsa propia, como en el caso de los cuestores y

los ediles, para juegos y banquetes públicos. En definitiva, era el *imperium* elevado a máximo vicio y droga de los hombres lo que resultaba temible, pues antes como ahora el poder generaba peligrosas adicciones en determinados hombres proclives por naturaleza a dejarse fascinar por su tenencia. La segunda parte de la conversación entre Vatinio y Decio sobre este suceso (JMR Sat 76-7) termina con una reflexión de éste último donde se prefigura, como no podía ser menos, la amenaza de una posible guerra civil que finalmente acabaría por darse:

“Caesar goes to Gaul knowing he has five years to sort out that situation and bring it to a satisfactory conclusion. Plus, he has imperium over both Gauls plus Illyricum; so if he has the barbarians on the run, they can't just duck across the border where he'll have to coordinate with another proconsul.” It was one of the rules that a promagistrate wielded imperium only within the borders of his assigned province. If he tried to use it outside them he risked being charged with treason.

“It is a well thoughtout policy,” I admitted.

“Believe me, it is the only policy from here on”, he insisted. “And we need further legislation to allow a serving promagistrate to stand for office in absentia. If a legate can run a province or an army in the magistrate's absence, why not one to conduct an election campaign back home?”

There was considerable justice in his reasoning. The truth was that our ancient system of republican government was dreadfully awkward and unwildly. It was aimed at thwarting the dangerous practice of concentrating too much power in the hands of one man. Sensible as his solution was (and I had no doubt that it's was Caesar's solution, not his), I still hated the idea of giving anyone that much power for that long a time. After five years, especially if he was victorious in battle, all the legions in Gaul would belong solely to Caesar and to no other. Not that this was anything new. Pompey's legions were Pompey's, not Rome's.

La guerra de las Galias se convertiría en un triunfo absoluto para César, y en ella se produciría el proceso de construcción de su mito. Como nos cuenta Gordiano en SS Ven 67-9, desde que Metón se hizo soldado en las Galias pasa meses sin ver a su hijo, pero continúa la comunicación por medio de cartas enviadas por mensajeros militares. Las cartas, afirma Gordiano, no son del todo privadas, pues los mensajeros suelen leerlas para comprobar que no contienen información confidencial. Un mensajero de confianza, impresionado por el buen estilo literario de Metón, entrega copia de una de las cartas a un secretario de confianza de César. Éste, impresionado por su buena prosa, decide cambiarle de ocupación: Metón pasa de pulir armaduras recién forjadas a formar parte de su círculo de secretarios personales. En SS Ven 68-9 Gordiano hace un resumen de las actividades de César en Galia, un resumen que merece la pena reproducir aquí, no sólo por su importancia para la construcción del mito de César en la Roma de la época, sino por algunos detalles cultos y sorprendentes que contribuyeron a crear el mito de César como literato para la posteridad y paradigma del latín clásico.

Entre conquistar las Galias y competir por el dominio de Roma, parece que el gran hombre encuentra tiempo en su apretada agenda para llevar un diario detallado. Mientras que otros políticos dejan sus memorias como documento para la posteridad, César trata de distribuir las suyas (eso sospecha Metón) como instrumento de sus campañas electorales. El pueblo de Roma leerá sobre la extraordinaria capacidad de César como caudillo y sobre su victoriosa ampliación de la civilización romana, y correrá inmediatamente a votarle en las urnas, siempre y cuando, claro está, las cosas se mantengan en las Galias tal y como César desea.

César tiene esclavos que toman nota cuando dicta (Metón dice que a menudo el comandante dicta a caballo, mientras van de un campamento a otro, como quien no quiere perder tiempo) y tiene esclavos que le asisten en la comprobación y compilación de notas, pero según me dice mi propia experiencia, los ricos y poderosos abusan del talento de otros hombres dondequiera que los encuentran. Da la casualidad de que a César le gusta la prosa de Metón. (...) Esto no significa que ya no tenga que afrontar peligros. El propio César se arriesga extraordinariamente (se dice que el hecho de que se enfrente con sus hombres al enemigo es clave para el control que ejerce sobre ellos), y no importa cuáles sean sus obligaciones cotidianas, Metón ha participado en numerosos combates. Que sea secretario de César significa simplemente que durante los períodos de calma, en vez de construir catapultas o cavar trincheras o hacer carreteras, Metón pule los toscos escritos de su jefe. ¡Tanto mejor! Metón nunca fue habilidoso con las manos. Pero cuando la crisis se acerca y se debe hacer frente al enemigo, deja la pluma y empuña la espada.

Tanto Plutarco como Suetonio nos han legado numerosos detalles relativos precisamente a sus muchas ocupaciones literarias, que sorprenden fundamentalmente por llevarlas a cabo durante las campañas, aunque fuese rodeado de secretarios y de esclavos que le seguían a todas partes. Suetonio cuenta en *Div. Iul.* LVI que César compuso algunos libros durante largos trayectos: un tratado en dos libros sobre la *Analogía*, otro llamado *Anticatón* y un poema titulado *El camino*, todos ellos hoy perdidos. El primero lo escribió al pasar los Alpes para reunirse con su ejército; el segundo en tiempos de la batalla de Munda; y el tercero, en los veinticuatro días que empleó en desplazarse desde Roma hasta la Hispania Ulterior. Suetonio también recoge admirativos testimonios de Cicerón acerca de sus *Comentarios* de las Galias y de la guerra civil, y además señala que no sabemos quiénes escribieron las historias de las campañas de Alejandría, África y España²⁶⁰, pero estamos convencidos de que Steven Saylor se encargará de resolver este profundo misterio de la historia en sus próximas novelas. Saylor recoge también la anécdota de que solía dictar a caballo

²⁶⁰ Suet. *Div. Iul.* LVI: *Reliquit et rerum suarum commentarios Gallici civilisque belli Pompeiani. Nam Alexandrini Africique et Hispaniensis incertus auctor est: alii Oppium putant, alii Hirtium, qui etiam Gallici belli novissimum imperfectumque librum suppleverit. De commentariis Caesaris Cicero in eodem Bruto sic refert: 'Commentarios scripsit valde quidem probandos: nudi sunt, recti et venusti, omni ornatu orationis tamquam veste detracta; sed dum voluit alios habere parata, unde sumerent qui vellent scribere historiam, ineptis gratum fortasse fecit, qui illa volent calamistris inurere, sanos quidem homines a scribendo deterruit.'*

sus cartas, como quien no quiere perder el tiempo, detalle que conocemos por Plutarco²⁶¹. Acerca de los Comentarios, Gordiano hará un ligero resumen de las hazañas de César narradas por Metón en SS Ven 69 basado en una lectura de los comentarios *De bello gallico*, pero sin entrar en una prolija enumeración de los mismos. Acerca del estilo de los *Comentarios* de César, ya ensalzado en nota a pie de página por Cicerón, es llamativo para Maddox que el propio César hable de sí mismo en tercera persona, hecho propiciado por el deseo de César de buscar la mayor apariencia de imparcialidad, y que Maddox parodia a veces aunque sin llegar a convertirlo en efecto cómico recurrente, como sí lo hizo el gran escritor francés René Goscinny en sus cómics de Astérix. Así, al ser interpelado en el Senado por la presencia de Clodio en la morada del Pontifex Maximus, Decio nos cuenta que por primera vez le escucha hablar de sí mismo en tercera persona²⁶².

La guerra gálica está prácticamente terminada en 51, pero el triunvirato ya no es más que una sombra del pasado. Craso cayó durante la guerra de los partos en 53, y muerto el tercero en discordia y de quien ambos recelaban, César y Pompeyo se quedaron solos rivalizando por el poder universal de la nación que dominaba el mundo²⁶³. El presagio del conflicto entre Pompeyo y César vendría marcado no sólo por las cada vez mayores diferencias entre ambos, que llegaron a ser casi insostenibles, sino porque la desgracia vino a cebarse en ellas con la extinción de lo único que aún los mantenía unidos políticamente: la muerte de Julia, hija de César y esposa de Pompeyo, quien falleció al dar a luz. Todo esto es explicado en un interesante diálogo entre Gordiano y su hija Diana en SS Ap 59-60. El Sabueso explica a su hija que, si bien ambos servían al Senado y al pueblo de Roma, “en ocasiones los sirvientes superan a sus señores”, y éstos han crecido demasiado para el Senado (SS Ap 60). Gordiano define al triunvirato como una mesa de tres patas, mesa que al fallecer Craso y quedarse sin una pata se quedó coja; y a pesar de que las mesas de dos patas no se sostienen, todavía les quedaba compartir el amor de Julia. Al morir Julia, como explica Gordiano en un fantástico símil en SS Ap 60-1, “ya nada los mantiene unidos, y no queda nada que evite que se lían a palos tarde o temprano. Roma con-

²⁶¹ Plut. *Caesar* XVII, 7:

ἐν ἐκείνῃ δὲ τῇ στρατείᾳ προσεξήσκησεν ἱπαζόμενος τὰς ἐπιστολάς ὑπαγορεύειν καὶ δισὺν ὁμοῦ γράφουσιν ἐξαρκεῖν, ὡς δ' Ὀππίος φησὶ καὶ πλείοσι.

²⁶² JMR Sac 68: “It’s to my unutterable shame than this unspeakable act should happen within the house of Caesar.” This was the first time I heard him refer to himself in the third person, annoying habit with which we were to become familiar.”

²⁶³ Plutarco explica esta rivalidad de manera fantástica en *Caesar* XXVIII:

Καίσαρι δὲ πάλαι μὲν ἐδέδοκτο καταλύειν Πομπηϊόν, ὥσπερ ἀμέλει κάκεινῳ τοῦτον· Κράσσου γὰρ ἐν Πάρθοις ἀπολωλότης, ὃς ἦν ἔφεδρος ἀμφοῖν, ἀπελείπετο τῷ μὲν ὑπὲρ τοῦ γενέσθαι μεγίστῳ τὸν ὄντα καταλύειν, τῷ δ' ἵνα μὴ πάθῃ τοῦτο, προαναίρειν ὃν ἐδεδοίκει. τοῦτο δὲ Πομπηϊῶ μὲν ἐξ ὀλίγου φοβεῖσθαι παρέστη, τέως ὑπερορῶντι Καίσαρος, ὡς οὐ χαλεπὸν ἔργον, ὃν αὐτὸς ἠΰξησε, καταλυθῆναι ἄλλιν ὑπ' αὐτοῦ· Καίσαρ δ' ἀπ' ἀρχῆς ὑπόθεσιν ταύτην πεποιημένος, [ἐπὶ] τῶν ἀνταγωνιστῶν ὡσπερ ἀθλητῆς ἑαυτὸν ἀποστήσας μακρὰν καὶ τοῖς Κελτικοῖς ἐγγυμασάμενος πολέμοις.

tiene la respiración, como el erizo cuando observa a dos águilas peleando en círculos por encima de su cabeza, dispuestas a disputárselo para ver cuál de las dos se lo come”.

Pompeyo ya era apoyado por muchos optimates, que temían enormemente el regreso de César a Italia con sus diez legiones. *In absentia*, César solicitó el consulado para el año 48²⁶⁴, pero el Senado y Pompeyo se opusieron, pues antes exigían la desmovilización de todo su ejército. César decidió cruzar la frontera del río Rubicón en enero de 49 para dar origen a los peores temores que entonces podían albergar los romanos, el de una guerra civil, como la que predice el padre de Decio en JMR Sat 194-5 y de la que daremos cuenta tras dedicar unas páginas a Pompeyo el Grande:

“It’s a foolish war. Most of them are foolish these days. Our wars are just excuses for political adventurers like Caesar and Pompey to win glory and get elected.”

“Exactly. And some of them *will* win glory and *will* get elected, and the men who support them in winning that glory will hold the positions of power. Use your head, boy! If they aren’t fighting barbarians, they’ll fight each other. Then it will be Roman against Roman, just as it was when Marius and Sulla fought it out twenty-odd years ago. Do you want to see those days come again? Let them slaughter Gauls and Germans and Spaniards and Macedonians. Let them march down the Nile and fight the Pygmies, for all I care, so long as they don’t shed the blood of citizens here in Rome!”

1.8.2. Gneo Pompeyo el Grande.

Ya hemos visto que las circunstancias condujeron, al fin, a un enfrentamiento militar entre Cesar y Pompeyo que acabaría por rematar el de por sí estado languideciente de la antigua República romana. Asesinado Clodio, desterrado Milón, muerto Craso y con Cicerón enredado en una maraña de afinidades y recelos, pero sobre todo ajeno por naturaleza al mando militar, sólo quedaban César y Pompeyo para repartirse el mundo en campañas tras la muerte de Craso, que hasta entonces había servido de dique entre ambos, pues los dos hombres recelaban de Craso y de él se guardaban las espaldas. Sin embargo, el odio mutuo que ambos se tenían impidió que los dos grandes militares pudiesen convivir el uno junto al otro en un mundo que, lamentablemente, era demasiado pequeño para los dos²⁶⁵, como

²⁶⁴ SS Ap 294: “César quiere presentarse a cónsul el año que viene, pero eso no es posible mientras esté al mando de sus tropas y no vaya a la ciudad. Así que los partidarios de César han inventado una licencia especial para que pueda aspirar al puesto de cónsul en ausencia. Claro que sentará un mal precedente, pero si Pompeyo puede ser cónsul único, los partidarios de César piensan que es justo que pueda aspirar al puesto estando en la Galia. Es una forma de preservar la paz (me refiero al equilibrio) entre el Grande y César”.

²⁶⁵ Agustín García Calvo expresó esta misma idea del queronense con su siempre singular óptica en la introducción al libro de Hans Opperman, *Julio César*, pp. 15-16: “Se trataba, lo primero, de resolver el pequeño conflicto o vacilación que la historia había tenido en este trance, al disponer de dos candidatos casi igualados en condiciones para llevar la máscara de rector del mundo: Pompeyo, que fue,

asegura Plutarco con amargura en *Pompeyo* LIII, 7:

οὕτως ἡ τύχη μικρόν ἐστι πρὸς τὴν φύσιν. οὐ γὰρ ἀποπίμπλησιν αὐτῆς τὴν ἐπιθυμίαν, ὅπου τοσοῦτον βάθος ἡγεμονίας καὶ μέγεθος εὖρου χωρίας δυοῖν ἀνδροῖν οὐκ ἐπέσχεν, ἀλλ' ἀκούοντες καὶ ἀναγινώσκοντες ὅτι "τριχθὰ δὲ πάντα δέδασται" τοῖς θεοῖς, "ἕκαστος δ' ἔμμορε τιμῆς," ἑαυτοῖς οὐκ ἐνόμιζον ἄρκεῖν δυσὶν οὖσι τὴν Ῥωμαίων ἀρχήν.

Gneo Pompeyo fue llamado el Grande casi desde los primeros pasos de su carrera, y fue a Sila a quien debió el honor de ser parangonado por medio de este sobrenombre con el mismísimo Alejandro Magno. Efectivamente, Pompeyo estuvo siempre del bando de Sila, contra cuyos enemigos combatió. En 84, después de combatir junto a su padre en las guerras sociales contra los itálicos²⁶⁶, reclutó tres legiones y se dirigió en busca de Sila y las puso bajo su servicio (Plut. *Pomp.* VI-VII). Sila, que al ser saludado con el lógico título de emperador, le respondió con igual trato para asombro de todos²⁶⁷, le premió primero entregándole a su hija Emilia como esposa, una boda para la cual debió repudiar a su esposa Antistia y que fue boda que empezó con mal presagio de repudio inmerecido y acabó dramáticamente con la muerte en el parto de Emilia²⁶⁸; luego le recompensó con nuevos compromisos militares en Sicilia, donde Pompeyo ordenó la muerte de Papirio Carbón (Plut. *Pomp.* X). Un año después derrotó en África a Cn. Domicio Ahenobarbo, aliado del rey nómida Yarbas (Plut. *Pomp.* XI-XII). Pompeyo tenía entonces sólo veinticuatro años (Plut. *Pomp.* XII, 5). Este triunfo fue causa de que Sila le llamara a Roma,

pese a la decisión final, el que cargó con el sobrenombre correspondiente, Magnus (el de Alejandro antes y el de Carlos más tarde), y César. Teniendo pues que ser la dirección del mundo, como el amor verdadero, cosa de uno solo, era urgente decidir la vacilación”.

²⁶⁶ Acerca de los padres de Pompeyo tenemos una referencia en JMR 219-20: “Conocía a su madre, una mujer terrible. Y a su padre, Estrabo. ¿Sabías que a Estrabo lo mató un rayo?”. Acerca del padre de Pompeyo sabemos por Plutarco, *Pomp.* I, que era tan odiado como amado fue su hijo. Odiado, nos dice Plutarco, por su codicia insaciable, a pesar de haber sido tan buen soldado. Acerca del episodio del rayo, así nos lo cuenta Plutarco en *Pomp.* I.

²⁶⁷ Plut. *Pomp.* VIII, 2-3:

ὡς γὰρ εἶδεν αὐτὸν ὁ Σύλλας προσιώντα καὶ τὴν στρατιάν παρεστῶσαν εὐανδρίατε θαυμαστὴν καὶ διὰ τὰς κατορθώσεις ἐπλημένην καὶ ἰλαράν, ἀποπήδησας τοῦ ἵππου καὶ προσαγορευθεὶς, ὡς εἰκός, αὐτοκράτωρ ἀντιπροσηγόρευσεν αὐτοκράτορα τὸν Πομπήϊον, οὐδενὸς ἂν προσδοκῆσαντος ἀνδρὶ νέῳ καὶ μηδέπω βουλῆς μετέχοντι κοινώσασθαι τούνομα τοῦτο Σύλλαν, περὶ οὗ Σκηπίωσι καὶ Μαρτίοις ἐπολέμει.

²⁶⁸ Plut. *Pomp.* IX, 2-3:

συμβουλομένης δὲ τῆς γυναικὸς αὐτοῦ τῆς Μετέλλης, πείθουσι τὸν Πομπήϊον ἀπαλλαγέντα τῆς Ἄντιστίας λαβεῖν γυναῖκα τὴν Σύλλα πρόγονον Αἰμιλίαν, ἐκ Μετέλλης καὶ Σκαύρου γε γενημένην, ἀνδρὶ δὲ συνοικοῦσαν ἤδη καὶ κύουσαν τότε. Ἦν οὖν τυραννικὰ τὰ τοῦ γάμου καὶ τοῖς Σύλλα καιροῖς μάλλον ἢ τοῖς Πομπήϊου τρόποις πρέποντα, τῆς μὲν Αἰμιλίας ἀγομένης ἐγκύμονος παρ' ἐτέρου πρὸς αὐτόν, ἐξελαυνομένης δὲ τῆς Ἄντιστίας ἀτίμως καὶ οἰκτρῶς, ἅτε δὴ καὶ τοῦ πατρὸς ἔναγχος ἐστερημένης διὰ τὸν ἄνδρα· κατεσφάγη γὰρ ὁ Ἄντιστιος ἐντῷ βουλευτηρίῳ δοκῶν τὰ Σύλλα φρονεῖν διὰ Πομπήϊον· ἡ δὲ μήτηρ αὐτῆς ἐπιδούσα ταῦτα προήκατο τὸν βίον ἔκουσίως, ὥστε καὶ τοῦτο τὸ πάθος τῆ περι τὸν γάμον ἐκείνον τραγωδίᾳ προσγενέσθαι καὶ νῆ Δία τὸ τὴν Αἰμιλίαν εὐθὺς διαφθαρῆναι παρὰ τῷ Πομπήϊῳ τίκτουσαν.

donde su primer triunfo (en septiembre de 81) fue celebrado por el pueblo, y al ver Sila tanta muestra de afecto le otorgó el *cognomen* oficial de Magno, como nos cuenta Plutarco en *Pomp.* XIII, 4-5:

καὶ πάντας ἀνθρώπους αἰσθανόμενος δέχεσθαι καὶ παραπέμπειν τὸν Πομπήϊον ὠρμημένους μετ' εὐνοίας, ἔσπευδεν ὑπερβαλέσθαι· καὶ προελθὼν ἀπήντησεν αὐτῷ, καὶ δεξιωσάμενος ὡς ἐνὴν προθυμότητα μεγάλη φωνῇ Μάγνον ἠσπάσατο, καὶ τοὺς παρόντας οὕτως ἐκέλευσε προσαγορεύσαι. σημαίνει δὲ τὸν μέγαν ὁ Μάγνος. ἕτεροι δὲ φασιν ἐν Λιβύῃ πρῶτον ἀναφώνημα τοῦτο τοῦ στρατοῦ παντὸς γενέσθαι, κράτος δὲ λαβεῖν καὶ δύναμιν ὑπὸ Σύλλα βεβαιωθέν.

En general, el retrato que se nos da de Pompeyo el Grande es el de un hombre tan genial como vanidoso. Sin embargo, en la recreación que nuestros novelistas hacen de él y de su ambición enorme, en ningún momento llega a constituirse en un personaje tan negativo y cruel como Sila, ni tan rígido y temible como Craso. Pompeyo es, sí, otro más de los grandes personajes de la época que ansiaban el poder absoluto por medio de la dictadura para acercarse a una especie de monarquía²⁶⁹, pero ante todo es un gran general consciente de una manera ciertamente flemática de su propia grandeza. Frente a los violentos Clodio y Milón (este último sólo se salva moralmente en las novelas de Maddox), Pompeyo goza por parte de los novelistas de un gran respeto como personaje histórico, aunque en Maddox se convierte en uno de los enemigos de Decio, pues ya hemos visto que la visión de Maddox es ciceroniana, y Decio se halla próximo al gran orador y a Milón, frente a individuos como Pompeyo o Clodio. Maddox comienza poniendo en boca de Decio (JMR Mist 224-5) la versión contraria a la que sostiene Plutarco: no fue Sila quien le proporcionó el *cognomen* de Grande, sino que se lo adjudicó el propio Pompeyo:

En éste aparecían escritos los nombres de Pompeyo y Craso; el del primero acompañado del *cognomen* Magno que se había autoconcedido. Era una muestra del descaro de ese hombre denominarse a sí mismo “el Grande”, aunque más tarde afirmara que había sido Sila quien le había llamado así y que los títulos concedidos por un dictador eran legales. Además, había transmitido el nombre a sus herederos masculinos en perpetuidad, pero éstos nunca llegaron a nada.

La opiniones diseminadas aquí y allá por Decio en las novelas de la serie *SPQR* le convierten en un manifiesto antipompeyano desde la primera novela, y este sentimiento se acentuará con el tiempo al compartir amistad con Julio César, y sobre

²⁶⁹ Las críticas contra César, Craso o Pompeyo por sus afanes totalitaristas son frecuentes en las novelas. Por ejemplo, hallamos mención de esto en JMR Sat 228-9: “Pompey!” He expressed utter scorn. “Pompey is a jumped-up nobody, who earned his reputation over the bodies of better men. And before you ask, Crassus is a fat sack of money and wind who once, with help, beat an army of slaves. (...) Those men want to be kings”.

todo, comprometerse con la sobrina de éste, aunque Decio es un personaje que deconfía tanto de los grandes hombres como Gordiano el Sabueso, y su cesarismo será una posición más propia de la conveniencia que de la convicción. Así, en JMR Con 22, Balbo y Labieno, partidarios de Pompeyo, intentan que se apruebe una ley que permita a Pompeyo lucir prendas y atributos de *triumphator* en todos los juegos públicos, a lo que responde Decio: “Cabe esperar algo así de un hombre que se hace llamar el Grande cuando apenas si cuenta veinte años”. Debió de ser esta juventud y esta brillantez excepcional lo que sin duda debieron llamar la atención de Sila y ganarse su favor, y para Maddox, esta temprana gloria debió de ser, sin lugar a dudas, lo que le hizo construirse una imagen de sí mismo tan cercana a su *cognomen* como a la realidad del éxito de sus campañas, aunque Decio critique que esa sed de gloria le conduzca, como veremos más tarde en los casos de Craso o Metelo Crético, a atribuirse el éxito total de campañas que habían sido vencidas parcialmente por otros: “Pompeyo tenía una sencilla interpretación de la ley natural: toda la gloria del mundo le pertenecía a él, y cualquiera que recibiera alguna era culpable de robo” (JMR Con 13).

El Pompeyo de Saylor parece distanciarse un poco más de esa vanidad un tanto exagerada que luce en Maddox, aunque no cabe duda de que disfruta al ser llamado el Grande (así lo expresa Davo en SS Ap 152), e incluso el mismo Pompeyo, con una flema irónica que es tan de agradecer en las novelas de Steven Saylor. En SS Ap 323, después de escuchar de sus propios labios el triste relato del secuestro y encierro de Gordiano, el Sabueso lamenta que él no hubiese podido estar en Roma para ayudarle en las investigaciones sobre Licinio el carnicero. “Habría preferido estar aquí que donde estaba”, comenta Gordiano. La réplica de Pompeyo dice mucho acerca de su carácter: “Sí, sí, ya sé que has pasado grandes privaciones. No desprecio tu sufrimiento. Pero te aseguro que hay días en los que no es fácil ser Pompeyo el Grande”. Un Grande que también procura aplicar su *cognomen* extendiéndolo a otros rasgos de su personalidad: “Siempre me gusta que me pidan favores, tanto si los concedo como si no. Me da la oportunidad de cumplir con mi nombre” (SS Ap 397). Es una característica de su personalidad que hallamos reseñada por Plutarco²⁷⁰.

En SS Ap 155-6 Gordiano el Sabueso nos proporciona una muy interesante descripción física basada, como era de esperar, en el famoso busto que conservamos de Pompeyo el Grande:

²⁷⁰ En Plut. *Pomp.* I 3 el queronense explica las razones para haber sido Pompeyo tan querido tras nacer de padre tan odiado, y entre sus virtudes figura esta generosidad:

Ῥωμαίων ἢ Πομπήϊος, αἰτία δὲ τοῦ μὲν μίσους ἐκεῖνῳ μία, χρημάτων ἄπληστος ἐπιθυμία, τούτῳ δὲ πολλὰ τοῦ ἀγαπᾶσθαι, σωφροσύνη περὶ διαίταν, ἄσκησις ἐν ὄπλοις, πιθανότης λόγου, πίστις ἥθους, εὐαρμοστία πρὸς ἔντευξιν, ὡς μηδενὸς ἀλυπότερον δεηθῆναι μηδὲ ἥδιον ὑπουργῆσαι δεομένῳ. προσῆν γὰρ αὐτοῦ ταῖς χάρισι καὶ τὸ ἀνεπαχθὲς δίδοντας καὶ τὸ σεμνὸν λαμβάνοντας.

Pompeyo se hallaba de pie junto a los ventanales, de espaldas a nosotros. Al principio era sólo una silueta, una corona de despeinados rizos encima de unos hombros imponentes y un torso robusto bien acolchado. (...) Pompeyo era de la edad de Cicerón, lo que significaba que era unos años más joven que yo. A mí me hubiera gustado tener tan pocas arrugas, aunque no tanta papada. Se me ocurrió que quizás Pompeyo fuera de los que en plena crisis se sienten inclinados a comer. Dirigir ejércitos en movimiento lo mantenía ocupado y en forma. Escondido en su villa del Pincio, había aceptado soportar el peso del mundo. (...) Cuando Pompeyo era joven, los poetas habían entonado encendidos cánticos a su belleza. Con su melena exuberante y revuelta por el viento, su frente despejada y su cincelada nariz, las gentes consideraban otro Alejandro al joven general incluso antes de que sus proezas militares demostraran que tenían razón. La expresión típica del joven Pompeyo había sido la de una media sonrisa plácida y soñadora, como si la contemplación de su propia grandeza futura lo matuviera siempre animado pero también algo reservado. Si su cara tenía algún defecto, era su tendencia a la redondez y al relleno de los labios y las mejillas, que le hacía parecer tanto maduramente sensual como agradablemente regordete, dependiendo del ángulo y de la luz.

A medida que se hacía mayor daba la impresión de que su cara se aplanara un poco y se hiciera aún más redonda. La cincelada nariz se había tornado más carnosa. Se rapó la melena como gesto de aceptación de la madurez. La sonrisa era menos sensual, más complaciente. Al aumentar su prestigio y poder, fue como si Pompeyo tuviese menos necesidad de la belleza física, de manera que dejó a un lado la atractiva indumentaria de su juventud.

Yo había visto todo esto mientras Pompeyo se construía su carrera (...). Pero lo que no puede verse a distancia son los ojos de un hombre; en aquellos momentos vi los de Pompeyo clavándose en los míos con una intensidad desconcertante. Por alguna razón me recordó una frase famosa de su juventud. Cuando lo enviaron para expulsar de Sicilia a los enemigos del dictador Sila, la gente de la liberada ciudad de Massana había afirmado que Pompeyo no tenía ninguna jurisdicción sobre ellos por los antiguos convenios que habían firmado con Roma. Pompeyo les había replicado: “¿No cesaréis de citarnos leyes viendo que ceñimos espada?”.

En este párrafo de la novela *Un asesinato en la Vía Apia*, donde Pompeyo tendrá una importancia relevante, encontramos un buen número de datos acerca del Grande. La comparación con Alejandro el Grande ya viene consignada desde Plutarco²⁷¹, no sólo por su afabilidad mezclada con gravedad, sino como consigna Saylor, porque algo en su rostro, la melena suelta y la cincelada nariz le hacían parecerse a los bustos de Alejandro; la media sonrisa plácida aludida por Saylor es recogida de una buena observación del famoso busto, donde luce una sonrisa un tanto misteriosa o irónica, en palabras de Saylor “menos sensual y más complaciente” al igual que la

²⁷¹ Plut. *Pomp.* II, 1-2:

Ἐν ἀρχῇ δὲ καὶ τὴν ὄψιν ἔσχεν οὐ μετρίως συνδημαγωγούσαν καὶ προεντυγάνουσαν αὐτοῦ τῆς φωνῆς. τὸ γὰρ ἐράσιμον ἀξιωματικὸν ἦν φιλανθρώπως, καὶ ἐντῶνεαρχαὶ ἀνθοῦντι διέφαινον εὐθὺς ἢ ἀκμὴ τὸ γεραρὸν καὶ τὸ βασιλικὸν τοῦ ἥθους, ἦν δέ τις καὶ ἀναστολὴ τῆς κόμης ἀτρέμα καὶ τῶν περὶ τὰ ὄμματα ρυθμῶνύγροτης τοῦ προσώπου, ποιούσα μᾶλλον λεγομένην ἢ φαινομένην ὁμοιότητα πρὸς τὰς Ἀλεξάνδρου τοῦ βασιλέως εἰκόνας. ἢ καὶ τοῦνομα πολλῶν ἐν ἀρχῇ συνεπιφερόντων οὐκ ἔφευγεν ὁ Πομπήϊος.

tendencia del verdadero Pompeyo a la gordura plácida y contemplativa. Gordiano rememora haber visto a este Pompeyo abrirse camino en la política destacando en el Foro, y aunque no menciona a Sila en esta ocasión, fue al socaire de Sila como él y otros hombres, no olvidemos al mismo Craso, se fueron haciendo hueco en la Roma de su tiempo²⁷². La anécdota que recoge Saylor acerca de la famosa réplica a los habitantes de Massana no sólo es cierta, pues está recogida de Plutarco²⁷³, sino que además dice mucho de su carácter poco respetuoso para con las leyes cuando le convenía pasarlas por alto. A este respecto, el Cicerón de Saylor comentará en SS Ap 292 cuál es la opinión que a su entender tiene Pompeyo de la ley. Nada buena, como veremos a continuación:

¿Sabes cuál es la reforma del Grande que más me gusta? La brillante innovación para cortar los sobornos de raíz. ¡Si un hombre es acusado de soborno, puede conseguir el perdón a condición de que pueda acusar a otros dos hombres de soborno! Pronto todo el mundo en Roma estará en un círculo señalando con el dedo acusador al hombre que esté a su lado. Es una manera de mantener a todo el mundo ocupado mientras la República se aleja de nosotros. Es absurdo, es una burla de la ley. Pero Pompeyo nunca ha entendido la ley, nunca la ha respetado en realidad, del mismo modo que tampoco respeta la oratoria. Respeto las instituciones, como el Senado, pero sólo de una manera vaga, abstracta y sentimental. No tiene ningún respeto por la ley. No ve lo maravillosa e imponente que es, no ve de qué manera nos rodea y nos vincula a todos como un hilo dorado. Él se abre camino a través de la ley como un hombre que se libra de una tela de araña. Tiene la mente vulgar y práctica de un déspota.

Tras la muerte de Sila en 78, Pompeyo continuó siendo fiel a sus ideas aristocráticas, aunque comenzó su aprendizaje de nadar entre dos aguas, pues el pueblo le adoraba hasta extremos que sólo volvería a conseguir más tarde Julio César²⁷⁴. Reparando en el talento militar de Pompeyo, el senado le envió a España para que se enfrentara a Sertorio, general romano rebelde que había vencido ya a uno de los generales de Sila, Metelo Pío, y en España permaneció entre 76 y 71 (Plut. *Pomp.* XVII-XX). Tras la muerte de Sertorio en 72 y de Peperna en 71, la península quedó pacificada bajo su mando. Su primer conflicto con Craso vino a continuación, al coincidir el regreso de Pompeyo de Hispania con el fin de la guerra servil que empen-

²⁷² Así se consigna claramente en SS Just 54: “Cuando el dictador Sila triunfó en las guerras civiles, se hizo con las propiedades de sus enemigos y premió con ellas a sus colaboradores. Pompeyo y Craso, entre otros, recibieron villas y granjas, y así fue como el segundo comenzó su ascenso, movido por una insaciable ambición”.

²⁷³ La traducción que hallamos en esta novela está tomada literalmente de la traducción, ya clásica, de las *Vidas paralelas* de Ranz Romanillos. El fragmento donde Plutarco recrea esta anécdota es *Pomp.* X 2: “Ὁὐ πάύσεσθε,” εἶπεν, “ἡμῖν ὑπεζωσμένοις ξίφη νόμους ἀναγινώσκοντες;”

²⁷⁴ En una conversación entre Eco y Gordiano, en SS Ap 68-9, Gordiano comenta que Pompeyo nunca ha sido amigo de las causas populistas, si bien reconoce Eco que Pompeyo “es popular entre las masas”, y lo es por sus impresionantes victorias militares.

dió Craso. Antes de que el Senado concediese a Craso ejércitos para combatir a Espartaco (momento de indeterminación en que transcurre la acción de la novela *El brazo de la justicia*), eran muchos los que aguardaban el regreso de Pompeyo, aunque Craso consiguió adelantarse a su contrincante y emprender la batalla por su cuenta²⁷⁵. Craso tiene unas palabras sobre Pompeyo en SS Just 187:

La verdad es que no odio a Pompeyo; fuimos buenos compañeros cuando combatíamos a las órdenes de Sila. Es un hombre brillante, un gran estratega, un dirigente espléndido y un político fabuloso, además de ser guapo como un semidiós. Nadie puede negar que se parece a una estatua de Alejandro, o al menos se parecía en otros tiempos. ¡Y es muy rico! La gente habla de mi riqueza pero olvida que Pompeyo es tan rico como yo, más incluso. Lo consideran brillante y hermoso, pero creen que el único rico soy yo. “Craso, rico como Craso”, dicen. (...) Además, Pompeyo está ocupado en Hispania, aplastando al rebelde Sertorio, y no regresará a tiempo para acabar con Espartaco. En realidad, podría hacerlo, pero no lo hará porque para entonces yo ya habré cumplido mi misión.

Sin embargo, Craso no había logrado acabar su misión cuando Pompeyo regresa a Italia con sus ejércitos. En la última batalla, que fue decisiva y en la que murieron doce mil trescientos esclavos, cinco mil de ellos lograron escapar y fueron a dar con los ejércitos de Pompeyo, que los masacró a todos. Pompeyo se atribuyó entonces la gloria de ser el vencedor de la guerra servil²⁷⁶, y saborear esta miel hurtada a Craso enturbió para siempre las relaciones entre ambos. Sin embargo, por conveniencia política fingieron hacer las paces con vistas a compartir el consulado al año siguiente, como resume Mumio en SS Just 302:

La diosa Fortuna favoreció a Marco Craso, pero también se burló de él —dijo Mumio con una ligera sonrisa—. Un pequeño grupo de espartaquistas logró escapar y se dirigió hacia el norte, justo a tiempo para encontrarse con el ejército de Pompeyo, que regresaba de Hispania. Pompeyo los machacó como a hormigas y luego envió una carta al Senado, diciendo que aunque Craso había hecho un buen trabajo, en realidad había sido él, Pompeyo,

²⁷⁵ Acerca de la esperanza depositada en Pompeyo, en SS Just 73 encontramos un párrafo muy denotativo: “La mitad de los senadores de Roma ha huido a sus casas de campo para salvar sus propiedades y la otra mitad se muerde las uñas mientras espera que Pompeyo vuelva de Hispania y reza para que el estado sobreviva hasta entonces. ¡Como si Pompeyo fuera otro Alejandro! Lo único que se necesita para aplastar a Espartaco es un capitán competente. Si el Senado da su beneplácito, Craso puede hacerlo en unos meses. Puede reunir a los supervivientes de las legiones italianas, sumarles su propio ejército privado, formado sobre todo por sus vasallos del sur, y convertirse en el salvador de la república de la noche a la mañana”.

²⁷⁶ Plut. *Pomp.* XXI:

ἀπήγεν εἰς Ἰταλίαν τὸν στρατόν, ἀκμάζοντι τῷ δουλικῷ πολέμῳ κατὰ τύχην φερόμενος. διὸ καὶ Κράσσοσ ὁ στρατηγὸς ἤπειξε παραβόλῳσ τὴν μάχην, καὶ κατευτύχησε, δισχιλίους τριακοσίους ἐπὶ μυρίοις κτείνας. οὐ μὴν ἀλλὰ καὶ τούτῳ τὸν Πομπήϊον εἰσποιούσης ἀμῶσ γέ πως τῷ κατορθώματι τῆσ τύχησ, πεντα κισχίλιοι φεύγοντες ἐκ τῆσ μάχησ ἐνέπεσον εἰσ αὐτόν, οὐδσ ἅπαντασ διαφθείρας, ἔγραψε πρὸσ τὴν σύγκλητον ὑποφθάσασ ὡσ Κράσσοσ μὲν ἐκ παρα τάξεωσ νενίκηκε τοὺσ μονομάχοσ, αὐτόσ δὲ τὸν πόλεμον ἐκ ριζῶν παντάπασιν ἀνήρηκε. καὶ ταῦτα βουλομένοισ ἦν δι' εὐνοιαν ἀκροᾶσθαι καὶ λέγειν τοῖσ Ῥωμαίοισ.

quien había acabado con la rebelión de los esclavos. (...) Bueno, la cuestión es que Pompeyo y Craso han hecho las paces, al menos por un momento. Después de todo, hay dos cónsules por año, de modo que ambos tienen oportunidad de serlo. Por supuesto, a Pompeyo se le organizó una entrada triunfal en Roma por vencer a Sertorio en Hispania, mientras que Craso tuvo que contentarse con una aclamación por derrotar a Espartaco. Al fin y al cabo, no pueden concederse mayores honores por vencer a un esclavo. De modo que mientras Pompeyo entró en Roma en una cuadriga, al son de las trompetas, Craso lo siguió a caballo acompañado por la música de las flautas. Al menos consiguió que el Senado le permitiera llevar una corona de laurel y no de mirto.

El consulado de Pompeyo y Craso no pudo resultar más desastroso. La animadversión que ambos sentían entre ellos llegó a ser casi proverbial²⁷⁷, hasta el punto de que llegaron a gobernar en días alternos, siguiendo una antigua práctica romana, de lo cual da cuenta Plutarco²⁷⁸ y es evocada por Maddox como un ejemplo extremo de inoperancia en el cargo: “In our ancient, unwieldy consular system there were a number of ways the authority of the Consulship could be divided, as agreed before the consuls took office. Pompey and Crassus, who detested each other and neither of whom would yield an inch, had chosen the most archaic and awkward way: by presiding on alternate days. Others might give the elder colleague senior authority, or one might handle affairs within Rome and the other external matters” (JMR Sac 16-7)

El aspecto legal más importante durante este consulado fue la ruptura de Pompeyo con la aristocracia, que había depositado enormes esperanzas en él, al restaurar a los tribunos el poder que Sila les había arrebatado²⁷⁹. También apoyó la *lex*

²⁷⁷ Decio expresa en JMR Sac 7 que “the mutual detestation of Pompey and Crassus was the love of brothers compared to what lay between Clodius and me”.

²⁷⁸ Plut. *Pomp.* XXII, 3:

οὐ μὴν ἀλλ’ ἀποδειχθέντες ὕπατοι διεφέροντο πάντα καὶ προσέκρουον ἀλλήλοις· καὶ ἐν μὲν τῇ βουλῇ μᾶλλον ἴσχυεν ὁ Κράσσοσ, ἐν δὲ τῷ δήμῳ μέγα τὸ Πομπηίου κράτος ἦν.

²⁷⁹ El viraje populista de Pompeyo le hizo ser objeto de recelo por parte del Senado. En JMR Con 101 esta desconfianza ya es notoria: “En el Senado dominaban los *optimates*. La clase adinerada de los équites hacía tiempo que estaba reñida con el Senado, pero como grupo comenzaba a fundirse con el campo *optimatus*. Los comicios centuriados estaban íntimamente unidos a la clase senatorial por clientela y mecenazgo, mientras que las asambleas populares eran abrumadoramente populares. Pompeyo era el niño bonito de estos últimos. El Senado, que antaño lo había apoyado, lo temía. Pompeyo utilizaba el poder de los tribunos para impedir los triunfos de otros generales y era popular entre los veteranos establecidos por toda Italia”; en JMR Sac 83-4 la situación en que se encuentra su relación con la aristocracia es francamente delicada, y en su reflexión sobre Pompeyo, Decio entremezcla el destino de la República y del futuro sistema político romano: “I was born an aristocrat, and I had no illusions about my class. Aristocrats are persons who possess privilege by virtue of having inherited land. They prefer rule by the very worst of aristocrats to that by the most virtuous of commoners. They detested Pompey, not because he was a conqueror of the Alexandrine mold who might overthrow the Republic, but because he was not an aristocrat, as he led an army of the Marian type that was not composed of men of property. At the time of which I write, my whole class was engaged in a form of mass suicide by means of political stupidity. Some rejected our best men for reasons of birth, while others, like Caesar and Clodius, carried favor with the worst elements of Roman society. Most

Aurelia, propuesta por L. Aurelio Cotta, que abría la posibilidad de que los jueces pudiesen ser elegidos de entre los senadores, equites y tribunos, y no exclusivamente de entre el cuerpo senatorial como había sucedido hasta entonces. César le apoyó en estas propuestas claramente populistas. Uno de los aspectos más destacados de la vida militar de Pompeyo, ya convertido en el general romano más importante (y considerado en las novelas como el más capacitado de todos)²⁸⁰, fue la guerra contra los piratas que infestaban el Mediterráneo. Como ya hemos mencionado de pasada, el primer intento de terminar con los piratas recayó sobre Marco Antonio Crético, padre de Marco Antonio, pero éste fue un desastre. Cicerón lo resume en SS Ap 147:

El padre de Marco Antonio era completamente diferente. Guapo, querido por todos, generoso con sus amigos, pero un chapucero de primera. Al igual que su padre, fue encargado de exterminar a los piratas. Consiguió una buena subvención para la guerra, reunió una marina formidable y finalmente despilfarró todo, perdiendo batallas desde Hispania hasta Creta. La paz humillante que negoció con los piratas fue la gota que colmó el vaso. El Senado rechazó el trato al sentirse ultrajado. El padre de Marco Antonio murió en Creta, dicen que de vergüenza.

Tras este desastre, como apunta Celio en la misma página, “el Senado buscó a otro para que resolviera el problema de los piratas. Pompeyo fue el elegido para tal misión y se echó encima de los piratas como una marea. Su propia marea ha subido desde entonces”. De la gran problemática de los piratas da buena cuenta Plutarco en *Pomp.* XXIV, donde explica con todo detalle la caótica situación en el Mediterráneo durante aquellos años. La piratería, que se inició en Cilicia, realmente se extendió a todo el mar y se hizo fuerte cuando los romanos, dice Plutarco, se entregaron a las guerras civiles y dejaron el mar sin custodia de ninguna clase. El negocio resultaba tan floreciente, que incluso hombres de noble linaje y altos recursos económicos fletaban su propia escuadra pirata para dedicarse al negocio y ufanarse de ello con un espíritu que podríamos calificar, no sin cierto grado de ironía, de “paleorromántico”²⁸¹.

Es curioso el caso de este Metelo Crético, a quien tan mal describen los no-

wanted a return to their nostalgic image of what they thought the ancient Republic to have been: a place of unbelievable virtue where aristocratic rural gentry lorded it over the peasants. What they got was our present system: a monarchy masquerading as a “purified” Republic.”

²⁸⁰ Como en JMR Sat 224: “The most capable general of our age. He would settle that Gallic business quickly, efficiently, and at the minimum cost to Rome”.

²⁸¹ Plut. *Pomp.* XXIV, 1-2:

Ἡ γὰρ πειρατικὴ δύναμις ὠρμήθη μὲν ἐκ Κιλικίας τὸ πρῶτον, ἀρχὴν παράβολον λα-βοῦσα καὶ λανθάνουσαν, φρόνημα δὲ καὶ τόλμαν ἔσχεν ἐν τῷ Μιθριδατικῷ πολέμῳ, χρήσασα ταῖς βασιλικαῖς ὑπηρεσίαις ἑαυτήν. εἶτα Ῥωμαίων ἐν τοῖς ἐμφυλίῳις πολέμοις περὶ θύρας τῆς Ῥώμης συμπεσόντων, ἔρημος οὖσα φρουρᾶς ἢ θάλασσα κατὰ μικρὸν αὐτοῦς ἐφείλκετο καὶ προῆγεν, οὐκέτι τοῖς πλέουσι μόνον ἐπιτιθεμένους, ἀλλὰ καὶ νήσους καὶ πόλεις παραλίους ἐκκόπτοντας. ἤδη δὲ καὶ χρήμασι δυνατοὶ καίγνεσι λαμπροὶ καὶ τὸ φρονεῖν ἀξιούμενοι διαφέρειν ἄνδρες ἐνέβαινον εἰς τὰ ληστρικά καὶ μετείχον, ὡς καὶ δόξαν τινὰ καὶ φιλοτιμίαν τοῦ ἔργου φέροντος.

velistas y que con tanta caballerosidad y deferencia trata Plutarco en sus biografías, tanto en la de Pompeyo como en la de Marco Antonio. Maddox nos lo presenta conversando con Decio durante un banquete celebrado en su propia casa y en la que disfruta de su retiro²⁸² en *La conspiración de Catilina*. A él le dedica algunos zarpazos, como es el caso de JMR Con 251-2:

Crético era un hombre mediocre. Político acomodaticio y perseverante, al final se había abierto camino hasta conseguir el cargo de cónsul, que había desempeñado, junto con Quinto Hortensio Hortaló, el patrón de mi padre. Le habían asignado como mando proconsular la guerra contra Creta y los piratas allí establecidos. Era tan mediocre como general como lo había sido como político, y realizó una campaña larga e irregular. Sin embargo, inesperadamente, demostró valor y obstinación cuando Pompeyo, como acostumbraba, trató de usurparle el mando al llegar casi a su término de campaña.

El partidario de Pompeyo, el tribuno Gabinio, había aprobado una ley que entregaba Creta a Pompeyo. Numerosas ciudades cretenses, sabiendo que la guerra estaba perdida, se apresuraron a rendirse a Pompeyo, mientras que someterse a un general de tercera categoría como Metelo Crético se consideraba un deshonor. Metelo se había negado a reconocer el derecho de Pompeyo a aceptar las rendiciones y amenazó con atacar a los oficiales de su adversario. Por un tiempo casi dio la impresión de que estallaría una guerra civil, pero Pompeyo retrocedió. Al año siguiente, el tribuno Manlio aprobó una ley por la que se entregaba a Pompeyo el mando de todo el Mediterráneo para que aplastara a los piratas. Para entonces Crético ya había conquistado Creta y la había reorganizado como provincia. Por ese motivo Pompeyo todavía le guardaba rencor, y sus partidarios se resistían a conceder a Crético permiso para celebrar su triunfo.

Plutarco censura abiertamente a Pompeyo en este episodio cretense. Para entonces, Pompeyo había conseguido con el apoyo de Gabinio no sólo contar con una flota para combatir a los piratas, sino una especie de monarquía y poder absoluto en todo el Mediterráneo e incluso a cuatrocientos estadios del mar. Pompeyo se convirtió, por tanto, en la suprema ley del Mediterráneo²⁸³. De acuerdo con Plutarco, Crético ya casi había concluido su trabajo contra los piratas, y lo había hecho con buena fortuna. Habían quedado rezagados unos cuantos, y sobre éstos quiso caer Pompeyo

²⁸² Un retiro de ostentaciones humildes, como es el caso del botín de Sicilia. Lo cuenta Decio en JMR Con 253: “Por fin conseguí llevarme a Crético aparte después del banquete. Muchos miembros de la familia ya se habían marchado a sus casas, y los demás paseábamos por los jardines para digerir la cena o admirábamos el botín de Creta. Esta isla no es Asia, y Crético no había obtenido un tesoro tan impresionante como el de Luculo. Por fortuna los baluartes piratas habían resultado contener un botín respetable, y las ciudades poseían algunas bonitas estatuas griegas de que se había apropiado. Lo que con más orgullo mostraba era un trofeo en forma de columna cretense, adornada con los espolones de bronce de las galeras piratas. Un esclavo se dedicaba a pulir el bronce todo el día”.

²⁸³ Plut. *Pomp.* XXV, 2:

ἔγραψε δὲ Γαβίνιος, εἰς τῶν Πομπηίου συνήθων, νόμον οὐ ναυαρχίαν, ἀντικρὺς δὲ μοναρχίαν αὐτῷ δίδοντα καὶ δύναμιν ἐπὶ πάντας ἀνθρώπους ἀνυπεύθυνον. ἐδίδου γὰρ ἄρχειν ὁ νόμος αὐτῷ τῆς ἐντὸς Ἑρακλείων στηλῶν θαλάσσης, ἡπείρου δὲ πάσης ἐπισταδίου τετρακοσίου ἀπὸ θαλάσσης.

para atribuirse la gloria de la victoria en Creta, tal como antes ya había sucedido con los esclavos supervivientes de las campañas de Craso durante la guerra servil. Amparado en su poder absoluto, ejerciendo la prepotencia más descarada, Pompeyo intentó neutralizar al final los esfuerzos tan notables que Crético había llevado a cabo contra los piratas. Lo leemos en Plut. *Pomp.* XXIX, donde comienza Plutarco argumentando que lo que hizo en Creta con Metelo no satisfizo ni a sus mayores enemigos. Cuando Metelo tenía sitiados a los últimos, éstos recurrieron a una ingeniosa estratagema: acudir con súplicas a Pompeyo para que fuese él y no otro quien tuviese el privilegio de capturarlos, ya que al fin y al cabo era él quien tenía el mando supremo sobre todo el Mediterráneo. Pompeyo escribió a las ciudades para que no obedeciesen a Metelo, y además, envió a uno de sus caudillos, Lucio Octavio, para que se uniese a los mismos piratas sitiados para luchar contra el propio Metelo. Una acción que dice mucho más en contra del propio Pompeyo que del mediocre Metelo, como concluye Plutarco. Metelo no se dejó pisotear, capturó a los piratas, dio buena cuenta de ellos y despidió a Octavio con cajas destempladas²⁸⁴. A pesar de estas veleidades un poco rastreras, la labor que llevó a cabo Pompeyo contra los piratas estuvo a la altura de su alta responsabilidad, que sin duda era mayor que la de Crético. Incluso el propio Pompeyo dio una pequeña lección a la humanidad estableciendo una lección moral acerca del episodio de los piratas, pues reafirmandose en su propia convicción de que el hombre es bueno por naturaleza, y que no es sino la maldad que engendran las sociedades la que pervierte su corazón bondadoso, quiso trasplantar a los piratas vencidos de labrar con las armas las aguas del Mediterráneo a que labrasen en sentido menos figurado las tierras del interior. Parece ser que el experimento fue un éxito, y el párrafo de Plutarco en *Pomp.* XXVIII 2-3 es tan llamativo y optimista que merece ser reproducido, pues cimienta también parte de la buena fama que la aventura dejó para la posteridad²⁸⁵.

κατελύθη μὲν οὖν ὁ πόλεμος καὶ τὰ πανταχοῦ ληστήρια τῆς θαλάσσης ἐξέπε-
σεν οὐκ ἐν πλείονι χρόνῳ τριῶν μηνῶν, ναῦς δὲ πολλὰς μὲν ἄλλας, ἐνενή-
κοντα δὲ χαλκεμβόλους παρέλαβεν. αὐτοὺς δὲ δισμυρίων πλείονας γενομένου
ἀνελεῖν μὲν οὐδὲ ἐβουλεύσατο, μεθεῖναι δὲ καὶ περιῖδεῖν σκεδασθέντας ἢ συσ-

²⁸⁴ Plut. *Pomp.* XXIX, 5:

Πομπήϊον δὲ καὶ σώζειν ὑπερμαχοῦντα τῶν κοινῶν πολεμίων ἐπὶ τῷ τὸν θρίαμβον ἀφελέσθαι στρατηγοῦ πολλὰ πεπονηκότος. οὐ μὴν ἐνέδωκεν ὁ Μέτελλος, ἀλλὰ τοὺς τε πειρατὰς ἐξέλων ἐτιμωρήσατο, καὶ τὸν Ὀκταοῦϊον ἐν τῷ στρατοπέδῳ καθυβρίσας καὶ λοιδορήσας ἀφῆκεν.

²⁸⁵ Que Decio recoge en su conclusión de JMR Con 252. Para el Decio de Maddox, Pompeyo fue un hombre cuyas grandes virtudes se torcieron por el camino al deseo de gloria y poder absoluto: “Para hacer justicia a Pompeyo he de señalar que su campaña contra los piratas fue brillante, pues los derrotó sin apenas derramamiento de sangre. Fue una obra maestra de organización más que de táctica, lo que me induce a pensar que, de haberse concentrado en la organización más que en la conquista, Pompeyo se habría convertido en uno de los grandes benefactores de Roma, en lugar de ser un simple aventurero militar que arrastró a la república a la más destructiva de las guerras civiles”.

πάντας ἀθίς, ἀπόρους καὶ πολεμικοὺς καὶ πολλοὺς ὄντας, οὐκ 28.3 ᾤετο καλῶς ἔχειν. ἐννοήσας οὖν ὅτι φύσει μὲν ἄνθρωπος οὔτε γέγονεν οὔτ' ἔστιν ἀνήμερον ζῶον οὐδ' ἄμικτον, ἀλλ' ἐξίσταται τῇ κακίᾳ παράφυσιν χρώμενος, ἔθεσι δὲ καὶ τόπων καὶ βίων μεταβολαῖς ἐξημεροῦται, καὶ θηρία δὲ διαίτης κοινωνοῦντα πρῶτα ἐκδύεται τὸ ἄγριον καὶ χαλεπὸν, ἔγνω τοὺς ἄνδρας εἰς γῆν μεταφέρειν ἐκ τῆς θαλάσσης καὶ βίουγενεῖν ἐπιεικοῦς, συνεθισθέντας ἐν πόλεσιν οἰκεῖν καὶ γεωργεῖν.

Finalizada la guerra contra los piratas, C. Manlio propuso a Pompeyo para suceder a Lúculo en la continuación de la guerra contra Mitridates y Tigranes (Plut. *Pomp.* XXX), que en principio contó con la oposición de los optimates pero al final fue aprobada, por lo que a finales de 66 Pompeyo comenzó la batalla. Mitridates fue vencido por el general en Armenia (Plut. *Pomp.* XXXII y XXXIV- XLI), y Tigranes se vio obligado a firmar una paz con Roma (Plut. *Pomp.* XXXIII). En 63 depuso en Siria al rey Antíoco, y a continuación, en una escala imparable de victorias y anexiones provinciales al mundo romano, cayeron Fenicia, Celesiria y Palestina (XXXIX). En este momento es cuando se inicia la acción de la novela de Maddox *La conspiración de Catilina*, y Decio resume en sus primeras páginas (JMR Con 11-12) que aquel fue verdaderamente el último año de la auténtica República de Roma.

Aquel verano recibimos la noticia de que Mitridates había muerto. Al principio resultaba difícil de creer. Hacia tanto tiempo que Mitridates nos causaba problemas que parecía una fuerza de la naturaleza, inmutable como la salida del sol. Sólo los más ancianos recordaban la época en que Mitridates no se encontraba cerca para atormentarnos. Murió anciano y sin amigos, en algún lugar del Bósforo cimerio, urdiendo otro ataque contra Roma, esta vez una invasión de Italia desde el Danubio. Había sido nuestro peor enemigo y lo echaríamos de menos.

La noticia llegó a mediados de un espléndido verano, uno de los mejores que se recordaban. Era una época de paz y prosperidad. Las guerras civiles de Mario y Sila empezaban a caer en el olvido, los horrores de sus asesinatos y proscripciones parecían pertenecer a otra época. Roma salía victoriosa en todos los frentes. En Oriente, Pompeyo triunfaba de modo aplastante. Había destruido a los piratas mediterráneos y luego había emprendido la conquista de Asia, Ponto y Armenia, arrebatando a Luculo la gloria final por la que había peleado tanto tiempo y un modo tan honorable. Creta había sido dominada después de una larga e irregular campaña. ¿Quién quedaba para amenazar a Roma? (...) La respuesta, por supuesto, era que los propios romanos suministrarían el enemigo. Nos hallábamos al borde de otra serie de guerras civiles, convulsiones de tan amplias repercusiones que afectarían al mundo entero. Las guerra quedaban muy lejos en el futuro, pero cuando ahora miro atrás, me doy cuenta de que aquél fue el último verano de la antigua República. Ésta se disolvió en Otoño.

Pompeyo, de regreso a Italia, desembarca en Brindis en 62. A todo esto, comenzaron a correr por Roma rumores de que Pompeyo había llegado con su ejército

para imponer con el miedo su coronación como rey²⁸⁶, temor que no promovió el mismo Pompeyo, si bien sus jugarretas para apoderarse de la gloria ajena, y sus campañas militares victoriosas no le hacían demasiado digno de confianza, como reflexiona Decio en JMR Con 210 cuando Catilina afirma que todos sus seguidores odian a Pompeyo, pues temen, con razón, “que decida declararse rey”:

Esto, por una vez, era digno de crédito. Pompeyo había robado a numerosos hombres que valían mucho más que él la gloria que con todo derecho habían obtenido. A lo largo de su carrera se había especializado en dejar que los demás efectuaran casi toda la lucha, engañar luego al Senado para que le concedieran el mando de esos hombres y arreglárselas para que en el momento de la matanza sólo ellos estuvieran presentes. La facción antipompeyana del Senado podría muy bien plantearse emprender una acción desesperada para prever un golpe por parte de Pompeyo.

A pesar de los esfuerzos, fue imposible que los ejércitos de Pompeyo regresaran a tiempo de Asia para detener la conjuración de Catilina²⁸⁷, que tan sabiamente fue manipulada por Cicerón, pero si bien Pompeyo desembarcó en Brindis en 62, retrasó su llegada a Roma hasta el año siguiente, hasta solucionar su enfrentamiento con el Senado, y resolver bajo cuerda algunos pactos con César y Craso. En efecto, la oposición y miedo del Senado a Pompeyo quedaron bien a las claras cuando éste se negó a sancionar sus medidas en Asia y a asignar tierras para sus veteranos, y esta decisión fue fundamental para que Pompeyo negociase con César el apoyo incondicional de éste con vistas a que Pompeyo le apoyase en su política. A este pacto de caballeros se unió Craso, y fue conocido, ya lo hemos visto, como el primer triunvirato (año 60). El apoyo de los dos hombres, ya ha sido comentado, permitió a César obtener el consulado en 59, así como la ratificación por parte de éste de las acciones de Pompeyo en Asia y el reparto de tierra entre sus veteranos.

Y es así como la novela *The Sacrilege* se inicia con el ejército de Pompeyo a las puertas de Roma, mientras aguarda a que el Senado le otorgue el permiso para entrar en la Urbe y celebrar su tercer triunfo. También Decio regresa de pasar un año en la Galia, y ésta es la Roma que encuentra en JMR Sac 4-5:

The loot alone covered acres of land, protected by sheds and awnings. Pompey was back from Asia, and these were the preparations for his triumph. Until the day of his triumph, Pompey could not enter the city, and that was the way I liked it. The anti-Pompeian

²⁸⁶ Plut. *Pomp.* XLIII, 1:

Λόγοι δὲ παντοδαποὶ περὶ τοῦ Πομπηίου προκατέπιπτον εἰς τὴν Ῥώμην, καὶ θόρυβο ἦν πολὺς, ὡς εὐθὺς ἄξοντος ἐπὶ τὴν πόλιν τὸ στράτευμα καὶ μοναρχίας βεβαίας ἔσομένης.

²⁸⁷ JMR Con 289: “Los tribunos Nepos y Bestia habían exigido una ley que exigía que el Senado convocara a Pompeyo, que se hallaba en Asia, para que se ocupara de Catilina, pero era una vana esperanza. Cicerón había hecho demasiado bien el trabajo preliminar. Resultaba evidente que los diversos magistrados autorizados para castigar a los secuaces de Catilina solucionarían el problema mucho antes de que Pompeyo apareciera”.

faction in the Senate had blocked permission for the triumph so far. As far as I was concerned, he could wait out there until the gods called him unto themselves, an unlikely occurrence, whatever he might think. (...) The city walls now stood well beyond the *pomerium*, and I could ride through this part of the town in full military splendor, accepting the admiring hails of my fellow citizens. The popularity of the military stood very high at that moment, as Romans arms had turned in a string of victories with rich loot. I halted and dismounted at the line of the old city wall, established by Romulus. To cross the *pomerium* in arms meant death.

Sin embargo, el Senado se muestra reacio a concederle a Pompeyo el permiso. La situación es complicada, pues por una parte es de justicia que los hombres que han arrostrado toda clase de peligros combatiendo en Asia tengan su merecido premio en tierras, y por otro, alargar mucho tiempo más tan difícil situación invitaría a los soldados a rebelarse contra el poder senatorial y que Italia se llenase de asesinos insatisfechos dispuestos a cobrarse al precio que fuera. Tal es la explicación que Metelo Celer le da Decio a su regreso de Galia en JMR Sac 17-8, así como la especificación de que la *gens* Metela va a apoyar esta vez a Pompeyo, a pesar de su honda raigambre aristocrática.

“Whatever you think of Pompey, he has earned that triumph. It is foolish and ungrateful of the state to withhold it. And if we deny those legions the land they have been promised and fought hard for, then Italy will be full of thousands of professional killers organized, armed and hating us. I don’t want to see a repeat of the last civil war, when contending armies fought within the very streets of Rome.”

“Sir, do I detect the slightest of tilts toward the pro-Pompeian faction?”

We will support him on these two points only. None can deny the justice of giving Roman soldiers the rewards they have justly earned. The family has patched up relations with Crassus, and we don’t want Pompey for an enemy because of it. Caesar champions Pompey in the Senate, and he is the coming man in Roman power”.

El permiso para Pompeyo no tardará en llegar, durante una sesión del Senado (JMR Sac 52-3) que constituye la primera reunión a la que Decio acude en su vida, y será precisamente Metelo Celer quien defienda públicamente el derecho del general a celebrar su tercer triunfo. Vestidos con sus mejores togas, los hombres más notables de Roma se congregarán en el Foro para marchar todos juntos, como si de una romería se tratase, hasta el campamento de Pompeyo. Será una de las escenas más notablemente vistosas de toda la novela, y llena de celos hacia el gran general, puesto que Pompeyo, a pesar de saber que el Senado ha concedido el derecho de su triunfo, se ha encaprichado con hacer cumplir la vieja tradición de que el Senado en pleno acuda a su campamento a darle el permiso en persona. La descripción del campamento la encontramos en JMR Sac 129-34, y será tratada individualmente más tarde, al abordar el tema de la milicia. Los senadores no sólo critican su divis-

mo²⁸⁸, el verse representado casi como un rey²⁸⁹, sino que incluso llegan a temer por su propia vida como suposición de que, si Pompeyo quisiera, allí podría acabar con el Senado en pleno con la mayor facilidad del mundo²⁹⁰. Pompeyo se halla ensoberbecido: rodeado de harúspices estruscos, con su tienda llena de trofeos y joyas, rees-paldado por ejércitos y elefantes. Maddox no exagera lo más mínimo, si hemos de creer el impresionante testimonio del triunfo de Pompeyo que Plutarco describe en *Pomp.* XLV: encabezaban el triunfo carteles con los nombres de las naciones dominadas: el Ponto, la Armenia, la Capadocia, la Paflagonia, la Media, la Cólquida, los iberos, los albanos, la Siria, la Cilicia, la Mesopotamia, Fenicia y Palestina, Judea y Arabia, sin olvidar los trofeos del sometimiento de los piratas. El ingreso económico que esto proporcionó a Roma dobló con generosidad las rentas que la República había tenido hasta entonces de las naciones sometidas, y los cautivos de guerra (el hijo y la esposa de Tigranes, el rey de los judíos, Aristóbulo, una hija de Mitrídates...) desfilaron también ante los atónitos ojos de los romanos entre trofeos sin número y ostentaciones incontables. Los romanos nunca habían visto nada parecido al triunfo de Pompeyo, y no era para menos el temor que el Senado albergaba hacia el general, pues como bien dice Plutarco en *Pomp.* XLV, con este tercer triunfo de Asia daba la impresión de que los tres triunfos de Pompeyo abarcaban toda la tierra, lo cual no estaba precisamente lejos de la verdad y le conferían el aura, precisamente, de ser el nuevo Alejandro Magno²⁹¹.

El ambiente de infinita alegría que empapa las calles de Roma será descrito por Maddox en JMR Sac 189-90 en un pasaje donde el novelista desarrolla muy bien lo que debió ser el ambiente ciudadano durante aquellos dos días (Plut. *Pomp.* XLV, 1) que duraron las conmemoraciones y espectáculos:

Rome was decked out in full holiday attire, with garlands and wreaths and fresh

²⁸⁸ JMR Sac 130: "Just like Pompey" said somebody else. "Not enough to get his triumph; he has to see the whole Senate come out to him to kiss his glorious backside." This was all to the good, to my way of thinking. In those days the Senate still had a great deal of pride and was an assemblage of peers. We did not like anyone who puffed himself up and gave himself kingly airs. A *triumphator* received semi-divine honors for a day, and that was thought to be enough for any man".

²⁸⁹ JMR Sac 131: "Pompey looked more like a king than a soldier, for all his gold-plated armor and scarlet cloak. His curule chair was draped with leopard skins, and his feet rested on a foolstool cleverly wrought from the crowns of monarchs he had conquered".

²⁹⁰ Este recelo es expresado por Craso en JMR Sac 132: "What an opportunity (...) Here we are, the whole Senate. And there he is, and all around us are his armed troops. He could massacre the lot of us right now and not a thing we could do about it".

²⁹¹ Plut. *Pomp.* XLV, 5:

μέγιστον δὲ ὑπῆρχε πρὸς δόξαν καὶ μηδενὶ τῶν πώποτε Ῥωμαίων γεγονός, ὅτι τὸν τρίτον θρίαμβον ἀπὸ τῆς τρίτης ἡπείρου κατήγαγεν. ἐπεὶ τρίς γε καὶ πρότερον ἦσαν ἕτεροι τεθριαμβευκότες· ἐκεῖνος δὲ τὸν μὲν πρῶτον ἐκ Λιβύης, τὸν δὲ δεύτερον ἐξ Εὐρώπης, τοῦτον δὲ τὸν τελευταῖον ἀπὸ τῆς Ἀσίας εἰσαγαγὼν τρόποντινὰ τὴν οἰκουμένην ἐδόκει τοῖς τρισὶν ὑπήχθαι θρίαμβοις.

gilding everywhere. Statues of heroes had been given fresh victory crowns so that they could share in his triumph. Incense burned before the shrine of every smallest god, and the great deities of the state were carried through the streets in solemn processions, seated in ornate litters borne on the shoulders of attendants.

It always did my heart good to see the city like this, even it was to celebrate the triumph of someone I detested. Everywhere one looked, people were reeling through the streets, singing triumphal songs and giving the wineshops a tremendous bussiness. Labor had ceased and the farmers had poured in from the countryside, along with what appeared to be the entire populations of several nearby towns. Children dashed about, freed from the tyranny of their schoomasters for a few precious days. (...)

We marshalled in the Forum, and the estate freedmen got us into the proper order, with the Consuls in front, followed by the Censors, the praetors, the Vestals, the pontifexes led by Caesar, the *flamines*, then the main body of the Senate with Hortalus as *princeps* in front, followed by the consulars and all the rest in order of their enrollment in the Senate. The result was that I was at the very end of the procession. Ahead of me were some men very nearly as undistinguished as I. It was a long march out to the Campus Martius and the complex of buildings surrounding the new theater.

Off we trooped, amid shouts of “*Io triumphe!*”, showered with flower petals. It might be wondered that there were such petals available at that time of the year, but Pompey was not about to let his triumph be marred by the season. Against just such an eventuality, he had collected vast quantities of them and had them dried, supplementing them with shiploads of petals brought in from Egypt at intervals to assure that there would be a leavening of fresh flowers for throwing and making wreaths. Huge baskets of them stood along all the streets.

En cuanto a su implicación en el escándalo de la irrupción de Clodio en los ritos de la Bona Dea, ya hemos visto cómo la historia oficial lo excluye, pero también cómo Maddox se inventa una razón política para que Clodio, César, Pompeyo y Craso se reúnan en secreto vestidos de mujer en la casa del sumo pontífice con objeto de llegar a los acuerdos que harían posible el triunvirato. Efectivamente, una reunión de estos hombres prominentes en el campamento de Pompeyo no hubiera pasado desapercibida, justifica Maddox, y Pompeyo no podía cruzar el *pomerium* de la Urbe mientras el Senado no le diese carta blanca para hacerlo y celebrar su triunfo. Por tanto, la solución de acuerdo con la fértil mente de Maddox era que Pompeyo entrase en Roma sin parecer Pompeyo.

Mientras César pasaba cinco años como propretor en Galia (Pompeyo se había casado con Julia, hija de Cayo Julio), Pompeyo alimentaba la idea de convertirse en dictador. Su creciente popularidad y el fallecimiento de Julia (en 54)²⁹² fue-

²⁹² No cabe duda de que éste fue un matrimonio de conveniencia, aunque Pompeyo quizá debió de querer a Julia, ya que debemos a Plutarco un testimonio acerca del amor que su siguiente esposa le tuvo, no tanto por su edad ni por su natural atractivo físico, sino porque parece que Pompeyo era hombre que una vez casado no sentía inclinación por mirar a otras mujeres ni involucrarse con ellas. Así lo tenemos en Plut. *Pomp.* LIII, 1-2:

Επὶ τούτοις δὲ θαυμαστωθεὶς καὶ ἀγαπηθεὶς, αὐθις οὐκ ἐλάττονα φθόνον ἔσχεν, ὅτι πρεσβευταῖς

ron separando paulatinamente a los dos hombres, y tras la muerte de Craso sólo César se convertía en obstáculo para sus sueños dictatoriales. El clima propicio para una dictadura comenzó a gestarse con los tumultos y desórdenes que estallaron en Roma tras el asesinato de Clodio en 52, año en que Pompeyo consiguió que el Senado decretara el estado de excepción, y a continuación, que el mismo cuerpo senatorial nombrara a Pompeyo cónsul único (*consul sine collega*), convertido una vez en responsable de reclutar las tropas para la defensa del Estado, como explica Pompeyo en SS Ap 166-7:

—Y habrá otra propuesta muy importante: que el Senado declare el estado de emergencia y promulgue el decreto de excepción. ¿Sabes qué quiere decir eso, Sabueso?

—Sí —dije recordando la última vez que tal decreto había sido promulgado, cuando Cicerón era cónsul y había exigido poderes extraordinarios para tratar con Catilina y su círculo de aliados—. El Decreto de Excepción ordena a los cónsules que hagan todo lo necesaria para salvar al Estado.

—“La ley marcial” —dijo Pompeyo sin rodeos.

—Pero no hay cónsules.

—Sí, eso es un problema. ¿Cómo pueden reclutarse las tropas del campo si no hay cónsules para reclutarlas? En realidad, es un mero detalle técnico. Alguien que no sea cónsul tendrá que hacer el trabajo, claro está. Por suerte, después de haber sido elegido cónsul dos veces y ser en la actualidad el comandante de las tropas romanas en Hispania, poseo la experiencia necesaria para crear una milicia aquí en Italia tanto como la habilidad para desplegarla de la forma más eficaz que traiga orden a la ciudad.

—¿Lo aceptará el Senado?

—Estoy convencido de ello. Todo es cuestión de contar los votos antes de tiempo. Ah, algunos partidarios de César pondrán el grito en el cielo, al igual que algunos de los conservadores más chapados a la antigua, como Catón. Un terrible precedente, dirán, pero ¿qué otra solución pueden ofrecer? No protestarán con demasiada vehemencia. Encontraré el modo de apaciguarlos. Lo importante es que se restablezca el orden. Si debemos recurrir a determinadas innovaciones para obtener el fin, si la ley ha de someterse ligeramente, entonces así será.

La aprobación del decreto de excepción y el permiso para que Pompeyo reclutase tropas (además de la aprobación de un paquete de leyes nuevas)²⁹³ propició que éste restableciera las buenas relaciones con la aristocracia del Senado. No cabe duda de que Pompeyo restableció el orden: muerto Clodio y desterrado Milón, se acabaron las bandas armadas en la Urbe. El deseo de César de renovar su proconsulado, que terminaba en 50, hasta 49 o 48 para entonces ser reelegido como cónsul

φίλοις παραδοὺς τὰ στρατεύματα καὶ τὰς ἐπαρχίας, αὐτὸς ἐν τοῖς περὶ τὴν Ἰταλίαν ἡβητηρίοις, μετιῶν ἄλλοτε ἀλλαχόσε, μετὰ τῆς γυναικὸς διήγεν, εἴτε ἐρώσαν αὐτῆς, εἴτε ἐρώσαν οὐχ ὑπομένον ἀπολιπεῖν· καὶ γὰρ καὶ τοῦτο λέγεται. καὶ περιβόητον ἦν τῆς κόρης τὸ φίλανδρον, οὐ καθ' ὄραν ποθοῦσης τὸν Πομπηϊόν, ἀλλ' αἴτιον ἔοικεν ἢ τε σωφροσύνη τοῦ ἀνδρὸς εἶναι μόνην γινώσκοντος τὴν γεγαμημένην, ἢ τε σεμνότης οὐκ ἄκρατον, ἀλλ' εὐχαριν ἔχουσα τὴν ὁμιλίαν καὶ μάλιστα γυναικῶν ἀγωγόν, εἰ δεῖ μηδὲ Φλώραν ἀλῶναι τὴν ἐταίραν ψευδομαρτυριῶν.

²⁹³ A este respecto, cf. SS Ap 290-2.

desató la oposición del Senado y de Pompeyo, y éstos exigieron a César que licenciase a sus ejércitos antes de determinado día. Marco Antonio y Quinto Casio, cesarianos y a la sazón tribunos de la plebe, se oponen encendidamente al veto²⁹⁴ y son expulsados de la Urbe. Por toda respuesta, y amparándose en la naturaleza inviolable de los tribunos recién mancillada²⁹⁵, César cruzó el Rubicón y se dirigió con sus legiones contra Roma.

1.8.3. César contra Pompeyo: la guerra civil.

Solamente Steven Saylor llega hasta la guerra civil entre César y Pompeyo, que comienza a desarrollar en las novelas *Rubicón* y *Last Seen in Massilia*, ambas engarzadas por un suceso misterioso e inesperado: la desaparición de Metón, aparentemente involucrado nada menos que en un complot para asesinar a Julio César. Las dos novelas no abarcan toda la guerra civil, ni mucho menos: la acción se ubica en los primeros momentos de la contienda, concretamente durante los asedios de Brindis (*Rubicón*) y Massilia (la actual Marsella, en *Last Seen in Massilia*).²⁹⁶ A lo largo de las dos novelas no será posible prácticamente hablar de Pompeyo y César por separado, pues a lo largo de las mismas los dos contrincantes envueltos en combates captarán la atención del relato de manera conjunta, aunque obviamente aparecerán por separado en numerosas ocasiones, en virtud de la naturaleza apolítica de Gordiano el Sabueso y de la magia de la literatura.

Rubicón es una de las novelas más interesantes de la serie *Roma sub rosa*. En ella, Saylor recurre al viejísimo *topos* inaugurado por Gastón Leroux en *El misterio del cuarto amarillo*, un recurso efectista y por ello poco usado en la historia de la literatura policial que consiste en que el detective y narrador de la novela es también

²⁹⁴ César, *De bello civili* I, ii, 7: *Sic vocibus consulis, terrore praesentis exercitus, minis amicorum Pompei plerique compulsi inviti et coacti Scipionis sententiam sequuntur: uti ante certam diem Caesar exercitum dimittat; si non faciat, eum adversus rem publicam facturum videri. Intercedit M. Antonius, Q. Cassius, tribuni plebis. Refertur confestim de intercessione tribunorum. Dicuntur sententiae graves; ut quisque acerbissime crudelissimeque dixit, ita quam maxime ab inimicis Caesaris collaudatur.*

²⁹⁵ La expulsión de los tribunos de la ciudad, acto absolutamente ilegal, sería la justificación oficial de César para levantarse en armas, como leemos en *Bell. Civ. I, xxii, 5: Cuius orationem Caesar interpellat: se non maleficii causa ex provincia egressum, sed uti se a contumeliis inimicorum defenderet, ut tribunos plebis in ea re ex civitate expulsos in suam dignitatem restitueret, ut se et populum Romanum factione paucorum oppressum in libertatem vindicaret.* Este mismo texto, en su traducción al inglés, es introducido por Saylor en SS Rub 100: "I did not leave my province with intent to harm anybody. I merely want to protect myself against the slanders of my enemies, to restore to their rightful positions the tribunes of the people, who have been expelled because of their involvement in my cause, and to reclaim for myself and for the Roman people independence from the domination of a small clique".

²⁹⁶ Los sucesos que sirven de marco histórico para Saylor en estas dos novelas los hallamos en Julio César, *De bello civili*, I y II 1-5.

el asesino. Puestos a querer buscar antecedentes remotísimos a esta argucia un tanto tramposa por parte del novelista (severamente reprochada por S.S. Van Dine en su mítico decálogo de la literatura policiaca) debemos argumentar que se halla en el mismo origen de la literatura dramática, pues en *Edipo rey*, de Sófocles, también Edipo es asesino de Layo y detective que indaga para conocer al culpable del asesinato. La diferencia estriba en que Edipo no sabe que él es el asesino, mientras que Gordiano el Sabueso y el detective protagonista de la novela de Leroux sí. Esto, por tanto, contraviene uno de los principios que han sido considerados sagrados durante décadas, aquel que afirma que el detective no puede defraudar nunca la confianza del lector. En efecto, el misterio que envuelve la novela *Rubicón* es una versión “actualizada” (a pesar de trascurrir en la lejana Roma) del planteamiento principal de la novela de Leroux, el misterio del cuarto cerrado, que también retomaría con posterioridad Conan Doyle en *El signo de los cuatro* y que se ha convertido en emblema o fetiche de este género. El problema que ha suscitado hasta ahora esta argucia narrativa es que, cuando el crimen de la habitación cerrada parece más que irresoluble, el lector habitual de esta clase de novelas recuerda a Leroux y desconfía del detective o del narrador. La suprema inteligencia de Saylor consiste en implicar a Gordiano en este desastroso episodio de su vida en la sexta novela de la serie, cuando tan bien conocemos la naturaleza de Gordiano y lo firme y pacífico de su carácter. Jamás hubiésemos podido creer que Gordiano fuese el asesino, como por regla general no podemos creer que nuestra madre, nuestro mejor amigo, la simpática vecina de la puerta de al lado o el compañero de trabajo tan pulcro, responsable, puntual y hasta aburrido pueda ser un asesino. Las noticias de los periódicos se encargan de desmentir cada día la supuesta “normalidad” de estos seres, o a lo mejor, de desmentir que exista en el hombre una “anormalidad” por su inclinación al delito o al crimen.

Volviendo al tema principal, *Rubicón* se abre con el asesinato de Numerio Pompeyo, sobrino del Grande, en la mismísima casa de Gordiano²⁹⁷. Al cabo de media hora, el cadáver es descubierto por Pompeyo, quien llega de casa de Cicerón con la esperanza de encontrar todavía a su primo en la morada de Gordiano, ya que Numerio había manifestado la intención de visitar al Sabueso. La obra se inicia con la descripción de un Pompeyo avejentado, fiel al Senado por conveniencia, pero en el principio de un ocaso que no hará sino acentuarse a lo largo de las guerras civiles. La trayectoria vital del Grande y de Julio César no pudieron ser más distintas: César comienza su gloria durante la madurez, mientras que Pompeyo el Grande la perderá a lo largo de la misma. Es en SS Rub 28 donde Gordiano nos describirá los ajados encantos de Pompeyo:

²⁹⁷ Para mayores detalles y un resumen pormenorizado de los acontecimientos, cf. como siempre la Sinopsis correspondiente en el Apéndice.

I looked into Pompey's eyes. In his youth he had been extraordinary handsome —a second Alexander, people called him, just as brilliant and just as beautiful, a commander touched by the gods. With age he had lost his beauty, as his bland features receded amid the growing fleshiness of his face. Some said he has lost his brilliance as well; his lack of foresight and unwillingness to compromise had allowed the current crisis, with Caesar defying the Senate and marching on Rome while Pompey responded with indecision and uncertainty. Pompey was a man with his back against a wall, and at that moment he was in my house, furious with grief, accompanied by a large bodyguard of trained killers.

Gordiano, que se encuentra en uno de los momentos más delicados de su vida²⁹⁸, se declara desconocedor de la identidad del asesino, y sólo es capaz de explicar que el criminal debía de venir siguiendo a Numerio, saltó la tapia del patio mientras la víctima se hallaba a solas y Gordiano buscaba algo en su biblioteca, y al regresar lo halló muerto. La novela se abre cuando Pompeyo está a punto de abandonar la ciudad de Roma, pues hace seis días que César ha cruzado el Rubicón y se dirige imparable con sus ejércitos hacia la Urbe. La ciudad de Roma es presa de la inquietud y del temor. Así se lo explica el mismo Pompeyo a Gordiano en SS Rub 31:

You do know that six days ago Caesar crossed the Rubicon River into Italy with his troops, and occupied Ariminum. Since then he's taken Pisaurum and Ancona, and sent Marc Antony to take Arretium. He moves like a whirlwind! Now there's word that both Antony and Caesar are marching on Rome, closing on us like a vise. The city is defenseless. The closest loyal legion is down in Capua. If rumors are true, Caesar could be here in a matter of days, perhaps even hours.

La acción de esta novela no comienza muy bien para Gordiano el Sabueso. Obligado a asesinar a Numerio, con el Grande en su hogar rodeado de hombres armados, Pompeyo no puede dejar de sentirse en la obligación de recelar de la fidelidad de Gordiano a la República, ya que todos los grandes personajes de la época parecen saber que su hijo Metón es uno de los escribas y hombres de confianza de César. El mismo Pompeyo parece echárselo en cara como si fuese una confesión de culpabilidad que Gordiano refuta con habilidad²⁹⁹, apelando primero a su independencia y, también, a la indefinición política de otros individuos más implicados en los asuntos del Estado que él, como es el caso del mismo Cicerón. Sin embargo, la situación política es delicada ahora que Cayo Julio se ha convertido en enemigo del

²⁹⁸ Esta situación comprometida, con el cadáver de Numerio en el jardín de su casa y el mismo Pompeyo armado y acompañado de guardaespaldas en la misma, no invita precisamente al diálogo más amable. Esta situación resulta irregular de acuerdo con la ley romana, que prohíbe que un procónsul al mando de tropas traspase los muros del *pomerium*, pero no es más que una nueva transgresión de la ley, tan común en Pompeyo. Esto servirá a Diana para recordar una célebre cita de Pompeyo en SS Rub 23: "Stop quoting laws to us. We carry swords".

²⁹⁹ SS Rub 31: "He sleeps in the same tent with Caesar, I'm told, and helps him write those pompous, self-serving memoirs".

Estado, como explica Cicerón en SS Rub 40-1, cuando ya es más que tarde para que César y Pompeyo arreglen sus diferencias:

“Caesar may send messages of peace and pretend that he’s willing to parlay, but that’s just for show, so that he can say later on, ‘I did my best to keep the peace’. The moment he crossed the Rubicon, any hope for a peaceful settlement vanished. On the far side of the river, he was a legally commissioned promagistrate in command of Roman legions. Once he crossed the bridge into Italy with armed men, he became an outlaw at the head of an invading army. There’s no way to answer him now except with another army.”

“Some people,” I said, speaking slowly and carefully, “would say that the hope for peace vanished a few days before Caesar crossed the Rubicon, on the day the Senate passed the Ultimate Decree and drove Caesar’s friend Marc Antony out of the city. That was as good as declaring Caesar an enemy of the State. You did the same to Catilina, when you were consul. We know how Catilina ended. Can you blame Caesar for mustering his troops and making the first move?”

El episodio del cruce del Rubicón, que tan importante fue para la historia de Roma y cuya trascendencia ha alcanzado el grado de lo simbólico en nuestra civilización, no es recreado por Steven Saylor aunque sea mencionado una y otra vez. Elude, por tanto, el carácter mitificador que tal acción conlleva al no evocarlo de manera directa, y por supuesto, prescinde de los mágicos elementos relacionados de acuerdo con la tradición escrita. Como fuentes principales tenemos a Suetonio y a Plutarco, y en este caso, es la visión racionalista y más científica de Plutarco la que sigue este autor, aunque ambos historiadores coinciden lógicamente en los hechos, y también en las enormes dudas que tuvo César al llegar junto al río. No en vano, la repercusión de su acto era enorme, pues implicaba un alzamiento contra el Senado y la República. Sin los elementos de leyenda o cuento popular que incluye la versión de Suetonio³⁰⁰, la versión de Plutarco la hallamos en *Caesar XXXII*, 5-9:

εἶτα πρὸς τὸ Ἀρίμινον ἐπιστρέψας, ὡς ἦλθεν ἐπὶ τὸν διορίζοντα τὴν ἐντὸς Ἑλλείνων Γαλατίαν ἀπὸ τῆς ἄλλης Ἰταλίας ποταμὸν (Ρουβίκων καλεῖται), καὶ λογισμὸς αὐτὸν εἰσήει, μᾶλλον ἐγγίζοντα τῷ δεινῷ καὶ περιφερόμενον τῷ μεγέθει τῶν τολμωμένων, ἔσχετο δρόμου, καὶ τὴν πορείαν ἐπιστήσας, πολλὰ

³⁰⁰ Concretamente, la aparición mágica de un flautista surgido de la nada, como leemos en *Div. Iul.* 31-3, donde encontramos la no menos mítica frase “Iacta alea est”: *Et cum luminibus extinctis decessisset via, diu errabundus tandem ad lucem duce reperto per angustissimos tramites pedibus evasit. Consecutusque cohortis ad Rubiconem flumen, qui provinciae eius finis erat, paulum constitit, ac reputans quantum moliretur, conversus ad proximos: 'Etiam nunc,' inquit, 'regredi possumus; quod si ponticulum transierimus, omnia armis agenda erunt.' Cunctanti ostentum tale factum est. Quidam eximia magnitudine et forma in proximo sedens repente apparuit harundine canens; ad quem audiendum cum praeter pastores plurimi etiam ex stationibus milites concurrissent interque eos et aeneatores, rapta ab uno tuba prosilivit ad flumen et ingenti spiritu classicum exorsus pertendit ad alteram ripam. Tunc Caesar: 'Eatur,' inquit, 'quo deorum ostenta et inimicorum iniquitas vocat. Iacta alea est,' inquit.*

μὲν αὐτὸς ἐν ἑαυτῷ διήνεγκε σιγῇ τὴν γνώμην ἐπ' ἀμφοτέρα μεταλαμβάνων, καὶ τροπὰς ἔσχεν αὐτῷ τότε <τὸ> βούλευμα πλείστας· πολλὰ δὲ καὶ τῶν φιλοῶν τοῖς παροῦσιν, ὧν ἦν καὶ Πολλίων Ἀσίνιος, συνδηπόρησεν, ἀναλογιζόμενος ἡλικῶν κακῶν ἄρξει πᾶσιν ἀνθρώποις ἢ διάβασις, ὅσον τε λόγον αὐτῆς τοῖς αἰθῆς ἀπολείψουσι. τέλος δὲ μετὰ θυμοῦ τινος ὥσπερ ἀφείς ἑαυτὸν ἐκ τοῦ λογισμοῦ πρὸς τὸ μέλλον, καὶ τοῦτο δῆτ' οὖν κοινὸν τοῖς εἰς τύχας ἐμβαίνουσιν ἀπόρους καὶ τόλμας προοίμιον ὑπειπὼν "ἀνερρίφθω κύβος," ὤρμησε πρὸς τὴν διάβασιν, καὶ δρόμῳ τὸ λοιπὸν ἤδη χρώμενος, εἰσέπεσε πρὸ ἡμέρας εἰς τὸ Ἀρίμινον, καὶ κατέσχε. λέγεται δὲ τῇ προτέρῃ νυκτὶ τῆς διαβάσεως ὄναρ ἰδεῖν ἔκθεσμον· ἐδόκει γὰρ αὐτὸς τῇ ἑαυτοῦ μητρὶ μείγνυσθαι τὴν ἄρρητον μεῖζιν.

Ya hemos consignado en nota a pie de página el pasaje de Suetonio, con la famosa frase "Iacta alea est", que Plutarco nos transmite como "ἀνερρίφθω κύβος", pero en muy clara alusión en ambos casos al juego de la suerte de Venus o juego de dados o tabas que tan importante simbología tuvo en la novela *La suerte de Venus*. La frase de César, pero sobre todo en su versión latina, se convertiría como sabemos en proverbial hasta nuestros días, y dentro de la misma novela ya empezamos a ver los efectos de su pronta popularización, como consigna Saylor en SS Rub 86-7 con una explicación muy interesante de Tiro. Al igual que hoy la televisión populariza frases y ademanes entre el pueblo, también nuestros novelistas juegan (como ya lo hizo Maddox con la alusión a la mujer de César) a transformar algunas frases de los grandes hombres en muletillas vivas. En este caso³⁰¹, la escena transcurre en la catuliana Taberna Salaz:

Amid the murmur I heard laughter and cursing and the rattle of dice.

"The dice is cast!" shouted one of the players. A round of drunken laughter followed. It took me a moment to catch the joke. Caesar had uttered the same words to his men when he crossed the Rubicon.

"They've immortalized him with a throw, as well," remarked Tiro.

"A throw?"

"Of the dice. The Venus Throw is the highest combination and beats all else. The gamblers are all calling it the Caesar's throw nowadays, and shouting 'Gaius Julius' when they cast the dice. I don't think it means they've taken Caesar's side, necessarily. They're just superstitious. Caesar claims to be partly divine, descended from Venus. So the Venus Throw becomes the Caesar Throw."

"Which beats all else. Is there such a thing as the Pompey Throw?"

Tiro snorted. "I think that must be when the dice skip off the table."

"Is Pompey's position as bad as that?"

"Do you know what Cicero says? 'When he was in the wrong, Pompey always got his way. Now that he's in the right, he fails completely.'

³⁰¹ También hallamos en SS Rub 96 una nueva mención al juego de César: "Across the room someone shouted, 'Gaius Julius!' Dice clattered, and the gambler jumped from his seat. "The Caesar Throw! The Caesar Throw beats all!" The man did a victory dance and scooped up his winnings".

Al final del pasaje plutarquiano es mencionado un sueño perturbador en que César se vio copulando con su propia madre. No lo hemos considerado como sobrenatural, ya que no tiene la naturaleza mágica de la aparición del flautista en Suetonio. Además, ya hemos visto en el capítulo correspondiente cómo la interpretación de los sueños tenía tanta importancia para los romanos como forma de interpretar el futuro. Este detalle onírico es recogido por Saylor en SS Rub 277 e interpretado por Metón en una carta que dirige a su padre en las páginas finales de la novela:

The night before C crossed the Rubicon, he dreamed that he committed incest with his mother. I think the dream was a message from the gods: to pursue his destiny, he would be compelled to commit terrible acts of impiety. He chose destiny over conscience. So it is with me, Papa. To follow my duty, I dishonored the man who freed me from slavery and made me his son. I kept secrets from you. I let you believe a lie. I am an impious son. But I made a choice, as C did, and once the Rubicon is crossed, there can be no turning back. Forgive me, Papa.

Un Pompeyo inquieto y en franca decadencia, frente a un César emergente que recorre Italia recibiendo el fervor popular y que se dirige hacia Roma imparable (SS Rub 77) para entrar en ella en cuestión de horas es el “terremoto” dramático con que se abre *Rubicón*. Saylor juega hábilmente con este foco de tensión que, como sabemos, no llegó a ocurrir ni en días ni mucho menos en las horas inmediatas. Si bien los personajes acogen con temor la llegada de los ejércitos cesarianos (como vemos en SS Rub 55, donde los rumores insisten en que César está a una hora de Roma, o en SS Rub 65), las horas y días pasarán sin que César se plante a las puertas de la ciudad, como constata Gordiano en SS Rub 72-3). Plutarco nos cuenta en *Pompeyo* LX que estos rumores eran absolutamente infundados, ya que César no llevó consigo a todo su ejército cuando cruzó la frontera del río Rubicón, sino tan sólo trescientos caballos y cinco mil infantes³⁰².

Al día siguiente de los acontecimientos en casa de Gordiano (tras los cuales Pompeyo le obliga a averiguar la identidad del asesino de su primo) el Grande parte de la ciudad con la mayor parte del Senado. Imita en esto a Sila, como nos dice Cicerón en SS Rub 44, pues Pompeyo ansía imitar a Sila en su destino dictatorial³⁰³. El

³⁰² Plut. *Pomp.* LX:

Ἐν τούτῳ δὲ ἀπαγγέλλεται Καῖσαρ Ἀρίμινον, πόλιν μεγάλην τῆς Ἰταλίας, κατειληφὸς καὶ βαδίζων ἀντικρὺς ἐπὶ τὴν Ῥώμην μετὰ πάσης τῆς δυνάμεως. τοῦτο δὲ ἦν ψεῦδος. ἐβάδιζε γὰρ οὐ πλείονας ἔχων ἵππέων τριακοσίων καὶ πεντακισχιλίων ὀπλιτῶν· τὴν δὲ ἄλλην δύναμιν ἐπέκεινα τῶν Ἄλπεων οὐσαν οὐ περιέμενεν, ἐμπεσεῖν ἄφνω τεταραγμένοις καὶ μὴ προσδοκῶσι βουλόμενος μᾶλλον ἢ χρόνον δοῦς ἐκ παρασκευῆς μάχεσθαι.

³⁰³ SS Rub 44: “Sulla abandoned the city to his enemies and then retook it, with Pompey as one of his generals. Thirty years later, Pompey thinks he can do the same if the need arises. Can you imagine the city under siege? Disease, hunger, fires spreading out of control —and then the horror of the conquest”.

destino de Pompeyo es el sur de Italia, concretamente Capua, donde reúne de nuevo al Senado y donde se sienten fuertes³⁰⁴.

Mientras tanto, César se encamina hacia Corfinio y tras vencer a cinco cohortes de Lucio Domicio Ahenobarbo, hombre de Pompeyo en la ciudad, acampa frente a sus murallas (*Bell. Civ. I, 16*). Los hombres de Domicio, a sabiendas de que Pompeyo no va a llegar en ayuda de Corfinio, reducen a su general y se lo entregan a César (*Bell. Civ. I, 20*). El comportamiento de César al tomar el control de la ciudad es caballeresco: respeta a los senadores y a sus hijos, al igual que a los tribunos militares, y su comportamiento con Domicio es ejemplar. Incluso seis millones de sestercios que éste había depositado en el erario municipal como contribución oficial de Pompeyo, y que los duunviros corfinienses habían puesto a su disposición, son devueltos a Domicio³⁰⁵. La reacción de Pompeyo es inmediata, y como nos cuenta Saylor en el capítulo IX de *Rubicón*, el Grande se repliega en la ciudad de Brindis y ordena que se le unan las tropas leales³⁰⁶. Expulsado de la ciudad, Domicio vaga por Italia acompañado de unos pocos hombres, y cargado con los seis millones de sestercios, como veremos a continuación en *Rubicón*.³⁰⁷ Es realmente curioso que César, en su propia *De bello civili*, no haga leña del árbol caído a propósito de Domicio, pues gracias a Plutarco (y no a César) conservamos una anécdota verdaderamente impagable acerca de la rendición de Domicio: éste, sabiéndose perdido, quiso

³⁰⁴ César, *De bello civili* I, 14: *Quibus rebus Romam nuntiatis tantus repente terror invasit, ut cum Lentulus consul ad aperiendum aerarium venisset ad pecuniamque Pompeio ex senatusconsulto proferendam, protinus aperto sanctiore aerario ex urbe profugeret. Caesar enim adventare iam iamque et adesse eius equites falso nuntiabantur. Hunc Marcellus collega et plerique magistratus consecuti sunt. Cn. Pompeius pridie eius diei ex urbe profectus iter ad legiones habebat, quas a Caesare acceptas in Apulia hibernorum causa disposuerat. Delectus circa urbem intermittuntur; nihil citra Capuam tutum esse omnibus videtur. Capuae primum se confirmant et colligunt delectumque colonorum, qui lege Iulia Capuam deducti erant, habere instituunt.*

³⁰⁵ César, *Bell. civ. I, xxiii, 4: HS [LX], quod advexerat Domitius atque in publico deposuerat, allatum ad se ab IIII viris Corfiniensibus Domitio reddit, ne continentior in vita hominum quam in pecunia fuisse videatur, etsi eam pecuniam publicam esse constabat datamque a Pompeio in stipendium.*

³⁰⁶ César, *Bell. civ. I, xxiv, 1-2: Pompeius his rebus cognitis, quae erant ad Corfinium gestae, Luceria proficiscitur Canusium atque inde Brundisium. Copias undique omnes ex novis dilectibus ad se cogi iubet; servos, pastores armat atque eis equos attribuit; ex his circiter CCC equites conficit. Cf. también Plut. *Caesar* XXXV.*

³⁰⁷ Efectivamente, Tirón explica a Gordiano que los seis millones irán hacia Massilia, y que su desaparición podría poner a Cicerón en un aprieto si se descubre que Domicio se ha alojado en su casa, como veremos más adelante. El razonamiento de Tirón en SS Rub 159 es bastante lógico: “He’ll use it to go to Massilia and win over the Massilians, of course. But you see why Cicero doesn’t want his visit made public. If the money vanishes —and who knows what might happen in the coming days? — and the trail leads back to Formiae, someone might presume that Domitius left it here with Cicero, for safekeeping. These are desperate times. That kind of rumor could draw cutthroats like grasshoppers to the green leaf. Whole households have been slaughtered for considerably less than six million sesterces, Gordianus. Cicero isn’t ashamed of playing host to Domitius, and he isn’t fearful for himself. But he has his family to think of. Surely you can understand that.”

suicidarse, pero su intento de suicidio más bien parece incurrir gracias a Plutarco en el género de la comedia. Lo leemos en *Caesar* XXXIV, 6-8:

Δομίτιω δ' ἡγουμένῳ σπειρῶν τριάκοντα καὶ κατέχοντι Κορφίνιον ἐπελθὼν παρεστρα τοπέδευσεν· ὁ δ' ἀπογνοῦς τὰ καθ' ἑαυτὸν, ἤτησε τὸν ἰατρὸν οἰκέτην ὄντα φάρμακον, καὶ λαβὼν τὸ δοθὲν ἔπιεν ὡς τεθνηξόμενος. μετ' ὀλίγον δ' ἀκούσας τὸν Καίσαρα θαυμαστῆτινι φιλάνθρωπίᾳ χρῆσθαι πρὸς τοὺς ἐαλωκότας, αὐτὸς αὐτὸν ἀπεθρήνει καὶ τὴν ὀξύτητα τοῦ βουλευματος ἠτιᾶτο. τοῦ δ' ἰατροῦ θαρρύναντος αὐτόν, ὡς ὑπνωτικόν, οὐ θανάσιμον πεπωκότα, περιχαρῆς ἀναστάς ἀπῆει πρὸς Καίσαρα, καὶ λαβὼν δεξιάν, αὐθις διεξέπεσε πρὸς Πομπήϊον.

Domicio va a ser, por tanto, un importante secundario en *Rubicón* y *Last Seen in Massilia*, e incluso se permitirá en una cena ofrecida por Cicerón a la que asiste Gordiano, hacer sucias insinuaciones acerca de la relación entre César y Metón, con lo que de entrada ya vemos la imagen que Saylor tiene de él. Un resumen de los acontecimientos de Corfinio, donde Saylor mezcla a César con Plutarco, lo hallamos en SS Rub 99-101, donde además el autor de Austin parafrasea a Plutarco en la narración del intento de suicidio de Domicio³⁰⁸. Saylor expone las razones del odio de Domicio hacia César en SS Rub 99-100:

Domitius's longstanding grudge against Caesar was personal. Domitius's grandfather and father had begun the settlement of southern Gaul, conquering the Allobroges and Arverni, building roads, establishing Roman colonies on the coast, and along the way amassing an enormous family fortune. The family had come to think of the region as their personal domain, to which Domitius should be heir. Caesar they considered an upstart who had built on their achievements to launch his own conquests. When Domitius made his first bid to acquire governorship of southern Gaul, six years ago, Caesar successfully thwarted him and held on to command of the region. Now Caesar's tenure had at last expired. Legally he was obliged to relinquish Gaul and let Domitius succeed him. Caesar's answer had been to cross the Rubicon with his army. Domitius had good reason to hate him, and better reason to fear him.

Como ya hemos visto, Steven Saylor inventa en el capítulo XIII de *Rubicón* una cena en la finca de Cicerón en Formias donde reúne a Domicio, Tirón y Gordiano junto al orador y su familia completa³⁰⁹. Domicio hablará de muchas cosas, y

³⁰⁸ SS Rub 100: "Finding himself betrayed and despairing of an ignoble death at the hands of Caesar or, even more ignobly, at the hands of his own rebellious men, Domitius asked his physician to give him poison. No sooner had Domitius swallowed the dose than word arrived that Caesar was treating all captives, even his bitterest enemies, with mercy and respect. Domitius wailed and tore his hair and cursed himself for acting too soon —until the physician, who knew his master better than his master knew himself, revealed that the dose was not poison, but a harmless narcotic. Domitius surrendered to Caesar and was allowed to keep his head".

³⁰⁹ Para más detalles, cf. nuestra Sinopsis de la novela *Rubicón*.

Saylor volverá a mencionar el episodio del intento de suicidio en SS Rub 148, donde además describe a este personaje como un individuo inestable, de carácter mudable, y sobre todo profundamente rencoroso con respecto a César³¹⁰. Hay cierta sorna en Saylor al poner a Domicio a contar su versión de los hechos de Corfinio, y esta sorna crea un interesante momento de relajación en la acción de la novela, como vemos en SS Rub 148-9:

“Barely escaped with my life! Oh, Caesar pretended that I was free to go, but he intended an ambush from the start. (...) So that Caesar could spare himself the ugly bussiness of executing his legal successor to the governship of Gaul! He could claim that the perimeter guard mistook us for deserters and killed me by accident, or some such nonsense. He offered me a choice first. ‘You are free to join with me, Lucius. Perhaps I could even post you to Gaul. With your family connections there, you could be of great value.’ As if the decision were his to make! As if the Senate hadn’t already appointed me governor! As if Gaul were his private kingdom, not the property of the Senate, and people of Rome, to administer as they please, according to the law!” (...) I told the scoundrel no, absolutely not, that I would never serve under him at any time or an any capacity. ‘Very well,’ he said, in that cool, supercilious, oh-so-superior, oh-so-disappointed manner he affects. ‘Run to Pompey, if you must. I’ll even allow you to take bodyguards. No regular soldiers, though; I can’t spare them. Choose a few from among the freedmen and slaves who’ve been attending your household in Corfinium. They’ll have to make do with odds and ends; I need the best weapons and armor for my own men.’ *My own men* —meaning the cohorts he stole from me, soldiers I recruited, trained, and equipped with my own money!”

La intención de Domicio, cuando le encontramos en esta parte de la novela, es dirigirse hacia Massilia, que se ha mantenido leal al Senado de Roma y constituye un foco de civilización dentro de la agreste Galia, como manifiesta en SS Rub 151. Esta presencia de Pompeyo en Massilia constituirá la trama de *Last Seen in Massilia*, como veremos más adelante, y tiene confianza en los masilienses por la razón de haber sido fundada por griegos y haber adquirido el suficiente grado de desarrollo y civilización como para no rendirse ante César, a quien dedica nuevas pullas en SS Rub 151: “They’ve seen firsthand what Caesar is —a preening pretender, pompous, vain, covering himself with glory every time he managed to conquer another tribe of dimwits and toothless cronies.” Tanta obcecación por parte de Domicio conducirá a Gordiano a defender al menos el triunfo de sus campañas en Galia, cuyo libro, comenta el Sabueso, ha estado leyendo precisamente esa misma mañana. Pero Domicio no se arredra ante nada en su papel de anticesariano furibundo, e incluso el talento militar y literario de Cayo Julio será puesto en entredicho y literalmente vapuleado en SS Rub 151. La furiosa e intransigente postura de Domicio no respetará a nadie, ni los conocimientos militares que pueda tener Cicerón para permitirse alabar el

³¹⁰ SS Rub 148: “Domitius’s mood was as changeable as a comet. He was boisterous and talkative one moment and sullen the next”.

éxito de las campañas de César en Galia, ni la relación tan estrecha que existe entre César y Metón, que remite directamente a los matices que existía en la antigua Roma acerca de la homosexualidad activa y pasiva:

“What, his ‘military genius’? Yes, I can deny it, and I do! That book is pure rubbish, nothing but nauseating self-glorification from start to finish, propaganda posing as history. He writes about himself in the third person —so insufferably pretentious— but did you ever see a book so full of vanity? No mention of the great men who came before him, who settled the southern coast of Gaul and built the roads that got him there, no bow to those in the Senate who voted against their better judgement to extend his command. You’d think he won the whole province in a dice game with Vercingetorix! I’ll tell you this: any competent Roman commander, given the same resources and advantages that the Senate gave to Caesar, could have accomplished the same thing, and probably in less time.”

A pesar de que Cicerón se ve obligado a defender el talento militar de César, Domicio no dará su brazo a torcer, mostrando un claro desprecio hacia los escasos conocimientos militares que pueda tener Cicerón, un hombre público sin casi experiencia en dirigir ejércitos. Cuando Gordiano matiza que César no puede ser ninguneado como escritor, haciéndose eco del juicio de la historia de la literatura, Domicio brama en su contra llegando hasta la afrenta personal. Es muy posible que la opinión que comparten Gordiano y Cicerón sobre la prosa cesariana no fuera compartida por todos los romanos de su tiempo, como es el caso de Domicio en SS Rub 151 cuando se atreve a negar el talento literario de Cayo Julio:

“I can deny it, and I do!” said Domitius. “As a stylist he’s completely inept, an amateur. His prose has no ornament, no style. It’s as bald as his head! They say he dictates from horseback. Given the grunts he produces, I believe it!”

Cicero smiled. “Some find Caesar’s lean prose to be elegant rather than undernourished. Our friend Gordianus can be excused for having a prejudice in the matter. Whatever virtues Caesar’s writing may possess, some credit must go to the son of Gordianus.”

Domitius look at me blankly. “I don’t follow you, Cicero.”

“Gordianus’s adopted son, Meto, is rather famous for his editorial services to Caesar. As important to Caesar, some say, as Tiro has been to me.”

Comprehension dawned in Domitius’s eye. He smiled thinly. “Oh, I see, you’re *that* Gordianus. Yes, I see.” His smile became a leer. “But surely, Cicero, you don’t mean to suggest that Tiro ever performed for you some of the services that one hears this Meto performs in private for his beloved commander?”

La acción de la novela transcurre hasta llegar a Brindis, ciudad sitiada por Julio César, donde Gordiano se reencontrará con Metón. Cuando César toma Corfinio, tiene conocimiento de que los cónsules han partido hacia Dirraquio y que el mismo Pompeyo se oculta en la ciudad de Brindis con veinte cohortes. César recurre entonces a una jugada maestra, que es la de bloquear las salidas y servicios del puer-

to de Brindis (*Bell. civ. I, 25*). Al llegar a este punto Saylor introduce a un nuevo personaje de referencia tanto para *Rubicón* como para *Last Seen in Massilia*: el ingeniero Vitruvio, autor de la obra *De architectura*, y a quien veremos idear los ingeniosos asedios de Brindis y Massilia. Esta presencia de Vitruvio junto a César está testimoniada por la historia, aunque desgraciadamente no tengamos mayores datos que la noticia de esta ayuda en las guerras de César y Augusto, y constituye un hábil recurso de Saylor para justificar las geniales ocurrencias técnicas de Cayo Julio a problemas bélicos, y de paso, presentarnos a una de las mentes más brillantes de su tiempo. De Marco Vitruvio Polión casi no tenemos datos, pero sí sabemos que fue oficial ingeniero en las guerras de César y Augusto, quien en su vejez le ayudó con una pensión vitalicia (y a quien Vitruvio dedicó su obra *De architectura*, escrita alrededor de 27 d.C.). No sabemos a ciencia cierta ni su lugar de nacimiento ni la fecha, y si bien ignoramos el dato de su muerte, sí sabemos al menos que ésta llegó a edad avanzada. Trabajó en las construcciones imperiales y levantó en Fano una basílica y un arco de triunfo todavía visible. Fue superintendente de los acueductos de Roma y gran experto en balística. Se le atribuye el invento del módulo quinario en la construcción de acueductos, proyectó máquinas de guerra y edificó muchos monumentos. Su legado para la posteridad, al margen de su obra *De architectura*, fue fundamental, pues “el neoclasicismo arquitectónico ha basado sus normas en los órdenes griegos reducidos al esquema de Vitruvio”.³¹¹

La primera aparición de Vitruvio la tenemos en SS Rub 184, donde Gordiano le define como “a bearded little fellow was standing atop a boulder nearby, viewing the scene intently with his arms crossed, mumbling to himself”. Vitruvio contempla las operaciones de bloqueo del puerto de Brindis, única manera de atrapar a Pompeyo dentro de la ciudad, ya que César no tiene naves con que combatir a la flota pompeyana. Cayo Julio pide ayuda a Vitruvio, y el ingenioso arquitecto construye un candado artificial para cerrar el puerto y cuya descripción, que el mismo Vitruvio nos hace en SS Rub 186, está basada en César.³¹²

³¹¹ S. v. Vitruvio, en Vicente López Soto, *Diccionario de autores, obras y personajes de la literatura latina*. Barcelona, 1991. Editorial Juventud. [Colección Z, 268].

³¹² César, *Bell. Civ. I, xxv, 4-10*: *Neque certum inveniri poterat, obtinendine Brundisii causa ibi remansisset, quo facilius omne Hadriaticum mare ex ultimis Italiae partibus regionibusque Graeciae in potestate haberet atque ex utraque parte bellum administrare posset, an inopia navium ibi restitisset, veritusque ne ille Italiam dimittendam non existimaret, exitus administrationesque Brundisini portus impedire instituit. Quorum operum haec erat ratio. Qua fauces erant angustissimae portus, moles atque aggerem ab utraque parte litoris iaciebat, quod his locis erat vadus mare. Longius progressus, cum agger altiore aqua contineri non posset, rates duplices quoquo versus pedum XXX e regione molis collocabat. Has quaternis ancoris ex IIII angulis destinabat, ne fluctibus moverentur. His perfectis collocatisque alias deinceps pari magnitudine rates iungebat. Has terra atque aggere integebat, ne aditus atque incursus ad defendendum impediretur. A fronte atque ab utroque latere cratibus ac pluteis protegebat; in quarta quaque earum turres binorum tabulatorum excitabat, quo commodius ab impetu navium incendiisque defenderet.*

You can see the result from here. We began by building great breakwaters of earth and stone on either side of the harbor entrance, where the water is shallow. Unfortunately, as the work progressed and we reached deeper water, it became impossible to keep the earthworks together. At that point we built a raft, thirty feet square, at the end of each breakwater and moored each raft with anchors at all four corners to keep them still in the waves. Once these platforms were in position, we added more rafts, joined them firmly together and covered them with a causeway of earth, so that they were as steady as an actual breakwater, even though they float atop the waves. If you squint, you can see that screens and mantlets have been put up all along both sides of the causeways to protect the soldiers coming and going. On every fourth raft we constructed a tower two stories high to defend against attacks by sea. The goal, of course, was to close off the harbor completely.

La imaginación de Vitruvio, que sorprende enormemente a Marco Antonio y a Gordiano, tiene el antecedente histórico del rey Jerjes de Persia, que construyó un puente de lado a lado del Helesponto con el objetivo de cruzar a sus tropas de Asia a Europa. El mismo Vitruvio explica, como para restar originalidad a su invención, este antecedente en SS Rub 186 que nosotros conocemos por el relato de Heródoto³¹³. A continuación, el mismo Vitruvio parece seguir al pie de la letra el relato de César³¹⁴ cuando en SS Rub 187 procede a comentar cuál es la reacción de Pompeyo al bloqueo del puerto de Brindis:

After he stopped gaping in wonder, the Great One commanded the largest merchant vessels remaining in the harbor and outfitted them with siege towers, three stories tall. The ships have been making sorties out to the harbor entrances every day, trying to break up our rafts. They've managed to slow the work, but not destroy it. It's been a daily spectacle, watching our towers on the rafts and their towers on the ships fire missiles and fireballs and arrows back and forth. Blood on the water... trails of reeking smoke... explosions of steam!

En las páginas siguientes del capítulo XVI (SS Rub 187-90) Vitruvio, Marco Antonio y Gordiano asistirán al regreso de las naves de Pompeyo desde Dirraquio, que intentarán cruzar el rompeolas ideado por Vitruvio por su flanco abierto, generándose entonces una batalla naval que dura hasta la noche y que concluirá con el triunfo de las expectativas pompeyanas de llegar al puerto.

El resto de la novela narra los movimientos de Gordiano hasta entrar en Brindis³¹⁵ y conseguir llegar hasta Pompeyo, y el sitio de la ciudad se convierte me-

³¹³ Heródoto, *Historias* IV, 84-88.

³¹⁴ Que hallamos a renglón seguido, en César *Bell. Civ.* I, xxvi, 1-2: *Contra haec Pompeius naves magnas onerarias, quas in portu Brundisino deprehenderat, adornabat. Ibi turres cum ternis tabularis erigebat easque multis tormentis et omni genere telorum completas ad opera Caesaris adpellebat, ut rates perumperet atque opera disturbarat. Sic cotidie utrimque eminus fundis, sagittis reliquisque telis pugnabatur. Atque haec Caesar ita administrabat, ut condiciones pacis dimittendas non existimaret.*

³¹⁵ La descripción de Brindis sitiada se corresponde muy bien con las noticias que tenemos por medio

ramente en escenario de estos avatares. Gordiano se halla con Pompeyo la noche en que éste finalmente parte de la ciudad, y consigue acompañarle en su nave con objeto de revelar la identidad del asesino de Numerio, pero sólo a cambio de que Davo se quede en Brindis. Cuando Gordiano confiesa su crimen, al Sabueso no le queda más remedio que arrojarse al mar desde la embarcación de Pompeyo, que está siendo atacada por los hombres de César por medio de proyectiles incendiados. A pesar de este último esfuerzo, la carencia de una flota impide a César capturar a Pompeyo³¹⁶, que se le escapa ante los ojos sin que pueda hacer nada para remediarlo, como relata Davo en SS Rub 256 ante un Gordiano milagrosamente salvado de las aguas:

You should have seen the look on Caesar's face, thinking he might have caught the Great One after all —like a cat staring at a bird. But in the end Pompey's ship squeezed out of the harbor, smooth as a dropping from a sheep's bottom. So did the rest, except for a couple of ships that ran afoul of the breakwater. Caesar sent little boats to board them and take the men prisoner. What a night that was.

Cuando Gordiano regresa a Roma, César y Metón se hallan en la ciudad, pero Cayo Julio, después de saquear las arcas del templo de Saturno (SS Rub 259-60) parte hacia Hispania (César, *Bell. Civ.* I, xxx, 1) tras dejar bien asentadas las bases de una supuesta conjura para asesinarle en la que habría estado implicado el mismo Metón. La falsa conjura, llevada a sus extremas consecuencias, conducirá a Metón a convertirse oficialmente en un proscrito y huir a Massilia, donde trabajará en la sombra como espía de César y constituye la acción de la novela *Last Seen in Massilia*, que como antes en *Rubicón*, ubica su trama en el sitio de Massilia descrito por César en su *De bello civili*. Como vemos, ambas novelas recrean episodios muy importantes para la evolución de los personajes de *Roma sub rosa*, aunque las más de quinientas páginas de ambas se basan en episodios no demasiado trascendentes de la primera parte de la guerra civil y que César despacha en unos cuantos capítulos, ra-

de César en *Bell. Civ.* I, xxvii, 2-6, donde se nos cuenta cómo Pompeyo convirtió Brindis en una carrera de obstáculos para impedir que los soldados de César cortasen la retirada de los pompeyanos: *Pompeius sive operibus Caesaris permotus sive etiam quod ab initio Italia excedere constituerat, adventu navium profectionem parare incipit et, quo facilius impetum Caesaris tardaret, ne sub ipsa profectione milites oppidum irrumperent, portas obstruit, vicus plateasque inaedificat, fossas transversas viis praeducit atque ibi sudes stipitesque praeacutos defigit. Haec levibus cratibus terraque inaequat; aditus autem atque itinera duo, quae extra murum ad portum ferebant, maximis defixis trabibus atque eis praeacutis praesepit. His paratis rebus milites silentio naves conscendere iubet, expeditos autem ex evocatis, sagittariis funditoribusque raros in muro turribusque disponit. Hos certo signo revocare constituit, cum omnes milites naves conscendissent, atque eis expedito loco actuaria navigia relinquit.*

³¹⁶ César, *Bell. Civ.* I, xxix, 1: *Caesar etsi ad spem conficiendi negotii maxime probabat coactis navibus mare transire et Pompeium sequi, priusquam ille sese transmarinis auxiliis confirmaret, tamen eius rei moram temporisque longinquitatem timebat, quod omnibus coactis navibus Pompeius praesentem facultatem insequendi sui ademerat.*

zón por la cual no hemos dedicado demasiado espacio al comentario de los acontecimientos históricos contenidos en esta novela.

La novela *Last Seen in Massilia* se abre, precisamente, con Gordiano y Davo vagando perdidos en las inmediaciones de Massilia, que en ese momento se halla sitiada por el comandante en jefe de Julio César, Cayo Trebonio, mientras Cayo Julio permanece en Hispania combatiendo a las tropas de Pompeyo. La razón de que Gordiano haya llegado hasta Massilia (y que el Sabueso explica en el capítulo II) se encuentra en una carta anónima recibida en Roma que asegura que Metón ha muerto como un héroe en el ciudad gala, y él quiere conocer la verdad. Si bien en un principio la ciudad de Massilia había pretendido ser neutral durante la contienda civil³¹⁷, la llegada de Lucio Domicio Ahenobarbo cambia las tornas, y Massilia se le entrega voluntariamente, ante lo cual César manda tres legiones, apareja torres para asaltar la ciudad y construye doce naves de combate y encomienda a Décimo Bruto y al legado Cayo Trebonio el cerco de la ciudad (*Bell. Civ. I, 36*). Los barcos de los masilienses comandados por Domicio ascienden a diecisiete, aunque se agregan muchas embarcaciones menores con objeto de amedrentar a los ejércitos de César (*Bell. Civ. I, 56*). Si bien el número de barcos de Bruto era muy menor, César había emplazado en los mismos a los hombres más valientes de todas las legiones, y en munición no desmerecían de sus contrincantes (*Bell. Civ. I, 57*). Al advertir la llegada de los contrincantes, las dos flotas comienzan el combate que arroja la pérdida de nueve naves de los masilienses (*Bell. Civ. I, 58*).

Gordiano vuelve a encontrarse con Vitruvio en esta novela, y de nuevo el célebre ingeniero pone su talento al servicio de César para la construcción de maquinarias de guerra³¹⁸ y, sobre todo, para la construcción de túneles que permitan el acceso a la ciudad de manera subterránea, pues los legendarios muros de Massilia son prácticamente invulnerables, como recuerda Vitruvio en SS Last 26-9, donde el ingeniero explica la naturaleza de las murallas y también los pasos que deben darse en todo asedio a una ciudad.

Last Seen in Massilia es una historia de fugitivos, con Metón como detonante principal del viaje de Gordiano, pero a lo largo de sus páginas también se encontrará, como ya hemos visto, con Milón y con Verres, que oculta entre sus tesoros el estandarte de Mario que César desea con tanto ahínco y que los partidarios de Catilina todavía veneran.

Toda la novela tiene como telón de fondo el asedio, pero este pequeño episo-

³¹⁷ Véase a este respecto, la carta de los masilienses a César en *Bell. Civ. I, xxxv, 3-5*.

³¹⁸ En *Bell. Civ. II, 1-16* asistimos a la prolija descripción de combates navales y del asedio de la ciudad de Massilia, donde César describe los combates con un vívido realismo que él sólo pudo conocer por testimonios de sus generales, ya que en aquel momento todavía se hallaba en Hispania, aunque su llegada se sabía inminente.

dio no es más que una excusa para que Gordiano entre en la ciudad y, mientras da con Metón (quien, por supuesto, no ha muerto) resuelva un caso de asesinato vinculado con la familia gobernante y conviva con Hieronymus, el chivo expiatorio de las desgracias de Massilia que al final acompañará a los protagonistas de regreso a Roma. En realidad no es la guerra civil, sino Gordiano y sus problemas familiares y la misma ciudad de Massilia, con sus curiosas leyes y costumbres, los grandes protagonistas de esta novela salpicada de batallas donde Saylor se inspira en el vigor de la prosa de César durante los primeros capítulos de *De bello civili*. Por fin, cuando César entre en la ciudad de Massilia³¹⁹ y Gordiano reniegue de Metón, Cayo Julio perdonará a la ciudad en honor a su antigüedad, y regresará a Roma tras ser nombrado dictador único³²⁰. Hasta este punto alcanzan los acontecimientos narrados por Steven Saylor sobre la guerra civil en las novelas que nos ocupan. Detenemos aquí nuestra exposición de los hechos narrados por Steven Saylor, y en esta ocasión no llevaremos a cabo un comentario general acerca de los personajes históricos, ya que, al ser éstos los verdaderos grandes protagonistas de las novelas, haremos una recapitulación de la visión que tienen de ellos nuestros novelistas en el capítulo final de esta tesis: Conclusiones sobre rigor e invención.

³¹⁹ El final del asedio lo leemos en *Bell. Civ. II, xxii, 5-6: Massilienses arma tormentaque ex oppido, ut est imperatum, proferunt, naves ex portu navalibusque educunt, pecuniam ex publico tradunt. Quibus rebus confectis Caesar magis eos pro nomine et vetustate, quam pro meritis in se civitatis conservans duas ibi legiones praesidio relinquit, ceteras in Italiam mittit; ipse ad urbem proficiscitur.*

³²⁰ De lo cual se entera antes de abandonar Hispania, como leemos en *Bell. Civ. II, xxi, 5: Eadem ratione privatim ac publice quibusdam civitatibus habitis honoribus Tarracone discedit pedibusque Narbonem atque inde Massiliam pervenit. Ibi legem de dictatore latam seseque dictatorem dictum a M. Lepido praetore cognoscit.*

IV
PERSONAJES
HISTÓRICOS

2. Las labores de Marte: batallas, militares y ejércitos.

No por tópico resulta menos atinado recordar que Roma pudo convertirse en imperio regente de casi todo el mundo conocido merced a su implacable aparato militar, que desde la monarquía de Servio Tulio hasta las reformas de Augusto —y aún más allá, en el Bajo Imperio— pasó de ser un cuerpo de soldados que se defendían a sí mismos de los ataques de otros pueblos itálicos a transformarse en el brazo de Marte para imponer en el resto del mundo su cultura, leyes y civilización. La transformación del ejército fue, en definitiva, la de la propia Roma desde los albores legendarios de la monarquía (el romano era *civis et miles*) hasta que el ejército estuvo integrado, casi en su totalidad, por bárbaros mercenarios que combaten contra otros pueblos bárbaros (*neve civis, neve miles*) a partir del decreto de Caracalla que suprime la gran ventaja del servicio militar, la concesión del derecho de ciudadanía¹. Entre ambos extremos muy opuestos hallamos la grandeza del ejército romano que comenzó con las reformas de Mario que profesionalizaron la actividad militar y que, paulatinamente, fue convirtiéndose en la maquinaria perfecta que reflejaría el espíritu romano y que acabaría por convertirse en proverbial².

En estas páginas haremos un análisis de la presencia bélica en las novelas, presencia no demasiado importante por tratarse de obras de ambientación civil, pero no por ello insignificante, principalmente teniendo en cuenta la actividad militar de muchos de los personajes históricos que pasean por sus páginas, así como de la relevante debacle final del ejército de Catilina, donde nos detendremos a causa del énfasis que los autores ponen en el lamentable final del polémico y misterioso personaje.

¹ Una valiosísima guía para la comprensión de la evolución del ejército romano desde la monarquía hasta el Bajo Imperio es Georges Hacquard, *op.cit.* No pocos autores divulgativos se basan en esta obra para establecer una síntesis precisa y documentada desde la primera edición francesa de 1952.

² Esta proverbialidad es la que hay detrás de las palabras de, pongamos por caso, un Montesquieu, cuando escribe: “Para los romanos no existía más arte que la guerra; a ella se destinaban, y en perfeccionarla pusieron todo su espíritu y todo su talento”. El propio Montesquieu, más adelante, citará un pensamiento de Josefo que, si cabe, supera a su propia reflexión en rotundidad: “La guerra era para ellos una meditación, y la paz un ejercicio”. Cf. Barón de Montesquieu, *Grandeza y decadencia de los romanos*. México, 1947, SEP, pp. 13 y 15.

2.1. La legión y sus protagonistas.

Maddox Roberts será quien destaque más el carácter implacable de las legiones romanas y su maquinaria bélica. Para Maddox, como veremos, el arma más valiosa es el legionario romano, y así nos lo deja bien claro en JMR Tem 110: “We knew that the ultimate weapon is the roman legionary and the organization of the Roman legions. With them, even mediocre generals turn in victory after victory with monotonous regularity. An inspired general like (even now I hate to admit it) Caesar could accomplish marvels.”

El énfasis que pone el personaje Decio en la efectividad del ejército romano y en su elemento representativo, el legionario, filtrado a partir de la imagen, a veces difícilmente perceptible, del soldado norteamericano perteneciente a un cuerpo de élite llama la atención por su ligereza. Lo cierto es que el legionario era un individuo altamente preparado para el combate y resistente a la adversidad, al menos en el periodo republicano que para nosotros es más comprobable, y a pesar de los testimonios adversos acerca de la moral del ejército en esta época frente a la edad de oro de la milicia romana, ubicada principalmente en los tiempos de Mario. Incluso en aquel tiempo, el soldado romano era un soldado profesional —fundamental innovación de Mario, y por tanto creador de la milicia permanente—, altamente resistente a las marchas diarias —veinticinco kilómetros al día, cuando no había marchas intensivas, cargados hasta con cuarenta kilos de peso³. Obviamente, era un soldado resistente por su propia naturaleza, sobre todo porque, a partir de Mario, el ciudadano propietario deja de ser el elemento representativo del ejército romano, como lo había sido en el ejército de Servio Tulio, y permite la entrada hasta entonces vedada de los *proletarii* o ciudadanos pobres y de los campesinos. Pero no solamente fue la potencia física lo que hizo del legionario un ejemplar espécimen de combate, sino también la cada vez mejor condición económica de quienes se dirigían al oficio de las armas. El sueldo, instituido por Camilo en 406, fue aumentando paulatinamente, alcanzando tres ases por día en el siglo II y 6 para el centurión, cantidad que doblaría César. Además, cada efectivo del ejército tenía derecho a su parte de botín⁴. Esto aumentaría con los años, y en el Imperio los emperadores añadirían a la soldada gratificaciones temporales, la seguridad de un terreno tras el retiro de las armas e, incluso, el prestigio creciente de una profesión que implicaba ciertas inmunidades⁵.

³ Cada legionario cargaba con su propia valija: saco, sarcina, escudilla, efectos personales, útiles para el campo y víveres para diecisiete días. Cf. Hacquard, *op.cit.* p. 87.

⁴ Hacquard, *op.cit.* p. 83.

⁵ Friedlaender destaca el hecho de que, al igual que las personas de clases altas, los soldados no podían ser condenados a ciertas penas graves, como el trabajo en las minas, ni ser sometidos a tortura. Para la óptima situación del soldado durante este periodo imperial, cf. Ludwig Friedlaender, *op.cit.* p. 226.

Por ello, conducido por un chovinismo muy comprensible, el mismo Decio reflexionará más adelante, en JMR Tem 122, al contemplar un *castra* macedonio:

Had this been a Roman encampment, we would have been challenged by sentries, but these were barbarians, lazy and incompetent, for whom soldiering was scarcely more professional than the tribal warring of their native lands. That they were within their own territory with no enemy for a thousand miles was no excuse. The legions fortify every camp even if they are within sight of the walls of Rome.

A pesar de que creemos que ninguna confrontación es más digna que otra y que toda guerra empezada es guerra perdida, sí podemos estar de acuerdo en que Decio habla desde un punto de vista profesional. Para él, la guerra es una actividad cuya profesionalidad puede tener muchos grados, siendo el más alto el del ejército romano, y encontrándose en la escala más baja estos bárbaros (usado aquí no como “extranjeros”, sino como “salvajes”, es decir, en su acepción más moderna⁶), bárbaros que son perezosos e incompetentes (*molles*) y para quienes el oficio de soldado carece de profesionalidad, y apenas se distingue de la rutina de vigilancia que llevaban a cabo en su tribu. En JMR Tem 20-1 encontramos otra interesante descripción del campamento macedonio:

I ordered a halt while I looked over the place. Unlike Rome, Alexandria had no ban on soldiers within the city. The successors were always foreign despots, and they never thought it amiss to remind the natives of where power lay.

The barracks consisted of two rows of sprawling, three-story buildings facing each other across a parade ground. The buildings were predictably splendid, and the soldiers on parade went through their drill with commendable smartness, but their gear was old-fashioned to Roman eyes. Some wore the solid bronze cuirass now worn only by the Roman officers, others the stiff shirt of layered linen, faced with bronze scales. The better-off Roman legionaries had gone over to the Gallic mail shirt generations before, and Marius had standardized it throughout the legions. Some of the Macedonians retained their long spears, although they had than more a century before discarded their stiff phalanx formation and had adopted an open order on the Roman model.

No cabe duda de que la descripción de Decio es la de un campamento permanente —*castra stativa*— bastante minimalista, sobre todo en comparación con la compleja, pero efectiva, disposición del campamento romano, que era en cierto sen-

⁶ Aunque, como sabemos, ambas acepciones convivieron en latín. Accio lo usa con el sentido de salvaje en época temprana: *Tereus indomito more atque animo barbaro / Conspexit eam: hinc amore vecors flammeo, / Depositus facinus pessimum ex dementia / Confingit*. Cf. L. Accius. *Tereus* I, 636-9, en *Tragoediarum fragmenta (in aliis scriptis servata)*, p. 218; en Catulo, a su vez, hallamos usada la palabra como sinónimo de extranjero en LXVI, 43: *Ille quoque eversus mons est quem maximum in oris / progenies Thiae clara supervehitur / cum Medi peperere novum mare cumque iuventus / per medium classi barbara navit Athon*.

tido una suerte de pequeña ciudad perfectamente dispuesta⁷. Además, Decio insiste en la anticuada indumentaria de los macedonios que marchan en formación: menciona la coraza de bronce usada en el tiempo por los oficiales, esto es, por tribunos y centuriones, frente a la coraza de cuero con remaches de hierro de los legionarios; menciona la camisa de lino heredada de los galos que Mario estandarizó con sus reformas y que se trataba, en efecto, de una tuniquita de manga corta similar a una camiseta⁸; finalmente menciona las largas lanzas (el *pilum* o lanza larga), atribuida a los samnitas en el siglo IV tenían una longitud de dos metros y un peso de 1200 gramos. Fue el arma de los *hastati* y de los *principes* hasta Mario, y a partir de éste, de los *triarii*, y cada soldado llevaba dos de ellas⁹. Maddox además menciona que incluso el ejército macedonio había rechazado ya la vieja formación en falange, que fue la formación habitual en los tiempos de Servio Tulio y que se caracterizaba porque se presentaban en falange masiva de 6 filas de profundidad, siendo más tarde sustituida por Camilo con una disposición más racional en pequeños frentes¹⁰. Esta formación se convirtió en la proverbial del ejército romano, aquella que todos hemos visto recreada en las películas o en los cómics, aquella que causaba honda impresión en los ejércitos enemigos, a menudo desorganizados. Sin embargo, si bien era una formación de elevadísima eficacia, también tenía sus inconvenientes, como recuerda Maddox en JMR 198, recordando el autor, quizá, la famosa masacre de las legiones de Varo:

“The partians are horse-archers”, Military Boots said. That gives them the edge against the Romans on an open battlefield. Romans are heavy infantry and little else, on the field. But they are masters at both besieging and defending fortified positions, and you can't take those with horses and arrows. A war between Rome and Parthia would be fought to a bloody draw, with Parthia victorious in the field and Rome taking and holdig the forts, the cities and the harbors. With these machines, and the trained engineers we'll send them, Parthia has nothing to fear from Rome.”

Maddox hace un repaso de la armadura militar en otro ejemplo de JMR Sac 5:

Ostentatiously, I removed and folded my red military cloak and tied it to my saddle. Careful of my new plumes, I removed my helmet and hung it from my saddle by the chin straps. Bystanders helped me out of my cuirass (...). I tucked my sword and its belt into a saddlebag and stood dressed in my gold-fringed military tunic and red leather *caligae*.

⁷ Una espléndida descripción detallada de un campamento romano se da en el libro escolar de Santiago Segura Munguía, *Latín III*. Madrid, 1980, Anaya, pp. 199 y 205. Realizada sobre el libro de Hacquard (éste con pésima edición española de la editorial Palas Atenea), explica muy bien el dibujo ilustrativo de la página 205. En las páginas de Hacquard, *op.cit.* cf. 87-8.

⁸ Segura Munguía, *op.cit.* p. 198.

⁹ Hacquard, *op. cit.* p. 82.

Aunque Maddox sólo mencione por su nombre las *caligae*, sandalias que al atarse llegaban a la altura de la rodilla, no es difícil reconocer los otros elementos de su idumentaria de oficial: la capa militar roja (*sagum*) que ata a la silla de montar (*ephippium*, cuya naturaleza de silla de montar fue puesta en entredicho hasta el trabajo de Ginzrot¹¹), un casco con plumas con correas que se ataban a la altura de la barbilla¹², la coraza y la espada (*gladius*, de doble filo y de medio metro de hoja, que llevaban todos los soldados)¹³.

En cuanto a la financiación del ejército y de sus miembros, Decio tiene oportunidad de contarnos algo en JMR Con 290, donde precisamente participa en la batalla final contra Catilina, aunque en un papel menos honroso o romántico que el que jugará Gordiano en la novela correspondiente, como explica en la página 290: “Los sueños de gloria son maravillosos, pero como cuestor en el ejército me correspondía el puesto de pagador, difícilmente el más heroico de los rangos. Aún así, me entregué con cierto entusiasmo al aparato de suministros y logística del ejército.” No debía de ser una actividad muy deslumbrante, ya que como pagador debía formar parte de los suboficiales que, por regla general, carecían de mando militar y eran, además del *pecuarius* o encargado de los suministros (como es el caso de Decio), los portaestandartes, médicos, maestro de música, etcétera¹⁴. En JMR Con 49 este mismo personaje explica las dificultades para pagar a las legiones: tras explicar que los ciudadanos de Roma apenas pagaban impuestos, y las oportunidades de efectuar saqueos (*praeda*) no eran tan frecuentes, nos explica que

la solución consistió en gravar a las provincias con impuestos. Como el gobierno de Roma era demasiado augusto y digno para ensuciarse las manos con algo tan bajo como la recaudación de impuestos, esa tarea fue encomendada a los publicanos, hombres que pujaban en la subasta por los contratos públicos, entre los que se contaba la franquicia de la recogida de impuestos. A menudo a los ciudadanos de las provincias les resultaba difícil pagar, pero la gente que no quiere que se le impongan impuestos debería asegurarse de ganar las guerras.

En efecto, ya que los grandes hombres de la ciudad de Roma pagaban las obras públicas y, en no pocos casos, se granjeaban las simpatías políticas del pueblo, las naciones que estaban bajo el yugo romano aportaban con su riqueza el sustento del ejército que les había vencido. En cuanto a los *publicani*, que según cuenta De-

¹⁰ Cf. Hacquard, *op.cit.* pp. 88-9, donde además figuran unas gráficas bastante clarificadoras.

¹¹ Cf. Peter Yates, s.v. *Ephippium*, en William Smith, *A Dictionary of Greek and Roman Antiquities*. London, 1875, John Murray.

¹² La reconstrucción de un casco de estas características aparece en la página 76 de Susan McMcKeever, *El Imperio Romano*. Barcelona, 1996. Molino.

¹³ Hacquard, *op.cit.* p. 82.

¹⁴ Hacquard, *op.cit.* p. 84.

cio en la misma página, eran más odiados en las provincias que el mismo gobierno romano, estos eran cobradores de impuestos y arrendadores de las rentas públicas — de donde se deriva, como resulta obvio, el nombre de *publicani*— pertenecientes a las clases pudientes que, a veces, incluso hacían ventajosos y grandes préstamos al estado. A finales de la república, así como en los primeros tiempos del Imperio, estos *publicani* eran integrantes de los equites romanos, hasta el punto de que *equites* y *publicani* llegaron a convertirse en palabras sinónimas¹⁵.

A pesar de la alta efectividad del ejército a partir de Mario, éste pronto se convertirá en una leyenda dorada y las décadas irán dejando paso a la dura realidad de aquello en lo que paulatinamente se irá convirtiendo la milicia profesional: de un lado, el eterno peligro de los afanes protagónicos de los generales que podrían conducir a una crisis de la República como sistema de gobierno, y de otro la progresiva relajación de las costumbres de los legionarios por culpa de unos generales que los maleducan haciéndoles olvidar que sirven a la República y alimentan su codicia con las ansias de botín. Dentro el primero, tenemos en Maddox una interesante conversación entre Decio y la malévola (para Maddox) Clodia, en JMR Mist 258:

—Este imperio que hemos construido con las legiones es el instrumento más increíble que ha existido jamás para imponer la voluntad del líder.

—En Roma no hay legiones —repuse— sino seguidores personales de una veintena de generales. Los cuatro o cinco más poderosos son siempre enemigos implacables, más ocupados en cortarse el cuello y robarse la gloria mutuamente que en ampliar el imperio de Roma.

Me obsequió con una deslumbrante sonrisa.

—Eso forma parte del juego —afirmó—. Al final un solo hombre dirigirá todas las legiones, controlará el senado y será apoyado tanto por los patricios como por la plebe. Ya no habrá más partidos enemistados ni votos senatoriales traicioneros a espaldas del líder.

—Hablas de un rey de Roma —repuse.

—No es preciso utilizar el título, pero el poder que ejercerá será el mismo.

Maddox pone en boca de Clodia unas palabras a las que, como sabemos, el tiempo daría la razón, aunque el novelista lo hace con la habilidad de hacer pensar a Clodia que ese hombre unificador será su hermano Clodio, y no César. Sin embargo, la idea de un nuevo rey en Roma debía de ser odiosa para un romano republicano, que había sido educado en la creencia de que la monarquía romana trajo con mucho más excesos que bondades. Cuando Livio concluya la redacción de su libro I lo hará con estas palabras: “En Roma, la monarquía duró desde la fundación de la ciudad hasta ser liberada doscientos cuarenta y cuatro años¹⁶.” Es en la palabra usada por Livio, “liberada” (*liberatam*), donde vemos el énfasis con que monarquía y dictadura

¹⁵ Cf. Leonhard Schmitz, s.v. *Publicani* en Smith, *op.cit.*

¹⁶ *Ab urbe condita* I, lx, 3: *Regnatum Romae ab condita urbe ad liberatam annos ducentos quattuoraginta quattuor.*

van unidas en la mente de un romano de su tiempo —un romano perteneciente a las clases pudientes, está claro, posiblemente las diferencias no fuesen tan notorias para los más desfavorecidos—. Por otra parte, no pasa inadvertida la opinión de Decio acerca de que en Roma no hay *legiones* en sentido estricto —es decir, los *elegidos*, interpretando etimológicamente de *legere*— sino seguidores personales de unos cuantos generales que miran por su bien particular más que por el bien del Estado, y ésta opinión que Maddox pone en boca de Decio no es nueva, ni para la época ni para la visión que de aquel tiempo tuvieron los historiadores. En realidad, creemos estar leyendo a Mommsen: “Y sin embargo, de estos mismos elementos, capitanes tan hábiles como Gabinio, Pompeyo y César, supieron hacer excelentes y valerosos ejércitos, ejércitos modelos por más de un concepto, pero que pertenecían más a su general que al Estado¹⁷.”

De la relajación de costumbres y de disciplina encontramos numerosos testimonios que hacen pensar que se trataba de un lugar común. El tema es abordado por Maddox en JMR Mist 108-9 con más amplitud, enumerando la degradación de la soldadesca que comanda Luculo, y poniéndolo en boca de Gneo Carbo, tribuno del ejército del mismo Luculo, que mantiene una conversación con Decio y éste comenta la escasa popularidad que tiene entre los soldados:

Hace dos generaciones su disciplina habría sido apreciada por todos. Por desgracia, los legionarios se han vuelto muy poco exigentes. Siguen combatiendo tan recia y diestramente como siempre y son capaces de soportar una dura campaña, pero Mario, Sila, Pompeyo y otros se han encargado de malacostumbrarlos. (...) Esos generales compraron la lealtad de sus hombres permitiéndoles saquear a su voluntad tras una victoria y llevar una vida disoluta al final de cada campaña. (...) No hay nada malo en consentir que las tropas saqueen un poco el campamento enemigo o una ciudad que se niega a entregarse aun después de haberle hecho una buena oferta. Tampoco censuro que se reparta parte del dinero que se obtiene de la venta de los prisioneros... Todo eso no perjudica al orden y la disciplina.

»El caso es que los generales que he mencionado han permitido que sus hombres saqueen ciudades enteras y exijan mediante amenazas dinero o bienes a los lugareños durante una ocupación. Y por este motivo Roma es odiada allí por donde han pasado sus legiones.

A continuación, en JMR Mist 109, nos enteramos de que Luculo no permite a sus hombres entregarse al vandalismo, que azota a los hombres que extorsionan y aceptan sobornos, y corta la cabeza a quienes asesinan sin admitir excepciones. Para colmo, Luculo les obliga a entrenarse de firme, incluso en los cuarteles de invierno. Luculo es, pues, representante de una autoridad militar que parece caída en desuso entre una soldadesca inspiradora de poca confianza, más deseosa que nada de seguir a quien mejor botín pueda proporcionarles¹⁸. Luculo se atiene al “orden” y disciplina

¹⁷ Theodor Mommsen, *op.cit.* II, pp. 997-8.

¹⁸ En la misma línea de esto, leemos en JMR Mist 221: “Hacía más de una generación que las legiones ya no debían su primera lealtad a Roma, sino a sus generales, normalmente en proporción directa

consistente en saquear un poco los campamentos o las ciudades que niegan a entrenarse, o que se reparten los beneficios de la conversión de hombres libres en esclavos, pero es estrictamente marcial al aplicar algunos de los castigos más prototípicos del reglamento: azotes —para los centuriones, con el sarmiento o cepo de viña que les caracterizaba—, o bien llegando hasta la decapitación¹⁹. En el extremo opuesto, en JMR Sac 130 encontramos críticas a la relajación desvergonzada de los soldados de Pompeyo, y la misma alusión la hallamos en la página 134 en boca de Catón. En la página 130 se nos describe el campamento de Pompeyo en las afueras de Roma, a punto de entrar en la ciudad como *triumphator*, pero en la descripción del campo hallamos algunas diferencias como la ausencia de empalizadas —inútiles al no hallarse en territorio enemigo— y la ausencia de disciplina que Pompeyo permitía a los soldados entre campañas: “Few bothered to wear armor or bear shields, and those detailed to guard the treasure merely belted on their swords and leaned on their spears, most of them passing the time with dice and knucklebones.”

Mommsen toca todos estos temas²⁰, desgranando el ejército y sus carencias a través de apenas dos páginas de concisa y clarividente exposición: el general se convierte en un individuo en el orden militar y económico casi independiente del poder central que no cuenta con más recursos que sus propias fuerzas y los recursos que pueda sacar de su provincia; el ejército, en general, es una masa flotante y sin fuerza; dentro del personal de oficiales encontramos una descripción en la que Decio encaja perfectamente: “es completa la decadencia (...). Ahora, si un simple caballero consiente en servir en el ejército, tiene asegurada su promoción al tribunado militar (...). Un ciudadano de distinguida familia entra en las legiones, se alista para pasar su tiempo en Sicilia o en cualquier otra provincia, en donde jamás tenga que luchar contra el enemigo, y es, por lo mismo, un fenómeno muy raro hallar en él el valor y la habilidad aun más vulgares.”²¹

Mommsen también es rotundo en sus descalificaciones sobre el resto del ejército²²: la caballería cívica está compuesta por “caballeros perfumados”, la legión de a pie la conforman los mercenarios pertenecientes a los más bajos estratos socia-

con el botín que éstos les prometían. Para Pompeyo y Craso, así como para la mayoría de los romanos, no era un ataque contra los soldados leales a la República, sino contra la propiedad de Luculo.”

¹⁹ Acerca de los castigos en el ejército, éstos se aplicaban de manera gradual de acuerdo a la gravedad de la infracción: privación de sueldo y botín, degradación, licenciamiento infamante, fustigación y decapitación. Cf. Hacquard, *op.cit.* p. 85.

²⁰ Cf. Mommsen, *op.cit.* II, pp. 996-8.

²¹ Mommsen, *op.cit.* II, p. 996. Leyendo este párrafo, bien parece que estamos leyendo sobre la personalidad del propio Decio, que Maddox trata de manera un tanto paródica, pero que en el fondo parece describir bastante bien, cuanto menos en el aspecto militar muy poco heroico, a este personaje al que bien podríamos ubicar dentro del grupo de *nobiles adulescentes* que conformaban el cuerpo de *tribuni militum* —al menos seis por legión— y que intentaban pasar desapercibidos todo lo posible.

²² Sobre estas descalificaciones, cf. Mommsen, *op.cit.* II, p. 999; sobre la reorganización de César, véase II, p. 998.

les, y por fin, el centurión de cohorte, lejos del pasado, medra ahora sólo gracias al favor y a una cantidad de dinero. Hasta César, que introducirá importantes cambios con vistas a sanear un poco este ambiente, el ejército romano vive sumido en esta decadencia a la que aluden los novelistas Saylor y Maddox, ajustándose por tanto a una documentación específica y no sólo al tópico.

Que la soldadesca saquease ciudades enteras no forma parte tampoco de la exageración, y es que el botín llegó a convertirse en el objetivo único del legionario romano. Lejos de los antiguos tiempos cuando el ciudadano recibía una indemnización insignificante, el botín dejó de ser propiedad de Estado y no hubo vuelta atrás en el tiempo²³. Si en la época de la guerra contra Aníbal esta realidad ya era un hecho —y por tanto podemos decir que la decadencia ya había comenzado—, en el tiempo de Pompeyo y César los excesos eran enormes.

Y es que, si bien la disciplina castrense se había relajado mucho a tenor de ciertos antiguos castigos ejemplares, todavía quedaba el recuerdo a menudo olvidado de algunos de éstos, y alguna que otra vez, como medida excepcional y para infundir ejemplo, fueron resucitados con efectos francamente terroríficos. Entre ellos, el de la diezma, que Craso aplicó en una ocasión y que Steven Saylor recuerda en su novela *El brazo de la justicia*. La diezma era una antiquísima medida de castigo del ejército romano, pero había sido desestimada por su alta crueldad desde tiempo antes. En SS Just 299-302 se nos recuerda aquel episodio, que el autor divide en tres partes: a) narración de Marco Mumio de cómo los hombres de las dos legiones que comandaba huyeron cobardemente al correrse el rumor de que los espartaquistas les tenían rodeados —el episodio se halla en Apiano, *Bell. Civ.* I, 118 y Plutarco, *Craso X*—; b) como represalia, Craso determina aplicar una diezma, y Marco Mumio explica en qué consiste; c) explicación de cómo Fausto Fabio fue incluido entre los castigados, como venganza de Craso por las acciones llevadas a cabo en la novela (ver Sinopsis correspondiente en Apéndice). Dejemos que sea el propio Saylor quien nos cuente en SS Just 300, de labios del mismo Marco Mumio, en qué consistió la diezma:

—Se le llama “diezmar”, que significa matar un hombre de cada diez. Aunque es una antigua tradición romana, no conozco a nadie que recuerde haberla presenciado en toda su vida. Como ya sabes, a Craso le gusta restaurar las viejas tradiciones. Me ordenó que identificara a los primeros quinientos hombres que habían huido, lo cual no fue tarea fácil considerando que tenía doce mil soldados. Luego dividió a los quinientos en cincuenta grupos de diez y echaron la vida a suertes. Uno de cada diez hombres sacó una alubia negra. O sea que murieron cincuenta hombres en total

»Las distintas unidades formaron en círculos, alrededor de la víctima desnuda, amordazada y con las manos atadas a la espalda. Entregaron porras a los nueve miembros restantes de la unidad y a una señal de Craso comenzó a sonar un tambor. Fue un acto sin honor, sin gloria ni dignidad.

²³ Cf. Mommsen, *op.cit.* I, 1060-1.

A continuación, Marco Mumio expone que algunos piensan que Craso hizo lo correcto, y Gordiano recuerda que así le pareció en los comentarios de los mercados de Roma, lo que demuestra que en todas las épocas han existido políticos que se han ganado el favor del pueblo recurriendo a medidas de fuerza extrema. Aunque Marco Mumio exponga a continuación (SS Just 300-1) que un soldado romano no puede morir apaleado por sus propios compañeros, lo cierto es que la práctica no había sido abolida, aunque como en el caso de la decapitación sólo se usase en casos extremos.

Y en cuanto a la diezma en sí, se trata del bastinado, que Polibio explica en sus *Historias* casi con idénticas palabras, además de enumerar las causas por las que un soldado o grupo de soldados se hacía merecedor de este castigo además de por huir ante el peligro y abandonar su puesto de combate: por robar algo del campamento, por proporcionar falsas evidencias o, incluso, por haber sido castigado tres veces por la misma falta²⁴.

Faltaba el *bastinado* para completar los castigos que se aplicaban en el ejército. En cuanto a los honores y distinciones, también los había en grado variable como es natural: elogios (*laudes*), collares (*torques*), medallas (*phalerae*), brazaletes (*armillae*), armas honoríficas (*hastae purae*) y coronas (*coronae*)²⁵. Una de ellas, la corona, es mencionada en JMR Sac 149 cuando Decio Decilio Metelo el joven se encuentra con un viejo amigo de infancia, el hijo del dictador Sila: “Faustus was a small, almost delicate-looking man, but I knew that was deceptive. He had made a name for himself as a soldier in Pompey’s service, and had even won the corona muralis for being first over the wall at Jerusalem when Pompey had taken that ever-troublesome city.”

En efecto, Decio nos introduce al hijo de Sila el dictador, y lo hace mediante un retrato afable que no sabemos si se correspondía o no a la realidad, pero que nos hace tener interés por él en la medida de que se trata de un héroe de guerra en el que contrasta ese supuesto aire de delicadeza.

En efecto, Fausto Cornelio Sila (*circa* 86-46 a.C.), hijo del dictador Sila y de Cecilia Metela fue partidario y favorito de personalidades como Cicerón y Pompeyo, de quien sería yerno y encendido admirador. Combatió a sus órdenes como tribuno militar en la batalla de Jerusalén acaecida en 63, donde sería uno de los primeros en escalar las murallas, y más tarde, entre 49 y 47, como procuestor en el ejército de Pompeyo, hasta que en la batalla de Tapso fue hecho prisionero y ejecutado por los

²⁴ Acerca del *bastinado*, o diezma, cf. Polibio, *Historias* VI, xxxvii, 9-13 y xxxviii. En este capítulo se hace una explicación pormenorizada del proceso de diezma con algunas variantes, pero que en general se corresponde casi al pie de la letra con el relato de Marco Mumio en la novela de Saylor.

²⁵ Hacquard, *op.cit.* p. 85

hombres de César²⁶.

La *corona muralis* ganada por Fausto Sila era una clase específica de coronas, ya que las había de varios tipos: hasta ocho como reconocimiento a un honroso desempeño en la guerra²⁷. En este caso, la *corona muralis* se concedía a quien escalaba el primero el muro de una ciudad sitiada, siendo ésta de oro y estando adornada de torreones, como los de las murallas de una ciudad. El simbolismo de la corona mural era tan grande que Octavio Augusto no gustaba de concederlas con facilidad, como recuerda Suetonio en *Div. Aug. XXV: Dona militaria, aliquanto facilius phaleras et torques, quicquid auro argentoque constaret, quam vallares ac murales coronas, quae honore praecellerent, dabat; has quam parcissime et sine ambitione ac saepe etiam caligatis tribuit.*

2.2. Las batallas.

Mencionadas algunas, no son las batallas el centro de interés de las novelas que estamos comentando, aunque en dos casos muy específicos —como la batalla final de Catilina en las obras de Saylor y Maddox, o el combate naval de *Rubicón*— tengan una relevante importancia climática como colofón de estas obras.

A veces, también hay batallas inventadas, como la que propicia la venganza de Noviodunum en *La esclava de azul*, de Joaquín Borrell, donde alguien se ha vengado de Elio Manlio Helvético matándole mediante el artificio de una estatua de Némesis. Las causas de la muerte las explica su hija Domitila en la página 45 de la novela:

—Mi padre fue un héroe de la guerra contra los helvecios. Mandaba una cohorte que cayó en una emboscada, muy cerca de Noviodunum, y fue rodeada por cinco mil bárbaros. Sus tropas resistieron heroicamente y sucumbieron hasta el último legionario. Mi padre fue el único que se salvó, cubierto de heridas, después de atravesar las líneas enemigas en una carga desesperada. El senado le concedió la palma y el apellido de Helvético.

—Una gesta muy loable —aplaudí. La patricia enrojeció aún más.

—Todo fue una patraña —reveló en tono apenas audible—. La realidad es que mi padre fue un traidor y un cobarde, que vendió a sus compañeros de armas a cambio de salvar la vida.

No cabe duda de que la historia es verosímil, ya que la antigua ciudad céltica de Noviodunum fue convertida en fortaleza por Julio César después de la dura bata-

²⁶ Jorge Martínez-Pinna, Santiago Montero Herrero y Joaquín Gómez Pantoja, *Diccionario de personajes históricos griegos y romanos*. Madrid, 1998. Istmo. [Fundamentos, 138]. Acerca de la batalla de Jerusalén, cf. José Manuel Roldán, *op.cit.* p. 535-6.

²⁷ Para los distintos tipos de coronas, tanto bélicas como civiles o religiosas, cf. s.v. Corona, por

Illa de Bibracta, sufrió después nuevos ataques de los celtas y al fin acabó por convertirse en importante emplazamiento de la Galia Septentrional²⁸. Sin embargo, no hemos encontrado sobre Noviodunum ninguna noticia relacionada con un episodio tan desastrosos como el de Elio Manlio, y el nombre de esta ciudad sólo aparece registrado de manera intrascendente en César y Amiano Marcelino, y sin nombrar por otra parte ninguna debacle como la que nos cuenta Borrell²⁹. Además, no hay constancia histórica de ningún Elio Manlio Helvético, aunque el *nomen* Manlio está relacionado con una importante familia desde los comienzos de la república hasta su final, y es mencionado un Manlio en la *Eneida*³⁰. Con respecto a la palma que le fue entregada por el Senado, ésta era en efecto la famosa y hoy proverbial palma de la victoria que era entregada a los vencedores en los certámenes de combate o en las carreras. Aunque la palmera era el símbolo de la victoria en la conquista de una provincia, no hemos hallado expresamente que el senado conceda esta rama de palmera a un héroe de guerra³¹.

Otras dos batallas celebradas y ganadas por Sila fueron la toma de Atenas en 86 y la batalla de Porta Collina en 82. La primera es sólo mencionada como un símil humorístico en JB Azul 169:

—He estado picoteando algunas cosillas mientras te esperaba.

—¿Cómo algunas cosillas? Has dejado la despensa como Sila dejó Atenas después de tomarla al asalto.

Es decir, vacía y muerta de hambre, como consta que sucedió en Atenas durante las campañas orientales de Sila antes de regresar a Roma. Levantada contra Roma por el demagogo Aristión poniéndose del lado de Mitrídates y entregando la ciudad a su general Arquelao, Sila destruyó el Pireo y rodeó Atenas, que resistió el asedio pero se tuvo que rendir al hambre hasta que el romano entró en ella el 1 de marzo de 86³². A su regreso a Italia tuvo la batalla decisiva en la Porta Collina, como se recuerda en SS Just 60: “La batalla de la Puerta Colina —dijo Mumio con orgullo mientras miraba hacia abajo y se señalaba la cicatriz—. El momento más glorioso de Craso... y también el mío. Fue el día en que recuperamos Roma para Sila; el dictador nunca olvidó lo que hicimos por él.” La puerta Colina, llamada así porque estaba ubicada sobre la colina Quirinal y en donde en tiempos remotos habían

Anthony Rich, en Smith, *op.cit.*

²⁸ Cf. Mommsen, *op.cit.* II, pp. 737, 770-1, 781 y 1058.

²⁹ Cf. César, *Bell. Gall.* II, 12, y VII, 12, 14, 55; Amiano Marcelino, *Rerum Gestarum Libri XXVII*, 5. Lo más destacado que se nos cuenta de Noviodunum lo hace César en VII, 55: *Noviodunum erat oppidum Haeduarum ad ripas Ligeris opportuno loco positum.*

³⁰ Cf. Martínez Pinna, Montero y Gómez, *op.cit.* s.v. Manlio; Virg. *Aen.* VIII, 652.

³¹ Cf. s.v. Palma, en Anthony Rich, *op.cit.*

³² Roldán, *op.cit.* p. 490; Mommsen, *op.cit.* II, pp. 305-8.

sido enterradas vivas las vírgenes vestales que rompían el voto³³, dividía la vía Salaria y la vía Nomentana, hoy ubicados sus restos en la via 20 Settembre, a la altura del lado noroeste del Ministero delle Finanze³⁴. Después de la batalla, que acabó en carnicería, los supervivientes —que se contaban entre tres mil y cuatro mil— fueron degollados en la *Villa Publica* del Campo de Marte por orden de Sila³⁵. Séneca recordaría con mucha acritud el episodio en *De Beneficiis* V, 16:

Ingratus L. Sulla, qui patriam durioribus remediis, quam pericula erant, sanavit, qui, cum a praenestina arce usque ad Collinam portam per sanguinem humanum incessisset, alia edidit in urbe proelia, alias caedes: legiones duas, quod crudele est, post victoriam, quod nefas, post fidem in angulo congestas contrucidavit et proscriptionem contentus est, di magni, ut, qui civem romanum occidisset, impunitatem, pecuniam, tantum non civicam acciperet.

Durante la acción de la novela *El brazo de la justicia* tendrá gran relevancia el personaje de Marco Mummio, descendiente, como se especifica en la página 49, del legendario L. Mummio que arrasó Corinto. Más discreto parece haber sido el destino de Marco Mummio, que al final de la novela aparece, cuando ya han transcurrido dos años, para contar el triste final de Fausto Fabio en la diezma de Craso y que a la sazón ya ocupa el cargo de pretor, cargo en el que será recordado por Cicerón en la única mención que de su persona hemos encontrado, y que pertenece a *In C. Verrem Orationes, Actio Secunda*, III, cxxiii: *Recita litteras L. Metelli quas ad Cn. Pompeium et M. Crassum consules, quas ad M. Mummium praetorem, quas ad quaestores urbanos misit.*³⁶

El recuerdo de la anécdota de L. Mummio, llamado una y otra vez Mummio el Loco por razones que veremos en el capítulo correspondiente a arte al haber arrasado con cuanto pudo encontrar a su paso en Corinto³⁷, es uno de los momentos más divertidos de la novela —quizá el único, teniendo en cuenta la gravedad de los acon-

³³ Pompeyo Festo, *Epitoma operis de verborum significatu Verrii Flacci* (W. M. Lindsay, editor). Teubner, 1913, pp. 436 y 438: *Sceleratus campus appellatur prope Portam Collinam, in quo virgines Vestales, quae incestum fecerunt, defossae sunt vivae.*

³⁴ Cf. s.v. Porta Collina, en Samuel Ball Platner, *A Topographical Dictionary of Ancient Rome*. London, 1929. Oxford University Press.

³⁵ Mommsen, *op.cit.* II, pp. 347-8; curiosamente, el autor finaliza su exposición tomando partido por Sila: “¡Ejecución horrible e injustificada! Es verdad, sin embargo, que los hombres que estaban sufriendo aquel suplicio se habían arrojado como bandidos sobre la ciudad de Roma y, si el tiempo se lo hubiera permitido, todo lo habrían llevado a sangre y fuego.”

³⁶ Otro Mummio, hermano de Lucio, es recordado en las fuentes: el hermano de éste, Espurio.

³⁷ Así consta, entre otros testimonios, en las *Verrinas, Actio Secunda* I, 55 de Cicerón: *Quid [loquar] de L. Mummio qui urbem pulcherrimam atque ornatissimam Corinthum plenissimam rerum omnium sustulit, urbesque Aethiopiae Boeotiaeque multas sub imperium populi Romani dicionemque subiunxit? Quorum domus cum honore ac virtute florerent, signis et tabulis pictis erant vacuae. At vero urbem totam templaque deorum omnesque Italiae partes illorum donis ac monumentis exornatas videmus.* Cf. también III, ix y IV, iv.

tecimientos presentados—, pero sí se le recuerda, de manera más grave, como el conquistador de Corinto, episodio por el que fue honrado con el sobrenombre de Achaicus —Aqueo—, como recuerdan, entre otros, Plinio el Viejo, sin que hallamos podido encontrar rastro alguno ni del sobrenombre de Bárbaro ni el de Loco³⁸. Así, en SS Just 49, tras ser recordado como vencedor en las campañas de Hispania³⁹, se nos dice: “Hace muchos años, Mumio el Loco recibió órdenes del Senado para sofocar la rebelión de los griegos de la Liga Aquea. Mumio los aplastó y saqueó Corinto antes de derribar la ciudad y esclavizar a la población por senadoconsulto.” En efecto, Mummio era considerado un héroe por esta acción terrible, originada por las disputas entre los distintos estados griegos que condujeron a la separación de Esparta de la Liga y, al fin, a un conflicto bélico entre ambos bandos que sólo terminaría cuando el cónsul Mummio —intentando poner orden en una Grecia caótica que intentaba sacudirse el yugo romano— entra en 146 en Corinto, sede de la Liga, y la ciudad fue incendiada y derruida hasta sus cimientos, cancelando a partir de entonces toda independencia de acción —aunque sólo fuese formal, en honor a su espléndido pasado— de la Hélade⁴⁰.

2.3. Las guerras serviles. Espartaco.

Otro capítulo insoslayable teniendo en cuenta la época en que transcurren las novelas es el de las guerras serviles, y concretamente la de Espartaco, que en *El brazo de la justicia*, se muestra como telón de fondo del drama con tintes más que inquietantes en todos sus aspectos. Espartaco, mencionado sólo por Maddox en sus novelas pero sin prestarse a sus enormes posibilidades literarias y sólo aludido por Borrell mediante una de sus habituales humoradas⁴¹, es el gran ausente

³⁸ Así, en Plinio, *Nat. Hist.* XXXV, xxiv, 24: *Tabulis autem externis auctoritatem Romae publice fecit primus omnium L. Mummius, cui cognomen Achaici victoria dedit.*

³⁹ Entre 154-133, contra celtíberos. Mummio combatió, en concreto, contra éstos últimos. Cf. Roldán, *op.cit.* p. 325

⁴⁰ Algunos historiadores no quieren ver a Mummio sino como un instrumento, lo que probablemente fue; así, Mommsen en *op.cit.* II, p. 54: “No se atribuya el odioso suplicio a la brutalidad de un solo hombre, y menos a Mummio que a cualquier otro. Mummio no fue, como ya hemos dicho, más que el ejecutor de una medida fríamente deliberada y decidida en pleno Senado. Más de un juez reconocerá en ella la mano del partido de los comerciantes, que en esta época se había ya introducido en la región de la política y crecía al lado de la aristocracia. Destruyendo Corinto se quiso destruir una rival comercial.” Roldán, pareciendo contestar a Mommsen, escribe en *op.cit.* pp. 312-3: “No hacen falta explicaciones económicas para buscar la motivación de tal decisión. Cuando la política romana, en manos mediocres, fracasó en soluciones inteligentes y estables, sólo quedaba abierto el recurso a la violencia, a la fuerza, a la siembra de un miedo sustitutivo de la razón. El gobierno romano creyó que la destrucción de Corinto era el «ejemplo» que necesitaban los griegos para abandonar de una vez por todas sus veleidades de independencia”.

⁴¹ En JB Azul 159: “¿Qué tal se ha portado Marcia? —me interesé. Conociendo los métodos habituales de mi ayudante, albergaba serios temores de que hubiese iniciado, como mínimo, la segunda gue-

omnipresente de esa novela de Steven Saylor. Durante la cena del capítulo VII sale a colación que el filósofo Dionisio está escribiendo una obra de teatro, pero éste se justifica en la página 92 explicando que ha debido interrumpirla, debido a que los argumentos de los últimos meses, y concretamente de los últimos días, le han forzado a dejarla de lado para centrarse en la investigación de las anteriores revueltas de esclavos. La sorpresa de Gelina al descubrir que existieron esas revueltas sirve a Dionisio para que Saylor haga un repaso de las mismas, que procedemos a sintetizar por motivos de espacio:

1) En Setia, en el año 199, los cartagineses supervivientes del ejército de Aníbal y sus esclavos fueron vendidos como parte del botín. Los cabecillas urdieron un plan para escapar y convencieron a sus esclavos para que les ayudasen a cambio de la libertad. El plan era lanzarse contra el pueblo por sorpresa durante un combate de gladiadores, pero dos esclavos revelaron el plan al pretor de Roma que se dirigió a Setia con dos mil hombres. Si bien todos fueron ajusticiados, antes causaron terror en la región, y los dos esclavos delatores obtuvieron la libertad y una recompensa (SS Just 92). Ésta fue la primera revuelta servil, a la que siguieron en orden cronológico la de 196 en Etruria y la de 186 en Apulia⁴², a las que Saylor no alude directamente por razones de efectividad narrativa, aunque Dionisio no deja de comentar que “Con los años se produjeron otras situaciones similares, tanto en Italia como en otros sitios, (...) pero no parecen tener mayor importancia si se las compara con las dos guerras de esclavos de Sicilia.” (SS Just 93).

2) Las dos guerras sicilianas mencionadas por Saylor se corresponden con la revuelta de Euno entre 135 y 132, y la segunda revuelta siciliana de 104. Dionisio, para animar a la concurrencia del banquete, pasará revista a la guerra de Euno —llamado Eúnus en la traducción— en SS Just 93-5. Tanto Roldán como Saylor coinciden, uno como historiador y otro como novelista, en la explicación de las causas de la revuelta: la existencia de un tipo de economía agrícola basado en el latifundio explotado por una numerosa mano de obra servil sobreexplotada y vejada hasta límites insufribles incluso para un grado de esclavitud (Roldán, *op.cit.* 388; SS Just 93).

A continuación, Dionisio comienza a contar la historia del alzamiento de Euno, que Roldán asegura (p. 388) que conocemos principalmente por Diodoro tomando sus datos de Posidonio, mientras que Saylor menciona al clásico Apiano y un li-

rra servil.” De acuerdo con la época en que transcurren las novelas de Borrell, la primera guerra servil debió de haber sido la de Espartaco —nunca mencionado por este autor—, pero como veremos, Espartaco no fue el primer esclavo que inició una guerra servil.

⁴² Para una cronología comprensiva de las guerras serviles, nos serviremos de Roldán, *op.cit.*, pp. 388-91, y 515-19 para la guerra espartaquista. Este autor explica en *op.cit.* 388 que estas revueltas fueron, no sólo una consecuencia de la crisis socioeconómica del estado romano, sino también uno de sus aspectos característicos.

bro de Wiedemann⁴³. La exposición de la vida de Euno que hace Saylor está llena de elementos novelescos —que nada tienen que ver con el hecho de que Saylor esté escribiendo una novela, sino más bien con el material clásico que este autor ha decidido manejar—: Euno era el esclavo favorito de un tal Antígenes —preferimos creer a Roldán, que le llama Damófilo en la página 389—, un hombre de crueldad desmedida tanto para el novelista como para el historiador, aunque el carácter de favorito de Euno no queda claro de acuerdo con el historiador, pero lo que sí está claro es que este Euno pretendía tener poderes paranormales que, al predecir a los esclavos el triunfo de su causa, le condujeron al grado de líder⁴⁴. Además de esto, Euno describía sueños en los que hablaba con los dioses, e incluso escupía fuego por la boca por medio de un truco escénico que el novelista nos explica en SS Just 94 y que, además, está históricamente atestiguado por Floro (siglo II d.C.)⁴⁵. Como el relato de Saylor es prolijo en detalles novelescos y no hemos hallado la fuente original con que contrastarlos, abreviaremos diciendo que tras la revuelta servil con todos sus excesos revanchistas sin faltar ni uno, Euno es convertido en rey de la turba y ésta se vuelve más grande con la anexión de otros esclavos de la isla y bandidos de toda clase. Como efecto imitativo, surgen revueltas de menor importancia en Italia y Grecia (SS Just 95) a las que se unen no pocos representantes del pueblo llano y libre resentido contra los terratenientes (SS Just 95).

Para completar la historia de Euno debemos recurrir a nuestras dos fuentes no directas que son Roldán y Saylor. Roldán relata detalladamente (*op.cit.* 389) que Euno se rebautizó Antíoco, introdujo los principios y símbolos de la monarquía helenística, elevó a su mujer a la categoría de reina, su ejército ascendió a veinte mil hombres y tuvo la pretensión de crear un reino independiente en Sicilia. Este aspecto importante de la naturaleza política de Euno, así como de sus ambiciones quiméricas, no es mencionada por Saylor, que pasa a narrar (SS Just 95) la debacle del sirio con el colorido pincel del relato de terror decimonónico al narrar cómo el gobernador romano Publio Rupilio sitió a los esclavos en la ciudad de Tauromentio en 132, y éstos sucumbieron al hambre hasta el punto de llegar al canibalismo: “Comenza-

⁴³ En la Nota del Autor (SS Just 307) Saylor menciona la *Historia Romana* de Apiano y la *Vida de Craso* de Plutarco, para Espartaco; para la esclavitud en general, Thomas Wiedemann, *Greek and Roman Slavery* (London, 1988. Routledge).

⁴⁴ No queda claro si Euno fue el origen de la revuelta o si su liderazgo se dio más tarde. En las *Periochas* de Livio (LVI, p. 68), se dice claramente que sí: *Huius belli initium fuit Eunus servus, natione Syrus, qui contracta agrestium servorum manu et solutis ergastulis iusti exercitus numerum implevit*; por contra, en Amiano Marcelino (*Rerum Gestarum Libri XIV*, xi, 33) sólo queda claro el liderazgo del sirio: *Et Eunus quidam ergastularius servus ductavit in Sicilia fugitivos*.

⁴⁵ *Epitoma de Tito Livio* II, p. 125: *Syrus quidam nomine Eunus - magnitudo cladum facit ut meminerimus - fanatico furore simulato dum Syriae deae comas iactat, ad libertatem et arma servos quasi numinum imperio concitavit: idque ut divinitus fieri probaret in ore abdita nuce, quam sulphure et igni stipaverat, leniter inspirans flammam inter verba fundebat*.

ron por comerse a sus hijos, luego a sus mujeres, y por fin se devoraron entre sí.” Huido de Tauromentio, Euno se refugió en una cueva donde fue semidevorado por gusanos hasta que los hombres de Rupilio le hallaron y lo encerraron en una mazmorra de Murgantia, donde enloqueció y murió devorado por esos gusanos. Nada de esto cuenta Roldán tras conceder la victoria sobre la revuelta a Rupilio pero imaginamos que la fuente de Saylor es griega⁴⁶.

3) En cuanto a la revuelta servil de 104, ésta sólo es mencionada en SS Just con la apostilla de que fue tan importante como la de Euno, aunque menos pintoresca al no haber ningún mago que echara fuego por la boca, “sólo miles de esclavos peligrosos que saquearon, violaron, mataron, coronaron falsos reyes y desafiaron el poder de Roma, hasta que un general crucificó a los cabecillas, encadenó a los demás y restauró la ley y el orden” (SS Just 96-7).

Es, pues, tiempo de que nos concentremos en el legendario Espartaco y, con él, en la última de las revueltas serviles representativas y, sin duda, la más importante, cuyo fantasma recorre toda la novela *El brazo de la justicia*, de Saylor, obra en la que el telón de fondo de la guerra servil añade un interesante dramatismo al conjunto. Sin embargo, es de lamentar que ninguno de los novelistas que nos ocupan haya querido poner mayor énfasis en un personaje tan carismático como fue el esclavo tracio, quizá porque el retrato que de él se ofrece se ciñe a la realidad de los acontecimientos, desprovistos de la óptica romántica con que muchas veces ha querido ser visto el personaje como un idealista implicado en una causa ideológica y anticipadora de los movimientos sociales de los siglos XIX y XX⁴⁷. A pesar de todo, Espartaco deja hacerse sentir en estos ciclos de novelas hasta el punto de que podemos reconstruir su historia por las distintas alusiones que se hacen de él a lo largo de las obras de Saylor y de Maddox.

La primera y más importante es la información que se nos proporciona en SS Just 188-9 donde es el propio Craso quien hace un resumen de la trayectoria de Espartaco hasta el punto en que se encuentran los acontecimientos:

⁴⁶ Si bien en Saylor no hay conclusiones acerca del episodio de Euno, y su inclusión en el relato tiene más que nada un objetivo dramático, Roldán (*op.cit.*, pp. 389-90) sí que llega a tres conclusiones sobre las causas del fracaso de la revuelta servil de Euno y, en cierto modo, de todas las demás: 1) Las revueltas serviles tuvieron una penosa carencia de ideología propia; 2) en ningún momento pasó por la cabeza de los rebeldes subvertir la realidad ni la abolición de la esclavitud más allá de la propia; 3) carencia de un modelo propio de organización, por lo que se acabó por recurrir a la que ofrecía a la monarquía helenística, con todos sus vicios. Sobre la improductividad de querer ver en las revueltas un antiguo antecedente del socialismo o comunismo, *vid.* p. 390

⁴⁷ En este sentido mitificador, está en la memoria de todos la película que sobre este personaje rodaron en Hollywood bajo la dirección de Stanley Kubrick y que fue finalizada por Anthony Mann. El guión fue escrito por Dalton Trumbo, conocido intelectual comunista perseguido durante la Caza de Brujas en Hollywood que, por sus ideas radicales —suavizadas en el film por la industria— pasó un buen número de años en la Lista negra de Hollywood y escribiendo guiones con el subterfugio de recurrir a un prestanombres.

1) Los gladiadores de la escuela de Léntulo Batiato en Capua se rebelaron contra su amo por causa de los malos tratos que recibían. Craso se referirá a Léntulo como “un subnormal llamado Batiato” (p. 188), y más adelante, exclamará de él: “¡El muy idiota!” (*ibid.*). Craso se escandaliza de que haya hombres que nunca azotarían a un caballo, y sin embargo son tan descuidados con sus propiedades humanas.” Como podemos imaginar, no es la filantropía lo que precisamente empuja a Craso a pensar así⁴⁸.

2) Craso continúa explicando que, si bien en circunstancias normales los gladiadores sólo se hubieran rebelado y matado a Batiato, “en ocasiones, incluso entre los esclavos, aparece un hombre con carácter enérgico, una bestia capaz de dominar a las demás bestias que la rodean” (p. 188). Como vemos, Craso habla de energía y astucia, carisma en definitiva, pero no de inteligencia. Sin negarle inteligencia a Espartaco, bien es verdad que los historiadores le niegan al personaje cualidades de ideólogo⁴⁹. Craso refrenda enseguida su opinión del bestialismo de los esclavos con una curiosa anécdota que, como el resto de los datos que Craso nos proporciona en estas dos páginas, está extraída de Plutarco: “Que antes de que lo vendieran como esclavo dormía con serpientes enrolladas alrededor del cuello; que si la esclava a quien llama su esposa es una especie de profetisa que entra en trance y habla con Baco”⁵⁰. Queda asentada claramente por el propio Craso el paralelismo entre Espartaco y Euno.

3) Craso expone (p. 189) que la revuelta comenzó sólo con setenta hombres porque uno de ellos cometió traición y reveló el plan, pero al salir de la ciudad toparon con un carro que se dirigía a la escuela de Batiato con armas y lo asaltaron. También esto está en Plutarco, aunque el griego menciona setenta y ocho esclavos y que los carros con armas se dirigían a otra ciudad⁵¹. En ambos casos se menciona que los gladiadores abandonaron la escuela apenas armados con instrumentos de cocina.

4) Craso continúa su relato (p. 189) hablando de la debacle del ejército enviado por Roma al mando de Clodio y de cómo los espartaquistas ascienden ya en número a cien mil, una horda conformada por esclavos y ciudadanos pobres. Tam-

⁴⁸ Como se recordará, en la película de Kubrick-Mann es el propio Craso quien gracias a la imaginación del guionista comienza la revuelta por empeñarse en complacer a dos doncellas caprichosas que desean contemplar un combate a muerte entre los gladiadores de la escuela.

⁴⁹ Aunque Plutarco, en *Craso* VIII, 3, realice un retrato del tracio que se presta a futuras idealizaciones:

ἡγεμόνας εἶλοντο τρεῖς, ὧν πρῶτος ἦν Σπάρτακος, ἀνὴρ Θρᾷξ τοῦ Μαιδικοῦγένους, οὐ μόνον φρόνημα μέγα καὶ ῥώμην ἔχων, ἀλλὰ καὶ συνέσει καὶ προ-ότητι τῆς τύχης ἀμείνων καὶ τοῦ γέ-νο-υς ἑλληνικώτερος.

⁵⁰ Este pasaje sobre su mujer está tomado del relato de Plutarco, *Craso* VIII, 3. No deja de ser gracioso que cuanto Saylor hace contar a Craso en estas dos páginas lo haya extraído de la biografía de Craso escrita por Plutarco.

⁵¹ Eutropio menciona a setenta y cuatro hombres en *Breviarium ab urbe condita* VI, vii, 2.

bién estos datos se hallan en Plutarco, que además desarrolla el fracaso del pretor Clodio al enfrentarse al ejército comandado por el tracio.

5) Craso concluye su relato (p. 189) manifestando a Gordiano sus inquietudes, que nada tienen que ver con la gloria de Roma ni con la libertad o muerte de cien mil hombres: “¿Quién me hubiera dicho que llegaría a esto, a buscar la gloria enfrentándome con un esclavo, con un gladiador? El senado ni siquiera me permitirá una entrada triunfal en Roma si gano, aunque Espartaco sea una amenaza para la república mayor que Mitrídates o Yugurta. Tendré suerte si me ponen una corona. Y si perdiera...” Cabe destacar en el relato de Craso la no mención de Crixo y Enomao, los dos lugartenientes de Espartaco con los que riñó y se repartió el poder de acuerdo con los testimonios, y que son mencionados en varias fuentes⁵².

En SS Just 44 hay una descripción del Vesubio, donde además se nos da la información de que “en la primera etapa de la rebelión de los esclavos, Espartaco y sus hombres se refugiaron durante un tiempo en la parte superior de sus faldas”, hecho que se corresponde con lo transmitido por las fuentes⁵³.

El miedo que alcanzó a Roma la revuelta espartaquista es reflejada en las novelas de manera casi idéntica, como se deja constancia en SS Just 47, donde las noticias sobre el ejército de esclavos corre como la pólvora: “Ahora el sur de Italia está bajo la sombra de Espartaco, que ha instalado su refugio de invierno en las montañas de Turio, después de aterrorizar durante todo el verano a la población del este del Vesubio. Han destruido cultivos y quemado villas y casas de labor. Los mercados están vacíos”. Así explica la situación Fausto Fabio en esta novela, y Sergio Orata en SS Just 181 habla de excesos aún mayores que, a no dudarlo, no encajan en la versión hollywoodense de nuestro hombre, pero sí dentro de la realidad de la naturaleza humana: “Hace una semana pasó algo parecido en Lucania, cuando Espartaco intentaba llegar a Turio. Pasaron a cuchillo a una familia noble y a todos sus invitados. Violaron a las mujeres y decapitaron a los hombres delante de sus hijos. Se me hieló la sangre sólo de pensarlo”; y estas noticias llegaron a la Urbe, donde la psicosis se instaló en Roma, como Saylor refleja en SS Just 25:

La sublevación de Espartaco estaba en boca de todos. En el Foro se contaban historias aterradoras sobre pueblos enteros cuyos ciudadanos habían sido derrotados y quemados vivos por esclavos que luego se comían la carne de sus antiguos amos. Al ponerse el sol los romanos rechazaban las invitaciones a los banquetes y vaciaban las calles. Echaban la llave a la puerta de la alcoba para impedir la entrada incluso de sus esclavos más fieles y sufrían

⁵² Floro, *Epit.* II, p. 127; L. Ampelio, *Liber Memorialis*, XLV, I; Eutropio, *Brev.* VI, vii, 2; Plutarco alude a ellos sin mencionarlos.

⁵³ Veleyo Patérculo, *Historiae Romanae* II, xxx, 5: *Dum Sertorianum bellum in Hispania geritur, LXIII fugitivi e ludo gladiatorio Capua profugientes duce Spartaco, raptis ex ea urbe gladiis, primo Vesubium montem petiere, mox crescente in dies multitudine gravibus variisque casibus adfecere Italiam.*

pesadillas que los despertaban empapados en sudor. El caos había vuelto a desatarse en el mundo y esta vez llevaba el nombre de Espartaco.

Estas acciones no tuvieron una respuesta del ejército romano que estuviese a la altura. Espartaco parecía invencible, como le comenta Gordiano a Marco Mumio en SS Just 17: “Quiero decir invencible frente al ejército romano. Sus seguidores han vencido a todas las tropas enviadas en su contra e incluso han humillado a dos cónsules romanos, obligándoles a huir”. Los dos cónsules fueron Gelio y Létulo, que también fueron derrotados amargamente por Espartaco como antes lo habían sido los pretores Clodio, Varinio y Cosinio en acciones bien documentadas por Plutarco en su vida de Craso, como también documenta que el Senado dudó en cuál sería la próxima acción, que es en el tiempo en que se desarrolla la novela *El brazo de la justicia*. La próxima acción debe ser triunfal, y las legiones deben ser confiadas a alguien con experiencia y talento. Es aquí donde surge la dicotomía entre los dos más grandes generales del momento, que llegarían a ser enemigos mortales, y Saylor recoge muy bien en distintos momentos de la novela la oposición terrible que existía entre las dos últimas esperanzas de la república: Craso y Pompeyo. Una conversación entre Marco Mummio y Gordiano dibuja muy bien este antagonismo en SS Just 72-3: por un lado, Craso ha llegado a la Crátera con la esperanza de que le concedan la misión de acabar con Espartaco, y con su dinero y la victoria que le daría esa victoria podría fácilmente llegar a cónsul; por otra parte, Pompeyo puede volver de España con sus ejércitos y aplastar al tracio, aunque Marco Mummio —fiel a Craso, y receloso de Pompeyo— expone en SS Just 73:

¡Como si Pompeyo fuese otro Alejandro Magno! Lo único que se necesita para aplastar a Espartaco es un capitán competente. Si el Senado da su beneplácito, Craso puede hacerlo en unos meses. Puede reunir a los supervivientes de las legiones italianas, sumarles su propio ejército privado, formado sobre todo por sus vasallos del sur, y convertirse en el salvador de la república de la noche a la mañana.

Finalmente, esto sería lo que acabaría pasando: Craso llega a la Crátera para reclutar soldados, muchos de ellos veteranos que estuvieron a sus órdenes en las guerras civiles, y espera que el Senado le dé permiso de enfrentarse al tracio con su propio ejército, a pesar de que tal poder sólo es atribuible a cónsules y pretores, pero que ya han fracasado en el intento (SS Just 71). Y como expresa Maddox en JMR Mist 223-4: “Craso había sido nombrado comandante para mantener a Espartaco ocupado mientras enviaban órdenes a Pompeyo de regresar de Hispania con sus legiones veteranas”. Saylor y Maddox siguen a Plutarco al pie de la letra, por lo que no es necesario hacer más llamadas al texto del griego, teniendo en cuenta además que cuanto Plutarco cuenta de esta guerra servil es una pequeña parte de la biografía de Craso.

Conocida es la pretensión que tuvo Espartaco de llegar a través de Lucania hasta el mar y, una vez allí, por medio de unos barcos piratas que tenía comprados, alcanzar Sicilia y partir de allí con su ejército hasta algún lugar de Asia Menor. Sin embargo, también Plutarco cuenta que los piratas se echaron atrás, acción que Maddox achaca a Craso en JMR Mist 122: “Durante la guerra servil, Espartaco había pactado con los piratas para que trasladaran en barco a su ejército de esclavos y desertores de Mesina a la libertad, que probablemente se hallaba al otro lado del Mar Negro. Al enterarse, Craso había sobornado a los piratas para que traicionaran a Espartaco, pues de lo contrario ese gran villano habría escapado”. Y Maddox insiste en la misma idea en JMR Mist 198-9 de que fue Craso y no Pompeyo, ya que “Craso es increíblemente rico, mientras que Pompeyo malgasta el dinero malcriando a sus soldados”, insistiendo además en la idea ya expuesta de la degeneración de los soldados.

Finalmente, entre la espada y la pared de Craso y Pompeyo, Espartaco morirá en combate, aunque será Pompeyo quien se lleve la gloria⁵⁴ por haber masacrado al último batallón de esclavos supervivientes —cerca de cinco mil— y Pompeyo comentase jactancioso que “Craso ha vencido el mal; yo lo he arrancado de raíz”.⁵⁵ Maddox en JMR Con 225 lo dice de manera casi lapidaria relacionando la batalla de Puerta Colina con la batalla final de Espartaco: “Craso había ganado la batalla, pero Sila se había llevado la gloria. Diez años más tarde derrotó a Espartaco, y en esa ocasión fue Pompeyo quien le arrebató la gloria”.

Los seis mil espartaquistas supervivientes que acabaron crucificados a lo largo de la Vía Apia ha sido una de las imágenes del mundo antiguo que de forma más indeleble ha quedado grabada en las memorias de quienes han leído sobre ello o, más aún, la han visto representada en el romántico final de la película de Kubrick-Mann. No es una bella estampa, pero su efectividad invita a que los novelistas recurran a su recreación. Maddox recuerda en JMR Con 224 que Craso, además de celebrar un solemne banquete por su victoria (descrito en SS Just 299) se hizo levantar varias estatuas en Roma en conmemoración de su victoria, pero con mala fortuna:

La mayoría de los romanos consideraba de extremo mal gusto los monumentos dedicados a ese acontecimiento. Todos amaban las conmemoraciones de una victoria sobre un pueblo extranjero, pero más valía olvidar la rebelión de un esclavo. El verdadero monumento lo constituía las seis mil cruces que se habían alzado a lo largo de la Vía Apia entre Roma y Capua, donde se había iniciado la sublevación. Los mirones de Roma y las ciudades por que discurría la vía habían acudido durante días a presenciar la ejecución en masa.

También Saylor hará correr la imaginación al final de los acontecimientos

⁵⁴ Y también lo atestiguan Plutarco, *Craso* XI, y Plinio el Viejo, *Hist. Nat.* XIV, 125.

⁵⁵ Citado por Roldán, *op.cit.* p. 518.

narrados en *El brazo de la justicia*, antes del *Epílogo* que transcurre dos años después de los eventos de la guerra espartaquista:

Luego cogimos la Vía Apia en dirección al norte y nos recreamos con el espléndido paisaje otoñal, sin imaginar que la primavera siguiente estaría jalonada desde allí hasta Roma por seis mil crucificados: los desdichados supervivientes del ejército vencido de Espartaco, clavados en cruces y expuestos al público como edificante ejemplo para esclavos y amos por igual.

Como conclusión debemos dejar bien claro que tanto Saylor como Maddox, a pesar de no dejar de sentir cierta comprensible admiración por el tracio, no ofrecen en sus novelas una imagen idealizada del mismo, ya demasiado mediatizada por la película de Kubrick-Mann y que hoy sería poco creíble desde el punto de vista literario. Antes bien, queda en evidencia que ni la revuelta espartaquista encajó nunca con el deseo consciente de una revolución social⁵⁶, ni el fenómeno desproporcionado de su ingente ejército hizo posible una mejor organización del mismo, por no hablar de la mala comunicación y pésima cohesión que las fuentes parecen mostrarnos entre Espartaco y sus dos lugartenientes. Tarde o temprano, y aquí es donde más énfasis ponen los novelistas, tenía que acabar siendo presa de ávidos buitres como Craso o Pompeyo que esperaban ese momento de debacle para medrar en sus intereses personales. Creemos que, a este respecto, la conclusión que hace Maddox en JMR Sac 100 es muy pertinente:

Spartacus might have been the wildest, ablest, most dangerous enemy Rome had ever faced, but he was a slave and his followers were slaves, and Romans refused to acknowledge a slave army as a worthy enemy. Worse, Crassus had conducted a prudent, plodding war of maneuver, making best use of the legions' skills of discipline and engineering. He turned in a victory that was shatteringly complete and low in Roman casualties, but lacking in the sort of dash admired by the public. As usual, Pompey had arrived from Spain after all the real fighting was over, mopped up a few bands of fleeing slaves and claimed credit for the victory. Crassus had never forgotten. He was itching for a good war, but perhaps, given his mentality, a coup was not out of the question.

2.4. La batalla final de Catilina.

Pasaremos ahora a comentar la importante batalla final de Catilina, donde éste perdió la vida y que juega un importante papel en las dos novelas que giran en torno a su persona, pero sobre todo destacando muy por encima *El misterio de Catilina*, de Steven Saylor, ya que en la novela de Maddox, obra bastante gris de por sí, la relevancia de la batalla final es meramente forzada por la circunstancia de que hay que cerrar la novela, pero sorprende la falta de énfasis y de nervio literario que

⁵⁶ Nos suscribimos, por ello mismo, a la conclusión de Roldán, *op.cit.* p. 518.

este autor norteamericano demuestra al narrar uno de los episodios más turbulentos de la historia romana. Sin embargo, Steven Saylor ahondará en el dramatismo del conflicto no sólo desde el punto de vista de cuanto de terrible y osado tiene cualquier combate, sino también desde el punto de vista sentimental que funciona como un gancho importante para el lector, ya que Gordiano combatirá del lado de Catilina, no por unas convicciones de las que carece, sino por salvar a su hijo Metón de una muerte cierta. Saylor, además, interpolará diversos elementos de interés dentro de este relato, que se extiende entre las páginas 415-38, como su conversación final con Catilina en la tienda (pp. 418-21), la descripción del ejército de partidarios del conjurado (p. 417), una paráfrasis del salustiano discurso final de Catilina (pp. 423-5) y una interpolación onírica con la aparición del Minotauro cretense que aporta interesantes matices de tipo simbolista.

Debemos dejar bien claro que ambos autores siguen como modelo del final de sus novelas a Salustio⁵⁷, y en él se basan para desarrollar la ambientación de este momento de alta tensión. En el caso de Saylor la deuda para con Salustio es enorme, y en virtud de ello también nos ofrece algunas de las páginas más vibrantes de la saga de Gordiano. En el caso de Maddox, el autor norteamericano extrae de Salustio datos que en su novela expone de manera sucinta, casi desinteresada, sin que nos dé la impresión de que en el último capítulo de su novela esté transcurriendo nada que sea verdaderamente importante o destacado, sólo una guerra más al final de una novela cualquiera antes de pasar a otra. Dicho esto, pasaremos a mencionar aquellos pasajes que son una recreación salustiana o una mención al texto *Bellum Catilinarium*.

1) Composición del ejército de Catilina:

En SS Cat 416 se nos informa de que, si bien se creía que el ejército estaba compuesto por más de dos legiones o doce mil hombres “tras las ejecuciones y el fracaso de un alzamiento general en Roma, los oportunistas y los aventureros habían desertado rápidamente”. Saylor también comenta que el agotamiento por las marchas forzadas y la falta de provisiones forzó a que sólo permaneciesen aquellos que no se podían echar atrás.

En JMR 290 Maddox pone en boca de Decio que “Se habían congregado veteranos, desertores, esclavos huidos y otros descontentos en buena cantidad. Más tarde, cuando se enteraron de la ejecución de sus partidarios en Roma, la mayoría desertó. Por tanto podría decirse que las ejecuciones, aunque ilegales, resultaron beneficiosas para Roma”. En Salustio consta suficientemente que se formaron dos le-

⁵⁷ *Bellum Catilinarium* LVI-LXI.

giones de voluntarios y de conjurados⁵⁸, así como también indica que al conocerse las ejecuciones de los aliados de Catilina en Roma se produjo una desbandada entre sus huestes⁵⁹. Sin embargo, también consta de manera muy explícita —y el testimonio de Salustio contradice a Maddox— que Catilina se negó a acoger a esclavos entre sus filas⁶⁰.

2) Catilina rodeado por los ejércitos romanos.

En JMR Con 291 se nos dice que estaban al norte del Arno, cerca de Pistoia: “Habían permanecido en las montañas y se retiraban hacia la Galia. A partir del rastro de los desertores, Celer había determinado la ruta de marcha de Catilina y le había rodeado con sus legiones. Antonio avanzaba lentamente hacia el norte con un contingente mucho mayor, de modo que Catilina era arrastrado hacia una trampa”.

En SS Cat 417 se nos informa de que estaban al pie de los Apeninos, en las afueras de una pequeña población llamada Pistorium, y con Antonio a pocos kilómetros de allí. Gordiano se ve obligado a dar un rodeo para dar con el ejército, y en SS Cat 421 el mismo Catilina le confiesa a Gordiano que, aunque su intención era llegar a la Galia por caminos secundarios, ha descubierto el ejército de Antonio y no le queda más remedio que enfrentarse a él, lo que coincide exactamente en ambos autores con lo expuesto por Salustio en *Bell. Cat.* LVII.

3) La batalla final.

En JMR Con 291 la referencia a Salustio es casi literal. Maddox escribe: “Las flechas volaban, las espadas centelleaban y rechinaban al chocar contra los escudos y las armaduras. Fue una larga, dura y agotadora batalla, pues el enemigo no se rindió”. En Salustio (*Bell. Cat.* LX) la descripción del encono es muy similar: *Maximo clamore cum infestis signis concurrunt: pila omittunt, gladiis res geritur. Veterani pristinae virtutis memores comminus acriter instare, illi haud timidi resistunt: maxuma vi certatur.*

⁵⁸ Así lo leemos en *Bell. Cat.* LVI: *Deinde, ut quisque voluntarius aut ex sociis in castra venerat, aequaliter distribuerat ac brevi spatio legiones numero hominum expleverat, cum initio non amplius duobus milibus habuisset.*

⁵⁹ *Bell. Cat.* LVII: *Sed postquam in castra nuntius pervenit Romae coniurationem patefactam, de Lentulo et Cethego ceterisque, quos supra memoravi, supplicium sumptum, plerique, quos ad bellum spes rapinarum aut novarum rerum studium illexerat, dilabuntur.*

⁶⁰ *Bell. Cat.* LVI: *Interea servitia repudiabat, cuius generis initio ad eum magnae copiae concurrerant, opibus coniurationis fretus, simul alienum suis rationibus existumans videri causam civium cum servis fugitivis communicavisse.*

Saylor pone mayor énfasis en la distribución que hace Catilina de sus hombres, y en SS Cat 427 parafrasea a Salustio en *Bell. Cat.* LIX:

Al parecer Catilina dividió a sus fuerzas en tres bloques, poniendo a Manlio al mando de uno, a otro general a la cabeza de otro, y él mismo, en el centro, capitaneando el tercer grupo, rodeado de sus jóvenes y ardientes seguidores y un cuerpo escogido de luchadores bien armados, además de Metón y yo mismo. Avanzamos con Tongilio y el águila hasta que Catilina eligió un punto en el cual detenerse a ofrecer resistencia, lugar en que Tongilio clavó la bandera en el suelo. No había caballería, sólo infantería, pues antes de la batalla Catilina había ordenado que retiraran los caballos a las montañas. Con esto daba a entender a sus hombres que lo jefes no huirían y que todos compartirían la misma suerte.

Es, como decimos, una paráfrasis de Salustio, aunque hay elementos que no recoge Saylor. Por ejemplo, Salustio dice que Catilina dividió su ejército en tres bloques, comandados por él mismo, Manlio y “cierto fesulano” encargado del bloque izquierdo. En Salustio, los que rodean a Catilina son sus libertos y colonos; por fin, en Salustio se especifica que la enseña del águila mencionada totalmente de pasada por Saylor es, según decían, la que ostentó Cayo Mario en la guerra contra los cimbro y tendrá una gran importancia para los partidarios de Catilina refugiados en Massilia durante la acción de la novela *Last Seen in Massilia*. Esta misma águila es mencionada por Maddox en JMR Con 292, sin darle importancia como veremos enseguida, y por Saylor en SS Cat 418 especificando, al menos, que “estaba el águila de plata que Catilina se había llevado de Roma”. Puesto que la muerte de Catilina está planteada en Salustio como la de un héroe —a pesar de la manifiesta inquina que Salustio demostró por este personaje—, Saylor y Maddox prolongan esta imagen añadiendo detalles de su propia cosecha. Salustio nos cuenta en *Bell. Cat.* LX: *Catilina postquam fusas copias seque cum paucis relictum videt, memor generis atque pristinae suae dignitatis in confertissimos hostis incurrit ibique pugnans confoditur.*

Maddox describe este momento en JMR Con 292: “Avanzó a la carga, clavando la espada a diestro y siniestro. Rebasó la parte delantera de sus filas y se precipitó hacia las nuestras, tratando, al parecer, de abrirse camino hasta nuestro comandante. Fue un acto homérico, perteneciente al reino de la leyenda, no al mundo real”. En el siguiente párrafo Decio describirá que le vio caer en un charco de sangre y que sus ojos se clavaban en él en una expresión de reproche. También Saylor describirá con cierta libertad —antes de que el personaje Gordiano caiga desmayado— la acometida de Catilina que cuenta Salustio en *Bell. Cat.* LX. Puesto que Gordiano no llega a ver morir a Catilina, será Rufo quien se lo cuente en SS Cat 432, donde además describe la heroica muerte de los capitanes de Catilina, volviendo a hacer una paráfrasis de Salustio en *Bell. Cat.* LXI:

—Lo encontraron lejos de sus hombres, entre las filas enemigas, rodeado de cadáveres de adversarios. Su ropa, su armadura y su carne tenían el mismo color, todo estaba empapado en sangre. Tenía más heridas de las que se podían contar, pero aún respiraba cuando dieron con él. Me llamaron para que escuchara su última voluntad, si todavía era capaz de hablar, pero no abrió los ojos ni murmuró una sola palabra. Hasta que expiró no perdió esa expresión de obstinada altanería que le granjeó el odio de tantos hombres.

—Y el amor de muchos otros —dije sosegadamente.

En ese último comentario de Gordiano volvemos a advertir algo que, sólo de manera muy sutil pero constante, venimos notando a la hora de comparar el tratamiento de Saylor y de Maddox en cuanto a los mismos episodios históricos y personajes. Existe en Saylor una comprensión mayor y menos sencilla de aquellos tiempos y de aquellos personajes. Mientras que en Maddox los personajes a veces parecen reducidos a arquetipos hasta el punto de no parecer personajes históricos reales —la pérfida Clodia y su camorrista hermano; el enloquecido y ambicioso Catilina; los estúpidos egipcios y los decadentes y amanerados griegos, etc—, en Saylor siempre existe el beneficio de la duda y la cortesía de la compasión. Para Saylor no hay buenos y malos, sólo una enfermiza condición humana que degrada a las personas cuando ante sus ojos pasa el velo de la codicia o del poder. Pero aún así, Saylor intenta antes que nada comprender a aquellos romanos que, mejores o peores, tuvieron en sus manos las riendas de la humanidad. Mientras que Maddox parece manipular la historia de Roma para querer crear, muy a fuerzas, un paralelismo entre Roma y Estados Unidos desde una visión muy parcial, Saylor hace una reflexión contemporánea sobre el miedo que se le debe tener al poder mal ejercido por los gobernantes y fuera de control.

4) El dolor de los ejércitos romanos.

También como ejemplo de la piedad que el historiador romano atribuyó a los ejércitos al servicio de la república, al igual que como ejemplo de magnífico final para un relato, está la exposición salustiana del dolor de los ejércitos al terminar la terrible batalla, si bien alternado con la alegría agridulce del triunfo. Es el fin de *Bellum Catilinarium* en LXI):

Neque tamen exercitus populi Romani laetam aut incruentam victoriam adeptus erat; nam strenuissimus quisque aut occiderat in proelio aut graviter volneratus discesserat. Multi autem, qui e castris visundi aut spoliandi gratia processerant, volventes hostilia cadavera amicis alii, pars hospitem aut cognatum reperiebant; fuere item, qui inimicos suos cognoscerent. Ita varie per omnem exercitum laetitia, maeror, luctus atque gaudia agitabantur.

Así, leemos en JMR Con 293: “Alguien lanzó un grito, y los soldados ento-

naron un canto, saludando a Celer como *imperator*. Él los acalló al instante, censurándoles por haberle aclamado de ese modo, después de una lucha en que habían perecido compañeros ciudadanos”. Y en SS Cat 433 encontramos, precisamente, la paráfrasis del anteriormente reproducido final de Salustio para su obra: “Así llevamos toda la mañana —dijo Rufo suspirando—. Ningún grito de júbilo o victoria, sólo lamentos. [Los hombres] dan la vuelta a los cadáveres encogidos que yacen en el suelo ¿y qué encuentran? Rostros de amigos y parientes, de hombres con los que crecieron. Ha sido una victoria amarga”.

5) La arenga de Catilina.

No cabe duda de que la arenga que Catilina lanza a sus soldados es una de las grandes partes de *Bellum Catilinarium*, y si bien Maddox no aprovecha la ocasión de incluirla en su obra con algún subterfugio o recurso novelesco, Saylor no deja pasar la oportunidad, gracias al protagonismo de Gordiano el Sabueso en el ejército de Catilina, aunque como hemos visto, por razones más que forzosas al intentar salvar a Metón de la muerte entre las filas de conjurados.

Una de las cuestiones dignas de comentario con respecto a *Bellum Catilinarium* es el origen de la arenga de Catilina. En efecto, es el mismo Salustio quien deja bien claro en *Bell. Cat.* LXI que no hubo supervivientes de la batalla entre el ejército de Catilina: *Postremo ex omni copia neque in proelio neque in fuga quisquam civis ingenuus captus est: ita cuncti suae hostiumque vitae iuxta pepercerant*. Esta frase no es desperdiciada por los autores, y así Maddox en JMR Con 291 la parafrasea: “Aquel día no se hizo ni un solo prisionero, y ninguno de los derrotados pidió clemencia”. No es, por ello, ocioso preguntarse que si no hubo supervivientes no podemos entender el conocimiento que Salustio tenía de un discurso que no sólo no podía haber escuchado, sino que nadie le pudo haber contado al no haber podido contarse supervivientes del conflicto armado. Von Albrecht afirma que no se conocen las fuentes que el historiador manipuló para *Bellum Catilinarium*, aunque conoció a muchos de los protagonistas del mismo. Sin embargo, hace la aclaración muy importante de que la totalidad de los discursos de *Bellum Jugurthinum* son inventados, lo que nos obliga a pensar que la arenga final de Catilina también lo es⁶¹. Steven Saylor, sin embargo, también se planteó este problema de la veracidad de la arenga de Catilina, y le supo dar una solución ingeniosa que, desde el punto de vista de la literatura es perfectamente válida: Gordiano el Sabueso y Metón, testigos de

⁶¹ Cf. Michael Von Albrecht, *Historia de la literatura romana, I*. Barcelona, 1997, Herder, p. 416. Más adelante von Albrecht hace un balance positivo de la obra (pp. 435-6) desde el punto de vista estilístico, aunque no de su rigor histórico: “En *Bellum Catilinarium* [Salustio] crea un nuevo estilo literario. Este libro tiene defectos como obra histórica: la importancia de la figura de Catilina es exagerada; el historiador recoge sin verificaciones la imagen ciceroniana del revolucionario”.

esta arenga, sobreviven al combate, ya que Metón opta por salvar a su padre antes que morir defendiendo a Catilina, por lo que se baten en retirada. Rufo el augur se lo explicará muy claro a un Gordiano convaleciente de sus heridas en SS Cat 432: “Después de la batalla, las reservas de Antonio salieron a rastrear los montes. Tenían órdenes de hacer prisionero a todo el que quisiera entregarse y presentar batalla sólo a los que ofrecieran resistencia. ¿Sabes con cuántos prisioneros volvieron? Exactamente dos: Metón y tú, los dos inconscientes. De todo el ejército de Catilina sólo vosotros habéis sobrevivido”. Para equilibrar la explicación, Rufo contará que a todos pareció tan rara la supervivencia de dos personas que por ello mandaron a buscar un augur, y al descubrir que se trataba de ellos, Rufo les pone bajo su protección.

¿Pero y la Historia? Rufo remata su idea en SS Cat 437: “Un augur que viene en representación del Sumo Pontífice tiene ciertos privilegios. Digamos que, como el nepente, he tenido la facultad de inducir al olvido. Oficialmente, ninguno de vosotros ha estado aquí. No se han hecho prisioneros en la batalla de Pistorium; todos los hombres de Catilina murieron en combate. Eso será lo que se comunique al Senado y eso dirán los historiadores”.

El anillo se cierra en SS Cat 449-69 cuando, casi un año después de los acontecimientos de Pistorium, un Gordiano ya instalado en su nueva casa del Palatino recibe la visita de Cicerón para pedirle un favor: que le dicte cuanto recuerde de la arenga de Catilina. Gordiano acepta con desconfianza la idea, e insinúa a Cicerón la posibilidad de que no pueda recordar nada, pero Cicerón pone de manifiesto en su respuesta de SS Cat 467 las notorias cualidades de Gordiano, que no en vano es el héroe de estas novelas y, como tal héroe, necesita dones superlativos: “Tienes una memoria prodigiosa. Es tu naturaleza, por no hablar de tu oficio, lo que hace que te acuerdes de todos los detalles, sobre todo de las palabras. Con frecuencia te he oído citar palabra por palabra discusiones y declaraciones hechas varios años antes”. Puestas así las cosas, Gordiano accede a que Tirón acuda al día siguiente con sus útiles de escritura para tomar nota de cuanto Gordiano pueda recordar. Por arte de birlibirloque, en este universo paralelo constituido por la novelística de Saylor, el discurso auténtico de Catilina sería el de Saylor recordado por Gordiano, y el de Salustio su paráfrasis. Una nueva carambola de Steven Saylor.

Pero instalados de nuevo en la realidad, queda de manifiesto que la arenga de Catilina versionada por Saylor es una paráfrasis del texto salustiano que encontramos en *Bell. Cat.* LVIII. Procedamos a hacer una comparación entre el texto de Salustio y la paráfrasis de Steven Saylor.

Ambos textos se distribuyen igualmente en cuatro partes en las que se hace notorio que Saylor recoge los temas generales tratados por Salustio pero desarrollando —más bien que omitiendo, aunque hay algunas omisiones— algunos aspectos y, en otros casos, inventando algunas frases del discurso. Haremos una compara-

ción general sin entrar en mucho detalle, ya que el no conocer la traducción inglesa de la obra salustiana que Saylor manejó —este autor ha reconocido no ser conocedor del latín— hacen imposible una trasposición total de paralelismos e igualdades. Haré primero una sinopsis de Salustio y comentaré a continuación el texto de Saylor.

1) LVIII, 1-3: Catilina exhorta a sus soldados, pero antes hace una introducción donde explica que no son necesarias las palabras para animar a los valientes, pero éstos no las necesitan, ni a los cobardes, quienes tampoco mudan de temerosos a arrojados con palabras. Catilina explica que les exhorta para darles a conocer la decisión tomada.

Es en esta parte de la arenga donde Saylor introduce el más grande añadido de su cosecha. Hace una paráfrasis resumida de los puntos 1-3 salustianos, y entonces añade:

Pero es costumbre que un capitán hable a sus tropas antes de la batalla. Uno de los motivos de la arenga, supongo, es que pocos soldados han visto los ojos del hombre que supuestamente ha de guiarlos, y menos aún son los que han hablado con él, por lo que el discurso sirve para establecer cierta comunicación. Éste no es nuestro caso, pues dudo que haya un solo hombre aquí a quien yo no haya saludado o dado la bienvenida a este ejército, o con el que no haya compartido un momento de calamidad o de triunfo en esta lucha. Pero es costumbre que un capitán se dirija a sus hombres antes de la batalla.

He dicho antes que las palabras por sí solas no infunden valor a un hombre. Todo hombre posee cierto grado de osadía, ya sea innato o adquirido con la práctica; ese grado, y no más, es lo que generalmente saca en la batalla. Si un hombre no está ya alerta por la perspectiva de la gloria o la amenaza del peligro inminente, entonces es malgastar saliva exhortarle con la retórica; el temblor de su corazón no le permite oír. Pero es costumbre que un capitán se dirija a sus tropas antes de la batalla.

A partir de este momento, que enlaza con la paráfrasis de Salustio, *Bell. Cat.* LVIII, 4-10, Saylor no se permitirá añadidos tan osados en extensión, centrándose más bien en la paráfrasis del texto salustiano, aunque con algunos otros rasgos personales que añade de su cosecha. Imaginamos que este añadido, que tiene mucho de informativo para el lector que no conoce la costumbre de las arengas militares y que sirve para que el Catilina de Saylor se presente ante su ejército —y ante el lector— como un personaje interesado por el conjunto del pueblo, ha sido introducido por Saylor para no limitarse solamente a parafrasear a Salustio al pie de la letra y, aprovechando la convención de que Gordiano fue testigo de la arenga y luego la contó de memoria a Cicerón, proporcionarle al lector un producto personal más elaborado. Saylor ha tenido, por otra parte, la buena idea de introducir en este exordio la mayor parte de su creatividad para no desequilibrar el resto de la estructura de la arenga salustiana.

2) LVIII, 4-11: Catilina hace saber a sus hombres que están rodeados por dos ejércitos y carecen de víveres, por lo que les anima a aprestarse para el combate. Hace mucho énfasis en que sobre ellos reside, no sólo su libertad, sino el futuro de la patria.

Saylor parafrasea el texto salustiano con mucho cuidado, y sólo introduce una pequeña innovación. Donde Salustio escribió (LVIII, 9-10): *Si vincimus, omnia nobis tuta erunt, commeatus abunde, municipia atque coloniae patebunt; sine metu cesserimus, eadem illa advorsa fient: neque locus neque amicus quisquam teget, quem arma non texerint*, Saylor parafrasea y añade lo que remarco con cursivas: “Si ganamos, obtendremos todo lo que necesitamos para continuar; las ciudades os abrirán sus puertas agradecidas y nos llenarán de vituallas. Nuevos reclutas se unirán a nosotros y volveremos a crecer en número y fuerza. *La marea que fluye contra nosotros se invertirá y nos llevará a la gloria.* Pero si el miedo nos acobarda, el mundo entero se volverá en contra nuestra: nadie amparará a un hombre que no ha sabido protegerse con sus manos”. Adviértase que donde Saylor debió escribir *arms* (traducción del latín *arma*, pero también “brazos” en inglés) la responsable de la traducción española escribió “manos”.

3) LVIII, 12-17: Hacemos constar que, si bien la arenga de Catilina es presentada en cuatro párrafos que abarcan los párrafos con que nosotros los estamos presentando, en la traducción española de Saylor estos cuatro párrafos se respetan — con el añadido de Saylor de dos párrafos descriptivos tras este tercero —, aunque el tercer párrafo comienza como paráfrasis de *Bell. Cat.* LVIII 11, y no 12 como debiera ser lo propio de acuerdo con la distribución clásica de los párrafos dentro de los párrafos.

En este párrafo Saylor hace una paráfrasis de LVIII, 12-17, aunque omitiendo los párrafos 15-17 del texto salustiano y rematando el párrafo con un añadido de Saylor: “¿Cuál de esos dos ejércitos demostrará más espíritu de lucha? ¿El de aquellos cuyos ojos miran humildemente hacia el suelo o el de los que miran al cielo?”

El autor introduce a continuación dos párrafos descriptivos del efecto que en el ejército causan estas últimas palabras, que es el de una calurosa ovación. El autor necesitaba en este momento hacer una interrupción descriptiva en la arenga de Catilina, por lo que decidió atribuirle este alto final a su discurso para conseguir un efecto de euforia que no hubiesen proporcionado, posiblemente, las reflexiones sobre el miedo y el valor que Salustio atribuye a Catilina entre LVIII, 15-17.

4) LVIII, 18-21: Nueva paráfrasis con añadidos. Se mantienen 18 y 19 y entonces Saylor pone en labios de Catilina una descripción del campo de batalla que es

una ampliación de LVIII, 20, donde Salustio sólo hace una alusión⁶²:

Lucharemos en un llano. A la izquierda hay montañas y a nuestra derecha el terreno es áspero y rocoso. En este espacio limitado, la superioridad numérica del enemigo no puede impresionarnos. Nos enfrentamos a ellos hombre a hombre, siendo nuestras armas más poderosas el arrojo y una causa justa.

A continuación retoma la paráfrasis desde *Bell. Cat.* LVIII, 21 hasta el final de la arena salustiana.

2.5. Conclusión.

No es necesario argumentar demasiado para observar que, de entre nuestros tres autores, sólo Steven Saylor concede un papel importante a la guerra y la descripción de batallas. Las novelas de Maddox no ahondan durante los primeros títulos de la serie *SPQR* en la descripción de batallas importantes, y las dos obras que Joaquín Borrell escribió sobre Diomedes prefieren desviarse por la senda de la comedia amable, por la parodia de un género en el que Borrell fue también pionero. La descripción de las más cruentas labores de Marte corresponde con toda justicia a Steven Saylor. Este autor, como buen artista de género que es, no sólo es versátil para introducir a los personajes históricos en la armazón de una buena novela de intriga, sino que también conoce lo suficiente a los grandes clásicos de la aventura como para transformarse en un vibrante narrador de escenas bélicas y sanguinarias, de donde extrae todo su dramatismo literario. De toda la serie *Roma sub Rosa*, la obra maestra de Saylor llegará con la narración de la debacle de Catilina en su paráfrasis salustiana, elaborada con esa gran habilidad que ya hemos visto. Es en la tragedia final de Catilina donde el novelista de Austin corona una novela redonda llena de elementos dignos de estudio más allá de su sustento en fuentes históricas y otras evocaciones literarias. En la batalla final de Pistorium el vilipendiado protagonista de la historia emerge con una dignidad trágica que, si bien no le disculpa de sus acciones, sí le dignifica ante el juicio menos maleado del moderno lector de esta clase de novelas. El minotauro, la bestia horrible que en Saylor encarna al monstruo de las labores de Marte, emerge como un símbolo de la época turbulenta que a todos estos personajes históricos les tocó vivir. Es en estos capítulos finales donde Steven Saylor consigue llegar a unas alturas literarias y dramáticas muy efectivas, tanto que las escenas navales de *Rubicón* y el asedio de Massilia en las dos novelas finales de la serie no conseguirán estar a la altura del brillante final de *El enigma de Catilina*, donde el hombre común que es Gordiano se ve arrastrado por las fuerzas de la fatalidad que acaba por arrasar a los eternos perdedores de la historia. Por lo demás, la

⁶² *Bell. Cat.* LVIII, 20: *Nam multitudo hostium ne circumvenire queat, prohibent angustiae loci.*

poca sustentabilidad de los combates de *Rubicón* y *Last Seen in Massilia* en fuentes clásicas nos han decidido a comentar éstos dentro del capítulo dedicado a Principales personajes de la historia, con quienes tales acontecimientos están íntimamente entrelazados más allá de su valor por sí mismas.

Queda como deseo para el futuro que algún día Steven Saylor retome el tema de las guerras serviles y nos presente una obra de tipo revisionista donde, desde la emotividad del protagonista interno, podamos convivir con aquellos otros perdedores de la historia. La evocación de Espartaco, Euno y sus guerras serviles en *El brazo de la justicia* aportan a la novela un telón de fondo épico para una trama eminentemente policiaca y bien construida, pero sabe a muy poco dentro del marco histórico en que la acción de esta novela se circunscribe.

V
ASPECTOS DE
CULTURA Y SOCIEDAD.

1. Arte y arquitectura.

Procederemos a abordar en estas páginas algunos aspectos de cultura y sociedad que los novelistas reflejan en su obra. Por razones de extensión, no será posible abarcar todos los campos temáticos, pero hemos deseado centrarnos en tres que son, sin lugar a dudas, enormemente representativos de la civilización romana: Arte y arquitectura, gastronomía (fisiología del gusto antiguo) y circos y anfiteatros. Comenzaremos aquí con la presencia del arte en la vida de los romanos y la representación que la pintura, la escultura o la arquitectura tienen en estas novelas.

En la mayor parte de los casos las referencias artísticas sirven a los autores para ayudar a completar la verosimilitud de sus novelas, ya que el arte en la vida cotidiana era un hecho en el tiempo en que transcurren estas obras, y lo era por medio de dos vertientes: en primer lugar, porque a partir de la conquista de Grecia los hombres más cultos pronto participaron del gusto por la contemplación artística, y no sólo modificaron su espacio íntimo dentro de la *domus* con pinturas y esculturas de muchas clases, sino que el gusto, la verdadera pasión por la escultura y la pintura pronto invadió los foros de la ciudad de Roma; en segundo lugar, porque la evolución de la arquitectura romana pronto trascendió la influencia etrusca y se amalgamó con la expresividad helenística, de la que tomó no pocos elementos que fueron adaptados al gusto y la mentalidad de los romanos con singulares innovaciones que durante muchos siglos constituyeron el canon arquitectónico. Para los romanos era, pues, inconcebible, una arquitectura que no aunase lo funcional con lo majestuoso, y si bien en la época en que transcurren nuestras novelas el esplendor y recargamiento ornamental no llegaría al hiperbólico deslumbramiento del Imperio, sí es ya una época en la que el arte, como un síntoma de civilización, ya forma parte de la existencia cotidiana, y como tal es recogida por estos autores mediante menciones de interés y extensión variable.

Tres eran, de acuerdo con Friedlaender¹, las misiones que la cultura romana imponía a las artes plásticas, misiones que nacían de tres necesidades fundamentales para la mentalidad nacional, y que Roma difundió por todo el mundo, ayudando en buena medida a que el ancho mundo se subyugara con mayor razón ante el poderío de la Ciudad Eterna: ofrecer a la fe imágenes de sus dioses y decorar dignamente los lugares sagrados; transmitir a la posteridad la memoria de determinados personajes y

¹ Ludwig Friedlaender, *op.cit.* p. 958.

sucesos; embellecer con sus obras no sólo las moradas de los vivos, sino también las de los muertos. Es mayormente a través de la pintura y la escultura como nuestros novelistas cumplen con estas tres necesidades a lo largo de sus obras.

1.1. Referencias a artistas.

A lo largo de las novelas existen alusiones a algunos de los más grandes artistas de la antigüedad, aunque sólo la pintora Iaia llega a tener relevancia e interés, ya que interviene en la acción de la novela de Steven Saylor *El brazo de la justicia*.

El pintor Apeles es recordado mediante un símil en JB 41: “Me incliné sobre la corriente. El agua se remansaba junto a la orilla y reproducía el plácido paisaje con la exactitud cromática de un cuadro de Apeles”. El agua reproduciendo con su brillo el plácido paisaje hace recordar que este pintor aplicaba al final de su trabajo una capa de *atramentum* tan ligera que proporcionaba un brillo, un toque característico y protegía sus pinturas, además, de los corrosivos efectos de la salinidad y de los ambientes dañinos². Apeles fue uno de los grandes pintores de la antigüedad, hasta el punto de que, como recuerda Borrell en su novela, su cromatismo era legendario. Plinio el Viejo le dedica varios capítulos en el libro XXXV de su *Historia Natural*³, libro en el que nos basaremos principalmente para comentar este capítulo dedicado a las artes. Apeles fue contemporáneo de Alejandro Magno, quien no sólo era gran admirador suyo sino que gustaba de frecuentar su estudio y mandó que ningún pintor salvo Apeles hiciese su retrato⁴. Su trazo fino y delicado sin duda está perfectamente recreado en la leyenda de su visita a la casa del pintor Protógenes (*Nat. Hist.* XXXV, 81-2), quien vivía en la isla de Rodas y a quien Apeles conocía sólo por su obra. Al hallarse ausente Protógenes de su estudio, una anciana vigilaba un nuevo cuadro del maestro. Cuando esta mujer preguntó a Apeles a quién debía presentar como su visitante, Apeles se limitó a tomar un pincel y dibujar en el cuadro una línea de extrema delicadeza como seña de identidad⁵. Cuando Protógenes regresó a su estudio y volvió a ver su cuadro, supo que su visitante era el mismísimo Apeles.

² *Nat. Hist.* XXXV, 97: *Inventa eius et ceteris profuere in arte; unum imitari nemo potuit, quod absoluta opera atramento inlinebat ita tenui, ut id ipsum, cum repressum claritatis colorum omnium excitaret custodiretque a pulvere et sordibus, ad manum intuenti demum appareret, sed et luminum ratione magna, ne claritas colorum aciem offenderet veluti per lapidem specularum intuentibus et e longinquo eadem res nimis floridis coloribus austeritatem occulte daret.*

³ *Nat. Hist.* XXXV, 79-98.

⁴ *Nat. Hist.* XXXV, 85: *Fuit enim et comitas illi, propter quam gratior Alexandro Magno frequenter in officinam ventitanti - nam, ut diximus, ab alio se pingi vetuerat edicto - , sed in officina imperite multa disserenti silentium comiter suadebat, rideri eum dicens a pueris, qui colores tererent.*

⁵ *Nat. Hist.* XXXV, 81: *Apelles adreptoque penicillo lineam ex colore duxit summae tenuitatis per tabulam.*

De Apeles conservamos los títulos y la descripción de varios de sus cuadros, transmitidos por Plinio el Viejo entre los capítulos 91-97 de su libro XXXV. Sabemos que César dedicó su legendaria Venus Anadiomene —surgiendo de las aguas— al templo de la diosa, pero la descomposición le afectó y Nerón lo mandó sustituir por otro pintado por Doroteo (*Nat. Hist.* XXXV, 91).

Algunos de los grandes escultores del pasado son recordados en estas novelas, y encajan con el listado de grandes maestros ofrecido por Vitruvio⁶, pero siempre recurriendo a un símil de tipo cultural. En JB At 63 se nos habla de que una nueva escultura de Diana vendrá a sustituir a otra más antigua y humilde: “En ese lugar se alzarán una gigantesca Diana de oro que dejará la Atenea de Fidias al nivel de un juguete de párvulos”. Fidias fue famoso principalmente por dos grandes obras, el Zeus de Olimpia y la Atenea que se hallaba dentro del Partenón, a la que alude Borrell en su cita⁷. El Zeus de Olimpia fue considerado como una de las siete maravillas del mundo antiguo, y como tal es recogida por Higino en *Fabulae* CCXIII, 4: *Signum Iouis Olympii, quod fecit Phidias ex ebore et auro sedens, pedes LX*. De acuerdo con la fama legendaria del talento de Fidias, los dioses que esculpió con una versatilidad que implicaba los más y menos nobles materiales⁸, parecían estar vivos —y esto se convirtió en proverbial, de ahí la cita famosa de Marcial⁹—, o haber incluso posado para el escultor, lo que convirtió al maestro en cita recurrente de las grandes posibilidades del talento humano innato, añadido a las del esfuerzo y la constancia, como entre otros casos demuestra el comentario de Séneca el rétor en *Controversiae* X, v, 8: *Non vidit Phidias Iovem, fecit tamen velut tonantem, nec stetit ante oculos eius Minerva; dignus tamen illa arte animus et concepit deos et exhibuit*. Esa prodigiosa capacidad del escultor se convirtió en proverbial. No es por tanto inverosímil la cita de Borrell, aunque sí la mención que hace el autor español de los párvulos, en clara alusión al nombre con que en España es conocido el grado de preescolar.

Otro de los grandes escultores del canon griego del siglo V a.C. recordado

⁶ Vitruvio, *De architectura* III Praef. 2: *Maxime autem id animadvertere possumus ab antiquis statuariis et pictoribus, quod ex his, qui dignitatis notas et commendationis gratiam habuerunt, aeterna memoria ad posteritatem sunt permanentes, uti Myron, Polyclethus, Phidias, Lysippus ceterique, qui nobilitatem ex arte sunt consecuti*.

⁷ *Nat. Hist.* XXXIV, 54: *Phidias praeter Iovem Olympium, quem nemo aemulatur, fecit ex ebore aequae Minervam Athenis, quae est in Parthenone stans, ex aere vero praeter Amazonem supra dictam Minervam tam eximia pulchritudinis, ut formae cognomen acceperit*.

⁸ La versatilidad genial de Fidias es recordada por Séneca, y puesta como ejemplo didáctico de la sabiduría en *Epist. ad Luc.* LXXXV, 40: *Non ex ebore tantum phidias sciebat facere simulacra: faciebat ex aere; si marmor illi, si adhuc viliorem materiam obtulisses, fecisset, quale ex illa fieri optimum posset: sic sapiens virtutem, si licebit, in divitiis explicabit, si minus, in paupertate; si poterit, in patria, si minus, in exilio; si poterit, imperator, si minus, miles; si poterit, integer, si minus, debilis*.

⁹ Mart. *Epig.* III, xxxv: *Artis Phidiacae toreuma clarum/ pisces aspicias: adde aquam, natabunt*.

mediante una alusión es Mirón, cuyo Discóbolo es evocado para referirse a la belleza masculina del esclavo Alexandros en SS Just 198: “Mientras me vestía aproveché la ocasión para estudiarlo con atención. Aunque su belleza era evidente a simple vista, cuanto más lo miraba, más hermoso me parecía. Su perfección era casi irreal, como si el famoso Discóbolo de Mirón hubiera vuelto a la vida”. El Discóbolo debió de ser muy famoso en la antigüedad, y su fama entre nosotros es debida a la copia romana que se conserva en el Museo Nacional de Roma. También en SS Last 121 Verres definirá a Davo como un joven tan bello que sería digno de posar para Mirón, pero, ¿representando a qué dios?

A model worthy of the great Myron himself. I should like to see him naked. But with what sort of props? He's too grown up for Mercury. His features are not intelligent enough to pass for Apollo. Not coarse enough for Vulcan, or old and worn enough to be Hercules, though perhaps some day... No, I have it! Give him a helmet and a sword and he could be Mars. Yes, especially scowling like that...

Que Mirón era uno de los grandes genios artísticos en el recuerdo del mundo antiguo lo constatan muchas de las citas que recogen su nombre y algunas de sus obras. Se cuenta, incluso, que era tan admirado el realismo de sus broncees que la becerrera que esculpió sobre la acrópolis de Atenas lo parecía con tanta naturalidad que las vacas mugían al verla¹⁰. De esta prodigiosa facultad de inocular vida a sus obras, de ahí la grandeza de fama de Mirón, da fe el sabio Eumolpo en *Satiricón*, LXXXVIII, 5: *Myron, qui paene animas hominum ferarumque aere comprehendit, non invenit heredem*.

Todas estas menciones son, como vemos, adornos del autor para exaltar cierto grado de belleza en comparación con el glorioso canon artístico del mundo antiguo. Su utilización no nos sorprende, ya que si bien en la mayoría de los casos las obras de estos artistas no han sobrevivido hasta llegar a nosotros, o lo han hecho a través de copias del mundo romano tardío, nuestro propio canon de belleza occidental está basando sobre el modelo renacentista, que se inspiró en la escultura clásica para tomar fuerzas. De entre todas estas comparaciones, la más acertada es la que hace Maddox en JMR Mist 87-88:

En la casa de campo de mi padre cercana a Fidena había una escultura antigua de la griega Artemis que se creía obra de Praxíteles; vestida con su escueto atuendo de cazadora, estaba de puntillas, como si persiguiera una presa. De muchacho, aquella figura representaba mi ideal de belleza femenina, con sus delgados y delicados miembros, sus frágiles caderas, sus pequeños y altos senos y su esbeltez. Nunca me han gustado las mujeres de trasero voluminoso, como las Juno o las Venus que la mayoría de los romanos veneran. Claudia era la viva imagen de mi Afrodita de mármol.

¹⁰ Everard M. Upjohn, Paul S. Wingert y Jane Gaston Mahler, *Grecia y Roma. El primer arte europeo*. Barcelona, 1972, Ediciones Daimon y Manuel Tamayo, p. 68.

No cabe duda de que Maddox siente predilección por Praxíteles, ya que se trata del artista más mencionado y recreado por él¹¹. En esta descripción nos proporciona un ideal de belleza que suscribiría la revista *Vogue* inmediatamente y que no llama la atención precisamente por su originalidad, ya que se corresponde absolutamente con el canon actual de belleza femenina contrapuesto al de los años de la postguerra mundial, cuando se impusieron los cuerpos de formas rotundas de las que Sofía Loren o Marilyn Monroe fueron arquetipos, esas Junos o Venus a las que Maddox parece referirse. El mayor interés de esta cita no está en su descripción de aquella estatua atribuida a Praxíteles —que en estos campos de la ficción podemos dar como salida del cincel del maestro—: delgados y delicados miembros, frágiles caderas, pequeños y altos senos, esbeltez..., sino en su parecido con otra descripción parecida en *Satiricón* CXXVI, 15-16, con lo que podemos constatar que Ártemis, la Diana romana, fue el canon de belleza femenina de la antigüedad. No en vano era la hermana gemela de Apolo, que encarnaba el canon de belleza masculina. El fragmento de *Satiricón* es muy ilustrativo, aunque Maddox se quede un poco corto en vigor literario frente a Petronio:

Crines ingenio suo flexi per totos se umeros effuderant, frons minima et quae radices capillorum retro flexerat, supercilia usque ad malarum scripturam currentia et rursus confinio luminum paene permixta, oculi clariores stellis extra lunam fulgentibus, nares paululum inflexae et osculum quale Praxiteles habere Dianam credidit. Iam mentum, iam cervix, iam manus, iam pedum candor intra auri gracile vinculum positus: Parium marmor extintxerat.

Será en el Templo de las Musas de Alejandría donde Maddox nos regale la mejor descripción de una obra digna de Praxíteles por boca de Decio. La descripción no es muy elaborada, pero incide en puntos reseñables acerca del gran escultor y la hallamos entre las páginas 42-44 de esta obra:

I went into the Temple itself. I had never visited the Temple, and so I was completely unprepared for its breathtaking beauty. It was circular, thus giving equal place to each of the nine Muses, whose statues stood around its periphery. (...) These were worthy of Praxiteles. They were carved from the finest white marble, adorned with only the subtlest tints, unlike so many garishly painted statues. This gave them a spectral, almost transparent presence, like spirits seen in a dream. Before each burned a vessel of frankincense, wreathing them in smoke and contributing to their divine appearance. Only their eyes, delicately inlaid with shell and lapis lazuli, shone forth with more than mortal intensity. (...) The statues of the Muses were only slightly larger than life-size, just enough to emphasize that these were not mere mortals.

¹¹ Maddox insiste en JMR Mist 146 en la equiparación de la Ártemis de Praxíteles con la bella Clodia desnuda: “Se volvió despacio y de pronto se convirtió en mi Ártemis esculpida por Praxíteles”.

Como vemos, la delicadeza del conjunto lo hace digno del gran Praxíteles, que fue junto a Escopas y Lisipo uno de los más célebres escultores griegos del siglo IV a. C. Praxíteles debió de ser el más popular, a juzgar por el alto número de obras que de acuerdo con los autores antiguos se le atribuían. Al contrario que Escopas, interesado principalmente en los aspectos más atormentados de la existencia, Praxíteles eligió su vertiente más agradable, por lo que este conjunto escultórico de las Musas está bien atribuido al artista. Praxíteles fue el único escultor importante que prefirió el mármol al bronce, en lo que se volvió maestro. En JMR Tem 44 el escritor dice que “All the Muses were portrayed standing, except for Clio and Urania”. No menciona Maddox que las Musas estén esculpidas junto a algún soporte, algún tronco de árbol disimulado a veces con ropajes sinuosos, algo que llegó a caracterizar el arte escultórico de Praxíteles, como podemos ver en su famoso y único original que nos ha llegado, Hermes portando a Dioniso, que se halla en el Museo de Olimpia. Los críticos describen el estilo de Praxíteles como sinuoso, ya que los cuerpos descansan como sobre una ese, pero de todo esto nada nos cuenta Maddox¹².

Existe un divertido episodio relacionado con el arte, que Saylor recuerda en su novela *El brazo de la justicia*, el de Mumio el Loco, apodado así por su ignorancia supina con respecto al arte, lo que se ha querido ver como modelo paradigmático de hasta qué punto los romanos cultivados del tiempo que nos ocupa eran concedores de las grandes obras griegas del pasado. Fausto Fabio explica la historia entre las páginas 48-50 de la novela de Saylor: este Mumio fue cónsul en tiempo de los Gracos y obtuvo grandes triunfos en las campañas de Hispania y Grecia, hasta el punto de haber sido el primero en exponer las obras de pintura y escultura griega en Roma, y por tanto el introductor en la Urbe de la fascinación por el arte helénico¹³. Fabio pregunta a Gordiano: “¿Nunca has oído hablar de Mumio el Loco, también conocido como Mumio el Bárbaro?” Afortunadamente para los lectores, Gordiano no ha oído hablar de él, por lo que el novelista procede a contar su historia. Si bien no hemos encontrado ningún texto que confirme el apodo de Loco para Mumio, sí hemos encontrado que las fuentes recogen siempre que este Mumio era conocido como Aqueo (Achaicus), en lo que parece tener alguna clase de relación de sentido de extranjería con la palabra bárbaro. Mumio fue famoso por someter a la ciudad de Corinto y arrasar sus museos y obras de arte, además de esclavizar a la ciudad por senadoconsulto¹⁴. En la página 49 Gordiano quiere saber si fue por esa carnicería por la que recibió el apodo de Loco. Nada más lejos.

—No fue por su sed de sangre ni por su crueldad, sino por el descuido con que

¹² Cf. Upjohn, Wingert, Gaston, *op.cit.* pp. 96-101.

¹³ *Nat. Hist.* XXXV, 24: *Tabulis autem externis auctoritatem Romae publice fecit primus omnium L. Mummius, cui cognomen Achaici victoria dedit.*

¹⁴ *Ibidem.*

trasladó las obras de arte a Roma. Valiosísimas estatuas llegaron hechas añicos; las urnas pintadas, llenas de grietas y desportilladas; las joyas arrancadas de los engastes y las preciosas piezas de cristal completamente rotas. ¡Dicen que era incapaz de distinguir un Policleteo de un Polidoro!

—¡Inadmisible!

—No, en serio. Dicen que tanto la Juno de Policleteo como la Venus de Polidoro perdieron la cabeza en el viaje y que cuando Mumio las hizo reconstruir, ordenó a sus hombres que pegaran la cabeza en el cuello de la estatua que no era. (...) Uno de los prisioneros corintios, un viejo enfurecido por la blasfemia, advirtió a Mumio el Loco de su error, pero el general hizo que lo azotaran y lo vendieran para trabajar en las minas. Luego ordenó a sus hombres que dejaran las estatuas tal como estaban, con la excusa de que así tenían mejor aspecto.

La torpeza de Mumio fue celebrada desde antiguo, por lo que la recreación de Saylor es bastante acertada y coherente. Veleyo Patérculo, en *Historiae romanae* I, xiii, 4 hace inciso en este punto: *Mummius tam rudis fuit ut capta Corintho, cum maximorum artificum perfectas manibus tabulas ac statuas in Italiam portandas locaret, iuberet praedici conducentibus, si eas perdidissent, novas eos reddituros*. La Juno de Policleteo tuvo en la antigüedad una fama enorme, hasta el punto de que Marcial hace un encendido encomio de ella¹⁵, por lo que resulta muy comprensible la torpeza de no distinguir un Policleteo de un Polidoro. Policleteo, que trabajó el bronce, fue el creador de un famoso canon de proporción física, de acuerdo con el cual la armonía física dependía de una multitud de relaciones aritméticas: la cabeza debía representar la séptima parte de la altura total de la figura: el pie medía tres veces la longitud de la palma de la mano, la pierna tenía seis palmas desde el pie hasta la rodilla y otras seis desde la rodilla al centro del abdomen. Se trataba de relaciones sencillas, comparables en cierto modo a las del Partenón¹⁶. La brutalidad de Mumio se convirtió en proverbial, como vemos, pero es verdad que el inmenso expolio que llevó a cabo en Corinto supuso el primer contacto masivo del pueblo romano con el arte clásico griego, pues numerosas de estas estatuas adornaron templos en Roma¹⁷.

Hemos dejado para el final a Iaia la pintora, un personaje mencionado en algunas ocasiones por Steven Saylor y que este mismo autor introduce como protagonista secundario en su obra *El brazo de la justicia*. El dibujo que de ella hace el narrador norteamericano es el de una mujer muy poco de su tiempo y más bien del nuestro: independiente, soltera vocacional, entregada a su arte, consagrada profesio-

¹⁵ *Epig.* X, 89: *Iuno labor, Polyclite, tuus et gloria felix, /Phidiacae cuperent quam meruisse manus, /Ore nitet tanto, quanto superasset in Ide /Iudice convictas non dubitante deas. /Iunonem, Polyclite, suam nisi frater amaret, /Iunonem poterat frater amare tuam.*

¹⁶ Cf. Upjohn-Wingert-Gaston, *op.cit.* p. 89.

¹⁷ Julio Frontino, *Stragemata* IV, iii, 15: *L. Mummius, qui Corintho capta non Italiam solum sed etiam provincias tabulis staturisque exornavit, adeo nihil ex tantis manubiis in suum convertit ut filiam eius inopem senatus ex publico dotaverit.*

nalmente, famosa en todo el mundo romano y millonaria. No es difícil simpatizar con esta Iaia la pintora, que tanto nos recuerda a otros espíritus femeninos de nuestro tiempo, intelectuales de gran brillo e independencia como la narradora norteamericana Patricia Highsmith o Susan Sontag. Iaia Cizicena fue un personaje real recordado por Plinio en *Nat. Hist.* XXXV, 147-148, cuando el enciclopedista hace mención de las mujeres que también fueron pintoras. Lo reproducimos entero porque Saylor se ha basado en este párrafo para construir al personaje de Iaia¹⁸, pero también al de su amiga Olimpia, ambas igualmente relacionadas —pero que sepamos, sólo en la ficción— con el culto de la Sibila de Cumas:

[147] Pinxere et mulieres: Timarete, Miconis filia, Dianam, quae in tabula Ephesi est antiquissimae picturae; Irene, Cratini pictoris filia et discipula, puellam, quae est Eleusine, Calypso, senem et praestigiatorum Theodorum, Alcisthenen saltatorem; Aristarete, Nearchi filia et discipula, Aesculapium. Iaia Cyzicena, perpetua virgo, M. Varronis iuventa Romae et penicillo pinxit et cestro in ebore imagines mulierum maxime et Neapoli anum in grandi tabula, suam quoque imaginem ad speculum. [148] Nec ullius velocior in pictura manus fuit, artis vero tantum, ut multum manipretiis antecederet celeberrimos eadem aetate imaginum pictores Sopolim et Dionysium, quorum tabulae pinacothecas implent. Pinxit et quaedam Olympias, de qua hoc solum memoratur, discipulum eius fuisse Autobulum.

Aquí están contenidos muchos de detalles que Saylor disemina por su obra acerca de la legendaria pintora. En el relato *El pequeño César y los piratas*, incluido en el tomo *La casa de las vestales*, encontramos un interesante detalle que sigue a Plinio acerca de la técnica pictórica de Iaia. En SS Vest 127, la acongojada Valeria, madre del secuestrado Espurio, enseña a Gordiano un retrato familiar donde el jovencito también ha sido retratado: “Una pintora llamada Iaia pintó a la familia el año pasado, cuando estábamos de vacaciones en Bayas. —Sonrió, evidentemente orgullosa del parecido. El retrato de grupo se había hecho al encausto, sobre tabla”. Iaia tenía dos técnicas fundamentales: el método habitual con ténpera y pincel (*penicillo pinxit*, dice Plinio) y el encausto sobre marfil (*cestro in ebore*)¹⁹. En este caso el retrato descrito por Saylor está realizado al encausto, pero al ser ejecutado sobre madera se contradice con la noticia de Plinio²⁰.

Iaia era llamada de Cízico, o Cizicena, por haber nacido en esta localidad junto al mar de Mármara²¹. Llegó a Roma cuando Varrón era muy joven, por lo que

¹⁸ Efectivamente, así lo reconoce el novelista en su Nota del Autor, pp. 307-309 de *El brazo de la justicia*: “La *Historia Natural* de Plinio es la guía más completa sobre pinturas, pociones y venenos empleados en aquella época y también me ha aportado mis escasos conocimientos sobre Iaia y Olimpia”.

¹⁹ Cf. nota 11 a párrafo 147, en Pline L’Ancien, *Histoire Naturelle, livre XXXV*. Texte établi, traduit et commenté par Jean-Michel Croiselle. Paris, 1985, Les Belles Lettres.

²⁰ Sobre los dos métodos para pintar al encausto, cf. *Nat. Hist.* XXXV, 149-50.

²¹ Gordiano tiene un recuerdo para ella en SS Cat 37 al comentar un dibujo de su hija Diana como el de una futura Iaia: “Iaia, natural de Cízico, en las lejanas costas del mar de Mármara. Es una gran

Saylor ciñe bien la aparición del personaje dentro de la acción de la novela. Ya no es una mujer joven, pero se ha retirado para disfrutar de su fortuna, como recuerda el personaje de Mumio en SS Just 78-79 poniendo de relieve algunos de los datos proporcionados por Plinio, tales como la especialización en retratos de mujeres, el no haberse casado y la hábil vinculación de Iaia con Olimpia²², que Plinio no hizo pero que Saylor desarrolla con licencia de novelista:

Es de Cízico. Craso dice que hacía furor cuando él era joven y que había pinturas suyas en las mejores casas de Roma y de la Crátera. Estaba especializada en retratos, sobre todo de mujeres. No se ha casado, pero le ha ido muy bien sola. Ahora está retirada y pinta por placer, mientras instruye a su joven ayudante [Olimpia]. Están pintando una antecámara de los baños de las mujeres, como favor a Gelina.

Iaia y Olimpia pintan una antecámara de los baños de la casa de Gelina, pero no es más que un favor que Iaia hace a su amiga, para romper la monotonía de las termas, como explica Iaia en SS Just 125: “Un día, cuando salíamos de los baños, frescas y relajadas, [Gelina] se quejó de la vulgaridad de este recinto. Entonces tuve una visión e imaginé peces por todas partes. Peces volando sobre nuestras cabezas y pulpos retorciéndose a nuestros pies, mientras los delfines nadaban entre las algas”. Muy posiblemente es el arte de Iaia el que convierte a este tema en original, ya que el tema en sí no lo es, puesto que se repetían siempre los mismos temas en las pinturas: nereidas y monstruos marinos en las termas era tan tópico como pintar reproducciones de alimentos en los comedores o cabezas de poetas y sabios en bibliotecas o cuartos de estudio²³. De las nereidas a los peces y delfines —tan propios de los frescos cretenses— no hay más que un paso. Que Iaia pintase principalmente cuadros de mujeres ya lo atestigua Plinio, por lo que debemos pensar que estaba especializada en ello y dominaba con sustancioso beneficio económico tamaño talento. Los pintores, en general, emprendían obras de diverso talante, mitológicas en general y retratos de hombre. Artistas como Sópolis o Dionisio eran llamados *antropographos* porque pintaban retratos de varones²⁴. La propia Iaia, en SS Just 124-125 hace una síntesis, muy interesante para nosotros, de cuáles eran los distintos tipos de pintores en su tiempo y cuál era su consideración social:

De joven no me habría rebajado a pintar al fresco. Pintaba al encausto, sobre lienzo o madera, sirviéndome de un caballete, pero mi mentor me enseñó que jamás debía pintar al fresco en una pared. Decía: “Los pintores de paredes son simples trabajadores, mientras que a los que pintan con caballete se los trata como si fueran las mismísimas manos de Apolo.

pintora, una de las más grandes de nuestros días. La conocí en Bayas”.

²² Esta Olimpia, mencionada por Plinio y que Saylor relaciona con Iaia, es absolutamente desconocida. Cf. Croisille, *op.cit.* nota 4 a capítulo 148.

²³ Friedlaender, *op.cit.* p. 974.

²⁴ Cf. Giovanni Becatti, *El arte romano*. México, 1964, p. 40.

Los pintores de caballete reciben toda la gloria, todo el oro. Adquiere reputación pintando en caballete y todos se apelonarán a tu alrededor como palomas en el Foro". (...) Por supuesto, ahora ya no necesito mendigar para obtener encargos. Amasé una fortuna en los buenos tiempos del pasado. ¿Sabías que en mi mejor época me pagaban más que a Sópolis? Es verdad. Todas las damas ricas de Roma querían que la extraña joven de Cízico les hiciera un retrato. Ahora pinto lo que quiero y cuando quiero.

Ya hemos visto que la referencia a Sópolis y Dionisio la toma Saylor de Plinio, precisamente del párrafo anteriormente entresacado. De estos Sópolis y Dionisio sólo sabemos que debían estar en activo alrededor de 54 a.C., pero no tenemos más datos,²⁵ salvo esta mención de Plinio donde afirma que la fama de Iaia les superaba, aunque éstos “llenaban las pinacotecas”. La primera pregunta de dos que nos vienen a la mente tras leer estas declaraciones de la Iaia de Saylor es: si ella dice que amasó una fortuna, ¿era muy alto el valor de un cuadro? Plinio aseguró en el fragmento antes entresacado que nunca hubo nadie más rápido para pintar que Iaia, lo que nos hace recordar a nuestro Lope de Vega cuando afirmaba que escribía mucho más que cualquiera de sus contemporáneos, y era esto y no otra cosa lo que le permitía vivir con cierta holgura. No es descabellado pensar que Iaia era un caso parecido, una genial artífice cuya rapidez de ejecución no desmerecía de su talento, o viceversa. Aún así, esto no basta para responder a la pregunta de cuánto costaba un cuadro, y si Iaia amasó una fortuna no pudo hacerlo vendiendo miles de cuadros a precio irrisorio. Resulta difícil responder a esta pregunta, pero teniendo en cuenta la altísima consideración que los romanos tenían a los pintores y escultores cabe pensar que una gran obra de un gran pintor o escultor sería pagada a precio de oro. Sabemos, por ejemplo, que Luculo pagó sesenta mil sestercios a su amigo el pintor Arcesilao por una estatua de la diosa Felicitas, obra de este mismo escultor. Según Suetonio, los honorarios pagados por Vespasiano para reparar la Venus de Apeles y la estatua de Nerón fueron muy elevados, aunque Suetonio no proporciona la cifra exacta²⁶. Cabe pensar, por tanto, que no era extraño que viviesen artistas de elevados ingresos que se hacían cotizar muy bien en el mercado, y Iaia estaría entre esos artistas.

La segunda pregunta que nos hacemos al leer las declaraciones de la Iaia de Saylor es ¿por qué esa dicotomía entre los pintores de caballete (“manos de Apolo”) y los pintores de frescos murales, que se nos presentan como pintores de brocha gorda? Esta actitud parece no hacer justicia a nuestro entendimiento, ya que no nos cuesta disfrutar contemplando los bellísimos frescos de Pompeya, y no pensamos al hallarnos frente a ellos que esos artistas lo fueran de brocha gorda. Sin embargo, debemos tener en cuenta que la necesidad por el arte de la sociedad romana educada llegó a ser tan grande que pronto no sólo los edificios públicos y foros estaban re-

²⁵ Cf. Croisille, *op.cit.* notas 2 y 3 al capítulo 148.

²⁶ Cf. Friedlaender, *op.cit.* p. 979.

cargados de obras de arte, sino que también en el propio hogar era muy raro que el dueño de la casa no mandase pintar frescos o incrustar suelos de mosaico. El artista particular, el que trabajaba a domicilio y pintaba frescos sobre las paredes era más bien un artesano antes que un artista, y sus ingresos no debían ser tan pingües como los de una Iaia de Cízico²⁷. La obra del pintor de frescos estaba, por su naturaleza, condenada al interior del hogar y a la contemplación del reducido círculo de la familia y las amistades más cercanas. El pintor de caballete, por contra, era un artista para el público de las pinacotecas, para la grandeza de la nación, para el disfrute de todos²⁸. Las paradojas de la vida han permitido que de estos grandes nada nos quede, y que nuestro mayor y más íntimo conocimiento de la pintura romana provenga, precisamente, de la admiración de los frescos y los mosaicos que han llegado a nosotros.

En cuanto a la obra de Iaia, nada ha sobrevivido salvo su fama y la noticia de Plinio de dos de sus cuadros: uno, el gran cuadro de una anciana, y otro, su propio autorretrato frente a un espejo. Quizá el primero es recreado por Saylor en SS Just 104, pero esto es indemostrable. En esa página Gordiano describe un retrato de Gelina: “En el fondo se alzaba el Vesubio, con el cielo azul arriba y el mar verdoso abajo, mientras la imagen de Gelina irradiaba una profunda sensación de elegancia y serenidad. Era evidente que la autora se sentía muy orgullosa de su trabajo, pues en el rincón inferior derecho se leía IAIA CIZICENA. Escribía las aes con caprichoso ringorringo, inclinado el trazo horizontal hacia la derecha”.

Es precisamente Gelina, durante una comida en SS Just 91, quien describe la obra de Iaia en los baños: “En las cuatro paredes, desde el suelo hasta el techo, hay pulpos, calamares y delfines haciendo cabriolas. Hace que me sienta tan serena y protegida como si estuviera en el fondo del mar. Y unos matices del azul... marino, celeste, verdoso como las algas. ¡Me encanta el azul!” La descripción recuerda, definitivamente, a los frescos del palacio de Cnosos que Iaia no pudo conocer, pero esta clase de decoración, principalmente en las termas, fue de uso muy común.

Si bien en los primeros años de la fascinación de Roma por el arte griego los gustos más conservadores clamaron contra el lujo artístico frente a las nuevas ten-

²⁷ Muchos de estos artistas artesanos eran esclavos, lo que abarataba el precio de producción. En un edicto de Diocleciano hallamos que se regulan los salarios de los obreros que decoraban artísticamente las casas. Así, vemos que el salario del estucador era el mismo que el del albañil, el carpintero o el calero, que el panadero y el errero. El del mosaquista sólo una quinta parte más alto, el del modelador de barro o estuco la mitad mayor, y el del pintor de cuadros triple que aquel. Cf. Friedlaender, *op.cit.* p. 978.

²⁸ Esto lo explica Plinio, fuente principal de Steven Saylor, en *Nat. Hist.* XXXV, 118: *Sed nulla gloria artificum est nisi qui tabulas pinxere. Eo venerabilior antiquitatis prudentia apparet. Non enim parietes excolebant dominis tantum nec domos uno in loco mansuras, quae ex incendiis rapi non possent. Casa Protogenes contentus erat in hortulo suo; nulla in Apellis tectoriis pictura erat. Nondum libebat parietes totos tinguere; omnium eorum ars urbibus excubabat, pictorque res*

dencias, de lo que serían ejemplos paradigmáticos las manifestaciones de Catón el viejo y las del círculo de los Escipiones, más del agrado de los nuevos gustos artísticos²⁹. El mismo Cicerón era un frenético comprador de arte —ya que no un sensible degustador del mismo, paradoja que confirma lo profundamente arraigado que estaba ya en su tiempo la compra de obras de arte para decorar las casas privadas—, y en su finca en Arpino decoró toda una galería con pinturas murales y estatuas de personajes famosos. Ático compró para él algunos Hércules de mármol pentélico y una Atenea. Una vez el orador mostró su descontento acerca de un Sileno y unas Bacantes esculpidas para él por Fadio Galo, pues le parecían demasiado inadecuadas para su Academia³⁰. No es por ello sorprendente que Saylor describa el despacho de Cicerón de la siguiente manera en SS Ap 80: “Se precisa ser rico de verdad para tener una fuente decorada con mosaicos espolvoreados con oro, colgar una pintura de Iaia de Cízico en la pared del despacho o exponer en la misma mesa, cubierta por una gruesa lámina de cristal, un fragmento del papiro original de un diálogo con correcciones manuscritas de Platón”.

Ese cuadro de Iaia propiedad de Cicerón, ese lujo notorio, será descrito de manera sintética en SS Ap 82 como de temática pastoril, pero sin más detalles: “El cuadro de Iaia representaba un pastorcillo quitándose una espina del pie”. Saylor no lo dice, pero el tema es recurrente en el arte antiguo, y se ha conservado una famosa escultura conocida como *El niño de la espina*, la cual se encuentra en el Museo del Capitolio de Roma.

1.2. Obras de arte.

Las obras de arte, en general, no cobran una relevante importancia dentro de estas obras salvo en dos ocasiones un poco pintorescas: en la novela de Joaquín Borrell *La esclava de azul* el renombrado general Elio Manlio Helvético recibe el día de su cumpleaños una estatua de Venus con la siguiente leyenda en el pedestal: “Que la paz y la ventura reinen siempre en esta casa”; sin embargo, horas más tardes Manlio aparece asesinado bajo la estatua, la Venus se ha transformado en una estatua de Némesis, y en el pedestal ahora puede leerse: “La venganza de Noviodunum te ha alcanzado”. Poco nos cuenta Borrell de la estatua de Némesis salvo en JB Azul 44: “horrible representación de la diosa Némesis, con gesto amenazador y la cara contorsionada en una mueca de ira”, lo cual no es una descripción que vaya más allá del tópico. Nada nos cuenta de la Venus, que debía de ser oronda a nuestro entender, ya que en realidad aquella estatua de la lúbrica divinidad escondía debajo,

communis terrarum erat.

²⁹ Cf. Becatti, *op.cit.* p. 19.

³⁰ Cf. Friedlaender, *op.cit.* p. 917.

bajo una gruesa capa de yeso, a la terrible representación de Némesis.

Si bien en esta novela de Borrell la primera sospechosa es la diosa Némesis, como cree la hija del fallecido en JB Azul 44, en *El brazo de la justicia* será realmente un busto de Hércules el que acabe con la cabeza y la vida de Lucio Licinio, un busto que Gordiano el Sabueso describe en SS Just 104, pues se halla en el despacho de Licinio, ahora ocupado por un preocupado Craso que revisa las cuentas que Licinio dejó al morir:

A ambos lados de la mesa había sendos pedestales bajos y gruesos sobre los que se alzaban bronceas estatuillas del tamaño del antebrazo de un hombre. Craso había arrojado descuidadamente la clámide sobre la de la izquierda, de modo que no podía verla, pero la de la derecha representaba a Hércules con la clava al hombro, cubierto sólo con una piel de león, con la cabeza del león como capucha y las patas alrededor del cuello. Era una obra extraña para una biblioteca, pero de una calidad indiscutible. Las crines del león se habían modelado con minuciosidad y la textura de la piel contrastaba con la lisa musculatura del semidiós. Según pude observar, Lucio Licinio había sido tan descuidado con las obras de arte como con la contabilidad, pues daba la impresión de que la estriada piel de la leonina cabeza comenzaba a oxidarse.

Esta es la primera vez que se menciona la cabeza del Hércules, objeto homicida a la vista de todos y donde Saylor juega con la clave de *La carta robada*, de Poe. No es cierto que la estriada piel de la cabeza comenzase a oxidarse, como acabará comprobando Gordiano al examinarla detenidamente en SS Just 106, sino que se trata de los restos de sangre seca del desdichado Licinio. Nada tenemos que comentar acerca de la representación de Hércules, que con la clava, la piel de león y la cabeza del mismo corresponde a la representación tradicional. Es verdad, como anota Gordiano, que es extraño objeto para una biblioteca, ya que para las mismas eran muy comunes las reproducciones de bustos de Minerva, de las Musas o de grandes personalidades intelectuales del pasado³¹. Esto mismo se ve, por ejemplo, en JB At 6: “En un extremo del despacho, sobre una columna dórica, la diosa Palas Atenea me contemplaba con reproche desde el esmalte de un ánfora, como si censurase mi demora en el retorno”. Las dos Minervas más importantes de estas obras aparecen en casa de Cicerón —quizá comprada por Ático³²— y en la de Gordiano, quien a su vez la heredó de su viejo amigo Lucio Claudio. Sin lugar a dudas es la de Gordiano la que tiene el honor de tener la descripción más interesante en SS Ap 69-70 en donde

³¹ El primero en introducir en Roma la costumbre del busto, siguiendo el ejemplo de los reyes de Alejandría y Pérgamo, fue Asinio Polión, quien también fue el primero en fundar una biblioteca y en querer recrear los rostros de los genios del pasado en máximo grado ideal. Cf. Plinio, *Nat. Hist.* XXXV, 9-10.

³² La descripción la hallamos en SS Sang 243, cuando Gordiano nos describe el dormitorio de Cicerón: “Era tan austero como el que me había ofrecido. La única concesión al lujo era un pequeño y privado jardín adjunto con una diminuta fuente cuyas aguas reflejaban la cara pensativa de la Miner-

la diosa, de cuerpo entero, aparece representada con todos sus atributos: “Miré hacia la estatua. La diosa virgen destacaba en colores tan reales que casi parecía respirar. En su mano tenía una lanza apuntando al cielo y en la otra un escudo. Una lechuza se apoyaba en uno de sus hombros. Una serpiente se enroscaba en sus pies. Tenía los ojos protegidos del sol del mediodía por la visera de su empenachado casco”. Otra descripción de la misma estatua la encontraremos en SS Rub 32-3, y desarrollada con casi idénticas palabras. Esta estatua tendrá gran importancia simbólica durante toda la acción de la novela *Rubicón*, ya que Minerva la diosa de la sabiduría conoce el terrible secreto que atormenta a Gordiano, y en más de una ocasión la misma diosa parecerá reprocharle al Sabueso su culpabilidad.

Las bronceas estatuillas mencionadas por Gordiano en el despacho de Licinio no debían de ser precisamente grandes obras de arte, puesto que el mismo Craso reconocerá más tarde en SS Just 106 que se trata de una copia que mandó hacer del original, que posee en su villa de Faleri. Estos nos conduce a comentar que las copias eran muy comunes en el mundo romano a partir de los originales más famosos, razón por la cual nuestro conocimiento aproximado de muchas esculturas griegas nos viene dado de las copias romanas que han tenido la suerte de sobrevivir, pero que en su mayor parte no son sino un pálido reflejo. Por ejemplo, en la novena región, cerca de lo que hoy es la Piazza Navona, había numerosos talleres de escultores en los que se han hallado estatuas, cabezas terminadas o abocetadas³³. El trabajo de la copia de originales escultóricos requería de un alto número de artistas y artesanos bajo la dirección de un maestro común hasta el punto de que había operarios encargados exclusivamente de colocar los ojos a las estatuas, ojos que se fabricaban con un material de color³⁴.

Pero no sólo eso, sino que las figurillas de bronce o de barro llegaban a producirse en serie a partir de modelos que eran importados desde la Urbe y que volaban a todos los puntos del mundo romano, donde se han encontrado idénticos modelos repetidos una y mil veces³⁵. En estas novelas se mencionan, como es natural, más objetos de artesanía de estas características, aunque siempre en circunstancias irrelevantes y destacando principalmente las divinidades de la vegetación: Pan y Sileno en casa de Clodia, en SS Ven 100; de Venus y Priapo como amuletos de nuevo en casa de Clodia, pero esta vez en Maddox, JMR Mist 40; de nuevo Priapo descrito en JMR Mist 138:

Se hallaba de pie junto a una estatua de bronce de Priapo, cuyo enorme falo se erguía reluciente a la luz de las lámparas. Esa clase de figuras solían decorar los jardines. En

va que se erguía encima”.

³³ Cf. Friedlaender, *op.cit.* pp. 965-966.

³⁴ Cf. Friedlaender, *op.cit.* p. 977.

³⁵ Cf. Friedlaender, *op.cit.* pp. 974-975.

este caso, dado que el dios aparecía en el acto de untarse el descomunal miembro con aceite de una jarra, era evidente que pretendía ser erótico antes que símbolo del poder procreador del hombre.

La verdad es que Priapo es una divinidad simpática, y estos autores no dejan pasar la ocasión de presentárnoslo en ambientes poco púdicos, cuando no en burdeles y en jardines. Las figurillas, en fin, tienen un doble valor: votivo o lúdico. Dentro de su valor votivo llama la atención la presentación de una representación del castrado Atis en SS Ven 138: “Era una estatuilla votiva de Atis, el castrado consorte de Cibele, de pie, con las manos apoyadas en su abultado vientre y tocado con el tradicional gorro frigio de color rojo, de punta caída hacia adelante”. Dentro de su valor lúdico, hallamos un gracioso ejemplo en unas figuritas mencionadas en SS Cat 77-78 de elefantes y arqueros, juego de mesa donde se representan cartagineses con arco y flechas y elefantes, fabricados en bronce y regalo de Cicerón a Gordiano.

En general la representación de la escultura dentro de estas novelas se corresponde con los dioses mayores del Panteón, con lo que podemos decir que es completamente de influencia helénica, puesto que la gran aportación de la escultura romana fue la del retrato realista, y en este campo apenas encontramos insignificantes alusiones no descriptivas a unas estatuas masculinas con toga³⁶, tapadas con sábanas por la celebración de los rituales de Bona Dea en la casa del Pontifex Maximus, en JMR Sac 85, y la alusión sin más detalle a una estatua del Primer Ciudadano en JMR Sac 125. Entre la preponderancia de las estatuas de dioses y la absoluta ausencia del retrato realista romano³⁷, queda en medio la categoría de las divinidades de la vegetación, que se nota que son muy del agrado de los autores, quizá porque para la conservadora sociedad norteamericana actual resulta muy “chocante” que los itifálicos faunos, Priapos y Panes estuviesen integrados sin complejos dentro de la sociedad griega y romana³⁸.

De toda la demás lista de divinidades mayores mencionadas, entre un con-

³⁶ El autor aprovecha para mencionar también, tapada con mayor razón, la estatua de un Priapo.

³⁷ Podríamos incluir dentro del retrato realista dos bustos más, aunque con las lógicas reservas por tratarse de dos personajes griegos pertenecientes al ya remoto pasado helénico. Del primero, Alejandro Magno, Gordiano nos dice en SS Sang 195 que se trataba de una reproducción tan mala que su rostro era abúlico y sus cabellos parecían más bien indómitos sarmientos en vez de cabellera; la de Heródoto, en JMR Sat 109 es, sin embargo, una magnífica representación del sentimiento antihelénico en la antigua Roma, y podría tener otras connotaciones culturales más contemporáneas, ya que el comentario es desde nuestro punto de vista absolutamente despreciable: “I walked over to one of the arches and looked down over the bustle of the Forum while leaning against the bust of Herodotus. The old Greek didn't seem to approve of Rome's prosperity from the way he was scowling. He probably thought Athens should be running things. Well, it's just what they deserved for being political and military idiots”.

³⁸ Tenemos la descripción de un fauno, esculpido en una fuente, en SS Just 51; en la casa de Clodia no podía faltar otro, en JMR Sat 73. Una sucinta descripción de un Priapo, ya lo hemos dicho, la hallamos en JMR Sac 85. Las estatuas de Priapos eran también comunes en Pompeya.

junto de menciones sin relevancia, encontramos características significativas en las de Júpiter, Venus y Saturno.

Júpiter está bien representado por su aparente vinculación al triunfo contra la conjura de Catilina, aparente colaboración del dios —agradecido por su estatua nueva— que Cicerón manipuló brillantemente en las páginas de su *Catilinaria* y que Steven Saylor sintetiza en SS Cat 389-390. También Maddox recurre a ella, ya que se trata de una celeberrima anécdota al servicio del sistema político oficial. En JMR Con 172: “Levanté la mirada hacia el Capitolio, donde la nueva escultura de Júpiter por fin se había instalado en su lugar, y observé que el boquete de la pared ya había sido cerrado. Los harúspices habían anunciado que el nuevo Júpiter nos avisaría de los peligros que corría el estado”. Más adelante, en JMR Con 242, Decio visitará la nueva estatua:

Subí hasta el Capitolio y entré en el templo de Júpiter Capitolino. En el recinto sólo había un esclavo que, aproximadamente cada hora, comprobaba el nivel de aceites de las lámparas y recortaba las mechas.

La nueva estatua de Júpiter, costeadada por el gran Catulo, era hermosa, muy semejante a la antigua, aunque casi el doble de grande. Había sido esculpida al modo tradicional, tomando como modelo el legendario Zeus Olímpico de Fidias. El cuerpo del dios estaba tallado en alabastro, y su ropaje en pórfido. Tenía el cabello y la barba revestidos de pan de oro, y sus ojos eran lapislázulis incrustados. A la vacilante luz de la lámpara, casi parecía respirar.

Tomé un puñado de incienso en polvo de un bol de bronce y lo arrojé al brasero que ardía a los pies de la escultura. Los harúspices habían anunciado que ese nuevo Júpiter nos advertiría de los peligros que acecharan al estado, pero cuando el humo ascendió no indicó nada.

Se trata, aunque no lo parezca, de la más brillante descripción de una estatua en todas estas novelas detectivescas. Decio no recibe ninguna respuesta del dios, pero sin embargo su escepticismo aparente quedará desmentido, pues en SS Sac 101 Decio regresará al templo y nos contará tres cuartas partes de lo mismo, aunque apostillando entonces que “The haruspices had declared that a new statue of the god was necessary to protect the state and protect plots against the constitution. They must have been right, because no sooner had the statue been tamped in place than the conspiracy of Catilina was exposed”.

El “gran Catulo” al que se refiere Decio no es, como ya sabemos, quien con el tiempo ha acabado por convertirse en el verdadero gran Catulo. No se trata del poeta de Verona sino de Quinto Lutacio Cátulo Capitolino (cónsul en 78 a.C.), quien recibió precisamente este *cognomen* por subvencionar la nueva escultura. Y es que eran los ricos y poderosos quienes tenían sobre todo la obligación de embellecer las ciudades, y mucho más la gran Roma. La ambición por ocupar cargos públicos y verse premiados con recompensas o coronas estimulaba a muchos a contribuir con la

ejecución de obras públicas hasta el punto de que muchas veces esto les costaba la ruina. Desde las obras más humildes, hasta las más costosas quedan muchos testimonios de subvenciones particulares que levantaron templos, pórticos, teatros, puentes... Tal fue el caso de Lutacio Cátulo (los filólogos clásicos distinguen por el acento a este Cátulo del poeta Catulo), aunque también sabemos que los menos pudientes también contribuían en lo que buenamente podían para hacer más bellas sus ciudades con obras de tipo menor, pavimentando calles, instalando relojes de sol, y un largo etcétera³⁹.

Venus también destaca en la novela que le consagró Steven Saylor, *La suerte de Venus*, pero no sólo porque es la obra donde se exponen los amores entre Lesbia y Catulo el poeta, y donde se nos describe una hermosa escultura de la divinidad, sino porque Lesbia/Clodia posee una estatua de Venus en su jardín a la que da un uso un tanto especial. Nos lo cuenta Catulo de Verona en SS Ven 220-222. Una noche, mientras Clodia duerme, el poeta siente cómo ella le corta un mechón de vello púbico. Después la sigue hasta el jardín, donde observa que el pedestal de la Venus tiene un compartimento secreto, donde guarda su pequeño tesoro:

Más tarde regresé al jardín y vi lo que allí guardaba. Los poemas que le había enviado. Cartas de otros amantes. Joyas, peinetas, regalos infantiles que debía de haberle dado su hermano cuando eran niños. ¡Sus queridos trofeos! (...) Quise destruirlo todo (...). Quise coger todos sus tesoros y arrojarlos al brasero para ver cómo se convertían en llamas. Pero no pude. Sentía los ojos de la diosa clavados en mí. Bajé del pedestal y la miré a la cara. Dejé sus recuerdos intactos. Si los destruía, sabía que nunca me perdonaría.

La famosa estatua “ennegrecida por el tiempo” de Saturno, que se conservaba en su templo es mencionada por Maddox en dos de las novelas, en JRM Con 20, momento en que Maddox aprovecha para explicar la razón por las cuales la antiquísima imagen del dios está vendada: “Se supone que las vendas [de lana] le impiden abandonar el territorio romano. Sólo se desatan durante las Saturnales”. En JMR Sat 124 el autor desarrollará un poco más esta idea:

Through the doorway we could just see the huge, ancient, age-blackened image of the god, his pruning knife in his hand. Ceremoniously, the priest and his attendants removed the bands of woolen cloth that wound around the god’s leg and lower body. In the dim past we captured Saturn from a neighboring town, so his feet were bound to keep him from leaving Roman territory. Only on his festival was he loosed.

Otras menciones a esculturas se hallan diseminadas en los textos⁴⁰, pero ca-

³⁹ Cf. Friedlaender, *op.cit.* pp. 902-903 y ss. donde se nos proporciona un buen número de casos concretos de obras públicas subvencionadas por ciudadanos de todas clases, principalmente ricos.

⁴⁰ La escultura del buey en el Foro Boario en SS Just 25; la estatua de Apolo en Cumas, en SS Just 150; una imagen de Júpiter en JMR Con 14; la estatua de la Victoria en JMR Con 138; escultura de

recen de total relevancia desde el punto de vista descriptivo, por lo que pasaremos al tema de la pintura, también escasamente abordado.

Salvo en el caso de la pintora Iaia, con todas las interesantes reflexiones que ella hace y que hemos visto en la novela de Steven Saylor, ciertamente no es la pintura muy destacada en estas obras, por no decir que está muy olvidada y no se le da el especial relieve que tuvo en la sociedad romana desde lo tiempos de Fabio Pictor⁴¹, hasta el punto de que Plinio el Viejo le dedica la mayor parte del libro XXXV de su magna obra. Pasando por alto dos alusiones no descriptivas a pintadas pornográficas en SS Sang 105 y 297, encontramos una insustancial descripción de un típico Priapo pintado en un burdel en SS Sang 125: “Contemplé la pintura que había en la pared de enfrente, Priapo acosando a un grupo de cortesanas desnudas y aterradas por la descomunal hortaliza que brotaba en oblicuo de la entrepierna del dios”.

La casa de Clodia, suntuosamente decorada, da pie a la descripción de dos frescos, el primero en JMR Mist 139:

Había observado la decoración, que no era la que cabía esperar del apartamento de una dama patricia; ni siquiera del de una dama plebeya. Los frescos de las paredes, magníficamente pintados por uno de los mejores artistas griegos, representaban parejas y grupos de personas que copulaban en todas las posiciones imaginables. Las parejas no siempre eran del sexo opuesto, y en una escena asombrosa aparecía una mujer que entretenía a tres hombres simultáneamente. Esa clase de decoración era bastante común en los burdeles, aunque raras veces poseía tal calidad. Tampoco era insólita en el dormitorio de los solteros más desinhibidos. Desde luego, no era corriente verla en la sala principal de las casas, respetables o no. A nosotros, los romanos, pocas cosas nos escandalizan, salvo los actos de nuestras mujeres.

La fantasía de los autores bien puede desbordarse todo lo que quiera con vistas a provocar estímulos en el lector, pero en este caso no hay mucha de la misma. De la popularidad de los frescos que decoraban las paredes de los hogares dan prueba numerosos de ellos en Pompeya, así como también de la temática tan gráfica de muchos de estos frescos pornográficos que, como bien dice Decio, eran exclusivos de los burdeles. En este caso el sentido viene dado de la necesidad de Maddox de hacer explícito el carácter de mujer libertina más que liberada que ha deseado imprimir a la hermana de Clodio Pulcher, “malo” oficial de la serie. Decio no menciona el nombre del gran pintor griego, pero no es extraño que su autor sea de orígenes helénicos, pues en la época que nos ocupa algunos vivían en Roma, y los cuadros de los grandes pintores eran muy codiciados, de lo que se desprende que había ya una

Belona, en JMR Con 222; busto de Alejandro Magno con su rostro en una esfinge, en JMR Sac 96, y con cuernos en JMR Tem 83; finalmente, la insustancial mención de las estatuas de Apolo, Atenea y Hermes.

⁴¹ Fabio Pictor fue el primer romano que se dedicó a la pintura, como menciona Plinio en *Nat. Hist.* XXXV, 19.

percepción elevada del arte entre los miembros de los círculos más elevados⁴².

De acuerdo con las historias del arte, los estilos de la pintura romana fueron cuatro⁴³. El primero predominó hasta el 80 a.C. y era puramente helénico. Paneles a un solo color y motivos estampados dividen el muro en zonas horizontales, imitando losas de mármol y otras formas de decoración arquitectónica.

El segundo estilo, más arquitectónico, predominaría en los setenta años siguientes. Se ha conjeturado la posible influencia de la decoración teatral, las columnas, arcadas, entablamentos y frontones pintados en técnica de *trompe-l'oeil* o efecto visual que encuadran paisajes o grupos de personajes que cubren toda la superficie del muro. Este estilo llegaría a desarrollarse con gran riqueza en el tiempo de Augusto. Se ha conservado los seis pasajes de la *Odisea*, paneles separados por pilastras y columnas pintadas en rojo o en otros colores planos. La perspectiva y la profundidad se sugieren por medio de colores contrastados.

El tercer estilo es llamado ornamental, y surgió alrededor de 10 d. C. Los elementos arquitectónicos en *trompe-l'oeil* se subordinarán entonces a la decoración pura, a veces desempeñando la función de simple encuadramiento con respecto a la composición propiamente dicha.

La mayor parte de las pinturas de Pompeya pertenecen al cuarto estilo, llamado estilo flavio, que apareció en 50 d.C. Los elementos arquitectónicos con técnica *trompe-l'oeil* son ya por entero imaginarios, con columnas muy esbeltas y numerosos arabescos. En los paneles que se alargan horizontalmente las escenas se desarrollan sobre fondos lisos, rojo vivo o negro.

En JMR Sat 75 encontramos la descripción de otro mural que parece corresponderse con el segundo estilo. Nótese la apreciación de Decio acerca de que se trata de un estilo que se está poniendo de moda. Superada la sobriedad del primer estilo, comienza a imponerse la fantasía y la representación figurada de espacios adicionales, además de adornos de tipo floral o vegetal. A Decio parece no gustarle en demasía:

Some of the guests were admiring the wall paintings. These, at least, were not forbiddingly expensive and had been applied to smooth out the effect of knocking three different rooms into one. They were of a style just coming into fashion: a black background with ornamental pillars painted on at intervals. The pillars were strangely spindly and elongated, as if they had been stretched. Here and there along their length were little platforms holding potted plants and bowls of fruit, similarly elongated. Atop the pillars were fanciful terminals consisting of stacked globes or drooping cones. I suppose they were intended to be whimsical, but I found the style dreamlike and faintly disorienting, as if you were seeing something you half-remembered and couldn't quite place.

⁴² Cf. Becatti, *op.cit.* p. 38.

⁴³ Para el siguiente resumen me baso en Upjohn, Wingert, Gaston, *op.cit.* pp. 197-198.

Uno de los usos más lógicos y deslumbrantes que tenía la pintura en Roma era el de la glorificación personal. Los generales victoriosos mandaban pintar sus proezas y éstas eran expuestas en el Foro. El primero de ellos en hacerlo fue Manio Valerio Máximo Mesala, que expuso sobre una pared de la Curia Hostilia un cuadro donde representaba su batalla contra los cartagineses. Lucio Escipión presentó un cuadro representando algunos de sus grandes momentos de su victoria asiática, y la lista se hizo más grande con el tiempo⁴⁴. Es Maddox quien aborda este aspecto en JMR Con 30-31, recalcando la graciosa manipulación que se hace de la realidad. Se trata, por supuesto, de esa autoglorificación antes mencionada:

En el centro del jardín habían instalado las pinturas de la batalla de Luculo que se habían traído con el triunfo. Me acerqué para examinarlas; pronto encenderían las antorchas, que proporcionarían una iluminación excelente para intrigar o seducir, pero no para apreciar el arte.

Aquellas enormes tablas habían sido encargadas a los mejores estudios de Atenas y Rodas. Plasmaban con viveza y detalle las batallas más importantes de las campañas contra Mitrídates y Tigranes. Luculo era representado en medio de la acción, en un tamaño un poco mayor del natural, al igual que los reyes extranjeros, que siempre aparecían en aterrada huida. Como era habitual, los artistas griegos habían pintado a los soldados romanos armados como los guerreros de la época de Alejandro, o incluso anterior, con petos musculados, casco con algo penacho, gran escudo redondo y lanza larga. Los bárbaros muertos y desmembrados que llenaban la parte inferior de cada panel estaban pintados de un modo muy realista.

—Bien ejecutados ¿no te parece? (...)

—Hermoso —dije—. Pero los artistas deberían tomarse la molestia de averiguar qué aspecto tienen los soldados romanos antes de pintarlos.

—Sería igual —observó él—. A los artistas griegos se les enseña a reverenciar lo ideal y pintar lo que es hermoso. El equipo militar romano es feo y funcional, de modo que ellos prefieren plasmar los elegantes diseños de la antigüedad. —se inclinó para mirar de cerca una imagen de Luculo— ¿Lo ves?, el general aparece como un apuesto joven, y ése no era el aspecto que ofrecía cuando hablé con él hace unos minutos.

El texto, además de para presentarnos a Luculo como un vanidoso, sirve igualmente para remarcar la diferencia entre el espíritu heleno, idealista, y el romano más práctico. Se les ha definido como el goce desinteresado, en el primer caso, frente a la señal de posesión. El arte griego sería una búsqueda de la forma bella y armoniosa, mientras que el romano estaba caracterizado por lo útil y lo colosal, en una búsqueda de la fuerza y de lo perdurable⁴⁵.

Queda por mencionar una interesante descripción de una obra de arte de estilo etrusco, cultura de la que los romanos tomaron numerosos elementos y que predominó durante un periodo. En JMR Con 59 Decio se adentra

⁴⁴ Plinio el Viejo, *Nat. Hist.* 22 y ss.

⁴⁵ Cf. Georges Hacquard, *op.cit.* p. 158.

en una pequeña cámara con las paredes decoradas con descoloridas pinturas de dioses y demonios al estilo etrusco. Un fresco representaba a un hombre que, con los ojos vendados, era atacado por un perro o lobo sujeto con una correa por una figura con la nariz y las orejas largas de un demonio de la muerte. En otro, dos hombres desnudos aparecían enzarzados en un combate mortal mientras hombres y mujeres con vestimenta sacerdotal lo contemplaban; un contendiente atravesaba con la espada el cuerpo de su oponente, a quien tenía agarrado por el cuello, al tiempo que éste le clavaba la suya en el muslo. La sangre brotaba profusamente de ambas heridas. En la tercera pared, un guerrero con armadura antigua asía del pelo a un prisionero maniatado y le cortaba el cuello con la espada.

La descripción guarda cierto parecido con la pintura que decora el sarcófago de las amazonas, obra del siglo IV a.C. que se halla en el Museo Arqueológico de Florencia. El demonio de la muerte debe de ser Charun, la versión etrusca del Caronte griego y más tarde también romano. Maddox no pone en boca de Decio más descripción de la pintura, salvo el énfasis que pone en el excesivo dramatismo de los frescos. Las figuras eran representadas multitud de veces de perfil, y su técnica era conmovedoramente rudimentaria, como recuerda D.H. Lawrence en sus *Paseos etruscos*: “El artista etrusco pintaba con pincel o raspaba, quizás con la uña, todo el entorno de sus figuras sobre el estuco blando y aplicaba luego el color al fresco. De modo que debían trabajar rápidamente”⁴⁶.

Hemos dejado para el final hablar de uno de los más conocidos obsesos coleccionistas de arte del mundo antiguo, alguien que no podía faltar en las páginas de ninguna saga sobre la época: Gayo Verres, quien, como hemos visto al hablar de personajes históricos, fue gobernador en Sicilia y durante su cargo se dedicó a expropiar los grandes tesoros de la isla, hasta el punto de que los sicilianos le demandaron y fueron defendidos por Cicerón. Verres no esperó a que el juicio terminara, como ya hemos visto, sino que huyó mucho antes a Massilia, donde Steven Saylor lo describe viviendo en medio del boato propio de un verdadero sátrapa, y por supuesto rodeado de impresionantes obras de arte. La descripción la hallamos en SS Last 119-20, y en ella Gordiano da constancia de una vivienda absolutamente opulenta donde puede distinguir bustos de Pericles, Esquilo y Homero, estatuas y pinturas por doquier, éstas últimas consistentes en retratos, escenas pastorales, episodios de la *Iliada* y la *Odisea*, escenas eróticas, y sobre todo, estatuas por todas partes apiñadas en hileras de manera absurda, nos explica Gordiano: una Diana con su arco y su flecha junto a un Júpiter sentado y rodeados de oscuros bustos de políticos sicilianos. Se trata del botín de Verres, no hay duda, y en este caos que nos propone Saylor creemos recordar las imágenes finales de *Ciudadano Kane*, donde los tesoros acumulados durante

⁴⁶ D. H. Lawrence, “De paseo por Etruria”, selección de Antonio Castro tomada de D.H. Lawrence, *Paseos etruscos*. Buenos Aires, 1961, Mirasol, y aparecida en *Saber Ver*, 3 (vol. II), pp. 11-34. México, 1999.

décadas por Foster Kane crean un paisaje abigarrado y enloquecedor. La profusión de estatuas es tal que Gordiano concluirá en SS Last 120 explicando que “I had the peculiar feeling of having stumbled into a very crowded but ominously silent house party, where the strange mix of guests were all made of bronze and marble —gods and animals, dying Gauls and cavorting satyrs, nude athletes and long-dead playwrights”. El shock que causará a Gordiano ver esta acumulación de obras de arte, entre ellas las representaciones de los dioses, le conducirá a una interesante reflexión acerca de la conservación del arte y de su singularidad también en SS Last 120: “It was a kind of blasphemy to treat works of art, especially images of the gods, in such a fashion, with no respect for their unique power and singularity”.

En el Verres que nos presenta Saylor existe mucho de erotomanía por el arte, una recreación embelesada en la belleza artística que contiene mucho de sublimación de otros muchos apetitos, o al menos tal lectura se desprende cuando este personaje comienza preguntarse en voz alta cuál es la razón que ha conducido a Gordiano hasta su “humilde morada en el destierro” (SS Last 122):

I suppose I can guess why you've come. Not to see my ivory Jupiter from Cyzicus, or the Apollo I brought back from Syracuse; nor to savor the beauty of my Ephesian Alexander, or experience the very rare sight of my miniature Medusa, which was executed by a student of Praxiteles. Did you know that the snakes on her head were carved from solid carnelian? Incredibly delicate! The largest is no thicker than my little finger. The Syracusans said the snakes were sure to break if I dared to move her, but not one of them suffered even a chip when I shipped her to Rome... and then here to Massilia.

1.3. Arquitectura.

De entre todas las artes fue la arquitectura la que adquirió preponderancia en la civilización romana. Si en todas las demás los romanos eran deudores de la civilización griega, fue en la arquitectura que Roma aventajó en boato y utililidad a todos los pueblos de su tiempo y del pasado. Fue considerada como el arte más honorable, y Cicerón mismo la parangonaba con la medicina. En palabras de Friedlaender: “La arquitectura es el único arte que los romanos ejercieron creativamente, como apropiado a sus dotes nacionales, el único que podía servir eficazmente a los grandes fines del estado y de la dominación mundial y el único, además, capaz de expresar el pensamiento de la hegemonía de Roma sobre el mundo”⁴⁷. La arquitectura romana, nacida de las necesidades urbanas, sólo tuvo el defecto de su sentido decorativo, tan lejos como estaban de la sensibilidad de los griegos, y con mucha frecuencia confundieron ornamentación con profusión.⁴⁸

⁴⁷ Friedlaender, *op.cit.* p. 983.

⁴⁸ Cf. Upjohn, Wingert, Gaston, *op.cit.* p. 161-162.

Los primeros templos romanos datan del siglo VI. Deseosos de que el Capitolio resultara lo más grandioso y ornamentado, a fines de ese siglo llamaron expresamente desde Veyo al escultor Vulca para que modelara la estatua de Júpiter, la cuadriga para el acroterio y las terracotas para los revestimientos del techo de madera. Los rústicos romanos de aquel tiempo quedaron estupefactos de admiración al contemplar los resultados de aquella empresa, y aquella admiración sembró una semilla que evolucionaría en fastuosidad con el transcurso de los siglos⁴⁹. Los primeros templos romanos, construidos por los etruscos, son cúbicos, compuestos por un pórtico abierto para observar el cielo, y de un santuario tapiado o *cella* que podía estar dividido en tres habitaciones si el templo estaba dedicado a una tríada. Los etruscos introdujeron en Roma la bóveda de cañón, de orígenes orientales, para usos restringidos: pasadizos, alcantarillas, acueductos o puertas de ciudades. Nunca para la vivienda o los edificios de culto⁵⁰.

La arquitectura romana viviría su segunda gran influencia desde los etruscos cuando hacia el año 100 comienza a verse influido por la civilización helénica. Generalizando⁵¹, los rasgos característicos de la arquitectura romana fueron el uso del arco y la bóveda, con lo que los edificios romanos presentaban aspectos más variados que los griegos. Se produjo la asimilación de los tres órdenes griegos, siendo el más frecuente el orden corintio; el jónico vería acortada la altura de los capiteles, y el dórico adquiriría collarino en el capitel y basa en la columna, pasando a caracterizar el estilo toscano.

Los templos eran generalmente rectangulares, pero también redondos — como el de Vesta—. La *cella* está decorada con columnas semiadossadas al muro. La escalera que hay frente al pórtico tiene un número impar de escalones, para que comenzando a ascender con el pie derecho se llegue arriba con el mismo pie.

Las basílicas eran lugares de reunión que servían de Tribunal, de Bolsa de comercio y de lugar de paseo. Es el anexo indispensable de la plaza pública para los días de mal tiempo. La primera en ser construida fue la Basílica Porcia, que mandó levantar Catón el censor en el siglo II. A partir de entonces la construcción de basílicas fue un medio para atraerse el fervor popular.

Pórticos: galerías con columnas que se abren sobre un espacio descubierto. Pueden ser anexas a otro edificio, construidas al borde de una plaza o de una calle.

Circos: éstos, que serán comentados en el capítulo correspondiente, fueron la construcción preponderante de la civilización romana y tienen forma de rectángulo alargado con la característica *spina*.

Teatros: el primero de piedra fue construido por Pompeyo en 55 a.C. De

⁴⁹ Cf. Becatti, *op.cit.* p. 6.

⁵⁰ Cf. Hacquard, *op.cit.* p. 52. En esa misma página aparece un sencillo plano del templo de la época, con la *cella* dividida en tres estancias, para Juno, Júpiter y Minerva.

forma semicircular, estaban elevados sobre el suelo y no excavados en una colina, como los griegos. Las gradas tenían el nombre de *cavea*.

Arcos de triunfo: forma original del arte romano, éstos comienzan a ser construidos a finales del siglo II. Se trata de una puerta monumental, construida primero de madera y luego de piedra, para acoger a un *imperator* que regresa victorioso. Ocasionalmente también fueron levantadas columnas triunfales, como la columna de Duilio.

1.3.1. Templos.

1.3.1.1. Templo de Cástor.

No resulta sorprendente que sean los templos las obras arquitectónicas más mencionadas en estas novelas, teniendo en cuenta la importancia que el aspecto mitológico y religioso reviste en ellas. Haremos aquí un comentario de los datos proporcionados por estos autores de los templos que destacan con mayor insistencia.

El templo de Cástor y Pólux es recordado principalmente por Maddox⁵², que también hace una alusión a su historia en JMR Sac 137:

The temple of Castor is the most beautiful in Rome. It had been built over four hundred years before, in gratitude for our victory at Lake Regillus. Actually, its full name was the Temple of Castor and Pollux, but nobody bothers with poor old Pollux, who, like Remus, is the forgotten brother of the Twins. I found Julia standing atop the steps, between two of the tall, slender columns.

Debemos empezar comentando que existían dos templos de Cástor, pero que uno de ellos era muy poco importante, estaba en el Circo Flamini y de él sólo hallamos una referencia en Vitruvio como edificio de estructura un poco singular, ya que contaba con columnas a ambos lados de la pronaos⁵³. El templo al que se refiere Decio como uno de los más bellos de Roma es, efectivamente, el que se hallaba en la esquina sureste del Foro, cerca de la fuente Iuturna. Como cuenta Decio, el origen de su existencia se remonta al 499 a.C., cuando los Dióscuros se aparecieron en ese punto ante el *dictator* Postumio después de la batalla del lago Regilo, hecho al que alude Maddox. El templo fue construido en 484 por el hijo de Postumio⁵⁴. El nombre oficial del templo era templo de Cástor (*aedes Castoris*), a pesar de haber sido

⁵¹ Tomamos estos datos de Hacquard, *op.cit.* pp. 158-9.

⁵² Steven Saylor también menciona este templo en SS Ap 313, pero no es más que una mención no denotativa enmarcada en una descripción general del Foro.

⁵³ Vitruvio, *De architectura* IV, viii, 4.

⁵⁴ Livio II, xx, 12 y xlii, 5.

consagrado en honor de ambos hermanos, hecho que recuerda Decio graciosamente y que se basa en la autoridad de Suetonio, *Div. Iul. X, 1: Ut enim geminis fratribus aedes in foro constituta tantum Castoris vocaretur, ita suam Caesarisque munificentiam unius Caesaris dici*. El templo fue restaurado por L. Cecilio Metelo — antepasado de Decio— en 117 a.C.⁵⁵. Las medidas del templo eran 50 metros de largo por 30 de ancho, y de su antigua gloria sólo han llegado hasta nosotros tres columnas de mármol blanco, altas y delgadas (12.5 metros de altura y 1.45 de diámetro)⁵⁶, como las que describe Decio y entre las cuales le espera su amada Julia. Quizá sean en la imaginación de Maddox las columnas que han sobrevivido hasta nuestros días.

1.3.1.2. Templo de Esculapio.

El templo de Esculapio acaba por ser en estas novelas el hospital privado de Decio el joven, ya que su amigo el médico Asclepíodes sirve en el mismo, y allí atiende al protagonista de las novelas de Maddox cuando éste sobrevive a las arrebatijas que mantiene con sus enemigos, principalmente con Clodio Pulcher. La descripción más interesante del mismo la hallamos en JMR Sat 208:

The temple of Aesculapius had the serenity possible only to a temple that is built upon an island. The majestic, dignified temple towered above the curiously ship-shaped walls that enclosed the long and tapering island, complete with ram and rudder, all of stone. The plantings of the temple grounds were among the finest to be seen anywhere in or near the City. The cedars, imported all the way from the Levant, were especially stately.

I arrived just as the priests and staff were finishing a morning ceremony that included the sacrifice of the traditional cock. The ceremony was in the greek fashion and was conducted entirely in Greek, in the dialect of Epidaurus, whence the god had come to Rome.

El templo fue erigido en el año 291 a.C. En el año 293 se había declarado una peste en Roma, por lo que en 292 fue mandada a Epidauro una legación para que trajese la estatua del dios, pero la embajada regresó sin la estatua y con una serpiente de Epidauro que abandonó el barco y llegó hasta la isla del Tíber⁵⁷. Esta es la

⁵⁵ Cicerón, *Verrinas I*, 154.

⁵⁶ Ball Platner, *op.cit.* s.v. Aedes Castoris.

⁵⁷ Este episodio es ampliamente desarrollado por Ovidio en *Met.* XV, 622-744; más sucintamente nos lo cuenta Valerio Máximo en *Facta et dicta memorabilia I*, viii, 2: *Tum legati perinde atque exoptatae rei conpotes expleta gratiarum actione cultuque anguis a peritis excepto laeti inde solverunt, ac prosperam emensi navigationem postquam Antium appulerunt, anguis, qui ubique in navigio remanserat, prolapsus in vestibulo aedis Aesculapii murto frequentibus ramis diffusae superimminentem excelsae altitudinis palmam circumdedit perque tres dies, positus quibus vesci solebat, non sine magno metu legatorum ne inde in triremem reverti nollet, Antiensis templi hospicio usus, urbi se nostrae aduehendum restituit atque in ripam Tiberis egressis legatis in insulam, ubi templum dicatum est, tranavit adventuque suo tempestatem, cui remedio quaesitus erat, dispulit.*

razón de que la ceremonia de sacrificio sea llevada a cabo con vestiduras griegas y en dialecto de Epidauro, como apunta Decio al recordar que de allí llegó el dios. También la representación que se nos hace de la divinidad en JMR Con 187 se corresponde con esta historia: “Cuando desperté vi a un anciano caballero, barbudo, con semblante serio, inclinado sobre un bastón en que aparecía una serpiente tallada. El anciano medía unos sesenta centímetros de altura y era de mármol. Me hallaba en el templo de Esculapio, en la isla del Tíber”.

Toda la isla estaba consagrada al dios por aquel acontecimiento tan fantástico, y al hallarse fuera del *pomerium* era el lugar de recepción oficial de embajadores extranjeros⁵⁸. De su valor representativo como centro del cuerpo de médicos en Roma, da testimonio Maddox en JMR Con 219: “Nos encontrábamos en el templo de Esculapio, en la isla. La parte trasera del edificio se dedicaba a alojamientos, bibliotecas y despachos para los sacerdotes y médicos, junto con salones de lectura y jardines para cultivar plantas medicinales”.

1.3.1.3. Templo de Jano.

Sin duda uno de los templos más importantes y carismáticos de la antigua Roma. Maddox recuerda su característica principal en JMR Con 18 y JMR Sat 230: sus puertas permanecían siempre abiertas porque Roma siempre estaba implicada en alguna guerra. Reproducimos aquí el texto de JMR Con 18 por ser el de mayor interés, ya que el segundo incide simplemente en los mismos puntos:

Pasé por delante del templo de Jano, la más romana de las deidades, cuyos dos rostros miraban por las puertas delanteras y traseras abiertas. Éstas sólo se cerraban cuando no había soldados romanos en guerra en ninguna parte del mundo. Ignoraba qué aspecto ofrecía el templo con las puertas selladas, ya que nunca lo habían estado en toda mi vida. En realidad, no se habían cerrado desde el reinado de Numa Pompilio, que había construido el templo más de seiscientos años atrás. Se contaba la leyenda de que las puertas habían estado cerradas unos días durante su reinado.

Que Jano es la más romana de las deidades, en palabras de Decio, es cierto y guarda reminiscencias de las palabras de Ovidio en *Fasti* I, 89-90: *Quem tamen esse deum te dicam, Iane biformis?/nam tibi par nullum Graecia numen habet*. Sabemos que existían tres pasajes o *iani* que comunicaban el Foro Romano con el Foro de César, que se hallaba en el Argileto, y donde estaba el único pasaje que tenía un altar con una efigie dedicada al dios y a la que Varrón llamaba *Porta Ianualis*⁵⁹. La explicación de que las puertas de su templo estén abiertas o cerradas las proporciona el propio Maddox en el texto, y su costumbre se remonta, como tantas otras de la reli-

⁵⁸ Tal fue el caso de los embajadores de Perseo en 170 a. C. A este respecto, cf. Livio XLI, 22.

⁵⁹ Cf. notas 72 y 77 de Marcos Casquero a *Fastos* I.

gión romana, al mítico rey Numa. Decio no podía saberlo en el momento en que transcurre la acción de la novela comentada, pero Augusto volvería a cerrar las puertas del templo de Jano en tres ocasiones⁶⁰, siendo la más celebrada la primera, el 11 de enero de 29 a.C. A Ovidio le debemos una fantástica explicación en *Fasti* I, 277-288 del hecho de abrir o cerrar las puertas. También existió un *aedes Iani*, llamado *templum* por Tácito, que se hallaba en el Foro Holitorio, y fue construido por C. Duilio⁶¹ tras su victoria sobre los cartagineses. Augusto emprendería reformas a este templo que serían terminadas por Tiberio, y el mismo Augusto mandaría comprar una escultura de Escopas o Praxíteles⁶². No se tiene noticia de otro templo de Jano anterior a éste. Seis columnas de este antiguo templo se conservan todavía adosadas a las espaldas de la iglesia de San Nicola in Carcere⁶³.

1.3.1.4. Templo de Júpiter Capitolino.

La descripción más habilidosa de una estatua se la debemos a Maddox cuando describe el Júpiter de su templo en el Capitolio, como ya hemos visto a propósito de JMR Con 242. El templo estaba consagrado, con mayor propiedad, a la tríada capitolina, compuesta por Júpiter, Juno y Minerva, y las tres divinidades compartían la *cella* dividida en tres estancias, siendo la del centro la dedicada a Júpiter. En JMR Mist 61 Maddox nos cuenta la ubicación del templo: “Levanté la vista para admirar el templo de Júpiter sobre el monte Capitolino; con todo su esplendor, se alzaba sobre el ominoso precipicio de la Roca Tarpeya”. Se trataba de uno de los templos más antiguos de Roma, como recuerda Maddox en JMR Sac 101, pues fue construido por el legendario Tarquinio Prisco después de una batalla contra los sabinos, pero concluido por Tarquinio el Soberbio⁶⁴. Pronto el templo se convirtió en el centro del sistema religioso romano durante toda la República y el Imperio, y los cónsules ofrecían en él sus primeros sacrificios, el senado se reunía dentro de él para celebrar asambleas solemnes y era el destino final de las procesiones triunfales⁶⁵. El templo era la manifestación más sublime de la grandeza de Roma y de la eternidad

⁶⁰ Cf. nota 80 a *Fastos* I.

⁶¹ Tácito, *Anales* II, 49: *Isdem temporibus deum aedes vetustate aut igni abolitas coeptasque ab Augusto dedicavit, Libero Liberaeque et Cereri iuxta circum maximum, quam A. Postumius dictator voverat, eodemque in loco aedem Florae ab Lucio et Marco Publiciis aedilibus constitutam, et Iano templum, quod apud forum holitorium C. Duilius struxerat, qui primus rem Romanam prospere mari gessit triumphumque navalem de Poenis meruit.*

⁶² Plinio, *Nat. Hist.* XXXVI, xxviii: *Par haesitatio est in templo Apollinis Sosiani, Niobae liberos morientes Scopas an Praxiteles fecerit; item Ianus pater, in suo templo dicatus ab Augusto ex Aegypto advectus, utrius manu sit, iam quidem et auro occultatus.*

⁶³ Cf. Ball Platner, *op.cit.* s.v. Ianus.

⁶⁴ Livio I, xxxviii, 6-7: *Et aream ad aedem in Capitolio Iovis, quam voverat bello Sabino, iam praesagiente animo futuram olim amplitudinem loci occupat fundamentis.*

⁶⁵ Cf. Ball Platner, *op.cit.* s.v. Jupiter Capitolinus.

de su poderío, y así fue considerado desde que en las primeras obras fue hallada una cabeza humana perfectamente conservada, lo que vino a ser interpretado como que Roma llegaría a ser cabeza del mundo⁶⁶.

El templo pasó desde los tiempos de Tarquinio el Soberbio hasta el final del periodo republicano —y aun después, pero ya excede el alcance de este marco temporal— por diversas vicisitudes y avatares, como recuerda Maddox en JMR Mist 18:

Me abrí paso hacia el templo de Júpiter Capitolino (...). Cubriéndome la cabeza con la toga, entré en el interior lúgubre y lleno de humo del viejo edificio. En este templo casi me creía en presencia de mis antepasados Cecilios, que habían habitado el pueblo de casas de madera y tejado de paja de la antigua Roma y celebrado sus ritos en aquel altar. Me refiero, por supuesto, al templo tal y como era antes de las más modernas restauraciones que lo han convertido en una mediocre réplica de un templo griego consagrado a Zeus.

La mención de Maddox a los antiguos Cecilios, salpimentada con la referencia a aquel primitivo pueblo de casas de madera y techos de paja colorea muy bien lo remotamente arcaico del culto a Júpiter en su propio templo. Efectivamente, el templo tuvo modernas restauraciones, como el escritor afirma, pero también las hubo muy antiguas, pues ya hemos visto cómo desde el principio se erigió en símbolo de la eternidad de Roma, y ésta no podía deteriorarse. En 179 a.C. los muros y columnas fueron recubiertos de estuco⁶⁷. Posteriormente los suelos de la *cella* fueron cubiertos de mosaico, y el techo en 142 fue embellecido con dorados⁶⁸. Entre sus desgracias se contó el incendio que sufrió el 6 de julio de 83 a.C., como recuerda Tácito en *Historiae* III, 72. Incendio en que ardió por completo la primitiva estatua del dios, así como los libros sibilinos que se guardaban en un cofre. El templo fue reconstruido parcialmente por Sila, aunque su mayor reconstructor, así como quien pagó la nueva estatua de Júpiter, fue Quinto Lutacio Cátulo, a quien se dedicó el templo en 69 a.C. y cuyo nombre fue inscrito sobre la entrada. Este es el templo al que entra Decio en este pasaje de la novela, no aquel austero reducto del dios.

Ya hemos visto el apartado correspondiente la estatua de Júpiter, pero más adelante Decio hace un comentario en JMR Sac 101 donde afirma que tiempo ha el santuario no tenía imagen divina: “This was one of the oldest of our temples, exceeded in antiquity perhaps only by the Temple of Vesta. It had been rebuilt many times, and at one time had been a sanctuary containing no image, for the practice of

⁶⁶ Livio I, lv, 5-6: *Hoc perpetuitatis auspicio accepto secutum aliud magnitudinem imperii portendens prodigium est: caput humanum integra facie aperientibus fundamenta templi dicitur apparuisse. Quae visa species haud per ambages arcem eam imperii caputque rerum fore portendebat, idque ita cecinere vates, quique in urbe erant quosque ad eam rem consultandam ex Etruria acciverant.*

⁶⁷ Livio XLI, 3: *[M. Aemilius Lepidus] aedem Iovis in Capitolio, columnasque circa poliendas albo locavit; et ab his columnis, quae incommode opposita videbantur, signa amovit clipeaque de columnis et signa militaria adfixa omnis generis dempsit.*

⁶⁸ Cf. Ball Platner, *op. cit.* s.v.

giving our gods the form of human beings was relatively recent”.

Sin embargo, desde tiempos muy arcaicos hubo dentro de la *cella* una estatua del dios, hecha de terracota primero y atribuida a Vulca de Veyes, el primer escultor que vieron los romanos; esta estatua tenía un rayo en la mano derecha y su rostro era pintado de rojo en días festivos⁶⁹, luego de bronce posiblemente en 296, según Livio⁷⁰, y que fue alcanzada por un rayo en 275 según cuenta Cicerón en *De divinatione* I, 10; y finalmente —la que comenta Decio— de oro y marfil y en postura sedente, mandada hacer a un artista griego e imitativa de aquel legendario Zeus de Olimpia. No hay mayores menciones al templo en Maddox, salvo un invocación al dios en JMR Sat 256 y el detalle de que Decio, como buen romano creyente, se acerca todos los días al templo a contemplar los sacrificios⁷¹.

1.3.1.5. Templo de Vertumno.

Existe en Maddox una escuetísima alusión en JMR Sac 161: “The alley opened onto a small plaza in front of a temple of Vertumnus”. Por otra parte, no dice que sea el templo de Vertumno, sino “un templo de Vertumno”, por lo que la indefinición es mayor aún. Había un templo de Vertumno en el Vicus Loreti Maioris, en el monte Aventino, supuestamente en la parte noroeste⁷². En él había un retrato de M. Fulvio Flaco vestido como *triumphator*. Puesto que Vortumno era divinidad de los volsinienses, y Fulvio Flaco celebró su triunfo sobre ellos en 264 a.C. se cree que el templo había sido construido por él cuando la imagen del dios llegó a Roma⁷³.

1.3.1.6. Templo de Belona.

Existieron varios templos en Roma dedicados a Belona⁷⁴, pero no cabe duda de que el más importante fue el construido por Apio Claudio el Ciego. Su descendiente Claudia Pulcher lo contará en SS Ven 169:

Si miras abajo, más allá del borde del precipicio, podrás ver un trozo del muro de ladrillo que rodea el cementerio de los Claudios, donde hemos estado. ¿Lo ves, allí? Y un poco más allá, el templo de Belona, construido en la misma porción de tierra por uno de mis

⁶⁹ Ovidio, *Fasti* I, 201-2; Plinio, *Nat. Hist.* XXXIII, 111-112.

⁷⁰ Livio X, xxiii, 12.

⁷¹ En JMR Con 206: “El templo de Júpiter situado cerca de mi casa y a que asistía para presenciar los sacrificios casi todas las mañanas, sólo contaba con cinco sacerdotes; un hombre nacido libre, dos libertos y dos esclavos”.

⁷² Cf. Ball Platner, *op.cit.* s.v. Aedes Vortumni.

⁷³ Propertio IV, ii, 3.

⁷⁴ Cf. Ball Platner, *op.cit.* s.v. Bellona, aedes; Bellona Pulvinensis, aedes; Bellona Rufilia, aedes y Bellona, sacellum.

antepasados, el Apio Claudio que salió victorioso contra los etruscos hace doscientos años. En vez de celebrar un desfile triunfal, mandó construir un templo, corriendo con todos los gastos; el templo lo dedicó a la diosa de la guerra, Belona, y lo ofreció al pueblo de Roma. Sila tenía una especial predilección por Belona, ¿lo sabías? A ella le atribuyó sus victorias. Recuerdo que en una ocasión dijo a mi padre: “Dale las gracias a tu antepasado en mi nombre la próxima vez que hables con él por construir para Belona un lugar tan hermoso donde vivir”.

Belona era encarnación belicosa y fiera de la guerra, la versión femenina de Marte, como resulta fácil de ver en la relación etimológica entre su nombre y la palabra *bellum*. Es verdad que el templo fue construido por Apio Claudio el Ciego algunos años después de su victoria contra los etruscos en 296 a.C. (“hace doscientos años”, dice la Clodia de Saylor a ojo de buen cubero)⁷⁵. El lugar exacto en que estaba ubicado el templo es impreciso, pues no han sido hallados restos arquitectónicos ni epigráficos del mismo⁷⁶, aunque se han elaborado diversas conjeturas de acuerdo con los testimonios de los autores antiguos. Probablemente se hallaba a medio camino entre la esquina noreste del Circo Flamínio y la Petronia Amnis⁷⁷, un arroyo que tenía su origen en un manantial, la *Cati fons*, en la ladera oeste del monte Quirinal, y que corría a través de todo el Campo de Marte hasta el Tiber⁷⁸.

1.3. 2. Basílicas.

1.3.2.1. La basílica Porcia (SS Ap 55).

Algunas de las más importantes basílicas son mencionadas en estas obras, aunque no cabe duda de que es la primera de todas, la basílica Porcia, la que tiene la representación más importante, concretamente en SS Ap 55, donde Gordiano es testigo de los terribles acontecimientos que vive la ciudad de Roma tras el asesinato de Publio Clodio. La Curia del Senado es incendiada, y con ella la basílica Porcia:

El viento cambió de dirección. Las llamas se extendieron hacia el área norte del Senado, hacia la basílica Porcia, uno de los magníficos edificios del Foro, de 130 años de antigüedad, la primera basílica construida. Sus rasgos distintivos (la larga nave acabada en ábsi-

⁷⁵ El episodio lo narra Livio con vibrante nervio en X, xix. La invocación de Claudio y sus consecuencias la encontramos en 17 y ss: *Dicitur Appius in medio pugnae discrimine, ita ut inter prima signa manibus ad caelum sublatis conspiceretur, ita precatus esse: 'Bellona, si hodie nobis victoriam duis, ast ego tibi templum voveo'*.

⁷⁶ De acuerdo con Ball Platner, *op.cit.* s.v. Bellona, aedes.

⁷⁷ Cf. Ball Platner, *op.cit. ibidem*.

⁷⁸ Festo, *Epitoma*, s.v. Petronia amnis: *Petronia amnis est in Tiberim perfluens, quam magistratus auspiciato transeunt, cum in campo quid agere volunt; quod genus auspici peremne vocatur*. Cf. también Festo, *Epitoma* 45: *Cati fons ex quo aqua Petronia in Tiberim fluit dictus quod in agro fuerit Cati*.

de con naves laterales a ambos lados con columnata) ahora aparecían reproducidos por los edificios de todo el Imperio. Muchos de los prestamistas más ricos del mundo conservaban su sede central en la Basílica Porcia. Las llamas no tardaron en reducir su venerable majestad a un ardiente montón de escombros.

Fueron los prestamistas, supe luego, desesperados por salvar lo que quedaba de sus documentos, los que finalmente organizaron un amplio contingente de libertos y esclavos para combatir las llamas. Obrando así, por puro egoísmo, habían salvado una gran parte de Roma de desaparecer con el humo.

Los datos que proporciona Saylor en el texto son fidedignos. La basílica Porcia, la más antigua de Roma y modelo de todas las demás —que a pesar de todo presentaron numerosas variantes— fue mandada construir por Catón el viejo en 184 a.C. con propósitos judiciales y comerciales, y su levantamiento no estuvo exento de mucha oposición⁷⁹. De acuerdo con Ball Platner⁸⁰, se hallaba del lado oeste de la Curia —Saylor cuenta que se hallaba hacia el área norte del Senado— y los terrenos sobre los que se construyó fueron comprados por Catón y ocupados por tiendas y dos casas particulares, las de Maenius y Titius. Ball Platner supone que la basílica Porcia, que efectivamente fue destruida durante la incineración de Clodio, nunca fue reconstruida, ya que no existen menciones posteriores a ella después de aquel incidente terrible.

1.3.2.1. La basílica Porcia (SS Ap 55).

I went to the basilicas and asked questions and eventually ended up in the Basilica Opimia, where several of the praetors-elected were conferring, making their final arrangements for the ordering of their courts. Some of them had already assumed the purple-bordered toga of curule office; others were waiting until the beginning of the new year.

La basílica Opimia fue posiblemente construida por el cónsul L. Opimio en 121 a.C., en la misma época en que él mandó reconstruir el templo de la Concordia. La basílica debía de estar ubicada al norte del templo, conjunto de edificios al que probablemente se refería Cicerón cuando mencionaba en *Pro Sestio* 140: “celeberrimum monumentum Opimi”, de donde se entiende la palabra *celeberrimum* como muy frecuentado⁸¹.

⁷⁹ Livio XXXIX, xlv, 7 y ss.: *Cato atria duo, Maenium et Titium, in lautumiis, et quattuor tabernas in publicum emit basilicamque ibi fecit, quae Porcia appellata est. Et vectigalia summis pretiis, ultro tributa infimis locaverunt. Quas locationes cum senatus precibus et lacrimis victus publicanorum induci et de integro locari iussisset, censores, edicto summotis ab hasta qui ludificati priorem locationem erant, omnia eadem paulum imminutis pretiis locaverunt. Nobilis censura fuit simultatiumque plena, quae M. Porcium, cui acerbitas ea adsignabatur, per omnem vitam exercuerunt.*

⁸⁰ Cf. Ball Platner, *op.cit.* s.v. Basilicae.

⁸¹ Cf. Ball Platner, *op.cit.* s.v. Basilicae.

1.3.2.3. *La basílica Sempronia (JMR, Sat 126).*

Julia laughed until tears ran down her face while, our arms around each others' waists, we lurched around until we found a wine booth in front of the Basilica Sempronia, bought two rough clay cups full of even rougher wine, and sat on the base of a statue of Fabius Cunctator at the corner of the basilica steps. The old boy got his odd title, "the delayer", from being so cautious about engaging Hannibal in combat. It was a rare case of a Roman leader being honored with a title for showing some plain good sense.

Esta basílica fue levantada por Tiberio Sempronio Graco detrás de las Tabernae veteres, en 170 a.C. y cerca de una escultura de Vortumno, sin que hayamos podido constatar la existencia de una estatua del célebre Cunctator. Esta basílica ocupaba el lugar en que una vez había estado ubicada la casa de Escipión el Africano y algunas tiendas más. Que era lugar de comercios es cierto, por lo que no desentona el hecho de que Decio y Julia compren vino en los alrededores. Nada más se sabe de la historia del edificio, que debió de ser demolido para la edificación de la basílica Julia, cuyas obras comenzaron alrededor de 54 a.C.

1.3.2.4. *La Basílica Emilia (JMR, Sac 162).*

The great, hulking building just ahead of me was the Basilica Aemilia. I was looking at its unornamented rear, and I knew that if I could just get past it, I would be in the Forum, where even Publius Clodius might hesitate to murder me. (...) Then I was past the basilica and down its steps and onto one of the wooden trial platforms in front of it. And, just my luck, there was a trial in progress.

Poca es la información proporcionada por el autor sobre la basílica, ya que "voluminoso edificio (*hulking building*)" no es demasiado ilustrativo, ni lo es tampoco el hecho realmente indemostrable de que su parte posterior careciese de ornamento. La basílica Emilia pertenecía al grupo de edificios que comunicaban con el Foro Romano, como bien dice el autor, de ahí la razón de que Decio se vea salvado de los secuaces de Clodio al encontrarse con que, para su buena fortuna, se celebra un juicio sobre una de las habituales plataformas de madera. La basílica Emilia se hallaba, como todavía lo hacen sus exiguas ruinas, en el lado norte del Foro, entre la Curia y el templo de Faustina. Su construcción data del 179 a.C., cuando el censor M. Fulvio Nobilior mandó construir la basílica, aunque desde entonces y hasta edad tardía fue conocida como la basílica Emilia y Fulvia⁸², lo que ha hecho suponer que M. Emilio Lépido, colega de Fulvio durante su censura, también participó de manera decisiva en la dirección de las obras, así como en sufragar su costo. En 78 a.C. Emilio Lépido, descendiente del anterior, decoró la basílica con escudos y retratos de su

⁸² Cf. Ball Platner, *op.cit.* s.v. Basilica Aemilia.

antepasado, de acuerdo con Plinio en *Nat. Hist XXXV*, xiii; pero fue en 55 a.C. cuando el edil L. Emilio Paulo, hermano del triunviro, llevó a cabo los mayores añadidos con dinero ganado por César en su campaña de las Galias⁸³. A pesar del realce en belleza que ganó, fue su hijo L. Emilio Lépido Paulo quien concluyó su tarea, pasando desde entonces a ser conocida también como basílica *Paulli*, nombre que quizá fuese el más popular⁸⁴.

1.4. Conclusión.

El arte y la arquitectura tienen, como hemos podido observar, una importancia menor dentro del transcurso de las novelas. Salvo en el caso de *El brazo de la justicia*, donde la pintora Iaia es un personaje absolutamente integrado dentro de la acción y con una relevancia absoluta a la hora de revelar el misterio de la Sibila de Cumas, el mundo de los pintores y de los artistas (mucho más el de los arquitectos) no obtiene protagonismo ni en Maddox ni en Saylor ni en Borrell (en este último caso, también es destacable la importancia dramática de una estatua de Némesis, como ya hemos visto antes). No es sorprendente llegar a esta conclusión, ya que para nuestros autores son los acontecimientos y personajes históricos quienes representan el centro de atención.

En el caso de la pintura y la escultura, como hemos visto, tienen una función primordialmente ornamental dentro de la obra. Salvo en el caso de Luculo y de Verres, donde para el primero el arte es un lujo más dentro de una vida de lujos, y para el segundo una expresión desbordada de su megalomanía, la pintura y la escultura son elementos de referencia ornamental y estas referencias están principalmente basadas en el valioso libro XXXV de Plinio y en testimonios contemporáneos de segunda mano o fuentes secundarias. Sin embargo, Plinio vendrá a aportar una multitud de detalles frescos, ágiles y vivos que enriquecerán la recreación de aquel mundo de sensaciones plásticas. El rescate que Saylor hace de Iaia y Olimpia es ejemplar dentro de una obra literaria como *Roma sub rosa* llena de momentos cumbre y ejemplares. En los demás casos, el arte cumple dos funciones: la primera, una función teatral de utilería o decorado muy efectiva, pero sin duda secundaria; será Lindsey Davis, en su novela *La estatua de bronce*, quien se sumerja en el apasionante y poco conocido mundo del negocio del arte antiguo. La segunda función, como ya advertimos también en el caso de los personajes mitológicos, será la del símil o imagen, la alusión a la belleza humana en su comparación con la belleza idealizada del arte, del tipo siguiente: “Mientras me vestía aproveché la ocasión para estudiarlo con atención. Aunque su belleza era evidente a simple vista, cuanto más lo miraba, más

⁸³ Plutarco, *Caesar* XXIX.

⁸⁴ Dión Casio XLIX, xlii, 2.

hermoso me parecía. Su perfección era casi irreal, como si el famoso Discóbolo de Mirón hubiera vuelto a la vida” (SS Just 198).

En cuanto a la arquitectura, ocurre tres cuartas partes de lo mismo. La descripción de templos y edificios, llevada a cabo con profesionalidad y a veces con viveza, cumple una función teatral de magno decorado para los acontecimientos descritos. A veces, como en la descripción de la Curia del Senado, edificio y acción se implican dramáticamente, y como en el caso de la recreación que Saylor hace de las tensas intervenciones de los senadores durante *El enigma de Catilina*, los vestigios de piedra que hoy conocemos como ruinas se levantan fantasmalmente para evocar, con emoción y fidelidad, los turbulentos acontecimientos de aquel pasado.

V
ASPECTOS DE
CULTURA Y SOCIEDAD.

2. Fisiología del gusto antiguo

Un paseo por el arte culinario de un país nos conduce, irreparablemente, a una apreciación sobre sus valores y principios, ya que, la experiencia vital de los placeres gustativos, nos proporciona una luz especial. Los nutriólogos lo definirían, quizá, parafraseando el famoso axioma de las compañías: dime cómo comes y te diré quién eres. En el caso de las civilizaciones antiguas tenemos las mismas pistas para comprenderles mejor en la medida en que estas pistas sean lo más abundantes posibles, y en el caso de la civilización romana contamos con muchos y válidos testimonios. Puesto que toda novela histórica busca sumergir al lector en una realidad, por lo general, muy distinta de la suya, los novelistas intentarán siempre buscar las equivalencias necesarias para que el lector, no sólo comprenda, sino también sienta lo mejor posible —e incluso deguste— la época o civilización en la que éste se aventura de la mano del narrador. Para ello los novelistas recurren a la cultura culinaria del mundo romano desde un punto de vista atemporal, basándose, como haremos nosotros para comentar su obra, en datos fechables en tiempos de la República pero también recurriendo a autores como Marcial, Juvenal, Petronio o Apicio¹.

2.1. Una visión general de la fisiología del gusto romano.

A bordaremos aquí algunos comentarios de los novelistas acerca de la comida. Cuando los moralistas como Séneca o Plinio reflexionan despectivamente acerca de las nuevas costumbres culinarias, lo hacen mirando con nostalgia los remotos tiempos de la monarquía: en aquel tiempo las comidas del día eran tres, el *ientaculum* o desayuno, la *cena* o comida, y la *vesperna* o cena propiamente dicha. Son tiempos de austeridad y en la comida se intuyen los rudos modos de aquel primitivo pueblo de campesinos guerreros. Predominan las hortalizas preparadas sin refinamiento y el *puls*, plato sencillo de gachas. La comida se celebra en el atrio, pues todavía no existe el *triclinium*, ni como lecho ni como estancia de la casa. Se

¹ Un extracto de este capítulo fue publicado como *El lujo culinario en la novela policiaca de temática romana clásica: Ejemplos en la obra de John Maddox Roberts y Steven Saylor*. Actas del I Congreso Internacional de Comida y Literatura de Mérida, Yucatán. Volumen I, pp. 327-345. Mérida, 2003.

bebe poco vino, y el consumo de éste está prohibido a mujeres y jóvenes. No es éste el tiempo en que transcurren las novelas que estamos estudiando, pero sí es el tiempo en que autores como Plinio o Varrón ubican su nostalgia, nostalgia que, haciendo honor a la verdad, también comparten algunos personajes de estas obras, pero no otros. Así, tenemos el caso de Decio Cecilio Metelo el Joven, que no siente ningún amor por los magros *ientacula* de antaño, a pesar de que éstos son bien vistos por la puritana sociedad de su tiempo. Así, en JMR Mist 17 Decio nos cuenta que su padre se atiene a las tradiciones, pero que éstas no gozan de su simpatía:

Todavía de pie, mi padre tomó su desayuno de una bandeja sostenida por un esclavo. Consistía en un par de mendrugos de pan espolvoreados de sal y ayudados de un vaso de agua para ayudar a tragarlos. Sin duda se trataba de una virtuosa costumbre romana, pero carecía del valor nutritivo requerido por un hombre que pasaba todo el día en el Senado. Yo solía desayunar mucho más copiosamente en la cama. Mi padre me censuraba por considerarla una práctica bárbara, válida únicamente para los griegos y orientales, de manera que tal vez, sin saberlo, he desempeñado un papel en la caída de la República. Sea como fuere, continúo desayunando en la cama.

Decio volverá a dejar constancia de este repudio paterno en JMR Sac 107-8, donde ya no vuelve a usar el calificativo “bárbaro” para designar a los extranjeros, sino que su padre le tilda de verdadero degenerado por ingerir el *ientaculum* en la cama. El vaso de agua, a secas y entre los higienistas que creían poder adelgazar de esta manera, se convertiría en el periodo imperial en todo el *ientaculum*². Por lo demás, tampoco Decio es muy barroco en sus *ientacula*, y su dieta recuerda bastante la de nuestros desayunos más corrientes: huevos hervidos, fruta y pan empapado en vino dulce, en JMR Sac 107; pan, queso y fruta en rodajas en JMR Sat 206. Incluso en la novela *The Temple of the Muses*, que transcurre en la exótica Alejandría, su dieta mañanera recuerda bastante los populares desayunos norteamericanos basados en cereales, como queda de manifiesto en JMR Tem 61: pan egipcio plano, dátiles e higos con leche y miel. Por supuesto, hay un contraste cuando en la página siguiente Decio halla al rey Ptolomeo haciendo lo mismo frente a un pavo real asado, pescados del Nilo, ostras e incluso gacela asada, en JMR Tem 62.

Maddox pone en boca de Decio dos temas sobre los que merece la pena detenerse: la idea de que la relajación de costumbres, y el lujo, condujeron a la caída de la República, y la acusación de que esas malas influencias procediesen del nocivo influjo de griegos y orientales.

De la primera tenemos numerosos testimonios antiguos, y así encontramos en Juvenal VI, 292-300 una agria contraposición entre la vieja pobreza romana y las costumbres de su tiempo:

² Hacquard, *op.cit.* p. 190.

Nunc patimur longae pacis mala, saevior armis
luxuria incubuit victumque ulciscitur orbem.
Nullum crimen abest facinusque libidinis ex quo
paupertas Romana perit. Hinc fluxit ad istos
et Sybaris colles, hinc et Rhodos et Miletos
atque coronatum et petulans madidumque Tarentum.
Prima peregrinos obscena pecunia mores
intulit, et turpi fregerunt saecula luxu
divitiae molles.

A pesar de lo posiblemente exagerado de los acres comentarios de Juvenal, algunos historiadores ven en el lujo no tanto la causa de la decadencia como su síntoma, como Friedlaender establece en su obra, al asegurar que el lujo fue una consecuencia de las conmociones económicas y sociales que se dieron en Roma desde el fin de las guerras púnicas, por una parte por la acumulación de grandes capitales en relación con la decadencia de la clase media y el incremento del proletariado, y por otra, con la destrucción de la sobriedad romana al multiplicarse las necesidades, los medios de goce y el aumento del deseo de gozar³.

En cuanto a las acusaciones contra griegos y orientales, comentarios irónicos los hay durante el transcurso de muchas de las novelas, pero sólo los hallamos en Maddox, y recogen también esta antigua muestra de desprecio hacia los helenos contemporáneos de los romanos. Juvenal mismo, en III 60-1, tiene virulentos ataques contra ellos, no tanto como un desprecio a su cultura, sino como un desprecio a su decadencia con respecto a la gran cultura que dieron al mundo: *Nec pudor obstabit non possum ferre, Quirites, / Graecam urbem. Quamvis quota portio faecis Aethi?,* y un poco más adelante se mofará con gran sorna de sus facultades, e incluso de sus ínfulas de superioridad en III, 76-8:

Grammaticus, rhetor, geometres, pictor, aliptes,
augur, schoenobates, medicus, magus, omnia novit
Graeculus esuriens: in caelum iusseris ibit.

Por supuesto, igual actitud demostrará con respecto a los egipcios, pueblo al que detesta y tilda de loco [*demens*] y al que desprecia por adorar a los cocodrilos, a los gatos, y hasta a los perros, pero nadie a Diana, y a quienes finalmente acusa de caníbales⁴.

Durante la República y hasta el siglo II, las cosas no parecen cambiar mucho en Roma, y la obsesión por comer propiamente llega hasta el delirio persecutorio de que el lujo de la mesa sea regido por los censores⁵. A partir del siglo II, comienzan a

³ Friedlaender, *op.cit.* p. 761.

⁴ Cf. Juv. XV, 1-13. En el fondo se trata de una paráfrasis de Cicerón, *Tusc.* V, 78.

⁵ Hacquard, *op.cit.* p. 109. En Jean-Noel Robert, *Los placeres en Roma*. Madrid, 1992, Edaf [Cróni-

introducirse algunas innovaciones y las comidas se vuelven más sutiles en virtud de las importaciones, pero las comidas del día siguen siendo tres. El *ientaculum* se compone de un poco de pan y queso, el *prandium* o comida ligera de mediodía consta de carnes frías, frutas y un poco de vino y, como en el caso del padre de Decio, se come de pie para no alargar demasiado un placer que, de forma más plena, habrá de llegar con la cena después de media tarde y que se extiende hasta caída la noche. La cena es, como recuerda Maddox en JMR Sac 54, la comida importante: “The whole idea of lunch [i.e. *prandium*] was rather new to Romans. We made a practice of starving ourselves all day. Dinner was not only the most important social occasion, but virtually the only genuine meal of the day”.

Entre finales del siglo II y mediados del siglo I se produjeron dos importantes innovaciones: la adopción del triclinio y la presencia de mujeres casadas en la cena. En cuanto al triclinio, la palabra procede del griego *τρίκλινον*, y designa tanto al *lectus tricliniaris* como la conjunción de tres de esos lechos dispuestos juntos alrededor de la *mensa* en forma de sigma (Σ), como lo atestigua Marcial en X, xlvi, 5-6: *Stella, Nepos, Cani, Cerialis, Flacce, venitis?/Septem sigma capit, sex sumus, adde Lupum*⁶; por *triclinium* también entendemos, por supuesto, la estancia o comedor donde estaban los *lecti tricliniarii* que, cuando eran dos, se llamaba *biclinium*. Para desarrollar este punto pasaremos a revisar algunos de los pasajes de las novelas donde la cena, como lugar de encuentro social, es importante. Una descripción del triclinio clásico la hallamos en JMR Mist 75:

Todos nos dejamos caer en los divanes, proceder algo deshonesto pero dictado por la tradición, y los esclavos se hicieron cargo de nuestras sandalias y repartieron coronas de laurel. (...) El comedor estaba dispuesto al viejo estilo, con tres divanes alrededor de una mesa cuadrada y tres comensales por diván.

También que los esclavos repartiesen laurel para coronar las sienes era normal dentro de las cenas. En efecto, los invitados se descalzaban para entrar en el comedor con el pie derecho⁷ y a continuación eran perfumados⁸. La descripción del

cas de la Historia, 5], p. 136, encontramos un resumen de la historia de los edictos condenatorios: la primera ley data de la censura de Catón; la segunda, veintidós años más tarde, regulaba los gastos de los festines y prohibía beber vino extranjero y servir otro volátil que no fuese una gallina —no engordada—, limitaba el número de invitados de tres a cinco y sólo tres veces por mes; veinte años más tarde, otra ley amenazaba a los invitados con sufrir las mismas penas que los anfitriones. Más tarde, César y Augusto imitaron esta política represiva. En todas las ocasiones las leyes y edictos resultaron absolutamente inútiles.

⁶ A veces estos triclinios eran también de una sola pieza, de madera o de piedra, como en Villa Adriana (Tívoli).

⁷ Los invitados abandonaban su ropa de calle y se colocaban una larga túnica flotante, sin cinturón, pues el comensal no debía llevar ningún nudo sobre él, ya que el nudo evocaba el círculo cerrado cuya presencia es nefasta. De ahí, también, la ausencia del calzado —provisto de lazos y nudos—, y asimismo la de anillos, ya que círculo cerrado, al igual que el nudo, tenía por función impedir la co-

triclinio es prototípica: se mencionan los tres divanes —por tanto, es triclinio y no biclinio—, y se especifica que la mesa era cuadrada, siendo el más sencillo tipo de mesa el de tres patas, aunque sabemos que los ricos tenían mesas más elaboradas y que también las había de cuatro patas. Ya en época posterior se introduciría el monopodio, mesa redonda de un solo pie, que introdujo Cornelio Manlio procedente de Asia Menor⁹. Por otra parte, no se menciona la altura de la misma en el fragmento, pero sabemos que la de los divanes es más elevada que el nivel de la mesa¹⁰.

Otra cuestión interesante es la disposición de los invitados, que no era en absoluto aleatoria y que los novelistas se encargan de recrear con habilidad. El número de invitados era variable, como es natural, pero el número ideal era de nueve, ni menos que las Gracias ni más que las Musas, o como expresa Maddox en JMR Con 74: “Lisas no se limitaba a la costumbre romana de no invitar a más que nueve personas a cenar, «ni menos que las Parcas, ni más que las Musas», como algunos ingeniosos decían”. No necesariamente eran ingeniosos quienes lo decían, ya que el número ideal formaba parte de la etiqueta. Como ya hemos visto que existía el *biclinium*, cabía la posibilidad de dos divanes para seis personas, ya que en cada *lectus tricliniaris* cabían tres individuos. Un fragmento de Maddox en JMR Sat 82 es interesante a este respecto:

There were the usual nine at dinner, although Clodia never felt bound to honor the old custom. It was probably just coincidence. (...) I was on the right-hand couch, with Clodia to my left and Vatinius to my right. As highest in rank, Crassus had the honorary “consul’s place” on the right of the central couch, with Bestia and one of the poets. The other couch held Antonius, Fulvia, and the other poet.

Cuando Decio nos cuenta que él ocupaba el diván de la derecha, debemos entender el de la derecha viendo el triclinio desde su lado abierto, lo que quiere decir que se halla en el *summus lectus*, pues tal era el nombre que ese diván recibía. Sin embargo, afirma hallarse en el centro del mismo, ya que a la izquierda tiene a la dueña de la casa, Clodia, y a su derecha a Vatinius, lo cual no encaja bien con la información recogida hasta el momento, donde se nos dice que el dueño de la casa, en este caso la recién enviudada Clodia, debe ocupar la plaza tercera del *imms lectus*, que es el que está justamente enfrente¹¹. El tercer *lectus tricliniaris* es el *medius lectus*, y en él, en efecto, estaba el lugar de honor del triclinio, el *locus consularis*

municación mágica con los espíritus. Cf. Robert, *op.cit.* pp. 124-6.

⁸ Sobre el acto de perfumar a los invitados, cf. Mart. III, xii: *Unguentum, fateor, bonum dedisti/convivis here, sed nihil scidisti./ Res salsa est bene olere et esurire./ Qui non cenat et ungitur, Fabulle./ hic vere mihi mortuus videtur.* Era habitual perfumar a los muertos

⁹ Yates, en Murray, *op.cit.* s.v. Mensa.

¹⁰ Yates, en Murray, *op.cit.* s.v. Triclinium.

¹¹ Hacquard, *op.cit.* p. 110.

donde Maddox acomoda a Craso, en el lugar *summus* del lecho *medius*, es decir, donde Maddox escribe “a la derecha”, y siempre considerando que la derecha de Decio es la misma de antes.

Cuando el número rebasaba el nueve, número ideal, se reproducían imitativamente los triclinios: de nuevo tres divanes para formar otro triclinio, y cada diván dispuesto para tres personas, como por ejemplo recrea Steven Saylor en SS Ven 262: “Los triclinios habían sido agrupados formando una herradura alrededor de las mesas. En cada triclinio había dos personas, lo que dejaban suficiente espacio para sentarse o reclinarse. Resultó que Catulo se sentó en el que había a nuestra derecha. De momento no había nadie más compartiéndolo”; y también en SS Just 222, donde nos comenta un banquete celebrado en casa de Craso en Bayas y distribuido a lo largo de tres espaciosas salas:

El maestro de ceremonias asignó un sitio a cada comensal y se aseguró de que los esclavos los acompañaran hasta allí. Craso (...) cumplía con sus funciones de anfitrión en la sala norte, junto a Fabio, Marco Mumio, Orata y los comerciantes y políticos más importantes de las ciudades de la Crátera. Gelina presidía la mesa en la estancia central, acompañada por Metrobio, Iaia, Olimpia y las damas más distinguidas de la concurrencia. La tercera sala, la más grande y la más lejana de la cocina, estaba destinada a todos aquellos que no podíamos aspirar a otro sitio: subalternos e hijos menores, intrusos y gorriones. Me sorprendió ver a Dionisio incluido en nuestro grupo. (...) En circunstancias normales, el filósofo de la casa se habría sentado junto al amo o la anfitriona.

El pasaje es interesante por lo que aporta, de manera complementaria, a lo descrito anteriormente a partir de Maddox, y también porque menciona a un personaje no siempre recordado en los pasajes de cena de estas novelas, ese maestro de ceremonias cuyo nombre era *tricliniarca*¹², un esclavo que dirigía a los demás esclavos para que llevaran las distintas bandejas de comidas y copas, retirasen los platos terminados y, sobre todo, estuviesen continuamente pendientes de ofrecer abluciones para que los comensales lavasen sus dedos, ya que como sabemos, no usaban tenedores —instrumento que causó escándalo en Europa cuando se impuso en la Francia del siglo XIV y en Italia a comienzos del XV¹³— y los secasen continuamente con el *mantele*, o servilleta de lino. En la disposición de Saylor, completamente verosímil, vemos la preponderancia de Craso y su círculo empresarial y político, de la viuda Gelina acompañada de su círculo íntimo y, al fin, Gordiano el Sabueso con el filósofo caído en desgracia y pronto muerto, rodeado de individuos de importancia social muy menor. En la misma novela, pero a partir de la página 85, encontramos otra cena para once personas: “Había sitio para once personas en total, número inconveniente para una cena, pero Gelina solucionó el problema acomodando a la concu-

¹² Yates, en Murray, *op.cit.* s.v. Triclinium.

¹³ Friedlaender, *op.cit.* p. 775.

rrerencia en un cuadrado, con tres triclinios en tres de los lados y dos en el restante, uno para sí y otro para Craso”.

Como vemos, en estas descripciones ya observamos a la mujer completamente integrada en el escenario del banquete, como lo demuestra la presencia de Gellina, ya que hemos visto que la mujer antes tenía la prohibición de ocupar un lugar en el *lectus tricliniaris*, aunque no de asistir a la cena, como recuerda Maddox en JMR Mist 76:

Constituía una novedad que las mujeres se tendieran en los divanes junto con los hombres para comer; desde luego, Claudia estaba al día en todo. Antes las mujeres se sentaban en sillas, por regla general junto a sus maridos. Nadie parecía molesto por la presencia de Claudia en el diván, y yo menos que nadie.

Maddox habla de la presencia de la mujer en los divanes como de una moda “graciosa” y no un logro social —por muy insignificante que este logro nos resulte visto con los ojos de nuestro tiempo— y esto le resta contundencia y seriedad al comentario sobre esta conquista de la mujer, que debió de ser paulatina y no una cuestión de etiqueta como hoy podríamos entenderla con nuestros ojos, que son mucho más frívolos que los ojos de nuestros antiguos.

En cuanto al triclinio como estancia de la casa, suponemos que las características de éste serían muy variables dependiendo del poderío económico del dueño¹⁴, y así lo tenemos reflejado también en las novelas, como en el caso del triclinio de Luculo en JMR Sac 56, donde un fascinado Decio comenta que

A triclinium is supposed to accommodate nine dinner guests comfortably, with room to wedge in a few extras. The triclinium of Lucullus would have housed a full meeting of the Senate. I was told that this was one of several dining halls, and not among the largest. We flopped onto couches upholstered with pure silk and stuffed with down and precious herbs.

Y aunque Maddox no lo cuenta, éste no debió ser el único triclinio de Luculo, ya que este noble disponía de varios de ellos donde se servían diversos menús de distintos precios, con lo cual él sólo tenía que designar la habitación para que los esclavos supieran cuánto estaba dispuesto a gastar¹⁵. Y en otras novelas, como en JMR Sat 74 y 185, encontramos sendas descripciones de triclinios, el primero en casa de Clodia ampliado hacia el peristilo, y el segundo, en casa de Decio Cecilio Metelo el Viejo, donde se nos dice que al ser insuficiente la capacidad del triclinio para una cena de Saturnales, ésta es llevada a cabo en el peristilo de la casa.

¹⁴ A finales de la República y bajo el Imperio, las grandes casas en no pocas ocasiones tenían varios comedores: de verano, de invierno, cubierto, descubierto, e incluso de acuerdo con el número de invitados (Noel, *op. cit.* p. 118).

¹⁵ Noel, *op.cit.* p. 119.

La cena recreada en las novelas es un festival gustativo que, como cabía esperar, era exclusivo de la clase pudiente. Tenemos constancia de que esta pequeña fiesta cotidiana que era la cena no estaba al alcance de todas las bolsas: no todos los romanos vivían en casas que permitiesen la creación de un espacio para el triclinio, ni todos los romanos podían permitirse mantener a varios o a un solo esclavo. Incluso muchos de ellos tenían que conformarse con un plato de *puls* comido frente a una vulgar mesa, pues sabemos que el ritual de la cena, los *lecti tricliniarii* y el triclinio en sí mismo eran exclusivos de la clase acomodada y el pueblo nunca la pudo practicar. De la vida cotidiana de éste da fe la recreación del día a día en la *insula* donde vive el héroe de las novelas de Lindsey Davis, Marco Didio Falco.

En las novelas, la hora de comienzo de la cena se ciñe a la realidad histórica, y comienza poco antes de anochecer o cuando la noche ya ha caído, como por ejemplo nos cuenta Gordiano en SS Just 85: “La cena comenzó en la duodécima hora del día, poco después de la puesta de sol”.

En época imperial el protocolo del banquete de cena alcanzaría su máxima expresión, y los platos se volverían más elaborados, pero de todo ello ya existe un reflejo en las novelas estudiadas¹⁶. La cena tendría cuatro platos, servidos entre juegos y música: la *gustatio* o aperitivo, la *prima mensa* o entrante, la *altera cena* o plato principal y la *secundae mensae* o postre. También se convertirían en costumbres “de etiqueta” el ofrecimiento de regalos, la entrega de pequeñas sumas de dinero, las libaciones a los lares y la discusión sobre temas filosóficos, o la lectura de poesía¹⁷. A este respecto, el de los regalos en concreto, en JMR Con 47 nos cuenta Decio que

Antes de marcharnos, cada invitado recibió un regalo. El mío consistió en un grueso anillo de oro con un granate aplanado, listo para que el joyero grabara en él mi sello. Como todos los demás asistentes al banquete, me había llevado de mi casa la servilleta más grande que tenía para recoger algunas sobras para mis esclavos. Algunas de estas servilletas eran del tamaño de una toga infantil, y parecíamos un hatajo de legionarios bebidos abandonando una ciudad saqueada con el botín a la espalda.

El texto concluye con una graciosa imagen, la de los invitados llevándose las sobras envueltas en servilletas para los esclavos, costumbre habitual pero que también se prestaba a cierta clase de abuso por parte de los muy descarados, como queda constancia en Marcial II, 37:

¹⁶ Sin embargo, en las novelas de Maddox y Saylor no hay apenas vestigio alguno de signos rituales como pueda serlo la costumbre, todavía muy común según Ovidio, de ofrecer a Vesta las comidas que se iban a comer en un plato purificado. Asimismo, no hay trazas tampoco de la curiosa costumbre de que no se permitiese barrer el suelo durante la comida, ya que esos restos pertenecen a los muertos que moran bajo la tierra. Por esto en muchas casas se sustituyó la insana costumbre de no barrer nunca el comedor por los suelos de mosaico que representan alimentos. Cf. Robert, pp. 121-4.

¹⁷ Petronio, *Satiricón*. Introducción, traducción y notas de Pedro Rodríguez Santidrián. Madrid, 1987. Alianza Editorial [Libro de bolsillo, 1279]. Cf. nota p. 233

Quidquid ponitur hinc et inde verris,
mammis suminis imbricemque porci
communemque duobus attagenam,
mullum dimidium lupumque totum
muraenaque latus femurque pulli
stillantemque alica sua palumbum.
Haec cum condita sunt madente mappa,
traduntur puero domum ferenda:
nos accumbimus otiosa turba.
Villus si pudor est, repone cenam:
cras te, Caeciliane, non vocavi.

La lectura de poemas es también habitual, pero a veces abusiva, como queda claro en un epigrama de Marcial (III, 50) donde fustiga graciosamente a un anfitrión que, por su encendido afán de leer, sin embargo no deja comer. El mismo Marcial en IV, lxxxii, 5-6 recomendará de su propia obra que *Sed nec post primum legat haec summumve trientem,/ sed sua cum medius proelia Bachus amat*: ni al empezar a beber, ni cuando ya el vino embota completamente los sentidos.

La discusión de temas filosóficos la recogerá Maddox en algunas de sus novelas y que, ampliada esta discusión a otros campos como el de la reflexión política o histórica servirá a los novelistas para desentrañar al lector muchos de los antecedentes de los personajes históricos que aparecen en las obras y, en otros casos, para hacer entender al lector costumbres, ritos o instituciones. La conversación elevada, como parte esencial de una perfecta cena, tendría también su correspondencia en la costumbre romana de acompañar cualquier conversación de algo para comer, como en JMR Con 197: “En cuanto nos hubimos sentado, unos esclavos entraron para instalar una mesa con jarras de vino y fuentes de fruta, frutos secos, aceitunas y otros alimentos. No celebrábamos una fiesta, pero los romanos no podemos hablar en serio sin tomar algún refrigerio, salvo en el Senado y los tribunales”.

Por lo demás, la estructura del banquete de ricos podía ser muy relajada. El mejor ejemplo de la misma, en buena parte por su extensión, lo tenemos en SS Ven 260-74, donde Gordiano y Bethesda acuden a una fiesta que Clodia celebra en su casa. Curiosamente, no es mencionada la comida —con la salvedad de una pasta de hígado de oca en SS Ven 264, una especie de antecedente del paté¹⁸—, pero sí se mencionan toda clase de entretenimientos, que van desde la actuación de un mimo como comienzo de sesión en la página 265, al mismísimo Catulo “estrenando” su largo poema a Atis en las páginas 266-9. Después se añadirá, en la página 271, que el espectáculo que rodea o complementa el banquete entraña mucho de fiesta:

¹⁸ El hígado de oca era muy apreciado entre los romanos, y éste se hacía remojar en leche melada. Cf. Noel, *op.cit.* p. 131.

Después de declamación de Catulo, la fiesta ya no recuperó el aire relajado del comienzo, a pesar del desfile de espectáculos que siguió y que incluía a varios poetas más conocidos que Catulo, al que habían puesto al principio del espectáculo para caldear el ambiente (...). También actuaron bailarines y malabaristas, y aquella parte de la velada concluyó con otra ristra de crudas pero divertidas representaciones del mimo.

Por lo que respecta al triclinio, sólo resta decir que durante el Bajo Imperio (192-476 d.C) su organización y constitución se modificaría, pasando a la construcción de triclinios de obra, y en algunos casos, a que algunos anfitriones acabasen por suprimir los lechos y la cena trascurriese con los invitados tendidos en el suelo sobre almohadones¹⁹.

2.2. El vino y otras bebidas.

Los novelistas mencionan numerosas clases de vinos, pero generalmente no pasan de ser simples alusiones sin relevancia alguna. Veamos, por ejemplo, una de las más importantes recreaciones de banquete, donde Luculo celebra su victoria en JMR Con 33:

...todo ello regado con vinos excelentes, cualquiera de los cuales habría constituido la joya de un banquete ordinario. Además del noble falerno, se escanciaron los mejores caldos de Galia y Judea, las islas griegas, África e Hispania. Para los extranjeros había novedades como vino de dátiles procedente de Egipto y vino de bayas procedente de Armenia, tomados en el asedio de Tigranocerta. Uno de los mejores era de un lugar cercano; una añada inusualmente buena de las laderas del Vesubio.

Como se ve, las alusiones son muy vagas, salvo la referencia al falerno como caldo noble, ya que éste era el vino más apreciado por los romanos²⁰ y es el más mencionado por todos los autores²¹: así, en SS Just 285 Craso dice: “Vino de Falerno, del último año de la dictadura de Sila. Fue una cosecha excepcional y era el vino favorito de Lucio. Sólo quedaba una botella en la bodega y ahora no queda ninguna”; en SS Cat 55 Marco Celio lo menciona para poner de relieve la inteligencia de Catilina: “Lo mismo te distingue dos cosechas de vino de Falerno con los ojos ven-

¹⁹ Hacquard, *op.cit.* p. 239.

²⁰ Ling, “Formas de vida”, en *Historia Oxford del Mundo Clásico. Roma*, p. 846. Las excelencias del Falerno le han concedido la gracia de recorrer la historia de la literatura. Así, se le menciona junto a los vinos de Sorrento y Borgoña en el verso 305 del primer acto de *Don Juan Tenorio*, de José Zorrilla.

²¹ Incluso en la novela *Last Seen in Massilia*, de Saylor, la presencia del falerno será imprescindible dentro de la casa de la víctima propiciatoria, aunque en ese momento a Gordiano le pueda parecer extraña la presencia de un vino de importación en una ciudad sitiada. Cf. SS Last 56, 57, 62, 189, 233.

dados que bebe del cántaro de los esclavos”, lo que posiblemente no sólo deja de manifiesto la intuición de Catilina sino también lo común que era el consumo de este vino; en SS Ven 264 se nos habla de “un exquisito vino de Falerno que quitaba todas las penas”. De la importancia y exquisitez del Falerno hay constancia numerosa, por ejemplo, en Marcial: *Addere quid cessas, puer, inmortal Falernum*²², un vino que, a lo que parece, debía ser un poco dulce o embocado, según se deduce del comentario de Pompeyo en SS Ap 161: “Haré que traigan vino caliente. ¿De Albania o de Falerno? Yo prefiero el albanés, deja un regusto más seco en la boca”. El vino albano, mencionado por Juvenal sin mayor relieve en V, 35, debía de ser un buen caldo de acuerdo con un jocosos comentario del mismo sátirico acerca de unos odiosos individuos (*illis cum quibus*) cuya compañía nadie querría:

Sed tibi communem calicem facit uxor et illis
cum quibus Albanum Surrentinumque recuset
flaua ruinosi lupa degustare sepulchri²³.

Sabremos luego que este falerno del que habla Pompeyo, en comparación con el vino albano, tiene diez años de solera, como corresponde a los grandes vinos que con el tiempo se hacen mejores, solera que era también muy apreciada por los romanos, caso del vino opimiano —del tiempo del cónsul Opimio, tan mencionado por Marcial como exponente de caldo valioso²⁴. Marcial se dirigirá hiperbólicamente al gusto de su amigo Quinto por la exquisitez diciéndole que *sub rege Numa condita vina bibis*²⁵, pues de haber pervivido aquellos vinos serían el colmo de la antigüedad, y la misma idea recrea Juvenal con una divertidísima imagen: *ipse capillato diffusum consule potat*²⁶, donde algunos traducen *capillato* como *melenudo*, es decir, tan antiguo que ese cónsul sería anterior a las normas de conducta y etiqueta. La mención del cónsul viene, como sabemos, de que los vinos se etiquetaban reseñando el año de su producción y el nombre del cónsul correspondiente.

Quizá el vino de Egipto mencionado en el párrafo entresacado sea el mismo que se menciona en JMR Sac 99, “His breath smelled of Egyptian date wine”, del que podemos deducir que es dulce por otra cita generalizante en JMR Con 75: “Ofrecían los densos y dulces vinos de Egipto, así como los caldos más sabrosos del mundo civilizado”. Finalmente, la mención de una añada de las laderas del Vesubio no es irrelevante, ya que en ellas se daba la vid, como muestra un fresco pompeyano donde vemos a Dioniso en las laderas del volcán, y además, tenemos el testimonio

²² Mart. IX, xciii, 1; cf. otras menciones del falerno en Marcial: II, 40; VIII, 77; XI, 36 y en Juvenal, IV, 137.

²³ Juv. VI, 14-6.

²⁴ Cf. Mart. II, 40; III, 26; III, 82; IX, 87; X, 49.

²⁵ Mart. III, lxii, 2.

²⁶ Juv. V, 30.

desesperado de Marcial en IV, 44 por la destrucción de Pompeya y por la pérdida del exquisito licor que producían los viñedos del Vesubio:

Hic est pampineis viridis modo Vesbius umbris,
presserat hic madidos nobilis uva lacus:
haec iuga quam Nysae colles plus Bacchus amavit;
hoc nuper Satyri monte dedere choros;
haec Veneris sedes, Lacedaemone gratior illi;
his locus Herculeo nomine clarus erat.
Cuncta iacent flammis et tristi mersa favilla:
nec superi vellent hoc licuisse sibi.

Otros comentarios son más lacónicos, como cuando se nos dice de un vino brucio en JMR Sat 3 que es “a decent Bruttian, not excessively watered”, tema este de la mezcla con agua al que volveremos enseguida. Las más son menciones sin calificativo, como las hay del vino blanco (*album* o *candidum*) en SS Just 13, del vino de Clazomene en JB At 45, del de Corinto en JB At 25, de Quíos en JMR Tem 195, siguiendo listas de denominaciones de origen que se corresponden con las auténticas. Otras veces, se habla del vino en general sin hablar de nada, como en SS Ven 41.

Del vino de Chipre se nos dice en JMR Sat 39 que “it produces the mildest of hangovers”, al contrario que el vino de resina griego, con el que brindan los personajes en JMR Tem 169 y del que Decio comentará sus efectos resacosos en JMR Tem 175: “the resin from the greek wine lent a certain dockside element to the foulness, as my mouth has been tarred and caulked”. Borrell será más cáustico con respecto al este vino en JB At 26, al que define como “nuestro detestable vino nacional ático”, idea que desarrolla de manera más cómica en JB Azul 127: “Nadie en su sano juicio pediría resina, nuestro horrible vino nacional, picado y amedicinado, si no estuviese movido por un fuerte anhelo patriótico”. De nuevo, en Marcial III, lxxvii, 8 encontramos comentarios despectivos sobre vinos resinosos en un divertido epigrama donde se burla de Bético, quien desprecia los mejores vinos y alimentos y favorece los peores: *resinata bibis vina, Falerna fugis*.

En cuanto a las costumbres relacionadas con el vino, se nos dice en JMR Sac 192 que un buen vino no se conserva en una bota: “I had brought along a skin of decent Vatican. It would have been criminal to store really good wine in a skin”. Con respecto al vino de la colina del Vaticano, sabemos por los testimonios que era de peor calidad que un Falerno, ese verdadero buen vino al que posiblemente alude Maddox, y así encontramos una comparación entre el vino del Vaticano y el falerno en Marcial²⁷:

²⁷ Mart. I, 18. En otros poemas, el mismo Marcial vuelve a mostrarse despectivo con el vino Vaticano; cf. VI, 92; X, 45; XII, 48.

Quid te, Tucca, iuvat vetulo miscere Falerno
in Vaticanis condita musta cadis?
Quid tantum fecere boni tibi pessima vina?
aut quid fecerunt optima vina mali?
De nobis facile est, scelus est iugulare Falernum
et dare Campano toxica saeva mero.
Convivae meruere tui fortasse perire:
amphora non meruit tam pretiosa mori.

Sobre todo, la costumbre más destacada, y que hoy puede parecernos más extraña, es la de mezclar el agua con el vino. En efecto, el vino puro o *merum* era sólo utilizado en libaciones con fines rituales, y su consumo individual era considerado de mal tono, propio de alcohólicos, como demuestra ese grotesco epigrama de Marcial donde un borracho vomita una jarra completa de vino, porque no la había mezclado con agua²⁸. En SS Rub 259 Gordiano y Eco se preparan para una noche de trabajo tras una buena cena: “The two of us withdrew to my study and drank watered wine long into the night”. Para cortar el vino se procedía a la mezcla con agua en una proporción de dos terceras partes de agua y una de *merum*²⁹, lo que atestiguan numerosos textos, pero que también los más exquisitos mezclaban el *merum* con nieve, siendo siempre el modelo ideal de escanciador y mezclador el divino Ganimedes, copero de Zeus³⁰. Sin embargo, de acuerdo con los novelistas hay excepciones, como cuando un vino es particularmente excelente, como se nos dice en JMR Mist 140:

Me tendió una pequeña copa.

—Éste es uno de los extraordinarios vinos de Cos. Data del consulado de Emilio Paulo y Terencio Varrón, y sería un crimen aguarlo.

Acepté la copa de su mano y bebí un sorbo. Por lo general, tomar vino sin agua nos parece una costumbre bárbara, pero hacemos una excepción con los vinos extraordinarios, que bebemos en pequeñas cantidades. Aquél era realmente fuerte y tan lleno de sabor que un pequeño sorbo bastó para colmar mis sentidos de las viejas vides del soleado Cos. Tenía un extraño y amargo gusto, y en aquellos momentos lo atribuí a que aquél había sido un año aciago que tal vez había condenado la cosecha.

También en SS Vest 162 hallamos un comentario parecido, basado en la calidad del vino ofrecido a beber, en este caso especificando el color granate del mismo (*rubrum vinum*, vino tinto):

²⁸ Mart, VI, 89.

²⁹ Rich, *op.cit.* s.v. Merum.

³⁰ Ejemplos en Marcial de la mezcla de *merum* con agua: I, 106 y III, 57; de la mezcla con nieve, cf. IX, 22 y 90; sobre Ganimedes, VIII, 39.

—Para Eco con mucha agua —dije mientras Lucio nos servía de una sencilla jarra de plata, llena de espumeante vino granate. Eco frunció el entrecejo pero extendió la copa, deseoso de coger lo que pudiera. Por pasadas experiencias, sabía que Lucio tenía un almacén de las mejores cosechas y no quise aguar mucho mi vino para apreciar su delicado aroma con toda su fuerza.

La idea que insistentemente transmiten los novelistas es la de que el vino era cortado con agua, o no lo era, por causa de su sabor más o menos agradable, lo que no nos parece demasiado verosímil. Nosotros, acostumbrados a nuestros vinos de mesa de graduación baja, hemos olvidado que la introducción del vino en la cultura europea, reflejada en el ciclo mitológico de Dioniso, fue paulatina y no precisamente exenta de detractores. Es muy posible que la graduación de aquel primitivo vino fuese lo bastante alta como para que el sentido común recomendase rebajarlo con agua, pero sin que el sabor influyese en ello. Queda por último la curiosidad de una mención al vino céculo, que Maddox saca a relucir en dos de sus obras, en *JMR Con 30* calificado como excelente, y en *JMR Sac* definido con idéntico énfasis en las páginas 153, 155 y 169. En la primera cita, el autor comentará una característica especial, y más exquisita, del corte del vino con el agua: “A server poured us wine from a golden pitcher. I sipped at it. It was Caecuban, of a vintage most men would have saved for the celebration of a victory, and only faintly cut with rose-scented water.”³¹

Otras bebidas son mencionadas de manera muy episódica, y ninguna de ellas de graduación alcohólica, salvo en la alusión de la cerveza en *JB At 88* —es sólo una mención irrelevante—, y sobre todo en *SS Just 88-9* basándose, por otra parte, en la comparación despectiva de ésta con la orina:

En una ocasión [Sergio Orata] había llegado hasta Partia para investigar las posibilidades del mercado y en el Éufrates lo habían invitado a beber un brebaje local, hecho de cebada fermentada, que los partos preferían al vino.

—Era del color de la orina —dijo riéndose— y tenía exactamente el mismo sabor.

—¿Cómo lo sabes? ¿Acaso te ha dado por beber orina? —preguntó Olimpia.

Se trata de la antigua contraposición entre civilización y barbarie basada, también, en la contraposición entre vino y cerveza. Como sabemos, el conocimiento de la cerveza es antiguo y, según Jane Harrison, el culto a Dioniso se superpuso en Atenas a Sabacio como dios de la cerveza. Se habría cumplimentado, en aquel entonces, el triunfo de la civilización sobre la barbarie, triunfo que haría posible, entre otras cosas, el nacimiento del teatro como extensión y consecuencia del culto de Dioniso.

³¹ Un testimonio de la calidad del vino céculo, comparado con el vino opimiano, la encontramos en *Mart. III, 40*.

Otras bebidas mencionadas son el hidromiel fermentado en JB At 9: “Habrías hecho un viaje placentero; conocido una tierra remota, de belleza deslumbrante; y gozado del privilegio de ser presentados a la princesa Iridia. Y os aseguro que es una experiencia excitante como el hidromiel fermentado”. El hidromiel (*hydromellis*) era, como su nombre indica, la bebida preparada con agua y miel virgen, no necesariamente fermentada, pero sí muy consumida desde tiempos antiguos, así como el *mulsum* o *oenomelis*, vino mezclado con miel, usado tanto como bebida como para cocinar³², y recordado —sin mención de su nombre específico— en SS Ven 71 como “vino caliente con miel”. También Marcial en XIII, 108 tiene un recuerdo para el hidromiel: *Attica nectareum turbatis mella Falernum./ Misceri decet hoc a Ganymede merum*. Este hidromiel o *honeyed wine*, será el que alumbre de manera especial el fin de una de las novelas más interesantes de la serie *Roma sub rosa*, pues los tragos amargos de la historia tendrán un sello de dulzura final en SS Rub 283: “I sipped my honeyed wine, and heard the echo of the gods”.

Por último, se menciona la infusión de verbena en JB At 135 como “sedante y antiespasmódica”, y en JMR Con 192 se nos recuerdan, sin más, un zumo de manzana sin fermentar.

2.3. La comida.

Ya hemos mencionado la gran diferencia alimenticia entre las clases bajas y las clases superiores. Steven Saylor pone en boca de Gordiano en SS Sang 135 algo que no falta, precisamente, a la verdad: “La gente se alimenta de pan”, lo que resulta una verdad categórica: las fastuosas cenas del Trimalción de la obra de Petronio no tienen nada que ver con la alimentación del romano medio, la mayor parte de los cuales se alimentaban básicamente de harinas, bien en forma de pan o bien en forma de gachas (*puls*). Cuando Maddox nos quiere decir que su personaje Decio come modestamente recurre a las gachas para expresarlo: “Casandra me sirvió un plato de pescado y gachas de trigo, que suponía un seguro protector contra el frío del invierno, junto con vino caliente y muy aguado. Después de las lujosas exquisiteces de la mesa de Sergio, se me antojó una comida realmente modesta”. Modesta para Decio Cecilio Metelo el joven, ya que muchas veces ni siquiera el pescado podía formar parte del menú. La baja extracción social del personaje de Saylor, Gordiano el Sabueso, le hace más representativo de esta forma de alimentación, y así veremos cómo en SS Ap 44 la familia desayuna gachas calientes, y en la página 233 se nos mencionarán las gachas de avena como parte de su dieta. También Marcial (V, lxxviii, 9) menciona una morcilla recubriendo unas gachas blancas como la nieve (*et pultem niveam premens botellus*) como integrante de lo que él

³² Apicio, *De re coquinaria*, s.v. *mulsum* 70, 144, 149; *oenomelis*, 278.

llama una comida triste, pero sólo por contraposición a un gran banquete lleno de antojos y de excesos.

Por supuesto, el pan es mencionado de forma generalizante en buen montón de ocasiones, a veces acompañado de fruta, queso o salchicha, como sucede en JB At 125, SS Just 116, SS Ap 190 o JMR Sat 115. Algo más elaborado parece ser el pan con semillas de sésamo que menciona Saylor en SS Ap 233, pero sin duda es el pan egipcio de Bethesda el que acapararía mayor interés si Saylor se explayase más sobre él, aunque el autor lo llama egipcio en SS Ven 71, y en SS Sang 18 nos cuenta que la receta del pan la aprendió de su madre en Alejandría. No se nos dice nunca si se habla de pan blanco o pan integral, salvo en la cena de luto por Publio Clodio en SS Ap 56. Por tanto, hemos de deducir que se trata de pan blanco, pues ambos coexistían en Roma, si seguimos a Petronio en *Sat. LXVI: Et panem autopyrum de suo sibi, quem ego malo quam candidum; et vires facit, et cum me re causa facio, non ploro.*

La repostería no es muy elaborada, reduciéndose a pastelillos de miel, en JMR Con 178, de miel y frutos secos en JMR Con 227 y JMR Sat 197, y en SS Ven 20 una receta muy especial de Bethesda:

Han sobrado algunos bollos buenísimos del desayuno de hoy, condimentados con miel y pimienta, al estilo egipcio. Es que mi esposa es de Alejandría. Pasé algún tiempo allí de joven... hará unos treinta años. Los egipcios son célebres por sus panes blandos, como me consta que sabéis. Mi esposa dice que fue un panadero del delta del Nilo quien descubrió el secreto de la levadura.

Como tentempiés se mencionan repetidamente los quesos y frutos secos como habituales, y así lo vemos en JMR Sat 13: queso, fruta y olivas; y en JMR Sat 66 la lista se hace un poco más amplia: nueces, higos secos, dátiles y guisantes. Los quesos, en general, son mencionados numerosas veces, pero casi nunca se especifica más de ellos: así, en SS Ap 190 y 396, y también en JMR Con 33. Sin embargo, en SS Just 89, se nos habla de un queso adobado en licor de cereza fermentado como plato integrante de un postre, lo cual recuerda el queso fresco en vino cocido (*caseum mollem ex sapa*) que se menciona en *Satiricón LXVI*.

De entre los aceites, es mencionado naturalmente el de oliva, aunque no se pone demasiado énfasis en el mismo, quizá porque los autores son anglosajones y este aceite no forma parte distintiva de su cultura, aunque su uso sea cada vez más recurrente en su cocina frente al uso de las mantequillas, herencia de la dieta francesa. En SS Just 47 se menciona de forma muy aséptica: “Roma no ha vuelto a ser la misma desde que Sila abrió las puertas del Senado a sus ricos compinches. Ahora, los vendedores de baratijas y comerciantes de aceite de oliva hacen cola para hablar”. Maddox hace una alusión un poco más hedonista en JMR Sat 206: “I dipped a piece of bread in garlic-flavored olive oil and thought about it”. Se nos habla de

aceite (*oleum*) con sabor a ajo (*allium*), algo así como un antecesor remoto del alioli con el que, sin embargo, no debemos confundirlo. El aceite de Massilia parecía ser especialmente apreciado por los romanos, ya que esto se deduce del comentario de Gordiano al recibir, en SS Rub 274, una jarra de aceite marsellés que en su fondo oculta un mensaje de Metón. La descripción de la jarra nos remite directamente a la industria aceitera mediterránea de la época, pues la jarra viene convenientemente sellada: “I took the jar and examined it. A piece of cloth had been pulled over the short, narrow spout at the top, tied with twine and sealed with wax. The jar itself appeared unremarkable. Near the base, two words were etched into the clay. On one side was the word OLIVUM; on the other, MASSILIA.”

El *garum*, que al parecer era de consumo tan frecuente, está prácticamente olvidado en las novelas que nos ocupan. En Apicio es de uso recurrente, tanto como la miel, y Marcial lo recuerda en VII, 27 y en XIII, 102, y también es frecuentemente mencionado en *Satiricón*. Saylor no lo menciona nunca, y Maddox parece recordarlo a mitad de su serie, y a partir de ese momento no dejará de obsequiarnos, en cada novela, con algunas combinaciones que, a simple vista, parecen estimulantes: en JMR Sac 30 Decio nos cuenta que “I went to a stall and bought a light lunch of sausage, fried onions and chopped olives seasoned with pungent garum and wrapped in flat, unleavened bread”. El adjetivo *pungent* puede significar tanto fuerte como picante, y teniendo en cuenta lo que conocemos del *garum*, salsa preparada con huevas de pescado fermentadas con salmuera (el nombre *garum* procede de *garus*, especie de pescado), es posible que sea más bien lo primero. En JMR Tem 94 Decio se congratula de encontrar, en un banquete de platos típicamente egipcios que no estimulan su pituitaria, “a tray of pork ribs simmered in *garum* before starvation set in”. Finalmente, en JMR Sat 156 Decio también comprará en un puesto callejero (muy frecuentes en esta clase de novelas) “a loaf stuffed with grape leaves, olives, and tinned fish, generously drenched with garum”.

En general, y en estas novelas, hay que distinguir entre la comida y el banquete. Los personajes comen frecuentemente en la calle como Decio en JMR Con 192, que devora un apetecible bocadillo consistente en lonchas finas de cordero con cebollas fritas y aceitunas, servido en hogaza, o Gordiano en SS Vest 13 que compra en un puesto unas salchichas de sesos de ternera con almendras. La cena, que como hemos visto era el plato importante del día, no siempre es un banquete, y así tenemos a Gordiano cenando una simple sopa de pescado y cebada en SS Just 13. En SS Ap 143 tenemos una cena en compañía de Cicerón que, si bien parece apetitosa, se aleja de cualquier idea de lujo culinario: “El condumio estuvo soberbio. Una sopa de pescado con pasta hervida seguida de trozos de pollo asado envuelto en hojas de parrada adobadas con una aromática salsa de comino. Cicerón había aprendido a apreciar los placeres más exquisitos que correspondían a un hombre de su condición”. No

será la única comida a la que asistiremos en compañía de Cicerón, y lo cierto es que Saylor resulta muy cuidadoso en elegir los menús para el orador, ya que éstos no son nunca estridentes ni groseros, sino que se mantienen en la línea de buen gusto del ejemplo antes mencionado. En la novela *Rubicón* asistiremos a nuevos platillos en la villa de Cicerón. En SS Rub 144 nos describirá: “The food was simple, but better than anything I had eaten for quite some time in Rome, where fresh meat and spices were hard to come by. Young Marcus had killed two rabbits that day, and they provided the main course. There was also asparagus stewed in raisin wine, and chickpea soup heavily spiced with black pepper and dill weed”.

Más adelante, la comida será un poco más refinada en SS Rub 148: “We dined on the choicest cuts of the roast pig, served with rosemary gravy. There was more asparagus, marinated in herbs and olive oil, and fried carrots tossed with cumin seeds and dressed with a fish-pickle sauce that Cicero claimed had just been unearthed after fermenting for ten years in a clay jar buried in his cellar”.

A pesar de estas finezas gastronómicas tan interesantes, lo que más llama la atención es el banquete por todo lo alto, y éste es representado siguiendo las características del célebre episodio de Trimalción en *Satiricón*, buscando los novelistas dos cosas: la sorpresa, por medio de una elaborada recreación de los rituales típicos del mismo, y también por medio de la mención de unos platos que, para nuestro gusto, pueden parecer extravagantes. Pero el banquete es también fiesta, y en la fiesta se permite el disfraz, y en este caso se respeta siempre una de las características más peculiares del banquete romano, el disfraz de los manjares, como recuerda Ling: “Una de las artes del chef romano era disfrazar los platos de manera que nadie pudiera adivinar cuáles eran los ingredientes”³³. Examinemos, por ejemplo, el menú del banquete que Luculo celebra para conmemorar su victoria sobre Tigranes en JMR Con 33:

El gusto de Luculo por el lujo era bien conocido, y ése fue el primero de los banquetes que le proporcionarían aún más fama que sus victorias. Los que ofrecía no solo eran célebres por la excelencia de la comida, sino también por los efectos teatrales. La primera fuente colocada ante mí, por ejemplo, se componía de huevos duros de diversas especies de aves, dispuestos de forma ascendente para crear una réplica del gran faro de Alejandría. En lo alto ardía un cuenco con aceite perfumado.

En efecto, el autor nos habla del banquete de L. Licinio Luculo, banquete tras el cual este militar se retiraría de la vida política. Luculo quedaría como modelo de hombre culto (famosa era su biblioteca) y apasionado gastrónomo. Como estamos en el principio del banquete, se comienza con la fuente de huevos de aves diversas, como correspondía a la tradición que glosaría la expresión *de ovo usque ad mala*,

³³ Ling, *op.cit.* p. 845.

que Marcial parafraseó en un epigrama (VII, xlix, 1-2) para indicar el hambre del comienzo del banquete y la dificultad para dejar de comer al final: *Parva suburbani munuscula mittimus horti:/ faucibus ova tuis, poma, Severe, gulae.*

No será, ni mucho menos, la última mención de los huevos cocidos, tan usuales en la cocina romana como entrantes, y volveremos a encontrar huevos de codorniz hervidos en JMR Con 227, e incluso, envueltos en hoja de oro en JMR Sac 56, de nuevo en casa de Luculo:

The opening course was, as usual, eggs. But these had been wrapped in an incredibly fine foil of hammered gold. It seemed that we were to eat them foil and all. Cato fastidiously unwrapped his. The next course was suckling pigs. They had rubies for eyes.

“This is your modest afternoon repast, Lucius?” Cicero said.

“Yes, when I’ve nothing in particular to celebrate”

Salvo en estos banquetes, y relacionados casi exclusivamente con Luculo, pero también con Lisas el embajador de Egipto en Roma, no encontraremos extravagancias similares a estos huevos cubiertos de oro para comer, aunque se tiene constancia de que se bebían perlas pulverizadas disueltas en vino u otras bebidas, e incluso a veces se tragaban enteras, único ejemplo —según Friedlaender— del lujo culinario romano junto al hecho de comer ruisseños³⁴. El banquete de triunfo de Luculo continúa con la presentación de otros manjares donde la simulación juega un importante lugar:

Los siguientes platos ofrecían temas náuticos. Un trirremo navegaba impulsado por cochinitos asados que esclavos vestidos de marineros trasladaron a la mesa. Se sirvió un pollo asado al que habían colocado de nuevo las plumas para dar la impresión de que estaba vivo y al que habían unido cuerpos y colas de salmónes para formar una criatura marítima mítica.

Para que no muriéramos de hambre entre estos imaginativos platos, las mesas rebosaban de alimentos más vulgares: panes, quesos, nueces, aceitunas, pequeñas salchichas asadas...

Y más adelante, en la página 35, hará acto de presencia otro barco mítico: “Me lancé sobre un cabrito asado que momentos antes había formado parte de la tripulación del Argos. El barco avanzaba sobre la mesa a medida que los esclavos reducían su tripulación ante cada comensal”. En la página 36 también se mencionará un exótico plato muy raro para nuestro gusto: lengua de alondras en salsa de alcaparrras, así como lenguas de pavo real adobadas en JMR Mist 34.

Dos personajes son mencionados en las novelas como gastrónomos singulares: Sergio Paulo, en JMR Mist 35, y el embajador de Egipto en Roma, Lisas.

En JMR Mist 35 Decio es invitado a un almuerzo singular por el noble Ser-

³⁴ Friedlaender, *op.cit.* p. 772.

gio Paulo:

El “ligerero refrigerio” de Sergio fue en realidad un banquete de que se habría enorgullecido el senado en la recepción de un nuevo embajador. Consistía en lenguas de pavo real adobadas y ubres de jabalina rellenas de ratones libaneses, muy fritos; además de lampreas, ostras, trufas y otras rarezas y exóticas exquisiteces en gran abundancia. Quienquiera que se hubiese encargado de la decoración de la casa no se había moderado en la mesa, que era ostentosa, vulgar y absolutamente deliciosa.

Muchos de los integrantes de este sabroso almuerzo son tomados del *Satiricón*, o bien están inspirados en él, donde también se nos menciona algo muy parecido a las ubres de jabalina, en este caso las ubres de cerda (*Sat. XXXVI*), muy mencionadas por Marcial, siendo la mejor referencia a este plato la que aparece en *XIII, 44: Esse putes nondum sumen; sic ubere largo/ et fluit et vivo lacte papilla tumet*³⁵. Igualmente sucede con las lampreas en *Satiricón XXXV*. Las trufas también son mencionadas, aunque asevera Friedlaender que este tubérculo era poco apreciado en la antigüedad y que no era conocida más que la trufa blanca (*misy*, mencionada por Plinio), pero no la negra. Como quiera que sea, en Apicio encontramos consejos para la conservación de la trufa (*tuber*)³⁶, así como diversas recetas³⁷. Y no sólo en Apicio, sino que también Juvenal y Marcial hablan de ella con devoción, pero sin que se establezca una distinción entre la blanca y la negra³⁸. Tampoco la mención de las ostras ni de los pavos reales —en este caso, el plato consiste en sus lenguas— debe sorprendernos, ya que existía como industria los viveros de ostras y la cría de pavos reales para satisfacer la enorme demanda. En concreto, el importante criadero de ostras en el lago Lucrino es recordado en *SS Just 47*: “Nadie morirá de hambre mientras haya pescado en la Crátera u ostras en el lago Lucrino”. Este vivero, que era artificial, había sido creado por Sergio Orata —probablemente, el mismo Orata que aparece en *El brazo de la justicia*— después de numerosos intentos anteriores, y todos infructuosos. Plinio aseveró que no solo la glotonería en sí, sino también el afán de lucro, fueron la causa del nacimiento de estos viveros artificiales³⁹. Marcial recuerda estas ostras en uno de sus epigramas⁴⁰: *Ebria Baiano veni modo concha Lucrino: /nobile nunc sitio luxuriosa garum*.

En cuanto a la comida extranjera, tenemos dos representaciones en la comida marsellesa y la egipcia. La estancia en Massilia permitirá a Gordiano y a Davo

³⁵ Mart. XIII, 44; cf. también VII, 78 y XII, 48.

³⁶ Apic. 27

³⁷ Apic. 316-21.

³⁸ Mart. XIII, 50; Juv. V, 115-25 y XIV, 7-10. El editor Francisco Socas nos aporta el dato en la página 139 de que las trufas eran muy apreciadas por los ricos.

³⁹ Friedlander, *op.cit.* p. 800.

⁴⁰ Mart. XIII, 82. Cf. también, III, 60 y XII, 48. En Juvenal hallamos mención en IV, 137; en VIII, 85 se celebran también las ostras de Gauro.

comer a veces placenteramente, como en SS Last 78, donde encontramos un apetecible menú: “There were steaming slices of pork glazed with honey and aniseed, a pâté of sweetbreads and soft cheese, a gingery fava bean puree, a barley soup flavored with dill and whole onions, and little must cakes speckled with raisins”. En otras ocasiones, por el contrario, el gusto marsellés chocará radicalmente con el de ellos, y Saylor se permite introducir una graciosa referencia irónica hacia la moderna *nouvelle cuisine* que, tanto ayer como hoy, parece una cocina de diseño poco amiga de estómagos verdaderamente hambrientos. Esto lo hallamos en SS Last 170:

I had wondered how Apollonides planned to mount a banquet when the city was facing famine. The ingenuity of his cooks was commendable. I had never seen such exquisitely prepared and presented food served in such tiny portions or in courses spaced so far apart. In any other circumstance it would have been laughable to be served a course consisting of a single olive (and not even a large one) garnished with a small sprig of fennel. This was presented on a tiny silver plate, perhaps intended to trick the eye into perceiving a double image. Milo grunted and quipped, “So what do you think of the new Massilian cuisine, Gordianus? I can’t see it catching on in Rome”.

En cuanto a la cocina egipcia, puesto que los egipcios son tildados —siguiendo la tradición antioriental— de exóticos y excéntricos en estas novelas, para remarcar el sentido de *gravitas* del pueblo romano, también Lisas, el embajador de Egipto en Roma, es mencionado como individuo que a cualquier hora disponía de una buena mesa bien servida. Será precisamente en JMR Tem donde se nos comenten algunas de las viandas egipcias, aunque incurriendo sin duda en el disparate: salchicha gigante de intestinos de elefante rellenos de carne dulce de aves acuáticas y langosta, en la página 94; hipopótamo entero asado, en la página 16; y en la misma página, sopa de oreja de elefante, lo que dará pie a Decio para soltar una humorada: “I dipped an ivory spoon into the mess and tried it. It would never replace chicken soup in my esteem”.

En cuanto a Lisas, su personalidad oriental y *mollis* queda reflejada en JMR Sac 96:

I went with him into a triclinium laid out as if for a minor banquet. It was no a regular dining-hour, but Lisas kept a buffet in this room at all hours for unscheduled visitors. I heaped a plate with smoked fish and pickled tongue and other items such as did not have to be served hot.

En este caso no tenemos un menú deslumbrante ni demasiado original, pues tanto el ahumado de productos alimenticios (*fumo aliquid durare*) como el escabechado (escabeche, *muria* o *salsamentum*) eran comunes en la cocina romana, y el

escabeche lo recoge Apicio varias veces⁴¹.

Abundan en la descripción los alimentos que obsesionaban a los romanos tanto como a nosotros, ya que el pollo y el cerdo no han dejado de ser carnes recurrentes de nuestra comida, pero no se menciona la carne de vaca en ninguna de las obras. En el caso de los romanos, eran muy aficionados a las aves asadas, entre las que se contaban el faisán, el pavo real y la gallina de Numidia, y ejemplo de lo cual es la descripción de la villa de Faustino en la siempre celebrada Bayas, donde se proporcionan numerosos nombres de aves de crianza⁴². Las salchichas, también recordadas, eran muy populares en la cocina romana. En las novelas son mencionadas también en JMR Sat 115 y en JMR Con 192, envueltas en este caso en hojas de morera, envoltura de hojas que era común en la cocina de este pueblo. Las salchichas son recogidas frecuentemente por Apicio en su obra, bajo del nombre de *esicium* y *botellus*, y de las que menciona no pocas formas de preparación. El cerdo es consumido como cochinitillo asado, y en JMR Con 227 se mencionan unos pastelillos de cerdo triturado. Apicio también recoge diversas recetas de liebre y perdiz, si bien de éstas sólo es mencionado en SS Con 47 un platillo de liebre silvestre cocida con habas gordas (*fabae*), lo que provoca el rechazo profundo del pitagórico Vatinio: “Las habas son un alimento impuro. Comerlas es contrario a las enseñanzas de Pitágoras”. Esta misma idea, referida a las alubias, también es recogida por Saylor en SS Just 89, y en la Nota del Autor afirma haberla tomado del *De Divinatione*, de Cicerón⁴³.

—Mejor orina que alubias —exclamó Dionisio—. Ya conocéis el consejo de Platón: por la noche hay que penetrar en el reino de los sueños con el espíritu puro.

—¿Y qué tiene que ver eso con las alubias? —preguntó Fabio.

—¿No sabes lo que decían los pitagóricos? La flatulencia causada por las alubias impide que el alma busque la verdad.

Dos momentos son especialmente relevantes en cuanto a la comida, y han sido comentados en Religión y mundo de los muertos: la cena de las Saturnales y los convites de defunción. Si bien la cena de Saturnales no parece distinguirse por nada en especial —salvo la curiosa inversión de papeles entre amos y esclavos—, la comida fúnebre está caracterizada por los tonos oscuros. El menú de la cena de Saturnales en SS Vest 170 es sencillo, pero apetecible, aunque en él parezca faltar la *prima mensa*, o entrante: lentejas, pastel de mijo con carne picada y flan de huevo con miel y piñones. Las lentejas (*lenticulae*) son mencionadas más veces por Steven Saylor, y de hecho son unas “explosivas” lentejas con chorizo envenenadas por la hija de Gordiano las que acaban con la vida del filósofo Dion en SS Ven 41, siendo ésta la única representación de comida envenenada que aparece en las novelas —y

⁴¹ Apic. *Muria*, 18, 257, 288.

⁴² Mart, III, 58.

que para la imaginación popular era tan propia de los romanos—. Que el guiso de lentejas no debió ser un plato impopular lo demuestran algunas recetas de Apicio⁴⁴, y también la mención en algún poema de Marcial, donde nos dice que las mejores son las de Egipto⁴⁵. En cuanto al pastel de mijo (*millium*), éste vuelve a ser mencionado como puré en SS Ven 71 y 224. Sin embargo, no hemos encontrado mención del mijo en Apicio, y Friedlaender asegura que éste no se introdujo en Roma hasta la primera época del Imperio, y procedente de las Indias Orientales, con lo cual estaríamos, al parecer ante un anacronismo por parte del autor. Tal parece ser el mismo caso del flan que Gordiano cocina para sus esclavos, o al menos no hemos encontrado traducción para la palabra flan⁴⁶. Por último, cuando en SS 47 el personaje de Fabio quiere quejarse de la molicie de los nuevos romanos, el novelista pone en su boca la siguiente afirmación audaz: “¿De qué otra cosa iban a hablar los romanos en estos tiempos, entre platos de caviar y codornices rellenas?” Si bien las huevas de pescado eran conocidas y consumidas, bien en forma de *garum* o por sí mismas, dudamos que esto pueda ser traducido por la palabra caviar, que tiene unas características muy especiales y bastante propias de la gastronomía rusa.

La comida de funeral adquiere la connotación curiosísima de que todos los alimentos son oscuros. En SS Just 170 Saylor nos presenta lo que parece ser una innovación:

Según la tradición, tendría que ser una frugal y simple: pan común, lentejas sin salsa, vino aguado y puré de cereales. Como innovación, la cocinera de Gelina había incluido varias exquisiteces, todas negras: huevas de pescado servidas en corteza de pan moreno, huevos en vinagre teñidos de negro, aceitunas negras y pescado adobado en tinta de calamar.

En SS Ap 56, tras el asesinato de Publio Clodio, se repiten estas características, pero ya no se pone énfasis en su novedad, por lo que debemos deducir que ya se había convertido en costumbre, o bien, es un invento del propio Saylor: “Llegaron enormes cantidades de comida (grandiosos recipientes llenos de morcillas, tarros de alubias negras, rebanadas de pan negro, todo oportunamente negro para una fiesta en honor del muerto, rociado con vino del color de la sangre)”.

Algunos platos son especialmente celebrados a lo largo de las novelas: unas cebollas al vino son calificadas como sabrosas en SS Ven 238; en SS Just 89 se hace una alabanza de judías verdes de Bayas y, en concreto, de las judías verdes con cilantro y cebollino picado que prepara Gelina.

Unos nabos glaseados en SS Ap 194 son celebrados por Gordiano el Sabue-

⁴³ En efecto, la cita la hallamos en *De div.* II, lviii, 119.

⁴⁴ Apic. 174, 183-5.

⁴⁵ Cf. Mart. XI, xxxi y XIII, ix.

⁴⁶ Cf. Ausencia de la palabra *flan* en José María Blánquez, *Diccionario Español-Latín*. Barcelona, 1985. Editorial Ramón Sopena.

so, y de paso el autor nos proporciona la receta: “Una pizca de comino, un poco de ajo, miel, vinagre, aceite y un pellizco de ruda. Mi madre siempre dijo que los tubérculos piden salsa picante”. Receta que, por fin, procede directamente del libro de Apicio, 100: *Rapas sive napos: Elixatos exprimes, deinde teres cuminum plurimum, rutam minus, laser parthicum, mel, acetum, liquamen, defritum et oleum modice. Feruere facies et inferes.*

En SS Vest 33 Gordiano nos cuenta que “el pescado rebozado y los rábanos con salsa de comino que había preparado Bethesda habían quedado muy sosos, pero no tan mal como para ponerle a uno enfermo”. El rebozado (*cibos perfringendos in pultem intingere o immergere*) también era tradicional en la cocina romana.

Como vemos, los autores recrean la tradición culinaria romana partiendo de su misma literatura, por una parte culinaria, como sería en el caso del famoso recetario de Apicio, y por otra, sirviéndose del recuerdo de autores que, como Marcial, Juvenal o Petronio, han transmitido una idea más o menos concreta de lo que era el banquete romano y en qué consistía su propia fisiología del gusto.

2.4. Conclusión.

Es verdad que, por lo general, la imagen exagerada que el ciudadano medio culto tiene de la gula del pueblo romano y de cómo era su comportamiento alrededor de la *mensa* está influida por la literatura cristiana, muy moralizante, y por determinado número de autores clásicos. Efectivamente, autores como Varrrón, Séneca o Plinio el Viejo⁴⁷, mostraron su escándalo ante las *disipadas* costumbres culinarias de su tiempo, en lo que no era más que la repetición del viejo lugar común del empeoramiento sistemático de las costumbres frente a la mitificada austeridad de los antiguos y duros tiempos. En definitiva, “sermones de capuchinos”, como los definió de manera lapidaria Goethe⁴⁸. Por otra parte, es innegable que tenemos el ejemplo de emperadores francamente disipados, como Nerón o Heliogábalo, que convertidos en modelos del cesarismo enloquecido dilapidaban grandes fortunas en derroches de todo tipo, culinarios también, en franco contraste con la contención de otros emperadores más comedidos como Tiberio o Vespasiano. Sin embargo, la frugalidad de estos últimos no es tan apasionante desde el punto de vista novelesco como el derroche de los primeros, y los primitivos cristianos procuraron mezclarlos a todos en un *totum revolutum* de difícil digestión cultural que, desde el punto de vista de la propaganda, tuvo éxito entre las generaciones futuras. Sin embargo, como demostró Friedlaender razonablemente, se trata de una exageración meter a todos los

⁴⁷ Cf. por ejemplo, Séneca, *Epist. ad Luc.* XV, xcv, 15-17, donde el filósofo expone las espeluznantes consecuencias físicas en que degeneraba la glotonería de su tiempo.

⁴⁸ Ludwig Friedlaender, *op.cit.* p. 775.

romanos en el mismo saco.

Los autores de las obras que nos ocupan, como investigadores que son en la medida de que ubican sus misterios en épocas para las que se deben documentar históricamente, conocen esta leyenda del derroche romano; pero no la usan, salvo en casos muy concretos como el del hedonista Lucio Licinio Luculo, y se centran más bien en poner de relieve cuanto la cultura culinaria romana tiene de mayor interés: su propia idiosincracia, que la aparta tanto de la nuestra, pero que sin embargo la hace tan apetecible. Como decimos, salvo casos extremos y peculiares, los autores rebuscan en el recetario tradicional romano y encuentran cuanto en él hallan de más evocador, exótico y antojadizo, y por tanto, siguen con simpatía a Apicio y a Petronio, dejando a un lado a los moralistas antes mencionados salvo cuando sus personajes quieren destacar, precisamente, que hubo un antes y un después en la fisiología del gusto antiguo.

Fisiología del gusto antiguo

V
ASPECTOS DE
CULTURA Y SOCIEDAD.

3. Circos, anfiteatros y gladiadores.

Uno de los aspectos más llamativos del mundo romano: los juegos, que en pocas ocasiones han aparecido recreados en el cine, la novela y el arte en general como el elemento característico del ocio de aquella civilización. A pesar de que los novelistas no se centran nunca en el mundo del espectáculo circense o gladiatorio, sí que hay cierta representación de gladiadores en estas novelas cuya recreación merece ser examinada, y en algunos momentos el circo o el anfiteatro sirven como telón de fondo para el avance de la acción, o como relajamiento colorido para el lector. Entre las novelas estudiadas solamente tres escenas de espectáculos tienen importancia dentro de la estructura de la obra: una carrera de carros en el Circo Máximo en JMR Mist 44-8 como mero relajamiento distractor de la acción; la celebración del festival del caballo de Octubre en JMR Con 169-77, donde se agudiza la peligrosa enemistad entre Decio Cecilio Metelo y Publio Clodio; y, al fin, en SS Just 271-81, un combate de gladiadores que está a punto de desembocar en la ejecución de los esclavos de la casa de Craso y que sirve como punto climático de la obra, ya que es desvelado el nombre del asesino de Lucio Licinio.

3.1. El circo y las carreras de caballos.

Como ya hemos mencionado, hay dos escenas relevantes que se centran en la carrera de caballos, y ambas se las debemos a John Maddox Roberts. La primera de ellas, que se desarrolla entre JMR Mist 44-8, parte de la excusa de que Quinto Hortensio Hortalo patrocina unas carreras en honor de sus antepasados e invita a Decio y a sus clientes a contemplarlas. Esta escena supone un alejamiento de la acción principal y tiene la función de ilustrar al lector sobre la gran pasión que los romanos de todas las clases sociales sentían por el circo¹, lo que queda patente por el comentario de Decio a propósito de la invitación en JMR Mist 44: “Soy un apasionado del circo y el anfiteatro. Y Hortalo, pese a todos sus defectos, poseía el mejor palco del circo, en la primera grada, justo encima de la línea de meta”. El autor comienza haciendo distinción entre el circo y el anfiteatro, distinción no exenta de importancia, ya que no se trata de lo mismo: en el circo —de entre los

¹ El siguiente texto de Livio XXVII, xxi, 1, entre otros muchos, es sintomático de esto: *Actum de imperio Marcelli in circo Flaminio est ingenti concursu plebisque et omnium ordinum.*

cuales el más representativo fue el Circo Máximo— los romanos contemplaban fundamentalmente las carreras de caballos, amenizadas a veces con simulacros de combates gladiatorios, mientras que en el anfiteatro —el Coliseo es su representante mejor conocido— alcanzó su apogeo durante el imperio con combates gladiatorios, naumaquias y luchas de fieras². Así pues, tenemos una carrera de caballos en el circo Máximo durante un día festivo en el que los asuntos oficiales están prohibidos —así se dice explícitamente en JMR Mist 43—, y es de mañana, ya que Decio acaba de levantarse y descubrir que ha sido víctima de robo en su propia casa. La acción de la novela transcurre durante quince días de diciembre, como explica en el último párrafo de la novela, pero no nos dice de qué día festivo se trata. Puesto que no hallamos durante toda la novela trazas de Saturnales (que se celebraban del 17 al 21 de ese mes), debemos sospechar que se trata de alguna de las primeras fiestas de diciembre, como la *Fortunae Muliebris* (1 de diciembre) o las *Faunalia* (5 de diciembre), pero no tenemos constancia de que en aquellas fechas decembrinas pudiesen celebrarse espectáculos³. La carrera de caballos va a ser por la mañana, lo que se corresponde con la tradición de combates gladiatorios por la tarde y carreras por la mañana, hasta el punto de que cuando había carreras el pueblo las aguardaba con tanto afán que se amontonaba a las puertas del circo horas antes de amanecer por el motivo de no tener un asiento demasiado envidiable, al contrario que Hortalo y, en general, la clase senatorial y ecuestre⁴. Además, cuando Decio nos cuenta que el palco de Hortalo estaba en lugar envidiable justo encima de la línea de meta debemos entender que se nos habla de la *meta prima*, la más cercana a los establos en un extremo de la *spina*. Hemos de suponer que, en el tiempo que transcurren las novelas de Maddox, no existía como es natural la *pulvinar* o cámara desde la cual el emperador contemplaba los juegos, pero ya debía existir, sin que Maddox lo mencione y nos sienta a los personajes en una grada al sol, la *pulvinar* del magistrado que pagaba los juegos —esto es, el *editor spectaculorum* que en este caso es Hortalo— y que se ubicaba también frente a la *spina* en el lado opuesto a la *pulvinar* imperial⁵.

² Para el comentario general de los espectáculos me he sustentado, principalmente, en las magistrales y vívidas páginas de Ludwig Friedlaender, *op.cit.* pp. 497-606.

³ Cf. Friedlaender, *op.cit.* 509-10, donde especifica que, si bien es imposible determinar con total precisión cuáles eran los días del año que ocupaban los juegos, especifica que durante la República sólo había siete fiestas anuales celebradas con espectáculos y que bajo Augusto comprendieron sesenta y cinco días en total: los juegos romanos, quince y desde la muerte de César dieciséis (del 4 al 19 de septiembre); los juegos plebeyos, catorce (del 4 al 17 de noviembre); los de Ceres, ocho (del 12 al 19 de abril); los de Apolo, ocho (del 6 al 13 de julio); los de la Diosa Madre, siete (del 4 al 10 de abril); los de Flora, seis (del 28 de abril al 5 de mayo); finalmente, los de la fiesta triunfal de Sila comprendían siete días (del 26 de octubre al 1 de noviembre). Como vemos, no hay fechas de espectáculos permitidos para diciembre. Para una evaluación del aumento de los días de fiesta en Roma después de la República, cf. Friedlaender, *op.cit.* p. 510.

⁴ Friedlaender, *op.cit.* 540.

⁵ Para visualizar un circo romano hemos recurrido al plano del comunmente conocido como Circo de

El desfile circense, imprescindible antes de esta clase de eventos, es descrito sin mucho relieve por Maddox en JMR Mist 45:

Un esclavo nos entregó guirnaldas de parra, algo marrones y marchitas en aquella época del año, y todos juntos nos encaminamos alegremente hacia el circo. (...) La ciudad entera se dirigía en tropel hacia el circo, cuyos palcos de madera se recortaban contra el cielo. El ambiente carnavalesco animó la melancolía propia de aquella época del año, y la plaza que rodeaba el circo se transformó aquel día en un pequeño foro de mercaderes, volteadores y prostitutas que se disputaban las monedas del público y llenaban el aire con sus gritos roncocos y canciones. Opino que en tales momentos Roma deja de ser la dueña del mundo para recuperar su verdadero carácter de hacienda italiana en que los campesinos abandonan los arados por un día.

El desfile circense era, de acuerdo con lo que hemos podido averiguar, algo mucho más escandaloso pero también más solemne: iba a la cabeza en un carro el magistrado que organizaba el espectáculo acompañado, como en el caso de la descripción de Maddox, de sus familiares y clientes y seguido de carrozas ocupadas por efigies de los dioses. Era, en cierto modo, casi un desfile triunfal que comenzaba en el Capitolio y atravesaba el Foro hasta llegar al Circo, por cuya *porta pompae* (que estaba en el centro del costado de los establos en el lado opuesto de la *porta triumphalis* por donde salían los vencedores) entraba la procesión⁶.

Otros elementos del párrafo anterior son interesantes: se menciona claramente que el circo es de madera, lo que corresponde exactamente a la realidad histórica. Este circo, comenzado a contruir por Tarquinio Prisco entre la cuesta del Aventino y el Palatino fue finalizado en madera en 330, pero luego tuvo otras ampliaciones. En tiempos de César tenía capacidad para 150.000 espectadores y medía 645 x 124 metros, y su capacidad llegó a albergar 250.000 espectadores⁷. Además del Circo Máximo también estaba el Flaminio, aunque de medidas más reducidas (300 x 120) y había sido construido en 221 para albergar los *Ludi Plebeii* y donde se celebraban, sobre todo, los juegos de Apolo.

Tampoco es gratuita la alusión a “la plaza que rodeaba el circo se transformó aquel día en un pequeño foro de mercaderes, volteadores y prostitutas”, pues desde el comienzo los arcos de los circos y anfiteatros se convirtieron en reducto de magos, pitonisas de vía estrecha⁸, mercaderes, prostitutas y artistas populacheros, como

Caracalla, en la vía Apia a poca distancia de Roma, reproducido bajo la voz “Circus” en Anthony Rich, *A Dictionary of Roman and Greek Antiquities*. London, 1884.

⁶ Una completa descripción del desfile puede disfrutarse en Friedlaender, *op.cit.* pp. 540-42. Cf. también Rich, *op.cit.* s.v. Circus.

⁷ Susan MacMackeever, *El imperio romano*. Barcelona, 1996, Molino, p. 104.

⁸ Es sintomático de esta realidad el testimonio de Cicerón en *De divinatione* I, 132: *Non habeo denique nauci Marsum augurem, non vicanos haruspices, non de circo astrologos...*, etc.

a veces se menciona en las novelas y consta suficientemente en la literatura⁹.

Que las competiciones de carreras se llevaban a cabo entre facciones también es lógicamente recordado por Maddox. Había cuatro facciones en época republicana, y cada una de ellas proporcionaba al certamen un carro con caballos y auriga: blanco, rojo, verde y azul; posteriormente, en tiempos de Domiciano se introducirían dos colores nuevos, el púrpura y el oro, que tendrían poca vida y desaparecerían pronto, mientras que los colores primarios de las facciones permanecerían hasta el ocaso de las carreras de caballos, en las últimas de su historia que fueron las organizadas por el rey ostrogodo Totila en 549 d. C. en una Roma sumida de muerte en la despoblación y la decadencia absoluta¹⁰. Maddox hace una síntesis efectiva de la situación en aquel tiempo:

—Vosotros, los Cecilios, defendéis a los rojos, ¿verdad?

—Desde el principio de las carreras —respondió mi padre.

—Los Hortensios somos Blancos, por supuesto, pero tanto vosotros como nosotros somos mejores que los insolentes Azules y Verdes, ¿verdad?

(...) Por aquel entonces los Azules y los Verdes eran los equipos de los plebeyos, aunque sus establos fueran más grandes que los de los Rojos, y sus aurigas mejores y más numerosos. Era un singular signo del cambio de los tiempos el hecho de que un joven y prometedor político como Julio César, perteneciente a una antigua familia patricia que tradicionalmente defendía al partido Blanco, apoyara ostentadamente el Verde cada vez que aparecía en el circo.

El origen incierto de los colores de cada facción tiene raíces remotas, pero es obvio que debió de haber alguna especie de ideología política o de clase detrás de cada uno. Al principio sólo fueron usados los colores blanco y rojo, pero más tarde surgieron los otros, hasta llegar a un momento en que los Blancos se unieron a los Verdes y los Rojos a los Azules. Como se ve por el texto de Maddox, quien recuerda el oportunista cambio de bando de César, al fin las facciones aristocráticas acabarían integrándose en las más fuertes, aunque se sabe que sin llegar a desaparecer del todo. También Pompeyo y Craso jugarían aquel año —en que por cierto ocuparon el consulado— con la demagogia, a juzgar por lo que dice Maddox en JMR Mist 275: “Pompeyo y Craso eran seguidores de los azules”. Y es que, en aquel tiempo como hoy otros deportes, los poderosos y los intelectuales seguían con fervor las carreras, ya que era una forma de no querer pensar en temas más importantes, o en soslayar dilemas más acuciantes para el estado¹¹. En JMR Con 126 Maddox volverá a tocar el

⁹ Cf. Friedlaender, p. 520, donde el autor cita las autoridades de Cicerón, Horacio y Juvenal. Evidencia notoria de esta situación son también los versos de *Priapea* XVII, 1-2: *Deliciae populi, magno notissima circo/ Quintia, vibratas docta movere nates.*

¹⁰ Friedlaender, *op.cit.* p. 537.

¹¹ No sin cierta malicia escribe Friedlaender en *op.cit.* p. 534: “Las discusiones en torno a los Azules y los Verdes econtraban también ambiente en los círculos de las gentes cultas, entre otras razones porque no eran temas políticamente capciosos”.

tema de las facciones y de sus implicaciones clasistas:

Una de las víctimas, llamada Décimo Flavio, era director de la facción Roja del circo. Decidí investigar a él primero porque los Cecilio eran tradicionalmente miembros de esa facción, aunque el resto de los Metelo apoyaban a los blancos. Ambas facciones perdían importancia a medida que los Azules y los Verdes empezaban a dominar las carreras. Estos últimos se habían convertido en la facción del hombre corriente, mientras que entre los partidarios de los Azules se contaban los *optimates* aristocráticos, sus clientes y seguidores. La mayoría de equites eran también Azules. Estas dos facciones ocupaban secciones enfrentadas en el circo y se enzarzaban en grandes discusiones a gritos antes de las carreras.

Estas facciones que nos presenta Maddox tienen sus oficinas en el Circo Máximo, donde estaba el cuartel general de todas ellas. Sin embargo, Friedlaender asegura que las facciones de los cuatro distritos se hallaban enclavadas en el noveno distrito, al pie del Capitolio y en la proximidades del Circo Flaminio, pues menciona que Vitelio invirtió en ellas mucho dinero y que Calígula comía con frecuencia en las cuadras de los Verdes. En lo que sí concuerdan tanto la visión de Maddox como la reconstrucción de Friedlaender es que no se trataba de vulgares establos. Friedlaender menciona que el personal estaba compuesto por esclavos y hombres libres con sueldo, en un número alto que implicaba, según documentos de la época, constructores de carros, zapateros, sastres, médicos, profesores de conducción de carros, mensajeros, corredores, camareros, sumilleros y administradores¹². Maddox en JMR Con 129-30 los describe como edificios de madera y yeso decorados con esculturas de caballos, placas con los nombres de cientos de animales y añade que la oficina de los directores era espaciosa, ocupando casi toda la segunda planta, decorada con bastante lujo y llena de capillas dedicadas a dioses desconocidos para el protagonista de esta serie: “Entrar en ese edificio era como internarse en otro mundo. (...) Dentro del gremio los diversos especialistas contaban con subgremios, capillas e incluso templos. El de los aurigas era especialmente bonito, y éstos recibían los más espléndidos funerales, que eran además los más frecuentes”.

También recuerda Maddox en JMR Mist 45-6 el hecho frecuente de que antes de las carreras se entretuviese a los espectadores con simulacros de gladiadores, que en este caso combaten con espadas de madera: “Los forofos de tales exhibiciones, lo que equivale a nueve décimas partes del público, prestamos gran atención a aquellos simulacros de luchas, porque esos mismos hombres habrían de participar en los próximos grandes juegos”. Después de esta aparición de los gladiadores, Maddox despacha en JMR Mist 47-8 con un párrafo bien preciso todos los elementos de una carrera normal de aquel tiempo:

(Los aurigas) rodearon la *spina* con solemnidad mientras los sacerdotes sacrificaban

¹² Friedlaender, *op.cit.* p. 530

ban una cabra en el pequeño templo situado sobre ella y examinaban las entrañas para ver si los dioses aprobaban o no las carreras de aquel día.

Los sacerdotes indicaron por señas que era un día propicio y Hortalo se puso en pie para recibir una gran ovación. A continuación pronunció las rituales frases de apertura de los juegos. (...) Arrojó el pañuelo blanco sobre la arena, y en cuanto la barrera de cuerda cayó al suelo, los caballos se precipitaron hacia adelante, iniciándose la primera carrera. Los aurigas dieron las siete vueltas alrededor de la *spina* con su habitual temeridad. (...) Exhibieron el mismo ímpetu en las doce restantes que componían un día de carreras por aquel entonces. Se produjeron ciertos choques espectaculares, pero ninguna muerte, para variar. Ganaron los rojos, de manera que mi situación financiera se vio mejorada a expensas de Hortalo y de sus compañeros Blancos.

Como decimos, es un fragmento donde, por medio de un par de párrafos bastante efectivos, queda resumida la mecánica de la carrera. La *spina*, llamada así por recordar por su posición a la espina dorsal de los animales, estaba allí para determinar la longitud de la carrera y para que los carros no colisionaran al dar cada una de las vueltas de que constaba la carrera completa —que como muy bien dice el texto, eran siete—. La *spina* estaba decorada, sobre su base, de varios elementos constitutivos que se repetían invariablemente: un obelisco en el centro, estatuas de los dioses, un altar —altar en el que los sacerdotes, como en el caso de Maddox, hacían un sacrificio— y columnas sobre las cuales los huevos (*ova curriculorum*) y delfines (*delphinorum columnae*) mostraban al público el número de carreras corridas¹³. Friedlaender explica en su obra (p. 542) la funcionalidad de estos huevos y estos delfines: “para que los espectadores pudieran saber cuántas de las siete vueltas de una carrera habían sido recorridas ya, se colocaban sobre el muro que separaba las columnas situadas a ambos extremos siete delfines y otros siete remates en forma de huevo, a suficiente altura, de modo que todo el mundo los viera, y a cada vuelta se hacía descender uno de estos adornos”¹⁴. La famosa película *Ben-Hur* (William Wyler, 1959) ha inmortalizado todo este proceso y lo ha popularizado desde su estreno. Hoy día, como en la versión muda de Cecil B. De Mille, es indisoluble de este film que tiene en la escena de la carrera su mayor virtud.

Dado el *nihil obstat*, la cuerda que sujetaba las puertas de los establos —según Friedlaender; según otros, ésta marcaba la línea de salida sostenida por dos *hermilae*¹⁵— caía y los caballos se lanzaban a la carrera. Maddox no dice nada acerca de cuántos caballos tiraban de los carros, pues en cuanto al número sabemos que lo más usual era dos caballos (*biga*) o cuatro por carro (*cuadriga*), y mucho más ra-

¹³ Rich, *op.cit.* s.v. Spina. Incluye además un grabado donde están correctamente distribuidos los elementos constitutivos de la *spina* del circo romano.

¹⁴ En Livio XLI, xxviii, 5 leemos: [*Locaverunt*] *carceres in circo, et ova ad nota*** curriculis numerand***dam et metas trans***das*.

¹⁵ Friedlaender, *op.cit.* p. 544; Rich, *op.cit.* s.v. Circus.

ramente por tres¹⁶. A veces, los muy virtuosos o los muy excéntricos —el emperador Nerón en los juegos de Olimpia— llegaban a conducir carros tirados hasta por diez caballos¹⁷. En todo lo demás, Maddox sigue a renglón seguido la verosimilitud histórica, en cuanto al número de vueltas a la *spina* y el número de carreras, que en aquel tiempo era entre diez y doce, aunque a partir de Calígula y Nerón aumentaría tremendamente su número. Decio comenta que aquel día, para variar, no hubo muertes, y que aquello era ya ganancia. Efectivamente, el dar vuelta en la *spina* a toda velocidad, añadido a las tretas que unos y otros pergeñaban para impedir que los otros ganasen, se cobraban vidas a cada momento¹⁸.

La estimación final de los dineros recién adquiridos por Decio remiten directamente al problema de las deudas de juego, que el autor toca también en JMR Mist 245 al mencionar Milón a un individuo que sirve de soplón: “Estaba en deuda con el hombre de Macro en aquel lugar; algo relacionado con su afición a apostar por los Azules en las carreras. Por lo tanto, no resultó muy difícil arrancarle las respuestas”. Y es que muchos perdían hasta la camisa por su pasión a una de esas facciones, y tanto ayer como hoy hubo hinchas y hasta *hooligans*¹⁹.

Uno de los rituales más interesantes mencionados en estas novelas es la celebración del Festival del Caballo de Octubre, que John Maddox Roberts desarrolla en su novela *La conspiración de Catilina* entre las páginas 169 y 187, donde Decio tiene que competir en la carrera a caballo contra su enemigo Clodio. El episodio es muy amplio, y su análisis se encuentra en el capítulo dedicado a Religión, por las características sagradas que implica. Cabe decir aquí que la carrera se celebra en el Foro, y no en el Campo de Marte como era habitual y consta en las fuentes, y que la rivalidad de Decio y Clodio les conduce a todo tipo de encontronazos personales antes, durante y después de la carrera que gana Decio. El capítulo es prolijo, e interesantísimo desde el punto de vista ritual, todo lo contrario que desde el aspecto competitivo, por lo que remitimos a su análisis en el capítulo correspondiente. Hay, sin embargo, algunos comentarios relativos a las carreras y al circo que merecen apostilla por su carácter de espectáculo, por una parte, el carácter de excepción de que la competición se desarrolle en el Foro, lo que favorece a nuestro protagonista, como se nos cuenta en JMR Con 169-70:

¹⁶ McMackeever, *op. cit.* p. 105; Friedlaender, *op.cit.* p. 543. El uso recurrente era de dos y cuatro caballos: *Spectacula assidue magnifica et sumptuosa edidit non in amphitheatro modo, verum et in circo, ubi praeter sollemnes bigarum quadrigarumque cursus proelium etiam duplex, equestre ac pedestre, commisit; at in amphitheatro navale quoque* (Suet. *Domit.* IV, 1).

¹⁷ Friedlaender, *op. cit.* 543.

¹⁸ *Ibidem* p. 544-5.

¹⁹ Acerca de la pasión desmedida por los juegos de carreras, cf. Friedlaender, *op.cit.* pp. 526 y 530-5. Sólo desde esta óptica desmesurada se puede entender de manera razonable, si tal es posible, que en época imperial Calígula nombrase senador a su caballo Incitatus.

De haber tenido lugar en el campo de Marte la carrera habría sido con carros. Yo era un jinete competente, pero un auriga desastroso. Hace siglos que el carro quedó obsoleto, salvo para las carreras y procesiones ceremoniales; por eso nunca me había parecido que tuviera sentido adquirir esa habilidad, aunque había tomado algunas lecciones por curiosidad.

No parece probable que el carro estuviese tan desfasado para aquel entonces, ya que pudiera haber tenido funciones de tipo práctico indudables, e incluso Friedlaender recoge la noticia²⁰ de que los aurigas, socialmente bien vistos, tenían su mala fama de insolentes y desvergonzados durante los primeros tiempos del Imperio por pasarse en carro por las calles de Roma campando por sus respetos, gamberreando e incluso a veces cometiendo alguna clase de delitos. El párrafo continúa haciendo un comentario cuyas reminiscencias también son bien conocidas: el amor de la nobleza por las carreras de caballos, y la fascinación que éstas ejercían en la juventud romana:

Era bien conocido que Clodio practicaba regularmente en los establos de los Verdes (se había pasado de los Rojos a los Verdes al convertirse en un hombre público). Habría sido impensablemente deshonesto para cualquier hombre de buena cuna correr en público, pero muchos jóvenes locos por las carreras practicaban con asiduidad para aprender una técnica que jamás utilizarían.

Clodio practicaba regularmente en los establos de los Verdes, y esta pasión alcanzaría su cenit con Calígula, que también era del bando de los Verdes y que en sus oficinas pasaba largas horas; posteriormente, también Vitelio, Cómodo, Caracalla, Geta y Heliogábalo, serían verdaderos fanáticos de estos espectáculos²¹. Por lo demás, el capítulo no tiene mayor relevancia más con respecto al mundo de las carreras salvo la alusión que hace Decio en JMR Con 177 de que, a pesar de lo encarnizado de la carrera con Clodio “una vuelta al Foro no es nada comparado con siete a la *spina* del circo arrastrando un carro”.

Y no sólo los aurigas eran héroes dentro y fuera de la arena²², sino que los aficionados más encendidos conocían perfectamente a los mejores caballos, sabían de corrido el número de sus victorias, su pedigrí y hasta su genealogía, llegando a

²⁰ Friedlaender, *op.cit.* pp. 526-7. A este respecto, cf. Plutarco, *Caesar* LI, 3 donde se menciona el vergonzoso comportamiento de Marco Antonio al conducir borracho por las calles de la Urbe.

²¹ Friedlaender, *op.cit.* 526, donde además el autor cuenta que los jóvenes de las clases altas conducían sus carros por las carreteras —lo que estaba muy mal visto y sólo se perdonaba como errores de juventud—, sino que además alimentaban a los caballos y juraban por Epona, diosa de los caballos, a la que por cierto Maddox hace aparecer como estatua en su visita a las oficinas de las facciones de JMR Con 130 como una estatua toscamente esculpida que sentada de costado sobre un caballo y con una llave en la mano. Una llave, dice uno de los directores de los Rojos, que representa la llave del establo.

²² *Orationum Ciceronis enarratio, In orationem in toga candida*, p. 83: *Fuit autem notissimus in circo quadrigarum agitator Boccus*, dice de un famoso auriga Quinto Asconio Pediano, lo que hace suponer que estos aurigas alcanzaban fortuna y grande fama.

superar los mejores los altos precios del mejor de los esclavos²³. No es, pues, gratuito cuando Borrell escribe en JB At 11 que los caballos de los Azules tienen “ese trote nervioso que sólo los buenos aficionados saben apreciar”, ya que eran verdaderos símbolos de fuerza y de triunfo. Los mejores caballos procedían de las provincias, sobre todo del norte de África e Hispania, y los nombres que se les daba eran masculinos. De todo esto es un buen resumen, muy verosímil, el de Maddox en JMR Con 136-7 cuando Decio habla en el Circo Máximo con un noble llamado Valgio:

—Hemos venido para ver practicar a Argentum —contestó—. Paris, del equipo de los blancos, competirá con él en las próximas carreras. Quinto conoce bien los establos de los Blancos.

—Argentum ha competido como caballo de pista durante seis años —intervino Valgio—. Ha ganado doscientas treinta y siete carreras,

Recitó esa información con un brillo fanático en los ojos. Conocía a esa clase de persona, que se sabía el historial y el pedigrí de cientos de caballos. Siempre me han gustado las carreras, pero existen límites. La gente como Valgio podía resultar tan aburrida como Catón.

Un buen resumen para cerrar todos estos aspectos relacionados con el circo y las carreras lo proporciona el propio John Maddox Roberts entre las páginas 126 y 129 de su novela *La conspiración de Catilina*, donde este autor hace un síntesis y balance de las características y representatividad del circo en la sociedad romana. Remitimos, pues, a estas páginas, que por su elevada extensión no reproducimos y de las cuales pasamos a hacer un resumen de sus puntos significativos:

1. El Circo Máximo se ubicaba en el antiguo valle de Murcia, entre las colinas Aventina y Palatina, donde Tarquino el Viejo mandó construir el hipódromo. En su subterráneo había un antiquísimo templo dedicado a la primitiva divinidad Conso (JMR Con 126).

En efecto, este Conso estaba asociado etimológicamente con una divinidad propiciadora de buenos consejos y estaba relacionado con la primera carrera de caballos que consta en la historia de Roma, aquella organizada por Rómulo para raptar a las mujeres de los sabinos, y en honor del cual se celebraron a partir de entonces las carreras en el circo, que se emplazó en aquel legendario escenario del rapto de las sabinas²⁴.

²³ Friedlaender, *op.cit.* pp. 527-8 da una lista de famosos caballos por sus numerosas victorias.

²⁴ Serv. Ad Verg. VIII, 636: *Hic cum videret virorum multitudinem sine conubiis posse deperire, a vicinis civitatibus matrimonia postulavit, sed ab eis contemptus celetes se Neptuno, equestri deo, qui et Consus dicitur, editurum proposuit. Iste Consus et eques Neptunus dicitur, unde etiam in eius honorem circenses celebrantur. Consus autem deus est consiliorum, qui ideo templum sub circo habet, ut ostendatur tectum esse debere consilium: inde est quod et Fidei panno velata manu sacrificabatur, quia fides tecta esse debet et velata.*

2. El circo Máximo era la mayor estructura de Roma y albergaba todo lo necesario para sacar a la arena cuatro carros, cada uno con cuatro caballos y un auriga (JMR Con 126).

Aunque durante el capítulo de la carrera de carros no lo menciona, Maddox sí hace ahora la especificación de que los caballos son cuatro, es decir, que distingue la cuadriga de la biga, y no se manifiesta acerca del hecho de que a veces pudiesen ser tres caballos, o corriesen en número muy superior a cuatro, lo que parece ser en el primer caso una excepción y en el segundo un exhibicionismo tardío.

3. Los caballos procedían de lugares tan lejanos como Hispania, África o Antioquía y se entrenaban durante un periodo de tres años. Los aurigas empezaban su instrucción de niños, y como las muertes por accidente eran elevadas, había que contar con reservas. Los carros se hacían lo más ligeros posibles. Tanto aurigas como caballos contaban con una dieta especial (JMR Con 127).

En efecto, los mejores caballos venían de las provincias, sobre todo del norte de África y de España²⁵. Los aurigas eran, en general, los conductores de cualquier carro, pero sobre todo los de carros de carreras²⁶, que como hemos visto acaparaban la pasión de los romanos hasta el grado de que los mismos emperadores se afanasen por practicar ese oficio²⁷. Llevaban las manos vendadas para no ser dañadas con el tiro de las riendas, y los caballos tenían también vendadas las patas, como se desprenden ambos detalles de la copia de un dístico consular de época tardía²⁸. Que las muertes por accidente eran elevadas y que el oficio de auriga era peligroso consta suficientemente, y se manifiesta sobre todo en que los aurigas ataban las riendas alrededor de su cintura y portaban siempre un cuchillo para cortarlas en caso de choque o volcadura, para impedir ser arrastrado hasta morir o arrojado contra la pared de la arena o la *spina*. Maddox describe una en JMR Con 132-3: “Era un arma poco usual, con una hoja de unos veinte centímetros de largo, afilada por ambos bordes, recta en casi toda su longitud, salvo en la punta, donde se curvaba para formar un gancho. Carecía de guarda, y la empuñadura era de simple asta”. En el mismo párrafo, el personaje Prisco explica que almacenan cientos de cuchillos de auriga en los almacenes, pero que en la ciudad debe de haber también miles de ellas, pues los aurigas son tan famosos que, “los entusiastas de las carreras los piden a los aurigas victoriosos y los llevan encima para que les den suerte. Sobornan a los encargados de la

²⁵ Friedlaender, *op.cit.* p. 527.

²⁶ Independientemente de que el tiro de caballos fuese de dos, tres, cuatro o más de ellos, ya que hemos constatado que también existía el término *quadrigarius* (Rich, s.v.) que también fue *cognomen* de un historiador romano, Quinto Claudio Quadrigario, mencionado sobre todo por Aulo Gelio en sus *Noctes Atticae*. Este Quadrigario vivió antes de Livio y escribió la historia de Roma desde el incendio de los galos hasta sus días.

²⁷ Suet. *Calígula* LIV.

²⁸ Rich, *op.cit.* s.v. Auriga.

pista para que les consigan cuchillos que los aurigas han utilizado para soltarse”.

4. Muchas clases de esclavos se encargaban de todos los aspectos relacionados con los mismos, e incluso había un esclavo que tenía que hablar con ellos para que estuviesen satisfechos, así como correr junto a ellos camino de las carreras para animarlos (JMR Cat 127).

5. El circo era la mayor institución del imperio romano, y adonde llegaba el Imperio llegaba el circo. Las facciones mantenían cuartel general donde había uno, y una sola de ellas podía contar con caballerizas ocupadas por ocho o diez mil caballos para abastecer a toda una provincia (JMR Con 127).

6. Toda la estructura del circo Máximo era de madera, salvo las gradas inferiores de piedra. “Cuando estaba lleno al máximo de su capacidad, con más de doscientos mil espectadores, la estructura de madera producía los más alarmantes cruji-dos, aunque nunca se había derrumbado” (JMR Con 129).

Que era de madera, ya ha sido mencionado y corresponde a la realidad, pero según Hacquard la capacidad del circo era de 150.000 personas en tiempos de César, quien mandó restaurarlo. Bajo Nerón y Trajano se benefició de nuevas obras y mejoras hasta llegar a alcanzar capacidad para 300.000 personas²⁹.

7. Los arcos bajo las gradas están ocupadas por tiendas donde se compra de todo: desde salchichas hasta los servicios de una prostituta barata: “En Roma se decía que, si te robaban algo, debías acudir al circo Máximo y deambular un rato, hasta que alguien te lo ofreciera para que lo compraras”.

8. El circo Flaminio³⁰, que apenas tenía ciento cincuenta años de antigüedad, nunca había sido apreciado por el pueblo (JMR Con 128).

9. Decio contempla los ensayos de la *pompa* o desfile circense: esclavos que portan las imágenes de los dioses marchando al son del cuerno, la lira y la flauta. Carros dorados tirados por ponis y conducidos por niños donde se transportan las imágenes de los atributos de los dioses: búhos, pavos reales, rayos... Además, músicos, mujeres bailando como ménades y un grupo de hombres con casco emplumado y túnica escarlata ejecutando una danza de guerra, individuos disfrazados de sátiros, con colas de cabra atadas al trasero y falos rojos en la entrepierna efectuando una parodia grosera de la misma danza.

10. La *spina* todavía no exhibía la multitud de estatuas que años después la decorarían. A cada extremo se alzaban las puntas de lanza coronados con siete huevos dorados que señalaban las vueltas de una carrera por el método de eliminar uno tras cada vuelta. Maddox especifica que se hacía así antes de que se añadieran los delfines que escupían agua.

²⁹ Hacquard, *op.cit.* p. 194.

³⁰ Varrón, *De lingua latina* V, xxxii, 154: *Item simili de causa circus Flaminius dicitur, qui circum aedificatus est Flaminium campum, et quod ibi quoque ludis Tauriis equi circum metas currunt.*

11. La arena, importada de África, tiene el color normal. Maddox pone en boca de Decio la anécdota de que cuando César era edil mandó esparcir arena verde —color de su facción— y consiguió ese efecto mezclando mineral de cobre pulverizado con la arena.

Es el circo el que acapara, como vemos, la atención de estos autores, aunque descripciones de un circo sólo contamos con ésta. Son mencionados en JMR Con 145 los circos de Massilia y Cartago Nova, pero sin relevancia alguna, y en la misma página un personaje llamado Amnorix, que compite en las carreras bajo el nombre de Polidoxo, hace una comparación entre el Máximo y otros: “Nunca había visto nada tan grande, pero los circos de la Galia e Hispania están mejor construidos y carecen de todos esos pertrechos para las peleas de bestias salvajes. De todos modos lo que cuenta es la pista, y ésta está bien conservada. La arena africana es la mejor. Y los establos son soberbios. Parece que la mitad de los caballos del mundo está aquí”. No es gratuita la alusión, en sólo una página, a estos circos no italianos, ya que, como en el caso de los anfiteatros y las luchas de gladiadores, era en el norte de África, España y las Galias donde más hondamente había calado el espectáculo circense de las carreras³¹.

Existen menciones —desprovistas de contenido alguno— a los Juegos de Olimpia en SS Ap 162 en alusión a Milón de Crotona y su fama legendaria; a los Juegos fúnebres en JMR Sac 163, en una alusión irónica que no tiene la importancia que estos juegos tendrá en el desenlace de la novela *El brazo de la justicia*, juegos que se basaban principalmente en luchas de gladiadores, como veremos a continuación; en JMR Mist 13 se menciona los juegos plebeyos (*ludi plebei*), y en JB At 11 los *ludi magni*, también en una alusión sin contenido. Sin embargo, nosotros debemos hacer constar aquí que los *ludi magni* o *maximi* eran celebrados en septiembre, a primeros de abril se celebraban los Megalesiacos o de la Gran Madre Idea; a fines del mismo mes, la fiesta de Ceres (Cerealia) y la de Flora (Floralia); en junio, la de Apolo (Apollinares ludi); en noviembre, los juegos plebeyos (*ludii plebei*), fiestas que se prolongaban casi todas por varios días³².

3.2. Luchas gladiatorias.

No cabe duda de que, junto a las carreras de cuadrigas en el circo, es el combate de gladiadores el entretenimiento por antonomasia del pueblo romano y, a la vuelta de los siglos, merced a su notoria crueldad y a los testimonios de los cristianos sobre las muchas muertes de fieles que hubo sobre la arena, éstos han caracterizado como ninguna otra actividad la imagen popular de la crueldad del

³¹ Friedlaender, *op.cit.* pp. 598-9.

³² Mommsen, *op.cit.* I, p. 1142.

pueblo romano. Sorprenden los testimonios a favor de esta práctica, y sorprende no menos la escasez de testimonios en contra de las luchas de gladiadores. Fue esta dura vida de profesional de la espada la que hizo de Espartaco el romántico héroe revolucionario que, como vimos anteriormente, no fue jamás.

Menciones a los gladiadores hay muchas en las novelas, pero pocas de ellas tienen la suficiente consistencia para un comentario amplio. Sin embargo, nos ayudarán a trazar un perfil de la situación en la Roma antigua.

Siguiendo a Mommsen y a Friedlaender³³, debemos aceptar que los juegos gladiatorios comienzan en Campania, de donde su arraigada implantación se extenderá a Etruria y llegará un día a Roma y en ella echará raíces. Desde entonces, la Campania será el hogar del culto gladiatorio, como expresa Maddox en JMR Con 287, y en JMR Sat incidirá de nuevo en la idea, que se repite con cierta frecuencia en las novelas: “Campania was always the heartland of the sport. Romans were fond of gladiators, but in Campania they were something of a cult”. Si bien al principio estos combates a muerte sólo se celebraban en los entierros y en las fiestas fastuosas, lo mismo sucedió a su llegada a Roma, donde se hicieron al principio en los entierros (*ludi funebres*) y poco a poco fueron adquiriendo mayor notoriedad hasta dejar de ser exclusivo de acontecimientos luctuosos y convertirse en espectáculo independiente. Se tiene la constancia de que los primeros combates gladiatorios se produjeron en el Foro Boario romano el 264, durante las ceremonias del entierro de D. Junio Bruto cuando sus hijos hicieron luchar a tres parejas de gladiadores³⁴. El fenómeno tuvo pronta implantación en la urbe.

Durante la República los romanos vieron luchar a tracios, samnitas y galos conducidos como esclavos de sus lejanas tierras, pueblos que darían nombre a algunos de las clases de gladiadores que, además, combatirían a veces con sus propias armas y convirtiendo la novedad en tema de deleite de los espectadores. En efecto, la mayoría de estos hombres que luchaban como gladiadores eran esclavos, como en el caso de Espartaco, pero no siempre, ya que sabemos de hombres libres de escasos recursos que se veían abocados a la arena para poder optar a una vida mejor. No pocas veces el premio de la victoria sostenida a lo largo del tiempo era la libertad, medida que a muchos romanos de la época no acababa de convencer, como recuerda el siguiente comentario en JMR Mist 12:

Por regla general no apruebo la manumisión de gladiadores. Es improbable que un hombre que durante varios años ha tenido licencia para matar se adapte fácilmente al papel

³³ Mommsen, *op.cit.* I, p. 1143-4; Friedlaender, *op.cit.* pp. 546-7 donde, además, hace una síntesis del desarrollo de esta práctica en Roma y de su progresiva implantación.

³⁴ Así, en Valerio Máximo, *Facta et dicta memorabilia* II, iv, 7: *Nam gladiatorium munus primum Romae datum est in foro boario App. Claudio Q. Fulvio consulibus, dederunt Marcus et Decimus filii Bruti Perae funebri memoria patris cineres honorando.*

de ciudadano responsable. Normalmente a los pocos meses de la manumisión han despilfarrado sus ahorros, viven del reparto gratuito de trigo o acaban metiéndose en una de las bandas armadas o son contratados como guardaespaldas de algún político.

A no dudarlo, habrá muchos más comentarios relativos a la pertenencia de gladiadores a las bandas, y también a la naturaleza de guardaespaldas de muchos de éstos, hechos ambos que se atienen a la realidad histórica, como demuestra Friedlaender haciendo recuento de datos y citando el pasaje de una carta de Cicerón donde el orador le pregunta a su amigo Ático por la eficiencia de la banda de gladiadores que su amigo compró en el 56 con el objeto de que le sirvieran como guardia de corps o *bravi*³⁵. El mismo Maddox será todavía más explícito en JMR Sac 51-2, y sin faltar a la realidad histórica:

“The killer was probably an ex-gladiator, then. The gangs are full of them, and the stab in the throat is the arena deathblow”.

I had known many gladiators, and among that stalwart confraternity it is a matter of honor to kill the defeated with swiftness and dignity. With a sword, this is best accomplish with a quick jab to the jugular. It is believed to be nearly painless as well, but since none who receive the blow ever talk about it afterward, this is difficult to confirm. Also, there is lots of blood, and the crowd like that.

Así pues, tenemos que las distintas clases gladiatorias surgen inspiradas por el armamento de los bárbaros hechos presos en las guerras, y a sus nacionalidades hacen alusión estos nombres que vamos a recordar ahora mismo:

Ya en la República las categorías de gladiadores eran cuatro: 1) El samnita (*samnites*): cargado de armamento pesado y la más antigua forma gladiatoria, equipado con casco de ala a los lados, escudo largo, polaina izquierda y espada. A partir de Augusto —más allá, por tanto, de los límites impuestos para este análisis— se subdividen en *secutores*, oponentes de los reciarios, y *oplomachi*, oponentes de los tracios; 2) el reciario (*retiarius*), de armamento ligero y ataviado con cinturón, brazalete, tridente y red para envolver al otro; era la forma más humilde de gladiatura; 3) el tracio (*thrax*), que usa pequeño escudo redondo³⁶, casco, dos polainas, brazalete derecho y sable corto curvado; 4) el galo o mirmillón (*mirmillones*), que tiene pocas armas defensivas: casco pequeño galo caracterizado por la imagen de un pez en la cresta³⁷, pequeño escudo y siempre espada³⁸.

³⁵ Para mayor desarrollo de esta función de los gladiadores, cf. Friedlaender, *op.cit.* pp. 552-3.

³⁶ Sin embargo, Rich, *op.cit.* s.v. Thrax describe la característica de que el escudo es cuadrangular, aunque combado, y que se arrodillan durante la lucha para su defensa. Quizá la confusión proceda de que el nombre del escudo era *parma*, y este escudo definía tanto al escudo redondo de la infantería ligera y caballería del ejército romano, como el escudo cuadrado y combado propio del pueblo tracio (cf. Rich, s.v.). En JMR Sat 258 Maddox lo describe como “the small, square parma carried by the Thracian gladiators”.

³⁷ Así, en Pompeyo Festo, *Epitoma operis de verborum significatu Verri Flacci*, p. 358: *Retiario*

Maddox también distingue entre algunas de estas clases de gladiadores, como en JMR Sat 199, donde explica que

Castor, the shorter, had a wiry, compact build and the quick movements of a Thracian gladiator. Aurius had the heavy shoulders and bull neck of Samnite. Not Samnite by nation, but the type of gladiator we call Samnite back then, who fought with the big shield and straight sword. These days that type is called a *murmillo* if he fights in the old style and a *secutor* if he wears a crestless, visored helmet and fights the netman. The Thracian, with his small shield, curved sword, and griffon-crested helmet, is still with us.

También Borrell hará una explicación a dos tipos en JB Azul 141 al explicar que “No sé gran cosa sobre gladiadores, pero tengo entendido que, salvo accidentes, un mirmillón no suele ser atravesado por un reciario. Primero es envuelto en la red y derribado y sólo muere si el director del festival baja el pulgar”.

John Maddox Roberts nos presenta a los reciarios como innovación de Julio César. Así, en JMR Mist 26 el autor recrea a Julio César rumiando una nueva idea: “César trató de congraciarse con Estatilio hablando de su futuro cargo de edil y preguntándole si se le ocurría «algo diferente» en relación con los combates para los Juegos que se proponía patrocinar. Cinco años después tendría ocasión de presenciar ese «algo diferente», que causaría gran sensación en el mundo de los Juegos”. La novela, que transcurre en 684 AUC (Ab Urbe Condita) desarrolla su continuación en *La conjuración de Catilina*, que narra los conocidos hechos de 691 y 692 AUC, se nos vuelve a mencionar estos juegos de dos años antes, esto es, de 689 AUC o 65 a.C. —Maddox manipula bien las fechas—, pero sin que se nos mencione a los reciarios. En *The Sacrilege* recordará estos famosos Juegos organizados por César en un párrafo desarrollado entre JMR Sac 60-1 que por su interés merece ser reproducido. Tras mencionar que durante el cargo de edil César introdujo una nueva categoría de gladiatura, Maddox continúa su exposición de la visita al *ludus* de Estatilio, cuya primera parte veremos más adelante y en el que ve a los gladiadores entrenarse:

Most of the men trained with the large shield and the straight *gladius* or with the small shield and the curved *sica*, and some practiced with the spear, but there was a new category, one that had appeared during Caesar’s aedilship.

Caesar had borrowed heavily to put on games of unprecedented magnificence, going so far as to give *munera* in honor of deceased female relative when he ran out of dead male ancestors. He bought up so many gladiators that his enemies in the Senate panicked,

pugnanti adversus murmillonem, cantatur: «Non te peto, piscem peto. Quid me fugis, Galle?» Quia murmillonicum genus armaturae Gallicum est, ipsique Murmillones ante Galli appellabantur; in quorum Galleis piscis effigies inerat.

³⁸ Hemos seguido a Hacquard en esta tipología, así como a Rich, *op.cit.* s.v. Mirmillones, Samnites y Thrax, que todos los autores avalan. Friedlaender, *op.cit.* pp. 560-1, además, hace una distinción entre *gregarii* o del montón, y los calificados. Mientras que los primeros cobraban de mil a dos mil sesteracios, los segundos ganaban entre tres y quince mil sesteracios.

thinking that he was buying a private army. They quickly passed legislation limiting the number of gladiators one citizen could exhibit at any given set of games. Since he could not show as many as he wanted, he began to use bizarre new types: men who fought from elephants, chariot fighters, horsemen and others. Strangest of all were the netmen.

Nobody knew what to make of them when they first marched into the arena. They looked like fishermen from the Styx with their nets and their three-pronged harpoons. Nobody thought they could be fighters because they wore no armor. We thought perhaps we were to see some new dance. Then a group of big-shield came in and paired off with the netmen. As first, we expected to see the netmen slaughtered. But this was not toe-to-toe fighting of the sort of we used to. The netmen darted all over the arena, casting their nets, running away if they missed, only to return to the fight after retrieving the net by its cord. After a lot of laughter and hooting, the audience began to get into the spirit of the thing and cheered on the combatants. To everyone's surprise, more netmen than swordsmen won their fights. It was all so unexpected that there was no way to decide whether anyone had fought really well or badly, so the crowd withheld the death signal, although a few fighters died later of their wounds.

A partir de entonces, concluye Decio, el público no dejaría de pedir el regreso de los reciarios, que César tenía previstos como intervención única; pero los tradicionalistas, como el padre de Decio y el propio Catón los verían con malos ojos por exóticos y una irreverencia a la tradición del combate mortal.

El párrafo entresacado contiene elementos interesantes para su comentario. La legislación promovida por los enemigos de César es auténtica y consta en Suetonio³⁹, y ya fue introducida con su apropiado comentario en JMR Con 101, casi con idénticas palabras que este otro, aunque poniendo énfasis, más bien, en que César “se había endeudado tanto que muchos creían que se había vuelto loco”, pues recabó fondos para estos juegos “además de a los financieros profesionales, había pedido prestado a amigos, senadores, gobernadores provinciales y todo aquel que poseyera dinero que prestar” con objeto de comprar la popularidad de las masas con *ludi* y con la distribución de cereal gratis. César no tuvo más remedio que reducir el número de gladiadores que entablarían combate, pero aun así, consta que salieron a la arena 320 parejas. Posteriormente, Augusto prohibiría que los pretores organizaran más de dos juegos de gladiadores al año y que el número de éstos no excediese el de ciento veinte, esto es, sesenta parejas⁴⁰.

El nombre que Maddox le da a estos combates es el de *munera sine missione*, como hace en otras novelas. En JMR Mist 22 Decio se entrevista con un gladiador llamado Draco que asegura haber sobrevivido a ciento veinticinco combates gladiatorios y cinco *munera sine missione* cuando se retiró. Decio aclara: “Permítaseme

³⁹ Suet. *Divus Iulius* X, 2: *Adiecit insuper Caesar etiam gladiatorium munus, sed aliquanto paucioribus quam destinaverat paribus; nam cum multiplici undique familia comparata inimicos exterruisset, cautum est de numero gladiatorum, quo ne maiorem cuiquam habere Romae liceret.*

⁴⁰ Friedlaender, *op.cit.* pp. 547-8.

explicar este término, que ya no se utiliza. Antes de que la ley los prohibiera los *munera sine missione* eran juegos en que un centenar de hombres luchaban, unas veces por turnos, otras todos contra todos, hasta que sólo quedaba uno en pie”. No es de extrañar, por tanto, que en JMR Tem 215 Crético le dedique a Decio el siguiente comentario irónico: “You’ve been busier than a gladiator at a *munera sine missione*”. Estos combates tuvieron su origen, ya lo hemos dicho, en los funerales, y por ello Decio se extraña en JMR Sat 78 de que Clodio los quiera celebrar en el día de su boda, aunque Clodia argumenta que oficialmente serán llevados a cabo en honor de su fallecido padre para estar dentro de la legalidad. En JMR Tem 94 lo dirá sin rodeos Decio en su conversación con Fausta en JMR Tem 94: “The munera are a integral part of our religion,” I told her. “Other people sometimes find the fights a bit strong for their tastes”.

Se ha mencionado también en el párrafo el tridente característico de los re-ciarios, así como el recto *gladius* y la curva *sica*, armas blancas muy mencionadas en esta clase de novelas, lo que nos proporciona una buena oportunidad para hablar de las mismas. En JMR Sac 211 Decio menciona que su espada (*gladius*, que da nombre al *ars gladiatoria*) es de tamaño legionario, es decir, larga, mientras que también las existían más utilitarias, como nos cuenta Decio en JMR Tem 149:

First I laid out my weapons: caestus, dagger and sword. I decided against the rather bulky legionary gladius I wore when in uniform. Instead I had a very nice short sword of the sort of favored in the arena by certain types of gladiator. It was about three-fourths the size of the military sword, light, wasp-waisted with a narrow point for stabbing and edges so sharp you could cut your eyes just looking at them.

Una punta estrecha para traspasar, dice Decio de su espada —a la que volverá a describir, casi con idénticas palabras y sin aportar ningún matiz nuevo, en JMR Sat 252-3—, y en JMR Sac 222 describirá un pinchazo en el cuello de su adversario como la forma apropiada de usar esta punta estrecha de la espada: “I poked him in the throat with the point of my gladius, just as my instructor had taught me years before, in the old Statilian *ludus*”. Volveremos a hablar más tarde de este Estatilio.

En general el *gladius* romano era una espada de varios tamaños pero de doble filo. Según Rich, que toma a Polibio como fuente⁴¹, desde el tiempo de las guerras con Aníbal cambiaron su antiguo modelo de espada, más parecido al griego, y adoptaron el modelo hispano o celtíbero, que llegó a ser el clásico: hoja plana y recta, más larga y pesada también.

Mencionada ha sido igualmente la curva *sica*, que Maddox describirá en JMR Sat 98 con la gran expresividad de un símil que no en vano procede de Plinio el

⁴¹ Rich, *op.cit.* s.v. Gladius.

viejo y que debía ser un lugar común para referirse a ellas⁴²: “Both men had knives in their hands, short *sicas* curved like the tusk of a boar”. Se trataba del arma nacional de los tracios y por ellos pasó enseguida a la gladiatura. Además, la *sica* era considerada el arma de los maleantes y asesinos, por lo que la alusión a su uso podía ser profundamente despectiva⁴³. No es olvidado este aspecto por Maddox, que en JMR Tem 186 confronta acaloradamente el uso de la *sica* frente al uso de armas más nobles como el *pugio* o el *gladium*. La defensa que hace Crético de Decio, acusado de haber asesinado a la hetaira Hipatia con una *sica* es la de que ésta no es, ni mucho menos, un arma de caballeros⁴⁴.

Hemos mencionado anteriormente a Estatilio Tauro, cuyos *ludi* son mencionados, y hasta recreados, algunas veces en la novelas de Maddox. Este Estatilio Tauro parece ser contemporáneo, sin que tenga nada que ver con él, de T. Estatilio Tauro, quien fue cónsul en el 36 y 26 a.C. y fue uno de los grandes generales del periodo augústeo y quien mandó construir el primer anfiteatro de piedra en 29 a.C. Maddox nos cuenta en JMR Mist 21 que “la familia de los Estatilio, [estaba] especializada en deportes de anfiteatro”.

La descripción que del primer *ludus* de Estatilio hace Maddox en JMR Mist 21-2 es aproximada a la de llamada oficina de los gladiadores, en Pompeya, de la que Friedlaender da una somera pero efectiva descripción: se trata de una plaza rectangular y alargada de 56 metros de largo por 45 de ancho rodeada por atrios cuyos techos sostienen setenta y cuatro columnas dóricas. El edificio contiene cocina, cárcel y, en dos pisos superpuestos, setenta y un habitaciones⁴⁵. Maddox nos cuenta en JMR Mist 21-2 que “el *ludus* de Estatilio consistía en un patio al aire libre rodeado de una serie de barracones dispuestos en un cuadrado. Constaba de tres pisos de celdas para los combatientes, y la escuela tenía capacidad para alojar a casi un millar. (...) El *ludus* de Estatilio se hallaba donde hoy se levanta el teatro de Pompeyo; a propósito, después de tantos años acabo de caer en la cuenta de que aquella mañana debíamos de estar prácticamente en el lugar donde Cayo Julio moriría veintiséis años más tarde”.

El segundo *ludus* de Estatilio, ubicado en el distrito del Transtiber, recibe una descripción parecida en JMR Sac 59-60, se dice que carece del aire de prisión de estas instituciones y, al describir con idénticas palabras a los gladiadores que entre-

⁴² Plinio, *Hist. Nat.* XVIII, 1: *Apri dentium sicas exacuunt.*

⁴³ Rich, *op.cit.* s.v. *Sica*, y cf. Cicerón, *Cat.* I, 16: *Quotiens iam tibi extorta est ista sica de manibus, quotiens excidit casu aliquo et elapsa est! Tamen ea carere diem unum non potes.*

⁴⁴ En este párrafo mencionado se enfatiza el hecho de que la *sica* es arma de un solo filo, mientras que el *pugio* y el *gladium* lo son de dos. Sobre el carácter más noble del *pugio*, que era del uso común de clase aristocrática y emperadores y era símbolo de poder, cf. Rich, *op.cit.* s.v. *Pugio*.

⁴⁵ Friedlaender, *op.cit.* p. 563; en La Rocca y de Vos, *Pompeya. Guía arqueológica*, p. 335, viene una foto del llamado Cuartel de los gladiadores que coincide con la descripción de Friedlaender y la recreación de Maddox.

nan, se dice en ambas novelas (JMR Mist 22 y Sat 60) que los más jóvenes entrenan con armas figuradas —de madera— mientras que los veteranos lo hacen con armas de verdad⁴⁶. Otros *ludi* son mencionados en las novelas un par de veces, pero prevalece la idea de que los grandes *ludi* estaban en Roma o en Capua. Así, tenemos en JMR Tem 93 una buena opinión sobre el *ludus* de un tal Ampliato⁴⁷ en Capua, donde nos dice Maddox que enseñan boxeo, lucha y combate con espada con igual versatilidad y que esto hace a los gladiadores dignos de confianza. Por contra, en JMR Sat 201-2 se deja bien claro que en Luca, lugar expresamente mencionado, y en general, en las escuelas del norte de Italia no hay tan buenas escuelas como en Roma y Capua.

De la vida de los gladiadores nos han llegado testimonios múltiples, y en la novelas casi no se incide en ellos. Maddox menciona la fascinación que el joven esclavo Hermes siente por el mundo gladiatorio, y la reflexión de Decio sobre este hecho resulta bastante lúcida en JMR Sat 7:

He had no idea how rough the training would be. Like most young boys, he thought the gladiator's life was exciting and glamorous, unaware that a few splendid moments in the arena, dressed in plumes and gilded armor, was the result of years of bone-crunching work beneath the beady eyes of brutal overseers who enforced discipline with whips and hot irons.

Pero tampoco se puede soslayar que, efectivamente, un gladiador podía llegar a ser una estrella y que éstos gozaban de numerosas compensaciones mientras triunfaban y seguían vivos: bandejas llenas de monedas de plata, estipendios más que generosos, armaduras lujosas y el favor de las damas que soñaban con ellos⁴⁸. De esto último ha quedado constancia en los grafitos pompeyanos, donde podemos leer piropos tales como que Celadus era *suspirium et decus puellarum* (deseo y admiración de las muchachas) y que el reciarío Crescens era *dominum et medicum puellarum nocturnarum* (señor y médico de las hermosas de noche)⁴⁹. Marcial tiene también dos loas al gladiador Hermes: V, 24 y VIII, 74.

En cuanto a la alimentación de los mismos, no se especifica nada en las novelas, salvo el énfasis especial que hace Steven Saylor en la costumbre de los gladiadores por masticar ajos como energéticos, lo que el autor norteamericano siempre pone de relieve como un acto de profunda vulgaridad, un rasgo de carácter que imprime a estos personajes suyos a cada ocasión y que en este autor llega a convertirse

⁴⁶ En correspondencia exacta con la realidad. Cf. Friedlaender, *op.cit.* p. 565.

⁴⁷ Quizá exista una reminiscencia de N. Fescio Ampliatón, a quien Friedlaender considera una especie de “maestro ambulante de gladiadores” (*op.cit.* p. 554).

⁴⁸ Friedlaender, *op.cit.* pp. 556-9.

⁴⁹ La Roca y de Vos, *op.cit.* p.264.

en lugar común⁵⁰.

Entre las páginas 271 y 281 de la novela de Saylor *El brazo de la justicia* asistimos al clímax de esta obra, cuando tras unos juegos gladiatorios los esclavos condenados a muerte hacen acto de presencia en la arena. Antes hemos asistido a un combate de gladiadores que en todo se ajusta a los elementos ya vistos a lo largo de estas páginas. Sin embargo, aportan a la visión de conjunto general dos detalles, el primero la esmerada apariencia de los espectadores, que era obligatoria en la presencia de esta clase de actos, como se nos recuerda en SS Just 272: “Sólo alcanzábamos a ver los coloridos atuendos de los espectadores, vestidos con sus mejores galas para gozar de la fiesta”. Ya Friedlaender comentaba que desde primeros tiempos de la monarquía estaba estipulado por ley que los romanos debían acudir vestidos con la prenda oficial, la toga⁵¹.

3.3. Otros espectáculos.

Además de las carreras en el circo y las luchas gladiatorias en el anfiteatro existían otros espectáculos en la antigua Roma, pero todos ellos carecen de importancia dentro de las novelas.

Los combates entre animales salvajes y hombres (*bestiarii*) también gozaron de inmensa popularidad desde que fueron introducidos por M. Fulvio Nobilior, vencedor de Etolia, en 186⁵², pero en las novelas apenas son mencionados y de manera bastante irrelevante, como en el caso ya señalado de JMR Con 145, donde se alude a los pertrechos para estos combates⁵³, o bien en SS Vest 35, donde Gordiano explica que va a haber un espectáculo de fieras salvajes en el Circo Máximo, o el curioso símil que Decio hace en JMR Tem 158, que más parece aludir a una corrida de toros que a otra cosa: “Creticus has forbidden me to pursue this matter any further, and that, to me, is like a bestiarius in the Circus, waving his red kerchief at the bull”.

También las naumaquias eran muy celebradas entre los romanos, aunque el estreno de este espectáculo es de fecha posterior a los acontecimientos narrados en las novelas, pues la primera data de los juegos triunfales de César en 46, y más tarde vendrían otras, siendo la más famosa y terrible la celebrada por Claudio, anécdota frecuentemente recordada por sus detractores para poner de relieve su naturaleza

⁵⁰ Así, en SS Sang 33, Just 13 y Ven 204; Maddox hace alusión a lo mismo en JMR Mist 204.

⁵¹ Friedlaender, *op.cit.* 505-6.

⁵² Friedlaender, *op.cit.* pp. 571-2; en general, como una síntesis del fenómeno, remito a las páginas correspondientes de este autor, entre 571-586.

⁵³ Bajo la arena del circo había una red de pasadizos, celdas y maquinaria, como más tarde en el anfiteatro. A la hora de permitir que las fieras salieran, éstas eran elevadas en sus jaulas y accedían a la arena por medio de una rampa. Acerca de esto hay una ilustración muy interesante en McMackeever, *op.cit.* p. 107. Sobre los subterráneos y tramoya de los anfiteatros, cf. también Friedlaender, *op.cit.* p. 584.

cruel⁵⁴.

Hemos dejado para el final los juegos de estadio, nunca populares entre los romanos y que aquí sólo son recordados por medio del pugilismo, que Decio detesta: “De todas las artes de combate, el pugilismo es la más estúpida de todas. Consiste en estrellar la mano humana, con su multitud de diminutos y frágiles huesos, contra un cráneo humano, un blanco de lo más inquebrantable”.

3.4. Conclusión.

El fascinante mundo de los gladiadores, que tantas escenas de acción ha ofrecido al cine de romanos y al *peplum* en general, tampoco se ha constituido en uno de los temas más queridos de nuestros novelistas. Es sintomático de esta apreciación el hecho de que, por poner un ejemplo, ninguno de los protagonistas de estas series tenga un amigo gladiador, por más que, por el oficio que estos exquirientes desempeñan, se habrán de poner en contacto con individuos de esta profesión. La lucha gladiatoria tampoco es relegada al olvido, sin embargo: Saylor nos describirá con gran pulso narrativo el emocionante combate gladiatorio con que concluye *El brazo de la justicia*, y Borrell hará su parodia de estos individuos con el personaje de Siderobros en *La esclava de azul*.

El mundo gladiatorio, así como el de los juegos circenses, será de nuevo una nota de color en estas novelas. Importante, qué duda cabe (cojas se verían estas obras sin referencias a las mismas), pero muy peregrinas y de escasa trascendencia argumental. Su objetivo será, sin lugar a dudas, poner de relieve cuanto de más rudo contenía el mundo romano. No tanto por las carreras de cuadrigas en sí, sino por la violenta vida de los gladiadores, cuyo oficio con frecuencia les condenaba a muerte. Así pues, el mundo de los gladiadores realza cuanto en la imaginación popular (no demasiado alejada del juicio de la historia) los romanos tenían de más violento, sanguinario y alejado de nuestra sensibilidad moderna.

Por lo demás, debemos hacer constar que, puesto que nuestras novelas transcurren durante los últimos años de la República romana, la importancia de los juegos en estas obras queda minimizada y reducida sólo a algunas carreras de caballos y a la mención del certamen gladiatorio sin la explosiva euforia que estos certámenes de gladiadores alcanzarían durante el Imperio. A pesar de esta aparente precariedad, sin embargo son muchos las alusiones a los juegos que, por razón de ofrecer una visión panorámica de la recreación del mundo romano, han debido ser comentadas en las páginas de esta tesis.

⁵⁴ Tácito, *Anales* XII, 56. Para una visión panorámica de las naumaquias más célebres, remito a Friedlaender, *op.cit.* pp. 586-8.

Circos, anfiteatros y gladiadores

**VI
CONCLUSIONES
SOBRE
RIGOR E INVENCION**

Después de este largo periplo por catorce novelas y un volumen de relatos procederemos a recopilar las conclusiones parciales que hemos diseminado a lo largo de este largo trabajo y que debemos volver a presentar aquí a manera de recapitulación de lo ya expuesto. Si bien hemos presentado conclusiones parciales a lo largo de estos capítulos (salvo en el correspondiente a personajes históricos, que abordaremos dentro de poco), hemos intentado poner de relieve en ellos, sobre todo, cuál era la importancia de determinados temas en las novelas analizadas, pero no tanto el rigor o invención con que los novelistas han recreado el mundo de los circos, de la cocina romana o de la mitología. Las conclusiones parciales fueron más bien comentarios de contenido antes que comentarios sobre verosimilitud, rigor o invención, por lo que ahora nos concentraremos principalmente en este último punto.

Antes de comenzar esta exposición debemos decir que el contenido de estas novelas puede ser dividido para su análisis desde el punto de vista del rigor e invención en dos grandes bloques íntima y constantemente relacionados. Lo vamos a plantear desde el punto de vista de la *praxis* de la representación teatral. Tenemos a los personajes históricos o protagonistas de la representación, por una parte, y por otra los decorados y la utilería. Dentro de este segundo gran grupo incluiríamos el uso que los novelistas hacen de la geografía urbana, así como de sus templos y monumentos, que se constituyen en el magno decorado de este peculiar turismo histórico que es la novela policiaca de temática romana clásica. Como “utilería” podemos considerar aquellos elementos descriptivos que hacen referencia al culto religioso, a la vida militar, a la representación artística o a la fisiología del gusto romano. Una cosa está bien clara: si bien estas novelas son novelas policiacas, desde el punto de vista argumental son eminentemente novelas históricas, y al serlo, los protagonistas de la historia y los acontecimientos en que se vieron envueltos cobran generalmente un realce destacado. Los personajes históricos son las novelas, y sin ellos sería en algunos casos imposible justificar la existencia de estas obras. No sería posible *The Sacrilege* de Maddox Roberts sin la irrupción de Clodio en la casa del *Pontifex*

Maximus durante los ritos de la Bona Dea; ¿qué sería de *Sangre romana* sin la triunfal irrupción de Cicerón en la vida pública de la Urbe con su defensa de Roscio? ¿De qué hubiera tratado *Un asesinato en la Vía Apia* si no partiese de una sugerente fantasía en torno al histórico asesinato de Publio Clodio? ¿Nos hubiéramos implicado tanto en la subtrama de los decapitados de *El enigma de Catilina* si ésta hubiera sido la trama principal y no la célebre conjuración de aquel aristócrata venido a menos? Desde este punto de vista, hallamos que muchas de las siguientes novelas no hubieran sido posibles sin los acontecimientos históricos que las inspiran, ya que éstos son parte indisociable de las mismas, y no un mero telón de fondo para avatares que en realidad podrían haber ocurrido en cualquier tiempo o lugar. Por parte de Steven Saylor destacaríamos *Sangre romana*, *El enigma de Catilina*, *La suerte de Venus*, *Un asesinato en la Vía Apia* y *Rubicón*. Quedan fuera *El brazo de la justicia* y *Last Seen in Massilia*, novelas que llamaríamos *excéntricas* o *turísticas*, ya que transcurren lejos de la Urbe y de alguna manera se centran en resolver misterios que no tienen nada que ver con la historia, aunque crucen por sus páginas personajes históricos. Es muy importante en *El brazo de la justicia* la intervención protagónica de Craso, por ejemplo, y el trasfondo de la revuelta espartaquista, pero si hubiésemos canjeado a Craso por otro imaginario trasunto de Midas y hubiéramos eliminado las referencias a Espartaco como determinantes, cuanto tendríamos es el misterio de unos esclavos acusados del asesinato de su amo con el trasfondo de la sibila de Cumas, constante durante toda la historia de Roma. En *Last Seen in Massilia*, novela también turística, encontramos a Gordiano y a Davo resolviendo un misterio en la exótica Massilia en un momento muy dramático de la historia de esta ciudad (el asedio de César), pero sin este trasfondo épico la novela podría haber funcionado en otra época cualquiera, pero no en cualquier lugar, ya que esta obra sólo adquiere su sentido pleno dentro de los muros de Massilia. Incluso en estas novelas que llamamos *excéntricas* o *turísticas* esta negación de la trascendencia del contexto histórico es, quizá, un tanto discutible.

En cuanto a Maddox Roberts, encontramos que este autor tiene su mayor logro con *The Sacrilege*, obra que no podría haber sido escrita si este novelista no hubiera deseado ofrecer una interpretación de los oscuros o rijosos impulsos que condujeron a Publio Clodio a irrumpir en los ritos de la Bona Dea. Ya hemos dicho que esta novela se trata, precisamente por ello, de la que más hemos disfrutado una y otra vez. También *La conspiración de Catilina* está íntimamente relacionada con los avatares históricos, que Maddox compendia bajo el subterfugio de introducir a Decio entre los conjurados como espía al servicio de Cicerón. Sin embargo, tanto *El misterio del amuleto* como *Saturnalia* podrían haber transcurrido en cualquier otro periodo de la historia de Roma, y *The Temple of the Muses* es, como en el caso de *El brazo de la justicia* o *Last Seen in Massilia*, de Steven Saylor, una novela excéntrica

o turística que transcurre en Alejandría y cuyos referentes históricos no resultan determinantes para su trama, aunque en todos los casos Maddox hilvana muy bien las tramas de misterio de sus novelas con el acompañamiento de los protagonistas históricos y el telón de fondo de sus empresas y acciones.

En cuanto a Joaquín Borrell, ya hemos comentado que nuestro novelista valenciano, verdadero pionero del género y creador del imprescindible neologismo *exquiriente* (verdadero alarde de invención frente al rigurosamente histórico *delator*) es un autor que ha incidido poco en el género y que desde el principio se decantó por la vertiente más humorística del mismo. Borrell ha sido, en este largo viaje, el compañero de fatigas que ha introducido entre Maddox y Saylor el recurso de la ironía y de la afabilidad. Su novela *La esclava de azul*, a pesar de contar con la participación de César o Cleopatra, también podría haber sido fácilmente desarrollada en otro periodo de la historia para hacer intervenir a otros personajes históricos. En cuanto a *La lágrima de Atenea*, es nuevamente una novela turística o excéntrica que transcurre en el país de los Tauros (quersoneso táurico, actual Crimea)¹, y que por su idiosincracia se desconecta un poco del periodo de la historia que hemos estudiado. Así pues, el balance general arroja el resultado de que, sobre catorce novelas policiacas de temática romana clásica y una recopilación de relatos, la mitad de ellas no podían haber sido ambientadas en otro tiempo o lugar, tres de ellas son turísticas y las cinco restantes no son producto de la inmediatez histórica de la época, pero sí recurren a ella argumentalmente y de ella se benefician. Debemos concluir, por tanto, que la novela policiaca de temática romana clásica no es, en toda su extensión, un subgénero que no se origina directamente de los avatares históricos de aquella época. También puede tener bien plantados los pies sobre la tierra de su momento histórico. Todo dependerá, en cualquier periodo histórico que recreen, de los intereses personales de cada autor a la hora de aprovechar el marco histórico del que se sirven.

Vamos a abordar seguidamente el decorado y la utilería desde el punto de vista del rigor y la invención, y posteriormente pasaremos a los personajes históricos, ya que los personajes históricos *son* las novelas históricas en gran número de casos.

1. Los decorados.

Que Roma era una ciudad peligrosa y corrupta es, como ya hemos visto, una idea bastante dramática de la cual los novelistas extraen un gran provecho y que se ajusta a la realidad de aquel tiempo. Su trazado desordenado se prestaba a la peligrosidad de unas calles en las que el crimen estaba a la or-

¹ Cf. Eurípides, *Tragedias II*. Edición de Juan Miguel Labieno, p. 250. Madrid, 2001. Cátedra.

den del día. Los novelistas inventan bajo este aspecto una serie de situaciones de alta peligrosidad, pero siempre basándose en los testimonios históricos. La facilidad con que fue posible matar a un hombre como Sexto Roscio Amerino, o los peligros que conllevaba pasar junto al monumento de Basilio en la Vía Apia dan testimonio fidedigno de que la vida podía valer muy poco en aquel tiempo si uno se encontraba en el lugar incorrecto en el momento más inadecuado. El mismo asesinato de Publio Clodio indica cuán fácil de calentar era la sangre de los protagonistas históricos, y cómo la muerte, con todas sus consecuencias, se encontraba a la orden del día.

La importancia del Foro romano, conocido simplemente como el Foro, es notoriamente destacable en estas novelas, y se ajusta ciertamente a la verdad histórica y humana de los ciudadanos que necesitan ese lugar céntrico que se convierte en la referencia absoluta de todas las actividades sociales, religiosas y públicas de la ciudad. Los novelistas se sienten cómodos en el Foro, ya que son muchas las reconstrucciones que de sus edificios y espacios se han hecho hasta la actualidad, y los autores pueden con facilidad partir del rigor histórico para fantasear con cuanto sólo la imaginación puede reconstruir hoy día con la ayuda de los testimonios arqueológicos: el palpito de humanidad que día tras día recorría sus templos y edificios públicos. Si bien la mención de los grandes edificios y templos es habitual, escasea ciertamente su descripción, y en estas imágenes del antiguo Foro Romano sobreabunda ciertamente el adjetivo colorido de posibilidades sugestivas para la imaginación, pero más bien imposibilitan el análisis detallado de un retrato histórico, ya que, desgraciadamente, la arqueología no ha podido devolvernos sino una imagen tentativa de cómo debieron de ser el Foro y los demás foros. Son por tanto nebulosas estas descripciones cuando quieren aproximarse a lo concreto. Tras el Foro y otros grandes espacios, el más destacado es el Campo Vaticano por un curioso episodio que presenta Maddox: el aquelarre de la novela *Saturnalia*, una notable invención que el autor propone como alternativa religiosa y hasta “satánica” a una oficialidad religiosa tradicional.

La Subura es, entre los barrios que nos describen los novelistas, el escenario ideal para que vivan nuestros personajes protagónicos, estos héroes medios (de acuerdo con la definición de Lukács) llamados Gordiano o Decio Cecilio Metelo. Nuestros autores le dedican vívidas descripciones y mordaces alusiones a la peligrosidad de las calles de este Chinatown romano de época clásica. Ya hemos dicho que la Subura misma se convierte en secreto símbolo de esta serie de novelas, y tanto Decio el Joven como Gordiano el Sabueso (durante las dos primeras novelas de la serie) habitan en el barrio. Las noticias, ya recogidas anteriormente, acerca de la vida en la Subura y de la misma vivienda de Julio César en el barrio (Suetonio, *Caesar* XLVI) han hecho posible que los novelistas recreen con rigor y de manera bastante fidedigna este emocionante reducto de las pasiones humanas donde Roma vibra,

huele y se define a sí misma lejos de los templos, de los Rostra o de la Curia.

Si los personajes canónicos de Chandler, Hammet y MacDonald —pues canónicos según este modelo son los exquirientes de Borrell, Saylor y Maddox, — habitan en barrios de no muy buena fama y se mueven como pez en el agua en los ambientes más confusos y hasta sórdidos, Gordiano y Decio conocen la Subura y la recorren con sumo cuidado, pero también con cierta admiración y respeto. Por esto la Subura es la esencia de la misma Roma. El peligro realmente se encuentra en todas partes, pues el peligro para todos los que caminan se transforma en estas obras en esencia de la romanidad, de las turbulencias del momento histórico que, más allá de las guerras y las campañas en el extranjero, inauguraran las proscripciones silanas. Los novelistas inventan partiendo del rigor de un conocimiento de los testimonios.

El Capitolio, sede de las moradas de los hombres más influyentes de aquel tiempo, resulta un contraste riguroso y efectivo con la Subura, aunque no muy socorrido por nuestros autores. El Capitolio, en honor a la verdad, no les interesa. El Capitolio no es relevante por sí mismo, y sólo la mención de la cárcel Mamertina en JMR Mist 273 enfatiza un poco su importancia, aunque tal énfasis se ponga en la prisión misma, por las connotaciones lúgubres y criminales propias del género. Esto propicia en Maddox un pequeño desliz histórico que, a pesar de todo, nada importa en el contexto de la novela. Es Maddox quien incurre de vez en cuando en deslices históricos, es decir, en errores de documentación, a pesar de que es Saylor quien desarrolla más la invención en todas sus novelas. Roma por medio de símbolos se explica a sí misma en numerosas ocasiones. El espíritu nacionalista de Decio el Joven, (que hemos denominado, con cierto sentido del humor, *roman and proud of it*) sintetizará con toda justicia la importancia no sólo simbólica, sino de civilización, de las vías romanas en numerosos fragmentos de sus novelas, y Steven Saylor tampoco dejará de destacar el grado de simbología que guardaban todos aquellos caminos que siempre conducían a Roma. Se ciñen con rigor a una realidad histórica tan documentada que no exige volver a abordar el tema.

Hemos llamado a la Roma de nuestros novelistas la gran protagonista sin voz de todas las novelas estudiadas. Por ella se expresan todos los personajes de las novelas, en sus actitudes y acciones concretas, y sólo a través del personaje narrador (bien sea Gordiano, Decio o Diomedes) encontramos la reflexión contemporánea sobre una ciudad que con sus bondades y excesos diseñó el mapa futuro de la historia. Los novelistas consiguen conciliar con gran habilidad el rigor histórico con la invención en su recreación de la antigua Roma. Parten del modelo canónico de la novela negra para describirnos aquella realidad antigua, y emerge aquí otro arquetipo de la novela negra que los novelistas pueden manipular con verosimilitud gracias precisamente al mucho sustento histórico y testimonial que tenemos. Los autores nos

presentan Roma como una pretérita ciudad de Los Ángeles, donde detectives sarcásticos y amargos como el Marlowe de Raymond Chandler o el Lew Archer de Ross Macdonald destripan las miserias latentes en una corrompida y corruptora Urbe donde las diferencias de clases son atroces. Durante muchos años sólo el modelo norteamericano de la *tough story* era válido, y su validez lo convirtió en universal. Después de la asimilación de este modelo clásico en otras literaturas (fue un proceso paulatino y no exento de pruebas y errores; recordemos sólo en España que los padres fundadores en los años setenta fueron Andreu Martín, Vázquez Montalbán y Juan Madrid, quienes españolizaron los modelos canónicos que no habían cuajado durante el tardofranquismo) ha podido proyectarse con buena fortuna ese mismo modelo hacia el pasado, y es cuando llegamos a esta Roma peligro para caminantes, donde, como ya hemos visto, los novelistas ponen de relieve la peligrosidad de sus calles y el desorden de su trazo urbano, que no deja de ser una expresión, tanto ayer como hoy, del desorden político y moral de sus ciudadanos y gobernantes, de los cuales las fuentes han recogido numerosos testimonios que han sido bien aprovechados por nuestros autores para lograr una recreación verosímil: Catulo y Propertio, Marcial, Juvenal, Plauto...

2. Pequeños accesorios para las novelas: la utilería.

Resulta difícil distinguir entre rigor e invención cuando nos referimos a la mitología, ya que la mitología, bajo ese enorme caudal de historias, esconde a veces recuerdos distorsionados de épocas remotas y olvidadas por los griegos y romanos. También a veces, como demostró Georges Dumézil en su obra sobre las *lemnias*², rituales de purificación son capaces de originar el mito. En este sentido, los novelistas casi nunca distinguen entre la realidad y la invención que podríamos llamar mito, con lo que se atienen entonces al espíritu creyente de los tiempos que abordan. Sí son muy irónicos Gordiano, Diomedes y Decio con respecto a la fiabilidad de algunas de las leyendas transmitidas, y en este sentido ya han sido mencionados los comentarios sarcásticos que despierta en ellos y otros personajes el hecho de que, con frecuencia, César se jactase de su supuesta descendencia de la diosa Venus. Ya hemos expresado en las conclusiones a este capítulo que el mito funciona, por encima de todo, por alusividad. Alguien posee la complexión de un Hércules o una dama romana es bella como una Diana. Este carácter muy vago, enormemente recurrente, concede a la mitología clásica un claro papel de utilería argumental, como en mayor o menor medida lo son todos los campos que incurren

² Georges Dumézil, *Le crime des Lemniennes*. París, 1924. Reimp. présentée, mise-à-jour et augmentée par Bernadette Leclercq-Neveu. Paris, 1998. Éd. Macula.

fuera de los personajes históricos, salvo posiblemente el fenómeno religioso. Los personajes mitológicos aparecen muy diseminados por todas sus páginas, pero son una referencia cultural colorista a la que hemos denominado en las Conclusiones pertinentes “la *pompa* de estas novelas”.

Una paradoja se hace sustancialmente evidente: la ausencia en todas las novelas estudiadas de las abstracciones hijas de Eris, la Discordia, y nietas de la Noche: Esfuerzo, Olvido, Hambre, Dolores, Refriegas, Combates, Matanzas, Asesinatos, Conflictos, Mentiras, Palabras, Disputas, Mal Gobierno, Desdicha y Maldición. Siendo éstas la mayor parte de las causas y consecuencias de toda la novela negra habida y por haber, histórica o no, resulta cuanto menos curioso destacar su ausencia. Sin embargo, no nos sorprende, pues estas viejas divinidades consistentes en meras abstracciones no tienen demasiada cabida, y no la tienen desde que la mitología grecolatina es eminentemente olímpica y heroica, y en efecto, de los dioses mayores y de los héroes se ocupan las tres grandes fuentes que constituyen el rigor en que se basan nuestros novelistas para su invención: Homero (para el ciclo troyano), Ovidio (para leyendas y metamorfosis) y Virgilio (para el pasado heroico y legendario de Roma). No son, posiblemente, las únicas fuentes de nuestros autores para alimentar su conocimiento de la mitología clásica, pero al ser los poetas más representativos, de ellos beben con gusto una y otra vez. Homero resulta, en concreto, uno de los referentes obligados de esta clase de novelas y lo demuestra el elevado número de alusiones a los textos homéricos, mucho más extendidas que las referencias a cualquier otra obra literaria, así como a los personajes y acontecimientos del ciclo de la guerra de Troya, sus *nostoi* y consecuencias también desarrolladas en la tragedia. Los autores recrean por tanto, con buena fortuna y ateniéndose al rigor histórico, la importancia que la obra de Homero tenía entre los antiguos, tanto griegos como romanos, y lo hacen por medio de la ya mencionada alusividad, analogía o símil.

Entre las divinidades recordadas con más recurrencia y gusto figuran los monstruos y seres deformes como Medusa, Cérbero, el Minotauro o Escila, pero también las jocosas y salvajes encarnaciones de fuerzas de la naturaleza: los fieros y libidinosos sátiros, Pan o Priapo son tratadas por nuestros autores como mascotas culturales, e incluso una representación campestre de Priapo inspirará un crimen en uno de los relatos más juguetones e ingeniosos de Saylor, el titulado *El zángano y la miel* (*King Honey and Bee*, 1995). La enorme recurrencia que el arte clásico hizo de estos personajes y la destacada y singular presencia de Priapo en el mundo romano, como divinidad vigilante y espantapájaros, producen que con gusto los autores se ciñan al rigor de la historia del arte y de su presencia en la vida cotidiana para hacerlo una figura jocosa y habitual.

Entre los dioses mayores destaca la evocación de Venus, Hades, Posidón y Júpiter, pero también la descendencia de este último dios, producto de sus amores

fantásticos, alcanza una relevancia notoria, por lo que algunos de sus hijos son representados como regentes de un arte o don: Minerva (que preside las reflexiones en el jardín de Gordiano), Apolo (siempre el modelo de belleza masculina) y su hermana Ártemis, que bajo el nombre latino de Diana alcanza relevancia en el caso de *La lágrima de Atenea*. El extraño culto del *xoanon*, que con el nombre de Ártemis veneran los masilienses, constituye el exótico telón de fondo de *Last Seen In Massilia*. Esta diosa es representada en su doble vertiente de belleza y crueldad, ya que al margen de ser el modelo de la belleza ideal femenina, da pie a la descripción de extraños rituales relacionados con su cara más cruel, tanto en *La lágrima de Atenea* como en esta novela de Saylor. En todos los casos se ciñen los autores a la visión más sencilla que los antiguos tenían de sus dioses y que Cicerón recordó en un célebre pasaje recordado por Maddox y reproducido en JMR Sat 159.

Entre los héroes, ya hemos mencionado que Aquiles, Hércules y Ulises se llevan la palma de la representación en estas obras.

Es más interesante dentro de la dicotomía rigor e invención el segundo uso que hacen los autores de los personajes mitológicos, que es el de la representación simbólica de una situación histórica o su simbolismo en los títulos de las obras o en algunas de las partes en que están divididas. En el mito, entonces, los autores encuentran una llave que abre el sentido último de lo que estos modernos creadores quieren transmitirnos: su percepción de aquel periodo convulso de la historia. Así, el can Cérbero se convierte en representación onírica del naciente primer triunvirato en la novela *The Sacrilege* de Maddox. Saylor recurre a Asterión, el Minotauro del laberinto cretense, con objeto de ofrecer de manera mágica y bastante plástica (no exenta del mismo componente onírico que tanto gusta concretamente a este autor) la imagen del tiempo convulso en que a Gordiano le ha tocado vivir, principalmente durante la conjura de Catilina. Los autores se toman todas las libertades del mundo, pero siempre sustentadas en el rigor de un conocimiento previo de los personajes, para concederles por tanto este valor de alegorías, y a este respecto, si bien inventan, también se atienen al rigor de la larga tradición alegorista que desde Evémero, Paléfato y otros no ha cesado hasta nuestros días y que en España ejerció con notable fortuna (pero escasa atención por parte de los poetas, que más bien aprovechaban la estampa mitológica) nuestro humanista Juan Pérez de Moya.

A veces desde el título de una novela se destaca a un personaje mitológico (*La lágrima de Atenea*, *El templo de las Musas*, *The Arms of Nemesis*), pero sólo en el caso de esta última novela la deidad viene a aportar un simbolismo general al extenso relato y, por consiguiente, un mensaje del autor diáfano y contundente sobre aquella época. En esta obra se recrea de cierta manera la idea de que *hybris* era no sólo la felicidad del individuo, sino también la creencia de ser feliz. Las muertes de Lucio y Fabio responden perfectamente a la idea de una Némesis niveladora y quizá

justa, pero también entrega la vida de Alexandros como víctima propiciatoria para una Némesis mucho más cruel y atroz: aquella que viene a castigar, precisamente, los instantes de felicidad que el esclavo pasó con Olimpia y, también, la fatua ilusión de futura felicidad al desvelarse la personalidad del verdadero asesino de Lucio Licinio. En esta idea de Hybris y Némesis, en esta negación de la felicidad absoluta o de la tranquilidad merecidamente ganada después de batallar a lo largo de los años, encierra Saylor el futuro no sólo de Roma, sino el sentido mismo de la vida de Gordiano el Sabueso, testigo muy lúcido de aquellos tiempos.

Es también Saylor quien concede una gran importancia simbólica a algunos dioses al abordar la estructura general de su novela *Rubicón* y titular sus tres partes con los nombres de Minerva, Marte y Dioniso. A la luz de los acontecimientos narrados en cada una de estas partes, es evidente que Saylor con ello nos está transmitiendo un mensaje que resulta fácil desentrañar.

En el aspecto religioso, en estas novelas la balanza entre culto público y privado se inclina completamente hacia el primero. El culto privado es olvidado completamente, por lo que ninguno de nuestros protagonistas principales o héroes medios (Gordiano, Diomedes o Decio el Joven) van a ser descritos como ciudadanos especialmente religiosos, lo cual no incurre directamente en una falta de rigor, aunque, bien conocido el carácter eminentemente religioso del romano, parece más que nada una estrategia literaria para que Diomedes, Decio o Gordiano se parezcan mucho más a nosotros de lo que nosotros, inmersos hoy día en otras religiones con otros dioses y rituales, podríamos parecerlos a ellos. Falta en estas novelas, y quizá sea una pena, ese temor de los dioses que hubiera podido dar pie a un misticismo más elaborado y que comulgara menos con la extrañeza que para los lectores modernos de esta clase de novelas encierra todo el complejo y elaborado ritual del culto religioso romano y del culto de los muertos. Lo mismo cabe decir de los personajes históricos, quienes adoptan hacia los dioses un pragmatismo muy actual y del que sólo extraen el apropiado jugo cuando les conviene para sus fines personales (por ejemplo, la devoción que al menos públicamente sostenía Julio César por su *antepasada* Venus).

El culto público, con su pintoresca parafernalia y sus exóticas costumbres, es el gran protagonista religioso de estas obras, el tema que los autores no pueden soslayar ante la avasalladora presencia que tenía en la vida pública romana. Maddox y Saylor recrean, principalmente, dos vertientes fundamentales: el vaticinio oracular sibilino y el vaticinio augural. Dentro del culto oracular, y por tratarse de novelas que transcurren generalmente en el mundo romano (salvo las turísticas *The Temple of the Muses*, *Last Seen In Massilia* y *La lágrima de Atenea*) el grueso de menciones se corresponde con la relevancia que este pueblo concedió a los libros sibilinos y a la sibila de Cumas, y por tanto al rigor histórico más comprobable. El nacionalismo

romano, que con el tiempo se acentuó hasta llegar a su apogeo durante el Imperio, favoreció principalmente los libros sibilinos y las predicciones etruscas (basadas en el vuelo de aves, en examen de vísceras y de los signos celestes). Es la intervención de la sibila en *El brazo de la justicia* la preponderante de todo este ciclo de novelas, superando con mucho en dramatismo la recreación del pequeño mundo de las vestales. En efecto, el segundo caso criminal de Gordiano el Sabueso transcurre en Bayas, muy cerca del emplazamiento habitual de la legendaria sibila en Cumas, donde la sacerdotisa tenía su morada. En esta ocasión, Saylor desvela con gran brillantez el misterio de la sibila inmortal recurriendo a la interpretación más plausible: la de que un círculo de mujeres iniciadas se sucedieron a lo largo de los siglos fingiendo siempre ser la misma sibila eterna. Ésta es la explicación que Gordiano recibe en la novela *El brazo de la justicia*, y sin tener que buscar el rigor de tal afirmación en ningún libro clásico, debió de ser contundentemente cierta, que manipulada convenientemente por un buen número de efectos dramáticos bien recreados por Saylor y que en buena medida tienen su rigor documental en Virgilio, crearon la ilusión de una profetisa resistente al tiempo y a la muerte.

Dentro de los cultos augurales, se recrea con suma habilidad la oposición existente entre los augures nacionales y los extranjeros. El romano tradicional, receloso por naturaleza de todo lo extranjero (el griego *mollis*, los ritos bárbaros de otras tierras... Esta relativa xenofobia es bien recreada por Maddox, ciñéndose con rigor a testimonios clásicos) apoyaba la oficialidad de los augures frente a la etrusca haruspicina. Las características principales del oficio de augur y de los rituales de los harúspices etruscos son bien explicadas por Maddox y Saylor para un lector que naturalmente las desconoce, y lo hacen ciñéndose con todo rigor a los testimonios clásicos. La preferencia de Pompeyo por los harúspices etruscos será tildada de excentricidad notoria propia de un solemne vanidoso, y en su momento ya introdujimos en nuestra exposición el célebre comentario de Cicerón (*De divinatione* I, lxxi) que justifica el rigor con que los novelistas abordan esta dicotomía, acerca de lo admirable del hecho de que un harúspice no se muera de risa al encontrarse con otro harúspice. Esta visión antiextranjera es notoria en Maddox, pero no en Saylor. Ciertamente, la visión antiextranjera de Maddox tiene un claro tono bromista, y este autor siempre recurre a ella como una hábil forma de parodiar el carácter romano que había convertido en tópico el carácter *mollis* de los hijos de Grecia que poblaban la Urbe. A pesar de que Decio no es un hombre especialmente religioso, tiene una visión pragmática de este fenómeno, y sobre todo en la novela *Saturnalia*, expresa de manera muy vívida el temor a una pérdida del auténtico sentido religioso, pero principalmente por la posibilidad de convulsiones sociales promovidas por las ideas de locos visionarios, un temor recurrente en Decio el Joven.

Es una novela curiosa *Saturnalia* por su concepción. Maddox recurre con

frecuencia a una cuestión de enfoque o punto de vista del narrador en la que se presentan paralelismos obvios entre los tiempos romanos y nuestros contemporáneos. No necesariamente se dan entre ambas culturas, pero su exposición en determinadas circunstancias y expresadas en un estilo literario que es absolutamente contemporáneo obran el milagro de hacer parecer que la vida siempre ha sido la misma, y sólo han cambiado las modas, los idiomas y los tiempos. Hacer inteligible la historia forma parte, desde luego, de una de las misiones de la novela histórica, por lo que no podremos hablar de anacronismo, aunque a veces en estos paralelismos que descubrimos en Maddox parezca flotar la idea de que Roma era el Estados Unidos de la antigüedad, idea graciosa al fin y al cabo, pero no inocente. Sabido es que tanto la oficiosidad romana como la estadounidense coinciden al menos en dos cosas: supremacía mundial y creencia firme en la idea de que esa supremacía ha venido dictada por mandato divino.

En *Saturnalia* todo el tiempo estamos teniendo la sensación de que aquellas Saturnales eran como nuestra Navidad, y que durante la nochebuena de aquella Navidad, individuos de siniestras intenciones que burlaban el orden establecido y la religión oficial, se reunían en el campo Vaticano para celebrar lo que a todas luces es un trasunto de ceremonia satánica. Esta invención de la escena de aquelarre, ampliamente comentada en su momento, no es catalogable dentro de un estudio riguroso del pasado de la religiosidad romana, ya que, como sabemos, las únicas ceremonias con que podía compararse este aquelarre de Saturnales eran las bacanales, prohibidas en Roma desde época muy temprana, pero cuya existencia en épocas posteriores practicadas por grupos de individuos de manera aislada puede entrar, como esta escena de aquelarre de *Saturnalia*, dentro de lo posible y verosímil. Para esta llamativa invención, Maddox se basa en dos modelos de influencia bien reconocibles: la céltica y la dionisiaca. Decio describe un conjunto circular de rocas con la gran hoguera en su centro, conjunto circular que se inspira claramente en las ruinas circulares de Stonehenge, en Inglaterra. El mismo Decio menciona que idénticos escenarios se pueden ver en regiones alejadas del imperio. También el detalle en JMR Sat 140 de que las mujeres, sin mediar participación de los hombres, se pasen unas a otros un cuenco o tazón del que beben un líquido aparentemente embriagador puede ser asociado fácilmente a los ritos dionisiacos de las bacantes. La alusión a un modelo como el de Stonehenge es el elemento más inverosímil y desapegado del rigor documental de su escena, mientras que variados elementos que Decio proporciona en su descripción del aquelarre son claramente dionisiacos y vinculados a bacanales, por lo que Maddox se atiene al rigor histórico, y así lo hemos expresado en el capítulo correspondiente. Como ya vimos, para hacernos más vívida esta escena climática dentro de la serie, el novelista mezcla elementos de rigor e invención con suma habilidad, ya que tiene la obligación de hacer sentir a un lector de cultura media en nues-

tros días cómo en mitad de unas fiestas religiosas llenas de elementos simpáticos (como el intercambio de regalos) o curiosos (como la inversión social de amos y esclavos durante una noche) también se podían producir celebraciones que nosotros identificamos con el satanismo en virtud de la larga tradición cinematográfica que todos hemos asimilado con el transcurso de los años.

En Maddox, mucho más que en el escéptico Saylor, el orden de la civilización romana se superpone al caos e incluso a la barbarie que representa lo extranjero. Será así incluso en los pequeños detalles (los comentarios irónicos sobre los griegos, o la representación de amuletos como símbolos de lo extranjero y de lo oscuro). Y dentro de ese *ordo romanus*, dentro del cuerpo religioso oficial, las venerables vestales encarnan la representación más adorada y entrañable del culto. Tanto Saylor como Maddox recrean con cuidado la morada de las Vestales en su obra, una recreación que, cuanto menos en Saylor, parece deberse a una cuidadosa recreación documental gracias a las virtudes de ubicuidad que hoy permite internet y que hemos consignado en las páginas 310y 311 de nuestra Tesis: en la obra de Hülsen, que hasta hace poco se encontraba en línea y ya no, era posible pasearse tranquilamente por el plano de la reconstrucción de la casa de las Vestales, y al contrastar el plano con las descripciones de Gordiano el Sabueso hallamos numerosas coincidencias que indican, sin ningún género de dudas, que Saylor tomó algún plano como referencia, éste u otro que hubiera podido hallar en cualquier otra obra documental sobre el Foro romano. Por lo demás, las vestales son siempre retratadas con simpatía, con sus grandes responsabilidades, pero también grandes privilegios: liberación de la patria potestad en el momento de entrar en la orden, asientos de honor en teatros, anfiteatros y en el circo, e incluso, licencia para conducir por las calles de Roma. Causa admiración en todos los novelistas anglosajones la personalidad de las vestales, a pesar de que, como ya hemos consignado en otro lugar, vivían mejor y tenían más libertades y beneficios que nuestras monjas de clausura, ya que, para empezar, esta clausura no era tal, ni lo era de por vida.

No podemos dejar de incidir de nuevo en la importancia de las Saturnales en la novela que a ellas dedica Maddox y en el relato de Saylor sobre la desaparición de la plata. Creemos que esta recreación es, sin lugar a dudas, uno de los momentos más destacados del tránsito entre el rigor y la invención de nuestros modernos novelistas. Es aquí donde, con gran habilidad, toman como fuente principal a Macrobio para hablar de estas fiestas que presentan siempre como trasunto de nuestra Navidad, forzando con intenciones dramáticas una realidad que intentan hacer más comprensible. No se trata de una idea del todo descabellada, y una de las características más destacables de esta clase de novelas históricas —y principalmente de estas dos series policiacas donde compartimos con los protagonistas la vida cotidiana de sus familias— es el turismo histórico. Sus personajes se vuelven familiares, dignos de nues-

tro aprecio, y mientras esta implicación sentimental se desarrolla paulatinamente, comprendemos cada vez mejor la sociedad en que viven. Aquellos viejos romanos mudan la piel de mármol y se vuelven de carne. El novelista histórico pretende ser didáctico. No le sirven para sus fines la acumulación de datos o de detalles más o menos interrelacionados para construir su producto histórico si no es también un producto emocional que sepa arrastrar al lector de su butaca de lectura hacia el mirador de un tiempo desaparecido. La idea de que las Saturnales eran unas Navidades paganas nos ayuda a identificarnos emocionalmente, e incluso sentimentalmente, con aquellos romanos que nos parecen tan lejanos. Sería un error por parte de Saylor y Maddox no inducir al lector a esta subliminal interpretación de aquellas fiestas y de buena parte de las características de la sociedad romana, ya que es en lo eterno que tiene el hombre (sus emociones con sus causas y efectos, que no han cambiado mucho en veinticinco siglos) donde el lector de nuestros días puede coincidir con los protagonistas de una época desaparecida en la que los Crasos, Césares o Clodios son revividos y comprensibles gracias a guías turísticos como Decio o Gordiano. Las variantes entre Navidades y Saturnales son simples discrepancias entre dos sociedades distintas ante un mismo hecho invariable como el solsticio de invierno, y gracias al poder de persuasión de los novelistas, el énfasis en los detalles concretos y seleccionados cuidadosamente hacen posible esta asimilación de lo distinto como algo reconocible: el alboroto festivo en las calles; las cenas opíparas; el intercambio forzoso de regalos; la alegría de rigor que en nuestra Navidad se corresponde más bien con el deseo tan repetido como hipócrita —tan hipócrita como las cenas donde los esclavos se convierten en los amos y viceversa— de paz y amor con el mundo entero. Como ejemplo singular de la actitud hacia estas Saturnales, no podemos dejar de recordar una vez más cómo Saylor y Maddox recrean una actitud muy diferente de Cicerón hacia las mismas fiestas. El amable filósofo de Maddox se contrapone al severo orador de Saylor, y es en esta escena altamente denotativa, ya lo hemos comentado y volveremos a incidir en ello, donde se encuentran y se contraponen de forma más pintoresca las distintas visiones que ambos novelistas tienen de este importantísimo protagonista de su tiempo.

El mundo de los muertos adquiere gran importancia en el relato de Saylor *Los lémures*, donde el autor de Austin ensaya algunos elementos de novela gótica en su volumen *La casa de las vestales*. También describe la geografía infernal en *El brazo de la justicia*, y sobre todo es este novelista quien extrae más jugo de lo relacionado con los entierros (inclusive prolijas descripciones de la vía Apia con su historia) que Maddox. No hay, sin embargo, una recreación del fasto exagerado con que los romanos revestían a veces los días del velatorio del cuerpo. Ya comentado en las conclusiones del capítulo correspondiente, diremos sólo que en ambos autores se cumple fielmente con el rigor de la documentación histórica confrontada para

elaborar las tramas de ficción de sus obras.

Los genios y espíritus son muy importantes para ambos autores, pero cada uno de ellos insiste sobre genios o lémures y soslaya a los otros. Para Saylor, los lémures de Catilina, Sila o Numerio Pompeyo se convierten en simbólicos del temor, el remordimiento o el desastre, mientras que para Maddox los *genii* que acompañaban a los romanos son mencionados (aunque de pasada) en cuatro de sus novelas mientras que Saylor los ignora. En ambos casos, y desde el punto de vista del rigor o la invención, consiguen de nuevo basándose en las fuentes conectar con la idea bien conocida por todos nosotros de las almas en pena y los fantasmas, por parte de Saylor, y de nuestros ángeles de la guarda en el caso de Maddox. En los dos casos, ambos consiguen con gran habilidad, una vez más, hacer comprensible para un lector moderno una antigua realidad que, en el fondo, no es más que la expresión de antiguos miedos y anhelos que son tanto ayer como hoy viejos compañeros del hombre.

Aspectos de cultura y sociedad como fueron el arte y arquitectura, los circos y gladiadores o la recreación del gusto culinario son elementos que, sin ser trascendentes en las novelas, añaden pinceladas cromáticas a un conjunto bien balanceado en el que, por lo general, no hemos hallado incoherencias o anacronismos más allá de la forzosa actualización literaria a que deben ser sometidos los diálogos y descripciones de las novelas. Después de los personajes históricos (que abordaremos enseguida), es la ciudad de Roma el gran personaje de estos autores. A continuación adquiere un gran protagonismo la recreación del fenómeno religioso. En último lugar, las referencias literarias, artísticas, arquitectónicas o culinarias, así como el mundo gladiatorio y de las carreras son detalles que redondean la recreación de una civilización desaparecida, y para ello los autores recurren a buena parte de la mejor literatura clásica.

En el caso del mundo artístico y de la arquitectura, tenemos mucha alusividad y analogía que funciona de la misma manera que el campo de la mitología. Los grandes artistas del pasado son mencionados, pero nunca es su obra la protagonista del relato. Desde el punto de vista de la dicotomía entre rigor e invención tenemos que los autores siguen la información recogida sin incurrir en falsedades o errores. La referencia al mundo del arte es tan cotidiana y recurrente como lo fue entre los romanos cultos de aquel tiempo.

Dos momentos son altamente destacables desde el punto del rigor e invención: la aparición de Iaia Cizicena en *El brazo de la justicia* y la descripción de la mansión de Verres en *Last Seen in Massilia*. En el primer caso, Saylor se basa en el libro que Plinio el Viejo dedicara al mundo del arte, que es donde Iaia es mencionada. El retrato que de ella hace el narrador norteamericano es el de una mujer muy poco de su tiempo y más bien del nuestro: independiente, soltera vocacional, entregada a su arte, consagrada profesionalmente, famosa en todo el mundo romano y...

millonaria. Iaia la pintora nos recuerda a otros espíritus femeninos de nuestro tiempo, y es partiendo del dato de Plinio de que nunca se casó de donde parte Saylor para hacer una recreación llena de verosimilitud de una mujer que sí existió, pero de quien no conocemos más detalles. Aquí Saylor inventa completamente, pero logra un retrato bastante creíble partiendo del rigor de datos mínimos y recurriendo a la invención plausible de cómo pudo ser aquella mujer millonaria y soltera vocacional.

En cuanto a Verres, la fuente se halla en las *Verrinas* de Cicerón, de donde el novelista de Austin toma los datos para recrearlos en SS Last 119-20: bustos de Pericles, Esquilo y Homero, estatuas y pinturas por doquier, éstas últimas consistentes en retratos, escenas pastorales, episodios de la *Iliada* y la *Odisea*, escenas eróticas, y sobre todo, estatuas por todas partes apiñadas en hileras de manera absurda: una Diana con su arco y su flecha junto a un Júpiter sentado y rodeados de oscuros bustos de políticos sicilianos. Todo este amasijo confuso de arte parte del catálogo que Cicerón hace en sus *Verrinas* para entremezclarlo con la imagen del caos que contemplamos en las imágenes finales de *Ciudadano Kane*, donde los tesoros acumulados durante décadas por Foster Kane crean un paisaje abigarrado y perturbador. En este personaje secundario de la historia de Roma y de la novela *Last Seen in Massilia*, el novelista de Austin consigue un gran momento al conseguir recrear, partiendo del rigor de una búsqueda documental en Cicerón, la invención de un personaje que también sintoniza con nuestra memoria colectiva gracias a la obra maestra de Orson Welles.

El mundo de la alta cocina es abordado por nuestros autores siguiendo claramente a Apicio y a Petronio con enorme simpatía. El banquete es sobre todo recreado en la morada de Lucio Licinio Luculo, *bon vivant* de su tiempo en cuyo hogar nunca faltaban las mayores exquisiteces. Los autores inventan con frecuencia dejándose llevar por su imaginación, pero siempre tomando como referencias los pantagruélicos banquetes de Trimalción en la obra de Petronio, y también, cuando desean ser más realistas, siguiendo de buen grado el recetario de Apicio, del que Steven Saylor entresaca una receta que nos da a conocer en SS Ap 194 y que resulta ser una traducción al inglés de Apicio 100. Existen, sin embargo, algunos anacronismos que se deslizan sutilmente sin que llamen excesivamente la atención dentro del conjunto (nada de patatas o tomates, afortunadamente).

Los usos y costumbres del *triclinium* también son recreados con rigor, así como la triste recreación de la comida de los más pobres, cuyo alimento consistía básicamente en gachas muy lejos de la confortable realidad de un *triclinium*. Maddox, llevado a veces por un sentido del humor muy americano, se inventa un bocadillo que podríamos denominar “hamburguesa romana” o “hot dog latino” en JMR Sac 30, pero el propio autor debió de creer que llegaba demasiado lejos en su atrevimiento (casi hasta las fronteras tras las cuales se instala Borrell) y no vuelve a hacer men-

ción de su apetecible invento culinario.

La cocina extranjera es mencionada en tono de broma: la de Massilia es una parodia de la *nouvelle cuisine* de origen francés, como advertimos en SS Last 170 (p. 667 de nuestra Tesis) y la mención de un paté en SS Last 78 es claramente anacrónica, aunque no así el cocepto de paté (*ibidem*); la egipcia sigue sólo a modo de comedia fársica la corriente antiorienta de los personajes de Maddox hasta incurrir en el disparate al presentarnos una sopa de oreja de elefante o hipopótamo entero asado en la novela *The Temple of the Muses*. Son bromas donde el nacionalismo *pa-leoamericano* de nuestros protagonistas sirve como guiño simpático a un lector advertido.

En cuanto al mundo de los circos y los gladiadores, los primeros ocupan unas cuantas páginas durante estas novelas, aunque no demasiadas. Se convierte en representativa la carrera de la festividad del Caballo de Octubre. El combate gladiatorio con que culmina la novela *El brazo de la justicia* es la única referencia importante en Saylor a los combates gladiatorios, y en Maddox hay algunas alusiones a ellos, y en la descripción que se nos proporciona del *ludus* de Estatilio sigue con fidelidad la descripción de los *ludi* hallados en Pompeya, por lo que nuevamente vemos que existe una previa documentación fotográfica o *in situ*.

Puesto que nuestras novelas transcurren durante los últimos años de la República romana, la importancia de los juegos en estas obras queda reducida a una presencia simbólica, pues carece de la explosiva euforia que estos certámenes de gladiadores alcanzarían durante el Imperio. Desde el punto de vista del rigor o invención de la recreación de este mundo de certámenes, son muchas las fuentes documentales que los autores han podido consultar, y principalmente siguen con fidelidad estos testimonios para conceder nuevamente a sus historias una nota de colorido sin la cual el mundo romano nos parecería menos romano sin esta pasión nacional que tan fija ha quedado en el subconsciente colectivo de la posteridad.

3. Los protagonistas de la representación: la distinta visión de los personajes históricos.

Habíamos debido dejar para el final la elaboración de unas conclusiones sobre la recreación de los personajes históricos en estas novelas, ya que los personajes históricos y los acontecimientos de su tiempo *son* en buena medida las novelas. Las vidas de Decio Cecilio Metelo el Joven o de Gordiano el Sabueso no son importantes en sí mismas, como no lo fueron las de muchos romanos destacados de su tiempo. Las vivencias de Decio y Gordiano que Maddox y Saylor desgranar paulatinamente a lo largo de sus sagas son relevantes porque se implican con los protagonistas de la historia y se dejan arrastrar por sus acciones y consecuencias. De ahí

procede su importancia dramática, y sólo de eso mismo, ellos son la invención mayor que sirve como conductora de la descripción de una época, son los héroes medios que proponía Lukács, aquellos con quienes puede identificarse el lector de estas sagas. De esta identificación, precisamente, se desprende la importancia sentimental que para nosotros tienen Decio o Gordiano y su familia, una importancia sentimental que nos conduce a identificarnos con ellos y comprender un poco mejor el tiempo turbulento que les tocó vivir. Los personajes históricos, aseguramos de nuevo, son las novelas. Sin embargo, aquí nos veremos obligados a establecer matizaciones. Debemos dejar a un lado a Joaquín Borrell en este comentario que vamos a emprender en busca de conclusiones, ya que en este escritor que desarrolla en sus dos novelas múltiples situaciones de comedia los personajes históricos no constituyen la justificación ni el objetivo de sus obras. Para Borrell, ya lo hemos comentado el primer capítulo de esta Tesis, los históricos son secundarios carismáticos que se pasean por su primera novela para aportar sin mayor trascendencia la misma nota de color que para Saylor y Maddox tienen los personajes mitológicos o las referencias a artistas. Nos centraremos en Saylor y Maddox.

Dicen que las comparaciones son odiosas, pero no es nuestra intención en esta Tesis comparar el talento narrativo de cada uno ni hacer juicios de valor sobre quién es más divertido que quién. Ambos narradores tienen sus propias virtudes, y buscan objetivos distintos con su obra. Es tiempo de recapitular sobre lo ya expuesto de manera dispersa en páginas precedentes acerca de los protagonistas de la historia, y subrayar la dicotomía que en ambos existe entre revisión y tradición. Ya hemos visto anteriormente, y ahora nos encargaremos de remarcarlo, cómo Steven Saylor es un lector revisionista de la historia y Maddox es mayormente un lector tradicionalista. Las fuentes que ambos manejan son las mismas (Salustio, Cicerón y Plutarco principalmente), pero ambos hacen un uso distinto de las mismas. Sólo Maddox “sayloriza” cuando en *The Sacrilege* hace una lectura nueva del célebre episodio histórico, pues incluso la sombra de complicidad que proyecta sobre Craso en *La conspiración de Catilina* resulta ser también un viejo rumor de la historia del que este novelista se hace eco y amplía. Maddox sigue al pie de la letra cuanto nos cuentan Cicerón o Plutarco asumiendo que las visiones de estos autores sobre los personajes históricos es la adecuada. Saylor no llega para decirnos exactamente lo contrario, pero desde el punto de vista de la invención va a ser el más hábil al encontrar tramas subterráneas partiendo del análisis detenido de los datos disponibles, y en algunos casos cambiará el sentido del acontecimiento histórico revelándonos una verdad alternativa, real sólo en su mundo de historia-ficción. También será el autor que nos proporcione un retrato más complejo y menos lineal de los personajes. En Saylor los protagonistas de la historia no son bondadosos, malvados o héroes como querría una versión oficialista de la historia, sino seres guiados por una gran ambición poseídos

por la enfermedad del poder absoluto. Grandes hombres que desprenden grandes luces y cuya grandeza proyecta también grandes sombras.

Como ya hicimos en el capítulo correspondiente, debemos comenzar con Sila, a quien Maddox no presta atención relevante en sus novelas pero a quien Saylor dedica su obra *Sangre romana* y sobre quien Gordiano reflexiona en SS Vest 115 al final del relato *Los lémures*: el lémur de Sila recorre Roma, afirma, pero la recorrerá para quedarse para siempre, ya que instauro la obsesión por el poder absoluto. La visión que de este personaje tiene Saylor es la de un gigante maquiavélico, un príncipe afortunado capaz de escapar inmune de la propia espiral de horror y sangre que él mismo propició en las proscripciones de triste recuerdo que inaugurarían, también, la cobardía institucionalizada en el Senado y en todos los órdenes sociales de Roma. El gigantesco daño ocasionado sería el precedente de una loca carrera por el poder absoluto que desembocaría en el cesarismo, y con el correr de los años, en el cesarismo enloquecido de algunos emperadores. Sila es para Saylor un viejo zorro político que consiguió sobrevivir a todo ello y retirarse a tiempo de la política antes de ser asesinado, algo que no logró Cicerón con toda su inteligencia y su oratoria. Esta clarividencia silana con respecto a los tiempos por venir es expuesta por el propio dictador en SS Sang 357, como ya hemos visto, donde el dictador lee cautelosamente la cartilla a Cicerón y le aconseja que le observe a él mismo como en un espejo, pues el camino que el orador ha tomado en la vida sólo conduce a un lugar, y es el que Sila ocupa.

La magnitud de horroroso episodio de las proscripciones es recordado una y otra vez a lo largo de las obras de Saylor como exponente máximo de una sociedad enferma al borde de la guerra civil y que, tras la instauración de este doloroso precedente, quedaría tocada de muerte. En SS Cat 51 Gordiano expresará que “cuando el asesinato se hace legal es cuando se descubre la verdadera capacidad de los hombres para la maldad”, lo que viene a sintetizar en pocas palabras cuál era el espíritu de aquel tiempo y cómo Saylor vuelve a este doliente recuerdo una y otra vez a lo largo de su obra, desde la recreación del periodo y del dictador en toda *Sangre romana* hasta *Rubicón*, donde un acobardado Cicerón evoca las proscripciones creyéndose a las puertas de una nueva era que se abre de nuevo a la muerte con la guerra civil y que, en el fondo, no es sino la culminación de las consecuencias del lémur de Sila, ese “rencor vivo” rulfiano. Saylor no lo demoniza, sigue fielmente las fuentes y comprueba cómo el mismo Cicerón no le hace objeto de sus ataques en el *Pro Roscio*. Saylor advierte cómo Plutarco comenta las horrorosas proscripciones sin velar que Sila era también un afortunado (*felix*), amigo de sus amigos y fiel hasta la muerte. El retrato plutarquiano, que no se halla presidido por una censura manifiesta o demonización, sirve a Saylor para concluir que posiblemente Sila fue la máxima expresión de la perturbación en un mundo convulso regido por valores muy distintos

de los nuestros, y que por ello mismo, también debía presentarnos a un Sila maquiavélico más que malvado, a quien tampoco se le niegan sus grandes aportaciones al estado hechas desde su legal cargo de *dictator*, una legalidad exenta de rendición de cuentas que Sila sólo rompió al acomodarse en un sillón que pronto comenzó a gustarle mucho. Es sin duda este Sila la primera gran creación de Saylor junto con la del joven y todavía lleno de ideales confusos que Sila ve en Cicerón.

Marco Licinio Craso es para Saylor su particular Charles Foster Kane, un *Civis Crassus* provisto de su propio Rosebud que convierte en una nueva variante de la fábula de Midas. Es su dibujo de Craso uno de los más efectivos por estas interrelaciones entre la cultura clásica y la cultura popular del siglo XX. Un Craso de Estados Unidos dibujó la imagen de Kane, y Kane dibuja la imagen de Craso mediante una hábil manipulación de las fuentes en la que Saylor se muestra tan hábil siempre. Siguiendo este modelo, Craso no es hombre de ideologías ni de lealtades políticas firmes, sino un individuo excitado bravíamente por la codicia, una codicia legendaria ya desde la antigüedad, y un deseo de gloria desmedido que le conduciría a la muerte en una campaña nada heroica contra los partos. En el Craso de Saylor se produce la cosificación de todo lo humano, ya que para él todo y todos pueden ser comprados y vendidos; en un tiempo en que la esclavitud era un hecho normal, no lo podía ser menos para un Craso cuando reconoce en SS Just 113 que no suele contratar a hombres libres: “Prefiero servirme de los hombres que ya poseo. (...) Prefiero comprar un arquitecto a contratar sus servicios, de ese modo puedo utilizarlo una y otra vez sin ningún gasto adicional”. Para el Craso de Saylor, el mismo ser humano es una mercancía en toda su extensión, algo que se compra y se vende sin mayor problema que el de fijarle un precio. Recuerda mucho la mentalidad que Orson Welles reflejó tan bien en su *Ciudadano Kane*. Efectivamente, tanto el Charles Foster Kane que interpretó Welles como el Craso de Saylor se transforman en encarnaciones exacerbadas del poder que concede el oro a través de vasos comunicantes preparados por Saylor, ya que es en el dibujo de Craso donde encontramos que la cultura del siglo XX sirve a este novelista para alumbrar, siguiendo siempre el *Craso* plutarquiano, a este magnate de la antigüedad. De esta manera, Saylor no falta al rigor de la verdad histórica, pero moderniza a Craso al inventar una serie de analogías cinematográficas con las que podemos identificar fácilmente.

El Craso de *El brazo de la justicia* es una promesa para Roma, pero una promesa ciertamente inquietante acunada por Sila: el célebre y terrible episodio de la diezma (bajo la falsa justificación de querer someterse a las más antiguas tradiciones), la obstinación con que porfió por obtener el permiso para combatir a Espartaco, y ya dentro de la invención pero siendo consecuente con lo ya expuesto, el deseo de hacer justicia sobre el asesinato de Lucio Licinio ejecutando a todos los esclavos de su villa, nos presentan a un personaje que representa, como ya lo hizo el lémur de

Sila, el futuro de la Urbe: un futuro de guerras y de desentendimientos, de obstinaciones feroces y de sangrientos atardeceres. Tanto Saylor como Maddox recrearán una célebre anécdota que debemos a Plutarco, y que dice mucho de este personaje y brinda en bandeja de plata la manera de retratarlo de ambos novelistas. En SS Sang 139, donde Saylor ya nos presenta a Craso, Gordiano reflexiona sobre este personaje y el futuro de Roma mientras contempla a Craso extasiarse con las llamas de un edificio comprado recientemente a su dueño mientras ardía: “Miré de nuevo a Marco Licinio Craso. Su cara reflejaba una especie de éxtasis religioso. Bañada por el resplandor del fuego, parecía más joven de lo que correspondía a su edad, arrebolada por la victoria y con unos ojos en los que relucía una inextinguible avaricia. En aquella cara estaba escrito el futuro de Roma”.

La figura de Craso, rey Midas romano de ambición desmesurada, es sobre todo bien recreada por Steven Saylor. *El brazo de la justicia* es la novela que este autor le ha consagrado a la medida de su dimensión histórica. El Craso de Maddox, sin embargo, se nos antoja una figura poco relevante desde todos los puntos de vista. Maddox también le concede su importancia dentro de las novelas, qué duda cabe, pero su retrato es más amable, casi el de un capitalista comparsa necesario a César y a Pompeyo para crear esa “mesa de tres patas” que fue el triunvirato. Para Saylor es un personaje emblemático, representa los excesos a los que es capaz de llegar un hombre que aspira a ser dueño de todo, para con esta mira, ser dueño del mundo. Hijo excesivo de Sila —de quien renegó incluso el propio Sila—, Craso era capaz no sólo de violar la ley cuando esto convenía a sus fines, sino también de aplicarla con toda su crueldad —e incluso su anacronía, como en el caso de la diezma o de la ejecución de los esclavos de Licinio— cuando esto le beneficiaba para crearse una imagen de *integritas* y *gravitas* con objeto de magnificarse y de proyectarse políticamente.

Como contrapunto a Craso encontramos a Lucio Licinio Luculo, ese gran militar romano y proverbial *bon vivant* de la antigüedad. Maddox insiste mucho en esta contraposición de caracteres: mientras Craso acumulaba fortuna con el objeto de obtener mayor poder, su contemporáneo Luculo, hombre político nacido también a la sombra de Sila, decidió retirarse en el momento conveniente para gozar en sus últimos años de los placeres culinarios y culturales que su gigantesca fortuna podía proporcionarle. Se trata de un personaje al que Maddox recurre continuamente para convertirle en uno de los secundarios estrella de su serie *SPQR*, mientras que Saylor obvia voluntariamente la presencia de este importante romano de su tiempo, muy posiblemente por su interés en cubrir un arco temporal más amplio en menos novelas y centrarse en una serie de personajes más beligerantes y ambiciosos. Luculo es para Maddox el ejemplo de buen vividor, y las referencias que hace de él se concentran principalmente en su brillante carrera militar y en su posterior retiro para des-

cansar en el lujo y confort. En Maddox es un personaje cargado de simpatía cuyos banquetes tienen la función de mentideros de los avatares políticos de su época. Para su recreación, la fuente más socorrida es la *Vida de Luculo*, de Plutarco, pero también Cicerón, quien en *Quaestiones academicae* traza un resumen de la vida de Luculo. A pesar de esta personalidad volcada en el mundo sensorial y de los placeres, se destaca el hecho de que Luculo no fue un militar de naturaleza *mollis*, ya que, a pesar de haber tenido un hambre notoria de conocimiento y un gusto enorme por los placeres de la buena mesa, no por ello fue un general blando ni complaciente en exceso con sus soldados. Este rasgo, que no es inventado por Maddox y que recoge directamente del *Luculo* plutarquiano, apuntala la imagen de un hombre equilibrado que sabe cómo comportarse en cada momento. La mejor descripción de Maddox la lleva a cabo en JMR Mist 74, y en ella expone basándose en Plutarco exponiendo claramente su carácter doble: sibarita, pero también guerrero; complaciente, pero no con sus soldados en campaña, cuya disciplina férrea era enormemente temida. Pero Maddox dibuja un Luculo retirado de campañas y objetivos políticos, el Luculo hedonista que permaneció más nítidamente en nuestra memoria, primero contrapuesto al también multimillonario y estratega Craso, y en segundo lugar porque el boato de su retiro es lo que resulta más llamativo, y constantemente se vuelve a ello como tema recurrente sin negarle la grandeza de sus victorias ni su formidable estatura como militar. Es representado por Maddox como la cara amable del mismo exceso de un Craso: la pasión por la riqueza desmedida. En esto Luculo es presentado casi como si de un contemporáneo se tratase, como un hombre que quiere disfrutar lo mejor posible, y en sus últimos días, del trabajo arduo de toda una vida. Como no es difícil simpatizar con este afán de Luculo, el ansia de poder de un Craso se nos antoja como una especie de insania mental, de desequilibrio interno que acabó por constituir toda su gloria y toda su desgracia. Luculo, por contra, se salvó por haber sabido retirarse a tiempo antes de que las enemistades políticas le retirasen de en medio. Ya hemos constatado que, de todos los personajes importantes de su tiempo, fue el único que murió en su cama (Plutarco, *Luc.* XXXVIII).

A pesar del innegable desdén con que el mismo Plutarco comenta las frivolidades de Luculo, será a partir de ellas que este importante protagonista de su tiempo se convierta en un importante referente de civilización dentro de la historia de la vida cotidiana y sus imprescindibles placeres. En pocas palabras: de la calidad de vida que hoy tanto ansiamos y que contradice tanto el espíritu de la antigua *gravitas* romana. El hecho de haber proporcionado un fuerte impulso a la *re coquinaria* por sus innovaciones en la cocina de su tiempo —que pronto fueron imitadas por la nobleza de la época—, el haberse contado entre los primeros en instalar viveros de peces en su gran casa, o el haber introducido en Occidente importantes árboles frutales como el cerezo, todo esto en su conjunto supone en sí mismo un grado de evolución dentro

de nuestra civilización, y es por todo esto que Maddox, basándose en el Luculo plutarquiano y desinteresándose por las campañas militares de este personaje, consiga con su retrato una certera recreación de su personalidad al proyectar en buena medida nuestros propios deseos de confort, y efectuando en definitiva y una invención llena de rigor pero también de familiaridad. Familiaridad que no podemos sentir por otro personaje muy bien recreado por Maddox, el de Marco Porcio Catón de Útica (o el Uticense), bisnieto de aquel Catón el censor, cuya *gravitas* y austeridad llegaron a ser tan legendarias que su figura se convirtió en la encarnación del espíritu romano por excelencia. Nuestro Catón se volvió a los ojos de todos una especie de reencarnación de aquellos valores semiespartanos que representaba su bisabuelo, de aquella romanidad de los tiempos heroicos y de orígenes campesinos. Catón fue representante de la nobleza y de la vieja aristocracia, enemigo de César y de los triunviros, y adepto de la filosofía estoica. Con su suicidio desapareció una época, pues hoy es considerado como el último representante de la república aristocrática, un régimen que a mitad del siglo I a.C. estaba tocado de muerte y que sucumbió con él. Catón es mencionado numerosas veces por Steven Saylor, pero no llegamos verdaderamente a convivir con él ni a congeniar con su difícil carácter, ya que Saylor sólo nos lo presenta de manera protagónica en su discurso contra los cómplices de Catilina, aspecto en el que Saylor se ciñe a los testimonios transmitidos por la historia sin mayor invención ni revisión. Sin embargo, en las páginas de Maddox Roberts brilla Catón con toda su humanidad, y esta recurrencia constante a Catón permite a Decio el joven hacer todo tipo de bromas acerca de su carácter y el temple de los antiguos romanos. Fundamentalmente los comentarios van a ser acerca de las peculiaridades de su carácter estoico y anticuado, que tanto honor hizo a su bisabuelo, y en menor medida a su obra política y a su participación dentro de la vida pública de su tiempo.

Más allá de su carácter y personalidad, la mayor relevancia de Catón en estas novelas viene marcada por su discurso en el Senado contra los conjurados de Catilina, episodio en que Saylor refunde a Salustio y a Plutarco, por lo que resulta muy significativo desde el punto de vista del análisis del rigor y la invención que estos autores efectúan sobre los testimonios históricos. El episodio del discurso lo encontramos en SS Cat 401-4, y consta claramente de dos partes. Entre las páginas 401-3 asistimos a una refundición del discurso de Catón que leemos en *Bell. Cat.* LII, 2-36, donde Catón responde a la intervención previa de Julio César y apela a la grandeza de los antepasados y al rigor de su juicio para acabar solicitando la pena de muerte para los conspiradores, lejos de cualquier compasión porque éstos sean jóvenes y de linaje noble. En la obra salustiana, en la que Saylor se inspira para esta escena tomándose la libertad de reescribir el discurso casi completo y dejando sólo su estructura como relativamente reconocible, Catón es alabado como un gran hombre y su solicitud al Senado de pena de muerte es aceptada por unanimidad.

Aparte de este episodio, que en Saylor tiene una gran trascendencia dramática, la recreación más vívida de la humanidad de Catón se la debemos en estas novelas a Maddox más que a Saylor, a pesar de que es este último quien recrea con mayor rigor las fuentes clásicas en el episodio del Senado. A pesar del buen hacer de Saylor, su versión del discurso salustiano se halla tan refundida que pierde toda su fuerza. El Catón de Maddox nunca llega a alcanzar la majestuosa gravedad que el discurso de Salustio otorga a un personaje como Catón, quien debió de ser un protagonista temible de los últimos años de la República y muy alejado del individuo pintoresco y enormemente excéntrico —en el fondo simpático, como un anciano cargado de manías— que Maddox pinta en sus novelas. Es en este aspecto donde Maddox recurre a una invención mayor que Saylor, al recrear un Catón que en cierto modo recuerda mucho esa imagen que guardamos de los puritanos pioneros fundadores de la Unión Americana, y donde su naturaleza estoica se vuelve fuente permanente de comentarios jocosos que conceden a Catón una humanidad entrañable y a veces caricaturesca.

Las actitudes de Saylor y Maddox ante la historia de Roma son distintas, como ya hemos indicado, y va a ser sobre todo con Catilina y los Clodios donde éstas se enfrenten completamente y conduzcan a visiones más opuestas. El revisionismo de Saylor y el tradicionalismo de Maddox les empujará a dibujar personajes muy disímiles. La visión que nuestros autores nos proporcionan de Catilina es interesante porque, partiendo de las mismas fuentes históricas —básicamente, Plutarco, Salustio y Cicerón—, Maddox compone el retrato de un personaje que sigue fielmente las fuentes en cuanto a la encarnación de toda clase de vicios; por el contrario, Saylor dibuja un personaje más realista, lleno de claroscuros y al que muchas veces permite expresarse con toda libertad, concediéndole al menos al malvado oficial de la historia el beneficio de la duda. Ya desde el título de las respectivas novelas que Maddox y Saylor dedican a este célebre episodio se nota claramente las diferencias del punto de vista. Mientras que para Maddox el segundo título de su serie *SPQR* será sencillamente *The Catiline Conspiracy*, siguiendo fielmente el tradicional título salustiano, Saylor titulará a la tercera novela de su serie *Catilina's Riddle*, que en traducción española pasó a ser *El enigma de Catilina. Riddle*, acertijo o enigma, no sólo alude al famoso acertijo que Catilina lanzó y dejó sin resolver, sino también al propio Catilina. Teniendo en cuenta que todos los testimonios que nos han llegado sobre el conjurado son abiertamente hostiles al mismo, el propio personaje histórico sigue siendo en cierto sentido un enigma para nosotros. Como decimos, sin querer incurrir en una visión revisionista de Catilina como luchador social —revisión que a partir de la interpretación de los testimonios antiguos no se sostiene— Saylor concede a Lucio Sergio Catilina el beneficio de la duda para que siga siendo, entre nosotros, un enigma histórico.

También es diferente el uso que hacen los dos autores de las fuentes clásicas, y en concreto de las *Catilinarias* ciceronianas. Saylor va a tomar a Salustio y a Cicerón como fuente de inspiración, y no sólo de documentación como parece seguir Maddox. Saylor se comporta como un hábil novelista cuando, en vez de sintetizar la primera *Catilinaria* ciceroniana o de presentarnos un mero resumen de lo expuesto por el cónsul en el Senado, presenta a Catilina haciendo un resumen de la misma y desmontando, paso por paso y uno a uno, todos los argumentos del cónsul para considerar a Catilina un enemigo del estado.

La primera *Catilinaria* no tiene semejante tratamiento en Maddox, ni tampoco el mismo fulgor narrativo. Tampoco es revisionista, pues Maddox no lo es, y Catilina es presentado siempre como un malvado, un cachorro, un inmaduro, sumándose a la larga tradición literaria de quienes maltrataron a este enigmático personaje de la Historia. No es digna de desdén esta actitud, y quizá se trate de la decisión más correcta, pues cuando todas las voces concuerdan en un mismo punto, suelen tener sólidas y establecidas razones. Sin embargo, la falta de este revisionismo propio de Saylor produce también que el Catilina de Maddox sea muchísimo menos interesante y más plano a todos los niveles, y entre ellos el literario. La visión que tienen ambos novelistas no puede ser más contrapuesta. Si bien Saylor no retrata a Catilina como un héroe, tampoco nos presenta al individuo ruin que Maddox pinta siguiendo la tradición clásica más encarnizada desde Cicerón. El Catilina de Saylor es una magnífica recreación literaria llena de matices, como suelen ser los personajes que pasean por las novelas de la serie *Roma sub rosa*, y es en este aspecto donde Saylor gana en invención a Maddox. La complicidad que tiene el mismo Gordiano con el conjurado, y el hecho de que Catilina sea el objeto del amor de Metón hasta el punto de seguirle a la batalla de Pistorium denotan mucho el beneficio de la duda que concede Saylor y su carácter revisionista. Un carácter revisionista que guarda bastante sentido, pues las leyendas urbanas que corrían acerca de Catilina resultan tan exageradas en algunos casos que bien podrían ser perfectamente falsas. Como ejemplo, basta recordar el famoso retrato que Plutarco hace de Catilina en *Cicerón X* y que parece un enorme cúmulo de disparates basados en rumores y maledicencias.

La trascendencia de la conjuración de Catilina en la literatura, y de su propagación por medio de la misma hasta alcanzar el rango de mito de la historia universal fue enorme, aunque los estudiosos coinciden en que ni fue realmente tan importante su conjuración, ni ésta tuvo nunca la más mínima oportunidad de triunfar, sentido en que se orientan las opiniones de autores como Bertolini o Roldán y que Maddox sigue fielmente, ya que su conclusión es fatalista y poco considerada hacia el personaje, como vemos en JMR Con 293: “Así pereció Lucio Sergio Catilina, quien jamás reconoció su falta de grandeza y nunca fue más que una herramienta en manos de hombres más poderosos”. Para analizar a este personaje histórico, Saylor se en-

frenta a los testimonios y enhebra a partir de ellos sus dudas acerca de la oficialidad de la historia. Catilina es para Saylor una víctima más de su tiempo, otro producto sangriento y enloquecido del lémur de Sila.

Los Clodios son el segundo exponente extremo de la dicotomía existente entre Maddox y Saylor con relación a la utilización que hacen de las fuentes desde la óptica peculiar de cada uno, que hemos generalizado considerando revisionista o tradicionalista. La importancia de estos personajes es enorme en ambos autores, ya que Steven Saylor dedica a los amores de Clodia y Catulo la novela *Los brazos de Venus*, y al asesinato de Clodio y consecuente juicio de Milón la quinta entrega, *Asesinato en la Vía Apia*. Maddox Roberts, por su parte, los convierte en los malos recurrentes de su serie *SPQR*: siguiendo a Cicerón, presentará a Clodio como modelo de vicios humanos, y a Clodia como una perversa y retorcida mujer siempre hambrienta de sexo y poder, capaz de cualquier medio para justificar sus propios fines. Es Saylor quien concede a estos personajes su grandeza histórica y les presenta con una humanidad no exenta de vicios, pero tampoco de virtudes, y en este sentido continúa la línea poco simplificadora que iniciara con Sila y culmina, sin ningún género de dudas, con Lucio Sergio Catilina. A pesar de todo, debemos insistir en que Maddox no es simplista, sino tradicionalista: sigue a Plutarco y a Cicerón al pie de la letra y acepta sus puntos de vista sin cuestionarlos; Maddox se atiene el rigor de una tradición literaria que no admite fisuras a este respecto, y la gran aportación de su obra se exploya en recubrir de carne y contemporaneidad el gran esqueleto de la transmisión. Maddox no ve razones para dudar de los testimonios, y desde este punto de vista sigue al pie de la letra la versión de los vencedores. Saylor, revisionista que siempre concede a los grandes perdedores y ultrajados de la Historia el beneficio de la duda, lee siempre con desconfianza a Cicerón y Plutarco —y en definitiva, a todos los oficialistas— y extrae sus propias conclusiones a partir de cuanto advierte entre líneas. Es en este sentido el más policiaco o intrigante de los dos novelistas, ya que procura siempre dar la vuelta al tejido histórico y husmear en los entresijos de la oficialidad para acabar concluyendo que, quizá, la historia oficial no sea la más verdadera, pero sí la que a sus constructores les pareció más conveniente. Maddox es más riguroso en cuanto a no desvirtuar el mensaje de las fuentes, pero Saylor conoce con mayor rigor las fuentes, y usa su imaginación para aprovechar sus puntos oscuros y elaborar una reconstrucción distinta que, si bien no es consecuente con lo que ocurrió, sí es enormemente consecuente con cuanto pudo ocurrir.

Maddox se ciñe también más al rigor de la estructura habitual de la moderna saga policiaca que se construye sin prisas de novela en novela, mientras que Saylor se ciñe más al rigor de la capacidad de síntesis que exige un fresco histórico. Es por ello por lo que encontramos que el periodo histórico que abarcan ambos novelistas es el mismo, pero Saylor pretende cubrirlo mediante una saga que abarca un número

reducido de títulos y que hoy ya se acerca a su fin. No cabe duda de que comprimir el tiempo de esta forma ha originado huecos relevantes en la obra de Saylor (una aproximación a Espartaco se echa en falta, así como su versión de la profanación de Clodio durante los ritos de la Bona Dea), pero este autor tendrá tiempo de regresar más adelante por medio del cuento a periodos concretos de la historia de Roma y de la vida de Gordiano. Maddox no parece plantearse la posibilidad de imponerse un número reducido de títulos, por lo que su saga *SPQR* avanza a un ritmo notablemente más pausado que el de Saylor. Mientras Saylor aborda el asesinato de Clodio en la quinta entrega de su serie y en las siguientes vemos las consecuencias destructivas que en Milón causa el destierro, estos mismos personajes continúan ahora mismo como secundarios de lujo en la octava novela de la serie de Maddox sin que nada indique que su autor pronto va a presentar a Clodio y a Milón en su confrontación final.

La fidelidad de Maddox a la visión ciceroniana y plutarquiana tradicional de los Clodios como monstruos se acrecienta por la interesante rivalidad a muerte que existe entre Decio y Clodio, rivalidad que se nota en muchos de los comentarios del protagonista de la serie *SPQR* y en el dibujo físico que Maddox hace del personaje. El Publio Clodio de Maddox es rechoncho, sin cuello, relleno de maldad y odio, odio que vuelca principalmente contra Milón y su amigo Decio, a quien incluso intentará aplastar con un elefante en las páginas finales de *The Sacrilege*, páginas en las que Maddox riza el rizo de la maldad clodiana hasta la hipérbole. Clodio también es para Decio en JMR Sac 158 “the ugliest of the lot”. Siguiendo la distribución lógica de afectos y odios que se basa en Cicerón (rigor en tratamiento de fuentes), la enemistad entre Clodio y Decio estaba cantada desde el momento en que éste último es afecto a la compañía de Cicerón y Milón, personajes que en Maddox entrañan numerosas bondades y a quienes Saylor mira siempre con cierta sorna.

Para la pérfida Clodia de Maddox, la naturaleza de su hermano es la de un jovencito travieso: “He loves to make fun of our religious guardians. He’s never grown up and loves to make elders angry”. Esta referencia a Clodio como inmaduro recuerda la misma visión que el autor tenía de Catilina como un jovencito que no ha crecido, y en el fondo vuelve a tratarse de una constante ciceroniana en la que Maddox vuelve a mostrarse tradicionalista. Cicerón también llamó a Clodio “nuevo Catilina”, y le adjudicó los mismos vicios que al conjurado. En el fondo, concluye Maddox en algunos pasajes, Clodio no es sino el producto de un entorno político enfermo conducido a su máxima expresión (JMR Mist 183: “La mayoría [de los políticos] es como él, aunque tal vez Publio es más despiadado y loco”), pero esto lo convierte en la peor opción para un cargo tan importante como el tribunado de la plebe. Clodio, político populista como César, es una bestia pública contrapuesta a la luminosidad de un César: “Clodio se creaba enemigos con la misma facilidad con que

César recogía votos” (JMR Con 193). Ambos parecen encarnar la cara y la cruz de la misma moneda del populismo, un populismo que tanto ayer como hoy parece ser sinónimo de demagogia y de culto a la personalidad.

Tito Annio Milón fue el gran rival de Clodio y a la sazón su némesis — Steven Saylor juega deliciosamente con el anverso y reverso de esta tradicional verdad histórica—. Milón, a quien Maddox convierte en intimísimo amigo de confianza de Decio el Joven, goza de todas las simpatías de este novelista y aparece siempre enaltecido por quien se volverá su gran amigo, Decio el Joven. Maddox disemina por todas partes descripciones admirativas sobre Milón, e incurre en un gracioso juego que violenta los límites del rigor histórico y de la invención, pero con ilustrativos y plásticos resultados. Y es que parece que para Maddox, Publio Clodio era una especie de Al Capone de su tiempo — ya hemos dicho que gordo, sin cuello, feo, loco, megalómano—, y que en Milón no sólo encontraba su oponente político, sino también físico, pues Maddox nos describe a Milón una y otra vez como una especie de Lucky Luciano del periodo: alto, bello, musculado como un Hércules y adorado por las mujeres. No es gratuito, aunque para nosotros pueda parecer exagerado desde el análisis del rigor y la invención por la extrema modernidad del vocablo, que Maddox se refiera a Clodio y Milón en varias ocasiones usando el divertido anacronismo “gángsters”. El uso de la palabra “gángster” no tiene nada de gratuito ni de inocente en un autor como Maddox, que disemina a lo largo de sus novelas numerosos vocablos latinos para dar un toque de sabor clásico a la contemporaneidad de su estilo. Chirría a veces encontrar “gángster” en la misma página en que podemos hallar *peculium*, *caliga* o *tonsores*. Está claro que la intención de Maddox, no exenta de cierto sentido del humor, es realizar la traducción a nuestros tiempos de una realidad pretérita a veces difícilmente comprensible para un lector de cultura media que gusta de practicar, con éstas u otras novelas, el ya mencionado turismo histórico.

Clodio y Milón, parangonables en Maddox a los mafiosos de los años veinte en Norteamérica, son “small-scale gangsters, with purely urban ambitions” (JMR Sac 187-8), y aparecen confrontados a los “criminals of world stature” como Craso o Pompeyo, a quienes servían estos dos gángsters de la Roma clásica y para quienes ejercían el papel de criminales políticos al estilo de las mejores relaciones entre mafia y poder.

Saylor resulta muchísimo menos indulgente con su Milón. Su Milón está bien lejos de ser ese Hércules o Aquiles que presenta Maddox, ese Tito “Lucky Luciano” Milón en eterna confrontación con un gordo y feo Publio “Capone” Clodio. Resultan enormemente divertidas estas distintas recreaciones que llevan a cabo ambos novelistas de los personajes históricos a partir de las mismas fuentes. Nada hay en Saylor del esforzado, patriota y nobilísimo Milón que Cicerón defiende en su *Pro*

Milone, y bien es verdad que tampoco la visión de Maddox resulta tan parcial como la del gran orador, quien insiste en presentar a Milón como dechado de virtudes y minimiza exageradamente las actividades gangsteriles de su defendido justificándolas meramente como defensa contra la banda de Clodio. Al fin, en *Last Seen in Massilia*, Saylor presentará a Milón en el momento más bajo de su vida (borracho, vomita sobre sí mismo en SS Last 87). Lejos de los claroscuros demasiado simplistas, en Gordiano aparecerá una reflexión que remite nuevamente en cierto modo al lémur de Sila, ya que, para el Sabueso, Milón es “victim of a legal system as ruthless as himself” (SS Last 89).

La legendaria relación entre Catulo y Clodia exigía un nuevo do de pecho para reconstruir, partiendo ahora de la obra del poeta de Verona, uno de los amores más importantes de la literatura universal y cuna de modelos líricos para la posteridad. Saylor se muestra a la altura en su novela *La suerte de Venus*, pero en Maddox Catulo es una figura empobrecida como personaje, de quien se mencionan algunos datos y su amor por Clodia, quien adopta un papel importante en el desarrollo de las obras de este novelista. Clodia es también la defensora política de su hermano Clodio, pero sobre todo es la gran mujer fatal de toda la serie *SPQR*, una creación en la que Maddox vuelve a mostrarse partidario de la visión ciceroniana que de manera bastante parcial propugnaba una imagen de los Clodios próxima a la maldad absoluta. Saylor, por el contrario, nos dibuja una Clodia compleja y rica en matices, una mujer con un pasado tormentoso que en buena medida ayuda a explicar su presente. Una mujer dura, desde luego, pero también sensible y llena de dudas; ambiciosa, pero lejos de la megalomanía con que la dibuja Maddox. La novela *La suerte de Venus* es la gran obra cuyo telón de fondo serán los amores y desamores de Clodia y Catulo, y en la que algunos lugares y personajes mencionados en el *corpus* catuliano cobrarán vida ante nuestros ojos. Desde este punto de vista, no existe en Maddox una recreación digna de excesivo comentario sobre Catulo, como veremos enseguida.

La Clodia de Maddox es altanera y despectiva, atea (contradictoriamente, practica ritos preitálicos en la novela *Saturnalia*), una tortuosa mente criminal que se ejercita ya en estas lides desde la primera novela de Maddox, donde nos la presenta como culpable de homicidio, incendio provocado y conspiración contra el Estado. Para asegurar continuidad dramática a este personaje, quedará por encima de la legalidad al hacer recaer sus culpas sobre otros, que pronto estarán convenientemente muertos. La Clodia de Steven Saylor es mucho más. Ostenta las mismas cualidades en la obra de Saylor que su perfume: “Eскурridizo, sutil e intrigante” (SS Ven 101). En la Clodia de Saylor palpita un complejo y también angustiado ser humano que carga a costas con episodios de un pasado muy difícil que Saylor le inventa para que Clodia se gane nuestras simpatías y podamos sentir —nosotros y también las

mujeres de nuestro tiempo— una empatía con ella. Es la mayor aportación de Saylor al personaje de Clodia presentarla como víctima de violación durante su adolescencia, una afrenta que constituiría de manera bastante plausible una carga para toda la vida pero que también la volvió una mujer enormemente independiente, capaz de tomar decisiones muy duras, pero enormemente humana y exquisita en sus gustos: viste túnicas que ninguna otra mujer osaría vestir, conquetea abiertamente con los hombres, muestra su sensibilidad y cultura al demostrar su conocimiento de la poesía clásica, es de pensamiento liberal y desenvuelta en sociedad. Gordiano aprenderá a querer, y nosotros con él, a esta mujer de una pieza, mucho más próxima al confuso retrato de belleza, sensualidad e inteligencia legado por Catulo que la Clodia de Cicerón. La Clodia de Saylor es una mujer que ha tenido que abrirse camino en un mundo de supremacía masculina, y en un mundo así donde la mujer parece cosificada y relegada a un segundo o tercer plano, la Clodia de Saylor se masculiniza sin perder su enorme femineidad.

La gran aportación desde el punto de vista de la invención por parte de Saylor es conceder a Clodia ese pasado tortuoso con el que quizá algunas lectoras puedan sentirse identificadas (Bethesda y Diana así lo hacen) y que justifica la dureza de su carácter, pero también explica su lado más vulnerable. Saylor inventa enormemente, pero ni incurre dentro de lo inverosímil ni contradice las noticias que de Clodia nos han llegado. Antes bien, podrían explicar muchos aspectos de su personalidad, y confirma el espíritu revisionista y la mirada poco maniquea que el autor proyecta sobre los personajes y para cuyo retrato se aparta de Plutarco y Cicerón. Y es que *La suerte de Venus* es un nuevo ejercicio de invención por parte de Saylor, ya que su novela entremezcla diversos acontecimientos históricos y ficticios, siendo lo mejor de todo la habilidad de Saylor para dar una solución ficticia pero muy original a los misterios que rodean la muerte de Dión de Alejandría. Lejos de seguir a Cicerón, Saylor dinamita de nuevo las versiones oficiales y los rumores de la época.

Como hemos dicho, Catulo de Verona no tiene especial relevancia en Maddox, pero sí en Saylor durante su novela *La suerte de Venus*. No es la única discrepancia entre ambos Catulos, ya que Saylor y Maddox no coinciden con respecto a la edad de Catulo en el momento en que escribe su *corpus* y mantiene su relación con Clodia (personaje que en Maddox trata al poeta con bastante displicencia). Para Saylor, Catulo no llega a los treinta (por tanto, próximo a su muerte al cumplir tres décadas), mientras en Maddox el poeta es todavía mucho más *cachorro*, y este autor nos presenta un Catulo provinciano, dulce y tímido con quien la versión de Saylor discrepa enormemente.

Es la obra literaria de Catulo la que sirve a Saylor como fuente primordial del mundo íntimo del poeta, pero también de su entorno cotidiano. También la descripción que Saylor hace del neotérico parece inspirada en el supuesto retrato de la

finca de Sirmione que perteneció al poeta, por lo que advertimos que, de no ser una simple coincidencia, la visión de Catulo desarrollada por Saylor tiene fundamentos rigurosamente investigativos. Pero sobre todo en Saylor, es la obra del poeta el manantial del que nuestro novelista bebe recurrentemente para hilvanar con suma habilidad rigor e invención: el Catulo de Saylor frecuenta muy a menudo un lugar que conocemos por sus poemas, la Taberna Salaz, ingeniosa recreación de Saylor que tiene su origen en el poema XXXVII del *corpus* y que alcanzará notoria relevancia dentro de la obra de Saylor: Gordiano regresará a ella en la novela *Rubicón*.

La recreación que Steven Saylor lleva a cabo de Catulo sigue al pie de la letra el *corpus* del poeta, pero no sólo como fuente de citas, sino que el novelista de Austin ha llevado a cabo un verdadero trabajo de interpretación para mostrarnos un Catulo lleno de dudas y de pasiones, tan pronto elevado y culto como bajo y ruin. Si bien esto no resulta original, es verdaderamente importante desde el punto de vista del rigor e invención cómo numerosos elementos de su poesía se despliegan por las páginas de esta novela más allá de las citas puntuales como el famoso *Odi et amo*: la recreación de la Taberna Salaz, el episodio de la píxide en los baños donde aparecen Vibenio y su hijo o la *inventio* del estreno mundial del poema que consagró Catulo a Attis arrojan el resultado vívido y creíble de un exhaustivo trabajo de análisis y maduración de la fuente literaria original y una sabia utilización al ser entremezclada con la versión que Saylor nos proporciona del juicio de Celio, donde el despechado Catulo aparece, incluso, al servicio de Cicerón para ayudarle a crear esa estampa de la “Clitemestra de cuadrante” que Cicerón (y luego Plutarco) nos transmitió de aquella mujer insólita e incendiaria para su tiempo.

Si es verdad que, como mantenemos, las novelas son los personajes históricos (y esto es notorio sobre todo en Saylor, y en menor medida en Maddox), Cicerón es la joya de la corona de todos los personajes de su tiempo. Es el gran protagonista secundario de las novelas de Steven Saylor, hasta el punto de que la vida de Cicerón y del héroe medio Gordiano corren paralelas y numerosas veces se entrelazan salvo en los casos de *El brazo de la justicia* y *Last Seen in Massilia*, donde el orador sólo aparece por alusividad. Steven Saylor nos hará revivir sus grandes discursos en *Sangre romana*, *El enigma de Catilina*, *La suerte de Venus* y *Asesinato en la vía Apia*, mientras que en *Rubicón* el novelista nos lo presentará viejo y cansado, acorralado entre Pompeyo y César sin saber por cuál de los dos inclinarse, e involucrándose con Tirón en una sugestiva trama de espionaje donde el autor demuestra, una vez más, su gran versatilidad para ampararse en el rigor de las fuentes literarias para aprovechar sus sombras y plantearnos una invención más que verosímil. El Cicerón de Maddox, sin embargo, no brilla con la misma intensidad salvo en la obra dedicada a la conjuración de Catilina, pero aún así los resultados resultan de notable palidez en contraste con el fascinante personaje que Saylor recrea para nosotros.

De nuevo se va a agudizar la doble vertiente de revisión y tradicionalismo en la que parecen instalarse nuestros dos autores. Fiel a los testimonios de Cicerón, Maddox nos presentará al orador como un ejemplo de virtudes y en sus obras adquirirá la autoridad y respetabilidad que en las novelas de fantasía heroica adoptan los viejos ancianos de la tribu. Encarnación de la figura mítica del “viejo sabio” y receptor de toda la serenidad y todo el conocimiento, este Cicerón de Maddox no conmueve ni emociona tanto como el de Saylor, que lleva a cabo una recreación del personaje llena de luces y sombras, como corresponde a un protagonista de la historia tan brillante como lleno de ambiciones y de vanidades. Sobre éstas Saylor proyecta habitualmente una mirada enormemente irónica y, más que desmitificadora, humanizadora.

En cuanto al manejo de las fuentes efectuado por ambos autores, tanto Saylor como Maddox se basan en los mismos textos para su recreación de Cicerón, pero Saylor no sólo sigue a Plutarco, sino que también bebe abundantemente de los propios textos ciceronianos, principalmente de los discursos y las cartas, mientras que Maddox parece sentir más interés por el Cicerón de los textos religiosos y filosóficos, pues es en este autor donde hallamos un Cicerón más religioso, o cuanto menos, más interesado por la voluntad o fuerza que rige la vida de los humanos, sea ésta divina o astrológica. En las novelas de la serie *SPQR* le vemos reflexionar sobre la religión o la influencia de los astros sobre los humanos. En JMR Sat 158-67 mantiene con Decio una interesante conversación en la que explicará sus ideas acerca del fenómeno religioso. En JMR Sat 159 evoca su voluntario exilio en Grecia, donde estudió con el filósofo Antíoco y se introdujo en los Misterios de Eleusis.

El Cicerón de ambos autores concuerda en un punto indesmentible: el orador fue un coloso de la literatura y del pensamiento de su tiempo. Sin embargo, Maddox es más reverente en su recreación del personaje, y Saylor le muestra con sus contrastes para humanizarlo y hacerlo más próximo a nosotros. Saylor ahonda en sus debilidades físicas —como la dispepsia que sufrió toda la vida—, y psicológicas: en él lo más llamativo era su aparente desinterés por las relaciones sexuales, contra el cual muchos se encarnizarán tanto como el orador se encarnizaba contra la aparente hiperactividad sexual de Catilina o Clodio.

Mas paralelamente a estas veleidades humanas, inherentes sin duda al genio, también encontramos que Cicerón puede tener detalles generosos, que su honradez es celebrada por quienes le son más leales y miran por el bien de la República, y que su sarcasmo indica por lo general un talante predispuesto por naturaleza al buen humor, si bien este último rasgo es más habitual en el Cicerón de Maddox, mucho más relajado en sus intervenciones que el de Steven Saylor. Maddox recuerda la socarronería ciceroniana (que tan útil le resultó en sus discursos para destrozar a sus enemigos) en JMR Sat 242. En este aspecto al menos, si bien el Cicerón de Maddox es

menos complejo que el de Saylor, sí es más consecuente con las noticias que nos han transmitido los textos plutarquianos, como en la *Comparatio Ciceronis et Demosthenis* I, 4-6. También hemos hablado en el capítulo correspondiente de la diferente actitud que el Cicerón de Saylor y Maddox adopta ante las Saturnales, una nueva prueba más de que ambos autores tienen una visión distinta de los personajes y de los acontecimientos del periodo, a los que conceden distinta importancia en función de, como ya hemos visto, su personal proyecto para sus respectivas sagas históricas.

Los más grandes ejercicios de *inventio* con respecto a Cicerón proceden, como no podía ser menos, de Steven Saylor. Destacamos fundamentalmente dos: la reconstrucción de los acontecimientos del asesinato de Roscio en *Sangre romana* (con la muerte final de Roscio el hijo y la confirmación por parte del orador de su verdadera culpabilidad) y la redacción de una carta apócrifa que Saylor inserta hábilmente en el mismo periodo temporal de un grupo de cartas auténticas del orador que sí han sobrevivido. La convincente invención la hallamos en *Rubicón*, novela escrita para mayor gloria de Tirón (supuestamente enfermo en Patras) donde el liberto de Cicerón se revela como un maestro del disfraz y del fingimiento que lleva a cabo misiones de espionaje para su patrón. El grupo de cartas que Cicerón escribió al (historicamente) enfermo Tirón son *Ad fam.* XVI, 1-7, 9, 11 y 12. Es ésta última la que Cicerón escribió en el mismo periodo temporal en que Saylor ubica su carta ciceroniana apócrifa. Puesto que sabemos que se perdieron cartas de Cicerón escritas en estas fechas, como entre el 28 de diciembre de 50 y el 12 de enero de 49, esta carta apócrifa también podría ser considerada una de las perdidas, razón que consolida la verosimilitud que Saylor siempre busca para sus relatos partiendo de un conocimiento meticuloso del rigor de las fuentes clásicas. Incluso el mismo personaje de Tirón, de quien tan poco sabemos nosotros por las fuentes, es convertido por Saylor en un secundario esencial para la serie y una de sus mejores y más sólidas invenciones. Casi todo Tirón es una enorme creación de Saylor que tampoco encontramos en Maddox.

El recurso del humor negro es más propio de Saylor que de Maddox, quien practica un humor blanco sin incurrir en la comedia borreliana. Este autor trata con reverencia al orador, y no nos lo presenta nunca como objeto de sus bromas. Sin embargo, el retrato un poco sarcástico que Saylor lleva a cabo de Cicerón incurre claramente en el humor, ya que para Saylor Cicerón parece un personaje demasiado gigantesco para abordarlo siempre desde la veneración. A veces el Cicerón de Saylor nos hace reír, aunque sólo sea por su expansiva vanidad o por su oportunismo político. Los ataques de Marco Antonio contra Cicerón están llenos de un lenguaje florido y cómico, expresivo y contemporáneo, que presagia el terrible final del orador en sus manos. Lo presagia, pero Saylor lo introduce con recurrente sentido del humor de tintes bastante negros. En efecto, el orador Cicerón, tan ambicioso en sus objeti-

vos como hombre de poca valentía, de vez en cuando es presentado por el autor de Austin prediciendo su horrible final. Esta broma viene de lejos en la saga, pues ya en la primera novela de la serie (en SS Sang 284) exclamará a Gordiano con angustia: “¿Te gustaría ver mi cabeza en lo alto de una pica?”.

Ya hemos dicho que es Saylor quien ha conducido hasta ahora más allá en el tiempo los acontecimientos de la historia del periodo hasta introducirse en la guerra civil entre César y Pompeyo. También es, con mucho, quien lleva más lejos la invención que genera para sus tramas partiendo de la lectura atenta de las fuentes para buscarles, como se dice de manera expresiva y popular, cinco pies al gato. Es aquí donde Saylor llega más lejos, mientras que Maddox sólo lo aplica en *The Sacrilege*, y en menor medida, en *La conspiración de Catilina*. En *Rubicón* y *Last Seen in Massilia*, obras que conviene leer una detrás de otra, pues se encuentran enlazadas por la desaparición de Metón y su misteriosa misión en Massilia, las invenciones de Saylor son muchas y muy variadas. Es en estas dos novelas donde el personaje de César adquiere por fin una gran relevancia dentro de la obra de Saylor. Hasta entonces (y tampoco podemos olvidar la excusa para el relato *El pequeño César y los piratas*) principalmente era su discurso en favor de la conmutación de la pena de muerte a los conjurados de Catilina lo que había destacado en la producción novelística de este autor; después, en *Un asesinato en la vía Apia*, vendrá la primera descripción importante de Cayo Julio. Así pues, tenemos que César entra tarde en las novelas de Saylor, pero no sucede así en la novelística de Maddox, donde tiene pequeñas apariciones desde *El misterio del amuleto* hasta llegar a *The Sacrilege*, donde resulta ser el autor intelectual de la reunión en la morada del *Pontifex Maximus*. Las descripciones y opiniones en que recrea Maddox a César suelen ser amables, no sin un punto de ironía, pero en ningún momento son tan ensalzadoras como las de Saylor, quien en SS Ap 300-1 se adhiere en su descripción a la corriente magnificadora que concluiría, algún día, en la divinización de César tras su muerte. Siempre se ciñen a las fuentes clásicas en cuanto a los detalles de su vida y su carácter: complejo y brillante, gran orador ante las masas, infatigable física e intelectualmente, gran amante y vanidoso en su relación consigo mismo. Tanto Maddox como Saylor beben de la biografía plutarquiana y de Suetonio sin que añadan ni quiten. Son fieles al rigor de la tradición literaria. Si bien ambos destacan la gran estatura del personaje, quizá difieren en el tono, más irónico en Maddox y más mitificador en Saylor, cuyo Gordiano describe a César a través de los ojos enamorados de Metón. En realidad, las referencias a César se han ceñido a cuanto nos cuentan Suetonio y Plutarco. Hasta *Last Seen in Massilia*, Saylor no ha tenido tiempo de analizar detenidamente la personalidad de César, que corresponde a las siguientes novelas de la serie, y Maddox no ha ido más allá en su retrato afable de un César que, en la quinta novela de la serie, todavía es *Pontifex Maximus*, cargo con el que comenzaría su imparable as-

censión política. En el campo de la invención, no es César quien se ve afectado en las dos últimas novelas de Saylor, sino más bien Cicerón y Tirón, así como el mismo Gordiano. En realidad, ambas novelas hacen avanzar mucho la situación dramática para nuestros personajes, pero se ralentiza el avance del tiempo histórico y la Roma de la guerra civil parece sumida en un limbo.

Como contraparte, el retrato que se nos da de Pompeyo el Grande es el de un hombre tan genial como vanidoso. Sin embargo, en la recreación que nuestros novelistas hacen de él y de su ambición tan grande como su *cognomen*, en ningún momento llega a constituirse en un personaje tan negativo y cruel como Sila, ni tan rígido y temible como Craso. Pompeyo es, sí, otro más de los grandes personajes de la época que ansiaban el poder absoluto por medio de la dictadura para acercarse a una especie de monarquía, pero ante todo es un gran general consciente de una manera ciertamente flemática de su propia grandeza. Frente a los violentos Clodio y Milón (este último sólo se salva moralmente en las novelas de Maddox), Pompeyo goza por parte de los novelistas de un gran respeto como personaje histórico, aunque en Maddox se convierte en uno de los enemigos de Decio, pues ya hemos visto que la visión de Maddox es ciceroniana, y Decio se halla próximo al gran orador y a Milón, frente a individuos como Pompeyo o Clodio.

Rubicón es una de las novelas más interesantes de la serie *Roma sub rosa*. En ella, Saylor recurre al viejísimo *topos* al que Gastón Leroux dio gran fama en *El misterio del cuarto amarillo*, un recurso efectista y por ello relativamente poco usado en la historia de la literatura policial que consiste en que el detective y narrador de la novela es también el asesino. En este aspecto, la novela está fantásticamente construida hasta su final, donde los aspectos más relevantes de invención se deben precisamente a las actividades de espionaje que Tirón realiza para Cicerón. En realidad, tanto en esta obra como en *Last Seen in Massilia*, la invención se superpone a lo histórico, ya que Saylor parte de Plutarco y de Suetonio, así como del relato cesariano de los asedios de Brindis y Massilia, para inventar diversas actividades de Gordiano relacionadas con una supuesta conspiración para asesinar a César en la que está involucrado Metón. También la aparición de Vitruvio en estas obra concede visos de verosimilitud histórica, aunque sabemos que Saylor inventa claramente. No va a ser la historia, ni los personajes históricos, quienes sean protagonistas en estas dos novelas. En esta ocasión serán los avatares personales de Gordiano los que le impulsen a viajar y a perder su añorada tranquilidad en Roma, aprovechando Saylor para ello involucrarle en su debido momento con los personajes históricos pertinentes dentro de los paisajes bélicos adecuados para tal fin.

Precisamente, habíamos cerrado el capítulo dedicado a Personajes históricos con un apéndice dedicado a las labores de Marte, esas batallas que emergen de vez en cuando en la obra de nuestros novelistas. En las conclusiones a tal capítulo ya

expresamos que sólo para Saylor los escenarios bélicos y el mundo militar tienen una importancia destacada. Una tímida mención en Borrell a Noviodunum en su primera novela y las referencias a Espartaco o a las conquistas de Pompeyo en oriente son todo lo demás salvo las batallas de *Rubicón* y de *Last Seen in Massilia*, y, por supuesto, la obra maestra de todas estas obras: la debacle final de Catilina en Pistorium. Volvemos a decir que hay mucho de recreación literaria en las dos últimas novelas de Saylor partiendo de los textos cesarianos y, en cuanto a técnica militar, del *De architectura* de Vitruvio, pero las batallas en sí mismas son, más que una paráfrasis de los acontecimientos transmitidos por las fuentes, una recreación con mucha imaginación e invención por parte de Saylor.

Desde el punto de vista del rigor e invención en estas novelas, creemos que ya ha quedado demostrada la enorme habilidad de Saylor para la invención a partir del análisis de las fuentes clásicas. Desde el punto de vista bélico, la obra maestra de este autor viene de su refundición de las páginas que Salustio dedicó a la batalla final de Catilina. En la novela de Maddox, obra bastante gris de por sí, sorprende la falta de énfasis y de nervio literario que este autor norteamericano demuestra al narrar uno de los episodios más turbulentos de la historia romana. Sin embargo, Saylor interpolará diversos elementos de interés dentro de este relato, que se extiende entre las páginas 415-38, como su conversación final con Catilina en la tienda (pp. 418-21), la descripción del ejército de partidarios del conjurado (p. 417), una paráfrasis del salustiano discurso final de Catilina (pp. 423-5) y una interpolación onírica con la aparición del Minotauro cretense que aporta interesantes matices de tipo simbolista. Es en este discurso final donde Saylor crea una de sus obras maestras de la invención, ya que sabemos por Salustio que no hubo supervivientes de la batalla. Salustio no explica, como ya vimos en el capítulo correspondiente, de dónde obtuvo entonces su discurso. Gracias a la magia de la literatura y a la gran inventiva de Saylor, sabemos que Gordiano fue el transmisor del discurso desde Pistorium a Cicerón, y de éste a Salustio. El enorme ingenio de Saylor para este ardid, así como el trabajo de manipulación y refundición del texto salustiano, ya ha sido tratado con bastante desarrollo en su capítulo correspondiente, y a las páginas de ese capítulo nos remitimos.

4. Consideraciones últimas sobre rigor e invención en Saylor, Maddox y Borrell.

Antes de finalizar debemos apelar al significado exacto de las palabras *rigor e invención* para darnos cuenta de que los tres autores analizados nunca están en ninguno de los extremos. Tampoco fue nuestra intención conducirlos a ninguno de ellos, ya que, como vimos en el capítulo I de nuestra Tesis,

toda novela histórica es una mezcla de rigor e invención, aunque el rigor se quiebra cuando se incurre en anacronismos, fallos de documentación o falsedades desde el punto de vista histórico; por otra parte, la invención no se desarrolla del todo cuando el autor simplemente desarrolla literariamente una verdad histórica tradicionalmente transmitida que respeta en su integridad y a la que sólo añade situaciones o personajes que en nada modifican esta percepción bien asentada de la realidad histórica. De acuerdo con esto, el rigor procede de la investigación documental histórica, de los acontecimientos y personajes reales, mientras que todo lo demás (incluso la propia manipulación de esos acontecimientos y personajes históricos) incurriría, por la propia naturaleza de la novela, en la invención. El DRAE en su vigésima segunda edición (Madrid, 2001) nos informa de que *Rigor* (del latín *rigor, oris*) significa en su primera acepción “Excesiva y escrupulosa severidad”; en su acepción quinta, “propiedad y precisión”; el resto de las acepciones en nada nos incumben. En cuanto a *Invención* (del latín *inventio, onis*), todas sus acepciones tienen que ver con el objetivo que buscamos en estas últimas páginas: “1. Acción y efecto de inventar; 2. Cosa inventada; 3. Engaño, ficción; 4. Parte de la retórica que se ocupa de cómo encontrar las ideas y los argumentos necesarios para inventar un asunto”.

Al llegar aquí debemos recordar la antigua distinción de Aristóteles, ya mencionada en el capítulo 1 de nuestra Tesis, acerca de lo que realmente ha ocurrido y lo que pertenece al reino de la posibilidad, diferenciación que el filósofo planteó claramente en su *Poética* 1451a.36: los acontecimientos históricamente ciertos (τὰ γινόμενα) frente a los acontecimientos que de manera verosímil pudieron haber ocurrido (οἷα ἂν γένοιτο). Esta distinción gozó de una impresionante cultivo en la antigüedad, y en la *Retórica a Herenio* leemos claramente cuáles son las distintas clases de *narratio* en I, 8:

Eius narrationis duo sunt genera: unum quod in negotiis, alterum quod in personis positum est. Id, quod in negotiorum expositione positum est, tres habet partes : fabulam, historiam, argumentum. Fabula est, quae neque veras neque veri similes continet res, ut eae sunt, quae tragoedis traditae sunt. Historia est gesta res, sed ab aetatis nostrae memoria remota. Argumentum est ficta res, quae tamen fieri potuit, velut argumenta comoediarum.

Es decir, que se distingue claramente entre *fabula*, *historia* y *argumentum* como tres distintas categorías de *narratio*. En este sentido se confirma también Cicerón en *De inventione* I, xix, 27:

Eius partes sunt duae, quarum altera in negotiis, altera in personis maxime versatur. Ea, quae in negotiorum expositione posita est, tres habet partes: fabulam, historiam, argumentum. Fabula est, in qua nec verae nec veri similes res continentur, cuiusmodi est: 'Angues ingentes alites, iuncti iugo...' Historia est gesta res, ab aetatis nostrae memoria remota; quod genus: 'Appius indixit Carthaginensibus bellum'. Argumentum est ficta res,

quae tamen fieri potuit. Huiusmodi apud Terentium: 'Nam is postquam excessit ex ephebis, [Sosia]'.
[Sosia]'

En idéntico sentido se manifiestan Marciano Capela en 193, 11 e Isidoro en sus *Etimologías* I, 44-5. Es decir, que por un lado hallamos la *fabula*, consistente en el mito o leyenda que nunca pudo ocurrir; la *historia*, que ocurrió como se nos cuenta, y por último, y aquí entramos en el campo de la invención de nuestros novelistas, el *argumentum*, algo que no ocurrió pero que por su verosimilitud bien pudo haber ocurrido. En el campo del *argumentum* es donde debemos ubicar a nuestros autores, puesto que a pesar de que manipulan acontecimientos y personajes históricos, sin embargo la presentación del hecho histórico mezclado con *argumentum* conceden a su obra una naturaleza híbrida. Y dentro del *argumentum*, ya lo veremos enseguida, no son iguales nuestros tres novelistas.

Obviamente, nuestros autores buscan, de acuerdo con la acepción de la palabra *rigor* una excesiva y escrupulosa severidad histórica en cuanto a la ambientación y los detalles, o, si se quiere evitar ser exagerados, esa propiedad y precisión que precisa el DRAE y que está más de acuerdo con los efectos y objetivos de toda obra literaria, donde lo que cuenta no es la verdad en sentido estricto, sino la verosimilitud. Dentro de este campo, rigurosas son las investigaciones de Saylor y de Maddox en torno a la época y riguroso (propio y preciso) su desarrollo de personajes en aquel entorno de acuerdo con las convenciones de la novela moderna. A este respecto, sólo de vez en cuando se producen anacronismos (el brillo del mármol del Foro romano en Maddox, mucho antes de que Augusto lo encontrase de madera para dejarlo de mármol) o despistes atribuibles a la propia traducción (las "tres" *catilinarias*, también en la misma novela de Maddox). La documentación histórica, pues, se atiene al rigor porque no incurre en el anacronismo pertinaz ni en el disparate. Abordemos ahora algunos puntos para precisar qué clase de invenciones se dan cuando hablamos de la invención en estas novelas.

4. 1. Revisionismo y tradicionalismo.

Creemos que este tema ha quedado suficientemente claro, pues constituye la diferencia medular entre Maddox y Saylor: ambos se atienen al rigor de las fuentes clásicas; ahora bien, dentro del campo de la invención, Maddox es más riguroso y fiel a las fuentes clásicas (lectura tradicionalista, *historia*) mientras que Saylor, tras basarse en las mismas fuentes, incurre con mayor frecuencia en una interpretación inventada (*argumentum*).

Mientras que Maddox es tradicionalista y sigue a Cicerón, Salustio y Plutarco creyendo a pies juntillas cuanto afirman, Saylor los estudia concienzudamente e incurre en el *argumentum* al plantear variantes inventadas y sugestivas de un pro-

blema histórico (la culpabilidad de Roscio en *Sangre romana* o la “verdadera” autoría del asesinato de Clodio). Maddox sólo se adscribe a esta sugestiva fantasía en *The Sacrilege*, donde a nuestro entender consigue su mejor obra al intentar, por medio de la imaginación y las licencias que puede permitirse el novelista, hacer un poco de luz sobre un misterio de la antigüedad. De esta manera, el tradicionalismo de Maddox se atiene al rigor, mientras que las variantes de Saylor pertenecen al campo de la especulación y la invención del *argumentum*. Como bien recuerda el DRAE, la invención (*inventio*) es también la parte de la retórica que se ocupa de cómo encontrar las ideas y los argumentos necesarios para inventar un asunto. Es aquí donde vamos a reproducir la introducción de Helena Beristáin a la definición que proporciona en su valiosísima obra³ de *Inventio* o invención:

En la tradición grecolatina, primera de las partes de la *retórica*, que corresponde a la primera fase preparatoria del *discurso* oratorio: la concepción de su *contenido*, que abarca la selección de los *argumentos* y las ideas sobre las que después habrá de implantarse un orden considerado por otra de las partes de la retórica: la *dispositio* (disposición). Los argumentos y las ideas funcionan como instrumentos intelectuales (que convencen) o como instrumentos afectivos (que conmueven) para lograr la *persuasión* mediante un alto grado de credibilidad. La *inventio* no pertenece pues a la creación sino a la preparación del proceso discursivo, pues consiste en localizar en los compartimentos de la *memoria* (*loci*) los *temas*, asuntos, pensamientos, nociones generales allí clasificados y almacenados mediante constantes ejercicios. (...)

La materia de la *inventio* es lo que hoy llamamos contenido. En la *inventio* se procuran orientaciones acerca de cómo buscar las ideas generales que se han de esgrimir como argumentos y que, una vez hallados, la *dispositio* (segunda fase preparatoria del discurso) ha de organizar distribuyéndolos en compartimentos estructurales (*exordio*, *narración*, *argumentación*, *refutación* y *epílogo*).

En general, se ha considerado que la invención consta de tres elementos (pruebas, costumbres y pasiones) que apuntan a la persuasión porque constituyen un llamado a la razón, a tener confianza en el orador y a abandonarse a la emoción vehemente.

Saylor se ocupa escrupulosamente de analizar las fuentes, meditarlas, encontrar sus puntos oscuros y ordenar las ideas y argumentos necesarios para plantear su *argumentum*. Obviamente, aquí Saylor se topa con el problema de todo novelista que es de la verosimilitud (la persuasión a la que se refiere Beristáin, o el poder de persuasión, como gusta de llamarlo el novelista Mario Vargas Llosa), pero consigue resolverlo con gran habilidad al estudiar con mucho cuidado las fuentes clásicas (exactamente las mismas que sigue Maddox) y al partir de sus puntos oscuros concederles un giro nuevo e imprevisto en muchas de sus novelas. Desde este punto de vista, ya lo hemos dicho, Saylor sería el mago de la invención o *argumentum*, ya que

³ Helena Beristáin, s.v. *Inventio*, en *Diccionario de retórica y poética*. México, 2001. Editorial Porrúa.

es en las mismas fuentes clásicas donde Saylor halla los argumentos e ideas para la *inventio* a desarrollar. Saylor recurre al *argumentum* en *Sangre romana*, *El enigma de Catilina*, *La suerte de Venus*, *Un asesinato en la vía Apia* y *Rubicón*, mientras que en *El brazo de la justicia* y *Last Seen in Massilia* recurre sólo a una invención menor consistente en crear una historia que transcurre con el telón de fondo de los hechos y personajes históricos sin que éstos se vean afectados, reinterpretados y, por tanto, redefinidos. Esto es más común en Maddox, con la lógica y ya mencionada excepción de *The Sacrilege*, donde este autor sí recurre a la invención mayor o histórica. En el resto de sus novelas, su invención no altera el curso de los acontecimientos o su interpretación, y por tanto lo es de menor intensidad: por ejemplo, su versión de la conjuración de Catilina no se ve afectada por el hecho de que Decio se introduzca como espía entre entre los conjurados, ni afecta en nada que lo haga a petición de Cicerón, quien, como ya hemos comentado, tenía ojos por todas partes.

4. 2. Rigor e invención en la figura del exquiriente.

He aquí donde el rigor se convierte en festín de la invención, y nuestros novelistas aprietan las tuercas de la verosimilitud para conseguir que en una sociedad preindustrial donde las ciudades grandes eran relativamente pequeñas surjan los modernos detectives. Ya lo hemos explicado en las página 137-138 de esta misma Tesis:

El concepto de un cuerpo de policía no tiene más remedio que nacer con el paulatino engrandecimiento de las ciudades durante el siglo XIX, a las que llegan multitudes para trabajar en las grandes fábricas que caracterizan la revolución industrial. También entonces nacerá, para suplir las deficiencias de los cuerpos policiales, la figura del detective privado, bien trabajando por cuenta propia o bajo sueldo en una agencia como la legendaria Pinkerton para la que prestó sus servicios Dashiell Hammett. En un mundo sin esclavitud *de facto*, donde teóricamente todos los seres son iguales ante la ley, el asesinato de cualquiera no debe quedar impune, y el trabajo de la policía se multiplica. En el mundo antiguo las cosas eran radicalmente distintas, y no sólo existía la esclavitud y la mujer carecía de casi todo derecho, sino que las diferencias sociales estaban tan agudizadas que, efectivamente, la vida de muchos no valía nada.

Una prueba magistral la tenemos en la versión que del asesinato de Publio Clodio nos proporciona Saylor en su novela, y este ejemplo es el perfecto para ejemplificar el absurdo y la necesidad de escribir esta clase de novelas. Plutarco nos dice tajantemente en *Cic. XXXV* que nadie tenía la más mínima duda sobre la autoría del asesinato de Clodio: Milón. Aquellas ciudades, como todas, eran un avispero de pequeños y grandes seres: cuando moría un pequeño, no importaba socialmente; cuando moría un protagonista de la historia, todos sabían qué mano podría haber

empuñado el arma ejecutora. No hacían falta los detectives porque, en el primer caso, la vida humana era teóricamente insignificante y su muerte no exigía una investigación; en el segundo, se trataba de un secreto a voces. Pero si partimos de este planteamiento, ¿qué necesidad tendrían estos autores de escribir novelas policiacas sobre esos acontecimientos? Y sobre todo, ¿qué necesidad tendríamos de leerlas? Sin embargo, ya hemos comentado que Saylor es el rey de la *inventio* cimentada en un perfecto conocimiento de las fuentes y de la literatura relacionada. Maddox se ciñe más a la oficialidad de las fuentes, y sólo en el caso de su espléndida *The Sacrilege* recurre al *argumentum*, a la historia-ficción, para dar un giro inesperado (y en este caso, plausible) de los acontecimientos históricos. El asesinato de Clodio, tal como nos lo plantea Saylor, es claramente invención, pero pudo haber sido posible y su verosimilitud es elevada en virtud del poder de persuasión de este autor. Así, Clodio moriría oficialmente por las consecuencias de sus actividades políticas, pero Saylor quiere practicar el revisionismo y lo conduce a la altura de un héroe casi mitológico que muere por culpa de una *hybris* que vengará su Némesis particular.

Pero sabemos que había informantes (*delatores*), y sabemos, como hemos consignado ya en su lugar, que Cicerón tenía espías por todas partes que averiguaban cuanto él necesitaba para sus múltiples actividades jurídicas o políticas. Pero eran personajes de oscura e indefinible personalidad, que se movían en las sombras de la Roma de su tiempo y hoy lo hacen en las sombras de su Historia para que nuestros autores les recuerden y sueñen con que, quizá, no necesariamente pudo ser de aquella manera, sino de otra que ellos nos proponen. Y luego aprovechan también (aunque mínimamente, pues sólo Maddox presenta a Decio como triunviro) el aspecto oficial de la ley y el orden representado por el cuerpo de vigiles y por los triunviros, vigiles que sin embargo no tenían labores preventivas ni investigativas, por lo que su alcance era muy reducido y sólo se mantenían al pendiente de extinguir los incendios y, anecdóticamente, de intervenir para frenar alguna reyerta callejera. Su desarrollo, ya lo hemos comentado suficientemente, vendría con Augusto.

Vigiles, tresviros capitales y *delatores* son la justificación antigua (rigor) para justificar desde el punto de vista de la verosimilitud (*argumentum* plausible, que no es verdad pero podría haberlo sido) este género de la novela policiaca de antigüedades. Ya hemos consignado en las Conclusiones al capítulo correspondiente que es la primera novela de Maddox, *El misterio del amuleto*, la que se ciñe con mayor rigor histórico a la realidad comprobable, al mostrar a Decio como *tresvir capital* perteneciente al vigintisexvirato. Mientras que Borrell es un novelista jugueteón que bromea con sus personajes y con sus lectores como compañero de viaje que continuamente lanza punzadas jocosas, Saylor crea a un Sabueso cuyo mayor anacronismo desde todos los puntos de vista de la realidad histórica es el de tener un razonamiento holmesiano tan fino y puro. Al amparo de las tinieblas de la historia, nuestros

autores alumbran con sus fogatas donde más les conviene hacer visibles sus intenciones, que tienen mucho que ver con la necesidad de creer que la naturaleza humana (y sus necesidades) no han variado sustancialmente en el curso de los siglos de la historia, desde Gordiano y Decio hasta el comisario Salbo Montalbano o el inspector Kurt Wallander.

4. 3. Retórica clásica y novela policiaca. ¿Rigor o invención?

Todo discurso forense y toda novela tienen un objetivo común: la persuasión del receptor del mensaje, sea éste un oyente o un lector. A lo largo de las novelas de Saylor hemos visto cómo Cicerón preparaba con especial tesón y afán sus discursos y luego los veíamos recreados en las páginas de las novelas. Al principio con la timidez del recién llegado en *Sangre romana*, más tarde embobado de su gloria en *La suerte de Venus*, y por fin, vanidoso y engreído por su virtuosismo en *Un asesinato en la vía Apia*, mientras prepara un brillante discurso a favor de Milón que, a pesar de todo, constituiría un sonoro fracaso en su carrera sembrada de gloria.

La etimología de la palabra invención y su conocimiento de la *inventio* oratoria nos ha conducido a considerar a Saylor un virtuoso de la *inventio* con vistas a lograr la persuasión de los lectores al proporcionarles un *argumentum* original y subyugante. ¿Acaso es ésta la única coincidencia estructural entre la novela policiaca y la oratoria clásica? Un análisis detenido arroja curiosos e interesantes paralelismos⁴. La aplicación de un paralelismo entre los cinco pasos para la preparación del discurso y la búsqueda de la persuasión por parte del novelista histórico es ciertamente limitada, pero aunque parcial, es posible. De acuerdo con Cicerón, estas partes son:

1. *Inventio*: recopilación de materia o argumentos para el juicio.
2. *Dispositio*: distribución de esos argumentos.
3. *Elocutio*: la adaptación de la *inventio* a palabras y oraciones.
4. *Memoria*: retención en la mente de los tres puntos anteriores.
5. *Pronunciatio*: regulación de la voz, el semblante y el gesto.

Si quisiéramos analizar la adaptación que Saylor lleva a cabo de los discursos

⁴ Para este análisis nos hemos basado principalmente en la *Retórica* de Aristóteles y en el *De inventione* de Cicerón, pero también hemos analizado las siguientes obras: de James J. Murphy, *Sinopsis histórica de la retórica clásica*. Madrid, 1989 (Biblioteca Universitaria Gredos, 22) y Bulmaro Reyes Coria, *Límites de la retórica clásica*. Universidad Nacional Autónoma de México, 1995 (Serie Didáctica 16).

Los ciceronianos tendríamos que ver cómo el novelista adapta también estos cinco pasos de la preparación del discurso. Esto podría ser válido para *Sangre romana*, *La suerte de Venus* y *Un crimen en la Vía Apia*. En estas novelas Gordiano investiga (es decir, que recaba los constituyentes de la *inventio*) los casos de Sexto Roscio, Milón y el asesinato de Publio Clodio. El caso de *El enigma de Catilina* es distinto, pero también podría entrar en esa categoría, aunque Gordiano no investiga en esa ocasión para Cicerón, sino que acoge en su casa a Catilina. De las siete novelas de Saylor estudiadas en nuestra Tesis quedarían fuera de este paralelismo la segunda, *El brazo de la justicia*, donde Cicerón no aparece ni existe juicio criminal, así como *Rubicón* y *Last Seen in Massilia* por idénticas razones.

En cuanto a John Maddox Roberts, solamente podría analizarse este aspecto en *La conspiración de Catilina*, puesto que en esta novela es Decio quien realiza una importante labor de investigación para Cicerón, y por tanto, a él corresponde la *inventio* o disposición de pruebas y elementos que luego serían usados por Cicerón en sus discursos. Este paralelismo no sería posible con las novelas de Joaquín Borrell (Cicerón no interviene en ellas, ni hay juicios).

Dentro de estas cinco partes de la retórica discursiva conviene destacar la importancia de Gordiano para lo que más tarde será la *inventio* ciceroniana, lo que a su vez se convierte en otro brillante *argumentum* de Saylor, como es tan frecuente en él. Se podría estudiar el tema de la *inventio* ciceroniana y Gordiano el Sabueso, así como la manipulación de la *pronunciatio* por parte de Saylor, mientras que las otras tres partes (*dispositio*, *elocutio* y *memoria*) pertenecen más bien al estudio de los discursos ciceronianos que al estudio de estas novelas. Quizá otra veta de estudio (que correspondería al análisis de la trama argumental) sería la aproximación a cómo Saylor parte de la *dispositio* que llevó a cabo el propio Cicerón para consolidar sus discursos con objeto de recrear aquellos antiguos crímenes y convertirlos en literatura contemporánea. Como vemos, la labor de investigación y reflexión de Saylor para escribir sus novelas es más meticulosa de lo que podría parecer.

Una novela es también un discurso, y la histórica pretende persuadir con su propia verdad. Por tanto, desde este punto de vista podríamos también llevar a cabo una traducción de los pasos para la preparación del discurso y los pasos para la preparación del discurso novelístico:

1. *Inventio*: recopilación de los materiales y argumentos para la novela. Revisión de fuentes clásicas en versión original o traducción (Saylor no lee latín, al contrario que David Wishart, por ejemplo). Lectura de bibliografía adicional o secundaria sobre los personajes y la época.

2. *Dispositio*: distribución de esos argumentos que el novelista ha elegido para dar fuerza a su obra, elección de puntos oscuros de la transmisión de la historia y su iluminación por medio de *argumenta* que consoliden con persuasión y verosi-

militud la tesis final del autor, la nueva o tradicional versión que pretende hacernos llegar del acontecimiento histórico de la antigüedad.

3. *Elocutio*: la adaptación de la *inventio* a palabras y oraciones se convertiría en la estructura definitiva que tendrá la novela de principio a fin con todas sus partes bien diferenciadas, las grandes partes de la misma con todos sus capítulos, tarea para la cual es importante el siguiente punto.

4. *Memoria*: retención en la mente de *inventio*, *dispositio* y *elocutio*. A pesar de que hay novelistas que presumen de sentarse a escribir sin saber qué van a producir ni cuál va a ser el producto final, lo cierto es que son los más quienes parten de un guión preestablecido o bien de un borrador de la sinopsis de la obra (como las que nosotros hemos elaborado en proceso inverso). En el caso de un novelista histórico creemos que este borrador, *draft* o *memoria* es más esencial todavía, ya que el novelista sabe qué va a contar y a dónde piensa llegar, puesto que parte de un acontecimiento real que transcurre en el pasado.

5. *Pronunciatio*: la regulación de la voz, el semblante y el gesto forman parte de la actuación que el orador lleva a cabo en la tribuna, pero desde el punto de vista de una novela conforman el estilo, el tono, el punto de vista narrativo y las diversas técnicas literarias que los buenos escritores saben usar con objeto de arrastrarnos en sus tramas y conseguir la verosimilitud y, por tanto, la persuasión final de todo discurso narrativo.

Quizá lo anterior no sean más que generalidades. Quizá tal traslación no sea posible, y todo esto no son más que espejismos. A pesar de todo, creemos ver también (y con mayor fuerza que en los pasos de la preparación del discurso) que toda novela policiaca, ya sea histórica o no, (incluso la más libérrima, sea novela negra o novela enigma) tiene una estructura que se corresponde con la de las partes del discurso en la oratoria clásica (de acuerdo con la división que se hace en *De inventione*, de Cicerón. Encontramos las siguientes equivalencias interesantes que, aparentemente, nadie ha destacado al abordar la naturaleza del relato policiaco. De acuerdo con Cicerón en *De inventione* (I, 14-56) estas partes del discurso son las siguientes:

1. Exordio: Donde el orador intenta conseguir la buena disposición de los oyentes. En la novela policiaca su objetivo sería la captación de atención o simpatía de los lectores por medio de la presentación de un detective interesante, bien sea por su humanidad y afinidad con el lector (los policías del Distrito 87 de las novelas de Ed McBain o la forense Kay Scarpetta, de Patricia D. Cornwell) o por su excentricidad y distanciamiento del lector (muchas veces el lector simpatiza con personajes excéntricos con quienes no guarda afinidad: el Auguste Dupin, de Poe, o el obeso Nero Wolfe, de Rex Stout). En la obra de los novelistas que nos ocupan, nuestros autores rehuyen la excentricidad y ahondan en el aspecto humano de sus criaturas para que el lector de las obras se identifique con ellos: Gordiano y su familia nos

seducen por su humanidad, por ser la expresión romana clásica de la moderna familia de clase media. También Diomedes y Decio nos conquistan con su simpatía y su campechana visión de la vida.

2. Narración: exposición en la primera parte del juicio de los hechos ocurridos desde el punto de vista más objetivo posible. En la novela policiaca, alguien aparece muerto en determinadas circunstancias y determinados individuos son sospechosos. La narración sería el caso que debe ser investigado, para lo cual es necesario un detective, exquiriente, metomentodo o *sabueso*.

3. Partición: En la primera parte, el orador explica en qué se encuentra de acuerdo con sus oponentes y lo que queda por discutir; en la segunda, se da una visión anticipada de lo que queda de su argumentación. En la novela policiaca sería la acumulación de pistas, coartadas y pruebas que eximen a unos y van haciendo sospechosos a otros. En la partición policiaca, el detective se mueve por diversos ambientes recabando información, efectuando la *inventio* que luego permitirá hacer una confrontación de datos que poner en orden para llegar a un buen fin por medio del análisis deductivo. Es natural en la novela policiaca (y por supuesto, también en la policiaca histórica) que a mitad del camino se haga un resumen de los acontecimientos transcurridos y de las averiguaciones conseguidas hasta ese punto. También es normal revisar los cabos sueltos y cerciorarse de qué falta por averiguar y probar.

4. Confirmación: se ordenan los argumentos para dar fuerza, autoridad y respaldo al caso. En la novela policiaca, el equivalente sería la ordenación de esos datos para deducir la culpabilidad final de alguien y, por añadidura, la confirmación de semejante culpabilidad.

5. Refutación: se usan los argumentos para desaprobar o debilitar la confirmación o prueba expuesta en el discurso del adversario. En la novela policiaca el equivalente sería la demostración de inocencia de los sospechosos correspondientes para centrarse sólo en la demostración de la culpabilidad del asesino. En caso de que otros personajes o contrincantes tengan sus propios sospechosos y teorías, el protagonista les saca de su error por medio de la refutación. Esto es, por ejemplo, muy común en las novelas policiacas en que el detective protagonista es más listo que los policías que llevan el caso y quienes, por despiste, ineficiencia o corrupción, no son capaces de resolver el misterio. Se trata de uno de los paradigmas de la novela negra primitiva.

6. Peroración: tiene tres partes, que son a) resumen de lo que se ha discutido en todo el discurso; b) provocación de animosidad hacia el adversario; c) provocación de la simpatía hacia el propio cliente.

En la novela policiaca los equivalentes podrían ser a) exposición pública de la reconstrucción del crimen a partir de todas las pruebas recabadas y su análisis; b)

castigo para el criminal o criminales, aunque en la moderna novela negra el criminal muchas veces es desenmascarado pero no castigado; c) satisfacción personal y/o social por la resolución del caso y consideraciones generales acerca del mismo.

No sabemos si estos paralelismos resultan serios o no, pero lo cierto es que parece existir una correspondencia de categorías, o al menos nosotros lo vemos así. En casi todas las novelas policiacas o novelas negras se encuentran estos elementos, aunque varían en intensidad y repercusión dentro de la obra. También se encuentran en los relatos del padre fundador del cuento policiaco, Edgar Allan Poe. Esto nos lleva a pensar cuáles fueron los antecedentes que tenía Edgar Allan Poe, quien como vemos adoptó una fórmula de proceso deductivo y estructura racional tan cercana a esta partición del discurso antiguo. Como sabemos, Arthur Conan Doyle explotaría posteriormente, y con mucho rendimiento, esta técnica de proceso deductivo y este tipo de estructura narrativa. Ya hemos dicho en otra parte que el relato policiaco, sea histórico o no, es sobre todo una estructura. También nuestros novelistas, epígonos de Poe, Conan Doyle y Chandler se ciñen a ella.

4. 4. Norteamericanos de la antigüedad y norteamericanos de hoy.

La idea de Roma como transunto del Estados Unidos contemporáneo se halla en ambos autores con distinta intención. Para ellos, han existido dos grandes imperios en la historia que han ejercido una notable influencia sobre su entorno histórico y la posteridad, y esos dos imperios han sido Roma y Estados Unidos. Así pues, si bien eran dos imperios distintos y en dos periodos diferentes de la humanidad, ambos deben tener muchos elementos en común, y el más llamativo es el de la predestinación: así como los dioses quisieron que Roma fuese *caput mundi*, también Dios vela por los intereses de Estados Unidos y de sus aliados (*In God we trust, E pluribus unum*, aseguran los dólares). La analogía entre ambos imperios no pretende ser científica, pero sí es sutil y constante cuando comparamos el tratamiento de Saylor y de Maddox en cuanto a los mismos episodios históricos y personajes. Otra diferencia entre los dos escritores radica en que Saylor recurre a la recreación de los años finales de la República con objeto de hacer un ejercicio de interpretación de la realidad política norteamericana de su tiempo al confrontar sus puntos comunes con los de la época de Cicerón y César. Mientras que Saylor tiene una visión muy crítica de la clase política y dirigente, Maddox realiza en *SPQR* una americanización del mundo romano. Además, existe en Saylor una comprensión mayor y menos sencilla de aquellos tiempos y de aquellos personajes. Mientras que en Maddox los personajes a veces son reducidos a arquetipos hasta el punto de no parecer personajes históricos reales —la pérfida Clodia y su camorrista hermano; el enloqueci-

do y ambicioso Catilina; los extravagantes egipcios y los decadentes y amanerados griegos, etc—, en Saylor siempre existe el beneficio de la duda y la cortesía de la compasión, y es por ello que muestra una actitud revisionista. Para Saylor no hay buenos y malos, sólo una enfermiza condición humana que degrada a las personas cuando ante sus ojos pasa el velo de la codicia o del poder. Pero aún así, Saylor intenta antes que nada comprender a aquellos romanos que, mejores o peores, tuvieron en sus manos las riendas de la humanidad. Mientras que Maddox parece manipular la historia de Roma para querer crear, muy a fuerzas, un paralelismo entre Roma y Estados Unidos desde la visión muy parcial de lo imperial, Saylor hace una reflexión contemporánea sobre el miedo que se le debe tener al poder mal ejercido por los gobernantes. Saylor intenta una reflexión sobre los peligros del poder, y Maddox producir una analogía entre la grandeza de Roma y la de América. En ambos casos para clarificar ante un lector norteamericano moderno, puesto que la analogía es didáctica y sólo se aprecia entre líneas: llevemos a la vieja Roma nuestra forma de hablar y de pensar, nuestro pragmatismo, nuestra fe en Dios, modifiquemos un poco el comportamiento cotidiano de los viejos personajes de la antigüedad, y hasta cierto punto, veremos resurgir en el espejo de la historia nuestra propia gloria, pero también nuestra debilidad. Desde el punto de vista del rigor, la idea sólo es válida en que las emociones, deseos y sentimientos humanos no han variado mucho entre la vieja República de Roma y el mundo contemporáneo, y son éstos precisamente quienes mueven a los personajes que mueven la historia. Es claramente una analogía inventada, ya lo hemos dicho, con finalidad didáctica: los lectores pueden entrar en la carne de los antiguos sintiéndolos en carne propia. Desde este punto de vista, los griegos que aparecen en Maddox (bien sea Asclepiódes, bien sea por alusión) vendrían a tener en Maddox la misma función que los franceses de la “vieja Europa” de la que tanto se quejaba Donald Rumsfeld durante el reciente conflicto de Irak. Resulta gracioso que los comentarios contra los griegos que tanto ejercieron los romanos en sus obras literarias sean trasplantados al pensamiento de Decio el Joven como si se tratasen de las habituales bromas que los modernos norteamericanos gastan de los ingleses, franceses y otros representantes de la “vieja Europa”, que no resisten a aceptar la idea de que ahora el gran imperio está en otra parte; que quizá los norteamericanos no tienen la gran cultura milenaria de Europa, pero han asimilado sus logros, han acogido a los europeos en su seno y ahora gobiernan también con cuanto de Europa aprendieron. En este contexto, las habituales ironías que Asclepiódes dedica a los romanos parecen las de un inglés o un francés contemporáneo que no asimila del todo cuanto de distinto entraña el modelo norteamericano de civilización occidental, que es definitivamente el imperante. En este sentido, también el griego Diomedes de Borrell va a mirar el mundo romano con un contrapunto irónico que favorece las intenciones de comedia del autor valenciano, y tanto Diomedes como Baiasca resultan el contra-

punto cultural a la cultura predominante. Al hacer esto, tanto Borrell como Maddox nos guían un ojo, una vez más, para que establezcamos una analogía didáctica entre los antiguos griegos y romanos y los modernos norteamericanos y europeos. En este marco, los bárbaros y egipcios de quienes con tanto desdén se expresa Decio el Joven en las novelas vienen a hacer un papel más extremo de este mismo punto de vista ante civilizaciones con las que Roma no puede identificarse de ningún modo: razas incivilizadas en que dominan reyes brutales e ignorantes que carecen de acueductos, cloacas y sistema vial. Esta idea del choque de civilizaciones, este temor a que vengan los bárbaros, es tan romano como norteamericano. El reciente y polémico libro *Choque de civilizaciones* de Huntington, donde este autor de Harvard expone su miedo a la progresiva migración mexicana en Estados Unidos, no deja lugar para la duda sobre quiénes son para ellos los nuevos bárbaros, y cómo recrean en sus modernas novelas policiacas de temática romana clásica un mismo reflejo del temor hacia el exótico y posiblemente no buen salvaje.

4. 5. Rigor e invención en el aprovechamiento del marco temporal.

Ya hemos incidido en la idea de que Saylor tiene la pretensión de crear un fresco histórico, pero no así Maddox. Ambos autores no aprovechan de la misma forma la historia de Roma, ya que sólo dos novelas de las cinco de Maddox (*La conspiración de Catilina* y *The Sacrilege*) deben su existencia a un acontecimiento histórico muy concreto. En el resto de los casos, Decio el Joven se mueve en un gigantesco decorado de época por el que se cruza con grandes personajes de su historia, pero sus aventuras no siempre atañen ni al periodo ni a sus protagonistas. Por el contrario, en Saylor tenemos un autor instalado en el periodo histórico con todas sus consecuencias, y sólo dos de sus novelas (*El brazo de la justicia* y *Last Seen in Massilia*) muestran cierta independencia con respecto a los conflictos de su tiempo, a los cuales no afecta la trama de intriga principal. La saga de Saylor tendrá un final pronto, mientras que la saga de Maddox avanza a ritmo más lento y no parece tener esa estructura preestablecida de fresco histórico.

Desde este punto de vista del aprovechamiento del marco temporal, Maddox recurre más a la invención de aventuras que no están íntimamente relacionadas con los acontecimientos históricos, mientras que Saylor se muestra más riguroso con el aprovechamiento de los mismos. Así pues, tendríamos que Maddox inventa menos la Historia, y Saylor la inventa más recurriendo a sucesivos *argumenta* que expone en sus obras y que dan nuevos e insólitos giros a la verdad oficial. Por su aliento de fresco histórico, la saga *Roma sub rosa* se atiene más al rigor con respecto al marco temporal, ya que de él se nutre eminentemente por medio de aprovechar su drama-

tismo y por la recurrencia al *argumentum*, mientras que Maddox es más proclive a la invención con vistas a dilatar más la saga *SPQR* en el tiempo.

Desde el punto de vista del rigor e invención de aprovechamiento del marco histórico por Joaquín Borrell, creemos que a pesar de la aparición de personajes como César o Cleopatra en *La esclava de azul*, Borrell mueve a sus personajes por una Roma intemporal de comedia que no se ve afectada por un momento concreto de su historia, y donde todos se toman a broma unos a otros.

4. 6. Rigor e invención de los decorados y utilería.

Los autores se acogen a los datos obtenidos no sólo a partir de las fuentes, sino también de textos divulgativos modernos, y es Saylor quien suele revelar muchas de sus fuentes en la Nota del Autor que aparece al final de sus novelas. No creemos necesario citar todos los textos sobre los que Saylor asegura haberse documentado para sus obras, pero lo haremos al menos con dos novelas de la serie, sólo para consignar aquí el trabajo de investigación efectuado por el novelista de Austin. Proporcionamos estos datos tal como aparecen en la Nota del Autor de las ediciones españolas de las dos novelas.

Para *La suerte de Venus* encontramos la referencia a Quintiliano, en su *Obra*, acerca de Marco Celio. T.P. Wiseman, *Catullus and his world: A Reappraisal*. Cambridge University Press, 1985. Tenney Frank, *Catullus and Horace*. Henry Holt and Company. 1928. Charles Martin, *Catullus*. Yale University Press, 1992. Cicerón, *En defensa de Marco Celio*, en *Selected Political Speeches*, en traducción de Michael Grant. Penguin, 1969, y *Back from exile: Six Speeches Upon His Return*. Editor D.R. Shackelton Bailey. American Philological Association, 1991. Para las rencillas entre Cicerón y César, *Cartas a Ático* y Comentario al texto latino por R.G. Austin. Oxford, 1933. Maarten J. Vermaseren, *Cybele and Attis: The Myth and the Cult*. London, 1977. Thames and Hudson. Para la documentación sobre el drama de Apio Claudio y la infortunada Virginia remite a Tito Livio, libro III. T.W. Hillard, *In triclinio Coam, in cubiculo Nolam: Lesbia and the Other Clodia*. Liverpool Classical Monthly. June 1981. Forbeg, *Manual of Classic Erotology (De figuris Veneris)*.

Para *Asesinato en la vía Apia* el catálogo de fuentes y textos modernos también es enjundioso, como no podía ser menos: el comentario de Quinto Aconio Pediano sobre los discursos de Cicerón. También *Commentaries on Five Speeches of Cicero*. Edición y traducción de Simon Squires. Bristol Classical Press and Bolchazy-Carducci Publishers, 1990. *Pro Milone*, en Michael Grant, *Selected Political Speeches* (Penguin) y edición de la LOEB con traducción de N.H. Watts, vol. 14, que incluye edición abreviada de los comentarios de Asconio. Sobre los tumultuosos sucesos del año 52: Apiano, César, Veleyo Patérculo, Plutarco, Quintiliano, Dión

Casio y Cicerón en sus cartas. *Pro Milone* en edición comentada de Albert C. Clark. Oxford and The Clarendon Press, 1895. A. W. Lintott, *Cicero and Milo*, en *The Journal of Roman Studies*, 64. 1974. Para la cronología se apoyó principalmente en James S. Reubel, *The Trial of Milo in 52 B.C: A Chronological Study*, en *Transactions of the American Philological Association*, 109 (1979). Sobre el asesinato de Clodio como desencadenante de los tumultos que acabaron con la República, cita a Michael Grant, *op.cit.* Y Claude Nicolet, *The World of the Citizen in Republican Rome*. University of California Press, 1988.

Maddox y Borrell no dan crédito de sus fuentes, pero resulta evidente, por lo que hemos visto a lo largo de nuestra Tesis, que también parten de una investigación documental.

También hay que mencionar la existencia de un turismo personal para la elaboración de este turismo histórico que resulta en esta clase de novelas. El mundo romano recreado por los novelistas también es perfectamente reconocible en Pompeya, por dar sólo un ejemplo, que nos proporciona una visión congruente de lo que debió de ser la vida cotidiana en la antigua Roma durante un periodo temporal amplio. A este respecto, también la investigación arqueológica y la reconstrucción científica de templos, foros y edificios son un caudal de información importante para poder conocer aquello que el tiempo ha borrado para siempre.

4. 7. Rigor e invención: el presente ilumina el pasado.

Nuestros novelistas no son historiadores, a pesar de que se nutren eminentemente de la historia de Roma (a pesar, también, de que Saylor sea licenciado en Historia, y a pesar, incluso, de que David Wishart sea licenciado en Clásicas). Son artistas creadores que pertenecen con orgullo y con buena fortuna a la industria del entretenimiento. Es por ello que se sirven de la historia para sus fines, y sobre todo tienen la intención de ser poco académicos y sí muy didácticos. Su importancia para la filología clásica quizá no sea pequeña, ya que, a pesar de no ser filólogos ni producir una obra científica, ellos sustentan, como también lo hacen el cine y el cómic, la obra divulgativa sobre la civilización que constituye nuestro campo de estudio. Que películas como *Gladiator*, novelas como éstas o cómics como *La metamorfosis de Lucio* (Milo Manara) o *Murena* (Dufaux y Delaby) se produzcan, editen y vendan por miles de ejemplares representa un aliciente para que sus consumidores se acerquen con mayor curiosidad e interés al mundo clásico. Esto implica que se seguirán editando más eruditos estudios sobre el mundo clásico y libros divulgativos, que se continuarán abriendo cursos de cultura clásica, que los canales culturales continuarán produciendo series documentales sobre Grecia y Roma, y en definitiva, demostrarán que los griegos y los romanos no han sido desterrados

del todo del corazón de los ciudadanos comunes. Es a esta cultura popular (novela, cómic y cine, en cuyo análisis desearíamos profundizar en el futuro más allá de la circunstancia puntual de la elaboración de esta Tesis) a la que debemos que el mundo clásico fluya naturalmente vivo entre quienes no lo han convertido en objeto de su profesión. A esta labor didáctica, donde por medio de la ficción se nos devuelve una realidad, debemos mucho estudio futuro y mucho análisis desde el punto de vista del rigor y la invención, pero también desde el más lúdico espíritu del goce estético.

Que los autores usan el presente para iluminar el pasado es un hecho insoslayable. Las referencias a gánsters ya comentadas y la visión tan moderna que Saylor tiene de Craso como un antiguo Ciudadano Kane no son las únicas influencias del cine sobre la visión que nuestros autores tienen de la antigüedad: además de la larga tradición cinematográfica del cine de romanos y el *peplum*, hallamos la referencia a la novela (y posteriormente el film) *Little Caesar*, de W.R. Burnett, que está detrás del relato *El pequeño César y los piratas*; *Casablanca* es un referente importante para esa historia de fugitivos que es *Last Seen in Massilia*; la diezma de Craso posiblemente inspiró el film *Senderos de gloria (Paths of Glory)*, que dirigió Stanley Kubrick y cuyo guión se debe al gran autor de novela negra Jim Thompson, influencia que parece ser de ida y vuelta, pues volvemos a encontrar el cinismo de los jefes militares de la película en la visión que Saylor desarrolla del pragmático y cínico Craso; la escena de aquelarre de *Saturnalia* recuerda la larga tradición cinematográfica de películas con ceremonias satánicas... Son sólo unos cuantos ejemplos al azar, pero un análisis exhaustivo daría para mucho más.

Otros muchos elementos confirman la modernidad del punto de vista narrativo de estas obras. Lo confirma la narración en primera persona (muy típica de la novela negra), la modernidad de los diálogos y descripciones, el dibujo de los personajes. Toda la familia entera de Gordiano el Sabueso (compuesta por ex esclavos e hijos adoptados) es una proyección moderna y sin complejos de lo que podría ser una moderna familia occidental. La misma familiaridad y cariño con que Gordiano trata a Bethesda cuando ésta era todavía su esclava indica el absurdo de una mentalidad esclavista que no es la de un romano de su tiempo, sino la del novelista moderno y la de nosotros mismos. La aparente homosexualidad de Metón y su aceptación por Gordiano es la de un padre moderno que, por encima de todo en un tiempo como éste donde todos los amores deberían vivirse sin tapujos, es un padre que sobre todo ama a su hijo como es. Son pinceladas de modernidad que intentan aproximarnos a estos antiguos romanos por medio sobre todo de lograr hacernos querer a sus héroes medios. El mismo Steven Saylor, que ha editado libros de temática gay que no hubiera podido editar hace cincuenta años, es un escritor moderno que imprime sobre sus creaciones una mirada de modernidad.

Lo importante, parecen querer decirnos estos narradores, es alumbrar el pasado desde el presente. Hacer ver a los lectores que donde hay tinieblas podemos encender las antorchas de la eternidad, aquellas que permiten hacer ver que aquellos antiguos también eran humanos, y que su humanidad no consistía en una humanidad *antigua*, sino en una humanidad eterna, pues es la proyección de las emociones humanas con sus causas y efectos, que a veces orientan la historia. El presente sirve, por medio de numerosas analogías, para explicar el pasado, y esta labor didáctica es también una labor de generosidad consistente, como la de tantos profesores, en enseñar al que no sabe y explicar al que no entiende.

4. 8. Rigor e invención del estilo literario.

El estilo de los diálogos y descripciones siempre es moderno y nunca arcaizante, como por otra parte parece demostrado que es de esta manera como la novela histórica moderna adquiere un sentido al proyectarse desde las luces de nuestro presente a las tinieblas del pasado. A este respecto, sólo Maddox incluye vocablos en latín de manera recurrente. El entusiasmo de una Ruth Rendell (cuando afirmaba que la novela de Saylor *La suerte de Venus* parece un libro de la época recién desenterrado) nos parece el característico comentario entusiasta anglosajón muy propio de la crítica ejercida en los suplementos literarios, que siempre hay que aceptar con reservas. Si bien su comentario es exagerado, guarda también un fondo de verdad, ya que entre el texto clásico y su divulgación en libro media por lo general la traducción. El lector habitual, incluso aquel de cultura media amplia, conoce y relee a los clásicos en traducción, una traducción que casi siempre es contemporánea. Si bien algunas editoriales (pero sólo por razones de tacañería, como la mexicana editorial Porrúa) mantienen en el fondo de sus colecciones textos clásicos en traducción decimonónica sin notas, lo normal es que las editoriales ofrezcan traducciones nuevas de los grandes best-sellers de nuestro tiempo y de todos los tiempos: los clásicos. Sabido es que los clásicos no envejecen, porque si lo hicieran, perderían su condición de clásicos. Los clásicos no son árboles de hoja caduca. Sí envejecen sus traducciones, como sabemos bien, y si es verdad que no podemos advertir modificaciones sustanciales entre un texto traducido en 1950 y el mismo texto traducido en 2000 (salvo las lógicas discrepancias entre traducciones), sí advertimos cambios de estilo considerables entre un mismo texto traducido a lo largo de los siglos. Cada siglo tiene su espíritu, y la misión del traductor es la de trasladar la perennidad de un clásico al espíritu de su tiempo.

Desde este punto de vista, es normal que un novelista contemporáneo (como Maddox, Saylor o Borrell) busque crear una novela histórica como las de nuestros autores y las desarrollen en un lenguaje contemporáneo, puesto que las traducciones

de los clásicos también lo son. Quizá el problema proceda entonces de buscar un modelo clásico que pueda ser parangonable al de nuestras novelas policíacas. Sería un ejercicio de estilo interesante plantear una de ellas tomando el modelo de la épica científica de Lucrecio, por ejemplo, o siguiendo el modelo epistolar de un Cicerón. Es verdad que nuestros novelistas no han incurrido en estos juegos de estilo y se han centrado en desarrollar el modelo novelístico al uso, lo cual es tan válido como lo contrario. Este modelo tan contemporáneo es un modelo perfectamente reconocible por el lector que permite recrear el mundo antiguo de forma documentada, fresca, emotiva, y sin causar estridencias. Es un modelo de narrativa perfectamente instalado en la tradición.

Hay un punto de conexión en cuanto a forma y fondo con un gran libro clásico que ya hemos mencionado: *El Satiricón*. La siempre gozosa lectura de esta magna obra de Petronio nos arroja el resultado de encontrar un lenguaje coloquial en el que se incrusta otro a veces más sublime, como es el caso del inglés americano en que se expresan nuestros personajes con algunos modismos y *slang* entre pasajes literariamente más elaborados; los ambientes a veces sórdidos del *Satiricón* son los que luego heredaría la novela negra, y es justo que en ellos se inspiren nuestros novelistas para sus descripciones de la Subura o de la vida nocturna en Roma; las turbias historias que a veces se nos cuentan podrían haber dado pie a numerosos relatos policíacos o de intriga, y es posible que algún día un nuevo autor nos presente un crimen en la cena de Trimalción. A veces las traducciones de Petronio respetan más la presentación de la obra original latina en sus ediciones de Oxford o Harvard, pero en otras consiguen transmitir su texto en traducción como si de una novela moderna se tratara en la presentación de los diálogos. Algunos traductores se esfuerzan por mantener el sabor de la sintaxis del latín de Petronio, mientras que otros consideran que la novela de Petronio se halla tan cerca de la moderna novela que aligeran sus traducciones de esos determinados rasgos de estilo. Muchas de las versiones del clásico de Petronio son casi tan contemporáneas como algunas de estas novelas policíacas, por lo que es en el *Satiricón* donde creemos hallar el referente clásico último del estilo general de estos relatos y su fuente de inspiración, pero siempre filtrado a través del conocimiento de la novela total del siglo XIX y de las aportaciones narrativas del siglo XX. Como ya dijimos en la primera página de esta Tesis, y recordamos en ésta última, Lucrecio lo sabía perfectamente cuando expresó: *De nihilo quoniam fieri nihil posse videmus*.

Nada nace de la nada.

BIBLIOGRAFÍA

I. Novelas estudiadas y referencia abreviada de las mismas.

- Joaquín BORRELL, *La esclava de azul*. Barcelona, 1989. Círculo de Lectores. [JB Azul].
- , *La lágrima de Atenea*. Barcelona, 1993. Círculo de Lectores. [JB At].
- John MADDUX ROBERTS, *El misterio del amuleto*. SPQR. Traducción de Aurora Echevarría. Barcelona, 1997. Plaza y Janés. [JMR Mist].
- , *La conspiración de Catilina*. SPQR II. Traducción de Carmen Camps. Barcelona, 2000. Plaza y Janés. [JMR Con].
- , *The Sacrilege*. SPQR III. New York, 1999 [1st. edition, Avon Books, 1992]. Thomas Dunne Books. St. Martin's Minotaur. [JMR Sac].
- , *The Temple of the Muses*. SPQR IV. New York, 1999 [1st. edition, Avon Books, 1992]. Thomas Dunne Books. St. Martin's Minotaur. [JMR Tem].
- , *Saturnalia*. SPQR V. New York, 1999. Thomas Dunne Books. St. Martin's Minotaur. [JMR Sat].
- Steven SAYLOR, *Roma Sub Rosa I. Sangre romana*. Traducción de Damián Alou. Barcelona, 1998. Emecé. [SS Sang].
- , *Roma Sub Rosa II. El brazo de la justicia*. Traducción de M^a Eugenia Ciocchini Suárez. Barcelona, 1998. Emecé. [SS Just].
- , *Roma Sub Rosa III. El enigma de Catilina*. Traducción de Esther Gómez Parro. Barcelona, 1998. Emecé. [SS Cat].
- , *Roma Sub Rosa IV. La suerte de Venus*. Traducción de M^a Luz García de la Hoz y Rosa Ayuso. Barcelona, 1998. Emecé. [SS Ven].
- , *Roma Sub Rosa V. Asesinato en la Vía Apia*. Traducción de M^a Luz García de la Hoz. Barcelona, 1998. Emecé. [SS Ap].
- , *La casa de las vestales*. Traducción de M^a Luz García de la Hoz. Barcelona, 1998. Emecé. [SS Vest].
- , *Roma sub Rosa VI. Rubicon*. New York, 1999. St. Martin's Paperbacks. [SS Rub].
- , *Roma sub Rosa VII. Last Seen in Massilia*. New York, 2001. St. Martin's Paperbacks. [SS Last].

II. Fuentes clásicas.

- L. AMPELIO, *Liber Memorialis*.
- ANÓNIMO, *Anónimo Vaticano*.
- , *Corpus Priapeorum*.
- , *Hymni homerici* (traducción al castellano, *Himnos homéricos, La Batracomiomaquia*. Introducción, traducción y notas de Alberto Bernabé Pajares. Madrid, 1978 (1ª reimp. 1988). [Biblioteca clásica Gredos, 8].
- , *Orphica* (traducción al castellano incluida en *Himnos órficos*, en Hesíodo, *Teogonía, Los trabajos y los días, El escudo de Heracles. Idilios*, de Bión; *Idilios*, de Mosco. *Himnos órficos*. México, 1982 (6ª ed.). Editorial Porrúa [Sepan Cuántos, 206].
- , *Magni glossarum libri glossae quibus Vergilii nomen praefixum est*.
- , *Rhetorica ad Herenium*.
- ANTONINO LIBERAL, *Metamorphoseon synagoge*.
- APICIO, *De Re Coquinaria* (traducción al francés en *L'art culinaire. Texte établi, traduit et commenté par Jacques André*. Paris, 1987 (deuxieme tirage). Les Belles Lettres).
- APOLODORO, *Bibliotheca, sub nomine Apollodori* (traducción al castellano, *Biblioteca mitológica*. Edición de José Calderón Felices. Barcelona, 1987. Ediciones Akal. [Clásica, 13].
- APOLONIO DE RODAS, *Argonautica*.
- APULEYO, *Apologia (Pro se de magia liber)*.
- ARISTÓTELES, *Poetica*.
- ARISTÓFANES, *Lysistrata*.
- , *Ranae*.
- Q. ASCONIO PEDIANO, *In Milonianam*.
- ATENEO, *Deipnosoplistae*.
- AULO GELIO, *Noctes Atticae*.
- MAGNO AUSONIO, *Ordo urbium nobilium*.
- BIÓN, *Epitaphius Adonis*.
- CALÍMACO, *Hymni*.
- JULIO CAPITOLINO, *Gordiani tres, Historia Augusta*.
- C. VALERIO CATULO, *Carmina* (traducción al castellano en Catulo, *Cármenes*. Introducción, versión rítmica y notas de Rubén Bonifaz Nuño. México, 1969. UNAM [Bibliotheca Scriptorum Graecorum et Romanorum Mexicana]; Catulo y TIBULO,

Poemas y Elegías. Introducciones, traducciones y notas de Arturo Soler Ruiz. Madrid, 1993. Biblioteca Clásica Gredos, 188).

—CAYO JULIO CÉSAR, *De bello civili.*

—, *De bello gallico.*

—CICERÓN, *De divinatione.*

—, *De domo sua ad pontifices oratio.*

—, *De inventione.*

—, *De lege agraria orationes.*

—, *De legibus.*

—, *De natura deorum* (traducción al castellano, *Sobre la naturaleza de los dioses.* Edición y versión de Julio Pimentel Álvarez. México, 1976. UNAM).

—, *De oratore.*

—, *De re publica.*

—, *Epistulae ad Atticum.*

—, *Epistulae ad familiares* (traducción al francés en Cicerón, *Correspondance.* Texte établi et traduit par Jean Bayet; troisième tirage revu et corrigé para J. Beaujeu et P. Jal. Paris, 1983. Les Belles Lettres).

—, *Filípicae.*

—, *In Catilinam* (*Catilinarias*, traducción al castellano en Cicerón, *Discursos V.* Traducciones, introducciones y notas de Jesús Aspa Cereza. Madrid, 1995. Biblioteca Clásica Gredos, 211)

—, *Pro Sestio.*

—, *Pro Sexto Roscio Amerino.*

—, *Quaestiones academiae.*

—, *Tusculanae disputationes.*

—, *Verrinas.*

—CENSORINO, *De die natali liber.*

—CORNELIO NEPOTE, *De viris illustribus.*

—, *Fragmenta de viris illustribus.*

—DIÓN CASIO, *Historia romana.*

—DIONISIO DE HALICARNASO, *Antiquitates Romanae.*

—ERATÓSTENES, *Catasterismos.*

—ESQUILO, *Agamemnon.*

—, *Choephoroe.*

—, *Prometheus vincetus.*

—ESTACIO, P. Papinio, *Aquileida.*

—, *Silvae.*

—EURÍPIDES, *Andromacha.*

—, *Electra.*

Bibliografía

- , *Hecuba*.
—, *Helena*.
—, *Hercules*.
—, *Iphigenia taurica*.
—, *Medea*.
—, *Troiades*.
—EUTROPIO, *Breviarium ab urbe condita*.
—FESTO, *Epitoma operis de verborum significatu Verrii Flacci*.
—FLORO, *Epitoma de Tito Livio*.
—I. FRONTINO, *Stragemata*.
—HERÁCLITO, *Refutación o enmienda de relatos míticos antinaturales*.
—HERÓDOTO, *Historiae*.
—HESÍODO, *Opera et dies*.
—, *Theogonia*.
—HIGINO, *Fabulae*.
—HOMERO, *Iias*.
—, *Odyssea*.
—HORACIO, *Carmina*.
—, *Epistulae*.
—ISIDORO, *Etimologías*.
—SAN JERÓNIMO, *Chronica*.
—JUVENAL, *Saturae*.
—TITO LIVIO, *Ab urbe condita libri XXXI-XL*.
—, *Liviani operis periochae*.
—C. LUCILIO, *Saturarum fragmenta*.
—MACROBIO, *Saturnalia*.
—MARCIAL, *Epigrammata* (edición española, *Epigramas completos*. Edición de Dulce Estefanía. Madrid, 1996. Cátedra [Letras Universales, 146].
—, *Liber Spectaculorum* (traducción al castellano con texto latino y notas de Filomena Fortuny Previ. Universidad de Murcia, 1983.
—MARCIANO CAPELA, *De nuptiis Philologiae et Mercurii*.
—MOSCO, *Eros drapeta*.
—NONO DE PANÓPOLIS, *Dionysiaca*.

- OVIDIO, *Amores*.
——, *Epistulae ex ponto* (traducción al castellano, *Epístolas desde el ponto*. Edición y versión de José Quiñones Melgoza. México, 1978. UNAM.
——, *Fasti* (traducción al castellano, *Fastos*. Introducción, traducción y notas por Bartolomé Segura Ramos. Madrid, 1988. [Biblioteca Clásica, 121]; *Fastos*. Edición de Manuel Antonio Marcos Casquero. Madrid, 1984. Editora Nacional).
——, *Heroides*.
——, *Metamorphoses* (traducción al castellano, *Metamorfosis*. Edición de Consuelo Álvarez y Rosa María Iglesias. Madrid, 1997. Cátedra. [Letras universales, 228])
——, *Tristia* (traducción al castellano, *Las tristes*. Edición y versión de José Quiñones Melgoza. México, 1987 (1ª reimp.). UNAM.
- PALÉFATO, *Incredibilia*.
- PARTENIO DE NICEA, *Narrationes amatoriae*.
- PAUSANIAS, *Graeciae descriptio*.
- PETRONIO, *Satyricon* (traducción al castellano, texto latino con introducción, traducción y notas de Roberto Heredia Correa. México, 1997. UNAM; Petronio, *Satiricón*. Introducción, traducción y notas de Pedro Rodríguez Santidrián. Madrid, 1987. Alianza Editorial [Libro de bolsillo, 1279]).
- PÍNDARO, *Pythia*.
- PLATÓN, *Critias*.
——, *Respublica*.
——, *Symposium*.
——, *Timaeus*.
- PLAUTO, *Amphitruo*.
——, *Asinaria*.
- PLINIO EL VIEJO, *Naturalis Historia* [traducción al castellano, en Pline L' Ancien, *Histoire Naturelle*, livre XXXV. Texte établi, traduit et commenté par Jean-Michel Croisille. Paris, 1985. Les Belles Lettres].
- PLUTARCO, *Antonius*.
——, *Cato maior*.
——, *Cato minor*.
——, *Caesar*.
——, *Cicero*.
——, *Crassus*.
——, *Lucullus*.
——, *Pompeius*.
——, *Sulla*.
- POLIBIO, *Historiae*.

Bibliografía

- S. POMPEYO FESTO, *Epitoma operis de verborum significatu Verrii Flacci*.
- POMPONIO MELA, *De chorographia*.
- PROPERCIO, *Elegiae* (traducción al castellano, *Elegías*. Edición y versión de Rubén Bonifaz Nuño. México, 1983 (2ª ed.). UNAM.
- QUINTO ASCONIO PEDIANO, *Orationum Ciceronis enarratio quae exstant*.
- SALUSTIO, *Bellum Iugurthinum*.
- , *De coniuratione Catilinae* (traducción al castellano, *Conjuración de Catilina* (ed. Agustín Millares Carlo). México, 1944 (2 edición, 1991). UNAM; *Conjuración de Catilina* (ed. Manuel Díaz y Díaz). Texto latino con traducción yuxtalineal, versión literaria y vocabulario histórico. Madrid, 1974 (8ª reimpresión, 1997). Gredos.
- SÉNECA EL ORADOR, *Controversiae*.
- SÉNECA EL FILÓSOFO, *Epistulae morales ad Lucilium*.
- , *De beneficiis*.
- , *Hercules furens*.
- , *Medea*.
- SERVIUS GRAMMATICUS, *Commentarius ad Vergilii Aeneidos Libros*.
- SÓFOCLES, *Ajax*.
- , *Oedipus tyrannus*.
- , *Oedipus Coloneus*.
- C. SUTONIO Tranquilo, *De vita Caesarum*.
- TACITO, *Annales ab excessu divi Augusti libri*.
- , *Dialogus de oratoribus*.
- , *Historiae*.
- TEÓCRITO, *Idyllia*.
- TIBULO, *Elegiae*.
- VALERIO MÁXIMO, *Dicta et facta memorabilia*.
- MARCO TERENCIO VARRÓN, *De lingua latina*.
- VEGECIO, *De re militari*.
- VELEYO PATÉRCULO, *Historiae Romanae*.
- P. VIRGILIO MARÓN, *Aeneidos*.
- , *Eclogae*.
- , *Georgica* (traducción al castellano, *Bucólicas. Geórgicas. Apéndice virgiliano*. Introducción general de J.L.Vidal. Traducciones, introducciones y notas de Tomás de la Ascensión Recio García y Arturo Soler Ruiz. Madrid, 1990. Biblioteca clásica Gredos, 141).

—VITRUVIO, *De architectura* (traducción al castellano, Marco Lucio Vitruvio, *Los diez libros de arquitectura*. Traducción, prólogo y notas de Agustín Blánquez. Barcelona, 1955. Iberia).

III. Literatura secundaria.

1. Libros.

—Michael Von Albrecht, *Historia de la literatura romana, I y II*. Barcelona, 1997. Herder.

—Jaime Alvar, Carmen Blánquez y Carlos G. Wagner (eds.), *Sexo, muerte y religión en el mundo clásico*. Madrid, 1994. Ediciones Clásicas. Arys, 6.

—R.H. Barrow, *Los romanos*. México, 1950 (10ª reimp., 1983). FCE.

—Samuel Ball Platner (As Completed and Revised by Thomas Ashby), *A Topographical Dictionary of Ancient Rome*. London, 1929. Oxford University Press.

—Giovanni Becatti, *El arte romano*. México, 1964.

—Helena Beristáin, *Diccionario de retórica y poética*. México, 2001 (8ª ed.). Editorial Porrúa.

—Francisco Bertolini, *Historia de Roma I-IV*. Madrid, 1889. El Progreso Editorial.

—José María Blánquez, *Diccionario Español-Latín*. Barcelona, 1985. Editorial Ramón Sopena.

—, José María Blánquez y Arcadio del Castillo. *Historia de Roma, tomo II. El Imperio Romano*. Madrid, 1995. Cátedra.

—B. Ciplijauskaitė, *Los noventayochistas y la historia*. Madrid, 1981. José Porrúa Turanzas.

—Javier Coma, *Diccionario de la novela negra norteamericana*. Barcelona, 1986. Anagrama. [Contraseñas, 80].

—José Contreras Valverde, Gracia Ramos Acebes, Inés Rico Rico, *Diccionario de la religión romana*. Madrid, 1992. Ediciones Clásicas.

—Tim Cornell y John Mathews, *Roma, legado de un imperio*. Madrid, 1992. Ediciones Folio-Del Prado.

—Fustel de Coulanges, *La ciudad antigua*. México, 1986. Porrúa.

—Georges Dumézil, *Le crime des Lemniennes*. París, 1924. Reimp. présentée, mise-à-jour et augmentée par Bernadette Leclercq-Neveu. Paris, 1998. Éd. Macula.

—J.I. Ferreras, *La novela en el siglo XVII*. Madrid, 1987. Taurus.

Bibliografía

- Moses I. Finley, *El nacimiento de la política*. México, 1990. Grijalbo [Los Noventa, 31]
- James George Frazer, *La rama dorada*. México, 1994. FCE.
- Gustave Flaubert, *Sobre la creación literaria. Extractos de la correspondencia*. Selección, prólogo y traducción de Cecilia Yepes. Madrid, 1998. Ediciones y Talleres de Escritura Creativa Fuentetaja. [El oficio de escritor, 2].
- Ludwig Friedlaender, *La sociedad romana*. México, 1947. FCE.
- Carlos García Gual, *La Antigüedad novelada: las novelas históricas sobre el mundo griego y romano*. Anagrama. Barcelona, 1995. [Argumentos, 165].
- Michael Grant (ed.), *Cicero's Murder Trials*. Nueva York, 1975. Viking Press.
- Robert Graves, *Los mitos griegos*. Madrid, 1987 (3ª reimpresión). Alianza Editorial [El libro de Bolsillo, 1110 y 1111].
- Pierre Grimal, *Diccionario de Mitología griega y romana*. Barcelona, 1994 (7ª reimpresión). Paidós.
- Rosario Guarino Ortega, *La mitología clásica en el arte*. Murcia, 2004. Universidad de Murcia.
- Georges Hacquard, *Guía de la Roma Antigua*. Madrid, 1995. Palas Atenea.
- Rosemary Herbert (ed.), *The Oxford Companion to Crime and Mystery Writing*. New York, 1999. Oxford University Press.
- Patricia Highsmith, *Plotting and Writing Suspense Fiction*. New York, 1990. St. Martin's Griffin.
- Christian Hülsen, *The Roman Forum. Its History and Its Monuments*. Ermanno Loescher & Co., 1906.
- Rodolfo Lanciani, *Ancient Rome in the Light of Recent Discoveries*. Boston and New York, 1898. Houghton, Mifflin and Company.
- Eugenio La Rocca, Mariette y Arnold de Vos, *Pompeya. Guía arqueológica I-V*. Barcelona, 1998. Folio [Viaje a las grandes civilizaciones del pasado].
- Vicente López Soto, *Diccionario de autores, obras y personajes de la literatura latina*. Barcelona, 1991. Editorial Juventud [Colección Z, 268].
- Georg Lukács, *La novela histórica*. México, 1977. Ediciones Era.
- Jorge Martínez-Pinna, Santiago Montero Herrero y Joaquín Gómez Pantoja, *Diccionario de personajes históricos griegos y romanos*. Madrid, 1998. Istmo.
- James J. Murphy, *Sinopsis histórica de la retórica clásica*. Madrid, 1989 (Biblioteca Universitaria Gredos, 22).

- Antonio Marco Pérez (ed.), *Sobre la mujer*. Murcia, 1998. Centro de Estudios Teológico-Pastorales San Fulgencio.
- Susan MacMackeever, *El imperio romano*. Barcelona, 1996. Molino.
- Theodor Mommsen, *Historia de Roma, I. De la fundación a la República*. Madrid, 1965 (6ª edición). Aguilar.
- , *Historia de Roma, II. De la revolución al Imperio*. Madrid, 1956 (8ª edic. 1990). Aguilar.
- , *El mundo de los césares*. México, 1945 (2ª reimp. 1993). FCE.
- Enrique Montero Cartelle, Mª Cruz Herrero Ingelmo, *De Virgilio a Umberto Eco: la novela histórica latina contemporánea*. Madrid, 1994. Ediciones Orto: Universidad de Huelva.
- Barón de Montesquieu, *Grandeza y decadencia de los romanos*. México, 1947. SEP.
- Francisca Moya del Baño, *El tema de Hero y Leandro en la literatura española.*, Murcia, 1966
- , *Estudio mitográfico de las Heroidas de Ovidio*, Murcia 1969.
- Gilbert Murray, *La religión griega* (1912). Buenos Aires, 1956. Editorial Nova [Biblioteca histórica].
- , *Grecia clásica y mundo moderno* (1946). Madrid, 1962. Editorial Norte y Sur.
- Friedrich Nietzsche, *El origen de la tragedia*. México, 1985. [Colección Austral, 356]. Espasa Calpe Mexicana.
- Martin P. Nilsson, *Historia de la religiosidad griega*. Madrid, 1953. Editorial Gredos.
- Hans Opperman, *Julio César*. Introducción de Agustín García Calvo. Barcelona, 1988. Salvat. [Biblioteca de Grandes Biografías, 24]
- Juan Pérez de Moya, *Filosofía secreta*. Edición de Carlos Clavería. Barcelona, 1995. Cátedra [Letras Hispánicas, 404].
- Bulmaro Reyes Coria, *Límites de la retórica clásica*. México, 1995. UNAM (Serie Didáctica 16).
- Anthony Rich, *Dictionary of Roman and Greek Antiquities*. Longmans, Green and Co. London, 1884 (Fifth Edition, Revised and Improved).
- P. Ricoeur, *Temps et récit III*. París, 1983-1985. Seuil.
- Jean-Noel Robert, *Los placeres en Roma*. Madrid, 1992. Edaf [Crónicas de la Historia, 5].
- José Manuel Roldán, *Historia de Roma I, la República Romana*. Madrid, 1987. Cátedra.

Bibliografía

- Antonio Ruiz de Elvira, *Mitología Clásica*. Madrid, 1995 [2ª ed., 3ª reimp.] Editorial Gredos.
- Santiago Segura Munguía, *Latín III*. Madrid, 1980. Anaya.
- L. Schwabe, *Quaestiones catullianae*. Giessen, 1862.
- Giulia Sissa y Marcel Detienne, *La vida cotidiana de los dioses griegos*. Madrid, 1995. Ediciones Temas de Hoy. [Bolsitemas 28]
- William Smith, *A Dictionary of Greek and Roman Antiquities*. London, 1875. John Murray.
- Kurt Spang, Ignacio Arellano y Carlos Mata (eds.), *La novela histórica, teoría y comentarios*. Ediciones Universidad de Navarra. [Anejos de Rilce, 15, Serie Apuntes de Investigación sobre géneros literarios, 2].
- Everard M. Upjohn, Paul S. Wingert y Jane Gaston Mahler, *Grecia y Roma. El primer arte europeo*. Barcelona, 1972. Ediciones Daimon, Manuel Tamayo.
- VV. AA., *Enciclopedia universal ilustrada hispanoamericana*, vol XXXVII. Madrid, 1918 (reimp. 1973). Espasa-Calpe.
- Salvador Vázquez de Parga, *Los mitos de la novela criminal*. Barcelona, 1981. Planeta [Textos, 67].

2. Artículos.

- María Consuelo Álvarez y Rosa María Iglesias Montiel, “Las grandes empresas”, en *Mitología clásica*. Murcia, 1991. Centro de profesores número 1. [Documentos CEPS, 6].
- , “La mujer en Roma”, en Antonio Marcos Pérez (ed.), *Sobre la mujer*. Murcia, 1998. Centro de Estudios Teológico-Pastorales San Fulgencio.
- Jordi Canal, “Detective retro: El retorno al pasado de la novela policial americana”, en *Prótesis*, 2. Abril, 2003.
- Caroline Cummins, “Steven Saylor Profile”, en *January Magazine*, junio de 2002.
- Deirdre Donahue, “Classics on Odissey from Stuffy to Cool”, en *USA TODAY*, 24-7-2002.
- Juan J. Gómez, “La novela histórica, un cajón de sastre con éxito”. *El País*, 2 de agosto de 2000.
- José María Guelbenzu, “Misterio a la orden”, en *El País*, 16 de noviembre de 2004.
- Rosa María Iglesias Montiel, “Roma y la leyenda troyana: legitimación de una dinastía”, en *Estudios Clásicos*, 104, 1993, pp. 17-35.

—D. H. Lawrence, “De paseo por Etruria”, selección de Antonio Castro tomada de D.H. Lawrence, *Paseos etruscos*. Buenos Aires, 1961, y aparecida en *Saber Ver*, 3 (vol. II), pp. 11-34. México, 1999.

—Roger Ling, “Formas de vida”, en *Historia Oxford del Mundo Clásico*. Roma. Pp. 823-854.

—Ruth Rendell, “The Roman Knows”, en *London Sunday Times*, 7 de marzo de 1999.

—Leonard Schmitz, “Divinatio”, en *A Dictionary of Greek and Roman Antiquities*. London, 1875. John Murray.

—Carlo Vennarucci, “Steven Saylor Interview”, en *Italian-mysteries.com*: <http://italian-mysteries.com/saylor-interview.html>

—Ricardo Viguera, “El lujo culinario en la novela policiaca de temática romana clásica: Ejemplos en la obra de John Maddox Roberts y Steven Saylor”, en *En gustos se comen géneros*. Actas del I Congreso Internacional de Comida y Literatura de Mérida, Yucatán. Volumen I, pp. 327-345. Mérida, Yucatán, 2003.

—Tom Watkins, “Policing Rome: Maintaining Order in Fact and Fiction”, en <http://www.stockton.edu/~roman/fiction/eslaw1.htm>.

ÍNDICE

La novela policiaca de temática romana clásica. Rigor e invención	1
I. Breve introducción a la novela policiaca de temática romana clásica.	3
1. Introducción.	5
2. Una definición del subgénero	7
3. La novela policiaca de temática romana en el contexto de la narrativa histórica y de la novela criminal.	8
4. Cronología de la novela policiaca de temática romana. El listado de Richard M. Heli.	23
5. Los autores estudiados y su obra.	53
5.1. Joaquín Borrell	53
5.2. John Maddox Roberts.	56
5.3. Steven Saylor.	60
6. Particularidades estructurales de las novelas estudiadas.	66
6.1. Presentación de la totalidad de la novela	67
6.2. El narrador.	69
6.3. Figuras de la novela histórica.	71
6.4. El tiempo.	72
6.5. El espacio	73
6.6. El lenguaje.	73
7. Las novelas. Método de abreviatura simple y otros aspectos de procedimiento.	75
II. Roma y las fuerzas del orden público	79
1. Roma, peligro para caminantes	81
1.1. Roma, corrupta y peligrosa.	83
1.1.1. Corrupción política y degeneración de las costumbres	85
1.1.2. Peligrosidad de las calles de Roma	87
1.1.3. Roma, ciudad de trazo desordenado	88
1.2. Grandes espacios de la Urbe.	90
1.2.1. Foro Romano.	90
1.2.1.1. La Regia.	94
1.2.1.2. La Curia.	95
1.2.1.3. Los <i>Rostra</i> .	95
1.2.2. Foro Boario	98
1.2.3. Foro Holitorio	99
1.2.4. Campo de Marte.	99
1.2.5. Campo Vaticano	102

Índice

1.3. Geografía urbana. Las siete colinas.	104
1.4. Barrios.	108
1.4.1. La Subura	108
1.4.2. El Capitolio	111
1.5. Puentes	113
1.5. 1. Puente Emilio	113
1.5.2. Puente Fabricio	113
1.6. Puertas.	114
1.7. Vías.	116
1.8. Conclusión	121
2. Policías, guardias y detectives	125
2.1. Policía y orden público.	127
2.2. Detectives, exquirientes o informantes.	136
2.3. Conclusión.	139
	141
III. Mitología y Religión	
1. Los personajes mitológicos	143
1.1. Genealogía de Caos.	145
1.2. Genealogía de Gea	153
1.2.1. Descendencia de Gea y Ponto	153
1.2.2. Descendencia de Gea y Urano.	161
1.3. Descendencia de Saturno y Rea	181
1.3.1. Hestia o Vesta.	181
1.3.2. Hades o Plutón.	182
1.3.3. Posidón o Neptuno	187
1.3.4. Zeus o Júpiter.	191
1.4. Amores y descendencia de Júpiter.	197
1.4.1. Esposas y descendencia de Júpiter.	197
1.4.1.1. Júpiter y Metis: Atenea.	197
1.4.1.2. Júpiter y Deméter	200
1.4.1.3. Zeus y Mnemósine: las Musas.	203
1.4.1.4. Júpiter y Leto: Apolo y Ártemis	207
1.4.1.6. Júpiter y Juno: Marte.	219
1.4.1.7. Júpiter y Juno: Hefesto o Vulcano	222
1.4.1.8. Júpiter y Maya: Hermes o Mercurio.	223
1.4.2. Otros amores de Júpiter y su descendencia	226
1.4.2.1. Júpiter y Sémele: Dioniso o Baco.	226
1.4.2.2. Júpiter y Dánae: Perseo.	230
1.4.2.3. Júpiter y Pluto: Tántalo.	231
1.4.2.4. Júpiter y Leda: Helena y los Dióscuros.	231
1.5. Las grandes empresas	233
1.5.1. Empresas individuales	233
1.5.1.1. Hércules.	233
A) Características físicas	233
B) Recuerdo de los doce trabajos y Parerga.	234
C) Presencia en Roma.	237
1.5.1.2. Teseo.	239
1.5.2. Empresas colectivas.	243
1.5.2.1. Los Argonautas	243
1.5.2.2. Otra empresas colectivas.	244
1.5.2.3. La segunda guerra de Troya.	245
1.6. Conclusión	255

2. Religión y mundo de los muertos	259
2.1. Religión	261
2.1.1. Oráculos y augurios.	263
2.1.1.1. Las sibilas.	264
1) Historia de la Sibila y su visita a Tarquinio el soberbio (SS Just pp. 147-9).	266
2) Descripción del templo de Apolo y de la sibila. Sacrificio ritual de un cordero (SS Just 150-152).	267
3) La sibila les conduce a la cueva y allí es poseída por el dios (SS Just 152-157).	269
2.1.1.2. Auspices, augures y harúspices.	271
2.1.1.2.1. Harúspices y augures.	271
2.1.1.2.2. Harúspices	279
2.1.2. Superstición y desviaciones de la religiosidad oficial.	282
2.1.3. Sacerdotes y sacerdotisas.	290
2.1.3.1. Las vestales.	292
2.1.3.1.1) Las vestales en El misterio del amuleto, de Maddox.	297
1) Las vestales no saben de asuntos mundanos (JMR Mist 216):	298
2) Descripción del templo (JMR Mist 216-17)	299
3) Derechos de la Virgo Máxima (JMR Mist 217).	300
4) Somera descripción del Atrium Vestae (JMR Mist 217-218)	301
5) Conducta hierática (JMR Mist 218)	302
6) Las vestales se hallan al servicio del Estado (JMR Mist 219).	302
2.1.3.1.2. El relato <i>La casa de las vestales</i> , de Steven Saylor	303
1) Comentario general sobre las vestales (SS Vest 223).	303
2) Las vestales son sensibles al escándalo (SS Vest 223-4).	304
3) Entrar en casa de las vestales era delito (SS Vest 225-7).	304
4) Descripción de la entrada y del vestíbulo de la casa de las vestales (SS Vest 226).	305
5) Vestimenta característica de las vestales (SS Vest 228).	307
6) Llegada a la habitación de la Virgo Máxima (SS Vest 228).	308
7) Vida y muerte de las vestales (SS Vest 230-1).	308
8) Descripción del cuarto de la vestal Fabia (SS Vest 232).	310
9) Absolución de Licinia y Craso (SS Vest 244-245).	311
2.1.3.2. Los Flámines.	311
2.1.3.3. Salios palatinos.	312
2.1.3.4. Pontifex Maximus.	314
2.1.3.5. Sacerdotes de Cibeles.	315
2.1.4. Fiestas sacras y rituales.	319
2.1.4.1. Lupercalia.	319
2.1.4.2. Liberalia.	320
2.1.4.3. Robigalia y Floralia.	320
2.1.4.4. Ritual de la Bona Dea.	323
2.1.4.5. Los Ludi Romani o Magni.	326
2.1.4.6. Festival del caballo de Octubre.	327
2.1.4.7. Las Saturnales	330
1. Relajación de las costumbres.	331
2. Actitud de Cicerón frente a las Saturnales.	333
3. Inversión de las clases sociales	335
4. Intercambio de regalos	336
5. Las Saturnales, un trasunto de nuestra Navidad	338
2.1.5. Sacrificios	340
2.2. Mundo de los muertos.	347
2.2.1. Enterramientos y costumbres relacionadas.	347

Índice

2.2.2. Necrópolis.	356
1) Descripción sucinta de la Vía Apia:	357
2) Mención de la familia Claudia	359
3) Descripción del monumento de Basilio.	359
2.2.3. Visión sobrenatural del mundo de los muertos.	360
2.2.4. Conclusión.	365
IV. Personajes Históricos	369
1. Principales protagonistas de la historia	371
1.1. Lucio Cornelio Sila, el principio del fin.	374
1.1.1. Vida y carácter de Sila.	374
1.1.2. Acentuado erotismo de Sila.	377
1.1.3. Las proscripciones de Sila y la dictadura.	382
1.1.4. Reformas silanas del estado.	386
1.2. Marco Licinio Craso. La nostalgia de <i>Rosebud</i> y la codicia de Midas.	390
1.2.1. Biografía de Craso.	392
1.3. Lucio Licinio Luculo. Un <i>bon vivant</i> de los viejos tiempos.	404
1.4. Marco Porcio Catón Uticense. El espíritu de la Roma arcaica.	412
1.5. Lucio Sergio Catilina. El eterno enigma.	419
1.5.1. La conjuración de Catilina. Aspectos históricos.	420
1.5.2. Paráfrasis de las <i>Catilinarias</i> .	428
1.5.3. Trascendencia de Catilina.	437
1.6. Clodio Pulcher y su hermana Clodia: los Clodios contra el mundo.	440
1.6.1. Clodio contra Milón.	441
1.6.2. Catulo contra Clodia.	459
1.6.2.1. Clodia: entre la <i>femme fatal</i> y la mujer contemporánea.	459
1.6.2.2. Catulo, el cachorro de Verona.	470
1.7. Cicerón. Sobre el disco junto al torbellino.	480
1.7.1. Vida y personalidad de Marco Tulio Cicerón.	480
1.7.2. Marco Tulio Tirón	499
1.7.3. Marco Antonio. Némesis de Cicerón.	507
1.8. César contra Pompeyo.	516
1.8.1. Cayo Julio César.	517
1.8.2. Gneo Pompeyo el Grande.	541
1.8.3. César contra Pompeyo: la guerra civil.	558
2. Las labores de Marte: batallas, militares y ejércitos.	573
2.1. La legión y sus protagonistas.	576
2.2. Las batallas	585
2.3. Las guerras serviles. Espartaco.	588
2.4. La batalla final de Catilina.	596
1) Composición del ejército de Catilina:	597
2) Catilina rodeado por los ejércitos romanos.	598
3) La batalla final.	598
4) El dolor de los ejércitos romanos.	600
5) La arenga de Catilina	601
2.5. Conclusión	605
V. Aspectos de cultura y sociedad	607
1. Arte y arquitectura	609
1.1. Referencias a artistas.	612
1.2. Obras de arte.	622
1.3. Arquitectura.	632
	634

1.3.1. Templos.	
1.3.1.1. Templo de Cástor.	634
1.3.1.2. Templo de Esculapio.	635
1.3.1.3. Templo de Jano	636
1.3.1.4. Templo de Júpiter Capitolino.	637
1.3.1.5. Templo de Vertumno.	639
1.3.1.6. Templo de Belona.	639
1.3. 2. Basílicas	640
1.3.2.1. La basílica Porcia (SS Ap 55).	640
1.3.2.1. La basílica Porcia (SS Ap 55).	641
1.3.2.3. La basílica Sempronía (JMR Sat 126).	642
1.3.2.4. La Basílica Emilia (JMR Sac 162).	642
1.4. Conclusión.	643
2. Fisiología del gusto antiguo	645
2.1. Una visión general de la fisiología del gusto romano	647
2.2. El vino y otras bebidas.	656
2.3. La comida.	661
2.4. Conclusión	670
3. Circos, anfiteatros y gladiadores	673
3.1. El circo y las carreras de caballos.	675
3.2. Luchas gladiatorias.	686
3.3. Otros espectáculos.	694
3.4. Conclusión.	695
	697
VI. Conclusiones sobre rigor e invención	
1. Los decorados.	701
2. Pequeños accesorios para las novelas: la utilería.	704
3. Los protagonistas de la representación: la distinta visión de los personajes históricos.	714
4. Consideraciones últimas sobre rigor e invención en Saylor, Maddox y Borrell.	733
4. 1. Revisionismo y tradicionalismo.	735
4. 2. Rigor e invención en la figura del exquiriente.	737
4. 3. Retórica clásica y novela policiaca. ¿Rigor o invención?	739
4. 4. Norteamericanos de la antigüedad y norteamericanos de hoy.	743
4. 5. Rigor e invención en el aprovechamiento del marco temporal.	745
4. 6. Rigor e invención de los decorados y utilería.	746
4. 7. Rigor e invención: el presente ilumina el pasado.	747
4. 8. Rigor e invención del estilo literario.	749
Bibliografía	751
I. Novelas estudiadas y referencia abreviada de las mismas.	753
II. Fuentes clásicas	754
III. Literatura secundaria.	759
1. Libros	759
2. Artículos.	762
Índice	765

RICARDO VIGUERAS FERNÁNDEZ

*La novela policiaca de
temática romana clásica.
Rigor e invención.*
TESIS DOCTORAL

*Apéndice: Sinopsis de las
novelas estudiadas.*



ÁREA DE FILOLOGÍA LATINA
DEPARTAMENTO DE FILOLOGÍA CLÁSICA
UNIVERSIDAD DE MURCIA
2005

Introducción

Las siguientes sinopsis constituyeron, como es razonable, el primer trabajo que enfrentamos a la hora de comenzar esta Tesis. A medida que fuimos leyendo las novelas que nos han ocupado (y otras muchas más que finalmente debieron quedar fuera de esta Tesis), fuimos redactando un resumen pormenorizado de las mismas donde se consignaran todos los acontecimientos narrados en las novelas, pero desprovistos de toda literatura. Nos pareció que era un elemento imprescindible para la futura comprensión cabal de esta Tesis que, a manera de Apéndice, figuraran estas sinopsis detalladas, ya que, como es bien sabido de todos, las tramas de las novelas policíacas a veces resultan muy confusas por el elevado número de personajes implicados en ellas y el no menor número de acontecimientos que suceden en las mismas.

La sinopsis de cada una de las novelas viene dividida en sus capítulos correspondientes, que hemos consignado en números romanos, mientras que para los relatos del volumen *La casa de las vestales* hemos optado por subdividir las sinopsis marcando sus partes por medio de letras minúsculas que remiten a las subdivisiones efectuadas por Steven Saylor en cada cuento y que este autor marca con espacios en blanco.

Por otra parte, ha sido idea de nuestra cosecha introducir cada novela con un *Dramatis personae* que no se encuentra en las novelas originales, pero que nos parecía muy útil con vistas a corroborar la identidad de un determinado personaje. Lo hemos hecho, también, como un pequeño homenaje a aquellos *Dramatis personae* que presentaban las antiguas y entrañables ediciones de la Editorial Molino, casa que dio a conocer en nuestro país a los más destacados autores de novela enigma de su tiempo.

Por último, hemos tomado la decisión de unificar las variantes nominales halladas entre novelas para referirnos a los personajes históricos. Así, Luculo y Milón aparecerán consignados de esta forma, aun cuando en las traducciones españolas de las novelas de Maddox Roberts se nos insista una y otra vez en llamarles Lúculo y Milo.

*1. Sinopsis de las novelas
de Steven Saylor.*

I. Sangre romana (*Roman Blood*, 1991).

Dramatis personae.

Gordiano el Sabueso, exquiriente.
Bethesda, esclava del anterior.
Marco Tulio Cicerón, joven abogado.
Tirón, esclavo del anterior.
Cecilia Metela, patricia.
Marco Mesala Rufo, hermano de Hortensio y cuñado de Sila.
Sexto Roscio Amerino el viejo (†).
Sexto Roscio Amerino el joven, hijo del anterior.
Roscia Mayor y Roscia Menor, hijas del anterior.
Magno y Capitón, primos de Roscio el joven.
Malio Glaucia, esclavo de Magno.
Polia, testigo del asesinato de Roscio.
Eco, hijo de la anterior.
Elena, prostituta (†).
Electra, prostituta.
Sila, dictador de Roma.
Crisógono, lugarteniente de Sila.
Cresto y Félix, esclavos de Roscio el Viejo y luego de Crisógono.

PRIMERA PARTE. ARRIBA Y ABAJO.

I. Un día de mayo de 80 a.C. Un joven y acicalado esclavo llamado Tirón acude a casa de Gordiano, conocido como el Sabueso, para solicitar sus servicios en nombre de su amo Cicerón. Antes de que Tirón diga nada, Gordiano juega un poco con él y adivina las causas de su visita, quién es su amo y qué desea de él. Gordiano tiene treinta años, Cicerón veintiséis y Tirón veintitrés. Tirón le pide que le acompañe a casa de Cicerón para hablar sobre la acusación que pesa sobre Sexto Roscio de Ameria: parricidio.

II. Tirón y Gordiano recorren Roma y presencian, entre otras cosas, un asesinato.

III. Un anciano, el abuelo de Tirón, les abre la puerta. A los pocos minutos llega Cicerón y le hace pasar a su despacho.

IV. Cicerón comienza a exponer el caso fingiendo hacer suposiciones: un viejo de sesenta y cinco años, viudo, vive solo en Roma, le gusta divertirse y socializar, su vida está consagrada al placer; retirado del trabajo y con dinero, pues tiene valiosas propiedades en el campo, que ahora administra su hijo; sin escolta y sin armas; salud excelente, pero el hijo le odia porque no muere; no se mete en política y sus protectores pertenecen a una familia vieja y aburrida, la Metela; con Cecilia Metela se lleva bien. Continúan hablando de política, principalmente de los acontecimientos turbulentos que se producen bajo la actual dictadura de Sila, de quien Cicerón no es partidario.

V. Cicerón va directo al grano: un anciano como el de la hipótesis fue asesinado en los idus de septiembre (día 13) del pasado año, y en un plazo de ocho días, en los idus de mayo (día 15) su hijo Sexto Roscio irá a juicio acusado de asesinarle, con él mismo en la defensa, ya que está convencido de su inocencia. Los cargos han sido presentados por un tal Cayo Arucio, nacido esclavo en Sicilia y ahora liberto cuyas prácticas legales son las más turbias de Roma. Cicerón quiere saber por medio de Gordiano quién mató a Roscio, quién contrató a los asesinos y por qué, y antes de los idus. Todos parten a casa de Cecilia Metela.

VI. Cicerón pide a Gordiano el favor de ser discreto en casa de Cecilia con respecto al tema de Sila, quien no es muy querido en aquella casa debido a que se divorció de su cuarta esposa, una Metela hija de Delmático, mientras agonizaba en el lecho. A pesar de ello, Marco Mesala Rufo, de dieciséis años, casi un sobrino para Metela y visitante frecuente de casa, es hermano del abogado Hortensio y fue a quien Hortensio mandó a casa de Cicerón para invitarle a aceptar el caso que él rechazaba. La hermana de ambos, Valeria, es la quinta esposa de Sila, y aunque no tengan gran aprecio por el dictador, hay que ser discretos con cuanto se dice. Cecilia es adepta a los cultos orientales de Cibeles y tiene fama de excéntrica.

En su casa, vigilada por soldados apostados, también se halla Rufo. Los soldados hacen guardia para impedir que Sexto Roscio, bajo arresto en el domicilio de Cecilia, pueda huir, ya que el castigo para un parricida es la muerte por decapitación. Sexto Roscio cree que todo es una conspiración para acabar también con él, y que si no es por decapitación será de otro modo. Durante la conversación sale a colación que Sexto Roscio tenía un hermano, Cayo, que murió tres años antes, la misma noche del triunfo de Sila. Cayo tenía veinte años como mucho, mientras que Sexto tiene cuarenta. Cayo y Sexto casi nunca se veían, ya que el más joven siempre estaba con el padre en la ciudad. Pocos días antes del festejo de Sila, Sexto el joven llamó a su padre a la villa por alguna catástrofe, y acudió con Cayo. El

su padre a la villa por alguna catástrofe, y acudió con Cayo. El joven comió unas setas envenenadas y murió. Sexto lo amaba grandemente, pues su madre murió al darle a luz, madre que no era la misma que la de Sexto el joven. Sexto el viejo echó la culpa a su hijo, y decidió dilapidar su fortuna antes que dejarle nada a Sexto su hijo, a pesar de que éste tenía a su cargo la villa de Ameria. La noche en que Sexto murió, había cenado en casa de Cecilia Metela de donde se despidió temprano, poco después de anochecer, ante la llegada de un mensajero que le dijo: “Elena te pide que vayas a la Casa de los Cisnes enseguida”, y le entregó un anillo. La tal Elena debía ser una amante o una prostituta. Salió en compañía de sus dos esclavos, Cresto y Félix.

VII. Roscio lleva como veinte días bajo el techo de Cecilia, en un ala apartada de la casa, con su esposa e hijas. Llegaron a Roma sin nada, ni siquiera un esclavo. Cicerón y Gordiano le entrevistan y él niega la participación en la muerte de su padre. Gordiano advierte que Roscio está desesperado. Junto a él se hallan su esposa y sus dos hijas: Roscia Mayor y Roscia Menor, que enseguida abandonan el cuarto. Le preguntan por sus esclavos, y responde que todos están en la villa de Ameria salvo Cresto y Félix, que deben estar muertos o huidos. Ellos fueron quienes hicieron saber en la villa la noticia de la muerte de su padre, con un mensajero que llegó dos mañanas después del crimen. Él partió al alba y llegó a Roma al atardecer, le mostraron la calle donde había sido asesinado y el cuerpo. Roscio afirma no saber nada de ninguna Casa de los Cisnes, y les explica la ubicación del lugar del crimen. Tirón pide permiso a su amo para ir al retrete, y Roscio realiza un comentario grosero. Es incapaz de sospechar quién mató a su padre. En general, Roscio es un palurdo grosero y desesperado que parece saber más de lo que cuenta. A pesar de que Cicerón se siente tentado a abandonar el caso, Gordiano le hace desistir. Cuando se retiran, Gordiano vuelve sobre sus pasos para acudir al retrete, y en una habitación cercana descubre a Tirón haciéndole el amor a Roscia Mayor.

VIII. Gordiano cuenta a Bethesda que descubrió a Tirón con la hija mayor de Roscio. Conversan y luego hacen el amor.

IX. Al día siguiente Gordiano acude a la casa de Cicerón, quien, al sufrir una enfermedad intestinal, no se levantará hasta tarde. Pone a Tirón a disposición de Gordiano, y ambos parten hacia la zona en que debe ubicarse la Casa de los Cisnes, donde un vecino del barrio los orienta con precisión. En una callejuela descubren la mancha de sangre que dejó Roscio padre. Gordiano examina la callejuela, y en el extremo inferior de la puerta de una tienda descubre la marca de la mano ensangrentada de Roscio. La puerta se abre y aparece un anciano, el dueño de la tienda. No han borrado la marca de la mano porque creen que tiene el poder de ahuyentar a los ladrones. No vieron nada del crimen, pero afirma que una mujer llamada Polia que vive en la casa de enfrente con su hijo mudo lo vio todo, pero no quiere hablar.

X. Hablan con Polia en su propia casa, pero se cierra en banda a revelar nada de lo que vio. En efecto, vive con su hijo Eco, mudo desde la muerte de su padre por unas fiebres. Tiene miedo, pues ya recibió la visita de otros hombres relacionados con la muerte de Roscio y no colabora. Ya en la calle, Eco les sigue para revelarles algo sobre la muerte de Roscio, así que Gordiano hace las preguntas y el otro asiente o niega con la cabeza: la muerte de Roscio fue un par de horas después de anochecer, había luna llena y fue asesinado por tres hombres después de que sus esclavos huyeran. Eco representa la pantomima del crimen: el jefe de los asesinos era cojo y zurdo. El tendero lo contempla todo desde la ventana superior de su tienda, y completa lo que Eco les revela: los asesinos volvieron tres días después, los tres llevaban barba, el jefe era cojo y uno de ellos un gigante rubio. Llegaron en pleno día y haciendo preguntas para intimidar a supuestos testigos. La tendera les dijo que Polia lo había visto todo, pero en realidad Polia nunca vio nada, sino Eco. Los tres hombres fueron a casa de Polia y la violaron delante de su hijo.

XI. Gordiano y Tirón se introducen en una taberna y, abotargados por el vino y el calor, se quedan dormidos.

XII. Acuden a la Casa de los Cisnes, y el dueño les revela que Elena fue vendida a un ciudadano particular. Gordiano paga por estar con la más veterana de las prostitutas, una griega llamada Electra, y ésta le informa que Elena fue vendida en septiembre, antes del Festival Romano. Sexto Roscio iba a menudo a verla, casi todos los días, y le había prometido liberarla. Elena estaba embarazada y le había asegurado que el hijo era suyo. Un día acudieron por ella, su amo la había vendido y Electra creyó que había sido a Roscio, pero los dos hombres que se la llevaron (uno cojo y otro rubio) no venían de su parte porque en aquellas fechas Roscio ya estaba muerto. Electra revela que la historia del mensaje de parte de Elena es falsa, pues ni Elena sabía escribir ni hubiera mandado llamar a un ciudadano romano de esa manera. Electra pide un favor a Gordiano, que le revele cuanto averigüe sobre el paradero de Elena y del niño, aunque las noticias sean malas. Una vez averiguado todo esto, Gordiano invita a Tirón (que ha asistido a la entrevista) a aprovechar la belleza de Electra argumentando que el dinero de Cicerón, al fin y al cabo, ya ha sido invertido en ella.

XIII. De regreso a casa de Cicerón, contemplan el incendio de un edificio cerca del monte Capitolio. Ha habido varios muertos, y Craso, el hombre más rico de Roma, le compra el terreno a su desesperado dueño.

XIV. Al llegar a casa, Gordiano descubre que le han hecho una visita. Han matado a Bast, el gato de Bethesda y con su sangre han escrito en la pared: *Calla o muere. Deja que la justicia romana siga su curso.* Bethesda consiguió escapar. Uno de los hombres era un gigante rubio.

XV. Gordiano parte hacia Ameria, pero antes deja a Bethesda en casa del dueño de las cuadras donde alquila su caballo, para que esté a salvo si regresan a su casa los atacantes.

SEGUNDA PARTE. PORTENTOS.

XVI. Gordiano se detiene en una posada de Narnia. El dueño comenta a Gordiano que Sexto Roscio el joven no abandonó su villa durante aquellos días cuando se produjo el asesinato del padre. Hay dos ramas de la familia Roscio, la de los Sextos y la de sus primos, Magno y Capitón, que tienen un ex esclavo terrible llamado Malio Glaucia que coincide con la descripción del gigante rubio. El posadero cuenta que se detuvo en su taberna la primera mañana después de la muerte de Roscio y dio la noticia de la muerte del viejo. Glaucia se jactaba de traer el puñal ensangrentado, y que aunque él no lo había matado, poseía el puñal del crimen. Bebió vino y después se fue. Pero no vino a Ameria a informar a Roscio, sino a sus antiguos amos, que se llevan mal con la otra parte de la familia. Sin embargo, lo que la gente cree es que fue asesinado por hombres de Sila, ya que un grupo de soldados vino días después para decir que Roscio el viejo había sido ejecutado como enemigo del estado y sus propiedades iban a ser confiscadas por la fuerza y subastadas. De esta manera, Roscio el joven ya no tiene nada, su primo se quedó con las tres mejores de entre las trece granjas y la casa familiar, de donde echó a Roscio a patadas. El padre del posadero, un anciano ciego, informa a Gordiano del odio a muerte que se profesaban padre e hijo, sobre todo desde el nacimiento del joven Cayo, el segundo hijo de Roscio el viejo.

XVII. Camino de la finca de Roscio, que ahora pertenece a Capitón, encuentra a un joven vecino del mismo llamado Lucio, hijo de Tito Megaro. Su padre había tenido interés en adquirir algunas de las tierras, pero le había sido imposible: la subasta en Roma había estado amañada y había que ser amigo de Sila para beneficiarse, o saber a quién sobornar. Lucio le asegura que no habrá problema en hablar con su padre, ya que viene de parte de Roscio. Acude a la que fuera la villa de Roscio, y habla con un esclavo de Capitón llamado Caro, a quien hace preguntas sobre Cresto y Félix. Caro revela que su amo los vendió a un hombre de Roma: Crisógono.

XVIII. En casa de Tito Megaro, éste le revela que el cojo debe de ser Magno, y el rubio corpulento Malio Glaucia. La enemistad de la familia viene de antaño, de cuando el padre de Roscio el viejo deja sus propiedades al hijo varón, Roscio, en detrimento de sus hermanas, las madres de Magno y Capitón. Fue Tito Megaro quien dio a Roscio la noticia de la muerte de su padre, al día siguiente llegó un mensajero oficial y al siguiente el cadáver de Roscio. Se habla del lugarteniente de Sila, Crisógono, quien empezó siendo su esclavo para luego ser su amante y al fin ganar

la libertad. También él sacó beneficios del asunto, así que desde el principio debía de estar involucrado en el complot.

XIX. Gordiano parte al día siguiente, pero antes Tito le entrega para Cicerón una protesta del consejo municipal de Ameria presentada a Sila contra la proscripción de Sexto Roscio. Antes de partir, Tito le informa de que Capitón, Magno y Glaucia no están en su villa pues han salido a cazar, así que Gordiano aprovecha para dar una nueva vuelta por allí y habla con Caro, que detesta a sus nuevos dueños. Se le escapa decir que Roscio no era buen padre para sus hijas, pero no aclara el significado de sus palabras. Después de la muerte de Roscio, llevaron allí a Elena, a quien violaron repetidas veces. Cuando el niño nació, nadie la vio más. Caro conduce a Gordiano hacia el lugar donde están enterrados Roscio y su hijo Cayo. El día después de que Elena diera a luz, allí apareció una tumba nueva. Gordiano pasa la noche en casa de un primo de Tito Megaro.

XX. Al día siguiente, de nuevo en Roma, Gordiano visita a Cicerón, y de ahí parte a casa de Cecilia con Rufo y Tirón. Rufo comenta a Gordiano que está invitado a una fiesta en casa de Crisógono, y el Sabueso le pide ayuda para entrar en esa casa. En la de Cecilia, Roscio confiesa a Gordiano que todo cuanto ha averiguado es cierto, pero que no lo contó a Cicerón porque, ni siquiera con la verdad de su parte, podrá ganar el caso contra Crisógono. Después de la conversación con Roscio, Tirón se las ingenia para desaparecer, y Rufo y Gordiano conversan en el jardín sobre la fiesta de Crisógono. Gordiano insta a Rufo a abrirle la puerta de los esclavos, y éste acepta ayudarlo. Rufo está secretamente enamorado de Roscia, y puesto que sabe lo que está haciendo con Tirón en esos momentos, está indignado.

XXI. Gordiano recoge a Bethesda y vuelve a casa. En la Subura contrata a un gladiador que le sirva de guardaespaldas, Zótico, pero al llegar a casa descubre que Cicerón ya le ha enviado a otro, un fornido barbirrojo. Gordiano despierta en mitad de la noche y descubre que Zótico ha sido asesinado por el barbirrojo, y con la sangre de su víctima ha dejado un mensaje escrito en la pared. Al descubrir a Gordiano se arroja sobre él y forcejean. Bethesda surge por sorpresa a sus espaldas y golpea al barbirrojo en la cabeza con un madero, produciéndole una herida mortal.

XXII. Gordiano acude a casa de Cicerón para informarle de lo sucedido y transmitirle el mensaje, que obviamente era para el orador: *El necio ha desobedecido. Ahora está muerto. Un hombre más juicioso se tomaría unas vacaciones durante los idus de mayo.* Obviamente, no fue Cicerón quien mandó al falso guardaespaldas, pero saben que Crisógono tiene esclavos que saben leer y escribir. Pero queda una pregunta pendiente, ¿cómo supo Crisógono que Cicerón iba a costearle un guardaespaldas a Gordiano? Al principio éste sospecha de Rufo, pero enseguida vuelve los ojos hacia Tirón, que palidece. Cuando Cicerón se entera de su relación con Roscia monta en cólera y comienzan a atar cabos: Tirón debió de contarlo a Roscia, y al-

guien está sonsacando a Roscia la información. Como el juicio está más cerca, ese alguien debe haber sugerido a Roscia que se encontrase con Tirón en algún otro lugar que no fuese la casa de Cecilia, y así es: la mañana del día siguiente, en un parque abierto entre dos casas.

XXIII. Gordiano despierta dos horas antes del mediodía. Llega Rufo con la escandalosa noticia de que las posesiones de Roscio tienen un valor de seis millones de sestercios, pero Crisógono pagó por ellas nada más que dos mil sestercios. Gordiano y Tirón se marchan a la entrevista con Roscia, a la que hace confesar que su padre comenzó a abusar de ella cuando era de la edad de Roscia Menor, y todas las informaciones que da a sus enemigos las proporciona para que su padre sea condenado y poder evitar que abuse de Menor. Un hombre acude con ella cada tarde a ese lugar para recabar su información. Aparentan marcharse, pero vigilan a escondidas y Gordiano descubre quién es el hombre: un esbirro de Cayo Erucio, el fiscal.

XXIV. Gordiano informa a Cicerón y por la tarde parte con Tirón hacia la casa de Crisógono, donde esperan en una puerta trasera la llegada de Rufo. Al fin aparece Rufo y les lleva al piso superior.

XXV. Una esclava, Aufilia, les conduce a una habitación donde están ni más ni menos que Cresto y Félix, quienes cuentan a Gordiano que no tuvieron oportunidad de ayudar a su amo, pues fueron derribados e inmovilizados. Se trataba de Magno y de dos hombres: un barbirrojo y Malio Glaucia. Se quedaron en la casa de Roscio y días después apareció Magno asegurando que tanto la casa como ellos le pertenecían, pero después les mandó a Ameria con Capitón. Revelan que Roscio quería tomar a Elena por esposa, pero el dueño del burdel le daba largas. Cuando el amo murió se la llevaron a Ameria y al nacer el niño lo asesinaron arrojándolo contra unas rocas. Poco después, Elena murió de la hemorragia.

XXVI. En uno de los cuartos, por la abertura de un tapiz, espían cuanto sucede en la fiesta del salón principal. El famoso actor Metrobio canta ante Sila para deleite de todos, pero ellos son descubiertos por Magno y Malio Glaucia. Gordiano se quita veloz su anillo de ciudadano y argumenta que son esclavos de Rufo y le están esperando. Pero Glaucia reconoce a Gordiano por haberle visto en Ameria, cuando iba camino de la villa de Capitón. Tras un forcejeo, Gordiano y Tirón saltan por un balcón cercano hasta la calle.

TERCERA PARTE. JUSTICIA.

XXVII. Gordiano y Tirón huyen en la noche y se refugian en casa de Cecilia Metela, donde su criado eunuco los reconoce y salva de ser acuchillados por Magno y Glaucia, que les vienen persiguiendo. En casa de Cicerón, donde Gordiano y Bethesda siguen alojados, el orador les recrimina la aventura de introducirse en casa de

Crisógono. Gordiano descubre a la mañana siguiente que Cicerón ha ordenado a los guardias que Gordiano no puede abandonar la casa bajo ningún concepto, por su propia seguridad, pero por la tarde el Sabueso se escabulle mientras los demás duermen la siesta. Sube al tejado del pórtico y salta a la calle.

XXVIII. Más allá de la Puerta Fontinal encuentra a Craso contemplando la demolición del edificio que mandó incendiar y que luego compró a su desesperado dueño. Paseando, Gordiano llega hasta el lugar donde Roscio fue asesinado y decide visitar a Polia, pero ésta ya no vive en el edificio; se marchó porque no podía pagar el alquiler, pero antes abandonó a Eco, que dos días después también se fue. En la Casa de los Cisnes, visita a Electra y le comunica el triste destino de Elena y de su hijo.

XXIX. Regresa a casa de Cicerón, donde éste descubrió su ausencia y está encolerizado con él. Al día siguiente, Cicerón descansa para el juicio.

XXX. Idus de mayo, día del juicio de Roscio en el Foro, frente a los Rostra. Cayo Erucio, abogado de la acusación, lleva a cabo su discurso.

XXXI. Discurso de Cicerón. A la mitad, Gordiano no puede soportar más la necesidad de acudir a un retrete y abandona los Rostra hacia un lugar tras el santuario de Venus, donde hay desagües para tal fin. Advierte que Tirón le hace gestos de alarma, pero no hace caso y se marcha. Con las prisas no advirtió que Malio Glaucia le ha seguido con objeto de matarle. Forcejean en el retrete hasta que inesperadamente aparece Tirón y aplasta la cabeza de Glaucia con una piedra.

XXXII. Cicerón ganó el caso por abrumadora mayoría y pasa del anonimato a la celebridad, sobre todo por sus agudas críticas contra Sila. Esa noche hay fiesta en casa de Cecilia Metela para celebrarlo. Roscia Mayor, compungida, rompe en llanto y abandona la cena. Finalizada ésta, Cicerón le pide a Gordiano que pase la última noche en su hogar, y al llegar a la casa, encuentran al séquito de Sila acampado frente a la puerta y al viejo general en el estudio del orador. Sila, que hasta ese día no había oído hablar de Sexto Roscio, en pocas horas se ha puesto al corriente de todo, incluso de los movimientos de Cicerón y de Gordiano. Sila afirma que Roscio nunca fue inocente, y Cicerón confiesa que sólo creyó en su inocencia al principio. Sila, que lo sabe todo, deshace la maraña: fue Roscio quien envenenó a su hermano menor, Cayo, con coloquintida o calabaza purgante combinada con un veneno más degustable, ya que Sexto temía que su padre dejase en herencia todas sus pertenencias a Cayo. Cuando Elena quedó embarazada, continúa Sila, Roscio el viejo dictó a Félix una carta donde amenazaba a su hijo con desheredarle en beneficio del hijo de Elena. Roscio se conjuró con sus primos para acabar con el viejo, y hasta firmaron por triplicado una especie de contrato para que nadie quedara fuera del reparto del pastel. Sin embargo, Roscio fue tan necio que creyó poder romper el pacto con sus primos. A Capitón se le ocurrió lo de la falsa proscripción, y Magno conocía a Cri-

sógono, que confiscó las propiedades, las compró y las compartió con Magno y Capitón, que tuvieron a Roscio en casa para humillarle. Meditando en volver a recuperar sus tierras y temeroso de que el hijo de Elena algún día se volviese su enemigo, Roscio los mató a ambos con sus propias manos. Poco después, los primos consiguieron la copia de Roscio del documento incriminatorio firmado por los tres y que Roscio no podía usar por figurar en él su firma. Roscio estaba a su merced, y entonces sospechó que intentarían matarle y huyó de Ameria. A los primos sólo les quedaba el recurso legal para acabar con Roscio en una reconstrucción que no les involucrase a ellos, pero se movieron tarde: seis meses antes no había en Roma un abogado que se atreviera a involucrarse en un juicio contra protegidos de Crisógono y de Sila. Sila afirma que ahora Roscio es libre, pero la proscripción continuará, aunque en compensación Crisógono cederá otras propiedades a Roscio, muy lejos de Ameria. Además, no se tomarán represalias contra Cicerón ni contra Gordiano, y la misteriosa muerte de Glaucia es un incidente cerrado y olvidado.

A cambio, Cicerón dejará las cosas como están en ese momento: ni acusación contra Magno y Capitón por asesinato, ni queja oficial contra la proscripción, ni mucho menos movimientos contra Crisógono. Concluye dando la noticia de que dentro de unos días anunciará su retirada de la vida pública por motivos de salud. Llega Rufo con la inesperada noticia de que Roscio ha muerto.

XXXIII. Todos están confundidos. Rufo les comunica que Roscio ha fallecido al caer desde una terraza en la parte trasera de la casa de Cecilia. Sila cree que es un suicidio por el alterado estado mental que vino padeciendo en los últimos meses. Roscio había bebido mucho aquella noche, y también podría ser un accidente. Gordiano sospecha de Roscia Mayor, y se marcha a casa de Cecilia con Rufo y Tirón, ante el desinterés absoluto de Cicerón, que prefiere retirarse a dormir. Allí ven que la balaustrada es peligrosamente baja, apenas suficiente para evitar la caída de un niño. Antaño había estado protegida por un antepecho de madera, pero éste se pudrió. Rufo fue el primero en verle muerto, después de haber oído el grito de su hija Roscia, quien descubrió el cadáver a la luz de la luna. Roscia afirmó haber salido a la terraza para tomar el aire. Gordiano examina la balaustrada y descubre unas piedrecillas, pero una de ellas no es exactamente una piedra sino algo de un color rojo apagado. Además, halla unas cuantas gotas de sangre fresca, por lo que exige ver el cadáver, que está siendo velado en el santuario de la diosa. Cecilia le impide el paso, pero en cambio ordena a sus esclavas que saquen la litera con el cuerpo. Gordiano descubre en la nuca un agujero hecho por un objeto fino y punzante realizado de atrás adelante, hasta sobresalir por el cuello, un objeto como los largos alfileres que usa Cecilia para el moño. Examina las manos de Cecilia, y descubre que una de sus uñas pintadas de rojo está quebrada y en ella falta un fragmento, y ese fragmento es el que Gordiano encontró en la terraza. Cecilia confiesa que se levantó a media no-

che y se tropezó con Roscio, quien borracho y tambaleante, hablaba solo y se jactaba del crimen de su padre, de haber escapado a la justicia. Iba en dirección del dormitorio de sus hijas. Le invitó a salir a la terraza, donde él le confesó que había asesinado a su antiguo amante, y le pidió perdón. Luego le dio la espalda, y en ese preciso instante Cecilia le clavó el alfiler, provocando la muerte y caída de Roscio. Ella se arrodilló para ver el cadáver, y al apoyarse en la balaustrada con tanta fuerza se le quebró la uña.

XXXIV. Cicerón paga generosamente a Gordiano, y éste regresa con Bethesda a la casa del Esquilino. Sale a pasear por la ciudad, y cerca del lugar que él llama el pasadizo un niño perseguido por unos pilluelos se abraza a él. Es Eco, el hijo de Polia. Gordiano hace huir a los niños, y cuando se marcha ve que Eco le mira fijamente. Entonces Gordiano toma una decisión, llama al niño con una seña y lo conduce con él a casa.

II. El brazo de la justicia. (*The arms of Nemesis*, 1992)

Dramatis personae.

En casa de Gordiano (Roma):

Gordiano el Sabueso, exquiriente.

Eco, hijo adoptivo de Gordiano.

Belbo, guardaespaldas de Gordiano.

Bethesda, esclava de Gordiano y posteriormente su esposa.

En casa de Lucio Licinio (Bayas):

Lucio Licinio (†), primo de Craso.

Gelina, esposa del anterior.

Marco Mumio, agente de Craso.

Fausto Fabio, oficial del ejército de Craso.

Dionisio, filósofo.

Iaia, pintora.

Olimpia, ayudante de Iaia.

Sergio Orata, arquitecto.

Metrobio, actor.

Marco Craso, el hombre más rico de Roma.

Metón, niño esclavo.

Apolonio, joven esclavo al que ama Mumio.

Alexandros y Zenón, esclavos de Lucio Licinio.

PRIMERA PARTE. CADÁVERES VIVOS Y MUERTOS.

I. Roma, a principios de otoño de 72 a.C., a la hora segunda después de anochecer. En casa del Sabueso se produce la visita inesperada de un hombre, Marco Mumio, que ofrece un caso a Gordiano y cinco días de paga, quintuplicando lo que cobre al día. No dice quién le manda ni el caso. Gordiano acepta y parte con Eco, que ya es un adolescente. Gordiano sospecha que se dirigen a Bayas, pero no dice por qué hasta la página 32, en que hace una brillante deducción holmesiana.

II. Al llegar al Tíber embarcan en una barcaza de doce remeros que les conduce a Ostia, donde les espera la trirreme La Furia.

III. Gordiano sospecha que le contrata Marco Craso, el hombre más rico de Roma.

IV. Fausto Fabio, un patricio, recibe a Gordiano y a Eco de parte de una tal Gelina por mandato de Craso, y a continuación le habla de los problemas en la zona por la rebelión de Espartaco. Le pone en antecedentes sobre Mumio, patricio protegido por Craso cuyo antepasado constituye una deshonra para la familia. Al llegar a la casa de Gelina encuentran en el atrio el lujoso féretro con el cadáver de Lucio Licinio, muerto a golpes en la cabeza a última hora de la noche y hallado al día siguiente. Se sospecha de un esclavo. Licinio era primo de Craso, y durante la dictadura de Sila iniciaron relaciones comerciales. De carácter apocado, se arruinó y pidió a Craso que le salvara. Éste lo nombró administrador de sus posesiones y negocios en la Crátera (donde está Bayas), así como del resto de su hacienda: casa, trirreme y esclavos incluidos. Ahora Craso hereda las deudas y posesiones de Licinio y hasta su esposa Gelina, con quien no tuvo hijos, pasa también a depender de él.

V. Encuentro con Gelina, hija de Cayo Gelino, que le explica la situación. Licinio fue asesinado cinco días antes, las nonas de septiembre, y fue hallado por un pequeño esclavo llamado Metón. Postura del cuerpo: de espaldas, ojos abiertos, piernas y brazos estirados, éstos por encima de la cabeza. No se halló el arma pero sí una capa marrón oscura de lana manchada de sangre, en un camino a cinco millas entre los arbustos. Gelina no sabe si era de su marido, quien a pesar de la importancia de la herida no había sido hallado en un charco de mucha sangre. La misma mañana desaparecieron dos esclavos, Zenón, el tesorero y secretario de Licinio, y Alexandros, un joven que también ayudaba en las cuentas. Gelina está convencida de que son inocentes. A los pies de Licinio fueron grabados a cuchillo los caracteres ESPARTA, inacabados pero que querían señalar a Espartaco.

VI. Continúa Gelina afirmando que nadie vio ni oyó nada. Gordiano cree que el caso está claro y los esclavos son culpables, pero Gelina quiere que averigüe la verdad o de lo contrario morirán en represalia todos los esclavos de la casa. Mumio explica que la noche del crimen Craso volvía de Roma con una cohorte completa

(600 esclavos), ya que anda ejerciendo presión para que le permitan acabar con Espartaco con su propio ejército. A siete días del asesinato, idus de septiembre y luna llena, se llevará a cabo el entierro y después unos juegos fúnebres que acabarán con la muerte en público de los 99 esclavos de la casa de acuerdo a una vieja ley: si un esclavo mata a su amo, todos los esclavos de la casa deben ser ejecutados. Lo que pretende Craso es demostrar que puede acabar con Espartaco, primero demostrando rigor en su propia casa, obtener permiso para combatir a Espartaco y después de su derrota aspirar al consulado.

Entregan a Gordiano la capa hallada entre los arbustos y advierte que le han cortado un borde. Gordiano razona que todo es demasiado complicado: ¿por qué mataron a Licinio con una especie de porra si tenían el cuchillo con el que grabaron ESPARTA? Además, fue hallado en una postura típica de haber sido arrastrado, ¿desde dónde y por qué? Los asesinos quisieron hacer desaparecer la capa, como ocultando su crimen, pero entonces ¿por qué se jactaron empezando a escribir el nombre de Espartaco? Del establo no desaparecieron dos caballos ni en toda la zona, por lo que huyeron a pie puesto que tampoco huyeron por barco ni se registró robo de botes, y hubiera sido fácil descubrirles en una zona tan transitada, así que están escondidos o... muertos.

Mumio le informa de quién más vive en la villa: Dionisio, filósofo de Gelina; Iaia la pintora y su ayudante Olimpia, que no estaban esa noche allí sino en Cumas (a una hora de camino); Sergio Orata, el arquitecto de los baños de la casa, y Metrobio, actor famoso amigo de Gelina (ver sinopsis de *Sangre romana*). Ninguno oyó nada, ni los esclavos que duermen en sus propias dependencias junto a los establos. Hay un esclavo de guardia, pero no vigila la casa sino los jardines, el acceso a la casa y a la costa, en previsión de un ataque pirata. Estaría en la parte trasera de la casa y no vio nada.

SEGUNDA PARTE. LA BOCA DEL HADES.

VII. Duodécima hora del día. Cena con Gelina, Iaia, Olimpia, Dionisio, Marco Mumio, Orata, Fausto Fabio, Metrobio, Eco y Gordiano. Se espera también a Craso, pero éste avisa que no llegará a tiempo. Hablan. Dionisio toma un brebaje vitamínico verdoso al finalizar la comida. Apolonio canta, Mumio se emociona al oírle y llora.

VIII. Un guardaespaldas avisa a Gordiano de que Craso (quien acaba de llegar a la villa) quiere verle en la biblioteca. Éste está muy convencido de la culpabilidad de los esclavos y le comenta al revisar los libros de cuentas que no sabía que Licinio fuese tan descuidado. Gordiano descubre en esa biblioteca una estatua de Hércules, se da cuenta por unas manchas de sangre que fue usada para matar a Lu-

cio y se lo comunica a Craso: lo mataron ahí mismo y luego arrastraron el cuerpo al atrio tras secar toda la sangre con la capa hallada más tarde. Gelina no pudo oír gritos porque, dice Craso, duerme como un lirón a causa del exceso consuetudinario de vino al que es aficionada. Éste supone que todo ello confirma la teoría de que lo mataron los esclavos con quienes trabajaba en la biblioteca.

Gordiano acude al embarcadero a pasear, y allí cree oír un chapoteo en el agua como de alguien que arroja algo en ella. Instantes después le ataca un encapuchado con un remo, luchan y el atacante escapa. Al regresar a su habitación encuentra sobre su cama un muñeco grotesco tallado en piedra negra.

IX. Gordiano interroga a Metón sobre la estatuilla, y él le comunica por señas que la debe dejar donde la encontró para atraer la buena suerte. En la biblioteca no descubren manchas de sangre en el suelo. Las hallan sobre un retrato de Gelina que preside la biblioteca. Mueven la mesa y encuentran más manchas imposibles de limpiar, lo que prueba que los asesinos borraron huellas, y esto entra en contradicción con la muesca de Espartaco y los dos esclavos.

X. Charla con Iaia: Lucio estaba en la ruina, nada era suyo. Por la tarde Eco pinta con Olimpia, luego acude con Orata a los baños y Gordiano al masajista con Metrobio. Éste le confiesa que odia a Mumio porque le arrebató a un esclavo que le gustaba. De Lucio, que era el tipo más inútil que había visto en su vida, y que quien realmente convenció a Craso de recurrir a Gordiano fue Mumio, por salvar a su amado Apolonio. Craso no quiso vendérselo a Mumio. Más tarde, Gordiano se encuentra con Metón y éste le pide que vaya rápido al cuarto, donde la estatuilla de piedra negra ha desaparecido y un mensaje le advierte que visite cuanto antes a la sibila de Cumas.

XI. Metón le informa de que Olimpia viaja a Cumas todos los días para recoger algunas cosas para Iaia y vigilar su casa. Les acompaña. Gordiano sospecha que ella tiene alguna relación con la sibila. Llegan a la Boca del Hades y Olimpia se separa. Instantes después ven a un encapuchado que sigue a Olimpia, y Eco cree reconocer a Dionisio. A sus espaldas, una sacerdotisa les llama y les conmina a entrar en el templo de la sibila.

XII. Están en el templo de la sibila. Ella toma el dinero y Gordiano reconoce bajo la túnica la mano de una anciana. Manda a un niño llamado Damón que sacrifique un cordero. La sibila se quita la túnica mientras lleva a cabo su ritual, y Gordiano descubre que no es Iaia. Le preguntan por el caso, y ella responde que a Licinio no le mataron los esclavos, de cuyo paradero revela que uno está escondido y el otro a la vista de todos; a éste lo encontrará de regreso a Bayas, junto al lago Averno, y al primero a su debido tiempo. Después la sibila revela que Eco no es mudo. Desaparece.

XIII. Acuden a la casa de Iaia y curiosean entre los pigmentos, entre los que encuentran el venenoso acónito. Gordiano da un paseo por los acantilados y ve que se acerca Olimpia. Mientras la observa, descubre que desde otra roca también es vigilada por Dionisio. Cuando llega a la casa, se reúnen y parten. Gordiano advierte que Dionisio les sigue a distancia y al llegar a la cornisa del lago Averno descienden. En el agua ácida descubren la cabeza de Zenón, Olimpia la toma por el poco pelo que le queda y la arroja de nuevo, devolviéndola a las profundidades.

TERCERA PARTE. MUERTE EN LA CRÁTERA.

XIV. Gordiano duerme y cuando despierta se encuentra con Metón al pie de la cama. Éste le avisa que todos le esperan para la cena, cena que ahora será frugal como corresponde a la noche previa a un funeral. Craso cuenta la historia de su juventud. Dionisio afirma que ha investigado sobre el crimen al mismo tiempo que Gordiano y pronto resolverá el caso.

XV. Gordiano habla con Orata. Lucio gastaba con generosidad, y según Orata no era el pobre que aparentaba. Tenía planes de comprarle la villa a Craso y de remodelarla. Tenía dinero de dos años a esa parte, fortuna que para Orata es un misterio y no cree que Craso conociera. Sospecha que Craso se encontrará con sorpresas al revisar las cuentas de Lucio. Al despedirse pasa por la biblioteca y allí oye a Craso discutir con Mumio por la supervivencia de Apolonio. Cuando Mumio se marcha, Craso invita a Gordiano a pasar y hablan sobre Pompeyo y Espartaco; después Gordiano comunica a Craso que han hallado el cadáver de Zenón, pero éste no le cree al no traerle pruebas, concretamente la cabeza. Craso afirma que las cuentas de Lucio se han convertido en un caos de un tiempo a esa parte, llenas de irregularidades. Gordiano advierte que alguien ha eliminado las muestras de sangre de la estatua a pesar de que Craso afirma que nadie ha entrado en la biblioteca para limpiar la estancia y, evidentemente, él no ha informado a nadie de la existencia de la sangre.

XVI. Al día siguiente, incineración y entierro de Lucio. Craso anuncia que los juegos fúnebres se celebrarán en veinticuatro horas.

XVII. Gordiano busca a Metón tras el entierro y éste le comunica que entre ellos hay un buen nadador. Acuden a los establos, donde Craso ha encerrado a casi todos los esclavos. Apolonio es ese nadador. Acuden al embarcadero y Apolonio se sumerge.

XVIII. Apolonio revela que en el fondo hay espadas, lanzas y sacos con monedas. Saca una espada y unas monedas, que Gordiano enseña a Craso. Gordiano supone que Lucio vendía armas a Espartaco y, como alguien le atacó en el embarcadero la primera noche, bien pudo ser su socio; también cabe la posibilidad de que Lucio fuera inocente y al descubrir el negocio le mataran. Craso le confirma que fal-

tan documentos de los archivos de Lucio, y eso lo convierte en sospechoso de manejar asuntos ilícitos.

XIX. Gran banquete después del entierro. Acomodan a Dionisio en una tercera sala, lo que representa una humillación. Gordiano repasa a los sospechosos. Sirven a Dionisio su mejunje verde, lo toma y muere envenenado.

CUARTA PARTE. JUEGOS FÚNEBRES.

XX. Gordiano interroga a la camarera. Dionisio seleccionaba y molía sus hierbas y por la mañana las entregaba para ser llevadas a la cocina, pero en esa ocasión no lo había hecho hasta mediodía. Alguien pudo envenenarlas en su cuarto. Gordiano cree por los síntomas que el veneno es acónito. Indagan en la habitación de Dionisio y descubren un cofre que alguien ha querido forzar sin conseguirlo, lo abren con la llave escondida y encuentran los documentos perdidos de la biblioteca, manchados de sangre. El Sabueso se los lleva a Craso, pero él proporciona su versión de los hechos y expulsa a Gordiano. Gordiano y Eco parten al anochecer hacia Cumas.

XXI. Llegan al precipicio del Averno. Noche cerrada y niebla. Gordiano recibe un golpe y cae del caballo. Lucha. Eco desaparece. Gordiano queda desmayado en el suelo del bosque.

XXII. Gordiano despierta al amanecer y no halla rastro de Eco. Llega a la playa por el camino donde vigilara a Olimpia. Se introduce entre unos peñascos y encuentra una cueva donde halla a Olimpia con un joven: Alexandros. A instancias de Gordiano, Olimpia cuenta a Alexandros que los esclavos serán ejecutados ese mismo día.

XXIII. Puesto que Iaia sabe mucho de hierbas, cura las heridas de Gordiano y éste le hace un repaso de sus sospechas: Dionisio seguía a Olimpia y debía saber lo de la cueva, ya que durante la cena sacó el tema de la cueva donde vivió Craso y por tanto su secreto estaba en peligro. Vio la reacción de ellas, y al día siguiente Dionisio murió. Iaia afirma que no envenenaron a Dionisio. Luego Gordiano le sonsaca que ellas forman parte de un círculo de iniciadas que hacen hablar a la sibila pres-tándose a ser receptoras de su voz. Ella colocó la estatuilla en su cama y le aconsejó visitar a la sibila con el fin de que encontrase los restos de Zenón. Alexandros cuenta la historia: aquella noche trabajaron con Lucio hasta tarde, Craso estaba a punto de llegar y Lucio se encontraba en problemas con las cuentas, al haberse involucrado en algún negocio sucio. Lucio los mandó a dormir pero Zenón volvió después y descubrió que había llegado un visitante que portaba una capa con el escudo de Craso. Lucio lo despide y regresa después con Alexandros para husmear. Lucio está muerto, y el visitante (ninguno de los dos ha visto jamás a Craso) les asegura que ellos

pagarán por esa muerte. Huyen de la villa con dirección a la casa de Iaia y al llegar al Averno el caballo de Zenón cae al lago y Zenón muere. Teorías: que Craso mató a Lucio, que quizá él mismo era quien vendía las armas a Espartaco a través de Lucio y que éste tuvo miedo o quiso chantajearle y Craso le mató. Luego Dionisio pretendió chantajear a Craso y también le asesinó. ¿Por qué mandó Craso traer a Gordiano desde Roma? Porque no podía negarse a llevar a cabo una investigación en toda regla sobre el asesinato de su primo. Ésta es la explicación de Iaia, que le cuenta más: como Lucio y Gelina no tuvieron hijos, ella convenció a su marido para intentar tenerlo con el propio Craso, lo que aumentó más aún la relación de humillación entre ambos. Eco aparece con la capa manchada de sangre.

XXIV. Eco había llegado la noche anterior cansado y herido, y allí le sanaron. Marchan hacia Bayas, todos menos Iaia, para impedir la muerte de los esclavos. En lontananza contemplan cuanto ocurre en el circo. Sacan a los esclavos. Gordiano y sus acompañantes aceleran el ritmo de la cabalgada. Eco recupera la voz en un momento de gran tensión. Detienen el espectáculo y se enfrentan a Craso. Alexandros reconoce al asesino de Lucio, pues parece que acusa a Craso pero señala a Fausto Fabio.

XXV. Cae la noche. Gordiano conversa con Craso en la biblioteca y éste le confiesa que no habrá juicio contra Fabio porque ese escándalo público no le conviene; pero no escapará a su castigo, y recuerda que en tiempos de guerra un hombre puede morir de muchas maneras. Craso resume: Fabio y Lucio habían urdido el plan durante la primavera pasada. Como su visita actual no estaba prevista, Lucio se asustó. Fabio abandonó el campamento esa noche y se llevó la capa de Craso para pasar inadvertido. Lucio tenía la intención de confesarlo todo a Craso y entonces Fabio le mató. Limpió la sangre, sacó a Lucio al atrio y al oír ruido escapó. Era Dionisio, que tomó con mucha frialdad el descubrir el cuerpo de Lucio, acudió a la biblioteca y se llevó los documentos ensangrentados. Fabio se dio prisa en arrojar las armas al agua (esa noche en que intentó ahogar a Gordiano) y borrar huellas. Estaba nervioso por la arrogancia de Dionisio y la presencia de Gordiano. La mañana de los preparativos del funeral entró en el cuarto de Dionisio y envenenó con acónito las hierbas de Dionisio. Los ayudantes de Fabio intentaron matar a Gordiano y a Eco la noche anterior para arrebatarse la capa. La idea de Craso es vender a todos los esclavos, incluidos Alexandros (si lo vende a Olimpia le daría la libertad y podría declarar en un juicio contra Fabio) y Apolonio (no puede permitir que un esclavo que estuvo a punto de morir resida en la misma casa que Mumio). Gordiano quiere comprar a Metón, pero Craso se niega.

EPÍLOGO.

Dos años después, Gordiano recibe la visita de Marco Mumio, que ahora es pretor de Roma. Craso venció a Espartaco. Fausto Fabio murió en una diezma que organizó Craso para castigar a sus soldados y, de paso, vengarse de Fabio. Craso vendió a los esclavos, pero Mumio localizó en Alejandría a Apolonio y lo compró. También a Metón, que ahora regala a Gordiano. Intentó comprar a Alexandros, pero no pudo. Al enterarse Craso de que Mumio quería comprarlo, lo condenó a galeras y murió encadenado en La Furia cuando el barco se hundió tras el ataque de unos piratas.

Durante esos dos años Gordiano ha manumitido a Bethesda y ahora es su esposa. En el último capítulo da a luz un bebé: Diana, la primera hija natural de Gordiano.

III. *El enigma de Catilina (Catilina's riddle, 1993)*

Dramatis personae

Gordiano el Sabueso.
Bethesda, esposa de Gordiano.
Diana, hija menor de Gordiano y Bethesda.
Metón, hijo adoptivo de Gordiano.
Eco, hijo adoptivo de Gordiano.
Arato, esclavo de Lucio Claudio y ahora de Gordiano.
Congrio, cocinero de Gordiano.
Claudia, vecina de Gordiano y prima de Lucio Claudio.
Publio Claudio, vecino de Gordiano y primo de la anterior.
Manio Claudio, idem.
Cneo Claudio, idem.
Fórfex, esclavo del anterior.
Nemo, cadáver descabezado.
Marco Celio, protegido de Cicerón y Craso.
Lucio Sergio Catilina, senador romano.
Tongilio, compañero de Catilina.
Marco Tulio Cicerón, cónsul.
Julio César, pontífice máximo.
Marco Licinio Craso, el hombre más rico de Roma.
Marco Valerio Mesala Rufo, augur y amigo de Gordiano.

PRIMERA PARTE. NEMO.

I. Calendas de junio de 63 A.C. Gordiano, que heredó una finca de su amigo Lucio Claudio, vive felizmente en ella acompañado de casi toda su familia: Bethesda, su hija Diana, su hijo Metón y sus esclavos. Eco, ahora casado, vive en Roma, en la casa de Gordiano en el monte Esquilino.

La finca de Gordiano está rodeada de fincas de la familia de los Claudios, con los que se lleva mal porque le llevaron a juicio cuando Lucio le dejó en herencia sus tierras. Cicerón, cónsul ahora, defendió a Gordiano y ganó el caso. Sin embargo, mantiene una buena relación con Claudia, prima de éstos.

II. Llega Marco Celio, protegido de Cicerón y de Craso. Viene a pedir un favor a Gordiano en nombre de Cicerón: que acoja en su casa durante unos días a Lucio Sergio Catilina, su enemigo. Gordiano se niega.

III. Gordiano habla con Metón (que ha escuchado todo) sobre Cicerón y Catilina.

IV. Gordiano y Marco Celio vuelven a hablar. Éste le comunica que hubo una reunión de conspiradores a principios de ese mes a la que él asistió. La idea era matar a Cicerón. Cuenta la reunión. Marco Celio está infiltrado entre los conjuradores, si Gordiano acepta acoger a Catilina, le informará de cuanto haga o diga. Catilina necesita un lugar neutral donde retirarse mientras hace contactos por la zona.

V. Celio le cuenta a Gordiano un enigma que Catilina formuló la noche de la conjuración: “Veo dos cuerpos. Uno es delgado y débil pero tiene una gran cabeza. El otro es grande y fuerte pero no tiene cabeza”. Gordiano no consiente en alojar a Catilina, y Celio le pide que se lo piense y le mande un emisario con el siguiente mensaje, si acepta: “El cuerpo sin cabeza”; si no acepta, “La cabeza sin cuerpo”. Celio abandona la villa.

VI. Mediados de junio. Diana le revela que ha encontrado en el granero a un hombre sin cabeza.

VII. En efecto, el cadáver está intacto salvo en que le falta la cabeza. Debió de ser abandonado después del amanecer en el granero, pues durante el amanecer los esclavos estuvieron trabajando ahí y, si lo hubieran visto, hubieran alertado a su amo. No se trata de un esclavo de la casa, pues ninguno es tan velludo. Tampoco lo han matado esa mañana, pues el cuerpo está rígido y frío, y además el corte del cuello está coagulado y no hay sangre en la paja sobre la que fue hallado. Gordiano advierte que tiene las características físicas de haber estado enfermo: pecho, miembros y nalgas enjutos. Ni lleva anillo de hombre libre ni marca más clara en la piel del dedo, rastro de un anillo. Uñas bien cuidadas, sin callos en manos ni pies. Su piel no está muy tostada por el sol. Llama a Arato, quien palidece al ver el cuerpo, y le or-

dena que lleve a unos hombres a cavar lejos una fosa entre zarzas para enterrar a Nemo (como Gordiano bautiza al cadáver). Escribe a Eco una carta pidiéndole que visite a Celio y le comunique el mensaje “El cuerpo sin cabeza”.

SEGUNDA PARTE. CANDIDATUS.

VIII. Principios de julio. Acompañado de Belbo, llega Eco a visitar a la familia. Dio el recado a Celio, pero a cambio quiere saber qué es lo que está pasando. Gordiano le pone al corriente y al día siguiente regresan a Roma.

IX. Gordiano sigue pensando en la idea de hacer un molino, pero le podría plantear un conflicto con su vecino Publio Claudio al haber un problema en cuanto a la prioridad de utilización del arroyo y el enlodamiento de las aguas del mismo. Decide ir a dialogar con él. Su propiedad es una pocilga y él no tiene mejores modales que un cerdo. Al final le espeta a Gordiano que el arroyo es de su propiedad, y le deniega el permiso. Gordiano regresa a su villa y por la tarde llega Catilina acompañado de un apuesto joven llamado Tongilio.

X. Durante la cena, se repasa la historia de Sexto Roscio y, sobre todo, se hace un resumen del caso de las Vestales (que dio título al volumen de cuentos *La casa de las vestales*).

XI. Catilina muestra interés por conocer una mina abandonada en territorio de Cneo Claudio. Uno de sus cabreros, llamado Fórfex, acepta guiarles por un dinero. Visitan la mina Catilina, Tongilio, Gordiano y Metón.

XII. Camino de la mina, en un precipicio, descubren esqueletos humanos. Restos de esclavos ejecutados. El viejo Claudio se volvió medio loco al final de su vida; cosa de familia. Entran en la mina y se internan en ella; en una de las cámaras descubren, espantados, un abismo repleto de esqueletos humanos: cientos de ellos, quizá miles. Fórfex explica que oyó decir que al cerrar la mina el amo había vendido a todos los esclavos, pero que otros decían que nunca vendió a ninguno, y ahí estaba la prueba. Una corriente de aire o una rata hace temblar muchos huesos y Fórfex sale despavorido invocando a los lémures de los muertos. Al regresar se encuentran con Cneo Claudio, que regaña y golpea a Fórfex por enseñar sin su permiso la mina a extraños. Cneo es otro salvaje. Catilina le habla de un socio de la ciudad que compra minas abandonadas y, ante la posibilidad de un negocio, Cneo se suaviza. Parten.

XIII. En los baños de casa de Gordiano, éste sonsaca a Catilina el nombre del comprador de minas abandonadas: Marco Craso. Catilina y él están aliados contra la oligarquía de los optimates y Cicerón, vendido a ellos. Repaso de la relación de Craso con Gordiano, resumen de *El brazo de la justicia*. Catilina le confiesa que realmente sí sedujo a la vestal Fabia. Repaso de algunos de los crímenes que la voz popular achaca a Catilina.

XIV. Parten Catilina y Tongilio. Dicen que marchan hacia el norte pero mienten, toman rumbo sur, hacia Roma. Desaparecen entre el bosque, buscando el camino antiguo que conduce a la mina. Gordiano observa todo esto con inquietud cuando vuelve a aparecer su vecina Claudia. Comenta a Gordiano que Cneo le habló de los forasteros de Roma, y Gordiano se hace el loco, que uno de ellos mencionó a un tal Gordiano y le da el consejo amistoso de que no juegue con sus parientes porque son de cuidado. Antes de marcharse, se lo vuelve a advertir con gravedad.

XV. Hacen los preparativos para marchar todos a la ciudad con motivo de que Metón va a asumir la toga viril. Cuando llegan a Roma, la ciudad está colapsada de gente y un hombre le cuenta que Cicerón ha desconvocado las elecciones por tener noticias de una conjuración y es peligroso celebrarlas. Llegan a la casa del Esquilino donde les reciben Eco y su esposa Menenia. Eco le explica a Gordiano que las elecciones se celebrarán dos días después.

XVI. Metón asume la toga viril.

XVII. Fiesta en la casa del Esquilino. Reencuentro con Marco Valerio Mesala Rufo (*Sangre romana*), que ese año se presenta a pretor y le da su versión de los acontecimientos y del giro de Cicerón durante el consulado. Le habla del joven Julio César. Encuentro con Claudia, que ha llevado a la fiesta a otro de sus primos, Manio, quien hace un resumen despectivo de la historia de cada uno de los miembros de la familia de Gordiano.

XVIII. Llegan Marco Mumio y Apolonio (*El brazo de la justicia*). Aparece Marco Celio, quien predice que los grandes problemas están por venir, que su ayuda será más útil ahora que antes, y que esa tarde Catilina responderá al enigma en el senado. Cuando Gordiano le pregunta por Nemo, Celio responde que no sabe de qué le habla.

XIX. Acaba la fiesta y parten hacia el templo de Júpiter, en la cumbre del monte Capitolino, para leer los auspicios. Rufo encabeza la procesión con su vestimenta de augur. En el Foro muchos discuten sobre Catilina, César, Cicerón... En la subida del monte se tropiezan con Craso y César. Llegan hasta la cumbre.

XX. El augurio se produce: un águila desciende y se coloca junto a Metón. Rufo queda profundamente impresionado por esto, pues lo considera un augurio demasiado poderoso. Impelido en parte por ello, quiere que Metón asista a una reunión del Senado. Se introducen en la Casa Senatorial Eco, Gordiano, Metón y Rufo. Cicerón pleitea ante todos con Catilina, que desvela el significado de su enigma.

XXI. Gordiano y Metón, acompañados de Belbo, acuden al Campo de Marte a contemplar las elecciones. Catilina pierde por segundo año consecutivo, ganando la elección Silano y Murena.

XXII. Visita inesperada de Cicerón durante la noche. Recuerda a Gordiano que tiene la obligación de ayudarlo.

XXIII. Después de las elecciones pasan cinco días en Roma. Gordiano visita a Volumeno, su abogado, para tener noticias de sus derechos sobre el arroyo frente a las reclamaciones de Publio Claudio; Volumeno le comunica que no ha habido ningún avance al respecto. De regreso a la granja, Arato comunica que el agua del pozo está contaminada, debido quizá a un gato o a un conejo muerto. Gordiano desciende al pozo, y lo que hallan es bien distinto: un cuerpo humano sin cabeza.

TERCERA PARTE. CAPITOSTES.

XXIV. Una vez sacado el cadáver del pozo, Gordiano y Metón lo analizan. Gordiano lo bautiza Ignotus. Reúne a los esclavos para saber si alguien vio o escuchó algo, y un anciano llamado Clemente reconoce haber escuchado ruidos y un chapoteo en el pozo tres noches antes. A la mañana siguiente, Metón despierta muy excitado a su padre: recordó que el cadáver tenía un antojo de nacimiento en el dorso de la mano, y ese mismo antojo lo había visto en Fórfex.

XXV. Metón y Gordiano se introducen en las tierras de Cneo Claudio e interrogan sobre Fórfex a un joven cabrero; éste les notifica que el amo le castigó tan severamente que acabó matándole. Lo entregó a sus esclavos para que lo abandonasen junto al precipicio de los esqueletos, pero no le cortó la cabeza.

XXVI. Visita a Cneo Claudio. Reconoce que mató a Fórfex, pero no sabe nada de su decapitación, y menos aún que fuese arrojado al pozo de Gordiano; tampoco sabe nada del otro cadáver. En definitiva, no sabe nada de nada aunque se alegra de todo lo malo que le pueda pasar a un lechuguino de la ciudad como Gordiano, quien sabe que Cneo, a pesar de ser un individuo despreciable, está diciendo la verdad, por lo que concluye que alguien más manipuló el cadáver entre su abandono en el precipicio y su aparición en el pozo. A su regreso a la granja le notifican que Clemente se encuentra muy enfermo, y poco después muere ante los ojos de Gordiano.

XXVII. Cumpleaños de Diana. Eco y Menenia acuden desde Roma para la celebración rodeados de guardaespaldas armados. Eco revela a Gordiano que está espionando para Cicerón entre los conjurados de Catilina.

XXVIII. Eco pone al corriente a Gordiano de todos los implicados en la conjuración.

XXIX. Septiembre. El molino, ya levantado, no funciona. La mañana de los idus llegan Catilina y Tongilio. El primero indica a Gordiano qué es lo que impide el funcionamiento del molino, y éste lo soluciona.

XXX. En el baño y posteriormente en el cerro, Gordiano y Catilina dialogan sobre lo humano y divino. Gordiano saca a colación el tema del cadáver de Fórfex, y Catilina se horroriza. No sabe nada del asunto.

XXXI. Pasa el tiempo. Catilina hace otra visita en septiembre y otras tres en octubre. Llega Eco de la ciudad con noticias de revuelta armada. Cicerón ha conseguido que el senado le dé poderes extraordinarios, pues él y otros senadores han recibido cartas donde se les amenaza de muerte. Catilina es puesto en reclusión domiciliaria, acusado de violencia política.

XXXII. Calendas de noviembre. Lluve al fin. Metón lee a Tucídides y a Heródoto. En mitad de la noche tormentosa llegan treinta hombres armados exigiendo que se les entregue a Catilina, que ha huído de Roma. Entran en la casa arrasando todo a su paso. Metón cree reconocer al guardaespaldas de Cicerón. Es el Gran Día. Todo el día anterior hombres armados de Catilina acudieron a casa de Cicerón para matarle, pero él estaba sobre aviso y no les recibió. Esa mañana Cicerón pronuncia su famosa Primera Catilinaria. Los hombres se marchan con la advertencia de que no vuelva a acoger en su casa a Catilina. La función ha terminado. Cuando los hombres han desaparecido, Gordiano y Metón marchan al camino viejo con dirección a la mina con comida y mantas. Creen que Catilina se oculta en ella.

XXXIII. Gordiano recibe un lanzazo de los hombres de Catilina, pero al reconocerlos, Catilina les invita a guarecerse de la lluvia. Cuando Gordiano le revela que los hombres de Cicerón han ido a su casa a buscarle, Catilina cree que Celio le ha traicionado. No sabe que Cicerón conocía ese destino desde el principio. Catilina explica su versión de todos los hechos, y de cuanto Cicerón ha tramado contra él y ha hecho público en sus discursos. Él se declara inocente de conspiración y se confiesa un idealista. Se hace mención, al final, del águila de Mario que posee Catilina.

XXXIV. Amanece sin lluvia, y Catilina prepara el decenso hasta el camino. Gordiano insiste en interrogar a Catilina sobre los decapitados, y él vuelve a mostrar su ignorancia sobre el tema. Cuando parten, Gordiano y Metón regresan a casa. Al día siguiente llega un mensajero con una carta de Eco. El día anterior Cicerón lanzó otro discurso contra Catilina, pero en el Foro. Pocos días después de los idus de octubre llega otra carta de Eco donde se airean vientos de guerra inminente y le pide que la familia regrese a Roma por seguridad. Gordiano accede y le avisa de que volverán a mediados de diciembre, un mes antes de que Cicerón finalice su consulado.

CUARTA PARTE. NUMQUAM.

XXXV. Gordiano y su familia emprenden el viaje a Roma. Al llegar a casa de Eco, Menenia les avisa de que Eco se encuentra en el Foro, pues Cicerón va a arengar al pueblo. En efecto, allí se reúnen con Eco. Cicerón lanza su discurso.

XXXVI. Debates en el Senado por la vida y la muerte de los acusados, los cómplices de Catilina. A pesar de la oposición de César, son condenados a muerte y ejecutados. Es el gran día de triunfo de Cicerón.

XXXVII. De nuevo en la granja a fines de año, donde están pasando un duro invierno. Cicerón es Padre de la Patria. Metón pide permiso a Gordiano para marcharse a Roma, a lo que él accede, pero acompañado de un esclavo, Orestes. Esa tarde recibe una visita de Cneo Claudio, quien le hace una oferta de compra de la granja que Gordiano desestima. Al día siguiente recibe una carta de Eco informándole de que Orestes ha llegado solo a Roma y Metón abandonó el camino al poco rato con dirección desconocida. Gordiano sabe que ha huido para unirse a Catilina. Diana va a buscarle muy nerviosa y le conduce al establo. La razón: ha encontrado otro cadáver decapitado.

XXXVIII. Gordiano parte en busca de Metón. Al fin, encuentra en Pistorium (al pie de los Apeninos) el campamento de Catilina, y éste le recibe en su tienda, donde está llevando a cabo una reunión y donde también halla a Metón. La batalla es inminente y salen todos de la tienda. Gordiano intenta convencer a Metón de que regrese con él a casa, pero su hijo se niega. Llega la hora del discurso final de Catilina. Ante la negativa de Metón a acompañar a Gordiano, éste se queda con él, espada en mano, combatiendo no por Catilina sino por Metón. Al fin cae herido y se desmaya.

XXXIX. Gordiano sueña con el Minotauro y horas después despierta en una tienda, frente a su amigo Marco Valerio Mesala Rufo, quien le pone en antecedentes: cuando cayó herido, Metón lo puso a salvo tras las líneas y entonces se desmayó. Al acabar la batalla los soldados de Antonio tenían la orden de hacer prisionero a todo el que quisiera entregarse, pero sólo hallaron a ellos dos con vida. Ante lo extraño de la situación llamaron a un augur, que resultó ser él mismo, y al reconocerles los tomó bajo su protección. Llega Metón. El sueño del Minotauro le ha revelado a Gordiano la verdad de los cadáveres decapitados. Al día siguiente parten, y al pasar junto a la tienda de Antonio ven clavada en un asta la cabeza cortada de Catilina.

XL. Regreso a casa y noticia de que Diana ha desaparecido: fue a la cocina, Congrio la vio marcharse y luego desapareció. Metón corre hacia la cocina y ataca a Congrio. Ante el miedo de la tortura, Congrio confiesa. Acuden a casa de Claudia, que insiste en no tener noticias de la niña. Gordiano le pone un cuchillo en el cuello y recapitula cuanto Congrio le ha dicho: envió a uno de sus esclavos para hablar con él y convencerle de envenenar a Gordiano, pero Congrio pensó que era excesivo y discutieron. Diana lo había escuchado todo, así que se la llevaron. Claudia asegura que la niña no está en la casa, y al recordar Gordiano la mina abandonada, acuden a ella y allí encuentran a Diana, sana y salva.

XLI. Rescatada Diana, Gordiano manda un mensajero a Claudia pidiéndole una reunión en territorio neutral, en el cerro donde habitualmente se reunían para charlar. Cuando ella acude, empieza el interrogatorio: ella no tuvo que ver con la muerte de Lucio. Claudia sobornó a Congrio cuando Gordiano se lo prestó para co-

cinar en una reunión familiar. Congrio desprecia a Gordiano y sobre todo a Bethesda. Todo empezó cuando un esclavo de ella llegó con una cesta de higos como obsequio. Gordiano correspondió con una cesta de huevos, y el esclavo y Congrio maquinaron la forma de dejar el cadáver. Al día siguiente Congrio recibió una carreta con provisiones de Roma, pero en realidad venía de casa de Claudia, con el cadáver oculto. Escondió a Nemo en la cocina y luego lo dejó en el establo. Nemo había sido el cocinero de Claudia, que murió de enfermedad, y Claudia decidió que decapitado e irreconocible serviría para asustar a Gordiano, que no podría desconfiar de su buena vecina, la misma que le defendía ante sus propios primos. Luego decidió aprovechar el cadáver de Fórfex, que el mismo esclavo entregó a Congrio. Ese esclavo venía con tanta frecuencia a intercambiar comida con Congrio que nadie podía sospechar. La visita de Cneo con la oferta de compra de la granja también lo despistó, sobre todo después de la aparición del tercer cadáver, el de un esclavo con quien Claudia quiso probar el veneno que sirvió para matar al viejo Clemente (testigo involuntario la noche en que Congrio arrojó al pozo el cuerpo de Fórfex) y que también debía servir para matar a Gordiano: estricnina. No había más remedio que envenenar a Gordiano, pues no se había asustado lo suficiente para venderle la granja a su querida vecina. Muerto Gordiano, sería fácil presionar a Bethesda para vender. Gordiano concluye con un pacto con Claudia: cambiará la granja por la casa del Palatino, la misma que heredó de Lucio con todos los muebles. Él le entrega la casa con Arato y Congrio inclusive. Ella acepta. Antes de partir, le habla de la voluntad de los dioses y del hijo que su padre abandonó en el monte Argento, convirtiéndola para siempre en una mujer amargada.

XLII. Ya en la casa del Palatino, Gordiano recibe la visita de Cicerón y Marco Celio, que ahora son sus vecinos. Cuando se va Marco Celio, Cicerón le pide un favor. Sabe por sus espías que él y Metón fueron los únicos supervivientes de la batalla de Pistorium, y quiere copiar cuanto él recuerde del discurso final de Catilina. Gordiano acepta.

EPÍLOGO.

Cuatro años después, en agosto de 58 a.C. Metón se halla con César en la Galia, sofocando a los helvecios. En una carta al mismo, Gordiano explica el destierro de Cicerón. En una segunda carta explica que pasó recientemente por Aretio y volvió a visitar la granja. Claudia había muerto un año antes y había dejado la granja a Manio Claudio. Ella murió de convulsiones por algo que debió de comer en mal estado. Arato continúa en la granja, aunque Congrio fue manumitido poco después de la muerte de Claudia y se marchó a la ciudad con una buena bolsa de plata en el cinto.

IV. La suerte de Venus (*The Venus Throw*, 1995)

Dramatis personae.

Gordiano el Sabueso, exquiriente.
Bethesda, esposa de Gordiano.
Diana, hija de ambos.
Eco, hijo de ambos. Exquiriente.
Menenia, esposa de Eco.
Titania y Tito, hijos de Menenia y Eco.
Metón, hijo de Gordiano. Militar en la Galia.
Belbo, guardaespaldas de Gordiano.
Dión de Alejandría, filósofo y embajador de Egipto en Roma.
Trigonio, sacerdote del templo de Cibeles en Roma.
Lucio Leceio, senador y primer anfitrión de Dión.
Esposa de Lucio Leceio.
Publio Asicio, sospechoso de la muerte de Dión.
Tito Coponio
Filón, esclavo de Coponio.
Zotica, esclava de Coponio.
Marco Celio, intrigante ya conocido.
Publio Licinio, hombre de Marco Celio.
Clodia, patricia romana.
Publio Clodio Pulcro, hermano de la anterior.
Crisis, esclava de confianza de Clodia.
Bernabé, esclavo de Clodia.
Catulo, poeta y amigo de Clodia.
Marco Tulio Cicerón.

PRIMERA PARTE. OBNOXIO.

I. Invierno, un día de enero de 56 a.C. Gordiano ya tiene cincuenta y cuatro años. Belbo le informa de la llegada de dos visitantes, un hombre y una mujer con acento oriental. La mujer parece muy hombruna y el hombre tiene un aire afeminado. Toman vino y hablan del mundo de las apariencias. Finalmente, Diana que los había estado observando desde la puerta, les descubre: son un hombre vestido de mujer y un eunuco.

II. Gordiano lleva a cabo las presentaciones. El hombre vestido de mujer es Dión de Alejandría, filósofo y embajador de Egipto en Roma. El eunuco es el sacerdote de Cibele en Roma y su nombre es Trigonio. Gordiano conoció a Dión en Alejandría, cuando era más joven y le escuchaba hablar en la escalera junto al templo de Serapis. Dión le pide que le ayude a seguir vivo.

III. Gordiano y Dión comparten recuerdos. Dión no ha comido desde hace un día porque no confía en nadie, pues intentaron envenenarlo. Acepta la invitación de quedarse a cenar. Mientras Bethesda prepara la cena, atardece.

IV. Dión hace un repaso histórico de la situación en Egipto. El actual rey, Ptolomeo el Flautista, ha sido expulsado del trono por indigno. De acuerdo a los astrólogos deber reinar su hermana Berenice, pero el rey anterior, Alejandro II, dejó aparentemente un testamento donde legaba Egipto a Roma. Dión, que piensa que el testamento es una patraña, se halla precisamente en Roma frente a una delegación de cien alejandrinos para solicitar al Senado que deje de interferir en los asuntos de Egipto y reconozca a la reina Berenice. Dión desembarcó en Neápolis en otoño, donde se alojó en casa de unos miembros de la Academia a la que pertenece. Aquella noche hombres armados les atacaron, pero no hubo muertos, y Dión cree firmemente que detrás de ello estaba Ptolomeo. Después marcharon a Puzol, donde un día algunos de los alejandrinos fueron atacados en el Foro y trece de ellos murieron. Tras nuevas deserciones, ahora sólo quedan sesenta de los cien. Camino de Roma, pasan la noche en la cabaña de campo de un amigo de Dión, junto a la vía Apia. Es incendiada. Dión está seguro de que Ptolomeo tiene espías entre sus acompañantes. De los sesenta, desertan cincuenta. Al llegar a Roma, piden audiencia al Senado, que guarda silencio. Se reparten en varias casas inútilmente: tres de ellos son asesinados. Dión también sospecha de Pompeyo, quien apoya a Ptolomeo y, al ser el general más querido de Roma, tiene mano que alcanza donde no lo hace la de Ptolomeo. Hace unos días, en casa de Lucio Luceio, se le intentó envenenar. Aquel día Publio Asicio, amigo de Pompeyo como Luceio, le visitó y Dión sospecha de él. Asicio debe dinero a Pompeyo y cuando supo de la muerte del catador de Dión, aparentó escandalizarse. Dión huyó a la casa de Tito Coponio, y de toda la embajada ahora sólo queda él. Lo que desea Dión es que Gordiano investigue de quién se puede fiar en Roma, empezando con Coponio. Lamentablemente Gordiano debe negarse, pues al día siguiente emprenderá con Eco un viaje a los cuarteles de invierno de Iliria, donde se encontrará con Metón, quien pasa allí unos días antes de regresar a la Galia con César.

V. Dión y Trigonio se marchan tras la cena. Bethesda parece ofendida por algo y Gordiano, que no puede dormir, sale a pasear por el Palatino. Oye voces, y es Marco Celio (*Sangre romana* y *El enigma de Catilina*) que vuelve a casa acompañado y, al parecer, borracho. Marco Celio vive en una casa que le alquila Publio Clo-

dio. Como no tiene ganas de hablar con nadie, se oculta entre las sombras y espía. Celio llama a su acompañante Asicio. Celio descubre a Gordiano entre las sombras, se saludan y éste vuelve a casa a dormir.

VI. Gordiano y Eco visitan a Metón (que ahora es el secretario particular de César, a quien ayuda en sus escritos) y regresan a Roma al cabo de un mes. Bethesda le comenta que Marco Celio tuvo un juicio contra Lucio Calpurnio Bestia, antes aliados y ya no, a quien acusó de soborno electoral. A Bestia lo defendió Cicerón y ganó el caso. Bethesda también le comenta otro chisme: Celio y Clodia ya no son amantes. También le da una noticia más: Dión murió asesinado en la casa en que se alojaba.

VII. Gordiano escribe a Metón explicándole lo averiguado sobre el asesinato de Dión. La misma noche en que lo recibió en su casa, después de que Trigonio (sobre quien nadie conoce mucho ni su relación con Dión) se marchase a su casa, Dión se encerró en su habitación y horas después fue asesinado a cuchilladas por alguien que entró por una pequeña ventana de su cuarto que daba a un patio.

SEGUNDA PARTE. OCCISIÓN.

VIII. Un mes después, Gordiano escribe otra carta a Metón, donde le cuenta que continúa en el Senado el debate sobre la situación egipcia; el asesinato de Dión ha sido un escándalo y Publio Asicio ha sido acusado de asesinato; Gordiano recuerda que a éste le vio en compañía de Marco Celio y en condiciones sospechosas; Cicerón defendió a Asicio y fue absuelto. Al terminar, llega Trigonio buscándole para una entrevista con Clodia, y Gordiano acude acompañado de Belbo.

IX. En casa de Clodia, un esclavo llamado Bernabé (a quien acompaña una esclava cuyo nombre se omite) les informa de que Clodia se ha marchado a pasar unos días en su casa del río y deberán reunirse allí con ella. Al llegar, Gordiano es presentado a Clodia, que está junto al río viendo a sus jovencitos bañarse desnudos.

X. Clodia revela a Gordiano que fue ella quien le recomendó a Dión, amigo común, debido a su fama. Ella le conoció por medio de su hermano Publio y da a entender que mantuvieron relaciones en ese breve tiempo. Clodia hostiga a Gordiano con la idea de hallar al asesino para vengar a Dión. Asicio ha sido absuelto, pero según Clodia hay alguien más comprometido que Asicio, el hombre que con su propia mano mató a Dión: Marco Celio, también amante de ella y amigo de su hermano. Celio le pidió en préstamo una alta suma de dinero con una excusa falsa, y ella sospecha que lo hizo para pagar veneno y sobornar esclavos de la casa de Luceio. La noche del crimen de Dión, Celio y ella hicieron el amor. Bebió mucho hasta embriagarse, diciendo que tenía una desagradable misión que cumplir, y él llevaba un puñal. Al día siguiente volvió jactándose de que ya podía devolverle el dinero, y hasta

le hizo un regalo. De entre los jovencitos del río, aparece un hombre al que ella llama querido y al que besa en la boca. Es su hermano Publio Clodio.

XI. Gordiano comenta a Eco su entrevista con Clodia. Novedades: Publio Clodio ha echado a Marco Celio de su casa y el hijo de Lucio Calpurnio Bestia ha presentado cargos contra él. Se le acusa de todos los ataques a la embajada alejandrina, de los intentos de asesinato contra Dión y, finalmente, del asesinato de Dión que Gordiano ha aceptado investigar. Hacen un repaso a la historia de los Clodios. Aparece Menenia con sus dos mellizos (novedad de la novela dentro de la saga): Gordiana (a quien Eco llamó Titania por su peso al nacer) y Tito, que quieren despedirse de su abuelo. Gordiano y Belbo regresan a casa, y en el trayecto advierten que alguien les sigue. Cerca de casa se ocultan en las tinieblas para descubrir al hombre, pero cuando éste se acerca Belbo estornuda y el hombre huye.

XII. Gordiano y Belbo se dirigen a casa de Lucio Luceio. La casa que Publio Clodio alquilaba se halla ahora en venta, y debajo del anuncio hay dos monigotes pintados por otra mano que representan a un hombre y una mujer copulando. De la boca de ésta sale un bocadillo: ¡NADA COMO EL AMOR DE UN *ERMANO*! Entrevista con Lucio Luceio en su casa: le da la noticia de que Cicerón defenderá a Marco Celio y piensa que viene de parte del orador a por su informe. Leceio dice que lo del intento de envenenamiento son tonterías; que el esclavo catador de Dión murió de causas naturales; que Dión se marchó porque tenía miedo hasta de su propia sombra; que era buen tipo a pesar de sus costumbres, ya que le gustaba la fruta antes de estar madura, o sea: las jovencitas, lo que no está mal, pero un hombre no debe tocar lo que pertenece a su anfitrión. Cuando se entera de que Gordiano no va de parte de Cicerón, lo expulsa de casa. Al salir se cruza con la esposa de Luceio, que le pide un momento de conversación. Ella sabe que Gordiano trabaja para Clodia, y sabe también que el esclavo murió envenenado, posiblemente por Juba y Lacón, dos de sus cocineros esclavos que siempre andan tramando algo y sueñan con comprar su libertad. Aquel día hicieron demasiadas entradas y salidas, aunque en ningún momento se encontraron con Publio Asicio. La esposa le habló a su marido del extraño comportamiento de los esclavos, y días después éste decidió librarse de ellos mandándoles a una mina en Piceno donde tiene intereses. Ellos quisieron comprar su libertad con un dinero que no podían haber ahorrado y Lucio les acusó de haber robado las arcas de casa. Lucio les quitó la plata y los mandó a una muerte segura en la mina. Ella está convencida de que los esclavos fueron sobornados para matar a Dión. Gordiano repara en unas estatuillas que ella posee de Atis, consorte de la Gran Madre, todas iguales, que ellas intercambian “entre nosotras”. Cuando Gordiano intenta tocar una, la esposa de Leceio se lo impide tomándole del brazo violentamente y obligándole a marcharse.

XIII. Entrevista con Tito Coponio en su casa. Coponio, más colaborador que Asicio, le conoció mientras vivía en Alejandría. Dión solía irse de farra con Cayo, hermano de Coponio. Le define como un prisionero de los vicios de la carne, pero no da más detalles de a qué se refiere exactamente. Coponio le conduce a la habitación del crimen, contigua a la suya. La habitación de Dión tenía un guardia a la puerta, pero no oyó nada cuando entraron los asesinos, y tampoco Coponio. La ventana por donde se introdujeron los asesinos estaba cerrada con un pestillo resistente. Gordiano comprueba que para abrirla habría que destrozarla con gran fuerza, reproduce el acto y el pestillo de los postigos vuela por la habitación, quedando en el suelo tal como Coponio lo halló. Pese al ruido, Dión no gritó ni pareció notar nada. Todas las cuchilladas fueron en el pecho. Llaman al esclavo Filón, que vigilaba esa noche y confiesa haber escuchado ruido de golpes, sin gritos, como si golpearan algo contra el suelo. El guardia no quiso abrir la puerta porque creía que todo el ruido se debía a que Dión estaba haciendo sus cosas con una jovencita, y apela a la complicidad del amo. O sea, que los ruidos podían significar algo muy distinto de un ataque. Coponio le cuenta que al poco de llegar se apropió para su placer de una de sus propias esclavas, sin su consentimiento. Cuando acabaron los ruidos de aquella noche, tocaron a la puerta de Dión y le llamaron, sin resultado. Finalmente avisaron a más esclavos, echaron la puerta abajo (tenía el cerrojo corrido) y hallaron a Dión sin la esclava, que pasaba aquella noche en el cuarto con las otras. El muro de la terraza es muy alto, por lo que los asesinos debieron escalarlo; éste da a un callejón que casi no se usa. A Zotica, la esclava de la que hablaba, la vendió por ser ya mercancía dañada por Dión, aunque nada que no se curase con el tiempo: arañazos, cardenales, alguna cicatriz en partes no visibles. Pero Coponio ya no la quería después de haber sido usada por Dión. Le dice a Filón que indique la salida a Gordiano, y éste le pregunta por Zotica. Filón explica que el amo la vendió a un hombre de la calle de los traficantes de guadañas. Le confiesa que aquella noche Zotica estuvo con Dión antes de su asesinato, pero la echó, salió llorando desnuda con la túnica en el brazo. Hasta que oyó los ruidos pasó un buen rato. Creía que a lo mejor Zotica había vuelto con Dión, no podía estar seguro. Pero Zotica había pasado la noche llorando en el cuarto de las esclavas. Al entrar Filón en el cuarto vio el estropicio general y a Dión muerto con expresión de pánico. Pero no gritó. Seis o siete puñaladas en una circunferencia abarcable con dos manos extendidas, como si no se hubiese debatido. Y no estaba todo el cuarto lleno de sangre, ni empapada su túnica, sólo alrededor de las heridas. Gordiano piensa que hay algo que no encaja. Se marcha con Belbo.

XIV. En casa, Gordiano conversa con Eco y le pide que interroge a Zotica. Aparece Trigonio y comunica a Gordiano que afuera le aguarda alguien en una litera para informarle de una cuestión de vida o muerte. Dentro de la litera se hallan Clo-

dia y su esclava Crisis. En el cementerio de los Claudios, Clodia le comunica a Gordiano que Celio pretende envenenarla, pero que sus esclavos se han mantenido fieles a ella. Al día siguiente un agente de Celio acudirá a los baños con el veneno para darselo a los esclavos de Clodia. Habrá testigos, se detendrá al agente y se añadirá un nuevo cargo de asesinato contra Celio. Ella quiere que Gordiano asista, y no sólo eso, le dará bastante plata como para comprar a los esclavos de Luceio al capataz de la mina. Durante el camino de regreso, esbirros de Milón se enfrentan con hombres de Clodia, pero vencen los últimos.

XV. Gordiano es llevado a casa. Llama a la puerta pero Belbo no abre. Al otro lado de la calle, un hombre le observa. El hombre comienza a acercarse. Belbo no abre. Gordiano le pregunta si le conoce. Belbo abre la puerta. El hombre, de rostro marcado por algún acontecimiento espantoso, desaparece. Al día siguiente llega Eco. El traficante vendió a Zotica como esclava de placer para un burdel en Puzol. Las marcas de su cuerpo no estaban tan ocultas como decía Coponio. Eco está dispuesto a marchar a Piceno en busca de los esclavos, pero Gordiano cree que es más importante hallar a Zotica, y tras una discusión, Eco accede a ir por ella. Por la tarde llega la litera de Clodia, y Gordiano y Belbo montan en ella. Crisis le informa de que el hombre de Celio que trae el veneno se llama Publio Licinio, y cuando lo entregue al esclavo, los amigos de Clodia le detendrán y él sólo actuará como testigo. Entran en los baños y, ya desnudos en el interior, Gordiano se encuentra con el hombre que el día anterior estaba frente a la puerta de su casa, aunque ahora ha desaparecido el rictus angustioso. Hablan sobre los personajes que pululan por los baños con fines sexuales, y al dirigirse a uno de ellos, éste le reconoce: Catulo. Llega Bernabé, esclavo de Clodia, y avisa a Gordiano de que Licinio acaba de entrar. Le ven, pero se arrojan sobre él antes de que Licinio entregue el veneno a Bernabé, por lo que a pesar del escándalo, Licinio tiene tiempo de huir con la prueba del delito y arruinar todos los planes de Clodia.

TERCERA PARTE. CONTICINIO.

XVI. Gordiano y Belbo acompañan a Crisis a la casa de Clodia. Gordiano encuentra en el jardín a Clodio con su guardaespaldas etíope. Le comunica cuanto ha sucedido en los baños, y hablan de Catulo. Gordiano acepta la invitación de quedarse a cenar y despide a Belbo. Tras la cena, Gordiano se queda dormido, y al despertar el etíope le comunica que todos se han retirado a la cama, así que marcha a casa.

XVII. Gordiano advierten que le siguen, y entonces descubre a Catulo, quien le pide que le acompañe a un lugar donde poder hablar. Llegan a un establecimiento llamado La Taberna Salaz, donde conversan principalmente sobre Lesbia/Clodia; Catulo está celoso, pues cree que Gordiano es el nuevo amante de Lesbia (pública-

mente no la llama de otro modo). Catulo habla y habla de su fenecida relación con Lesbia cuando entran en la taberna Marco Celio, Asicio y Licinio. Celio y Catulo tienen un enfrentamiento verbal. Asicio y Licinio reconocen a Gordiano; Licinio como el hombre de los baños, y Asicio como el individuo escondido entre las sombras del Palatino la noche que se encargaron del viejo. Al salir, Celio asegura a Gordiano que él no mató a Dión, pero Gordiano no le cree. Gordiano y Catulo abandonan la taberna. Catulo, muy borracho, afirma que Trigonio ama sin esperanzas a Clodia, y sería capaz de hacer un disparate por celos. Catulo le revela que el pedestal de la Venus que Lesbia tiene en su jardín tiene un compartimento secreto donde guarda ella sus tesoros: mechones de vello púbico, cartas... Trofeos de las guerras de amor.

XVIII. Enfado de Bethesda porque su marido ha pasado la noche fuera del hogar. Diálogo de Gordiano con su hija Diana. Gordiano se marcha con Belbo a investigar dónde fue comprado el veneno que traía Licinio, pero no obtiene información, y al volver a casa descubre que Clodia ha venido a visitarle, y teme un escándalo entre ella y Bethesda. Sorprendentemente, las halla en el atrio conversando con afabilidad, y entonces observa a escondidas. Clodia, acompañada de Crisis, cuenta a Bethesda y a Diana que fue violada por su tío Marco cuando todavía era muy joven, y Bethesda revela que su primer amo violó y mató a su madre, y cuando quiso hacer lo mismo con ella se rebeló. Su amo la llevó al mercado de esclavos, donde Gordiano la compró. Diana conoce todo esto, pero Gordiano, dice Bethesda, nunca lo sabrá. Éste, que escucha a escondidas, se sorprende de aquella extraña alquimia entre mujeres que desmorona las barreras de esclavitud y clase.

XIX. Gordiano envía a una esclava a comunicar que ha llegado a casa y se encuentra en el estudio. Con él se reúnen Clodia y Crisis. Clodia quiere saber si Gordiano ha averiguado algo nuevo, pero no es así y las mujeres parten. Durante la cena Bethesda le da la noticia de que Clodia les ha invitado a una fiesta para conmemorar el inicio de la festividad de la Gran Madre. Llega Trigonio al día siguiente por la tarde con la lengua fuera: Celio ha envenenado a Clodia. Gordiano la halla en su cuarto, pálida como la cera. Por la mañana se levantó hambrienta y fue a la cocina, lo que nunca hace, y en ella encontró a Crisis, que dio un respingo al verla. Vio un tazón de leche con miel que creyó para ella, y al lado un frasquito con polvo amarillo. Se humedeció el dedo, creyendo que era una especia, y lo probó. Vio la expresión de Crisis. Ahora Crisis está en la misma habitación, desnuda y colgada del techo por los tobillos. Trigonio muestra a Gordiano la cajita, y éste identifica el veneno como pelo de Gorgona. Clodia cree que lo de los baños había sido una farsa para que Clodia se sintiera segura, hasta el triunfo de la traidora en la propia casa. Está convencida de que fue Celio quien quiso matarla, pero Gordiano matiza: no se trata del mismo veneno de Celio, pues el que usó Celio con su esclavo era de efecto

más rápido, y el pelo de gorgona es de efecto retardado. Clodia piensa que eso sólo confirma que Celio cambió de veneno. Gordiano pide prestada la cajita del veneno para compararla con otra muestra que guarda en casa. Pero no sólo eso ha sucedido: por la mañana llegó un mensajero con una píxide, la misma en la que Licinio llevaba el veneno el día de los baños, una píxide ahora llena de semen.

XX. Al día siguiente se celebra el juicio de Celio, Gordiano y Bethesda acuden a los Rostra, donde se ha congregado toda la sociedad romana, incluyendo a Clodia, Craso y la familia de Marco Celio. En cabeza de la acusación, Lucio Sempronio Atratino. Se expone la acusación.

XXI. Terminada la acusación, se suspende el juicio hasta el día siguiente. En casa, Bethesda se prepara para la fiesta de Clodia. Gordiano advierte en el tocador de Bethesda una estatuilla de Atis, como las que la esposa de Luceio y Clodia tenían en su cuarto. Bethesda da a entender que es un obsequio de Clodia.

En la fiesta se da cita lo más importante de Roma, y también Catulo. Terminada la cena, como parte del espectáculo, Clodia introduce a Catulo, quien recita su extenso poema sobre Atis.

XXII. Continúa la fiesta. Clodia quiere hablar con Gordiano, y reservadamente ella le comunica que Crisis ha sido torturada por el tribunal, como manda la ley cuando un esclavo va a declarar y se pretende que diga la verdad y no lo que conviene a su amo. Crisis ha implicado a Celio. Clodia ruega a Gordiano que testifique sobre cuanto vio en los baños y en casa de Clodia cuando intentaron envenenarla. Gordiano se acuerda de pedirle el cabello de gorgona, pero Clodia dice que lo tiene Herenio para presentarlo como prueba a la mañana siguiente. Gordiano y Bethesda regresan a casa, ella muy contenta porque a partir de esa noche ha sido admitida en el círculo de mujeres del Palatino, todo gracias a Clodia. Gordiano no puede dormir y se levanta para examinar la caja del veneno que él guarda, pues a pesar de no tener el de Clodia quiere hacer la comparación. Encuentra la caja donde lo guarda, y descubre con sorpresa que la cerradura está rota y que dentro de la caja no hay ningún veneno, salvo restos en los rincones de la caja, que son de idéntica textura al de casa de Clodia. En vez del veneno sólo hay un viejo pendiente de Bethesda con el gancho doblado por el trabajo de violentar la cerradura de la caja. Ahora entiende que el veneno de casa de Clodia es el suyo propio, y comprende que la patricia ha utilizado a Bethesda con el fingimiento de bajarse a su altura, inventando falsas experiencias del pasado para congeniar con ella. Violento, Gordiano acude en busca de Bethesda y se lo echa en cara. Ella reconoce que sus sospechas son ciertas, y Gordiano abandona su casa con dirección a la de Clodia, donde todavía quedan invitados divirtiéndose. Una vez con Clodia, Gordiano le recrimina haber torturado a una esclava inocente. Comprende que todo ha sido una charada organizada por la misma

Clodia, y se niega a declarar en el juicio, al menos desde la acusación. Pide a Clodia que retire el cargo de intento de envenenamiento, o declarará en contra de ella.

XXIII. En la calle se reencuentra con Belbo, pero no quiere volver a casa. Entre las sombras de un portal encuentra a Catulo y se marchan a la Taberna Salaz. Cuando ya han bebido bastante, Catulo invita a Gordiano a pasar la noche en su cuarto. Antes de dormir, Catulo cuenta a Gordiano la historia de la infortunada Virginia y Apio Claudio para explicar que en la familia Clodia hay dos vertientes, la que ennoblece a Roma y la que la mancilla.

CUARTA PARTE. CONCATENACIÓN.

XXIV. Por la mañana continúa el juicio. La declaración de Celio intenta convencer de su inocencia. Hace un juego de palabras brillante y se gana al público. Belbo da la noticia a Gordiano de que Eco ha regresado y se encuentra entre los espectadores buscándole. Eco ha traído consigo a Zotica, y afirma que Celio es inocente. Se marchan a casa de Eco.

Tantos avatares han trastocado las facultades mentales de Zotica y la han vuelto agresiva: de burdel en burdel hasta que fue abandonada como se abandona a los esclavos viejos o inútiles. Ella cuenta que aquella noche acudió como siempre con Dión, quien disfrutaba torturándola; de repente aseguró que tenía frío a pesar de estar ardiendo, vomitó y no tardó en morir. Tuvo miedo de pensar que el amo la castigaría, así que limpió el vómito con su túnica y abandonó el cuarto completamente desnuda con la túnica en las manos, y ese fue el momento en que el esclavo Filón la descubrió. Así que, cuando Dión fue apuñalado, ya había muerto por envenenamiento. Si era veneno, debía de ser pelo de gorgona. Dión fue envenenado en casa de Gordiano. Entonces Gordiano enlaza la muerte de Dión con la historia del viejo amo de Bethesda en Alejandría, el que mató a su madre, el que la hubiese matado a ella, el que la vendió en el mercado de esclavos donde Gordiano la compró.

XXV. Regresan al Foro para continuar asistiendo al juicio en los Rostra. Como dice Catulo, es el verdadero discurso: el de Cicerón.

XXVI. Tras el discurso de Cicerón, la estampida: muchos testigos habían decidido no comparecer. Celio es absuelto. Sobre el intento de envenenamiento de Clodia, se consideró invención de la propia Clodia. Eco quiere saber quién envenenó a Dión en casa de su padre, pero Gordiano no quiere hablar, sino estar solo. Antes de marcharse a callejear pide a Eco que le preparen una cama en su casa. Quiere emborracharse y acude a la Taberna Salaz, donde halla a Marco Celio acompañado de Licinio, Asicio y Catulo, invitando a vino a todo el mundo.

Todos borrachos, Gordiano sondea a Celio y le pregunta por el acuchillamiento de Dión. Evidentemente, Ptolomeo y Pompeyo querían muerto a Dión y él se

encargaría de ello. Asustar a los egipcios fue sencillo, pero el intento de envenenar a Dión en casa de Luceio salió mal. No quedaba más remedio que intentar librarse de él con mayor rudeza, así que entraron con dagas en su cuarto, pero se encontraron con que Dión ya estaba muerto. Como Celio tenía que saldar su deuda con Pompeyo, les daba igual que ya estuviese muerto y le acuchillaron como si estuviese vivo. Se organiza el escándalo. Asicio no calló el secreto de sus relaciones con Ptolomeo, así que le llevaron a juicio, pero el rey contrató a Cicerón y fue declarado inocente. En realidad los acusadores nunca tuvieron demasiadas pruebas, ni contra él mismo ni contra Asicio. Gordiano entiende ahora por qué había tan poca sangre, porque Dión ya estaba muerto. En cuanto al intento de envenenamiento de Clodia, Cicerón lo consideró como una bendición y le dio la vuelta: aprovechándose de la impopularidad de Clodia consigue inculparla de acusar falsamente a Celio. Éste aprovechó la píxide del episodio de los baños para hacer su “regalito” a Clodia y tras seducir a Crisis intentó acabar con su ama, aunque viva era más fácil de manejar en beneficio propio que muerta. Ya en la calle, conversando Gordiano con Catulo, éste le confiesa que ayudó a Cicerón con su discurso. Le reveló lo de las ofrendas en la estatua de Venus. Catulo creyó que, una vez destruida Clodia, ella volvería a sus brazos. También llevó a cabo lo del “regalito” de la píxide. Había que destruir a Clodia como fuese. Acabada la conversación, Gordiano toma la dirección de casa de Eco.

XXVII. En casa de Eco, al día siguiente. Gordiano confiesa a Eco que Bethesda asesinó a Dión. Después su hijo le comunica que Zotica ha escapado. Gordiano acude a casa de Clodia para devolverle el dinero que le prestó para comprar a los esclavos (como se dijo, Eco se lo llevó para comprar a Zotica, pero no tuvo que pagar por ella). Trigonio le informa de que Clodia se ha marchado a su villa de Solonio. Antes de partir, quemó todos sus trofeos de la estatua de Venus. Catulo había regresado con exigencias la noche anterior, pero los esclavos le despacharon y se llevó la nariz rota.

En casa de Eco, éste le pide que escriba a Metón para relajarse, pero es una broma porque Metón ya se encuentra en la propia casa. César está en Ravena, en una junta secreta con Craso, de donde partirá a Luca para hacer otro tanto con Pompeyo. Cree que quieren resucitar el triunvirato. Gordiano ve que Titania y Tito juegan con algo que llaman el ojo de la Gorgona y que no es más que un pendiente sencillo, gancho de plata con cuenta de cristal verde, como el usado para abrir la caja de veneno. Pregunta a Titania quién se lo dio y ella le responde. Gordiano regresa a casa, y Bethesda confiesa el asesinato de Dión. Pero Gordiano ya sabe que es mentira, y entonces conversa con Diana.

Diana, quien descubrió la reacción de Bethesda al ver llegar a Dión a casa, y que conocía bien la historia de la muerte de su abuela, tomó la decisión de abrir la caja de veneno con uno de aquellos dos viejos pendientes que Bethesda le regaló, y

envenenó la comida. Nerviosa, no se dio cuenta de que dejaba el rastro del pendiente, y el segundo lo regaló a los niños. Se lo confesó a Bethesda el mismo día que Clodia les visitó, y la madre decidió asumir como propio el crimen en caso de que Gordiano lo descubriese, como así resultó ser. Gordiano, ya reconciliado con Bethesda y conmovido por las razones de Diana (quien lo hizo “por la abuela”) no hace ningún reproche a su hija. Llegan a casa los demás miembros de la familia. Es cinco de abril.

V. Asesinato en la Vía Apia (*Murder on the Appian Way*, 1996)

Dramatis personae.

Gordiano el Sabueso, exquiriente.
Bethesda, esposa del anterior.
Diana, hija de ambos.
Eco y Metón, hijos adoptivos de ambos.
Menenia, esposa de Eco.
Tito y Titania, hijos de los anteriores.
Belbo, esclavo y guardaespaldas de Gordiano.
Davo, esclavo y guardaespaldas de Eco.
Publio Clodio, patricio romano.
Fulvia, su esposa.
Sempronia, madre de Fulvia.
Clodia, hermana de Publio Clodio.
Metela, hija de Clodia.
Marco Antonio, amigo de Publio.
Marco Tulio Cicerón.
Tirón, esclavo de Cicerón.
Marco Celio, protegido de Cicerón.
Tito Anio Milón, acusado del asesinato de Publio Clodio.
Fausta Cornelia, hija de Sila y esposa de Milón.
Eudamo y Birria, gladiadores esclavos de Milón.
Cneo Pompeyo, el Grande.
Sexto Tedio, senador romano.
Tedia, hija de Tedio.
Félix, servidor del altar de Júpiter en Bovilas.
Felicia, su hermana y guardiana del santuario de la Buena Diosa en la Vía Apia.
Mopso y Androcles, esclavos de Fulvia y posteriormente de Gordiano.

PRIMERA PARTE. SUBLEVACIÓN.

I. 18 de enero de 52 a.C. Cuatro años después de los acontecimientos de la anterior novela. En mitad de la noche Bethesda y Eco despiertan a Gordiano. Hay una gran agitación en las calles. Publio Clodio ha sido asesinado. Gordiano y Eco, acompañados por cuatro guardaespaldas de éste, salen a la calle. Gran tumulto frente a la casa de Clodio, donde Gordiano reconoce la litera de Clodia. Cuando están a punto de marcharse, un esclavo de Clodia ruega a Gordiano, de parte de su ama, que entre en la casa.

II. Encuentro con Clodia. Su hermano se hallaba en el sur, en su villa pasado Bovilas, cuando se produjo una pelea en la carretera con los hombres de Milón. Encontraron su cadáver en la carretera y lo trajeron a la ciudad. Murieron otros más, y el hijo de Clodio ha desaparecido. Pasan a ver el cadáver con Clodia. Fulvia, la viuda de Clodio, le recrimina a Clodia la presencia de extraños. Se nota que ambas siempre se han llevado mal. Rodean al cadáver las mujeres de su vida: su hermana Clodia, su esposa Fulvia, su suegra Sempronía y su hija pequeña. El cadáver muestra signos de haberse debatido: magulladuras, signos de estrangulamiento, puñaladas. Fulvia se niega a que Clodia arregle el cuerpo. Entre los hombres, Sexto Cloelio, brazo derecho de Clodio, murmura sobre atacar la casa de Milón. Interviene el sobrino de Clodio, Apio. También está presente Cayo Salustio. Se acusa a Cicerón. Sacan el cuerpo de Clodio a la calle, cubierto sólo con un taparrabos, para que todas las heridas sean ostensibles. Consternación popular, Fulvia le llora a gritos. Gordiano y Eco se marchan y por el camino se topan con un hombre de Julio César que todavía les recuerda de la ocasión en que visitaron a Metón en Ravena. Quiere saber si es cierta la noticia de la muerte de Publio. Cuando se marcha, Eco le revela a Gordiano que ese hombre es Marco Antonio.

III. Conversación de la mañana con Bethesda y Diana sobre la muerte de Publio. Belbo entra en el cuarto para anunciar a Gordiano un gran tumulto callejero: el del cortejo fúnebre de Publio. El cortejo llega hasta la Columna Rostral y Gordiano y Diana observan todos los acontecimientos desde la azotea de su casa. La turba destroza con un ariete las puertas del Senado y entran con el cuerpo de Publio, al que incineran dentro. Pronto todo el Senado está en llamas.

IV. El fuego se extiende a otros edificios y una multitud se apresta a extinguir las llamas mientras en los alrededores se prepara el banquete fúnebre. Gordiano explica a Diana el origen del enfrentamiento entre Publio y Milón. Ha caído la noche y la turba, una vez llenos los estómagos, enfila hacia el Palatino con las antorchas en la mano, posiblemente hacia la casa de Milón.

V. Al día siguiente, en casa de Eco. Éste explica que la turba fue sorprendida en casa de Milón nada menos que por arqueros en el tejado, por lo que, tras algunas

bajas, los clodianos echaron a correr. Marcharon al templo de Libitina, donde se guardan las fasces cuando no hay cónsules, y se las llevaron a Publio Ipeo y Quinto Escipión, aspirantes apoyados por Publio, pero éstos no salen a la puerta. Luego se las llevan a Pompeyo, que ni es aspirante a cónsul ni puede presentarse por ocupar ya otro cargo. Pero tampoco se dejó ver. Milón anda desaparecido y el Senado ha nombrado un interrex llamado Marco Lépido.

Por la noche, ya en su casa, Gordiano recibe la visita de Tirón, que ya ha sido manumitido por Cicerón, aunque sigue trabajando para él. Tirón quiere que Gordiano acepte acompañarle a casa de Cicerón, pero Gordiano se niega. Finalmente, acepta. En la casa acompañan Cicerón Marco Celio y Milón.

VI. Cicerón pregunta a Gordiano qué se cuenta en la calle sobre la implicación de Milón en el asesinato de Publio Clodio. Milón ha estado todo el tiempo bajo la protección de Cicerón en el propio Palatino. Gordiano explica que todos acusan a Milón del asesinato de Clodio, y que la candidatura de Milón al consulado es, en ese mismo momento, descabellada. Durante la conversación, Cicerón manda a Tirón tomar nota de todas las frases ingeniosas que van surgiendo. Gordiano quiere saber qué sucedió realmente en la Vía Apia, pero no obtiene más que silencio y respuestas evasivas.

VII. Al día siguiente continúa el asedio a la casa del interrex Marco Lépido, y la ciudad se mantiene como en estado de sitio. Excluido Milón de la posibilidad del consulado, y excluidos Ipeo y Escipión (hombres de Clodio, a pesar de no estar vinculados a los últimos actos vandálicos) sólo queda la posibilidad de Pompeyo, pero esto implica una dictadura. El quinto y último día de Lépido como *interrex* se celebra en el Foro una *contio*, y en el estrado están sus organizadores: Planco, Pompeyo y Salustio. Se da por supuesto que Milón es el asesino de Clodio y se propone que, cuando Ipeo y Escipión sean cónsules, se juzgue a Milón. Se comenta que Milón pretendió visitar a Pompeyo, y al negarse éste, le pidió que no intentase una nueva visita. Esto es manipulado por los tres tribunos con objeto de hacer creer que Milón pretende la muerte del gran general y que éste protege su vida, lo que excita a la turba. Al fin, la *contio* termina con la turba dirigiéndose a casa del *interrex* Lépido.

Por la tarde, Tirón va a buscar a Gordiano a casa. En la de Cicerón, éste conversa con Marco Celio y Milón ha regresado a la suya. Cicerón le cuenta que la turba entró en la casa de Lépido y la arrasó. Los arqueros de Milón ahuyentaron al populacho. Es mentira que Milón quiera la cabeza de Pompeyo, y si bien cuanto los tres tribunos explicaron en la *contio* es cierto, Milón se ofreció a retirar su candidatura para cónsul si él se lo pedía; sin embargo, Pompeyo contestó que él no era quien para decidir en ese aspecto, sino el pueblo romano quien habría de votar. A pesar de que Pompeyo debe tantos favores a Milón, el primero se desentiende de éste. Marco

Celio comunica a Gordiano que él mismo, como tribuno que es, ha convocado otra *contio* para el día siguiente.

VIII. Al día siguiente, Gordiano y Eco conversan. Milón y Cicerón son muy parecidos, dos hombres nuevos enfrentados con los representantes de las viejas familias, como lo son Clodio, Pompeyo o César. Acuden al Foro para la nueva *contio*. Eco sonsaca a un espectador que Milón anda aflojando la bolsa para que se le apoye a gritos y se le vote. Llegan Marco Celio y Milón. Discurso de Celio en favor de Milón, a quien introduce. Milón se dirige al pueblo y explica que nueve días antes marchaba hacia Lanuvio, su ciudad y en la que es magistrado jefe, para resolver unos asuntos. No era ningún secreto, y le acompañaban su esposa y criados. Clodio atacó la comitiva con sus hombres y por alguna razón proclamó la muerte de Milón, así que sus esclavos se lanzaron contra él (sin que Milón lo ordenase) y le dieron muerte. En el momento del mayor entusiasmo por Milón intervienen los clodianos con las espadas.

IX. La gran fuerza atacante se componía mayormente de esclavos que atacaban una pacífica asamblea de ciudadanos, lo que fue manipulado políticamente como el crimen de aquel día. Eco y Gordiano, acompañados de sus guardaespaldas, salen por piernas. Cerca de casa de Gordiano se tropiezan con un grupo de clodianos con dagas ensangrentadas que cargan con joyas: están entrando a robar en las casas del Palatino y Gordiano teme por su familia. Llega a casa y descubre que la turba ha pasado por ella y la ha saqueado. Ansioso, busca a Bethesda y a Diana, quienes se han ocultado tras subir al tejado y alzar la escalera. La alegría de saber que Bethesda y Diana continúan vivas tiene su clímax dramático: en el vestíbulo, el avejentado y fiel Belbo yace muerto aferrado todavía a su daga ensangrentada.

SEGUNDA PARTE. SENDERO.

X. Los saqueos se suceden durante días en toda la ciudad. Gordiano incinera a Belbo al día siguiente de su muerte, y Eco y su familia se recogen en casa de Gordiano. A un *interrex* sigue otro, y no hay elecciones. Se murmura que es necesario un dictador para detener el caos: se menciona a César, se menciona a Pompeyo. Davo, guardaespaldas de Eco, anuncia a Gordiano que ha llegado Clodia y ésta quiere que la acompañe en su litera. Clodia explica a Gordiano que Fulvia le necesita y, de paso, le ruega que todo cuanto descubra sobre la muerte de Publio se lo comunique. En casa de Fulvia, Gordiano mantiene con ella una conversación a la que asiste Sempronia. Ella sabe que el asesino de su marido fue Milón, al igual que sabe que Gordiano ha mantenido un par de encuentros con Cicerón. Lo que Fulvia quiere saber es si puede confiar en un amigo de su marido, Marco Antonio, quien le ha ofrecido sus servicios a la hora de enjuiciar a Milón. Pero un año antes Antonio y Publio

habían discutido en el Campo de Marte, donde se celebrarían unos comicios que acabaron por cancelarse, y Antonio sacó la espada y persiguió a Publio. Luego se reconciliaron, pero Fulvia no está del todo segura de que Antonio no participase en el crimen de la Vía Apia. Fulvia tiene su propia versión de los hechos: no fue Publio quien tendió la emboscada, sino Milón, cuyos hombres aterrorizaron más tarde a sus siervos en la villa. Gordiano le pide un día para pensarlo, regresa con Clodia a la litera y ésta le devuelve a casa, no sin antes pedirle que la mantenga informada de cuanto averigüe sobre la muerte de Publio. Al llegar a casa, aparece Tirón con una invitación a comer para Gordiano y Eco.

XI. Comen con Cicerón y Celio, que ya saben que montó en la litera de Clodia. Surge el tema de Marco Antonio, y Cicerón desembucha: se trata de uno de los lugartenientes de César que ha regresado a Roma con el objeto de presentarse a una candidatura a cuestor. Se cuenta su vida y orígenes familiares. Su padrastro murió durante la conjuración de Catilina, por lo que el joven guarda resentimiento contra Cicerón. Luego se acercó a Clodio y a sus degenerados, y cuando murió su padre estaba tan arruinado que Antonio rechazó la herencia y su íntimo amigo de libertinaje Cayo Curión cubrió sus deudas. A continuación se casó con Fadia, la hija de un liberto, y cuando falleció se volvió a casar con una prima, Antonia. Así que Antonio y Publio eran íntimos, hasta que el primero tuvo un malentendido con Fulvia, y es que hace seis años Antonio quiso seducirla, pero Celio no sabe por qué se pelearon un año antes en el Campo de Marte. Al regresar a casa, se encuentran con un emisario del Grande, emisario a quien Gordiano apoda Cara de Niño, y que exige de parte de su amo una reunión con Gordiano. Parte con Eco rodeado de los guardaespaldas del Grande.

XII. Pompeyo (es decir, el Grande) no puede entrar en Roma porque la ley impide que un hombre al mando de un ejército lo haga. Sin embargo, está en su villa del monte Pincio y puede recibir visitas mientras vigila la situación electoral de Roma y en Hispania sus lugartenientes se encargan de todo. Cara de Niño les conduce ante Pompeyo, y éste pone al corriente a Gordiano de que conoce todos sus movimientos. En concreto quiere saber si Gordiano ha aceptado trabajar para Fulvia, pero éste le contesta que todavía no ha aceptado. Pompeyo también quiere contratarlo, para que descienda por la Vía Apia hasta el lugar donde Clodio fue asesinado, y que investigue el crimen. Se alojará en su cercana villa.

XIII. Gordiano, Eco y Davo inician el trayecto por la Vía Apia. Comentarios sobre la salida de Roma. Descubren que Davo no sabe montar a caballo ni ha salido nunca de la ciudad.

XIV. Eco y Gordiano comienzan a reconstruir lo sucedido. Fulvia le dijo que Clodio salió de su casa a la hora tercia del día, lo que parece muy temprano porque un hombre como Clodio siempre deja cabos sueltos y numerosos pendientes. Luego

visitó a un amigo, el arquitecto Ciro que se hallaba muy enfermo y que murió ese mismo día. Ciro, que también era amigo de Cicerón, nombró a ambos en su testamento. Se le había pedido a Clodio que se presentara ante el senado de la ciudad de Aricia al día siguiente, pero Fulvia no sabe por qué. Se llevó al niño para presentarle a los hombres importantes de Aricia. Mientras Clodio se dirigía hacia allí, en Roma se produce una reunión de agitadores en el Foro a la que Clodio hubiera asistido de haberse hallado en la Urbe. Pero partió con tres amigos y veinticinco o treinta esclavos, la mayoría a pie y todos armados, séquito nada exagerado para una defensa de Clodio en pleno campo. Queda pendiente la duda de si salió con séquito para defenderse o con séquito para atacar. Gordiano fantasea sobre los detalles de la marcha desde el punto de vista del hijo de Clodio. Al llegar a Bovilas, donde Clodio murió, los robles se hacen más densos junto a un riachuelo. Hay un templo de vestales. Un santuario a Fauna, la buena diosa, y según Fulvia, el ataque comenzó en el tramo de la carretera que se encuentra directamente enfrente de ese santuario. Llegaron a su finca y por la mañana reciben un mensajero con la noticia de la muerte de Ciro, por lo que vuelven a ponerse en camino en la dirección inversa. Gordiano supone que Clodio deja a su hijo en la villa con su tutor, y en el camino de regreso se tropieza con Milón. Aquí hay una grave discrepancia: Milón afirma que se tropezó con Clodio en la hora undécima del día, la última de luz solar. Milón ya está cerca de su destino, pero Clodio deberá avanzar por la noche hasta Roma, lo que es peligroso. Fulvia afirma que el cuerpo llegó a la hora primera de la noche conducido por un senador que lo halló de camino en la Vía Apia, sólo dos horas después del incidente según Milón, lo cual es imposible. Hay una contradicción en la hora en que sucedió el acontecimiento, pues Fulvia asegura que fue por la tarde en la hora prima, y Milón poco antes de la puesta de sol. Gordiano se pregunta si alguno de los dos miente, y qué gana con ello.

XV. Llegan a Bovilas antes de la hora cuarta y se detienen en una posada. La posadera les informa de que la batalla campal del otro día acabó allí mismo, en la taberna. Clodio paraba muy seguido por allí, y se llevaba bien con Marco, el dueño de la posada, que también murió en el combate. Su hermana, esposa de Marco, le contó que llegó ensangrentado y lo tendieron sobre el mostrador, y luego llegó Milón, que también se detenía en la posada de vez en cuando. Milón viajaba con más hombres que Clodio, gladiadores entre ellos que aparecieron persiguiendo a Milón, dos de ellos en concreto: Eudamo y Birria. En total eran cinco o seis. Tiraron la puerta abajo, y después del escándalo se produjo un repentino silencio. La mujer de Marco miró por una ventana y descubrió algo muy extraño: una litera, con un hombre vestido de senador y una mujer mirando el cuerpo de Clodio. La litera la reconocieron como la de Sexto Tedio, pero a él no le conocían porque nunca se detenía en la taberna. La mujer que le acompañaba no podía ser su esposa porque él es viudo,

pero podría ser su hija. De acuerdo a la mujer, el combate debió ser a la hora central de la tarde, pues los gladiadores de Milón llegaron a la posada persiguiendo a Clodio en la hora décima. La posadera le informa de que su hermana ya no vive allí, y contesta que el nombre de Marco Antonio no le resulta conocido.

XVI. La posadera ha contado un buen montón de chismes sobre Fausta Cornelia, esposa de Milón y hombrería afamada, ambos casados por intereses políticos y económicos: ella es hija de Sila. Charlando de estas cosas llegan por la Vía hasta un altar de Júpiter, donde su cuidador, un charlatán llamado Félix, les conduce hasta el lugar donde comenzó la pendencia entre los hombres de Clodio y los de Milón. Félix asegura que los hombres de Milón tomaron prisioneros, que no estaban heridos, pero Fulvia afirmó que no se echó en falta a ningún hombre. Félix les presenta a Felicia, cuidadora del santuario de la Buena Diosa.

XVII. Felicia, hermana de Félix, lo vio todo. La pelea comenzó a la hora nona. Cuando los dos grupos se encontraron se detuvieron y permanecieron en silencio, muy tensos. Luego avanzaron, y cuando el grupo de Milón ya se iba con Eudamo y Birria cerrando el séquito, Clodio se volvió y gritó a Birria una obscenidad relacionada con Eudamo. Birria arrojó una lanza a Clodio que lo tiró del caballo, y comenzó la refriega. De acuerdo a esto, aunque Birria comenzó la trifulca el responsable legal es Milón. Tras la estampida, Milón se replegó con algunos de sus hombres y entonces apareció Sexto Tedio. Luego llegaron más hombres con los misteriosos prisioneros. Finalmente, Felicia decide recompensar a Gordiano por la generosa moneda que pone en su mano, y le sugiere que acuda a la casa de las Vestales que se encuentra entre Bovilas y ese mismo santuario. Que vaya a hablar con la Virgo Máxima sobre un visitante que tuvo después de la batalla, el que le hizo una oferta que ella rechazó. Gordiano le pregunta si conoce de algo el nombre de Marco Antonio y ella responde que no.

XVIII. Se dirigen a la casa de las Vestales. La Vestal Máxima revela que tras la muerte de Clodio una mujer llegó para darles la noticia y para pagarles por agradecer a Vesta la muerte de Clodio, lo cual hicieron, pero sin aceptar el pago, que no era otro que el anillo de Clodio, anillo que la mujer debe poseer todavía.

XIX. Gordiano está convencido de que la mujer del anillo fue Fausta Cornelia. Se dirigen a la casa de campo de Pompeyo y allí duermen. Al día siguiente salen a inspeccionar las tierras de Clodio y al llegar a su finca son atacados por un arquero.

XX. El arquero resulta ser un chiquillo al que reducen enseguida. El muchacho se llama Mopso y se oculta allí con su hermano Androcles. Ambos son esclavos de Clodio que se encargan del establo. Los otros, que vigilan la casa, todavía duermen la borrachera de los vinos del amo en el molino. Los hombres de Milón mataron a un tal Halicor, y por eso actúan a la defensiva con los forasteros. Mopso cuenta

a Gordiano que el amo partió hacia Roma aquel día a eso de la hora nona porque había llegado un mensajero con la noticia de la muerte de Ciro. Publio, el hijo de Clodio, se quedó con Halicor. Quería jugar y acudió a ellos para esconderse de Halicor, así que decidieron mostrarle el pasadizo. El pasadizo secreto de la casa comienza fuera de la misma, y dentro de ella conduce a cuartos ocultos bastante sombríos. En uno de ellos hay un agujero muy pequeño por el que es posible espiar un cuarto de estudio. Aquel día que Publio se escondió, en el cuarto discutían Halicor y el capataz acerca de que cada vez era más difícil controlar al niño. Entraron los hombres de Milón con éste a la cabeza, preguntaron por el niño, y como Halicor no sabía su escondite, lo cortaron en pedacitos empezando por los dedos. Pasaron toda la noche escondidos en el pasadizo. Que ellos sepan, los hombres de Milón mataron a varios esclavos pero no hicieron prisioneros.

XXI. Regresan a la villa de Pompeyo, y después de la comida de mediodía parten para entrevistarse con Sexto Tedio. Éste les revela que él y su hija Tedia partieron de su casa a la hora nona y que a la altura del templo de la Buena Diosa se dieron cuenta del caos reinante. Milón le dio la noticia de que había sido atacado por unos bandidos y le pidió que diese marcha atrás, pero Tedio contestó que tenía asuntos pendientes en Roma y que viajaba a buen recaudo de sus guardaespaldas. Continuó el viaje, pero cuando su hija recordó que no había hecho una ofrenda a la Buena Diosa quiso hacer una parada en la casa de las vestales, a lo que Tedio se negó. Al llegar a Bovilas vieron los cadáveres en la taberna, entre ellos el de Clodio. Asustados, decidieron no continuar el camino hasta Roma y regresaron a su villa. Por el camino se tropezaron con hombres de Milón encabezados por Eudamo y Birria con prisioneros, y Tedio imaginó que se trataba de los supuestos bandidos. No volvió a ver a Fausta en todo el día. Gordiano deduce que fue imposible que Fausta visitara a las Vestales, ya que el anillo se lo tenían que haber entregado Eudamo y Birria, pero éstos se habían adelantado a Tedio mientras él descansaba junto a la casa de las Vestales; si Fausta hubiera regresado para hacer su oferta, hubiese tenido que cruzarse con Sexto Tedio. Gordiano sabe que le falta una pieza vital para armar el rompecabezas. Gordiano también hace a Tedio la pregunta de rigor: no vio a Marco Antonio. Al salir se encuentran en la puerta con Tedia, una solterona de cuarenta años que les pide que dejen en paz a su padre, que no permitirá que acuda a Roma para testificar en un juicio contra Milón al llamado de Pompeyo, que lo único que quieren es vivir en paz; a continuación les da con la puerta en las narices. Concluidas las investigaciones, regresan a Roma, y al pasar junto al monumento a Basilio, son atacados en la entrada de la ciudad. Davo y Eco son reducidos, y Davo se derrumba en el suelo aparentemente muerto. Gordiano y Eco son introducidos en sacos y subidos a un carro.

TERCERA PARTE. ¿SEÑOR?

XXII. Han pasado cuarenta días desde el ataque, cuarenta días que Gordiano y Eco llevan encerrados en un pozo con rejas cavado en el suelo de un edificio abandonado. El día cuarenta y uno vuelven a repasar sus cálculos sobre cuánto tiempo permanecen encerrados, lo que da pie a unas páginas de diálogo sobre el calendario romano anterior al juliano.

XXIII. Parece ser que quieren mantenerlos con vida. Les llevan una cesta de pan cada día, y retiran el cubo donde hacen sus necesidades. Gordiano ha comenzado a fingirse enfermo, cazan ratas cuando pueden y mezclan su sangre con la orina. Los carceleros lo han advertido. Hacen un repaso de todo lo averiguado en la Vía Apia. Los carceleros regresan para observar a Gordiano, que se finge más débil de lo que está. Forcejean con los carceleros, matan a uno y escapan del pozo.

XXIV. El pozo se encuentra en un establo en mitad de la campiña, a través de la cual huyen Eco y Gordiano durante todo el día y parte del siguiente hasta que se topan, milagrosamente, con un grupo de jinetes que no son sino... Cicerón, Tirón y su séquito, quienes obviamente les recogen. Esa noche, en una sala privada de una posada en las afueras de Arímino, Cicerón les comunica que su desaparición ha causado un gran revuelo en Roma, y hasta los vendedores de pescado hablan del suceso. La familia de ambos está bien. Cicerón se dirige a Ravena para entrevistarse con Julio César en sus cuarteles de invierno. Desde su desaparición Roma ha estado más calmada, el Senado autorizó a Pompeyo el reclutamiento de tropas para mantener la ciudad en orden e hizo un buen trabajo. Pero el problema de los comicios se ha vuelto irresoluble, desde Lépido ha habido doce regentes y todavía no se convocan elecciones. Los clodianos quieren un juicio donde se condene a Milón. En definitiva, Cicerón les pone al corriente del estado de la situación. Le informa de que se entrevistará con César, quien quiere presentarse a cónsul el año siguiente *in absentia*, puesto que al hallarse al mando de sus tropas no puede regresar a la ciudad, aunque los cesarianos ya han inventado una licencia para ello. Pero si Pompeyo es cónsul único, esa medida de excepción es una forma de crear un equilibrio entre ambos. Sin embargo, Marco Celio ha amenazado con bloquear esa medida de excepción, al igual que ha amenazado con bloquear las medidas de Pompeyo. Como Cicerón puede convencer a Celio de que dé marcha atrás, antes tiene que saber de labios del propio César cuáles son sus metas e intereses. Gordiano y Eco, como es natural, están deseosos de volver a Roma cuanto antes, pero Cicerón no puede darles protección. Éste les invita a acompañarle hasta Ravena, y regresar a Roma con él. Al fin y al cabo, seguramente Metón está con César en Ravena, y también Metón debe estar inquieto por su paradero.

XXV. Reencuentro con Metón y conversación con César.

XXVI. Comida con Metón y la tropa en una gran tienda de campaña. Gordiano y Eco se enteran de que Marco Antonio también está en Ravena conferenciando con César. Por medio de Metón, se entrevistan con él en su tienda y le comentan sobre cierto rumor acerca de su implicación en el asesinato de Clodio, pero él asegura que el rumor es falso. Explica la famosa historia de la persecución en el Campo de Marte. Por la noche se entera de que César no ha recibido a Cicerón, lo que implica esperar más tiempo antes de regresar a Roma. Metón convence a su padre de que vuelva con Antonio, que sale al día siguiente muy temprano, y Gordiano acepta.

XXVII. Tardan cuatro días en llegar a Roma. Se reúnen con sus familias en casa de Gordiano, y la gran sorpresa es que Davo sigue vivo. Esa noche, en el jardín, Davo se muestra esquivo y reticente, como si ocultase algo. Al día siguiente Gordiano analiza la carta que recibieron en casa informando de que ambos estaban vivos. Gordiano llega a la conclusión de que está escrita por un ciudadano, y el trazo de la G es muy especial. Davo le comunica que Cara de Niño viene a verle.

XXVIII. En casa de Pompeyo, Gordiano informa al Grande de todo lo averiguado hasta la fecha, incluida la visita a Ravena, y Pompeyo le revela que Cicerón acudió a reunirse con César por petición suya. También de que hay quien dice que Milón busca deshacerse de Pompeyo, lo cual averiguó por un carnicero que oficia como sacerdote y tiene una taberna, donde fue amenazado por hombres de Milón para que no se le ocurriese hablar.

Gordiano y Eco pasan días ocupados revisando sus archivos, por si encuentran algún documento con una G como la del mensaje. Clodia viene a buscar a Gordiano en su litera y acuden a casa de Fulvia, que se encuentra acompañada de Sempronio. También descubre a Félix y a Felicia, que se han alojado en casa de Fulvia y están bajo su protección como futuros testigos. Gordiano quiere que los dos mozos de cuadras, Mopso y Androcles, formen parte del salario, y después de aceptar, Fulvia le comunica que Marco Antonio no tiene nada que ver con la muerte de su marido. Cuando se quedan a solas, Fulvia parece cambiar de actitud y se muestra menos dura; confiesa que está pensando en casarse de nuevo con Curión, amigo de Antonio.

XXIX. Durante los días siguientes hay abundantes reuniones en el Foro donde los radicales clodianos atacan a Milón. Un día, Eco y su padre hablan de que a lo mejor ya es hora de casar a Diana, que tiene diecisiete años. Pocos días después Gordiano se reúne con Eco en el Foro, donde el tribuno Planco ha conducido a un testigo de la escaramuza en la posada de Bovilas. Se trata de Marco Emilio Filemón, quien afirma haber intentado evitar el asesinato de Clodio por unos esclavos, y que durante dos meses ha estado preso en la villa de Milón en Lanuvio, junto a sus compañeros, hasta que consiguieron escapar tras sobornar a algunos hombres de Milón.

XXX. El juicio contra Milón comenzó el cuarto día de Abril. Declaran los primeros testigos y hay alborotos, por lo que se disuelve la sesión hasta el día siguiente, en que hay hombres de Pompeyo apostados en el Foro. Se suceden los días, y una noche Gordiano revisa un texto de *Bacantes* de Eurípides que le regaló Cicerón con una dedicatoria, y al leerla descubre que la G es idéntica a la del mensaje recibido por Bethesda. Despierta a Davo y acude frenético a casa de Cicerón.

XXXI. En casa de Cicerón, éste se encuentra muy feliz por el discurso que leerá al día siguiente para cerrar el juicio. Gordiano le habla del anónimo y le hace confesar su autoría: Milón quería matarles, así que él le hizo prometer que sólo los tendría encerrados hasta que todo pasara, pero como estaba preocupado por el sufrimiento de la familia de Gordiano, escribió el anónimo personalmente.

XXXII. Cuarto y último día del juicio de Milón. Cicerón, balbuceante y acobardado ante la horda enfurecida de Clodio, hace una débil exposición de su discurso, pierde el juicio y Milón es condenado. Por la noche, Gordiano busca a Diana y la encuentra en su cuarto con Davo. En un orinal, que Diana intenta ocultar de su vista, Gordiano descubre que Diana ha vomitado, y entonces se da cuenta de algo evidente.

XXXIII. Eco y Gordiano acuden a la Taberna Salaz, donde discuten sobre el embarazo de Diana y sobre el destino de ella y de Davo. En la mesa de un rincón hallan a Tirón, con quien comentan la endeble actuación de Cicerón en el Foro. Se marcha al distinguir a Filemón en la misma taberna, quien le cuenta que los hombres de Milón tuvieron una discusión, y que cuando ellos habían sido hechos prisioneros y se cruzaron con Tedio no consideraron útil pedirle ayuda a él. Cuando Gordiano le sugiere que podría haber pedido ayuda a su hija, éste pregunta con una mirada nebulosa: “¿Su hija?”.

CUARTA PARTE. SORTIJA.

XXXIV. Gordiano parte acompañado de Davo hasta la villa de Clodio en Bovilas y recoge a Mopso y Androcles. Pasa por la taberna de Bovilas y halla en ella a la viuda del tabernero, que ha regresado. Habla con ella sobre lo que vio por la ventana el día de la muerte de Clodio: cuerpos, sangre, el senador, su hija y su séquito, la litera. Miraban a Clodio, Clodio les miraba, estaba vivo todavía, hablaban. Le ayudaron a subir a la litera.

XXXV. Llegaron a casa de Tedio en el crepúsculo. Éste, acompañado de su hija Tedia, confiesa que él mismo lo mató para librar a Roma de ese hombre y de sus impiedades: destrozó el bosque sagrado de Júpiter, expulsó a las vestales de su antigua morada y toda clase de crímenes durante años. Tedia lo cuenta todo: llegaron a la posada de Bovilas y descubrieron la carnicería. Clodio salió tambaleante de la ta-

berna y rogó a Tedio que le condujese a Roma. Tedia afirma que alzó la mirada y vio la cabeza de Vesta mirando por la ventana de la posada (se trataba de la viuda del posadero, pero Tedia es una devota visionaria). Lo introdujeron en la litera, y mientras Tedio sujetaba a Clodio, ella le estranguló con la cinta azul que sujetaba la mantilla de lino detrás de su cabeza. También fue ella quien le quitó el anillo y lo llevó a la casa de las Vestales. Por eso Filemón no había visto a Tedia cuando pasó junto a Tedio frente a la casa de las Vestales, porque Tedia estaba adentro. Gordiano hace un pacto con ambos: el anillo de Clodio a cambio de su silencio. Ambos aceptan.

XXXVI. Regreso a Roma. Gordiano conduce a su casa a Mopso y Androcles, y luego acude al barrio de las Carinas, donde reside ahora Pompeyo en la ciudad, y se entrevista con él. Gordiano quiere ser incluido entre los acreedores de Milón, ya que una parte de su castigo es sufrir la confiscación de sus bienes. Puesto que Milón le provocó un gran mal, exige a cambio dinero para reparar su estatua de Minerva, destrozada desde el ataque de los clodianos a su casa. Pompeyo llama a un secretario, redacta un memorándum por duplicado y se lo entrega. El siguiente paso es entregar uno de los memorándums en casa de Milón, adonde se dirige Gordiano. Pero como Milón no está, se encuentra con Fausta Cornelia su esposa, quien se halla en los baños de sus habitaciones divirtiéndose con Eudamo y Birria, y le entrega el memorándum. Ella asegura que su marido estaba dispuesto a matar a Gordiano a cualquier precio. También le revela algo más importante: la lucha comenzó sin que él hiciera nada, y cuando mandó a sus hombres a perseguir a Clodio, les pidió que no le hiciesen daño. Eudamo y Birria confirman que lo del insulto y el flechazo es cierto, pero entonces se produjo la desbandada con la orden de traer sano y salvo a Clodio. Llegaron a la posada, mataron al posadero y aparecieron Filemón y los otros y ellos corrieron tras los recién llegados, dejando solo a Clodio herido en la posada, donde le halló Tedio. Acudieron a la villa de Clodio para preguntar por él (nunca por el hijo).

XXXVII. Gordiano, acompañado por Davo, visita a Clodia en su villa rústica junto al río. Le pide perdón por no haber aceptado su ofrecimiento sensual de unos días antes, y le entrega el anillo de su hermano, tras considerar que ella fue la persona que más quiso a Publio Clodio. Antes de partir, la invita a la boda de su hija Diana. Es un día de abril de 52 a.C.

VI. Rubicón (1999).

Dramatis personae.

Gordiano el Sabueso, exquiriente.
Bethesda, esposa de Gordiano.
Diana, hija de Gordiano y de Bethesda.
Davo, esposo de Diana.
Eco, hijo adoptivo de Gordiano y Bethesda.
Metón, hijo adoptivo de Gordiano y Bethesda.
Mopso y Androcles, esclavos de Gordiano.
Cneo Pompeyo, el Grande.
Cicatriz, guardaespaldas de Pompeyo.
Numerio Pompeyo, pariente del Pompeyo el Grande.
Maecia, madre del anterior.
Emilia, hija de Tito Emilio y prometida de Numerio.
Marco Tulio Cicerón.
Terencia, esposa del anterior.
Marco Tulio, hijo de Cicerón y Terencia.
Tulia, hija de Cicerón y Terencia.
Marco Tulio Tirón, liberto y amigo de Cicerón.
Fórtex, guardaespaldas de Cicerón.
Lucio Domicio Ahenobarbo.
Marco Ortacilio, comandante de cohorte de César.
Marco Antonio, hombre de Julio César.
Marco Vitruvio, arquitecto.
Cayo Julio César.

PRIMERA PARTE. MINERVA.

I. El cuerpo de Numerio Pompeyo, pariente de Pompeyo el Grande y recién llegado a casa de Gordiano media hora antes, aparece muerto en el jardín del Sabueso. Numerio venía a contar algo confidencial a Gordiano, pero durante el breve intervalo que el Sabueso le dejó en el jardín para buscar algo en su estudio, Numerio fue estrangulado. Al analizar su ropa descubren que los zapatos tienen como adorno el mismo que la funda de su daga: triángulos entrelazados. Gordiano deduce que es extraño que la misma tienda saque a la venta productos tan distintos; pero todavía hay algo más raro: la empuñadura tiene un compartimento donde Gordiano halla una

llave diminuta. Gordiano advierte que las suelas de los zapatos son lo bastante gruesas como para disimular algo sorprendente: la abertura de dos pequeños compartimientos en los que encaja la pequeña llave. Si bien el del primer zapato está vacío, en el segundo halla varios fragmentos de fino pergamino.

II. Gordiano descubre que los cinco delgados trozos de pergamino están escritos en una especie de código con caracteres griegos y latinos diminutos y entremezclados. Gordiano se retira a su estudio acompañado por Davo para examinar detenidamente las cintas de pergamino. Diana se les une en el estudio, y mientras Davo vigila en el jardín para que nadie vuelva a saltar la tapia con aviesas intenciones, Diana y Gordiano comienzan a descifrar el código del mensaje, donde pronto ubican los nombres Pompeyo y Gordiano, al igual que los nombres de Cicerón, César y la familia de Gordiano. Cuando Diana consigue descifrar el pergamino encuentra que se trata de un informe completo de las actividades de Gordiano en el pasado y de cada uno de los miembros de su familia. El informe concluye afirmando que, si bien Gordiano puede ser de utilidad para el Grande, debe ser escrupulosamente vigilado. Cuando han terminado, Davo comunica a su suegro que tiene una nueva visita: la de Pompeyo el Grande en persona.

III. Gordiano observa a través de la ventana y descubre que la presencia de Pompeyo en la casa es auténtica, y además ya ha descubierto el cadáver de su primo en el patio: primero emite un grito de angustia y corre hacia el cuerpo seguido de dos de sus hombres armados. Diana se apresta a arrojar a la llama de un brasero los pergaminos con su transcripción, y mientras comienzan a arder irrumpen en el estudio tres hombres armados de Pompeyo. Éste comienza a llamar a Gordiano a gritos, y el Sabueso no tiene más remedio que reunirse con él en el patio. Pompeyo le pregunta por la identidad del asesino de su pariente, pero Gordiano no puede dejar de reconocer que sabe tanto como él y que, de no haber sido sorprendido por su imprevista visita, hubiese acudido personalmente a su casa para comunicarle el asesinato. Pompeyo comienza a maldecir a César por el crimen. Gordiano le ruega que ordene a sus hombres abandonar su estudio, donde sólo se hallan su hija y Davo, y Pompeyo da la orden. Gordiano le explica que su primo vino a visitarle, que entonces le dejó un momento solo para traer algo de su estudio y cuando regresó le halló muerto. Gordiano no conoce los motivos que tenía para presentarse en su casa, y Pompeyo le cuenta que le mandó a Roma para hacer unas cuantas visitas, pero que la de Gordiano no estaba contemplada y que él mismo se llegó hasta su casa desde la de Cicerón, donde el orador le dijo que su próximo destino era la morada de Gordiano el Sabueso. Pompeyo, que ya no esperaba encontrar en ella a su primo, pensaba que el Sabueso podría decirle, al menos, dónde hallarle o qué dirección había tomado. Si el asesino no está en la casa, afirma Pompeyo, debió de entrar y salir saltando por el tejado, pero el Grande advierte que éste es demasiado alto para un hombre. Efecti-

vamente lo es, comenta Davo, pero no para dos hombres que se ayuden uno al otro para saltar. Gordiano asiente, y apostilla que incluso un solo hombre hubiera podido con la ayuda de una cuerda. Gordiano expresa a Pompeyo que sabrá la identidad del asesino en cuanto haga unas cuantas investigaciones, pero el Grande replica que ya no tiene tiempo, porque abandona la ciudad antes del amanecer con dirección al sur. Pompeyo le cuenta que seis días antes César ha cruzado el Rubicón y avanza con sus tropas contra Roma. Pompeyo recuerda que Metón es hombre de confianza de César y le ayuda en la redacción de sus obras, por lo que increpa a Gordiano acerca de su lealtad. Éste responde que media Roma tiene familiares vinculados con César y que ya le demostró lealtad cuando resolvió el asesinato de Clodio, por lo que Pompeyo parece calmarse, al recordar que Gordiano no es hombre de bandos políticos. Pompeyo reflexiona si el individuo que siguió a Numerio y le mató pertenecería a la facción de César o, peor aún, si existirá un traidor entre sus hombres. Pompeyo se vuelve enfurecido contra Gordiano y le exige que descubra al asesino, pero Gordiano se niega argumentado que desde muchos años antes tenía decidido alejarse de asuntos públicos si conseguía sobrevivir hasta los sesenta, y ya ha rebasado esa edad desde hace un año. Pompeyo se revuelve y le da a entender que ni es un favor que le pide ni le está contratando para que lo descubra, sino que es una orden basada en el Decreto Supremo del Senado, por el cual ahora Pompeyo está investido y le proporciona libertad total para actuar en bien del Estado. Puesto que su primo ha sido asesinado mientras actuaba como mensajero suyo, él tiene la autoridad de considerarlo un crimen contra el Estado y ordenar a Gordiano que levante una investigación. Para obligarle aún más, ordena inmediatamente el reclutamiento de Davo en su ejército, y a pesar de los ruegos de Gordiano, el Grande le advierte que sólo devolverá a Davo con su familia cuando el Sabueso encuentre al asesino de su primo. Para proteger la casa, Pompeyo deja en lugar de Davo a uno de sus matones, un individuo apodado Cicatriz.

IV. De noche y sin escolta, Gordiano se dirige a casa de Cicerón y pregunta a los guardias de la puerta por Tirón, pero uno de ellos le informa de que Tirón permanece enfermo en Patras, así que el Sabueso pide permiso de hablar con el orador, que le recibe afablemente. Recuerdan viejos tiempos y comentan los momentos de angustia que actualmente vive la República bajo la amenaza inminente de la guerra civil entre Pompeyo y César. Después de hablar de la salud de Tirón entran en materia directa y Gordiano le cuenta que Numerio ha sido asesinado en su casa después de abandonar la suya, por lo que quiere saber de qué hablaron. Cicerón le cuenta que Numerio le trajo noticias de Pompeyo, pero nada que Gordiano ya no sepa: que Pompeyo abandona la ciudad con rumbo al sur. Numerio llegó y se fue solo, y al parecer él y Cicerón cruzaron duras palabras, ya que Numerio le conminó a abandonar también la ciudad por orden del Grande. En caso de no hacerlo antes del día si-

guiente, Pompeyo considerará a Cicerón como su enemigo. En cambio, si se marcha aparecerá como enemigo a los ojos de César. Gordiano siente que, por primera vez en su vida, Cicerón tiene miedo y se siente humillado.

Al abandonar la casa, Gordiano hace unas cuantas preguntas a los guardias de Cicerón y éstos le cuentan que pudieron oír toda la disputa entre Numerio y el amo, ya que la voz se transmite con perfecta acústica desde el jardín hasta la puerta, sobre todo cuando se discute a gritos, así que escucharon palabras tales como “traidor”, “mentiroso”, “secreto”, y una amenaza: “¿Y si se lo cuento a Pompeyo?” Aunque Gordiano quiere seguir tirando del hilo, los guardias se ponen a la defensiva y deciden no hablar más, y ni siquiera le cuentan si Numerio se marchó solo o si alguien rondaba las inmediaciones cuando se fue, por lo que Gordiano emprende el regreso a casa entre una multitud de carruajes y palanquines de individuos que abandonan la ciudad. Al llegar a la puerta de su hogar, echa por última vez la vista atrás y cree distinguir un rostro en un palanquín que le llama la atención, pero al hacer esto el palanquín da media vuelta y se pierde en las tinieblas. Gordiano cree haber distinguido el rostro de Tirón.

V. Al día siguiente Mopso entrega a Gordiano una tablilla de cera con un mensaje de Maecia, la madre de Numerio Pompeyo, que le solicita un encuentro. Gordiano se viste con su mejor toga y se reúne en la calle con el esclavo mensajero y se encaminan hacia el distrito de las Carinas, donde se ubica la casa de Numerio Pompeyo. En el atrio, frente al cuerpo de Numerio, Gordiano se reúne con la madre, viuda desde hace dos años. Ella quiere saber todos los detalles de la muerte de su hijo, comenzando por la descripción del garrote, el instrumento con que Numerio fue asesinado, y Gordiano le explica el funcionamiento del arma y cómo halló el cadáver. Maecia explica que Numerio había sido siempre el favorito de Pompeyo, pero que en los últimos tiempos, a medida que la situación con César se iba volviendo más tensa, ella pensaba que posiblemente ya no era tan leal como solía, que estaba implicado en algo secreto en lo que había mucho dinero de por medio, que quizá era un espía o algo peor. Cuando Gordiano le pide que se explique con mayor claridad, Maecia le cuenta que guardaba en su cuarto una caja tan llena de monedas de oro que le resultaba imposible levantarla del suelo. Lo descubrió el mismo día que Marco Antonio hizo un discurso contra Pompeyo en el Senado, y cuando ella le preguntó al hijo por el origen de la caja él se puso nervioso y no le dio más explicación que la de pedirle que no lo revelase a Pompeyo, de quien su hijo era correo confidencial. Gordiano quiere saber si desde la muerte de Numerio volvió a registrar su cuarto, y ella asiente, pero afirma que no encontró nada sospechoso.

VI. De vuelta a casa, Gordiano cree distinguir a Tirón al cruzar la Rampa, le llama por su nombre pero el hombre no reacciona ni detiene su camino, hasta que al fin desaparece de vista. Al llegar a su hogar, Gordiano encuentra a su hijo Eco en

compañía de Bethesda, Diana y el pequeño Aulo. Eco le pide a Gordiano que la familia se recoja en su casa, pero Gordiano se niega a abandonar su hogar.

VII. Durante días se suceden los rumores sobre Pompeyo y César, y durante ese tiempo Gordiano no es capaz de hallar mayor información sobre Numerio que la que ya poseía sobre su función de mensajero de confianza de Pompeyo. Una tarde decide acercarse a la Taberna Salaz, donde el eunuco que ahora la regenta le revela, por un precio conveniente, que Numerio era cliente habitual. El eunuco cuenta que siempre llegaba y se iba solo, pero que a veces se encontraba a conocidos con quienes hablaba durante un rato, conocidos que no eran clientes habituales y nunca más volvían, con una excepción: un tal Soscarides, un filósofo alejandrino con quien Numerio bebía y hablaba frecuentemente, siendo la última vez un par de días antes de su muerte y de la partida de Pompeyo. Días después Gordiano acude al Foro escoltado por Mopso y Androcles para recabar los últimos rumores sobre Pompeyo y César, y al regresar por la Rampa cree volver a reconocer a Tirón, así que ordena a los dos muchachos que sigan a ese hombre sin que él lo advierta, y que cuando llegue a su destino —que él piensa que es la casa de Cicerón— uno de ellos regrese a darle la información. Los dos muchachos salen a la carrera y desaparecen tras el extremo superior de la Rampa, y Gordiano llega al cabo de un rato a la casa de Cicerón, donde los dos muchachos le cuentan que el individuo entró en casa del orador de una extraña manera: por medio de una escalera que le bajaron desde el tejado. Gordiano manda a los chicos a casa y comienza a llamar a la puerta de Cicerón, pero un esclavo le asegura desde dentro que en casa no hay nadie, ya que el amo se marchó días atrás. Gordiano exige ver a Tirón, y ante la negativa de los esclavos comienza a gritar su nombre con toda la fuerza de los pulmones. El esclavo le dice que no puede abrirle la puerta porque está parapetada con barrotes, así que bajan una escalera por el tejado, pero Gordiano no llega a subir por ella, ya que por la escalera descende un muy maquillado Tirón y le invita a acompañarle a un lugar donde el dueño nunca escucha a escondidas.

VIII. Llegan hasta la Taberna Salaz, donde recuerdan viejos tiempos, y cuando el eunuco les abre la puerta reconoce a Tirón como Soscarides. Frente a una jarra de vino comentan los últimos acontecimientos políticos, y cuando Gordiano le comenta que está muy bien informado para hallarse enfermo en una cama en Grecia, Tirón le cuenta que a efectos oficiales así es, pero que ahora finge ser Soscarides el filósofo alejandrino, una patraña que planearon Cicerón y él en su partida de Cilicia. Ahora recaba información para Cicerón y se mueve por Italia: visitando los cuarteles de César, siguiendo los movimientos de Antonio, analizando la situación de Domicio en Corfinio y transmitiendo los mensajes entre Cicerón y Pompeyo. Gordiano le pregunta por las cartas que, según los guardias de Cicerón, éste le escribe todos los días y envía a Grecia. Tirón le cuenta que forma parte del plan: Cicerón las escribe

por duplicado, una la manda por mensajería normal a Patras, donde su huésped — que supuestamente cuida de la salud de Tirón— contesta con otras falsas; la segunda copia se la manda a Tirón por mensajero secreto allá donde se encuentre. Para ejemplificar, Tirón extrae de su túnica la última carta, donde Cicerón se lamenta de su ausencia y enfermedad y luego le comenta sus esperanzas de que los galos que forman parte del ejército de César abandonen a éste. Gordiano comenta que la carta parece completamente transparente, pero Tirón le indica que todo depende de conocer unas determinadas claves donde una cita de Eurípides o la mención de una bufanda azul pueden tener connotaciones políticas secretas. Tirón ha sido durante años su secretario y ha transcrito y anotado todos sus discursos y obras filosóficas, así que, ¿quién mejor que él para saber de qué habla Cicerón cuando quiere que sólo él lo entienda? Ahora Gordiano tiene claro que Cicerón redactó el informe que encontró en el zapato de Numerio y que fue Tirón quien creó el código cifrado que Diana tradujo. Gordiano le cuenta que encontró el mensaje en el compartimento secreto del zapato de Numerio y que su destino fue el fuego cuando Pompeyo irrumpió en su casa con sus hombres. Gordiano le confiesa que no cree que Numerio fuese asesinado por conducir a Pompeyo los informes secretos que Cicerón acababa de entregarle, sino porque quizá actuaba como agente doble para alguien más. Tirón le confiesa que habló con Numerio en la Taberna Salaz días antes de su muerte, y Numerio, un poco suelto de lengua por el vino, expresó que estaba sentado sobre algo importante: le reveló que poseía unos documentos que probaban un intento de asesinar a César por sus propios hombres en su propio campamento, asesinato que tendría lugar en cuanto cruzase el Rubicón. Ahora es Tirón quien cobra interés por lo que pueda contarle Gordiano y le pregunta por los otros documentos hallados en el zapato de Numerio, pero Gordiano le contesta que todo lo que encontró fueron los cinco trozos de pergamino escritos por la misma mano de Cicerón y en el mismo código. Gordiano le pregunta por la disputa entre Cicerón y Numerio la noche de su muerte, y por la mención a una deuda contraída con César. ¿Quién debía ese dinero? ¿Cicerón o Numerio? Tirón argumenta que mucha gente debe dinero a César sin que ello constituya una traición al Estado, pero Gordiano cree que Numerio chantajeaba a alguien. Tirón le confiesa que siguió a Numerio cuando se marchó de casa de Cicerón porque el orador quería saber cuál era su próximo destino, así que le vio entrar en casa del Sabueso, pero no vio a nadie saltar el tejado ni vio que Numerio se encontrase con nadie más durante el trayecto. Gordiano acude al retrete, y cuando regresa descubre que Tirón ha desaparecido. Pide otra copa de vino y se pregunta dónde estarán los documentos de los que se jactaba Numerio, así como si alguien más tendrá conocimiento de su existencia.

IX. Durante los últimos días de febrero, Julio César avanza implacablemente sobre Italia. Mientras tanto, Pompeyo ordena que todas las tropas que le sean leales

se reúnan en Brindis, y la familia tiene miedo por la suerte de Davo. La desesperación de Diana es creciente y Gordiano sabe consolarla, pero cuando ella le ruega que halle al asesino de Numerio él se queda sin palabras.

El primer día de marzo Gordiano recibe la visita de una chica de diecisiete o dieciocho años llamada Emilia y que se presenta como la hija de Tito Emilio. Viene de la casa de Maecia, que fue la persona que le habló de él. Emilia le cuenta a Gordiano que iba a casarse con Numerio, y al acariciarse el vientre con gesto significativo Gordiano se da cuenta de que la joven está embarazada del pretendiente fallecido. Cuando Gordiano le pregunta si él sabía del embarazo, la respuesta es afirmativa, ya que le dio la noticia la última vez que le vio, en el lugar secreto donde se citaban, el día anterior a su muerte. Numerio se alegró de que ahora Pompeyo tuviese que renunciar a los planes que tenía para él, y le daría la noticia del embarazo esa misma noche, por lo que no le quedaría más remedio que concederle autorización para casarse con Emilia. Cuando Pompeyo abandonó la ciudad, le siguió su padre Tito Emilio, por lo que ella y su madre huyeron al campo. Al partir se encontraron con una amiga de su madre y les hizo saber que Numerio había sido estrangulado. Emilia le reveló a la madre la noticia del embarazo, y ella insistió en que debía librarse del niño antes de que naciera; pero cuando consultó con Maecia ésta se opuso a la idea, ya que ese bebé sería lo único que le quedase de su querido hijo. Emilia pide a Gordiano que haga todo lo posible por hallar al asesino de su prometido, y antes de partir Gordiano le pregunta por la ubicación del lugar secreto de sus reuniones. Emilia le explica que se trata de una habitación en un edificio de apartamentos propiedad de la familia de Numerio. Gordiano quiere saber si en aquel departamento Numerio guardaba alguna clase de documentos, pero Emilia le cuenta que no había donde esconder nada, ya que hasta los poemas de amor que se intercambiaban los ocultaban bajo la cama. Cuando Gordiano le comunica que acudirá allí para hacer algunas indagaciones, ella le revela la ubicación del escondite de la llave de la puerta y le pide encarecidamente que queme los poemas de amor, ya que no podría soportar que alguien más los hallase y leyese.

X. Al día siguiente Gordiano acude al barrio de los Cesteros donde se ubica el bloque de viviendas. Después de pedir a Mopso que vigile la entrada del edificio, él sube con Androcles. Mientras éste vigila el acceso al apartamento, Gordiano encuentra los poemas donde Emilia le aseguró que estarían, y comprueba que sólo se tratan de poemas de amor de Safo. Androcles entra intempestivamente en el cuarto y da la alarma de que un hombre avanza hacia la habitación. Cuando la puerta se abre, Gordiano descubre el rostro artificialmente moreno de Tirón.

XI. Tirón confiesa haberle seguido porque ayer se dio cuenta de que la prometida de Numerio le hizo una visita y Gordiano le increpa por los motivos que tiene para vigilar su casa. Tirón aprovecha para solicitarle su colaboración, ya que am-

bos corren detrás de la misma presa: los documentos que, de acuerdo a Numerio, probaban un intento de conspiración contra César. Aunque los dos hombres registran el cuarto concienzudamente, no encuentran nada más. Tirón le cuenta que partirá de Roma al día siguiente y le pide que le acompañe, puesto que se dirige a Formias para recoger de Cicerón unas cartas para Pompeyo. Tirón le hace entender que no pierde nada con acompañarle, ya que Pompeyo está acorralado contra el mar y César avanza implacablemente a su encuentro. Como el desenlace puede darse en cuestión de días, Gordiano acepta.

Al regresar a casa y preparar su equipaje Diana le pregunta cómo va a convencer a Pompeyo de que les devuelva a Davo si no ha dado con el asesino de su pariente. Gordiano la consuela asegurando que tiene un plan secreto, pero no le revela nada más, ni siquiera que ese plan probablemente entrañe no regresar vivo de Brindis.

SEGUNDA PARTE. MARTE.

XII. Gordiano se reúne en la puerta Capena con Tirón y Fórtex, uno de los dos guardias de la casa de Cicerón, y emprenden el viaje por la Vía Apia, que está flanqueada por miles de tumbas. Los tres viajeros se detienen junto a la tumba del padre de Pompeyo, donde alguien se ha entretenido cubriéndola de excrementos de caballo, lo que causa la indignación de Tirón, quien ordena a Fórtex que limpie toda la inmundicia. Cerca, pero no a la orilla de la vía, se halla la tumba de Numerio Pompeyo, donde una inscripción compuesta probablemente por su madre recuerda que los dioses se lo llevaron con sólo veintitrés años. De repente Gordiano, con la guardia baja, es atacado por un grupo de bandidos, pero Fórtex y Tirón intervienen matando a uno de ellos y los tres hombres se dan a la fuga.

Pasado Monte Alba al anochecer, llegan a los pantanos Pontinos, donde Tirón les comunica que embarcarán en un navío que durante la noche les conducirá hasta Tarracina, desde donde podrán emprender el camino hacia Formias por la mañana del día siguiente. Después de una noche de incomodidades terribles en el barco, al día siguiente retoman la Vía Apia en Tarracina y poco antes de anochecer llegan a Formias, donde por caminos poco transitados llegan hasta el escondrijo de Cicerón.

XIII. Después de los avatares del viaje, disfrutan de una buena cena en la villa de Cicerón y se retiran pronto a dormir. Gordiano se despierta a media noche para acudir al baño, y de regreso oye las voces de Cicerón y Tirón procedentes de la habitación que se encuentra frente a la suya, por lo cual deduce que se trata del estudio del orador. Cicerón quiere que Tirón averigüe cuánto sabe Gordiano de la muerte de Numerio Pompeyo. Un esclavo entra en el estudio con dos lámparas, y Gordiano entra en su cuarto para no ser descubierto a la expectativa. Se tiende en su lecho

con intención de aguardar que el esclavo se retire del estudio y él pueda regresar a escuchar, pero el viaje le ha dejado demasiado agotado y se duerme hasta el día siguiente.

El aroma de un cerdo asado le despierta por la mañana, y Gordiano descubre que Cicerón ha recibido una nueva visita: Lucio Domicio Ahenobarbo, lo que causa la inmensa sorpresa de Gordiano, pues le suponía prisionero de César. Tirón le cuenta sus sospechas de que César le dejó escapar como gesto de clemencia, pero que no debe saber que él se halla en la villa en vez de convaleciente en Grecia, ya que, probablemente después de que Cicerón hable con Domicio, tenga nuevas instrucciones para él. También comunica a Gordiano que partirán hacia Brindis al día siguiente. Gordiano pasa el resto del día leyendo en la biblioteca de su anfitrión y durante la cena escucha el relato de la fuga de Ahenobarbo. Marco, el hijo de Cicerón, le pregunta la razón por la cual se halla allí cuando lo que pretende es reunirse con Pompeyo, pero Ahenobarbo le contradice, ya que sabe que Pompeyo está acorralado y César estará en Brindis en cuestión de días. La intención de Ahenobarbo es llegar a la Galia y cumplir con su deber para con el Senado, ya que le nombraron gobernador de esa provincia. Empezará el trayecto por mar hasta Massilia. A continuación se enzarzan en una discusión sobre los méritos militares y literarios de César, ambos menospreciados por Ahenobarbo, y cuando Cicerón recuerda que buena parte de esos méritos estilísticos se deben precisamente a Metón, el hijo de Gordiano, de quien afirma Cicerón que es tan importante para César como Tirón lo ha sido para él mismo, Ahenobarbo hace un comentario grosero acerca de la importancia íntima de Metón para César. Antes de que Gordiano pueda replicar, Ahenobarbo cambia el tema. Molesto, Gordiano aprovecha para retirarse cuando la conversación adquiere tintes de disputa familiar: Terencia quiere volver a Roma antes de doce días para celebrar durante las Liberalia los dieciséis años de Marco, pero Cicerón lo desestima por imposible y sugiere hacerlo en Arpino, lo que produce desagrado en su esposa. Durante la noche Gordiano sufre pesadillas, y una idea le da vueltas en la cabeza: la naturaleza de la relación entre su hijo y César.

XIV. Al día siguiente se reúne con Tirón, quien ha pasado buena parte de la noche hablando con los hombres de Ahenobarbo y extrayéndoles información. Le pide a Gordiano que no haga público que Ahenobarbo pasó la noche en casa de Cicerón. La razón está en que Ahenobarbo no abandonó Corfinio con las manos vacías, sino con seis millones de sestercios en oro que había llevado allí para gastos militares. Cuando César le liberó no quiso ser visto como un vulgar ladrón del dinero de Roma y permitió que Ahenobarbo se lo llevase. Ahenobarbo tiene la intención de usarlo en llegar a Massilia y guerrear contra los massilienses, pero la razón por la que Cicerón no quiere que se sepa de la estancia de Ahenobarbo en su casa es que el dinero pueda desaparecer y alguien crea que fue puesto a buen recaudo en la villa

del orador. Tirón recuerda a Gordiano que por mucho menos dinero se están rebanando no pocas gargantas, y en esos tiempos convulsos Cicerón teme por la vida de su familia.

Esa misma jornada cabalgan cuarenta y cuatro millas hasta llegar a Capua y al día siguiente treinta y tres millas hasta Beneventum, donde tras una noche de sueño reparador abandonan la Vía Apia con carro y conductor alquilado y atajan de oeste a este por una vieja carretera de montaña en los Apeninos. Durante todo el trayecto se abren paso con una carta de Pompeyo con autorización del Senado de Roma, aunque no en todas las postas se encuentran con partidarios del Grande y entonces se muestran renuentes a colaborar. Tres días de fuertes tormentas les retienen en una posada, pero al cuarto reemprenden la marcha hasta llegar al Adriático en el duodécimo día de haber partido de Roma. Descendiendo por un estrecho entre las montañas descubren en la distancia a miles de soldados en hilera, y se ocultan a esperar que pasen y descubrir si son hombres de Pompeyo o de César. Cuando distinguen las insignias caen en la cuenta de que son los hombres que Ahenobarbo había dejado atrás en Brindis, por lo que no saben si ahora están del lado de Pompeyo o de César. Gordiano y Tirón saben que no pueden ocultar el carro de las provisiones sin ser descubierto, por lo que deciden cruzarse en el camino de los soldados. Interrogados, Gordiano se arriesga a decir que su hijo está en el ejército de César y acude en su busca, y tienen suerte de comprobar que el ejército es de hombres ahora fieles a César. Llega un comandante de cohorte llamado Marco Ortacilio que interroga a Gordiano y se relaja el tenso ambiente al saber que es el padre de Gordiano Metón. Sin embargo, ocurre un imprevisto: el conductor del carro alquilado en Beneventum les acusa de falsedad y de llevar con ellos una carta de Pompeyo, de acuerdo a las palabras de su amo. Gordiano y Tirón, que se hace pasar por el esclavo de Gordiano, Soscarides, se defienden de la acusación y Tirón argumenta que el conductor del carro actúa así por envidia, ya que él no pudo guarnecerse en el carro durante la tormenta. Sin embargo, Ortacilio les manda registrar, y al no hallar carta ninguna, Gordiano exige que el conductor del carro sea castigado. Ortacilio llega más lejos todavía y recuerda que, según la ley militar para tiempos de crisis, un esclavo que pretenda engañar a un oficial romano debe ser ejecutado inmediatamente, así que con la lanza le inflige una herida en el hombro, pero el esclavo se defiende diciendo que debieron esconder el documento entre las montañas. Ortacilio manda hombres a buscarlo y éstos, para desgracia de Gordiano y Tirón, lo encuentran oculto entre unas rocas. Ortacilio pide explicaciones al supuesto padre de Metón.

XV. Atados de manos y entre ellos mismos con sogas por el cuello, Gordiano, Tirón y el conductor del carro son conducidos junto a las tropas hasta el campamento, donde por una feliz coincidencia se encuentran con Marco Antonio, y éste, al reconocer a Gordiano, ordena a Ortacilio que libere a los prisioneros. Sin embargo,

la farsa se sostiene en parte, y Fórtex pasa por ser esclavo de Gordiano mientras que Tirón sigue interpretando al tutor de Metón, Soscarides, a quien por fortuna Marco Antonio no reconoce como el liberto de su odiado Cicerón. Gordiano explica a Marco Antonio que consiguió el pasaporte de Pompeyo de manos de Cicerón, con quien pasó unos días en su villa de Formias, y lo hizo con objeto de conseguir sin problemas cabalgaduras frescas en cada nueva posta de la península que todavía se mantiene fiel al Senado. Antonio acepta su versión, no sin antes hacer manifiesto su odio por Cicerón, y le comunica que le acompañará en su camino a Brindis, donde él se reunirá con César y él podrá hacerlo con su hijo Metón. Al anoecer llegan a un estrecho valle entre bajas colinas, donde levantan el campamento. Al buscar Gordiano su carromato lo encuentra rodeado de soldados, con la vista fija en el suelo: el conductor yace muerto sobre la tierra. Los soldados lo dan por normal, ya que piensan que debió fallecer durante la jornada, debido quizá a una fiebre producida por la herida del hombro. Sin embargo, cuando Gordiano se toma la molestia de analizar el cuerpo descubre marcas de estrangulamiento y cuando el círculo se deshace se encara con Tirón y Fórtex, quien obviamente fue el brazo ejecutor. Tirón pretende justificarse con el argumento de que era necesaria la muerte del conductor por la seguridad de todos, y que en tiempos como éste un hombre deber cometer actos que, a veces, van en contra de su propia naturaleza.

XVI. Durante tres días avanzan a un ritmo de cuarenta millas por jornada hasta que al fin, una hora antes del crepúsculo, llegan hasta un campamento de César en las inmediaciones de Brindis. Durante este tiempo Gordiano apenas ha visto a Tirón, quien marchaba junto a Fórtex en la cola de la comitiva conduciendo el carro, lo cual también le ha servido para mantenerse apartado de la vista de Antonio. Al llegar, un centurión comunica a éste que los hombres apostados del otro lado de la colina se muestran excitados por cuanto sucede en el puerto. Antonio y Gordiano ascienden por una colina tras la cual pueden contemplar en su totalidad la ciudad amurallada de Brindis con su puerto: mientras los hombres de Pompeyo se refugian dentro de la ciudad, los de César acampan frente a sus murallas. Lo más extraño de todo es que una construcción de piedras y tierra, desconocida para Antonio, impide prácticamente el acceso desde el mar al puerto por su parte más estrecha. Antonio distingue al arquitecto Marco Vitruvio y le llama para que le explique cuándo ha sido parcialmente levantada esa escollera. Vitruvio le cuenta que Pompeyo había enviado por mar hasta Dirracio a los cónsules y senadores y espera el regreso de las naves para marchar él mismo con sus hombres, por lo que César le pidió que idease la forma de bloquear la entrada al puerto. Vitruvio, recordando que Jerjes de Persia construyó un puente sobre el Helesponto, ideó el rompeolas con la pretensión de impedir la entrada en el puerto de la ciudad. La obra no está concluida, se justifica Vitruvio, porque los barcos de Pompeyo hacen acometidas contra la escollera lanzando

proyectiles y bolas de fuego. El motivo de expectación de los soldados es que los barcos de Pompeyo regresan en ese mismo momento desde Dirracio y pretenden entrar en puerto por el flanco abierto, por lo que se está produciendo un choque entre ambas flotas. Al fin los barcos de Pompeyo consiguen su objetivo. Cae la noche y la batalla transcurre en la oscuridad. Sólo falta un barco de la flota de Pompeyo por rebasar el rompeolas, pero fatalmente es alcanzado por un proyectil incendiario lanzado desde la ciudad. La embarcación arde en la noche con toda la tripulación hasta que, pese a todos los esfuerzos, sus restos son engullidos por las aguas.

XVII. Gordiano cena en la compañía de Marco Antonio y Vitruvio, pero sus pensamientos le conducen a pensar con preocupación en Metón y Davo. Gordiano se retira después hacia la tienda de los oficiales, donde se le ha proporcionado un lugar donde dormir, y Tirón acude a buscarle. Le pide a Gordiano que cuando acuda a encontrarse con Metón le lleve a él, pues quiere echar un vistazo a la tienda de César antes de partir. Tirón le revela que es su intención embarcarse con Pompeyo a Dirracio. Gordiano se niega a llevarle con él, ya que probablemente sería reconocido por César, que no pocas veces ha cenado en casa de Cicerón. Tirón, ansioso, argumenta que nadie se fija en esclavos, y esclavo era de Cicerón en aquel tiempo; además, su intención no es matar a César, sino complacer su curiosidad, y le sugiere el siguiente trato a Gordiano: acompañarle a la tienda de César a cambio de entrar con él y Fórtex en Brindis con el objeto de presentarse ante Pompeyo y traerse de vuelta a Davo. Gordiano promete reflexionar sobre la oferta y se queda dormido.

A la mañana siguiente es despertado por Antonio, quien le pide que se aliste lo antes posible y le acompañe con sus dos esclavos a la tienda de César. Antes ascienden la colina con objeto de echar un vistazo a la escollera, que está siendo reparada. Antonio le comenta a Gordiano que Vitruvio tiene la intención de cerrar la brecha de la escollera ese mismo día con una almadía adicional de rocas. Antonio y Gordiano, acompañado de sus dos esclavos supuestos, descienden al campamento de César, que con sus treinta y seis mil hombres es casi una ciudad en sí mismo. Antonio le pide a Gordiano que sus esclavos permanezcan fuera de la tienda, y así se lo manda a Tirón y Fórtex, pero Tirón se revela argumentando que se trata de darle una sorpresa a Metón cuando vea a su antiguo y querido tutor. Gordiano no puede zafarse de la farsa y Antonio consiente en ello, a pesar de los propios deseos del Sabueso. Cuando entran en la tienda llena de generales alrededor de Julio César, Metón se queda de piedra al descubrir allí mismo a su padre.

XVIII. Cuando Metón le pregunta la causa de su viaje hasta Brindis, Gordiano le cuenta que lo ha hecho para encontrar a Davo y devolverle a casa, por lo que le cuenta toda la historia. Metón se queda perplejo al fijar la vista en el falso Soscarides y descubrir que se trata del liberto de Cicerón, pero entonces son interrumpidos por Antonio, quien hace saber a todos que el padre y el tutor de Metón

han venido de tan lejos para verle. Metón se resiste a desenmascarar a Tirón por el bien de su padre. César saluda efusivamente a Gordiano, y en medio de la efusividad le hace saber que ese día será el decisivo, ya que los ciudadanos de Brindis les harán saber por medio de señales luminosas en los tejados que Pompeyo emprende la partida en barco con sus odiosos hombres que tan mal han tratado a los habitantes de la ciudad. Entonces se producirá el ataque. Gordiano siente un sudor frío cuando César le hace partícipe de su plan delante del mismo Tirón.

Cuando abandonan la tienda entregan a Gordiano un medallón con la efigie de Venus que le da permiso de moverse con libertad por el campamento. Comen antes de partir hacia la ciudad de Brindis.

XIX. Los tres hombres regresan a la colina que les ha servido de observatorio para estudiar la forma de entrar en Brindis, y Tirón decide que lo harán sirviéndose de la barca abandonada por unos pescadores refugiados intramuros, con la cual navegarán hasta el muelle. A Gordiano le aterroriza la idea, ya que no sabe nadar, pero también sabe que no queda más remedio.

Al abandonar los límites del campamento de César son descubiertos por un centurión que galopa tras ellos y les comunica que César ha prohibido que nadie, sin excepción posible, vague por la línea costera. La intención de Tirón era la de matar al centurión, pero Gordiano es más piadoso y más astuto, y le cuenta al centurión que vio a alguien introducirse en la cabaña, por lo que cuando el centurión se adentra en ella Gordiano le deja inconsciente con un golpe de la empuñadura de su daga. Los tres hombres toman el esquife y se adentran en el mar, pero poco antes de llegar al puerto son interceptados por otro esquife de cesarianos. Al llegar al puerto, las flechas de los hombres de César les ponen en retirada, pero una de las flechas viene a clavarse en el cuello de Fórtex y éste cae herido de muerte. Amparados en los hombres de Pompeyo, el esquife de Gordiano y Tirón llega a puerto.

XX. Poco después de atracar, Fórtex muere. Un centurión maduro les pide que se identifiquen y Tirón explica que tiene noticias importantes para Pompeyo el Grande. El centurión les conduce por la ciudad hasta el foro y el edificio del senado, donde Pompeyo ha instalado su cuartel general, pero al llegar, el centurión sólo permite la entrada a Tirón. Gordiano, ansioso, le pide que le solicite audiencia con el Grande, ya que viene a revelar la identidad del asesino de Numerio. Pasa un buen tiempo hasta que ve a Pompeyo salir rodeado de hombres a quienes dirige un discurso que concluye al anunciar que ha llegado el momento de la retirada por mar de la ciudad. Entre el gentío que le rodea Gordiano reconoce a Tirón, pero también distingue a Davo. Cuando Pompeyo termina su discurso y se queda a solas con sus guardaespaldas y Tirón, Gordiano se dirige a él para comunicarle que, cuando se hallen a salvo en el mar, le desvelará el resultado de sus investigaciones.

XXI. Davo se reúne emocionado con Gordiano, y en ese momento un oficial de Pompeyo da la voz de alarma al descubrir sobre un tejado a un hombre que emite señales luminosas con una antorcha. Comienza la estampida de la ciudad y Gordiano y su yerno corren hacia el puerto mientras le da instrucciones de que cuando lleguen al barco de Pompeyo él permanecerá en tierra, se deshará de su uniforme para no ser reconocido como hombre del Grande y sólo conservará la espada. Al llegar a puerto, apagan todas las luces para embarcar en la más completa oscuridad en los barcos asignados. Gordiano le pide autorización a Pompeyo para dejar en tierra a Davo a cambio de la identidad del asesino de su pariente, y Pompeyo acepta deshacerse del grandísimo botarate. Gordiano embarca con Pompeyo y Tirón mientras Davo permanece en tierra.

XXII. Las naves se hacen a la mar, pero se produce el enfrentamiento con los hombres de César, que comienzan a dismantelar el rompeaguas y aumentan el caos. Proyectiles incendiarios vuelan por todas partes. Embarcados todos los soldados de Pompeyo, Brindis cae a merced de los soldados de César. Pompeyo está consternado y, enfurecido, se pregunta cómo César es capaz de tomar la ciudad tan rápidamente. Su cólera se vuelve contra Gordiano, le acusa a él y a Davo de ser espías de César, y se precipita sobre él para estrangularlo. Mientras sus manos rodean su cuello, le pregunta la identidad del asesino de Numerio. Gordiano balbucea que él mismo fue el asesino, y Pompeyo, sorprendido y creyendo que le engaña separa las manos de su cuello. Gordiano explica que, efectivamente, él fue el asesino de Numerio, que no trabajaba para Pompeyo sino para él mismo, ya que acudió a su casa con un documento, escrito por el propio Metón, donde se hablaba de una conspiración contra César. Tamaña traición implicaba la muerte de su hijo, y la cantidad de dinero que Numerio le pedía a cambio del silencio era excesiva, así que fingiendo ir a buscar el dinero a su estudio, tomó el garrote y acabó con su vida. No sabía cuándo ni por qué Metón se volvió contra César. Pompeyo se queda lívido, incapaz de entender, mientras Gordiano recuerda el momento de angustia que pasó cuando asesinó al joven. Proyectiles incendiados caen sobre el barco, y al comprender que ya sólo le espera la muerte, el Sabueso se arroja por la borda.

TERCERA PARTE. DIONISO.

XXIII. Tres días después Gordiano despierta sobre un lecho con Davo a su lado. Confusamente, Gordiano recuerda que las olas le condujeron hasta la orilla y fue recogido por unos brazos, envuelto en tejido de lino y arrojado junto con otros a un carro donde le halló Davo. Gordiano pregunta por Metón y Davo le cuenta que éste ha partido con César destino de Roma, después de la partida de Pompeyo. Apenas media hora después de verle embarcar en el barco de Pompeyo, se encontró con

Metón y César avanzando por las calles de Brindis, y Metón se alegró de verle. Le señaló cuál era el barco de Pompeyo, y él se lo señaló a César. Davo creyó ver que alguien se arrojaba al agua desde el barco, y cuando el bajel de Pompeyo se perdió mar adentro, Davo decidió permanecer unos días en Brindis esperando que su suegro fuera el hombre que creyó ver saltar del navío. Metón comprendió, y le pidió guardar silencio respecto al hecho de que Gordiano hubiese tomado la misma embarcación que Pompeyo. La tarde de la partida dio una vuelta por los alrededores del puerto mirando los cuerpos que la marea traía y que los hombres de César recogían para evitar el pillaje. Fue entonces cuando dio con él, inconsciente pero vivo.

Cuando Gordiano ya puede cabalgar emprenden el regreso a Roma y llegan al ponerse el sol el día de las nonas, el quinto día de Abril, donde la aparición inesperada de Gordiano causa una emocionante sorpresa. El día antes Metón les había visitado, les había dicho que, hasta donde sabía, Gordiano estaba en Dirracio con Pompeyo, y había despedido al torvo Cicatriz. Aquella noche Eco y su familia acuden a casa de Gordiano a cenar, y Gordiano continúa guardando silencio acerca del asesinato de Numerio y de la traición de Metón. Eco cuenta a su padre los últimos chismes del Foro: que César tuvo una reunión con el Senado el día de las kalendas, sin que hayan trascendido más que rumores, que posiblemente citará al pueblo para un discurso; sobre todo, que entró al templo de Saturno, donde se guardaban ingentes cantidades de oro y plata que sólo podrían ser usadas en caso de ataques bárbaros, y que se llevó los fondos tras amenazar de muerte al tribuno Metelo que pretendía impedirlo. César partirá pronto de Roma, dejando el control de Italia en manos de Antonio, y dirigiéndose a Hispania para combatir allí contra Pompeyo. Puesto que Gordiano necesita entrevistarse con Metón antes de su partida, le manda una carta a la Regia, morada oficial del Pontifex Maximus, donde se aloja con César. Gordiano le cita para el día siguiente, a medio día, en la Taberna Salaz.

XXIV. Gordiano se sienta en la misma mesa que compartió con Tirón, la misma mesa en la que Tirón se había entrevistado con Numerio, y toma el asiento donde una vez se sentó el hombre que Gordiano asesinó. Metón llega puntual y piden vino. Después un breve comentario por la sorpresa de hallarle de nuevo en Roma cuando le creía en Dirracio, Gordiano le pregunta si conocía a Numerio Pompeyo, y él responde con evasivas hasta que su padre le cuenta todo lo sucedido desde que Numerio llegó a su casa y cómo se vio obligado a matarle. Numerio le había asegurado que tenía más documentos como aquél, pero nada halló cuando tuvo oportunidad de buscarlos en su escondite de enamorados. Gordiano quiere saber cómo se vio envuelto en tal conspiración y cómo fue tan tonto como para exponerse a que esos documentos comprometedores cayesen en malas manos. Metón se justifica con la excusa de no poder explicar, y enseguida le pregunta si confesó a Pompeyo el tema de la conspiración y de su participación en ella, y su padre responde afirmativa-

mente. Metón guarda un instante de silencio y entonces se levanta, le pide que le perdone y que, pase lo que pase, no se avergüence de él. Metón abandona la taberna antes de que Gordiano pueda reaccionar. Gordiano pide más vino y comienza a sentir los efluvios del licor de Dioniso. Al pensar en los documentos comprometedores y perdidos, de repente recuerda las palabras de Numerio a Tirón: “Estoy sentado sobre algo importante”, y siente que algo se enciende dentro de él. Ahora mismo está sentado donde lo estuvo Numerio en su encuentro con Tirón, y comienza a tantear su taburete de madera pacientemente, primero en el asiento y luego debajo, y es debajo donde descubre que una lámina de madera tiene una hendidura del tamaño de una uña y que esa lámina se desprende del fondo. Tanteando cuidadosamente en el interior halla un pergamino tan delgado como su meñique y pulcramente enrollado. Lo extrae con discreción y abandona la Taberna Salaz.

De nuevo en casa y encerrado en su estudio, Gordiano examina los documentos y comprueba que se trata de los que incriminan a Metón y a otros oficiales en su intento de asesinato de César antes incluso de cruzar el Rubicón. Sólo esto podría evitar una guerra civil que terminaría con la República. Gordiano los quema en su brasero y acude corriendo a la Regia para entrevistarse con Metón, pero el guardia de la puerta le dice que no ha regresado desde que salió por la mañana, así que pide al guardia que le comunique a su hijo la necesidad de verse en su casa cuanto antes. Gordiano pasa el resto de la jornada esperando en vano. Al día siguiente vuelve a la Regia y pregunta por Metón, pero el mismo guardia manifiesta que ni ha regresado ni regresará, pero no puede contar más. Gordiano pide audiencia con César, pero el guardia se lo impide con el argumento de que si César quisiera verle, le mandaría buscar, aunque él desea por su bien que no lo haga. Gordiano, ansioso, le tira de la lengua y el guardia le revela que Metón ha huido a Massilia para unirse a Lucio Domicio. ¿Quién iba a decir que Metón acabaría siendo un traidor? Se pregunta el guardia. Gordiano regresa a casa y se encierra en ella.

XXV. Unos días después César abandona Roma con destino a Hispania y a mediados de abril llega a casa un vendedor de aceite de oliva que les deja una jarra de muestra. Davo se la entrega a Gordiano y comprueba que los caracteres dicen que el aceite procede de Marsella. Al vaciar el contenido en otra jarra, nada descubre sino aceite, pero entonces recuerda un pasaje de la autobiografía de Sila según el cual él usó una vez una vejiga de cerdo introducida dentro de una jarra de aceite que contenía un mensaje secreto para el destinatario. Sabiendo que Metón conoce perfectamente su biblioteca, Gordiano rompe la jarra y descubre dentro la vejiga con el mensaje, la infla con su aliento y halla un comunicado secreto de Metón: el tema de las cartas conspiradoras fue idea de César para que llegasen a manos de Pompeyo y creyese que algunos de sus más fieles conspiraban contra él. Cuando Pompeyo se pusiese en contacto con Metón y con los otros, éstos actuarían como agentes dobles

que pasarían información a César. Nadie contaba con que Numerio, que iba a ser la conexión con Pompeyo, utilizase las cartas para extorsionar a los familiares en beneficio propio en vez de hacerlas llegar a su pariente. Sin embargo, el asesinato de Numerio por parte de Gordiano y los acontecimientos subsiguientes hasta la confesión que en el barco le hizo a Pompeyo obraron el milagro de que Pompeyo tuviese noticia de la falsa conspiración y ahora pudiese comenzar la segunda fase del plan: la supuesta traición de Metón y su partida a Massilia como topo o agente doble al verdadero servicio de César. Metón le ruega que quemase el mensaje cuando lo haya leído, por la seguridad de todos.

Esa misma noche, Gordiano reúne a su familia y les cuenta toda la verdad sobre la muerte de Numerio Pompeyo.

Una luminosa mañana de mayo, Gordiano se dirige a casa de Maecia acompañado de Mopso y Androcles, y al llamar a la puerta descubre con sorpresa al antiguo guardaespaldas de Pompeyo, Cicatriz. Mopso y Androcles se alegran de verlo y entran en la casa. Gordiano tiene la agradable sorpresa de encontrar a Emilia, que no ha perdido el bebé que esperaba de Numerio. Maecia le explica a Gordiano que lo arreglaron junto con la madre de Emilia al inventar una boda secreta celebrada antes de la muerte de su hijo y a espaldas de las dos familias. El falso certificado de matrimonio fue barato. Ahora Emilia vive bajo el techo de Maecia como su nuera, y el recién nacido tendrá el apellido de su padre. A Gordiano le llegan desde el vestíbulo las contagiosas risas de Cicatriz, Mopso y Androcles. Maecia da unas palmaditas en el vientre de Emilia y las dos comienzan a reír. Gordiano apura su copa de vino con miel y cree escuchar también, por qué no, la reverberación de la risa de los dioses.

VII. Last Seen in Massilia (2000).

Dramatis personae.

Gordiano el Sabueso, exquiriente.
Davo, esposo de la hija de Gordiano.
Cayo Trebonio, lugarteniente de Julio César.
Vitruvio, arquitecto.
Metón, hijo de Gordiano.
Rabidus, supuesto adivino.
Hieronymus, Víctima Propiciatoria de la ciudad de Massilia.
Apolónides, primer Timoucho de Massilia.
Cidímaque, hija del anterior.
Zenón, esposo de Cidímaque.
Lucio Domicio Ahenobarbo, lugarteniente de Pompeyo.

Tito Annio Milón, lugarteniente de Pompeyo.
Publicio y Minucio, facciosos de Catilina.
Cayo Verres, exiliado en Massilia.
Arausio, mercader galo.
Rindel, hija del anterior.
Rindel, esposa de Arausio y madre de la también llamada Rindel.
Cayo Julio César.

I. Gordiano el Sabueso y Davo se han perdido en las inmediaciones de Massilia, actual Marsella. Por la mañana, tras haber pasado la noche en una taberna del camino, han decidido abandonar la vía que conduce a la ciudad por recomendación del tabernero. Massilia permanece en estado de sitio por las tropas de Julio César, y los bandidos galos campan a sus anchas asaltando a quienes avanzan por la vía principal. Sin embargo, a pesar de las instrucciones del tabernero, los dos se han perdido entre las montañas y comienza a hacerse de noche. Vagando entre las sombras nocturnas, llegan hasta un extraño templo rodeado por un vallado de huesos humanos. Gordiano y Davo entran en el templo, donde encuentran una extraña estatua sobre un pedestal cuyas facciones y atributos son incapaces de reconocer. Es en ese preciso instante que escuchan voces a sus espaldas, y dos legionarios de César entran en el templo. Una vez hechas las presentaciones, y tras dejar bien claro que Gordiano es amigo personal de César, los dos legionarios encargados de vigilar el templo explican a Gordiano que la extraña representación que tienen delante lo es de la diosa Ártemis, lo que causa una honda sorpresa en el Sabueso, incapaz de creer que un artista griego haya podido esculpir una representación tan horrible de una diosa tan bella. Uno de los legionarios explica que la estatua no fue esculpida por manos humanas, sino que se trata de una roca caída del cielo que los primitivos marselleses —griegos llegados al país quinientos años antes— trajeron consigo desde la Hélade y recibe un extraño nombre, impronunciable para un romano. “Xoanon” —apostilla un extraño individuo vestido con harapos que interviene en la conversación desde el vano de la puerta. Uno de los legionarios explica que ese extravagante personaje recibe el apodo de Rabidus y se trata de un orate, que se autoproclama como adivino, vagabundea por los alrededores e hizo acto de presencia cuando las tropas de César llegaron a las puertas de Massilia y levantaron su campamento. Al saber que Gordiano y Davo vagan perdidos, los legionarios se ofrecen a guiarles hasta el mismo campamento, por lo que abandonan el templo y montan sus caballos. El adivino quiere unirse a ellos en su cabalgada, y como Gordiano no se opone a ello, Rabidus les acompaña durante el trayecto. En un momento del viaje, Rabidus se dirige misteriosamente a Gordiano y le revela: “Nada en este lugar es lo que aparenta ser. ¡Nada!”. Los cinco hombres

llegan al final de la arboleda sagrada, que César mandó talar en buena medida para construir barcos. El adivino vuelve a intervenir misteriosamente en la conversación, y afirma: “Sé por qué el romano ha venido hasta aquí. ¡Ha venido para encontrar a su hijo!” A Gordiano y a Davo se les hiela la sangre en las venas, y el Sabueso no puede impedir que se le escape el nombre de Metón. Rabidus continúa antes de regresar por donde ha venido: “Decidle al romano que regrese a casa. Nada tiene que hacer aquí. No hay nada que él pueda hacer para ayudar a su hijo”. Antes de que Gordiano pueda reaccionar, el extraño Rabidus da media vuelta y abandona el grupo para cabalgar en dirección contraria.

II. El grupo llega al campamento a la hora de la cena. Gordiano y Davo son presentados ante un oficial que les conduce hacia la tienda de Gayo Trebonio, lugarteniente de César y responsable del sitio en su ausencia. Trebonio, quien reconoce a Gordiano como el padre de Metón, le revela que César no se halla en el campamento desde hace meses, sino en España combatiendo contra los ejércitos de Pompeyo. Cuando Trebonio le pregunta la razón de su visita, la respuesta de Gordiano es evidente: busca a su hijo Metón. Trebonio se muestra arisco con Gordiano: Metón es un traidor a la causa de César, y cuando sea capturado, se halle donde se halle, será juzgado por César y ejecutado. Gordiano se rebela ante esta idea, pues su teoría es que oficialmente su hijo es un traidor para servir mejor a César como espía. Trebonio se muestra reacio a creer la teoría de Gordiano y le aconseja regresar a Roma y esperar noticias. Gordiano revela que se encuentra en Massilia porque recibió una carta anónima donde se le revelaba que su hijo había muerto como un héroe en esta ciudad. Ahora quiere saber si Metón vive o ha muerto. Puesto que la carta era anónima, reflexiona Trebonio, nada garantiza que viniese de Massilia y no de la misma Roma, por ejemplo. Si Metón ha muerto en Massilia, nada se puede hacer por él; si continúa vivo y es capturado cuando la ciudad caiga, será juzgado y sentenciado a muerte. Gordiano, argumenta Trebonio, tiene las manos atadas. Entrar a la ciudad es imposible, y en caso de que él pudiera introducir a Gordiano más allá de sus muros, le denegaría el permiso. Trebonio le aconseja de nuevo regresar a Roma, y a cambio le promete mantenerle informado de cuanto averigüe del destino de su hijo una vez que Massilia caiga en poder del ejército de César. Desolado, Gordiano abandona la tienda y se reúne con Davo en la mesa de los soldados.

III. Gordiano y Davo son alojados en una tienda de los soldados. Al contrario que su ahijado, el Sabueso no es capaz de conciliar el sueño y abandona la tienda para dar un paseo por el campamento. Cuando un hombre se le acerca entre las sombras y le da conversación, Gordiano le reconoce enseguida: el arquitecto Vitruvio. Cuando éste descubre que habla con el padre de Metón, Gordiano se anima a preguntarle por el paradero de su hijo. Vitruvio reconoce que nada sabe de él, pues su trabajo no consiste en andar pendiente de chismes. Cuando Gordiano comenta que la

entrada en Massilia es imposible, el arquitecto se ve obligado a darle la razón, y esto da pie a una larga explicación acerca de la naturaleza del asedio y la solidez de las murallas de la ciudad, de la superioridad de la artillería de los marseleses y de sus ideas personales acerca de cómo debilitar esa superioridad. Desde que el campo de César fue levantado, hay soldados que cavan una red de túneles que llega hasta la ciudad de Massilia, cuyas murallas sobrepasan ampliamente este límite. Si todo va bien, los hombres irrumpirán al día siguiente en la ciudad y abrirán las puertas mientras los marseleses se ocupan de defender un flanco de la muralla atacado por un ariete.

Después, puesto que ambos han perdido completamente el sueño, charlan amigablemente acerca de la situación en Roma bajo Marco Antonio y de una batalla naval contra los marseleses que constituyó un triunfo para la flota romana. Al fin, ambos se quedan dormidos en sus asientos.

IV. Amanece, y Gordiano despierta poco a poco. Examina la bahía de Massilia y el valle donde yace la ciudad e intenta ubicar el túnel sin conseguirlo. Cuando Vitruvio despierta le precisa su ubicación y explica en qué consiste el arduo trabajo de quienes deben irrumpir en la ciudad durante las próximas horas.

Gordiano regresa a la tienda donde duerme Davo y le despierta para comunicarle su plan de participar en la expedición que se va a adentrar en Massilia a través del túnel. Para ello necesita hacerse con vestuario de soldado, y afortunadamente conoce el emplazamiento donde se almacenan junto con las armas. Davo insiste en acompañarle, y Gordiano acepta a pesar de que prometió a Diana que no expondría la vida de su esposo. Una vez provistos de armadura y entremezclados con los hombres de la expedición, se adentran en el túnel, que se estrecha poco a poco hasta que todos los soldados se ven obligados a caminar prácticamente a rastras. Bajo la tierra escuchan con impresionante eco el sonido del ariete que golpea la muralla de Massilia, y hace temblar la tierra. De repente, una parte del túnel cede y una tromba de agua les golpea con sonora fuerza.

V. El torrente de agua arrastra a todos los hombres, aunque Gordiano es impulsado hasta el techo, donde el desprendimiento de tierra y piedras ha conformado una cavidad que le permite guarnecerse. Davo se ha agarrado a él cuando el torrente se les echaba encima y éste ha conseguido permanecer junto a su suegro. El eco del ariete ya no llega a sus oídos y Gordiano intuye que Trebonio ha tenido noticia de la inundación y ha detenido las embestidas del ariete. Aterrorizados, Davo y Gordiano se preguntan qué hacer. Es imposible bucear hasta la entrada del túnel, pues ésta queda muy lejos de ellos, por tanto, sólo queda el remedio de bucear hasta dar con la salida en la ciudad de Massilia, donde el agujero de salida ya debió de ser descubierto. Davo y Gordiano se hunden en el agua, y nadan desesperadamente entre los cadáveres de los soldados muertos hasta que el agua se llena de luz y descubren en lo

alto la salida del túnel. Con los pulmones a punto de estallar, los dos hombres asoman sus cabezas a la superficie y a continuación se desmayan.

VI. Al despertar, Gordiano y Davo se encuentran rodeados de hombres que discuten qué hacer con ellos. Uno de ellos es partidario de ejecutarles allí mismo, pues a la legua se advierte que son romanos; otro hombre opina que deben ser entregados a los soldados de la ciudad. Finalmente, un individuo de mediana edad que viaja en litera y al que todos llaman Víctima Propiciatoria y cuyos deseos deben ser respetados por ley decide llevárselos a casa en su litera. Ya en camino, explica que su nombre es Hieronymus y que les conduce a su morada, donde beberán un excelente Falerno. Una vez acomodados en la terraza de la magnífica mansión de este Hieronymus, Davo cae pesadamente dormido y Gordiano está sorprendido de que su anfitrión no le interroge acerca de su procedencia e intenciones. Al fin, el Sabueso se atreve a preguntarle por qué los ancianos le llamaban Víctima Propiciatoria. Hieronymus chasquea sus dedos y manda al esclavo traer más vino.

VII. Después de explicar la timocracia o gobierno de los ricos, forma de gobierno de Massilia, Hieronymus cuenta su propia vida. Su padre y su abuelo eran ricos empresarios, pero un día la conspiración de amigos traidores dejó en la ruina a su progenitor. Desesperado, solicitó permiso a los Timouchoi, órgano de gobierno de la timocracia, para suicidarse. Puesto que el suicidio está prohibido en Massilia, acabar con la propia vida sin permiso de los que gobiernan implica la extensión del castigo a la familia del suicida. Concedido el permiso, su padre se suicidó arrojándose públicamente desde la Roca del Sacrificio, llamada también Roca de los Suicidas o Roca de las Víctimas Propiciatorias. Al día siguiente, su madre fue encontrada muerta por las autoridades: se había suicidado mezclando veneno en el vino, infringiendo dos leyes de la ciudad: la del suicidio no autorizado y la prohibición de que las mujeres prueben el vino. La pena recayó sobre su hijo Hieronymus, y su existencia se volvió la de un apestado: creció criado por parientes que le despreciaban, y no ha podido trabajar en toda su vida, debiendo vivir como un miserable que se alimenta de despojos. Hieronymus continúa explicando que cuando la ciudad se ve sometida por una gran crisis, nombra entonces a una Víctima Propiciatoria. ¿Quién mejor que el hijo de unos padres suicidas? La Víctima deberá vivir en una espléndida morada —aquella en la que se encuentran—, donde ni siquiera los esclavos le mirarán a los ojos, pero comerá y beberá a su antojo hasta que el órgano de gobierno decida que la Víctima ya ha absorbido todos los pecados de la ciudad. Entonces, ese día se suicidará arrojándose desde la Roca del Sacrificio, que desde la terraza se distingue perfectamente. La razón por la cual les ha recogido es que, gracias a ellos, ahora él puede aliviar su soledad.

De repente algo llama poderosamente la atención de los tres hombres —Davo acaba de despertar y se ha unido a ellos—: una mujer ha ascendido hasta la

cima de la Roca del Sacrificio perseguida por un individuo. Forcejean, y en el forcejeo Davo cree ver que el individuo la precipita al vacío. Hieronymus, sin embargo, está convencido de que el hombre en realidad pretendía impedir su suicidio. En medio de la discusión son interrumpidos por un esclavo: el Primer Timoucho en persona y el procónsul romano acaban de llegar a la morada acompañados de un pequeño ejército y con la exigencia de ser presentados a los dos romanos que se alojan en la casa. En ese momento, un pelotón de soldados irrumpe en la azotea con las espadas desenvainadas.

VIII. El primer Timoucho, un anciano llamado Apolónides, llega acompañado de Lucio Domicio Ahenobarbo, quien reconoce a Gordiano. Éste sabe que si Metón llegó a Massilia debió de haberse puesto en contacto con él, puesto que se trata del hombre de Pompeyo en la región. Una vez aclarada la situación, después de que Domicio ha prometido responsabilizarse de Gordiano y de Davo, el Sabueso comenta el extraño caso del que acaban de ser testigos, del cual Apolónides no tienen conocimiento, pues todo suicidio debe ser aprobado por el Estado. Advierte al Sabueso de que no se atreva a ascender a la roca del Sacrificio, pues está prohibido hacerlo después de su consagración, y sólo Hieronymus podrá ascender hasta la cúspide el día de su inmolación; a pesar de todo, promete investigar el extraño suceso del que han sido testigos. Apolónides se retira con sus hombres, pero Domicio permanece en la casa para comer en compañía de Gordiano, Davo y Hieronymus. Gordiano le pregunta directamente por Metón, y Domicio relata que Metón llegó a Massilia afirmando que deseaba engrosar las filas de Pompeyo. Al principio Domicio no le hizo mucho caso, así que sólo le encargó tareas de tipo menor, pero días más tarde llegó una carta de Pompeyo donde el Grande mencionaba explícitamente la desertión de Metón y su confiabilidad absoluta. A pesar de este mensaje de Pompeyo, él no dejaba de desconfiar de Metón, al igual que Tito Annio Milón, quien afirmaba continuamente que el muchacho no estaba realmente de su lado. Sin embargo, no pudieron demostrarlo hasta que... Es en este punto que Domicio interrumpe su relato y, ante la insistencia de Gordiano, decide que ambos van a visitar a Milón en su casa.

IX. Durante el trayecto Domicio le cuenta a Gordiano que Apolónides sólo tiene una hija, quien nació contrahecha y se llama Cidímaque; no se deshizo de ella al nacer porque necesitaba prole para ascender al cargo de timoucho. Recientemente consiguió casarla, paradójicamente, con un apuesto joven llamado Zenón. Al llegar a la sucia y descuidada casa de Milón, encuentran a éste en estado de completa ebriedad. Domicio le pide que cuente sepa sobre el paradero del Metón. Después de provocarse el vómito a la vista de todos, les invita a pasar a su estudio.

X. Profundamente abotargado por el alcohol, Milón hace un repaso de su situación desde que se vio obligado a partir de Roma tras los sucesos subsiguientes a la muerte de Clodio. Necesitaba reconciliarse con Pompeyo, volver a gozar de su

favor, pero ¿cómo? Metón se lo ponía en bandeja, ya que él supo desde el principio que Metón bajo ningún concepto sería traidor a César, por más que lo afirmara. Una noche Milón y Domicio discutieron acerca de la lealtad de Metón, y Milón le pidió a Domicio que se ocultara tras un biombo cuando llegase el hijo de Gordiano. En ese tiempo Milón ya se había ganado su confianza, y bebieron hasta hartarse. En un momento de la conversación Metón le insinuó que había perdido para siempre el favor de Pompeyo y debía cambiar de bando. Milón argumentaba que César no lo querría junto a él, pues se le echarían encima todos los clodianos, pero Metón argumentó que César ya no les necesitaba. Milón le tiró más de la lengua, y Metón cayó al responderle que él podía ser el intermediario entre él y César. En ese momento Domicio abandonó el biombo y llamó a los guardias para que prendieran a Metón por alta traición, pero éste consiguió escapar de la casa y fue seguido hasta el mar por los soldados de Domicio. Sin embargo, alcanzado por una lanza, Metón cayó al mar y cuando su cuerpo reapareció flotando en la superficie los soldados lo acribillaron hasta que el mar se tiñó de rojo. Gordiano, afectado en lo más hondo, abandona con Davo la casa de Milón. A pesar de todo, todavía flota una pregunta en el aire: ¿quién envió la carta a Gordiano?

XI. Exhausto, Gordiano duerme durante todo el día siguiente, aunque sus inquietos sueños se pueblan de pesadillas. Unos días después Hieronymus comunica a Gordiano que un comerciante galo llamado Arausio ha llegado a la casa y exige hablar con él. Arausio se ha enterado de que Gordiano fue testigo del episodio de la roca del Sacrificio, y está convencido de que la muchacha que murió al caer por la Roca es su propia hija, Rindel. Rindel estaba enamorada de un griego llamado Zenón, pero este griego decidió abandonarla para casarse con la monstruosa hija del Primer Timoucho, y ella enfermó de amor. Arausio cree que la chica que se precipitó desde la Roca era Rindel porque su hija falta desde ese día. Es más, está convencido de que Zenón es su asesino, razón por la que desea contratar a Gordiano para que investigue su muerte. Gordiano, que no puede abandonar la ciudad sitiada, acepta el caso.

XII. En cuanto Arausio abandona la casa de la Víctima Propiciatoria, llegan dos romanos llamados Publicio y Minucio que desean entrevistarse con Gordiano, a quien admiran enormemente por ser el mismo Gordiano el Sabueso que sobrevivió en Pistorium, junto a su hijo Metón, a la batalla final de Catilina, el gran ídolo de ambos. Después de repasar los últimos momentos de Catilina, los dos romanos confiesan a Gordiano que deben hablar con él acerca de algo muy importante, pero no en la casa de la Víctima Propiciatoria, sino en otro lugar. Tras dudarlos unos instantes, Gordiano acepta, pero Hieronymus exige saber adónde conducen a su invitado, puesto que su seguridad le concierne enormemente. Al fin, los dos romanos informan a Hieronymus de que quieren invitarle a la casa de Cayo Verres.

Gordiano y Davo son presentados a Verres en su fastuosa casa, repleta de obras de arte. Verres, sin embargo, sabe que no es el arte lo que conduce allí a Publicio y a Minucio, y mucho menos acompañados de Gordiano el Sabueso y de Davo. Exige a un esclavo que le traiga una gran llave de bronce y todos juntos abandonan el jardín hasta el punto en que unos escalones les conducen hasta la puerta de una cámara subterránea.

XIII. La cámara subterránea es, por supuesto, la cámara del tesoro de Cayo Verres, pero entre tanta riqueza un solo objeto atrae poderosamente la atención de Publicio y Minucio: el estandarte del águila que una vez perteneció a Mario y que Catilina ostentó en la batalla final de Pistorium. Un objeto sagrado para los partidarios de Catilina, ahora ansiado por César para regresar a Roma como el hombre que disolverá el Senado y conducirá a la Urbe a una nueva era. Gordiano no quiere saber nada de todo esto, pues lo único verdaderamente importante es que Metón ha muerto. “Estás equivocado, Gordiano —expresa Publicio para sorpresa del Sabueso—. Tu hijo no está muerto”. Por un momento, Gordiano se deja llevar por la excitación, sobre todo cuando Publicio y Minucio continúan explicando que todos creen muerto a Metón, pero que a veces se reúne con ellos. Naturalmente, Gordiano exige saber dónde se esconde su hijo, pero los dos romanos ignoran su paradero, simplemente llega hasta ellos como a veces llega Catilina. Su lémur, argumentan, adopta la forma de un adivino que vaga por el país cubierto de andrajos, y el Sabueso recuerda a Rabidus. Gordiano comprende con amargura que aquellos dos locos creen que los espíritus de Catilina y de Metón vagan por Massilia. Sólo en cierto sentido Metón continúa vivo. Indignado, Gordiano y Davo abandonan la cámara secreta. Una vez desaparecidos Publicio y Minucio, Verres se sincera con Gordiano y le hace saber que, de todo cuanto han contado ese par de locos, sólo hay una cosa cierta: César ansía enormemente el estandarte, y puesto que él lo compró años atrás y es su dueño, cuando César triunfe sobre sus enemigos podrá garantizar su regreso a Roma, la ciudad que le desterró e incluso le arrebató su nacionalidad.

De regreso a casa de la Víctima Propiciatoria, Davo advierte que son seguidos por dos individuos. Entre un tumulto de hombres y mujeres, los dos distinguen también al adivino llamado Rabidus. Gordiano se pregunta cómo ha podido entrar en la fortificada y asediada Massilia. Cuando Davo y Gordiano toman la decisión de dirigirse hacia sus seguidores, todos desaparecen en las tinieblas de la noche.

XIV. Al amanecer, Davo despierta a Gordiano con la noticia de que durante la noche ha atracado en el puerto una nave de Pompeyo con refuerzos para Massilia. De acuerdo a los rumores, dice Hieronymus mientras almuerzan en la azotea, dieciocho naves más navegan rumbo a la ciudad. La multitud se arremolina en el puerto para contemplar la nave. Gordiano, repentinamente, siente un enorme deseo de contemplar la Roca de los Sacrificios mucho más de cerca.

Gordiano y Davo no tardan demasiado en llegar a la Roca del Sacrificio, que se perfila imponente frente al mar azul. La multitud se arremolina frente a la nave recién llegada, y aprovechando que nadie contempla la parte posterior de la Roca, Gordiano y Davo ascienden hasta la cumbre con gran dificultad apoyando pies y manos en hendiduras hechas a mano sobre la roca. Una vez en la cima, imperceptibles desde abajo por hallarse tendidos sobre un socavón de la Roca que resulta lo suficientemente amplio para ocultarlos a ambos, los dos hombres contemplan cómo algunos barcos de la flota marsellesa regresan a puerto, una vez reparados en la ciudad de Taurois. La flota de César sale en su persecución, pero los barcos marselleses son más rápidos y les sacan ventaja. Si bien las naves son mucho más veloces, Gordiano se pregunta en voz alta qué pasará cuando las ligeras naves deban darse la vuelta y entablar combate. A espaldas de ambos, responde por sorpresa la voz de Hieronymus: “¡Ojalá los marselleses tuviésemos a una Casandra, como los troyanos, para responder a cuestiones como ésa!”.

XV. Efectivamente, Hieronymus no ha escalado la Roca del Sacrificio por la casi inaccesible espalda, sino por el frente, a la vista de todo el pueblo, que ahora se agolpa expectante frente a la base, creyendo que la Víctima Propiciatoria va a arrojarse desde la cima. Lejos de tenderse como Gordiano y Davo, que le aconsejan ocultarse, se sienta bien visible sobre ella, mientras entre el gentío crece la expectación. Gordiano le pide que se oculte, pero Hieronymus apela a su condición casi sagrada para hacer cuanto le venga en gana, a pesar de la prohibición de que nadie, ni siquiera él, puede ascender a la Roca mientras no se vaya a consumir la autotanasia. Los tres hombres ven desaparecer los dieciocho barcos de la flota marsellesa en el horizonte, perseguidos por los dieciocho navíos de César. Mucho más tarde verán la flota de Pompeyo, compuesta también por dieciocho bajeles, surcar la línea marina en dirección a Hispania. Durante horas Gordiano y Hieronymus, y en menor medida Davo, conversan sobre temas diversos, entre ellos el sofisma de la mujer del velo, que el griego atribuye a Aristóteles o a Platón. Algo les interrumpe súbitamente: un barco destartado que se acerca al puerto de Massilia. Cuando atraca, los más ansiosos suben por las escalerillas y una terrible noticia les llena de conmoción hasta el punto de que en cuestión de minutos toda la ciudad se halla desgarrada por un profundo lamento. Algunos hombres se dirigen hacia la Roca de los Sacrificios y comienzan a insultar a Hieronymus en griego hasta que éste considera que ya es hora de volver a casa. Es entonces cuando, al levantarse, encuentra algo que hasta entonces les había pasado inadvertido: un anillo plateado que debe ser de mujer por lo reducido de su círculo. Un poco agitado por las imprecaciones del populacho, Hieronymus lo guarda con rapidez, y los tres hombres inician el descenso entre insultos virulentos. Entre la multitud, Gordiano distingue de nuevo al orate Rabidus, el mismo a quien reconoció al abandonar la casa de Verres. De pronto, son detenidos por

un batallón de soldados que les comunica que, por orden de Apolónides, los tres hombres deben ser conducidos hasta la casa del Primer Timoucho.

XVI. Los tres hombres, escoltados por la falange de soldados, recorren la ciudad entre insultos de la población, y a veces, pedradas y escupitajos. Los soldados ahuyentan con la sangre a algunos de los atacantes. Al fin llegan a la casa del Primer Timoucho, donde éste hace saber a Hieronymus que no se halla bajo arresto, sino que ha sido conducido hasta allí para ser protegido de la horda embravecida. Tras ser conducidos a sus aposentos, Hieronymus vuelve a encontrarse con Gordiano y le muestra el anillo hallado en la Roca. La piedra del anillo es pulida y con ribetes plateados, y Hieronymus afirma que se trata de una piedra del cielo, un fragmento de meteorito como el de la Xoanon, algo muy valioso como regalo de un hombre a su bella amante. El recuerdo de la pelea que contemplaron sobre la Roca les hace suponer que el anillo debió desprenderse del dedo de la mujer durante el forcejeo, y puesto que Apolónides prohibió que nadie subiera a la Roca, allí debió permanecer desde entonces. Llega un esclavo y les anuncia que la cena está servida en el jardín, pero sólo para los dos romanos. Una Víctima Propiciatoria desayuna a solas, en sus aposentos.

Al llegar a la cena, encuentran a Lucio Domicio Ahenobarbo en un triclinio, y no tardan en unirse a la cena Cayo Verres y Milón. Poco después llega Apolónides acompañado de su monstruosa hija Cidímaque y de su esposo, el bello Zenón.

XVII. Durante la cena, Milón y Domicio discuten sobre la inconveniencia de que un tal Lucio Nasidio sea el comandante de la flota romana, en vez de cualquiera de ellos. Zenón, que capitaneaba el bajel destartado que atracó horas antes, acapara la conversación al describir la batalla terrible que sostuvieron contra la flota de César, y al final acaba discutiendo acaloradamente con su suegro acerca de la torpeza extrema que fue sumarse al bando de Pompeyo y no al de César. Indignado, Apolónides pide a Zenón que se retire, y éste se marcha de la fiesta en compañía de su esposa. A continuación, fingiendo que se dirige hacia las letrinas, Gordiano sigue en la noche a Zenón hasta que lo halla en una columnata del edificio principal y le llama. Mientras tanto, Cidímaque permanece entre las sombras. Tras las presentaciones, Gordiano advierte que el joven camina con una ligera cojera, y Gordiano le pregunta si es debida a la batalla del día. Zenón se niega a responder con malos modales. Gordiano se vuelve más atrevido y le pregunta por Arausio y Rindel, pero Zenón se niega a contestar. Cuando Gordiano le muestra el anillo hallado en la cima de la Roca, Zenón acusa notoriamente que conoce el anillo, y retrocede enfurecido mientras ostenta su daga a la luz de la luna y amenaza a Gordiano de muerte si se atreve a continuar con su interrogatorio. Davo llega en ese momento junto a su suegro, y Zenón y Cidímaque desaparecen en las tinieblas.

XVIII. Al menos, reflexiona Gordiano, existen tres puntos claros: Zenón conoce el anillo, ama sinceramente a Cidímaque —a pesar de su monstruosidad, lo pudo comprobar durante la cena—, y no se trata precisamente de un hombre cobarde, a tenor de cuanto narró durante la cena. ¿Acaso un hombre valiente arrojaría desde un precipicio a una mujer indefensa? Se pregunta Gordiano. Sin embargo, Davo no comparte ninguno de los puntos de vista de su suegro.

Al día siguiente Hieronymus les despierta para el desayuno y les comunica dos noticias: ha hablado con los sacerdotes de Ártemis y les ha dicho que Gordiano y el joven son amigos tanto de Pompeyo como de César, por lo que la supervivencia de ambos está garantizada; por otra parte, la turba le busca para matarle, y ha incendiado la casa de la Víctima Propiciatoria, por lo que deberá permanecer en la morada de Apolónides.

Gordiano toma la decisión de abandonar la casa, por lo que dando vueltas encuentra una puerta de madera junto a las cocinas vigilada por un guardián. Éste insiste en que al regresar le grite su nombre, o de lo contrario no le dejará entrar de vuelta, pues la situación es tensa en la ciudad. Gordiano aprovecha para hacerle algunas preguntas acerca de Zenón —que usa mucho esa salida de la casa—, y averigua que su leve cojera data, precisamente, del día en que ellos llegaron a la ciudad y Rindel fue presuntamente arrojada desde la cima de la Roca de los Sacrificios.

XIX. Gordiano y Davo dan con la casa de Arausio, y él mismo les recibe a la puerta, como es costumbre entre los galos. Arausio se lleva una gran sorpresa al verle, ya que le dio por muerto al enterarse del incendio de la casa de la Víctima Propiciatoria. Arausio les presenta a su esposa, también llamada Rindel. La mujer a quien Gordiano vio caer llevaba una capa oscura con capucha, posiblemente de color verde. La madre recuerda que Rindel tenía una capa como ésta, pero la encuentra entre sus ropas, y Rindel no poseía otra. Gordiano también les muestra el anillo, pero nunca se lo vieron puesto. Arausio monta en cólera, y en su imaginación cree que Zenón intentó consolarla con el regalo de ese anillo, que ella se lo tiró a la cara y Zenón la arrojó por el precipicio.

Vagando por la ciudad, Gordiano y Davo llegan hasta los escombros de la morada de la Víctima Propiciatoria, entre cuyas ruinas descubren hasta dieciocho cadáveres de saqueadores que fallecieron durante el incendio. Un ruido ensordecedor que origina una enorme nube de polvo les hace volver entonces la mirada en dirección a la puerta principal de la ciudad.

XX. Cuando llegan, ambos comprueban que una sección de la muralla se ha derrumbado, precisamente aquella que se encontraba sobre el túnel cavado por los hombres de Trebonio. Cuando Apolónides ordenó drenar el túnel, el agua se encargó de reblandecer la tierra y agrandar la bóveda hasta provocar el derrumbe de una sección de la muralla. Todos los soldados de Massilia se han concentrado en ese punto,

y Gordiano no tarda en descubrir a Apolónides que llega en compañía de Zenón, discutiendo la situación. Apolónides ha mandado levantar bandera blanca de deliberación, para que los ingenieros tengan tiempo de reconstruir el muro. Sin embargo, también se le ocurre aprovechar el viento para incendiar las máquinas de guerra de los romanos, lo cual escandaliza a Zenón por considerar que es traición a las condiciones de tregua que implica alzar una bandera blanca. La discusión entre ambos se vuelve tensa, y Apolónides llega a acusarle de ser un traidor. También acusa a Gordiano y a Davo de traidores, y les amenaza con cortarles la cabeza, a lo que Zenón interviene para decir que ambos son amigos de César, y no conviene matarlos. A Zenón se le escapa una importante información: que César llegará al sitio uno de esos días, según le contó Lucio Nasidio, pues hace tiempo que partió de España hacia Massilia con una multitud de hombres. A pesar de los consejos de Zenón, Apolónides infringe la bandera blanca y envía a sus arqueros contra las máquinas de guerra. Durante las siguientes horas de la noche las máquinas de los cesarianos arden. Gordiano se hace varias preguntas: ¿cómo sabe Zenón que él conoce a César? Por un momento se le pasa por la cabeza que realmente se trate de un cesarista de incógnito, y decide afrontarlo con el anillo en la mano. Zenón palidece al ver el anillo, y ruega a Gordiano que lo esconda antes de que lo descubra Apolónides, que se aproxima. Gordiano no le hace caso, y cuando el Primer Timoucho descubre el anillo le pregunta, primero sorprendido y después encolerizado: “¿Por qué está en tu poder el anillo de mi hija?”

XXI. Encolerizado, Apolónides repite la pregunta después de afirmar que su hija jamás se lo quita del dedo. Apolónides se vuelve hacia Zenón y le pregunta si ha sido él quien se lo ha entregado en pago de alguna traición, pero Gordiano interviene para decir que lo ha encontrado. Gordiano está dispuesto a explicárselo, pero en su casa, delante de otros.

Al llegar a la casa, Gordiano descubre que Arausio y su esposa también han sido conducidos hasta allí. Apolónides y los demás marchan hacia la habitación de Cidímaque, y el Primer Timoucho exige a Zenón que abra la puerta, pero éste responde con acritud que la abra él. Apolónides estalla colérico, y argumenta que no lo hará porque desde niña su hija le hizo prometer que nunca entraría en su cuarto por sorpresa, que nunca le pediría el velo sin ropa, y que nunca permitiría que ningún esclavo lo hiciese tampoco. Puesto que él respetó siempre el deseo de su hija, deberá ser él, Zenón, quien abra la puerta de la estancia donde él convive día a día con su esposa. Acorralado, Zenón palidece y le reprocha a Gordiano que cuanto ocurra a partir de entonces sólo será su culpa. Entran todos en la habitación y Apolónides exige a Gordiano que descubra a la muchacha del velo, pero ésta se resiste. Zenón pierde la serenidad y exige a su amada que se muestre ante los otros. Imprevisiblemente, una delgada y bella muchacha que no es otra sino Rindel aparece de-

trás de unas cortinas y corre para abrazar a sus padres. Apolónides insta a Gordiano a descubrir a la mujer del velo, y Gordiano se ve obligado a hacerlo, pero su fuerte brazo se lo impide y ella misma aparta el velo de su rostro. Gordiano se queda estupefacto cuando ve el rostro de su hijo Metón.

Todos los que se hallaban en el cuarto son recluidos en habitaciones separadas. En una de ellas, Apolónides conversa con Gordiano y le confiesa que fue su padre quien arruinó al padre de Hieronymus y causó la ruina de su familia. Después le pide que averigüe por Zenón cómo fue la muerte de Cidímaque, pues sólo entonces tendrá permiso para reunirse con Metón.

XXII. Gordiano se dirige a la habitación de Zenón y éste le cuenta cómo durante los primeros tiempos de su matrimonio no quiso volver a encontrarse con Rindel, hasta que ella fue a buscarle y volvieron a reanudar su relación. El día en que Gordiano llegó a la ciudad, Zenón fue seguido por Cidímaque, y los encontró en la cama. Cidímaque huyó y Zenón salió tras ella, hasta darle caza bajo la Roca del Sacrificio, ella ascendió la Roca para huir, pero Zenón la acorraló arriba. Zenón no desvela si Cidímaque se arrojó de la Roca o fue precipitada, y Gordiano no insiste en ese punto. Zenón continúa explicando que fue fácil aquel día de caos introducir a Rindel en casa para hacerse pasar por su esposa muerta, y ni el propio Apolónides pudo darse cuenta de la usurpación de personalidad. Fue entonces cuando regresó Metón, disfrazado como el orate Rabidus. Zenón había conocido al hijo de Gordiano cuando todavía era un supuesto traidor a César, y al saber Metón que el marsellés había defendido la adscripción de la ciudad a César y no a Pompeyo, Metón le confesó su auténtica lealtad a César. Cuando Metón fue descubierto y aparentemente asesinado, regresó como el orate Rabidus y Zenón decidió introducirle como espía en la casa con vistas a ganarse el favor de César cuando la ciudad cayera en sus manos. Mientras tanto, gracias a la camaleónica capacidad actoral de Metón, éste fingiría ser Cidímaque y podría moverse libremente por la casa para recabar información. Zenón regresa entonces al tema de la muerte de Cidímaque: al saber que él le era infiel con Rindel, ella decidió matarse arrojándose desde la Roca, y él intentó impedirlo porque ella estaba embarazada. Sin embargo, en el momento final Cidímaque cambió de opinión y Zenón también, por lo que procedió a empujarla hacia el precipicio.

XXIII. Ya en el cuarto de Metón, éste informa a Gordiano que entró y salió de Massilia a nado, evitando los lugares donde la corriente era más fuerte. Por supuesto, los arqueros que le dispararon sus flechas no acertaron sus tiros, pero cuando vieron su túnica flotando en el agua a distancia, creyeron que él había muerto. Gordiano quiere saber quién le envió la carta con la falsa creencia de su muerte, y su hijo sospecha de Milón, quien realmente no creía en la muerte de Metón. ¿Cuál era la mejor forma de que Metón se descubriese? Haciendo venir a su padre hasta Mas-

silia, donde tarde o temprano acabaría por abandonar su escondrijo. Cuando les encontró por azar en el templo de Ártemis corrió a comunicarse con Trebonio y solicitarle que no les contase que realmente estaba vivo y les devolviese a Roma. En ese momento un ruido ensordecedor les interrumpe, y al asomarse por la ventana advierten que la brecha del muro de la ciudad se ha agrandado al derrumbarse una porción mayor. Ahora la ciudad es completamente vulnerable por ese flanco. De repente, Apolónides entra en el cuarto.

XXIV. Apolónides pide a Gordiano que se marche de la estancia, pues tiene mucho de qué hablar con su hijo. Gordiano regresa a su cuarto, donde le acompaña Davo, y ambos caen profundamente dormidos.

Al amanecer, la situación en la ciudad es caótica, pues los marseleses consideran inminente la llegada de César. Caminando por sus calles, Gordiano y Davo se encuentran con Domicio, quien en compañía de su séquito está abandonando la urbe. Davo sugiere a su suegro el ascenso hasta un lugar elevado desde donde ver las maniobras de Trebonio, pero lo que descubren al hacerlo es la gran algarabía que rodea un templo, hasta que un ciudadano les revela que la Víctima Propiciatoria va a ser conducida a la Roca del Sacrificio. Gordiano y Davo corren hasta el templo, donde encuentran a Hieronymus en una litera que va a ser conducida hasta la Roca. Hieronymus permite que Gordiano se acerque a él, pero a pesar de los ruegos de Gordiano para que dilate el momento de su muerte, Hieronymus está convencido de que su inmólación será la salvación de su ciudad. Gordiano y Davo siguen la procesión hasta la Roca del Sacrificio, en cuya cumbre distingue a Apolónides y a otros sacerdotes. Hieronymus asciende la Roca con parsimonia, y al llegar a la cumbre ocurre algo sorprendente: los sacerdotes se abalanzan sobre él y forcejean. Apolónides y Hieronymus se agarran con violencia y llegan hasta el borde del precipicio. Entonces, todos les ven caer.

XXV. Comienza a llover, y Gordiano y Davo vuelven a la casa de Apolónides, pero soldados armados niegan el acceso a la estancia de Metón. La casa sigue en el caos, y Gordiano opta por regresar a su cuarto y dormir. Al día siguiente Gordiano se despierta con la sensación de que alguien le ha estado vigilando mientras dormía, e intuye que haya podido ser Metón, pero desconoce sus razones para no despertarle. Pocas horas después Gordiano ve cómo el ejército de César entra en Massilia, y el mismo César lanza una arenga al pueblo desde el centro del mercado público donde asegura que no tomará venganza por la adversidad de Massilia. Cuando finaliza, una procesión se dirige hacia él, con Metón a la cabeza, portando el estandarte de Catilina. Gordiano también distingue a Verres, así como a Publicio y Minucio. Cuando todo termina, Metón se acerca a su padre y le confiesa que cuando todo termine volverá a casa. Gordiano ya no quiere escuchar más y le reprocha a Metón haberle decepcionado, haber emprendido el mal camino de la corrupción, de

la lucha por el poder, de la ambición, un camino lleno de engaño que sólo conduce a la guerra, a la injusticia y a la muerte. Le reprocha su frialdad, el haberle hecho creer, incluso, durante todo ese tiempo que él estaba muerto. Gordiano, antes de marcharse de su presencia, reniega de él y le deshereda. Metón, pálido, regresa junto a César.

XXVI. Pocos días más tarde, Gordiano y Davo embarcan con destino a Roma. A pesar de que todavía le desasosiega la última conversación que mantuvo con Metón, Gordiano está convencido de haber actuado correctamente. A pesar de ello, Davo no piensa lo mismo. Al final Arausio fue generoso con el Sabueso y le pagó por sus servicios. Rindel fue encerrada en su cuarto a pesar de sus quejas de su loco amor por Zenón, episodio que Arausio y su esposa sólo pueden recordar con vergüenza. Mientras contemplan la costa de Massilia, que cada vez se hace más pequeña, el destino les reserva una última y agradable sorpresa: Hieronymus se acerca a ellos para saludarles. Después de los abrazos, Hieronymus cuenta que Apolónides decidió a última hora que otro hombre le sustituiría en la Roca del Sacrificio. Cuando Hieronymus llegó a la cima vio que en la brecha había otro individuo vestido con el ritual traje verde de las víctimas propiciatorias: Zenón. Los sacerdotes rodearon a Hieronymus y le permitieron cambiarse la vestimenta verde por una blanca de sacerdote, y a continuación incorporaron a Zenón, que atado de pies y manos y amordazado, no podía hacer nada por librarse de su destino. Al final, sin embargo, Zenón se rebeló contra los hombres que le dirigían hacia el precipicio, pero Apolónides se agarró a él voluntariamente y ambos cayeron por la sima. Apolónides, concluye Gordiano, ya no deseaba seguir viviendo una vez muerta su hija y derrotada su ciudad. Ahora Hieronymus, oficialmente muerto, goza al pensar en la idea de empezar una nueva vida en la maravillosa Roma. Sabe que empieza con buen pie, ya que llegará a la Urbe con dos buenos amigos.

*2. Sinopsis de los relatos
de Steven Saylor
incluidos en el volumen
La casa de las Vestales.*

I. La muerte lleva máscara (*Death Wears a Mask*, 1992).

Dramatis personae.

Gordiano el Sabueso, exquiriente.

Bethesda, esclava del anterior.

Eco, hijo adoptivo de Gordiano.

Estatilio, actor de la compañía de Sexto Roscio el cómico.

Sexto Roscio, el actor más famoso del mundo.

Gayo Fanio Querea.

Panurgo, esclavo en copropiedad de Roscio y Querea.

Flavio el prestamista.

Un gigante rubio, gorila de Flavio.

a. Idus de septiembre de 80 a.C., cuatro meses después de los acontecimientos de *Sangre romana*. Gordiano se sorprende de que Eco nunca haya asistido a una obra de teatro y se dispone a solucionarlo. Acuden a un teatro levantado entre el templo de Júpiter y las termas Senias, donde va a actuar Quinto Roscio, el cómico más importante de Roma, y allí se encuentran con Estatilio, un actor y amigo de Gordiano desde la infancia. Charlan sobre el mal carácter de Roscio cuando ven llegar a Flavio el prestamista, a quien debe dinero, acompañado de un gigante rubio. Estatilio interpreta el personaje de Megadoro, aunque en principio iba a interpretar a Euclión, pero Roscio le quitó el papel acusándole de no dar la talla y se lo asignó a un esclavo llamado Panurgo. Comienza la representación de *Ulularia*, de Plauto. Gordiano comprueba que, efectivamente, Estatilio no es un gran actor y Panurgo arranca grandes carcajadas. A media función escuchan un grito de dolor y Gordiano advierte que ahora es Roscio quien sale a escena como Euclión. Vuelve a aparecer Estatilio y se las ingenia para pedir a Gordiano que acuda entre bastidores, y le con-

ducen hasta un entrante del callejón del templo de Júpiter, donde se encuentra Panurgo con un cuchillo clavado en el pecho. A pesar del crimen, Roscio se niega a detener la representación, que llega a su fin. Roscio habla con Gordiano, sorprendido del asesinato: Panurgo no tenía vicios, ni ideas políticas ni enemigos. Llega un hombre llamado Gayo Fanio Querea, el primer dueño de Panurgo y quien se lo cedió a Roscio para que lo entrenara en copropiedad, aunque se peleaban por los beneficios de las actuaciones de Panurgo. Ahora Querea quiere que Roscio le pague su parte de cuanto le corresponde por la muerte del actor o lo denunciará a los tribunales, así que Roscio contrata a Gordiano para que averigüe quién le mató y evitarse el dispendio. Gordiano le pide permiso para hacer unas preguntas a él y a otros miembros de la compañía.

b. A última hora de la tarde, acompañado de Eco, Gordiano repasa la situación: la última vez que vieron a Panurgo fue durante su escena con Estatilio al final del primer acto, luego ambos abandonaron el escenario, los flautistas tocaron un interludio y aparecieron los cocineros alborotadores. Luego oyeron el grito, cuando Panurgo debió de recibir la puñalada. Conclusión: los cocineros y los flautistas son inocentes. ¿Quién estaba entre bastidores en el momento de la muerte y carece de coartada que explique su paradero en el momento del grito? Eco lo mima: Estatilio, a quien nadie vio cuando gritó Panurgo y quien, de acuerdo con sus propias palabras, estaba en un rincón poniéndose un disfraz. Eco mima a Roscio, tipo violento capaz de llegar al asesinato; Eco mima a Querea, para quien quizá el esclavo tenía más valor muerto que vivo, no contento con que Roscio se quedara con la mitad de sus ganancias por desarrollar el talento de su posesión a medias. Pero en realidad nadie tenía ojeriza a Panurgo, quien además tenía una vida ejemplar. La daga que le clavaron era común sin rasgos distintivos, ni huellas reveladoras ni testigos.

c. Por la noche, después de cenar en el jardín de casa, Gordiano pregunta a Eco si quiere escuchar la continuación de un texto de Platón, Eco asiente y cuando regresa con el papiro se queda con una expresión extraña en la cara: ha tenido una revelación relacionada con el asesinato de Panurgo, pero la pantomima que lleva a cabo no le dice nada a Gordiano. Entra corriendo en casa y vuelve con un vaso de color verde y un trozo de teja roja, comienza a pasárselos de una mano a otra, escribe con el *stilus* en el papiro verde y rojo, luego tacha lo escrito y escribe “azul”. Él no puede explicarse mejor, y como Gordiano no ve sentido a su pantomima, Eco rompe a llorar de frustración y se recluye en su cuarto.

d. Al día siguiente, Eco no quiere levantarse de la cama y Gordiano se marcha solo a pasear por la Subura, compra una pelota de cuero rojo para Eco y acude al puesto de su amigo Ruso, vendedor de telas, a comprar un velo para Bethesda. Allí es testigo de una curiosa discusión: Ruso pide a Félix, su nuevo esclavo, que le traiga un velo azul claro, y el esclavo parte con nerviosismo a buscarlo, pero trae uno

amarillo; Ruso le reprende amargamente, pues no es la primera vez que se equivoca y cree que lo hace para fastidiarle: si se lo pide azul, se lo trae amarillo; si amarillo, azul. Gordiano entonces lo entiende todo.

e. Gordiano busca a Estatilio, a quien halla muy feliz en una casa de juegos. Le hace confesar que debe cien mil sestercios a Flavio el prestamista, pero que ya ha ganado lo suficiente para pagarle. Él no sabe quién mató a Panurgo, pero llamó a Gordiano entre bastidores por si el asesino regresaba a por él. Ambos saben que el asesino buscaba a Estatilio, no a Panurgo.

Abandona a Estatilio y encuentra a Flavio el prestamista en un burdel, acompañado de su gorila, a quien se dirige y le señala un grupo de mujeres. Le cuenta que la muchacha de la túnica azul tiene ganas de estar con él. El gigante rubio se dirige al grupo de mujeres, pasa de largo ante la mujer de la túnica verde, la de coral y la de marrón y pone la mano abierta en las caderas de la mujer de amarillo.

f. Muy orgulloso por la generosa bolsa que Roscio y Querea le han dado como honorarios, Gordiano explica el caso a Bethesda y Eco, que había recordado el tema del texto de Platón y que había intentado explicárselo, infructuosamente, a Gordiano la noche anterior: se trataba de la confusión de los colores en algunos hombres. El gigante de Flavio no distinguía el azul del amarillo, y cuando Flavio vio que Estatilio vestía una capa azul envió a su gorila a que diese cuenta de él, pero se equivocó de hombre y mató a Panurgo, que vestía una capa amarilla. Eco debió oír las instrucciones, o quizá sólo la palabra azul, pero aunque Eco hubiese intentado advertir a Gordiano, la agitación del teatro debió habérselo impedido. Roscio y Querea van a demandar a Flavio por cien mil sestercios cada uno, y le conviene pagarlos porque si contraataca y pierde deberá desembolsar el doble. Da la noticia a Eco de que va a contratar un preceptor que le enseñe a escribir latín y griego.

g. Por la noche, Gordiano comunica a Bethesda su deseo de adoptar legalmente a Eco.

II. El cuento de la cámara del tesoro (*The Treasure House*, 1993).

Dramatis personae.

Gordiano el Sabueso, exquiriente.

Bethesda, su esclava. Narra la historia de la cámara del tesoro, en la que intervienen:

Rampsinito, rey de Egipto.

Los dos hijos del arquitecto de la cámara del tesoro.

Dos guardias.
Naia, cortesana.

a. Una calurosa noche de verano de 80 a.C. en que Gordiano no puede dormir, pide a Bethesda que le cuente un cuento relacionado con Egipto. Ella le narra la historia del rey Rampsinito, quien construyó una cámara especial para guardar en ella su gran tesoro. El arquitecto, un hombre de salud frágil, muere el mismo día en que todos los tesoros son guardados en la cámara, donde una vez al mes Rampsinito rompe los sellos y pasa una tarde contemplando sus tesoros. Al arquitecto le sobreviven dos hijos, a quienes Rampsinito regaló dos brazaletes de oro en gratitud por el agradecimiento que sentía por su padre. Meses después descubre que faltan algunas piezas, y un mes después lo corrobora, así que coloca trampas entre los tesoros que activan una jaula donde el ladrón quedará preso. Y así sucede, pero cuál no será la sorpresa de Rampsinito cuando al regresar un mes después descubre la jaula ocupada por un cadáver decapitado cuya cabeza no aparece por ninguna parte.

A Rampsinito se le ocurrió que los familiares del muerto querrían recuperar el cuerpo, así que lo expuso frente a las murallas de su palacio con la idea de que los parientes acudirían a llevárselo. Para vigilar apostó a los dos guardias de su mayor confianza, dos gigantes barbudos, a quienes a la mañana siguiente halló medio dormidos y con una mejilla rasurada. Por supuesto, el cadáver ha desaparecido. Los guardias sólo recuerdan a un mercader que transportaba unos odres de vino, y cuando uno de ellos se le quebró, los dos guardias acudieron a beber del chorro para no desperdiciar una gota de líquido tanpreciado. El mercader les recriminó primero, pero luego se apaciguó y les ofreció una copa de su mejor vino, la bebieron y no pueden recordar más.

El chisme de la burla real llegó hasta oídos de una cortesana que vivía sobre una tienda de alfombras. Esta cortesana, después de recabar toda la información al respecto, se hizo una idea de lo que pasaba y propuso al rey resolver el misterio, mas como costaría tiempo y dinero, a cambio exigía todo el oro que su mula pudiese cargar y el cumplimiento de un deseo. Rampsinito aceptó, ya que no tenía nada que perder.

Naia no tardó en descubrir el nombre del sujeto de quien sospechaba y dónde vivía, y a continuación se las ingenió para que la visitase en su habitación un día, donde bebieron vino y comieron fruta. Cuando el joven estuvo ya muy excitado, antes del amor quiso Naia jugar a un juego: cada uno debía revelar al otro dos secretos, empezando por el joven: cuál era el peor delito cometido en su vida y cuál su trampa más inteligente. Respondió el joven: su peor delito, cortar la cabeza de su hermano, y volver a juntarla a su cuerpo la mejor trampa. Reveló Naia que su mejor trampa y su peor crimen serían averiguar la personalidad del ladrón de la cámara real y a con-

tinuación llevarle hasta el rey. El joven recuperó la cordura, pero ya tarde: una enorme jaula cayó del techo y le apresó.

El arquitecto, contó su hijo, les reveló antes de morir una entrada secreta a la cámara que se abre presionando una piedra concreta de la muralla. Era la manera que tenía el arquitecto de vengarse por lo tacaño que el rey había sido con él. Pero su hermano quedó atrapado, le cortó la cabeza para no ser reconocido, y luego, a instancias de su madre, se disfrazó de mercader para recuperar el cuerpo y enterrarlo.

Enterado Rampsinito, quiso decapitar al hijo del arquitecto, pero entonces Naia le recordó que le debía la concesión de un deseo, y le pidió la vida y la libertad del hijo del arquitecto. Solucionado el misterio al fin y al cabo, Rampsinito accedió y Naia y el joven se casaron.

III. La última voluntad no siempre es la mejor (A Will is a Way, 1992).

Dramatis Personae.

Gordiano el Sabueso, exquiriente.
Lucio Claudio, noble patricio amigo de Gordiano.
Asuvio, joven adinerado de Larino.
Oppiánico, amigo de Asuvio.
Vulpino, amigo de Asuvio.
Columba, prostituta.

a. Transcurre entre 18 y 28 de mayo de 78 a.C. Lucio Claudio, noble patricio, acude a casa de Gordiano recomendado por Cicerón y le cuenta que el día siguiente a los idus de mayo, dos días antes, estaba en la Subura paseando (él pasea mucho porque no tiene nada que hacer y se aburre todo el día) y entonces un individuo llamado Oppiánico gritó por una ventana que un hombre se estaba muriendo, que había hecho testamento, que había seis testigos y faltaba el séptimo, por lo que le invitaban a subir. El moribundo se llamaba Asuvio y era de Larino, estaba de visita en la ciudad y fue víctima de una dolencia repentina. La enfermedad le había envejecido mucho y no aparentaba los veinte años que tenía. Cuando Lucio vio su testamento escrito con un *stylus* en una tablilla de cera, advirtió que estaba escrito por dos manos diferentes, así que Lucio pensó que el moribundo lo había comenzado, pero que uno de sus amigos lo terminó de escribir. A continuación, Lucio y los otros estamparon su sello en el documento, y después se les pidió amablemente que per-

mitiesen al joven morir en soledad. Horas después volvió a pasear por aquella calle y el dueño del inmueble le dio la noticia de que el joven había muerto, que Oppiánico y otro hombre de Larino habían bajado el cuerpo para llevarlo a embalsamar. Pero esa misma mañana, sorprendentemente, Lucio se encuentra con Asuvio redivivo paseando por la Vía Subura acompañado de Oppiánico; el bueno de Lucio les hace una señal, ellos le ven y desaparecen con la mayor rapidez.

b. Gordiano acepta investigar para Lucio, y éste insiste en acompañarle. Acuden al lugar de la supuesta muerte del joven, y con unas monedas hacen cantar al dueño del inmueble: Oppiánico había alquilado la habitación un mes antes y se rodeaba de jóvenes de Larino, todos muy dados a la crápula, a las prostitutas y al vino, así que no es raro que el jovencito se muriera de una enfermedad causada por la mala vida. Luego acuden a uno de los burdeles más respetados de la Subura, el Palacio de Priapo, donde preguntan al dueño por la chica favorita de su amigo Asuvio, que es una rubia llamaba Columba. Ella les revela que a la hora en que Lucio le vio agonizando Asuvio estaba con ella, y que además el día anterior algunos de sus libertos acudieron al burdel a preguntar por él. También cuenta que es huérfano, pues sus padres murieron en un incendio un año antes, y éstas estaban siendo sus vacaciones en Roma después del luto y de tener que encargarse de todas las propiedades que heredó. La última vez que le vio vinieron a buscarle Oppiánico y Vulpino, otro amigo de Asuvio, y se lo llevaron a visitar los jardines que se encuentran más allá de la puerta Esquilina.

c. Por la puerta Esquilina se pasa de la ciudad de los vivos a la de los muertos, pues a la izquierda del camino se llega a la necrópolis de Roma. No hay jardines de ninguna clase. En la necrópolis un individuo contrahecho les descubre indagando y les conduce hasta el cadáver de un joven, tendido entre despojos y basura, de quien no se puede probar que sea Asuvio o cualquier otro mendigo.

d. Por la noche, Gordiano reconstruye a Lucio la historia de Asuvio: Oppiánico y Vulpino le convencieron de viajar a Roma, le introdujeron en el mundo del vicio y cuando él estaba con su chica favorita (pues según Columba, era un chico sensible que cuando la conoció era virgen) Vulpino y Oppiánico representaron la charada de su muerte frente a siete desconocidos, haciéndose pasar Vulpino por el muchacho. Por eso parecía arrugado tan en el supuesto lecho de muerte, y no por la enfermedad. También fingió Vulpino no poder escribir y necesitar quien completara la escritura del testamento, para que al final la firma no pareciera reconocible. El dueño del inmueble nunca vio el cadáver del joven, sino un cuerpo envuelto en una sábana. Después volvieron por Asuvio al burdel, le llevaron a la necrópolis, le mataron y le robaron el anillo de ciudadano para estampar el verdadero sello sobre el falso que Vulpino había usado durante la charada de la supuesta muerte. Lamenta-

blemente, sin cadáver y sin testigos confiables, es imposible condenar a esos dos asesinos.

e. Diez días después, Lucio Claudio regresa a casa de Gordiano, salen a pasear y llegan hasta la taberna que hay enfrente del Palacio de Priapo, donde le cuenta las indagaciones que ha efectuado durante esos días. Envió observadores a Larino, quienes le informaron de que Oppiánico llevó el testamento a los funcionarios del foro de Larino para que lo legalizaran. También se puso en contacto con las hermanas de Asuvio, y algunos de sus libertos han llegado esa mañana a la ciudad. Enfrente de ellos está el edificio donde transcurrió la representación a la cual asistió Lucio y que ahora ocupa Vulpino. Un grupo de veinte libertos llega hasta la casa y sacan a rastras a Vulpino con gran escándalo. En una de las ventanas del burdel distinguen a Columba, y cuando Gordiano y Lucio la invitan a acompañarles, ella abandona el burdel sin autorización del dueño. Los libertos conducen a Vulpino al foro, hasta el tribunal de los ediles, donde lo presentan ante Quinto Manlio, edil de la Subura. Vulpino, hostigado, confiesa su crimen.

f. Gordiano recapitula al fin de la historia: Oppiánico sobornó a Quinto Manlio y tanto él como Vulpino salieron libres; el falso testamento se perdió en Larino y los bienes de Asuvio fueron divididos entre los parientes vivos de Asuvio, sin que los asesinos sacasen ningún beneficio. En cuanto a Lucio Claudio, puesto que el dueño del burdel estaba furioso con Columba y quería torturarla por haber salido a la calle sin su permiso, Lucio Claudio la compró por una buena suma de dinero y ahora se ha convertido en un enamorado cumplidor y humano.

IV. Los lémures (*The Lemures*, 1992)

Dramatis personae.

Gordiano el Sabueso, exquiriente.

Bethesda, su esclava.

Lucio Claudio, noble patricio amigo de Gordiano.

Un vecino.

Tito, noble romano (†).

Cornelia, esposa de Tito.

Presunto lémur de Furio.

Furia, hermana de Furio.

Cleto, gigante rubio esclavo de Furia.

a. Es octubre de 78 a.C. Gordiano recibe un mensaje de Lucio Claudio donde le pide que acompañe al mensajero a una casa del Palatino, donde hay un problema que sólo él puede resolver. Al salir de casa, un vecino le pide que le ayude a combatir a los lémures que le persiguen. Gordiano se disculpa y prosigue su camino.

b. En la casa del Palatino, Tito, su dueño, yace muerto en un ataúd de ébano. Lucio le explica que se desnucó al caer de un mirador y partirse el espinazo, pero que no murió enseguida, sino que antes contó una extraña historia relacionada con lémures. Lucio le presenta a Cornelia, viuda de Tito y pariente de sangre del fallecido Sila, y ella le explica que su marido se sentía perseguido por el lémur de un viejo amigo suyo, primer dueño de la casa y llamado Furio, quien comenzó a aparecersele el verano pasado. Cornelia sólo vio al lémur la noche en que Tito se cayó por el mirador; el lémur se le apareció, su marido echó a correr, y sin saber cómo, se precipitó por el mirador. El día anterior el lémur se le apareció a ella y le dijo: “Ahora tú”. Cornelia tiene miedo, y quiere saber si se trata de un hombre que se hace pasar por un lémur, pues en caso contrario está condenada. De acuerdo a lo que ella cuenta, Tito lo reconoció como Furio, y ella misma pudo corroborarlo la noche anterior, aunque más joven de como lo recordaba, más bien como en el tiempo en que le conocieron. Cornelia no tiene ninguna duda de que Furio murió hace dos años, y aunque él también tuvo un hermano, éste falleció durante la guerra civil de Sila. Tampoco dejó hijos varones, sólo una hija, pero su madre, su esposa y una hermana viven todavía. Cornelia les ruega que la dejen sola y Gordiano acompaña a Lucio al atrio, donde le revela algo importante: Furio fue decapitado durante las proscripciones de Sila como enemigo del estado. Sus posesiones fueron subastadas públicamente, y como Cornelia era pariente de Sila, se quedó por sólo seis mil sestercios con la casa de Furio, que siempre había codiciado. Lucio le insinúa que Furio no era peligroso para el estado, pero era rico, y muchos codician las propiedades que los ricos poseen.

c. Al volver a casa, Gordiano se reencuentra con su vecino, quien le invita a entrar en su hogar, donde conversan sobre los lémures que le persiguen. Él afirma que son los espíritus de todos aquellos a quienes mató en combate. Mientras hablan, el vecino quema hojas, una actividad que le place y que le recuerda sus orígenes campesinos. Al marcharse, Gordiano comenta con el esclavo la locura de su amo, pero el esclavo le sorprende diciendo que él también ha visto a los lémures, que todos los han visto en esa casa.

d. Gordiano comenta con Bethesda y Eco la “epidemia” de lémures.

e. El Sabueso visita a la madre de Furio, pero el esclavo le explica que ella está postrada desde la muerte de su hijo y nunca recibe visitas; le da con la puerta en las narices. Una vecina le explica que nunca salen, sólo a veces de compras, y que la ejecución de Furio fue una gran injusticia porque él era un filósofo, completamente

desinteresado de la política. La vecina le informa de que en casa viven la madre, la viuda, la hija y la hermana, muy parecida a Furio. Al abrirse la puerta de casa de la viuda, salen ella y su hija con destino al mercado de carne, acompañados del gigantesco esclavo.

f. Gordiano siguió a la viuda, pero el gigante impidió todo acercamiento, así que regresa a la casa del Palatino, donde Lucio y Cornelia le informan de que el lémur volvió la noche anterior. Cornelia fue despertada por un olor nauseabundo y vio a Furio junto a la puerta. “Ahora tú”, le dijo a ella. Lucio, que había escuchado pasos en el pasillo, también lo vio, y aunque no conocía a Furio muy bien, sólo de vista, pudo reconocerle. Gordiano analiza el punto del pasillo en que Lucio vio al lémur, y percibe un mal olor, pero no se trata del olor de un muerto. Al descubrir manchas marrones producidas por sandalias, las siguen por el pasillo, dan vuelta a la esquina y terminan delante de una puerta cerrada que se abre a la letrina interior. Entra y vuelve a ver las manchas marrones en el suelo y observa el agujero de la letrina. Lucio le informa de que el agujero desciende en línea recta la falda del Palatino, desagua en la cloaca máxima y por ella al Tíber. El agujero no es lo bastante grande para que pueda pasar un hombre, pero bajo una baldosa descubre un túnel, túnel que conduce a la falda del monte, a un lugar abandonado lleno de basura donde unos matorrales ocultan la entrada, un lugar sucio y pestífero adonde seguramente nadie se acerca, pero por el cual puede transitar un hombre con un propósito concreto.

g. Por la noche, frío, lluvia y viento. Gordiano y Lucio hacen guardia en el interior del túnel. Llegan Furia y el gigante rubio, Cleto. Furia, la hermana de Furio, está maquillada como si fuera un espectro: sangre en el cuello, pústulas en el rostro... Al ser descubiertos, Gordiano les hace ver la necesidad de una explicación. Furia revela que el túnel lo mandó construir su propio hermano y ella pretende llegar hasta el final de su patraña, ya que el cerebro de toda la ruina de su familia es Cornelia. Pero una vez descubierta por Lucio y Gordiano, sus planes están aniquilados y ella se retira en silencio, rota en lágrimas.

h. Gordiano convence a Lucio: no revelarán la identidad del falso lémur para que Cornelia piense que la amenaza ronda todavía, es lo que merece por el crimen de incluir a Furio en las proscripciones. Gordiano adivinó la personalidad del supuesto lémur cuando siguió a la viuda hasta el mercado de carne y la vio comprar gran cantidad de sangre de vaca y bayas de enebro para fingir las pústulas del rostro.

i. Regresando a casa, le salen al paso los esclavos de su vecino el soldado para pedirle que salve a su amo de los lémures. Oye ruidos y gritos al entrar. El jardín se encuentra lleno de humo de hojas quemadas, y entre el humo, Gordiano comienza a ver a todos los lémures que persiguen al soldado, quien se ha aferrado a las rodillas del Sabueso. Entre los arbustos del jardín distingue una planta oriental, y éste re-

cuerda la bíblica zarza ardiente que habla. Entonces saca al soldado del jardín, y poco a poco a todos los esclavos, que gritan y lloran conformando un espectáculo macabro. Los conduce a todos a su casa.

j. Al día siguiente Gordiano le da su explicación al soldado: tiene en su jardín una planta oriental que causa alucinaciones al arder, y al arder, el soldado veía lo que más temía. Sugestionados y bajo los mismos efectos, Gordiano y los esclavos también creyeron verlos.

k. Gordiano reflexiona con Bethesda sobre la existencia de los verdaderos lémures, hasta concluir que sí existen, pero no como visitantes perceptibles por los sentidos. “En Roma, ciudad encantada”, sentencia Gordiano, “el lémur de Sila nos persigue a todos”.

V. El pequeño César y los piratas (*Little Caesar and the Pirates*, 1995).

Dramatis personae.

Gordiano el Sabueso, exquiriente.

Lucio Claudio, patricio amigo de Gordiano.

Quinto Fabio, patricio romano.

Valeria, esposa del anterior.

Espurio Fabio, hijo de ambos.

Marco, jefe de los matones de Fabio.

Belbo, esclavo de Fabio.

Cleón, cómplice de los piratas.

a. Transcurre entre primavera y agosto de 77 a. C. Gordiano encuentra a su amigo Lucio Claudio al salir de las termas Senias, y éste le pregunta si ya conoce el último chisme sobre el joven sobrino de Mario, Julio César, y cuanto le ha sucedido con unos piratas. Como Gordiano no sabe la anécdota, entran en las termas y hablan del asunto: César, de veintidós años, había pasado el verano en la isla de Rodas, estudiando retórica con Apolonio Molón, y partió al terminar la temporada marítima, pero su barco fue atacado por los piratas y César secuestrado. Cayo Julio afirmó que él no valía menos de un millón de sestercios, y esto fue cuanto los piratas pidieron por él. Hizo liberar a todo su séquito menos a su médico personal y a dos esclavos, con el argumento de que necesitaba movilizar a todo su séquito para conseguir de diferentes fuentes el millón del rescate, y los cuarenta días que pasó entre los piratas se los tomó como unas vacaciones. Cuando fue liberado, previo pago del millón, re-

gresó para buscarlos, los halló desprevenidos en su isla y los mandó crucificar. No sólo recobró el millón de sestercios, sino que se apoderó de otros tesoros que los piratas tenían con la excusa de que eran botín de guerra.

b. Un día del mes Sextil, Gordiano es llamado de casa de un patricio llamado Quinto Fabio, que vive en el Aventino. Él y su esposa ponen un papiro mojado en sus manos, donde Espurio, el hijo de ambos de diecisiete años, les confirma que ha sido secuestrado por piratas. La carta asegura que deberán pagar cien mil sestercios en Ostia la mañana de los idus del mes Sextil a un hombre que encontrarán en la taberna del Pez Volador, y deberán efectuar el pago por medio de un agente vestido con túnica roja. Espurio ya lleva veintidós días secuestrado, desde que en Bayas se alejó de sus amigos nadando y fue recogido por un barco que súbitamente desplegó las velas y se alejó. Los amigos, quienes lo habían visto todo, le esperaron hasta que tuvieron que regresar, y días después aún no tenían noticia de Espurio. Los hombres de Fabio en Bayas no pudieron averiguar nada, hasta que el mensaje llegó y todo quedó bien claro.

Gordiano recela en dos puntos: que Espurio afirme que los piratas son los terribles cilicios y que éstos trabajen en la zona de Bayas, tan lejos de sus campos de acción; que el rescate deba ser entregado en Ostia, ciudad tan próxima a Roma. Fabio se pregunta si el muchacho vale los cien mil sestercios, y su esposa le recrimina por tales palabras. Lo que quieren ellos es que Gordiano pague el rescate y averigüe lo que pueda de los piratas, con el fin de recobrar luego ese dinero; y si ese dinero es recuperado, Fabio entregará a Gordiano la veinteava parte.

c. Valeria muestra a Gordiano un retrato del joven pintado en Bayas por Iaia (ver *El brazo de la justicia*) y le revela que Espurio no es hijo natural de Fabio, sino adoptado, ya que su primer marido murió en la guerra civil; que Espurio y Fabio se quieren mucho a pesar de sus lógicas diferencias, pues sobre todo pelean por cuestiones de dinero. Ella le llama su pequeño César porque el muchacho siente una gran admiración por Julio César y es una gran ironía que, como antes Julio, ahora se halle secuestrado por los piratas.

d. Gordiano parte a Ostia al día siguiente con cincuenta hombres a sueldo de Fabio, todos amontonados en una estrecha barca. El jefe de todos ellos es un general de Sila llamado Marco, hombre parco en palabras que elude las preguntas de Gordiano. Pero éste congenia con uno de ellos, un gigantesco esclavo de Fabio llamado Belbo que le asegura que Espurio y su padre adoptivo no se llevan bien; que el chico, a pesar de no ser hijo natural, se parece mucho en el carácter al padre, obstinado e inflexible. Al llegar a Ostia los matones pernoctan en la barca mientras Gordiano, acompañado de Belbo como guardaespaldas, se aloja en El Pez Volador. Con el vino de la cena, a Belbo se le suelta la lengua y afirma que tienen órdenes de matar a los piratas una vez que Espurio sea liberado.

e. Al día siguiente, vestido con la túnica roja, Gordiano se encuentra con un individuo de acento griego que llega por el rescate y dice llamarse Cleón. Conduce a Gordiano (en una carreta tapada con lona negra) hasta Espurio, quien se encuentra tan bien como si estuviese pasando unas vacaciones, e increpa a Gordiano para que entregue cuanto antes el dinero a los feroces piratas. Al volver a la taberna el Sabueso comunica a Cleón dónde está el oro y cómo van a operar: se encontrarán en el transcurso de una hora.

f. Gordiano insiste a Marco en que no se les ocurra seguirles cuando él y el tal Cleón se marchen con el oro a por Espurio. Llega Cleón acompañado de dos jóvenes más, también de aspecto griego. Cargan el oro y Gordiano les acompaña en el carro. Cuando llegan, mientras Cleón y compañía descargan el oro, Espurio lleva aparte a Gordiano, quiere saber si su padrastra ha enviado al Sabueso con una escolta de hombres armados. Éste ya sabe que el cerebro de todo aquello es el mismo Espurio y que los tales piratas no son sino pescadores como el tal Cleón, a quien Espurio ha seducido para que le sea lo más fiel posible. Espurio afirma que su padrastra es un viejo avaro y que por esa razón ha tenido que urdir ese plan, para obtener lo que merece. Cree que todo va a salir muy bien, pero Gordiano comete el error de revelar que su padre le ha contratado para rescatarle y recobrar el oro, pues una parte es suya. Espurio ordena a Cleón que le mate, y éste, enamorado hasta la médula, se arroja sobre Gordiano con su cuchillo y cuando está a punto de clavárselo, aparece Belbo, quien arroja a Cleón por los aires. Cuando los compañeros de Cleón van a intervenir, aparecen los matones de Fabio comandados por Marco. Los pescadores y Cleón huyen, pero dominados por el pánico, y acosados por un barco de guerra llamado El Espolón Rojo que se aproxima, la barca se vuelca y el oro se hunde en el mar. Cuando Marco da la orden de matar a los pescadores, Gordiano intenta impedirlo revelándole que todo fue un plan de Espurio, e intentando avisar a los pescadores de que no se acerquen a la costa si quieren seguir con vida, es golpeado en la cabeza y pierde el conocimiento.

g. Al despertar, Belbo vigila su lecho. Espurio le golpeó con una piedra y Marco mandó asesinar a los piratas.

h. Pocos días después, de nuevo en las termas Senias, el Sabueso conversa con Lucio, a quien ha contado toda la historia. Como la mayor parte del oro se perdió, Gordiano sólo pudo cobrar unas monedas del total. Aunque el Sabueso reveló la verdad a Fabio, públicamente finge no creerlo, pero lo sospechó desde un principio, ya que por eso mandó a Marco con los matones, para que no quedasen testigos de tal deshonor perpetrado contra él por su propio hijastro. Como Fabio no quiso darle la parte del tesoro que le correspondía, le obligó a entregarle a Belbo.

i. Cuando Gordiano visita el sur, cerca de Neápolis y el golfo, pregunta siempre por un tal Cleón a quien nadie parece conocer. En cierto modo, Gordiano quiere

quiere creer que Cleón sobrevivió a la masacre, e incluso una vez creyó ver a un hombre que debía ser él, pues no podría haber dos hombres en el mundo con idénticos ojos verdes e igualmente expresivos.

VI. La desaparición de la plata de las Saturnales (*The Disappearance of the Saturnalia Silver*, 1993).

Dramatis personae.

Gordiano el Sabueso, exquiriente.

Eco, su hijo adoptivo.

Marco Tulio Cicerón, abogado.

Lucio Claudio, noble patricio.

Stefanos, Zropso y Zótico, esclavos del anterior.

Bethesda, esclava de Gordiano.

Belbo, esclavo y guardaespaldas de Gordiano.

a. Diciembre de 77 a.C. Camino de casa de Lucio Claudio, Gordiano y Eco se encuentran con Cicerón en el Foro. Son las Saturnales, y Cicerón muestra su desagrado al ver el connatural ambiente de disipación que las caracteriza. A pesar de las críticas a las fiestas, Cicerón le regala un garbanzo de plata, y Gordiano una vela de color azul perfumada con jacinto. El intercambio de regalos es una costumbre propia de las Saturnales que sí es grata para todos.

b. En casa de Lucio Claudio, es éste quien sale a recibirles, ya que ha entregado a sus esclavos un saquito con monedas y les ha concedido el día libre. Le acompañan hasta una habitación oscura, donde Lucio tropieza y su esclavo Stefanos abre las ventanas. En la habitación, sobre el cofre con que ha tropezado Lucio, hay una gran cantidad de objetos de plata que va a regalar entre sus parientes, pues regalar plata es típico en Saturnales. Aunque él no tiene esposa ni hijos, ese año ha decidido tirar la casa por la ventana. Lucio se sorprende de que Stefanos no marche a la calle con los demás, pero el esclavo argumenta que en casa se encuentra tan bien como fuera de ella. Salen al atrio y beben vino, y de repente aparecen dos jóvenes esclavos de Lucio, Zropso y Zótico, que mientras alborotan y se divierten se internan en la casa. Al rato aparece Zropso muy turbado, y pide a su amo que le siga hasta el cuarto de los objetos de plata: todas las ventanas están cerradas menos una, la plata ha desaparecido y Stefanos yace muerto en el suelo, con un agujero en la frente. Lucio pregunta a Zropso por Zótico, pero desconoce su paradero, ya que fue a hacer sus necesidades, y al volver se halló muerto a Stefanos. Gordiano le pregunta

por qué buscó a Zótico en ese cuarto al que él no tenía derecho a entrar, y él responde que oyó una risa, y Eco confirma que también la escuchó. Zropso le dice que escuchó una risa (que no parecía la de Zótico pero debía de ser la suya, a menos que hubiese alguien más en la casa), después una especie de matraca y finalmente un golpe. Gordiano advierte que la ventana abierta tiene el pestillo roto, comunica a un jardín y este jardín con la casa por tres de sus lados y por el cuarto con una tapia que da a la calle. En el paño sobre el cual se hallaba la plata hay una mancha de sangre que coincide con el borde de la tapa del cofre.

Buscan a Zótico, pero no le hallan en toda la casa, así que regresan al cuarto del tesoro. Mandan a Zropso a su habitación, ya que es sospechoso, pero lo que urge es hallar a Zótico. Eco les sorprende con una pantomima con la que afirma, muy tajante, que la risa que oyó pertenecía a Stefanos, lo que sorprende grandemente a Lucio, quien jamás le oyó reír. Gordiano y Eco regresan a casa.

c. Esa noche se invierten los papeles, como manda la tradición de las Saturnales, y Gordiano y Eco preparan la cena y sirven a Bethesda y Belbo, quienes adoptan el papel de los amos. Gordiano comenta a Bethesda lo sucedido en casa de Lucio, y ella parece intuir la verdad, pues asevera que a Gordiano se le tuvo que obnubilar el cerebro por el vino sin mezcla. Se levanta del triclinio, ordena marcharse enseguida a casa de Lucio, y parten todos acompañados de Belbo.

d. En casa de Lucio, éste les da la noticia de que ha contratado hombres para buscar a Zótico, a quien han encontrado borracho en la calle, frente a la puerta de un burdel, mientras juntaba dinero para poder entrar. Decidió marcharse solo, pues la compañía de Zropso le aburría, y nunca tuvo noticia de ninguna plata. Bethesda interviene entonces, exigiendo ver el cuarto donde todo sucedió.

En el cuarto, ella demuestra que los postigos de la ventana se forzaron al romper el pestillo, pero no desde fuera en el patio sino desde dentro, tirando de ellos desde la parte superior, y lo demuestra haciendo lo mismo con otra ventana. Repasa lo que escuchó Zropso: una risa, un ruido de matraca y un golpe, y aclara: la risa fue la de Stefanos (todos los esclavos se ríen de sus amos a sus espaldas, pero no en su cara); el ruido de matraca, el de los postigos al ser forzados, y el ruido sordo, el de la cabeza de Stefanos al chocar con el cofre cuando, por reírse tan fuertemente, al pobre viejo le falló el corazón y perdió el equilibrio, sin que pueda saberse si lo mató el golpe o el corazón. Curiosamente, nadie oyó el tintineo de la plata al caer Stefanos, ni oyó un ruido considerable al ser guardada en un cofre, porque... Bethesda abre el cofre y todos descubren la plata en su interior, cuidadosamente escondida. Todo iba a ser una broma de Saturnales que Stefanos quería gastarle a Lucio; cuando el esclavo estuviera en la calle, divirtiéndose, gozaría el doble al saber que su amo estaría sufriendo por la desaparición de la plata; cuando regresase a casa, Stefa-

nos le diría, como tantas otras veces, que el amo mandó guardarla aunque luego no se pudiera acordar.

Cuando Gordiano reconoce apesadumbrado que debió haberse dado cuenta de la verdad, Betheda le responde que, si bien él es sabio en los caminos del mundo, no sabe cómo trabaja la mente de un esclavo quien nunca lo ha sido.

VII: El zángano y la miel (King Bee and Honey, 1995)

Dramatis personae.

Gordiano el Sabueso, exquiriente.

Eco, hijo adoptivo del anterior.

Lucio Claudio, noble patricio.

Davia, cocinera del anterior.

Tito Didio, noble patricio.

Antonia, esposa del anterior.

Ursus, colmenero de la villa de Lucio.

a. Finales de abril de 76 a.C. Gordiano y Eco llegan a la granja de Lucio Claudio, en Etruria.

b. Cenar tan deliciosamente aquella noche que Gordiano quiere felicitar al cocinero, y se sorprende al descubrir que se trata de una mujer, Davia, que sustituyó al cocinero cuando éste cayó enfermo. Davia se reveló tan hábil con los fogones que Lucio Claudio decidió confiarle la cocina permanentemente. Más tarde, junto al río, Lucio asegura a Gordiano que durante los diez próximos días podrá descansar del mundo entero en su finca, y él mismo también.

c. Al cuarto día llegan visitantes imprevistos, un hombre y una mujer acompañados de su séquito. Son Tito Didio y su segunda esposa, Antonia, quienes gozan de una espantosa fama por su vulgaridad. Lucio no puede negarles alojamiento, ya que les conoce desde niño.

d. Durante la cena, Tito y Antonia se comportan de manera encantadora, pero, cuando Davia la cocinera entra en la estancia, Tito la recuerda de una fiesta en casa de Lucio en Roma. Ella se ruboriza al reencontrarse con él.

e. El cuarto de Tito y Antonia es contiguo al que ocupan Gordiano y Eco. Por la noche, les escuchan discutir. Ella le acusa de adúltero, de no tener bastante con las esclavas de casa y de haber seducido a la cocinera en casa de su propio amigo Lucio.

f. Al tercer día de visita de Tito y Antonia, a Lucio se le ocurre enseñarles cómo se recoge miel de la colmena. Pero Tito se resiste a ir con el argumento de que no siente por ello ningún interés. Acuden Antonia, Gordiano y Eco.

g. Ursus, el esclavo de Lucio, les explica el procedimiento de recoger la miel.

h. Al llegar a la villa, Antonia corre hacia el vestíbulo para encontrarse con Tito, pero le halla con Davia y, a pesar de que no encontrarles en actitud comprometida, eso la encoleriza.

i. Esa misma noche, Gordiano no puede dormir por la pelea entre Antonia y Tito, así que Gordiano sale a dar un paseo. Cerca de las dependencias de los esclavos halla a Davia y a Ursus abrazados.

Al día siguiente, Antonia se levanta temprano y se marcha a buscar flores; manifiesta a Lucio su deseo de pasar todo el día paseando con Tito junto al río, y da a entender cuán bello sería que nadie más rondase por los alrededores. Lucio les promete que nadie les molestará, y ellos parten. A media mañana, escuchan el sonido seco de un objeto que se quiebra y los gritos de pánico de Antonia. Al llegar, descubren a Tito apretándose el vientre, su rostro ha adquirido una tonalidad azul y se está muriendo. A pesar de los esfuerzos, Tito muere ante los ojos de todos los presentes. Antonia acusa a Davia de haber envenenado la comida que se llevaron. Junto al cuerpo de Tito hay restos de comida y una botella de arcilla rota, la cual probablemente produjo al quebrarse el ruido seco.

j. Sin embargo, Antonia no muestra síntomas de envenenamiento. Regresan a la villa para conversar con Davia, y ésta confiesa que Tito la acosaba, pero ella nunca mantuvo relaciones con él y no le envenenó. Llega Antonia y exige a Lucio que la torture hasta la muerte. Davia se desmaya.

k. Regresan al lugar de la muerte de Tito. Gordiano interroga a Ursus sobre la posibilidad de que un hombre pueda fallecer por la picadura de una abeja, y el esclavo reconoce que es posible, pero raro. Rastrear el cuerpo de Tito en busca de un agujijón, pero no lo hallan hasta que le quitan el taparrabos, y encuentran allí la picadura.

l. Antonia confiesa que nunca pretendió matar a Tito, sino castigarle por perseguir a Davia: mientras recogía flores por la mañana, atrapó una abeja y la guardó en la botella de arcilla, que tapó con un corcho. Fue la estatua de Priapo la que le dio la idea: aquel miembro tan grande también volvía al dios más vulnerable. Jugando con su marido, en el momento en que éste tuvo una erección, destapó la botella y obstruyó su boca contra el miembro de Tito, la abeja le picó y forcejeando con ella rompió la botella de arcilla. Al poco rato, Tito fallecía.

Todos decidieron guardar el secreto de la intervención de Antonia en la muerte de Tito, y al día siguiente ella partió hacia Roma con el cuerpo de su marido,

no sin antes ser advertida por Lucio de que nunca más volviese a visitarle ni a dirigirla la palabra. Lucio no tardó en descubrir que Tito no fue a ver recoger la miel, no por encontrarse con Davia, sino porque tenía miedo de las abejas, ya que una le había picado siendo niño y le puso muy enfermo. Ni Lucio ni Antonia lo sabían.

El día de su partida, Gordiano acude a los panales para despedirse de Ursus y le pregunta si alguna vez le ha picado una abeja. Él reconoce que muchas, y afirma: “Sí, las abejas pican. Pero siempre digo que cuidarlas es como amar a una mujer. Te pican a menudo, pero sigues volviendo por más porque la miel lo vale”.

VIII. El gato de Alejandría (*The Alexandrian Cat*, 1994).

Dramatis personae.

Gordiano el Sabueso, exquiriente.

Lucio Claudio, noble patricio.

Marco Lépidio, comerciante romano.

Rufo y Appio, primos del anterior.

Un hombre de barba babilonia.

Una niña.

a. 74 a.C. En el atrio de la casa de Lucio Claudio, la aparición de un gato grande que persigue a uno más pequeño llena de miedo al dueño. Gordiano, en cambio, rememora una de sus primeras investigaciones en Alejandría: la de la muerte de un gato.

b. 90 a.C. Un día, paseando por el antiguo barrio de Rakotis de la ciudad de Alejandría, un romano de túnica azul que huía de una turba tropieza con él, le reconoce como un paisano, le pide ayuda y le ofrece una recompensa. Pero llega la turba, y el hombre emprende otra vez la huída. La multitud le acusaba de haber asesinado a un gato y quería darle muerte. Entre ellos, Gordiano reconoció a un pastelero llamado Menapis a quien él conocía, y quiso saber qué estaba sucediendo. El pastelero le responde que el muy imbécil ha matado a un gato, que una niña le vio cometer el crimen y van a vengarse de él. El hombre se refugia en su casa y la multitud intenta tirar abajo las puertas. De acuerdo a una vecina, el hombre se llama Marco Lépidio y es un rico comerciante; es viudo y vive con sus dos primos, cuyas esposas e hijos se hallan en Roma. Decidido a ayudar a su paisano, Gordiano vuelve sobre sus pasos y encuentra el cadáver del gato rodeado de sacerdotes. No había duda de que lo habían matado deliberadamente, pues le habían rebanado el cuello. Los sacerdotes lo metieron en un féretro y lo llevaron al templo de Bast. En una ventana superior, Gordiano

descubre a la niña que dio la voz de alarma y ésta le recrimina por hablar de una manera muy rara, tan rara como la del “otro hombre”. Un hombre de barba babilonia, rizada con tenacillas, le regaló una muñeca a cambio de gritar que el romano había matado al gato. Gordiano quiere saber si su forma de hablar es tan rara como la del hombre de la túnica azul, pero ella contesta que no, que su forma de hablar es tan rara como la del hombre de la nariz con mocos, aquél que el día anterior estuvo en la calle hablando con el de la barba babilonia. “Y pensar que tu primo es un amante de los gatos”, expresó el de la barba babilonia. Luego prometió a la niña que le regalaría una muñeca si gritaba mucho cuando viera al gato muerto. Gritó llegado el momento, y a continuación el de la barba babilonia señaló al romano y lo acusó de haber matado al gato.

c. Gordiano regresa a la plaza donde la multitud asedia la casa de Lépido. Un eunuco del rey Ptolomeo, acompañado de soldados, intenta sin éxito calmar a la multitud. El Sabueso habla con el eunuco y le pide permiso para entrar en la casa sitiada, ya que él sabe la verdad y Lépido es inocente. El eunuco accede, pero no se hace responsable de su vida. En la casa, Lépido le reconoce como el hombre con quien tropezó en la calle y le presenta a sus primos Rufo y Appio. Lépido es viudo, su esposa sólo le dio hijas y todas murieron de fiebres, salvo la segunda que es estéril; aguarda a su prometida, que está a punto de llegar de Roma en barco y es tan fértil como todas sus hermanas. Lépido hace saber a Gordiano que, en caso de fallecimiento, sus primos heredan su flota de barcos y toda su riqueza. Puesto que sus placeres no son un secreto, todos saben que, en esa calle donde apareció el gato muerto, hay una casa donde él goza algunas noches de un pequeño Ganimedes. Nefer, el gato gris de Lépido, entra en el cuarto y tanto él como su primo Rufo lo tratan con amor, al contrario que Appio, quien los detesta porque le provocan alergia. Cada vez que pasa uno, como en ese mismo momento, estornuda y la nariz se le llena de mocos.

d. Gordiano revela a Lépido cuanto ha averiguado, y tras abrir la ventana le muestra al hombre de la barba babilonia, que prepara una hoguera. Appio confiesa, acobardado por Lépido, y éste ordena que su primo sea vestido con la túnica azul y arrojado a la calle, donde la turba lo asesina con enorme crueldad. Appio nunca pudo imaginar que su primo eludiría a la multitud hasta llegar a la casa, y que entonces los tres primos quedarían encerrados. Fin del relato.

e. Días después, cuando el Sabueso visita a Lucio, encuentra que éste ya ha adquirido una peculiar defensa contra los gatos: una perrita terrier de Mitilene.

IX. La casa de las vestales (*The House of the Vestals*, 1993).

Dramatis personae.

Gordiano el Sabueso, exquiriente.
Marco Tulio Cicerón, abogado.
Marco Valerio Mesala Rufo, augur.
Licinia, Virgo Máxima de la casa de las Vestales.
Fabia, virgen vestal.
Lucio Sergio Catilina, noble patricio.
Dos sicarios a sueldo de Publio Clodio.

a. Primavera de 73 a.C. Una noche sin luna, Cicerón llega a casa de Gordiano y le saca de la cama con destino desconocido. Conversan sobre las vestales y sobre el escándalo de que Marco Craso, el hombre más rico de Roma, está acusado de corromper a Licinia, la Virgo Máxima y prima lejana de Craso. Esta acusación tiene su origen en haber sido vistos juntos en no pocas ocasiones, y la gente rumorea. Llegan a la Casa de las Vestales, a cuya puerta les espera Marco Valerio Mesala Rufo. Cicerón no quiere verse envuelto en los sucesos de esa noche: Fabia pidió ayuda a la Virgo Máxima, ésta a Rufo, conocido suyo, y todos juntos a él, pues saben que Fabia es hermanastra de la esposa de Cicerón, y el abogado les puso en contacto con el Sabueso. Explicado esto, Cicerón parte precipitadamente en su litera dejando a Gordiano con Rufo. Entran en la casa, donde la Virgo Máxima les aguarda. En el estanque del patio, Gordiano oye el chapoteo de las ranas. Licinia confiesa a Gordiano que no existe nada erótico entre ella y su primo Craso, y esto es lo que explicarán dentro de tres días en el juicio del Foro. Pero lo de esa noche es más grave todavía: un intruso ha entrado en la casa esa noche, según él por invitación de Fabia, y en su habitación fue descubierto. Licinia les conduce a esa habitación, donde encuentran a un atractivo hombre: Lucio Sergio Catilina. Y también hay un cadáver con el cuello rebanado, detrás de una cortina, junto a un pasadizo. Catilina explica que entró en la casa porque Fabia (que lo niega todo) le mandó llamar por medio de un mensaje que muestra al Sabueso. Catilina y Fabia se conocen de antiguo, y puesto que por el mensaje ella parecía en apuros, no le importó transgredir la sagrada ley de entrar por la noche en la casa de las Vestales. En cuanto al muerto, Catilina no lo ha visto en su vida ni lo mató él. Recibió el mensaje, y como su casa queda cerca de la de las vestales, llegó, vio las puertas abiertas como siempre, entró y se dirigió directamente al cuarto de Fabia, ya que conocía su ubicación al haber estado de día en la casa no

pocas veces. Catilina creyó que se había tratado de la broma de uno de sus amigos, así que la primera reacción de ambos por lo comprometido de la situación fue reírse. Entonces oyeron el grito de muerte detrás de la cortina que atrajo a las vestales, quienes hallaron a Fabia y a Catilina abrazados, sin que nadie viera al asesino, quien debió de huir por el pasadizo. Fabia corrobora como verdadero el relato de Catilina, así que Gordiano piensa que el hombre que se encuentra detrás de todo ello es el mismo que acusa a Licinia y a Craso: Publio Clodio, quien le mandó un mensaje falso con el objeto de atraerle hasta la casa. Sigue sin resolverse la muerte de ese individuo, pues no encaja. Clodio hubiera podido dar la voz de alarma una vez que Catilina hubiese entrado en la casa, sin necesidad de provocar una muerte.

b. La búsqueda del asesino por toda la casa es infructuosa, y Gordiano abandona la casa, no sin antes escuchar de nuevo el chapoteo de las ranas en el estanque del patio y hacer un comentario sobre ello. Sin embargo, la vestal que le conduce a la salida le manifiesta que no hay ranas en el estanque. Afuera, Gordiano lo entiende todo y regresa a la casa: en el estanque había unos juncos, juncos que al entrar por primera vez en la casa estaban en el centro y cuando la abandonó más cerca del borde. Los retira y en pocos segundos un hombre emerge de las oscuras aguas empuñando una daga. Catilina forcejea con él y le clava su propia arma. Antes de morir confiesa que siguió a Catilina por orden de Publio Clodio, pues tenían orden de espiar su encuentro con Fabia y esperar hasta el momento más comprometido. Sin embargo, *no se quitaron la ropa*, así que decidió seguir adelante y mató a Cneo, su compañero, como había mandado Clodio, ya que era lo más comprometedor: hallar a Catilina desnudo con una vestal y un cadáver en el suelo. Cneo gritó tan fuerte que alarmó a todo el mundo, por lo que el sicario no tuvo tiempo de salir del edificio para dar la voz de alarma, como estaba planeado, sino que permaneció encerrado en su propia trampa. Recordó entonces el estanque, vació un junco para poder respirar bajo el agua y se introdujo en el estanque. El sicario muere.

c. Durante los juicios que siguieron a estos acontecimientos, todos fueron absueltos por falta de pruebas, y hasta Publio Clodio, tras la insinuación pública de su participación en el episodio de la casa de las Vestales, optó por dejar la ciudad una temporada. También se demostró públicamente que, como era de prever, no fue la lujuria la que atrajo a Craso para acosar a Licinia, sino una finca de su propiedad que Craso deseaba adquirir a precio de risa. En cuanto a si Fabia y Catilina tuvieron o no tuvieron una relación sexual, Gordiano tiene sus dudas, ya que el sicario repitió en diversas ocasiones que *no se quitaron la ropa*, pero nunca confirmó que entre ellos no pasara nada. Este pequeño misterio es desvelado por el propio Catilina en un capítulo de *El enigma de Catilina*.

3. Sinopsis de las novelas de John Maddox Roberts.

SPQR I: El misterio del amuleto. (SPQR, 1990).

Dramatis personae.

Decio Cecilio Metelo el Joven.
Decio Cecilio Metelo el Viejo, padre del anterior.
Catón, *janitor* de Decio el Joven.
Casandra, esposa del anterior.
Marco Ager, conocido como Sinistro, gladiador y liberto (†).
Cayo Julio César.
Estatilio, dueño de un *ludus* de gladiadores.
Asclepíodes, médico del *ludus* de Estatilio.
Opimio y Rutilio, colegas de Decio en la Comisión de Tres.
Quinto Hortensio Hortalo, abogado.
Paramedes, empresario griego (†).
Sergio Paulo, empresario y socio del anterior.
Pepi, esclavo del anterior.
Macro, jefe de una peligrosa banda.
Tito Annio Milón, uno de sus hombres.
Publio Claudio Pulcher, noble romano.
Claudia, su hermana.
Chrysis, amiga de la anterior.
Marco Tulio Cicerón, abogado.
Tigranes, príncipe de Armenia.
Pompeyo y Craso, cónsules.
Gneo Carbo, tribuno del ejército de Luculo.
Zabbai, comerciante árabe.
Quatro Probo, barbero.
Asdrúbal, agente de los piratas en Ostia.

I. Decio Cecilio Metelo el Joven, miembro de la Comisión de Veintiséis, recibe al capitán de los vigiles en el atrio de su casa por la mañana temprano. Le notifican que ha sido encontrado un cadáver en el callejón entre la botica del sirio y la bodega de Publio. Éste les ha dicho que el muerto se llamaba Marco Ager y que desde hacía dos meses le alquilaba un cuarto. Al parecer se trata de un liberto, ya que ha sido identificado como un gladiador tracio que solía luchar con el nombre de Sinistro. Cuando el capitán de los vigiles se marcha, llegan los *clientes* de Decio y parten todos juntos a saludar a Decio Cecilio Metelo el Viejo, padre de nuestro protagonista. El atrio de la casa de su padre está atestado de *clientes*. Éste felicita a Decio por su desempeño en la comisión de Veintiséis. Ambos y sus respectivos *clientes* parten para escoltar al patrón de Decio el Viejo, el famoso abogado Quinto Hortensio Hortalto a la Basilica.

Decio acude más tarde al templo de Júpiter Capitolino, donde lleva a cabo el sacrificio de una paloma, y en la salida un joven llamado Cayo Julio César se dirige a él para preguntarle por la salud de su padre. Cuando se entera de que Decio comienza a investigar el asesinato de un gladiador del *ludus* de Estatilio, César se ofrece a acompañarle, interesado como está por conocer a Estatilio. Ya en el *ludus*, encuentran a Estatilio acompañado del médico interno de la escuela, un griego llamado Asclepiodes. Estatilio afirma que Sinistro era un gladiador de tercera clase a quien vendió como guardaespaldas dos años atrás. Mientras Estatilio acude a consultar sus archivos personales, César y Decio mantienen una interesante conversación con Asclepiodes, que prepara una obra sobre las causas y tratamiento de cada una de las heridas bélicas imaginables. Regresa Estatilio y cuenta que fue vendido a un hombre llamado M. Ager, por lo que el gladiador adoptó como liberto el nombre de su amo.

De regreso al Foro, tras despedirse del joven César, es abordado por un mensajero del Senado que le convoca con carácter de urgencia a una reunión de la Comisión de Tres en la Curia. Allí encuentra a Opimio y a Rutilio, sus dos colegas de la Comisión de Tres, y a Junio, el secretario liberto del Senado. Le dicen que se olvide del gladiador asesinado y le informan del incendio provocado en un almacén a orillas del río. Cuando un mensajero acudió a informar a su dueño del desastre, halló a éste asesinado a puñaladas. Se trataba de un griego asiático de Antioquía llamado Paramedes. A pesar de tratarse de un extranjero, por lo que la investigación correspondería al pretor Peregrino, el asunto parece más delicado y requiere de una investigación más sutil, ya que el muerto no sólo importaba vino y aceite sino que mantenía relaciones con el rey del Ponto: Mitridates. Decio no puede tener mucha más información porque, a pesar de que Paramedes ya era objeto de investigación, los informes han sido removidos, lacrados y depositados en el templo de Vesta. Puesto que Paramedes era extranjero y legalmente no podía tener propiedades, tenía como

socio a un liberto llamado Sergio Paulo, uno de los cinco hombres más ricos de Roma. Se levanta la reunión y Decio se dirige a casa de Sergio Paulo.

II. Paulo le recibe alegremente y le invita a un succulento desayuno, tras lo cual se dirigen a los baños privados, atendido por jóvenes egipcias desnudas, donde Decio pregunta a Paulo por sus relaciones con Paramedes de Antioquía. Estas relaciones eran exclusivamente bursátiles, explica, ya que se trataba de uno de los extranjeros que necesitan un patrón en la ciudad y pagan a Paulo una parte de los beneficios de sus negocios a cambio de figurar como socios. Al partir, Paulo le entrega como obsequio un pesado bulto envuelto en lino, y ya en la calle se detiene a hablar con el sacerdote del templo de Mercurio. Al cabo de un rato ve salir de la mansión un palanquín decorado al estilo parto.

Se dirige a casa y desenvuelve el regalo de Paulo, consistente en una copa de plata maciza. Muy intrigado por si se trata de un intento de soborno, acude a casa de Paramedes, que habitaba en la primera planta de una vivienda. Encuentra al difunto en el suelo del dormitorio, como si un ruido en la parte delantera de la casa le hubiera despertado y al dirigirse a la puerta para investigar hubiese hallado la daga del asesino. El muerto presenta un corte oblicuo desde el esternón hasta el costado que a Decio le parece extraño. Una serie de objetos personales apilados en una mesa, entre ellos un juego de dados y un amuleto de bronce macizo con unas letras grabadas en el reverso detienen su atención. Envuelve todo en un pañuelo y se lo lleva. Al volver a casa saluda a su anciano *janitor*, Catón, y a su también anciana esposa Cassandra, quienes le sirven la cena.

Despierta dos horas antes del amanecer y descubre que alguien acecha en la habitación oscura y a continuación recibe un fuerte golpe en la cabeza. Catón le despierta horas después y descubre que el supuesto ladrón no se llevó nada de valor, salvo el amuleto de Paramedes del pañuelo donde había sido guardado. A pesar del dolor de cabeza, acude a casa de su padre y, desde ahí, parten a la morada de Hortensio Hortalo, pues se trata de un día festivo. Hortensio le ruega que acuda con sus clientes a una carrera que patrocina en honor de sus antepasados. Acuden al circo y, después de los juegos, Decio advierte que unos gladiadores regresan con Asclepíodes al *ludus* de Estatilio. Se despide cortésmente de Hortensio y aborda al griego para pedirle un favor: que identifique la herida del cuerpo de Paramedes, ya que Asclepíodes es especialista en ello. Puesto que el griego acepta, acuden a la casa del muerto y Asclepíodes dictamina que la herida ha sido producida por una *sica*, que impide que la punta penetre los órganos internos. Además, la daga fue empuñada por un zurdo. Después de despedirse de Asclepíodes se dirige a una taberna, donde, en compañía de un buen Falerno, hace un repaso de la situación, e intenta, sobre todo, establecer una relación entre el asesinato de Paramedes por un zurdo y el asesinato de Sinistro, que significa *izquierdo*.

III. A la mañana siguiente, tras sus obligaciones rutinarias, Decio acude a examinar el lugar del incendio. Las propiedades junto al río son tan cotizadas que ya se encuentran derribando las ruinas para levantar una nueva construcción. Interroga a los mirones de turno y averigua que se vio a varios hombres entrar en el edificio poco antes del alba, que entonces se oyó un estrépito y a continuación el edificio estalló en llamas.

Decio decide visitar a su conocido Macro, quien controlaba la banda armada más poderosa de Roma en aquellos tiempos y que, gracias a sus contactos políticos, gozaba de relativa inmunidad. Cuando le pregunta por el incendio y las dos muertes Macro responde que no le gusta mezclarse en esa clase de asuntos, respuesta que inquieta a Decio procediendo de un hombre tan turbio como él. Macro le promete al menos investigar y comunicarle cuanto averigüe sin verse perjudicado. Macro espera un favor de la familia Metela, así que le promete averiguar el nombre del comprador de Sinistro. Además, Macro le hace saber que lo del robo del amuleto es extraño y que si el ladrón entró por el tejado y el peristilo debía ser un muchacho para pasearse por las tejas sin producir ruido.

Una hora más tarde Decio se halla en el Campo de Marte para hacer un poco de ejercicio. Allí se fija en una joven que le observa, y al acercarse descubre que se trata de una muchacha llamada Claudia, a quien conoció el día de su boda en casa de su primo Quinto Cecilio Metelo Céler. Le cuenta que esa noche su hermano y ella dan un banquete en honor de un huésped extranjero y quisiera que Decio asistiera. Él acepta.

Bañado y afeitado, Decio se presenta en casa de la familia Claudia, donde le recibe en la puerta el propio Publio. Entre los invitados se encuentran Cicerón y Julio César. No puede evitar que Quinto Curio, un joven senador de vida disoluta, entable conversación con él, pero Claudia interviene y le libra de esa compañía para presentarle a su invitado Tigranes, príncipe de Armenia e hijo del rey del mismo nombre, con quien está peleado. Tigranes desea hablar con los cónsules acerca de su molesto vecino del noroeste, Mitrídates. Comentan el deseo de Publio de convertirse en tribuno de la plebe y dejar de ser Claudio para convertirse en Clodio. Aparece también Quinto Hortensio Hortalo y pasan a la cena, donde Decio explica a Tigranes numerosos aspectos de la vida romana. Después de comer César sugiere discutir el tema de la utilización del poder al servicio del estado. Todos dan su opinión animadamente. Entrada la noche, Decio decide marcharse y al salir encuentra a Claudia. Comentan la conversación mantenida anteriormente acerca del poder al servicio del estado, y cuando Decio contradice a Claudia acerca del mérito de los hombres osados al asegurar que tales acaban muertos, Claudia le trata con desdén y se burla de la atracción que ella ejerce sobre Decio, castigándole a no pasar con ella la noche.

IV. Por la mañana temprano escucha el informe del vigil y luego recibe a sus clientes. Llega un hombre que exige hablar con Decio de parte de Macro. Se llama Tito Annio Milón y le dice que el joven que le atacó la noche anterior no era del vecindario ni dependía de un patrón de distrito en el territorio de Macro. En segundo lugar, Sinistro fue asesinado por un oriental, ya que el asesinato por cuerda de arco es una técnica asiática. Tercero, el tal H. Ager que compró a Sinistro es administrador de una finca cercana a Bayas, pero tardarán unos días en averiguar a quién pertenece.

Camino de casa de su padre Decio se topa con su progenitor y éste le solicita que le acompañe a la Curia, pues ha llegado un mensajero con noticias de Oriente. En la Curia, un tribuno llamado Carbo, quien viene de parte del general Luculo lee una carta de éste donde notifica la victoria sobre el Ponto, Galacia y Bitinia, así como la huida de Mitrídates con Tigranes de Armenia. Se declara el día como festivo y al abandonar la Curia encuentran en el Foro una asamblea donde el pueblo ha sido reunido por tribus. El cónsul Pompeyo declara que se efectuará una distribución extraordinaria de grano y vino y un día de carreras la siguiente semana. Cuando la multitud se dispersa, Decio se acerca a Carbo, quien al ser oriundo de Caere no tiene familia en Roma, por lo que Decio le invita a alojarse en su casa, y Carbo acepta. Comen en la taberna de Capitón, uno de los clientes del padre de Decio, donde conversan sobre Luculo, sobre el deseo de Publio Claudio de reunirse con él para hacer méritos y aspirar a ser tribuno de la plebe. También hablan sobre el joven Tigranes. Al terminar acuden al gran templo de Júpiter para observar sus famosas ceremonias. Al volver a casa, antes de dormir, Carbo confiesa a Decio que la idea de su general es atacar Armenia antes de marzo, y sin permiso del Senado.

V. Al tercer día parte Gneo Carbo, no sin antes intercambiar con Decio unos medallones de hospitalidad. Cuando ha partido, Catón comunica a Decio que una joven quiere verle, joven que no es otra sino Chrysis, la sirvienta de Claudia. Ella le dice que no es esclava de Claudia, sino su compañera, y le informa de que ella quiere verle esa noche, pues no deja de pensar en él.

Camino del almacén cerca del Tíber, Decio reflexiona sobre la relación entre Mitrídates y el rebelde general Sertorio, y deduce que se conjuraron contra Roma con ayuda de los piratas. Es precisamente en el distrito donde se ubica el almacén donde viven los comerciantes orientales, quienes tienen mayor información sobre los piratas, y Decio decide hablar con un comerciante árabe llamado Zabbai. Éste explica que prefiere pagar un tributo a los piratas para que le dejen en paz que tener que pagar el rescate de las mercancías robadas. En efecto, le confirma que en el complot entre Sertorio y Mitrídates intervinieron los piratas como intermediarios. Es posible comunicarse con los piratas por medio de agentes que mantienen en las ciudades, Roma inclusive, pero en Roma el último agente há muerto, y el nuevo no ha llegado

todavía. El fallecido era un importador de vino y aceite llamado Paramedes. Decio intuye que si Sergio Paulo fue patrón de Paramedes, debió de sacar tajada de semejante asunto. Decio también intuye algo más, que todas las trabas puestas en el Senado para investigar la muerte de Paramedes implican que la corrupción ha llegado también a las más altas esferas. Como atardece, regresa a casa para aguardar a Chrysis, quien le conducirá hasta una de las casas de Claudia, que Decio no conoce.

VI. Chrysis le conduce por calles desconocidas hasta una *insula* donde aguarda Claudia, quien le confiesa que es el lugar donde tiene sus citas secretas y ni siquiera es conocido por su querido Publio. Le introduce en un cuarto decorado con paneles pornográficos, donde después del vino y de contemplar las acrobacias de Chrysis (quien había sido volatinera) los tres mantienen una noche de alto erotismo. Cuando Decio despierta a la mañana siguiente, las dos mujeres han desaparecido. Examina las estancias del apartamento y al encontrar en un cuarto una litera desmontable decorada con cortinas al estilo parto, descubre que es la misma litera que vio salir de casa de Sergio Paulo. En la calle se hace afeitarse por un barbero llamado Quatro Probo al que extrae información sobre la *insula*, construida por el liberto Paulo un año antes, cuando la anterior fue presa de un incendio. Sabe que Paulo ha arrendado los pisos inferiores a gente importante y los superiores a comerciantes. Si bien nunca ha visto a la mujer de la litera, se rumorea que trasnocha mucho.

Al volver a casa parte con sus clientes a la de su padre, que le da la noticia de que un hombre ha sido asesinado esa noche en su distrito: el liberto Sergio Paulo. Decio encuentra entre los *clientes* de su padre al capitán de los vigiles de su distrito, quien le revela que uno de los esclavos de Paulo fue a buscarle y en su casa le encontraron asesinado con la cuerda de un arco. Decio pide a su padre que le preste a sus lictores y parte a casa de Paulo, no sin antes mandar a uno de ellos al *ludus* de Estatilio en busca de Asclepiódes.

En casa de Paulo interroga a los esclavos. El llamado Pepi, que duerme a la puerta de su amo, solamente sintió algo raro al amanecer, cuando despertó porque dejó de oír los ronquidos de su amo. Decio cree que los esclavos son inocentes, y al examinar la casa descubren que salvo la puerta no hay otra entrada, ya que las ventanas son tan pequeñas que sólo un niño podría pasar por ellas. Decio se decide a examinar el tejado, pero antes examina el cuerpo de Paulo. Descubre que el camastro de Pepi se halla pegado a la puerta que se abre hacia afuera, por lo que nadie puede entrar sin levantar a Pepi. Descubre que la ventana del cuarto tiene apenas medio metro por uno de sus lados. Decio sube al tejado y advierte que las tejas se hallan tan podridas que hubiera dejado rastros en caso de que el asesino hubiese entrado por el tejado. A pesar de que todo indica que tuvo que ser el eunuco Pepi, Decio no lo cree. Llega Asclepiódes, que confirma la muerte por cuerda de arco. Llega también Pompeyo el Grande, quien afirma que la muerte de alguien tan rico siempre

tambalea a Roma. Al pasar por el Foro vio muy preocupados a los especuladores de esclavos, que intuyen que los precios bajarán en el momento en que todos los esclavos de Paulo, que eran muchos, sean vendidos en el mercado. Pompeyo también es partidario de que el causante de la muerte fue el eunuco.

VII. Decio y Asclepiódes conversan en el *ludus* de Estatilio acerca de la misteriosa muerte de Sinistro. Según Decio, es difícil para un muchacho estrangular a un hombre más corpulento, pero Asclepiódes le demuestra que se equivoca sirviéndose de una cuerda de arco. Decio llega a la conclusión de que el mismo muchacho que entró en su casa fue aquél que mató a Sergio Paulo y Sinistro.

Recuerda que el mercader Zabbai le comentó que los piratas tenían un agente en Ostia, y también resuelve partir hacia la ciudad portuaria. Como no conoce bien la ciudad acude a casa de Macro para que le preste a Milón como guía. Milón le revela que el agente de los piratas se llama Asdrúbal y es un fenicio de Tiro que regentaba un comercio en los muelles de Venus.

De camino se topan con Publio Claudio, quien le hace saber que el cónsul Pompeyo es demasiado educado para hablar con vehemencia, pero que cuanto desean es que deje de husmear en el asesinato del importador griego. Por lo demás, está claro que el eunuco mató a Sergio Paulo. Como Decio se niega, Claudio decide hacerle ver lo contrario con dos de sus matones, pero Milón les deja fuera de combate. Claudio hace a ambos una amenaza explícita.

En Ostia entran en la sede del gremio de importadores de tejidos, donde un hombre llamado Silo le comunica el paradero de Asdrúbal, que se dedica todavía a ser el agente. Decio y Milón pasan la noche en un templo convertido en posada.

VIII. Al día siguiente acuden a la tienda de Asdrúbal y Decio le comunica que investiga la muerte de Paramedes. Asdrúbal informa a Decio de que los asuntos que él y Paramedes trataban con los piratas consistían en negociación de rescates por cargamentos robados. También cree que en la conspiración entre Sertorio y Mitrídates trabajó como intermediario Tigranes, el hijo del rey de Armenia. Decio también le recuerda que Espartaco negoció con los piratas el traslado de todos los esclavos de Messina con destino desconocido, pero fueron sobornados y los piratas no aparecieron. Asdrúbal también le confirma la intervención de Tigranes en aquel acontecimiento.

Regresan a Roma. Decio confirma a Milón sus sospechas de que Craso y Pompeyo se encuentran implicados. Según Decio, Craso ordenó dejar en la estacada a Espartaco en Messina. Después de haber negociado con Espartaco, Tigranes hizo un negocio más sustancioso con Craso. El capitán de los piratas se halla en Roma al final del consulado de dos hombres con quienes ha tenido tratos anteriormente, y Paramedes, antiguo agente de los piratas, es asesinado. Además, Tigranes es huésped de Claudio Pulcher. Lo que todavía no encaja es el asesinato de Paulo. Decio

piensa que Sinistro asesinó a Paramedes y luego fue eliminado para garantizar su silencio.

Caminando por las oscuras callejuelas de Roma, advierten que son seguidos. En efecto, cinco asaltantes se les echan encima y combaten con ellos. Uno de ellos es apuñalado y los demás huyen en la noche. Decio le interroga, y el moribundo confiesa que fueron contratados por Claudio y que un muchacho oriental con vista de lince les condujo tras sus pasos. El sicario muere y los dos hombres prosiguen su camino.

IX. Al día siguiente escribe una carta a su tía Cecilia Metela, virgen vestal, pidiéndole cita para hablar sobre un delicado asunto de estado, y envía la carta con uno de sus esclavos. El capitán de los *vigiles* le informa del asesinato de cuatro individuos, cuatro matones de los cuales Decio se desentiende. Visita a Asclepiodes, quien sana la herida de la trifulca nocturna. Al volver a casa encuentra un mensaje de su tía Cecilia citándole a la hora duodécima en la sala de visitas de la Casa de las Vestales.

Después de hablar con su tía de cosas de familia, Decio aborda el tema de los documentos relacionados con la muerte de Paramedes que días antes fueron depositados por su propia tía. A pesar de que la confianza es inviolable, ella exige a cambio de leer los documentos el relato de cuanto sucede, y Decio le comunica sus sospechas de que Pompeyo y Craso pretenden enviar a Claudio a Asia para sobornar a las tropas de Luculo. Además cree que han pactado con los piratas un ataque contra los barcos de provisiones de Luculo. Cecilia acude a buscar una caja donde hay tres pequeños rollos de papiro. El primero establece que Paramedes era, con toda probabilidad, espía de Mitrídates. El segundo rollo, firmado por un senador llamado Capi-tón, dejaba constancia de que Craso deseaba hablar con Paramedes en su campamento. Una vez en él, Paramedes fue escoltado hasta un pequeño pueblo costero de donde volvió al día siguiente con un joven parecido a Tigranes, todo esto mientras en el estrecho de Messina Espartaco negociaba su libertad.

El tercer rollo estaba dirigido al Senado por Quinto Hortensio Hortalo, patrón de Decio el Viejo. Hortensio reconoce en él haber mantenido una entrevista con Tigranes donde éste aceptaba mandar a sus hombres contra Luculo a cambio de dos años sin intromisiones romanas en el Ponto, así como el apoyo para usurpar el trono a su padre. Hortensio recomienda este plan, así como reconoce haber tomado medidas al respecto para librarse de Paramedes, a quien acusa de llevar un doble juego y haberse confabulado con Mitrídates.

Decio lo ve todo claro: Paramedes fue exterminado en cuanto Tigranes llegó a casa de Claudio, quizá por los hombres del propio Publio.

X. Al día siguiente Decio busca el consejo legal de Cicerón, a quien expone todo cuanto sabe. Cicerón es pesimista respecto al éxito de Decio, ya que dos liber-

tos y un extranjero asesinados son poca cosa contra hombres tan importantes. Para colmo, ningún magistrado romano puede ser acusado mientras ocupa su cargo, y para acabarlo de complicar, ambos son nada menos que los cónsules. Lo único que puede hacer es esperar a que los cónsules abandonen su cargo, pero aún así, se enfrenta no sólo contra el orador más grande del Foro después de él mismo, sino contra los dos hombres más poderosos de Roma.

En el Foro se encuentra con César, quien le notifica que habrá una sesión especial del Senado esa misma noche, donde posiblemente se votará un decreto senatorial donde se prohíba a Luculo invadir Armenia. Luego conversan sobre el desarrollo de las investigaciones, y César le recomienda que se ande con tiento, ya que si lo hace tendrá la suerte de acabar desterrado, pero no muerto.

Al regresar a casa ya de noche, encuentra en ella a Tito Milón, que le enseña el documento de manumisión de Sinistro, esclavo de H. Ager, y advierte que la fecha distaba apenas unos días de la compra del mismo por Estatilio Tauro. Decio no entiende por qué si el esclavo fue comprado para una finca en Bayas fue manumitido en Roma, así que Milón le explica que el tal Hostilio Ager, endeudado con el hombre de Macro en Bayas, le explicó que la finca pertenece a Claudio Pulcher y Sinistro fue comprado como matón de Claudio. Milón le da la buena noticia de que si quiere hallar el amuleto perdido deberá hallarlo en la casa de Claudio, pero no puede registrar en ella legalmente. Todos los ladrones de Roma están resentidos con el joven oriental que les hace la competencia, y muchos se ofrecerían para entrar en casa de Claudio y sustraer el amuleto. Milón le asegura que si no han arrojado el amuleto al Tíber lo verá al amanecer. Efectivamente, a esa hora Milón regresa con el amuleto robado.

XI. Después de una visita a Asclepiódes para ser sanado, Milón le acompaña al Foro, donde se topa con Publio Claudio, que echa a andar hacia él seguido por todo su séquito. Claudio no puede matarle a la vista de todos, pero aún así mantienen una discusión, así que Publio se calienta y saca una daga, y entonces comienza la refriega. Milón consigue rescatarle de la pelea. Decio decide acudir a la casa de Publio, pese a todo, para entrevistarse con Claudia. Le da la noticia de que ha tenido una pelea con Publio en el Foro, y ella se queda preocupada. Claudia le trata con desprecio. Decio le muestra el amuleto y la acusa de haber mandado asesinar a Paramedes, Sinistro y Paulo. Decio afirma que ese amuleto la implica en relación de *hospites* con Paramedes, y ella lo reconoce. Claudia explica que los intercambiaron en Delos, en el famoso mercado de esclavos de los piratas, donde intuyó que sería de utilidad en el futuro por su contacto con los piratas. Cuando llegó a la ciudad lo condujo con Sergio Paulo. Fue ella quien habló con Craso de Paramedes cuando el primero buscaba la forma de frustrar el pacto de Espartaco con los piratas. Paramedes quiso chantajearla con contar todo lo que sabía a Mitrídates, y cuando Tigranes llegó

a Roma el griego perdió su utilidad. Ella compró a Sinistro, y cuando dejó de ser necesario lo liquidó por medio del joven oriental. Sinistro lo merecía por haber olvidado en casa de Paramedes el amuleto, que constituía una pista. Decio quiere saber si su padre está involucrado en la conspiración, pero ella responde negativamente. El siguiente paso es detener a Claudia por homicidio, incendio provocado y conspiración, pero antes le tiende su daga para que, suicidándose, salve el nombre de la familia. En ese momento el joven oriental salta a sus espaldas y comienza a estrangularle con una cuerda de arco. Forcejean, y entonces entra Milón atraído por el ruido, que le quita de encima a su atacante, que no es otro que Chrysis, la amiga de Claudia, con lo que se resuelve el misterio del supuesto muchacho asiático. Detiene a Chrysis, pero no a Claudia, que ha desaparecido.

Al salir escuchan que llegan los amigos de Publio, así que huyen en sentido contrario. Conducen a Chrysis hasta el pretor, Decio el Viejo, bajo el cargo de asesinato de Sinistro y de Sergio Paulo. Ella es acróbata y contorsionista, y estas extremas habilidades le permitían entrar por ventanas inaccesibles. Justo en ese instante, Decio es detenido por los líctores acusado de alboroto público.

XII. Decio es enviado a la cárcel Mamertina. Se lamenta enormemente de haber sido cegado por la belleza de Claudia. Por la noche le visita Decio el Viejo, quien le informa de que Publio Claudio sigue vivo, de que Claudia no ha sido apresada y de que él se ha servido de sus influencias para conseguir que levanten los cargos contra él. Y para postre, debe acudir a una reunión en la Curia, y Decio sabe que las reuniones del Senado a última hora de la tarde no auguran nada bueno.

Al llegar a la Curia su padre le pide que entre solo, no sin advertirle que su vida depende de cómo se comporte ahí dentro. Al adentrarse descubre que la Curia está vacía, salvo por dos hombres: Marco Licinio Craso y Gneo Pompeyo. Le dan la noticia de que Chrysis, quien de acuerdo a su versión actuaba bajo las órdenes de Tigranes, ha muerto ahorcándose con sus propios cabellos. Chrysis es el lógico chivo expiatorio, y los dos cónsules le cuentan la versión oficial: ella vino de Delos y se alojó en casa de Paramedes, donde llegó Tigranes en primer lugar, y allí la convenció de sus planes. Al alojarse en casa de Publio, Chrysis le siguió. Por supuesto, Publio marcha a Oriente para hacerse un nombre, no para minar la autoridad de Luculo. Decio sabe que no puede servirse ni de los manuscritos de la Casa de las Vestales, ni del documento que guarda en casa relativo a la venta de Sinistro. Decio pregunta por el medallón que tenía encima cuando le detuvieron, pero ellos dicen que no saben de qué les habla. A pesar de que Decio sabe la verdad, también sabe que no tiene pruebas. Craso le comunica que es relevado de sus funciones para acompañar a su padre a la Hispania Citerior como su legado.

Al abandonar la Curia, encuentra a su padre acompañado de Milón. Su padre le revela que ha sido abierto el testamento de Sergio Paulo, quien repartió su fortuna

entre los cónsules y otros magistrados, entre ellos él, y además ha liberado a todos sus esclavos, de los que tenía miles. Dejan a Decio en casa pocas horas antes del amanecer.

Estos sucesos tuvieron lugar en el transcurso de quince días del año 684 en la ciudad de Roma, el año del consulado de Pompeyo y Craso.

SPQR II: La conspiración de Catilina. (SPQR II: The Catiline Conspiracy, 1991).

Dramatis personae.

Decio Cecilio Metelo el Joven.
Decio Cecilio Metelo el Viejo, padre del anterior.
Catón y Casandra, viejos esclavos de Decio el Joven.
Lucio Sergio Catilina, noble patricio.
Orestila, su esposa.
Aurelia, hija de la anterior e hijastra de Catilina.
Marco Tulio Cicerón, abogado.
Tiro, su esclavo.
Tito Annio Milón, noble patricio.
Quinto Curio, noble patricio.
Fulvia, su amante.
Metelo Céler, pariente de Decio y noble patricio.
Quinto Cecilio Metelo Crético, otro pariente de Decio.
Clodia, esposa del anterior y hermana de Publio Clodio.
Sempronia, esposa de Décimo Junio Bruto.
Marco Licinio Craso, el hombre más rico de Roma.
Asclepiódes, médico del templo de Esculapio.

I. Decio Cecilio Metelo el Joven, ahora cuestor del tesoro, reflexiona sobre la situación de la República. Al terminar su trabajo de contabilidad abandona el templo de Saturno, donde el tesoro está depositado, y se encuentra en la calle con Marco Porcio Catón. Se dirigen al banquete que se va a celebrar por la victoria de Luculo sobre Mitridates y Tigranes. El heraldo que los anuncia informa a Decio de que su padre ya ha llegado. Después de saludar a los cónsules Cicerón e Hibrida, Decio encuentra a su progenitor, Decio Cecilio Metelo el Viejo, procónsul en una provincia de la Galia Transalpina. Como funcionario del estado, tiene un lugar reservado en el triclinio, y cuando el banquete comienza ocupa su lugar junto a Lucio Sergio Catili-

na, quien hace comentarios despectivos sobre Cicerón. En el banquete se da cita la crema y nata de la sociedad: la familia de Decio, Marco Antonio, Publio Clodio, etc. También encuentra a su prima Cecilia, a quien en familia llaman Felicia. Cuando Catilina ve a Clodio, hace ademán de sacar la daga, pero Decio se lo impide. La razón del odio que Catilina siente por Clodio es la falsa acusación propagada por Clodio de haber mantenido relaciones con una vestal años antes. Después del banquete, Decio regresa a casa.

II. Una mañana de finales de otoño, en el Foro, Decio encuentra a un círculo de gente contemplando un cadáver. Un vigil le pregunta si se puede ocupar del asunto hasta informar a un pretor. El hombre es un equite y ha sido asesinado de una cuchillada en la espalda. Llegan los *libitinarii*, acompañados de un senador llamado Octavio, y llevan a cabo sus ritos, dan vuelta al cuerpo y un individuo le reconoce como Manio Opio, banquero. Aparece Julio César y Decio le informa de la muerte de Manio; César no era amigo suyo, pero sí de otro Opio, Cayo. Cuando César continúa su camino, Decio analiza el arma homicida, que no es sino una daga vulgar que no puede proporcionar ninguna pista; a Decio le llama la atención que el asesino no le arrebató los anillos al muerto, anillos por los que hubiera sacado un buen dinero. De ahí se dirige a su trabajo en el templo de Saturno, donde al final de su trabajo advierte que una puerta cerrada que comunica con unos almacenes en desuso muestra huellas recientes en el polvo, concretamente de dos pares de sandalias y de pies descalzos. Abre la puerta, que conduce a unas escaleras que descienden hasta los mismos cimientos del templo, donde hay unas habitaciones, una de ellas con unos frescos pintados y otra llena de armas de diversos tipos, como si hubiesen sido discretamente sustraídas de aquí y de allí. Regresa con Minicio, viejo liberto que toda su vida se ha ocupado del papeleo relacionado con el templo, pero decide no comentar la extraña presencia de las armas, y medita sobre la posibilidad de una conspiración contra el estado. Decide consultar este último punto con Tito Annio Milón, amigo suyo. Milón no cree que sea Pompeyo quien se encuentra relacionado con esas armas, pues tiene ya sus ejércitos; piensa más bien que esas armas sólo serán útiles a quienes intenten dominar Roma, pero sólo la ciudad, sin ambición de dominar las provincias con grandes ejércitos. Publio Clodio podría ser ese alguien. Si han elegido el templo de Saturno es porque resulta céntrico, cerca del Foro, siempre está abierto (aunque las cámaras del tesoro siempre permanecen cerradas) y tiene esas habitaciones desocupadas. Milón recomienda a Decio que vigile durante los próximos días si se depositan más armas. Y le da un nuevo consejo: si quiere sabe quiénes son los conjurados, es mejor que ellos se dirijan a él, por ejemplo tras hacer comentarios negativos sobre quienes mandan, y que los haga donde Quinto Curio pueda oírlos. Curio tenía fama de haber cometido la mitad de los crímenes de las tablas de la ley, y si había una conspiración seguro que participaría en ella. Milón le invita a

cenar, pero Decio tiene que acudir a una cena en casa de Lisas, el embajador de Egipto, donde hay reunidas como unas treinta personas, entre ellas la esposa de Décimo Junio Bruto, Sempronia, que le presenta al joven poeta Catulo de Verona, de quien Sempronia asegura que está perdidamente enamorado de Clodia, la esposa de Céler y hermana de Publio Clodio. Allí también se encuentra el banquero Cayo Rabirio Póstumo, con quien habla Decio de la muerte de Opio, y quien admite que Opio tenía enemigos, pero como cualquier otro banquero.

III. La mañana siguiente es especial, pues al ser día de mercado el trabajo oficial está prohibido. En la barbería, el barbero le llama la atención acerca de la repentina moda romana, entre los más jóvenes, de dejarse crecer la barba. En el puesto de un comerciante de cuchillos muestra al dueño la daga homicida: se trata de una daga africana, que presentan una gruesa nervadura central, y la talla en forma de serpiente que tiene es propia de Carthago, donde adoran a un dios serpiente y donde se acuñan empuñaduras como esa en Utica y Thapso. Se veían mucho cincuenta años antes, en la guerra de Yugurtha, como recuerdos traídos por algún soldado, pero ya no. El comerciante quiere saber si investiga la muerte de la cual ha oído hablar esa mañana, la de un contratista llamado Caleno, y Decio, tras informarse de dónde encontrar la casa del tal Caleno, acude a ella. Caleno, de unos cincuenta años, está de cuerpo presente rodeado de su viuda e hijos. Entre los individuos presentes en el velatorio distingue a un amigo de su padre, Quinto Crispo. Éste le informa de que Sexto Caleno y su familia habían sido clientes de la suya durante generaciones y no tenía enemigos. El día anterior por la tarde se había entrevistado con él por una cuestión de negocios, luego fue a cenar con unos amigos y al regresar, bien entrada la noche, fue asesinado frente a su casa y al parecer le robaron. Al esclavo que le acompañaba le acuchillaron, pero no murió. El *designator* le comenta que recibió cinco puñaladas pero que no dejaron el arma homicida, que debió ser una espada corta o *gladius*.

Habla con Aristón, el esclavo de la casa de Marco Duronio que le acompañaba en el momento del ataque: dos hombres surgieron de entre las sombras, uno agarró al amo Sexto y el otro le golpeó en la cabeza con la empuñadura de la espada. A pesar de que no podría identificarlos si volviera a verles, cree que se trataba de griegos o de asiáticos, pues llevaban barba. Regresando a casa, Decio medita sobre la relación entre ambas muertes, y deduce que los asesinos no eran profesionales, primero porque aquellos se usan de cuchillos curvados, tajan el cuello y matan de un limpio golpe. Al pasar por el templo de Saturno, entra en él y descubre que el número de escudos, espadas y jabalinas ha aumentado. Muchas de las espadas son de diseño antiguo y presentan serpientes en la empuñadura, como el puñal que acabó con la vida de Opio. Como necesita el amparo semilegal de algún pretor para iniciar una investigación formal, acude a casa de un pariente llamado Metelo Céler, que tras la

muerte de Metelo Pío se ha convertido en cabeza de la familia. Decio no siente temor por Céler, pero sí por su esposa Clodia, sospechosa de varios asesinatos.

En efecto, se tropieza con Clodia, quien le comenta que el joven Catulo se hospeda en casa de su hermana, la esposa de Luculo, y le hace la corte de manera exagerada. Llega Céler, y Decio (sin mencionar el asunto de las armas, sólo los dos asesinatos) pide apoyo legal para investigar hasta reunir pruebas para presentar cargos. Céler acepta, con la condición de que todo lo consulte primero con él.

Al llegar a casa, encuentra a un mensajero enviado por Fulvia, donde ésta le invita a cenar al día siguiente por la noche. Fulvia es una joven y bella viuda, la amante de Quinto Curio. Decio acepta.

IV. Noche del día siguiente, en casa de Fulvia, donde también se hallan Quinto Curio, Marcos Leca y Cayo Cetego, senadores. Llega Sempronio con dos esclavos nubios regalados por Lisas, embajador egipcio. También se encuentra Catilina acompañado de Aurelia, la hija de Orestila, última esposa de Catilina. Aurelia cuenta que su madre y Servilia, la madre de Decio fallecida cuando él era sólo un muchacho, eran muy amigas. Por la deferencia con que Catilina es tratado, intuye que él es el centro de la reunión y es posible que trame alguna clase de conspiración. Durante la cena, Decio es acomodado junto a Aurelia, con quien conversa de buena gana. Mediada la cena y acalorados por el vino, sondean a Decio mientras Catilina despotrica contra quienes ahora tienen el poder en Roma, principalmente contra Cicerón, *homo novus*, a quien un noble de antigua *gens* como Catilina desprecia.

V. Durante la semana siguiente se producen cuatro nuevos asesinatos de équites, y la ciudad comienza a hacer comentarios, aunque los équites no son muy respetados. Decio decide investigar primero la muerte de Décimo Flavio, director de la facción roja del circo. En el Circo Máximo se entrevista con Helvidio Prisco, uno de los directores de los Rojos: Décimo Flavio fue hallado muerto en el circo por un limpiador; había salido de la oficina al atardecer, antes de que anocheciera, pues su casa se halla al otro lado del circo y solía volver al pie. Mientras hacen llamar al limpiador, Helvidio le enseña el arma asesina: un cuchillo de auriga, lo cual no presupone que el asesino lo fuera, ya que ellos guardan miles en un almacén y son muy populares entre los aficionados a los juegos. De acuerdo a Helvidio, Décimo no prestaba dinero, al menos desde los últimos años. El limpiador, un esclavo brucio de edad madura, le conduce hasta donde le encontró: un lugar al final de un túnel donde se amontonan la basura que un circo produce, un lugar raro para matar a un équite, y la ausencia de sangre en la salida del túnel indicaba que ese había sido el lugar de la muerte. Según el esclavo, cuando no hay carreras ningún hombre merodea por ahí. Al salir del túnel, se topa con dos barbudos con el cráneo afeitado y una mujer: Aurelia, quien le presenta a los dos barbudos como Marco Torio y Quinto Valgio, amigos de su padrastro que han venido al circo para ver practicar a Argentum, caballo

de los Blancos. Cuando saben que investiga la muerte del équite, le hacen preguntas sobre ese último crimen. Les acompaña a contemplar el entrenamiento del caballo. Más tarde, Aurelia se dirige a un hombre que resulta ser nada menos que Marco Licinio Craso en compañía de Quinto Fabio Sanga, quien en las Galias cría los mejores caballos del mundo. Craso reconoce a Decio, y Aurelia presenta a sus acompañantes. Fabio Sanga está en Roma por motivo de las Lupercalia, para las que todavía faltan cuatro meses, y atiende a algunos de sus clientes galos. Uno de ellos es un auriga de larga cabellera rubia que a Decio le resulta conocido, sin saber por qué. Aurelia, quien pertenece al colegio de sacerdotisas de Ceres, pregunta a Craso si aportaría dinero para reparar el templo y éste promete mandar a su arquitecto y administrador para llevar a cabo un estudio preliminar. Aurelia invita a Craso y a Decio a una fiesta que celebrará en su casa en honor del embajador de los partos. Cuando observa al galo con mayor detenimiento, ya libre del casco, le reconoce como uno de los alóbroges que desde hacía meses estaban en la ciudad para quejarse de los impuestos romanos. Aunque se llama Amnorix, compite con el nombre de Polidoxo; Decio le pregunta si sabe de qué hablaban Craso y su patrón cuando ellos llegaron, pero sólo sabe que Craso visita frecuentemente a su patrón, la última vez con un hombre llamado Valgio, que ahora acompaña a Aurelia. Cada vez que Craso se marcha (pues se reúnen con frecuencia) su patrón se muestra muy acalorado. Sin embargo, Amnorix no reconoce al otro hombre de la barba, sólo a Valgio. Confiesa que dos días después del último encuentro entre su patrón y Craso, un hombre llamado Publio Umbreno, que tiene negocios en Galia, se les acercó en el Foro, llevó a su propio tío y a los otros ancianos a casa de Décimo Bruto y pidió a los más jóvenes que se regresaran solos.

En el Foro, Decio se encuentra con su padre, haciendo campaña para las elecciones de censores y le pregunta qué sabe sobre un hombre llamado Publio Umbreno. Su padre, que como siempre lo trata como a un necio, le revela que el tal Umbreno es un publicano que contaba con importantes negocios en las Galias; que pertenecía a un consorcio de inversores y él era el agente ambulante en Galia; que acabaron en la bancarrota y que luego especularon con cereales, pero se arruinaron. Debíó de tener trato con los alóbroges, pues son la tribu más poderosa del norte.

Ya en su casa de la Subura, Decio recibe la visita de una delegación de vecinos cuyo portavoz es Quadrato Vibio, propietario de una fundición de bronce y de una sociedad funeraria del distrito. Vienen a pedirle, como ciudadano más importante del distrito, que acepte representar a la Subura en el Festival del Caballo de Octubre, en los idus, festival que han ganado siempre hasta haber sido vencidos el año anterior por los vecinos de la Vía Sacra. Decio no tiene ninguna gana, pero acepta cuando le informan de que este año los habitantes de la Vía Sacra serán guiados por Publio Clodio.

VI. Decio llega a la fiesta en casa de Aurelia, donde le recibe su madre, Orestila. Están presentes las damas y caballeros más famosos de aquel tiempo. En general, todos hacen comentarios despectivos sobre los partos. Aurelia y Decio coquetean.

VII. Llega el día del Festival del Caballo de Octubre, que aquel año se celebra en el Foro y no en el Campo de Marte. Clodio, muy bravucón, amenaza a Decio antes de comenzar la competición de la que Decio sale vencedor. Terminadas las ceremonias pertinentes y el sacrificio del caballo victorioso, Decio es atacado por hombres de Clodio, pero consigue huir mientras hombres de Catilina le defienden. Gracias a un extranjero de Jerusalén llamado Amos, un importador que le introduce en su casa y le hace salir a otra calle por la puerta trasera, Decio consigue dar esquinazo a los esbirros de Clodio, pero sólo momentaneamente, ya que mantiene un combate cuerpo a cuerpo con Clodio del que sale victorioso. Cuando llegan en su ayuda los vecinos del Suburio, cansado y apaleado, Decio se desmaya para despertar en el templo de Esculapio de la isla del Tíber, donde su buen amigo y encargado del templo, el médico Asclepíodes, sana sus heridas.

VIII. A pesar del cansancio y las heridas, sabe que tiene que llegar esa misma noche a casa de Catilina, donde todos sus conjurados le acompañan. Todos dan por hecho que Decio se encuentra de su parte, pero no basta la palabra: debe demostrarlo con el asesinato de una persona a quien deba dinero, como han hecho los otros conjurados. Decio accede a matar, dice, a Asclepíodes, porque sabe que comprometiéndose a matarle a él, podrá encontrar la manera de falsear su muerte. Cuando todos parten, Catilina pide a Decio que se quede un rato más, y entonces hablan de sus aliados, estúpidos pero convenientes, y Catilina confiesa a Decio que hay gente importante detrás de él mismo: Luculo, Quinto Hortensio Hortalo, Publio Cornelio Léntulo Sura el pretor, y el joven Julio César. Al fin, Catilina confiesa que guardan armas distribuidas por toda la península, y hasta escondidas en el mismo templo de Saturno. Cuando llega el fin de la velada, Catilina pide a Decio que se quede a dormir en una de las habitaciones de su casa y, cuando todos duermen y la casa se encuentra en silencio, Aurelia se llega al cuarto que ocupa Decio y hacen el amor.

IX. Decio visita a Asclepíodes en el templo de Esculapio. Éste acepta hacerse pasar por muerto después de que Decio le revela todo acerca de la conspiración, pero le recomienda que visite a Cicerón cuanto antes. En casa de Cicerón, su esclavo Tirón le conduce hasta él, y Decio le cuenta lo que sabe de la conspiración de Catilina y la función del asesinato de los équitos. Sin embargo, apunta Cicerón, Décimo Flavio, el director de los rojos, no era prestamista. Decio calla su sospecha de que Aurelia se encuentre implicada en esa muerte. Aunque Decio sospecha que, posiblemente, Craso esté detrás de los conjurados, Cicerón afirma que no tiene mucha lógica esa sospecha hasta no sustentarla sobre alguna prueba evidente. Cicerón pide

a Decio que advierta a su pariente, Metelo Crético, sin levantar sospechas, y Decio planea hacerlo la próxima semana en la villa del Janículo, donde se celebrará la ceremonia religiosa familiar anual de los Cecilios. Cicerón le revela que Fulvia es una de sus confidentes, y también Quinto Fabio Sanga, quien esa noche le acompaña y a quien hace entrar en el estudio del orador. Sanga afirma que Catilina intentó ganarse a los alóbroges, y éstos le denunciaron a Sanga, quien a su vez les pidió que, fingiendo aceptar, exigiesen un documento con el nombre de todos los conspiradores, el cual a su debido momento pasaría a manos de Cicerón como prueba fehaciente de la conjura. A pesar del asombro de Decio ante la posibilidad de semejante temeridad, los conspiradores aceptaron entregar el documento firmado a las familias de los alóbroges en Galia, para apoyar la revuelta en Roma. Decio también deberá firmar, y esta idea le atemoriza, pero Cicerón interviene con el argumento de que él le defenderá al revelar que lo hizo a su petición expresa. Ya en la calle, Sanga y Decio pasean hasta el Foro, donde Sanga le revela que el día en que discutió en el circo con Craso lo hizo por la insistencia de Craso en que él le entregue su patrocinio de los alóbroges; que quiere comprarle, pero sobre todo manipular a los galos para que apoyen a Catilina. Sanga se lo ha dicho a Cicerón, pero Cicerón teme denunciar a Craso, por eso quiere acabar con Catilina, porque es el más débil. Sanga no quiso acudir con el otro cónsul, Antonio Híbrida, porque no confía en él.

X. Al día siguiente Asclepiodes aparece muerto, tan muerto que hasta Decio cree que lo ha matado. En el entierro, Torio le guiña el ojo para felicitarle por la misión cumplida. Un esclavo entrega a Decio un papel donde le pide que se presente en el templo en la hora sexta, donde Asclepiodes reaparece y le cuenta cómo ha conseguido esa sorprendente apariencia de muerto que le permitirá recluirse durante unos días para escribir, y a Decio pasar por asesino en la conjura.

Días después, Decio acude a la fiesta en casa de Crético, donde le revela la conspiración. Al abandonar la casa, uno de sus primos, que es tribuno electo y legado de Pompeyo, Quinto Cecilio Metelo Nepos, le acompaña mientras descienden el Janículo y le revela que conoce su adscripción a una peligrosa conjura, y que su adscripción puede humillar el nombre de la familia. Decio arguye que no hará nada que lastime a Roma o a la constitución, y al pensar quién pudo habérselo dicho, recuerda que Bestia y Nepos han sido vistos juntos, de lo que deduce que Bestia es el espía de Pompeyo dentro de la conjuración.

XI. Dos días después de la reunión familiar, al salir de los baños, Decio es abordado por Valgio y le avisa de una reunión nocturna en casa de Leca. Al llegar ve a quince hombres reunidos, y tras la pequeña arenga de Catilina, éste indica a cada uno sus obligaciones, pero a Decio le pide que permanezca con él cuando los otros partan. Cuando lo hacen, Catilina saca el papiro en el que figuran todas las firmas de los conjurados, donde lee el nombre de Sura pero no los de Craso, César, Hortalo y

Luculo. Catilina informa a Decio de que Orestila y Aurelia están fuera de la ciudad, en una casa de campo, pero cuando Decio regresa a casa encuentra a Aurelia en ella. Se tienden en la cama, y después de hacer el amor Decio le sonsaca la participación de Craso en la conjura, aunque afirma que la noche anterior Craso visitó a Catilina en casa de su madre y les oyó discutir. También le revela que Catilina le encargó vigilar a Valgio y Torio, razón por la cual les halló a los tres aquel día en el circo. Decio reconstruye la muerte de Décimo Flavio: puesto que a Valgio se le ha encomendado la tarea de provocar incendios en toda la ciudad, supervisaba aquella noche el lugar de los escombros del Circo, y discutiendo con Torio en voz alta fueron oídos por Flavio, que pasaba por allí, y aquello selló su sentencia de muerte. Como Valgio es un fanático de las carreras, lleva un cuchillo de auriga para que le dé buena suerte, y degolló a Flavio por órdenes de la misma Aurelia. A la mañana siguiente la acompaña a la casa de una amiga, donde le espera su litera y su escolta.

La mañana del tercer día después de la reunión en casa de Leca se han producido los primeros disturbios y todo el mundo está ya enterado en Roma. Decio asiste a la Curia, donde escucha a Cicerón lanzar la primera de sus *catilinarías*. Catilina es proscrito, y después de abandonar la Curia, Cicerón da lectura al documento donde los conjurados firmaron, y a continuación Cicerón disculpa a Decio al reconocer que se trataba de un espía infiltrado.

Decio dirige un grupo de vigiles durante esos turbulentos días posteriores. Cuando un cómplice de Catilina es atrapado, éste informa de que se planea un incendio importante en la ciudad. Decio sospecha que se trata del Circo Máximo y lo impide esa misma noche, cuando iba a ser provocado por Valgio y Torio.

Catilina se reunió con Manlio en la zona del Piceno y ha formado una fuerza militar a partir de veteranos de Sila y de descontentos de diversas guerras. Decio explica los acontecimientos posteriores acaecidos en Roma.

XII. Decio es asignado al ejército de Metelo Céler y lucha en la batalla final contra Catilina. Terminada ésta, le invita a acompañarle como procuestor en Galia y Decio acepta. No se hace mención del destino de Orestila y Aurelia.

Estos sucesos sucedieron durante los años 691 y 692 en la ciudad de Roma, durante los consulados de Marco Tulio Cicerón y Cayo Antonio Híbrida, y los de Décimo Junio Silano y Lucio Licinio Murena.

SPQR III: The Sacrilege, 1992.

Dramatis Personae.

Decio Cecilio Metelo el Joven, senador.
Decio Cecilio Metelo el Viejo, censor y padre del anterior.
Quinto Cecilio Metelo Crético, pariente de los anteriores.
Quinto Cecilio Metelo Céler, pariente de los anteriores.
Catón, Casandra y Hermes, esclavos de Decio el Joven.
Asclepíodes, médico griego.
Cayo Julio César, gobernador de Hispania.
Aurelia, madre del anterior.
Julia Minor, sobrina del anterior.
Gneo Pompeyo el Magno.
Publio Clodio Pulcher, patricio.
Clodia, hermana del anterior.
Fulvia, prometida de Publio Clodio.
Mamerco Emilio Capitón, senador.
Tito Annio Milón Papiano, jefe de banda armada.
Apio Claudio Nerón, noble.
Aulo Gabinio, pretor.
Hortalto, senador.
Marco Licinio Craso, el hombre más rico de Roma.
Craso el Joven, hijo del anterior.
Felicia Cecilia Metela, esposa del anterior.
Purpúrea, adivina.
Lucio Afranio, ex pretor.
Lucio Licinio Luculo, senador.
Phyllis, esclava del anterior.
Marco Tulio Cicerón.
Marco Porcio Catón Uticense, senador.
Fausta Cornelia, hija de Sila.
Fausto Cornelio, hijo de Sila.
Escipión Nasica, primo adoptivo de Decio.
Lisas, embajador de Egipto.
Lucio Domicio Ahenobarbo, edil curul.

I. Decio Cecilio Metelo, durante uno de sus periodos de exilio en la isla de Rodas, se entrega con fruición a la lectura de historia. Desde allí, echa la vista atrás para contarnos un episodio en que se involucró cuando tenía veintinueve años, después de pasar doce meses en Galia tras los acontecimientos de *La conspiración de Catilina*. Regresa a Roma ansioso de reencontrarse con su querida ciudad, y lo primero que hace tras cruzar los muros es visitar a su padre. Éste le comunica que Quinto Cecilio Metelo Céler se va a presentar a las elecciones consulares el próximo año, razón por la cual le ha solicitado que Decio le ayude a recabar votos. Su padre le da la sorprendente noticia de que Publio Clodio continúa en la ciudad, a pesar de haber conseguido la cuestura de Sicilia, pero Clodio ha pospuesto su partida. Sin embargo, eso no es todo: su padre le revela que, gracias a sus esfuerzos y a los de Hortalo, Decio ha sido aceptado para formar parte del Senado, y le entrega su túnica con la franja púrpura distintiva. Al llegar a casa descubre que su padre también le ha mandado un nuevo esclavo, un joven de dieciséis años llamado Hermes, quien velará personalmente por su integridad. Después de acudir a los baños y pasear por el Foro, Decio se presenta en casa de Metelo Céler, donde se encuentra con Julio César, casi listo para marcharse a Hispania como gobernador. A solas con Céler, éste le pone al corriente de los temas que ocupan al Senado en esos días, referidos básicamente a Pompeyo y al intento de Clodio de presentarse a tribuno de la plebe. Céler le comunica que, para impedirlo, la familia propondrá a Decio para el mismo cargo. Decio saluda a Clodia, la esposa de Céler, pero ésta les abandona enseguida para atender una visita; se trata de Cecilia Metela, a quien Decio apoda Felicia, esposa de Craso el joven e el hijo del gran Craso. Céler acompaña a Decio a la puerta y éste se marcha acompañado de Hermes.

II. Al día siguiente, tras despedir a sus clientes, regresa a casa de Céler, donde vuelve a encontrarse con Julio César, y también con su gran enemigo Publio Clodio. Como la casa de Céler está llena de sus clientes, éste le lleva aparte para comunicarle que ha decidido pedir a Mamerco Capitón que sea su compañero de consulado, y manda a Decio a preguntarle si está dispuesto a aceptar el puesto. Capitón le acoge de buen grado y le invita a cenar con él esa misma noche. Después de esto, paseando por el Foro, Decio se encuentra con uno de los jóvenes que por la mañana acompañaban a Clodio: Apio Claudio Nerón, primo del Apio Claudio que fue legado de Luculo en Asia. El muchacho acaba de salir del tenderete de una adivina y, cuando Decio le detiene para saludarle, advierte que el muchacho se muestra nervioso. Al darle la mano para despedirse, observa que en un dedo porta un anillo de los usados para guardar veneno en su interior. Decio se introduce en la misma tienda y habla con la adivina, una tal Purpúrea que se niega a darle información pero le revela que el chico sufre mal de amores. Cerca del templo de Cástor y Pólux se encuentra con Milón, y éste le invita a una copa de vino en su casa, donde hablan sobre los últimos

rumores políticos, de los cuales Milón está siempre muy bien informado. Según él, César todavía no se marcha a Hispania porque tiene que solventar antes un buen montón de deudas, tantas que sólo hay una persona en Roma que pueda hacerle un préstamo por una cantidad tan importante. Todos saben que ese hombre, con quien se ha puesto en contacto, es Craso. Ambos se preguntan a cambio de qué favor Craso se animará a ayudar a César.

III. Aquella noche, Decio acude en compañía de Hermes a la casa de Capitón, donde comparte la cena con importantes figuras como el cónsul Marco Pupio Pisón Frugio Calpurniano, el *pontifex* Quinto Lutacio Cátulo, llamado el gran Cátulo, quien no se trata del poeta veronés. Curiosamente, vuelve a encontrarse con el joven Nerón. La conversación se torna animada sobre la política y los ritos de la Bona Dea, pero cuando Capitón interrumpe la cena para atender a un hombre que le espera en el atrio, Hermes advierte a Decio que no pruebe las pastas de su bandeja. Cuando escuchan gritos procedentes del atrio todos abandonan la estancia, momento que Hermes aprovecha para hacer ver a su amo que el joven Nerón ha envenenado sus pastas. Decio las envuelve en un paño, las guarda en el interior de su túnica y después sale al atrio, donde se reúne con los demás convidados, que rodean el cuerpo sin vida de Capitón. Decio ubica al esclavo que levantó a su amo de la mesa y éste confiesa que vino a buscarle un hombre cuya cara no pudo distinguir bajo la capucha de su capa negra; pero que hablando en voz baja, afirmó que Capitón le esperaba. Calpurniano envía a un mensajero a casa del pretor urbano Voconio Nasón mientras Decio continúa interrogando al esclavo, a quien su amo ordenó que les dejase hablar a solas. Como Decio distingue a Nerón reuniendo a sus esclavos para marcharse, ordena a Hermes que les siga. A continuación, examina detenidamente el cadáver de Capitón, que lucía una pequeño tajo en la garganta, causado aparentemente por un cuchillo, y un golpe de garrote en la frente. El ex pretor Lucio Afranio, también invitado a la fiesta, invita a Decio a regresar al comedor para tomar un poco de vino, y Decio acepta mientras la casa se llena de gritos de lamento.

IV. En las escaleras de la Curia, Decio conversa con Céler acerca de la posibilidad de tomar en cuenta a Lucio Afranio como procónsul. Decio le ha contado todo lo relacionado con el asesinato de Capitón, así como el hecho de que el *janitor* de la casa también fue hallado muerto. Tras concluir que, por el tipo de asesinato, debe de haber sido llevado a cabo por un gladiador, entran en la Curia, donde Decio asiste a su primera reunión. Al salir se encuentran con Lucio Licinio Luculo, y éste le invita a comer en su casa en compañía de Cicerón, Milón y Catón. Decio explica a Milón su propio intento de asesinato, y éste promete investigar no sólo ese punto, sino también el asesinato de Capitón. Durante la comida entra en la sala un grupo de mujeres que se sientan aparte en mesas, de entre las cuales destaca una de ellas por la blancura de su piel: Fausta, la hija de Sila. Al verla, Milón insiste en que Decio les

presente cuando la comida haya concluido. Cuando lo hace, Decio descubre que Milón produce un poderoso efecto sobre ella y se retira de la casa para dirigirse al templo de Esculapio, donde saluda a su viejo amigo Asclepiodes y le entrega las galletas de la pasada noche para su análisis. Al regresar a casa, convoca a Hermes y éste le revela que Nerón no se dirigió a la casa de Clodio para reportar su fracaso en el asesinato de Decio, sino a la de su pariente Metelo Céler.

V. A la mañana siguiente, dirigiéndose a visitar a Céler en el Palatino, descubre que su pariente, con rostro sombrío y acompañado de una procesión de individuos bien vestidos entre los que se cuenta César, desciende la colina. Decio se une al grupo y se coloca al lado de su primo adoptivo Escipión Nasica el *pontifex*, quien le confiesa su desconocimiento de cuanto sucede, pero que parece asunto de gravedad. Al parecer, un mensajero llegó por la mañana para convocarles a una reunión extraordinaria del Senado, y desde ese momento César y Céler no han mudado su rostro descompuesto. Al llegar a la Curia, César se desmarca del grupo para dirigirse a una matrona que alguien identifica como su madre, y todos los senadores entran en el edificio. Hortalo se dirige al Senado y notifica que los ritos de la Bona Dea han sido profanados por Publio Clodio Pulcher que, disfrazado de mujer, entró con sigilo en la casa del *Pontifex Maximus*. Después de la reacción del Senado, es Calpurniano quien toma la palabra y se dirige a Cicerón y a César; al primero, para que explique el término legal de la palabra usada, *sacrilegium*, y a César para que determine si, como *Pontifex Maximus*, se ha cometido *sacrilegium* o no. César corrobora el *sacrilegium*, y Calpurniano ordena que el pretor Aulo Gabinio acuda con sus líctores a la casa de Clodio para ponerle bajo arresto. Hortalo vuelve a intervenir para recordar que un arresto implica un juicio, y un juicio el testimonio: en este caso, el testimonio de la naturaleza de los ritos de la Bona Dea, que no pueden ser revelados. A petición del cónsul Mesala Níger, César reconoce su convencimiento de que Clodio entró con la intención de mantener una relación con su esposa, Pompeya; pero cuando intentan disuadirle con testimonios de que Clodio bravuconeo durante días con la idea de fisgonear en los ritos, César consigue arrancar las carcajadas de todo el Senado al afirmar que tal cosa es intrascendente, ya que la esposa de César debe estar por encima de toda sospecha. Al final, la asamblea se disuelve sin haber llegado a una conclusión sobre el tema, mientras el escándalo se desparrama por la ciudad y la frase de César se convierte en motivo recurrente de broma.

Tras pasar por los baños y escuchar los comentarios de los ciudadanos, Decio visita a Asclepiodes en el *ludus* de Estatilio y éste le confirma que las galletas estaban envenenadas, ya que las dio a comer a un cerdo y éste murió al cabo de una hora. De acuerdo a la autopsia que hizo al animal, él piensa que el veneno debió de ser un extracto de ciertos hongos; pero además, como inspeccionó a petición de Decio el cuerpo de Capitón, su conclusión es que el arma asesina tenía doble filo y no

más de una pulgada de ancho, lo cual le recuerda un cuchillo de sacrificar animales. Pero lo más extraño es que el golpe de la frente fue efectuado con un martillo, después de la muerte de Capitón, lo cual es muy raro por innecesario. Convencido de que el golpe de martillo se hizo con otro propósito, afirma que le recuerda algo que en ese instante no puede precisar. Sin embargo, promete a Decio seguir dándole vueltas hasta recordarlo.

VI. Al día siguiente, Decio visita la casa de Céler y halla a su pariente Crético, marido de Felicia. Al comentar el extraño asesinato de la pasada noche, Crético le comparte su sospecha de que Clodia es la instigadora del crimen. Céler le llama aparte y le pide que abra una investigación acerca del sacrilegio, ya que la familia ha recomendado a Decio como el mejor para averiguar la verdad, pero con una condición: poco le importa lo que pase con su maldito cuñado, pero quiere que su esposa Clodia quede al margen de responsabilidades. Decio se ve obligado a aceptar, ya que la imposición viene de su misma familia, y cuando insinúa a Céler que se verá obligado a poner a Clodia bajo sospecha, éste le recuerda el consejo que le ha dado.

Paseando por el Foro, encuentra a Cicerón en la Basílica Porcia asistiendo a la defensa de uno de sus estudiantes en un juicio. Decio le expone su situación y Cicerón le tranquiliza asegurando que, puesto que el sacrilego es Clodio, la implicación de Clodia no tiene mayor relevancia, y apenas alcanzaría a ser regañada por los pontífices. Decio se despide de Cicerón y se dirige a la casa del *Pontifex Maximus*, donde una bella joven que no es otra sino Julia, la sobrina de César e hija de Lucio Julio César, le comunica que su tío no se encuentra en casa. Decio le pregunta si ella asistió a los ritos de la Bona Dea, pero Julia le da la respuesta lógica de que sólo pueden asistir las mujeres casadas, y ella no lo es. Decio se sorprende cuando Julia le explica que la mejor forma de llegar al fondo del asunto no es entrando en casa de los ciudadanos importantes para hacer preguntas, así que se ofrece a ayudarle en su investigación, ya que ella, asegura, puede acceder a círculos que para él están vedados; que es inteligente, educada y, además, se aburre. Julia le invita a sentarse con ella, y le explica que algunas de las mujeres más indiscretas de Roma se hallaban en la casa aquella noche: no sólo Clodia y Fulvia, sino también Sempronia y la esposa de Luculo, la otra Claudia; Fausta, la hija de Sila, y la esposa de Craso el joven y prima de Decio, Cecilia. Mujeres con quienes puede entrevistarse para recabar datos de manera poco formal, como en los baños. Julia se compromete con Decio a mandarle un mensajero cuando haya averiguado algo, y Decio acepta, atraído sobre todo por mantenerse en contacto con la bella joven.

A continuación, Decio se dirige a casa de Marco Licinio Craso, el hombre más rico de Roma, a quien explica su misión. Decio le cuenta que no puede confrontar a Felicia directamente, y Marco Craso el joven se sentiría insultado si se acercara a él; pero Craso, como *paterfamilias*, puede manejar favorablemente tales circuns-

tancias. Para Craso, Clodio sólo pretendía llevar a cabo una tontería más de las muchas que hace o dice, como sus ideas políticas, consistentes en establecer que el reparto gratuito de grano sea un derecho permanente de los ciudadanos. Eso ya lo promete en las asambleas tribales plebeyas como futura ley si él resulta elegido tribuno. Además, está de parte de Pompeyo en lo concerniente a la concesión de tierras a los veteranos de guerra. La conversación es interrumpida cuando llega César con todo su séquito para mantener una reunión privada con Craso. Éste argumenta que ha persuadido a César de que le ofrezca la primera vacante plebeya en el colegio de pontífices; pero Decio sabe que la verdad es otra: César tiene muchas deudas y Craso tiene mucho dinero.

VII. Decio acude a visitar a Lisas, el embajador de Egipto, acompañado de Hermes. Decio sabe que los embajadores extranjeros viven de los rumores y procuran estar informados de ellos, así que sabe que con Lisas podrá averiguar qué clase de vínculos existen entre Craso y César. En efecto, Lisas le confirma que escuchó rumores en otro tiempo sobre una conspiración de Craso y César contra la República en la que darían un golpe de estado que haría dictador a Craso, rumores en los que Decio no puede creer; pero Lisas está convencido de que ambos son de esa clase de hombres que instauran tiranías, cada uno por sus propias razones. Lisas le confirma que César permanece en Roma mientras negocia con Craso los beneficios de su préstamo, ya que los deudores no le dejarán salir de la ciudad hasta que les pague. Después de la entrevista, Decio envía a casa a Hermes con los restos de la comida para los esclavos y le pide que se reúna con él en casa de Milón.

Tomando un buen falerno con poca agua, Decio describe a Milón las características de la muerte de Capitón y le revela el detalle de los martillazos *post mortem*. La conclusión de Milón es que, en ese caso, tienen algo de ritual, y puesto que ese ritual no es romano, debe investigar entre la comunidad extranjera en Roma. En realidad, es menos complicado de lo que parece, ya que de acuerdo a Milón, el asesino debe de ser un extranjero que tenía negocios con Capitón, y no un extranjero cualquiera. Milón promete ayudarle en esta nueva búsqueda, pero a cambio de que Decio le ayude a cortejar a Fausta. Ya que él se relaciona con Luculo y ella tiene total libertad dentro de la casa, Decio podrá servir de contacto entre ambos. Milón les entrega una antorcha para que puedan orientarse hasta casa en la noche cerrada. Poco antes de llegar, ya muy cerca de la morada de Decio, éste y Hermes se topan con el cadáver de alguien a quien conocen muy bien: Apio Claudio Nerón luce un fino tajo en el cuello y el impacto de un martillo entre las cejas.

VIII. Decio decidió no dar voz de alarma y abandonó el cuerpo en la calle hasta la mañana del día siguiente, cuando Catón viene a darle la noticia de que afuera de la casa se halla congregada una multitud conmocionada y Hermes está enfermo en cama. Decio visita a su esclavo y descubre que ha vomitado la cena que le dieron

en casa de Milón, posiblemente porque le gastaron una broma añadiéndole a su plato alguna clase de vomitorio. Decio sale a la calle y descubre que alguien ha robado del cuerpo de Nerón todos sus efectos personales, ya que sus ropas están removidas, y manda que se notifique el asesinato de un patricio al *Praetor Urbanus*. Al volver a entrar en casa, manda al esclavo de uno de sus clientes a notificar a Clodio que su pariente yace muerto en la calle. Al cabo de un rato llega Lucio Fulvio, *iudex* de la corte del Pretor Urbano, a quien Decio confiesa que conocía al muerto desde cuatro días antes, por haberle visto en compañía de Clodio. Fulvio decide no prestar mucha atención al hecho de que un patricio haya aparecido muerto frente a la casa de un senador, pero le comenta que, como tiene la intención de presentarse a candidato a tribuno el año próximo, el apoyo de los Metelos le haría mucho bien. Cuando Decio averigua que Flavio es contrario a Clodio, decide apoyarlo en su candidatura. Instantes después le dan la noticia de que Clodio y los suyos han llegado para llevarse el cuerpo, y su gran enemigo acusa públicamente a Decio de haber asesinado a su primo, por lo que emprenderá acciones legales. Decio se justifica argumentando que su primo ha muerto como murió Capitón, y él era uno de los invitados de su casa cuando ello sucedió. Clodio le vuelve a acusar de contratar a un sicario, y cuando se desenvainan las dagas y están a punto de enzarzarse los dos bandos en una batalla campal, aparece Julio César y la trifulca se detiene porque sería impiedad que el pontífice máximo contemplase derramamiento de sangre. Ante la acusación pública efectuada por Clodio de que Decio mató a su primo, César contesta que para eso es Roma una república de leyes, para que las acusaciones se diriman en los tribunales. Cuando todo el mundo se retira a sus asuntos, Decio invita a César a pasar a casa y, después de que el pontífice le cuente la gran impresión que dejó en su sobrina Julia, Decio le revela cuanto sabe de Nerón, aunque omitiendo el intento de asesinato y el hallazgo de su cadáver la noche anterior. César pone el dedo en la llaga al mencionar la extraña muerte de dos patricios en idénticas circunstancias, pero aunque Decio intuye que César puede estar implicado en los crímenes, éste no deja traslucir nada. Decio quiere saber cómo llegó tan a tiempo al lugar donde yacía Nerón, y César contesta que se hallaba en el templo de Libitina cuando un sirviente de Clodio llegó para avisar a los enterradores. Cuando César parte, Decio se queda pensando si la mención de Julia no será una sugerencia de unión matrimonial entre las dos familias cuyo objetivo real sería distraer su atención de un asunto que César no desea ver revelado.

Después de despedir a sus clientes, parte hacia la casa de Céler para mantener una entrevista con Clodia, decide ser directo y le pregunta si ella intentó matarle por medio de Nerón. Ella afirma que no, y no sólo eso, sino que su primo tampoco tenía una razón para matarle a él. Decio le da la noticia de que ha muerto, y ella se queda estupefacta al saberlo. Una voz de muchacha surge de una alcoba cercana

llamando a Clodia, y ésta presenta a Decio a su amiga Fulvia, pariente de otra Fulvia, quien se marchó de Roma después de la debacle de Catilina, y ahora está comprometida en matrimonio con Clodio. Según Clodia, su hermano hizo lo que hizo en los rituales de la Bona Dea para burlarse de las costumbres de los mayores, y aunque Fulvia acompañó a Clodia, ésta no pudo participar en los ritos porque todavía no está casada. Clodia revela que fue una esclava de la casa de Luculo quien descubrió a Clodio disfrazado de mujer y dio la voz de alarma. Sólo las esclavas que tocan un instrumento musical pueden asistir a los ritos. Cansada y deseando volver a jugar con Fulvia, Clodia despide a Decio, quien se marcha a meditar en una taberna cercana que encuentra abierta. Tiene clara una serie de cosas: puesto que se sorprendió al saber de la muerte de Nerón se deduce que no fue ella quien causó su muerte, y es más, ella sintió verdadera preocupación al saber por Decio que Clodio podía ser condenado por sacrilegio en un juicio. Desde la taberna, Decio ve salir de la casa a una mujer conocida y decide seguirla, y lo hace hasta que ella se detiene en un jardín, donde Decio se sienta a su lado. Se trata de Purpúrea, a quien quiere involucrar en la preparación de venenos para Clodia. Purpúrea afirma que no sabe nada de venenos, que ella visita a Clodia con frecuencia para proporcionarle un afrodisíaco que necesita su marido para vencer la impotencia. Cuando Decio le comenta que dos hombres han sido asesinados en extrañas circunstancias, ella se asusta y pregunta: “¿Quieres decir que ellos están en la ciudad?” A pesar de los intentos de Decio por detenerla, Purpúrea huye sin que él pueda saber a quién se refería como “ellos”. Al llegar a casa, encuentra dos notas. En una, su padre le comunica que, por la mañana temprano, el Senado completo acudirá al campamento de Pompeyo para concederle el permiso oficial para entrar en la ciudad con sus tropas; en la otra, Julia le cita para el día siguiente en el templo de Cástor, a la hora del crepúsculo, con información importante.

IX. El Senado se reúne por la mañana temprano en el Foro para cruzar las murallas de la ciudad y visitar a Pompeyo en su campamento, donde lo nombran oficialmente *triumphator*.

A media tarde, paseando por el Foro, descubre a un gran número de ciudadanos alborotados congregado frente a una tienda que conoce bien, la de Purpúrea. Al entrar, descubre al edil curul Lucio Domicio Ahenobarbo levantando el acta del asesinato de Purpúrea en las mismas condiciones que Capitón y Nerón, y éste comunica a Decio que sus secretarios acudirán a los archivos para saber, en el caso de que la mujer fuese liberta, el nombre de su antiguo amo con vistas al funeral. Después de prometerle a Decio que esa información también le sería remitida a él, éste sale de la tienda y se dirige al templo de Cástor, donde se reúne con Julia. Cuando pregunta a ésta si Fulvia se hallaba en la casa del Pontífice la noche de los misterios, Julia le responde afirmativamente. Asegura que ha escuchado rumores sobre ella que es in-

capaz de creer, pero Decio responde que, sin embargo, es la perfecta pareja para un individuo como Clodio. Julia cuenta que ha descubierto la manera en que Clodio entró en la casa, acompañando a la mujer que traía el laurel que las mujeres mastican durante la ceremonia cuando ésta ya ha empezado. Julia afirma que se trataba de una vendedora de hierbas del Foro, y entonces Decio sabe que se refiere a Purpúrea. Decio intuye que todos los crímenes están relacionados con el sacrilegio, pero que no es más que la punta del iceberg, pues existe alguna otra relación que es la que Clodio no quiere que salga a relucir. Está convencido de que otro hombre aguardaba a Clodio dentro de la casa, si no en los ritos, en algún otro lugar de la misma, ya que el lugar perfecto para una reunión de conspiradores es una casa donde, precisamente, la presencia masculina está prohibida durante la noche. Pregunta a Julia si Fausta, que no está casada, permaneció con las solteras cuando dieron comienzo los ritos; pero no lo hizo, lo cual constituye otra irregularidad sospechosa. Encarga a Julia la tarea de investigar si alguna de las mujeres recuerda que Fausta llevara a cabo alguna irregularidad sospechosa durante aquella noche. Cuando Julia se marcha y Decio vuelve a casa, éste repasa las conexiones entre Fausta y otros importantes romanos: hija de Sila; pupila de Luculo; hermana de Fausto, hombre de confianza de Pompeyo, quien a su vez representa la amenaza de llegar a ser un potencial dictador de Roma. Ella vive en la casa de Luculo y llegó acompañada a los ritos de su esposa, Claudia, la hermana mayor de los Clodios. Apio, el otro hermano de la familia Clodia, se hallaba en aquel momento en el campamento de Pompeyo y no es más que un militar dedicado sin intereses políticos. Decio llega a casa preguntándose quién más se encontraba en la mansión de César aquella noche, y con qué fines.

X. Después de saber que Hermes ya se encuentra un poco mejor y despedir a sus clientes, Decio recibe una carta de Asclepiódes donde le pide que acuda a verle; pero antes se dirige a la casa de Céler acompañado de Hermes. Céler le pregunta si ha llegado ya a alguna conclusión, pero Decio le confiesa su confusión y le pregunta si la noche de los misterios, misma que César pasó bajo su techo por la prohibición de hombres en su morada oficial, el pontífice salió en algún momento. Céler le responde que abandonó la casa alrededor de medianoche con destino al Quirinal, con objeto de llevar a cabo un augurio. Sin embargo, regresó pronto porque el cielo lleno de nubes no era propicio. Tras dejar la casa de Céler acude al templo de Quirino, especialmente vigilado durante las horas nocturnas, y los vigilantes le cuentan que el pontífice máximo no fue visto aquella noche. Tras esta noticia, Decio se encamina al *ludus* de Estalio en busca de su amigo Asclepiódes, quien ya ha podido recordar la relación con el golpe en la frente. Es común entre los etruscos, cuenta Asclepiódes, golpear con un martillo la frente del muerto. Precisamente ahora, prosigue, hay en Roma numerosos harúspices etruscos que acompañan a Pompeyo, e incluso sabe que ha enviado a algunos a casa de Clodio. Entre los luchadores, Decio distingue a al-

guien conocido que resulta ser Fausto Cornelio Sila, el único hijo vivo del dictador, a quien se acerca a saludar. Concluida su misión, se dirige a la casa de Milón, al que halla entrenando a sus matones. A solas, Milón le confiesa que ya ha investigado a Capitón, el cual no sólo no tenía contactos con el bajo mundo, sino que nadie le odiaba hasta el punto de querer matarle. De esto se deduce que las causas de su asesinato son de índole política o personal. Decio acude después a casa de Luculo, y tras la comida éste le comenta que, puesto que su esposa es una Claudia, nunca le haría comentarios que pusiesen a su hermano en una posición delicada. A continuación, Decio expone que Milón tiene sus pretensiones sentimentales puestas en Fausta, su pupila, y Decio quiere saber si Milón tiene su permiso para hacerle la corte. La respuesta de Luculo es que, si bien él es legalmente su tutor y albacea de la voluntad de Sila, esto no se extiende a imponer su criterio a la hija del dictador. Si Milón quiere a Fausta, es Milón quien tiene que ganarse su amor, y él no se opondrá a cuanto Fausta decida. Decio le pide permiso para hablar con ella, y tras mandarla llamar, Luculo lo deja solo. Cuando Decio le comunica a Fausta el interés que tiene en cortejarla, ella se muestra interesada a causa de la fascinación que Milón le produce; le da permiso para visitarla, pero dejando bien claro que deberá ganarse su amor, porque ella preferiría la muerte antes que un matrimonio de conveniencia. Cuando él le pregunta si estuvo en la casa de César la noche del sacrilegio, ella responde que no, y esto constituye toda una sorpresa, ya que Julia aseguró haberla visto, pero Fausta lo niega contundentemente. Tras pedirle que comunique a Milón que espera noticias suyas, Fausta se retira.

Decio recoge a Hermes en el atrio y abandonan la casa. Al llegar a una calle estrecha, son atacados por Publio Clodio y sus matones. Decio consigue escapar hasta llegar al Foro seguido por Clodio y sus hombres, donde el escándalo interrumpe un juicio público donde el abogado Cayo Octavio, padre del que sería el Primer Ciudadano, está llevando a cabo su discurso. La contienda es interrumpida por el orador, quien afirma que una vestal se halla presente, y si uno de los dos contrincantes muriera, el otro debería ser ejecutado inmediatamente por impiedad. La reyerta se disuelve, aparece Decio el viejo y Octavio inculpa a Decio de escándalo público y uso de armas en el interior del *pomerium*. Publio Clodio, sin embargo, amparado en la inmunidad de su cargo público, sale limpio de la refriega, y los dos Decios se retiran a casa. Aunque su padre le aconseja que se aleje de la ciudad por algún tiempo, Decio le pone al corriente del sacrilegio que investiga y de las sospechas que alberga acerca de la implicación de Pompeyo, ya que él es el único que está rodeado de un grupo de dóciles harúspices etruscos. Su padre le revela algo que él desconocía y que le sorprende: Pompeyo tiene la idea de repartir tierras públicas de la región de Tucia entre sus veteranos, y nada menos que la familia de Capitón tiene grandes extensiones de tierra estatal en arriendo, por las cuales desde hace cerca de doscientos

años paga fielmente su cuota al estado. De acuerdo a Decio el Viejo, César también es partidario de repartir tierras, pero en Campania. En lo que ambos están de acuerdo es en predecir que ambas comarcas serán un semillero de futuros soldados. Al llegar a la casa de su padre, Decio le pide enviar a un esclavo a su casa para que informe a Hermes de que lo encontrará con Asclepiódes en el Templo de Esculapio, y otros dos esclavos le conducen en litera hasta allí. Durante el trayecto tiene un sueño donde ve al can Cérbero con tres cabezas humanas: la de Pompeyo, la de Craso y una tercera que no reconoce. Mientras Asclepiódes le cura sus heridas, éste le explica que soñar con una bestia mitológica siempre tiene un significado oculto que debe ser interpretado. Puesto que Cérbero es el perro de Plutón, y éste también es el dios de la riqueza, es posible que el sueño tenga que ver también con ésta.

XI. Cuando Decio despierta al día siguiente, encuentra a Hermes a su lado, reprochándole que le dejase abandonado a su suerte con los sicarios de Clodio. Llega uno de los sicarios de Milón para transmitirle el deseo de éste de verle cuanto antes en unos baños cercanos a su cuartel general, y Decio se reúne con él. Le da la buena noticia de que ha conseguido prender el interés de Fausta, y además Milón le asegura que sus hombres velarán por él en las calles, pero siempre y cuando se halle bien visible. Teniendo en cuenta que siempre anda husmeando por toda clase de sitios, eso no garantiza su seguridad, empero. Además le da la noticia de que, el día posterior al sacrificio, Craso hizo público que se hacía cargo de las deudas de César, por lo que ahora ya puede abandonar la ciudad.

Después del relajante baño, Decio acude al Templo de Ceres en el Aventino para entrevistarse con Lucio Domicio Ahenobarbo, quien le proporciona referencias de Purpúrea: se trataba de una mujer manumitida seis años antes que había pertenecido a Julio César. Encajada la noticia, se marcha a casa de Luculo y pregunta al mayordomo por la esclava arpista, a la cual manda traer acompañada de Licinia, la hermana mayor de Luculo, que debe escuchar la conversación a fin de que la esclava no revele ningún detalle prohibido de los misterios. La chica, llamada Phyllis, descubrió a Clodio acompañado por la vendedora en la entrada de un pasillo, pero la vendedora se rezagó en él y Clodio llegó hasta el atrio. Pudo reconocerle bien, a pesar del velo que le cubría, por la forma de andar y un anillo en el dedo, ya que Clodio visitaba con frecuencia la casa para visitar a su hermana. Entonces dio la voz de alarma. La madre de Julio César fue quien le arrancó el velo, y el griterío se hizo generalizado. Phyllis asegura que la pareja no había llegado recientemente, sino que Clodio se hallaba en la casa desde el principio del atardecer, cuando comenzaron a llegar las mujeres. Purpúrea también usaba velo, como debía hacerlo Fausta, pero aquí es Licinia quien corrige a Decio al hacerle saber que Fausta permaneció esa noche en casa de Luculo como ella misma, pues se sintió indispuesta. Decio pregunta a Phyllis a dónde conduce el pasillo del que vio salir a Clodio, y ella revela que a las

estancias privadas de César, pasillo al que todos los años —menos aquel— eran mandados los esclavos cuando no se les necesitaba en la ceremonia.

Decio y Hermes abandonan la casa y se dirigen a comprar algo de comida, de la que dan buena cuenta en la calle. Conversando con un individuo que escribe en una pared los espectáculos del día siguiente en honor de Pompeyo, a Decio se le escapa un comentario irónico sobre el Grande, y ya a solas, Hermes aconseja a su amo ser más precavido en sus opiniones. Decio se burla, argumentando que hacer un comentario en el lugar incorrecto sobre un militar aventurero podría ser móvil de un asesinato, y Hermes replica que, muy posiblemente, ya intentó hacerlo, lo que deja pensando a Decio sobre el intento de envenenamiento. Efectivamente, si bien en el pasado ha tenido sus rencillas con Pompeyo, la relativa abundancia de otros sospechosos le obligaron a descartarle; además, se considera lo bastante insignificante como para que el Grande se ocupe de él. Sin embargo, el veneno es lo más discreto para borrar a alguien del mapa, ya que todos los días muere gente por la ingestión de comida en mal estado. Además, Pompeyo tenía sus razones para querer muerto a Capitón por el estorbo que suponía este hombre en sus planes de reparto de tierra entre los soldados. Pero Decio tiene una pregunta: ¿por qué querría Pompeyo matarle, si no se han molestado en el pasado? Hermes apunta que, puesto que él tiene fama de desenterrar lo oculto, es posible que Pompeyo quiera mantener un secreto, algo que ha hecho o algo que tiene intención de hacer sin que ser descubierto.

XII. Al día siguiente comienzan las celebraciones con una función de teatro, *Las troyanas* de Eurípides, donde se congrega buena parte de la ciudadanía y también los romanos más importantes, con el mismo Pompeyo, César y Craso a la cabeza. Cuando Decio ve a los actores masculinos, pero vestidos como mujeres, tiene una revelación y abandona exultante el teatro. Al llegar a casa su esclavo Catón le da la noticia de que Julia le espera en el atrio. Cuando se reúne con ella, ésta se alegra de verle con vida, ya que se halla en terrible peligro. Julia afirma que la pasada noche Clodio acudió a casa para hablar con su tío y le confesó que deseaba ver muerto a Decio Metelo. César le replicó que, si llegaba a enterarse de que manchaba sus manos con la sangre de Decio, pronunciaría contra él y ante todo el pueblo romano la maldición de Júpiter Óptimo Máximo, y ésta le convertiría en un apestado a quien ningún romano podría dirigir la palabra en ningún país del mundo. Sin embargo, Clodio respondió que aquello no involucraba a Júpiter, sino que Charun se encargaría de él. Decio entiende esto como una amenaza de que los sacerdotes etruscos irán a cobrarse su vida. Éste le cuenta a Julia cuál fue la revelación que tuvo en el teatro al ver a los actores interpretando personajes femeninos vestidos de mujer: *Milón será complacido*. Julia remarca que eso no tiene ningún sentido, y Decio no puede menos que reconocer que al principio tampoco lo tenía para él, pero que luego recordó la pesadumbre de Milón al saber que Julia había visto a Fausta en una cere-

monia a la que una mujer soltera no tenía acceso. La revelación, que hizo reflexionar a Decio, le llevó a la conclusión de que Julia creyó ver a Fausta, pero no era ella sino su hermano gemelo vestido como mujer. Como Clodio. Como Pompeyo. Como César, que no acudió al templo de Quirino en busca de augurios. Incluso como Craso, aunque Decio tiene dudas en este punto, pero está convencido de que era el mismo Pompeyo quien suplantaba esa noche a la vendedora de hierbas. Queda una pregunta vital en el aire: ¿por qué celebrar una reunión de importantes hombres de estado con atuendos tan extravagantes? Decidido a averiguarlo, Decio pide a Julia que le acompañe al cubículo de su esclavo Hermes, abre la puerta violentamente y, después de abofetearle dos veces, le pregunta por los objetos robados al cadáver de Claudio Nerón. Derrumbado, Hermes confiesa que los esconde bajo la cama. Decio descubre entre anillos, monedas y brazaletes algo más importante: un cilindro de bronce. En el anillo de Nerón, el anillo para el veneno cuya utilidad no conocía el esclavo, Decio descubre marcas de dientes, y sabe que Hermes no pudo resistir la tentación de comprobar la pureza del oro, pero se intoxicó con los mínimos residuos de veneno y eso le obligó a permanecer en cama todo el día siguiente con dolor de vientre. Alertados por los gritos llegan Catón y su esposa Casandra, y todos salen al atrio a leer el mensaje contenido en el cilindro de bronce. Así pues, Nerón no había acudido a matarle aquella noche, sino a entregarle un mensaje.

En la carta, Nerón explica cuándo llegó a Roma y cuánto hizo su pariente Clodio por él, pero que también le introdujo en asuntos de dudosa legalidad con el argumento de que así se manejaban los asuntos políticos en aquel tiempo. Durante más de un mes Clodio mantuvo entrevistas con César, Craso y con el mismo Pompeyo en su campamento, y él se jactaba fatuamente de tener a todos estos hombres bajo su control. Sin embargo, después de su último encuentro con Pompeyo fue vencido por el desasosiego, ya que Pompeyo le había ordenado asesinar con veneno al hijo del censor Metelo. Clodio se lamentaba de tener que matar a Decio por orden de Pompeyo y no por el mero placer de hacerlo, como hubiese querido. Así que Clodio mandó a Nerón a comprar veneno y una túnica —cuya finalidad desconocía el malogrado Claudio Nerón— a Purpúrea, la vendedora de hierbas, donde se topó con Decio. Nerón se horrorizó cuando Clodio le exigió ser el ejecutor del envenenamiento, pero no pudo negarse. Por la noche, tras la cena y el asesinato de Capitón, puesto que creía haber envenenado a Decio, los remordimientos le apartaron de buscar a Clodio y le condujeron hasta su hermana. Al día siguiente, experimentó un gran alivio al descubrir a Decio vivo en el Foro, y cuando se presentó ante Clodio éste se mostró apesadumbrado por el fracaso, pero emplazó la muerte de Decio para una ocasión mejor. A cambio, encargó a Nerón otra misión: llevar a Pompeyo y a Fausto la túnica púrpura, dos velos y otra túnica adicional y regresar con ellos a la ciudad vestidos de mujer, donde en el Foro habrían de reunirse con Clodio y dos individuos

más, los tres igualmente travestidos. Los hombres se mezclaron entonces con la multitud de mujeres y entraron en la casa del Pontífice Máximo. Mientras, Nerón esperaba afuera durante horas hasta escuchar que una gran conmoción procedía de su interior y vio a Clodio huir de la casa perseguido por una turbamulta de mujeres rabiosas. Clodio se reunió con Nerón y ambos se perdieron entre las sombras de los callejones mientras Clodio reía como un loco y sus ojos se empañaban de lágrimas de felicidad. Ya en su casa, Clodio reveló que aquella noche se habían citado en la morada del pontífice los tres hombres más poderosos de Roma para debatir sobre el curso de la República, y que él había sido el organizador del encuentro. Como Craso y Pompeyo no son hombre imaginativos, capaces de dejar a un lado sus diferencias, César les obligó a jurar solemnemente que, durante su ausencia, ambos se comportarían como colegas; pero que a su regreso, los tres comenzarían a trabajar como una coalición que perseguiría su propio beneficio. Se impusieron condiciones: Craso solventaría la deuda de César y ambos se harían ver durante los actos oficiales del triunfo de Pompeyo. César exigió un consulado al volver de Hispania, y luego, una magistratura extraordinaria sobre toda la Galia; Craso, el apoyo absoluto en la guerra contra Partia; y Pompeyo, la magistratura que deseara exceptuadas la Galia y Partia. Como el cumplimiento de estas funciones implicaba para los tres la ausencia de la ciudad por un periodo extenso de tiempo, se consideró que sería Clodio quien les representaría en Roma. Ellos financiarían la campaña de Clodio para el cargo de tribuno, y Pompeyo insistió en que, para defender sus intereses en la ciudad, Fausto Sila sería el colega de Clodio en el cargo, a lo que éste accedió. La reunión se disolvió tomadas estas decisiones, pero Clodio quiso ver parte de las ceremonias secretas, y al ser descubierto todos salieron en fuga. Al entender que se trataba de una conspiración, Nerón abandonó la casa de Clodio y se alojó en una pequeña taberna, donde escribió la carta. Sabe que, cuando Clodio se entere de su desaparición, le buscará para hacerle matar, por lo que ha decidido desaparecer de Roma, no sin antes dejar ese escrito frente a casa de Decio.

Cuando Decio finaliza la lectura de la carta, Julia niega la complicidad de César en la conspiración y la atribuye a la perversa imaginación de Clodio; pero Decio sabe que el esquema general, perfectamente ensamblado, corresponde a una mente organizada como la de él. Ahora, Decio tiene la intención de hacer pública la carta, pero Hermes duda que pueda vivir tanto como para lograr su objetivo.

XIII. Larga es la espera hasta la noche. De vez en cuando, Decio asciende al techo de su casa para otear las desiertas calles de Roma mientras la multitud presencia los juegos. En los portales oscuros, dos siluetas son distinguibles con sus mantos color marrón y sus puntiagudas barbas estruscas. Decio le pide a Hermes que, de tejado en tejado y sin pisar tierra, llegue hasta el cuartel general de Milón y le solicite una escolta para acompañar a Julia hasta su casa. Decio reconstruye el caso con

Julia: los mismos etruscos que vigilan su casa dieron cuenta de Nerón, pero no hallaron el mensaje porque pensaban que Nerón hablaría en persona con Decio. En cuanto a Purpúrea, fue asesinada para eliminar la conexión con el veneno y la túnica que Pompeyo vestía. Julia está consternada por dos razones: primera, porque su honor se halla ahora en entredicho por acudir sola al hogar de un hombre soltero; segunda, porque unos cuantos hombres de Milón no impedirán que toda la turba de Clodio asesine a Decio en la vía pública. Julia rompe a llorar y cae en los brazos de Decio, donde él mismo nos corre un tupido velo sobre cuanto sucedió después, antes de ser interrumpidos por Catón. El viejo esclavo le da la buena nueva de la presencia de Milón en casa, escoltado por veinte hombres. Decio le conduce a un lugar apartado y le da a leer la carta de Nerón, y Milón se alegra de que Fausta ya no esté en entredicho. Decio le necesita para dos favores: devolver a Julia a su casa y leer la carta ante el Senado. Como el Senado no se reunirá hasta después de las festividades, Decio deberá hacerla pública al día siguiente, en el banquete que se celebrará en el templo de Júpiter Capitolino. Decio acompaña a Julia a su casa, donde el grupo es recibido por la severa madre de César, Aurelia, a quien informa de la importante labor de su nieta. Aurelia promete hablar con sus hijos antes de emprender una medida de castigo contra ella; pero si su honor ha sido mancillado, promete a Decio, porfiará hasta que el Senado le despoje de su cargo. Milón invita a Decio a pasar la noche en su casa, y al cruzar el Foro son atacados por etruscos bajo órdenes de Clodio, pero tras conseguir deshacerse de ellos, alcanzan la casa de Milón.

XIV. A la mañana siguiente Decio recibe la información de que los hombres de Clodio, a quienes se unieron refuerzos de Pompeyo, han sido disgregados por los matones de Milón. Éste pregunta a su amigo por el plan del día, y Decio responde que sólo necesita llegar con vida al Circo Flamínio para formarse en la procesión triunfal, pues tal es su deber de senador, y él hará el resto. Los hombres de Milón le dejan solo en el circo, y de allí marchan todos los senadores juntos hasta el Capitolino, donde César le encuentra y le solicita que desaparezca de la ciudad hasta que Pompeyo se gane enemigos más peligrosos. Decio le revela que sabe todo de la conspiración y le pregunta el motivo por el cual él le protege mientras los otros buscan su muerte, a lo que César responde declarándole su admiración. Cuando aparece la cabalgata triunfal, César desaparece y Decio sigue la comitiva hasta la mitad de la colina, cuando ve al primer etrusco armado con daga y martillo, y luego dos más. Decio desenvaina su espada y se produce el enfrentamiento, pero en ese momento aparece Milón y lo introduce entre una masa de celebrantes, entre quienes escapan de los etruscos hasta llegar a una taberna, donde Decio le cuenta su conversación con César. Cuando salen, el gentío es tremendo y un hombre les cuenta que Pompeyo ha decidido dar por terminado el banquete antes de tiempo y se marcha, por lo que Decio sabe que tiene que llegar al templo antes de que el Senado se disgregue.

Milón le conduce hasta el lugar donde los líctores ya no dejan pasar a quien no forme parte del Senado. Decio se interna solo por las calles oscuras hasta que en la lejanía distingue una doble fila de antorchas que se dirige hacia él. Su espanto es considerable al descubrir que se trata de cincuenta elefantes del desfile, conducidos por jóvenes y muchachas, que Pompeyo había subido a la colina para hacer su descenso más impactante. En el elefante que marcha en cabeza distingue a Clodio y a algunos de sus matones, quienes se lanzan por Decio y le arrojan jabalinas. Los elefantes descienden, la multitud huye, y pronto llegan todos al Foro. Como Decio advierte que el elefante de Clodio está a punto de cruzar junto a los Rostra, él sube al antiguo monumento y, al pasar el elefante, se arroja sobre él con la espada desenvainada y el *caestus* en la otra mano. La sorpresa hace caer a los hombres de Clodio y los dos enemigos mortales se quedan a solas, luchando a brazo partido hasta caer frente a la casa de César, donde el Pontífice Máximo hace acto de presencia para calmar a su madre, que exige la muerte de Decio por llegar armado a la casa del Pontífice. César calma a Clodio e invita a Decio a acompañarle en su partida hacia Hispania rodeado de duros legionarios contra quienes Clodio no intentará nada, pero a cambio de algo: el caduceo con la evidencia del complot. Decio comprende que no tiene escapatoria, ya que le rodean los hombres de Clodio y los secuaces de Milón no se encuentran cerca, así que no le queda más remedio que entregarle la prueba a César. A continuación, éste chasquea los dedos y aparece un veterano con un carro, al que se suben los dos hombres. Una o dos millas después de abandonar Roma, César detiene la marcha y Decio desciende del carro. César le invita a seguirle a Hispania como miembro de su equipo; pero Decio renuncia con objeto de refugiarse un par de meses en la finca familiar de Beneventum. Dos o tres meses fuera de Roma, asegura César, y todo estará olvidado. Cuando él regrese tendrá trabajo para un hombre como él, pero Decio asevera que nunca trabajarán juntos. César se ríe, y a continuación le cuenta que piensa entregarle a Julia en matrimonio, a lo que Decio se queda de una pieza. Julio César y el veterano reemprenden la marcha.

Estos fueron los acontecimientos de once días en el año 693 Ab Urbe Condita, siendo cónsules Calpurniano y Mesala Niger.

SPQR IV: The Temple of the Muses (1992).

Dramatis Personae.

Decio Cecilio Metelo el Joven, senador.

Hermes, esclavo del anterior.

Quinto Cecilio Metelo Crético, pariente de Decio.

Cecilio Rufo, primo de Decio.

Ptolomeo “el Flautista”, rey de Egipto.
Ptolomeo, hijo de Ptolomeo.
Arsínoe, Berenice y Cleopatra, princesas egipcias.
Fausta Cornelia, hija de Sila.
Julia Minor, sobrina de Julio César.
Ificrates de Quíos, científico.
Anfitrión, director de la Biblioteca de Alejandría.
Eumenes de Eleusis, encargado de la sección de libros de Pérgamo.
Sosígenes, astrónomo.
Asclepíodes, médico.
Agatón, sacerdote del Templo de las Musas.
Aquilas, comandante de la Armada Real.
Memnón, comandante de los barracones macedonios.
Ataxas, místico oriental.
Orodes, embajador de Partia.
Hipatia, concubina del embajador de Partia.
Pothino, eunuco primero de la reina de Egipto.
Sethotep, funcionario.

I. Decio Cecilio Metelo el Joven, acompañado de su esclavo Hermes y Metelo Crético, llegan a Alejandría en misión oficial, donde son recibidos en el puerto por una comitiva de egipcios y romanos encabezada por Polixeno, el tercer eunuco del regente Filopator Filadelfo Neos Dionisos, undécimo rey Ptolomeo. Mientras se dirigen a palacio para el banquete, Decio reconoce a un primo de la *gens* Cecilia que por el color rojo de su pelo es llamado Rufo, y éste se acerca para saludarle. Ya en palacio, después de presentarse al rey Ptolomeo (conocido como *el Flautista*) y descansar brevemente en sus habitaciones, acuden a la cena. Mientras disfrutan de un delicioso hipopótamo asado, Rufo pone al corriente a Decio de los asuntos egipcios que son de interés para Roma.

II. Decio pasa dos meses haciendo turismo por Egipto. Una tarde, al regresar a palacio en litera, se aproxima a unos barracones militares donde unos cuantos soldados están alzando una máquina de asedio, pero el capitán le ordena abandonar el emplazamiento militar. Decio llega a palacio muy disgustado y se topa con Crético, quien le da la noticia de que dos importantes mujeres romanas acaban de llegar a Alejandría: Fausta Cornelia y otra dama de alta cuna. Al acudir al puerto, Decio se sorprende gratamente al descubrir nada menos que a Julia Minor, la sobrina del gran César. Después de los saludos, mientras ella comenta a Decio las ganas que tiene de conocer a los grandes hombres de la ciudad, llega la princesa Berenice que, tras cerciorarse de que sus pertenencias son conducidas a las habitaciones asignadas, les

conduce a todos al Museo. Allí, Decio se detiene a saludar a Asclepíodes, que ese año se encuentra en la ciudad impartiendo unas conferencias y que, de paso, identifica para él a los más importantes sabios del momento para que Decio, a su vez, explique a Julia quiénes son. Es la misma Berenice quien les presenta al gran místico Ataxas, el mismo que al día siguiente va a inaugurar su nuevo templo con el sacrificio de cincuenta toros. A pesar de que Berenice invita a Decio a la ceremonia, éste presenta la excusa de que ha prometido a Julia mostrarle los lugares más notorios de la ciudad. Con unos y con otros, continúa la tertulia entre los intelectuales de Alejandría.

III. Al día siguiente, Decio acompaña a Julia a visitar el Museo con mayor detenimiento, y una vez en él, se encuentran con el filósofo Anfitrión, a quien habían sido presentados durante la velada del día anterior, y éste se ofrece amablemente a servirles de guía. En el Museo se reúnen con otros importantes eruditos que les explican el objeto de sus investigaciones: Sosígenes el astrónomo e Ifícrates de Quíos. Éste último trabaja en su estudio, a petición del rey, en la resolución del problema de llenar de aluvión el canal que conecta el Mediterráneo con el Mar Rojo. Decio curioseaba por el estudio, y al intentar tomar un libro de la mesa, Ifícrates se lo impide alegando la discreción con que su dueño se lo encargó. Después de esta charla, parten a visitar la Biblioteca, donde llega Hermes a entregar a su señor una jarra de buen vino lesbio y a dar cuenta de algunos chismes que ha recabado: la reina está de nuevo embarazada y Pothino, el eunuco número uno, no parece contento con ello. Berenice se muestra furiosa, y la reacción de sus hermanas Cleopatra y Arsinoe es de alegría e indiferencia. El joven Ptolomeo, hijo del rey, todavía no sabe que la reina está embarazada de tres meses, y en cuanto a la reacción del propio rey, no la conoce. Decio se dirige al Templo de las Musas y allí conoce a su sacerdote, Agatón, quien le explica la función de las nueve divinidades. Después de esto, Decio se reúne con Julia y Anfitrión en la Biblioteca y los dos romanos se retiran a palacio. Por el camino, Julia le comenta que Anfitrión les ha invitado a un banquete, a celebrar al atardecer del día siguiente, para conmemorar la fundación del Museo. Decio se reúne en palacio con Crético y Rufo, y éstos le dan la noticia de que César y Bibulo serán cónsules el año próximo.

Al día siguiente Decio acompaña a su prometida a visitar el Paneo, templo dedicado a Pan. Por la noche, durante el banquete del Museo, Decio pregunta a Anfitrión por la ausencia de Ifícrates de Quíos, y el interpelado responde que le vio por la tarde mientras trabajaba en su estudio; pero un poco inquieto, manda a un esclavo a saber de él. Cuando el esclavo regresa, Anfitrión interrumpe el banquete y declara que alguna clase de accidente le ha ocurrido a Ifícrates de Quíos. Decio sigue los pasos de Anfitrión hasta el estudio de Ifícrates, donde su cadáver yace en medio de un notorio desorden de papiros esparcidos por el suelo y armarios abiertos. A peti-

ción de Decio, aparece Asclepíodes para inspeccionar la herida fatal. Decio averigua que Ificrates era un hombre que mantenía en secreto sus estudios y no tenía colaboradores ni esclavos, sólo un ayuda de cámara. Decio se autonombra investigador del caso, aunque bajo promesa de solucionar con el rey el inconveniente de ser un extranjero sin ingerencia en Egipto, y a continuación exige que se levante un acta de todos los objetos presentes en el estudio, así como que se investigue si alguno de ellos no se encuentra en él. Asclepíodes le revela que Ificrates fue asesinado con un hacha y le llama aparte para mostrarle algo. A pesar de que Berenice y Fausta se marchan a palacio, Julia decide permanecer junto a su prometido, quien la invita a convertirse en su ayudante una vez que consiga de Ptolomeo el permiso de investigación, aun siendo extranjero. La invitación a Julia no es descabellada, ya que Decio necesita quien pueda hablar con mujeres de la alta sociedad alejandrina. Asclepíodes les muestra la pintura de un jarrón donde combaten amazonas contra griegos. De acuerdo al médico, el hacha que mató a Ificrates es exactamente igual que la que ha sido representada en el jarrón.

IV. Al día siguiente, Decio pone en antecedentes a Crético y argumenta que tiene interés en contar con su apoyo para resolver el crimen. Cuando Crético se lo concede, Decio parte a palacio a entrevistarse con Ptolomeo, a quien proporciona un reporte detallado del crimen. Cuando le insinúa su deseo de investigar, Ptolomeo no parece muy convencido; pero Decio insiste en que tanto él como dos damas patricias estuvieron en el lugar de los hechos, y por lo tanto Roma ha sido involucrada; además, insiste Decio, resolver crímenes es su hobby, y esto es razón más que suficiente para Ptolomeo: a un hombre se le debe permitir practicar sus hobbies, así que le concede su autorización oficial.

Enseguida acude a la embajada romana, donde un escriba redacta el documento oficial de su permiso y el eunuco Pothino le imprime el sello oficial. A continuación, tras dar la buena nueva a Fausta y Julia, Decio y Hermes se dirigen al estudio de Ificrates en el Museo, donde hallan a dos secretarios haciendo la lista de objetos mientras otro elabora la de manuscritos y libros encontrados. Uno de ellos se identifica como Eumenes de Eleusis, quien tiene a su cargo la sección de los libros de Pérgamo y busca uno en concreto, prestado a Ificrates bajo la más estricta confidencialidad. Decio describe el libro que Ificrates le impidió leer, y Eumenes le pregunta dónde lo ha visto. De improviso, entran en la habitación dos hombres, y uno de ellos tiene un rostro que Decio recuerda muy bien, pues se trata del oficial que le obligó a abandonar el campamento de los macedonios. El otro se presenta como el comandante Aquilas de la Armada Real, mientras que el militar a quien Decio reconoce se identifica como Memnón, comandante de los barracones macedonios. Los dos militares preguntan con qué autoridad lleva a cabo Decio sus investigaciones, y al mostrar el permiso real, los dos personajes replican con comentarios groseros

acerca del rey. La situación se tensa hasta el punto de que Memnón ataca a Decio y éste debe defenderse con su *caestus* y dejarle fuera de combate. Cuando los soldados se marchan, Decio pide a Eumenes que le explique cuál es la importancia del libro que busca, una copia de la obra *De las máquinas de guerra*, escrita por el macedonio Bitón y dedicada al rey Atalo de Pérgamo un siglo antes. Decio recuerda que, durante su conversación con Ifícrates, éste le había confesado que no haber construido nunca máquinas de guerra y, aunque ahora se daba cuenta de que mentía, seguía sin conocer la razón.

Decio y Hermes se dirigen al Serapeum, complejo de templos dedicados al dios Serapis, y en el templo de Baal-Ahriman encuentra a Ataxas, quien le revela que el dios va a comunicarse con sus fieles dentro de poco, y valiéndose de su propia voz. Decio saca a colación la muerte de Ifícrates y le pregunta, ya que les vio hablando en el Museo durante la recepción de las dos damas patricias, si éste dio a entender que pudiera tener alguna clase de enemigo. Ataxas responde negativamente, aunque Ifícrates sí hizo un comentario que, quizá, no fuese sólo pomposidad de filósofo. Afirmó que, cuando los reyes del Este quieren desafiar a Roma, éstos acuden a él, ya que en la geometría reside la respuesta de todas las cosas. Tras desearle a Decio que disfrute del banquete, éste se reúne con Hermes. El esclavo pregunta al amo si advirtió los grandes pendientes que llevaba y, cuando Decio responde afirmativamente, el joven le informa de que lo hace para que no sea perceptible la amputación del lóbulo de la oreja izquierda, práctica usada en Capadocia cuando es capturado un esclavo fugitivo.

V. Decio y Julia visitan el Soma, conjunto de templos y edificios donde se halla la tumba de Alejandro Magno, y allí se unen al grupo de turistas que conforman el siguiente tour. Una vez en la calle, Decio transmite a Julia sus sospechas de que Ifícrates estaba diseñando armas especiales para los enemigos de Roma, muy posiblemente para Partia. Julia le recuerda que Egipto, si bien es teóricamente independiente, no lo es en realidad, y cualquier pueblo que ha sido grande una vez ahora volver a serlo un día, por lo que es no es descartable que Ifícrates trabajase para este país. Después de ver el Heptastadion, que es el puente más largo del mundo, ambos visitan la isla de Faros, donde se encuentra el faro al que da nombre. Por la noche son invitados por Berenice a una fiesta en la isla de Antirrhodos, donde Decio conoce a la princesa Cleopatra, una muchacha de diez años muy inteligente para su edad que le revela unas cuantas cosas interesantes, como su desprecio por Aquilas y Memnón, quienes tratan irrespetuosamente a la familia real. Cleopatra está acompañada de Apolodoro, un adolescente que se entrena en el *ludus* de Ampliato en Capua. Cuando regresa al círculo de mujeres, tiene oportunidad de hablar con Berenice, y la conversación se desvía hacia Ataxas. Berenice afirma que el dios Horus le reveló que una nueva divinidad vendría a Egipto para otorgarle un brillante futuro, y de-

ntro de muy poco, su profeta haría acto de presencia. A Decio sólo le llama la atención la alusión a un brillante futuro para Egipto, pero Berenice no le puede dar más detalles de a qué se refería exactamente Horus. Julia decide retirarse acompañada de Decio, pero Fausta se queda en la fiesta. En la barca, Julia comunica a Decio que ha mantenido una interesante conversación con la concubina del embajador de Partia, una hetaira griega que le ayuda a practicar el idioma helénico y le traduce documentos en ese idioma, que luego él envía al rey Fraates de Partia. De acuerdo a la hetaira, los documentos son planos de máquinas de guerra, pero uno de ellos era un recibo por una gran cantidad de dinero pagada a Ificrates de Quíos.

VI. Al día siguiente Eunós, el esclavo de Ificrates, le es presentado a Decio. Éste averigua que su amo no recibía visitas de Aquilas y Memnón y todos los meses, cada seis días, efectuaba viajes fluviales por el Nilo, ya que se mostraba muy interesado en la dinámica del agua. La noche en que fue asesinado él esperaba una visita, un hombre que Eunós describe como de altura media, cabello negro y barba al estilo griego; pero ni le conocía de haberle visto antes, ni le distinguió bien a la media luz del estudio. Decio vuelve al reducto de Ificrates para echar un nuevo vistazo, acompañado de Anfitrión y Asclepíodes. Uno de los cuencos de plata de su estudio recuerda a Decio que Ificrates trabajaba en el campo de los espejos cóncavos, y Asclepíodes le explica cómo Arquímedes incendió con espejos cóncavos los barcos de Roma. Además, encuentran un buen montón de muestras de cuerda, varias de ellas, señala Asclepíodes, fabricadas con cabellera humana, y entonces recuerda que la mejor cuerda para las catapultas es la hecha con cabello humano. Cada trozo de cuerda tiene una etiqueta con un número, el cual posiblemente indica el peso bajo el que se quiebra la cuerda. Ificrates, hombre meticuloso, incluso anotaba el nombre del donante de cabello para sus experimentos. Decio recuerda el día en que se acercó a los barracones y, cuando descubrió que construían una máquina de guerra, fue expulsado por Memnón, así que obviamente capta la asociación. La única razón por la que Aquilas podría haber matado a Ificrates es por haber mostrado sus diseños a otros reyes sin su consentimiento, lo que hubiera podido encolerizarle o llevarle a romper la relación. Decio se reafirma en su teoría de que los partos se encuentran detrás de todo ello.

Decio se dirige a la Biblioteca para hablar con Eumenes de Eleusis, le pide una copia del libro de Bitón que Ificrates había querido estudiar en su original y se la lleva a la embajada romana, donde halla a Crético y le pide permiso para salir unos días de caza. Cuando éste accede, se retira a leer el libro de Bitón, pero no encuentra nada relevante en él. Decio está convencido de que es en el original perdido, y no en la copia, donde se halla la respuesta del misterio.

VII. Decio y Hermes se visten sus atuendos de caza y se dirigen por la mañana temprano al puerto, donde Decio busca a un barquero que en el pasado hubiese

conducido a Ificrates en sus expediciones por el Nilo. Uno de ellos afirma haberle llevado tres veces al lago Mareotis, y es a ese lugar adonde son conducidos. Después de un pequeño tiempo de navegación, alcanzan el pequeño muelle de una hacienda donde el barquero afirma que desembarcaba Ificrates. Decio y Hermes desembarcan en aquel punto y piden al barquero que no regrese hasta el día siguiente, con lo que ellos pasan el resto del día escondidos hasta el atardecer, cuando comienzan a explorar la hacienda y descubren un campo militar donde los soldados entrenan con impresionantes máquinas de guerra. Cuando llega la oscuridad y los soldados se retiran, ellos se acercan a una torre de combate y, tras examinar detenidamente las máquinas, regresan a su campamento junto al río.

VIII. Al regresar a Alejandría Decio acude a las oficinas del registro de la propiedad, donde le remiten a un alto funcionario llamado Sethotep, a quien Decio cuenta que trabaja en una obra sobre la geografía de Egipto y quiere acceder a un mapa del lago Mareotis y a información sobre los dueños de sus territorios. Sethotep le explica que, aunque las tierras pertenecen al rey, a veces éste cede la jurisdicción a los nobles que las habitan. El funcionario indica sobre el mapa que la hacienda que le interesa a Decio pertenece a un hombre llamado Kassandros, pero que éste no vive en ella y la hacienda es administrada por su hijo menor, el general Aquilas. Decio regresa a las dependencias de la embajada en palacio y le cuenta todo lo averiguado a Crético, así como sus sospechas de que solamente Ptolomeo tiene el suficiente dinero para subvencionar el material de construcción de esas máquinas. Sin embargo, Crético piensa que, a esas alturas, alguien ya debería haberse ido de la lengua para ganarse el favor de Roma. Decio se reúne con Julia, quien, tras reprocharle no haberla llevado consigo en su expedición, le anuncia que los ciudadanos están a la expectativa porque Ataxas ha anunciado que el dios haría una revelación pública que traería a Egipto nuevos tiempos de gloria. Decio y los demás romanos se dirigen al templo de Baal y apuesta con Rufo quinientos denarios a que la revelación de Ataxas afectará las relaciones entre Roma y Egipto. Entre los concurrentes también se encuentra Aquilas, a quien Decio comunica que alguien muy parecido a él fue visto en el estudio de Ificrates la tarde de su muerte. Cuando Ataxas hace acto de presencia, la multitud es invitada a pasar al interior del templo y se plantan ante la estatua del dios que está a punto de hablar. La estatua comienza a emitir su mensaje y Decio advierte, sorprendido, cómo los labios se mueven. Baal revela que ha llegado una nueva era en que Egipto será la primera nación del mundo, y exhorta a expulsar a los bárbaros de su territorio. Con esta clara alusión a los romanos, éstos abandonan el templo para regresar a palacio. Fausta y Julia permanecen, ya que visten como egipcias y se hallan bajo la protección de Berenice y de los cien soldados de Aquilas que cuidan de su seguridad personal.

IX. En palacio, Decio se quita sus ropas romanas y se viste como un nómada del desierto, convenientemente maquillado para que su piel parezca más oscura, y regresa al templo de Baal-Ahriman, donde descubre que el efecto de movimiento labial de la estatua se debió a una peculiar estructura de los labios y a un efecto de proyección de luz. Ataxas aparece con dos fornidos acólitos y Decio le felicita por su trabajo con la estatua del dios, pero el otro afirma no saber de lo que está hablando y le pide que regrese con los suyos. Como Decio continúa ironizando sobre la superchería de Baal, Ataxas ordena a sus acólitos que le expulsen; pero como Decio se defiende por la fuerza, Ataxas comienza a pedir ayuda a todos sus acólitos, que son un buen número y salen en persecución del romano. Vestido de nómada, provoca un tumulto en el mercado de sal, al hacer creer a todos los nómadas que están siendo atacados. Al fin puede llegar a palacio, donde comunica a Crético el fraude del ídolo, y su sospecha de que la estatua fue diseñada por Ificrates de Quíos con el mismo mecanismo de reflejar la luz en espejos cóncavos. Crético, que sabe que Decio partió por la mañana vestido de nómada y ya ha oído hablar de la trifulca en el mercado de sal, está más preocupado por la nueva relación entre Egipto y Roma y le prohíbe que continúe las investigaciones sobre la muerte del griego, así como volver a acercarse a Ataxas o a Aquilas. Decio asiente, poco convencido, y al salir, Hermes aparece con un rollo de papel sellado que llegó por medio de una esclava griega. Al abrirlo descubre que es de Hipatia, la concubina del embajador del rey de Partia, que le cita urgentemente esa misma noche en la necrópolis, junto a la tumba de Khopshef-Ra.

X. Hipatia y Decio pasan desapercibidos en la necrópolis, ya que suelen ser muy visitadas de noche por los enamorados. Hipatia le hace saber que ella posee el libro original perdido, mas su precio es que se le encuentre un protector para vivir en Roma. Al día siguiente habrá en palacio una recepción en honor del nuevo embajador de Armenia a la que acudirá en compañía de Orodes, el embajador parto, y será allí donde ella le entregue el original. Hipatia le invita a visitar el Dafne de Alejandría con ella, y él acepta. El Dafne se halla en una alameda, y en él hay mesas y muchachas que, vestidas con poca ropa, escancian vino en las copas. Hipatia y Decio pasan allí unas cuantas horas hasta retirarse poco antes del amanecer. Llegan a palacio y allí se separan, ya que Hipatia vive en una casa que Orodes le ha alquilado, pues no puede residir en las estancias de la embajada. Decio duerme profundamente, y cuando se despierta halla a su lado el cuerpo muerto de una mujer: Hipatia.

XI. Los esclavos y eunucos arman un impresionante escándalo en palacio cuando despiertan a Decio y descubren el cadáver, desnudo y con una puñalada en el corazón. No tardan en aparecer Crético y Rufo. Crético ordena que Decio sea detenido y encerrado en un calabozo; pero antes, Decio solicita que sea llamado Asclepíodes para demostrar su inocencia tras un exámen del cadáver. Mientras Decio me-

dita acerca de la complicidad de Aquilas llega Julia a visitarle en el calabozo, y éste le cuenta todo lo que ha pasado. Decio le pide ayuda para encontrar el libro del que Hipatia le habló, a pesar de que Julia está convencida de que todo es una mentira, pero Decio insiste en que le ayude a encontrar la casa de Hipatia. Cuando Julia se marcha, llega enseguida Crético con un grupo de hombres armados que vienen a llevarse a Decio para una audiencia con el rey Ptolomeo en la sala del trono, donde también se hallan presentes Aquilas, Berenice, Fausta y la misma Julia. Ptolomeo solicita la opinión de Crético, y éste contesta que su pariente Decio es un tonto incapaz de matar a una mujer a sangre fría; pero que, como la mujer fue hallada muerta en la embajada romana, es decir, en territorio romano, se trata de un asunto que debe ser juzgado en Roma. Este argumento provoca la repulsa de Aquilas, quien afirma que la mujer era concubina de Orodes el embajador parto, por lo que otra embajada se encuentra también involucrada. El embajador parto se adelanta y muestra el contrato de concubinato, que era por un año, y afirma que Decio le debe a Orodes el dinero por los meses que faltan para el año que Hipatia cobró por adelantado. Aquilas contraataca asegurándole que en el cuarto del acusado encontraron una máscara y guirnalda de la noche anterior, por lo que no tardará en demostrar que Decio y la mujer fueron vistos juntos la noche anterior. Ahora es Crético quien se rebela y le exige cuentas de que anduviese en territorio romano husmeando. En ese momento entra en la sala del trono Rufo, seguido de Asclepíodes y de Anfitríon. Asclepíodes explica que la puñalada no fue la verdadera causa de muerte, pues no se encontraron suficientes manchas de sangre, sino otra herida en la carótida bajo la oreja derecha, tras de lo cual la mujer fue depositada en la cama de Decio. Además, el arma utilizada fue una sica, impropia de un hombre libre y exclusiva en Roma de asesinos de baja estofa y gladiadores tracios. Ptolomeo reconoce que las pruebas exculpan a Decio, y decide asumir la deuda con Orodes; pero antes pide a Decio que le cuente cuándo, dónde y por qué se encontró con la hetaira, a lo que él responde con el verdadero objetivo de su investigación. Ptolomeo absuelve a Decio definitivamente. Asclepíodes se dirige a él y le revela que la hetaira fue asesinada con bastante violencia, e incluso encontró algo dentro de su boca: un trozo de carne humana de su asesino, o uno de sus asesinos, perteneciente a un hombre de piel tostada por el sol. Crético se dirige a Decio para expresarle su deseo de que parta de Alejandría en el primer barco que zarpe a Roma.

Ya en su dependencia de la embajada, conversa con Asclepíodes, quien sospecha que, si Ificrates apoyó a Aquilas para ser el próximo rey de Egipto, no lo hizo por dinero, sino por prestigio: ser el próximo director del Museo y tener más financiación para sus investigaciones.

XII. Tras la retirada de Asclepíodes llega Fausta con un mensaje de Julia, quien no puede visitarle porque está ayudando a Berenice a elegir una túnica para el

banquete de la noche. En el mensaje le proporciona la dirección de la casa de Hipatia y le pide que no haga tonterías. Cuando se marcha Fausta, llega entonces Rufo y le informa de que Crético está investigando la salida de barcos hacia Roma. Al caer la noche, Decio se cubre con su capa y se dirige hacia la casa de Hipatia, ubicada del lado este del teatro, donde se juntan las prostitutas. Decio se dirige a una que ocupa su lugar frente a la casa de la hetera y le compra información acerca de la clientela fija de la griega: tres hombres, a veces los tres juntos: un partio, un atractivo individuo con uniforme militar y un pequeño griego, posiblemente de las colonias, que de pronto se convierte en la pieza clave del misterio.

Decio se las ingenia para saltar el muro de la casa de Hipatia y entra en el edificio, confiado en la soledad del mismo para hacer su búsqueda. De pronto, escucha que alguien abre la puerta de la calle con una llave y se oculta bajo una cama, de modo que sólo puede ver tres pares de piernas calzadas con botas militares, sandalias griegas y zapatillas asiáticas, así como escuchar tres voces, entre ellas la del misterioso griego. En un gabinete encuentran el manuscrito, y el griego explica a sus acompañantes que sólo la primera parte es de Bitón, ya que también contiene la obra de Eneas Táctico y la de Ateneo. Sin embargo, lo más importante es que en ella figuran los planos originales de Ificrates para sus máquinas de guerra. En ese momento, el griego se vuelve al militar y le pregunta la razón por la cual el rey Frates tiene tanto interés en obtener esos planos de Ificrates, y el militar responde que, con ellos en su poder, Partia no tiene nada que temer de Roma en el campo de batalla. El hombre de las zapatillas orientales pregunta si realmente Hipatia tuvo que morir, y el griego contesta que no quedaba otra opción, pues ella pretendía traicionarles con el romano; del filósofo de Quíos afirman que bien se hubiera podido pasar por alto que negociase con los reyes de Numidia y Armenia, pero nunca el chantaje. Engolosinados ante la victoria, hacen recuento de sus planes: pronto el dios Baal-Ahriman anunciará que Aquilas es el único hijo legítimo del fallecido rey Ptolomeo, y el flautista será derrocado en favor de Aquilas. Éste se casará con Berenice, y posiblemente también con Cleopatra y Arsínoe, y entonces devolverá a Egipto a su antigua posición de gloria, siempre y cuando, apostilla el de las zapatillas orientales, no se dirija hacia territorio parto.

En ese momento, Decio abandona los bajos de la cama espada en mano para descubrir que los tres hombres son Memnón, Orodes y Ataxas sin su peluca y barba falsa. Esto pilla de sorpresa a los tres hombres, y cuando Orodes quiere recuperar el libro, Decio se lo impide amenazándole con su *gladius*. Memnón se lanza contra él y se produce un combate en el que el militar resulta muerto; pero para entonces, Orodes ha desaparecido, Ataxas corre con el manuscrito y Decio sale tras él por las calles de Alejandría hasta capturarlo y arrebatarse el libro. Decio comienza a batirse en retirada cuando es golpeado por un bulto que cae a sus pies, y escucha la voz de

Ataxas gritando que el romano ha matado a un gato y debe ser asesinado como castigo. La gente encuentra a Decio con el bulto entre las piernas que, efectivamente, es el de un gato muerto, así que no le queda más remedio que correr perseguido por una furiosa e inmensa multitud. Al pasar junto a los barracones macedonios comienza a dar el grito de alarma de que hay un incendio, y esto produce que cuando los soldados salen alborotados choquen con la multitud, y concede a Decio un pequeño margen de ventaja hasta alcanzar el barrio judío, donde un hombre llamado Simeón le cobija en su casa y despista a la multitud. Unas horas después, vestido como judío, Decio se dirige hacia el embarcadero y alquila un pequeño barco que le conduce hasta el puerto real, donde dos guardias apostados le impiden el paso argumentando que no pueden dejar entrar a nadie sin permiso del mando superior. Decio salta entre ellos y se dirige corriendo hacia la sala del trono, donde un pelotón le corta el paso hasta que aparece Aquilas y ordena que le detengan. Decio es introducido en la sala del trono, que se encuentra llena de romanos, y Crético ordena que le arresten y le carguen de cadenas bajo la acusación de haber matado un gato y originar, como represalia, la muerte de numerosos romanos. Entonces interviene Julia, y Decio se defiende negando la muerte del gato y responsabilizando a Ataxas. Aunque Crético le manda callar, Julia exige en nombre de su tío que se le dé la oportunidad de explicarse, por lo que procede a relatar toda la historia de la conspiración de Partia y sus investigaciones desde la muerte de Ificrates. De repente, llega Ptolomeo con toda su familia rodeada de soldados y llama a su presencia a Aquilas y le pide explicaciones. Aquilas afirma que intentó apresar a Decio por su propia seguridad, ya que Alejandría no es actualmente segura para los romanos; y en relación al libro anotado por Ificrates, responde no haberlo visto nunca. Aquilas informa de la muerte de Memnón y pregunta a Decio si sabe algo de eso, a lo que responde que actuaba bajo nombre de Aquilas. Ptolomeo exige entonces la presencia de Orodes, pero Aquilas confirma que también ha sido hallado muerto. Y en cuanto a Ataxas, sus informantes le han revelado que fue asesinado durante los incidentes de la mañana, ya que los alejandrinos se enfurecieron contra todos los extranjeros y el desdichado, al hallarse vestido como griego, no fue reconocido por el gentío como el Divino Ataxas. Ptolomeo explica entonces que los *nomos* cercanos a la primera catarata andan revueltos y peligran sus negocios en la Isla Elefantina, así que le ordena dirigirse hacia allí con sus tropas antes de anochecer. Ante las protestas de Decio, Ptolomeo le explica que la familia de Aquilas es muy importante y todavía no puede librarse de él, y a continuación se retira con Crético para negociar la protección de sus enemigos domésticos por parte de Roma y una compensación por los daños causados ese día a los romanos.

Cuando todos se retiran, Aquilas se acerca a Decio y le pregunta por qué lo hizo, a lo que éste responde que nunca debió cometer un crimen en el templo de las

Musas. Aquilas le mira como si Decio estuviese loco y le deja solo. Cuando Decio entra en las dependencias de la embajada romana, todos ellos caen sobre él para atarle de pies y manos. Crético se acerca a Decio y le dice que tres galeras acaban de atracar en Alejandría: mientras que una de ellas acude a sofocar un incendio en las propiedades de Aquilas, la otra parte enseguida hacia Rodas, y es en ella que va a viajar él, quiera o no quiera. Sin poder impedirlo, acompañado de Hermes y consolado por Julia, quien le asegura que intentará lo imposible con tal de reunirse pronto con él, Decio es despedido de Alejandría contra su voluntad.

Estos acontecimientos transcurrieron en Alejandría en el año 692 *Ab Urbe Condita*, siendo cónsules Metelo Céler y Lucio Afranio.

SPQR V: Saturnalia (1999).

Dramatis Personae.

Decio Cecilio Metelo el Joven, senador.
Decio Cecilio Metelo el Viejo, padre del anterior.
Hermes, esclavo de Decio el Joven.
Quinto Cecilio Metelo Crético, de la familia Metela.
Quinto Cecilio Metelo Nepos, de la familia Metela.
Quinto Cecilio Metelo Pío Escipión Nasica, de la familia Metela.
Quinto Cecilio Metelo Céler, de la familia Metela.
Flavio, tribuno enemigo de Céler.
Lucio Calpurnio Bestia, edil.
Cayo Julio César, *pontifex maximus*.
Julia Minor, sobrina del anterior.
Asclepíodes, médico forense.
Publio Clodio Pulcher, tribuno.
Clodia Pulcher, hermana del anterior.
Fulvia, prometida del anterior.
Publio Vitinio, tribuno.
Publio Sestio, ex cuestor.
Marco Licinio Craso, el hombre más rico de Roma.
Marco Tulio Cicerón, orador.
Tito Anio Milón Papiano, gángster.
Casto y Aurio, matones de Milón.
Marco Antonio, hijo de Antonio Crético.
Cayo Licinio Murena, edil.
Viselio Varrón, edil curul.

Aristón de Licia, médico.
Narciso, ayudante de Aristón.
Burro, viejo soldado y cliente de Decio.
Ulpio, archivista.
Urgulo, vigilante.
Ascylta, Bella, Furia y Harmodia, adivinadoras.
Un joven esclavo del templo de Ceres.

I. Decio Cecilio Metelo, acompañado de su joven esclavo y guardaespaldas Hermes, regresa por fin a Italia después de una estancia en Rodas ocasionada por los acontecimientos de *The Temple of the Muses*. Desembarcan en el puerto de Tarento, donde el encargado del puerto, Quinto Silano, les está esperando a petición del viejo *Nariz cortada*, su padre. Decio no tenía intención de regresar a Roma hasta que Clodio abandonara el cargo de tribuno, pero la razón es de peso: Quinto Cecilio Metelo Céler ha muerto, probablemente envenenado. Durante el camino a Roma, Decio comenta a Hermes que tiene la intención de hacerle entrenar por Estatilio en su *ludus*.

II. La primera cuestión que Decio plantea a su padre es la razón de su presencia en Roma cuando los funerales de Céler ya han sido celebrados. Su padre le responde que hay un asunto importante en marcha, y él podrá complacer su feo vicio de fisgonear en beneficio de la familia. Como a Decio le preocupan las represalias de su gran enemigo Clodio, su padre le cuenta que ya ha llegado a acuerdos con César, por lo que mientras Decio se halle en la ciudad, Clodio no emprenderá ninguna acción contra él. Sin embargo, César se marcha a finales de año, y cuando parta también lo hará Decio, quien se sorprende al saber que toda la Galia ha sido confiada a César y permanecerá en ella durante cinco años. Su padre le ordena presentarse de nuevo antes de la puesta de sol para asistir a una reunión con los jefes de la familia. Decio se marcha a pasear por su querido Foro, que bulle animosamente a pocos días de las Saturnales. Después de pasar por los baños, se dirige a la embajada de Roma para hablar con Lisas el embajador, y éste le invita a comer. La conversación se centra en temas políticos y, sobre todo, en la figura de Julio César.

III. La reunión familiar se lleva a cabo en casa de Decio el Viejo, y a ella acuden Crético, Nepos y Quinto Cecilio Metelo Pío Escipión Nasica, ya que el resto de los Metelos importantes están ausentes de la ciudad. Tras los saludos de rigor, van al grano: Céler ha sido envenenado por esa mujerzuela de Clodia y desean que Decio reúna pruebas suficientes para ejecutarla o desterrarla. Decio apunta que cabe la posibilidad de que su esposa no fuese la ejecutora; pero como quiera que sea, los Metelos quieren pruebas para castigar al culpable.

IV. Al día siguiente Decio acude con el barbero de la esquina, donde averigua que Milón tiene el propósito de presentarse a las elecciones para tribuno del año

siguiente. Ese año son cónsules Calpurnio Pisón y Aulo Gabinio, hombres de César a quienes éste ha prometido dos grandes provincias al fin de su consulado. Decio ordena a Hermes que acuda a casa de Lucio César para saber si su hija Julia ya se encuentra en Roma, y a continuación parte a visitar a Asclepiódes en el *ludus* de Estatilio Tauro para sacar de él información sobre venenos. Por supuesto, Asclepiódes le pone al corriente de las preguntas que tiene que formular al indagar los síntomas de la muerte de su tío y le ofrece su ayuda incondicional durante la investigación. De allí se marcha al Foro Boario en busca de un adivino, pero el edil Lucio Calpurnio Bestia le comunica que, si bien fueron expulsados de la ciudad por orden de Julio César, ahora han instalado sus tiendas en el Campo de Marte, junto al Circo Flaminio, y hacia ese lugar se dirige. Una adivinadora llamada Bella le remite, en materia de hierbas y medicinas, a una mujer llamada Furia que tiene su tenderete bajo los arcos del circo. Decio se presenta ante Furia haciéndose pasar por un hombre que sueña con la muerte, un suicida, y cuando aborda directamente el asunto de los venenos, Furia le pide que se marche, ya que nadie en el mercado quiere acabar como Harmodia, pero se niega a decir más. A cambio, le ofrece profetizar su futuro, a lo que Decio accede. Después de acertar en numerosos hechos de la vida de Decio, ésta le profetiza que toda su existencia constituirá la muerte de aquello que ama, que su vida será muy larga y que él deseará, algún día, haber muerto joven.

V. Una vez en casa, Hermes le comunica que Julia se halla en Roma y le entrega un mensaje en papiro de su parte, donde ella le cuenta que su tío ha viajado a Macedonia y que, si bien su abuela la mantiene bajo vigilancia, hará lo posible por escabullirse de su control y reunirse pronto con él. A continuación acude a su casa de baños favorita del Foro, donde una vez dentro aparece Clodio con un grupo de secuaces y se introducen en el agua con él. Clodio le cuenta a Decio que ahora que es tribuno tiene muchas preocupaciones, y él es la menor de todas ellas, por lo que nada debe temer siempre y cuando no se cruce moleestamente en su camino. Decio se sorprende al escuchar que hay una forma de cancelar la vieja enemistad de ambos; pero se queda de una pieza cuando Clodio le pide que pruebe la inocencia de Clodia en los rumores sobre el supuesto envenenamiento de Céler. Como Clodio quiere averiguar la identidad del culpable, Decio sabe que no tiene más remedio que aceptar, por lo que Clodio le invita a cenar esa misma noche en casa de Clodia con objeto de conversar con su hermana. Cuando Clodio y los suyos se marchan, aparece Hermes pidiendo perdón por no haberles visto pasar. Decio le comunica su nueva misión a Hermes, y éste no puede dejar de reconocer que ahora se encuentra en un buen dilema: o enemistarse con su familia o recobrar el odio de Clodio.

Como sabe que en casa de Clodia se cena tarde, decide visitar antes a Milón, a quien halla en compañía de Publio Sestio, cuestor junto con Decio cuando Cicerón e Hibrida ocupaban el consulado. Milón y Sestio están haciendo los preparativos

para las elecciones del año próximo, y Decio le comenta la entrevista que ha mantenido con Clodio. Milón está convencido de que Clodia mató a Céler, ya que el año anterior éste tuvo problemas con Clodio, e incluso intentó impedir que su cuñado fuese transferido a la plebe para obtener su cargo de tribuno. César lo arregló todo y, como augur, fungió el mismo Pompeyo. Tras hacer comentarios acerca de la popularidad de Clodio y los planes que ellos tienen para su elección, Decio parte a casa de Céler a reunirse con Clodia.

VI. Antes de entrar en casa del fallecido Céler, Decio encarga a Hermes que investigue, entre los esclavos, si alguno de ellos tiene noticias de la muerte de Céler o de extrañas visitas a Clodia. En el triclinio de ésta hay otros invitados: el tribuno Publio Vitinio; el edil Calpurnio Bestia, con quien se topó por la mañana; Fulvia, la prometida de Clodio; Marco Licinio Craso y Marco Antonio, hijo de Antonio Crético y sobrino de Hibrida. Todos se recuestan en los lechos y comienza la cena, donde la conversación se encauza por temas políticos, durante los cuales sale a relucir que Céler era un hombre con muchos enemigos. Cuando finaliza la cena, la pequeña reunión se deshace y es el momento adecuado para hablar con Clodia, así que ésta le invita a una pequeña sala de estar. Clodia le cuenta que Céler pretendía la Galia Transalpina y Afranio, su colega en el consulado, la Cisalpina; pero al final, su gran enemigo el tribuno Flavio consiguió impedirlo, por lo que Céler pretendía llevar a juicio a Flavio. El día de su muerte se levantó temprano con objeto de acudir al Foro, recibió a sus clientes y luego tomó un vaso caliente de *pulsium*, la bebida de los soldados que se prepara con vinagre y agua. Cuando iba a salir de la casa, se derrumbó tras llevarse la mano al pecho y comenzar a respirar pesadamente. Ella no fue testigo de este hecho, porque ambos habitaban en partes distintas de la casa y nunca se veían antes de mediodía. Enseguida mandaron llamar a un médico, Aristón de Licia, quien diagnosticó con poco convencimiento que se trataba de una parálisis del diafragma. Céler respiraba con mayor dificultad a medida que pasaban las horas, hasta que poco antes de la puesta de sol dejó de respirar. Clodia se queja de que, cuando un hombre muere de repente, se sospeche de la esposa como su envenenadora, y más por tratarse de ella, una mujer moderna y liberada en la puritana Roma. Decio, con todas las cartas en la mano, piensa que hay más firmes candidatos para el asesinato de Céler, como Clodio, Flavio y Pompeyo. Clodia afirma categóricamente que no tenía razones para matar a Céler, ya que era un buen marido que la dejaba a su aire y no le dejó nada en herencia, por lo que nada ha obtenido de su muerte; pero ahora teme que las sospechas de envenenamiento la condenen injustamente a una *deportatio in insula*. Decio se despide, se reúne con Hermes para dirigirse a casa, y durante el camino éste le informa de que difícilmente se podría encontrar ya en la casa a un esclavo que hubiese estado presente cuando Céler murió, ya que los esclavos de su marido no parecían a Clodia los suficiente atractivos y los vendió a todos a

los pocos días de su fallecimiento. Por el camino se dan cuenta de que son seguidos por dos hombres que se fingen borrachos, y frente a su propia casa Decio decide enfrentarlos mientras Hermes corre por refuerzos. Durante el rifirrafe, los dos hombres, que visten como campesinos y no son asesinos profesionales, le advierten que interrumpa sus investigaciones y abandone la ciudad. Cuando llegan los refuerzos, los matones huyen. Decio sabe que si Clodio hubiese querido matarle hubiese mandado profesionales, y por su parte, Clodia le hubiese envenenado. Decio no puede imaginar quién está detrás de aquella nueva amenaza.

VII. Al día siguiente Decio consulta a uno de sus clientes, el viejo soldado Burro, buen conocedor de toda la península por las muchas campañas militares en que ha intervenido, y remeda para él el acento de sus atacantes nocturnos. Burro cree que se trata del acento marso, que él oye diariamente de labios de los sabelios, otro nombre de los sabinos, que todos los días llegan al mercado de Roma para vender sus productos. Decio acude al Foro y pide a Hermes que agudice el oído en busca del acento de los atacantes de la noche anterior. Ese día el Foro está a rebosar de puestos ante la inminencia de las Saturnales. Decio se dirige al *tabularium* a preguntar por los documentos relativos a la tal Harmodia y los esclavos de Ulpio el archivero pronto encuentran un documento fechado en noviembre donde se da noticia de la muerte de una vendedora de hierbas procedente de Marruvio llamada Harmodia, hallada en el Campo de Marte cerca del Circo Flaminio. No hay más datos, ya que el asesino no fue atrapado, por lo que Ulpio le recomienda acudir a los archivos de los ediles con objeto de buscar más información. Se reúne con Hermes, que ha escuchado ese mismo acento con profusión, pero no ha podido reconocer a ninguno de los atacantes. Lo que sí ha averiguado es que los marsos son famosos como vendedores de hierbas medicinales. En los archivos de los pretores, ubicados en el templo de Ceres, no encuentran ninguna información sobre la tal Harmodia. Ya en la calle, un joven esclavo que trabaja en los archivos corre a buscar a Decio y le comunica que el edil Cayo Licinio Murena acudió al Campo de Marte para redactar un informe que le entregó a él; sin embargo, dos días después llegó un esclavo de la corte del pretor urbano exigiendo el documento, y éste nunca más volvió. El esclavo le cuenta que fue un vigilante, supuestamente del Circo Flaminio, quien reportó el cadáver. Decio y Hermes se dirigen allí después de entregar un denario al muchacho y, al pensar en el nombre de Murena, cae en la cuenta de que se trata del hermano de aquel Murena a quien defendiera Cicerón. No tarda en dar con la dirección del vigilante, que vive en una *insula*. Se llama Urgulo y Decio le invita a conversar sobre el hallazgo de Harmodia compartiendo una jarra de vino en una taberna cercana. Urgulo dice que halló el cuerpo poco antes de amanecer, al abandonar el Circo, y la conocía porque tenía su tenderete bajo un arco desde hacía muchos años. Harmodia era una mujer de treinta años, no mal parecida, con los ojos azules y todos los dientes y, de acuerdo a

lo que vio, le habían cortado la garganta. Una de las mujeres del mercado se hizo cargo de su cuerpo, pero él no ha escuchado rumores acerca del crimen, lo que es muy sospechoso: si no hay rumores quiere decir que nadie quiere hablar porque está implicado alguien importante. Urgulo le confiesa que no quiere saber nada de esas mujeres, a quienes califica de brujas, y menos en semejantes fechas, ya que es tradicional que las brujas se reúnan la víspera nocturna de las Saturnales en el campo Vaticano para llevar a cabo sus conjuros. Decio, que no sabía nada de brujas, se queda estupefacto al escuchar a Urgulo.

VIII. Por la tarde, Decio es recogido por sus clientes y parten hacia el templo de Saturno, en cuyas escaleras se celebra la ceremonia oficial de inauguración de las Saturnales. Cuando ésta termina se encuentra con Julia y pasean por la ciudad iluminada por las fiestas, mientras él le cuenta que ha hecho una especie de tregua con Clodio y la pone al corriente de los últimos acontecimientos. La conclusión de Decio es que todo parece estar relacionado con los puestos políticos en Galia. Ya de noche, Decio deja a Julia en la morada oficial del *pontifex maximus* y él también se retira a su casa. Sin embargo, cuando ya está en cama recuerda la reunión de las brujas y la tentación es demasiado fuerte, por lo que se viste de nuevo y se dirige al Campo Vaticano, en las afueras de la ciudad. Tras buscar durante un buen rato, llega a una arboleda donde escucha cánticos, así que se oculta y comienza a espiar. Los pocos hombres que hay usan máscaras y tocan instrumentos musicales, y el número de mujeres que bailan desnudas asciende a cien. Entre ellas descubre a Fausta Cornelia, la hija de Sila, a Fulvia y a Clodia. Por supuesto, también Furia participa activamente de la ceremonia como sacerdotisa. Decio se queda petrificado cuando las mujeres sacrifican a un muchacho, y su conmoción es tan grande que no se da cuenta de haber sido descubierto hasta ser atrapado por un grupo de hombres con acento marsio. Los marsios lo ofrecen a la sacerdotisa como víctima de sacrificio, pero ella lo rechaza argumentando que tiene demasiadas cicatrices, y esto sería un insulto para los dioses. Furia le reprocha su estupidez por haber querido indagar en el culto, así que ahora deberá morir por no haber hecho caso de las advertencias. Furia le manda matar, pero Clodia interviene dando a conocer su condición de noble romano. Furia rectifica y ordena que se le deje con vida, mas que se le arranquen los ojos para que no sepa regresar al lugar en que se hallan. Un romano, cuya voz le resulta familiar a Decio, y algunos marsios se lo llevan sin que Clodia ni Fausta hagan nada por impedirlo. En el bosque, Decio consigue zafar su brazo derecho y extrae su *caestus* escondido en la túnica, con el que se defiende y consigue matar a uno. Calzado con buenas botas y apurando al máximo su facilidad para correr, pronto consigue perder a sus descalzos perseguidores y llegar a Roma.

IX. Al día siguiente, Hermes le despierta para exigirle el desayuno. Al ser Saturnales, se cambian las tornas y el amo pasa a ser el esclavo de su esclavo. Tras

dar de almorzar a Hermes en el patio e intercambiar regalos con sus clientes, Decio se dirige a la casa de su padre, donde éste le presenta a Tito Ampio Balbo y Lucio Apuleyo Saturnino, dos de los pretores de ese año. Decio pregunta a su padre si Céler era responsable de prohibir ritos extranjeros en Roma y sus cortornos; pero la respuesta de Decio el Viejo es contundente: eso es prioridad de los censores, y en caso de ausencia de censor, de los pretores. Él y Hortensio Hortalo han sido los últimos censores, y no han participado en la prohibición de ningún rito nacional ni extranjero. Decio resuelve la natural curiosidad de su padre contándole los acontecimientos de la noche anterior, y Decio el viejo concluye que es una oportunidad única para expulsar de Roma a sus tres peores mujeres, ya que se han visto envueltas en prácticas que incluyen sacrificios humanos. Promete que intentará reunir a los ediles ese mismo día para discutir el tema; pero a su hijo no le parece buena idea, ya que está convencido de que Murena está implicado al haber sustraído, y quizás destruido, el informe del hallazgo de Harmodia. Su padre le recomienda que busque protección de Milón, pero Decio sabe que no puede hacerlo si Fausta está implicada. Su padre le recomienda que Estatilio Tauro le preste unos cuantos gladiadores, tras de lo cual acompaña a su padre en la visita de varias casas. Al final de la mañana, Decio acude a la Curia y compra un filete de carne adobada, y es mientras da cuenta de sus últimas migajas cuando le encuentra Cicerón. Después de cruzar unas amigables frases, Decio se decide a consultar su problema con él y entran en la Curia, completamente abandonada ese día. Después de escuchar la opinión que el orador tiene de los dioses y de los sacrificios humanos, Decio le pone al corriente de sus investigaciones con respecto a la muerte de Céler y de la fiesta de brujas de la que fue testigo, y Cicerón parece especialmente turbado cuando se entera de que Fausta también participaba en aquella ceremonia. Al hacer recapitulación, Cicerón le aconseja olvidarse de todo el asunto, ya que se vería en serios problemas a la hora de enfrentarse con tres de las mujeres más poderosas de Roma. Además, el aquelarre fue celebrado fuera de las murallas de la ciudad, lo que no está reñido con la sacralidad de ésta; por último, el esclavo debía ser un esclavo extranjero, lo que invalida la violación de la ley, y para colmo, los actuales funcionarios están a punto de dejar el cargo. Para cuando los nuevos asuman su puesto, Decio habrá olvidado el lugar donde todo sucedió y, además, ya no habrá rastros de ceremonia alguna. Cicerón le recomienda concentrarse en la investigación de la muerte de Céler y olvidar el tema de las brujas. Cuando éste se marcha y Decio abandona la Curia se encuentra con Julia, quien ha pasado todo el día buscándole para hacerle partícipe de sus averiguaciones. Cuenta que ha estado con unas cuantas mujeres del círculo de Clodia en los Balnea Licina, donde entre otras se encontraban Cornelia la menor y la prima de Decio, Felicia. Julia dejó caer que necesitaba los servicios de una *saga*, y alguien mencionó el nombre de Harmodia, aunque una mujer llamada Sicinia reveló que la tal Harmodia

había sido asesinada. Otra recomendó a Furia y otra más dio un nombre nuevo, el de una mujer llamada Ascylta que tiene un tenderete bajo el arco número dieciséis del Circo Flaminio. A continuación es Decio quien le cuenta a ella los episodios de la noche anterior y, al concluir, Julia insiste en salir en búsqueda de Ascylta; pero Decio afirma que en un día como ese no la hallarán en el Circo Flaminio. Sin embargo, recorren los foros y finalmente dan con su tienda en Foro Boario. Primero entra Julia, y luego hace una señal a Decio para que se reúna con ella. Decio le cuenta a Ascylta que busca noticias de Harmodia porque está convencido de que ésta vendió veneno a alguien importante y luego fue asesinada; igualmente, le comunica que han atentado contra su vida. Ascylta supone, afirmativamente, que quienes atentaron contra él son Furia, los marsos y los etruscos. Decio le pregunta si Harmodia también practicaba los mismos ritos secretos, y su respuesta es afirmativa, ya que dicen que ella fue la líder hasta su muerte, así como ahora lo es Furia. Según Ascylta, todas las *strigae* venden venenos, aunque no las honradas *sagae* como ella. Sin embargo, los ediles las persiguen a todas por igual, aunque nadie molestaba a Harmodia. Si bien Ascylta no sabe quién compró su veneno, sí sabe que entre el festival del Caballo de Octubre y su asesinato, ella gastó más dinero que nunca, e incluso oyó decir que había comprado una granja cerca de Fucino. Decio le describe las características de la muerte de Céler por si ella conoce un veneno que funcione de la misma manera, y ella le hace saber que hay uno al cual llaman *el amigo de la esposa*, que ella no sabe preparar porque no conoce cuáles son todos los ingredientes, aunque sí recuerda que un griego vino a buscarla de parte de Harmodia para conseguir uno de esos ingredientes: la dedalera seca. El griego era alto y delgado, llevaba varios amuletos y tenía dos dientes falsos unidos con hilo de oro, al estilo egipcio.

Al abandonar la tienda de Ascylta, Julia y Decio recapitulan: el griego no necesariamente debe estar vinculado a la muerte de Céler, y la descripción del cadáver de Harmodia que hizo Urgulo la presentaba como casi decapitada, lo que ni es fácil de realizar con un cuchillo ni parece propio de Clodia, quien hubiera mandado hacer el trabajo de manera más discreta y limpia. Al llegar al Foro, Decio es hallado por un cliente de su padre, a quien le ha mandado a buscar para pedirle que asista esa noche al banquete de los esclavos, pues durante el mismo le comunicará algo importante. Julia se despide de Decio y se marcha a la morada oficial del *Pontifex Maximus*.

X. Decio se dirige a casa de su padre acompañado de Hermes, Casandra y Catón, y después de atender la cena de los esclavos éstos se retiran a la calle a seguir la diversión. Decio pregunta a su padre por las señas de Aristón de Licia, el médico de Céler; pero éste le contesta que Aristón fue hallado muerto los idus de noviembre junto al río, y Decio enlaza su muerte con la de Harmodia la noche del día ocho de ese mes. No tardan en aparecer los invitados importantes de la reunión: el edil curul

Viselio Varrón, Calpurnio Bestia y, para inmensa sorpresa de Decio, Julio César. Decio describe la ceremonia de la que fue testigo la noche pasada; pero, cuando les incita a tomar alguna clase de medida legal, César es el primero en objetar las mismas razones que Cicerón para no hacer nada, aunque va más allá: que el episodio se hiciera público podría conducir a un rebrote del odio contra los marsios, contra quienes Roma mantuvo una sangrienta guerra no mucho tiempo atrás, y esto no conviene en un momento en que se va a emprender una acción militar de envergadura en Galia, donde por cierto, César da la idea a *Nariz cortada* de que enrola a Decio, ya que podrá serle de gran ayuda en su empresa militar. Decio el viejo responde que le parece una muy buena idea que consultará con la familia, y cuando sus invitados se marchan tiene un enfrentamiento con su hijo donde el padre, por encima de gustos personales, apela a intereses políticos insoslayables. Decio abandona la casa de su padre, pasea por la Subura y al llegar al Foro se encuentra con Milón acompañado de Fausta. Le pide un par de matones que lo escolten a casa, y Milón manda con él a dos de ellos, llamados Cástor y Aurio. Al pasar junto a la fábrica de hierro propiedad de Craso son atacados por unos hombres, a quienes los matones dejan fuera de combate y en estado inconsciente. Cástor reconoce a uno por el nombre de Leo, y afirma que todos proceden de la escuela de Juvencio en Luca. Al llegar a casa de Decio, Cástor y Aurio la registran para cerciorarse de que no hay en ella más hombres ocultos, y luego parten. Es tarde y Hermes no se halla en casa, lo que resulta comprensible, pero ya no lo es tanto que Catón y Casandra también estén ausentes. Decio cae rendido sobre la cama.

XI. Al día siguiente, ya completamente repuesto y desayunado, Decio se dirige a visitar a Asclepíodes a través de una Roma semidesierta por la gran resaca y da con él en el templo de Esculapio. Decio le explica los síntomas de la muerte de Céler, pero no tiene más remedio que llegar a la misma conclusión que Aristón, a cuyo funeral asistió. Todos los síntomas eran de ahogamiento, aunque tenía un golpe en la cabeza que pudo ser producido al caer por el puente. Aristón regresaba de un banquete y, al parecer, había bebido más de la cuenta. Decio le comenta que, a pesar de ser el médico de la familia, nunca le había visto, y Asclepíodes revela que era un individuo difícil de olvidar por ser muy alto y delgado; pero sobre todo, por su dentadura egipcia: los dientes postizos unidos con hilo de oro, como el hombre que compró dedalera seca a Ascylta. Tras encajar la revelación, Decio acaba por contarle a Asclepíodes el episodio del siniestro aquelarre. Asclepíodes reconoce que nunca ha oído hablar de ese veneno denominado *amigo de la esposa*, lo cual no quiere decir que no exista, y cuenta a Decio que Aristón tenía un ayudante, un liberto llamado Narciso, quien posiblemente ocupe todavía las oficinas de su jefe, cerca del templo de Portuno.

Asclepiódes y Decio se marchan a visitar a Narciso a quien, efectivamente, encuentran en las mismas oficinas. En ese momento trata a un cliente regular llamado Marco Celsio de una fractura en el cráneo, y al marcharse dedica su efusiva atención a los dos recién llegados. Decio se entera de que, tras la muerte de Aristón, Narciso es ahora el médico familiar. Narciso reconoce que asistió a Aristón en el tratamiento de Céler, pero que no hubo nada irregular en su muerte salvo que se tratase de un hombre aparentemente saludable. Si bien reconoce saber de las sospechas de envenenamiento, se pregunta por qué Aristón nunca habló con la familia de las visitas previas que Céler le hizo a sus propias oficinas, aquejado de dolores en el pecho y abdomen; pero estas visitas eran en secreto, ya que Céler ambicionaba el puesto proconsular en Galia y no deseaba parecer incapacitado para el cargo. Los síntomas evidenciaban que había muerto de apoplejía, aunque la mayoría de los hombres sufren los síntomas durante años antes de su fallecimiento. Aristón le proporcionó una medicina que aliviaría los dolores y debería tomar con el *pulsum* de cada mañana; pero no para disimular su sabor, ya que esta medicina era prácticamente insípida. Fueron tres las veces que Céler visitó a Aristón, la última un mes antes de su muerte. Al marcharse Asclepiódes comenta que, si bien los síntomas pueden ser los previos a una apoplejía, también lo son de una úlcera de estómago y esófago. Lo importante, apunta, es que en la prescripción con *pulsum* tenemos la oportunidad perfecta de envenenar a un hombre mientras fingimos querer curarle. Pero, ¿por qué querría Aristón envenenar a Céler? Obviamente, el cónsul era un hombre que tenía enemigos, y el principal sospechoso era el tribuno Flavio, a quien pretendía llevar a juicio el mismo día de su muerte. Lo que ambos parecen tener claro es que Céler fue envenenado, y el carácter insípido de la medicina responde a la verdad en la primera ingestión, pero seguramente en ninguna otra. Asclepiódes se despide de su amigo y Decio dirige sus pasos hacia la Basílica Opimia, donde se reúnen los pretores, y se presenta a Lucio Flavio. Le comenta que está llevando a cabo para su familia una investigación informal sobre la muerte de Céler, solicitada entre otros por su buen amigo Metelo Nepote, por lo que Flavio se apresta a colaborar. Decio le pregunta por la veracidad de que sus enfrentamientos llegaron a ser violentos y públicos, y él responde afirmativamente, así como a que la causa de enemistad era la concesión de tierras a los veteranos de Pompeyo, a la cual se oponían sus egoístas intereses personales. Ni siquiera Cicerón, amigo de la aristocracia, se oponía a esa justa medida; pero durante el último mes de Céler en el cargo, su enfermedad pareció volverle frenético y más obcecado que nunca, lo cual le volvía más incompetente para el puesto en Galia. Convencido de que su desempeño político era nefasto, apeló a la Asamblea Popular y Céler le interpuso una demanda que, antes de ganar, perdió con su propia muerte. Flavio está convencido, pero no Decio, de que hubiese muerto igualmente en Galia. Decio cree saber ahora por qué Céler fue envenenado, aunque ya no duda de la ino-

cencia de Clodia. Decio le pregunta si propuso a Pompeyo cuando pidió a la Asamblea que le retirasen a Céler el *imperium* en Galia, y la respuesta es afirmativa. Decio deja entender que ahí queda resuelto el enigma, a lo que Flavio responde indignado que Pomptino estaba en la Galia a esperas de que el pleito se resolviese, César va a marcharse allí por un periodo de cinco años y Pompeyo está en Italia, y no ha movido un dedo por obtener ese honor, así que si Decio quiere encontrar un culpable, más le valdría mirar a César. Flavio se marcha irritado.

Decio acude al templo de Ceres, donde se reúnen los ediles, para encontrar a Cayo Licinio Murena, pero le dicen que se halla en el mercado de los joyeros, y allí le encuentra. Tras explicarle su interés por Harmodia como vendedora de venenos, él le confirma sus acciones al respecto hasta llegar a un punto: Murena afirma que no mandó ningún esclavo a recoger el informe del templo de Ceres con objeto de llevárselo al pretor urbano, ya que, al ser el último mes completo para asuntos oficiales, las cortes están saturadas y nadie va a interesarse por el cadáver de una mujer de las montañas. Murena cree que el informe debe estar traspapelado. Decio insiste en pedirle un informe oral del suceso, y Murena hace un resumen de cuanto Decio ya conoce. Éste le pregunta si estuvo en Galia, y Murena responde afirmativamente que cuatro años antes, cuando Cicerón y Antonio fueron cónsules. Al querer saber Decio su opinión de Pompeyo, su respuesta es despectiva, y en ese desprecio incluye al mismo Craso.

Un rato después encuentra a Julia y se recogen para hablar en el pórtico del templo de Venus en la vía Sacra, donde pone al corriente de la opinión de su tío con respecto al aquelarre y de su intención de llevarle a Galia, noticias que desagradan a Julia. A continuación la pone al corriente de todo lo demás. Haciendo un repaso, ambos están de acuerdo en que Harmodia proporcionó el veneno y Aristón se lo administró; pero Julia sugiere la posibilidad de que Aristón trabajase para varios enemigos de Céler, y no para uno solo, y que así sacase dinero de varios. Decio descarta a Flavio por tratarse de un culpable demasiado perfecto, y porque tampoco lo cree tan cobarde como para recurrir a un veneno, sino a sus propias manos. Julia cree que posiblemente hay algo que han pasado por alto. Julia le comenta que, después de la cena, entre chismorreos con las demás mujeres, supo que éstas consideran a Clodia la envenenadora y el verdadero cerebro de la campaña de su hermano para llegar al poder. Esto hace que Julia se pregunte si la razón de la muerte de Céler no sería quitar de enmedio a Clodia, acusada de envenenadora, para eliminar a Clodio y, de paso, desmoronar la ingerencia de César en la ciudad mientras se halle en Galia. Julia le deja pensando en esta posibilidad.

XII. Haciendo de tripas corazón, Decio se dirige al Campo de Marte y al Circo Flamínio con objeto de encararse con Furia. Decio le hace saber que no abandonará su tienda hasta que no responda a un buen número de preguntas. Quiere co-

nocer la identidad del asesino de Céler, que es el mismo que acabó con la vida de Harmodia, y le pregunta si no quiere ver vengada a quien fue líder de su culto. Furia responde que ella ya ha sido vengada, lo cual no entiende Decio, y hace un repaso de los vínculos de Harmodia con Aristón, a quien Furia califica de hombre diabólico, un ser despreciable que asesinaba a los enfermos que tenía a su cuidado y que vendía, incluso, la muerte de sus pacientes. Fue Aristón quien asesinó a Harmodia porque ésta le chantajeaba a cambio de su silencio. Decio le pregunta quién era el romano que quería matarle y cuya voz había reconocido, pero Furia responde que fue el hombre que se encargó de vengar a Harmodia y asesinó a Aristón. Es ahora que Decio tiene muy claro que ese romano fue el hombre que pagó a Aristón por envenenar a Céler, como de seguro fue quien asesinó también a Harmodia, ya que Aristón, como todos los que usan venenos, no era más que un cobarde. Furia medita sobre cuanto acaba de oír, pero su contestación no puede ser otra sino que, aunque cuanto dice sea cierto, ella no puede traicionar a un iniciado de su culto frente a un desconocido, por lo que no le revelará su nombre. Decio se marcha a sabiendas de que el hombre le encontrará a él antes de finalizar el día.

Desandando el camino, decide regresar al templo de Ceres y pregunta al anciano liberto por el pequeño esclavo que le habló de la retirada del documento. Decio le pregunta al niño si podría reconocer al esclavo que vino por el documento si volviese a verlo, y el chico promete que lo intentará. Acuden a la Basílica Opimia, pero el niño no reconoce a nadie, y lo mismo sucede en la Basílica Sempronia; pero no en la Basílica Emilia, donde el pequeño esclavo reconoce a otro esclavo, gordo y calvo, que viste una túnica negra. Decio le pregunta si suele llevar mensajes a los tribunales, y el esclavo contesta que tal es su trabajo desde hace veinte años. Decio le pregunta si alrededor de los idus de noviembre acudió al templo de Ceres para tomar un informe que debía entregar al edil Murena para que éste lo entregase a un pretor, posiblemente el urbano. Efectivamente, el esclavo comienza a recordar que el informe no era para el edil curul Murena, sino para el edil plebeyo Lucio Calpurnio Bestia, sin que ya pueda saber si él lo entregó o no en la corte del pretor.

Decio regresa con Narciso, a quien encuentra tomando una temprana cena, y éste le invita a acompañarle. Le pregunta primero por la salud de Marco Celsio, y Narciso le explica que es excelente, ya que Asclepiodes hizo una magnífica y delicada operación. Después de de hacerse ambos en elogios del griego, Decio le pregunta dónde cenó Aristón la noche en que murió, y Narciso le contesta que Aristón dejó el recado de que, en caso de una emergencia, le buscasen en casa de Lucio Calpurnio Bestia. Según Narciso, debió de beber más de la cuenta y, al asomarse al puente a vomitar, debió marearse y caer, con el consecuente golpe en la cabeza. Decio agradece efusivamente a Narciso su colaboración, y parte a casa sabiendo al fin la identidad del asesino.

XIII. Ya casi de noche, Decio concluye una carta dirigida a Lucio Calpurnio Bestia y manda a Hermes a entregarla en su casa del Aventino, con carácter de urgencia y sin esperar respuesta. Cuando Hermes regresa, Decio se interna solo en la noche hacia la cima del Capitolio, donde se reúne con Bestia. Decio le pregunta si es Pompeyo quien le mandó llevar a cabo el asesinato, pero Bestia responde negativamente, alegando que a veces hay que adelantarse a los deseos de los grandes hombres. En cuanto al aquelarre, Bestia reconoce estar iniciado en varios rituales secretos de Italia, ya que los dioses oscuros son más interesantes que los oficiales. Decio le pregunta por los matones de poca monta que usó para atacarle, y Bestia se ve obligado a reconocer que no es un hombre rico que pueda contratar los servicios de los mejores matones, quienes ya trabajan para Clodio o para Milón. Además, los pueblerinos tenían la ventaja de no conocerle a él. Todo es claro como el agua, así que Decio se quita la capa y le incita a comenzar el duelo a muerte. Comienza a llover y el combate está en su apogeo cuando llegan a las inmediaciones de la roca Tarpeya, por donde Decio consigue con un golpe de piernas que Bestia se precipite por la roca y halle su propia muerte.

Estos acontecimientos transcurrieron en el año 695 *Ab Urbe Condita*, siendo cónsules Marco Calpurnio Bibulo y Cayo Julio César.

*4. Sinopsis de las novelas
de Joaquín Borrell.*

I. La esclava de azul (1989).

Dramatis personae.

Diomedes de Atenas, exquiriente.
Alcímenes de Tebas, exquiriente y tío del anterior.
Odiseo, mendigo ciego.
Mopso, griego escurridizo.
Publio Rúbeo Antonio Estrépens, amigo de Alcímenes.
Baiasca, la esclava de azul (primero de Alcímenes, luego de Diomedes).
Quinto Tóculo, acreedor de Alcímenes.

En el anfiteatro:

Siderobros, gladiador.
Alyx el Númida, gladiador.
Glauco, gladiador.
Proelia, bruja de Ishtar.
Timoleón, dueño del anfiteatro.
Euríalo, portero del anfiteatro.

En casa de Elio Manlio Helvecio:

Domitila, patricia hija de Elio Manlio Helvecio.
Cocleo, siervo en jefe de la casa de Elio.
Livisa, viuda de Elio.
Marco Manlio, hijo de Elio.
Cayo Manlio, sobrino de Elio.
Laurencio, director de una compañía teatral.
Marcia, hija de Laurencio.

En la villa cesariana:

Julio César.

Cleopatra.

Arsínoe, hermana de Cleopatra.

Oiqueneo, chambelán de Cleopatra.

Areneo, pretoriano enamorado de Arsínoe.

Eos, dama de Cleopatra.

Tueris, dama de Cleopatra.

PRIMER DÍA. Diomedes de Atenas, sobrino de Alcímenes el tebano, llega a Roma. Su tío, al que apenas vio una vez en su vida, le ha nombrado heredero universal entre todos sus sobrinos. Llega a la casa en el Janículo y ve en la puerta el rótulo “Alcímenes el tebano. Exquiriente”. Encuentro con Antonio, amigo de su tío y quien le mandó la noticia de su muerte. Entran en la casa. Alcímenes era jugador y todas sus pertenencias estaban hipotecadas por Publio Quinto Tóculo. Lo que hereda Diomedes es una vasija con las cenizas de su tío, la casucha del Janículo y a Baiasca su esclava que no pasó a manos de Tóculo porque estaba enferma de fiebres y no quería contagios. Ahora está en una casa de esclavos y Antonio se ofrece a acompañarle para recogerla: una veinteañera vestida de azul, de origen cémpsico, que le pone al corriente de la profesión de su tío, quien murió de la mordedura de una serpiente venenosa. Ella le convence de que suceda a su tío en la profesión.

SEGUNDO DÍA. Diomedes encuentra a Baiasca hablando con un mendigo ciego llamado Odiseo. Llega un famoso gladiador llamado Siderobros a requerir los servicios de Alcímenes. Días atrás, la poción que toma antes de salir a la arena le nubló la vista. Puesto que el combate se retrasó, pudo dar cuenta de su contrincante pero sospecha que quieren acabar con su vida. La poción se la prepara Proelia, la bruja de Ishtar, quien tiene un pequeño templo en el Celio. Al llegar a casa hizo beber a un esclavo de la misma tinaja y no pasó nada, por lo que deduce que la droga tuvo que introducirse en el vestuario mientras hablaba con cierto senador. Y al menos pasan cien personas por un vestuario. No sabe quién puede tener motivos para matarle. Diomedes acepta el caso. Esa misma tarde combate de nuevo y Proelia le hizo una profecía que no le gustó: “El lagarto matará al león”. Su escudo ostenta un león grabado. Quiere que Diomedes vigile, pues se trata de su último combate antes de retirarse de la lucha gladiatoria. Al partir Siderobros, Diomedes rechaza la oferta de un oriental que pretende comprar a Baiasca para convertirla en bailarina. Encuentra a Antonio, que le cuenta la muerte de su tío Alcímenes: después de resolver ingeniosamente un caso, recibió durante una fiesta el regalo de un desconocido. Éste consistía en una espada, mas al desenvainarla descubrió que en vez de la hoja sólo había un trozo de plomo y un pergamino. Al extraer el pergamino de la vaina, una

serpiente escondida le clavó sus colmillos, hizo testamento con presteza y a continuación murió. En el pergamino se leía la siguiente dedicatoria: *Para Alcímenes, del único asesino capaz de igualar su ingenio*. Alcímenes se llevó dos secretos a la tumba: la identidad del asesino y el escondite del dinero recién cobrado por resolver el caso.

Diomedes acude al circo con Antonio. Encuentra a Siderobros con la poción a buen recaudo. Esa tarde combatirá con la ayuda de un novato llamado Glauco. Diomedes regresa a su palco junto a Antonio. Sale Siderobros a combatir contra dos nubios. Uno de ellos trae una gran cicatriz con forma de lagarto y Siderobros palidece, intercambia el escudo con Glauco (quien no tarda en fallecer), en el combate se le desprende el escudo, y al contemplar que ostenta un león pintado, se paraliza y muere bajo el tridente del nubio. Diomedes desciende a examinar el cadáver de Siderobros, pero se lo impide Alyx el Núbida, otro gladiador compañero de Siderobros con quien compartía vestuario. Antes ha visto el león pintado en el escudo de Glauco. Al regresar a casa encuentra una nueva cliente, una patricia llamada Domitila, hija de Elio Manlio Helvético, quien el día anterior fue acuchillado en su habitación cuando acudió a ingerir un tónico para el corazón. Era su cumpleaños y celebraba una fiesta. Ese día había recibido una estatua de Venus como regalo de un viejo amigo, con el siguiente lema: *Que la paz y la ventura reinen siempre en esta casa*. A la noche, cuando oyeron su grito, hallaron la habitación llena de sangre y, en vez de la estatua de Venus, descubrieron una de Némesis con esta inscripción: *La venganza de Noviodunum te ha alcanzado*. La puerta se encontraba cerrada por dentro y la única ventana comunicaba con el jardín, hacia la que miraron los guardias cuando oyeron el grito sin ver a nadie huyendo por ella. Durante la guerra contra los helvecios Elio Manlio había mandado una cohorte que cayó en una emboscada cerca de Noviodunum. Fueron rodeados por cinco mil bárbaros y sólo él sobrevivió, por lo que el Senado le concedió la palma y el *cognomen* de Helvético. La realidad es que fue un traidor y vendió a sus compañeros para salvar la vida.

TERCER DÍA. Diomedes encuentra a Baiasca hablando con Odiseo el mendigo y le ordena acompañarle para interrogar a Alyx el núbida. También cree conveniente hablar con un corredor de apuestas, puesto que alguien pudo hacer un gran negocio apostando contra Siderobros. Alyx y Siderobros eran muy amigos y todos los días iban a la taberna. Siderobros estaba muy preocupado por la advertencia del lagarto y del león. El combate con los nubios había sido contratado antes de la consulta con la bruja, y la cicatriz del nubio era real y no pintada. También le revela que un epirota apostó cincuenta talentos a favor de los nubios, pero no puede darle más detalles, ya que el apostador aseguró que estaba de paso en la ciudad. Baiasca conoce a un epirota que mendiga en el mercado Aventino y Diomedes decide visitarle por si tuviera noticia de algún compatriota rico que haya estado de visita

en la ciudad. Acude a la casa de Elio Manlio Helvético. Cocleo, el jefe de la servidumbre, le conduce al lugar de los hechos y le señala dónde se celebró el banquete y dónde se representaba la tragedia *Euménides* de Esquilo. Cocleo le vio subir solo a la habitación, abrir y después cerrar la puerta por dentro. La habitación está llena de sangre seca por todas partes y Cocleo le muestra el estilete homicida, que encaja perfectamente en el hueco de la mano de la estatua. Desde la ventana al jardín había una buena altura y, como todo él estaba bien iluminado, cualquiera hubiera podido ser visto al huir, por no hablar de los perros que hubiesen dado buena cuenta de cualquier visitante imprevisto. Elio siempre cerraba la puerta para tomar el medicamento. Diomedes regresa al jardín donde conoce a Cayo Manlio Turmo, sobrino del muerto, y a Livisa, joven viuda de Elio. El testamento revela una generosa dote para Mitis (Domitila), instituye como heredero a su hermano Marco y también la manumisión de Cocleo. La estatua fue traída por unos marineros del barco Melicertes de Cos, que no zarpará hasta dentro de una semana. Aparece Marco Manlio, el hijo de Elio, con un humor de mil demonios, y expulsa a Diomedes. Diomedes pregunta a Cocleo quién podría tener motivos para matar a Elio, y éste responde que “dos pichones y una paloma hacen demasiado ruido en el palomar”, en clara alusión a la joven Livisa. Visita a la bruja de Ishtar. Pregunta por el destino de Baiasca, a lo que responde la bruja leyendo el brasero: “Terpsícore” (musa de la danza); sobre la liberación de Baiasca: “Antes la abrazará la serpiente de hierro”; sobre el futuro de Diomedes: “Veo un país con dos puertas: el reino de los muertos”. Diomedes le notifica la muerte de Siderobros y ella se sorprende al saber que intercambió el escudo, lo cual ella había desaconsejado. Acuden al mercado del Aventino para preguntar por Poreo el mendigo epirota y les cuentan que por la mañana le hallaron desnucado. Al llegar a casa hallan a Quinto Tóculo, el acreedor de Alcímenes, quien le comunica que la deuda de su tío no está saldada. Al entrar en la casa les salen al paso guardias pretorianos escondidos que le obligan a entrar en su propio despacho, donde se halla el mismísimo Julio César, quien le comunica que hace tres noches alguien intentó asesinarle. Como en esos momentos Cleopatra es huésped de la República y él le hace visitas por la noche, hace tres noches una mujer lanzó contra él una jabalina desde la ventana de Cleopatra. Esa mujer fue Arsínoe, hermana de Cleopatra y prisionera en la misma villa. César quiere saber cómo lo hizo, puesto que esa noche de tormenta estaba recluida en su habitación, vigilada por un soldado apostado frente a la única ventana del cuarto y otros vigilaban la puerta. El suelo al que abre la ventana estaba mojado por la lluvia y no mostraba huellas; el soldado muerto había sido apuñalado por la espalda. Al partir César llegan Manlio Turmo (Cayo) y Mitis, que vienen del puerto y han hablado con el capitán del barco, que no atracó en Éfeso: la estatua fue embarcada en Creta de parte de un tal Manes Novioduni (los muertos de Noviodunum). Desde que Elio confesó su falta, las relaciones entre él y su hijo Mar-

co fueron tirantes, ya que el hijo ansiaba entrar en el ejército y temía que se divulgase la verdad sobre su padre; además se enfadaron por unas deudas de juego contraídas por Marco que ahora se solventarán al ser beneficiario de la herencia. Al partir encuentra a Baiasca con Odiseo. Ella le aconseja encontrar a los actores de *Euménides* para saber quién eligió la obra, y después entrevistarse con el lechero que fue dueño de Glauco, puesto que antes se dijo que éste llegó con sus propias armas al anfiteatro, cuando lo normal es que éstas sean proporcionadas en el mismo.

CUARTO DÍA. Baiasca regresa de su entrevista con el lechero, quien cuenta que Glauco se crió con él con el deseo de ser gladiador para un día ser libre y poder casarse; el dueño del anfiteatro le compró y lo demás es conocido de todos. Aparece Quinto Tóculo con una orden del pretor para llevarse a Baiasca en prenda por los veinticinco talentos que le debía Alcímenes, pero antes de partir, ella ruega a Diomedes que avise a Odiseo. Llega un guardia pretoriano de parte de César y Diomedes se marcha con él. En villa de César el centurión Araneo le muestra la habitación donde dormía la presa y reconstruye los hechos de aquella noche: escucharon los gritos de César, hallaron al centinela muerto y la puerta de Arsínoe atrancada por fuera; desde la cama, ella preguntaba las razones del vocerío. Entrevista con Cleopatra y Arsínoe, cargada de cadenas. A solas, ésta última le cuenta que César se le insinuó la noche del ataque y ella le rechazó; en cuanto a lo que él afirma sobre su culpabilidad, se la atribuye a su habitual gusto por el mucho vino. Diomedes regresa a casa y encuentra a Odiseo, a quien comunica la suerte de Baiasca. Al mencionar éste a Poreo, le revela que presumía de que pronto sería rico, y que para entrar al anfiteatro habló con el portero y le dejó pasar. Diomedes acude a casa de Laurencio, director de la compañía que actuó la noche de la muerte de Elio, y halla a Marcia, la hija de diecisiete años de Laurencio, quien le monta una pequeña representación y quiere convertirse en ayudante de Diomedes. Laurencio explica que la noche del crimen oyó una especie de fuerte aleteo de ave gigante sobre la villa y vio, poco antes del grito de Elio, un polvillo dorado que flotaba sobrevolando las tejas. Fue el propio Elio quien le encargó esa obra, recomendado por su criado Cocleo. Diomedes visita la factoría de Tóculo, soborna a la capataz y conversa un rato con Baiasca, que ha conocido a la novia de Glauco, que guarda luto por él y es esclava de Tóculo.

QUINTO DÍA. Llega una nueva clienta a casa de Diomedes haciéndose pasar por Cleopatra, pero no es otra que Marcia. Con Baiasca en manos de Tóculo, acepta la propuesta de Marcia. Ella desea, en vez de una compensación monetaria, que Diomedes la ayude a conocer a su abuela. Ésta la repudió cuando, antes de su nacimiento, expulsó de casa a su padre por querer ser actor y deshonorar a la familia. Muerto el hijo favorito, sufrió un ataque y quedó paralítica. Regresa el sirio que quería comprar a Baiasca, pero esta vez llega como cliente: busca a su única sobrina para comunicarle la muerte de su madre y entregarle una pequeña estatua de oro que

ella le legó. Se llama Nelodelnir y era vidente del templo de Elat. Huyó con un romano que murió al volver a Roma. Tiene una pequeña cicatriz tras el flequillo y el tiempo de hallarla es limitado porque él embarca en dos días.

Diomedes y Marcia acuden a una taberna del foro en busca de Euríalo, el portero del anfiteatro que dejó pasar al epirota. Conoce a otro griego llamado Mopso, y luego Euríalo le cuenta que el tal Poreo se trataba de un noble excéntrico, no un mendigo, y el dueño del anfiteatro le ordenó dejarle pasar. Como era de esperar, Timoleón, el dueño del anfiteatro, no quiere recibir a Diomedes, pero Marcia se disfraza de egipcia y le explica a su secretario que quiere alquilar a su mejor gladiador para el festival de Ra. Timoleón les recibe, y mientras ella contempla a los gladiadores, Diomedes interroga a Timoleón: el escudo de Glauco era uno muy viejo procedente del almacén (pero Diomedes observó que el escudo era nuevo). Como Timoleón contradice la evidencia, Diomedes considera que es culpable. Vuelve a casa de Elio y cuenta lo del polvillo a Livisa y a Mitis, quienes responden que las criadas comentaron que había un extraño polvillo bajo la cama y en los tapices de las paredes. Nadie oyó un aleteo, aunque los guardias dijeron que antes del grito vieron abrirse la ventana del cuarto desde dentro, cerrarse luego y a continuación el grito. Aparece Manlio Turmo y revela que, mientras revisaba el día anterior las cuentas de Elio, descubrió que Cocleo robaba a Elio desde hacía al menos cinco años. Cocleo jura no haber robado ni un as, sino que cuanto posee consiste en anticipos de herencia. Diomedes y Marcia acuden a la finca de Tóculo y el primero se vuelve a encontrar con Baiasca, a quien asegura que la culpabilidad de Timoleón es indudable: amañó el escudo, disfracó a Poreo de mendigo, le entregó 50 talentos para apostar y finalmente acabó con su vida. Se presentaba un problema: tuvo que aserrar las abrazaderas antes de que Glauco llegase, ya que éstas podían desprenderse en cualquier momento. Baiasca razona que Glauco aceptó ser cómplice a cambio de su libertad y la de su novia, llevaría el escudo amañado y lo intercambiaría con el de Siderobros cuando éste se lo propusiera. Un mirmillón no suele ser atravesado por un reciario, puesto que, una vez envuelto en la red y derribado, sólo muere si el director del festival baja el pulgar, así que Timoleón incumplió su palabra y mandó matarle. Puesto que necesitaba además un socio capitalista, el más idoneo era Tóculo, pues era el amo de la prometida de Glauco. Diomedes convence a Marcia de que se intercambie con Baiasca, soborna a la jefa de esclavas y se marchan juntos al circo para encontrarse con Marco Manlio y Cocleo. Éste asegura que no sabe nada de teatro, que él no eligió la obra y que Turmo corteja a Livisa. Regresan a casa y llega Oiqueneo, chambelán de Cleopatra, quien le propone intercambiar información, ya que él vela por Cleopatra y Diomedes trabaja para César. Diomedes acepta y Oiqueneo proporciona un detalle revelador: Tueris (criada de Cleopatra) le dijo a Diomedes que ella y Eos (otra criada) dormían hasta que salieron juntas a la terraza después de

escuchar el grito. Una vez en la terraza, primero Cleopatra y luego él se reunieron con ellas, pero cuando César llegó, sólo Cleopatra, César y Tueris estaban en ella. Eos salió al cabo de un instante de la habitación y, lo que resulta curioso para quien acaba de levantarse de la cama, mostraba los pies manchados de barro. Diomedes objeta que Tueris y Arsínoe no se parecen en nada, y César no hubiera confundido a una por otra. Oíqueneo le sugiere que regrese al día siguiente. Al buscar a Baiasca, la encuentra charlando con Mopso, el griego a quien conoció en la taberna cuando buscaba a Euríalo, pero al verle éste huye. Baiasca cuenta que Mopso la interrogó.

Durante la cena Baiasca comenta que el polvillo del cuarto de Elio bien podría ser yeso, de lo que se desprende que la estatua de Venus era de yeso, que alguien raspó el yeso, lo arrojó por la ventana y quedó al descubierto Némesis. De ahí los restos de polvillo que comentaron las criadas. Yeso, y no oro; si Laurencio soñó el oro, también pudo soñar el aleteo o encubrir a alguien. En cuanto a los pies embarrados de Eos la criada, quizá es porque Eos ayudó a Arsínoe a regresar a su cuarto sin dejar huellas. Esa noche Baiasca duerme en el lecho de Diomedes y el exquiriente a los pies de la cama.

SEXTO DÍA. Grito de Baiasca en la noche. Diomedes descubre a un hombre que ha intentado apuñalarla al confundirla con él. Peleando llegan hasta la plaza. Aparece Alyx el nómada. El sicario huye. Alyx le cuenta que venía a verle al descubrir que el secretario de Timoleón conocía la profecía del lagarto y el león. Timoleón quiso saber por qué Diomedes andaba haciendo tantas preguntas y dónde tenía su oficina, así que el asesino viene de su parte seguramente. Después de este encuentro, Diomedes devuelve a Baiasca y recoge a Marcia, quien le comunica que Timoleón estuvo hablando con Tóculo y escribió algo sobre una tablilla. Diomedes soborna de nuevo a la jefa de esclavas para que ocupe a Baiasca en la casa, encuentre la tablilla y la copie en una hoja de árbol. Al regresar Diomedes a la villa de César, le comunican que Arsínoe quiere hablar con él, así que le conducen a su calabozo. Ella confiesa que Araneo, que se encuentra muy enamorado de ella, guardaba un duplicado de las llaves de sus cadenas. Una vez libre, ella salió por la ventana, escaló hasta la terraza por la hiedra y aguardó un relámpago para lanzar la jabalina; a continuación Araneo borró las huellas mientras fingía buscarlas. Ella no huyó porque al oír la voz de César, decidió aguardar una segunda oportunidad. Al volver a casa Marcia le cuenta que vino el sirio preguntando por su sobrina. Acuden otra vez con Proelia, pues Diomedes intuye que se trata de la sobrina del sirio, pero antes Marcia vuelve a su casa por un manto largo con capuchón para ocultar a Diomedes haciéndose pasar por un leproso. Marcia también cuenta que su padre ha descubierto que no se halla en Paestum en casa de una amiga, por lo que deberá volver a casa por la noche. Visita a Proelia, se dan cuenta de que sí es la sobrina del sirio, y a pesar de que no suelta prenda sobre su relación en el caso Siderobros, queda claro que

era cómplice. Marcia vuelve a su casa y Diomedes regresa a la factoría a visitar a Baiasca. En el puente Emilio se encuentra con Antonio y Lucio Cornelio Balbo, quien le invita a cenar en casa esa noche y a disfrutar de la compañía de baile del sirio. Encuentro con Odiseo el mendigo. Cuando llega a la factoría encuentra que está encerrada en el establo y la han castigado a azotes por romper dos jarras, lo cual hizo para no entrar en una habitación donde estaba el asesino de la noche anterior, que trabaja para Tóculo. La tablilla contenía unas cuentas por valor de cincuenta talentos (la prueba) y la copió en cinco hojas de parra, pero casi todo de ellas se lo comió un caballo. Llega Tóculo y Diomedes se esconde entre las vacas. Viene con el sirio, a quien Tóculo piensa vender a Baiasca. Interviene Diomedes, pero no logra impedir la venta, así que se la lleva, no sin burlarse de la tardanza en encontrar a su sobrina, por la que ya no parece tener interés. Se van todos juntos y llegan a la mansión de Balbo. En el banquete se sienta junto a Primaeva, sobrina de Balbo cuya prima es Livisa (por ahí anda también Marco Manlio). Livisa le cuenta que, antes de casarse con Elio, tuvo un amor imposible con un hombre casado de quien sólo sabe que respondía a las iniciales E.F.C. Sale y pregunta por Baiasca, que se encuentra encerrada en el cobertizo de los jardineros. Se despide de ella y al regresar a casa encuentra pintada en la pared de su cuarto la palabra *NEKROZESE*, que en griego significa *MORIRÁS*.

SÉPTIMO DÍA. Llega Araneo y le comunica que Cleopatra ha desaparecido. Araneo se sorprende de que el criado de Diomedes, que lo sabe todo porque él mismo se lo contó la noche anterior, no se lo haya comunicado a su patrón. Diomedes replica que no tiene ningún criado, pero Araneo afirma que luego apareció su hermano y el criado salió corriendo. La descripción del supuesto hermano concuerda con la de Mopso. Cleopatra salió con su chambelán a visitar la tumba de su hermano Ptolomeo, y en ella desapareció cuando se apagaron las antorchas y los pretorianos fueron reducidos. Se va y llega Marcia, a quien Diomedes reprocha haber pasado información al sirio sobre el paradero de Baiasca. Acuden a visitar a su abuela con la excusa de entregarle la daga de su tío Ennio el héroe; la abuela no sabe que él se la regaló a su padre. Una vez en la casa, la abuela les enseña la lápida de su hijo, con las siglas E.F.C. La abuela comunica a Diomedes que su hijo murió en Noviodunum. Cuando abandonan la casa, Marcia le revela que los dos hermanos siempre se llevaron muy bien, que su tío estaba casado, pero tras su muerte la esposa falleció enseguida. Luego Diomedes recuerda que ella le había dicho que su padre hizo una gira por oriente y pasó por Creta, adonde vuelve todos los años. Diomedes concluye la culpabilidad de Livisa y Laurencio. Acude a casa de Elio, donde habla con Coceo. Averigua que Mopso acaba de salir de la casa donde ha echado una partida con Marco Manlio y lo ha dejado sin blanca. Le ve y le persigue, pero al doblar una esquina desaparece y se tropieza con Odiseo. Hablan del destino de Baiasca y Diome-

des descubre que Odiseo está bien enterado por Baiasca de sus asuntos. Le pregunta por qué el sirio ya no quiere saber de su sobrina, y a la respuesta de “Nuestro dios guarda bien sus secretos”, el ciego pega un brinco y se quita el disfraz: Odiseo era en realidad su tío Alcímenes. Su tío quiere saber dónde dejó la biga, montan en ella y salen volando hasta casa de Proelia, donde reina una confusión absoluta y el criado Marcelo yace muerto. El sirio la ha secuestrado para matarla por abandonar su culto tras huir con un extranjero. Alcímenes fingió su muerte para reinvertir los diez talentos del caso que acababa de resolver. Explica cómo fingió su muerte y que lo hizo venir desde Atenas porque esa situación se prolongaría durante unos meses y no podía tener cerrada la oficina. Alcímenes se transforma en Mopso y acuden en busca de Baiasca y de Proelia, a quienes hallan integrando una larga comitiva de esclavos. Baiasca viste de azul. Las conduce Araneo, puesto que le comunicaron de parte de Diomedes que Cleopatra había sido secuestrada por unas mujeres vestidas de serpiente y que César venía en camino.

Reconstrucción del asesinato de Siderobros: los conchabados obligaron a Proelia a simular la lectura en el brasero de la profecía del lagarto y del león, pues Tóculo conocía al romano con quien Proelia había huido, ya que era amigo de su padre. Cuando llegó el sirio, Tóculo amenazó con descubrirla si no colaboraba en el fraude de las apuestas. El segundo cómplice era Glauco por la razón antes expuesta: deseaba su manumisión y la de su novia. Poreo, el mendigo disfrazado de rico excéntrico, repartía los cincuenta talentos contra Siderobros. Se deshicieron de los cómplices, Poreo y Glauco, y cuando apareció el sirio le revelaron el paradero de Proelia con el fin de que otro les hiciese el trabajo.

Livisa y Laurencio: fue éste quien pintó *nekrozese* en casa, y Alcímenes apostado (para evitar la llegada de otro asesino) le descubrió. Laurencio encargó la estatua en Creta y Livisa convenció al marido de contratar a esa compañía. Mientras llevaban a cabo la representación de *Euménides*, Laurencio (quien se fingía afónico y no actuaba esa noche), subió al cuarto de Elio, embarró todo con sangre de animal y tras raspar el yeso de la escultura lo tiró por la ventana, lo que produjo la nube de polvo. Al descubrir que el cuento de la nube de oro para responsabilizar a Némesis no convencía a Diomedes, hizo recaer las sospechas sobre Cocleo. Cuando Elio llegó a su habitación y descubrió la estatua y la sangre, gritó y sufrió un infarto. Al subir todos, la primera en acercarse fue Livisa, quien le clavó el estilete sin que nadie lo advirtiese.

Atentado contra César: Según Alcímenes, Araneo es muy leal a su jefe y no borró las huellas de Arsínoe. No fue ella quien lanzó la jabalina, sino Cleopatra, que se levantó por la noche, se puso unos harapos como los de su hermana y salió a la terraza mientras Tueris ocupaba su lugar junto a César. Éste dormía tan profundamente que no se dio cuenta. Cuando César se asomó a la barandilla, Tueris y Cleo-

patra se encontraban tras él, la segunda con un chal que tapaba los harapos. La habitación de la reina y de las damas tiene los balcones contiguos, por lo que es imposible que supiera por cuál había salido cada una. En la oscuridad que siguió al relámpago, Eos saltó por el balcón para comparecer después con los pies llenos de barro mientras Cleopatra se escondía en un rincón. El centurión asesinado: confusión en la creencia de que era un esclavo, el sicario lo debía matar y liberar a Arsínoe, quien con el escándalo sería descubierta y abatida. Sin embargo, Arsínoe ya estaba en su celda y no encadenada a la fuente del jardín, pues llovía y César se compadeció de ella. Cleopatra deseaba la muerte de su hermana para que no fuese rescatada por sus partidarios e iniciara una guerra civil. Puesto que las hermanas son tan parecidas, la que se entrevistó con Diomedes no era Arsínoe sino Cleopatra disfrazada. Su intención era acusar a Arsínoe ante el exquiriente de César bajo una supuesta confesión de culpabilidad, pero Arsínoe se dio cuenta y le devolvió la jugada al disfrazarse de Cleopatra e interrumpir aquella entrevista antes de alejarse de la villa para siempre. Es Arsínoe la desaparecida en la tumba de Ptolomeo, y Cleopatra se encuentra todavía en el calabozo como Arsínoe fingida.

Orden de detención contra Tóculo, Laurencio y Livisa. Alcímenes conserva una copia de las cuentas en hojas de parra que hizo al visitar a Baiasca antes de que el caballo se comiese las originales. Regreso a casa. Aparece Marcia para despedirse porque esa noche parte con su padre hacia el extranjero.

Alcímenes y Baiasca acuden con el pretor para formalizar la manumisión de la esclava, al mismo tiempo que una patricia se planta a las puertas de la casa de Alcímenes y Diomedes para requerir sus servicios.

II. La lágrima de Atenea (1993).

Dramatis personae.

- Diomedes de Atenas, exquiriente.
- Alcímenes de Tebas, exquiriente y tío del anterior.
- Baiasca, antigua esclava de Diomedes y Alcímenes.
- Polemón, príncipe del Bósforo Cimerio (†).
- Iridia, princesa del Bósforo Cimerio.
- Remetalces, prometido de Iridia y gobernador de Navarís.
- El jefe de los verdugos de Remetalces.
- Laodicea, sacerdotisa suprema del templo de Diana en Navarís.
- El Embajador del Bósforo Cimerio.

I. Alcímenes presenta a su sobrino al embajador del Bósforo Cimerio, que ha venido desde su tierra, la lejana Cólquide, para contratar los servicios del mejor de los exquirientes. Durante una cacería en las afueras de Navarís, el príncipe heredero, Polemón, ha sido calcinado por un rayo de Diana que surgió del vértice de su templo cuando Polemón se atrevió a profanar un bosque sagrado consagrado a la diosa. La princesa Iridia, hermana de Polemón, ha prometido su peso en oro a quien demuestre que Polemón no fue fulminado por la diosa. Muerto Polemón, es Iridia quien gobierna el reino, ya que el viejo rey tiene telarañas en el cerebro. Nadie sabe qué razón tuvo Polemón para profanar el bosque, pues ni seguía a un animal ni nadie le perseguía a él. Después de una corta discusión sobre cuál de los dos debe acudir, Alcímenes persuade a Diomedes de que parta a Cólquide.

II. Diomedes parte con el embajador hasta la lejana Cólquide en el Eetes, su barco, y después de una travesía sin complicaciones llegan a Tanais, donde Diomedes cree reconocer a Baiasca, la esclava de azul a quien manumitió tras los acontecimientos de la primera novela, entre un grupo de esclavos aigmalótidos y, además, embarazada. Camino de palacio, el embajador advierte a Diomedes que Iridia tiene muy mal carácter. En presencia de Iridia, ésta cree que Diomedes es Lisímaco de Megara, el más grande pintor y escultor de la Hélade, y el embajador se escabulle sin antes desmentirlo. Más tarde, al pasear por el jardín, descubre al verdadero Lisímaco haciéndose pasar por jardinero, pero éste finge no serlo y rehúye la conversación con Diomedes, quien se hace transportar en palanquín hasta las canteras de mármol. En la cantera descubre verdaderamente a Baiasca, y el embajador le explica que deberá hacerse pasar por Lisímaco para acceder al templo de Diana e investigar lo investigable. Mientras tanto, el verdadero Lisímaco efectuará su trabajo en la sombra. Diomedes exige a cambio la liberación de Baiasca, pues se encuentra en avanzado estado de embarazo.

Al volver a palacio un siervo le notifica que la princesa Iridia le espera para la cena, que será en el aposento de Diomedes. En la pileta se baña Iridia, quien después de vestirse y colocarse su lágrima de Atenea (una gran esmeralda engarzada en una cadena, llamada así en honor de las lágrimas de Atenea al ver morir a Aquiles en la llanura troyana) acompaña a Diomedes en la cena. Iridia hace un resumen de la muerte de su hermano: habían estado cazando desde temprano y ya era cerca del mediodía cuando se detuvieron en un prado, a quinientos metros del bosque sagrado. Estaban presentes Polemón y ella, su prometido Remetalces y un amplio séquito, ya que todo el mundo se apunta a las cacerías reales. En ese momento, su hermano emitió un grito gutural y salvaje y corrió hacia el bosquecillo. Su hermano había derribado dos garzas y se encontraba eufórico antes de correr hacia el bosque. Diomedes afirma que, o bien huía de algo o perseguía algo, pero nadie vio nada que persiguiera o de lo que huyese. Frente al bosque está la cueva del Orco, de la cual se cree que

comunica con el Averno y es visible desde donde estaban. Cuando Polemón entró en el bosque surgió el rayo del templo y lo fulminó. El rayo fue un chorro de luz cegadora parecido a un rayo, pero más dilatado, pues de haberlo sido hubiera durado lo que cincuenta o sesenta rayos; luego escucharon un estruendo y junto a Polemón muerto hallaron un ciervo despedazado. Según Iridia, la diosa de la castidad (de quien su hermano era el enemigo número uno) quiso castigar a Polemón con un ciervo mágico que sólo él pudo ver. Iridia confiesa que, aunque quería a su hermano, era un reptil con todos los vicios de cuatrocientos años de dinastía, pero sin ninguna de las virtudes, y esto lo hacía blanco del odio de muchos; además, muchos son los que creen que la gran beneficiada de la muerte del hermano es ella, y quiere mantener limpio su nombre. Si no fue Diana quien acabó con Polemón, Diomedes debe demostrarlo. A continuación le ordena marcharse al día siguiente a Navarís, que se encuentra a tres días de marcha remontando el río, y allí se alojará en el palacio de su prometido el gobernador. Iridia da una palmada para exigir el postre y Diomedes se queda de piedra cuando ve aparecer a Baiasca con una bandeja. Iridia, que ya se encuentra al corriente de que Diomedes está interesado en la esclava de la cantera, le explica que ella es sólo un instrumento en su investigación, y cuando ésta acabe volverá a la cantera. Una vez solos, Baiasca cuenta que cuando iba de camino a la tierra de los cémpsicos se encontró en Ebussus con un antiguo novio de su pueblo que se había hecho marino para ir a buscarla, decidieron casarse y entonces al zarpar fueron atacados por piratas. A ella la vendieron como aigmalótida y de su prometido nunca supo más. Desde entonces trabaja en la cantera. Diomedes le comenta el caso que le ha traído hasta esa tierra, y luego decide hacerla pasar por su esposa en Navarís. Luego se van a dormir, pero eso sí, ni muy cerca ni muy lejos el uno del otro.

III. Durante el viaje en carro remontando la orilla del río son atacados por un escita a caballo, y Diomedes resulta herido. Sorprendentemente, el escita huye sin razón aparente, y ambos meditan sobre si habrá provocado la huida el descubrir el embarazo de Baiasca o algo que le asustó y ellos no advirtieron. Cenar en el claro de un bosque, y a Baiasca la sorprenden las contracciones. Finalmente, da a luz un niño de ojos verdes al que llamará Agua Libre Que Corre Saltando Entre Las Peñas, que en cémpsico se dice Anx.

IV. El parto de Baiasca les obliga a retrasarse, y al sexto día, finalizadas las provisiones, deciden reanudar el trayecto a la mañana siguiente hasta llegar a Navarís. En el palacio explica a Remetalces que el retraso se debió al parto de su esposa, y éste le asegura que lo mejor será que acuda cuanto antes al templo de Diana, ya que la suma sacerdotisa, Laodicea, no tiene muy buenas pulgas. En efecto, Laodicea le recibe con mala cara, pero se calma un poco cuando ve los bocetos del verdadero Lisímaco. La suma sacerdotisa y las otras le dejan solo, y él finge trabajar en sus bocetos. Por la noche, amparado en la protección oficial de las sacerdotisas al pintor

Lisímaco, se dirige hacia el lugar donde sucedió la muerte de Polemón, y es atrapado en una trampa de cuerdas que le eleva hasta la copa de los árboles, desde donde descubre unos extraños resplandores en la entrada de la cueva del Orco. Usándose de la espada se libera y esconde, pero sus gritos han puesto en alerta a las sacerdotisas, quienes llegan armadas pero no le descubren. Alcanza el lugar exacto donde Polemón fue alcanzado por el rayo y descubre restos chamuscados de lino y algún trozo de cuero, así como una sortija con amatista engastada. Puesto que ya está muy entrada la noche, regresa a Navarís, donde se encuentra las puertas cerradas. Finalmente los guardias las abren y llega a palacio, donde encuentra a Baiasca muy enfadada porque la hija de la guardesa la ha reconocido como a una esclava de la cantera. La niña, de once años, se había quedado con ella mientras sus padres estaban con el marmolista y le había pedido poder tocarle la cabeza afeitada, y ella se lo permitió. Diomedes le cuenta lo que ha indagado durante el día y luego duermen.

V. Al día siguiente Diomedes se entrevista con Remetalces, y éste le notifica que un mensajero de Tanais le ha dicho que la princesa Iridia ha desaparecido. Irrumpe en la estancia un hombre calvo con voz de pito a quien presenta como el jefe de verdugos, y que le pregunta por la contraseña del día, y Remetalces le responde: *Degüello a discreción*. De regreso con Baiasca, parten hacia la cueva del Orco, y Diomedes deduce que debe ser posible escalar la montaña, ya que lo que vio la otra noche debió ser un grupo de hombres que subían con antorchas. Comienza a escalar la montaña y descubre argollas bajo los helechos, así que no tarda en llegar a la entrada de la cueva, donde una voz le pide que se identifique. Finge la voz pituda del jefe de verdugos y da la contraseña antes mencionada. Pasa delante de dos guardias que juegan a los dados y no le prestan atención y llega hasta un cuarto, en el fondo de la cueva, donde descubre medio centenar de barriles que contienen un polvo negruzco de sabor salado. En otra estancia cercana descubre a unos esclavos aigmalótidas, regresa a los barriles y llena dos sacos pequeños con muestras del polvo. Finge de nuevo la voz del jefe de verdugos, se esconde, corren los guardias y los deja encerrados en la estancia al correr el grueso pestillo. Tras esto procede a descender la montaña, pero el verdadero jefe de verdugos la está ascendiendo, Diomedes le arroja en la cara el polvillo negro de uno de los sacos y el jefe de verdugos pierde la visión, lo que Diomedes aprovecha para llegar a tierra firme. Cuando pisa tierra advierte que en el vértice del templo de Diana se produce un leve destello que no llega a ser el relámpago que mató al príncipe. De nuevo en el templo, Diomedes entrega a Laodicea el anillo de amatista hallado en el claro, como un obsequio para el templo. Más tarde, una de las sacerdotisas se oculta en las sombras de la estatua de Diana y le pregunta por el origen del anillo, que reconoce como el de Polemón. Ella confiesa que antes había sido muy amiga de éste, pero que después de entrar al templo todo terminó, así que la diosa no tenía razones para matarle. Diomedes son-

dea a la desconocida, quiere saber cuál de las sacerdotisas presencié la muerte, y ella responde que la única fue Laodicea, quien, subida al andamio preparado para el pintor, miraba por la lucerna. Diomedes argumenta que Laodicea explicó que el andamio fue levantado apenas la semana pasada, pero la desconocida responde que el andamio está ahí desde muchos meses antes. La misteriosa mujer le pide que se vuelva, y entonces mientras aparece Laodicea huye por otra estancia. Puesto que Diomedes le pide tomar las dimensiones de la cúpula, ella le acompaña en su recorrido. Suben por una escalera de caracol hasta arriba, donde Diomedes encuentra una placa giratoria con una pieza tapada incrustada con saco, que se trata de un espejo donde refleja el sol. Laodicea explica que es un heliógrafo que sirve para comunicarse con la guarnición de la Acrópolis. Diomedes comenta que lo ha visto destellar poco antes, y la sacerdotisa le da la noticia de que han hallado a una intrusa en el recinto sagrado, una aigmalótida (tiene la cabeza rapada) que afirma ser su esposa, y a la que van a ejecutar como mandan las leyes. En efecto, Diomedes ve a dos guardias llevando a Baiasca atada al interior del bosque, y sale corriendo en su rescate. Cuando le da alcance, ella se justifica diciendo que un monstruo negro y peludo como una oruga que salió de la cueva la atacó; ella creyó que la oruga le había devorado, echó a correr sin darse cuenta de que entraba en el bosque sagrado y cayó en la misma trampa que Diomedes, entonces llegaron las sacerdotisas. Uno de los guardias les informa de que el castigo por profanar el bosque es el de morir ahogado en las heladas aguas del río Tanais, al que no tardan en llegar. Para ese momento se les han unido una multitud de bosforianos, y el mismo Remetalces no tarda en llegar. A pesar de las súplicas de Diomedes, se niega a indultar a Baiasca, y cuando la cémpsica comienza a ser sumergida en las aguas encerrada en una jaula, Diomedes exige el arco de Orestes, pues, según las leyes de aquella tierra, toda ejecución queda suspendida si alguien reclama el arco de Orestes. Todos los presentes se quedan de una pieza, y el mismo Remetalces le advierte que si no consigue tensarlo y tener la puntería del mismísimo Orestes, él también acompañará a la cémpsica en el martirio. Sacan a Baiasca de las aguas y acuden todos a una explanada terregosa, donde los lanceros atan a la cémpsica a un roble y con pintura amarilla trazan en la corteza, sobre su cabeza, una cruz. Traen el arco de Orestes, que despide un calor cercano a la incandescencia, Diomedes monta el arco y le son entregadas tres flechas. Diomedes lanza las flechas que deben dar en el centro de la cruz amarilla, pero la primera sobrevuela la copa del roble, la segunda se clava en una rama y la tercera, siguiendo el consejo del guía que le informa de que apunta demasiado alto y debe hacerlo a las venas del cuello para que dé en la diana, se clava sorprendentemente en la marca del roble. Ante la sorpresa de Diomedes, desatan a Baiasca pero la empujan a la fortaleza y, volviéndose a Remetalces, éste le anuncia que ahora tiene que repetir la hazaña de Orestes de matar una pantera de las nieves, antes del amanecer y con el mismo

arco. Las montañas que se encuentran detrás del templo de Diana están infestadas de panteras, y tendrá que cazar una de noche. Se despide de Baiasca, y al salir de la ciudad encuentra al omnipresente guía con una cabrita como cebo para las panteras. Diomedes averigua que calentó el arco porque frío no puede ser tensado, y como desea enormemente cazar panteras, le acompañará en su prueba. Entonces el guía se despoja de su disfraz y, a pesar de que Diomedes espera ver aparecer a su tío Alcímenes, descubre que el guía no es sino la princesa Iridia, quien se ha hecho pasar por guía para mantenerse al corriente de sus avances. Cuando Diomedes le revela todo cuanto ha descubierto en la cueva del Orco, ella le pregunta por el saquito de polvo, que él trae en la faltriquera, y al olerlo estornuda. Lo que parece claro es que el jefe de verdugos está a las órdenes de Remetalces, y las actividades de la cueva también; que la oruga que asustó a Baiasca (que él no vio) debió de ser la misma alucinación que causó la locura de Polemón, y además en el mismo punto frente al bosque. Si Polemón hubiese caído en una de las trampas del bosque, las sacerdotisas le hubiesen podido descuartizar fingiendo ir a buscarle, y el efecto del rayo pudo ser sólo para despistar. Diomedes pregunta a Iridia sobre algo que no entiende: ¿por qué ha retenido al verdadero Lisímaco si tanto urge acabar las obras del templo de Diana? Laodicea y Remetalces aseguran que misteriosos acontecimientos ocurrirán en breve plazo para los cuales es necesario el esplendor del templo. Pero Iridia tampoco es consciente de que sea tan urgente. Ya en la montaña, Iridia sugiere buscar un buen refugio, encender un fuego, atar a la cabra en un lugar visible y esperar que llegue una pantera para flecharla. Al cabo de un rato se detienen en una cuesta de roca, en el remate de una suave pendiente despejada, que resulta ser la guarida de una pantera, que llega al poco rato. Diomedes tensa el arco y lanza la flecha, pero la luna es cubierta por nubes y pierden la visibilidad, aunque están seguros de haber alcanzado a la fiera. Cuando la luna vuelve a hacerse visible, observan que la fiera ha desaparecido, pero sólo ha escalado el risco para atacarles por la espalda, y cae sobre Diomedes, quien extrae su saquito de polvos negruzcos y los arroja sobre ella. En el momento en que la pantera salta sobre la hoguera se produce un formidable estruendo que confunde al animal, lo que aprovecha Diomedes para matarle. Cortan el rabo de la fiera y emprenden el regreso, charlando animadamente sobre la victoria. Iridia le augura convertirse en un ídolo popular, y hasta ser propuesto para dirigir una expedición contra los escitas. Esto recuerda a Diomedes el episodio del ataque del escita, tiene un acceso de inspiración y comunica a Iridia que Remetalces tramó la muerte de su hermano y que una sacerdotisa a las órdenes de Laodicea fue la ejecutora. Remetalces almacena el polvo negro como arma contra los escitas, que huyen en masa o abandonan las armas durante los últimos meses. Recuerda que el escita que les atacó de camino huyó cuando Diomedes extrajo un espejo y dirigió contra él los rayos del sol. Lo hizo porque, a imitación de Arquímedes en el sitio de

Siracusa, Remetalces usó el polvo negro cerca de una yesca muy inflamable y, puesto que un buen físico sabe dar a un espejo la curvatura adecuada para intensificar el rayo, Remetalces se sirvió del heliógrafo de las sacerdotisas, que es un conjunto de espejos ideado para proyectar rayos de sol a distancia. Remetalces entregó polvo negro a las sacerdotisas, quienes retiraron las trampas y colocaron el polvo en el bosque y el ciervo descuartizado para que pareciera venganza de la diosa. Mientras, Laodicea vigilaba los acontecimientos encaramada en el andamio. Queda sin resolver todavía el enigma de la oruga gigante y cómo consiguieron que Palemón corriese hacia el lugar deseado. Al descender la montaña encuentran un túmulo de piedras amontonadas, como el monumento inconcluso al gobernador, y entonces ven aparecer a Remetalces con un cortejo y el jefe de verdugos etolio. Diomedes e Iridia se ocultan tras el túmulo y escuchan los comentarios del grupo, que se detiene a cincuenta metros del túmulo, donde según dicen hay una cuerda impregnada que transmitirá la llama como hojarasca seca y proporcionará un buen susto al pintor, si es que aún vive. Pretenden ensayar una nueva forma de usar el polvo negro sin usarse de espejos, por medio de una mecha. Remetalces tiene la intención de utilizar el polvo negro para acabar con Iridia el día de su propia boda, e incluso sueña con la idea de conquistar Roma sirviéndose de él. Puesto que el grupo tiene la idea de ensayar con el montículo tras el que se esconden Iridia y Diomedes, ella toma la determinación de hacerse ver, y ordena a los lanceros la detención de su prometido y del jefe de verdugos; sin embargo, Remetalces ordena que prisionera debe ser ella. Diomedes sale por piernas y los lanceros le siguen. A la altura del montículo, Iridia toma una antorcha y prende la mecha, provocando que el túmulo salte por los aires. Puesto que Iridia ha sido apresada con su zurrón, y dentro del mismo el rabo de pantera, Diomedes toma la decisión de regresar a la cueva del Orco, donde pondrán a la princesa a buen recaudo.

Al volver a escalar hasta la cueva del Orco la descubre completamente vacía, con los toneles en el mismo sitio y la princesa Iridia atada y amordazada. Ella le pide que la libere con un puñal que oculta en una de las botas, pero cuando la descalza de la bota para liberarla aparecen Remetalces y sus secuaces y Diomedes se esconde tras dos toneles. Remetalces notifica a Iridia que marchará al día siguiente contra Tanais, que ella pasará revista a las tropas a su lado (aunque sea atada a la silla del caballo) para dar la impresión de que se subleva contra su padre y delega todo su mando en él. Posteriormente la sustituirá una actriz con velos fúnebres por la muerte de su padre. Diomedes, afectado por el polvo de los barriles, estornuda y el gobernador ordena su ejecución. Inesperadamente, un joven soldado que todo el tiempo se había mostrado fascinado por Iridia, arroja la antorcha sobre los barriles, y se produce la estampida. Diomedes se apodera de un cuchillo y libera a Iridia, pero Remetalces salta sobre él, aunque Diomedes consigue quitárselo de encima arrojándole pol-

vo negro en la cara. Finalmente, Remetalces sucumbe bajo el peso de unos barriles que se desmoronan sobre él. Diomedes consigue descender por las argollas de la montaña mientras la cueva estalla en mil pedazos, pero abajo le aguarda una sorpresa: el jefe de verdugos le deja inconsciente con el impacto de una roca sobre su cabeza.

VI. Al despertar descubre que su atacante yace muerto a un lado, y puesto que halla la otra bota de Iridia, no tarda en deducir la identidad de su asesino. Al comprobar que el zurrón contiene todavía la cola de la pantera, corre con todas sus fuerzas hasta la cárcel, donde tras presentar la cola de pantera liberan a Baiasca. Un rato después Iridia les convoca en palacio, donde Diomedes es recibido como un héroe. En el centro de la estancia hay una balanza, a la que se sube Diomedes para ser pesado y convertir su peso en idéntica cantidad de oro: doscientas cuarenta y cuatro libras. Iridia invita a Diomedes a permanecer en el reino como exquiriente real, pero rechaza la oferta. Al querer llevarse a Baiasca con él, la princesa se niega a ello y se la vende por la misma cantidad de oro de su peso, pero sin el niño. Como Diomedes tiene que decidir por una u otro, elige la libertad para el niño y Baiasca es incorporada a una tropa de aigmalótidos destinados a las minas de carbón. De regreso a su habitación le llevan a una mujer escita con grandes pechos para amamantar a Anx, y entonces Diomedes tiene una revelación y pide un fragmento de cristal, una vela y un plato. Ahúma con la vela el plato transparente y acude a la habitación de Iridia, donde conversa con ella protegiendo sus ojos con el plato ahumado y explica que ha descubierto su secreto: ella aprendió la hipnosis en Alejandría, hipnotizó a Polemón para entrar en el bosque (estaba conchabada con Remetalces para que, tras hacerlo, quedase desprestigiado y ella subir al trono; pero su prometido fue más lejos, y con ayuda del etolio planeó su muerte, de lo cual Iridia nunca tuvo noticia); también hipnotizó a Baiasca haciéndose pasar por el guía, lo hipnotizó a él durante la prueba del arco, y al soldado joven de la antorcha en la cueva. A cambio de mantener el secreto del complot contra su hermano, Diomedes exige a Baiasca y las doscientas cuarenta y cuatro libras de oro. Iridia no tiene más remedio que aceptar. Diomedes acude a la mina de carbón y libera a Baiasca.